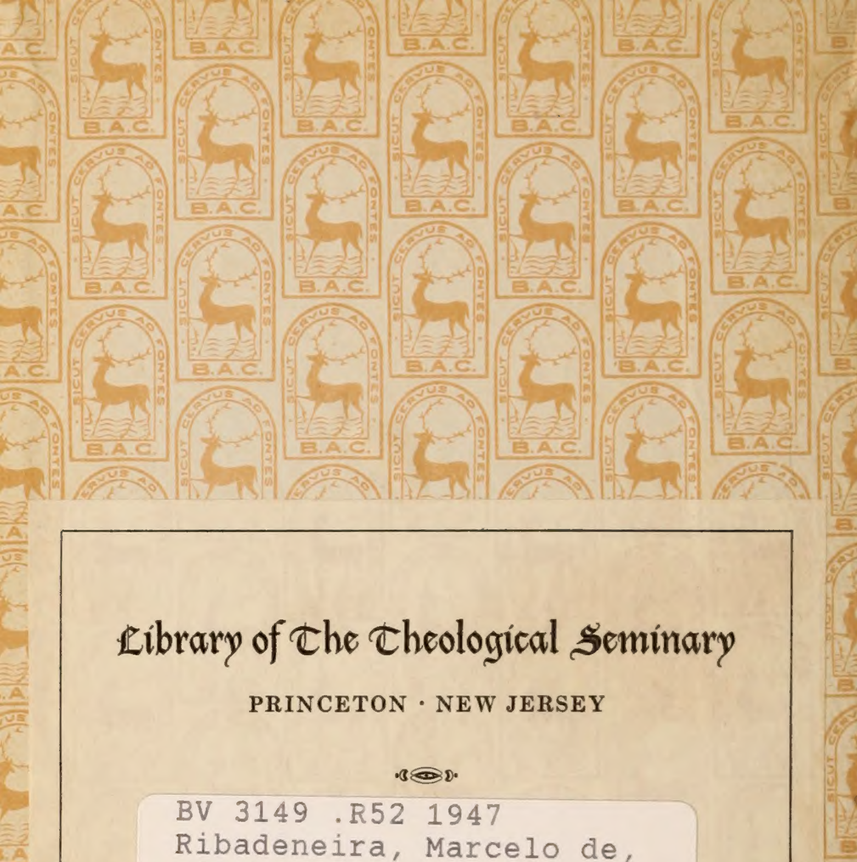

SICUT CERVUS AD FONTES
B.A.C.


SICUT CERVUS AD FONTES
B.A.C.

HISTORIA DE LAS ISLAS DEL ARCHIPIÉLAGO FILIPINO Y REINOS DE LA GRAN CHINA

COLECCIÓN ESPAÑA MISIONERA

EDITADA POR EL CONSEJO SUPERIOR DE MISIONES

PRESIDENTE DEL C. S. DE M.:

Excmo. Sr. D. ALBERTO MARTÍN ARTAJO, *Ministro de Asuntos Exteriores.*

VICEPRESIDENTE 1.°: M. R. P. JUAN R. DE LEGÍSIMA, *Rector de San Francisco el Grande.* VICEPRESIDENTE 2.°: Excmo. Sr. MARQUÉS DE AUÑÓN, *Director General de Relaciones Culturales.* SECRETARIO DEL PLENO: Excmo. Sr. D. ANTERO DE USSÍA, *Jefe de la Sección de Obra Pía y Asuntos Misionales.*

COMISION PERMANENTE

PRESIDENTE: M. R. P. JUAN R. DE LEGÍSIMA, O. F. M.
SECRETARIO: R. H. MANUEL RODRÍGUEZ RODRÍGUEZ, *Marista.*

VOCALES: M. R. P. FÉLIX GARCÍA, O. S. A.; M. R. P. AQUILINO SÁNCHEZ, C. M.; M. R. P. GABRIEL TOUS, T. O. R.

ASESOR PERMANENTE: M. R. P. CONSTANTINO BAYLE, S. I.

P. MARCELO DE RIBADENEIRA

FRANCISCANO

HISTORIA

DE LAS

ISLAS DEL ARCHIPIÉLAGO FILIPINO Y REINOS DE LA GRAN CHINA, TARTARIA, COCHINCHINA, MALACA, SIAM, CAMBODGE Y JAPÓN

EDICION, PROLOGO Y NOTAS

POR EL

P. JUAN R. DE LEGÍSIMA, O. F. M.

ACADEMICO CORRESPONDIENTE DE LA REAL DE LA HISTORIA
Y PRESIDENTE DE LA JUNTA PERMANENTE DEL CONSEJO
SUPERIOR DE MISIONES



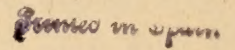
LA EDITORIAL CATÓLICA, S. A. - Apartado 466
MADRID, MCMXLVII

NIHIL OBSTAT :
P. CONSTANTINO BAYLE, S. I.,
Censor.

Madrid, 5 febrero 1947.

IMPRIMI POTEST :
Fr. AGUSTÍN ZULUAGA,
Delegado general.

IMPRIMATUR :
† CASIMIRO,
Obispo aux. y Vic. gral.



Imprenta Sáez. – Buen Suceso, 14. – Madrid

ÍNDICE GENERAL

LIBRO SEGUNDO

LIBRO TERCERO

LIBRO CUARTO

LIBRO QUINTO

LIBRO SEXTO

Págs.

AL LECTOR DE ESTA EDICIÓN

En la epopeya hispano-misionera hay dos ríos de fertilización y de heroísmo. Uno de ellos—el que ilumina la Historia con la más grande de las aventuras—es el río de hombres mitológicos que se arriesgaron a dominar medio planeta, embarcándose en naos de tabla envejecida y jarcias pobres, internándose en las inmensidades tropicales y peleando con el clima, la orografía gigantesca, las alimañas, las culebras, las fieras, la vegetación abrumadora y el hálito agotador de las extensiones fabulosas y de las flechas indias. El otro río de grandezas es el legislativo y misionero, que empieza con la predicación y el sacrificio y acaba con la escritura de unas leyes únicas en la tierra, y anticipadoras de los principios y derechos que consideramos como avances de medula contemporánea; leyes en las que se reúnen la caridad y la justicia, dictadas por la palabra del Señor. En el río primero se forjaron estatuas de héroes místicos y excelsos, y en el segundo imágenes eternizadas y apostólicas. De estas últimas las hubo intrépidas, incansables, víctimas del martirio, descubridoras de rutas y países, gobernadoras, delegadas de reyes y virreyes, autoras de códigos y libros de observación y reflexión, ejemplos de penitencia y fortaleza y cronistas de lo que vieron y escucharon desde su extraña y temeraria lejanía. Este mundo bibliográfico de las relaciones misioneras es tan copioso como lo fueron los hechos, que hoy nos asombran, de la ansiedad en el amor de Dios y en los desdenes a la muerte de millares de frailes españoles, a los que debemos la auténtica civilización de nuevos mundos.

Dentro del orden narrativo de los primeros exploradores apostólicos se advierten de modo clarísimo los acentos del alma y las maneras de concebir y de observar. Así, en unos se reduce la visión a recorridos cartográficos de sor-

presas y de noticias, escritos con sinceridad—a veces infantil—, que fijan, sin embargo, los rumbos y las verdades en que se apoyan los modernos historiadores. En otros—desde fines del siglo XVI—se despliegan las narraciones en forma histórica de amplitud, predecesora de los recursos críticos de hoy. En muchos se cristaliza el predominio de su ansia evangélica, y en cronistas muy determinados se revela un modo ingenuo de considerar—atmósfera de la caricia franciscana, que da fisonomía a varios siglos de cultura occidental—que resulta inconfundible y atrayente, como la fe de las catacumbas y de los protomártires.

El franciscanismo misionero tiene una expresión comunicativa inalterable, sobre todo en las épocas relativamente cercanas al origen. Casi toda la bibliografía de los primeros siglos se nutre de ansias vivas, que predominan sobre los hechos y sobre el rigor documental. Actitud que se acentúa en los escritores que hablan de lo que vieron, sintieron y padecieron; es decir, los que cuentan—en todo o en parte—su epopeya. Y entre ellos se destaca fray Marcelo de Ribadeneira como característico y fecundo. Este insigne Descalzo, autor de la Historia... *que hoy reproducimos en la Biblioteca «España Misionera», constituye un resumen del espíritu franciscano en sus diversos aspectos de extensión, elocuencia, veracidad y amor de Dios.*

Antes de penetrar en las páginas definidoras de este libro, sepamos quién era el padre Ribadeneira. Según nota de los padres Doroteo Schilling y Fidel de Lejarza (1), «Marcelo de Ribadeneira nació en Palencia, de padres nobles de linaje gallego, y fué criado con regalo. Vistió el hábito franciscano en el convento de San Francisco, de Salamanca, y, estando en Santiago de Compostela, se agregó a la misión que el padre Pedro Ortiz Cabezas organizaba para Filipinas, y que fué despachada en Sevilla el 9 de enero de 1593, llegando a Manila el mes de mayo de 1594. A los dos meses fué destinado a las misiones del Japón, adonde llegó el 27 de agosto del mismo año. Desembarcó en Hirado, dirigiéndose a Kioto con sus compañeros, como portador de una embajada del gobernador de Filipinas para Toyotomi Hideyoshii. Aprendió pronto el

(1) *Estudio sobre la «Relación del Reino de Nipón», de fray Bernardo de Avila y Girón.* A. H. A. Año 1933, p. 477.

japonés y se ocupó más que ningún otro en lavar y curar a los llagados. Estuvo primero en un convento de Kioto, y en 1596 recibió orden de San Pedro Bautista para fundar en Osaka, en compañía de San Gonzalo García. De Osaka fué a Nagasaki, por haber enfermado de cámaras (disentería), y allí le sorprendió la persecución. Al saberse en Nagasaki el encarcelamiento de los prisioneros de Kioto y Osaka, fueron arrojados de aquella ciudad los que residían en ella. El padre Ribadeneira pudo librarse de la furia que los perseguía, pero no halló a nadie que se atreviese a recogerle en su casa. Entonces se dió a conocer a dos portugueses, los cuales le denunciaron a los ministros de justicia, siendo conducido a donde estaban sus compañeros de infortunio, con los que estuvo embarcado hasta el 21 de marzo, en cuya fecha se dirigió el barco hacia Macao. En esta ciudad permaneció hasta el mes de diciembre, llegando a Manila en enero de 1598. Recorrió las islas Filipinas en busca de noticias para su libro, y en el mismo año, y una vez instruídos los procesos de los mártires del Japón, fué nombrado su procurador en Roma, saliendo para España y llegando a Madrid a mediados del año 1600. Se ignora la fecha de su muerte, pero se sabe que vivía el 23 de noviembre de 1610 por la fecha de su Informe, en el que manifiesta «la utilidad y provecho que han reportado y pueden reportar a la provincia de San Gregorio y sus misiones los religiosos franciscanos de la Observancia». A esto añade el erudito padre Lorenzo Pérez que Ribadeneira «... cuando regresó de Filipinas en el año 1600, fué a descansar de su largo viaje a Salamanca, donde dejó algunas de las reliquias de los mártires del Japón, y luego pasó al convento de religiosas concepcionistas de Toro, a quienes donó la cabeza, la mano derecha y algunas otras importantes reliquias de San Pedro Bautista, lo que nos hace suponer que su familia residía en Castilla la Vieja y que en el convento de Toro tendría alguna hermana religiosa». En el libro de las Tablas capitulares de la provincia de San Gregorio de Filipinas y en acta definitorial de 28 de junio de 1599 se hizo constar que los negocios que tocaban al Japón se dejaban exclusivamente a cargo del padre Marcelo de Ribadeneira. Según el Año Seráfico, del padre Esteban de Gascueña, en 31 de julio de 1672, se dice que al padre Ribadeneira le hicieron penitenciario apos-

tólico en Roma y catedrático de Teología en Salamanca, y que «en todas partes era exemplar de santidad y de virtud». Por último, en la Historia de las vidas y milagros... (1), *de fray Martín de San Joseph, se cuenta lo que sigue: «Fray Marcelo de Ribadeneira, natural del reyno de Galicia, aunque otros le hazen de la ciudad de Palencia, hijo de San Francisco de Salamanca, lector de Theología quando pasó al Japón con zelo de la extensión de el Santo Evangelio, y dar la vida en crédito y defensa de nuestra fe chatólica; no haviendo logrado sus deseos y, como sus compañeros, la corona del martirio, escrivió como testigo ocular la vida y martirio de los santos mártires de el Japón. Un* Tratado o Historia de el Archipiélago, Reynos de China y Tartaria. *Dos tomos que intituló* Corona de las excelencias de Nuestra Señora. *Un* Libro de alabanza a Nuestro Padre S. Francisco y sus doze primeros compañeros. *Otro de los* Privilegios y gracias concedidas al Cordón de Nuestro Padre San Francisco. *Otro,* Excelencias y alabanzas de Santa María Magdalena. *Bolviendo de el Japón a Roma, le hizo su penitenciario Paulo V. De allí se vino a su Provincia y convento de San Antonio de Salamanca, donde es venerable su memoria.»*

Con estas palabras del padre fray Martín de San José queda completamente definida la persona de Ribadeneira, no sólo como misionero ejemplar, autor de libros y dignatario de la Iglesia, sino como testigo de los hechos y como «mártir sin martirio», ya que su ánimo se hallaba dispuesto a dar la vida por la fe; no habiéndola dado porque los perseguidores le apartaron de los demás.

Este género de libros, que pudiéramos calificar de experimentales—en narraciones, empresas, aspiraciones y dolores—, son los que dan alma y simpatía a las crónicas misioneras. Porque los padres que iban entonces a evangelizar se dirigían a países incógnitos o de gran historia y de grandes poderes, al mismo tiempo que desconocían las rutas, navegaban en continuo peligro y llegaban inermes a cada isla, continente o imperio, en los que su simple aparición era un riesgo de muerte. Sin embargo de lo cual, nos asom-

(1) *Historia de las vidas y milagros de nuestro Beato Frai Pedro de Alcántara, del Venerable Frai Francisco de Cogolludo y de los Religiosos insignes en virtudes...* Madrid, 1644, l. III, c. VI.

bramos de la sublime sencillez con que abordan problemas colosales.

En una larga y preciosa carta del padre fray Pedro de Alfaro—el primer custodio franciscano de Filipinas, que tanto lugar ocupa en esta Historia... *y en todas las demás de su época—, dirigida al padre Juan de Ayora, guardián de Nuestra Señora de los Angeles y comisario general de Manila, fechada en Cantón (China) el 13 de octubre de 1579, dice: «... Veníamos tan pobres y apostólicos, máxime acerca de dineros, y tan de paz, sin ningún género de armas, y vestidos todos de pardo, que en efecto no tuvieron éstos (los chinos) manos para nos enojar, antes se compadecían de nosotros, paresciéndoles que eran nuestros trabajos muy grandes... ; nos dieron limosna muchas veces de la caxa del rey, y algunos particulares también... No entiendo ny puedo creer que por vía humana ny por bien ny por mal, en esta tierra se pueda entrar a predicar la ley evangélica, porque guardia y retaguardia y mucho más de lo que se puede dezir, es tanto y tan grande, de día y de noche, que no ay monesterio de monjas tan cerrado y guardado...; no se inquieten más sobre la venida a China, porque es por demás, y es querer tomar el cielo con las manos y dar de cabeza, ny con soldados ny sin ellos, porque ya todo lo han provado acá primero los portugueses y no ha abido remedio. Ni se dexen engañar de ningún chino diziendo que los trayrán, porque mienten y los engañan y no harán nada, como ya nos costa bien clara, «multis argumentis»; mas ocupen allá (en Filipinas) como lo hazen hasta su tiempo, porque día vendrá y no tardará...»* (1).

En el grupo de los libros autobiográficos, vigorosos y alegres, no podemos olvidar a uno de los más expresivos, que es el notable y rarísimo del dominico fray Gabriel de San Antonio, titulado Breve y verdadera relación del Reyno de Camboxa*—año 1604—, del que hizo ciento cincuenta reproducciones fototípicas el llorado bibliófilo Antonio Graiño en 1929. El padre San Antonio describe, en el capítulo IX, folio 22, al reino de la Champa en la siguiente forma: «... está entre Camboxa y Sinoa, provincia de Cochinchina, en onze grados de altura; es muy alto y montuoso,*

(1) *Sinica franciscana*, del padre Anastasius den Wyngaert, O. F. M., tomo II, edición de Florencia de 1933.

tiene cinco cerros, a quien Vicente Fernández, piloto del capitán Blas Ruyz, llamó las cinco llagas... Tiene oro, plata y artillería... Los naturales son de mediana estatura y poco blancos, es gente muy maliciosa y de malas entrañas... Adoran al sol y a las estrellas y a los animales de la tierra..., y quando les hazen fiesta los llevan encima de un carro..., y la gente por devoción se llega al carro, unos se ponen debaxo de las ruedas y se dexan cortar por medio..., y quedan con esto los vivos beatificados, y los que mueren canonizados por santos...» ¡Con estas explicaciones candorosas y con estos pilotos que bautizan los cuadros de la naturaleza recordando los episodios de Jesús se formó—en alma y cuerpo—la inmensa civilización de nuevos mundos evangelizados por España! El mismo padre San Antonio, en el capítulo VII, folio 18, hablando de los regalos que enviaba el gobernador de Filipinas al rey de Camboja, de parte de Su Majestad española, dice que iba entre aquéllos «un borrico, que por ser cosa rara y nunca vista en aquella tierra, era en ella de mucho precio, y admíranse los naturales quando oyen dezir a los Castillas (los españoles) los muchos borricos que hay en España... Parece que adivinava... la estimación grande en que era tenido... En la mar, con las tormentas..., faltó el agua a los Castillas, dávanla por cuenta y medida y tenía su ración el asno, como uno de los soldados. Era poca para él, y vino con esto a perder la voz..., mas daba unos quexidos tan tiernos como si fuera hombre...» Casi todo el capítulo se destina a las notabilidades y expresiones del asno, escritas con un vigor tan pintoresco, que nos hace admirarnos de la suprema sencillez y grandeza de estos misioneros, que llevaban en su alma un mundo de propósitos y una visión apostólica y legisladora del planeta, sin inquietar ni oscurecer la serena confianza de su espíritu. Iban—como recuerda el padre Gemelli refiriéndose a los principios del gran observante y famoso predicador de la catedral de Maguncia Juan Wild: «No a destruir, sino a edificar; no a asustarse de la herejía, sino a creer que, si Dios la ha permitido, traerá saludables consecuencias, como, por ejemplo, la de despertar a los pastores durmientes.»

El padre Ribadeneira se limita a describir brevemente lo que observa en el Japón y lo que le cuentan de la China,

indicando en su prólogo: «Bien sé que no faltará quien diga que de las grandezas de la gran China está hecha una larga historia que escribió el padre Mendoza...» (1). *Alusión y recuerdo que, si es justo en lo que se refiere al interés y categoría de la* Historia... *del padre Mendoza, no hay motivos para comparar ambos libros, porque son completamente distintos. El de Ribadeneira es una densa narración autobiográfica, excepto en las referencias sobre China, cuya brevedad no da carácter a la obra. En ésta predomina el franciscanismo, resultando el libro una glorificación de los compañeros de martirio—cuyas semblanzas resultan florecillas en el fondo y en la forma—, y a lo largo de la relación nos salen al encuentro conceptos y frases que revelan a un poeta nativo y a un estilista muy notable. En la* Historia..., *y aparte de las galanuras del autor, se multiplican los ejemplos del sello franciscano, como el del padre fray Juan de Oliver, que en las proximidades de la muerte se dirige a la Virgen, suplicándola que aparte al diablo de su vista, y la dice: «¡Dadle, Señora, con ese palo!» El prelado de Méjico, en el convento de la Trinidad, encareciendo la obediencia a fray Juan Bautista, lector, «le manda que ruede, y rueda». Hablando de la pureza de fray Francisco de la Trinidad, explica que «no se atrevía a mirar si un animal era macho o hembra, pareciéndole que era contra la debida honestidad». En las cartas escritas en la cárcel por los futuros mártires, se leen verdaderas maravillas de patetismo angélico. El comisario San Pedro Bautista, en una carta dirigida a fray Jerónimo de Jesús, le dice—refiriéndose a las veces en que le era preciso imponer su voluntad—: «... ni tampoco dejé de ladrar cuando era necesario». En otra carta del mismo al mismo, y aludiendo al guardián que le llevaba, explica: «... respondió que la buena traza era echarme al agua». Y añade, narrando sus martirios: «... hannos cortado parte de las orejas y dicen que han de cortarnos las narices». Y después: «... el viernes*

(1) *Historia de las cosas muy notables, ritos y costumbres del Gran Reyno de la China...*, por fray Juan González de Mendoza, de la Orden de San Agustín, de la que se hicieron 52 ediciones en diversas lenguas y países, y de la que acaba de publicar la Biblioteca «España Misionera» una reproducción de la edición de Roma de 1585, con prólogo y notas del ilustre padre Félix García. M. Aguilar, editor, Madrid.

creo sin falta nos crucifican...» Con esta sublime naturalidad entregaban sus vidas y creaban un mundo espiritual más poderoso que los reinos y potestades de la tierra.

Del sentimiento y el arte de Ribadeneira, esparcidos en toda su Historia..., *basta con indicar algunos resplandores. En el admirable relato de fray Jerónimo de Jesús, dice aquél, asegurando la certeza de lo que le ha contado el santo mártir, que nadie piense «que vendo mis imaginaciones por verdades». Hablando de las penitencias de fray Francisco de Santa María, explica cómo las ocultaba «por que no saltease la vanagloria sus obras». Cuando los padres Descalzos enseñan a los indios de Filipinas la siembra de cereales y los oficios mecánicos, dice que tratan de educarlos en lo que es necesario a «los que viven en comunidad en lugar poblado». Al contar los episodios del martirio de sus gloriosos compañeros, se iguala con éstos en estremecedora sencillez y escribe: «... comenzaron a cortarles las orejas, animándose unos a otros con santas palabras y dando testimonio, los que acababan de padecer aquel tormento, de lo poco que dolía». En otros pasajes narrativos alude a sucesos de rareza infantil, como, por ejemplo, cuando refiere que: «... en otro lugar había un indio bautizado en su vejez, y estaba en edad tan decrépita, que habiéndosele caído los dientes, le volvieron a nacer, y, «naturalmente», se cubrió de vello hasta las palmas de las manos». Mas luego brillan sus imágenes y decires como engarces de la narración y habla de los indios de las islas de los Ladrones, cuyos viejos son obedecidos y, en señal de afecto, se muerden unos a otros en los brazos, causándose heridas que, «por ser hechas de amor, dejan al tiempo que las cure». Hablando de fray Martín Carrasco y fray Gregorio Menor y de sus penitencias, dice que tenían «virtuosa enemistad» contra su cuerpo. Del mártir Matías, que daba fortaleza a los cristianos que veía sufrir, observa que le impulsaba a tal caridad el «empellón del Espíritu Santo». De otros indios que se acercaban a su barco, salvajes y desnudos, escribe que llegaban «con muestras de amor y codicia de hierro». De fray Ignacio, obispo de Manila, cuenta que «la divina gracia le labraba». Y explicando que fray Francisco de Trujillo, en su deseo de atraerse a los indígenas, trabajaba en suavizar los obstáculos materiales para que tuviesen facilidades de venir, lo expresa diciendo*

que «aderezaba los caminos y atajaba los ríos». Toda la Historia... *de Ribadeneira está sembrada de estas perlas de concepto y palabra.*

En los comienzos de la época misional de Indias se nota la pureza de las intenciones en ciertos abandonos narrativos, que indican el propósito de llegar a un fin prescindiendo de las bellezas de la forma, las cuales únicamente lucen cuando son espontáneas en el escritor. Por esta causa de divina sinceridad, sorprenden en cronistas como Ribadeneira los asomos de un arte que aparece sin que intervengan sus propias intenciones. Se leen en este período, que llamaremos apostólico, crónicas de austeridad y desaliño, lo mismo que otras con el reír cristiano de posibles mártires que iban en busca de la muerte, sin perder el ritmo y el consuelo de su paz y alegría.. Por ejemplo, en el Viaje a la gran China, *de fray Francisco de Escalona, nos ofrece este narrador una descripción del Celeste Imperio que resulta—a fuerza de sinceridad—la más pintoresca de las conocidas. Consta de quince párrafos escritos en forma tan concisa, que recuerdan a las maneras vascas de decir. Escribe el padre Escalona: «Todos los chinos son unos en sus ceremonias, que son tantas que se puede llamar reino de las ceremonias. En la comida, y a un tiempo, guardan uniformidad, que no monta cuatro cuartos. En el vestido, que es el mismo el del hombre que el de la mujer hasta en el color de él. En la cama, que no usan más de una tabla y un petate encima, de suerte que no hay colchones en toda la China; aunque sea mandarín no le usa. En el edificar las casas, que todas son, generalmente hablando, a un modo...» El dominico fray Domingo Fernández Navarrete nos ameniza también la lectura de sus* Tratados históricos... *con curiosidades ingeniosas como la siguiente: «Estando en Roma, el año 1673, llegaron allí los padres armenios de mi Orden con cartas del emperador de Persia y su secretario, para Su Santidad, en respuesta de las que cuatro años antes había llevado al arzobispo de Armenia, también dominico, y referían que bebía demasiado el emperador, y que preguntado si en Roma había buenos vinos y respondídole que sí, decía: Pues según ello, vuestro Papa estará siempre sin juicio y fuera de sí. Respondióle el armenio: Señor, en Roma y tierras de aquella par-*

te los hombres beben vino, pero no permiten que el vino beba a los hombres» (1).

El franciscano fray Agustín de Tordesillas en su Relación... *nos cuenta sus jornadas en la China en compañía del padre Alfaro, natural de Sevilla (del que dice el padre Mendoza en su* Historia... *que «Bien quisiera llevar mas compañeros, pero no se atrevió, lo uno por no ser sentido y lo principal por no dejar sin doctrina aquella provincia de los Ilocos, donde ya había muchos bautizados»); de fray Juan Bautista Pesaro «el italiano» y de fray Sebastián de San Francisco, natural de Baeza; y los seglares Francisco Dueñas (alférez), natural de Vélez-Málaga; Juan Díaz Pardo, de Sanlúcar de Barrameda, y Pedro de Villarroel, de Méjico, más un joven chino «muy ladino», tomado en la guerra de Limaón, y cuatro indios de Manila... Con este acompañamiento por toda defensa recorren el país de China, y parecen imposibles su ánimo y resistencia. Diciéndonos el padre Tordesillas, después de describir sus hambres y fatigas: «En estos cinco días, a nuestro parecer, anduvimos más de setenta leguas» (2).*

Y en el Itinerario del padre custodio fray Martín Ignacio, de la Orden del bienaventurado Sant Francisco, que pasó a la China en compañía de otros religiosos de la misma Orden *se lee que los chinos «adoran al demonio en muchas partes por solo que no les haga mal». Concepto de un vigor y de un sentido palpable de realidad que nos hace pensar y sonreír.*

Fijando los aspectos de la Historia... *del padre Ribadeneira, hay que determinarlos como distintos a los citados en lo que se refiere a la gracia de usar en ella esas gamas de regocijo y sufrimiento, unidos por la fortaleza. Si alguna vez las intercala en sus páginas de excelente narrador, nunca dominan su conjunto. En él se nos aparece un fraile*

---

(1) *Tratados históricos, políticos, éthicos y religiosos de la Monarchía de China,* dedicado a don Juan de Austria, en edición de la Imprenta Real, en el año 1678, por el padre maestro Domingo Fernández Navarrete.

(2) *Relación del viaje que hizimos en China nuestro hermano Fr. Pedro de Alfaro con otros tres frailes de la Orden de Nuestro Seráfico Padre San Francisco, de la Provincia de San Joseph, en el año del Señor de mil y quinientos y setenta y nueve años, fecha por mi Fr. Agustín de Tordesillas, fraile profeso de la dicha Provincia, testigo de vista de todo lo que aquí va escripto.*

Descalzo que quiere ceñirse a la tragedia, la cual se anuncia desde los primeros capítulos, se expone con impresionadora exactitud y se acaba con los panegíricos del martirologio en forma de oración. A pesar de lo cual, y siendo larga la Historia..., *no sentimos—leyéndola con intenciones de simple recorrido—ningún deseo de interrumpir nuestra lectura y terminamos el libro encariñados con su arte de contar y admirados de la grandeza del episodio y de la humildad de quien le escribe. Porque Ribadeneira, que estuvo a punto de ser mártir, no se asoma nunca a la luz que pueda favorecerle como peregrino del Señor.*

En la España de Carlos I y de Felipe II llenaba los espíritus nacionales un estado de ánimo propenso a la conquista, como pulsación de un país que imponía direcciones y trataba con los dominios europeos de mayor a menor o frente a frente. Sintiendo así los ejércitos del monarca y acompañándolos con el pensamiento y la conducta los deseos y conciencia del pueblo, tuvieron los frailes un inmenso espacio para sus celestes afanes. La iniciativa misionera se hizo fabulosa en un ir y venir sobre los mares, cruzándolos con las alas de la temeridad y, muchísimas veces, timoneados por el esqueleto de la muerte. Los ímpetus de la raza buscaban territorios para clavar en ellos el estandarte de la ley española, y los frailes se apoyaban en esta ley para llegar hasta los cuatro continentes del globo. Mas, una vez llegados, comenzaban sus aventuras bajo el amparo de las pupilas del Señor. Buscaban también los campos de dilatación, pero de una dilatación de fe y una patria de hermandades en la que cada pueblo fuese dueño de su propio destino y todos los pueblos alabasen a Dios. Como españoles, amaban a España y procuraban su grandeza. Como apóstoles, sobreponían el amor divino, sin castas ni matices, a todos los amores humanos. Igual que los padres ejemplares que aman a sus hijos y los inculcan sentimientos de caridad y simpatía hacia los que nunca los conocieron y gustaron, agrupaban en su corazón el españolismo del hogar y el propósito de ofrecer las promesas del Evangelio a todos los hombres de la tierra. Este fué su heroico patriotismo y el retablo que universalizó al ínclito reino de Castilla.

El paso de Ribadeneira por mares y tierras de desconocimiento—entonces—absoluto, es el paso franciscano de un

alma sola, que no se interesa por lo que ve más que el tiempo necesario para comunicarse con las aristas de la realidad. La misma idea que le impulsó en España le conduce por Filipinas y Japón, como si en tales países no tuviese la menor importancia el mundo que le acoge. En este supremo cosmopolitismo del espíritu se halla el dominio de los misioneros y la luz y santificación de sus conductas; pudiendo haber quien iguale, mas no quien supere, en tales glorias a fray Marcelo de Ribadeneira. Su empresa mística comienza y acaba en igual tono de súplica y reverencia a Dios, y su agudeza y buen decir llenan seis libros, en los que nada sobra y en los que no se nota la más ligera señal de palidez narrativa ni de cambio en el método que se propuso cuando los designios divinos le impidieron morir crucificado. Como historiador de sucesos dramáticos y sentimentales se suma—con ventaja casi siempre—al grupo de los cronistas puros, que sinópticamente determinan el cuadro apostólico de los grandes misioneros españoles de antaño, continuado por los sucesores en todo el siglo XVII. Sucesores que, a su vez, mantienen las artísticas y espontáneas diferencias de contar, exaltar, describir o reír cuando el verdugo prepara su cadalso.

Como estampa de estos arrebatos de fe, adornados con la gracia de las comunicaciones expresivas, pocos igualan al inolvidable padre Santa María. La figura de fray Antonio de Santa María es una de las más voluminosas y fecundas de su época misionera. Su epistolario es tan admidable como extenso, y en su gráfica Relación... (1) *asombran las serenas audacias y los riesgos que manifiesta y atraviesa. Nunca le faltan alientos ni esperanzas, hallándose ejemplos de su fuerza espiritual y hasta de «humor» en los momentos más terribles, como, al ser encarcelado con otros misioneros en la China en un inmundo calabozo lleno de presos miserables, dice que el calabozo era «bajo y estrecho, sin ventana ni respiradero, mas sola la puertecilla de su entrada, que era de reja... El calor nos ahogaba... Avía un solo catre, en que dormía el carcelero... A un rincón*

(1) *«Relación de la persecución que en este reyno de la Gran China se levantó contra nuestra santa fe y sus predicadores, año del Señor de 1664, dirigida a nuestro R. m. P. General de toda la Seráfica familia franciscana», por fray Antonio de Santa María, indigno hijo della, preffecto apostólico eiusdem Ordinis Minorum en este reyno de la China.* «Sinica franciscana», del padre A. den Wyngaert, t. II.

avía un candil... El padre Juan Vallat, en pie toda la noche, por no poder ni aun sentarse, y arrimado ansí a la pared, dormía y roncaba, cayéndosele la cabeza ya aquí ya allí, con bisages que hacía dormido en pie, que a los demás que no dormíamos nos provocaba a reyr» (1). Esta es la fisonomía franciscana hereditaria, cuyo principio es medieval y cuyas fuentes directas se hallan en los antecesores inmediatos, entre los que significa Ribadeneira un conjunto de anhelos y de bellezas que pueden multiplicarse en características definitivas y valiosas. Influye de diversos modos, porque son muy diversos los matices de su obra y los géneros de su elocuencia. Posee sobre todo el don de la serenidad. Cuenta y vive, porque tiene que contar y vivir para glorificación de los demás que le preceden en el paso de los umbrales de la muerte. Si nota imperfecciones, nunca se las achaca a nadie, sino a él, porque el respeto a cuanto le rodea es invariable y deja siempre en alto la conducta del prójimo. Hace consigo mismo lo que cuenta Pereyra de Francisco Pizarro, que jugando a la bola y ensuciándose la mano de lodo al cogerla del suelo, se limpió en la «alpargate», y un criado le dijo: «Vuesa señoría pudiera limpiarse la mano en ese paño de narices que tiene en la cinta y no en el alpargate.» A lo que Pizarro contestó: «Véolo tan blanco que no loso tocar.» Luego, el mismo Pereyra dice de los conquistadores que «encontraron el mundo fragmentado y unieron sus inconexas partes... A ellos se debe la geografía universal, la historia universal, el hombre universal...».

Las embajadas misioneras que una y otra vez iban en busca de almas para Dios, padeciendo martirios y fracasos, como en las empresas de la China, encauzaron las colonizaciones castellanas, legislando sapientísimamente y suavizando los rigores de la conquista militar. Universalizaron tutelando y dejándonos la prueba más extensa de eficacia

(1) Fray Antonio de Santa María fué nombrado prefecto apostólico de la misión seráfica de China por el Pontífice Urbano VIII, una vez resuelta la cuestión de los ritos chinos, y salió para el Celeste Imperio con los padres José Casanova y Buenaventura Ibáñez, más un hermano donado de nacionalidad china, el 10 de junio de 1649. Desembarcaron en Hanoi, y siguió solo fray Antonio hasta Pekín con ánimo de seguir a Corea, encontrándose con el padre jesuíta Juan Adam Schall, que le hizo ver la imposibilidad de sus deseos y le ayudó a establecerse en Changtung. Al poco tiempo llegaron a 4.000 conversiones entre la capital de la provincia y los pueblos y aldeas del contorno. *Bibliotheca Hispana Missionum*, «*Misiones franciscanas*», t. V.

que el empleo de los sentimientos deja en la Humanidad. El lenguaje misional expresa un ímpetu de cruzada que apenas levanta la voz, embarcándose para desembarcar en países tan remotos como extremosos en el clima y en el color de sus panoramas y costumbres. Los viajes marítimos eran—en sí mismos—epopeyas individuales, cuyo riesgo se aceptaba a cambio de las posibilidades de fortuna en los caudillos, en los capitanes y en los simples alistados de cada embarcación. Pero en los frailes, que iban a redimir, no hubo compensaciones que fuesen distintas a la perspectiva de sufrir para convertir. Su viático de peregrinos eran los huracanes, y su epílogo el sufrimiento y el martirio. Este acento de sacrificio coronó la empresa gigantesca, la cual, si los siglos la debilitaron, no fué por apagarse la llama del deseo evangélico ni por abandonos de la idea fecunda, sino por errores y cambios en la gobernación de los dominios.

El padre Ribadeneira y sus innumerables compañeros se abismaban en continentes y en propósitos, no contando con la salida ni preocupándose de ella. Tampoco España, ciertamente—en su iniciativa colosal de duplicar los límites del mundo—, supo nada del número de peligros ni de millones de hombres que intentarían cerrarla el paso y oscurecer su inmenso pensamiento, ni se detuvo a meditar en la salida, porque la buscaría con las armas y las temeridades. Pero los frailes misioneros—si la buscaban—fué siempre con la oración, la mansedumbre y el humo de su carne abrasada, hecha cirio de altares y perfume de bendiciones y promesas. Esto es lo que se lee en los volúmenes heroicos de las Ordenes, que alumbran como las hogueras de una romería de peregrinos sobre el mar.

Este mismo carácter de la presente edición puso límites a nuestra pluma para dilucidar cuestiones planteadas por el padre Ribadeneira, hacer más extensas nuestras breves acotaciones y conjugar el texto con autores y libros coetáneos o posteriores. Ello rebasaría el plan de la Biblioteca. *Unicamente, y esto ya lo creemos necesario, damos al lector curioso o estudioso un índice bibliográfico de impresos y manuscritos que se refieren a los temas tratados por el padre Ribadeneira, para que pueda completar noticias dadas por el autor. A los padres Schilling y Rancaño, ilustres hermanos nuestros, se las debemos y agradecemos.*

Aparte de los méritos intrínsecos de la obra del padre Ribadeneira, más que suficientes para reeditarla, muévenos, además, a ello la actualidad que le presta la reciente tragedia de Filipinas, en la que supieron morir como héroes y mártires tantos hermanos nuestros. Paisano e hijo de la misma provincia franciscana, la seráfica de Santiago, a que perteneció primeramente el benemérito cronista, no podíamos consagrarle mejor recuerdo. Su Historia... *apenas es conocida ya, porque, no obstante haberse hecho de la misma varias ediciones, aparece clasificada entre los libros raros. Del que figura en nuestra Biblioteca Nacional con la signatura R. 6664, edición de 1601, transcribimos la presente edición, no con carácter crítico, sino con la sencilla y decorosa ilustración de notas y aclaraciones que esta Biblioteca «España Misionera», patrocinada por el Consejo Superior de Misiones y publicada por La Editorial Católica, presenta a sus lectores sus libros escogidos.*

En el libro VI de su Historia..., *y como introducción a las semblanzas de los mártires, dice nuestro padre Marcelo de Ribadeneira: «Ya que por justo juicio de Dios (cristiano lector) y por mis deméritos y muchedumbre de pecados no fuí compañero en la muerte por Cristo de los que acompañé en vida y ayudé en la conversión de almas, ofreciendo mi pobre cornadillo, aprendiendo la lengua para predicar, doctrinar y confesar, andando por las ciudades y aldeas circunvecinas de Miaco siendo como maestro de la mayor parte de los gloriosos japones (de quien pudiera, en virtud y santidad, ser yo discípulo), parecióme que tenía obligación, ya que en los libros pasados he tratado de su vida en común y de su célebre martirio, de escribir sus vidas en particular..., pidiéndoles humildemente su intercesión y poniendo las reliquias de los que, no estimando más un remiendo de sus pobres vestidos y un pedacito de sus huesos que el oro, plata y piedras preciosas de la tierra...». Con estas palabras de fervor y galanura de lenguaje dice el padre Ribadeneira todo lo que tiene que decir de su propósito, y yo también he dicho todo lo que me corresponde, declarando abierta la* Historia..., *para descanso y satisfacción de los lectores.*

FRAY JUAN R. DE LEGÍSIMA, O. F. M.

BIBLIOGRAFIA

El año 1582 llegaron al Japón los primeros Franciscanos. Fueron los hermanos legos fray Juan Pobre Díaz Pardo y fray Diego Bernal, los primeros miembros de la Orden Seráfica que pisaron el suelo del Imperio del Sol Naciente, evangelizado por San Francisco Javier de 1549 a 1551, el cual estableció allí, firmemente, las Misiones de la Compañía de Jesús. Los dos humildes Franciscanos pasaron unos seis meses en tierras japonesas. Nuevamente volvió fray Juan Pobre con otro Franciscano, en compañía del agustino padre Francisco Manrique, en 1584, arrojados por una tempestad al puerto de Firando (Hirado), en la nave del capitán Bartolomé Váez de Landero, cuando se dirigían a Macao.

Las Memorias contemporáneas nos dicen que el porte humilde y el hábito pobre de los Franciscanos de tal manera subyugaron los ánimos de los japoneses, que besaban el suelo que pisaban y hasta les tomaban pedazos del hábito por devoción. Después de dos meses de estancia en aquellas tierras se volvieron a Manila (1).

La entrada oficial de los Franciscanos tiene lugar algunos años más tarde, en 1593, con la embajada famosa de San Pedro Bautista, enviado desde Manila por el gobernador Pedro Gómez Pérez Dasmariñas (2). Conocido es el buen resultado de la embajada y las amistosas relaciones de los Franciscanos con el emperador Taykosama, merced a las cuales pudieron fundar casas e iglesias en Kyoto, Osaka y Nagasaki. La misma protección les dispensó el gobernador Maeda Motokatsu, llamado también Guenifoin. «El gobernador del reino—dice el padre Marcelo de Ribadeneira—, sabida la obra de los hospitales, dixo que era honra grande del reyno que huviese en él gente de tanta piedad, y solía dezir: Viendo estos Padres Descalços siento acá dentro en el coraçón un no sé qué, que me dize que deue hauer saluación y otra vida.»

A San Pedro Bautista habían acompañado otros tres Franciscanos, designados por el provincial fray Pablo de Jesús y por Gómez Pérez Dasmariñas. Eran el padre Bartolomé Ruiz y los hermanos legos San Francisco de la Parrilla y San Gonzalo. El último, nacido en la India, de padre portugués, y catequista de los padres jesuítas durante varios años en el Japón, se había hecho Franciscano seducido por la sencillez y santidad de vida de fray Juan Pobre Díaz Pardo. Al año siguiente

---

(1) *Archivo Ibero Americano* (= AIA), VI, Madrid, 1915, 245-248; IX, 1918, 81.

(2) Vid. ESPAÑA MISIONERA, II, 1945, 326-355.

mandó el padre provincial otros cuatro padres: Agustín Rodríguez, Marcelo de Ribadeneira, Jerónimo de Jesús y Andrés de San Antonio. Luis Pérez Dasmariñas, gobernador de Filipinas por muerte de su padre, los despachó como embajadores con nuevas cartas para Taykosama. El padre Andrés murió a la vista de Formosa, y los otros tres llegaron a Hirado el 27 de agosto. Desde allí se dirigieron a Kyoto, y «como veníamos con título de embaxadores en cada lugar se nos daba fácilmente embarcación», dice el padre Ribadeneira (1). De Kyoto, acompañados por San Pedro Bautista y por San Gonzalo, se trasladaron los nuevos embajadores a Fushimi para presentar sus cartas al emperador, el cual los recibió con mucha bondad y cariño. En años sucesivos fueron llegando otros Franciscanos. Las Misiones fueron en continuo progreso.

Aunque no es nuestro propósito hacer un estudio de la historia de las Misiones franciscanas, damos a nuestros lectores un pequeño párrafo de una relación de fray Juan Pobre de Zamora (2), párrafo más elocuente que todo un tratado. «El concierto [de vida] que se tiene, así en el convento como en los hospitales, es admirable. Los religiosos dicen sus maitines, ya cantados, ya rezados; largas vigilias, devotas oraciones, continuas disciplinas y ayunos. A las cuatro y a las cinco dicen Prima, Tercia, Sexta y Nona, y luego la Misa mayor, cantada o rezada, conforme es la fiesta del día. Luego los religiosos se van a estudiar la lengua. Los japoneses cristianos, que son seis, a predicar a los gentiles, que acuden tantos a oír, que muchos días no les dan lugar para comer ni para cenar. Tanta es la gente que acude, que acontece estar predicando hasta las diez y más de la noche. Los religiosos, a las dos, dicen Vísperas y Completas, y luego la mitad de ellos se van a bautizar, y la otra mitad a lavar los leprosos; y en este ejercicio se ocupan hasta las cinco, que se van al coro a decir la *Benedicta*, y están hasta cerca de las ocho en oración...

Pues en los hospitales, ¿quién habrá que no loe al Señor de ver el concierto que hay? Dicen la doctrina cinco o seis veces al día, y están tan diestros en decirla los pobres y algunos tan enseñados en la fe, que no ha entrado el gentil haciendo muchos ascos y tapándose las narices, porque aborrecen extraordinariamente los pobres, y más leprosos, más luego no le falta alguno que le dice: «Tapaos, tapaos, que más mal olor hay en el infierno y mayor tormento.» Diciéndoles otras cosas que a muchos gentiles han convertido las palabras llanas y sin doblez de estos simples...»

De este sabor serían innumerables los episodios que pudiéramos sacar de las relaciones de nuestros misioneros. Los Franciscanos, en efecto, siguiendo el ejemplo del Serafín de Asís, sintieron siempre especial predilección por el apostolado fundado en la caridad heroica, practicada en los hospitales y leproserías y en el socorro de los pobres. Y este método de evangelización subió de punto, si se quiere, en las Misiones del Japón. El mismo fray Juan Pobre de Zamora nos relata lo que sigue:

«Yo estaba delante cuando entró un gentil, y viendo cómo el hermano Marcelo lavaba a los leprosos, lo estuvo mirando, y de allí a poco

(1) Cf. AIA, IX, 1918, 102 s.
(2) No se debe confundir a Fr. Juan Pobre de Zamora con su homónimo Juan Pobre Díaz Pardo, como sucede con frecuencia.

espacio comenzó a predicar a los cristianos y a decir el que no lo era: «Sean muy agradecidos a estos padres lo que hacen con vosotros. Dejan el regalo que tenían, vienen de lejanas tierras a curaros, no hay padre ni madre que tal haga con su hijo en Japón, matarlo sí, si no es de provecho.» Y diciéndoles estas y otras cosas, dió a todos limosna y se fué» (1).

El crecimiento del número de cristianos en el Japón era verdaderamente extraordinario. Pero también estaban ya cercanos los días de tribulación. Persecuciones tan inauditas como las del Japón y tan refinadas y crueles, cuenta pocas la Historia de la Iglesia. ¿Causas? Fueron, sin duda, muchas y variadas. Pero no la menor, ciertamente, fueron los intereses de naciones que se encontraron y combatieron con medios no siempre lícitos en tierras del Sol Naciente.

España fué sembrando de naciones y tierras cristianas y católicas las rutas de su Imperio y de su apostolado. Canarias, América, Filipinas, Guam... Pero al llegar al Japón y a la China, siempre por la ruta de Occidente, se encontró con los intereses de otra potencia colonial, la cual seguía la ruta inversa de Oriente. Esta potencia era Portugal, nuestra nación hermana en el espíritu misionero, pero que no demostró, ni podía hacerlo, el mismo poder de asimilación de los países ocupados que demostró España, por contar con menos medios.

San Francisco Javier había pasado al Japón vía Lisboa-India. La misma ruta siguieron los demás jesuítas. España llegó al Japón y China por la vía de Méjico-Filipinas. Portugal, que había cogido la delantera en Japón, no pudo ver con buenos ojos el establecimiento de los españoles, que les harían competencia comercial. Y los españoles, por su parte, creían que a ellos les pertenecían aquellas tierras en virtud de la famosa línea de demarcación de Alejandro VI. Más tarde llegaron los calvinistas holandeses, que no perdonaron medio alguno para dañar al catolicismo, aunque fuese necesario pisotear el crucifijo; pero esto no tuvo lugar hasta el siglo XVII.

De los diversos puntos de vista participaron también los misioneros, según las naciones a que pertenecían. No es de extrañar, por tanto, que en Manila y en Madrid se apoyase y viese de buen grado la ida de los Franciscanos, y más tarde la de los dominicos y agustinos, al Japón, mientras que en la India y Portugal, no obstante su dependencia de Felipe II, no se veía esto de buen grado. Los padres jesuítas obtuvieron en 1585 de Gregorio XIII el Breve *Ex pastorali officio*, del 28 de enero, en el cual se les daba la exclusiva de la evangelización del Asia Oriental. Pero al año siguiente, el Papa Sixto V daba a favor de los Franciscanos la Buna *Dum ad uberes*, del 18 de noviembre, por la cual elevaba la custodia de San Gregorio Magno de Filipinas al rango de provincia y le daba facultad para edificar conventos e iglesias «en todas partes» de Oriente, incluso China. Los Franciscanos interpretaron esta Bula como una derogación, por lo menos para ellos, del Breve de Gregorio XIII, y lo mismo se reconoció en Manila. En 1600, Clemente VIII, por la Constitución «Onerosa Pastoralis officii», del 12 de diciembre, lo revocó para todas las Ordenes mendicantes, sin distinción de nacionalidad; pero todos los misioneros no portugueses debían hacer el camino vía Lisboa-Goa. Pero también esta cláusula fué abolida por

(1) AIA, X, 1918, 54 s.

Paulo V, en 1608, por la Constitución *Sedis Apostolicae*, dada a instancias de los Franciscanos, especialmente, y de la Corte de Madrid. De esta manera quedó a libre elección la ruta a seguir para las Misiones de Extremo Oriente, a las cuales podían, asimismo, aspirar los miembros de todas las Ordenes religiosas.

¿Cuál hubiera sido la suerte del cristianismo en el Japón si España se hubiera encontrado allí sola, sin choques con otros intereses y países y hubiera desplegado también allí todo su celo misional sin interferencias extrañas? La respuesta no es fácil; pero no sería aventurado el suponer que también en el Imperio del Sol Naciente habría triunfado el catolicismo, como triunfó en los demás países evangelizados por España.

Intimamente unida a lo que acabamos de decir, como causa de las persecuciones de la Iglesia en el Japón y su consiguiente exterminio, figura la ambición y avaricia de Taykosama, el cual vió ocasión muy oportuna para saciarla en el desgraciado accidente del galeón «San Felipe». Fué la causa inmediata del martirio de los veintiséis crucificados de Nagasaki y de la primera gran persecución, porque las riquezas del galeón ofrecieron a Taykosama la oportunidad de resarcirse de los enormes daños sufridos durante los terremotos y ciclones que asolaron el Imperio el año 1596. Sus efectos desastrosos alcanzaron también al galeón «San Felipe», que zarpó el 12 de julio de Manila para Méjico con doscientas treinta y tres personas, de las que siete eran religiosos. Las tormentas arrojaron el navío a las costas del Japón y encalló en el puerto de Urado. Todas las relaciones de los españoles, así las de los viajeros del galeón como la de Bernardino de Avila, que ya estaba en Japón desde 1584, hacen hincapié en la complicidad de los portugueses, que con toda clase de manejos trataron de expulsar a los Franciscanos, sin reparar en los medios ni en las consecuencias. A la llegada del galeón hicieron creer a Taykosama que los religiosos españoles no eran más que espías del rey de España y adelantados suyos para preparar el terreno para conquistar el territorio, como había hecho con Perú, Méjico, Filipinas y otras tierras, y que los del galeón eran corsarios.

Taykosama, que siempre había tratado con suma amistad a los Franciscanos y había concedido libertad de comercio entre su Imperio y Filipinas, cambió repentinamente de conducta con la llegada del galeón. Instado por sus ministros a secuestrar las riquezas que llevaba en mercancías y alhajas, no encontró mejor motivo para romper los compromisos contraídos con Filipinas que hacer caso de las acusaciones lanzadas contra los españoles y contra los frailes de Filipinas. Sin más dilaciones dictó sentencia de crucifixión para todos los misioneros, y con ellos a todos los cristianos. Los jesuítas se libraron gracias al apoyo de varios ministros del emperador (1).

A partir de 1598, la Iglesia disfrutó de diversos períodos de paz. Pero de 1612 en adelante, las persecuciones se fueron generalizando cada vez más, hasta acabar, prácticamente, con el cristianismo.

En las páginas siguientes damos a nuestros lectores la documentación auténtica y de primera mano referente a las Misiones franciscanas. No

(1) Cr. Pérez, P. Lorenzo, O. F. M., *Cartas y Relaciones del Japón*, III. Madrid, 1923, 1-134, donde trata largamente de los sucesos y martirios. En adelante citaremos: Pérez y la obra.

es un catálogo completo, pero suficiente para darse idea bastante exacta del curso de los sucesos. Toda la documentación tiene sumo valor, por tratarse casi siempre de testigos inmediatos. La literatura en donde se trata de las Misiones la excluímos de propósito, pues haría una lista interminable.

1.—Carta de San Pedro Bautista al rey, en la que se lamenta del poco entusiasmo que hay entre los religiosos de España para pasar a las Filipinas, por haberse divulgado que estaba cerrada la puerta de China. Le comunica que algunos reyes del Japón han escrito a los gobernadores de Manila pidiendo religiosos Franciscanos, y que estando ya algunos dispuestos para emprender el viaje, publicaron los padres de la Compañía el *Motu proprio* de Gregorio XIII. Le dice que con motivo de la persecución que sufrían los padres jesuítas en Japón, el obispo de Manila había acordado mandar tres o cuatro religiosos, a lo que se opuso el gobernador; por lo que suplica a Su Majestad alcance la revocación del *Motu proprio* de Gregorio XIII.—Manila, 23 de junio de 1590.

AIA, IV, 1915, 398-402; Pérez, *Cartas y relaciones del Japón*, I, Madrid, 1916, 19-23.

2.—Solicitud que Faranda Queimon [Harada Kyemon], embajador de los reinos de Japón, entregó a Dasmariñas.—Mayo de 1592.

Pérez, *Cartas y relaciones del Japón*, II, Madrid, 1920, 31.

3.—Carta del gobernador Gómez Pérez Dasmariñas a Su Majestad. Manila, 11 de junio de 1592.

Pérez, l. c., 31-32. Es una información de la embajada japonesa llegada a Manila el 20 de mayo de 1592.

4.—Carta del padre fray Juan Cobo, O. P., al gobernador Gómez Pérez Dasmariñas.—Cuxi, a 29 de octubre de 1592.

Pide al gobernador diez misioneros Franciscanos para el Japón. Streit, *Bibl. Missionum*, IV, 472, n. 1.748.—Colin-Pastells, *Labor evangélica*, I, Barcelona, 1904, 183.

5.—Testimonio jurídico de lo que trató el gobernador con el embajador del Japón Faranda Queimon.—Manila, a 27 de abril de 1593.

Colins-Pastells, l. c., 60 s.

6.—Súplica y requerimiento del padre Antonio Sedeño, S. J.—Manila, 1593.

AIA, IX, 1918, 87 s. Pérez, *Cartas y relaciones del Japón*, II, 33 s. Colin-Pastells, l. c., 66 s.

7.—Facultad al padre fray Pedro Bautista, como embajador, que le dió el gobernador Gómez Pérez Dasmariñas.—Manila, 20 de mayo de 1593.

Pérez, *Cartas y relaciones del Japón*, I, 1916, 25. Padre Juan Francisco de San Antonio, O. F. M., *Chrónicas de la Provincia de San Gregorio*, III, Sampaloc, 1744, lib. 1, cap. XIV.

8.—Consultación y declaración sobre la ida de los padres Franciscanos para el Japón.—Manila, a 28 de mayo de 1593.

Colin-Pastells, *Labor Evangélica*, II, Barcelona, 1904, 74 s. Los padres fray Alonso Damenes, Francisco de Casmina, Juan de Castro, Andrés de Aguirre, Antonio de Paz, Luis Jandullo y Juan de San Pedro Mártir declararon que el Breve de Grego-

rio XIII había sido derogado por el de Sixto X, de 1588, y que los Franciscanos podían ir al Japón. (Vid. Streit, IV, 477, n. 1.765.—AIA, IX, 1918, 89-91.)

9.—Carta del gobernador Gómez Pérez Dasmariñas a Su Majestad. Manila, a 22 de junio de 1593.

Colin-Pastells, l. c., 59-60.

10.—Carta del padre Pedro Bautista al padre provincial de Manila manifestándole el resultado de la embajada y lo mucho que promete la Misión del Japón.—Escrita en octubre de 1593.

Torquemada, *Monarquía indiana*. Madrid, 1723, lib. V, cap. XXX.

11.—Carta del padre León Organtino, S. J., a San Pedro Baustista, en la que se hace el retrato del dictador del Japón, Tayko.—Meaco /Kyoto/, 25 de diciembre de 1593.

AIA, VI, 313-316.

12.—Carta de San Pedro Bautista al gobernador de Manila, Gómez Pérez Dasmariñas, en la que le da cuenta del resultado de la embajada. Meaco, 7 de enero de 1594.

AIA, IV, 1915, 402-418.—Pérez, l. c., I, 23-39.

13.—Carta de San Pedro Bautista al gobernador de Manila, don Luis Pérez Dasmariñas, en la que vuelve a tratar de la contestación de Tayko a la embajada; indica el orden que conviene observar en el despacho de los barcos que han de ir de Manila al Japón, y viceversa; refiere algunas contradicciones que empezaban a sentir los Franciscanos y algunas otras cosas, de las que ya trató en la carta anterior.—Meaco, 4 de febrero de 1594.

Ms. de la Biblioteca Nacional de Madrid. Sección de Mss. 95 v.-98 v. N. 13, 173.—AIA, VI, 1916, 197-201.—Pérez, l. c., I, 1916, 39-44.

14.—Consejo de guerra celebrado en Manila para contestar a Tayko el día 22 de abril.

AIA, l. c., 204-212.—Pérez. l. c., I, 47-54.

15.—Carta de don Luis Pérez Dasmariñas a San Pedro Bautista, en la que le aconseja que trabaje para mantener buenas relaciones con Tayko.—Manila, 27 de abril de 1594.

AIA, l. c., 201-202.—Pérez, l. c., 44.

16.—Carta del gobernador Luis Pérez Desmariñas a Su Majestad. Manila, a 22 de junio de 1594.

Colin-Pastells, l. c., II, 78.

Le informa de la embajada de San Pedro Bautista y le notifica el viaje de Pedro González a España. La escritura que éste presentó al rey sobre la embajada puede verse en Pérez, *Cartas y relaciones del Japón*, I, 33 s.

17.—Carta de San Pedro Bautista al gobernador don Luis Pérez Dasmariñas, en la que le da cuenta del resultado de la embajada que llegó al Japón en 1594 y le pide una limosna para terminar el convento e iglesia de Kyoto.—Meaco, 13 de octubre de 1594.

AIA, l. c., 212-217.—Pérez, l. c., I, 54-59.

18.—Carta de Taykosama, rey del Japón, al gobernador don Luis Pérez Dasmariñas.—C. 1594.

Colin-Pastells, l. c., I, 183.

Contesta a la carta que le había entregado San Pedro Bautista.

19.—Carta de fray Jerónimo de Jesús, O. F. M., al gobernador de las islas Filipinas, don Luis Dasmariñas, en la que le manifiesta la necesidad de que mande algunos presentes para poder agenciar los asuntos de Manila con Tayko y con sus privados ; le dice que no escriba a Tayko mientras éste no conteste a la que recibió últimamente y le da algunas noticias sobre la guerra de Corea.—Nagasaki, 10 de febrero de 1595.

Archivum Franciscanum Historicum, XVII, Quaracchi, 1924, 98-100.

20.—Carta de fray Jerónimo de Jesús al padre comisario visitador y al padre provincial de la de San Gregorio, en la que anima al primero a que vaya al Japón ; refiere la buena acogida que en Nagasaki les hicieron tres religiosos de la Compañía de Jesús y la oposición de algunos otros.—Nagasaki, 10 de marzo de 1595.

Ib., 100-105.

21.—Carta de fray Jerónimo de Jesús al padre Luis de Maldonado, en la que le ruega avise al rey de España la contradicción que les hacen los de la Compañía y le suplica vaya a Japón, para que con su prudencia y sabiduría resuelva algunos asuntos dificultosos que contribuyen a la oposición de los misioneros portugueses.—De Japón [c. 1595].

L. c., 105-109.

22.—Apuntamientos de fray Jerónimo de Jesús, para los padres de la provincia de San Gregorio, tocante al Japón.

L. c., 114-117.

23.—Carta o relación de fray Jerónimo de Jesús a don Luis Dasmariñas, en que le refiere los desaciertos de Tayko en el gobierno del Imperio.—Año 1595.

Ibídem.

24.—Carta de San Pedro Bautista al gobernador de Manila, en la que vuelve a insistir sobre el presente que conviene mandar a Maeda Motokatsu y sobre el que promete a Tayko, y le manifiesta el disgusto que tiene al ver que Tayko no se cuida de contestar a la carta de la segunda embajada.—Nagasaki, 6 de marzo de 1595.

AIA, VI, 1916, 217-219.—Pérez, *Cartas y relaciones del Japón*, I, 1916, 56-61.

25.—Carta de San Pedro Bautista al padre Pedro Gómez, viceprovincial de la Compañía de Japón, escrita cuando le quisieron echar, y le echaron, del Hospital de San Lázaro, de Nagasaqui, donde después fué crucificado.—Sin fecha.

AIA, l. c., 219-222.—Pérez, l. c., 61-65.

26.—Informe sobre la utilidad de la ida de los Franciscanos al Japón, instruído de orden del gobernador de Filipinas, don Luis Pérez Dasmariñas, y a petición del padre Juan de Garrovillas, ministro provincial. Año 1595.

AIA, IX, 1918, 174-212.—Pérez, l. c., II, 95-132.

27.—Decreto del gobernador don Luis Pérez Dasmariñas.—Manila, 17 de abril de 1595.

Pérez, *Memoriales y otros documentos del padre Francisco de Montilla.* Quaracchi, 1923, 30-31.

El decreto menciona, con grandes alabanzas, la acción misionera de los Franciscanos en el Japón y faculta la entrega de algunos documentos.

28.—Relación y certificación de las cosas y estados del Japón, por el provincial de los Descalzos Franciscanos [padre Juan de Garrovillas] y el Cabildo de Manila.—29 de abril de 1595.

AIA, IX, 1918, 212-248.—Pérez, l. c., II, 133-169.

29.—Carta del gobernador de Filipinas, don Luis Pérez Dasmariñas, al presidente del Consejo de Indias, en la que le da cuenta de las ventajas que para las islas Filipinas va reportando la entrada de los Franciscanos en Japón.—Manila, 15 de mayo de 1595.

AIA, IV, 1915, 443 s.

30.—Carta del padre Juan de Garrovillas, provincial de la de San Gregorio, a Su Santidad, en la que recomienda al custodio de la provincia que pasa a Roma a tratar varios asuntos de las misiones, y particularmente acerca de las del Japón ; le manifiesta la buena acogida que nuestros religiosos tuvieron ante el Kwambaku Tayko y le ruega derogue el *Motu proprio* de Gregorio XIII concedido a favor de los padres de la Compañía.—Manila, 1 de junio de 1595.

AIA, IX, 1918, 249-251.—Pérez, l. c., II, 170-172.

31.—De Iaponibus et eorum insulis et regnis, de viribus et moribus eorum, et de accessu Fratrum Discalceatorum ad illa regna verissima Relatio, a litteris a fratribus ibidem commorantibus missis verissime et ad unguem excerpta.—Manilae ydibus maii, 1595.

AIA, l. c., 251-263.—Pérez, l. c., 172-184.

32.—Carta del obispo del Japón [don Pedro Martínez] a los misioneros Franciscanos, en la que manda presenten al padre viceprovincial de la Compañía los documentos pontificios y reales en que se fundan para poder residir en el Japón, y de no merecer su aprobación, les ordena que se vuelvan a las islas Filipinas.—Macao, 15 de junio de 1595.

AIA, XV, 1921, 166-168.—Pérez, *Cartas y relaciones del Japón*, III. Madrid, 1923, 187-189.

33.—Carta del gobernador don Luis Pérez Dasmariñas a Su Majestad. Manila, a 15 de junio de 1595.

Colin-Pastells, l. c., 79.—Pérez, l. c., 51 s.

Alaba a los misioneros Franciscanos del Japón y recomienda al padre Francisco de Montilla, O. F. M., que va a España a informar.

34.—Carta de San Pedro Bautista al provincial de Manila, fray Juan de Garrovillas, en la que le da algunos consejos para que gobierne con acierto la provincia ; le comunica la muerte de Hidetsugu, sobrino de Tayko ; le ruega se interese por las Misiones del Japón y le alivie del cargo de comisario.—Nagasaki, 11 de septiembre de 1595.

AIA, VI, 1916, 223-227.—Pérez, l. c., I, 65-69.

35.—Carta de San Pedro Bautista, en la que manda, por santa obediencia, a los religiosos del convento de Kyoto informen lo que supieren sobre ciertas acusaciones que les hacían los padres de la Compañía. 1 de diciembre de 1595.

AIA, VI, 1916, 227-229; IX, 1919, 232-234.—Pérez, l. c., I, 70 s.

36.—Carta de San Pedro Bautista mandando al padre Marcelo de Ribadeneira poner en caracteres latinos ciertos testimonios dados por los cristianos japoneses y escritos a su modo, en los que declaran lo muy provechosos que son los frailes de San Francisco en el Japón.—12 de diciembre de 1595.

AIA, VI, 1916, 229-230.—Pérez, l. c., I, 71 s.

37.—Carta del padre fray Jerónimo de Jesús, O. F. M., enviada del Japón a don Luis Pérez Dasmariñas [1595].

Colin-Pastells, l. c., II, 692 s.

38.—Extracto de una carta del santo mártir fray Pedro Bautista, O. F. M.—[De Japón] 1595.

Ibídem, 693 s.

39.—Informe de San Pedro Bautista contestando a las acusaciones que le hacían los padres de la Compañía.—1 de enero de 1596.

AIA, VI, 1916, 230-236.—Pérez, l. c., I, 72-78.

40.—Carta de San Pedro Bautista e informe de sus súbditos sobre el mismo asunto.

AIA, l. c., 236-248.—Pérez, l. c., 79-91.

41.—Carta de San Pedro Bautista al obispo del Japón, don Pedro Martínez, quejándose de su modo de proceder con los Franciscanos de Nagasaki.

AIA, l. c., 249-250.—Pérez, l. c., 91-92.

42.—Carta del doctor don Antonio Morga a Felipe II.—Manila, 6 de julio de 1596.

Blair-Robertson, *The Philippine Islands*, IX, Cleveland, 1904, 263-273.—Extracto en Colin-Pastells, l. c., II, 88.

La carta habla de la acción misional de los Franciscanos en Japón, que los jesuítas piden que los Franciscanos abandonen el Japón y que, dada la inclinación del emperador hacia la pobreza y caridad franciscanas, no se altere su tranquilidad.

43.—Información que mandó instruir San Pedro Bautista sobre el modo de proceder del obispo de Japón, don Pedro Martínez, contra los Franciscanos del convento de Nagasaki.—4 de octubre de 1596.

AIA, l. c., 250-267.—Pérez, l. c., I, 92-105. Véase sobre esto Pérez, *Persecución y martirio de los misioneros Franciscanos*, en AIA, XIII, 1920, 40 ss.

44.—Minuta de una carta que envió el santo mártir fray Martín de Aguirre, del Japón, 7 de octubre de 1596. Sacada a la letra de su original; escrita a fray Francisco de Montilla.

AIA, XV, 1921, 171-176.—Pérez, *Cartas y relaciones del Japón*, III, 192-197. Vid. Streit, *Bibliotheca Missionum*, IV, 485, n. 1.810.

45.—Carta de San Pedro Bautista al padre Francisco de Montilla, en la que le comunica las contrariedades que el obispo de Japón y los de

la Compañía causaban a los Franciscanos, para que informe de la verdad al Papa y al rey; le refiere algunos sucesos ocurridos en Japón y le encarga le mande algunos religiosos virtuosos e instruídos.—Osaka, 11 de octubre de 1596.

AIA, VI, 1916, 267-276.—Pérez, l. c., I, 110-118.

46.—Carta del santo Pedro Bautista al general don Mathías de Landecho.—Osaka, 29 de octubre de 1596.

Pérez, l. c., I, 141.

47.—Carta de San Pedro Bautista al padre Marcelo de Ribadeneira. en la que le da su bendición para marchar a Manila y le refiere las gestiones que ha hecho para que Tayko no se apoderase de las mercancías del galeón «San Felipe».—Meaco, 17 de noviembre de 1596.

AIA, VI, 1916, 276-286.—Pérez, l. c., 118-128.

48.—Traslado fiel y verdaderamente sacado de una carta original del padre fray Pedro Bautista, comisario de los padres Franciscanos en Japón, escrita a uno de su Religión. «Al hermano fray Marcelo de Ribadeneira, que N. S. guarde, predicador, etc., en Nagasaki: Y en su absencia a qualquiera de los hermanos.» Del comisario.

Madrid, Bibl. de la R. Academia de la Historia, Col. Jes., VII, 102, n. 7. Sevilla, A. I., 67-6-18.

49.—Carta de San Pedro Bautista a fray Agustín Rodríguez contándole algunos trabajos que les habían dado los padres teatinos y el obispo de Japón, que era teatino; al propio tiempo le comunica el valor y fervor de los cristianos con motivo de la persecución.—Meaco, 18 de diciembre de 1596.

AIA, l. c., 286-290.—Pérez, l. c., I, 128-131.

50.—Carta de San Pedro Bautista a fray Martín y a fray Juan Pobre. [De Meaco], 23 de diciembre de 1596.

Pérez, l. c., I, 134-140.

51.—Carta de San Pedro Bautista a don Mathías de Landecho, general del galeón «San Philippe».—De Meaco, 30 de diciembre de 1596.

Ibídem, 134.

52.—Memorial del padre Francisco de Montilla, O. F. M., al rey de España, en que refiere el estado de la provincia de San Gregorio, la entrada de los Franciscanos en Japón y provecho que de ella se ha seguido; pide interponga su autoridad ante la Santa Sede para que se derogue el Breve de Gregorio XIII *Ex pastorali officio nostro*, dado el 28 de enero de 1585 a favor de la Compañía de Jesús, s. a. [c. 1595 ó 1596].

Archivum Franciscanum Historicum, XIII, Quaracchi, 1920, 207-214. Separata: Pérez, *Memoriales y otros documentos del padre Francisco de Montilla*. Quaracchi, 1923. 27-34.

53.—Carta del padre Organtino, S. J., al provincial de los Franciscanos. [Meaco, 1567.]

Juan Francisco de San Antonio, *Chronicas*, III, Manila, 1744, 462 s.—Francisco de Santa Inés, *Crónica*, Manila, 1892, 301 s.

54.—Relación muy verdadera de lo que al presente pasa en Japón y del gran provecho y fruto que se hace por medio de los religiosos Des-

calzos, y mucho más que, para gloria de Dios, se hará en adelante. [Manila, 1596.]

Pérez, *Cartas y relaciones del Japón*, II, 211-229.

Autor de esta *Relación* es fray Juan Pobre de Zamora, que escribió, además, la del núm. 109 y:

1. *Relación de la pérdida del galeón «San Phelipe» en el año de 1597*. Escrita 1598, Ms.
2. *Historia eclesiástica de las islas Philipinas y reynos de Japón y otros de gentiles de aquellas partes...*, por fray Marcello de Ribadeneyra y fray Juan Pobre...
3. *Memorial dado a el rey nuestro señor en razón de que entren religiosos de la Orden de San Francisco a la conversión de Japón y China.*

55.—Informe acerca del proceder de los Franciscanos en el Japón antes de la persecución de 1596.

AIA, XI, 1919, 232-277.—Pérez, l. c., II, 3-46.

Son las respuestas a la Circular de San Pedro Bautista, n. 35. Del padre Marcelo de Ribadeneira, 7-I-1596, p. 234-245; padre Agustín Rodríguez, 245-247; Francisco de San Miguel, 247-253; fray Juan Pobre, 253-255; fray Gonzalo García, 255-258, y padre Marcelo de Ribadeneira, 258-277.

56.—Testimonios de los cristianos japoneses en favor de los Franciscanos.

AIA, l. c., 277-292.—Pérez, l. c., 46-61.

57.—Pareceres de los letrados assi de la Nueva España como de las Philipinas acerca de la ida de los Franciscanos a los reinos de Japón.

AIA, XII, 1919, 445-452.

58.—Dos cartas de San Pedro Bautista al padre Jerónimo de Jesús.—A 5 de enero de 1597; s. año y s. l.

Ribadeneira, *Historia de las islas*, etc. Barcelona, 1601, lib. V, cap. 32.

59.—Dos cartas de San Pedro Bautista al padre Martín de la Ascensión.—S. l. y s. a.

Ibídem, cap. 2. 3.—Juan de Santa María, O. F. M., *Chronicas de la Provincia de San José*. Madrid, 1618, lib. III, cap. 13.

60.—Carta de San Pedro Bautista a los tres religiosos que estaban presos en el puerto de Nagasaki.—S. l. y s. a.

Ribadeneira, l. c., lib. V, cap. 6.—Juan de Santa María, l. c., capítulo 18.

61.—Carta de San Pedro Bautista a fray Bartolomé Ruiz.—S. l. y s. a.

Ribadeneira, l. c., cap. 16.—Juan de Santa María, l. c.

62.—Carta del Santo fray Martín de la Ascensión, ilustrissimo martyr de Cristo, escripta a fray Juan de Garrovillas estando muy zercano al martirio.—14 de enero de 1597.

AIA, XV, 1921, 180.—Pérez, l. c., III, 201.

63.—Carta de San Pedro Bautista al provincial de Manila rogándole se satisfagan ciertas cantidades de dinero que había pedido prestadas para agenciar el buen despacho del galeón «San Felipe» y manifestán-

dole los trabajos sufridos desde que fueron presos y el fervor de los cristianos.—14 de enero de 1597.

AIA, VI, 1916, 301-304.—Pérez, l. c., I, 143-147.

64.—Carta de San Pedro Bautista.—S. l., 1597.

Pérez, l. c., 142.

65.—Carta de San Pedro Bautista a San Martín de la Ascensión avisándole de su prisión y del fervor con que los cristianos se disponían al martirio [1597].

Ribadeneira, *Historia de las islas.* Barcelona, 1601, lib. V, cap. 2, 475-477.—AIA, XV, 1921, 176-178.—Pérez, l. c., III, 197-199.

66.—Carta del padre fray Pedro Bautista, Descalzo de San Francisco, yendo a ser martirizado en Nangasaki, para el padre provincial de la Compañía de Jesús.—De Catacabe en el reyno de Bigen, a 19 de enero de 1597.

Colin-Pastells, *Labor evangélica,* I, 84.

67.—Memorial de las objecciones que hay contra los frayles Descalços Franciscos que fueron y están en el reyno del Japón por parte de Philipinas desde el año de 1593, el qual presentó en el Consejo Real de Indias fray Francisco de Montilla, custodio y procurador de los Descalços dellas.—A 21 de enero de 1597.

Archivum Franciscanum Historicum, XV, Quaracchi, 1922, 476-494.—Pérez, *Memoriales y otros documentos del padre Francisco de Montilla.* Quaracchi, 1923, 35-53.

68.—Carta de San Martín de la Ascensión a don Antonio de Morga despidiéndose de él y recomendándole las Misiones del Japón.—Camino de la horca, 28 de enero de 1597.

Morga, *Los sucesos de las islas Filipinas,* México, 1609, cap. VI. Madrid, 1918, 60.—AIA, XV, 1921, 181.—Pérez, l. c., III, 202.

69.—Carta de San Martín de la Ascensión al padre Juan de Garrovillas, en el que le da cuenta del gran ánimo y valor que los cristianos mostraban en la persecución y le vuelve a suplicar no desampare aquella misión.—Hakata, 1 de febrero de 1597.

En AIA, XV, 1921, 182 s.

70.—Carta de San Pedro Bautista, escrita tres días antes de su muerte gloriosa, dirigida a cuatro religiosos, llamados fray Agustín Rodríguez, fray Bartolomé Ruiz, fray Marcelo de Ribadeneira y fray Juan Pobre, presos en el navío que iba a Macao.—2 de febrero de 1597.

AIA, VI, 1916, 304-309.—Pérez, l. c., I, 147-151.

71.—Carta del padre Jerónimo de Jesús al padre provincial, en la que le refiere los trabajos que padeció después que los santos mártires fueron llevados a Nagasaki.—Meaco, 9 de febrero de 1597.

AIA, XV, 1921, 183-186.—Pérez, l. c., III, 204-207.

72.—Relación de fray Jerónimo de Jesús, en que refiere sus trabajos desde que fueron presos los sanctos mártires hasta que fué desterrado a Manila, y en la que traslada varias cartas de San Pedro Bautista.

Marcelo de Ribadeneira, l. c., lib. V, cap. 32.—AIA, XV, 1921, 186-192.—Pérez, l. c., III, 207-213.

73.—Carta del padre Morejón, S. J., a los bienaventurados mártires, mencionada en la relación anterior.

Marcelo de Ribadeneira, l. c., lib. V., cap. 30, p. 570.—Juan Francisco de San Antonio, *Chronicas*, III. Manila, 1744, 534 s.—Francisco de Santa Inés, *Crónica*, II. Manila, 1892, 423 s.—AIA, l. c., 192 s.—Pérez, l. c., 213 s.

74.—Carta del padre Francisco Calderón, S. J., a Cristóbal Suárez, en la que trata del martirio de los misioneros Franciscanos.—Japón, 20 de febrero de 1597.

Ribadeneira, l. c., 571.—AIA, XV, 1921, 333 s.—Pérez, l. citado, III, 230 s.

75.—Copia de una carta del padre Gregorio de Céspedes, S. J., al padre Diego López de Mesa.—De Arimandono, a 26 de febrero de 1597.

Juan de San Antonio, *Chrónicas*, III, Manila, 1744, 100, 614 s.—Colin-Pastells, *Labor evangélica*, Barcelona, 1904, 91-96.

Trata del estado del cristianismo en el Japón y de las causas de la persecución.

76.—Carta del obispo de Japón [Pedro Martínes, S. J.] para el padre provincial de San Francisco, de la Provincia de San Gregorio, en las Islas de Luzón, anunciándole el martirio de seis religiosos de su Provincia, en Nagasaki.—Nagasaki, 27 de febrero de 1597.

Juan de Santa María, *Relación del martirio*. Madrid, 1599, f. 191 s. Ribadeneira, l. c., 568.—AIA, XV, 1921, 336 s.—Pérez, l. c., III, 233 s.—Colin-Pastells, l. c., II, 694-698.

77.—Relación del martirio de los misioneros Franciscanos del Japón, escrita por Cosme Xoya o Shombashi, secretario del Kwambaku Hidetsugu y síndico de los Franciscanos.—A 5 de luna Xonguathx [Shogwatsu, marzo].

Juan Francisco de San Antonio, *Chrónicas*. Manila, 1744, lib. II, cap. 26.—AIA, XV, 204-208.—Pérez, l. c., III, 225-229.

78.—Carta de fray Marcelo de Ribadeneira, en que pone las objecciones por qué los padres teatinos no quieren que vayan frayles Franciscos al Japón.—Nagasaki, 12 de março de 1597.

AIA, XV, 202 s.—Pérez, l. c., III, 223 s.

79.—Carta del padre Agustín Rodríguez, O. F. M., al padre Juan de Garrovillas, en que da cuenta cómo el Sancto Mártir y Comisario fray Pedro le dexó por su muerte por Comisario, y avisa del martyrio de los sanctos seis frayles.—Nagasaki, 13 de marzo de 1597.

AIA, XV, 1921, 198-202.—Pérez, l. c., III, 219-223.

80.—Carta del padre Agustín Rodríguez al padre Agustín de Tordesillas anunciándole el envío de algunas reliquias de los santos mártires y manifestándole los deseos de los cristianos de que la Orden de San Francisco no desaparezca del Japón, a pesar de la oposición que sus émulos le hacen.—Nagasaki, 14 de marzo de 1597.

AIA, XV, 1921, 196-198.—Pérez, l. c., 217.

81.—Relatione della gloriosa morte di XXVI posti in croce. Mandata dal P. Luigi Frois, S. J., al R. P. Claudio Acquaviva. [Giappone] 15 di marzo 1597.

Traducida a varias lenguas, cuenta, asimismo, con muchas ediciones.

82.—Carta de fray Bartolomé Ruiz, O. F. M., a fray Pablo de Jesús, en la que le refiere su prisión y el martirio de los frailes Menores muertos y martirizados en Japón ; y últimamente refiere una carta que le escribió a él San Pedro Bautista.—Nagasaki, 15 de marzo de 1597.

AIA, XV, 1921, 193-196.—Pérez, l. c., III, 214-217.

83.—Minuta de Carta de don Mathías de Landecho, escrita del Japón después del martirio [1597].

AIA, XV, 1921, 332-333.—Pérez, l. c., III, 229 s.

84.—Carta del padre Martín de León, O. P., al padre Jerónimo de Jesús, en la que, después de manifestarle la gran satisfacción con que había venerado los cuerpos de los santos mártires, le indica los altercados que tuvo con algunos padres de la Compañía sobre la causa de su martirio y le anima a quedarse oculto en el Japón.—S. a. [1597].

Jerónimo de Jesús, *Relación* [1597], cap. XIV.—AIA, XV, 1921, 334-336.—Pérez, l. c., III, 231 s.

85.—Carta de don Francisco Tello, gobernador general de las islas Filipinas, a Su Majestad, en que le comunica la pérdida del galeón «San Felipe», el martirio de los Franciscanos que residían en el Japón, el entusiasmo de los religiosos de Filipinas por el glorioso triunfo de sus hermanos y el estado deplorable en que se encuentra la ciudad de Manila por la pérdida de sus haciendas, para cuyo alivio le propone algunos medios.—Manila, mayo de 1597.

Colin-Pastells, *Labor evangélica*, II, Barcelona, 1904, 92-96.—AIA, XIX, 1923, 185-187.—Pérez, l. c., III, 353-355.

86.—Relación del viaje del galeón «San Felipe», de Su Majestad. Arribada que hizo al Japón y lo que más ha sucedido, año de 1596.—Mayo de 1597.

Colin-Pastells, l. c., I, 192-193.—Pérez, l. c., 157-178.

87.—Información de pedimento del padre Custodio de San Francisco de Malaca y China ante el obispo de la China, en 2 de junio de 97. Del martirio y causas dél.

AIA, XIX, 1923, 160-185.—Pérez, l. c., III, 328-353.

88.—Ynformación de pedimento del comisario de los Descalzos de los Philippinas ante el teniente general del gouernador, en 7 de junio de 97. Sobre el martirio y causas dél.

Pérez, l. c., III, 274-313.

89.—Certificación de las amenazas que el obispo de Japón [don Pedro Martínez, S. J.] hizo contra los frayles Franciscanos que estavan en los mismos reynos, aun estando en Macao.—Manila, 20 de junio de 1597.

AIA, XVI, 1921, 168-171.—Pérez, l. c., III, 189-192.

90.—Carta del padre Juan de Garrovillas al rey, en la que le comunica el martirio que sufrieron seis Franciscanos en el Japón, la prisión de otros cuatro en la nao de la India y que el padre Jerónimo de Jesús había quedado oculto en el Japón de orden de San Pedro Bautista. Manila, 20 de junio de 1597.

AIA, X, 1918, 463-465.

91.—Información de la vida y costumbres de los religiosos que fueron martirizados en el Japón.—Ante el teniente general de Philippinas,

de pedimento del provincial de los Descalços de aquella Provincia, fray Juan de Garrovillas, 25 de junio de 1597.

AIA, XIX, 1923, 145-159.—Pérez, l. c., III, 313-327.

92.—Carta del gobernador don Luis Pérez Dasmariñas a Su Majestad. Manila, a 28 de junio de 1597.

Colin-Pastells, l. c., II, 87 s. [Extracto.]

Le remite la *Relación* del padre Martín de la Asunción sobre el Japón y recomiéndale favorezca las Misiones de Franciscanos y dominicos.

93.—Carta del doctor Antonio de Morga a Su Majestad, en que refiere la pérdida del galeón «San Felipe», dice que el emperador del Japón es un bárbaro y elogia el restablecimiento de la Audiencia de Filipinas.—Manila, 30 de junio de 1597.

Morga, *Sucesos de las islas Filipinas*, México, 1606, 78-84.—Blair-Robertson, *The Philippine Islands*, X, Cleveland, 1904, 25-27.—AIA, XIX, 1923, 187-189.—Pérez, l. c., III, 355-357.

94.—Carta del padre Alonso Muñoz al padre Francisco de Montilla, en la que, después de manifestarle que ha leído la carta que escribió a San Pedro Bautista, le dice que, aunque se debe guardar prudencia con los extraños, al Sumo Pontífice y al rey de España debe manifestárseles la verdad desnuda acerca de lo ocurrido con nuestros misioneros en el Japón; refiere el proceder del obispo y de los padres de la Compañía del Japón y el de los de Manila, que por dos veces le estorbaron pasar al Japón.—Manila, 3 de julio de 1597.

AIA, XIX. 1923, 41-49.—Pérez, l. c., 357-361. Al mismo pertenece: *Relación para nuestro padre provincial y para consuelo de los demás hermanos de nuestra Provincia de San Gregorio, de las cosas más notables que han sucedido este año de 1606 en esta conversión del Japón. Escrita por fray Alonso Muñoz, con dos cartas del hermano fray Luis Sotelo, que está por ministro en el reino de Saca-Jama, fecha 2 de febrero de 1606 y 4 de febrero de 1607.* Estas dos cartas las publicó el padre Doroteo Schilling en *Antonianum*, Periodicum philosophico-theologicum trimestre editum cura Professorum Pontificii Athenaei Antonianide Urbe, 1945, 127-148.

95.—Testimonio del obispo del Japón [don Pedro Martínez] sobre las causas del embargo del navío «San Felipe», prisión y martirio de los frailes Franciscanos.

Juan de Santa María, *Relación del martirio*. Madrid, 1599, f. 194-97.—Ribadeneira, *Historia de las Islas*, Barcelona, 1601, 590-593.—Juan Francisco de San Antonio, *Chrónica*, III. Manila, 1744, 645-651.—Colin-Pastells, *Labor evangélica*, II. Barcelona, 1904, 698-700.—AIA, XVI 1921, 344-349.—Pérez, *Cartas y relaciones del Japón*, III, 261-263.

96.—Relación de don Pedro de Figueroa Maldonado sobre los sucesos del Japón del año de 1597. En ella refiere quiénes fueron, según él, los verdaderos causantes de que Tayko se apoderase de la hacienda del galeón «San Felipe» y mandase crucificar a los misioneros Franciscanos.

Raccolta di varie Scritture, Lugano, 1761, 12-27.—AIA XV, 1921, 351-359. Pérez, l. c., III, 248-256.

97.—Relaçâo que o Bispo de Jappao [Pedro Martínez, S. J.] manda a sua Magestade da morte de seis religiosos descalços da Ordem de Sâo Francisco y tres de Companhia de Jesv con outras dessasete Japoes Xpaos que Taycosama mandou crucificar em Nangasaqui. [1597].

Colin-Pastells, l. c., II, 694-697.—AIA, XV, 1921, 337-344.—Pérez, l. c., 234-241.

98.—Carta de Taicosama a don Francisco Tello en contestación a la que éste le envió con un rico presente por medio de su embajador don Luis de Navarrete, reclamándole la hacienda del galeón «San Felipe» y preguntándole por qué causa hizo prender y matar a los religiosos de San Francisco [c. 1597].

Colin-Pastells, l. c., 703 s.—AIA, XV, 1921, 349-351.—Pérez, l. c., III, 246-248.

99.—Información de pedimento del comissario de las Philippinas ante el arçobispo dellas, ante el Cabildo Sede vacante, año 97. De la Embaxada y causa del martirio.

AIA, XVII, 1922, 39-78.—Pérez, l. c., III. 208-264.

100.—Relación compendiada de la pérdida del galeón «San Felipe», de la perdición de los españoles, y del martirio de seis frailes Franciscanos, hecha por uno de los viajeros [c. 1597].

Colin-Pastells, l. c., II, 93 s.

101.—Relación del martirio que padecieron en el Japón y en la ciudad de Nangasaqui el año de 1597 seis frayles de San Francisco y otros 20 japoneses christianos.

AIA, XVI, 1921, 101-105.—Pérez, l. c., III, 204-208.

102.—Relación muy breve de la perdición de los españoles y del martirio de seis frailes Franciscanos y sus compañeros que padecieron por la fe de N. S. J. el año de 1597 en la ciudad de Langasac, en el Japón.

AIA, XVI, 1921, 75-88.—Pérez, l. c., III, 178-191. Vid. Streit, *Bibl. Mis.*, IV, núms. 1.866-1.877. Autor de esta relación es el padre Jerónimo de Jesús, O. F. M.

103.—Relaçión y sucesso de la nao «San Phelipe», que arrivó al reyno del Japón.

AIA, XVI, 1921, 88-101.—Pérez, l. c., III, 191-204.

104.—Traslado autorizado ante un oydor y juez de provincia de las Philippinas de cinco cartas scriptas por el padre Pedro Baptista, comisario de los Descalços de aquella provincia. 1596-1597.

AIA, VI, 1916, 290-300.

105.—Relación Qve Don // Francisco Tello, Gouernador: y Capitan // General de las Philippinas embio de seys // frayles españoles de la Orden de San Fran- // cisco, que crucificaron los del Iapon, este // año próximo passado de 1597. Con // otras veynte personas Iapones, que // muerieron juntamente con ellos // animados por los santos frayles y conuertidos a // su predicación. // [al final] En Sevilla a treze de março de mill y quinientos y nouenta y ocho años.

2 ff. s. n., 2.ª ed. en 1599; 3.ª ed. 1628.

Fué traducida el mismo año al italiano; 1599, al alemán y francés.

106.—Declaración que hace fray Francisco de Montilla, custodio de Philippinas, Descalzo de San Francisco, contenida en las patentes del principio deste processo; la qual declaración haze para descargo de su consciencia, para que conste de las cosas que él mesmo vido, supo y oyó en las Philippinas y en la China y en todas las demás partes que estuvo.—Aracoeli, 1 de marzo de 1598.

Archivum Franciscanum Historicum, XVI. Quaracchi, 1923, 405-409.—Separata: Pérez, *Memoriales y otros documentos del padre Francisco de Montilla*. Quaracchi, 1923, 89-93.

107.—Información a pedimento del Prouincial Descalzo de Philippinas ante el Arçobispo de Manila, 15 de junio de 1598.

AIA, XVII, 1922, 29-38.—Pérez, l. c., III, 264-273.

108.—Relación del Mar-//tirio que seys Padres Descalços,//y veynte Iapones Christianos//padecieron en Japon.//Hecha por Fray Juan de Santa María, Pro-//uincial de la prouincia de S. Io//seph de los Descalços.//Con Privilegio.//En la Imprenta del Lic. Varez de Castro.// Año de 1599.//

12.°, 8 ff. s. n., 117 ff., 3 ff. s. n., 2.ª ed. en 1601, 3.ª en 1628, en Madrid. Este mismo año de 1599 fué traducida al italiano, que cuenta con varias ediciones.

109.—Carta Apologética en que se prueba que no pertenecían por su demarcación los Reynos de China, Siam y Japón a Portugal. Por fray Juan Pobre [de Zamora], religioso lego de la Provincia de San Gregorio de Filipinas.

4.°, 24 ff. s. a. [Madrid, 1599]. Parte en Pérez, l. c., 7-9.

110.—Dos Informa-//Ciones Hechas En Iapon: Vna De//la hacienda que Taycosama, señor del dicho//Reyno, mandó tomar de la Nao S. Felipe, que arribó a él con tempestad, yendo de las Filipi//nas a Nueua España, y se perdió en el puerto//de Vrando: y otra de la muerte de seys religio-//sos Descalços de S. Francisco, y tres de la Comp-//pañía de Iesús, y otros diez y siete Iapones,//que el dicho Rey mandó crucificar//en la ciudad de Nan-//gasaqui.//

49 ff. n., s. a. y s. l. [Madrid, en mayo de 1599].

111.—Memorial entregado por el padre Francisco de Montilla a Su Santidad por conducto del cardenal Alejandro a suplicar la revocación del *Motu proprio* de Gregorio XIII, y manifiesta el proceder que observan los padres de la Compañía para entorpecer el pronto despacho de este asunto.—En Aracoeli, 23 de abril de 1599.

Archivum Franciscanum Historicum, XVI. Quaracchi, 1923, 383-394.—Sep.: Pérez, *Memoriales y otros documentos del padre Francisco de Montilla*, ib., 67-78.

112.—Inconvenientes que, según los padres de la Compañía, se ofrecían para la revocación del Breve de Gregorio XIII *Ex pastorali officio*, y respuestas dadas por el padre Francisco de Montilla.—En Aracoeli, 25 de abril de 1599.

Ibídem, 394-405 y 78-89, respectivamente.

113.—Memorial entregado por el padre Francisco de Montilla a Su Santidad y a la Sagrada Congregación de la Inquisición, en el que, después de hacer relación de la causa que motivó la entrada de los

Franciscanos en el Japón, manifiesta la utilidad y provecho que de ella se siguió a los cristianos y a los padres de la Compañía de Jesús y los inconvenientes que se seguirían si fueran expulsados del Imperio, como se pretendía, y, por último, ruega se revoque el *Motu proprio* de Gregorio XIII.—En Aracoeli, 25 de abril de 1599.

Archivum Franciscanum Historicum, XV, Quaracchi, 1922, 501-507.—Pérez, *Memoriales...*, 60-66.

SIGLO XVII

114.—*Onerosa Pastoralis Officii*, Constitución de Clemente VIII.—Roma, 12 de diciembre de 1600.

Franciscus Matritensis, *Bullarium Discalceatorum*, V, Madrid, 1749, 92-94.—*Constitutiones Sedis Apostolicae*, X, Roma, 631.

115.—Carta del padre fray Jerónimo de Jesús, dirigida al reverendo padre provincial y definidores de la Provincia de San Gregorio de Filipinas.—Nagasaki, a 22 de octubre de 1602.

Pagés, *Histoire de la religión chrétienne au Japon*, París, 1869.—Streit, *Bibl. Missionum*, V, 367, n. 1.000.

116.—Carta del gobernador de Filipinas, don Pedro de Acuña, para el shogun Ieyasu.—Manila, 1603.

Francisco de Santa Inés, *Chrónica de la Provincia de San Gregorio*. Manila, 1892, lib. IV, cap. 29.

Le anuncia la llegada de dos Franciscanos: padre Luis Sotelo y padre Diego Bermeo, recomendándole su labor misional.

117.—Carta del obispo don Luis Cerqueira, S. J., al padre Diego Bermeo, S. J.—Nagasaki, a 14 de octubre de 1603.

Colin-Pastells, *Labor evangélica*, II, Barcelona, 1904, 89.

118.—Carta del padre Francisco Pasio, S. J., al padre Diego García, S. J.—Nagasaki, a 16 de octubre de 1603.

Pérez, *Apostolado y martirio del B. Luis Sotelo en el Japón*. Madrid, 1924, 21 s.

19.—Carta de la provincia de San Gregorio al rey manifestándole la conveniencia de que los misioneros que hayan de pasar al Japón lo hagan por la vía de Filipinas y no por la de la India.—Manila, 30 de junio de 1603.

AIA, IV, 1915, 446 s.

120.—Carta del definitorio de la Provincia de San Gregorio al rey suplicándole se interese para que los misioneros puedan pasar al Japón por la vía de Filipinas y por la canonización de los mártires de aquel reino.—Manila, 30 de junio de 1603.

Ibídem, 447 s.

121.—Carta del padre Diego Bermeo, O. F. M., al gobernador don Pedro de Acuña.—Meaco, 23 de diciembre de 1604.

Colin-Pastells, l. c., II, 89 s.

122.—Carta del padre Juan de Garrovillas al rey, en la que le suplica se interese por la canonización de los mártires del Japón; le ruega interponga su influencia para que se revoque el Breve de Clemente VIII *Onerosa Pastoralis officii cura*, de 12 de diciembre de 1600,

que disponía pudieran ir al Japón los misioneros de todas las Corporaciones religiosas, siempre que hicieran el tránsito por la India portuguesa.—Manila, 23 de junio de 1605.

AIA, l. c., 449.

123.—Cartas del definitorio de la Provincia de San Gregorio en la que suplica al rey se interese por la canonización de los mártires del Japón; le ruega interponga su influencia para que se revoque el Breve de Clemente VIII *Onerosa Pastoralis officii cura*, de 12 de diciembre de 1600, que disponía pudieran ir al Japón los misioneros de todas las Corporaciones religiosas, siempre que hicieran el tránsito por la India portuguesa.—Manila, 23 de junio de 1605.

Ibídem, 449 s.

124.—Carta del padre Juan de Garrovillas al rey pidiéndole se interese por la canonización de los mártires del Japón.—Manila, 28 de junio de 1606.

Ibídem, 451.

125.—Memorial de fray Juan Pobre al rey, a. 1607.

AIA, X, 1918, 46 s.—Pérez, *Cartas y relaciones del Japón*, II, 205 s.

126.—Carta del padre Ricardo de Santa Ana al padre Juan Englebert.—Madrid, 15 de abril de 1607.

Archivum Franciscanum Historicum, XVI, Quaracchi, 1923, 167-177.—Literatura y otras fuentes, vid. Streit, *Bibl. Missionum*, V, 385, n. 1.055.

127.—*Sedis Apostolicae*, Constitución de Paulo V, dada en Roma, 11 de junio de 1608.

Franciscus Matritensis, *Bullarium Discalceatorum*, I, Madrid, 1744, 453-455.—Ripoll, *Bullarium Praedicatorum*, V, Romae, 1733, 662 s.

128.—Carta de los padres Marcos de Lisboa y fray Juan de Garrovillas al Consejo de Indias rogándole prosiga sus diligencias para que se revoque el Breve de Clemente VIII *Onerosa Pastoralis officii* y manifestándole lo muy favorecidos que son del emperador del Japón los Franciscanos.—Manila, 15 de julio de 1609.

AIA, IV, 1915, 451 s.

129.—Litterae episcopi D. L. Cerqueira, S. J., ad Praepositum Generalem.—Nagasaki, 5 de octubre de 1613.

Habla contra la embajada del padre Luis Sotelo. Vid. Pérez, *Apostolado y martirio del B. Luis Sotelo*, Madrid, 1924, 137 s.

130.—Relación de la persecución y martirio de los cristianos de Yedo en 1613. Por el padre fray Diego de Chinchón, O. F. M.—Nagasaki, 6 de diciembre de 1613.

Revista Franciscana, XXIV, 1896, n. 285.

131.—Testimonio del padre Diego Ibáñez, en que trata del B. Luis Sotelo [1613].

Tasso di Fabriano, *Vita del B. Luigi Sotelo*, Portiuncula, 1893, 142.—Pérez, *Apostolado y martirio del Beato Sotelo*, 265 s.

132.—Carta del daimyo Mutsu [Idate Mazamune] al Rmo. P. Mi-

nistro General de la Orden de San Francisco.—A 15 de octubre de 1613.

Annales Ordinis Minsorum, XXV, Quaracchi, 1886, 126.—Pérez, l. c., 163 s.

133.—Carta del rey de Boxu, Mundate [Idate] Mazamune, para el señor padre prelado provincial de la Provincia del Santo Evangelio. 16 de octubre de 1613.

Annales, l. c., 122.—Pérez, l. c., 143.

134.—Litterae Regis Voxii [Idate Massamune] ad Paulum V.—Ex civitate Fendai, Pridie Nonas Octobris 1613.

Acta Audientiae. Romae, 1615, 5 s.—*Annales Ordinis Minorum*, XXII, 126-134.—Pérez, l. c., 169 s.—Vid. Streit, *Bibl. Missionum*, V, p. 396 s. n. 1.102.

135.—Carta de Masamune al padre Sotelo. 1613.

Mitsukuri, *Ein Beitrag zur Geschichte der japanischen Christen im 17. Jahrhundert. (Historische Zeitschrift*, LI, 1901, 220.)

136.—Carta de Massamune al rey Felipe III.—6 de octubre de 1613.

Mitsukuri, l. c., 220-222.

137.—Carta del B. Juan Miboku.—A 28 de agosto de 1613.

Pérez, *Apostolado y martirio*, 130. Es su profesión de fe.

138.—Carta del B. Luis Sotelo al señor obispo del Japón sobre la prisión y martirio de Juan Miboku y de sus compañeros.—c. 1613.

Pérez, l. c., 127-134.

140.—Copia//De Vna Carta Que//Embió Ydata Macamune [*sic*] Rey del//Bojú en el Iapón, a la ciudad//de Seuilla, en que da cuê-//ta de su converción,//y pide su amistad,//y otras cosas.// Con licencia en Seuilla, por Alonso Rodríguez Gamarra, en la//calle de la Muela. Año de mil y seysciêtos y catorze.//Donde se vende.//

2 ff. s. n. en Granada, B. Univ. Trad. francesa en 1618.

141.—Relacion // Breve, Y Svmaria Del // Edito que mâdó publicar en todo su Reyno del // Bojú, vno de los mas poderosos del Iapón, el Rey // Idate Massamune, publicando la Fé de Christo, y // del Embaxador que embio a España, en côpañía // del Reuerendo Padre Fray Luys Sotelo, Re- // coleto Frâcisco, que viene cô embaxada del // Emperador del Iapô, hijo de Seuilla, y // lo que en el viage le sucedio. // [al final:] Con licencia, en Seuilla, por Alonso Rodríguez // Gamarra. Año de 1614. //

Puede verse en Pérez, *Apostolado y martirio*. 267-69.

142.—Carta del reverendo padre Ricardo de Santa Ana al padre Santiago de Gante.—[Japón] 2 de mayo de 1614.

Archivum Franciscanum Historicum, XVI. Quaracchi, 1923, 177-181.—AIA, XV, 1921, 58-63.—*Lettres du B. P. Richard*. Namur, 1673, 1-25.—Bouvier, *Histoire du B. Richard de Se. Anne*. Charleroi, 1867, 35-39.

143.—Carta del virrey de Nueva España Sebastián Vizcaíno a Su Magestad.—México, a 22 de mayo de 1614.

Pérez, l. c., 78-79.—Es desfavorable al B. Luis Sotelo.

144.—Autos capitulares referentes a la venida a Sevilla de una Embajada japonesa en 1614.

Azañas y La Rúa, *Vázquez de Leca*, Sevilla, 1918, Apéndice 72. 265-66.—Pérez, *Apostolado*, 145.

145.—Historia // Del Regno Di Voxu // Del Giapone, // Dell' Antichita, Nobilita, // E Valore Del Suo Re // Idate Masamvne, // Delli Favori, C'Ha Fatti // alla Christianità, e desiderio che tiene d'esser Christiano, e dell'aumento di nostra santa Fede in quelle parti. // E dell'Ambasciata che hà inuiata alla *Stà*. di N. S. Papa Paolo V. // e delli suoi successi, con altre varie cose di edificatione, // e gusto spirituale de i Lettori. // Dedicata alla *Stà*. di Papa Paolo V. // Fatta per il Dottor Scipione Amati Romano, Interprete, // & Historico dell' Ambasciata. // In Roma, Appresso Giacomo Mascardi. MDCXV. // Con licenza de' Superiori. //

En 4.°, 8 ff. s. n., 76 pp., trad. alemana en 1617.

146.—Acta Audientiae // Pvblicae // A S. D. N. Pavlo V. // Pont. Opt, Max. // Regis Voxv Iaponi // Legatis. // Romae die iij. Nouembris in Palatio Apo- // stolico apud S. Petrum exhibitae, // MDCXV. // Romae, // Apud Iacobum Mascardum. MDCXV. // Superiorum Permissu. //

En 4.°, 12 pp. El mismo año, trad. francesa.

147.—Relatione // Della Solenne Entrata // fatta in // Roma // Da D. Filippo Francesco Faxicvra, // con il Reverendiss. Padre // Fra Lvigi Sotelo // Delcalzo dell, Ordine Min Osser. // Ambasciadori per // Idate // Massamune Rei di Voxu nel Giappone. // Alla Santità di N. S. Papa Paolo V. // l'Anno XI. del suo Pontificato. // In Roma, Appresso Giacomo Mascardi M DC. XV. // Con licenza de Superiori. //

En 4.°, 8 pp. Trad. francesa en 1616.

148.—Epistola, Pontificis Pauli V nomine, a Petro Stroza, Secretario Apostolico Domestico, data ad Regem Voxii Idatem Massamunem.—Romae, 3 Novembris 1615.

Franciscus Matritensis, *Bullarium Discalceatorum*, I. Madrid, 1744, 482.

149.—Certificación del P. Comisario Fr. Pedro Baptista O. F. M., provisor y vicario general deste Obispado de Japón en Sede Vacante, de ciertas reliquias de los santos Mártires de Yendo y de otro que padeció cerca de Miaco, año de 1613.—Nagasaki, a 28 de abril de 1615.

Pérez, *Apostolado y martirio del B. Luis Sotelo*. Madrid, 1924, 263 s.

150.—Relación Verdadera del Recibimiento Qve La Santidad Del Papa Paulo Quinto, y los mas Cardenales hizieron en Roma al Embaxador de los Japoneses que desta Ciudad de Seuilla partio el año pasado. Escrita por el Padre Fray Luys Sotelo, dende Roma a vn Religioso graue desta Ciudad. Impresso con licencia del Conde de Saluatierra, assistente de Seuilla, por Francisco de Lyra, junto a los Hercules, año de 1616.

2 ff. s. n.—Vid. Pérez, l. c., 272-274.

151.—Relacion // Verdadera // Qve Embio El Padre // Fray Luys Sotelo de la Orden de San // Francisco, A Su Ermano Don Diego //

Cauallero Beintiquatro // De Seuilla, en que se da quenta del // Bautismo que se hizo a el Em- // bajador Iapon. // [al final:] Con Licencia. // Impresso en Seuilla, Por Diego Pérez. //

2 ff. s. n., s. a. [c. 1616].—Vid. Pérez, l. c., 270-272.

152.—Relacion Qve // Propuso El Embajador // Iapón, a el Rey nuestro Señor, // y la respuesta de su // Magestad. // [al final:] Con licencia. // Impreso en Seuilla, por Diego Pérez. //

2 ff. s. n., s. a. [c. 1616]. Ib.

153.—Relatio de legatione Japonica per D. Paulum Alaleone [1616].

Boncompagni-Ludovisi, *Nuovi Documenti per la seconda Ambasciata*. Roma, 1912, 50-55.—Pérez, l. c., 274-278.

154.—Carta del P. Luis Gómez [Palomino] O. F. M., al P. Diego de Santa Catalina.—Macao, 7 de agosto de 1616.

Pagès, *Histoire de la religion chrétienne au Japon*, II. París, 1870, 167. Este padre también escribió *Actas del martirio de Fr. Juan de Santa María*.

155.—Carta del embajador Hasekura al Senado de Venecia dándole las gracias por los honores dispensados a Gregorio Matías, por los regalos hechos a la embajada y por sus cartas y visita que en su nombre les hizo don Carlos Albano; al propio tiempo le recomienda a Gregorio Matías, el que, por hallarse muy fatigado de tan largos viajes, se ha resuelto quedarse en su patria.—Génova, 24 de febrero 1616.

Boncompagni-Ludovisi, *Le prime due ambasciate dei giapponesi*. Roma, 1904, p. LXXXX s.—Pérez, l. c., 281 s.

156.—Litterae Pauli V ad Idatem Massamunum Voxii in Japone Regem illustrem. Romae, 27 Decembri 1616.

Boncompagni-Ludovisi, *Nuovi documenti per la seconda ambasciata*. Roma, 1912, 55-57.—Pérez, *Apostolado*, 278-280.

157.—Litterae Pauli V ad Philippum Hispaniarum Regem. Romae, 27 Decembri 1616.

Boncompagni-Ludovisi, l. c., 57.—Pérez, l. c., 280.

158.—Pauli V. Epistolae ad Principes, viros et alios diversorum annorum.—Romae, 27 Decembri 1616.

Annales Minorum, XXV. Quaracchi, 1886.—Mitsukuri, G., *Ein Beitrag zur Geschichte der japanischen Christen im 17. Jahrhundert* (*Historische Zeitschrift*, LI, 1901, 219-220.)

159.—Carta del B. Hernando de San José Ayala, O. E. S. A., al P. Fray Francisco de Morales, y al P. Fray Apolinar Franco y a todos los demás sacerdotes que están en el Japón y a los PP. de San Agustín de Manila, donde se despide de ellos y dice las razones que le movieron a ir a Omura. [Japón] 1 de junio de 1617.

Gaspar de San Agustín, *Conquistas*, II. Valladolid, 1890, 93.—Sicardo, *Christiandad del Japón*. Madrid, 1698, 141 s.—Jiménez, *Mártires agustinos del Japón*. Valladolid, 1867, 31-33.

160.—Apologia e Resposta feita pelo Padre Valentin Carvalho, da Companhia de Jesus, Provincial nesta Provincia de Japâo e China, a un tratado do Padre Fr. Sebastiâo de S. Pedro da Ordem de S. Francisco, que se intitula: Recopilacâo das cousas por que o Emperador de Japâo desterou de seus reinos todos os padres. [1617].

Colin-Pastells, *Labor evangélica*, III. Barcelona, 1905, 375-378.

161.—Relación del glorioso martirio de los PP. Fr. Pedro de la Asunción, de la Orden de N. P. S. Francisco, y del P. Juan Bautista Tavora, de la Compañía de Jesús. Enviada por el P. Fr. Apolinar Franco O. F. M., al P. Fr. Diego de Otalara, comisario general de las Provincias de Nueva España, Japón y Filipinas. 1617.

Pérez, *Vida y escritos del Beato Apolinar Franco*. Santiago, 1911, 41-80.

162.—Carta del B. P. Apolinar Franco a Fr. Martín de Pineda.—De esta cárcel de Fusta, 25 de agosto 1617.

Castro, *Arbol cronológico de la Provincia de Santiago*, I. Salamanca, 1722, lib. V, cap. 3.—Pérez, l. c., 22-23.

163.—Carta del B. P. Apolinar Franco al P. Fr. Diego Chinchón.—De esta cárcel, 27 noviembre 1617.

Castro, l. c.—Pérez, l. c., 24 s.

164.—Carta del P. Pedro de la Asunción para su comisario P. Apolinario Franco.—[Japón,] 18 d'Abril 1617.

Pérez, l. c., 60 s.—Martín de San José, *Historia de los Descalzos*, lib. IV, cap. 14.

165.—Carta del P. Pedro de la Asunción para su comisario.—De esta cárcel de Chori [Kori], 20 de abril [1617].

Pérez, l. c., 63 s.

166.—Carta del P. Pedro de la Asunción para su comisario.—Hoy lunes, 22 de mayo [1617].

Ibídem, p. 69.

167.—Relación de la grande persecución que ha auido contra la Xpandad en los reinos de Japón y del esfuerço con que an muerto por nuestra santa fe muchos mártires japoneses estos annos passados de 13, 14 y 15, y de la guerra que uuo en Japón entre el Emperador y Fideyori, hijo del Emperador passado, llamado Taicosama, al mismo tiempo que succedió el expeler a los religiosos de todas Religiones de todo Japón. Refiere todo lo que se dirá el P. Fr. Sebastián de San Pedro, Fraile Descalço del señor San Francisco, ministro que a sido muchos annos de la dicha xpandad, que como testigo de vista testifica lo aqui expressado y pone las causas por las cuales a sucedido la dicha persecución.—Madrid, 12 de mayo de 1617.

Extracto en Pérez, l. c.

168.—Capitulaciones. Las cosas que Fray Luis Sotelo, predicador general y comisario apostólico del Japón, propone y pide a nuestros carísimos hermanos comisario de visita y definidores desta sancta provincia de San Gregorio de Philipinas, de su parte y por la de dos religiosos que se ocupan en la conversión del Japón.—Manila, 30 de julio de 1618.

Pérez, *Apostolado*, 194-197.

169.—Carta del B. P. Apolinar Franco a Fr. Alonso de la Madre de Dios.—De esta cárcel del amor de Omura, 21 de noviembre 1619.

Pérez, *Vida y escritos del B. Apolinar Franco*. Santiago, 1911, 26 s.

170.—Carta del B. Ricardo de Santa Ana al alférez José de Aduna, en la que refiere algunos martirios ocurridos en el año de 1618.—Nagasaki, 26 de marzo de 1619.

AIA, XV, 1921, 63-66.

171.—Litterae remissoriales ab auditoribus Sacrae Rotae cum insertione Rotuli pro Beatificatione SS. Petri Baptistae et Sociorum ejus, Martyrum Japonensium, Ordinis Fratrum Minorum S. Francisci Discalceatorum, Provinciae S. Gregorii in Insulis Philippinis.—Romae, 27 Maii, 1619.

Franciscus Matritensis, *Bullarium Discalceatorum*, I. Madrid, 1744.

172.—Documentos referentes a la profesión religiosa de cuatro Terciarios regulares, discípulos del B. Luis Sotelo.—1619.

Pérez, *Apostolado*, 282-286.

173.—Memorial del P. Procurador de la Compañía de Jesús al Rey de España, 1619.

Pérez, l. c., 93. Dirigido contra el B. Sotelo.

174.—Carta del B. P. Apolinar Franco a Fr. Alonso de la Madre de Dios.—Desta cárcel, 21 febrero 1620.

Pérez, *Vida y Escritos del B. Apolinar Franco*. Santiago, 1911, 27-29.

175.—Carta del B. Ricardo de Santa Ana al B. Pedro de Zúñiga, O. S. A., en la que manifiesta el deseo que tiene de verse con él. [Japón, c. 1620].

Gaspar de San Agustín, *Conquistas de las Islas Filipinas*. Valladolid, 1890, 29.—AIA, XV, 1921, 66.

176.—Relación de la persecución de la religión cristiana en el Japón, escrita por el P. Luis Sotelo.—Dilao, 4 de agosto de 1621.

Pérez, *Apostolado y martirio del B. Luis Sotelo*, 250-263.

177.—Relación de los martirios que hubo en el Japón en el año de 1622, escrita por el P. Fr. Diego de San Francisco, O. F. M.—A 27 de octubre de 1622.

AIA, XVII, 1922, 144-173.

Además de las relaciones que veremos adelante, de los años 1624, 1628, 1630 y 1632, escribió:

a) *Catecismo de la Doctrina Christiana*, en lengua japón.
b) *Refutación de las sectas del Japón*, en lengua japón.
c) *Relación del año 1628*, que comprendía desde noviembre de 1624 hasta diciembre de 1625. Se perdió. El autor se refiere varias veces a ella.

178.—Carta del P. Pedro de Avila, O. F. M.—[Japón c. 1622].

Pagès, *Histoire de la religion chrétienne au Japon*, II, 271.

179.—Carta del P. Ricardo de Santa Ana al P. Guardián de Nivelle. Nagasaki, 1 septiembre de 1622.

Bouvier, *Histoire du B. Richard de Ste. Anne*. Charleroi, 1876, 40-44. *Archivum Franciscanum Historicum*, XVI, Quaracchi, 1923, 181-183.

180.—Glorioso triunfo y martyrio de los Santos Martyres Fray Pedro Bautista, Comisario, Fray Felipe de Jesús, Fray Francisco Blanco, Fray Martin de la Ascension, Fray Gonçalo García, Fray Francisco de la Parrilla, y de sus Santos Compañeros. En Barcelona, Esteuan Liberos, M.DC.XXIII.

En 4.º, 2 ff.

181.—Litterae Gregorii XV ad Principem Idate Massamunen Voxiorem Japoniorum Regem.—Romae, 27 Maii 1623.

Boncompagni-Ludovisi, *Nuovi documenti per la seconda ambasciata*. Roma, 1912, 59-62.—Pérez, *Apostolado y martirio del B. Sotelo*. Madrid, 1924, 315-317.

182.—Litterae Gregorii XV ad Philippum Faxecuram [Hasekura].—Romae, 27 Maii 1623.

Boncompagni-Ludovisi, l. c., 62 s.—Pérez, l. c. 317 s.

183.—Carta del B. Luis Sotelo al P. Provincial y demás religiosos de la Provincia de San Gregorio.—Vomura, Março de 1623.

Pérez, l. c., 230-233.—Diego de San Francisco, *Relación*. Manila, 1625, cap. XXIII, 126-28.—Juan de San Antonio, *Chronica de la Provincia de San Pablo*, II. Madrid, 1729, 241-243.

184.—Relación de la vida y martirio de Francisco Toyama, por su Confesor Fr. Francisco de San Andrés, O. F. M. [Japón, 1624].

AIA, XXI, 1924, 19-22.

185.—Litterae B. Ludovici Sotelo ad Urbanum VIII. De hoc carcere Iaponi Omurensi, 20 Januarii, 1624.

Pérez, l. c., 295-315.—Sotelus, *Relatio*. Matriti, 1628; Francofurti, 1634, 3-26.—Pagès, l. c., 137-161.

186.—Carta del B. Luis Sotelo al P. Diego de San Francisco y demás Misioneros Franciscanos del Japón.—In die Sancti Bartholomaei de 1624.

Diego de San Francisco, l. c., 124 s.—Juan de San Antonio, l. c., 244-46.—Pérez, l. c., 235-237.

187.—Relacion Verda- // Dera, Y Breve De La Perse- // Cucion Y Martyrios que padecieron por la confes- // sion de nuestra S. Fe Catholica en Iapon, quinze // Religiosos de la Provincia de S. Gregorio, de los // Descalços del Orden de nuestro Seraphico P. S. // Francisco de las Islas Philipinas. Y otros muchos//Martytes [*sic*] Religiosos de otras Religiones, y secu- // lares de diferentes estados. Todos los quales // padecieron en Iapon desde el año de // 1613. hasta el de 1624. // Dirigida por la misma Provincia a la S. R. y C. Ma- // gestad de Don Philipe Quarto nuestro señor // Rey de España: // Escrita por el Padre Fray Diego de San Francis- // co Predicador de la misma Provincia, y Co- // missario del Iapon. // Con licencia. // En Manila, por Thomas Pinpin impressor de li- // bros. Año de 1625. //

8.º, 4 ff. s. n., 136 pp., 2.º y 3.ª ed. México, 1626. Trad. italiana en 1630.

188.—En Vna Carta Que Escriuio El Padre Fr. Diego de San Francisco, de la Orden de San Frâcisco Descalzos, a nuestro muy santo padre Paulo V. desde Mexico, el año de 1618. le dize q. viêdo el Emperador del Goxosama, las innumerables almas que se conuertian en su Reyno a nuestra S. Fé, por la predicación de los Religiosos, etc.

2 ff. sn. Madrid. Bibl. de la Real Academia de la Historia, Col. Jes. vol. CVIII, n. 361.

189.—Carta del P. Diego de la Cruz, O. F. M., misionero del Japón, en que comunica al P. Comisario sus trabajos apostólicos, y da a entender quiénes eran los misioneros que cuidaban de las cristiandades de Edo, Senday y Dewa.—Yendo, 12 de mayo de 1625.

AIA, XXI, 1924, 23-27.

190.—Carta del B. Francisco de S. María, O. F. M., en que refiere los principios de la persecución en la isla de Kyushu en los primeros meses del 1625.

Pérez, *Relaciones de Fr. Diego de San Francisco.* Madrid, 1914, 5 s.
Francisco Santa Inés, *Crónica de la Provincia de S. Gregorio.* II. Manila, 1892, Lib. VII, cap. 22.

191.—Carta-Relación escrita por el P. Fr. Antonio de S. Buenaventura.—Nagasaki, 21 de septiembre de 1626.

Pérez, *Un mártir vallisoletano. Vida del B. Antonio de S. Buenaventura. (Revista Eclesiástica,* XVI, Valladolid, 1910, n. 2.)
Id., *Relaciones de Fr. Diego de S. Francisco.* Madrid, 1915, 27-31.

192.—Sermon // En la Octava // Que En Esta Corte // se consagró a la gloria de los veinte y // tres Mártires del Iapon, Descalços de la // Orden de S. Francisco, que canonizó // La Santidad De Vrbano VIII. // Predicose // a la Magestad de Filipo IIII. // N. S. en el Real Conuento de S. Gil ; a cuya deuo- // cion se estampó, y se dedica. // Por el Doctor Frey D. Fulgencio // Maldonado del habito de San Iuan, Capellan // de su Magestad. // Año 1627. // Con licencia. // En Madrid, por la viuda de Luis Sanchez, Impresora del Reyno.

4.°, 16 ff.

193.—Breve // Compendio // Del // Martirio, e Morte // Delli Ventitre Martiri dell' Ordine Minori de San // Francesco dell' oseruanza della Prouincia di San // Gregorio delle Filippine, e del Gaippone, // Con i Nomi, Titolli, e Patrie loro. // Crocifissi nel Regno del Gaippone per difesa // della Santa Fede. // De'quali la Santitá di N. S. Papa Vrbano VIII. hà concesso sotto // li 14. Settembre 1627. che si celebri la Messa, & Offigio. // E la Festiuità il di 5. Febbraio giorno del loro martirio. // In Milano. // Per l'her. di Gio. Battista Colonna 1627. //

4.°, 4 ff. s. n.

194.—Relacion // Verdadera De La // Solemne Octava, y Devo- // tíssima, Y Grandiosa Procession, Y Fiestas que la Serafica // Familia del glorioso Padre S. Francisco ha celebrado a la // Ilustre Canonizacion de 23 gloriosos Martyres, seis Re- // ligiosos Franciscos Descalços, y diez y siete Iapones do- // mesticos, y conuertidos suyos, y coadjutores en la pre- // dicacion del verdadero Evangelio, que nuestro muy santo Padre // Vrbano VIII. canoniço, y dio por verdaderos // Martyres a 19. de Iulio deste presente año de 1627. // la qual cierto Cortesano embio a vn su // amigo ausente. //

4.°, 8 ff. s. l. y s. a.

195.—*Salvatoris Domini.* Bula de Urbano VIII. Romae, 14. Septembris 1627.

Franciscus Matritensis, *Bullarium Discalceatorum.* II. Madrid, 1744. 87 s.

196.—Relatio facta SS. D. N. Urbano VIII Canonizationis XXIII. Martyrum Japponi.

Franciscus Matritensis, l. c., V. Madrid, 1749, 305-320.

197.—Breve // Relación // De La Vida Y // Mverte De Los Protomarti- // res del Iapon, Religiosos Profesos de la Orden de N. P. //

San Francisco, y de sus 17 compañeros legos, Terceros // de la misma Orden, que con ellos padecierô el mesmo // martirio: colegida de la 4 parte de la Cronica de la di- // cha Orden. lib. 2, cap. 60. y del P. Fr. Marcelo de Ribadeneyra, testigo de vista deste // glorioso martirio. // Año 1628. Impresso con licencia en Seuilla, por Padro Go- // mez de Pastrana, a la Esquina de la Carcel Real. //

4.°, 8 ff. Vid. Streit, *Bibl. Missionum*, V, p. 522, n. 1422.

198.—Relación del martirio que padeció en el Japón Fr. Bartolomé Laurel, O. F. M., a 17 de agosto de 1627.

S. l. y s. a. [c. 1628].

199.—Carta del P. Antonio de San Buenaventura a D. Juan Bautista Barrera.—Nagasaki, a 20 de julio de 1628.

Pérez, *Un mártir vallisoletano (Revista Eclesiástica*, XIV. Valladolid, 1910, n. 42.)—Pagès, *Histoire de la religion chrétienne au Japon*, II, 347 s.

200.—Carta del P. Fr. Antonio de San Buenaventura a Fr. Diego de S. Francisco.—Nagasaki, a 6 de septiembre de 1628.

Pérez, l. c. Id., *Relaciones de Fr. Diego de S. Francisco*, Madrid, 1914, 50 s.—Pagès, l. c., 348 s.

201.—Relación del P. Diego de San Francisco a nuestro hermano provincial de S. Francisco en Manila, en que prosigue la relación de la persecución.—[Japón], 3 de julio de 1628.

Pérez, *Relaciones de Fr. Diego de S. Francisco*, 7-44

202.—Carta del P. Diego de San Francisco, superior de los Franciscanos, a los cristianos de Oshu.—1628.

Delphace, *Le catholicisme au Japon*, II. Bruxelles, 1910, 119-123.

203.—Carta del P. Fr. Juan de San Felipe, O. F. M., sobre el estado de la cristiandad de Japón.—[Japón], a 20 de marzo de 1628.

Pérez, *Un mártir vallisoletano (Revista Eclesiástica*, XIV. Valladolid, 1910, núm. 4).

204.—Relación de los santos mártires que por la fe de Jesucristo padecieron en los reinos del Japón desde el año 1628, por Fr. Diego de San Francisco, O. F. M.—De Japón, 25 de septiembre de 1630.

Pérez, *Relaciones de Fr. Diego de San Francisco*. Madrid, 1914, 45-75.

205.—Carta de Fr. Gabriel de la Magdalena, O. F. M., al P. Diego de San Francisco.—Omura, 16 de julio de 1630.

Pérez, l. c., 73.

206.—Relación acerca de las persecuciones en el Japón. Por el P. Diego de San Francisco.—De 10 de marzo de 1632.

Pérez, l. c., 76-83. Separata de AIA, I, 1914, 241-248.

207.—Carta del P. Diego de San Francisco al provincial de Manila, Fray Antonio de San Gregorio.—De Japón, 5 de marzo de 1632.

Pérez, l. c., 84-90. Separata de AIA, I, 1914, 249-255.

208.—Relacion Verdadera // Del Martirio Qve Dieron En El Iapon A Veynte Y Nveve Martyres // Religiosos del Orden del Serafico Padre San Francisco, Frayles, y Terceros, niños, y mugeres, nue- // uamente conuertidos. De las persecuciones grandes que padecen los Chris-

tianos en aquel Rey- // no. Auisase tambien de la Embaxada que embio el Emperador Iapon al Virey de Mexico. // Refierese tambien el transito dichoso de la santa Madre Geronima de Asuncion, Fundadora // de Descalças de Santa Clara de la ciudad de Manila, tia del señor don Pededro [*sic*] Pantoja, // Alcalde de la Real Audiencia de Seuilla. Y las solenes honras que los Cabildos // de aquella ciudad le hizieron, y otras cosas particulares. // Escrito todo por el Padre Fray Gines de Quesada, Lector del Conuento de San Francisco de Ma- // nila, al muy reuerendo Padre Fray Francisco de Apodoca, Comissario General de // Nueua España, del Orden de San Francisco, el mes de Enero de 1633. // Impressa en Seuilla, con licencia del señor Alcalde don Pedro Pantoja, // por Simón Faxardo, // en la calle de la Sierpe. Año de 1633. //

2 ff., s. n.

209.—*Ex debito pastoralis officii*. Breve de Urbano VIII. Roma, 22 de febrero de 1633.

Franciscus Matritensis, *Bullarium Discalceatorum*, II. Madrid, 1744, 126-131.—*Jus Pontificium de Propaganda Fide*, I. Romanae, 1888, 143-146.

210.—Relación del Reino de Nippon a que llaman corruptamente Japón, por Bernardino de Avila Girón.

AIA, XXXVI, 1933, 481-530; XXXVII, 1934, 5-48, 259-275, 372-434, 493-554; XXXVIII, 1935, 103-130, 216-239, 384-417. La Cruzada española contra los rojos interrumpió la publicación, que hacían en colaboración los PP. Doroteo Schilling y Fidel Lejarza.

Otro material precioso para la historia de las Misiones Franciscanas se encuentra en documentos, cartas y relaciones de otras Ordenes religiosas, especialmente en las cartas annuas de los padres jesuítas. Pero por no tratarse directamente de los Franciscanos, los omitimos (1).

A) MANUSCRITOS

AGUIRRE DE LA ASCENSIÓN (Martín), O. F. M.: *Relación de las cosas de Japón, para don Luys De Las Mariñas*. (Hispali, Archivo General de Indias, 67-6-18.) Madrid, Bibl. Nacional, Sección de Manuscritos, número 1.893.

ARELLANO (Manuel), O. P.: *Indice alfabético del archivo de la provincia del Santísimo Rosario de Filipinas*. Año 1915. (Ocaña, Biblioteca O. P. Manila, Archivo O. P.)

Cartas autógrafas de los venerables mártires del Japón. (Manila, Archivo O. P. Mss., t. XIX. Según Arellano, índice f. 37.)

CARVALHO (Valentín), S. J.: *Apologia e reposta feita pello P. Valentim Carvalho da Companhia de Jesus, Provincial nesta provincia de Japao e China, a hum tratado do P. Fr. Sebastiao de S. Pedro da Ordem de S. Francisco, que se intitula recupilaçao das cauzas porque o Emperador de Japao desterou de seus Reinos todos os padres*. (Londres, Brit. Museum, Manuscript Department: Add. Ms. 9856. Roma, Bibl. Nazionale Vitt. Emm: Fondo Ges., 1469.)

---

(1) P. Domingo Rancaño, O. F. M., en «España Misionera», v. III, Madrid, 1946, núm. 10, pp. 183-214.

— *Annua de Japao de 25 de Outubro de 1600.* (Londres, Brit. Mus., Ms. Dep.: Add. Ms. 9859, ff. 94 r-148 r. Ulyssipone, Bibl. da Ajuda. 49-IV-59, ff. 1 r-53 v.)

Certidoens dos Reitores, Viceprovincial e Bispo de Japao acerca das causas de Japao iustificadas em Macao. Pera se ver em Goa, Portugal e Roma. 2.ª Via. (Londres, Brit. Mus., Ms. Dep.: Add. Ms. 9860, ff. 33 r-50 v.)

Codex Conimbricensis I. Livro primeiro, em que se tresladao as cartas que mandao os Irmaos da Companhia de Jesu que andao na India das cousas que Nosso Senhor por ellos obra e começa do año do nacimiento de N. Senhor Jesu Christo de 1544. (Lisboa, Arch. do Ministero dos Negocios Estrangeiros: Arm. 20 F.)

Codex Conimbricensis II. Liber B. Livro segundo das Cartas do anno de 1557 em diante ate 64. (Lisboa, Bibl. Nacional: Fundo Geral. Ms. 4534.)

Codex Conimbricensis III. (Ibídem, Ms. 4532.)

Codex Coninbricensis IV. Neste livro se escrevem as cousas notaveis que vem nas cartas da India, Japao, China desde era de Mil572. As cartas originais se guardao no cartorio de Coimbra. Livro 4.° (Lisboa. Archivo Nacional da Torre do Tombo: Armario dos Jesuitas, Ms. N. 28.)

Codex Eborensis I, II & III. Cartas do Japao. 3 voll. (Lisboa, Bibl. da Academia das Ciencias: Mss., 11, 12 & 13 azul.)

Codex Ulyssiponensis I & II. Cartas da India de 1544. (Lisboa, Bibl. da Ajuda: 49-IV-49 & 49-IV-50.)

COLLADO (Diego), O. P.: *Cuaderno de cuestiones importantes.* (Manila, Archivo O. P.: Manuscritos, tomo XVI. Según Arellano, Indice. f. 70.)

COUROS (Matheus de), S. J.: *Copia da Carta pera Nosso Padre Geral. em que se conta o succedido em Japao desde Janeiro de 1603 athe Setembro do mesmo anno, e da conversao de mais de quatro mil Christaos de novo.* (Nagasaki, 6. X. 1603. Lisboa, Bibl. da Ajuda: 49-IV-59, ff. 112 v-156 v.)

CHINCHÓN (Diego de), O. F. M.: *Relación cierta y verdadera de los ocho Martyres de Arima, cuyo Martyrio fue a siete de octubre deste anno de 1613.* (Pastrana, Arch., O. F. M.: C. 8, 1, 3.)

LA LLAVE (Antonio), O. F. M.: *Chrónica de la Provincia de San Gregorio de Philipinas.* (Pastrana, Arch., O. F. M.: C. 31, 1, 4. C. 31, 1, 3. Se conserva, si bien incompleto, el autógrafo del autor.)

MATOS (Gabriel de), S. J.: *Annua de Jappao desde Setembro de 1601 ate Janeiro de 1603.* Nagasaki, primeiro de Janeiro de 1603. (Londres. Brit. Museum, Ms. Dep. Add. Ms., 9859, ff. 193 r-212 r. Otra transcripción de esta carta se halla en Lisboa, Bibl. da Ajuda: 49-IV-59, ff. 79 r.-112 v. Cf. Streit, Bibl. Miss., V n. 1014.)

—*Annua de Japao do anno de 1614.* (Nagasaki, 25-X-1614. Roma, Bibl. Naz. Vitt. Emm.: Fondo Ges., 1421. Cf. Streit, op. cit., n. 1160.)

SANTA INÉS (Francisco), O. F. M.: *Crónica de la Provincia de San Gregorio.* (Pastrana, Arch., O. F. M.: C. 32-I-3.)

FERNÁNDEZ (Bento), S. J.: *Tratado dos gloriosos martyres que por defensao da fee de Christo Nosso Senhor derao suas vidas em Jappam no Reino de Figen [Hizen] o anno de 1622.* (Nagasaki, 3-VIII-1623. Ebora, Bibl. Publ., CXVI/1-31.)

FERREIRA (Christovao), S. J.: *Relaçao da perseguiçao contra nostra san-*

ta fe, que de novo se levantou no Tacaqu [Takaku] este anno de 1627. e Martyrio de muitos Christiaos, que nella derao glorosamente as vidas para la confisao da mesma santissima fee. (Nagasaki, 17-IX-1627. Lisboa, Bibl. Nacional: Manuscritos, Caixa 76, núm. 24.)

[Fragmentos pertencentes á historia e governo da Companhia de Jesus no Japao e India]. (Evora, Bibl. Pública: CXVI 2-11, núm. 44.)

FROIS (Luis), S. J.: *Historia de Japao. Primera parte da Historia de Japam, em que trata das couzas que socederao nesta V. Prov.ª, que começa por anno de 1549.* (Lisboa, Bibl. da Ajuda: 49-IV-54.) Esta parte de la magna obra del padre Frois fué traducida al alemán por el padre Gregorio Shurkammer y publicada bajo el título: Die Gerchichte Japans (1549-1578) von P. Luis Frois, S. J. (Leipzig, 1926). El año 1932 fué publicada también en Tokio, por Yoshio Takaichi. *Segunda parte da Historia de Japam, que trata das couzas que sucederea nesta V. Provincia da hera de 1578 por diante, começando pela conversao del rey de Bungo.*

GONSÁLVEZ (Sebastiao), S. J.: *Apologia em defensao dos Padres da Companhia de Jesu de Japao.* (Londres, Brit. Museum, Ms. Dep.: Add. Ms. 9860, ff. 273 r-296 v.)

HUERTA (Félix), O. F. M.: *Necrología de todos los religiosos que ha tenido esta santa y apostólica provincia de San Gregorio Magno de Filipinas desde su fundación hasta nuestros días.* 2 vols. (Pastrana, Arch., O. F. M.)

—*Livro de diversas Lembranças e couzas que pertencem ao Superior universal de Japam, começou-se a escrever em Nangasaqui aos 13 de Novembro da era de 1585.* (Madrid, Bibl. de la Academia de la Historia: Jesuítas, 11-10-3/21, quaderno 3.º)

LLANEZA (Maximino), O. P.: *Monumenta Missionum Orientalium Japoniae, Sinae, etc.* 4 vols. (Salamanca, convento O. P.)

MUÑOZ (Alonso), O. F. M.: *Relación para Nuestro Padre Provincial y para consuelo de los demás hermanos de nuestra provincia de Sanct Gregorio de las cosas más notables que an subcedido este año de mil y seis cientes y seis en esta Conversión del Japón.* (Londres, Brit. Museum. Ms. Dep.: Harley Collection 3570, ff. 381 r-395 r.)

Papeles tocantes a las misiones del Japón por los años 1622, etc. (Madrid, Bibl. Nacional, Sección de Manuscritos, 1827, 1, 2, 3, 4.)

Papeles varios del Japón. Dos volúmenes de cartas y relaciones referentes al Japón. (Madrid, Bibl. de la Academia de la Historia: 12-13-2/565 et 12-13-2/566.)

PASIO (Francisco), S. J.: *Historia do Martyrio de Seis Japones que foram mortos pela nossa Santa Fe em Japam no Regno de Fingo [Higo] em Dezembro de 1603.* (Nagasaki, 8-III-1604. Lisboa, Bibl. da Ajuda, 49-IV-59, ff. 156 v-205 r.)

POBRE DE ZAMORA (Juan), O. F. M.: *Istoria de la pérdida y descubrimiento del galeón «San Phelipe», con el glorioso martirio de los gloriosos mártires del Japón. Año de 1597.* (Madrid, Bibl. de Antonio Graiño.)

—*Memorial dado al rey nuestro señor en razón de que entren religiosos de la horden de Sanct Francisco a la conversión de Japón y China.* (Londres, Brit. Museum, Ms. Dep.: Harley Collection, 3570, ff. 330 r-336 r.)

[Regulamentos dos Padres de Companhia para a bos administraçao

e fructo das Missoes no Japao, principiadas a escrever em 1585. Comprende tamben a descripçao costumes, religiao e qualidades do Janao, e algumas noticias desde 1597 até 1597; et tamben hunha memoria da mercancia, que os Padres da Companhia sempre fizerao no Japao para sustentar as Missoes naquellas partes.] (Lisboa, Bibl. da Ajuda: 49-IV-56.)

Relaçam breve dos martires de Japam do anno de 1619. (Macao, 15 de Janeiro de 1620. Londres, Brit. Museum, Ms. Dep.: Add. Ms. 9860, ff. 243 r-253 r.)

Relación de la gloriosa muerte de cinco Japones Christianos que padecieron martirio por la confessión de la Fee Catholica en el Regno de Fingo [*Higos*], *en el lugar y fortaleza de Yatzuxiro* [*Yatsushiro*] *en Henero de 1609.* (Londres, Brit. Museum, Ms. Dep.: Add. Ms. 9860, ff. 137 r-201 r.)

RODRÍGUEZ (Francisco), S. J.: *Annua de Jappao do Anno de 1598 Pera N. P. Gral. Esta se mandou pello P. Gil de la Mata. 2.ª Via. 20 de Fevreiro da era de 1599.* (Londres, Brit. Museum, Ms. Dep.: Add. Ms. 9859, ff. 19 r-59 r.)

—*Annua da Viceprovincia de Japao desde fevreiro de 1601 ate o mes de Outubro do mesmo anno. Pera N. P. Gral. 1.ª Via.* (Londres, Brit. Museum, Ms. Dep.: Add. Ms. 9859, ff. 149 r-192 v.)

RODRÍGUEZ GIRAM (Joao), S. J.: *Annua de Japao do anno de 1605. Pera N. Muito Reverendo em Christo P. Preposito Gral. da Companhia de Iesu.. Nagasaki, e do Março 15 de 1616.* (Londres, Brit. Museum, Ms. Dep.: Add. Ms. 9859, f. 270 r-293 v.) En italiano fué publicada en *Lettere Annue del Giappone, China, Goa, Ethiopia*, Volgarizati dal P. Lorenzo delle Pozze, della medesima Compagnia. Napoli, 1621, pp. 3-65.

RODRÍGUEZ GIRAO (Joao), S. J.: *Annua de Jappao de Outubro do anno de 1605 até o de 1606. Nagasaki, a 15 de Fevreiro de 1607.* (Londres, Brit. Museum, Ms. Dep.: Add. Ms. 9859, ff. 216 r-269 v.)

RODRÍGUEZ TCUZU (Joao), S. J.: *Historia da Igreja do Japao na qual se contem, como se deu principio a pregaçao do Sagrado Evangelho neste Reyno pelo B. P. Francisco Xavier, hum dos primeyros dez, que como gloriozo Patriarcha Santo Ignacio fundarao a Compannia de Jesu: e o muito que Nosso Senhor por elle e seus filhos obrou na conversao desta gentilidade à nossa Sancta Fê Catholica, de anno de 1549, no qual a Ley de Deus entrou em Japao, atè o prezente de 1634, no discurso de 85 annos.* (Lisboa, Bibl. da Ajuda, 49-IV-53, ff. 2 r-236 v. Una transcripción incompleta se conserva en Madrid, Bibl. de la Academia de la Historia, 11-10-3/21.)

Tratado dos Embaixadores Japoes que forao de Japao á Roma no anno de 1582. (Tolosa, en Francia, Bibl. de Paulo Sarda.)

VALIGNANO (Alexandro), S. J.: *Apología en la qual se responde a diversas calumnias que se escrivieron contra los Padres de la Compañía de Japón, y de la China* (9-X-1598). (Evora, Bibl. Pública, CXV 2-2. Lisboa, Bibl. da Ajuda, 49-IV-58. Otro ejemplar incompleto, Londres, Brit. Museum, Ms. Dep.: Add. Ms. 9858, ff. 81-r-102 r.)

— *Consulta hecha en Japón por el Padre Alexandro Valegnano, visitador de la Compañía de la India, en el año 80 y 81.* (Londres, Brit. Museum, Ms. Dep.: Add. Ms. 9852, ff. 71-r88r. Ms. orig. (2.ª via), y Roma, Bibl. Naz. Vitt. Emm.: Fondo Ges., 1482, fasc. 29.)

VALIGNANO (Alexandro), S. J.: *Libro Primero del principio y progresso de la Religión christiana en Jappón y de la especial providencia de que Nuestro Señor usa con aquella nueva Iglesia. Compuesto por el padre Alexandro Valignano, de la Compañía de Jesús, en el año 1601*. (Londres, Brit. Museum, Ms. Dep.: Add. Ms. 9857. Otra copia, Lisboa, Bibl. da Ajuda: 49-IV-53, ff. 244r-420r.)

— *Resoluciones que el Padre Visitator da acerca de las preguntas de la consulta que se hizo en Jappón en diversas partes el año de 1581* (Londres, Brit. Museum, Ms. Dep.: Add. Ms. 9852, ff. 89 r-96 v.) En portugués, en Roma, Bibl. Naz. Vitt. Emm. Fondo Ges., 1482, fac. 35.

— *Summario de las cosas que pertenecen a la Provincia de Jappón y al govierno della, compuesto por el p. e. Alexandro Valignano, Visitador de los Indios de Oriente, dirigido a N. P. General Claudio Aquaviva (28 de octubre de 1583)*. (Londres, Brit. Museum, Ms. Dep.: Add. Ms. 9852, ff. 38r-68 v. Otros exemplares, Lisboa, Bibl. da Ajuda: 49-IV-56, ff. 55-114v, y Madrid, Bibl. de la Academia de la Historia, 11-10-3/21, Quaderno 3.°, pp. 75-180.)

B) OBRAS IMPRESAS

Acta Capitulorum provincialium Provinciae Sanctissimi Rosarii Philippinarum Ordinis Praedicatorum ab anno 1588... Manila, 1874-78. Tres volúmenes.

Acta Consistorii publici exhibiti a S. D. N. Gregorio, papa XIII. Regum Iaponiae Legatis Romae, die XIII, Martii M.D.LXXXV. Romae, 1585.

ADUARTE (Diego), obispo de la Nueva Segovia: *Historia de la provincia del Santo Rosario de Filipinas, Japón y China de la Orden de Predicadores, añadida por fray Domingo González y dada a luz por fray Pedro, Mártyr de Buenacasa*. Zaragoza, 1693. Dos volúmenes.

ADUARTE (Diego de), O. P.: *Relación de los gloriosos martirios de seis religiosos desta provincia del Santo Rosario y de las islas Filipinas que han padecido este año y el pasado de 33*. Valladolid, 1637.

A. F. H.: *Archivum Franciscanum Historicum. Iss.* Quaracchi (Firenze), 1908-11.

AGANDURU MORIZ (Rodrigo de): *Historia general de las islas occidentales a la Asia adyacentes, llamadas Philipinas*. Madrid, 1882. Dos volúmenes.

A. H. H. A.: *Archivo Histórico Hispano Agustiniano* y *Boletín Oficial de la Provincia del Ssmo. Nombre de Jesús de Filipinas, Iss*. Madrid, 1914 ss.

A. H. S. I.: *Archivum Historicum Societatis Jesu, Iss*. Roma, 1932 ss.

A. I. A.: *Archivo Ibero Americano, Iss*. Madrid, 1914 ss.

AJOFRÍN (P. Francisco de), O. F. M. Cap.: *Carta familiar de un sacerdote..., en que se da cuenta de la admirable conquista espiritual del vasto imperio del Gran Tíbet y la Misión que los padres Capuchinos tienen allí*. Madrid, 1772.

ALCALÁ (Marcos de), O. F. M.: *Vida maravillosa de San Martín de la Ascensión y Aguirre, protomártir del Japón*. Madrid, 1739. 56 ff., 312 páginas.

ALCÁZAR (José): *Historia de los dominios españoles en Oceanía y Filipinas*. Manila, 1895. 7 ff., 207 pp.

ALCOVER HIGUERAS (Juan José): *Vida del V. P. Fr. Juan de Alcover y epítome de los de sus quatro compañeros del Orden de Predicadores, mártires todos en Focheu, metrópoli de la provincia de Fokien, en el imperio de la China*. Madrid, 1804; 217 págs.

Alcune lettere delle cose del Giappone dell'anno 1579 insino al 1581. Roma, 1584.

ALEGAMBE (Philippe): *Mortes illustres et gesta eorum de Societate Jesu qui in odium fidei aut cujuscumque virtutis occasione Missionum ... ab Ethnicis vel aliis, veneno aut morte alia necati aerumnisva confecti sunt*. Roma, 1657; 716 pp., 2 ff.

ALEXANDRE (Noel): *Apologie des Dominicains Missionnaires de la Chine ou Réponse au livre du Père Le Tellier Jésuite, intitulé Défense des Nouveaux Chrétiens et á L'écloircissement du P. Le Golien sur les honneurs que les Chinois rendent à Confucio et à aux morts*. Cologne, 1700. Dos volúmenes.

ALIAGA (Jerónimo de), O. P.: *Pareceres de Fr. Jerónimo de Aliaga. Fr. José Barrio, de la Orden de Predicadores, y de D. Bernardino Antonio Francos Valdés, acerca de si los regulares de las islas Filipinas pueden administrar los sacramentos conforme al Privilegio de Pío V, si están obligados a seguir «quam primum» la suplicatoria interpuesta ante el Papa y el Rey Católico*. Salamanca [?], 1734; 29 ff.

ALVÁREZ DE MANZANO (Bartolomé), O. P.: *Compendio/de la/reseña biográfica de los religiosos/de la/provincia del Santísimo Rosario/de Filipinas desde su fundación hasta nuestros días*. / Establecimiento tipográfico del Real Colegio de Santo Tomás, 1895; 1240, LXVIII, 167 pp.

AMATI (Scipione): *Solenne Ambascieria del Giappone al Sommo Pontefice Paolo V*. Prato, 1891.

Apologia de Padri Dominicani Missionarii della China. Colonia, 1679, 613 pp.

ARRIETA MASCARÚA (José Miguel de): *Vida del venerable mártir el Ilmo. Sr. D. Fr. Valentín de Berrio-Ochoa, Obispo de Centuria y Vicario Apostólico del Tonquín*. Euscalduna, 1865; 3 ff., 156 pp., 1 f.

Avisos de la China y Japón, del fin del año de 1587. Sacados de las cartas de los padres de la Compañía de Jesús que andan en aquellas partes. Madrid, 1589; 4+45+1 ff.

Avvisi del Giapone degli anni 1582, 1583 e 1584. Roma, 1586.

AYMIN (Juan de): *Copia de una carta del padre ..., de la Compañía de Iesús, de la Provincia Flandobelgica, al Reverendo Padre Rector de Bruselas, escrita desde Macao, a 5 de Marzo 1669*. [S. l. s. a.] o 2 ff.

BARTOLI (Daniello): *Dell Istoria della Compagnia di Giesu. L'Asia*. Roma, 1660-67. Tres volúmenes.

BARTOLI (Daniello), S. J.: *Asiaticae Historiae Societatis Iesu. Pars Posterior libris quatuor... quae post beatum S. Xaverii obitum Soc. Patres ad Dei gloriam in iisdem Provinciis gessere*. Lugduni, 1667; 2 ff., 414 pp., 1 f.

BARTOLI (Daniello), S. J.: *De vita et gestis S. Francisci Xaverii e Societate Iesu Indiarum Apostoli. Libri quatuor*. Lugduni, 1666; 8 ff., 342, pp., 6 ff.

BARTOLINI (Ubaldino), S. J.: *Lettera del Giappone degli anni 1591 et 1592*. Roma, 1595.

BAYLE (Constantino): *Un siglo de cristiandad en el Japón*. Barcelona, 1935; 195 pp., XVI láms.

BAZACO (E.): *Historia documentada del Real Colegio de San Juan de Letrán*. Manila. Imp. de la Universidad de Santo Tomás, 1933; 1 hoj.+ 282 págs.+31 lám.

BECERRA (Fernando), O. S. A.: *Relación de el Martyrio de el S. F. Hernando de S. Ioseph en Iapón y del Santo F. Nicolás Melo en Moscouia, de la Orden de Nro. P. S. Agustín*. Bacolor, 1618.

BELLOC SÁNCHEZ (Vicente): *Los misioneros en Filipinas. Sus relaciones con la civilización y dominación española*. Madrid, imprenta Minuesa de los Ríos, 1895; 56 pp.

BERLANGA (Cristóbal), S. J.: *El Apóstol de las Indias y nuevas gentes, San Francisco Xavier, de la Compañía de Jesús. Epítome de sus apostólicos hechos, virtudes y milagros*. 3.ª ed. Valencia, 1698; 8 ff., 379 pp., 10 ff.

BERCHET (Guglielmo): *Le antiche Ambasciate Giapponesi in Italia*. Venecia, 1877.

BERNARD (Enri), S. J.: *Les Débuts des Relations diplomatiques entre le Japon et le Espagnols des Isles Philippines (1571-1594)*, en *Mon. Nipp.* I Tokio, 1938; 99-131.

— *Les Isles Philippines du Grand Archipel de la Chine*. Tient-Tsin, 1936.

BLAIR (Emma Helen) & ROBERTSON (James Alexander): *The Philippine Islands, 1493-1898*. Cleveland (Ohio), 1903-31; 55 vols.

B. O. A. R.: *Boletín Oficial de la Provincia de Agustinos Recoletos de San Nicolás de Tolentino de las Islas Filipinas, Iss.* Zaragoza. Tsin, 1936, 1909 ss.

BOERO (Giuseppe), S. J.: *Relazione della gloriosa morte di ducento e cinque Beati Martiri nel Giappone*. Roma, 1867.

BONCOMPAGNI (Ludovisi): *Le prime due Ambasciate dei Giapponesi a Roma (1585-1616)*. Roma, 1904.

BOUIX (D.): *Histoire des vingt-six Martyrs du Japon crucifiés à Nagasaki le 5 Février 1597 avec un aperçu historique sur les Chrétientés du Japon depuis cette époque jusqu'à nos jours*. París, 1862.

BRAVO (Felipe) y BUZETA (Manuel): *Diccionario Geográfico, Estadístico e Histórico de las Islas Filipinas*. Madrid, Imp. De la Peña, 1850. Dos volúmenes.

CABALLERO (Antonio de Santa María), O. F. M.: *Cartas de China*. Documentos inéditos sobre las Misiones Franciscanas del siglo XVII, publicadas por el P. Otto Maas. Sevilla, 1917; 2 vols.

CADELL (E. M.): *Historia de las Misiones en el Japón y Paraguay*. Madrid, Sánchez Rubio, 1857; 390 pp.

CALVA (Fernando): *Vida del Ven. Padre Fr. Francisco Fernández Capillas, protomártir de la China...* Valladolid, 1787; 8 ff., 294 pp., 3 ff.

CANO (Gaspar), O. S. A.: *Catálogo de los Religiosos Agustinos de Filipinas desde 1565 hasta 1860, con datos biográficos de los mismos*. Manila, 1809.

CARDIN (Antonio Francisco), S. J.: *Fasciculus e iapponicis floribus* Roma, 1646; 4 ff., 252 pp., il.

—*Catalogus Regularium et Saecularium qui in Iapponiae Regnis.... violenta morte sublati sunt*. Roma, 1646.

—*Mors felicissima Quatuor Legatorum Lusitanorum et Sociorum Quos*

Iapponiae Imperator occidit in odium Christianae Religionis. Roma, 1646; 40 pp.

CARRERO (Francisco), O. P.: *Relación del Martyrio del B. P. Fr. Pedro Vázquez, de la Orden de Santo Domingo*. Manila, 1625.

CARRERO (Francisco), O. P.: *Triunfo del Santo Rosario y Orden de Santo Domingo en los reinos del Japón, desde el año del Señor 1617 hasta el de 1624*. Segunda edición. Manila, Imprenta del Colegio de Santo Tomás, 1868; 302 pp. e índice.

CARRILLO (Manuel), O. S. A.. *Relación de las Misiones de Igorrotes Tinguianes, Apayaos*. Madrid, 1760.

Cartas de los padres de la Compañía de Jesús de la Misión de Filipinas. Manila, 1880; 215 pp.

Cartas de los padres de la Compañía de Jesús de la Misión de Filipinas. Cuaderno IV. Manila, 1881; 180 pp.

Cartas de los misioneros de la Compañía de Jesús de la Misión de Filipinas. Manila, Imp. Col. Santo Tomás, 1883; 3 vols.

Cartas do Iapam nas quaes se trata da chegada aquellas partes dos fidalgos Iapoes que ca vierao, da muita Christiandade que se fer no tempo da perseguiçao do tyrano e de outras cousas da India... Lisboa, 1593; 64 pp.

Cartas edificantes y curiosas de las missiones extranjeras de Levante. por algunos missioneros de la Compañía de Jesús. Madrid, 1767; 2 volúmenes.

Cartas edificantes y curiosas de las Misiones extranjeras por algunos misioneros de la Compañía de Jesús. Traducción del francés por el padre Diego Davin. Madrid, 1753-57; 16 vol.

Cartas que los padres y hermanos de la Compañía de Jesús, que andan en los Reynos del Japón, escrivieron ... desde el año 1549 hasta el de 1571, en las quales se da cuenta de las costumbres e idólatras de aquella gentilidad y el principio y bondad de los christianos de aquellas partes. Alcalá, 1575; 8+315+5 ff.

Cartas que os Padres e Irmaos da Compahia de Jesus escreverâo dos Reynos de Japâo e China... desdo anno de 1549 ate o de 1589. Evora 1598; 2 vol.

Catalogus regularium et saecularium, qui in Japponiae Regnis a fundata ibi a S. Francisco Xaverio ... ab Ethnicis in odium Christianae fidei... morte violenta sublati sunt. Collectus ab. P. Antonio Francisco Cardini. Roma, 1646; 79 pp.

CIVEZZA (Marcelino), de O. F. M.: *Storia Universale delle Missioni Francescane*. Prato, 1891.

COLIN (Francisco), S. J.: *Labor evangélica, ministerios apostólicos de los obreros de la Compañía de Jesús, fundación y progresos de su provincia de las islas Filipinas*. Madrid, 1663; 12 ff., 820 pp., 8 ff.

COLLECTANEA (S.): *Congregationis de Propaganda Fide seu Decreta. Instructiones, Rescripta pro Apostolicis Missionibus*. Roma, 1907; 2 vol.

COLLADO (Diego), O. R.: *Modus confitendi et examinandi Paenitentum Iaponensum formula suamet lingua Iaponica*. Roma, 632; 66 pp.

COLLANTES (Domingo), O. P.: *Historia de la provincia del Santísimo Rosario de Filipinas, China y Turquín, Orden de Predicadores. IV parte, desde el año 1700 hasta el de 1765*. Manila, 1783; 44 ff., 659 pp.

COMBES (Francisco), S. J.: *Historia de las islas de Mindanao, Ioló y*

sus adyacentes; progresos de la religión y armas católicas. Madrid, 1667. 12 ff., 56 pp., 3 ff.

Copia de las cartas que los padres y hermanos de la Compañía de Jesús que andan en el Japón escrivieron a los de la misma Compañía de la India y Europa. Coimbra, 1565; 478 pp.

CORDIER (Henri): *Bibliotheca Japonica. Dictionnaire bibliographique des ouvrages relatifs à l'Empire Japonais*. París, 1912.

CORNEJO (Damián): *Chrónica Seráphica. Vida del glorioso patriarca San Francisco*. Madrid, 1682-1729; 7 vols.

CORTÉS OSSORIO (Juan): *Reparos historiales... de parte de los misioneros apostólicos del Imperio de la China...* Pamplona [s. a.]; 172 ff.

COSTA (Manoel da): *Historia rerum a Societate Jesu in Oriente Gestorum, ad annum usq. a Deipara Virgine MD.LXVIII. Accessere de Japonicis rebus epistolarum libri III. Et recentium de rebus indicis epistolarum liber, usque ad annum 1570*. Parisiis, 1572; 10 hoj. + 246 fol.; 8.º

CHARLEVOIX (Pierre-François Xavier), S. J.: *Historia del cristianismo en el Japón*. Barcelona, 1858; 392 pp.

CHIRINO (Pedro), S. J.: *Relación de las islas Filipinas y de lo que en ellas han trabajado los padres de la Compañía de Jesús*. Roma, 1604, 2 ff., 196 pp.

CRASSET (Jean), S. J.: *Histoire de l'Eglise du Japon*. París, 1689; 2 vol.

CUBERO SEBASTIÁN (Pedro): *Breve relación de la peregrinación que ha hecho de la mayor parte del mundo don ..., Predicador Apostólico del Assia, natural del reino de Aragón...* Madrid, 1680; 10 ff. s. n., 360 pp.

CUERVO (Justo), O. P.: *Historiadores del Convento de San Esteban de Salamanca*. Salamanca, 1914-1915; vol. II y III.

Dai Nippon Shiryo. Fontes ad Historiam Japoniae. Serie de 12 vols. Tokyo, 1909.

Datos y fundamentos en que se apoyan/los derechos que tiene la provincia del Smo. Rosario de Filipinas,/del Orden de Predicadores, a las Misiones del Turquin,/Oriental y Central: Organización, gobierno y método de vida común que se observa en los colegios, casas y residencias que le pertenecen y que vulgarmente se llaman Casa de Dios Manila, Imprenta del Colegio de Santo Tomás, a cargo de D. G. Memije, 1877; 151 pp.

Defensa de los nuevos Christianos y Missioneros de la China, Japón e Indias Contra dos libros, titulados «La práctica de los Jesuítas» y «El espíritu de M. Arnoldo». Trad. de 2.ª ed. franc., por Gabriel de Parra. Madrid, 1690; 14 ff., 266 pp., 2 ff.

Defensa y manifiesto del Obispo de Heliópolis, Vicario Apostólico de Tonquin, remitido por la R. Audiencia de las islas Filipinas a S. Magestad... Madrid, 1677.

DELGADO (Juan J.), S. J.: *Historia general sacro-profana, política y natural de las islas del poniente llamadas Filipinas*. Manila, 1892; XVI 988 pp.

DELPLACE (Louis), S. J.: *Le Catholicisme au Japon*. Bruxelles, 1909-1910; 2 vols.

—*Selectae Indiarum epistolae nunc primum editae*. Florentiae, 1887.

DÍAZ SANJURJO (José), O. P.: *Relación del estado de la Misión Dominicana del Reino de Tunquin, concretada al Vicariato Apostólico Cen-*

tral durante el año de 1854, escrita por el Obispo de Platea, Vicario Apostólico del mismo. Se da a luz por el M. R. P. Provincial Fr. Julián Velinchon. Manila, 1858; 48 pp.

Diversi avvisi particolari dall'India di Portogallo, ricevuti dall'anno 1551, sino al 1558 dalli Reverendi padri della compagnia di Gieusu. Tradotti dalla lingua spagnuola nella italiana. Venetia, 1565; 8 hoj.+194 ff.

DOMENZÁIN (P. Moisés): *El Japón. Su evolución. Cultura. Religiones.* Prólogo del señor Yakichiro Suma. Bilbao. *El Siglo de las Misiones.* Madrid, 1942; 6 hoj.+330 pp., con 2 lám.+1 hoj.

DORRONSORO (Miguel): *San Martín de la Ascensión.* San Sebastián, Imp. J. Baroja, 1896; 192 pp.

Dos informaciones hechas en Japón. Madrid, 1599.

Entrada de la seráfica Religión de San Francisco en las islas Filipinas. Madrid, 1895.

Epistolae de rebus japonicis, indicis et peruanis, epistolae recentiores a Joanne Hayo, Societatis Jesu in librum umum coacervatae. Antuerpiae, 1605; 968 pp.+27 ff.

Epistolae indicae. De stupendis et praeclaris rebus, quas divina bonitas in India, et variis Insulis per societatem nominis Jesu operari dignata est in tam copiosa Gentium ad fidem conversione. Lovanii, 1566; 12 ff., 496 pp.

Epistolae Praepontorum Generalium ad Patres et Fratres Societatis Jesu. Roma, 1605; 4 ff., 396 pp. [Trata de Misiones. De fine Missionum Orientalium.]

Epistolae Praepontorum Generalium ad Patres et Fratres Societatis Jesu. Pragol, 1711; 4 ff., 836 pp. [Cartas del P. Aquaviva y Laínez acerca de las Misiones.]

España Misionera. I ss. Madrid, 1944, ss.

Estado general de los pueblos del Arzobispado de Manila y de los obispados sufragáneos de Nueva Cáceres, Nueva Segovia, Cebú y Jaro, con expresión de los nombres de sus curas párrocos, total de almas, número de contribuyentes, bautismos, casamientos y defunciones en el año de 1885. Manila, 1886; 117 pp.

FABO DEL CORAZÓN DE MARÍA (Pedro): *Historia general de la Orden de Agustinos Recoletos.* Barcelona, 1927; 6 vols. VI (2.ª parte). Años 1706, 1714. VII, 514 pp. Sólo está en B. N. este vol. VI.

FARIA Y SOUSA (Manuel de): *Imperio de la China y cultura evangélica en él, por los religiosos de la Compañía de Jesús, sacado de las noticias del P. Alvaro Semmedo.* Lisboa, 1731; 9 ff., 252 pp.

FAYOL (Joseph), O. de M.: *Relación de varios sucesos de mar y tierra en las islas Filipinas en estos últimos años, hasta el tremblor y ruyna del día de San Andrés.* Manila, Imp. de la Compañía de Jesús, 1647; 18 ff.

FERNÁNDEZ ARIAS (Evaristo), O. P.: *El Beato Sanz y compañeros mártires, de la Orden de Predicadores.* Manila. Tip. Col. Santo Tomás, 1893; 802 pp.

—*Paralelo entre la conquista y dominación de América y el descubrimiento y pacificación de Filipinas.* En Madrid, a costa de W. E. Retana, 1893; 62 pp.

—*China y Oriente, por ...* Prólogo y revisión del texto por Miguel Herrero. Madrid, 1944; 412 pp.

—*Tratados históricos, políticos, ethicos y religiosos de la Monarchia de la China.* Madrid, 1676; 10 ff., 518 pp., 13 ff.

FERRANDO (Juan): *Historia de los PP. Dominicos en las islas Filipinas y en sus missiones del Japón, China, Tung-Kin y Formosa hasta el año de 1840.* Corregida y refundida en su plan y estilo por fray Joaquín Fonseca. Madrid, 1870-72; 6 vols.

FONSECA (Joaquín), O. P.: *Continuación de la Historia de los PP. Dominicos en las islas Filipinas y en sus Misiones del Japón, China, Tungking y Formosa.* Madrid. Imprenta y estereotipia de M. Rivadeneira, 1872.

—*Los mártires dominicos del Extremo Oriente.* Madrid, Imp. Aguado, 1878; 92 pp.

FROIS (Luis), S. J.: *Historia de Japao.* Trad. alemana. Leipzig, 1926 II parte. Tokio, 1938.

— *Relación del martirio de los 26 cristianos crucificados en Nangasaqui el 5 de Febrero de 1597.* Ed. P. Romualdo Galdós, S. J. Roma, 1935.

FURTADO (Francisco), S. J.: *Informatio antiquissima. De praxi Missionarium Societatis Jesu circa Ritus Sinenses data in China jam ab annis 1636 et 1640.* [S. l. y s. a.]; 16 pp.

—*Relatio de Statu Sinensis Missionis scripta ad Summunm Pontificem, anno 1639* [s. l.].

—*Scriptum P. Francisci Furtado ... ad P. Antonium Rubinum, cui titulus est: Respuesta a 17 preguntas que propuso el P. Fr. Juan Bautista Morales ... a los Padres de la Compañía de Jesús que trabajan ... en el Reyno de la Gran China, anno 1640.* [S. l. y s. a.]; 42 pp.

GAÍNZA (Francisco), O. P.: *Ultimas noticias de las Misiones españolas del Tunkín.* Manila, 1860; 76 pp.

GALARRETA (Telesforo): *Vida y martirio del Beato Fr. Jerónimo Hermosilla, Vicario Apostólico del Tunkín.* Barcelona, 1906; 335 pp. + 1 lámina.

GARCÉS (García), S. J.: *Relación de la persecución que huvo en la Iglesia de Iapón. Y de los insignes Mártyres que gloriosamente dieron sus vidas en defensa de nuestra santa Fé el año de 1622.* México, 1624.

GARCÍA (Francisco): *Persecución que movieron los tártaros en el Imperio de la China contra la Ley de Jesucristo y sus predicadores y lo sucedido desde el año 1664 hasta el fin de 1668.* Alcalá, 1671; 47 pp.

GARCÍA (Francisco), S. J.: *Relación de la terrible persecución que nuevamente ha padecido la Ley de Christo y sus predicadores en la China. Sacada de las cartas que han escrito los Padres de la Compañía de Jesús que residen en aquel Reyno.* Cádiz, 1672; 4+28 ff.

GARCÍA (Francisco): *Vida y milagros de San Francisco Xavier, de la Compañía de Jesús.* Madrid, 1676; 8 hoj., 501 pp.

GIL DE FEDERICH (Antonio): *Vida y martirio del Venerable P. Fray Francisco Gil de Federich y de Sans [degollado en el Reino de Tunkin el año 1745].* Tortosa, 1904; 64 pp.

GIRÓN (Bernardino de Avila): *Relación del Reino del Nippon.* Publicada por los PP. Doroteo Schilling y Fidel Lejarza, O. F. M., en A. I. A., *Archivo Ibero Americano,* XXXVI, ss.

GÓMEZ PLATERO (Eusebio), O. F. M.: *Catálogo biográfico de los Religiosos Franciscanos de la Provincia de S. Gregorio Magno, de Filipinas.* Manila. 1880. Imprenta del Real Colegio de Santo Tomás; 813 pp.

GONZÁLEZ (Domingo), O. P.: *Relación del ilustrissimo martyrio de los Padres Fray Antonio González, Fr. Guillermo Cortet, Fr. Miguel de Aozarazay, Fr. Vicente de la Cruz, Religiosos de la Orden de N. P. S. Domingo y dos compañeros suyos seglares el año 1637, en el Japón.* Madrid, 1639; 10 ff., 36 pp.

—*Relación del martirio del Beato P. Fray Alonso Navarrete, de la Orden de Predicadores, y de su compañero el Beato P. Fr. Hernando de S. Joseph, de la Orden de San Agustín, en Japón, año 1617.* Filipinas, 1618; 51 pp.

GONZÁLEZ DE SAN PASCUAL (José): *Relación y cartas del P. Misionero de los Ilongotes de Filipinas. Las publica Fr. Lorenzo Pérez.* Madrid, 1933; 22 pp. + 1 hoj.

GONZÁLEZ MIRAL (Mariano): *Vida del glorioso mártir español San Francisco de la Parrilla.* Valladolid, 1862.

[GUERRERO (Fernao)]: *Historia y anual relación de las cosas que hicieron los Padres de la Compañía de Jesús por las partes de Oriente, los años passados de 607 y 608, sacada, llenada y compuesta de portugués en castellano por el Doctor Christóbal Suárez de Figueroa.* Madrid, 1614; 8 ff., 566 pp., 1 f.

—*Relación anual de las cosas que han hecho los PP. de la Compañía de Jesús en la India Oriental y Japón en los años de 600 y 601 y del progresso de la conversión y Christiandad de aquellas partes.* Valladolid, 1604; 12 ff., 53 pp.

—*Relaçam annal das cousas que fezeram os Padres da Companhia de Iesus nas partes da India Oriental, e no Brasil, Angola, Cabo Verde, Guiné, nos annos de 602 e 603, e do processo da conversam e christian daquellas partes, tirada das cartas dos mesmos padres que de lá vieram.* Lisboa, 1605; 4+54+142 ff.

GUGLIELMOTI (Alberto): *Memorias de las Misiones católicas en el Tonkin, o sean Noticias de la persecución que en aquel Reino ha sufrido el catolicismo y de los martirios con que han demostrado su santidad los Misioneros de la Orden de Santo Domingo.* Trad. por Fr. Manuel Amado. Madrid, 1846; 7 ff., 320 pp.

GUZMÁN (Luis), S. J.: *Historia de las Misiones de la Cía. de Jesús en la India Oriental, en la China y Japón desde 1540 hasta 1600.* Bilbao, Ed. *Mensajero del Corazón de Jesús,* 1892; 674 pp.

—*Historia de las Missiones que han hecho los Religiosos de la Compañía de Iesús para predicar el Santo Evangelio en la India Oriental, y en los Reynos de la India y Iapón.* Alcalá, 1601-02; 2 vols.

HAAS (Hans): *Geschichte des Christentums in Japan.* Tokyo, 1902 1904; 2 vols.

HAYUS (Joannes), S. J.: *De Rebus Iaponicis, Indicis et Peruanis Epistolae recentiores.* Antverpiae, 1605.

HERRERA Y MALDONADO (Francisco de): *Epítome historial del reyno de la China..., con la descripción de aquel Imperio. Y la introducción en él de nuestra Santa Fe Católica.* Madrid, 1621.

HERRERO (Casimiro), O. S. A.; PSEUD (P. Caro): *Filipinas ante la razón del Indio...* Madrid, 1874.

DE HUERTA (P. Félix), O. F. M.: *Estado Geográfico, Topográfico, Estadístico, Histórico-Religioso de la Santa y Apostólica Provincia de San Gregorio Magno de Filipinas.* Binondo, Impr. de M. Sánchez y Comp., 1865; 613 pp.

JANIN (Louis): *Asiaticae Historiae Societatis Iesu.* Lugduni, 1667.

JARAMILLO (Antonio): *Memorial al Rey N. Señor, por la Provincia de la Compañía de Jesús de las Islas Filipinas, en satisfacción de varios escritos y violentos hechos, con que a dicha Provincia ha agraviado el Arzobispo de Manila, D. Fr. Felipe Pardo, Dominico.* [S. l. y s. a.)] 150 pp.

JARRICUS (Petrus), S. J.: ... *Thesaurius rerum Indicarum, in quo Christianae ac Catholicae religionis tam in India orientali cuam aliis regionibus Lusitanorum opera nuper detectis, ortus, proggressus, incrementa..., recensentur...* Coloniae Agripynae, 1615; 2 vols.

JORDAO (Levy María): *Bullarium Patronatus Portugalliae Regum in Ecclesiis Africae, Asiae atque Oceaniae...* Lisboa, 1868-1870; 2 vols.

LANCINA (Francisco de): *Vida de S. Francisco Javier, Apóstol de las Indias.* Madrid, 1682; 6 ff., retrato, 53 ff.

LA-NOJA Y PALLÁS (Martín de): *Estado de la perseguida Iglesia del Xapón, prodigioso milagro del Apóstol de las Indias San Francisco Javier, ilustre muerte del V. P. Marcelo Mostritrilo, de la Compañía de Jesús.* Zaragoza, 1639; 32 pp.

Lettre d'un Docteur de l'Ordre de S. Dominique sur les cérémonies de la Chine au R. P. Le Comte de la Compagnie de Jésus confesseur de Madame la Duchesse de Bourgogne. Cologne, 1600; 89 pp.

LÓPEZ (Gregorio): *Epístola Gregorii López, ad R. P. Philippum Coufelet...* [*circa negotia regnis Sinensis*] (s. l.) Parisis (s. a. :1700 ?); 35 pp., 4 ff., V p.

LUBÍN (Augustin), O. S. A.: *Orbis Augustinianus. Chorographia augustiniana.* París, 1659.

LUCENA (Joan de), S. J.: *Historia de la vida del P. Francisco Xavier y de lo que en la India Oriental hizieron los demás Religiosos de la Compañía de Jesús.* Trad. al cast. por el P. Alonso de Sandoval, de la misma Compañía. Sevilla, Francisco de Lyra, 1619; 857 pp.

LUCIO (Fr. Miguel), O. F. M.: *Breves instrucciones a los jóvenes Religiosos Franciscanos destinados a la cura de almas en Filipinas.* Manila, Imprenta Amigos del País, 1886; 192 pp.

LUZ (Simâo da), O. P.: *Breve relaçâo do insigne martyrio de treze Martyres Religiosos da Ordem de S. Domingos ... que padecerâo no Imperio do Japâo... desde o anno de 1617 até o de 1624.* Lisboa, 1624.

MADRID (Augustín de), O. F. M.: *Relación del viage que hizo el Abad Don Juan Baptista Sidoti desde Manila al Imperio del Japón, embiado por nuestro Santissimo Padre Clemente XI.* Madrid, 1717.

MAFFEI (Giovanni Pietro), S. J.: *Selectarum epistolarum ex India libri Quatuor.* [s. l. y s. a.]; 461 pp., 12 ff.

MANRIQUE (Alfonso), O. P.: *Retrato de perfección cristiana... en las vidas de los VV. PP. Fr. Vicente Bernedo, Fr. Juan Macías y Fr. Martín de Porres, del Orden de S. Domingo...* Venecia, 1696; 8 ff., 283 pp.

MANRIQUE (Sebastián), O. S. A.: *Itinerario de las Misiones que hizo el Padre... Missionario Apostolico treze años en varias Missiones del India Oriental...* Roma, 1649; 8 ff., 476 pp.

—Breve relatione dei Regni di Pegú, Arracan, e Brama, e degl'Imperi del Calaminan, Siamon, e Gran Mogor. Roma, 1648; 4 ff.

MANZANO (Melchior de), O. P.: *Relación verdadera del insigne excelente Martyrio que diez Religiosos de la sagrada Orden de Predicadores padecieron en el populoso Imperio de Iapón.* Binondo, 1623.

Mapas de las misiones dominicanas en Extremo Oriente de la Provincia del Santísimo Rosario de Filipinas. Madrid, 1924; 87 pp. + 1 hoj. + 8 lám.

MARINI (Giovanni Filippo de), S. J.: *Delle missioni de Padri della Compagnia de Giesu, della provincia del Giappone, e particolarmente di quella di Tumkino.* Roma, 1663; 548 pp.

MARTÍNEZ (Bernardo), O. S. A.: *Apuntes Históricos de la Provincia Agustiniana del Santísimo Nombre de Jesús de Filipinas.* Madrid, 1909.

MARTÍNEZ (Domingo), O. F. M.: *Compendio histórico de la Provincia de San Gregorio Magno de Filipinas.* Madrid, 1756.

MARTÍNEZ (Pedro), S. J.: *Ragguaglio d'alcune missioni dell'Indie Orientali et Occidentali cavato da alcuni annessi scritti gli anni 1590-1591, dai PP. Pietro Martínez, Giovanni d'Atienza, y Pietro Díaz.* Roma, 1592; 63 pp.

MARTÍNEZ CUADRADO (Mariano), O. F. M.: *Práctica de confesar Indios rudos filipinos.* Manila, Tipo-Litografía de Chofré y Comp., 1892. 110 pp., 1 f.

MARTÍNEZ VIGIL (Ramón), O. P.: *La antigua civilización en Filipinas.* Manila, 1891.

MARTÍNEZ VIGIL (Ramón), O. P.: *La Orden de Predicadores. Sus glorias en santidad, apostolado, ciencias..., seguidas del Ensayo de una Biblioteca de Dominicos españoles.* Madrid, 1884; 430 pp.

Y Martiri Annaniti e Cinesi solennemente Beatificati dalla Santitá di Papa Leone XIII. Roma, 1900; 487 pp.

MASETTI (Pio Tommaso), O. P.: *I Martiri dell'Ordine de Predicatori che tra i CCV uccisi per la Fede nel Giappone furono ascritii al Catalogo de'Beati.* Roma, 1868.

—*Lettere Edificanti dai Frati Predicatori martirizzati nel Giappone.* Roma, 1868.

MASO (Fr. Salvador), O. P.: *Relación de los trabajos y calamidades del Vicariato del Tunquín Oriental durante la cruel persecución del Rey Tu-Duc en 1857 y principios del 58.* Manila, Imp. Amigos del País, 1858; 48 pp.

MASSEI (Giuseppe), S. J.: *Compendio della vita di S. Francesco Saverio.* Firenze, 1802; 104 + 1 + 16 pp.

MEDINA (Bernardo de): *Vida prodigiosa del Ven. Fr. Martín de Porras, de la Tercera Orden de Santo Domingo.* Lima, 1673; 127 ff.

— Madrid, 1675; 167 ff; B. N. 3/26666.

MEDINA (Juan de), O. S. A.: *Historia de los sucesos de la Orden de N. gran P. San Agustín de estas islas Filipinas...* Manila, 1893; VIII, 552 pp.

Memoria acerca de las Misiones de los PP. Agustinos Calzados en las Islas Filipinas. Madrid, Imp. Aguado, 1892; 3 vols.

Memorial apologéstico al ... Conde de Villa-Humbrosa, de parte de los misioneros de la China, representando los reparos que se hazen en un libro, publicado en Madrid este año de 1676, en grave perjuicio de aquella missión. Madrid, 1676; 52 ff.

Memoriale Beatificationis (et Canonizationis), seu Declarationis Martyrii Vener. Servorum Dei Fr. Alphonsi Navarretae, Petri de Avila, Petri de Zúñiga et Caroli Spinulae..., pro fide Catholica in Iaponia interemptorum... Roma, 1685-1690.

MENDES PINTO (Fernán), S. J.: *Historia Oriental de las peregrina-*

ciones de Fernán Mendes Pinto, portugués, a donde se exiven [sic] *muchas y muy extrañas cosas que vió y oyó en los reinos de China, Tartaria...* Valencia, 1645; 13 ff., 482 pp., 4 ff.

MERTENS (Pierre-Xavier): *Sangre cristiana en el Río Amarillo. Actas de los mártires de la China contemporánea.* Bilbao. *El Siglo de las Misiones*, 1941; 165 pp.

MINGUELLA DE LA MERCED (Fr. Toribio), O. R. S. A.: *Conquista espiritual de Mindanao por los Agustinos Recoletos.* Valladolid, Imp. L. N. Gaviria, 1885; 12 pp.

MIRANDA (María Rosa), Sor: *A través del Japón.* Madrid, 1942; 328 páginas, 1 hoj., 1 lám. (retrato de María Rosa).

MONTES DE OCA: *Vida de San Felipe de Jesús.*

Monumenta Historica Societatis Jesu, Iss. Madrid, 1894, ss.

Monumenta Niponica. Iss. Tokyo, 1938, ss.

Monumenta Xaveriana ex autographis vel ex antiquioribus exemplis collecta; 2 vols. Madrid, 1899-1912; VI y VII de MHSJ.

MORÁN (José M.ª), O. P.: *Relación de los principales sucesos y estado de la misión de Asia de los PP. Dominicos españoles en el Vicariato Apostólico del Tung King Central, perteneciente al Colegio de Misioneros de la Villa de Ocaña, durante el año de 1854.* Madrid, Imprenta de don Eusebio Aguado, 1855; 49 pp.

MOREJÓN (Pedro): *Historia y relación de lo sucedido en los reinos de Japón y China, en la qual se continúa la gran persecución que ha avido en aquella Iglesia desde el año* [1]*615 hasta el de 19.* Lisboa, 1621: 4 hoj. + 200 fols. + 2 hoj.

—*Relación de la persecución que huvo estos años contra la Iglesia de Japón, y los Ministros de ella.* Zaragoza, 1617; 8 hoj. + 262 pp. + 4 hoj.

—*Relación de los Mártyres del Iapón del año de 1627.* México, 1631; 1 hoj. + 56 fol.

MURIEL (Cyriacus), S. J.: *Fasti Novi Orbis et Ordinationum Apostolicarum ad Indias pertinentium Breviarium cum adnotationibus.* Venetiis, 1776.

MURILLO VELARDE (Pedro), S. J.: *Historia de la Provincia de Philipinas de la Compañía de Jesús. Segunda parte, que comprende los progresos de esta Provincia desde el año de 1616 hasta el de 1716.* Manila, 1719; 12 + 419 + 6 ff.

Narratio persecutionis adversus Christianos excitatae in variis Iaponiae Regnis nn. 1628-1629-1630. Antuerpiae, 1635; 141 pp.

NAVAMUEL (Juan), O. P.: *Cueba de Santo Domingo, en Segovia ... y frutos cogidos por sus méritos y en especial por los de la sangre que derramó en ella, ya en los nuevos Martyres de Tunkin... Fray Matheo Alonso de Leciniana y su compañero Fr. Francisco Federich ..., ya en otros héroes del Santo Real Convento de Santa Cruz.* Madrid, 1752; 16 ff., 202 pp., 7 ff.

NENCLARES (Eustaquí María): *Vidas de los Mártires del Japón.* Madrid, 1682; 164 pp.

NIEREMBERG (Juan Eusebio): *Honor del gran Patriarca San Ignacio de Loyola ..., en que se propone su vida y la de su discípulo el Apóstol de las Indias S. Francisco Xavier. Con la milagrosa historia del ... Padre Marcelo Mastrilli y las noticias de gran multitud de hijos del mismo S. Ignacio ..., por el Padre Ivan Eusebio Nieremberg...* Madrid, María de Quiñones, 1645; &[6] + 784 pp. + XXX[6] fol.

NIEREMBERG (Juan Eusebio), S. J.: *Vida del dichoso y venerable Padre Marcelo Francisco Mastrilli, que murió en el Japón por la Fe de Christo*. Madrid, 1640; 4+115+2 ff.

NIÑO JESÚS (P. Florencio del), C. D.: *Biblioteca Carmelitano-Teresiana de Misiones*. Tomo III. *En Persia*. Pamplona, R. Bengaray, 1930; en 8.º, pp. 144.

NIÑO JESÚS (P. Florencio del), C. D.: *En Ormuz y en el Mogol*. Bibl. Carmelitano-Teresiana de Misiones; tomo IV. Pamplona, R. Bengaray, 1930; en 8.º, pp. 156.

Nuovi avvisi del Giapone con alcuni altri della Cina del 83 et 84. Cavati dalle lettere della Compagnia di Giesù. Venetia, 1586; 181 pp.

Nuovi avvisi dell'Indie di Portogallo, riceuuti dalli Reverendi Padri della Compaggnia di Giesù, tradotti dalla lingua Spagnola nell'Italiana. Venetia, 1568; 3+59 ff.

OCIO Y VIANA (P.), O. P.: *Reseña biográfica de los Religiosos de la Provincia del Santísimo Rosario de Filipinas desde su fundación hasta nuestros días*. Manila, 1891; 2 vols.

ORDÓÑEZ DE CEVALLOS (Pedro): *Tratado de las Relaciones verdaderas de los Reynos de la China, Cochinchina y Champaa y otras cosas notables y varios sucessos, sacadas de sus originales. Por el Licenciado ..., Presbítero, que dió buelta al Mundo...* Jaén, 1628; 56 ff.

ORFANEL (Jacinto), O. P.: *Historia eclesiástica de los sucessos de la christiandad del Iapon desde el año de 1602, que entró en él la Orden de Predicadores, hasta el de 1620. Y añadida hasta el fin de 1622 por el P. Fray Diego Collado*. Madrid, 1633; 6+184+4 ff.

ORTIZ (Lorenzo): *El Príncipe del mar San Francisco Xavier*. Cádiz, 1688; 8 hoj.+366 pp.+4 hoj.

OSIMO (P. Agostino da), O. F. M.: *Storia dei veintitre Martiri Francescani del Giappone*. Roma, 1862; 310 pp.

PAGÉS (León): *Bibliographie Japonaise ou Catalogue des ouvrages relatifs au Japon*. París, 1859.

— *Histoire de la Religion Chrétienne au Japon depuis 1598 jusqu'à 1651*. París, 1869-1870; 2 vols.

PANTOJA (Diego de), S. J.: *Relación de la entrada de algunos Padres de la Compañía de Jesús en la China y particulares sucesos que tuvieron...* Sevilla, 1605; 2+131 ff.

Papeles interesantes a los Regulares que en las Islas Filipinas administraron la cura de almas. Madrid, 1895; 85 pp.

PAPINOT (E.): *Dictionnaire d'Histoire et de Géographie du Japon* Tokio, 1906.

PASTELLS (Pablo): *Misión de la Compañía de Jesús de Filipinas en el siglo XIX. Relación histórica*. Barcelona, 1916-17; 3 vols.+44 lám.+ +2 pl.+5 mapas.

PAZ (Juan de), O. P.: *Opusculum in quo ducenta et septuaginta quatuor quaesita a RR. PP. Missionariis Regni Tunkin proposita, totidemque responsiones ad ipsa continentur ...* Manila, 1680; 14+218+25 ff.

PÉREZ (Elviro J.), O. S. A.: *Catálogo bio-bibliográfico de los religiosos Agustinos de la Provincia del Santísimo Nombre de Jesús de las Islas Filipinas desde su fundación hasta nuestros días*. Manila, 1901.

PÉREZ (Lorenzo), O. F. M.: *Apostolado y Martirio del Beato Luis Sotelo en el Japón*. Madrid, 1924. Separata de AIA, XII-XIV.

— *Cartas y Relaciones del Japón*. En AIA, IV (1915) ss. Bajo el mismo título. Separata de AIA, en 3 vols. Madrid, 1916-1923.

— *El B. Ricardo de Santa Ana y otros Mártires franciscanos del Japón en el siglo XVII*. En AIA, XV (1921), 26-66.

— *Fray Jerónimo de Jesús, Restaurador de las Misiones del Japón. Sus cartas y Relaciones*. En AFHI, XVI (1923)-XXII (1929). Los artículos en un vol. en 1929.

— *Origen Misiones Franciscanas en el Extremo Oriente. Noticias bio-bibliográficas*, ib., I (1908)-IV.

— *Mártires del Japón en los años 1622, 1623, 1624*. En AIA, XVIII (1922), 145-173; XX (1923), 336-362; XXI (1924), 5-27.

— *Memoriales y otros documentos del P. Francisco de Montilla*. En AFH, XIII (1920), 181-224; XV (1922), 476-507; XVI (1923), 383-409.

— *Necrologium Fratrum Provinciae Sancti Gregorii-Magni Ordinis Minorum*. Madrid, 1913.

— *Relaciones de Fr. Diego de San Francisco sobre las persecuciones del cristianismo en el Japón (1625-1632)*. Madrid, 1914. Separata de AIA. I (1914), 333-354, 515-537; II (1914), 68-98. 241-255.

— *Vida y escritos del Beato Apolinar Franco*. Santiago, 1911. Separata de *El Eco Franciscano*. Santiago, 1910.

— *Persecutiones adversus Christianos excitatae in variis Iaponiae Regnis ann. 1628-1629-1630*. Antuerpiae, 1635; 141 pp., 1 f.

PHILIPPUCIUS (Franciscus Xaverius): *De sinensium ritibus...* Lugduni, 1700; 155 pp.

PICOLOMINI (Francisco), S. J.: *Copia de una carta escrita por el R. P. ... General de la Compañía de Jesús al P. Francisco Franco ... sobre los progresos de la Religión Christiana en los Reynos de la China* Sevilla, 1651; 2 ff.

PIFERRER (Francisco): *Los frailes en Filipinas. Tesis: ¿En quiénes debe apoyarse el Gobierno de Filipinas?* Madrid, 1879; 31 pp.

PIÑEIRO (Luis), S. J.: *Relacion del svcesso qve tvuo nuestra Santa Fe en los Reynos del Japon, desde el año de seyscientos y doze hasta el de seyscientos y quinze. Imperando Cubosama... Compvesta por el Padre Lvys Piñeyro, de la Compañía de Jesús*. Madrid, Vda. de Alonso Martín de Balboa, 1617; 8 ff. s. n., 516 pp., 4 ff. s. n.

PLATERO (Eusebio Gómez), O. F. M.: *Catálogo Biográfico de los Religiosos Franciscanos de la Provincia de San Gregorio Magno de Filipinas*. Manila, 1880.

PRAT (Jean Marie): *Historia de la vida y martirio del Beato Juan de Britto, de la Compañía de Jesús...* Trad. del francés por el P. Mariano Puyal. Madrid, 1854; XIX, 420 pp.

Presentación hecha por el Procurador general de Religiosos Menores Capuchinos a la Sagrada Congregación de Propaganda Fide sobre el estado actual de la Misión del Thibet, traducida del toscano por Antonio María Herrero. Madrid, 1744; 119 pp.

Principales sucesos ocurridos en las Misiones del Tunquin a cargo de los religiosos Dominicos, desde setiembre de 1861 hasta agosto de 1862. (Contiene las relaciones escritas por los Misioneros Fr. Manuel Estévez y Fr. Gaspar Fernández.) Se da a luz por Fr. Rafael de Castro. Manila, 1863; 80 pp.

PROFILLET: *Le Martyrologe de l'Eglise du Japon 1549-1649* París. 1895-1897; 3 vols.

QUESADA (Ginés de), O. F. M.: *Exemplo de virtudes y vida de la V. Madre Gerónima de la Asunción, fundadora de Santa Clara de Manila.* Madrid, 1717.

RANGEL (Francisco): *Carta do Padre da Companhia de Jesus para o P. Provincial de Portugal, en que se refiere o martyrio de cinco Religiosos e se contao outros casos memoraveis.* [Lisboa, 1645] 4 hoj.

RECODER (Joaquín): *Vida y martirio de los XXVI mártires de la Misión dominicana en el Tung-King.* Manila, 1900; XVI+493 pp.+1 mapa.

Relación breve de la vida y muerte de los protomártires del Japón. Religiosos profesos de la Orden de N. P. San Francisco y de sus 17 compañeros legos, terceros... Sevilla, 1628; 8 ff.

Relación breve de los grandes y rigurosos Martyrios que el año passado de 1622 dieron en el Japón a ciento diez y ocho ilustrisimos mártyres. Madrid, 1624.

Relación de los principales sucesos de las Misiones Dominicanas del Tung-King Central durante 1852 y en el Oriental en 1853. Madrid, 1854.

Relación de los sucesos y estado de la Misión de Padres Dominicos en el Tong-King Central durante el 1854. Madrid, 1855.

Relazione del martirio dei Padri F. Pietro Martire Sans, F. Francisco Serrano, F. Giovanni Alcober, F. Giovachinno Royo e F. Francesco Díaz, accaduto nella Provincia del Fochien nella Cina. Roma, 1752; 483 pp.

Réponse aux nouveaux écrits de Messieurs des Missions (sic). *Etramgères contre les Jésuites. Par une lettre de Monseigneur Alvare Benavenze. Evêque d'Ascalon. Vicaire de Hiamsi... Par la conduite de... Charles Maigrot...* [S. l.] 1702; 140+1+104 pp.

Representación hecha por el Real Procurador general de Religiosos Menores Capuchinos a la S. Congregación de Propaganda Fide sobre el estado actual de las Misiones del Thibet. Trad. del toscano por ... D. Antonio María Herrero. Madrid, 1744; 2 ff., 119 pp.

Reseña histórica de la vida y martirio de los cinco mártires dominicanos, Misioneros de China, con una novena a los mismos. Manila, 1893; 189 pp., 1 f., 33 pp.

Resumen histórico de las Misiones que la Provincia del Santísimo Rosario de Filipinas de la Orden de Predicadores tuvo en la isla Formosa... Estado actual de las que tiene en China... y Tunquín. Manila, 1864; 82+1-142+1-40+-72 pp.

RETANA (W. E.): *Archivo del Bibliófilo Filipino.* Madrid, 1895-1905; 5 vols.

— *Bibliografía de Mindanao.* Madrid, Imp. Minuesa de los Ríos, 1894; 69 pp.

— *Indice de personas nobles y otras de calidad que han estado en Filipinas desde 1521 hasta 1898.* Madrid, Lib. Suárez, 1921; 84 pp.

RICCIUS (Matthaeus), S. J.: *De christiana expeditione apud Sinas suscepta ab Societate Jesu...* Lugduni, 1616; 8 ff. s. n., 608 pp., 5 ff. s. n.

RÍO (Manuel del): *Relación de los sucesos de la Missión de Santa Cruz de Ituy, en la Provincia de Paniqui, media entre las de Pangasinán y Cagayán, en las Philipinas. Año de 1739.* [S. l. y s. a.] 30 pp.

De Ritibus Sinensium erga Confucium. Venetiis, 1700.

RIVAS (Fr. Manuel), O. P.: *Imperio de Amnán.* Manila, 1858.

ROMERO Y LÓPEZ (Juan de la Concepción), O. R. S. A.: *Historia*

General de Philipinas... Comprehende los Imperios, Reinos y Provincias de Islas y Continentes con quienes ha havido comunicación y comercio. Manila, 1788-92; 14 vols.

ROUGIER (Silvestre): *Historia de la canonización de los mártires japoneses.* Valencia, 1862.

SABADA (Francisco del Carmen): *Catálogo de los Religiosos Agustinos Recoletos de la Provincia de San Nicolás de Tolentino de Filipinas de el año 1606 hasta nuestros días.* Madrid, 1906; 886 pp., 2 hoj.

SAN AGUSTÍN (Gaspar de): *Conquista de las Islas Philipinas* (sic) *lo temporal por las armas del señor Felipe. II ... y la espiritual por los religiosos...* Madrid, 1678; 3 libros en 1 vol.

SAN ANTONIO (Juan de), O. F. M.: *Franciscos Descalzos en Castilla la Vieja. Chronica de la Santa Provincia de S. Pablo de la más Estrecha Observancia...* Salamanca, 1728.

SAN ANTONIO (Juan Francisco), O. F. M.: *Chronicas de la Apostolica Provincia de San Gregorio Magno de Filipinas.* Sampaloc, 1738.

SAN FRANCISCO (Andrés de), O. F. M.: *Chronica de la Provincia de San Gabriel, de Franciscos Descalzos.*

SAN ANTONIO (Gabriel de), O. P.: *Breve y verdadera relación de los successos del Reyno de Cambexa...* Valladolid, 1604; 83 ff.

SAN FRANCISCO (Diego de), O. F. M.: *Relación verdadera y breve de la persecución y martirio que padecieron en Japón quince religiosos de San Francisco.* Manila, 1625.

SAN FRANCISCO JAVIER: *Cartas espirituales de ... Apóstol de las Indias y del Japón.* Prólogo, selección y notas de José Luis Sempere. Madrid, 1944; 226 pp.

SAN FRANCISCO JAVIER, S. J.: *Cartas y avisos espirituales de ... Apóstol de las Indias y el Japón.* Cádiz, 1944. Ed. del P. Fernando María Moreno; XLI, 589, p. il.

— *Sus cartas. Recogidas y traducidas del latín por el P. Francisco Cutillas.* Madrid, 1752; 2 vols.

SAN NICOLÁS (Andrés de): *Historia general de los Religiosos Descalzos del Orden de los Ermitaños de San Agustín, de la Congregación de España y de las Indias.* Madrid, 1664-1756; 4 vols. B. N., R/24232-5.

SAN ROMÁN (P. Antonio de), O. S. B.: *Historia General de la India Oriental desde sus principios hasta 1557. Valladolid*, 1603; 14 ff., 804 pp., 11 ff.

SANTA CRUZ (Baltasar de): *Historia de la Provincia del Santo Rosario de Filipinas, Japón y China del Sagrado Orden de Predicadores.* Zaragoza, 1693; 531 pp.

SANTA INÉS (Francisco de), O. F. M.: *Crónica de la Provincia de San Gregorio Magno de Filipinas.* Manila, Tipo-Litografía de Chofre y Compañía, 1892; VIII, 712 pp.

SANTA MARÍA (Juan de), O. F. M.: *Chronica de la Provincia de San José.* Madrid, 1615-1618.

— *Relatione del martirio che sei padri scalzi di San Francesco patisano nel Giappone.* Napoli, 1600.

SANTOS (Joao dos): *Ethiopia oriental, y varias historias notables de Oriente.* Evora, 1609. [Al fin:] 1608.

— Ed. portuguesa Evora, 1609.

SANVITORES (Diego Luis de), S. J.: *El apóstol de las Indias y nuevas*

gentes San Francisco Xavier. Epítome de sus apostólicos hechos... México, 1661; 10 ff., 96 pp., 8 ff.

SAVIGNOL (José María), O. P.: *Les Martyrs Dominicains de la Chine.* Año 1893; 277 pp.

SCHALL (Johannes Adamees), S. J.: *Historica relatio de ortu et progressu fidei orthodoxae in regno Chinensi per Missionarios Societatis Jesu ab anno 1581 usque ad annum 1669. Editio altera.* Ratisbonae, 1672; 393 pp.

SEMMEDO (Alvaro), S. J.: *Imperio de la China, cultura evangélica en él, por los Religios* (sic) *de la Compañía de Jesús.* Madrid, 1642; 8 hoj. + 362 pp. + 3 hoj.

SERRANO (Fr. Francisco), O. P.: *La cristiandad en Fogán. Relación diaria de prisiones y cárceles.* Sevilla. S. a.

SICARDO (José): *Christiandad del Japón y dilatada persecución que padeció. Memorias sacras de los mártyres de las ilustres religiones de Santo Domingo, San Francisco, Compañía de Jesús y crecido número de seglares.* Madrid, 1698; 8 hoj. + 448 pp. + 7 hoj.

SOLIER (François), S. J.: *Histoire ecclésiastique des Isles et royaumes du Japon dépuis l'an 1542 jusqu'à l'an 1624.* París, 1627-1629; 2 vols.

SOTELO (Luis), O. F. M.: *Relación de lo acontecido con motivo de sus campañas evangelizadoras en el Japón.*

SOUSA (Francisco de): *Oriente conquistado a Jesu Christo por los Padres da Companhia de Jesus da Provincia de Goa.* 1.ª e 2.ª parte. Lisboa, 1710; 2 vols.

SOUSA (Matías de): *Compendio de lo sucedido en el Japon desde la fundación de aquella Christiandad. Y relación de los Mártires que padecieron estos años de 1629 y 30. Sacada de las cartas que escrivieron los Padres de la Compañía que allí asisten.* Madrid, 1633; 10 hoj. + 43 fol. + 1 hoj.

STAFFORD (Ignacio), S. J.: *Historia de la celestial vocación, missiones apostólicas y gloriosa muerte del Padre Marcelo Francisco Mastrilli, de la Compañía de Jesús.* Lisboa, 1639; 2 ff., 136 pp.

STREIT (Robert): *Bibliotheca Missionum.* [*Fortgeführt und erganzt von P. Johannes Dindinger.*] Münster, 1916-39; 11 vols.

SUÁREZ (José), S. J.: *La libertad de la ley de Dios en el Imperio de la China...* Lisboa, 1696; 9 ff. s. n., 174 pp. 3 ff. s. n.

SUÁREZ DE FIGUEROA (Cristóbal): *Historia anual relación de las cosas que hicieron los PP. de la Compañía por las partes de Oriente... en la propagación del Santo Evangelio..., compuesta de Portugués en Castellano...* Madrid, 1614; 566 pp.

Sucesos principales ocurridos en las Missiones del Tunquín a cargo de los Religiosos Dominicos, desde Setiembre de 1861 hasta Agosto de 1862. [*Contiene dos Relaciones escritas por los ... Misioneros Fr. Manuel Estévez y Fr. Gaspar Fernández.*] *Se da a luz por Fr. Rafael de Castro.* Manila, 1863; 80 pp.

Suma del estado del Imperio de la China y christiandad del, por las noticias que dan los Padres de la Compañía de Iesus que residen en aquel reino, hasta el año de 1649. [Al fin: *Zaragoza, 1651.*] 6 hoj.

TAVERNIER (Jean Baptiste): *Reccueil de plusieurs relations et traités singuliers et curieux qu n'ont été mis dans les six premiers voyages de l'auteur: divisé en cinq parties. 1.º Rélation du Japon et de la cause*

de la persécution des Chrétiens dans ses Isles ... 4.e Rélation nouvelle et singulière du Royaume de Tunquin ... París, 1686; 4 ff., 312 pp.

TORRE (Francisco de la): *El Peregrino Atlante S. Francisco Xavier, Apóstol del Oriente. Epítome histórico y panegírico de su vida y prodigios.* Valencia, 1670; 20 hoj.+326 pp.+1 lám.

PASTELLS (Pablo), S. J.: *Historia General de Filipinas.* Barcelona, 1925-1933. I-VIII vol.

TORRUBIA (José), O. F. M.: *Disertación histórico-política y geográfica, en que se trata de la extensión del mahometanismo en las islas Filipinas.* Madrid, 1736; 16 ff. s. n., 80 pp.

— *El hijo de Beasaín San Martín de la Ascensión y Loynaz...* Madrid, 1742; 50 ff. s. n., 290 pp.

TORSELLINO (Horacio): *Historia de la Entrada de la Christiandad en el Iapon y China y en otras partes de las Indias Orientales y de los hechos y vida del... P. Francisco Xavier, traducida del latín por el P. Pedro de Guzmán.* Valladolid, 1603; 15 hoj.+351 fol.+5 hoj.

— *De vita Francisci Xaverii.* Roma, 1594; 19 hojas+393 pp.

TORSELINO (Horacio), S. J.: *Vida de S. Francisco Xavier, de la Compañía de Jesús, primero Apóstol del Japón...* Pamplona, 1620; 311 pp.

TRAPIELLO Y SIERRA (Francisco): *Vida del Venerable Protomártir del Colegio de Dominicos de Ocaña, Rmo. P. Fr. José M.a Díaz Sanjurjo, Obispo de Platea y Vicario Apostólico del Tung-King Central.* Lugo. Tip. Gerardo Castro, 1899; 650 pp.

TRIGAULT (Nicolás): *De Christianis apud Iaponios triumphis sive de gravissima ibidem contra Christi fidem persecutione exorta anno MDCXII usque ad annum MDCXX, libri V ...,* Monachii, 1623; 8 hoj.+518 pp.+ +1 hoj.

— *De christiana expeditione apud Sinas suscepta ab Societate Jesu, ex P. de Ricii commentariis libri V, Auctore P. Nicolao Trigantio.* Coloniae Agrippinae, 1684; 9 hoj.+712 pp.+11 hoj.

— *Due lettere annue della Cina.* Milano, 1615; 4 hoj.+221 pág.

— *Regni Chinensis descriptio. Ex variis authoribus.* Lugduni Batavorum, 639; 4 hoj.+365 pp.+4 hoj.

TRUJILLO (Antonio de), O. F. M.: *Varón extático en la vida del Ven. Francisco de San Nicolás en la Provincia de San Gregorio Magno.* Madrid, 1681; 18+115 ff.

TU-DUC (emperador del Anam): *Manifiesto de S. M. Anamita el Rey concediendo la libertad religiosa a los cristianos. Traducción del P. Fr. Hilario Alcázar, del Orden de Predicadores, Obispo de Paphos y Vicario Apostólico del Tonquín Oriental.* Hong-Kong, 1864; 25 pp., 19 cm.; 8.o

VEGA CARPIO (Lope Félix de): *Triunfo de la Fe en los Reinos del Japón por los años 1614 y 1615.* Madrid, Viuda de Alonso Martín, 1618; 7 ff. s. n., 119+11 pp.

VEIGA (Manoel da), S. J.: *Relaçam geral do estado da Christiandade de Etiopia; Reduçam dos Scismaticos; Entrada e Recebimiento do Patriarcha Dom Alfonso Mendes..., do que de nouo socedeo no descobrimento do Thybet... Composta, e copiada das cartas que os Padres da Companhia de Jesu escreveram da India Oriental dos Annos de 624, 625 & 626 pe lo Padre...*; 2+124 ff.

VELINCHÓN (Julián), O. P.: *Relación nominal de los religiosos que han venido a esta Provincia del Santisimo Rosario desde su fundación.*

en 1587, hasta el presente año de 1857. Manila, Establecimiento tipográfico del Colegio de Santo Tomás, 1857; 208 pp.

— *Resumen histórico de los principales sucesos ocurridos en las misiones del Tunkín a cargo de los religiosos dominicos desde 1852 hasta el presente de 1858. Contiene este resumen seis relaciones escritas por los mismos Misioneros*. Manila, Imprenta de los Amigos del País, 1858; 204 pp.

La Vie de Saint François Xavier, de la Compagnie de Jésus, Apôtre des Indes et du Japon. París, 1754; 2+403 pp., 11 ff.

VILLAVERDE (Juan), O. P.: *Plan de Misiones para reducir Igorrotes de Nueva-Vizcaya, Isabela y Cagayan, por el R. P. Fr. Juan Villaverde, del Ord. de Pred. misionero de Ibung en Nueva-Vizcaya*. Manila, Imprenta del Colegio de Santo Tomás, 1880; 28 pp.

VINDEL (Francisco): *La cultura y la imprenta europeas en el Japón durante los siglos XVI y XVII: la iniciativa española, base de tan importante gesta, 1548-1610*. Madrid, 1943; 76 pp. con facsímil 1-26; 2 ff.

VALIGNANI (Ferrante): *Vita del P. Alessandro Valignani, della Compagnia di Giesu*. Roma, 1698.

VALIGNANO (Alexander), S. J.: *De Missione Legatorum Iaponensium ad Romanam Curiam, rebusque in Europa ac toto itinere animadversis Dialogus*. Macao, 1590.

— *Lettere del P. Alessandro Valignano, Visitatore della Compagnia di Giesù nel Giappone e nella Cina, de 10 Ottobre del 1599*. Roma, 1603.

WINGAERT (Anastasius van den), O. F. M.: *Sinica Franciscana*. Ad Claras Aquas (Quaracchi-Florencia), 1933; 3 vols.

(Notas bibliográficas del P. Doroteo Schilling, O. F. M., y de otros autores.)

HISTORIA

DE LAS ISLAS DEL ARCHIPIELAGO,

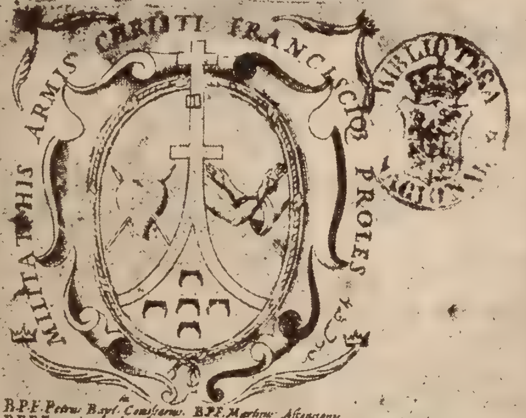
Y REYNOS DELA GRAN CHINA, TARTARIA, CVCHINCHINA, MALACA, SIAN, CAMBOXA Y IAPPON,

Y de lo sucedido en ellos a los Religiosos Descalços, de la Orden del Seraphico Padre San Francisco, de la Prouincia de San Gregorio de las Philippinas.

COMPVESTA POR FRAY MARCELLO DERIBADEneyra, compañero de los seys frayles hijos de la misma Prouincia Martyres gloriosissimos de Iappon, y testigo de uista de su admirable Martyrio.

DIRIGIDA A NUESTRO REVERENDISSIMO PADRE Fray Francisco de Sosa, Generalissimo de toda la ordẽ de N.P.S. Francisco.

A la [illegible] desta hoja esta la suma de toda la Historia.



B.P.F. Petrus Bapt. Comissarius. B.P.F. Martinus Ascensione
B.P.F. Franciscus Blanco B.F. Philippus a Cabus clericus
B.F. Franciscus a Parrilla Laic. B.P. Gundisalbus Garcia Laicus.

CON LICENCIA, Y PRIVILEGIO,

En Barcelona, En la Emprenta de Gabriel Graells y Giraldo Dotil, Año M. DCI

SUMA DE LOS SEIS LIBROS DE ESTA HISTORIA

En el primer libro se trata del descubrimiento y abundancia de las islas Filipinas, en las cuales está fundada la Provincia de San Gregorio, y cómo los Frailes Franciscos Descalzos de ella han hecho notable fruto en aquella conversión de los indios.

En el segundo se trata de la noticia que han dado de cosas muy curiosas y particulares que han visto en los reinos de la Gran China, Siàm y Cochinchina, y otras partes y reinos por donde por la predicación del Evangelio han sido enviados de sus prelados.

En el tercero se ponen las vidas de muchos ministros evangélicos, que empleando fielmente sus talentos han trabajado hasta morir en aquella viña del Señor.

En el cuarto se pone la vida en común que los Religiosos Descalzos hacían en Japón antes que fuesen martirizados por predicar la fe, y se dicen cosas muy agradables de aquel reino, de las costumbres y diversas sectas y modos de idolatría de él.

En el quinto se trata del martirio de los veintiséis mártires de Japón, especificando cosas muy dignas de notar que en él sucedieron, y se pone en el fin un testimonio que el obispo de Japón dió del martirio.

En el sexto se historian las vidas en particular de los gloriosísimos veintiséis mártires de Japón, y se manifiesta en ellas cómo la mano del Señor los iba labrando para el fin glorioso que tuvieron.

SUMA DE PRIVILEGIO

«Con privilegio del Ilustrísimo y Excelentísimo Señor Duque de Fe- ria, Virrey y Capitán General de Cataluña, se ha concedido al Padre Fray Marcelo de Ribadeneyra, de la Orden de San Francisco, que ninguno dentro de diez años pueda imprimir o vender esta *Historia*, so pena de las penas en el privilegio contenidas.

El Duque de Feria.»

APROBACIONES DE DOS PADRES LECTORES DE TEOLOGIA

«Por mandado y comisión de Nuestro Padre Fray Pedro de Pila, Comisario General de todas las Provincias y Custodias de Nueva España e Islas Filipinas, vi y examiné un libro intitulado *Historia de la Isla del Archipiélago y Reinos de la Gran China, Siam, Cochinchina y Japón, y de lo sucedido en ellos a los Religiosos Descalzos de la Orden del Seráfico P. S. Francisco, de la Provincia de San Gregorio de las Filipinas*, compuesto por el Padre Lector Fray Marcelo de Ribadeney-

ra, compañero de los dichos santos Mártires y Comisario de Japón. Y no sólo no he hallado en él cosa contra nuestra santa Fe católica, o contra las buenas costumbres, mas, a mi parecer, es obra con que grandemente todos estados de gentes se confirmarán en la santa Fe católica de la Iglesia Romana, y se encenderán en el amor de Jesucristo Nuestro Señor, que con tales ejemplos nos refresca la virtud y fuerza de su preciosísima sangre. Particularmente los Religiosos de Nuestra Orden, viendo tan verdaderos Frailes Menores que seguir, en su gran fe, humildad y caridad, que imitar. Y ansí entiendo que resultará en gran gloria de Dios su impresión, y en particular aumento y aprovechamiento de nuestra Seráfica Religión, y por verdad lo firmé de mi nombre. Fecha en Méjico, a 29 de diciembre de 1598.

F. JOAN BAPTISTA.»

* * *

«Por mandado de nuestro Reverendísimo Padre Fray Francisco de Sosa, Ministro General de nuestra Orden, vi yo, Fray Juan Ximénez, Lector de Teología y Custodio de la Provincia de San Juan Baptista de Valencia, la presente *Historia*, y juzgo ser en todo conforme a nuestra santa Fe católica, y para las buenas costumbres de mucho provecho y edificación. Porque demás de traer el autor historia nueva, y gustosa para los curiosos, cuenta, como testigo de vista, las vidas de muchos santos Religiosos, confesores y mártires, que en la conversión de aquel Nuevo Mundo, en estos nuestros tiempos, como siempre en la Orden Seráfica de Nuestro Padre San Francisco, han florecido. Cuenta sus virtudes, sus obras admirables, predicaciones fervorosas y sus raros ejemplos, eficaces para animar a la conquista del cielo la flaqueza de los cobardes, y para confortar, y corroborar, la virtud y fuerza de los animosos. Y pues para todos es útil, como lo verá por experiencia el que la leyere, será servicio de Dios Nuestro Señor imprimirla. Dada en Nuestro Convento de Santa María de Araceli, de Roma, a 28 de mayo de 1600.

F. JO. XIMÉNEZ.»

LICENCIA DE NUESTRO REVERENDISIMO PADRE GENERAL

«Fray Francisco de Sosa, Ministro General de toda la Religión de Nuestro Padre San Francisco, de la Regular Observancia. Por la presente concedo licencia al Padre Fray Marcelo de Ribadeneyra, Lector que ha sido de Teología, y Predicador de Nuestra Provincia de San Gregorio de las Filipinas, para que pueda hacer imprimir un libro que ha compuesto, intitulado *Historia de las Islas del Archipiélago, y Reinos de la Gran China, Siam, Cochinchina y Japón, &*, de lo sucedido en ellos a los Religiosos de nuestra sagrada Religión de la dicha Provincia de San Gregorio, atento que ha sido visto y aprobado por Padres graves de nuestra Religión, que por comisión nuestra le han visto, guardando en lo demás lo dispuesto en el santo Concilio Tridentino. Dada en nuestro Convento de Santa María de Araceli, de Roma a 6 de junio de 1600.

FRAY FRANCISCO DE SOSA, Ministro General.»

LICENCIA Y APROBACION DEL ORDINARIO

«Ex commisione Reverendi Doctoris Pauli Pla Vicarii Generalis, & Officialis in spiritualibus & temporalibus, pro Reverendiss. Episcopo Barcinon. Ego Magister. F. Sebastinus Balle, Ordinis Carmelitarum, Lector in Sancta Cathedrali Ecclesia perlegi hunc librum, qui inscribitur: Historia de las Islas del Archipiélago y Reino de la Gran China, &c. Compuesto por el P. F. Marcelo de Ribadeneyra, Ordinis S. Francisci, & nihil in eo inveni quod adversetur Sanctisime Fidei, nec pugnet cum optimis moribus. Qua propter imprimendum censeo.

M. F. SEBASTIANUS BALLE.

Visa supradicta relatione, cum nostra licentia imprimatur.

D. PAULUS PLA, Vic. Gen. et Offic.»

PROLOGO

Después del glorioso triunfo de mis seis santos hermanos y compañeros, que gozan ya de las aureolas de mártires y predicadores en la gloria celestial, y de la honrosa victoria que alcanzaron de los enemigos invisibles y visibles en la cruz veinte japones bienaventurados, que con ellos fueron juntamente por la fe crucificados, fuimos otros tres frailes y yo (por confesores de la fe cristiana) echados de Japón, y desterrados a la ciudad de Macán, en la Gran China, adonde estuvimos nueve meses ofreciendo al Señor aquel pequeño cornadillo que padecíamos por su santa ley. Desde allí fuimos a Manila, bien inopinadamente. Y mis prelados determinaron que yo me sacrificase a la cruz de los trabajos y peregrinaciones por mar y por tierra, partiéndome a España y Roma a dar cuenta a Su Santidad y a la majestad católica del rey nuestro señor de cosas muy graves de que era necesario darse verdadera información. Y como pretendí darla con la verdad posible, como hombre que entiende ser juzgado de la Majestad divina por lo que dijere, pareció a mis prelados (que dejadas cosas particulares para los tribunales sobredichos) sería mucha honra y gloria de Dios, y de sus siervos, los benditísimos mártires, y de la provincia de San Gregorio de los Frailes Menores Descalzos de las Filipinas, que se imprimiese parte de las cosas dignas de eterna memoria que en aquellas partes han sucedido. Y pretendiendo que tuviese igual verdad lo que no vi como lo que vi, yo mismo anduve por la provincia haciendo curiosa investigación de las cosas que habían sucedido en aquella conversión, intimando a todos los religiosos un precepto del superior, en que mandaba se me dijese en todo fielmente la verdad. Y como aun viviesen algunos de los religiosos que peregrinaron por los reinos de la Gran China, Siam y Cochinchina, no sólo me informé de ellos de palabra de lo que padecieron, vieron y supieron de las cosas notables de aquellos reinos, pero vi las largas relaciones que

de lo sucedido tenían hechas. En las cuales, como temerosos de Dios, pretendían no faltar a la verdad en lo que decían de las cosas notables de aquel archipiélago de innumerables islas. De las cuales sólo es mi intención tratar lo que los frailes de nuestra provincia de San Gregorio han visto, remitiéndome en otras cosas a otros historiadores que escribieron los varios sucesos que en la conquista de aquellas islas han sucedido, y cada Religión de las que hay allá historiará lo perteneciente a ella.

Bien sé que no faltará quien diga que de las grandezas de la Gran China está hecha una larga historia que escribio el padre Mendoza, de la Orden del gloriosísimo padre San Agustín, por relación de los religiosos Agustinos y Franciscos Descalzos que estuvieron en aquel populoso reino. Pero aunque la mayor parte de ella venía muy al propósito de ésta, yo procuraré de tal suerte epilogar lo dicho, por ser necesario tratar algo de ello, que contando otras cosas diferentes a nadie le pese de haberlas leído, y no será menor el gasto que en la relación de los reinos de Tartaria, Cochinchina, Siam y Camboxa se hallará, y mucho motivo para pedir a Dios Nuestro Señor que envíe predicadores a los que viven tan ajenos de su divino conocimiento.

De las cosas de Japón tampoco hay razón de dudar, pues de muchas costumbres, ritos y ceremonias de aquel reino, no por cartas que de allá han venido se tiene ya mucha noticia, y de las que han sucedido, de nuevo han sido tantos los historiadores, y en sus relaciones tan varios, que me pareció tenía obligación a dar noticia de lo verdadero, para que ni la pasión hable, ni la sinrazón reine, ni el poder y diligencia humana encubra verdades, sino que la verdad salga a luz de victorias enriquecida. Y aunque la historia de los mártires confío en el Señor será de edificación y gusto, por corresponder a la variedad de los gustos, me pareció entretejer algo de las sectas de Japón, porque servirán, viendo la ceguedad de aquellos idólatras, para que conozcamos los bienes que de la fe nos nacen.

Visto, pues, mi modo de proceder en referir las cosas pertenecientes a los gloriosos mártires, mis hermanos y compañeros, se conocerá cuán verdadera fué la relación que escribió el P. F. Juan de Santa María, provincial de la provincia de San José, con estilo muy discreto y devoto, conforme lo que muchos testigos de vista del glorioso martirio escribieron en las relaciones de que él se aprovechó, y yo pudiera hacer otro tanto, aprovechándome de las cartas que los padres de la Compañía han impreso de las cosas de Japón; mas pretendiendo solamente escribir de propósito las

cosas tocantes a mi Religión y provincia de San Gregorio, de lo que en casi tres años que estuve en Japón vi y supe, quise variar mi historia, la cual suplico a la Majestad divina que sea motivo para que sus siervos humildemente le supliquen que remedie las necesidades espirituales que hay en aquellas partes, como de ella se colegirá. Y ruego mucho a los predicadores evangélicos que lean el capítulo último, para que vean convencidas todas las razones de la carne y sangre enseñadas.

A NUESTRO REVERENDISIMO PADRE FRAY FRANCISCO DE SOSA, MINISTRO GENERAL DE TODA LA ORDEN DE NUESTRO SERAFICO PADRE SAN FRANCISCO, FRAY MARCELO DE RIBADENEIRA, SU HUMILDE HIJO

Conclusiones muy curiosas.—El hermano fray Cosme fué martirizado.—Religión de la provincia de Santiago.—Este padre escribió un libro intitulado «Tesoro de misericordia» (1).—Escritores modernos de la santa provincia de Santiago.—Provincias que salieron de Santiago.—Palabras muy favorables del Papa.

Cada una de las particulares obligaciones que tengo a V. P. Reverendísima me obligan a dar alguna reseña de agradecimiento, dedicando a V. P. Reverendísima esta historia de mis gloriosos hermanos y compañeros, los bienaventurados mártires de Japón, con el título que V. P. Reverendísima le puso. Y no fué la menor cuando, queriendo la falsa opinión escurecer la gloria de su martirio, delante del Sumo Pontífice, V. P. Reverendísima, hermanando su santo celo con la verdad, no sólo la defendió y aclaró con sus discretas razones y testimonios auténticos, desterrando las tinieblas de los pocos aficionados; pero en sus muy curiosas y doctas conclusiones (que fueron las primeras del Capítulo General presidiendo V. P. R. a ellas, con notable satisfacción de los Illustrísimos Cardenales, y de otras personas de mucha autoridad y letras que se hallaron presentes), inventó una hieroglífica digna de su raro ingenio. Porque mandó estampar a nuestros seis gloriosos mártires, crucificados, y a otro felicísimo hermano nuestro, fraile lego de la provincia muy religiosa de Andalucía, que el mismo año fué martirizado en Hierusalén, los cuales enviaban al Capítulo General, congregado en Roma, un navío cargado de mercadurías celestiales, que eran las pro-

(1) El padre Gabriel de Toro. *N. del E.*

testaciones de los principales artículos de nuestra santa fe, entretejidos con muchas dificultades escolásticas de diversas materias. Y el Capítulo General, con una elocuentísima, breve y compendiosa oración, las dedicaba al Sumo Pontífice. Y por orla estaban varias agudísimas hieroglíficas, con que España, illustrada con la sangre de sus hijos, les daba el pláceme de sus gloriosos triunfos. Y fuera de esto, ha sido tanta la devoción y envidia santa que V. P. Reverendísima mostraba cuando hablaba de este gloriosísimo martirio, que la engendraba en los más tibios corazones de los que oían sus devotas palabras, acompañadas con espiritual sentimiento de lágrimas. Y de esto fuí yo buen testigo cuando, llegado a Roma (después de haberse dicho que me habían cautivado moros), estando postrado a los pies de V. P. Reverendísima, tomando su santa bendición, en conociéndome, más hablaban sus ojos, y el júbilo del corazón, viendo en mí retratados a mis dichosísimos hermanos y compañeros, que la lengua. Obligándome en esto tanto, que vivirá eternizado este favor en mi memoria, juntamente con el haberme luego puesto en un tan honroso lugar, como en San Juan de Letrán, por penitenciario de Su Santidad. Queriendo honrar mis estudios, los cuales (si no fuera tanta mi insuficiencia) habían de ser muy aventajados. Por haberme criado en la religiosísima provincia de Santiago, y estudiado en el celebérrimo convento de San Francisco de Salamanca, adonde también V. P. Reverendísima tomó el hábito. Y ésta es la causa por que al presente se ve en este santo convento el más honrado, que jamás ha estado. Aunque desde cincuenta años a esta parte (que no quiero tomar la corriente de más atrás, por no hacer largos discursos) han salido de aquel convento y santa provincia muchos varones famosísimos en religión, letras, y gobierno. Como el padre fray Pedro Maldonado, que después fué obispo de Mondoñedo. Y el padre fray Francisco de Córdoba. Y el padre fray Antonio de Aguilar, que fué comisario general, con gran fama de santidad y prudencia, para confesores de la majestad de la emperatriz. Y el padre fray Juan de Palacios, por su predicador. Y el mismo padre fray Francisco de Córdoba, volviendo de Alemania, fué confesor también de la reina doña Ana, cuarta mujer del rey don Felipe II, de gloriosa memoria. Y el padre fray Alonso de Castro, predicador del invictísimo emperador Carlos V, y un acérrimo defensor de la fe contra los herejes y lumbre de la Iglesia católica, cuyo prelado murió por ser electo arzobispo de Santiago. Y el padre Castillo fué contemporáneo y famosísi-

mo predicador del mismo emperador. Y el padre maestro fray Andrés de Vega, que, siendo graduado de maestro de Teología en Salamanca, tomó el hábito, y por sus escritos resplandece entre los principales doctores de la Iglesia. Y el padre fray Gabriel de Toro, varón de tantas partes, que le fué fiada, por mandado de la majestad imperial, la visita del convento insigne de las Huelgas, de Burgos, que se suele dar a un gran prelado, y cuando murió se le halló cédula para visitar el Consejo Real. Y el padre fray Antonio de Guzmán, que por sus muchos merecimientos fué cinco veces provincial. Y el padre fray Antonio de Ulloa, cuyo valor y prudencia fué en toda España celebrada. Y el padre fray Juan de Reinoso, varón verdaderamente apostólico. Y el padre fray Juan Belón, comisario general que fué, por autoridad apostólica. Y el padre fray Alonso Gutiérrez, que fué dos veces provincial y muy célebre predicador. Y el padre Estela (1), que en sus sermones y libros resplandeció en la Iglesia como estrella. Y el padre Juan Ramírez, que después de haber sido provincial dos veces, fué enviado por orden de la majestad real, por sus muchas letras, al santo Concilio de Trento. Y el padre fray Gaspar de Uceda, maestro de todos los maestros de la provincia de nuestros tiempos, y por sus aventajadas letras escolásticas, morales y positivas, oráculo de los maestros de la Universidad de Salamanca, y tenido por otro Sócrates, pues con sus escritos se han honrado muchos autores de libros. Y los padres fray Francisco Alderete y fray Hernando del Campo, de quien no sólo recibió su provincia honra, siendo provinciales, pero toda nuestra Religión, cuyos definidores generales fueron y visitadores de muchas provincias, con grande satisfacción. Y el padre fray Felipe Díaz, cuya religión y celo de la salvación de las almas, que resplandeció en sus sermones en casi cincuenta años que con notable opinión predicó, están eternizados en sus muchos libros. Y los padres fray Juan de Rada, procurador general de la Corte Romana, y fray Francisco de Herrera, mis maestros, que con sus escritos han dado mucha luz a la escuela de los teólogos escolásticos. Y el reverendísimo señor don fray Mateo de Oviedo, dignísimo arzobispo de Irlanda. Y el padre fray Sebastián de Bricianos, meritísimo predicador del rey nuestro señor. Y el padre fray Antonio Alvarez, cuyo buen espíritu y erudición testifica su *Silva Espiritual*, muchas veces impresa por haber sido bien recibida. Y el padre fray Manuel Rodríguez, en quien se han

(1) Así el original. Es «Estella».

adunado las letras y virtud, como a los que no le conocen será manifiesto por sus curiosos libros. Y otros muchos religiosos que por abreviar no nombro, que han salido del mismo convento y provincia. Y muchos de ellos han sido famosísimos, ansí en las provincias de España como en las de las Indias. En especial en la provincia de San Miguel y San Gabriel, y de la Piedad en Portugal, que tuvieron su origen de ella. Y aun los primeros prelados fundadores de la provincia del Santo Evangelio, y de la Mechoacán, en Nueva España, y de la provincia de San Gregorio de las Filipinas, fueron de ella, como de la Crónica de nuestra sagrada Religión consta. Pues si con estos hijos hasta aquí se ha honrado la santa provincia de Santiago, ahora estará con razón gozosísima, pues ha llegado a la cumbre de la honra teniendo por hijo a V. P. Reverendísima, que fué electo por cabeza de toda nuestra sagrada Religión con indecible beneplácito de todos los religiosos vocales de ella. Y de nuestro santísimo padre Clemente VIII. De quien no sólo recibió V. P. Reverendísima la primera vez que después de electo le fué a besar el pie particulares favores; pero para que conste a todos, diré lo que dice en el favorable Breve que dió confirmando a V. P. Reverendísima, con estas palabras: «Amado Hijo, salud y apostólica bendición; como hayamos sabido que habéis sido electo canónicamente en ministro general de la Orden de San Francisco, de la Observancia, queriéndoos hacer particulares favores y gracias, por constarnos del celo de vuestra Religión y limpieza de vida, y honestidad de costumbres, y de vuestra ciencia en las sagradas letras, y de otras virtudes, por autoridad apostólica, por las presentes os confirmamos, y aprobamos en ministro general de la dicha Orden y os concedemos y damos facultad para regir, gobernar, visitar, corregir y reformar la dicha Orden, y para todas las demás cosas que pertenecen al oficio de ministro general.» Hasta aquí son palabras del Breve. Sobre las cuales el querer yo añadir algunas palabras, publicando las muchas buenas partes que Dios repartió con V. P. Reverendísima serían desdorarlas, pues las obras y buena opinión de V. P. Reverendísima las ha manifestado en todas las provincias de la cristiandad cuando fué secretario de la Orden. Y aunque en los tiempos pasados haya nuestra provincia santa de Santiago engendrado en la Religión al padre fray Gonzalo, que fué el quintodécimo ministro general de nuestra sagrada Religión, era entonces provincial de la provincia de Castilla, la cual querrá para sí toda la honra de su prelado. Pero al presente, aunque todas las provincias de España

envidiaran la buena suerte de la de Santiago, holgarse han (por ser entre todas muy celebrada) de que goce de tan aventajada honra como de su hijo le viene. Dándole el pláceme como se debe. Y suplicando a Dios todos los religiosos de ella, y en particular los que están tan obligados como yo, que guarde a V. P. Reverendísima para bien y aumento de toda nuestra sagrada Religión, y le haga gran príncipe de su Iglesia militante y triunfante.

FRAY MARCELO DE RIBADENEYRA.

SONETO DEL AUTOR A LOS SEIS GLORIOSOS MARTIRES SUS COMPAÑEROS

Apóstoles de Japón y soles claros,
columnas de su Iglesia, y fundamentos
sus mártires primeros, que hechos raros
la dejáis de virtud y enseñamientos.
Sal de aquella tierra, que gozaros
no supo, pues os dió tantos tormentos,
ángeles de paz, que a no mataros
la hinchérades de santos documentos.
Comendadores de Cruz de eterna gloria,
reyes por gracia y gloria allá en el cielo,
capitanes de Cristo y caballeros.
De la provincia vuestra esta «Historia...»,
y de vuestro martirio y santo celo,
vuestro hermano os ofrece, ¡ oh compañeros !

OTRO DEL MISMO, EN QUE COMPARA LAS ARMAS DE ESTOS GLORIOSOS MÁRTIRES CON LAS DE LOS SANTOS DE SUS NOMBRES, PORQUE TODAS SON DE CRUZ

Si pone Pedro llaves en su escudo,
puestas en cruz, por armas muy gloriosas,
Juan un cordero, muerto en cruz desnudo ;
Felipe una cruz, y las preciosas
llagas Francisco, dos brazos como en nudo
puestos en cruz, v las famosas
armas de cruz de aquel perro no mudo
Domingo, a su Gonzalo son honrosas.
Y aunque por su martirio bien les vienen
sogas, cortada oreja, y las ampollas
de sus descalzos pies, y el carretón.
Pedro Bautista, Martín, Felipe tienen,
Gonzalo, y dos Franciscos, cruz, argollas,
brazos cruzados, lanza y corazón

LIBRO PRIMERO

EXHORTACION A LOS RELIGIOSOS

DEL DESCUBRIMIENTO DE LAS ISLAS FILIPINAS Y PRINCIPIO DE LA MUY RELIGIOSA PROVINCIA DE SAN GREGORIO, DE LOS FRAILES MENORES DESCALZOS, Y DEL FRUTO DE SU PREDICACIÓN.

Cómo llamó y llamó Dios a sus predicadores.—Por qué se descalzó Moisés para llegar a la zarza.—El estado apostólico fué figura en el llamamiento de Moisés.—Las necesidades y trabajos son gigantes.—Hay ganancias espirituales entre infieles.—Los predicadores han de buscar cruz.—Hace Dios suave la cruz.—Hace Dios castos a sus ministros.

A todos los religiosos de nuestra sagrada Religión, salud y paz en el Señor.

Considerando, padres y hermanos carísimos, el fin que los varones apostólicos deben tener, no sólo para aprovechar en el camino de la perfección, y vida contemplativa, sino en la conversión de las almas, tan apetecida de muchos hombres espirituales, no quiero escuchar los reclamos de la carne y sangre, tomando por medio para persuadir mi intento el alabar la tierra de las Filipinas y reinos de gentiles vecinos a ellas, de la abundancia de cosas temporales y varias recreaciones transitorias, como algunos hacen. Antes seguiré el estilo que Dios Nuestro Señor ha tenido, de llamar a sus siervos, así en la Ley vieja como en la nueva del Evangelio, para predicar su santa fe. Porque aquella vocación que hizo Dios Nuestro Señor (y, según muchos Doctores afirman, el Verbo Eterno en figura de hombre, ensayándose para lo que después había de ser) puesto en una zarza que se quemaba y no se ardía; y llamando a Moisés le mandó que se descalzase el zapato del pie (1) para llegar a aquel sagrado lugar, ¿qué otra cosa fué sino enseñarle una crianza y ceremonia tan enriquecida de celestial doctrina, que en cada una de sus muchas significaciones están encerrados conceptos de mucha

(1) Exod. 3.

edificación, parte de los cuales sirven ahora a mi propósito? Porque si Dios está enzarzado entre espinas, razón es que Moisés, su siervo, a quien llama para hacerle capitán de su pueblo, se espine siquiera un pie, y que entienda que no ha llegar a Dios por otro interés y fin, sino por quien Dios es, que esto sólo se podía apetecer en aquella zarza. Y pues que llegaba a la comunicación de Dios, no sólo se ha de descalzar de los afectos de la carne y sangre (figurados por los pies calzados), sino que vaya renunciando todo lo que había en la tierra, para que de esta suerte, hecho un evangélico capitán, se llegase a Dios. Porque, como consta del capítulo IV de Ruth, esta ceremonia de descalzarse los pies significa la renunciación de las cosas temporales y el estimar más las deshonras por Cristo que las mayores honras del mundo, como dice San Pablo a los Hebreos (IX) que lo hizo este gran varón Moisés, estimando más las afrentas de Cristo que el ser tenido por nieto de Faraón, rey de Egipto, que fué acto de evangélica perfección (1). Y como de algunos lugares de la Escritura (2) se colige, por el fuego es figurada la ira de Dios, y los pecados de los hombres por la zarza. Y ponerse Dios en medio fué figura maravillosa de que puesto el Hijo de Dios, Jesucristo Nuestro Señor, entre la ira de su Padre y los pecados del mundo, aplacó a su Padre celestial, satisfaciendo por los pecados de los hombres (3). De la zarza, pues, como si estuviese en la cruz, quiso llamar a Moisés, para hacerle caudillo de su pueblo, enseñándole el mismo camino de la cruz y perfección que había su Majestad de predicar después de humanado a sus sagrados apóstoles, diciéndoles que negándose a sí mismos y tomando su cruz le siguiesen. Enseñando lo mismo a todos los hombres. Porque pues su Majestad se enzarzó en los trabajos de su pasión y con la corona de espinas, no es mucho que los que son suyos y le quieren imitar se enzarcen, padeciendo alguna cosa en recompensa de lo mucho que padeció por ellos, llegando a su servicio, no por interés de la tierra ni del cielo, sino por quien Dios es, que es el más alto y meritorio fin.

Siendo, pues, éste el estilo que Dios ha tenido para convidar a los hombres a su comunicación y seguimiento, muy mal haría yo, ya que como explorador me envió el Señor a las Filipinas, Japón y Gran China, en convidar a

(1) Heb., c. 9.
(2) Cant. II.
(3) Ad Heb., 6.

mis padres y hermanos en Cristo para que vayan a trabajar en aquella viña del Señor, si solamente les trajese un racimo de regalos y cosas agradables al gusto (que como muchos dicen) hay en aquellas partes (1). Porque esto sería más persuadir a la carne que no al espíritu. Por lo cual tengo de seguir el modo con que Nuestro Señor Jesucristo llamó a los suyos. Y así mostraré la valentía de los gigantes que hay en aquellas partes, para que poniendo espanto a los cobardes y miedo a los pusilánimes, no vayan allá. Y representando a los valerosos y fuertes, los gigantes de hambre, sed, cansancio, persecuciones, trabajos, y finalmente una cruz, les ponga golosina santa para desear morir por su Dios y ser como nuestros seis gloriosos mártires (como adelante se dirá), los cuales, alcanzando victoria del mundo, demonio y muerte, y de estos gigantes de las necesidades corporales, levantaron la bandera de la cruz en Japón, y están como convidando a sus hermanos los verdaderos hijos de nuestro padre San Francisco, a que, si desean la perfección y cruz, vayan a labrar aquella viña del Señor y a coger la mies que ellos sembraron y con su sangre regaron. Para que, siéndoles semejantes en los trabajos, experimenten cuán fácilmente se vencen los gigantes que la carne y sangre finge que hay en la conversión de las almas.

Ya, pues, que no merecí ser compañero también en la muerte de estos gloriosos mártires, de quien lo fuí en vida, podré decir lo que cada uno de los criados de Job, cuando le daban las nuevas de sus trabajos, decía: *Relictus sum ego ut nuntiarem tibi* (2), dejóme el Señor para que dijese a mis hermanos no sólo la ganànciosa pérdida de nuestros santos seis hermanos, mas las riquezas espirituales que hay en los reinos de infieles y la ganancia cierta que en la pérdida de la salud y vida hallarán los que por Jesucristo su Redentor lo quisieren experimentar. Y aunque en los tres primeros libros se mostrará parte de esto, en los tres que se siguen será muy más al vivo, y en todos pretendo sacar a luz un racimo de varones apostólicos cogido en la muy religiosa provincia de San Gregorio de las Filipinas, para azorar a los que desean la perfecta guarda de su estrecha y evangélica Regla y seguir a Jesucristo crucificado, con el ejemplo de tantos hermanos suyos como en breve tiempo han florecido en aquellas islas, trabajando en la conversión de aquellos infieles con indecible cuidado has-

(1) Núm., 13.
(2) Job., 2.

ta morir. Por lo cual a los que Dios escogiere entrarán gozando de lo que ellos trabajaron, conforme la palabra del Señor (1).

Y aunque este mi intento le pudiera acompañar, para mejor persuadirle, con el deseo que tuvieron, y hoy día tienen muchos gentiles, de ver curiosidades y aprender letras, por lo cual van a tierras muy distantes a buscar maestros, y otros, por enseñar la mahometana secta, han ido desde la casa de Meca hasta la Gran China, y hoy día viven en la ciudad de Cantón, con mezquita, y aun habían llegado hasta las Filipinas, que no es pequeña confusión nuestra. Pero principalmente quiero tomar el medio de la cruz, pues me obliga a ello seguir yo a Cristo crucificado (aunque es sólo con el deseo dado de su larga mano), y tener por padre al santo y crucificado Francisco (aunque no merezco ser hijo suyo), y por hermanos y compañeros a los seis mártires crucificados en Japón (puesto que como indigno de su compañía no se la tuve también en la muerte), y por haber ya estado crucificado en la voluntad, no sólo viendo por mis ojos desde el navío donde estaba, con otros tres hermanos míos presos, a mis santos compañeros, y a los demás mártires crucificar, pero aguardando muy cierto que había de ser sacado de la prisión y puesto en la cruz. Obligación, pues, tengo por estas razones, no sólo lo que me resta de la vida crucificarme con Cristo, mas a pretender que algunos de mis padres y hermanos, los frailes Menores, ya crucificados al mundo, y el mundo a ellos (pues que tantas almas en aquellos reinos de gentiles se van al infierno), sacrificando sus vidas y honras a Cristo crucificado, y haciendo holocausto de lo que en sus tierras, provincias y conventos, entre sus parientes, amigos y devotos podían lícitamente gozar, vayan a emplear sus letras y buen espíritu entre infieles. A donde buscando cruz hallarán que la hace Dios tan suave, que cuando por estar descalzos los pies se espinaren, o estando cerca de la zarza, donde está Dios enzarzado, se vieren enzarzados, verán que está la suavidad y gusto, y el júbilo y alegría celestial, en medio de los mayores trabajos y de la zarza. Porque en ellos pone Dios no sólo la bienaventuranza en esperanza cierta, mas muchos gustos y consuelos de ella en posesión. Haciendo suavísimo todo lo que a la sensualidad le parece más áspero y dando particular ayuda para que los predicadores evangélicos en aquellas partes no sólo sean instrumento suyo para justificar las almas, mas para

(1) Joan., 4.

que poniendo debajo de los pies al demonio, mundo y carne puedan con San Pablo desafiar a todos los poderíos infernales (1). Porque, armados con las invencibles armas de la caridad, se hacen como impecables, aun en el medio de las ocasiones, aumentando con merecimientos la corona de justicia que esperan recibir del verdadero y fiel remunerador, Jesucristo Nuestro Señor.

(1) Ad Rom., 8.

CAPITULO PRIMERO

Del descubrimiento de las islas Filipinas

Magallanes descubrió las Filipinas.—Muerte de Magallanes.—Los padres agustinos fueron primero a las Filipinas.—Los castellanos padecieron hambre.—Cielo del rey de España.—Los castellanos y portugueses se hicieron amigos.

Cosa muy fácil es que la codicia de los bienes temporales, acompañada con el deseo natural que tienen los hombres de saber y de alcanzar favores y mercedes de los reyes, ha sido el principio de haberse descubierto las islas orientales y occidentales. Y en este tan importante descubrimiento, así para la dilatación de la fe como para aumentar el poder de los reyes de Castilla, con mucha razón es de todos alabado el animoso capitán y sabio piloto Magallanes. El cual, por hacer servicio al invictísimo emperador Carlos V, se obligó a descubrir las islas del Maluco, por la navegación de las islas occidentales, dándole los navíos necesarios. Y como de su parecer fuesen otros pilotos y cosmógrafos, le mandó dar el emperador cinco navíos gruesos, con los cuales salió del puerto de Sanlúcar. Y aunque se volvió el uno, con los cuatro pasó el estrecho que ahora llaman de su nombre. Y navegando por el mar del Sur, el año siguiente llegó a descubrir las islas que llamamos Filipinas.

Y para tomar lengua de las islas Malucas y algún refresco, por haber un año que iba navegando, tomó puerto en la isla de Cebú. Donde hallando gente de policía, y buen trato, y muy rica de oro, para hacer amistad con ella saltó en tierra con algunos de los suyos; y mostrándosele los indios muy amigos, festejando su buena venida con muchos convites y fiestas, cuando estaba más seguro y confiado le mataron los indios a traición. Por lo cual fué forzoso partirse luego de allí los españoles en sus navíos, los cuales, como iban ya maltratados, no pudieron acabar el via-

je. Y así sólo la nao llamada «Victoria», dando una vuelta a todo el mundo, volvió a España y dió nuevas de lo que había sucedido. Por lo cual se fué continuando aquella navegación. Y sabido que Magallanes había bautizado algunos indios en la isla de Cebú, el católico rey Felipe II, cuando después tomó el gobierno de España, mandó al virrey de Méjico que enviase a poblar aquella isla, y otras que están junto a ella. Y poniéndose luego en ejecución su mandato, envió quinientos hombres, nombrando por su general, por cédula de su majestad, a un noble hidalgo vizcaíno llamado Miguel López del Gaspe (1), con título de adelantado de aquellas islas. Y partiendo del puerto el año de 1564, el día del nacimiento del Hijo de Dios, llevando en su compañía dos religiosos agustinos, llamados el padre fray Martín de Rada y el padre Urdaneta (del cual dicen que era muy grande cosmógrafo), con muy prósperos vientos, en menos de dos meses descubrió las islas que llamamos de los Ladrones (2). Adonde, tomando algún refresco, en breves días descubrieron las islas Filipinas, que había descubierto cuarenta y dos años antes el capitán Hernando de Magallanes (3). Tomando, pues, puerto en la de Cebú saltaron en tierra, y en muy pocos días hicieron un fuerte de madera, para guardar las naos y defenderse de los innumerables indios que venían a estorbarles el hacer asiento en aquella tierra. Porque el demonio, con quien hablaban algunos de sus ministros, les había dicho que se guardasen de los Castillas (que así llamaron desde entonces a los españoles). Mas, viendo los indios que en las escaramuzas que con los Castillas tuvieron no ganaban nada desamparando los pueblos, se fueron a las montañas. Porque no teniendo los españoles bastimentos, constreñidos de la necesidad, alzasen el real y se fuesen de la tierra. Pero, aunque llegó la hambre a tanto que comían paja de arroz cocida, perseveraron en el puesto que habían escogido, proveyéndose con mucho trabajo de algunas cosas de las islas más cercanas, hasta enviar a Méjico para que les enviasen socorro. En el entretanto, de indios y portugueses fueron muy molestados, pretendiendo también los portugueses de la India echarlos de aquella isla, porque decían era del reino de Portugal (4).

(1) Legazpi.—*N. del E.*
(2) Islas Marianas.—*N. del E.*
(3) Justos. De marzo de 1521 a febrero de 1563.—*N. del E.*
(4) Debe referirse a portugueses aclimatados a los indios, que habiendo llegado antes con Magallanes, se apartaban del trato amistoso de los demás compatriotas que fraternizaban con los españoles.—*N. del E.*

También se dió relación a su majestad de todo lo sucedido, y envió con gran brevedad mandato para que no desamparasen la tierra, porque no se cerrase la puerta que se había abierto para predicar el santo Evangelio, y que si viniesen allí los portugueses los recibiesen como hermanos.

Y así, aunque vinieron con mano armada desde la India Oriental con gruesos galeones, entendiendo que el hambre rendiría a los castellanos, después de haber peleado algunas veces, tirando mucha artillería desde los galeones, viendo el ánimo con que estaban los hambrientos castellanos, antes que muriese alguno hicieron paces y amistades. Y volviéndose los portugueses a la India, los castellanos entraron por la tierra adentro a buscar bastimentos.

Y aunque hallaban valerosos indios que los resistían, como no tenían artillería de importancia, ningún daño hacían a los españoles. Viendo, pues, los indios de Cebú el valor de los Castillas, y que ninguna necesidad temporal los había acobardado, dejadas las armas, se hicieron sus amigos.

CAPITULO II

Cómo se comenzó a predicar el santo Evangelio en las Filipinas

Los indios hicieron amistad con los Castillas.—En Cebú se halló un Niño Jesús.—Llamaban Deobata al Niño Jesús.—Cosa maravillosa.—Los españoles tomaron un fuerte.—Los indios hicieron paces con los Castillas.—Los españoles hicieron amistad con los mercaderes chinos.—Muerte honrosa de cinco españoles.—Los chinos se retiraron.—Escaramuzas entre españoles y chinos.—Los padres agustinos pidieron frailes franciscanos para la conversión.

Como aun durase la noticia del capitán Magallanes, y lo que de la ley de Dios y del santo bautismo les había enseñado, bautizando algunos, hallaron gran disposición los padres agustinos para predicarles de nuevo el santo Evangelio por intérpretes, y obrando el Señor sus acostumbradas maravillas, se bautizaron muchos de los señores más principales. Y como la gente de aquella isla fiase mucho de la amistad y valentía de los españoles, hacían guerra a las islas comarcanas, que de muy atrás les tenían en amistad. Y con las victorias que alcanzaban en breve tiempo, se dió su pregón por todas aquellas islas de cuán va-

lerosos hombres eran los Castillas. Y persuadiéndose a que nadie les podía hacer resistencia, bajándose de los montes venían a pedirles amistad y paz. Y como se la diesen, hacían pueblos, adonde vivían en paz y eran doctrinados de los padres agustinos. Y viendo el amor con que los padres y Castillas los trataban, conocían el yerro que habían hecho en no les haber recibido al principio con mucha paz. Y como iban entendiendo los indios las cosas de la fe, manifestaron a los padres un Niño Jesús que desde el tiempo de Magallanes había quedado allí, en una cajita, y aficionándose los indios a la hermosura del Niño, le dieron al señor más principal para que le guardase entre las más preciosas joyas que tenía. Y como habían oído decir muchas veces a los Castillas este nombre Dios, llamaban al Niño Deobata, componiéndole del nombre Dios y de Bata, que en su lengua quiere decir niño, que es lo mismo que Dios Niño. Estimábanle todos los indios en mucho, y reverenciábanle notablemente, porque cuando les faltaba el agua para sus heredades, sacaban el Niño con mucha reverencia y acompañamiento y bañábanle en la mar por que les diese agua. Y era cosa maravillosa que luego llovía lo que era necesario. Sabido por el gobernador y por los padres agustinos que estaba en poder de aquel indio el Niño Jesús, con gran procesión y solemnidad le llevaron a la iglesia que tenían ya hecha, llamando a aquélla su primera población por esta causa la ciudad del Nombre de Jesús. La cual está poblada de muchos españoles, y de conventos de religiosos. Y es la metrópoli de aquel obispado (1).

Como hicieron los españoles asiento en aquella isla (2), poco a poco fueron descubriendo las otras, y llegando a un caudaloso río y a la ensenada, adonde está poblada ahora la ciudad de Manila, tuvieron noticia cómo venían

(1) La primera ciudad dominada por los expedicionarios de Legazpi, fué Cebú, capital de la isla, y a la que dieron el título de Nombre de Jesús. En ella encontraron una imagen del Niño, enterrada en una casa. Según el acta levantada en 16 de mayo de 1565 ante Legazpi, que representaba al rey de España, y ante las gentes armadas, el escribano Fernando Riquel dice (sin copiar el acta, que es muy larga) que el 28 de abril de 1565, después de derrotar a los indígenas de Cebú, que huyeron, entró en una de las más pobres viviendas el marinero de Bermeo Juan Camuz, tripulante de la nao capitana, y halló una imagen del Niño Jesús en una caja de pino, con gorro de fleco, velludo flamenco de lana colorada y camisa de volantes, bendiciendo con dos dedos de la mano derecha y teniendo en la izquierda su bola redonda... (*Copia del Archivo de San Francisco, de Manila.*) Los indios conservaban y honraban a la imagen en la ciudad, que se llamó del Nombre de Jesús. *Crónica de la Provincia de San Gregorio, por fray Francisco de Santa Inés. 1676. Apéndices.—N. del E.*

(2) Desde la muerte de Magallanes en 1521.

allí a contratar los de la Gran China con aquellos indios, que eran grandes mercaderes. Y pretendiendo los españoles entrar por el río que pasa junto a los muros de Manila, los indios, que estaban en un fuerte de madera, con alguna artillería, no los quisieron dejar entrar. Pero viendo el gobernador de cuánta importancia era aquel puesto, se determinó de ir allá con toda su gente. Y aunque hallaron innumerables indios armados con arcos y flechas y lanzas y paveses, confiando en Dios fueron a tomar el fuerte. Porque ganándole sin muerte de alguno tenían lo que deseaban. Y así les sucedió como pensaron. Porque acometiendo al fuerte, le ganaron, y los indios huyeron sin hacerles contradicción. Aunque después se la quiso hacer un indio muy poderoso, llamado Bajá Solimán. Mas, como conociesen el buen trato de los Castillas, y que no comían hombres, como les habían dicho, y que principalmente pretendían mantenerles en paz, y justicia, y enseñarles el camino de la vida eterna, dejadas las armas, se hicieron todos aquellos indios sus amigos. Y fué esta paz un gran bien para desterrar la maldita secta de Mahoma, que comenzaban algunos moros venidos de Meca a predicar. Y para que fuese bien recibido el santo Evangelio, y aprovechándose de tan buena comodidad, los dos padres agustinos, con intérpretes de aquella lengua, comenzaron a catequizar y bautizar a muchos.

Pero como los españoles se hallasen mal al principio en aquella tierra y publicasen el gran deseo que tenían de volverse a España, algunos indios principales no querían recibir la fe, entendiendo que se habían de ir y dejarlos. Mas muy en breve se aseguraron los indios. Porque como cuando llegaron allí los españoles hallasen en el río de Manila detenido un navío de chinos, y los mercaderes de él presos por los indios, dándoles libertad y haciéndoles volver a su hacienda, hicieron concierto y amistad con ellos, para que de allí adelante viniesen a tratar libremente allí. Y agradecidos los chinos de tan buena obra, y aficionados al noble trato de los Castillas, dieron nuevas de su venida en la China, en especial en la provincia de Chincheo. Y engolosinados de la esperanza de ganar mucho en sus mercaderías, continuaron el ir a las Filipinas. También de la Nueva España comenzaron a venir navíos, con que se aseguraron los indios de que los Castillas estaban de asiento en aquella tierra. Y así gozaban unos y otros de mucha paz. Aunque cuando más descuidados estaban, vino por mar un gran corsario chino, llamado Limaón, que puso en gran peligro toda aquella tierra, haciendo con los suyos mucho

daño cuando llegó a Manila. Porque por no haber creído los españoles que era corsario estaban tan descuidados, que llegó el escuadrón de los chinos a la primera casa de los españoles, que era la del Maestro de Campo Martín de Vete. Con el cual (por estar aquel día purgado) estaban cuatro soldados. Y viendo que los chinos ponían fuego a la casa, salieron varonilmente al enemigo. Pero como eran muchos los chinos, con pérdida de la vida, habiendo muerto algunos chinos, dieron mucha gloria a su nación y provecho a su república. Porque como los enemigos se entretuvieron mucho tiempo en vencerlos, los demás soldados españoles, que eran ochenta, animándose para tan forzosa ocasión, hicieron trinchera y reparo de una casa de madera, porque entonces no había ninguna casa de piedra en la ciudad, y de allí hicieron retirar al enemigo, que recibía mucho daño por no tener a donde ampararse de la arcabucería. Y como el corsario viese que había sido afrenta suya que los suyos siendo muchos hubiesen huído de tantos pocos españoles, mandó degollar los capitanes. Y otro día siguiente, que era día de San Andrés, ordenó que se diese a los españoles otro asalto; pero favoreció el Señor a los nuestros. Porque aquella noche llegó el capitán Saucedo, que estaba en la provincia de Ilocos, con cien españoles y muchos bastimentos. Y el gobernador, en pago de su buena diligencia, le hizo maestro de campo. Y con su orden se fortalecieron aquella noche todo lo posible. Y aunque los indios de la tierra no ayudaban ni a unos ni a otros, los indios de Cebú, que estaban en servicio de los españoles, les ayudaron muy bien.

Luego a la mañana vino el enemigo, y haciendo una gran salva de arcabucería y artillería, echó en tierra mil quinientos arcabuceros, piqueros y flecheros, que fueron marchando, sus banderas tendidas, al lugar donde estaban encubiertos los nuestros. Y como todos peleaban por la vida, los chinos temiendo a su capitán, que si no hacían lo que debían se la había de quitar, y los españoles por verse en tan notable peligro de perderla, invocando el nombre del gloriosísimo apóstol San Andrés, resistieron a los chinos tan valerosamente, que, admirado Limaón, que estaba mirando la batalla desde un navío, tocó a recoger. Y dejando los españoles ir a los chinos, el Limaón se retiró con sus navíos y los nuestros se repararon de las heridas y descansaron. Los chinos se hicieron fuertes en una ensenada, en la cual los españoles les quemaron todos sus navíos, que eran sesenta. Y por ser Limaón capitán astuto

se pudo librar de ellos, haciendo en el puerto secretamente navíos, con que se fué.

Acabado el cerco y guerra de Limaón, tuvieron lugar los españoles de fortalecerse para semejantes ocasiones. Y como llegó por gobernador de Filipinas el doctor Francisco de Sandino, no sólo proveyó con mucha prudencia las cosas temporales de aquellas islas, mas hizo paces con todas ellas. Para que de esta manera pudiesen los predicadores evangélicos hacer mucho fruto en la conversión de aquella gentilidad. Y viendo la necesidad que había de ministros y de que aquella nueva Iglesia fuese hermoseada con la variedad de diversas Religiones, escribió al Consejo de Indias, a Madrid, pidiendo encarecidamente que enviasen religiosos de San Francisco, suplicando también a su majestad que tomase muy a su cargo aquellas islas, pues se habían poblado en su tiempo, y por esta ocasión tomando de su nombre la denominación de Filipinas (1). Y que los padres agustinos hayan mostrado mucho gusto de esta petición, vióse en el encarecimiento con que pidieron lo mismo, porque aunque en aquella nueva iglesia ellos habían sido los primeros obreros, juzgaron ser muy conformes al Evangelio no querer ser ellos solos los ministros de ella. Y así pidieron el favor de otras religiones, como hicieron también los padres de Santo Domingo, que fueron los primeros que entraron en el Perú. Y los de San Francisco, que fueron los que primero predicaron en Nueva España, porque todas van a un fin, y todas igualmente representan la Congregación y Colegio de los discípulos de Cristo. Y como consta del sagrado Evangelio, San Pedro, cuando echando la red en el mar por mandato de Cristo sacaba tantos peces que no podía con la red, llamó a los compañeros para que le ayudasen. Pretendiendo el Espíritu Santo dar a entender con esto la obligación que tienen los que son verdaderos varones apostólicos (cuando los religiosos de su Religión que están en alguna conversión no bastan) de llamar

---

(1) Ptolomeo—siglo II—llamaba a las islas Filipinas islas Maniolas, y de aquí tal vez se originó el nombre de Manila, dado a su capital. Según el cronista agustiniano de Nueva España, se llamaban islas Célibes. El nombre de Filipinas—después de su primitivo de San Lázaro, por el día en que desembarcó en ellas Fernando Magallanes—se usó por atención del general de la Armada Ruy López de Villalobos (después de su fracasado intento de volverlas a descubrir), al entonces príncipe Felipe II, durante cuyo reinado se aseguró este nombre por Legazpi en 1564. El nombre aborigen del archipiélago era el de islas Maydilas, de etimología dudosa, de *may* = sitio, y *dila* = lengua (en tagalo), aludiendo a su forma, o Maynilas, por un árbol gigantesco llamado *nila*, del que hablaban los indios.—*N. del E.*

otros obreros a la viña del Señor, en especial cuando hay tanta gente como en las innumerables islas de aquel archipiélago.

CAPITULO III

DE UNA BREVE DESCRIPCIÓN DE LAS ISLAS FILIPINAS Y DEL AUMENTO DE LA CRISTIANDAD

Las naciones que tratan en Manila.—Cristiandad de los padres agustinos.—Cristiandad de los Frailes Franciscos.—Cristiandad de los padres de la Compañía de Jesús.—Cristiandad de los padres dominicos.—Muchos infieles se desean bautizar.—Abundancia de mantenimientos.—Temple de las islas.

De las islas Filipinas, la que tiene fama de más principal, y de más nombre y riqueza, es la isla de Cebú, que fué la primera que poblaron los españoles, la cual por otro nombre es llamada de Luzón. Y en ella están las principales ciudades adonde hay más españoles. En la isla de Cebú hay la ciudad del Santísimo Nombre de Jesús (como se dijo) y muchos pueblos de indios, y la ciudad de Manila, que está ciento cincuenta leguas distante. Hay también otros dos pueblos de españoles en esta misma isla, que son la ciudad de Cáceres, en Camarines, adonde está la catedral. Y otra en el río de Cagayán, adonde también hay obispo. Y es la ciudad de Manila la más principal de todas, por estar allí el gobernador. y Audiencia Real, y la iglesia arzobispal y cuatro conventos, de Santo Domingo, y de nuestro padre San Francisco y del glorioso San Agustín, y de la Compañía de Jesús, y un convento de niñas recogidas; y es allí la contratación de chinos, japoneses, cambodjas, sianes, patanes, y de gente de Malaca, y Maluco y Burney (1), y de todas las islas comarcanas. Está adornada esta ciudad de muy buena cerca y tres fuertes. Y como hay abundancia de piedra, vase edificando la ciudad muy suntuosa de casas de piedra.

Cuanto a lo que toca a la cristiandad, que es lo que tengo principalmente que tratar, los padres de San Agustín, que fueron los primeros que entraron en aquella tierra, tenían el año de 1598 más de cuarenta iglesias principales, adonde tienen doctrina de los naturales, con ayuda de los cuales edifican de ladrillo y piedra las iglesias y conventos

(1) Borneo. -*N. del E.*

muy curiosamente, y no son menos curiosos los que son de madera, por haberla muy buena en aquella tierra. Y según se dice de cierto, tenían entonces cien mil almas filipinas, que aprovechan mucho en la fe y frecuencia de los divinos sacramentos.

Los segundos que fueron son los Frailes Descalzos de nuestro padre San Francisco, y tienen en la isla de Manila treinta y ocho conventos de doctrina de indios, y otras muchas iglesias pequeñas en los lugares pequeños que llaman de visita. Los conventos son de madera, salvo el de Manila y el de Lumbán, que son de cantería. Habrá seiscientos mil cristianos muy aprovechados en el conocimiento de Dios y deseosos de la salvación de sus almas. Y ha costado mucho trabajo a los frailes el ponerlos en policía y orden, porque no tenían reyes, ni ciudades, ni república, como otras naciones. Hay aún entre estos cristianos otros tantos infieles que conocen que el demonio está entre ellos, y piden el bautismo; pero dáseles muy poco a poco, por la falta que hay de ministros. Demás de estos conventos, tenemos los Frailes Descalzos otros tres, adonde se sigue el coro y se hace las otras ceremonias monásticas, como en los conventos grandes de España, y en ellos se curan los religiosos enfermos, y hay estudios de gramática y artes y teología. En el hospital de los indios, que está a nuestro cargo, se hace gran servicio al Señor, como adelante se dirá. Y en el de los españoles y esclavos, que nos han encargado los muy nobles y devotos cofrades de la Misericordia, como más largamente se dirá en el fin de este libro.

Los padres de la Compañía, que fueron los terceros que el Señor llamó para aquella su viña y fueron hospedados en San Francisco hasta que buscaron casa, ya ahora la tienen muy buena, y van edificando un colegio. Y como un padre de ellos, llamado Vera, me dijo, el año dicho, tenía quince doctrinas y otros lugares de visita en que hacen mucho servicio a Nuestro Señor y bautizan muchos infieles.

Los padres de Santo Domingo, que han sido los últimos que fueron a cultivar aquella heredad de Nuestro Señor Jesucristo, aunque fueron tarde merecen el jornal de los primeros. Porque en el vestir y profesión de su Regla resucitan aquellos felicísimos tiempos de su primitiva Religión y son grandes ministros. Tenían el año sobredicho, como supe, siete doctrinas principales, por haber falta de religiosos, y algunas visitas. Pero como el Señor les envía obreros, van aumentando doctrinas y conventos. Y para criar suficientes ministros para la conversión, tienen estudio de



1741. P. MURILLO VELARDE

Mapa de las Islas Filipinas, hecho por el P. Pedro Murillo Velarde, S. I. (Museo Naval.)

Carta cuadrada, grabada en vitela y coloreado a mano, comprende desde los 6° a los 19° 30' N. y desde los 156° 20' a los 169° 10' E. de Hierro (?), con el error consiguiente. Adornada con rosa, navíos (uno quiere ser la nao «Victoria») y San Francisco Javier, como Príncipe del Mar navegando a modo de Neptuno, con la anécdota del cangrejo que sacó el crucifijo que le cayó al mar. Cartela historiada y escala de 30 leguas de 17,5 al grado.—Pertenece a la obra del P. Murillo «Historia de la Provincia de Filipinas», Manila, 1749.

teología en el convento muy religioso de Manila y en Cagayán. Y con su diligencia y buen ejemplo va creciendo la cristiandad en gran número de creyentes, porque toman cada día doctrinas. Y con la caridad que hacen a los indios, muchos infieles desean bautizarse. Tienen también junto a Manila otros dos conventos, adonde están algunos religiosos que saben la lengua china, no con pequeño trabajo, por ser dificultosa, y tendrán más de seiscientos cristianos chinos, los cuales se casan con japonesas o indias, porque como se cortan los cabellos en bautizándose, si fuesen a sus tierras serían luego muertos. A los hijos de éstos enseñan los padres a leer y a escribir. Y se tiene mucha esperanza que por este medio entrará el sagrado Evangelio en los reinos de la Gran China, que está menos de doscientas leguas de Manila. Aunque está cerrada ahora del todo la puerta, aun para contratar los españoles de Manila. Tienen también un hospital para los chinos infieles y cristianos, y es seminario adonde, por medio de la caridad que reciben en sus enfermedades, son muchos alumbrados del Señor.

Fuera de esto, hay entre los cristianos gran muchedumbre de infieles que se quieren convertir y están pidiendo el pan del Evangelio, y por no haber quien se lo reparta, por ser pocos los ministros, mueren de hambre y se condenan. Por lo cual los varones apostólicos habían de levantar bandera en sus provincias y hacer religiosos para ir a ayudar a sus hermanos, que con gran honra de sus Religiones están haciendo la causa de su Dios, levantando el estandarte de la cruz en aquellas islas, echando de ellas la idolatría y otros muchos engaños que el demonio, como señor que hasta aquí ha sido de ellas, tiene sembrados. Y pues de las cuatro Religiones que han pasado a las Filipinas hay religiosos muy espirituales, y doctos, y conocidos por tales en nuestra España, y claman todos con oraciones al cielo, y cartas al rey, y a sus prelados, para que envíen quien los ayude, señal es que aquella conversión es de mucha importancia para enriquecerse los siervos del Señor de muchos merecimientos. Y aunque para testimonio de que no falta lo temporal en aquella tierra basta conservarse en ella tantos ministros, de tantas Religiones, y muchas personas de calidad, que han vivido y viven regaladamente, diré de paso algo de la abundancia de las cosas temporales, la cual es grande, porque del Japón y China se provee muy abundantemente el trigo, y de España se lleva el vino, que para las misas y necesidades sobra. Aunque el vino se coge en la tierra de palmas, que es como aguardiente, es tan saludable y medicinal para todo género de enfermedades,

tomado templadamente, que puede ser estimado en más que el de España. Porque tiene sus propios efectos, y más para los flacos de estómago y de poca complexión. Los mantenimientos son muchos, porque hay muchas gallinas y muy baratas, patos, vaca tan buena como carnero, puercos, búfalos, venados, jabalíes, en tanta abundancia que sola esta caza basta para sustentar toda la tierra. De pescados de mar y ríos es tan proveída y regalada aquella tierra, que así en las diferencias como en la bondad puede competir con las costas de España, y en otras cosas necesarias. Lo que más en abundancia hay es miel y cera, por estar los montes llenos de abejas. Y tampoco falta el regalo y golosina de las frutas y legumbres, porque tiene de esto más de lo necesario, y así de las de la tierra como de las de España. Y aunque el temple de aquellas islas es caluroso, con el viento de mar y tierra, que de ordinario corre, las hace saludables, para los que no viven desregladamente. Y puesto que la abundancia que hay de oro, y otras mercaderías, que vienen de China cada año al puerto de Manila, y la renta que tienen los conquistadores de aquellas islas sea la principal causa de poblarse de españoles, la experiencia que se tiene de la sanidad de la tierra la hace amable, y que se edifiquen pueblos muy de propósito, como se ve en las casas de piedra, muy bien labradas, que se edifican en la ciudad de Manila, dejando las calles muy derechas y ordenadas y vistosas, aumentándose cada día, de suerte que, muy en breve, en grandeza y buenos edificios competirá con las ciudades populosas de España. Y pues hablo con los varones religiosos y espirituales, de esto basta.

Y así sólo quiero refrescarles la memoria con el dicho discreto del valeroso soldado Urías, cuando, no queriendo recibir el regalo que le mandaba hacer David, dijo que sólo apetecía el estar su capitán y compañeros en los trabajos de la guerra (1), enseñando en esta respuesta, tan digna de notar, a los religiosos que tiene a Cristo crucificado por su capitán, que se animen a ir a dar ayuda a tantos religiosos apostólicos que en los trabajos que padecen en aquella guerra espiritual contra el demonio labran su corona de gloriosos merecimientos, de los cuales recibirán el premio, cuando como varones evangélicos entren triunfando en el cielo.

---

(1) Reg., 2, 2.

CAPITULO IV

De cómo fueron escogidos Frailes Descalzos de San Francisco para las Filipinas

Alabanzas de la provincia de San José.—Trabajosos caminos de fray Antonio de San Gregorio.—Los religiosos que iban al Perú son señalados para las Filipinas.—Tentaciones del demonio.—El padre fray Juan de la Cruz es alabado.—Elección del primer custodio.—Los frailes dejaron buena fama en Sevilla.

Cosa muy sabida es con cuánta perfección y estrecheza de vida comenzó en Castilla la provincia de San José. En la cual, en breve tiempo, parece que se vió cumplida la bendición que Dios echó al santo patriarca Abraham (1). Porque creció en número de conventos y frailes (parte de ellos venidos de otras provincias), que fué necesario hacer una Custodia en el reino de Valencia y Murcia, que después, creciendo en santidad y número de conventos y frailes, fué hecha provincia de San Juan Bautista, cuya vida imitan mucho los religiosos de ella. Después fué también menester dividirse en dos, quedando una con el primer nombre de San José, y tomando otra el del glorioso San Pablo, conservándose en una y otra la santidad y aspereza con que comenzaron.

Por haber multiplicado en hijos, como estrellas del cielo, esta santa provincia pudo extender sus ramos hasta los fines de la tierra, sacando Dios frailes de ella para las Filipinas. Porque viniendo del Perú un fraile lego, llamado Antonio de San Gregorio (2), cuya vida en el libro tercero

(1) Gén., 22.

(2) El padre Ribadeneira escribe su accidentada biografía en el capítulo XIV del libro IV de su *Historia...*, aunque omite varios episodios de aquél, entre otros el de su hábil relación con el príncipe Naaman—leproso—, para ayudar a la buena causa del rey de Siria, y también—prudentemente—sus santas humillaciones como lego y simplista. Puede leerse la biografía extensa de fray Antonio de San Gregorio en la copiosa *Crónica de la Provincia de San Gregorio...*, de Fray Francisco de Santa Inés, 1676, t. I, l. I. (El padre fray Francisco de Santa Inés—autor de una de las crónicas misioneras más completas que se conocen—era natural de Peñaranda de Bracamonte, profesó en la Provincia de San Pablo, llegó a Filipinas en 1674 y fué nombrado cronista en 1676. Fué provincial desde el 17 de mayo de 1687 hasta el 19 de mayo de 1690 y vicario provincial desde el 22 de agosto de 1701 al 3 de junio de 1702. En el capítulo celebrado el 23 de mayo de 1711 salió electo segunda vez ministro provincial, siéndolo hasta su muerte, ocurrida en el pueblo de Lilio el 4 de agosto de 1713. Su libro se titula: *Cró-*

se dirá, le tomó Dios por instrumento suyo (como suele tomar algunas personas flacas y de poca estima en los ojos de mundo para hacer cosas grandiosas) para fundar en las Filipinas la provincia que ahora se llama de San Gregorio, habiendo sido primero custodia.

Porque teniendo este bendito religioso muy grandísimo celo de las almas, con el nuevo descubrimiento, que viviendo en el convento muy religioso de San Francisco de la celebrada ciudad de Lima se hizo de las islas de Salomón (1) y Nueva Guinea, halló ocasión para ponerle por obra. Y así vino a España, y como verdadero fraile Menor, andando muchos caminos a pie, y sin carga de cosas temporales, fué a Roma dos veces. Y fué tan agradable su presencia, representadora de su mucha virtud y santo celo, al Sumo Pontífice Gregorio XIII, que entonces regía la Iglesia de Dios, y a los cardenales, que haciéndole todos extraordinarios favores, como embajador que venía a la causa de Dios, alcanzó todo lo que pretendía, y trajo licencia para sacar frailes de la provincia de San José en Castilla la Vieja y llevarlos al Perú para las islas de Salomón y Nueva

---

nica de la Provincia de San Gregorio Magno, de Religiosos Descalzos de N. S. P. San Francisco, en las Islas Filipinas, China, Japón, etc., escrita por el P. Fray Francisco de Santa Inés... y Cronista... 1676. Publicada por la *Biblioteca Histórica Filipina*). En la relación del *Viaggio dell'Indie, fatto per el R. P. Scalzo Fra Giovanni Battista de Pesaro, insieme con altri frati di Santo Francesco* (el padre Alfaro y sus compañeros, que llamaban a Pesaro «el italiano») *quali l' anno 1577 con l' autorita apostolica et con consenso del Re chatólico... nel Reyno della China... a modo di diálogo*», dice el cronista por boca del religioso que contesta al Peregrino: «Tu dei sapere, che quel Dio d'inmensa maestà ellegge ben spesso le cose debole per superar quelle di gran forza, pero volse se visi di un fretichello Minore del Ordine nostro humilissimo, detto Sr. Antonio di S. Gregorio, di natione Spagnolo delle Diocese Civitatense frate laico, ma sopra modo devoto a caritativo.» Dice el padre fray Antonio de Santa María en una de sus cartas al provincial de Manila, fechada en Cinanfú (China) el 23 de enero de 1653, que. «... si algunas cosas nos vienen de allá (de Felipinas) que presentar a los mandarines, es para ganarloss la voluntad y algunas limosnas para cosas semejantes; no es para lo que nuestro hermano Antonio de San Gregorio escribe, que conversión con presentes no es apostólica». Y en la misma carta, añade: «... no entienda nuestro hermano fray Antonio de San Gregorio que no lo mirar o que tenemos ganas de pasear...» (Refiriéndose al envío de socorros desde Manila, estando ésta pobre y arruinada.) *Cartas de China. Documentos inéditos sobre misiones franciscanas. P. Otto Maas. O. F. M. Sevilla, 1917.* En la *Historia de las vidas y milagros..., de Fray Martín de San Joseph,* y en su epílogo de *Cosas notables,* dice aquél—tomo II— que «Fray Antonio de S. Gregorio, layco, fue el primer móbil de la fundación de la Provincia de San Gregorio de las Philipinas... Llamóle Dios. Tomó el hábito de la Religión... Murió en la Nueva España...» Su biografía se desenvuelve en el capítulo VIII del libro IV, pág. 361.—*N. del E.*

(1) Recién descubiertas por el adelantado español don Alvaro de Mendaña y de Neyra en 1567.—*N. del E.*

Guinea, adonde enderezaba su principal intento. Y como los recaudos que traía eran muy bastantes, y la empresa tan digna de varones perfectos, criados en desnudez, hambre, descalcez y otras semejantes asperezas, con las diligencias que hizo sacó algunos religiosos grandes siervos de Dios. Los cuales vinieron muy contentos a Sevilla, viendo la ocasión que se les ofrecía de pasar a aquellas partes adonde se pudiesen emplear en la conversión de la gentilidad. Por cuya causa dejaban la quietud de sus celdas y modo observante de vivir que tenían en sus conventos.

Mas movió Dios Nuestro Señor el corazón del muy católico rey don Felipe II de este nombre, para que mandase que los religiosos que llevaba el hermano fray Antonio para las islas de Salomón fuesen a las islas Filipinas, que había poco que eran conquistadas y las comenzaban a poblar españoles. Los cuales deseaban que les enviasen Frailes Descalzos de San Francisco. Y el rey pretendía también enviar ministros verdaderamente evangélicos, que ayudasen en la conversión de aquellas gentes bárbaras a los padres de la religiosísima Orden de San Agustín, que fueron los primeros que comenzaron a cultivar aquella montuosa y áspera heredad, que el Padre Eterno (según el fruto que se ha hecho declara) dió a su amado Hijo, en premio y gajes de su cruz. Para que fuese hecha viña suya aplantada de muchos fieles, con el cuidado de sus siervos, los religiosos mendicantes.

Con esta última resolución se partió el hermano fray Antonio de San Gregorio con nuevas patentes y recaudos del rey y del padre comisario general de Indias, que reside en Madrid, a Sevilla, donde estaban juntos los religiosos que habían de ir en su compañía, los cuales con la mudanza de su jornada y fin, como hombres verdaderamente del todo muertos a su voluntad y sacrificados a la de Dios y a la de sus prelados, entendiendo que éste era el beneplácito divino, se conformaron con él, y con lo que el rey y su prelado les mandaba, confiando que no había de ser menor su merecimiento y el fruto que habían de hacer en la conversión de las Filipinas que en las islas Salomón, adonde iban.

Y aunque viendo el demonio cómo el Señor iba ordenando que fuesen tan importantes obreros a la viña que comenzaba a plantar en las Filipinas, procuró ponerles estorbos con el miedo del mar y de otras muchas cosas que parecían contrarias a la quietud monástica y al aprovechamiento espiritual, pretendiendo siquiera así disminuir el número de los religiosos que se habían juntado para tan

santa jornada; pero con el divino favor, como hombres amaestrados en vencer tentaciones del demonio, con valeroso ánimo y fortaleza del cielo, armándose con continuas oraciones, vigilias y disciplinas, haciendo oratorio de los lugares santos del convento de Sevilla, domando su carne con aspereza de cilicios y ayunos, sujetándola al espíritu, rindiendo su voluntad a la divina, gozando de la serenidad de conciencia que el espíritu del Señor trae, se hallaban fuertes para padecer muchos mayores trabajos que los que el demonio (tomando por instrumento el amor propio de cada uno) les representaba. Determinados de ir a las Filipinas, tuvieron para confirmar su intento el ayuda y voto del padre fray Juan de la Cruz, varón en religión, letras y virtud y gobierno muy celebrado, que en aquella sazón era lector de Teología del muy religioso convento de San Francisco de Sevilla. Porque viendo que el Señor había juntado, para cultivar la heredad que tenía escogida en Filipinas, aquella pequeña grey (que por todos eran diecisiete), animados y con exhortaciones particulares, llenas de razones doctas, espirituales y muy eficaces, les exhortaba a la jornada santa que se les ofrecía. Y viendo que el padre fray Jerónimo de Guzmán, varón eminentísimo de la muy observante provincia de la Concepción, comisario que era de las Indias, daba licencia al padre guardián de aquella casa para que, pues era prelado de ella, presidiese a la elección de custodio, que mandaba que hiciesen los diecisiete religiosos, hablóles con tan fervoroso espíritu, que quitándoles todo recelo natural que para la jornada se les podría ofrecer, dando sus votos fué electo por su prelado y primer custodio de las Filipinas el muy venerable padre fray Pedro de Alfaro, por resplandecer en él santidad y prudencia y mostrar en su virtud y religión ser hijo de la santa provincia de Santiago, madre que ha sido de muchos hijos aventajados en letras y santidad, que han dado luz y honra a muchas provincias de la cristiandad.

Como salió tan acertada la elección, fué confirmada por el padre que presidía. Y de nuevo alabado el intento y fin que los religiosos llevaban de ganar almas para Dios siguiendo a Jesucristo por su Capitán en la cruz y trabajos que se les ofreciesen. Y hecha la confirmación, como es costumbre de la Religión, todos tomaron la bendición del nuevo custodio, dándole la obediencia. Y unos a otros se daban el pláceme de que para tan larga peregrinación les hubiese dado el Señor prelado tan a la medida de la voluntad y espíritu de todos. Acabada la elección, se prove-

yeron dos religiosos para que buscasen lo necesario para su viaje, de suerte que resplandeciese en todo la santa pobreza, haciéndoles el rey la limosna acostumbrada para esto. Y cuando al tiempo de salir la flota se querían ir de aquel convento, era indecible el sentimiento que en la ciudad se hacía, porque predicaban en las plazas y lugares públicos con gran edificación y aprovechamiento del pueblo. Finalmente, dejando opinión de grandes religiosos dentro y fuera de casa, se fueron a Sanlúcar, muy confiados de que su jornada había de ser para mucha gloria y honra de Dios Nuestro Señor.

CAPITULO V

Cómo se embarcaron los religiosos que iban a las Filipinas y llegaron a Nueva España

Los frailes se embarcaron.—Estrecheza religiosa de los frailes.—Los religiosos que murieron en el camino.—Los primeros Frailes Descalzos que fueron a Filipinas.—Cómo fueron bien recibidos los frailes en Méjico.—Visión maravillosa.—Los religiosos que salieron de Nueva España.

Viendo los religiosos que iban a las Filipinas que el Señor les tomaba por instrumento para alumbrar a las almas que estaban sentadas en las tinieblas y sombras de la muerte en aquellas partes y provincias de gentiles, vivían muy contentos y consolados porque se les acercaba el tiempo de embarcarse y comenzar a poner su deseo en ejecución. Y aunque con los trabajos del camino, que hasta allí habían caminado a pie y pidiendo limosna como verdaderos pobres evangélicos, hubo causa para que con justo impedimento (aunque con gran sentimiento de todos) y por enfermedad se quedasen dos religiosos, los demás se esforzaban unos a otros, confiando en el Señor, que aunque eran pocos en número se había de servir Su Majestad de ellos en la conversión de los infieles. Y con esta esperanza se embarcaron juntos en un navío. Y quien por experiencia sabe cuán trabajoso es el mal olor del navío y la estrechez de él, y las indisposiciones penosas que los primeros días causa el mar, podrá estimar el trabajo que estos siervos de Dios tendrían en su viaje, juntándose a esto la mucha clausura que guardaban, llevando portero en un estrecho lugar de popa que les dieron, y haciendo parte de la popa iglesia y no saliendo de allí sin licencia y necesidad, ocupán-

dose las horas acostumbradas en rezar el oficio divino y en hacer disciplinas y tener oración, con tanto concierto como si estuvieran en un muy religioso convento.

Y aunque el fervor de espíritu que llevaban todos aumentaba el deseo de servir a Dios y padecer por su santo nombre, no llegaban las fuerzas corporales a lo que el deseo. Por lo cual, como el trabajo fuese mucho y el regalo poco, murieron en el navío cuatro religiosos. Queriendo el Señor que fuesen a gozar de la corona ganada con sus altos deseos, los cuales suelen ser muy particularmente remunerados de su divina Majestad. Y aunque la falta de los cuatro religiosos, llamados fray Pedro Jerez, fray Francisco Marín, fray Antonio Barriales, sacerdotes, y fray Jerónimo Mallorquín, lego, fué muy sentida de todos, mas el entender que acabando el curso de la vida iban a gozar de los gozos eternos al cielo era de gran consuelo para los demás religiosos. Los cuales confiaban en Dios Nuestro Señor, que pues les había sacado de sus conventos para que plantasen la religión en aquellas partes remotas, que les había de juntar otros nuevos compañeros para suplir la falta de los cuatro que murieron en la mar. Y la de fray Diego de Cadalso y fray Juan de la Cruz, sacerdotes, que con fama de grandes religiosos dieron su espíritu al Señor luego que llegaron a Nueva España. También el padre fray Francisco de los Santos, por estar gravemente enfermo, fué forzoso quedase en la Gran Canaria, adonde con su buen ejemplo, aspereza de vida y espirituales sermones hizo mucho fruto, ganando muchas almas para el cielo.

En sabiendo que los Frailes Descalzos habían desembarcado en San Juan de Lua, recibieron los españoles de la Nueva España gran contento, por saber de cuánta importancia había de ser su venida para la reformación de los pecadores y edificación de los indios de aquella tierra. Llegaron allí el año 1576, y los frailes que fueron son éstos: fray Pedro de Alfaro, custodio; fray Juan de Plasencia, fray Pablo de Jesús, fray Juan Bautista, fray Diego de Oropesa, fray Sebastián de Baeza, fray Agustín de Tordesillas, fray Francisco de Santa María, fray Alonso de Jesús, fray Antonio de San Gregorio (1). Y los más de ellos, aunque

(1) El padre Mendoza habla de la llegada de los padres Descalzos a Manila el día de la Visitación de Nuestra Señora en el año 1578, diciendo que llegaron «el Padre Fray Pedro de Alfaro y *catorce* religiosos de su misma Orden». (*Historia de las cosas más notables, ritos y costumbres del gran reino de China*, ed. del padre Félix García. Biblioteca España Misionera, v. II, p. 239.) El padre fray Agustín de Tordesillas dice: «Segundo día de julio, día de la Visitación, llegamos a la ciudad de Manila, que es en la isla de Luzón de las Islas Filipinas, nuestro hermano Fr. Pedro

eran predicadores y muy letrados, teníanse por inutilísimos y mínimos entre los menores. Y todos con su santa conversación y aspereza de hábito y vida ponían grande admiración y devoción a los españoles y a los indios. Y como comenzaron a comunicar su fervoroso espíritu a los fieles, en pláticas particulares y en muchos sermones que con gran eficacia predicaban, algunos grandes pecadores se convirtieron a penitencia, y los que trataban de la virtud crecían en ejercicios santos, y con santa competencia se hacían cada día más virtuosos. Muchos se confesaban generalmente con los siervos de Dios, teniendo por mucha ganancia el gozar de su celestial doctrina y santos consejos.

Quien más particularmente mostró alegrarse con su venida fueron los padres y hermanos de la santa provincia del Santo Evangelio. Mostrando por la obra su mucha caridad y el contentamiento que tenían, viendo que enviaba el Señor tales obreros a su viña. Y los que venían se alegraron mucho en el Señor, viendo que florecían en aquella santa provincia muchos religiosos de grande perfección, que conservaban el rigor monástico y estrecha guarda de la pobreza y observancia de su Regla, imitando en todo a los doce varones evangélicos y verdaderos frailes imitadores de la santidad de nuestro glorioso padre San Francisco, que la fundaron. Plantando la fe y la Religión de los Menores en aquella tierra, y dejando tanta fama de santidad, que sólo la memoria de sus virtudes hace cada día nueva operación en muchos religiosos que desean imitarlos. Y como el bendito varón fray Martín de Valencia, primer custodio y prelado de estos doce religiosos santos, que fueron al principio a Méjico, en una visión que tuvo le fué revelado (como en su historia que en muchos libros está escrita se lee) que a las partes del poniente, respecto de Méjico, que son las Filipinas y todos los reinos a ellas comarcanos, había de ser plantada la fe, con grande aprovechamiento

---

de Alfaro con *catorce* religiosos...». Según el padre Ribadeneira fueron *diez*, que con los seis enviados desde Méjico por el custodio y prelado fray Martín de Valencia, para sustituir a los seis muertos en la travesía, suman dieciséis. Su distribución, al llegar a Filipinas, fué de este modo: fray Bautista Pesaro y Sebastián Baeza, destinados a las provincias de Ilocos y Pangasinán; fray Pablo de Jesús y Bartolomé Ruiz, a la de Camarines; fray Pedro Munique y Alonso de Medina, a las de Panay y Cebú; fray Juan de Plasencia y Diego de Oropesa, a la Laguna de Bay, serranías de Tayabas y parte oriental; fray Esteban Ortiz y Juan de Porras, a las de Balayán y Mindoro; quedándose en Manila, como presidente, fray Agustín de Tordesillas; como guardián, fray Juan de Ayora, y como moradores, fray Francisco de Santa María—que alcanzó después el martirio—y fray Juan Clemente. En cuanto al custodio fray Pedro de Alfaro, «andaba de unas partes a otras, dirigiéndolo todo».—*N. del E.*

de las almas. Por haber dado Nuestro Señor a aquellas naciones buen entendimiento natural y tener alguna disposición para recibir bien el sagrado Evangelio. Cuando los religiosos vieron venir a los nuevos evangélicos ministros, como embajadores enviados de Dios a los infieles, juzgaron cumplirse esta visión y profecía. Y aunque muchos desearon juntarse a ellos, por los seis compañeros que el Señor en el camino les había quitado (como queda dicho), les juntó otros seis. Y se echó bien de ver, vista la santidad de cada uno, ser escogidos de su mano. Porque fueron los padres fray Juan de Ayora, fray Bartolomé Ruiz, fray Esteban Ortiz, fray Pedro Munique, fray Juan de Porras, fray Juan Clemente. De cada uno de los cuales en el libro tercero se hará particular memoria. Juntos, pues, estos perfectos religiosos al pequeño rebaño del Señor, se hicieron luego de su mismo espíritu y deseo, que era de dar noticia de su Dios a los gentiles, movidos sólo por la gloria divina. Y como muy claro se ve, de tan soberana causa redundaba muy particular honra a su Religión. Porque, extendiendo sus ramos, llegaba desde Europa a los reinos y provincias ignotas, y muy remotas, de la ciega gentilidad. Y para alumbrarla iban como ángeles de luz, haciendo agradables y graciosas las huellas de sus pies descalzos a los cortesanos del cielo. Y por sus altos deseos y santos intentos son llamados (del profeta Isaías) (1) sus pies bienaventurados, pues eran mensajeros de la claridad y paz del Señor y del santo Evangelio, y juntamente de todos los bienes celestiales a que iban a convidar a los hombres, que la misericordia divina, estando engañados del demonio, quería alumbrar.

CAPITULO VI

Cómo los Frailes Descalzos llegaron a las Filipinas y comenzaron la conversión

Los frailes parten de Nueva España.—Isla de los Ladrones.—Llegan los frailes a las Filipinas.—Los frailes edificaron iglesia y casa.—Divídense los frailes entre los indios.

Como en aquellas tiempos estaba muy pobre la Nueva España de religiosos, por ser pocos en número y estar repartidos en la conversión de los indios, que era mucha,

(1) Is., 52.

algunos persuadían a los religiosos que iban a las Filipinas que se quedasen en aquella tierra, pues se veía muy claro el provecho espiritual que el Señor hacía en ella por medio de sus siervos fieles, los frailes Menores. Mas como ellos pretendían sacrificarse muy enteramente a Dios y crucificarse con Cristo con mayores trabajos, con fortaleza y ánimo del cielo haciéndose como invencibles a los ruegos, no temieron ofrecerse a los trabajos de la mar y a la incertidumbre que de su viaje se podía tener. No les causando algún temor las malas nuevas que algunos les daban de la tierra de las Filipinas, que como entonces era nuevamente conocida (1), y los indios indómitos, y montaraces, sólo el amor de Dios que en sus pechos vivía podía hacer suave lo que muchos hallaban por áspero y trabajoso. Pero a los espirituales soldados y seguidores de Cristo no les espantan trabajos, con la esperanza de la gloria que les corresponde, teniendo los mayores en poco, porque consideran lo mucho que a su Dios deben y cuán bien paga a los que le sirven.

Con este tesón de espíritu fueron desde Méjico a embarcarse al puerto de Acapulco, ensayándose en las ásperas breñas y cuestas de aquel camino, que pasaron a pie, y como pobres, para lo que después les había de suceder en los principios de la conversión. Y como iban confiados en Dios, vivían muy descuidados de su salud corporal, disponiéndose con muchos ayunos y continua oración y otros ejercicios loables para conseguir su santa pretensión, y fin dificultoso que pretendían, de la conversión de aquellos bárbaros.

Llegados a la isla que llaman de los Ladrones, viendo venir los naturales de ellas en sus barquillos bien hechos, aunque poco fuertes, y que mostrando en su total desnudez ser gente grosera y rústica se mostraban apacibles, con muestras de amor y codicia de hierro, abalanzando el deseo a lo que su espíritu les inclinaba, cada uno de los religiosos tuviera por buena suerte irse con aquellos hombres bárbaros y enseñarles el camino del cielo (como después hizo otro religioso y dió relación de muchas cosas de aquellas islas, como en fin de este libro se dirá); pero la poca confianza que de gente tan bruta se podía tener, de que no quitarían la vida a quien se quedase con ellos, y otras justas razones, pusieron tasa al deseo de los que se querían quedar, y suplicaban al Señor les enviase su luz evangélica.

(1) Desde la muerte de Magallanes, en 1521.—*N. del E.*

Prosiguiendo su viaje, cuando llegaron a las primeras islas Filipinas, viendo la muchedumbre de indios que salían al navío en sus barquillas a vender frutas de la tierra, considerando que aquélla era la mies y tesoro de oro y plata que iban a buscar, daban por bien empleado el trabajo que hasta allí habían pasado, dando gracias a Dios por haberles conservado la vida hasta entonces. Y para que fueran muchos religiosos a la conversión de aquella gente, cada uno deseaba que fuera vista aquella muchedumbre de infieles de todos los religiosos de las Ordenes mendicantes de España, para que eficazmente se movieran a procurar ir a dar noticia del camino del cielo a tantas almas que tan ignorantes estaban de él, y adoraban por Dios ídolos de palo y piedras.

Y como el toque y crisol del amor de Jesucristo Nuestro Señor suelen ser los trabajos que sus siervos fieles padecen, disminuyendo de su propio amor, por aumentar los deseos de padecer por quien aman, olvidados los religiosos de los trabajos ya pasados, hacíaseles larga dilación la que hubo, hasta tomar a su cargo las grandes obligaciones que trae consigo la predicación del Evangelio entre infieles. Y como llegasen a Manila hambrientos de almas, después que fueron alegremente recibidos del gobernador y españoles, y acariciados con obras de mucha caridad de los padres de San Agustín (que algunos años antes estaban en la tierra), y alegrándose mucho con los nuevos compañeros que les enviaba el Señor, los tuvieron por huéspedes algunos días, hasta que solicitando los Frailes Descalzos su comodo, los dieron un sitio, adonde haciéndoles por orden del rey la iglesia y casa, pobre y notablemente estrecha, se recogieron en ella el segundo día de agosto. En la cual se celebra en toda la Orden de nuestro padre San Francisco la fiesta de la dedicación de la primera iglesia adonde Nuestro Señor dió principio a las dos florentísimas Religiones de los Menores y de las señoras pobres de Santa Clara, llamándose aquel santo templo Nuestra Señora de Porciúncula o de los Angeles. Por lo cual, confiando los frailes con el divino favor que aquella casa de Manila había de ser, no sólo porción pequeña de los frailes Menores, sino seminario y principio de la muchedumbre de conventos que se han edificado y se espera que se edificarán en aquellas islas, llamaron a la iglesia Nuestra Señora de los Angeles, consagrándola a la Virgen Santísima. Para que, pues había sido protectora y Madre de los frailes en los principios de la Religión, lo fuese también en los principios de su extensión y ampliación en aquellos reinos tan

remotos. Adonde, por la misericordia de Dios, ya es bien conocida la Religión de los pobres evangélicos, los frailes Menores, como en el discurso de este libro se verá. Pusieron en la iglesia una imagen de Nuestra Señora, de bulto, que llevaron de España, de mucha devoción. Y hoy en día es tenida en gran veneración, siendo visitada de mucho concurso de gente en el muy devoto convento y relicario de siervos de Dios, San Francisco del Monte, una legua de Manila (1).

Puestos en su casa los angélicos varones, mostrándose muy gratos a las mercedes que de Dios recibían, renovando el fervoroso deseo que habían traído de la conversión, trataron entre sí de cómo se entregarían del todo al servicio del Señor en este ministerio. Y comunirándolo con el doctor Sandi, gobernador del rey, que residía en aquella ciudad, se determinó que, atento que entre los indios había muchos españoles repartidos por diversas islas, que para consolar y esforzar a los unos, y convertir a la fe a los otros, se repartiesen por las provincias adonde estaban los españoles, yendo de dos en dos, y así lo hicieron, quedando sólo tres en Manila. Dedicando desde luego aquella santa casa para que en ella se criasen novicios, y se recogiesen los ancianos, y curasen los enfermos, y los que quisiesen renovarse en espíritu con los ejercicios acostumbrados en los conventos adonde hay muchos religiosos, como adelante se dirá. Hecha esta división para las islas de infieles de aquellos apostólicos predicadores del sagrado Evangelio, ellos fueron muy confiados en que los había de favorecer el Señor. Y los pocos que quedaron vivían una tan ejemplar y apostólica vida, que en la perfección que ahora dura se ve claro la mucha con que comenzaron, pues cayendo de su principio todas las cosas que no son conformes a las leyes de la carne y sangre, antes son muy contrarias por ser medios para la perfección cristiana, después de veinticuatro años se conserva el rigor y observancia regular, con mucha continuación en todo lo que es servicio de Nuestro Señor Jesucristo.

---

(1) Fundado por el provincial de Manila, fray Pablo de Jesús, donando la finca el capitán Santiago de Vera, y reconstruído en piedra por el capitán Domingo Ortiz Chagoya, que fué patrono del convento.

CAPITULO VII

DE LA PRUDENCIA Y CARIDAD CON QUE LOS FRAILES DESCALZOS COMENZARON LA CONVERSIÓN DE LOS INDIOS EN LAS FILIPINAS

Consuelo de los religiosos en la conversión.—La lengua de los indios es fácil.—Los indios se domesticaban.—Nota. Habitación de los indios.—Prudencia de los frailes.—Los indios notan la vida de los frailes.

Una de las razones por que Cristo Nuestro Señor escogió a los principales de sus apóstoles siendo pescadores, sacándoles del oficio de pescar peces al de pescar almas, fué porque como el pez naturalmente sea animal indómito, es necesario que el pescador tenga paciencia, para hacer ganancioso pesca. Y no es menos necesario el sufrimiento y paciencia a los que van a predicar entre infieles, en especial si los indios son esquivos y montaraces, como lo eran al principio los indios de las Filipinas. Y así fué merced particular de la misericordia divina el haber dado increíble paciencia a los ministros que al principio envió para predicar el santo Evangelio entre aquellos indios, comunicándoles muy aventajado espíritu y fervor. Y no cesa cada día de hacer esta merced, como la experiencia lo manifiesta. Porque muchos religiosos, temerosos de encargarse de almas ajenas, y de la administración de los sacramentos, y que según su condición natural no tienen el don del enseñar, cuando son enviados por la obediencia entre los indios, no sólo hallan gusto en tratar con ellos para aprender la lengua, mas olvidados de los libros, y de la quietud de la celda, y de otros santos ejercicios de que antes gustaban, se entregan del todo a la conversión, conociendo que el Señor les hace la misma merced que hizo a los primeros religiosos Descalzos para que gustasen de aquella trabajosísima conversión. Y por su santo amor tomaron esta empresa con tan valeroso ánimo y esfuerzo, que andaban a buscar a los indios por los montes y muchas veces corrían tras ellos para domesticarlos. Y porque no se esquivasen les daban algunas niñerías, y para que cobrándoles algún amor pudiesen ser enseñados en la fe. Para esto aprendían los frailes su lengua, que aunque es fácil ahora por haber vocabulario y otros papeles que son de mucho provecho, entonces era muy dificultosa, por no haber maestros que la enseñasen, y con mucho trabajo se tuvo noticia de ella. Y el Señor, aunque no enriquece a los ministros de aque-

llas partes con el don de las lenguas, que comunicó a sus sagrados apóstoles, da particular ayuda para que la más dificultosa lengua con pequeño cuidado sea fácil de aprender, como muchos ministros experimentan.

Como comunicaban los frailes amorosamente con los indios y se acomodaban a sus manjares, mostrándose desinteresados de su oro, afables, castos y amorosos a chicos y grandes, perdiendo los indios su fiereza y barbaridad, holgaban de conversarlos familiarmente, gustando de las cosas de Dios que les decían. Quitándose el miedo unos a otros con las buenas obras que recibían de los religiosos. Y muchos se espantaban que siendo extranjeros supiesen su lengua, para enseñarles. Y aunque al principio su rudeza daban bien en que merecer a los ministros, con la esperanza que había de que con la comunicación y doctrina que les predicaban, ayudados de la gracia divina, se irían poco a poco disponiendo para recibir el santo bautismo, sufrían el indecible trabajo que era tratar con gente tan bárbara. Y viéndose afligidos y desterrados de su patria y celda, entre montes y barrancos, buscando a los que imaginaban que les habían de rogar para que les bautizasen, daban sus humildes y amorosas quejas a Dios. El cual, como sea Padre de las misericordias, dábales tanta consolación espiritual, que viéndose en las ásperas montañas, sin casa ni mantenimiento, unas veces mojados y otras asoleados del sol, para aliviar su cansancio les daba un contentamiento interior y esfuerzo particular con que venciesen aquellas dificultades, y con la esperanza de que serían premiados sus trabajos y que de ellos había de nacer gran provecho en breve tiempo, convirtiéndose muchos indios, cuyo ejemplo sería ayuda grande para ser domesticados los indios indómitos y traídos al conocimiento de su Criador. Y en medio de estas aflicciones echaban de ver que el estar los religiosos en sus celdas muchas veces es de varones espirituales a quien Dios quiere llevar como a niños, con suavidad de espíritu y regalos del cielo, pero el andar con continuo trabajo y menoscabo de las cosas temporales entre infieles, era merced particular de su Majestad, pues en esto se manifestaba el gran deseo que tenían de servir a su Dios. Y es tanta la consolación espiritual que un religioso recibe en ver que los que vivían en los montes entre bestias, fieras, hechos casi semejantes a ellas, se reduzcan y vengan a comunicar con los hombres, y perdiendo su natural fiereza se sujeten a la fe y ley de Dios, que los ministros les enseñan, que aunque padecían muchos trabajos los religiosos Descalzos en aquella conversión de

los indios, todos los daban por muy bien empleados viendo que sacaban muchas almas del poder del demonio. Y para poder decirles mejor que hay Dios y otra vida y enseñarles cómo la han de ganar, procuraron con grandes diligencias y veras sacar los indios de los montes, adonde vivían apartados unos de otros, contentos con sólo el sustento de su casa, entendiendo que todo lo que se podía desear era lo que en su pobre y estrecha casa tenían, estando tan naturalizados en la libertad y vivienda del campo, que ninguna cosa les fué más difícil que juntarse en pueblos y vivir entre hombres que viven con policía y con algún gobierno. Y como esto era de tanta importancia para la conversión, los frailes los traían con halagos y promesas, enseñándoles a labrar las casas y ayudándoles en ellas. Y era esto tan contrario a la natural inclinación de los indios, que, en descuidándose el fraile, o de noche se volvían a los montes los que se entendían que ya estarían quietos. Pero con la paciencia y perseverancia que el Señor daba a sus siervos, los ministros de aquella conversión, ayudándoles con particulares fuerzas y corporal salud, poco a poco iban los indios, juntándose en los pueblos que por la industria y traza de los frailes se labraban. Y como en muchas cosas conocían que los religiosos les hacían obras de padres, visitándoles en sus enfermedades, consolándolos, y ayudándolos en sus necesidades, y enseñándoles cómo habían de sembrar algunas legumbres que ellos no tenían, y aun los oficios mecánicos necesarios para la vida humana, entre los que viven en comunidad de lugar poblado, cobraban amor al vivir avecindados y a tratarse familiarmente unos a otros.

Y aunque su entendimiento era grosero, reparaban mucho en la vida áspera que hacían los frailes, y en la abstinencia que guardaban, y en que siendo misericordiosos para con ellos, eran rigurosos para sí. Y sobre todo notaban mucho que no querían sus haciendas ni su oro, y admirándose mucho de que hubiese hombres que menospreciasen el oro y las riquezas temporales, muchas veces lo trataban entre sí, juzgándolos por esto por grandes santos. Y con este concepto que tenían de ellos dábanles crédito a lo que les enseñaban. Y aunque los ministros tienen autoridad para castigarles, dándoles primero a entender que el castigo es de mucho provecho para enmendar la vida, y no hacer cosas malas, le recibían con suavidad. Porque de otra suerte fuera exasperarles y de ningún provecho, como la experiencia tiene enseñado. Y cualquier rigor con los indios es tenido por indiscreción de los hombres prudentes

y doctos, porque con el rigor no se consigue la enmienda que se pretende tanto como con la suave y amorosa reprensión.

CAPITULO VIII

DE ALGUNOS RITOS Y CEREMONIAS QUE TENÍAN LOS INDIOS EN SU GENTILIDAD

Los señores de los indios eran tiranos.—Los indios respetan a los viejos.—Comidas y vestidos de los indios.—En qué ponían su honra los indios.—Modo de casarse los indios.—Modo de enterrarse sus difuntos.—Crueldad de los indios de Camarines.

Como las islas de las Filipinas tengan muchas provincias y diversas lenguas y modo de tratar diferente, sería necesario hacer un gran libro para tratar de sus ritos y costumbres. Pero para dar a entender algo del mucho fruto que con su trabajo continuo hicieron los primeros Frailes Descalzos que fueron ministros de la provincia de Tagala, que es donde ahora tienen sus conventos, y cultivan aquella viña del Señor, con mucho aprovechamiento de los indios, sólo diré algo de las costumbres de los de esta provincia, que comúnmente son llamados los indios tagalos. Los cuales, aunque parecen rústicos, tienen buen entendimiento, y particularmente son agudos en sus intereses temporales. Porque antes que fuesen por aquellas partes los españoles eran mercaderes y tratantes. En lo que toca a su gobierno, vivían como bárbaros, porque no reconocían alguno por rey y cabeza. Y así vivían los que eran más poderosos como tiranos, y había en cada lugar uno de éstos que como señor tiránicamente les mandaba, y a quien ellos por temor obedecían. Porque les trataba con gran crueldad, usurpándoles todo el oro que tenían, que es a lo que principalmente se aficionan los indios, castigándoles por pequeños delitos con pena de muerte y esclavonía perpetua. No tenían pueblos grandes, porque comúnmente vivían en los campos, adonde tienen sus sementeras, como en muchas montañas de nuestra España se usa. Tenían grandísimo respeto a los ancianos y viejos, aunque por andar en continuas guerras unos contra otros no se regían en muchas partes por el consejo de ellos, como comúnmente hacían adonde vivían en paz. Su comida ordinaria es arroz y pescado, aunque comen cabras, jabalíes y venados y búfalos, en especial los días que tienen fiesta. Su vestido or-

dinario, por ser la tierra caliente, es muy sencillo, porque sólo es una saltambarca (1) o ropilla de lienzo de algodón y una mantilla de lo mismo, que les sirve de calzones, aunque ya están muy españolados y poco usan de ella. Porque todos usan de calzones de colores, aunque raramente se calzan los pies ni piernas por ser su antigua costumbre, así hombres como mujeres, andar descalzos. Y en lugar de ligas usan de unos cordones de cerdas, o de cadenillas de oro, y esto tienen por grande gala. Sobre todo acostumbran a traer, así hombres como mujeres, muchas cadenas, collares, gargantillas y manillas de oro, trayendo sobre sí todo el oro que tienen. Y como los indios tienen buen donaire y brío, aunque son de color baza (2), y acostumbran los ricos a llevar tras de sí muchos criados, adornados del oro que tienen, parecen bien. Su dormir es en unas cañas tejidas como esteras, y de lo mismo son casi todas las casas, las cuales edifican sobre palos altos, por ser la tierra húmeda. Usaban antiguamente hacer muchos convites, y no tenían por deshonra el exceder mucho en beber vino; mas ahora, por temor de Dios y del religioso, ponen tasa en esto, aunque en las fiestas se regocijan a su modo. De ordinario ponían toda su honra en tener mucho oro, y sembrar mejor, y ser mejores corredores, y de mayores fuerzas en luchar. Y en su gentilidad no tenían por menoscabo de honra el estar amancebados, ni se corrían porque se lo llamasen; sólo sentían por deshonra que les baldonasen que no sabían cultivar el campo, ni sustentar casa, y que eran pusilánimes, y sobre todo que eran pobres. Naturalmente no son muy deshonestos, ni usaron jamás del pecado nefando, como otros gentiles, y si alguno caía en él, le ataban a un palo y le apedreaban. Eran muy amigos de acariciar los huéspedes, haciéndoles muchos regalos y convites, y aunque usaban de particulares letras y caracteres de distinta forma de los nuestros, no tenían ciencia, ni alcanzaban los secretos de las cosas naturales. Porque los más entendidos sólo trataban de sembrar su arroz, y coger otras legumbres que da la tierra, y muchas frutas de que se sustentaban, y son algunas de muy buen sabor. En sus casamientos usaban particulares costumbres. Y tenían por afrenta que la mujer viniese a casa del hombre,

(1) *Saltambarca*. Ropilla que se viste por la cabeza. (Esta nota, lo mismo que otras que aparezcan referentes a palabras que pueden hallarse en diccionarios—exactas al original o fácilmente traducibles—, se ponen con el único objeto de facilitar la lectura, evitando la molestia de consultas respecto a vocablos anticuados o de uso poco frecuente.)—*N. del E.*

(2) Moreno amarillento.—*N. del E.*

aun después de hechos los conciertos. Los cuales hacían los padres de ella, comprándola el que se había de casar con ella con oro, según la calidad de cada uno. Y cuatro días después de hecho el concierto hacían fiesta en casa del padre de la novia. Y si era la primera vez que ella se casaba, el dote que le daba el marido no era para los padres, sino para ella. La cual le guardaba con gran cuidado hasta que tuviese hijos, y si los tenía era común al marido y mujer el oro del dote para granjear con ello algo que dejasen a los hijos. A sus difuntos los enterraban con mucho acompañamiento. Iban cantando y tañendo, y llevaban comida que ofrecían sobre la sepultura, y después la comían ellos. Mostraban, así hombres como mujeres, la tristeza que por los difuntos tenían quitándose el cabello. Y muchos, cuando iban llevar el muerto a enterrar, desde sus ventanas echaban ceniza, denotando cómo en la muerte todo se acaba. Y aunque (como diremos en el capítulo siguiente) decían que los difuntos no se acababan, no entendían la inmortalidad del alma, ni sabían que hubiese infierno ni paraíso, como otros gentiles ponen, para castigo de males y premio de buenos. Particularmente en Camarines acostumbraban, en teniendo generación, matar todos los hijos que después del primero les nacían, para que el primer hijo quedase más rico. Porque como el demonio estaba muy apoderado de aquella tierra, fácilmente les enseñaba éstas y otras semejantes crueldades. Sea Dios bendito, que con la luz celestial del Evangelio, que les han predicado los Frailes Descalzos, han conocido los yerros en que vivían, y gozando del contentamiento natural que se halla en la paz y multiplicación de los hijos, los crían cristianamente, dándoles el Señor bienes temporales suficientes para ellos.

CAPITULO IX

De los modos de idolatría que los indios de las Filipinas tenían

Los indios conocían que hay un Dios.—Las mujeres ofrecían sacrificios y hablaban con el demonio.

Con gran dificultad se han desterrado las supersticiones y hechicerías y algunos géneros de idolatría que esta gente tenía. Porque el demonio, enemigo de la salvación de las almas, viendo que los religiosos, a costa de sus vidas y salud, los van enseñando en la fe y conservando la cristian-

dad, y solicitando la conversión de los gentiles, procura sembrar cizaña tomando por medio algunas personas, que instigadas de él o por interés o por tener poco conocimiento de Dios Nuestro Señor, o por ser fáciles de engañar, resucitan muchas de las hechicerías y supersticiones que en tiempo de su gentilidad hacían. Y aunque los gentiles decían que hay un Dios, que hizo todas las cosas, a quien llaman Batala, ponen otros dioses menores, a quien adoran y ofrecen sacrificios, unos para que los favorezcan en las sementeras, otros para que no les hagan mal. Y están persuadidos que las almas de sus padres y parientes, que llaman anitos (1), son los que les han de favorecer delante del Dios principal, para que fuesen buenos los arroces y que tuviesen mucha salud y oro. Y a estos anitos hacían grandes fiestas, bebiendo y comiendo, y ofreciéndoseles incienso y otras cosas delante de algunos ídolos representadores de ellos, que unas veces son piedras, sin figura humana. Otros adoraban los que se les antojaba, no teniendo ídolos determinados como otros gentiles. Entre estos anitos dicen que hay algunos malos, de quien ellos reciben mal. Y que cuando uno nace, juntamente con él nace un anito bueno y otro malo, entendiendo que estos anitos malos son las almas de los esclavos y gente pobre y miserable. Y a éstos hácenles sacrificio entre las malezas del campo, por que no les hagan mal a los arroces. Y en sus idolatrías y sacrificios una mujer era el sacerdote, a quien llamaban Catalona (2). Y si algún hombre hacía este oficio (por ser de mucho interés), se vestía de vestidos y efectos de mujer. Y como los indios desean mucho conservar la vida, aprovechábanse para este fin de hacer ofertas a sus anitos, por medio de las mujeres que los hacen, que son también oficialas de hechicerías, agüeros y supersticiones. Algunas veces acontecía al principio de la conversión que, engañados los indios cristianos de estas mujeres, no sólo pedían a Dios Nuestro Señor salud en sus enfermedades, rogando al religioso que les encomendase a Dios y que les diese algún Evan-

(1) «Anito», en tagalo, y «Dinata», en visayo, eran ídolos personales del Japón, a los que cada uno se encomendaba para cada lugar y trabajo.—*N. del E.*

(2) Sacerdotisa tagala que presenciaba los sacrificios con los sacerdotes llamados «Catalonan». Los *visayas* los llamaban «Cataylan». Según la crónica *Costumbres de los tagalos*, de fray Juan de Plasencia, eran sacerdotes y sacerdotisas del demonio con carácter borroso. Como había hechiceros, protectores del amor, saludadores, comedores de hígados, monstruos sin cabeza (?), brujos, herborizantes, predicadores, adivinos y afeminados, con los nombres de Mangaganay, Manyisalet, Hoclobán, Silagán, Magtatangel, Osnang, Mangagayoma, Sonat, Pengatahan y Bayoguin.—*N. del E.*

gelio, que por hacer todos los remedios posibles, entendiendo que por ser dados de ellas serían de provecho, hacían sacrificios a sus Anitos. Y hase visto que estando muchas personas enfermas de una misma enfermedad, las que invocaban a Dios solamente sanaban, y las que hacían sacrificio al demonio, todas morían. Pretendiendo el Señor con este claro desengaño dar a entender a los ciegos y muy ignorantes que pedían salud al demonio cómo no la puede dar. Y que su Majestad es el Señor de la vida y muerte. Aparecíales el demonio en varias figuras a estas mujeres catalonas, y enseñábales varias maneras de hechicerías. Y algunas eran tan eficaces, que sólo con el mirar mataban a quien querían. Pero con la diligencia y cuidado que los religiosos pusieron y ponen para remediar estos daños, con el divino favor fácilmente se acabarán.

CAPITULO X

Cómo fueron algunos religiosos de España para las Filipinas y dieron principio a la custodia de San Diego, en la Nueva España

Fueron otros religiosos a las Filipinas.—Favor particular del nuncio de Su Santidad.—Vida ejemplar de los frailes.—Los que besan el hábito ganan dos mil setenta y cinco días de perdón.—Modo de criar bien novicios.—Mortificación y obediencia verdadera.—Principio de la custodia de San Diego.—De Méjico han ido frailes a Manila.—Fueron frailes a Camarines y a Ilocos.—Caridad fraternal.

Es tan poderoso y activo el amor de Dios en los corazones de sus siervos, y particularmente cuando con continua meditación y mortificación se enciende, que oyendo muchos religiosos Descalzos que vivían santamente en España, en los conventos de la santa provincia de San José, el fruto que en las Filipinas se hacía, y cuán meritoria era aquella conversión, y las esperanzas que por la vecindad de la Gran China había de que entraría presto en ella el santo Evangelio, posponiendo todas las consolaciones espirituales de que en la quietud de los conventos gozaban como varones apostólicos, movidos sólo por el amor divino, que los incitaba a poner por obra algo de lo que deseaban hacer por su Dios, se juntaron algunos religiosos graves para ir a ayudar a sus hermanos, que en las Filipinas hacían mucho provecho en aquella nueva cristiandad.

Y como salieron de Madrid con fervoroso espíritu de padecer martirio, si necesario fuese, recibieron particulares favores del nuncio apostólico que allí residía. Porque les dió su bendición, y bendiciendo solemnemente un estandarte de Cristo crucificado, a quien iban a predicar a los infieles, entregándosele, dijo al padre fray Miguel de Talavera, comisario de ellos: *Accipite vexillum sanctae crucis, in quo positis vincere inimicos fidei.* Tomad el estandarte de la cruz para vencer los enemigos de la fe. Y salieron en procesión por Madrid, con notable edificación del pueblo cristiano, causando su despedida particular sentimiento y devoción en todos. Y como todos iban, llegaron al puerto llenos de espíritu; desde que entraron en los navíos para pasar a Nueva España les parecieron muy fáciles todos los trabajos que en la navegación se les ofrecieron. Y llegando a la Nueva España causaron general contentamiento en los religiosos y seglares, por entender que su aspereza de hábito y espiritual modo de tratar había de encender en amor de Dios los más helados corazones, y levantando la bandera de la cruz y pobreza santa habían de hacer mucha gente para el cielo. Y así sucedió, que llegados a Méjico muchos pretendieron entrar en su santa compañía pidiéndoles el hábito de nuestra sagrada Religión, movidos por los fervorosos sermones que hacían y ejercicios santos en que se ejercitaban. Estando siempre con deseo de pasar a las Filipinas. Estuvieron entonces en la ciudad de Méjico, en un convento de la Santísima Trinidad, que había sido de monjas de Santa Clara. Y después se pasaron a San Cosme, adonde renovaron aquellos felicísimos tiempos, cuando nuestro padre San Francisco instituyó su sagrada Religión. Vivían con gran rigor y aspereza y particularísima pobreza, teniendo por bancos en el refectorio adobes de barro, y a veces la tierra desnuda por mesa, sirviéndose de vasos pobres para beber y de pedazos de tejas por saleros, resplandeciendo en todas las alhajas de casa la santa pobreza nuestra madre. Y adornaban muy limpia y curiosamente la iglesia con ornamentos y frontales que representaban pobreza, y parecían tan lucidos de los amadores de ella y a los seglares como si fueran de muy ricas sedas brocados. Y para que no faltase algo de lo necesario, para conservar la perfección con que vivían en particular y en común todos los religiosos (a los cuales no nombro por ser vivos los más de ellos), guardaban gran silencio y perpetuo recogimiento. Y así, cuando salían por las calles eran reverenciados y acatados de los españoles e indios, tomándoles todos la bendición y besándoles el

hábito, tanto por ganar dos mil setenta y cinco días de perdón, que se conceden (1), como por tenerlos por santos, viendo su particular penitencia y que vivían casi por milagro, menospreciando todo regalo temporal y huyendo de las conversaciones no necesarias de los hombres, por gozar de la de los ángeles en la oración, criando los novicios que recibieron en humildad y mortificación de sus sentidos y apetitos y en la negación de sí mismos, y desasimiento de las cosas temporales, disponiéndoles con esto para que, vacíos sus corazones de todo lo terreno, viviese Dios en ellos, enriqueciéndolos con su gracia. Para que, como árboles plantados a la corriente del río celestial, brotasen flores de virtudes y fruto de buenas obras. Y era tanta la humildad que profesaban y sujeción a sus prelados, que por obedecerles, aun los que en dignidad de ser mayores se sujetaban a los menores. Y algunos me dijeron, en especial de un gran religioso en letras y virtud, llamado fray Juan Bautista, lector que había sido, que estando en su celda estudiando lo mandó el prelado (para experimentar su mortificación) a un hermano lego que fuese a la celda de este religioso y, mandándole despojar, le diese una disciplina. Y estaba tan dispuesto aquel bendito y prudente religioso para ser humillado, que sin contradicción alguna se dejó azotar del hermano lego, entendiendo que era aquella la voluntad de Dios, pues el prelado le enviaba tan a deshora. Con la misma prontitud, viniéndole a visitar algunos religiosos graves de la Observancia, sus amigos y otros discípulos suyos, delante de ellos le mandó el prelado rodar por el suelo, y sin repugnancia alguna lo hizo, por no carecer del merecimiento de la santa obediencia y humildad, por estar dispuesto con ejercicios de las virtudes para semejantes actos de menosprecio de sí mismo.

Viendo, pues, los religiosos el buen acogimiento que en la Nueva España se les había hecho, y que el Señor les multiplicaba con muchos novicios de buenas esperanzas que traía a su compañía, y que graves religiosos de la Observancia que se pasaban a ella, determinaron hacer allí una custodia, dedicándosela al glorioso San Diego. Y con este fin tomaron el convento de Nuestra Señora de Chirabusco, dos leguas de Méjico, que había sido de los primeros frailes que en aquella tierra dieron principio a la religiosísima provincia del santo Evangelio, como se dijo. Y en la ciudad de Méjico, por ser más acomodado el lugar, se pa-

(1) Este modo de contar las indulgencias está actualmente prohibido.—*N. del E.*

saron a la ermita de San Cosme, medio de cuarto de legua de la ciudad, donde hacían vida de ángeles.

Y teniendo ciertas esperanzas que habían de edificar muchos conventos allí, determinaron que algunos se quedasen y otros fuesen a las Filipinas. Porque en todos engendraban espíritu las nuevas que había de que estaba ya levantado un convento en la ciudad de Macán (1), tierra firme de la Gran China. Dando a conocer los religiosos Descalzos que allá estaban el nombre de Jesucristo Nuestro Señor a muchos de aquel reino con su paciencia, pobreza y humildad. Y con esta fama, no sólo se movieron los que de España partieron con este designio, sino que algunos grandes religiosos, de los muchos buenos de que la provincia del santo Evangelio estaba enriquecida, se determinaron ir a tan gloriosa empresa. Y todos como trompetas del Evangelio le predicaron con obra y palabra en las islas Filipinas, adonde se pasaron. Mostrando el Señor el cuidado que tenía de enviar obreros a su viña, con cuya ayuda los primeros se animasen, entendiendo que le era agradable el servicio que en ella le hacían. Llegados, pues, estos religiosos a Manila contentos de haber padecido los trabajos de calor y estrecheza del lugar que en los navíos se tiene y otras incomodidades, repartieron a cada uno la parte en que conforme a su talento podía servir más en el ministerio de la conversión. Entonces enviaron a la provincia de Camarines algunos de ellos, y dieron tan buen principio a la conversión de los indios de aquella tierra, que cada día se va de nuevo conociendo el fervor con que se conserva aquella cristiandad, aumentándose con el buen ejemplo que dieron los ministros pasados y dan los presentes, viviendo en mucha observancia de la Regla. También fueron enviados otros religiosos a la provincia de Ilocos, adonde, amansado el bárbaro furor de los indios con su discreta mansedumbre, trajeron al conocimiento de Dios a muchos y plantaron allí la iglesia que ahora cultivan los padres de la religiosísima Orden del padre Santo Domingo, que aunque vinieron tarde, en breve tiempo trabajaron tan cuidadosamente, que cogen muchos y buenos frutos para el granero del Señor. Pero adonde más asiento hicieron fué en las riberas de una gran laguna que está cerca de Manila. Y en algunas montañas que hay junto a ella. Y esto con lo de Camarines han conservado hasta estos tiempos. Sucediendo en esta conversión religiosos que hacen la obra del Señor con gran cuidado.

(1) Macao.—*N. del E.*

Y porque no todos tenían edad para aprender la lengua, ordenaron que el convento de Manila fuese para los religiosos que no son útiles para la conversión, los cuales ayudasen con sus santas oraciones a sus hermanos que hacían la causa de Dios. Y de cuando en cuando se confortaban y consolaban unos a otros con cartas espirituales. Y quien ahora ve las tierras que emprendieron y la gente que comenzaron a convertir, conocerá parte del mucho espíritu con que, como imitadores de los apóstoles, con prudencia de serpientes y simplicidad de palomas, imitando en la pobreza y humildad a su padre seráfico San Francisco, sembraron la semilla del sagrado Evangelio en aquellas islas.

CAPITULO XI

Del modo de vivir que los religiosos Descalzos guardan en las Filipinas

Perfecta vida monástica.—Provincia de Santiago, célebre.—Buen modo de predicar entre infieles.—La castidad es don de Dios.

Según consta de la divina Escritura (1), el santo rey David, como discreto capitán, por iguales partió la ganancia de la guerra entre los que habían peleado con los enemigos y entre los que habían guardado el bagaje. Porque pues unos y otros eran necesarios, era justo que fuesen igualmente remunerados. De la misma manera se repartieron los religiosos en las Filipinas, porque muchos de ellos (aunque no fueron a la guerra espiritual que con los príncipes de las tinieblas tienen los religiosos que se ejercitan en la conversión de los infieles sacándoles de la esclavonía del demonio), por haberse criado en la quietud de la vida contemplativa, se quedaron en el convento de Manila, continuando el modo de vivir proporcionado a la observancia de su evangélica Regla, que consideradas las cualidades de aquella tierra de humedad y calor y de otros cojijos (2), como de mosquitos y sanguijuelas, que por algunos caminos hay, que hacen carnicería en los pies descalzos, es mucho de estimar el rigor que, ayudados de la divina gracia, conservan hasta ahora. Porque el ayunar y el andar a pie y descalzos y con un hábito pobre de áspe-

(1) 1 Reg., 30.
(2) «Cojijos» o desazones.—*N. del E.*

ro sayal, y el seguimiento del coro y horas de oración y demás obras de mortificación, son de más merecimiento en aquella tierra que en ninguna provincia de toda Europa, por ayudar tan poco allá el temple caluroso de la tierra para el rigor que los penitentes guardan, y con todo eso se conserva el espíritu fervoroso en los siervos del Señor, los cuales doman su cuerpo con cilicios, con dormir en la tierra, con ayunos de pan y agua, vigilias, recogimiento y ejercicio de humildad, conservando la perfección de la Religión. Y como hombres muertos al mundo, guardan en todo los límites de la santa pobreza, continuando la vida apostólica que comenzaron los primeros fundadores de aquella santa provincia, como verdaderos hijos de la de San José, que es conocida por una de las más observantes de toda la Religión. Y algunos que fueron de la muy religiosa provincia del glorioso Santiago (madre que ha sido de algunas provincias reformadas), no descaeciendo de su vocación, resplandecen en aquella nueva iglesia. Y con la perseverancia que en estos ejercicios monásticos tienen los que viven en estos conventos, adonde no hay conversión, son los que guardan el fardaje (1) de los que militan en la guerra espiritual que tienen los ministros de la conversión con los poderíos infernales, quitándoles con su santa doctrina y ejemplo el señorío que tienen sobre las almas de los infieles. A los cuales traen los frailes el conocimiento de Dios Nuestro Señor, conservando ellos el modo regular de vivir, que los demás religiosos guardan en los conventos; porque predicando a los otros no parezca que se olvidan de mortificar su cuerpo, según de sí mismo dice que hacía el apóstol San Pablo (2). Porque aunque no sean sino dos, dicen el oficio divino en el coro de día y de noche, a las horas acostumbradas, guardando el rigor de las disciplinas, y ayunos, y oración. Ajustándose en todo a su regla y a las loables costumbres de la religión. Y no faltan por eso a la obra de la conversión, por ser el principal negocio de que por su mucha caridad se han encargado por amor de Dios solamente. Y como la experiencia ha enseñado, con el concierto de su vida religiosa se hace mucho provecho en los indios convertidos y por convertir. Porque unos y otros con alguna curiosidad notan la vida del religioso. Y ha llegado a tanto la reflexión que los indios hacen, viendo la castidad que guardan los Frailes Descalzos, que muchos juzgan que no son hombres. Sea

(1) Fardos o utensilios.—*N. del E.*
(2) 2 Cor., 9.

la Majestad de Dios alabada, que conserva en tanta castidad y honestidad a sus siervos, verdaderos pobres de espíritu, haciéndoles tan valerosos con su divina gracia que, guardando lo que prometieron, se hacen irreprensibles a los ojos de los indios. Y aunque el demonio ha procurado derribar a muchos castos religiosos que ya murieron, y aun de los que viven, tomando por instrumento el atrevimiento de algunas indias, con gran confusión de ellas y de Satanás han salido victoriosos, por haber alcanzado del Señor este soberano don de la limpieza. Del cual nadie se puede preciar, pues aunque sea más cuidadoso el artificioso modo de vivir, de sólo Dios nace tan gran merced, como dice Salomón (1).

CAPITULO XII

Cómo los Frailes Descalzos fueron a predicar a la provincia de Camarines, y de las calidades de aquella tierra y gente

Calidades de la provincia de Camarines.—Abundancia de Camarines.—Inclinación natural de los indios.—Contradicciones de Camarines.—Cristiandad de Camarines.—Hay necesidad de predicadores.—Gran devoción de indios.—Devoción de oír misa.—Ayunos de los indios.

Aunque la mala fama que tenían las islas y gente de las Filipinas bastaba para entibiar cualquier fervoroso espíritu, si no estaba muy arraigado en el alma, poco después que llegaron los Frailes Descalzos a Manila fueron enviados algunos (de los pocos que había) a la provincia de Camarines, que está en la misma isla de Luzón, adonde está la ciudad de Manila, y dista de ella setenta leguas. Y como testifican los religiosos que han estado y están en ella, es aquella provincia la más sana y de mejor clima que hay en todas las islas Filipinas, así en tiempo de calor como de frío, y vive en ella la gente muy sana y muchos años. Y así, los religiosos viven en aquella tierra muy sanos. Porque en más de veinte años que ha que hay religiosos en aquella provincia han muerto muy pocos. Es tierra favorable a viejos, y los conserva tanto que parece que se remozan cada año.

En lo que toca al sustento de la tierra, de ordinario hay abundancia, y raras veces hambre, la cual nunca es

(1) Sap., 8.

general, ni hace tanto estrago como en España. Hay tanta abundancia como en la provincia de Manila de carnes y de pescado y de otras muchas cosas que sirven al sustento humano. Y no lo escribo aquí por evitar prolijidad y por no ser mi principal intento tratar de esto, como dije. Y para el sustento de la naturaleza poco basta, pues con poco se contentan; lo que hay basta y aun sobra, particularmente para los siervos de Dios, que sólo pasan allá a buscar almas, y no regalos; y si yo he tocado esta materia ha sido para destruir la mala opinión que de esta tierra falsamente se tiene, siendo muy al contrario.

En lo que toca al natural de esta gente (según lo que se tiene experimentado), se halla que comúnmente es la gente menos viciosa de todas cuantas naciones bárbaras se han descubierto en estos reinos y que en sus costumbres y modos políticos de vivir más se allegan a lo que es razón natural. Es gente muy compuesta y templada, y en particular el mujeriego, muy honesto y recogido. En algunas partes de estas provincias, siendo gentiles tenían grande empacho y vergüenza de casarse parientes, aun en tercero y cuarto grado. Por lo cual, como la naturaleza se perfecciona con la gracia, como los halló la predicación del santo Evangelio tan compuestos y vergonzosos en lo natural, ha obrado el Señor grandes maravillas en las almas que han alcanzado el conocimiento y amor de su divina Majestad. Porque muchos de ellos viven una vida tan concertada y ajustada con la voluntad de Dios, que parecen unos perfectos religiosos.

Háseles predicado a estos indios la ley evangélica por espacio de veinticuatro años por los religiosos de nuestra sagrada Religión, con muchas veras y con diligencia incansable, como verdaderos siervos y ministros del Señor. No desmayando con los trabajos, así corporales como espirituales, que han sido muchos en la prosecución del ministerio, así con contradicciones de algunos seglares, que en lugar de ser coadjutores se volvían contradictores de la palabra de Dios, con sus obras y malos ejemplos, como con la de los indios naturales de la misma tierra. A los cuales tomaba el demonio por instrumento para contradecir la palabra evangélica con mil engaños y embustes que les enseñaba, para que persuadiesen a los indios convertidos a volverse atrás, y por esta vía destruir y talar la viña que el Señor va plantando por sus ministros. Pero ya, bendito sea el Señor, este invierno pasó, y ha venido un verano muy florido. Porque muchos de los españoles ayudan a esta conversión con ejemplo y vida, viendo el gran fruto

que se hace y el fervor de los nuevos cristianos en oír y obrar la palabra del Señor. El cual es tanto que admira, porque, olvidados de comer y beber, están suspensos y colgados de la boca del ministro, con tan particular gusto, que los días se les hacen horas y querrían que de día y de noche se les predicase. Mas, ¡ay, y mil veces ay!, que cada día piden el pan de la divina palabra y no hay quien se le reparta, por ser los obreros pocos. Suelen muchas almas decir que su verdadero manjar es el oír la palabra de Dios, y muchos, estimulados con este deseo, se llegan a confesar por recibir este rocío del cielo de la divina palabra en sus corazones, aunque son pequeñas las culpas que confiesan, pidiendo con grandes ansias les enseñen alguna cosa de Dios. De este mismo deseo de ser enseñados en la ley del Señor les nace el venir a decir con grandes suspiros: «¡Oh, quién hubiera desde su niñez conocido siempre a Dios como vosotros, los Castillas (que así llaman a nuestra nación española, como se dijo), porque nunca le hubiéramos ofendido!» Y estos son sus continuos deseos y pensamientos. Y pésales tan entrañablemente de las ofensas pasadas, que tratan muy de veras de no ofender a Dios en lo por venir. De esta afición con que oyen la divina palabra resulta que muchos hacen sus libritos como Horas, en que escriben con sus caracteres o letras la que les predica el padre, por que no se les olvide, y piden de ordinario a los ministros que les cuenten y refieran las vidas de los santos, y particularmente gustan mucho de oír la vida y milagros de la Virgen Nuestra Señora, y de las santas que fueron penitentes, y todo lo procuran escribir, y lo leen muchas veces con notable gusto de sus almas, y procuran hacer obras muy conformes a los ejemplos que oyen a los frailes. A la Virgen Nuestra Señora y a los santos sus devotos y a los que son de su nombre les rezan o la corona o particulares devociones, poniéndoles por intercesores para con Nuestro Señor, y haciendo promesas y firmes propósitos el día de Año Nuevo (que es cuando se les dan los santos por suertes, como se acostumbra entre los frailes) de rezarles tanto cada semana. Y en la confesión se acusan de no cumplir esto con la devoción debida.

Los cristianos a quien por su aprovechamiento en la virtud se les ha dado licencia para recibir el Santísimo Sacramento del Altar, es cosa para alabar al Señor ver la devoción que le tienen y la reverencia con que asisten al santísimo sacrificio de la misa. Porque en el tiempo que dura, siempre están las dos rodillas puestas en tierra, y procu-

ran oírla cada día, no contentándose con sólo una, si pueden oír muchas, y algunas veces están toda la mañana algunos de ellos oyendo todas las misas que se dicen. Y sienten tanto el carecer de misa, cuando el ministro va a otra parte o no hay iglesia en su lugar, por ser pequeño, que acuden a otros lugares, aunque sean muy lejos, a oírla, y otros hay que dejan su propio natural y se van a pueblos donde nunca falta misa, por sólo este respecto. Antes que hayan de comulgar se disponen primero con ayunos y disciplinas, y los que son casados se abstienen de la comunicación de sus consortes, y llegan con tanta reverencia, temor y humildad, que mueven a gran devoción a los que los ven. En sus ayunos son muy observantes. Porque, aunque no les obliga Su Santidad, por ahora, al ayuno de toda la Cuaresma, sino sólo al de los viernes de ella y a dos vigilias del año, con todo eso ellos de su voluntad ayunan muchos los tres días de la semana, y otros toda la Cuaresma, y algunos hay que no quieren comer arroz, que es su pan ordinario, y la Semana Santa la pasan con raíces cocidas. Ayunan también cuarenta días antes de la fiesta del santo a quien tienen devoción. Otros hay que ayunan también las Cuaresmas, que, imitando al glorioso padre nuestro San Francisco, ayunan muchos de los varones santos que hay en nuestro sagrada Religión. Algunos hay que ayunan el Adviento y los Benditos, que son los cuarenta días que ayunó Nuestro Señor, que comienzan desde la Epifanía; otros, los viernes de entre año y la Cuaresma del Espíritu Santo, que son aquellos días que hay desde la Ascensión hasta Pentecostés, procurando saber con diligencia cuándo comienzan los religiosos estos ayunos, por ayunar cuando ellos.

CAPITULO XIII

De la devoción, mortificación y penitencia de los indios de Camarines

Mortificación de los indios.—Ejercicios santos de los indios.—Penitencia de los indios.—Devoción al cordón y a la confesión.—Los indios son buenos cristianos.—Restituyen fácilmente.—Fervor de los indios.

Enséñales el Espíritu Santo a aquellas nuevas plantas en la fe extrañas invenciones y modos con que mortificar el gusto. Porque algunos hay que se abstienen de echar sal

a la comida, otros se dejan de bañar, lo cual es gran penitencia, porque para su natural complexión el lavarse es gran regalo, y desde el primer día que nacen se crían en ello, y así el abstenerse de esto se puede contar por gran virtud. Como se cuenta de Santiago el Menor que nunca usó de baño. Y dicen ellos tratando de esto que lo sienten por muy gran penitencia y por cosa muy penosa. Traen muy de ordinario cilicios tan ásperos, que es necesario irles a la mano en esto y en las disciplinas continuas de sangre que hacen, por que no destruyan la naturaleza. También procuran levantarse en sus casas a rezar cuando oyen tañer a maitines a los religiosos, y en aquel tiempo se encomiendan a Dios y se dan a la oración mental, de que muchas de estas almas tratan ya con notable aprovechamiento espiritual.

En llegando el tiempo de la Cuaresma, pocos son los días en que no haya disciplina y muchas de sangre, y llevan cruces pesadas y hacen otras mortificaciones. Y en particular hay casas de personas aventajadas en virtud que son como hospitales, adonde se juntan los demás fieles a tratar de Dios Nuestro Señor y a ejercitarse en la penitencia y mortificación, pidiendo unos a otros los mortifiquen y den en qué merecer, siendo las tales casas como salas de almas espirituales. Porque en ellas se azotan y piden que otros los azoten. Y unos se hacen aspar, otros echar grandes pesos a los cuellos, otros traer de un cabestro como bestias, teniéndose por tales por haber ofendido a Dios; otros se echan mordazas. otros se ponen los brazos extendidos en forma de cruz, tanto tiempo que pone admiración, y son muchos los sollozos y gemidos muy profundos con que hacen todo esto, lamentándose por haber ofendido a la Majestad Divina. Y por concluir esto, en una palabra, quien entrare en los pueblos de estos fieles en tiempo de Cuaresma, y más en particular en toda la Semana Santa, más le aparecería que entra en algún convento de religiosos muy penitentes que no en pueblos o casas de vivienda ordinaria de seglares. Algunas almas de éstas, en la Semana Santa tienen tanto sentimiento de la Pasión del Señor, que dejan de comer dos y tres días. Azótanse en casa cada día en las espaldas con disciplinas, que dan gran dolor. Y muchos se azotan tres y cuatro veces en el discurso de la Cuaresma con disciplinas de sangre. En los sentidos exteriores traen gran mortificación. Y en particular las mujeres guardan mucho la vista, que es gran parte para conservar la composición interior. Huyen cuando pueden las ocasiones. Y de hablar no sólo murmuraciones, pero aun palabras

ociosas. Y algunos hombres, con deseo de soledad, se suelen ir con su mujeres a los lugares apartados, adonde se dan (según el Señor les enseña) a la contemplación, y allí sufren las inclemencias del cielo, de aguas y de soles, y esto por amor de Dios.

Reciben todos el cordón de nuestra sagrada Religión con grande devoción, y hacen todo lo que se les manda con mucho cuidado, para conseguir las indulgencias de él. Y se acusan de la remisión que en esto tienen, y tómanle con tanta fe, que en recibiéndole les parece que tienen una como defensa contra sus malas inclinaciones. Y juzgan que quien se ciñe el cordón, que es cosa tan bendita y santa, no ha de ahí adelante de ofender más a Dios. Y corresponde Nuestro Señor a esta su fe de tal manera, que muchos, o los más, vienen a conseguir parte de el fin de sus deseos, que es enmendar sus vidas. La fe que tienen con el santo sacramento de la Penitencia es muy particular, y es tan bien admitido de ellos, que universalmente no hay nadie que rehuse la confesión, antes la piden con muchas lágrimas y sentimientos, y la causa de no poderse confesar todos es el no haber suficiente número de ministros que basten a dar cabo a tanta mies. Aunque los que hay por la misericordia del Señor trabajan en esto todo cuanto pueden, no sólo en la Cuaresma, pero aun todo el año, de día y de noche, si es necesario. Y como sus confesiones son tan voluntarias, hechas con la preparación debida, examinadas muy bien sus conciencias antes que lleguen a confesarse, cuando llegan a los pies del sacerdote es con tan grande dolor y sentimiento, y con tantos sollozos y lágrimas, que se les pasa muy gran rato en esto sin poder hablar palabra. Moviendo con esto muchas veces a lágrimas y devoción a los confesores. Dicen sus pecados con mucha distinción y claridad, confesándose por los Mandamientos de Dios y de la santa Iglesia y obras de misericordia, lo cual es de sumo consuelo para los religiosos. Muchos de estos indios tienen tanto deseo de frecuentar los divinos Sacramentos, que si se correspondiere con su deseo querrían confesarse cada domingo. Pareciéndoles que no basta cada mes. Y hay algunas almas que guardan tanto la pureza de sus conciencias, que sus confesores apenas les hallan materia de confesión, y éstas son las que tratan más en particular de su aprovechamiento, y se ejercitan siempre en recogimiento y en obras de mucha perfección. Con deseo de purificar del todo sus conciencias hacen muchas confesiones generales de la vida pasada, y muchas veces acontece que pregun-

tándoles el confesor si han hecho tal cosa de las que de ordinario se suele hacer materia de confesión, responden, como extrañando la tal pregunta: «¿Pues cómo, padre, había yo de volver a hacer eso habiéndome tú dicho que no lo hiciese más?» Y comúnmente no es necesario preguntarles sus pecados, porque ellos traen muy examinadas sus conciencias. Si algunas restituciones les mandan hacer, o las hacen luego o tratan de irlas haciendo sin muchas dilaciones, según su pobreza, aunque lo quiten de su sustento, porque están muy obedientes a lo que sus confesores les mandan, y de esto es suficiente prueba el verles restituir y deshacerse del oro, al cual han tenido como por su Dios hasta que se bautizaron. No estimando en algo el deshacerse de él, ni de otras cosas que fueran de más valor, por ver segura y libre su conciencia.

La mudanza de su antiguo vivir es tan visible, que si les preguntan los confesores acerca de sus antiguos ritos, o agüeros o supersticiones, se avergüenzan y corren mucho, dando a entender que no es justo se conciba ya tal cosa de ellos. Y verdaderamente es así, que de tal manera va Dios Nuestro Señor borrando de sus corazones aun la memoria de las costumbres de la gentileza, que sólo oír alguna cosa que no huele a cristiandad les es tormento grande. Y si los cristianos acaso van a tratar y contratar en tierras de infieles, y ven algunos ritos gentílicos, reprenden con mansedumbre y amorosas palabras lo malo que ven hacer. Y a veces, poniendo a riesgo sus personas por defensión de la fe. Lo cual es mucho de alabar en gente tan nueva y que tan de veras hayan dejado los que tenían por dioses, y en lo que se han criado y heredado de sus antepasados. Las penitencias que se les imponen, no sólo no se les hace de mal el aceptarlas; pero hay muchas personas que voluntariamente aun hacen más de lo que se les manda, o piden al padre les dé grande penitencia. Aconteciole a un ministro que dando a un penitente en satisfacción dos días de ayuno, pareciéndole muy poco al penitente, dijo: «Padre, si te pareciere ayunaré ocho días más.»

Hay algunos tan ansiosos de confesarse, que si acaso sucede no tener ministro que sea lengua en sus pueblos, van a otros a confesarse, y vienen a veces de diez leguas y otras de veinte, tomando este negocio tan de veras como es razón. Y si acaso hay mucha gente que confesar, aguardan de día en día con grande perseverancia ocho y quince días. Los que han tenido algunas tiranías y robos en tiempos pasados se ponen en manos de los minis-

tros para que den el corte en sus haciendas que más conviene. Y para que se vea cuán de veras lo apetecen, quieren que el padre pregunte en público en la iglesia que cualquiera persona que estuviere agraviada de ellos que lo diga, porque están aparejados a deshacer el agravio.

Los deseos entrañables que tienen de su aprovechamiento los declaran sus fervorosas palabras. Porque muchas veces dicen en su lengua palabras muy regaladas, diciendo: «¡Oh, si Dios Nuestro Señor me mudase este corazón, y de este duro me hiciese otro blando! ¡Oh, si el Señor me despertase del pesado sueño en que estoy! Padre, no te olvides de me encomendar al Señor para que se apiade de mí, que en toda la redondez de la tierra no hay quien más le haya ofendido que yo. Pídele me encamine y enderece en el bien.» Otras veces dicen: «¡Oh, si el Señor tuviese por bien de alargarme la vida sólo para que yo haga gran penitencia de mis pecados! Grande es, por cierto, mi gratitud, pues haciéndome Dios tantas mercedes, nunca le sirvo como debo.» Estos y otros semejantes actos amorosos enseña el Señor a sus tiernas ovejuelas. Los hijos de los cristianos se confiesan también desde su niñez, con mucho cuidado, no dejando pasar Cuaresma sin confesarse, imitando a sus padres en el ayunar y disciplinarse y en el perseverar de rodillas delante de los altares mucho tiempo. Acuden estos cristianos muy de ordinario a las iglesias por agua bendita para sus enfermos, como les han los religiosos declarado la virtud de ella. Piden asimismo los enfermos, en doliéndoles la cabeza, que les digan algún Evangelio, hincándose de rodillas con mucha devoción, no sólo el que lo pide, pero todos los circundantes, aunque sean doscientos o trescientos. Y gustan mucho les pongan el misal sobre sus cabezas; tienen mucha devoción de vestir el hábito de nuestro padre San Francisco a sus hijos cuando están enfermos, y vístensele con tanta fe, que correspondiendo Dios Nuestro Señor a ella, ha dado por los méritos de nuestro padre San Francisco (a quien ellos se encomiendan) salud notable a muchos niños en todos los pueblos, y particularmente en Quipayo y Milaver.

CAPITULO XIV

De los loables ejercicios que tienen los cristianos de Camarines

Habilidad de los niños.—Los niños son graciosos y devotos.—Fruto de las reprensiones santas.—Tienen hospitales.—Constancia en la fe.—Paciencia de los indios.—Los indios tienen buen natural.—Devotos de las ánimas del Purgatorio.

Enseñan los frailes a los niños a leer, y escribir, y cantar canto llano y de órgano. Y para enseñarles hay frailes que han aprendido a tañer flautas y chirimías. Y algunos niños tan aventajados en leer, que leen en nuestros refectorios romance y latín tan despierta y distintamente como si fuesen españoles. Escriben muy bien y verdadero, y hay algunos cartapacios escritos de sus manos muy curiosos. Tañen muy concertada y suavemente. Y comúnmente son amigos de música. Pronuncian los niños la lengua latina muy bien, y ayudan a misa con mucho cuidado y devoción. Particularmente en el pueblo de Quipayo está un hombre que tiene dos niños, los cuales, cogiendo al padre en medio, todos tres ayudan a misa, no con poco consuelo espiritual de los circunstantes. Ofician las misas, así en canto llano como en canto de órgano, muy bien; y hay algunos tan buenos lectores, que oírles cantar una epístola, y acentuarla, parece que saben latín. Son los niños de memoria tenaz, y así aprenden en su lengua, o en español, o latín con grande facilidad cualquier cosa. Los niños que aun apenas pueden bien pronunciar saben la doctrina cristiana toda, y la cantan para que los demás les respondan. En el pueblo de Minalabag y otros hay niños que desde su tierna edad saben el oficio de Nuestra Señora, y le ayudan a rezar fuera del coro a los ministros. Son los niños blancos, bien compuestos y graciosos. Hacen cualquier cosa con tanto donaire, que parecen unos angelitos, y así, en las procesiones del Corpus Christi suelen los niños salir vestidos de ángeles, con sus albas sembradas de seda y oro, con candelas blancas delante el Santísimo Sacramento, pareciendo verdaderamente ángeles, y es esto para los religiosos y seglares de notable devoción y gusto. Y aunque a los principios rehusaban los indios traer a sus hijos a las escuelas, era por no tener la experiencia que ahora tienen de su aprovechamiento. Y así, ya que han visto la diferencia que hay de estos niños de la escuela a los que no

lo son, muchas personas piden con instancia a los ministros tengan sus hijos desde pequeñitos en las escuelas y seminarios. Y ponen por intercesores a los religiosos para que pidan a la divina Majestad que les dé hijos varones, por que desde el día que se los diere los dediquen al servicio de la Iglesia. Representan en su lengua la vida de los santos, con tanto sentimiento interior, que a los circunstantes, así españoles como indios, mueven a muchas lágrimas y compunción y a renovar la vida. Como se vió en el pueblo de Sinaloa, adonde, representándose el Juicio final, hizo tanta impresión en muchos infieles, que casi todos pidieron con grandes veras y humildad los bautizasen, y así se hizo. El danzar y hacer cualquier mudanza, por dificultosa que sea, es muy de ver en ellos, porque lo hacen con mucho donaire y gracia en las fiestas, particularmente del Santísimo Sacramento. Son tan deseosos de su salvación aquellos cristianos, que todos los medios que son buenos para este fin les son agradables, y los procuran. Por lo cual tienen en mucha estimación las cuentas benditas y las piden con mucha instancia y rezan de ordinario en ellas, pidiendo que les declaren en particular lo que se gana con ellas. Traen universalmente, así hombres como mujeres, cuentas al cuello, y de industria los religiosos las traen para moverles a hacer lo mismo. En el remate de rosarios traen sus cuentas benditas y alguna imagen de Nuestro Señor Jesucristo labradas por sus manos. Son muy amigos de estampas de santos, y se mueven mucho con ellas a la devoción de ellos. Y las pocas que por allá aciertan a llevar las piden con muchas ansias y humildad y las guardan en los altares que, según su pobreza, tienen en sus casas. En algunos pueblos hay casas determinadas como hospitales, adonde asisten personas de vida probada en virtud, que miran por los enfermos pobres, curándoles de la manera que Dios y su buen deseo de acertar les enseñan, y principalmente miran por sus almas, haciéndoles para que vuelvan atrás, aprovechándose el demonio de los pecados, disponiéndolos para la confesión de día y de noche sin cansarse, y lléganse a los llagados sin asco de sus llagas. Y quien sabe el natural de ellos y cuán asquerosos son, lo estima en mucho, por la mucha fuerza que en esto se hacen para vencer su natural condición.

Sobre todo es digna de considerar la perseverancia que muchas personas tienen en el camino de la virtud, que han ya una vez comenzado a seguir. Porque muchos son, y por largo tiempo han sido, combatidos por sus mismos padres, parientes y amigos (porque no todos son cristianos)

para que vuelvan atrás, aprovechándose el demonio de los tales como de instrumento para derribarles de la fe. Pero la mano del Señor se muestra tan poderosa en ayudar a los que tan de veras como éstos se disponen, que ninguna contradicción es parte para que desistan de lo comenzado, ni para apartarlos de sus santos ejercicios, y por experiencia se sabe que ha habido personas de tanta paciencia en sufrir deshonras, baldones y afrentas, que fué poderosa para convencer y traer al servicio de Dios Nuestro Señor a los mismos que les perseguían, sujetándolos a la razón y suave yugo del Señor, saliendo los perseguidores de la virtud públicos celadores y defensores de ella. Otras personas que han llegado a tener algún caudal de paciencia, viéndose acosadas y perseguidas de sus mismos padres, y que no reciben la suave corrección que los hijos les dan, antes por el contrario se empeoran, dejan a sus padres y se van a los extraños, por conservarse en la paz interior y servicio del Señor, hollando a los padres, si es necesario, como dice San Jerónimo (1), cuando con palabras y obras contradicen el camino del Señor.

Todos estos indios son de natural alegre y placentero. Y aunque les sobrevengan trabajos y desventuras, hambre y enfermedades, lo llevan bien. Y mucho más se descubre esta alegría natural en los que son de buena conciencia, porque la alegría que causa la virtud, juntamente con la natural, descúbrese más. En las muertes de sus maridos y mujeres, hijos o padres, se conforman mucho con la voluntad de Dios Nuestro Señor. Algunos son muy inclinados a tener siempre memoria de las ánimas del Purgatorio, rogando al Señor por ellas, aplicándoles por modo de sufragio todo cuanto pueden. Entierran sus difuntos con mucho acompañamiento, o sean parientes o que no lo sean, sólo movidos porque les decían los padres que es obra de misericordia. En las honras les levantan túmulos, y les ponen tantas candelas en algunas partes, que se sustentan algunas iglesias pobres de candelas de las que sobran a donde ofrecen muchas. Es gente dadivosa, y particularmente cuando el religioso pide por amor de Dios para los pobres se desentrañan por darle de su pobreza, y si acaso no tienen lo que se les pide, se lamentan mucho y sienten el carecer de ello por no poderlo dar al padre; que esto manifiesta la voluntad muy pronta con que lo dieran si lo tuvieran. Otras cosas, muchas notables, se pudieran aquí poner, las cuales se dejan por evitar prolijidad; estas que se

(1) In quadam epistola.

han escrito ha sido breve y sumariamente, y lo que basta para que se entienda la mucha capacidad que estos indios tienen para las cosas de nuestra santa fe, y cuán bien la reciben y ponen por obra, y para que se conozca cuánto mayores y más aventajados frutos darían estas nuevas plantas si Nuestro Señor fuese servido de les enviar abundancia de ministros de virtud y letras que las cultivasen. Porque la experiencia enseña muy claro que no solamente con el conocimiento de Dios se levanta el entendimiento de los indios al conocimiento de las cosas celestiales, mas se pule y acrisola en lo natural, y así, aquellos indios que antes que conociesen a Dios eran salvajes, tienen ya discurso natural tan discreto, que pone admiración a los ministros, y cada día irán creciendo en discreción y lumbre natural, con el ayuda sobrenatural de la fe cristiana.

CAPITULO XV

Del fervor con que los otros indios de Filipinas recibieron la fe por la predicación de los Frailes Descalzos

Cuánto importa el buen ejemplo.—Los indios aprovechan en la virtud.—Nota del Angel de la Guarda.—Caso notable.

Era tanto el celo de la honra de Dios Nuestro Señor y de la salvación de las almas con que los religiosos Descalzos comenzaron a predicar en la provincia de Tagala, en las Filipinas, que aunque el Señor no hacía por ellos los milagros de la primitiva Iglesia, para confirmar su santa fe, la vida penitente que hacían y la pobreza que en todo lo temporal tenían, a los ojos de los indios parece milagrosa, y háceles esto tanta fuerza para creer que es verdad lo que predican, que muchas veces dicen que aunque la ley de Dios es muy buena, y muy conforme a razón, bastaba ver a los Frailes Franciscanos tan desinteresados de las cosas de la tierra, y tan enemigos de oro y plata y regalos, para creer que lo que enseñan es cierto y verdadero, y que hay otra vida adonde esperan ser premiados por sus buenas obras, y por la caridad que muestran en las enfermedades de los indios, sirviéndoles como madres regaladas y haciéndose sus médicos y cirujanos, con grandísima voluntad y cuidado, por amor de Jesucristo Nuestro Señor. A quien sirven muchos tan de veras, que frecuentan las iglesias, y no sólo hallan gusto en oír cada día misa y asistir a los oficios divinos, pero perseveran mucho tiempo

en oración mental, sacando de ella el deseo de padecer por amor de Jesucristo. A quien tanto reconocen deber; y para sentir en su cuerpo algo de lo mucho que padeció por ellos, hacen particulares penitencias de disciplinas y ayunos. Y sin atender el qué dirán, llevadas muchas personas de la devoción, se emplean en barrer y limpiar los templos. Y por la doctrina que los religiosos les predican conocen la gravedad de los pecados, y lo que es necesario para satisfacer por ellos, con la gracia que Dios da. Y aunque a muchos se les hace muy dificultoso de aprender la doctrina cristiana, como los religiosos la tradujeron en la lengua tagala, y hacen que los muchachos de la escuela la digan en la iglesia en alta voz los domingos y fiestas, y con otras particulares diligencias que se hacen antes del bautismo, la vienen a saber. Por que estimasen en más las cosas divinas se ha hecho siempre con gran solemnidad el bautismo público y los oficios divinos y la administración de los demás sacramentos.

Y en particulares vocaciones, que el Señor ha hecho en muchos indios, no sólo mostró su misericordia, pero fué de mucho provecho para la conversión de otros. Como fué que una mujer muy vieja que estaba a la muerte, sabiendo que pasaban dos religiosos por la calle los hizo llamar y les pidió con gran devoción el santo bautismo, y preguntándola cuál era la causa que tan tarde conocía tanto bien, respondió que había entrado allí un niño, y que le había dicho que se hiciese luego cristiana, sin saber quién era, y que por esto les rogaba que la bautizasen, y se bautizó, con gran edificación de los fieles y admiración de los infieles. De esta manera intersaca Dios algunas veces sus predestinados, animando a los ministros en el trabajo de su ministerio con las muestras que dan de agradecerse de él y de la cristiandad de aquellos indios. Los cuales se confirmaron mucho en la fe, por la fama que hubo de que un indio a la hora de la muerte, después de haber estado por gran espacio de tiempo transportado y fuera de sí, dijo cosas muy soberanas y grandiosas de la bienaventuranza y gloria del paraíso, que decía haber visto. Y en lo que hablaba y en el modo de proceder daba cierta señal de haber sido enseñado en tan buena escuela. Y fué de no pequeña importancia el testimonio de este indio para que se certificasen los demás indios rudos de entendimiento de la eternidad del alma y de los premios del cielo y tormentos del infierno, que unos y otros se les hacía dificultoso de creer cuando los religiosos se lo enseñaban, aunque con comparaciones claras se lo hacían muy creíble.

CAPITULO XVI

DE CÓMO LOS FRAILES DESCALZOS FUNDARON EL HOSPITAL DE LOS INDIOS EN MANILA, Y DE ALGUNOS CASOS NOTABLES QUE EN ÉL HAN SUCEDIDO

Curar los enfermos es oficio de apóstoles.—Caridad de los frailes.—Fundación del hospital de los indios.—Los infieles se convierten en el hospital.—Casos particulares.—Favor de Nuestra Señora.

El ejercicio y obra de servir en los hospitales y de curar los enfermos y llagados es muy propia ocupación de los que de veras desprecian el mundo. Y particularmente de los frailes Menores, verdaderos imitadores del patriarca de los pobres evangélicos, nuestro seráfico padre San Francisco. Porque, como consta de su vida, fueron muy grandes las particulares mercedes que recibió de Dios Nuestro Señor cuando se ejercitaba en la cura de los enfermos y leprosos, y en santo ejercicio mandaba a sus primeros hijos y compañeros que se ocupasen, y de muchos santos se lee que por medio de esta loable ocupación fueron creciendo en las virtudes, hasta subir a la cumbre de la perfección. Y habiendo Cristo Nuestro Señor dicho en su Evangelio (1), cuando envió a predicar por el mundo a sus discípulos, que curasen los enfermos, muy propia obra es ésta de los predicadores evangélicos, aunque los hijos de este siglo más ladren y murmuren. Considerando, pues, esto, aquellos religiosos. primeros fundadores de la provincia de San Gregorio, en las Filipinas, desde el principio de su predicación en todos los lugares donde estaban han tenido particular cuidado de los enfermos. Visitándolos y regalándolos con lo que tienen, y esta buena costumbre se guarda hoy día con grandísima vigilancia, quitando los religiosos de su propio sustento por acudir y remediar las necesidades de los pobres de Cristo, que de nuevo recibieron la fe, y de los catecúmenos y aun de los gentiles. Por ser esta obra de misericordia la que más les mueve y aficiona a creer las cosas sobrenaturales que les enseñan. Y con ella se ablandan los corazones de los gentiles para oír con gusto lo que los frailes les predican.

Y viendo el Señor el santo deseo de sus siervos, desde el principio les ayudó para que hiciesen en casi todos los pue-

(1) Marc., 5. 1

blos hospitales, habiendo sido el primero que se fundó, de bien pequeño principio, el hospital de Manila, junto a nuestro convento, para los indios naturales de aquellas islas, tomando por instrumento al bendito fray Juan Clemente, lego y sin letras. El cual sólo sabía hacer algunos ungüentos con aceites de cocos, enseñado solamente de la caridad del prójimo. Y salió tan buen cirujano y médico, que no sólo curaba cuerpos llagados, mas almas que estaban muy llagadas con pecados y ciegas con la infidelidad, como más en particular se dirá en el libro III, cuando se escriba la vida de este gran siervo de Dios.

Como los infieles atiendan principalmente a lo que ven hacer y a la caridad y amor con que los religiosos tratan con ellos, fué mucho lo que se publicó entre los infieles la mucha caridad que en este hospital hacen los frailes pobres de San Francisco a los enfermos y llagados. Porque cada uno de los que salían sanos era un pregonero que por dondequiera que iba derramaba la fama de los bienes que todos los indios (sin acepción de personas) recibían allí. Y los innumerables infieles que entraban allí a curarse, estando muy pertinaces en sus errores, no sólo, perdida su pertinacia, se bautizaban, y bautizan cada día, pero si sanan tienen muchos por gran merced de Dios el ser admitidos para el servicio de los pobres en compañía de los religiosos, que de día y de noche asisten en las enfermerías. Y para que en nada haya falta, y los religiosos se ocupen en lo espiritual, sin embarazo de las cosas temporales, hay un mayordomo por orden del arzobispo de aquella ciudad que administra lo temporal. Y el Señor lo aumenta sin saber cómo, y hace muchas maravillas en aquella su casa y hospital de sus pequeñuelos pobres, como para gloria de Dios se dirán algunos.

A este hospital trajeron una enferma india cristiana, casada, y así como la enfermedad iba creciendo se iba ella confesando muy a menudo, con deseos grandes de salvarse y con muestras de verdadera cristiana, que era mucho de estimar por ser de una provincia de gente muy bárbara. Y estando ya muy cercana a la muerte, sin que nadie se lo advirtiese, mandó llamar quien pusiese por memoria las joyas de oro y ropa que tenía y lo repartió todo con grandísimo orden, mandando que le dijesen cantidad de misas en Santo Domingo, porque en el convento de San Francisco no reciben limosna de ellas. Y dió limosna también para los gastos de los enfermos y pobres del hospital, todo lo cual admiró a todos y ver cómo se dispuso para morir, conociendo la merced que Dios le había hecho en hacerla

cristiana, trayéndola de tierra adonde no se esperaba que podía predicarse tan presto el santo Evangelio.

Junto a la mar, en la madera de una galera vieja, hallaron un indio, tan debilitado y enfermo, que estaba para expirar; y sabiendo algunas personas devotas que era infiel, le hicieron llevar al hospital de San Francisco, y en llegando a la puerta comenzó a decir que quería ser cristiano, y no habiendo allí sacerdote que le bautizase, le fueron a llamar al convento, y entre tanto diéronle un poco de pan mojado en vino, aunque con dificultad lo pudo tomar. En llegando el sacerdote, que fué muy en breve, le catequizó, con la brevedad que el caso requería. Cosa maravillosa que, en acabándole de bautizar, sin menearse de aquel lugar, al momento expiró. Mostrando el Señor en este caso cuán admirable es en escoger sus predestinados, y de cuánto provecho es aquel su hospital, en el cual hace muchas veces semejantes maravillas. Trajeron también a este hospital un chino muy malherido de un lagarto de excesiva grandeza que llaman caimán, y hay muchos en los ríos de aquella tierra. Porque yendo navegando en un barco, le sacó el lagarto de él, y llevándole entre los dientes a lo profundo del agua, súbitamente se vió libre de sus dientes, aunque malherido por muchas partes, y trayéndole a este hospital (en el cual se curaban al principio de todas las naciones que hay en Manila), viendo la caridad con que los religiosos curaban y servían a los pobres, como fuese gentil, movido de esto, oyendo las cosas de nuestra santa fe, se bautizó con mucha consideración del bien que recibía. Y sanando de las heridas, se cortó el cabello (que es la mayor gala de los chinos y el mayor sacrificio que pueden hacer de sí) y salió muy buen cristiano, y gran limosnero, que era mucho para ser chino. Por no ser naturalmente limosneros los chinos, sino muy codiciosos. Y reparando después en la merced que Dios le había hecho de librarle de aquella bestia fiera, dijo que estando en el profundo del agua una mujer muy hermosa le había librado de la muerte. Y conociendo después de bautizado quién era la Virgen Santísima Nuestra Señora, conoció que por ella había recibido tan gran merced, y se le mostraba muy devoto y agradecido. Y también a los frailes, reconociendo las buenas obras que le habían hecho en el hospital.

En el mismo hospital, un indio de buen juicio y de muchos años de cristiandad, aunque se veía muy cercano a la muerte, estaba muy pertinaz en no querer hacer cierta restitución que le mandaban. Y habiendo estado sin comer

cuatro días, y un día entero sin sentido, agonizando, fué Nuestro Señor servido, mostrando su acostumbrada misericordia, y correspondiendo a los ruegos humildes de sus siervos los ministros de aquel hospital, que volvió en su entero juicio y restituyó lo que tenía obligación con mucha voluntad, y, confesándose con gran sentimiento, murió con señales de su salvación.

En el mismo hospital murió una india cristiana que siempre había dado muestras de mucha cristiandad, y cuando vino al hospital venía frenética. Y aunque los que la trajeron decían que estaba confesada, no era así. Por lo cual se hicieron todas las diligencias posibles para que se confesase, y por su mal no podía. Y creció la enfermedad tanto, que estaba desahuciada y no se le hacía remedio alguno, antes se le aparejaba ya la sepultura. Y habiendo estado cinco días penando y sin que comiese ni bebiese cosa alguna, al cabo de ellos volvió en sí. Y pidiendo de comer, poco a poco fué mejorando, hasta que le dió Nuestro Señor su entero juicio, para que se confesase enteramente con mucha devoción, lo cual fué gran consuelo para los religiosos, viendo que aquella alma se había de perder si muriera sin confesión, porque conocían muy bien quién era.

Un negrillo de hasta catorce años, natural de la isla de Calamianes, adonde hay poca gente y todos son idólatras y muy salvajes, vino a este hospital, enfermo. Porque, cautivándole otros indios, le vendieron a un español. Y como le diese en el camino la enfermedad, estaba de manera que cuando llegó a Manila había seis días que no comía ni hablaba, y estaba tan sin esperanza de vida; visto de los religiosos, y considerando que lo había Dios sacado de los montes, adonde sus padres y él vivían como bestias, y trayéndole a aquella casa, y que no tuviese remedio para hablar y para recibir el santo bautismo, estaban muy tristes, porque se había de perder aquella alma dentro de la casa de la misericordia sólo por falta de lengua, y suplicando al Señor hubiese piedad de ella, luego el Padre de las Misericordias descubrió en él sus maravillas. Porque después de tres días que entró en aquel santo lugar, volvió en sí, y, recordando como de un sueño, se alentó un poco, y en comiendo habló en lengua muy particular y dijo que le bautizasen, que quería ser cristiano, y que mirasen que no lo decía de burlas ni mentía, sino que con todas veras quería ser cristiano. Admiró notablemente este caso a los religiosos y seglares que estaban allí, y más cuando vieron que, después de bautizado, en muy

pocos días murió en el Señor. A quien sean dadas gracias por todo. Amén.

CAPITULO XVII

Del modo que tienen los religiosos Descalzos en doctrinar a los indios de Filipinas

Los indios son curiosamente doctrinados.—Los niños son bien enseñados.—Curiosidad y limpieza en las iglesias.—Buen gobierno de los indios.—Cómo son sustentados los ministros.

Aunque en muchas partes, y con mucha razón, es celebrada aquella apostólica Compañía de los doce primeros religiosos que de nuestra sagrada Religión, como valerosos capitanes de Cristo, entraron en la Nueva España, y con sus heroicas virtudes y mucha prudencia plantaron aquella iglesia, son en particular muy dignos de ser alabados por haberla fundado en tanta santidad y muestras de fe y devoción, que el modo que ellos guardaron, como muy acertado y provechoso a la cristiandad, ha sido como modelo y dechado que han seguido los Frailes Descalzos, sus hermanos, en la conversión de las Filipinas. Porque lo primero que hacen en el lugar adonde han de tener los religiosos doctrina es procurar que se edifique la iglesia y la casa, en que pueda caber la gente, en que estén cómodamente, por lo menos, dos religiosos que, viviendo conforme a su regla y estatutos, en la conversación interior de casa, y en el modo de enseñar a los indios, con su vida ejemplar acompañen su predicación. Y para animar a los indios a la obra de la iglesia, ellos son los primeros en el trabajo, teniendo señalados tiempos para esto y para catequizar a los gentiles y enseñar a los recién bautizados. Y por breve particular del Sumo Pontífice (para hacer a los cristianos más suave el yugo de la ley de Dios), no les obligan a muchos ayunos ni fiestas de guardar, amonestándoles que los domingos y fiestas principales particularmente vayan a la iglesia, adonde son apacentados con pan de la divina palabra, oyen misa con gran gusto de ver la solemnidad de las ceremonias eclesiásticas. Y aunque por la rudeza de sus ingenios haya sido menester mucho trabajo para instruirles en la fe, ya en este tiempo se goza de los trabajos de los primeros ministros. Porque están muy enseñados y confirmados en las cosas de Dios.

Y como los religiosos crían en sus conventos a los niños desde ocho años hasta veinte años (sirviéndose de ellos para los oficios de la sacristía, altar y para los del convento), en su compañía aprenden a leer y escribir y la doctrina cristiana, y a guardar con muchas veras la ley de Dios. Y con estos buenos principios, cuando después se casan viven en amor y temor de Nuestro Señor. Y por que no haya confusión en el convento con los muchachos, está edificado junto a la iglesia un seminario en todos los pueblos, adonde los niños y mancebos por casar aprenden a leer y a escribir, a rezar y cantar, canto llano y canto de órgano, y a tañer chirimías, flautas y violones. Y en esto se tiene tanta curiosidad, que no hay lugar, por pequeño que sea, que no tenga capilla de músicos y chirimías, para que las fiestas a vísperas y misa mayor sea Dios alabado y servido. Los cantores son muchos, y se ejercitan todos los días a la mañana y tarde en el seminario, y están repartidos de tal manera que cada día por lo menos cantan muy de mañana en la iglesia por lo menos Prima de Nuestra Señora, y tañen flautas a la misa mayor, y a la tarde cantan Vísperas de Nuestra Señora, y a la anochecer la Salve o la Conmemoración de la limpísima Concepción de la Virgen Santísima, como se usa en nuestra sagrada Religión. Tañen también en las solemnidades acostumbradas, tañen muchas campanas que tienen en torres altas. Después de tañido a la oración del Ave María anda un niño por las calles con una campanilla, pidiendo que recen todos un *Pater noster* y un Ave María por las ánimas del Purgatorio, como es costumbre en muchas partes de la cristiandad. Es tanto el cuidado que los que sirven en la iglesia tienen de limpiarla y barrerla y aderezar los altares, que todos los días ponen flores y ramilletes frescos, porque como es la tierra algo cálida, todo el año hay flores y rosas en el campo y jardines, y en los patios que hay antes de las puertas de las iglesias, adornados de árboles por muy buena orden puestos, y de flores, porque para andar las procesiones sirven de claustros, y así los indios tienen cuidado de limpiarlos.

En el gobierno temporal se procede con los indios con mucha suavidad, y con el favor de los religiosos las justicias no les hacen agravios, antes los sobrellevan en muchas cosas, por ser plantas tiernas en la fe y en la sujeción a nuestro rey. Y para mayor concierto, entre los mismos indios están repartidos los oficios de los lugares. Y como en todo tiene mano el religioso, en las penas y castigos se procede con la blandura posible. Por que ponien-

do rigor en las cosas temporales no desmayen en las espirituales, que son las que más principalmente tratan los religiosos. Los cuales enseñan a todos que sean muy devotos de la Virgen Santísima, y que recen su corona o rosario y le traigan al cuello, y que estimen en mucho las reliquias y *Agnus Dei* y cuentas benditas. Encárganles que a los sacerdotes y religiosos de todas Ordenes que pasan por sus lugares les reverencien mucho, besándoles el hábito o la mano, y que les hagan la caridad que pudieren. Y cuando algunos muestran ser más devotos y desean saber las cosas espirituales, tiénese gran cuenta con enseñarles en ellas. Y sobre todo de que frecuenten el sacramento de la confesión, y de cuando en cuando, mirada la fe y cristiandad de cada uno, se les da la sagrada comunión. Y para que los indevotos vengan a la iglesia y doctrina tienen algunos aguaciles, que sirven de fiscales cuidadosos, y por manos de éstos se dan los castigos necesarios a los descuidado y flojos. Y como los religiosos proceden en todo desinteresadamente por ser sustentados de los señores de los indios, a los cuales ni aun limosna les piden, echan de ver que todo lo que con ello hacen es amor y caridad.

CAPITULO XVIII

De algunos particulares casos que han sucedido en la conversión de las Filipinas

Los indios aborrecían al principio a los españoles.—Mudanza de la condición con la fe.—Acontecimientos particulares.—Devoción a la cruz.—Maravillas de la cruz.—Castigos de Dios.

Estilo es de la divina Majestad, experimentado desde la primitiva Iglesia, que para fortalecer a los que son como niños en la fe y animar a sus siervos que la predican, para que no desmayen en este apostólico trabajo, hacer algunas maravillas. Y así, las que han sucedido en la conversión de las Filipinas a los frailes Menores, ministros de ella, han sido de mucha eficacia para animarlos en ella. Y confío en Dios que han de criar espíritu en los que las oyeren, para que no entierren el talento que el Señor les entregó de ciencia y virtud, sino que vayan a emplearle a los reinos remotos de gentiles, adonde será la ganancia espiritual muy cierta y es fruto de las almas muy conocido, como en algunos casos que han sucedido en las Filipinas se verá

muy claro, mostrándose en ellos el Señor muy poderoso en deshacer todas las dificultades que el entendimiento humano suele hallar.

Porque, ¿quién dijera que en veintitrés años, que ha que están los frailes Menores en las Filipinas, hayan conservado el rigor de su Regla, consideradas las calidades de aquella calurosa tierra, si el Señor no les diera particular esfuerzo?, ¿quién dijera que en tan breve tiempo habían de reducir gran parte de aquella gente bárbara a que viviesen en pueblos, enseñándoles policía, y a que, olvidados de su montaraz y arisca condición, conversen ya y tratan como hombres unos con otros, y a que reconociesen a nuestro católico rey, que les conserva en justicia y paz y les envía a mucha costa ministros desde España que les enseñen el camino del cielo, si Dios no pusiera en esto su poderosa mano? Y aunque algunos años antes (como se dijo) habían ido los padres de San Agustín, que fueron con gran honra de su Religión los primeros obreros de aquella viña, sin encarecimiento se puede decir que los religiosos Descalzos les ayudaron notablemente para que se tratase con veras el negocio de la conversión. Por ser cuando los Frailes Descalzos fueron pocos los ministros que supiesen la lengua, y estar muy de prestado los pueblos de los españoles, que después acá muy de propósito se ha edificado. Y era tan odioso el nombre de Castilla a los indios, que sucedió una vez llegar unos indios en sus barquillos a contratar a un lugar de indios adonde había algunos españoles, y, no conociéndolos, estuvieron muy seguros; pero en coligiendo, en el comprar y vender, que aquéllos eran españoles, sin hacerles los Castillas daño, luego se arrojaron al agua, y dejando los barcos y lo que en ellos traían, se fueron de temor huyendo al monte. ¡Quién dijera que en tan pocos años, con su diligencia, doctrina y ejemplo, habían los frailes de San Francisco de plantar tan de veras la fe en aquella gente bárbara! Y que ya no sólo frecuentan muchos el oír misa, confesar y rezar muchas devociones, pero con lágrimas y devoción piden la santa comunión. Y los que, por haber echado raíces en la fe y devoción de este altísimo misterio, se les da, es notable el provecho espiritual que se ve en ellos (como queda dicho).

Habiendo sido criados los indios en su gentilidad con tanta impiedad que no hacían limosna ni bien alguno, aun a los parientes que estaban en extrema necesidad, si no es por interés o porque les sirviesen como esclavos hasta que les pagasen lo que habían recibido, ya con la divi-

na gracia y luz del Evangelio hacen tan gruesas limosnas por amor de Dios, que pone admiración, y en muchas partes, si no fuese por serles los frailes cargosos y querer el rey nuestro señor sustentarlos con sus limosnas, podían vivir con las que los indios les darían. Y no sólo son misericordiosos con los pobres, pero parece que la fe les ha mudado del todo la condición interesal, como se ve en la facilidad con que restituyen, no reparando en el menoscabo de su hacienda y honra por satisfacer a la obligación de su conciencia. Por creer que hay infierno para los malos y gloria para los buenos, como en los siguientes ejemplos se verá.

Predicando un día uno de nuestros frailes a los indios, en el discurso del sermón ponderó las penas del infierno que están aparejadas para los malos, y para los que roban las haciendas ajenas, trayendo para esto algunos ejemplos. Y habiendo en aquel auditorio muchos indios principales, estando el predicador en medio del sermón, se levantó un indio viejo y principal, ya cristiano, y dijo con extraño sentimiento y lágrimas: «Padre, hasta ahora yo no había considerado bien las cosas que me enseñaron cuando me bauticé. Y así ahora me parece que me despertó el Señor del sueño y ceguedad en que vivía. Sabrás que yo fuí poderoso antiguamente, y este oro y hacienda que ahora tengo no es todo mío. Por lo cual pregunta a todos aquí públicamente si hay alguno a quien deba algo, que aunque sean mis esclavos, vasallos o criados, les quiero luego pagar, aunque gaste en ello toda mi hacienda y quede pobre; y por amor de Dios me confiesa, que como soy ya viejo, no sé cuándo me moriré.» Y diciendo uno allí delante de todos que le debía cantidad de oro, luego se lo pagó. Y no pudiendo el ministro confesarle luego, por ser forzoso haber de ir diez leguas de allí, temiendo el indio morir sin confesión, se fué tras de él para que allá le confesase.

En otro lugar había un indio bautizado en su vejez, y estaba en edad tan decrépita, que habiéndosele caído los dientes le volvieron a nacer y naturalmente se cubrió de vello hasta las palmas de las manos. Habiendo, pues, estado más de quince años enfermo en la cama, yéndolo a visitar un religioso y persuadiéndole que se aparejase para morir bien, y se acordase de los bienes que Dios tiene en la gloria aparejados para los buenos cristianos, dándole el Señor como nuevo entendimiento, tomando al religioso las manos y tentándoselas, por estar ya ciego, le preguntó: «¿Sois vos profeta, pues tan determinadamente afirmáis que

presto he de morir?» Y como hombre que despertaba de un profundo sueño, ayudado del favor divino, tan de veras puso su consideración en las cosas que oía de la bienaventuranza, que decía con gran sentimiento que: «¿Es posible que haya otra vida?» Y, preguntando algunas cosas de edificación, quedó muy confortado en la fe, con esperanza de alcanzar la gloria. Pareciendo que había resucitado para morir conociendo a Dios, como dentro de pocos días murió, con muestras de predestinado y gran edificación de los cristianos.

Otro hombre que después de casado y con hijos se había bautizado, cayó muy enfermo de una muy dolorosa enfermedad. Y persuadiéndole muchos parientes gentiles que idolatrase, confortado del Señor, no sólo perseveró en la fe, pero con mucha paciencia y conformidad con la divina voluntad sufría los dolores de su enfermedad. Y llegado el fin de su vida, con tanta prudencia y cristiandad ordenó su testamento sin enseñarle alguno, que puso admiración, y mucho más ver las limosnas que mandó dar a pobres y a la Iglesia, y la fervorosa fe con que pasó de esta vida, con fama de buen cristiano, atribuyéndolo todos que había sido particular merced del Señor, por haberse bautizado muy hombre y parecer muy rudo para entender las cosas celestiales.

Llegando un religioso a unos lugares de indios gentiles para predicarles la fe, de tal suerte favoreció Dios a su buen celo y prudencia, que no sólo los redujo de los montes y lugares solitarios, adonde como gente rústica vivían, a pueblo y comunidad, pero dándoles noticia del santo Evangelio y mandándoles que le trajesen todos sus ídolos; y con ser las cosas que antes más querían y reverenciaban, ofreciéndoles perfumes y olores, juntaron más de cuatrocientos y se los trajeron, y delante de todo el pueblo los quemaron, dando muchas gracias al Señor, que les había alumbrado con la luz de su Evangelio. Y en lugar de los ídolos pusieron imágenes y cruces, con mucha devoción, en sus casas, haciendo altares en lugares decentes. Y fué tan particular la devoción que tomaron a la santa Cruz, que teniendo una grave enfermedad, de que morían muchos, pidieron muy encarecidamente a su ministro que levantase una cruz en medio del lugar, para que con su vista recibiesen salud y consolación espiritual. Y correspondiendo a su petición, puso el religioso la cruz, con grande contento de los cristianos, los cuales, postrados por el suelo, profundamente la adoraban, con no pequeña admiración de muchos gentiles que estaban presentes; y des-

de aquel día se vió notable mejoría en los enfermos, echando todos de ver que por medio de su cruz usaba el Señor su acostumbrada misericordia con ellos.

Un indio, a quien los religiosos enseñaron a leer y escribir, y en todo género de virtud, hallándose en un pueblo adonde estaba un indio principal y cristiano, pero de su natural condición soberbio, y que se preciaba mucho de valiente y muy aficionado a las cosas de la gentilidad, viendo que hacía algunas cosas malas y supersticiosas, fuéle a la mano, amonestándole y reprendiéndole con mucha cordura y ánimo. A lo que respondió el indio principal que él no hacía mucho caso de las cosas que los frailes enseñaban, y que no tenía algunas por verdaderas. Y reprendiéndole el indio con blandura, viendo que se enojaba de que con tanta osadía le reprendiese, dijo, echando mano a una alganga (1) que traía: «En defensa de la fe de Cristo Nuestro Señor y de las verdades que los padres enseñan, aquí estoy aparejado a morir, y matarme contigo y con los que te quisieren defender.» Porque estos efectos hace la fe en los que verdaderamente la reciben, redundando gran ejemplo para los fieles y mucha gloria a Dios Nuestro Señor.

Aunque muchos de los indios toman con tantas veras la fe que con la divina gracia alcanzan victoria del demonio, que les incita a que vuelvan a sus idolatrías y supersticiones, algunos ha habido que han caído en semejantes pecados; pero con la mucha diligencia de los ministros, ayudados del Señor, se reconcilian con la Iglesia, haciendo penitencias públicas o secretas, según el caso requiere. Entre otras penitencias públicas, sucedió que una mujer principal después de bautizada volvió a sus hechicerías, y tan eficazmente fué tocada de la mano del Señor, predicando un religioso, que no solamente con increíble sentimiento confesó su pecado públicamente, pero haciéndose un vivo retrato de la gloriosa Magdalena, se echaba a los pies del religioso, y con muchas lágrimas pedía a Dios misericordia. Y quitando gran cantidad de oro con que tenía adornado su cuello y muñecas, pidió que de aquello se restituyese lo que a muchas personas había llevado por hacer hechicerías. Y por su ejemplo otras muchas hechiceras se convirtieron al Señor.

También hizo Dios Nuestro Señor que fuese reverenciada la Cruz aun de los infieles. Porque un infiel que quitó una cruz de un barco, adonde un cristiano que iba en él la había puesto, acabó mal luego en quitándola. Porque

(1) Alfanje.—*N. del E.*

levantándose una terrible tempestad de truenos y relámpagos, que puso gran admiración a los indios, cayó un rayo que mató al indio que quitó la cruz. Por lo cual de ahí adelante los cristianos y gentiles pusieron en sus casas y barcos cruces, creyendo que por ellas serían defendidos de los rayos y tempestades.

Sucedió también a un religioso que encendiéndose fuego en el lugar adonde administraba la doctrina, temiendo la total perdición del pueblo por ser las casas pajizas y mucho el aire, haciendo la señal de la cruz hacia el fuego que todo lo abrasaba, puesto de rodillas, pidió al Señor mostrase con aquellos cristianos y catecúmenos su misericordia. ¡Oh piadoso Dios, que no pasó un punto adelante el fuego! Por lo cual dieron todos gracias al Señor.

También cuando es necesario les muestra el Señor su riguroso brazo en muchos castigos ejemplares que ha hecho. Porque por vivir algunos olvidados de la palabra que dieron a Dios en el santo bautismo, no obedeciendo a sus mandamientos, han sido castigados algunas veces con castigos universales de langosta, que destruye todo lo sembrado, y de peste general y de hambre. Y en particular también ha castigado a unos para escarmiento de otros. Porque a un indio que no oía misa las fiestas y no quería ir a la iglesia, le hallaron comido de perros un domingo por la mañana, A otro que trabajaba un día de domingo, y siendó reprendido hacía burla de la reprensión, estando trabajando se le secaron los brazos. A otro que por la misma culpa era reprendido, porque estaba un domingo labrando sus palmas, que era la principal heredad que tenía, le castigó Dios dándole una locura repentina, con la cual, entendiendo que labraba las palmas, las cortaba de raíz, echando totalmente a perder su hacienda; y decía muchas veces lo que otros le decían: «No trabajes, que es domingo.» Otro, porque comió carne en viernes, sin respeto de la obligación que tenía a no comerla y por el mal ejemplo que daba, fué también comido de perros. Algunos por no confesarse han sido comidos de caimanes, que (como se dijo) son unos perniciosísimos lagartos, de una increíble grandeza, que hay en los ríos, y cuando van los indios navegando en sus barcos, que son muy bien hechos, se levantan del agua y cogen los indios que pueden. Otro indio que jurando falso dijo que le comiese el caimán si no decía verdad, luego, yendo en un barco, echó mano de él el caimán. Y poniéndose en medio de muchos indios que espantaron el lagarto, de ahí a un rato fué tragado del mismo caimán, entresacándole de entre los demás in-

dios, adonde por estar muy seguro se había puesto. En lo cual mostró el Señor que era castigo de su juramento falso. Y así lo entendieron los indios y temieron de allí en adelante semejante castigo. Estos azotes temporales de Dios, y otros semejantes, están muy eternizados en la memoria de los indios, conociendo que son castigos merecidos por sus pecados, y sirven de escarmiento. Para que temiendo a Dios guarden su ley y obedezcan a lo que los religiosos les enseñan para guardarla más perfectamente.

CAPITULO XIX

Cómo un religioso Descalzo estuvo en las islas de los Ladrones

Por qué se llaman Ladrones.—Buen espíritu de un fraile.—Armas de los ladrones.—Costumbres de los ladrones.—Idolatría de los ladrones.—Modo de enterrar los difuntos.—Cantos fúnebres.—Fiestas de los ladrones.—Modo de casarse.—Trajes de mujeres.

En el viaje que se hace desde Nueva España a Manila se reconocen algunas islas que llaman de los Ladrones, que por ser muy diestros aquellos indios en hurtar hierro, les han puesto este nombre. Son los indios que de ella salen en sus barquillos, muy bien hechos, grandes de cuerpo, algo blancos. Y cuando pasan nuestros navíos vienen a trocar esteras de palma muy bien hechas, y cocos y pescados, por hierro, de que se muestran muy codiciosos, no estimando el oro ni plata. Viendo, pues, esto un religioso, de veintidós que iban, llamado fray Antonio de los Angeles, movido con un impulso interior que le impelía eficazmente a desear la salvación de aquellos bárbaros (mostrando que lo son así en la desnudez total de sus cuerpos, como en la codicia tan grande que tienen de sólo hierro y por otras cosas), pidió licencia al que iba por su prelado para quedarse entre aquella gente. Y pensando el comisario que lo decía de burlas, se la concedió. Y el fraile, entendiendo que era de veras, llevado de su buen celo, no reparando en el peligro a que ponía la vida por no se tener experiencia de la condición de aquella gente, tomando solamente una cruz y el breviario, se dejó caer en un barquillo (de los muchos que vinieron) que estaba más cerca del navío, sin podérselo impedir persona alguna ni mandarle el prelado que no fuese. Y como él después de-

cía, queriéndoselo mandar no pudo hablar. Por lo çual entendió que era la voluntad divina que fuese, y así echó su bendición. Viendo esto dos hombres del navío, se echaron tras él para traerle. Y como los barquillos son muy ligeros, no le alcanzaron, antes entrando casi por fuerza en otros barquillos, fueron llevados juntamente con el religioso y repartidos en tres islas, de adonde eran los barquillos. Y allí estuvieron hasta que al año siguiente, de mil y quinientos noventa y siete, don Lope de Ulloa y Lemos, caballero de mucha virtud y discreción, que iba por general, con intento de saber el suceso del religioso y de los dos españoles, pasando por aquellas islas detuvo a algunos de los indios naturales de ellas que entraron en su navío, regalándoles y acariciándoles hasta que le trajesen el religioso. Mas como todos estaban sobre aviso, muy en breve vinieron el religioso y los otros dos hombres. Y el religioso pensaba que viniera allí el arzobispo de Manila y algunos religiosos, para que, dándole recaudo para decir misa, con su santa bendición se quedaran algunos con él. Mas como no halló lo que deseaba, viéndose sin compañero y sin recaudo para decir misa, se vino con el general a las Filipinas, y también los dos españoles, para dar cuenta de lo que vieron en aquellas islas. Y para que se supiesen las costumbres de aquellos indios y la disposición que tienen para ser enseñados en la ley de Dios. Y para poder yo decir con más verdad lo que habían visto, hablé con dos de ellos, y tuve la relación que para enviar a su Majestad hizo el religioso.

Dice, pues, que entre aquellas gentes los viejos son los que mandan, y son muy obedecidos de todos. Y que en señal de amor se muerden unos a otros en los brazos, y aun hacen a veces llagas y no las curan. Porque por ser hechas con amor dejan al tiempo que las cure. Su natural condición es amorosa, y cuando reciben a uno le besan en el rostro y hacen grandes señas de afición. Estiman en mucho el hierro para labrar el campo, para sembrar arroz y algunas legumbres de la tierra, de que se sustentan. Sus armas son lanzas tostadas y hondas, con que tiran piedras redondas, y están tan diestros, que aun de muy lejos aciertan bien. Labran las piedras que tiran con gran trabajo, por ser como de jaspe. Tienen algunos lugares de hasta mil casas. Y aunque comen pescado crudo y sin abrirle, tienen mucha salud y son gente tan dispuesta, que muchos parecen gigantes. Usan de aceite de coco, con que se untan los cuerpos porque les huele bien, y les defiende bien esto del frío y del agua cuando llueve, y por ser cálido y

escurrirse luego el agua que cae sobre ellos. Acostumbran cuando se visitan a llevarse presentes. Y el que lleva mejor es más honrado. A los huéspedes, cuando vienen les dan agua caliente para que laven, y al despedirse les dan alguna cosa, y si han de tratar algún negocio con ellos, cuando se van les llaman aparte y le tratan. Son gente muy alegre y amigas de burlas, y raras veces se enojan; antes si les dan ocasión para enojarse, se ríen. Una vez dió uno de los españoles a uno de ellos una bofetada porque hacía gestos deshonestos y volvió el rostro para que le diese otra, acongojándose mucho de ver al español enojado. Y lo mismo hacen unos con otros, recibiendo pena de ver que otros se enojen. Su oficio es pescar y contratar con el pescado en las islas en donde no le hay, trayendo en recompensa lo que tienen necesidad y falta en su isla. En sus fiestas hacen convites de arroz, cocido con sólo agua y con raíces que tienen muy saludables, ofreciendo primero lo que han de comer a sus ídolos, que llaman Maganitos. Y dicen que son las almas de sus padres, hijos y parientes difuntos, a los cuales entierran delante de su casa o debajo, por amor y honra.

Cuando está el enfermo para morir le llevan en una tabla a casa de un amigo y danle a comer un poco de pescado crudo, y del mismo comen los que están presentes. Luego, en muriendo, avisan al pueblo y ponen en el alto de la casa el cuerpo muy estirado, y como va la gente llegando, comienzan a cantar. Y de los bienes del difunto o de algún principal, cuando el difunto es pobre, cuecen arroz, con que dan de beber a los que han cantado. Y hasta que el cuerpo tiene mal olor no le bajan para enterrarle. Y cuando le entierran aborrecen notablemente el escupir, y no otras cosas más asquerosas. Ponen encima de la sepultura un remo o barco, o flecha y arco, o todas las redes de pescar y los anzuelos y cuchillos, todo esto hecho de bulto. Y dicen cantando al difunto que se ha de holgar con las estrellas y el sol y la luna, y andar por los aires y venir a su casa y comer arroz. Alábanle de grande pescador y de las muchas fuerzas, y que tiraba bien dardos y la honda, y de que iba a los navíos de los españoles que pasan por allí, y que traía hierro y labraba barcos, y que hacía fiestas, adonde convidaba al pueblo, y que tenía muchas conchas de tortugas, las cuales ponen en la sepultura y las estiman mucho. Los que quieren bien al difunto córtanle una mano, y así traen algunos consigo en unas cajitas las manos de los muertos ya secas, ungidas con aceite de cocos, en señal de amor.

Hacen sus fiestas con gran concierto, en especial las escaramuzas que por holgarse acostumbran de hacer y por honra de sus ídolos. A los cuales ofrecen sus semillas y las redes y anzuelos para pescar y panecillos de arroz, que guardan después como por reliquias para los enfermos. Y como son gente grosera de entendimiento y ciegos con la idolatría, entienden que les parió una piedra, a donde cada año van todos a hacer fiesta. Si el religioso les decía algo del cielo, después que supo la lengua, todo lo entendían materialmente. Dicen que una mujer parió la tierra y la mar y todo lo que se ve. Y preguntándoles cómo la piedra, no teniendo ojos ni comiendo parió los hombres, responden que parió dos hombres, y que el uno se volvió en mujer y otros semejantes disparates. Adoran a sus maganitos, en piedras o en cualquier cosa que se les antoja. Y aunque ellos son ladrones, tienen por malo el hurtar. En estas islas no hay liebre, ni otro semejante animal, por lo cual no comen carne.

El modo de casarse es que el varón envía un presente al padre o amo de la mujer, y ellos le convidan y envían otro, y vanse todos a casa del varón, y con esto se dan por casados y viven juntos hasta que se enfadan o riñen o gustan más de otra persona. Y si deja el primer marido a la mujer parida y ella se casa con otro, el hijo es del segundo marido, o del tercero, si deja el segundo. La primera vez que la mujer está preñada vase a casa de su padre o del más principal. Y allí todos le llevan presentes de lo que tienen. Y cuando siente que se acerca el parto se va a casa de algún pariente adonde la pueden mejor regalar. Y en el parto no se ha de quejar, por mayores dolores que tenga. Usan mucho las mujeres de guirnaldas de jazmines y flores, y con unas esteras andan cubiertas de la cintura abajo y todo lo demás sin vestido. Cuando los maridos riñen unos con otros, no se juntan para trabarse, antes se apartan, y si se traban salen las mujeres y tíranles por los cabellos hasta que vienen los viejos del pueblo y los conciertan. Porque no tiene otro rey sino a ellos. Y al agraviado envíanle un presente, y luego quedan muy amigos. Porque como no sienten injurias, son fáciles en perdonar. El Señor los alumbre y los envíe predicadores, que se puede confiar que los recibirán muy bien, por el buen tratamiento que hicieron al religioso y a los españoles. Y conforme a lo que los tres dicen, desean mucho hospedar a los españoles que pasan por allí. Y entendiendo cada año que tomarán puerto, les tienen aparejados presentes

de legumbres y desean mucho tratar con ellos. teniéndoles, aun sin comunicarlos, gran afición.

CAPITULO XX

De la perfección en que se conservan los Frailes Descalzos en las Filipinas

Tienen los frailes enfermedades.—Ciudad de Cáceres.—Ejercicios de caridad de los frailes.

Considerando, por la larga experiencia que los religiosos Descalzos tienen en las Filipinas, las continuas persecuciones que el demonio hace a los que convirtiendo las almas le quitan el tiránico imperio que tiene sobre ellas, y entendiendo que es necesario vivir con cuidado, porque este ferocísimo león procura derribar de la alteza de la virtud a los que desde los conventos de España, pasando muchos mares y grandes trabajos, van a hacerle guerra a tierras tan distantes, para reformar el espíritu y recrear el cuerpo en las enfermedades, ordenaron que hubiese en la ciudad de Manila un convento con una enfermería muy bien proveída, con las limosnas que para todas las casas nos hacen la Majestad Católica y los vecinos de Manila. Adonde, como es costumbre en los conventos de España, no tengan los religiosos otro cuidado que tratar de oración y contemplación, y de curar los enfermos y servirles, como cada uno querría ser servido estando enfermo, como dice nuestro padre San Francisco en su regla. Desde allí salen los religiosos con nuevo espíritu y vuelven a doctrinar las almas. Para este mismo intento se hizo otra casa y enfermería en la tierra de Camerines, adonde hay un pueblo de españoles, que son los que con larga mano hacen limosna a los frailes, dando en ello buen ejemplo a los indios y en el respeto y reverencia que los tienen. Y para que no falte lo necesario en las enfermedades, se ordenó que en medio de estos conventos, que son los extremos de la provincia, hubiese otro con una enfermería, donde estuviese un enfermero experimentado y caritativo. Para que hallando caridad en tiempo de necesidad los religiosos que por los trabajos de la conversión la tienen, en sanando vuelvan con nueva obligación a su oficio por la honra de Dios y provecho del prójimo.

Y porque no todos tienen igual talento y espíritu para convertir almas, tratando de la vida activa en compañía

de los indios, hay un convento particular a una legua de Manila, llamado San Francisco del Monte. Para que los que son aficionados a la soledad y vida contemplativa y mortificación de ayunos, vigilias y estrecha observancia de su Regla, vayan creciendo de virtud en virtud. Y así es en aquel santo convento como una escuela a donde los predicadores evangélicos se amaestran en la virtud. Y transformados en leones que echan fuego de amor de Dios con sus palabras y obras, sean admirables al mundo y terribles al demonio, siendo muy raro el ejemplo de sus virtudes para que Dios Nuestro Señor sea glorificado, porque con tales piedras fundamentales ha querido en estos últimos tiempos dar principio a la nueva provincia de San Gregorio, haciendo de ella paso para los muchos reinos de gentiles que cada día se van descubriendo adonde la mies es mucha y está clamando por obreros.

Y aunque las dificultades que tiene la cruz que toman sobre sus hombros los religiosos que fueren a trabajar en aquella viña que va el Señor plantando parece que la hacen pesado yugo, la experiencia les enseñará cuán suave es en la compañía de los grandes religiosos que Dios tiene en las Filipinas, perfectos guardadores de su Regla. Y si con espíritu más aventajado pretendieren algunos dar con su sangre y vida testimonio del Dios y fe que predican, no les faltará ocasión. Pretendiendo, pues, los religiosos que viven en Manila, ya que no gocen de la palma del martirio, amontonar muchos tesoros de celestiales merecimientos, dando parte del tiempo al oficio de la contemplación con María, se ejercitan en el de Marta en los otros hospitales que han tomado a su cargo en Manila, por ruego de la muy célebre Cofradía de la Misericordia, que poco ha se fundó en Manila y les encargó la administración del hospital de los españoles, que es muy principal, y de otro que la misma cofradía hizo para los esclavos. Y es tanto el fervor con que la gente principal, así caballeros como capitanes, sirven a los pobres, incitados con el buen ejemplo de los religiosos, que asisten al comer y cenar de los enfermos, sirviéndoles con mucha caridad, que se echa de ver que la mano del Señor toca los corazones de toda la gente principal de aquella ciudad para ejercitarse en esta tan santa obra con tanta caridad. Que me puso grande admiración una Cuaresma que lo vi, y me daba gran motivo para bendecir al Señor ver a los señores principales tan cuidadosos del regalo de los enfermos, visitándoles, regalándoles o sirviéndoles con increíble devoción.

CAPITULO XXI

EN QUE SE PONE UNA SUMA DE LAS PROVINCIAS DE LAS FILIPINAS ADONDE PLANTARON LOS FRAILES LA CRISTIANDAD

Buen gobierno de los frailes.—Cómo se domesticaron los indios.—Los indios infieles estiman la Cruz.—Fervor de los indios.

Aunque los primeros religiosos Descalzos que fueron a plantar la fe a las Filipinas ordenaron entre sí, cuando se repartieron por diversas provincias de aquellas islas, que de cuando en cuando se juntasen todos en Manila, para que manifestase cada uno al prelado lo que le había sucedido en su apostólica misión, y comunicando entre todos lo que era necesario hacer para proceder mejor en aquella conversión, no sólo se animasen en su trabajo, viendo el fruto que el Señor por su ministerio hacía, mas ordenasen lo que uniformemente habían todos de guardar entre los indios. Pero enseñados después de la experiencia, hallaron que era mejor orden que estuviesen los religiosos de dos en dos entre los indios de asiento, o por lo menos uno, por que su ejemplar vida acompañase a su predicación, y el amor y afabilidad que en su conversación viesen los indios fuese parte para hacerles suave el yugo del Evangelio. Por lo cual, dejadas las provincias de Ilocos y Cagayán, adonde al principio predicaron, tomaron en la provincia de Tagala los lugares siguientes: Quiapo, Pandacán, Zaba, Namayán, Itaitai, pueblos cercanos a Manila. Y juntamente se encargaron de muchos pueblos de la jurisdicción de Morón, y de los de Pila, Sinaloán, Bilinlin, Panguí, Paete y Lumbán, adonde los muy religiosos padres fray Diego de Oropesa o de San José y fray Bartolomé Ruiz dieron loable principio a la predicación evangélica, venciendo con su mucha caridad de Dios y del prójimo las dificultades que nacían de la rusticidad de los indios y del calor de la tierra y de los penosos mosquitos que de día y noche había, que no daban lugar para reposar.

También el celo de las almas que ardía en los corazones de los frailes pobres y descalzos facilitó la entrada de las ásperas tierras de Silanga. Porque la buena opinión que la pública voz derramaba de la virtud y buen tratamiento que los Frailes Descalzos hacían a los infieles movió a aquellos indios que no hiciesen contradicción a los frailes cuando fuesen a su montaña. Y fué tan poderoso

el prudente y caritativo modo de proceder que con ellos se guardó, que dejando sus antiguas moradas de las montañas poblaron los pueblos Nacarlán, Taitai, Lilio, Maay y el de San Francisco y a Lugbán. Y siendo antes los indios de esta montaña aficionadísimos a los sitios a donde vivían (por ser muchos los ríos y muy frescos que nacen de aquella sierra, en la cual también había muchos indios salteadores), convencidos con la aspereza de vida y humildad del hermano fray Lorenzo de Valverde, cuya vida se pondrá adelante en el libro III, no sólo recibieron la fe, pero se dejaban llevar de él como ovejas del pastor, y poblaron los lugares de Tayabas, Maid y los de Sayaya y Santiago, levantando en cada pueblo los religiosos una pobre iglesia y casa, a donde pudiesen vivir religiosamente. Y para que la virtud de la cruz que predicaban fuese más conocida de aquellos indios, levantaban cruces en todos los sitios a donde podían estar con decencia. Y de esta diligencia nació la mucha estima en que aun los infieles tienen a la Cruz. En la provincia de Balayán y de Tuley trabajaron tanto el padre Esteban Ortiz y el padre fray Diego de Oropesa, que estando ya aquellos indios contaminados con la maldita secta de Mahoma, que los moros de Burneo, sus vecinos, les predicaron, y tan aficionados a ella que determinaban muchos de ir a Meca, adonde está el zancarrón de Mahoma, que dista de aquella tierra más de dos mil leguas, para adorarle y buscar maestros que les respondiesen a sus dudas, fué tan poderosa la virtud de la palabra de Dios, predicada de estos dos siervos suyos y evangelistas, que conociendo los indios el engaño y falsedad de la secta de Mahoma, recibieron muy bien la fe, por ser gente de buen entendimiento y que supo discernir entre el bien y el mal.

De allí pasó el padre fray Esteban a predicar a los pueblos de la isla de Mindoro, que eran los más ricos de las Filipinas en aquella sazón. Tomaron también a su cargo los Frailes Descalzos el predicar la fe en la provincia de Calilayán. Y recibiéronla los indios con tanto fervor y deseo de salvarse, que uniformemente juntaron los ídolos de sus antepasados, que era la cosa de más estima que heredaron, y los trajeron a los pies del ministro, por cuyo consejo los quemaron, para no acordarse más de ellos. También se enviaron frailes a los pueblos del Caluán y de Lobo y a las montañas de su comarca y a la provincia de Palacali. adonde edificaron una iglesia y en ella eran doctrinados y catequizados los indios. Y gustaban tanto los infieles de la ley de Dios, que con muy pequeña noticia de ella traían

sus hijos pequeños a que fuesen bautizados del padre. Y ellos, en siendo bien catequizados, con muestra de mucha devoción pedían el santo bautismo.

Adonde después particularmente hicieron asiento sólo los Frailes Descalzos fué en la provincia de Camarines, la cual tiene muchos pueblos grandes y pequeños. Y acomodándose los frailes a la comodidad de la tierra, tienen doce principales iglesias, sin otras muchas que llaman visitas, que están en pueblos pequeños. Y ha sido y es tanta la devoción de aquellos indios, como queda dicho, que se tiene aquella provincia por la más principal en cristiandad de todas aquellas islas. Las cuales, como están sujetas a nuestro católico rey de España, es grande ayuda para que se conserven en ellas la fe, que las cuatro Religiones que allá hay han plantado, con el ayuda y favor de Dios Nuestro Señor.

CAPITULO XXII

De dos favorables breves, el uno con que la Silla Apostólica instituyó la provincia de San Gregorio, y el otro que dió en favor de los frailes que van allá, y del Hospital de Manila

Institución de la provincia de San Gregorio.—Favores particulares.—Nota.—Indulgencia plenaria.—Indulgencias para los seglares.—Indulgencias del hospital de los indios.

Por satisfacer en algo el mucho fruto que en muy breve tiempo hicieron los Frailes Descalzos en las Filipinas, a instancia del católico rey de España don Felipe II, y del ilustrísimo y reverendísimo monseñor don Francisco Gonzaga, arzobispo de Manila, siendo general de nuestra sagrada Religión Sixto V (a quien la Majestad Divina, ilustrando la Religión franciscana, escogió en la tierra por cabeza de su Iglesia), instituyó la custodia de San Gregorio en provincia, dándole particulares gracias y favores, como consta del breve que se sigue:

«Sixto, Papa V, para perpetua memoria. Como volvamos los ojos de nuestro entendimiento a los copiosos frutos que cogen las personas religiosas, en especial los frailes Menores de la Observancia, llamados Descalzos de la custodia de San Gregorio de las islas Filipinas, en las Indias Occidentales, como cuidadosos obreros en el campo del Señor, viviendo en tierras remotísimas, para la gloria

de Dios y salud espiritual de los pueblos, estando en lugares muy apartados de nosotros, con su continua industria ayudados de Dios, juzgamos no sólo ser cosa decente, más muy debida, que para su comodidad y propagación les repartamos benignamente la gracia del favor apostólico y que les honremos con grandes privilegios, principalmente como nos sea esto pedido por los piadosos ruegos de los Reyes Católicos y por nuestro carísimo hijo en Cristo don Felipe, rey católico de las Españas, en su nombre y en el de los amados hijos, el custodio y frailes de la custodia de San Gregorio de las sobredichas islas, nos manifestó que considerando prudentemente los frailes de la provincia de San José, instituída en los reinos de España, de la cual la sobredicha custodia de San Gregorio dependía, estando poco ha en su capítulo en el pueblo de Cadalso, en el arzobispado de Toledo, que no podían conservar esta custodia sin notable disminución suya, ni sufrir las continuas misiones de los frailes, las cuales eran forzosas que fuesen cada año, y que no se podía extender la Religión en aquellas partes, ni se podían fundar nuevas casas y conventos si la dicha custodia no fuese instituída provincia, y así determinaron suplicarnos humildemente que honrásemos la dicha custodia con nombre de provincia, y en todas las cosas proveyésemos con la benignidad apostólica. Nosotros, pues, que hemos sido informados de nuestro amado hijo fray Francisco Gonzaga, ministro general de toda la Orden de la Observancia, que ningún perjuicio se conseguía de la tal institución, y que se hace favor a los frailes de la dicha custodia de la Regular Observancia queriendo hacerles particulares favores, absolviendo, por virtud de ésta, al dicho ministro y a cualquiera de ellos de cualquiera descomunión, suspensión, entredicho y de otras cualquier censuras, y penas, por cualquiera ocasión dadas por derecho, o de algún hombre, si en alguna manera estáis enlazados en ella, tan solamente para conseguir el efecto de las presentes, y juzgándoos por absueltos, inclinados a vuestros ruegos, por autoridad apostólica, por tenor de las presentes instituímos a la dicha custodia de San Gregorio en provincia, que de aquí en adelante sea llamada de los Descalzos de San Gregorio en las islas Filipinas. Y así, de aquí en adelante ha de ser regida y gobernada por un ministro provincial que sea elegido por los frailes de la misma provincia en su capítulo provincial, de la manera que se hace en las otras provincias de la Orden; ha empero de estar a la obediencia del ministro general de toda la Orden de los Frailes de la Observancia y al comisario

general de las Indias, que por tiempo residiere en la corte del dicho rey, y de sus comisarios, especialmente diputados, o que se han de diputar para la dicha provincia. Y a la dicha provincia, así instituída, y a su ministro provincial que de aquí adelante fuere, y cualquiera de los frailes, por autoridad y tenor de las presentes concedemos y damos que puedan libre y lícitamente gozar y usar de todos y cualquier privilegios, facultades, inmunidades, exenciones, libertades, favores, gracias e indulgencias, también espirituales, de las cuales las demás provincias de la Orden que hasta aquí en cualquier parte han sido instituídas, y de las que los ministros provinciales y cualquiera de los frailes usan y gozan, así por derecho como por costumbre, o de otra cualquier manera. Y determinamos que la sobredicha custodia instituída en provincia que por tal sea tenida y de aquí adelante haya de ser regida y gobernada como está dicho. Y por autoridad y tenor de las presentes concedemos facultad al ministro provincial de la sobredicha provincia de San Gregorio, que de aquí adelante fuere para que así en las mismas islas Filipinas, como en otras cualesquier tierras y lugares de las sobredichas Indias y de los reinos llamados de la China, adonde pueda ser tratada y cómodamente procurada la conversión de los gentiles a la fe católica, puedan fundar e instituir nuevas casas y conventos para recibir los frailes de la dicha Orden, a honra y gloria de Dios Nuestro Señor, sin ser necesaria nuestra licencia y del Romano Pontífice, o de los ordinarios de los lugares o de otra cualquier persona. Y que los puedan recibir, para vivir en ellos y poner en ellos frailes, con tal condición que el ministro provincial de la dicha provincia, nuevamente instituída, en ninguna manera se entremeta a instituir y fundar nuevas casas y conventos en los reinos y provincias de Malaca y China y Cochinchina y en sus jurisdicciones. Y también en aquellas tierras y lugares a los cuales ha mucho tiempo que el dicho fray Francisco, ministro general, envió otros frailes menores de la Observancia de la provincia de Portugal o custodia de Santo Tomé, instituída en la India Oriental, para erigir otra custodia en los sobredichos reinos o provincias o en sus distritos, dándoles para esto sus patentes y letras. Y la comisión y autoridad del dicho provincial tampoco se extenderá a las casas y conventos ya fundados en la ciudad de Malaca, y en ninguna manera se entremeterá con los frailes y personas que vivieren en ellas, ni se atreva a ejercitar alguna superioridad o jurisdicción en ellas ni en ellos. Fuera de esto, misericordiosamente concedemos y damos en el

Señor plenaria indulgencia y remisión de todos sus pecados perpetuamente a todos y cualesquier fieles cristianos, así hombres como mujeres, verdaderamente penitentes, confesados y comulgados, que visitaren devotamente alguna de las iglesias que están levantadas en la dicha provincia, o se edificaren, en dos festividades del año que especificare el provincial que fuere, desde las primeras vísperas hasta puesto el sol del siguiente día, de las festividades, y allí rogaren a Dios por la concordia de los príncipes cristianos, conversión de los gentiles, extirpación de las herejías y por la exaltación de la santa madre Iglesia, todas las veces que esto hicieren. Y en ningún tiempo estas presentes letras podrán ser notadas del vicio de la subrepción (1), ni impugnadas, ni invalidadas, o puéstoles cualquier otro defecto, aunque no haya sido llamada la provincia o sus frailes y esta institución haya sido hecha fuera del capítulo general de la misma Orden. Y así quitamos toda facultad y autoridad a cualquier personas, jueces y comisarios, aunque sean cardenales de la Santa Iglesia Católica Romana o auditores de las causas del palacio apostólico, y a cualquiera de ellos para juzgar o interpretar de otra manera: y si aconteciere que alguno con autoridad, a sabiendas o ignorantemente, intentare otra cosa, lo damos todo por írrito y nulo. No obstante lo que está determinado por Gregorio XIII, de feliz recordación, y en el concilio general de León de Francia, adonde expresamente se prohibe que ningún fraile de las Ordenes mendicantes puedan de nuevo recibir casa para vivir sin especial licencia de la Silla Apostólica, y otras letras de diversos romanos pontífices, nuestros predecesores, en que mandan que los dichos frailes de cualquier Orden que estuvieren en semejantes partes ultramarinas, principalmente de las Indias, que estén sujetos a la obediencia de los ministros provinciales ultramarinos. Y no obstante las demás apostólicas constituciones y ordenaciones, roboradas con juramento o confirmación apostólica, o con otra cualquier firmeza y costumbres, privilegios o indultos o letras apostólicas concedidas a la dicha Orden o a sus provincias, antiguamente instituídas, o a sus superiores o personas, con cualquier tenor y forma, o con cualesquier cláusulas derogatorias o anulantes, o otros cualesquier decretos dados *ex motu proprio* o cierta ciencia, o con plenitud de potestad apostólica o del consejo de nuestros hermanos, confirmados, aprobados y renovados para no instituir alguna custodia en provincia, si

(1) Ocultación utilitaria de las cosas.—*N. del E.*

no tuviere cierto y determinado número de casas o conventos, y expresa y especialmente derogamos por esta vez, tan solamente, todas las sobredichas cosas, puesto que si hubiese de hacer especial mención del tenor de ellas o se hubiere de guardar cualquier otra forma, y se hubiese de poner palabra por palabra y en la forma que están, teniéndolo todo por expreso y quedando todo en su fuerza; y asimismo derogamos cualesquier cosas en contrario. Dada en Roma, en San Pedro, del anillo del Pescador, a 15 de noviembre de 1586, el año segundo de nuestro pontificado.»

No es de menos consideración otro breve que el mismo pontífice dió, queriendo mostrar el paternal afecto que tenía a nuestra Religión, en especial a los religiosos que toman a su cargo el oficio apostólico de evangelizar el reino de los cielos entre los indios de las Filipinas, por lo cual le quise poner en fin de este libro. Para que constando a los religiosos que van por amor de Dios a tan grandiosa empresa, y a los cristianos que residen allá, los bienes espirituales de que pueden gozar, no pierdan por ignorancia tantos bienes celestiales como interesan. El breve dice así:

«Sixto, Papa V. A todos los que las presentes letras vieren, salud y apostólica bendición. Viviendo solícitos sobre el rebaño del Señor, conforme al cuidado debido a nuestro oficio pastoral, que divinamente nos ha sido cometido, con mucho gusto favorecemos con dones espirituales a los religiosos que no cesan de trabajar en la conversión de los gentiles a la fe, ayudando a nuestra solicitud y cuidado para que, perseverando de tan buena voluntad en tan piadoso ministerio, finalmente después de la carrera de esta vida merezcan ser recibidos de Dios Omnipotente en los gozos celestiales, como siervos buenos y fieles. Pues como hayamos entendido que nuestros amados hijos los Frailes Descalzos Observantes de la provincia de San Gregorio en las Indias e islas Filipinas trabajan mucho en la conversión de los gentiles, y con la gracia del Espíritu Santo hacen mucho provecho, nosotros recibiendo sus piadosos cuidados, y queriendo favorecerlos con favores y gracias especiales, con apostólica bendición bendecimos a todos cualesquier religiosos de la dicha Orden que por amor de Cristo y por el mandato de la obediencia se obligaren a procurar esta conversión de gentiles en las dichas partes de las Indias, y también les damos y concedemos misericordiosamente en el Señor indulgencia plenaria y remisión de todos sus pecados, así el día que llegaren a las mismas

Indias, si confesándose primero recibieren la santísima comunión, como en el artículo de la muerte si murieren contritos y confesados, o con propósito de confesarse en el camino o estando en la conversión. Fuera de esto, concedemos y damos misericordiosamente en el Señor a todos y cualquier fiel cristiano, así hombres como mujeres, verdaderamente penitentes y confesados y confortados con la sagrada comunión que visitaren devotamente cada año cualquier iglesia o casa de los dichos religiosos que están en las Indias sobredichas el segundo día de agosto, o la iglesia de la advocación de Santa Ana del hospital de los indios, fundado de los Frailes Descalzos de San Francisco en la ciudad de Manila, en el cual, como hemos entendido, son curados los cuerpos y almas con gran caridad, en cualquier de las festividades infrascritas conviene, a saber: la Epifanía, la Concepción de la Bienaventurada Virgen María, todos los Santos, desde las primeras vísperas hasta puesto el sol de estos mismos días, rogando con piadosos ruegos a Dios en las dichas iglesias por la conversión de los infieles y exaltación de la santa madre Iglesia. Fuera de esto, para que cada día se vaya más aumentando la devoción a la iglesia del dicho hospital, damos misericordiosamente en el Señor cien días de las penitencias impuestas, o de otra cualquier manera debidas, a los mismos fieles que cada lunes y viernes de la Cuaresma visitaren devotamente los altares de la sobredicha iglesia de Santa Ana, o uno si no hubiere más, y todas las veces que oraren allí, conforme la devoción de cada uno le dictare, y también a los bienhechores y los que tienen cuidado de los enfermos y aquellos que de su propia voluntad asistieren en el dicho hospital para servir los pobres que en él están, y todas las veces que algunas de las cosas sobredichas hicieren alguna piadosa obra, les relajamos veinticinco días de dichas penitencias. Finalmente, a todos y cualesquier fieles cristianos que dieren favor y ayuda a los sobredichos religiosos y a los demás ministros del sagrado Evangelio, llevándolos de una parte a otra, a donde fueren enviados de superiores, o se le dieren en otra cualquier manera. en orden del ministerio de la conversión, y también a los que defendieren a los indios de las injurias y malos tratamientos que se les hicieren, y a los que les dieren buen ejemplo, les relajamos misericordiosamente en el Señor veinte y cinco años y otras tantas cuarentenas de las mismas penitencias. Y queremos que solamente valgan estas letras por veinte años después de la publicación. Dada en Roma, en San Pedro, debajo del anillo del Pes-

cador, a 8 de noviembre de 1586, el año segundo de nuestro pontificado.»

Concluyo este libro con pedir muy encarecidamente a los religiosos de la dicha nuestra provincia de San Gregorio que por que no carezcan los frailes y los demás cristianos de tan particulares favores, que tengan cuidado de pedir a Su Santidad la confirmación o perpetuidad de este breve, pues es tan aventajada la remuneración espiritual que el Sumo Pontífice concede en él, y lo mismo concederá cualquier Sumo Pontífice siendo informado del fruto que se hace en aquella nueva iglesia. Lo cual conserve el Señor y aumente en gran número de ministros y fieles para su gloria y honra. Amén.

LIBRO SEGUNDO

De las apostólicas misiones que los Frailes Descalzos de la provincia de San Gregorio, de las Filipinas, han hecho por diversos reinos de gentiles, y de lo que en ellas vieron

CAPITULO PRIMERO

Cómo los religiosos Descalzos de San Francisco fueron la primera vez a la gran China

Los oficios inquietan en la oración.—Los primeros frailes que fueron a la China.—Efectos de la santa conversación.— Trabajos de los religiosos.—Muerte del padre Baeza.

Ardía tanto el amor de Dios y celo de la salud de las almas en los corazones de los primeros Frailes Descalzos de San Francisco que fueron a las Filipinas, que viendo que estaban cerca del reino de la Gran China (el cual es muy alabado de muchas cosas, con muy justa razón, en los tiempos antiguos y en los nuestros), determinó el padre fray Pedro de Alfaro, custodio de aquella nueva custodia de las Filipinas, de entrar en aquel reino, deseando que, pues estaban ya algunos religiosos en aquellas islas, fuesen otros a dar testimonio de la fe entre los innumerables infieles de aquel grande reino de la China (1); y como por particula-

(1) Según parece, el fundador de la primera Misión china de Pekín fué Juan de Montecorvino, franciscano del siglo XIII, nombrado obispo de Cambaluc por Clemente V. Según el padre fray Antonio de Santa María, en una carta dirigida al provincial de Filipinas, fechada en Hannay (China), en 14 de mayo de 1550: «Cuando entró en este reino el primer padre de la Compañía, que se llamaba Mateo Riccio, *diez años* anduvo fluctuando sin tener donde hacer asiento, hasta que el señor fué servido dársele.» El mismo fray Antonio de Santa María, en otra carta fechada en China el 3 de enero de 1553, dice: «El primero que en China entró fué el padre Mateo Riccio, el cual anduvo *diecinueve años*, ya aquí, ya allí, sin poder hallar ni quien se le diese.» «*Cartas de China*», *del P. Otto Maas*. El padre fray Jesús de Escalona, dice que: «Los primeros santos y apostólicos varones que de nuestra seráfica Orden fueron a esta conquista espiritual (de la China) son nuestros hermanos Fr. Pedro de Alfaro, prelado y fundador de esta provincia de Descalzos Franciscanos... Sus compañeros fueron Fr. Juan Bautista Pisaro y Fr. Sebastián de Baeza. Entraron en el año 1579 y a 18 de julio del mismo año tomaron tierra en China... De los Padres Agustinos pasaron Fr. Martín de Herrada y Fr. Jerónimo Marín... Y de los Padres Jesuítas, el glorioso San Francisco Javier detúvose en Sancham y allí murió glo-

res breves que tiene nuestra sagrada Religión, por no haber obispo electo de Manila fuese compelido el padre custodio, fray Pedro de Alfaro, a ejercitar el oficio de provisor, harto contra su voluntad, porque deseaba eximirse de él, aunque le obligaba en conciencia. Y aunque comenzó a gobernar muy a gusto de todos, viendo la inquietud de su espíritu y el estorbo que con los negocios tenía para la oración y contemplación, llevado de su fervoroso celo, se concertó con dos castellanos honrados, y juntando unos pocos indios, con el secreto posible, llevando por sus compañeros tres religiosos grandes siervos de Dios, fray Juan Bautista, fray Sebastián de Baeza y fray Agustín de Tordesillas, se embarcaron en una pequeña fragata para la Gran China, prometiéndoles su espíritu particular ganancia de almas. Y teniendo los vientos prósperos, fué muy breve su viaje. Y como los dos castellanos que iban con ellos con la comunicación santa de los religiosos estuviesen muy edificados, pareciéndoles que aquélla era buena ocasión para dar de mano al mundo y morir por la fe entre aquellos infieles, como todos deseaban, estando a vista de la Gran China, porque no fuesen desechados de la corona que esperaban del martirio, y por ser hermanos en él de los que hasta allí habían sido compañeros, echando sus vestidos en el mar por morir como pobres se desnudaron del viejo Adán y de todo lo que tenían en el mundo (que no era poco, porque eran ricos y honrados) y se vistieron de unas túnicas de sayal al modo de Donados, teniendo por singular merced de Dios Nuestro Señor el ser admitidos por siervos de sus siervos.

Llegados a la Gran China, tomaron puerto en la populosa ciudad de Cantón, adonde sucedió una cosa maravillosa, que siendo el navío de los religiosos muy diferente de los innumerables que estaban en el río de aquella ciudad, para guarda de ella y de todo el reino, no hubo persona alguna que les preguntase adónde iban y quiénes eran, ni les estorbase la entrada, hasta que saltando en tierra con una cruz levantada cantando el *Te Deum laudamus;* porque movidos los chinos por la diferencia del hábito, les preguntaron quiénes eran. Y fueron recibidos como gente

---

riosamente. El P. Mateo Riccio y el P. Rogerio, que imprimió el catecismo. El primer cristiano que se bautizó fué Paulo, y porque se hizo cristiano sin licencia de sus padres, le dieron veinte y cuatro azotes. Después han entrado los Padres Dominicos; fué el primero Fr. Angel de San Antonio, florentino... Por los méritos de San Francisco Javier y los demás obreros, hay más de cuarenta mil cristianos...» «*Sinica franciscana*», *de P. Anastasius den Wayngaert,* t. II.—*N. del E.*

extranjera, a quien, según la costumbre de aquel reino, reciben mal, y en ninguna manera consienten que estén entre ellos. Y así, luego los llevaron delante de un juez, y preguntando la causa de su venida, respondieron, con gran fortaleza y ánimo, que a enseñarles el camino del cielo. Y mirándoles toda la fragata, imaginando que traían armas, como sólo hallaron algunos libros, quedaron satisfechos que no eran gente de guerra. Y luego supieron de un chino que servía de intérprete, por saber la lengua portuguesa (aunque no decía las palabras con la libertad cristiana que los religiosos se las decían, sino lo que él quería), cómo eran religiosos. Pero con todo eso no les dieron libertad para salir siempre de su fragata, salvo algunos días de fiesta que salían a decir misa secretamente en casa de aquel intérprete, que era bautizado, con ayuda del cual, aunque con mucho trabajo, negociaron su salida de aquella ciudad, adonde tan poco provecho se podía hacer como el mal tratamiento que los chinos les hacían les desengañaba.

Allí aumentó el Señor a sus trabajos otro muy grande, que fué morírseles el padre fray Sebastián de Baeza con grandes señales de su predestinación, quedando solos sin su compañía y muy tristes por la falta de un religioso de tanta virtud. Y por orden del intérprete pusieron su cuerpo en una caja y le depositaron en una casa que había en la ciudad, adonde se depositaban los cuerpos muertos de los que habían de ser llevados a enterrar a otras partes. Porque aunque con los pobres no tienen humanidad muchos chinos ni les hacen limosna, con los cuerpos muertos se muestran muy humanos, enterrándoles y teniendo por crueldad aun el hollar sobre la sepultura y tapar (1) la tierra de ella después de enterrado el cuerpo. Granjearon estos benditos frailes con esta jornada el ser llevados a la ciudad de Macán, adonde fueron el padre Custodio y fray Juan Bautista, y dando a los portugueses relación de su viaje con ayuda del patriarca de Etiopía, religioso de la Compañía de Jesús y varón de gran santidad, que residía en aquella ciudad, trajeron los portugueses el cuerpo del religioso difunto y le enterraron con mucha solemnidad en la iglesia que edificaron en aquella ciudad de la China. Y los portugueses satisfacieron lo que el intérprete dijo que había gastado con los religiosos. A los cuales no sólo no sirvió de verdadero intérprete, pero con muchas mentiras y embustes les sacó un cáliz de dos que llevaban, diciendo que quería tenerle por prenda de lo que con ellos

(1) En este caso, arreglar o disimular.—*N. del E.*

gastaba, y ciego de la codicia le quebró, mostrando en esto y en otras cosas semejantes (con que daba harto en que merecer a los religiosos que no le conocían) cuán señoreado estaba del demonio, por haber vuelto atrás después que en Macán fué bautizado, y estar ya hecho peor que gentil.

CAPITULO II

De cómo fué edificado el convento de Nuestra Señora de los Angeles, en la ciudad de Macán, en la Gran China

Devoción de los portugueses.—Caridad ejemplar.—Celo de la santa pobreza.—Efectos del buen ejemplo.—Los frailes enseñaban niños chinos.

No sólo era el fin de las peregrinaciones de estos siervos de Dios dar a conocer la ley cristiana, con su apostólica vida, en los reinos de gentiles, mas también hallar la mina y tesoro de las trabajos para enriquecerse de merecimientos y virtudes con ellos. Y así, cuando los dos religiosos llegaron a Macán pretendiendo hacer asiento allí (vista la contradicción grande que le hicieron los chinos de Cantón), estaban muy contentos, confiando en el Señor que se acabarían muy bien todas aquellas tribulaciones. Y así fué, porque vista por los ciudadanos de Macán su mucha paciencia y santidad, no sólo holgaron que edificasen la iglesia y casa, quedándose del todo allí, mas les ayudaron con sus limosnas. Y viendo trabajar a los religiosos, ellos tenían por gran honra y obra meritoria trabajar en compañía de los benditos frailes en la obra de la iglesia, la cual, conforme a su espíritu y celo de la santa pobreza, hicieron tan estrecha y pequeña en la orilla del mar, que en breve tiempo se vió cuánta incomodidad era para la salud. Y aunque les aconsejaron se subiesen encima de un cerro, que estaba sobre la iglesia, no lo pudieron acabar con estos dos primeros fundadores, que eran los padres fray Pedro de Alfaro y fray Juan Bautista. Porque recelaban que la mudanza del lugar fuese inconveniente para que en la casa resplandeciese la santa pobreza que en su ejemplar vida mostraban, tratando siempre con los pobres del hospital, curándolos y consolándolos. Y lo que fué para todos los cristianos, portugueses y chinos, muy raro ejemplo de humildad fué verles tratar con sus manos a los leprosos, lavándoles los pies y besándoselos, mostrando en esto la mucha caridad de Dios y del prójimo que tenían. Por estas y

otras semejantes obras con que daban vida a sus palabras, era la reformación de las costumbres entre los portugueses muy grande, estimando en mucho a los siervos de Dios. Y aun hasta hoy día (como los que hemos estado en aquella ciudad somos testigos) vive la fama de su santidad, y son llamados aquellos primeros religiosos los santos castellanos (1).

Como la devoción de los portugueses era mucha, y el sitio del convento húmedo y enfermo, con sus limosnas se edificó después otro convento en el lugar que ahora está, que es muy sano y acomodado para el espíritu. Y como aquél era el primero que se edificaba en la Gran China, pusiéronle la advocación de Nuestra Señora de los Angeles, como habían hecho en Manila. Pretendiendo que resplandeciese allí la humildad y recogimiento, la continua oración, pobreza y mortificación. Criando con esta evangélica leche a muchos tiernos mancebos, que tocados del Señor por medio de la vida evangélica que sus siervos hacían en aquel pobre convento, y de los sermones fervorosos y eficaces del padre fray Juan Bautista, tomaron el hábito y salieron grandes religiosos, y como alguno de ellos me contaron era tanta la devoción que el obispo y pueblo tenían a los frailes, que daban gracias al Señor por tenerlos en su ciudad. Y confiando en sus santas oraciones, no sólo se encomendaban a ellos en cosas de importancia, pero aun en otras muy pequeñas les iban a pedir sus oraciones. Y crecía cada día esta devoción viendo que con el pequeño número de religiosos que había parecía aquel lugar casa de ángeles. Porque se ocupaban de día y de noche en divinas alabanzas y en mortificar su carne con aspereza extraordinaria. Y movidos por su buen ejemplo, todos los de la ciudad oían cada día misa, y con notable enmienda de su vida frecuentaban los divinos sacramentos y se ejercitaban en ayunos y vigilias y disciplinas con gran fervor. Porque todo el pueblo iba todos los viernes de Cuaresma a la salve a la iglesia de los frailes, y des-

(1) En la primera carta del padre Alfaro al gobernador general de Filipinas, don Francisco de Sande, fechada en Cantón (China), el 12 de octubre de 1579, le dice: «Muy ilustre y muy devoto señor: *Gratia et Pax*. Aunque mi venida a China tan a la sorda y secreta, como a vuestra señoría consta, y tanto que aun a mis frailes que allá quedaron no lo descubrí, sino fué a uno (al padre Diego de Oropesa), todo fué menester para hazer este salvamiento tan peligroso y trabajoso como algunos piensan; mas como el fundamento y blanco donde tirávamos era Dios, no podía dejar de sucedernos muy bien, porque cual es el principio tal suele ser el fin...» *«Sinica franciscana», del P. Anastasius den Cayngaert*, t. II.—*N. del E.*

pués de haber precedido una breve lección de la Pasión de Cristo Nuestro Señor, que se leía en el coro tan alto que era oída de todos, todo el tiempo que duraba la disciplina de los frailes se disciplinaban los seglares con muchas lágrimas y suspiros. Saliendo de aquella santa mortificación compungidos y con nuevos deseos de servir a la divina Majestad haciendo largas limosnas a los pobres necesitados. Y las de los frailes eran tantas, que de las sobras eran sustentados muchos pobres que venían a la puerta, aunque no tomaban los religiosos sino lo necesario.

Y para el fin que tenían, de procurar entrar a predicar el santo Evangelio en la Gran China, criaban en su casa algunos niños chinos, como en un seminario de virtudes. Para que enseñados en el temor y amor de Dios, y conocimiento de los misterios altísimos de nuestra santa fe, pudiesen después, en la conversión que se esperaba, servir de fieles intérpretes. Todo esto era motivo para que se aumentase tanto la devoción de los cristianos, que muchos de los más principales portugueses estimaabn como muy preciosa reliquia el pan que sobraba a los ministros del Señor. Porque entendían, viendo su vida y conversación santa, que viviendo en la tierra estaban transformados en las cosas del cielo.

CAPITULO III

Cómo el padre fray Agustín de Tordesillas volvió desde la China a Manila, y de lo que le sucedió en el viaje

Negóciase en China con mucho trabajo.—Hechicerías de los chinos.—Efectos de las santas oraciones.—Frutos de las apostólicas misiones.—Cómo se convirtió España.

El otro compañero del padre fray Pedro de Alfaro (como se dijo) era el padre fray Agustín de Tordesillas, al cual mandó que en compañía de los dos seglares que venían en hábito de Donados volviese a Manila a dar cuenta a los religiosos que allí estaban del suceso de su jornada y de la poca esperanza que se podía tener de entrar en la China. Y de que el Señor les había consolado con lo que tenían de perseverar en Macán. Y como los chinos los aconsejasen que no volviesen la fragata que habían traído, porque corría peligro de que les matasen, no con pequeño trabajo y diligencia sacaron licencia del gobernador de Cantón para ir a un puerto de la provincia de Chincheo, que es costa

de la China, y embarcarse allí para Manila. Y como para negociar las licencias de pasaje no tuviesen dineros, negociaban trabajosísimamente, y aunque algunos de los *mandarines* (1) (que así llaman los chinos a sus jueces) gustaban de verles, pero como no veían plata, de que son muy codiciosos, dilatábanles mucho su negocio. Mas después de algunos días alcanzaron licencia para que les dejasen ir a Chincheo. Y allí se embarcaron en los navíos que van a tratar a las Filipinas, y, engolfándose, tuvieron una terrible tormenta. Y los chinos (como tienen de costumbre en semejantes trabajos) pidieron remedio en aquel trabajo a sus ídolos, echando suertes y ofreciendo olores. Y siempre les suele responder el demonio entrando en alguno de ellos. Y dice los malos o buenos sucesos que han de tener. Mas como el padre fray Agustín llamase a Dios, con los exorcismos apropiados por la Iglesia contra las tempestades, y, respondiéndole los españoles, dijese las letanías, fué cosa maravillosa que habiendo comenzado el chino endemoniado a bailar, para darles la respuesta del demonio que esperaban, dijo que no podía hablar palabra, porque las oraciones de aquel padre le impedían y ligaban para no poder responder. Y como el Señor oyese la petición de sus siervos, habiéndoles dado algunos días en que merecer con la tormenta, llegaron a Manila, y fué su venida de gran consuelo para todos los religiosos. Los cuales, aunque veían de cuán poco efecto había sido la ida de la China, no la juzgaban por sin fruto y merecimiento, pues por lo menos, cuanto era de parte de los frailes, se había dado testimonio de la fe, siendo conocidos por religiosos que adoraban al Dios verdadero, quedando siquiera este santo Nombre publicado entre tantos infieles. Porque desde aquel tiempo todas las veces que los chinos han visto en Cantón frailes de nuestra sagrada Religión (que han sido muchas veces, porque han ido con los portugueses que contratan allí), los niños andan tras ellos por la calle, dando voces y diciendo: «Padres castellanos», y sirven estas voces de medio para que sepan que son siervos de Dios y que hay Dios. Para cuando el Señor juzgue aquellos idólatras y les ponga por cargo que habiendo visto en su tierra hombres penitentes y de conversación virtuosa, y que demostraban alegrarse con los trabajos y afrentas, y oyendo decir que eran sus siervos no preguntaron de veras quién era este Dios, para que disponiéndose recibieran el divino favor y

(1) El original dice «mandelines».—*N. del E.*

la luz evangélica con que pudieran escapar de los tormentos eternos.

Y aunque algunos juzgan semejantes jornadas con prudencia humana, por no ver por los ojos corporales el provecho de ellas, no carecen de fruto, ni es cosa nueva en los siervos de Dios el hacer largas peregrinaciones movidos del amor de Dios y del celo de la salvación de las almas. Porque aunque no salga luego a luz el fruto de ellas, no carecen de él. Y, si bien se considera, éste fué el principio que dieron los santos Apóstoles a la predicación evangélica, discurriendo por muchas provincias a donde no eran oídos, ni recibidos, para que fuesen convencidos los moradores de ellas de poco conocimiento, pues no conocían ni recibían los embajadores de Dios. Los cuales, hollando aquellos reinos desconocidos, y adonde no eran admitidos, con su apostólica vida dejaron siquiera alguna memoria de su doctrina y santa conversación, que fué como semilla, la cual después de muchos siglos, sazonada con el riego de las divinas inspiraciones, dió fruto copiosísimo en aquellas mismas provincias. Como lo vemos en nuestra España, adonde el príncipe y Patrón de ella, el gloriosísimo Apóstol Santiago, predicó. Y de creer es que su vida y predicación sería como de hombre lleno del Espíritu Santo. Y, como las historias dicen, sólo convirtió en toda España nueve discípulos, y los siete de ellos en Aragón. Mas la memoria de su evangélica conversación y santa vida quedó *de* (1) tal suerte eternizada en la memoria de los que le vieron y oyeron, que diciéndolo los padres a los hijos, iba Dios Nuestro Señor, como con divina semilla, fructificando creyentes por medio de la memoria de este santo Apóstol. Y así, cuando sus discípulos, trayendo a su maestro muerto, vinieron a predicar el mismo Evangelio que él había predicado, la memoria de su predicación ayudaba mucho para que fuesen creídos como discípulos suyos, y con la divina gracia fuese creído y admitido el santo Evangelio, aunque el principal predicador, que fué el santo Apóstol, había sido desechado y su doctrina no admitida sino de pocos. Por lo cual semejantes cosas hanse de juzgar con el mismo espíritu que se hacen, y dejar el fruto a Dios Nuestro Señor. Y, si bien se considera, no es pequeño fruto el ser conocidos en toda la Gran China los Frailes Descalzos de San Francisco por pobres voluntarios y gente que vive en castidad, y sin humano interés y profesa toda virtud.

(1) En el original falta «de».—*N. del E.*

CAPITULO IV

Cómo fueron otros religiosos Descalzos al reino de la Gran China y de lo que contaron de él

Los frailes que fueron enviados a la China.—Llegaron los frailes a Macán.—Riqueza de la China.—Castigos rigurosos.—Cómo negociaban los frailes.—Letras y traje de los chinos.—En la China hubo gran hambre.—Dos padres de la Compañía están dentro de la China.—De las mujeres de la China.—Comedias y entremeses de chinos.

Como el espíritu de la conversión de las almas sea en muchos siervos del Señor insaciable (1), inclinándolos que como centellas de fuego anden discurriendo entre las cañas, que son los infieles que están vacíos del conocimiento de su Criador y Dios, todos los religiosos que pasaron y pasan a las Filipinas van con grandísimo deseo de entrar a evangelizar a Cristo crucificado a los idólatras del gran reino de la China, aunque, rindiéndose a lo que la santa obediencia dispone, ponen tasa a su buena inclinación. Y así, dejándose los primeros religiosos a lo que la divina voluntad dispusiese de ellos, por medio de la de sus prelados, unos fueron destinados para la conversión de los indios, otros se quedaron en los conventos, adonde no la hay, y otros fueron enviados al convento de Macán en la Gran China, que poco antes habían edificado, para continuar aquella empresa, rica de buenas esperanzas, que habían emprendido. Y para esto fué señalado por comisario el padre fray Jerónimo de Burgos, con seis compañeros de su mismo intento y espíritu. Y como la variedad de las cosas de la mar sea cosa muy cierta, el Señor ordenó que pretendiendo ir a Macán fuesen a otro puerto de la gran China. A donde, siendo vistos de los chinos, juzgando que eran ladrones, fueron presos, y traídos con mucho trabajo y otras necesidades, y de sobresaltos, de que habían de ser muertos, a la ciudad de Cantón, donde fueron puestos en una cárcel con mucha inhumanidad; mas en los mayores trabajos ellos estaban más contentos, por padecer algo por su Dios; y siendo conocidos que eran religiosos de algunos chinos que habían estado en Manila y en Macán, fueron depositados en una casa de los mercaderes del reino de Siam, que hay en aquella ciudad, hasta que por indus-

(1) Sap., 3.

tria de un devoto portugués fueron rescatados con plata (que es el principal dios que adoran los chinos) y llevados a Macán, adonde fueron muy bien recibidos de los religiosos sus hermanos que estaban en aquel convento. Y aunque estos siervos de Dios no fueron admitidos en la Gran China, dieron con la paciencia en los trabajos, y con la pobreza de sus hábitos, un pregón de la virtud. Y por haber andado por muchas provincias y diferentes tierras de aquel gran reino, fueron como exploradores que dieron noticia de la grandeza de las ciudades y de la mucha gente que hay en aquel reino. Y, por incitar los ánimos de algunos a que por lo menos encomienden muy de veras a Dios Nuestro Señor la conversión de aquella gente, diré buenamente algo de lo que yo vi, y ellos me dijeron, y también supe de otras personas que han sido testigos de vista.

Todos, pues, afirman que aquel grande reino es de muchas provincias, adonde hay grandes y populosas ciudades, por ser la gente innumerable. Su principal riqueza es oro y seda, para vender; tienen mucha plata para contratar entre sí, y no sale del reino porque no tienen comercio ni trato con gente extranjera, admitiéndola dentro de sus ciudades. Y si consienten que los portugueses de Macán vayan a comprar seda a la ciudad de Cantón, es en ciertos meses del año, por el mucho interés que de ellos tienen, y no les consienten dormir fuera de los barcos a donde vienen, ni les dejan traer armas ningunas. Y cierran todas las noches las puertas de sus ciudades, sellándolas con el sello del mandarín, siendo cuatro hombres juntos los que para esto están diputados en cada puerta, trayendo cada uno su llave diferente. Hay un señor y rey universal en todo el reino. El cual le gobierna por virreyes y gobernadores, dando siempre estos oficios, y los demás pertenecientes al gobierno, a los más letrados, no haciendo caso de linaje, sino de letras. Los castigos que hacen en los delincuentes son inhumanos y muy crueles, y en sus audiencias, en acabando de sentenciar las causas, son luego castigados, dándoles azotes con medias cañas gruesas, conforme el delito merece. Y cuando es la culpa muy grave, pocas veces matan a ninguno de una vez; mas azótanle tantos días y acreciéntanles otros nuevos castigos y malos tratamientos en las cárceles, que este género de muerte es terrible, por ser tan dilatada y causada de la mucha continuación de los castigos. Los pleiteantes pónense en la sala de la Audiencia en dos hileras, cercados de los ministros de justicia, y dan grandes voces, para que, movidos con ellas el juez, les oiga. Por lo cual los religiosos

cuando iban a negociar las licencias y pasaportes para su camino (que era necesario en cada lugar por donde pasaban), cuando les mandaban dar voces decían, la voz en grito (como uno de ellos me contó): «Señor, Dios de cielo y tierra, habed misericordia de esta gente, convertidlos por vuestra preciosísima sangre y dadles vuestra divina luz, para que os conozcan, adoren y sirvan.» Y con semejantes exclamaciones, no entendidas de los gentiles, por ser en lengua castellana, hacían oficio de religiosos y negociaban sin dar nada, porque los jueces los despachaban muy presto, aunque no tanto que no les diesen en qué merecer.

Tienen en aquel reino caracteres particulares, y el aprenderlos a leer es su principal ciencia, y por saber leer más caracteres y letras son tenidos por más letrados, y gastan en esto muchos años, porque cada letra significa diversas cosas, y cuesta mucho trabajo el aprenderlas a leer y a escribir. Todos los chinos son de buena estatura, son blancos y de buenos rostros. El traje de los hombres y mujeres es largo y honesto, y usan así ellos como ellas de cabello largo, que curan y peinan con cuidado, y le traen atado en medio de la cabeza. Son los chinos gente glotona, y comen con unos palillos que les sirven de cuchara. Son muy dados al vicio de la sensualidad, y así tienen muchas mujeres, si las pueden sustentar, y déjanlas fácilmente, y, lo que peor es, muy usado entre ellos el pecado nefando. Y aunque la abundancia de las cosas temporales en aquel reino ha sido hasta nuestros tiempos tanta que jamás se acuerdan haber tenido trabajo de hambre, el año de mil y quinientos noventa y cinco hubo tanta necesidad de arroz (que es su principal mantenimiento), que vendían los padres a los hijos para comprar arroz. Castigándoles el Señor con esta hambre por sus pecados y sacando de esta manera muchas almas de aquel reino, que tiene tan cerradas las puertas al santo Evangelio, para que fuesen bautizadas. Porque los portugueses de Macán compraron más de mil esclavos chinos, que repartieron por la India Oriental, y muchos en acabándoles de bautizar se iban al cielo, adonde pedirían a la divina Majestad que envíe la luz de su santa fe a su reino y nación para que salgan de la ceguedad en que viven adorando ídolos, que comúnmente son figuras de sus mandarines antiguos, y delante de ellos hacen fiestas de comer y beber, porque como no saben que hay otra vida, toda su felicidad ponen en el regalo del cuerpo.

A los difuntos (a quienes entierran en los campos) les ponen muchos papeles escritos en las sepulturas, y ofrecen

incienso y otros olores junto a ellas, y cuando desde lejos ven alguna sepultura o ermita de ídolos, pónense en pie, las manos levantadas sobre las orejas, y después juntándolas se postran hasta el suelo, haciendo esta reverencia tres veces. El Señor les alumbre y dé mucho favor a los padres de la Compañía, que dos de ellos están siempre dentro de aquel reino, con harta costa y trabajo, esperando que su Majestad alumbre aquellos infieles. Entre los cuales la gente principal y magistrados visten ropa de seda, que de ordinario son de color azul, entre verde o morado, estimando por más honrado el blanco, y solas las mujeres se visten de colorado. Hácense unos a otros grandes cumplimientos de muchas inclinaciones, y en esta su buena crianza gastan mucho tiempo. Las mujeres, aunque son comúnmente hermosas, y para parecerlo usan de muchas galas, adornando el cabello, que enlazan en la cabeza en modo de pirámide, con muchas rosas y flores hechas de oro y plata y de muchas piedras preciosas, guardan mucha lealtad a sus maridos, ayudando a esto el mucho recogimiento que guardan, en especial las que son honradas. Cuando se visitan unas a otras van en sillas, porque por fajarse los pies desde niñas están casi imposibilitadas de poder bien andar. Las representaciones de China son ordenadas para tener amor a la Patria, a los parientes y amigos, y fidelidad las mujeres a sus maridos. Representan casos particulares de honestas mujeres y de valerosas doncellas, teniendo por cosa infame el representar vanidades y deshonestidades de amores, aun en los entremeses. Los cuales son de ordinario tropelías muy gustosas, o hacer voltear algunos monos o perros, que para esto tienen enseñados. Usan también para entretener la gente de violones o chirimías, a su modo muy concertadas, teniendo para esto su música puesta en arte y punto, y escrita en muchos libros. Usan también el danzar con mucha honestidad damas y galanes, con que alegran sus fiestas y regocijan sus casamientos y convites, y cuando no son de una lengua, escribiendo se entienden como entre nosotros el que sabe hablar latín es entendido de los que lo saben en todas las tierras. En las escuelas que tienen es muy particular la modestia que guardan los mozos, con la esperanza que tienen de salir de allí para algún gobierno, ensayándose en la gravedad que entonces han de guardar.

También saben medicina y cirugía, enseñados de la experiencia que tienen de la virtud de muchas yerbas. Y aunque no saben fundamentalmente la Astrología, presu-

men de saber los eclipses del sol y de la luna y algunas cosas naturales.

CAPITULO V

DEL REY Y MAGISTRADOS DE LA GRAN CHINA

Cuándo sale de casa el rey de China.—Qué hacen de los hijos del rey.—Insignias de los mandarines.—Tres maneras de dioses.—Cómo los chinos se conservan en paz.

Sobre todo ponen los chinos toda su felicidad en el gobierno, gobernándose por un rey y por unas leyes comunes. Y como son sus reyes por sucesión, para que haya fidelidad y certidumbre en ella, se toma por fe el día y hora que el rey comunica con alguna de sus mujeres.

Los reyes están siempre en sus palacios de la gran ciudad de Pachín (1), que tienen tanto circuito como una populosa ciudad, y dentro tiene todas las recreaciones y placeres que el apetito puede desear. A las puertas de palacio hay mucha gente de guarda, la cual es de tan grande estatura, que son como gigantes. El rey sale cada año solamente dos veces, la una en verano, y ofrece público sacrificio al cielo para que le sea favorable. Y otra en invierno para sacrificar a la tierra, por que no le falte con los frutos necesarios. Y siempre sale acompañado de innumerables carrozas, adornadas de muchas vidrieras y celosías. Y sólo sus eunucos y criados saben en cuál de ellas va el rey, por que no suceda alguna traición. A los hijos que nacen después del príncipe, críanlos en una provincia lejos de la corte, con la autoridad y regalo debido a los infantes. Y nunca los admiten en algún gobierno. Y si hacen algún delito digno de muerte, pónenlos en fuertes torres con mucha guarda, para que allí a solas mueran, teniendo por afrenta morir a manos de otro.

En las quince provincias que tiene el reino de China, pone el rey sus visorreyes, y cada uno de ellos tiene cuatro o cinco coadjutores, que visitan las ciudades y lugares de toda la provincia. Hay en cada ciudad casas reales, y en ellas se da audiencia en diversas salas a diversos negocios. En una se trata los civiles y en otra los criminales, y en otra las cosas de estado y rentas reales, y en ellas presiden los mandarines, que son los principales magis-

(1) Pekín.—*N. del E.*

trados y gobernadores de aquel reino. Usan también en todas las ciudades llamar los magistrados a toda la gente plebeya en ciertos días de cada mes, y amonéstanles con muchas razones que tengan amor de la Patria, y del rey y de los hijos, mujeres y familia, y la reverencia que han de guardar a los mayores, especialmente a los jueces que gobiernan. Fuera de los magistrados que asisten a las audiencias, tiene otras nueve órdenes de magistrados, a los cuales los ínfimos jueces y ministros de justicia (que son infinitos) están sujetos, guardando todos entre sí la debida subordinación, para que se conserve la paz. Procurando todos hacer con rectitud sus oficios, porque tienen muchos émulos que les miran a las manos. Todos estos oficios de gobierno se proveen por suficiencia, y así, cuando cada tres años vacan, van los estudiantes de la Universidad a oponerse a ellos, aunque a ninguno dan oficios altos hasta que se hayan ejercitado y aprobado bien en los bajos. Para proveer estos oficios envía el rey a cada provincia cada año un visitador. Todos los que tienen oficio real guardan mucha gravedad y honestidad de ojos y compostura de manos, y son muy respetados de todo género de gente, y con unos bonetes y cintos anchos, curiosamente guarnecidos, y en ser llevados en sillas curiosamente labradas, representan la autoridad de su oficio. Y cuando han de ser castigados por algún delito, quitándoles las insignias reales, los azotan como a los demás. Cuando están en sus tribunales háblanles todo de rodilla y la cabeza en tierra, y tiénenles tanta reverencia, que son tenidos por dioses. Porque como no conocen al verdadero Dios, dicen que hay tres maneras de dioses: unos que gobiernan el cielo, otros el infierno, que dicen está en las entrañas de la tierra; otros que gobiernan a los hombres según las leyes de justicia, y éstos entienden que son sus gobernadores, y así están temblando delante de ellos y no hablan si no es por procuradores, y cuando pasan por las calles, en especial los gobernadores supremos, en oyendo las voces que dan los verdugos, que van dando voces con unas gruesas cañas en las manos para azotar a los delincuentes, todos se esconden y cierran las tiendas. Todos los jueces viven con cuidado, porque muchas veces los visitadores que cada año vienen por orden secreta del rey entran en las provincias disimulados, y hasta que se enteran de lo que en ellas pasa no se manifiestan, y en manifestándose dan audiencia a chicos y grandes para que pidan justicia, aunque sea contra los visorreyes, para que sean desagraviados. Estos visitadores son los que concluyen todos los

negocios y desembarazan las cárceles, dando a cada uno la pena merecida por sus delitos. Y los que no pueden pagar sus deudas son vendidos por esclavos por toda su vida. En las cosas de guerra hay tan buen gobierno, que aquel grande reino se conserva en paz, y como no quieren tener guerra con los reyes convecinos si no son provocados a ella, con los soldados que de ordinario tienen en los presidios están seguros, y cuando han de hacer guerra fácilmente ponen en campo doscientos mil soldados, y muchos navíos por mar.

CAPITULO VI

De los trabajos que padecieron los Frailes Descalzos en la Gran China

Cómo fueron presos dos españoles.—Los frailes fueron presos.—Los frailes fueron maltratados.—Los frailes se aparejaban para morir.—Fueron los frailes conocidos.—Son presentados al juez mayor.—Hay muchas ciudades cercadas.—La China es tierra muy poblada.—Hay innumerable gente en los ríos.

Aunque el padre Mendoza, en la historia que hizo del gran reino de la China (1), aprovechándose (como queda dicho en el prólogo) de las relaciones que los religiosos que estuvieron allá le dieron, trata algo de lo mucho que padecieron los Frailes Descalzos en aquel reino, por razón de la historia que voy tratando será necesario tocar algo de lo que en esto está dicho. Y aunque voy huyendo el historiar las costumbres de aquel gran reino, por estar ya largamente referidas en la sobredicha historia, de lo que en ella no se tocó diré algo. Y sea lo primero que hasta aquí sólo han ido los religiosos a padecer por Cristo muchos trabajos, como el padre fray Francisco de Montilla, religioso de mucha virtud y crédito, y otros, me afirmaron que las habían padecido, diciendo que llegando a tierra de la Gran China, forzados del mucho viento, se ensenaron junto a la isla de Ainán (2), y como los chinos vieron el navío diferente de los suyos, toda la gente se alborotó y se puso

(1) Fray Juan González de Mendoza: *Historia de las cosas más notables, ritos y costumbres del gran Reino de la China.* Edición, prólogo y notas por el padre Félix García, O. S. A. M. Aguilar, editor, Madrid. Publicado como volumen II de la Biblioteca España Misionera, Madrid, 1944.—*N. del E.*

(2) Hainán, de la provincia de Kuang-Tung.—*N. del E.*

en armas, como muy en breve vieron. Porque queriendo un español que iba con ellos en el navío salir a tierra con otros dos compañeros en un pequeño barquillo que llevaban para traer agua, antes que llegasen a ella salieron de una emboscada grande multitud de chinos con mucha arcabucería, y en llegando a la orilla los cogieron y maniataron y llevaron a una villa cercada que estaba como dos leguas de allí. Y como el navío estaba algo lejos, viéndolo los que estaban en él lo que pasaba, parecióles que los habían muerto, estaban muy tristes y temerosos de que harían lo mismo de ellos.

El día siguiente, que fué día de San Juan Bautista, vinieron de tierra al navío tres barcos llenos de gente armada, con flechería y arcabucería, y entendieron los religiosos que los venían a matar; y viendo que los chinos que venían se recataban y reconocían de lejos el navío, los llamaron haciéndoles señas que llegasen, y aunque con miedo, llegaron. Y regalándoles de lo poco que llèvaban, les preguntaron por señas por los tres compañeros que habían ido a tierra. Y dando a entender que estaban vivos, pidiéronles que les trujesen carta de ellos, y en breve tiempo fueron y la trajeron, aunque no osaron decir los presos el estado en que estaban. Todo esto hacían los chinos como pusilánimes, para prenderlos a todos muy a su salvo, como lo hicieron el día siguiente, que entendiendo los religiosos que los llevaban a ver a sus compañeros, se dejaron llevar donde los chinos quisieron llevarlos, que fué a un río cerca de la villa, adonde tenían presos a los compañeros que vinieron primero. Allí vino el mandelín y justicia mayor con gran aparato de tambores, trompetas y soldados, y los llevó delante de sí como a gente cautiva en buena guerra, tomándoles también el navío. Y luego los metieron en una cárcel baja humedísima, hedionda y sucia, poniéndoles mucha guarda de soldados que les hacían muchos agravios y daban mucho a merecer, dándoles de palos y de puñadas y haciéndoles otros malos tratamientos. Porque naturalmente es gente sin piedad la soldadesca de China, como de ordinario lo son los cobardes. Y los más días están tocados del vino, que aunque es de arroz, o de cierta fruta llamada lechia, también emborracha. La comida que les daban era un poco de arroz mal limpio, cocido sin sal y en vasija sucia, o en unas ollas como cebaderos, bolsas de bestias colgadas al cuello, para que comiesen en el camino, y de esto muy poca cantidad. Porque como los chinos tenían a los religiosos por corsarios y mala gente, afligíanles con hambre y mal tratamiento,

poniéndoles de noche en el cepo por que no se fuesen.

Estuvieron los religiosos con grandísimo contentamiento en aquella cárcel y cepo, hasta que les sacaron a la Audiencia delante del juez. Y despojándoles de todo lo que tenían, les echaron esposas a las manos y cadenas al cuello, y entregando a cada uno a tres soldados, con trompetas y atabales les sacaron de la ciudad, como a gente condenada a muerte. Porque al principio no hubo intérprete para dar cuenta de su venida. Y aumentóles el temor uno de los religiosos que había estado otra vez en Cantón, diciendo que los sacaban fuera del pueblo a degollar. Y como fácilmente lo creyeron, se iban animando a morir, ya que no por la fe, pues no podían dar razón de ella, por no saber la lengua, a lo menos por la obediencia que les había enviado a padecer aquellos trabajos. Salidos fuera del muro de la ciudad, hicieron todos alto, y la gente de ella que les seguía (que era casi todo el pueblo) se volvió. Y allí no faltó quien les dijo por señas que no temiesen, porque no les habían de matar, sino que los llevaban a otra parte, y así fué que con las esposas y cadenas y guarda de soldados los llevaron ocho o nueve días de camino, dándoles harta más molestia que la de la cárcel. Y añadíaseles el trabajo con las muchas aguas que llovían. Por lo cual tuvieron por merced del Señor no morir todos, viendo que cada noche enjugaban en sus cuerpos los hábitos y venían llenos de lodo, y dormían en los suelos húmedos con harto trabajo, y en los corrales como bestias. De esta suerte llegaron a la ciudad metrópoli de aquella isla (1), habiendo pasado primero por ocho pueblos cercados de muy buenos muros, que deberían de ser villas. La ciudad donde llegaron era grande; tenía dos cercas con un gran foso de agua. Presentáronlos delante del juez. El cual, viéndolos así tan fatigados, siendo avisado, sin que los religiosos lo supiesen, de que eran portugueses y buena gente, y sus amigos, movido de una natural compasión (la cual suelen tener los jueces de China con los extranjeros), les mandó luego traer de comer y beber, y pospuesta toda gravedad por la necesidad que llevaban y por cumplir su mandato, comieron todos. Mandólos luego poner en la cárcel pública de los malhechores, y entre ellos hallaron harta más piedad y buenas obras que entre los soldados. Allí encontraron un delincuente que sabía algunas palabras en lengua portuguesa, y aquella misma noche, a las diez, viniendo a visitar el juez de la cárcel, que era un hombre

(1) Chinán.—*N. del E.*

principal, diciéndole aquél que eran religiosos, los sacó de allí y los puso en la cárcel de la gente honrada, que estaba presa por pequeños delitos. El día siguiente fué a ellos un chino mercader de la provincia de Chincheo, que es de adonde más contratan con los españoles, y les habló en portugués algunas palabras, diciéndoles que él los tomaría a su cargo. Y desde aquel día a su costa les proveyó de lo necesario para comer y les buscó intérprete, por el cual, hechas sus diligencias y las demandas y respuestas ordinarias con aquel juez, les sacó en fiado y puso en un templo de ídolos, adonde estuvieron cerca de un mes, hasta tanto que el mercader acabó sus negocios y los llevó a la presencia de un juez que llaman Aitao, que era supremo de los de toda aquella isla, por ser como sustituto del visorrey de la gran provincia de Cantón. Este, teniendo noticia de la prisión de los religiosos, había despachado sus recaudos para que no les maltratasen, sino que los remitiesen a él, como se hizo, y dándoles libertad fueron a su presencia, en compañía de los factores del mercader, a cuya costa comían, pasando de aquella isla a tierra firme. Por la cual pasaron por muchas ciudades muy populosas, cercadas de una y dos cercas. Y por algunos espaciosos llanos.

Llegados a la presencia del supremo juez, parecieron delante de su tribunal, que era de mucha majestad, y su persona de notable autoridad. Recibióles con muestras de grande amor, preguntándoles varias cosas, y en todas mostraba que les quería hacer bien. Y fuera de la costumbre de los jueces de China, se levantó de su asiento y llegó a los religiosos, preguntándoles con mucho amor lo que que querían, y respondiendo que querían ir a Cantón o Macán, les dijo si querían ir por tierra o por mar. Y sabiendo que deseaban ir por mar, mandó luego proveerles de navío. Y de la caja real y pública mandó dar buena cantidad de plata para el gasto del camino. Pasados algunos días se embarcaron en un río, por el cual caminaron agua arriba diez días, y a las orillas de él había algunas ciudades, todas cercadas de fuertes muros, aunque eran pocas, por ser aquella parte de China la menos poblada de todas. Llegaron al nacimiento de un río que va a dar a la ciudad de Cantón (1). Y allí hallaron una ciudad muy populosa y bien cercada y proveída de todo lo necesario. Y en ella vieron vender uvas y frutas como en España, y otras muchas cosas en gran abundancia. Había en aquel río muchos navíos y barcos para navegar por él, con gran comodidad

(1) Brazo del delta del Si-Kiang.—*N. del E.*

de aposentos en ellos. Y así, los chinos que llevaban los religiosos, alquilando dos barcos pequeños fueron a la presencia del virrey de aquella provincia, que reside en la gran ciudad de Sauchín, que está fundada junto a un caudaloso río. Y siempre pasaban por muchas ciudades muy cercadas y vistosas, que parecían ser de mucha gente. Pararon en una grandísima ciudad, que está fundada entre dos ríos muy caudalosos, y el uno de ellos tenía una muy larga puente, fundada sobre barcos asidos con cadenas de hierro. Había en el río algunas isletas pobladas de buenos pueblos y grandes templos de ídolos y heredades, y toda la gente era blanca y de buen traje y talle. Llegando a la ciudad de Sauchín vieron salir al visorrey una mañana que iba a visitar un templo, con tanta majestad de gente y salva de piezas de artillería que dispararon, y atabales y trompetas que tocaron y ministros de justicia que le acompañaban, que les causó grande admiración. Después hizo llamar a su tribunal a los religiosos, y, puesto en su asiento de mucha majestad, los religiosos se postraron en tierra, algo lejos, delante de él, según la costumbre de aquella tierra, y habló un intérprete muy pocas palabras. Porque luego recibió los papeles y despachos y les mandó aguardar en la ciudad hasta que los vió, y entendida la causa de su venida, sin volverlos a llamar dió su despacho, remitiéndolos a la justicia mayor de la ciudad de Cantón. Tardaron en el camino dos días, caminando en los barcos por el río abajo, y por una parte y otra vieron ser tierra de muchísima gente y de grandes pueblos y muchos ríos, todos tan llenos de barcos, que no teniendo número para traer y llevar gente y bastimentos a Cantón y a las ciudades y villas de su comarca, porque a todas se va por agua por los muchos ríos que tienen abiertos a mano. Y esto mismo es en toda la China. Por lo cual dicen muchos que es tanta la gente que vive en los barcos dentro de los ríos como en la tierra. Y la población de ciudades y villas es tanta, que parece toda la tierra una ciudad continuada. Tienen los chinos gran curiosidad en que en las aldeas, aun muy pequeñas y de casas pajizas, haya escuela, en que se enseñan a leer y escribir los muchachos; y en las ciudades parecía haber en cada calle una escuela.

CAPITULO VII

DEL FIN QUE TUVIERON LOS TRABAJOS QUE LOS FRAILES DESCALZOS PADECIERON EN LA GRAN CHINA Y DE OTRAS COSAS QUE SUPIERON DE AQUEL REINO

Padre de huérfanos.—Imprenta de la China.—Los frailes padecieron mucho.—Dificultoso de predicar en la China.—Modo de enterrar los muertos.—Abundancia de la tierra.—Ave del paraíso.

Llegados los Frailes Descalzos a la ciudad de Cantón, los presentaron a la justicia mayor de ella, y vistos sus despachos, los remitió a una justicia que entre ellos es como padre de huérfanos, y este oficio se da en todas las ciudades al más letrado y más humano y compasivo. Aquéste los recibió con entrañas de padre, y, postrados delante de él, los mandó levantar, y los hizo llegar a sí. Estándolos mirando con mucha atención, y tomando un breviario, que habían solamente escapado por haberle guardado de los ministros, justicia y soldados que les traían por los caminos, le comenzó a mirar con admiración de la curiosidad de nuestra imprenta, porque a los más sabios causa más admiración, y coligen de ella que son los españoles gente de buen entendimiento. Y casi todos los jueces piden a los religiosos, cuando van a su presencia, les muestren algún libro para verle una y muchas veces, porque aunque ellos tienen imprenta, no es a la traza de la nuestra, antes es como estampa basta y grosera, porque imprimen con tablas, y por esto la delicadeza y claridad y distinción de nuestros caracteres les hace admirar, y más cuando ven algunas estampas curiosas y letras iluminadas y de colores.

Este padre y juez de huérfanos les mandó aposentar en una casa fuera de los muros de la ciudad, dedicada para los extranjeros del reino de Siam, y en ella estuvieron por espacio de un mes, martirizados de mosquitos y con poquísimo regalo en el comer y dormir, porque la cama era el suelo desnudo. Desde allí los llevó el mercader que los traía a su cargo a la ciudad de Macán, habiendo pasado más de cinco meses de cárceles, molestias, hambres, aguas, fríos, prisiones y otras muchas calamidades y trabajos, conservándoles siempre el Señor la vida para aumentar sus merecimientos y para que testificasen lo que habían visto, y para que vean lo que han de padecer los predicadores

evangélicos entre aquellos infieles. A los cuales con gran dificultad se ha de predicar el Evangelio, porque como ellos cuentan: Un rey de China tuvo un sueño, en que fué persuadido a que enviase su armada y embajada a la parte del Oriente, adonde cae el reino de Siam, esperando que de allí le vendrían grandes cosas, y creyendo en el sueño envió su embajada. Y lo que le trajeron de aquel reino fueron diversos modos de idolatrías y supersticiones y algunos maestros de ellas. Y viendo el rey que se disminuía el gobierno, porque todos se daban a seguir la idolatría, mandó echar del reino a todos los que la enseñaban, haciendo ley que a todas las cosas se antepusiese el gobierno y que, so pena de la vida, nadie trajese ni admitiese extranjero en el reino. Porque aunque muchas cosas hacen moralmente buenas, tienen gran ignorancia de la inmortalidad del alma.

La costumbre de enterrar sus muertos es muy diferente según la diferencia de las sectas. Porque la gente principal labran sepulcros de piedra muy curiosos y adórnanlos con muchos epitafios, y cuando mueren embalsaman los cuerpos con aceites aromáticos y son puestos en unas cajas de madera incorruptibles, de tal modo embetunadas que no puede ofender el mal olor. Tienen en casa el difunto hasta que acaban sus obsequias y sacrificios, y los hijos y parientes ponen fin a su llanto haciendo en estos días grandes comidas, y después le llevan al sepulcro, que de ordinario está fuera de la ciudad, con mucho acompañamiento de gente, que llevan banderas a modo de gallardetes en las manos. Y los sacerdotes van todos vestidos de blanco, y hasta que le meten en el sepulcro nunca dejan de cantar. Otros difuntos se entierran en los campos que para esto hay diputados, y otros son echados en los ríos. Porque como tengan por cierto que las almas de los hombres pasan a los cuerpos de animales, tienen por piedad que con brevedad sean comidas de los peces y aves, como de los gentiles del reino de Siam han aprendido. Tienen gran puntualidad aquellos infieles de hacer las obsequias y honras de sus difuntos, por los cuales acostumbran traer luto, vistiéndose de un vestido de cañamazo representativo de mucha aspereza y tristeza.

Esto me ha parecido poner de lo mucho que los Frailes Descalzos supieron para que se entienda algo de lo mucho que la fama publica de las grandezas de la Gran China, alabando su antigüedad y situación y la grandeza de sus provincias, ricas de todas las cosas temporales y hermoseadas con la fertilidad de la tierra y frescura de los cau-

dalosos ríos y populosas ciudades, con gran curiosidad edificadas. Y porque como casi por todas partes está aquel gran reino cercado del mar, aunque es tierra firme, hay gran comodidad para las contrataciones y para que sea muy proveído de pescado. Y como los labradores, aprovechándose de la bondad de la tierra, la siembran de diversas semillas, cultivándolas con gran curiosidad, es el reino muy proveído de mantenimientos muy baratos. Y aunque no se halle en aquellas partes vino de uvas, ni aceite de olivas, hacen tanta diversidad de vinos de arroz y de otras frutas, y sacan tanto aceite de palmas y de otros árboles, que de uno y otro hay gran abundancia. También la hay de diversidad de frutas, como las de Europa y otras muy diferentes. Y como tengan por costumbre de plantar por todos los caminos árboles, todo el reino parece un jardín. Y hay tanta vanidad en la gente principal, que no sólo se contentan con tener grandes casas en las ciudades, y de recreación en los campos, mas hacen de maderas odoríferas muy curiosas barcas, pintadas y doradas, cercadas de celosías y corredores, para andar por los ríos recreándose en los jardines y florestas, y como viven en paz, por el mucho cuidado que tienen de conservarla y con la vigilancia que ponen en guardar sus costas de enemigos, viven con mucho contento y abundancia, aunque es innumerable la gente que hay por todas partes. Porque como cada uno puede tener las mujeres que pueda sustentar, multiplícanse cada día más.

Aunque de las diferencias de aves que hay se puede hacer un largo discurso, por ser muy muchas y de gran hermosura algunas, sólo diré lo que vi, que fué un pájaro que llaman del paraíso, o celeste, el cual es del tamaño de una calandria y tiene tan bella pluma y la cola tan larga y graciosa, que de todo el pájaro hacen los soldados muy bizarros plumajes; y dicen los chinos que traen a Manila estos pájaros que nunca los han visto vivos, ni pueden andar, porque no tienen pies, y que le hallan muerto entre algunas zarzas y malezas del campo. Por lo cual dicen algunos que es pájaro del paraíso terrenal, y por la admirable belleza que su pluma tiene.

CAPITULO VIII

DE LA NOTICIA QUE HAY DE LA LEY EVANGÉLICA EN LA GRAN CHINA

Mateo, húngaro, gran siervo de Dios.—Fervor del siervo de Dios.—Muerte del bienaventurado Mateo.—Castigo de Dios.—Rastro de cristiandad.—Fe en algunos chinos.—Particular acaecimiento.—Confesión de la fe muy meritoria.—Necesidad digna de ser considerada.

Con la curiosidad posible procuré enterarme de las cosas de la Gran China, por poder dar relación de ella a los curiosos y deseosos de la conversión de aquella gran monarquía, por lo cual diré ahora lo que de muchos testigos de vista fidedignos he sabido. Porque como los portugueses, por razón de sus mercaderías y naufragios, hayan entrado en todos los más principales reinos de la China y notado con curiosidad lo que veían, de sus relaciones me tengo de aprovechar en lo que, conforme a lo que yo vi en las partes a donde estuve, tiene suficiente probabilidad y la necesaria para historia. Entre otros libros que los chinos tienen, hay uno que llaman Toxefalen, en el cual dicen que habiendo entrado en la ciudad de Colozán un hombre llamado Mateo Escandel, húngaro, y natural de la ciudad de Buda, que había sido ermitaño en el monte Sinaí y venido allí con unos mercaderes del rey de Siám, no sólo vivía muy áspera vida, mas hizo por él Dios Nuestro Señor muchos milagros. Y habiendo resucitado cinco muertos, fué su santidad conocida y muy venerada de la gente popular de aquella ciudad. Lo cual, visto de los sacerdotes de los ídolos, publicando que era hechicero, procuraron mostrarlo al pueblo venciéndole en alguna disputa. Y como una y muchas veces fuesen en las disputas ellos vencidos del santo hombre, que daba testimonio de la verdad de la ley de Dios que predicaba, tomaron por medio para satisfacerse de la afrenta en que su propia ignorancia les había puesto, de conjurar todo el pueblo, amenazándoles que vendría fuego del cielo si no abrasaban a aquel hechicero y engañador. Y como fuesen incitados los idólatras de las amenazas de sus sacerdotes poseídos de infernal envidia, vinieron a la casa a donde posaba el siervo de Dios. Y como el huésped, que se llamaba Joane, saliese al encuentro del pueblo amotinado, fué muerto con un hijo y dos yernos por defender al santo. El cual con

valeroso ánimo salió en público, y reprendiendo a los amotinados de sus pecados, dándoles noticia del verdadero Salvador, Jesucristo Nuestro Señor, y de cómo habiendo bajado del cielo a la tierra se había hecho hombre y muerto por los hombres, y que habiendo satisfecho por los pecados del mundo el Padre Eterno le había hecho Señor universal de cielo y tierra, para que a los que profesasen su ley y fe santa les diese en la gloria el premio por su fe y obras merecido, y desengañándoles de la falsedad de sus idolatrías y sacrificios. Y como en esto tocó a los sacerdotes obstinados en lo vivo, solicitaron de nuevo al pueblo furioso, dando remisión de pecados al que trajere leña para quemar al nuevo predicador. Y así le fué puesto fuego, el cual estando muy encendido se apagó por la virtud de la santa cruz que el bendito varón hizo, no sin particular admiración de todos los infieles. Los cuales a grandes voces engrandecían el mucho poder de Dios, a quien aquel hombre adoraba. Pero como los sacerdotes no penetraron la obra maravillosa de Dios, viendo que ya no podían por medio de los infieles salir con su intento de matar al dichoso Mateo, todos ellos de tropel arremetieron a él, y dándole muchos palos con la leña que no se había quemado, le mataron. Y echándole por un río abajo, a vista de todos, le detuvo la corriente cinco días. En los cuales estuvo el bendito cuerpo a vista de todo el pueblo, que fué gran motivo para que se convirtiesen algunos infieles. Y de todo esto aun hay todavía mucha memoria en aquel pueblo, por conservarse muchos en la fe y ley que aquel santo hombre predicó y les enseñó. Y también duran las ruinas de la ciudad que milagrosamente, en castigo de esta injusta muerte, la Majestad divina asoló. Porque, después de enterrado el cuerpo, tembló toda aquella ciudad tanto, que espantados los vecinos se salieron con sus haciendas de ella y se subieron a un monte. Lo cual, visto de los sacerdotes y que decían que era aquél castigo de la muerte del inocente, persuadíanles que no dijesen aquella blasfemia, que ellos rogarían al dios de la noche que mandase a la tierra que no temblase. Y para hacer esta petición fueron más de cuatro mil sacerdotes al templo del ídolo de la noche, sin osar otro alguno ir con ellos, y estando haciendo sus sacrificios, a las once de la noche, cayó todo el templo sobre ellos, y abriéndose la tierra los tragó vivos, quedando en memoria de este castigo en aquel lugar del templo un lago de más de cien brazas de hondo; y la ciudad, que antes se llamaba en su lengua Flor del Campo, como se cayó toda en los temblores, se llama ahora Castigo del

Cielo. Y solamente han quedado las ruinas y señal de su grandeza y una aldea que se llama Xifagan, adonde los portugueses que llegaron allí hallaron algunos fieles que sabían estas palabras: «Jesucristo, María siempre Virgen le concibió y Virgen le parió y Virgen quedó.» Y sabiendo que eran los portugueses de su misma ley, los regalaron y dieron noticia de este admirable caso y les mostraron un libro de las maravillas que el Señor había hecho por aquel su siervo. También en la ciudad de Sampitay hallaron los portugueses otros pocos de cristianos, convertidos por la buena vida y santas razones de una hija de un portugués, llamada Inés, que estaba allí. Porque estando su padre, que (como ella dijo) se llamaba Tomé Pérez, desterrado en aquella ciudad, se casó con su madre, que era china, haciéndola cristiana; y viviendo allí veintisiete años, bautizó a muchos infieles y les enseñó todo lo que él sabía. Y como murieron los padres de esta bendita mujer, ella tenía en su casa un oratorio muy secreto, limpio y adornado con una cruz grande de plata dorada y candeleros de lo mismo. Y más de trescientos cristianos que había allí se juntaban los domingos, y, puestos de rodillas, todos juntos decían, con las manos y los ojos levantados al cielo: «Señor Jesucristo, así como es verdad que tú eres verdadero Hijo de Dios, concebido por la virtud del Espíritu Santo en el vientre de la Virgen Santa María, para salvación de los pecadores, así nos perdona nuestros pecados, por que merezcamos ver tu cara en la gloria de tu reino, adonde estás asentado a la diestra del muy alto Padre Nuestro que estás en los cielos, santificado sea el tu nombre. En nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.» Y en acabando de decir esta breve y sustancial oración, porque no sabían más, besaban todos la cruz y se abrazaban unos a otros con fraternal caridad y se volvían a sus casas y vivían todos con mucha paz y hermandad. Y la razón de no saber más oraciones era porque un libro en que las tenían escritas se le habían tomado los gentiles. Por lo cual, en pago de la caridad que esta buena cristiana hizo a los portugueses, le dejaron escrita toda la Doctrina Cristiana y otras santas oraciones, y por rogárselo ella por amor de Dios. Y al partirse los portugueses, les dieron entre todos los cristianos cincuenta ducados, y la devota portuguesa otros cincuenta muy en secreto, pidiéndoles la encomendasen al Señor, pues tanta necesidad tenía.

Dicen estos mismos nueve portugueses, que peregrinaron más de veinte años por la Gran China (como por su relación hecha al príncipe cardenal cuando gobernaba

Portugal, me consta), que en otra ciudad, llamada Quansi (1), viniendo uno de ellos por un camino, bien descuidado de lo que le sucedió, encontró un viejo vestido de seda negra aforrada de pieles blancas, el cual, apartado del camino, le hizo señas llamándole. Y entendiendo el portugués que era ladrón, aunque deseó huir, el tesón que en llamarle tuvo el viejo le obligó a llegarse a él, fuera del camino real, adonde le aguardaba y le enseñaba de lejos una cruz grande de plata que traía al cuello. Y llegando junto a él se postró el viejo a sus pies, y con muchas lágrimas comenzó a decir en portugués: «Loado sea el Nombre Dulcísimo de Nuestro Señor Jesucristo, pues al cabo de tantos años de destierro ordenó que viesen mis ojos hombre español que profesase la ley de mi Dios puesto en la cruz.» Y espantado el portugués de lo que inopinadamente veía y oía, le conjuró diciendo: «De parte de Nuestro Señor Jesucristo te mando que me digas quién eres.» Y el viejo, con muchas lágrimas, dijo: «Soy portugués, y me llaman Vasco Calvo, y ha veintisiete años que me perdí en esta tierra, adonde estoy cautivo.» Y dando razón de sus hermanos y parientes, el portugués, con no pequeño contentamiento, le abrazó como a hermano en la ley y nación. Y dando cuenta a los otros compañeros de lo sucedido, se fueron todos a su casa, adonde hallaron a su mujer y dos niños y otras dos hijas, que en medio de aquel paganismo servían a Dios. Y acabado de celebrar su común contentamiento, en tomando todos refección en señal de amor, abrió la mujer un oratorio que tenía en un lugar secreto, con mucha decencia, con una cruz grande y dos candeleros de plata y una lámpara de lo mismo. Y puestos el viejo y la pequeña familia cristiana de rodillas, con mucha devoción dijeron todos en lengua portuguesa: «Verdadero Dios: Nosotros, pecadores, confesamos delante de esta Cruz, como buenos cristianos, la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres Personas y un solo Dios, y así prometemos de vivir y morir en vuestra santa fe católica como buenos y verdaderos cristianos, confesando y creyendo de vuestra santa verdad todo aquello que tiene y cree la Santa Madre Iglesia de Roma, y os ofrecemos estas nuestras almas, por vuestra preciosa sangre redimidas, prometiendo de serviros con ellas toda la vida, y en la hora de la muerte os las entregaremos como a nuestro Dios y Señor, cuyas confesamos que son por la creación y redención.» Y dijeron luego el *Pater noster*, Avemaría,

(1) Kuang-Si, provincia china del Sur.—*N. del E.*

Credo y *Salve Regina* en la misma lengua, todo muy bien pronunciado, con gran admiración de los huéspedes, que enternecidos de ver que era su Dios adorado en tierras tan ajenas de que hubiese quien le conociese, mostraban más con lágrimas que con palabras su contento, y todos los esforzaron para que perseverasen en la santa fe que tenían. Y después de haber recibido caridad en aquella casa de Dios, se despidieron, obligándose unos a otros de encomendarse al Señor. Por cuyas entrañas piadosas y por su preciosa sangre ruego a todos los que leyeren este capítulo que tomen por devoción particular el rogar en sus oraciones y sacrificios por los fieles que están entre idólatras, que debe por aquellas partes haber muchos, por ser muy ordinarios los naufragios en los reinos y provincias de gentiles. Para que el Señor les conserve en su santa fe y amor y les dé muerte conociéndole, y, después de ella, la bienaventuranza.

CAPITULO IX

De otras particularidades del reino de la Gran China

Principio del reino de la Gran China.—Palabras dignas de notar.—Armas del rey de China.—Cerca que hay en la China.—Paquín, corte del rey de China.—Entretenimiento de los señores de China.—Piedad de los señores de China.—Hay universidades, templos y sacrificios.—Templo famoso de los difuntos.

Aunque no es mi intento escribir largos discursos de la Gran China, pareciéndome que algún curioso querrá saber el principio de este reino tan famoso, brevemente diré lo que los chinos en muchos capítulos de sus historias dicen, afirmando que seiscientos y treinta y nueve años después que el mundo fué anegado con agua (que de esto tienen mucha noticia), un gran señor, llamado Turban, tuvo tres hijos en su mujer, llamada Nanca (1). Y su hijo mayor, después de grandes trabajos, edificó la ciudad de Paquín (2),

(1) Todo lo que sigue referente a las manifestaciones religiosas y rituales de China, y a la nebulosa explicación de sus cosmogonías y creencias, corresponde a la dinastía «brillante» de los Ming—siglos XIV al XVII—, que trasladó la corte de Nankín a Pekín, verificando el renacimiento chino de artes y ciencias, que pudo originar cierto trastorno en las religiones históricas de China: confucionismo, budismo y taoísmo.—*N. del E.*
(2) Pekín.—*N. del E.*

poniéndola su nombre y haciéndola corte y cabeza de toda aquella monarquía. Por lo cual, cada año en memoria de esta fundación (que cae a 3 de agosto) sale en público el rey con gran majestad. Y como digan que antes de esta función un niño de siete años, llamado Silau, poco antes de morir dijo que en la ciudad y reino que Nanca y sus hijos habían de fundar, por los tiempos venideros había de ser cantada la misericordia divina de gente extranjera, y oída de Dios como voz de tiernos infantes, ponen tanto rigor los chinos en que no entre en su reino gente extranjera, que admira. Y por que los tártaros, que están vecinos, que han entrado veintiséis veces en la China con mano armada, no se aposesionen algún día de su reino, el año de 1113 el rey Didau en veintitrés años cercó toda la ciudad de Paquín, y otro rey, llamado Iunbileitai, hizo otra segunda cerca, y cada una tiene quince leguas, diez de largo y cinco de ancho, con innumerables baluartes y torres, y en cada uno un gran león sobre un globo, que son las armas del rey de la China, significando por ellas que es león coronado en todo el mundo. Y por mayor guarda tiene un hondo foso, y en cada puerta (las cuales, según dicen, son trescientas y sesenta) están cuatro guardas, que registran todo lo que sale y entra, para dar cuenta de ello. Los otros hijos de Nanca hicieron otras dos principalísimas ciudades, poniéndolas sus nombres, dejando para su memoria y entierro dos suntuosos templos, adonde cada día les ofrecen muchos perfumes y olores.

El año, según nuestra cuenta, de 520 después del nacimiento de Cristo Nuestro Señor, el rey Crisvangol, por estar más seguro de los tártaros, en cincuenta y dos años hizo una cerca de excesiva anchura y fortaleza de trescientas y quince leguas por la parte que aquel reino confina con el tártaro, fortaleciéndola con muchas torres y baluartes, y teniendo innumerable gente de presidio por toda ella. Y las montañas que en este término caen están hechas a mano a modo de fortaleza y muy ajustadas y continuadas con la cerca. La cual solamente tiene cinco entradas, que son necesarias para cinco ríos caudalosos que vienen de la Tartaria. Y de una parte a otra hay fuerzas inexpugnables. Y para conservar estos presidios hay en Paquín una cárcel de increíble suma de presos, que como por perpetuo destierro o galeras los envían a estos presidios, adonde gozan de algunas libertades concedidas a la milicia.

Aunque engrandecen mucho las ciudades de este reino los que las han visto, y dicen que entre villas y ciudades

hay seis mil y seiscientas, que hacen como treinta y tres reinos o gobiernos, habiendo muchos gobernadores en cada provincia, lo que más alaban es la ciudad de Paquín. La cual tiene treinta leguas, aunque no están todas pobladas. Está cercada de dos fortísimas murallas y de innumerables torres y baluartes, por ser la corte del rey y toda la fuerza del reino. Y como hoy día se ve en Roma que dentro de la cerca hay mucho despoblado y casas de recreación, así hay en Paquín. Porque como cada tres años se juntan allí los procuradores de las ciudades a Cortes, tienen sus casas de recreación en las partes despobladas. Y dentro de las cercas tienen muchas casas de todos los serviciales, así de los barcos del rey como de la muralla y de otros oficios, y en particular son mucho de estimar algunos edificios por su grandeza y adorno de arcos triunfales. En estas casas de señores tienen por mucha honra hacer plato a todos los que quisieren comer. Y para mayor majestad, de ordinario hay comedias y otros entretenimientos, a que va mucha gente. Usan en sus convites de varias músicas. Tienen libros de cómo se ha de hacer convite a Dios, y al rey, y a todos los demás, conforme a la calidad de su estado, y qué platos se les han de servir. Y notan los que han leído este libro que en el prólogo dice que de todos los convites no queda más del gusto de haber comido, y el alabanza de los chocarreros y la murmuración de los ociosos. Por lo cual, aun entre aquellos infieles se aconseja que el convite que se ha de hacer a Dios ha de ser dando mucha limosna a sus pobres. Porque aunque no conocen al verdadero Dios, la gente principal tiene por buenas estas obras hechas por amor de su Dios. Y para esto tienen lugares deputados en que los pobres están tres días comiendo de balde, y los enfermos y mujeres preñadas todo el tiempo que es necesario.

Hay también en esta ciudad Universidades, adonde se lee la doctrina de las treinta y tres leyes y sectas que hay, conforme al número de los reinos. Y en cada Universidad hay más de diez mil estudiantes, y junto a las Universidades (que aunque están en un barrio son muy distantes) están los templos de los ídolos. Y el principal de los sacerdotes es rector de los estudiantes. El cual se sirve con increíble grandeza así en los regalos corporales como en todo lo tocante a su oficio y en el acompañamiento de criados a pie y a caballo. En lo restante de esta gran ciudad dicen que hay muy grandes y costosos edificios. En especial tienen gran fama las pagodas (que son los templos de los ídolos), adonde cada día se ofrecen sacrificios de aves

y animales silvestres, porque dicen que son aquéllos más aceptos a Dios que los domésticos. Usan también, como en Japón, de cerrar las calles de noche con puertas que para este fin tienen hechas, haciendo en cada una de ellas siempre centinela, y para esto están señalados capitanes en cada calle que rondan. Y por ser cosa particular, quiero decir lo que de un edificio de los más principales de esta ciudad cuentan, el cual es llamado Tesoro de los Muertos Adonde a la entrada hay innumerables ídolos de bronce, de diversas figuras de hombres, animales y bestias. Y todo el edificio, que es de mucho circuito, está cercado de rejas de hierro y de un gran foso. A la puerta principal hay un ídolo de una mujer puesta sobre una altísima pirámide, con una sierpe en la mano, y junto a ella están otros dos ídolos de increíble grandeza y fealdad, que llaman los sopladores de la casa del humo (los cuales yo vi también en el Japón, a la puerta de una varela, que es templo de ídolos). En lo principal de este edificio y máquina había muchos templos muy pintados, llenos de calaveras de muertos hasta arriba. Y en otros estaban los huesos, en montones muy altos, por ser aquel lugar el común depósito de todos los huesos de los difuntos. Y en medio de estos huesos está una culebra de excesiva grandeza, cercada de muchos idolitos puestos de rodillas, y un gigante con una bola de hierro en la mano, amagándola. Porque éste es la guarda, que tiene cuidado de defender aquellos huesos de la serpiente tragadora de la casa del humo. La cual cuando viene, en viendo al gigante, por que no le dé con aquella bola, luego se va huyendo a la casa del humo, adonde Dios la tiene encadenada por ser muy mala. Aunque cada tres mil años dicen que ha de venir allí. Y a los quince mil, aquel gigante con aquella bola la ha de matar. Y en matándola, todos aquellos huesos han de volver a los sepulcros adonde antes estaban, para vivir allá y estar siempre en la casa de la Luna. Por lo cual tienen por cierta bienaventuranza el ser traídos allí los huesos de los difuntos. Y de los que mueren muy lejos, por lo menos traen un hueso del dedo, y dando limosna dicen que es como si trajesen todo el cuerpo. Y así hay tantas calaveras y huesos, que con razón se llama tesoro de ellos.

CAPITULO X

De cómo se conserva la innumerable gente que hay en la Gran China

Repartimiento de oficios.—Las cosas que se venden en China.—Cómo venden los pájaros y peces.—Véndense cuernos de animales.—Todo se vende en la China.

Para conservarse la muchedumbre de gente que hay en la Gran China, cada uno tiene sólo un oficio, y porque haya más oficios en cada uno hay muchas maneras de ganancias. Porque unos se ocupan en vender las ánades vivas, que son innumerables en cada lugar. Otros en sacar los anadinos, otros en criarlos para venderlos, otros los engordan, otros los cecinan, otros venden las plumas y tripas y otros los huevos, y el que trata en uno no puede tratar en otro sin licencia de los jueces, so pena de treinta azotes irremisibles. Y repartiendo de esta manera los oficios, hay en que se ocupen muchos y dáseles modo cómo ganen de comer. Por este modo crían con grandes invenciones muchos animales para el sustento corporal necesarios. Otros venden lagartos y culebras, ranas y perros, y para quitarles el mal sabor venden cáscaras de naranja, con que se cuecen; porque como la gente es tanta, estas y otras inmundicias se comen. Otros venden ídolos de palo muy dorados de diversas figuras, y pies y manos y cabezas, para ofrecer en sus templos. Otros venden bulas para ir al cielo, certificando los sacerdotes de los ídolos (que en esto son muy interesados) que sin estas letras de cambio, que ellos dan, nadie puede salvarse. Por lo cual muchos lo dejan de comer por comprar la salvación. Otros venden calaveras de muertos, para llevarlas delante de las andas cuando alguno muere, por oferta, diciendo que así como aquel difunto va a la sepultura acompañado de aquellas calaveras, así ha de entrar su alma en el cielo acompañada de las almas de aquellos cuyas fueron aquellas calaveras. Y así, cuando viere el portero del paraíso que alguno va muy acompañado, entendiendo que es hombre principal, le abrirá la puerta, la cual no estará abierta al que, como pobre, no llevare mucho acompañamiento. Por lo cual, mientras más calaveras llevan, tanto es tenido por más bienaventurado el difunto. Otros tienen muchas jaulas de pájaros, y tañendo con algunos instrumentos músicos, dicen a voces: «¿Hay quien quiera libertar estos cautivos, porque son criaturas de Dios?» Y cuando alguno da limosna, rescatando uno o más, échan-

los a volar, y toda la gente a voces dice: «Mirad, Señor Dios, cómo acá os servimos.» Y de la misma manera rescatan los peces, que tienen vivos en agua. Y cuando los echan en el río (porque dicen que son inocentes y que nunca pecaron) hablan con Dios, ofreciéndole aquel servicio de la libertad de aquel inocente. De estas mercadurías, y de otras que son en ofensa del Señor, hay en los ríos de las ciudades muchos barcos en que ganan mucha gente perdida alegremente de comer. Los sacerdotes de los ídolos también son mercaderes de cuernos, diciendo que son buenos para hacer banquetes en el cielo porque son de los animales que se ofrecen en sacrificio por algunas enfermedades o casos particulares. Y dicen que así como es bueno dar la carne a los pobres de la tierra por amor de Dios, así el alma de aquel animal, cuyo cuerno se ofrece, allá en el otro mundo convida a otras almas de animales, sus amigos, como los hombres en este mundo se convidan unos a otros. En otros barcos enlutados hay oradoras de los muertos, que se alquilan. En otros, parteras. En otros, mujeres venerables para ser casamenteras. En otros, hombres fanfarrones para reñir pendencias ajenas, si se lo pagan. En otros, adivinos. En otros, hechiceros. En otros, varios animales, ranas y sabandijas. En otros, mujeres para criar niños. Y en otros, matronas para consolar viudas. En otros, mujeres que sirven a los enfermos. En otros, mozas de servicio. Y en otros, mozos que dan fiadores. En otros, baños para sudar. En otros, hombres que compran pleitos, concertándose con una de las partes. Finalmente, con estas industrias, y con otras innumerables, se halla en estos barcos todo lo que el deseo pueda apetecer en la tierra, y gana de comer la muchedumbre de gente de aquel gran reino.

CAPITULO XI

Del modo que guardan en sus autorizados tribunales los jueces de la China

Testigos de vista de las cosas de China.—Oficiales de la misericordia.—Chaen, presidente de la sala del Crimen.—En la opinión que nos tienen los chinos.—Palabras dignas de notar.—Autoridad del tribunal.—Tribunal del juez.—Figuras de la Misericordia y Justicia.—Adorno del juez.—Modo de pronunciar la sentencia.—Sentencia del Chaen.

Conforme a la común opinión de todos los que hablan de la Gran China y los que lo han visto, dicen que lo que

más es digno de notar en aquella monarquía es el modo en que tienen puesto el gobierno. Del cual, aunque queda dicho algo, ahora me pareció que era bien especificarlo más, conforme a lo que los portugueses, que lo han experimentado y visto, testifican. Porque habiendo sido presos nueve portugueses, y llevados a la cárcel pública, que es siempre muy inhumana, para haberles de tomar la primera confesión, fueron por ellos un aguacil con dos escribanos, y otros ministros de justicia, que son como verdugos. Y llegando el aguacil, les dijo: «Por el poder que tengo del Aytao, que tiene el supremo grado y poder en la casa de la gente extranjera, en cuyo pecho se encierra el secreto del león coronado en el trono del mundo, os amonesto y mando de su parte que me digáis qué gente sois, en qué tierra nacisteis y cómo os llamáis y qué rey tenéis, que por ser obligación de su oficio os avisa, inclinando a guardaros justicia por ser muy amigo de los pobres y de guardársela, por que no den clamores y voces con las manos y ojos levantados al Señor de la hermosa pintura, cuyos zapatos de sus santos pies son todos los limpios que con él reinan.» Y respondiéndoles, entre otras cosas, los presos que eran pobres, les dijo que bastaba eso para que fuesen con humanidad socorridos (por ser muy humanos casi siempre los jueces de los extranjeros), y dándoles cinco días de término para que tomasen procurador, y aconsejándoles que diesen petición a los oficiales de oficio de la Misericordia para que tomasen a su cargo su negocio, y les diesen limosna, como a pobres, se fué el aguacil, amonestándoles que viviesen con recato porque había ladrones en aquella cárcel. En la cual tuvieron los portugueses mucho trabajo por las crueles prisiones y cepos en que los pusieron.

Después de cuatro días vinieron cuatro oficiales de la Misericordia a visitar y consolar a los presos, los cuales alegrándose con su venida, decían a voces: «Bendito sea este día, en que nuestro Dios nos visita por sus siervos.» Y ellos con mucha gravedad y modestia respondieron: «Téngaos de su mano poderosa el que fabricó la hermosura de la noche, como tiene a los que de continuo lloran los males del pueblo.» Y llegándose a los extranjeros les preguntaron quiénes eran y por qué hacían más sentimiento de su prisión que los demás. Y dándoles los presos satisfacción con ternura de lágrimas, les dijeron los oficiales de la Misericordia: «Alabado sea el que todo lo hizo, pues se quiso servir de pecadores en la tierra para pagarles su jor-

nal en los postreros días muy por entero en las riquezas de sus santos tesoros. Y, según entendemos, será con tanta multiplicación como las gotas que las nubes del cielo echan sobre la tierra.» Y dándoles buenas esperanzas de que tardándose su negocio en la junta de la Misericordia se les haría todo placer, y les proveerían de lo necesario, se fueron y no volvieron hasta después de cinco días, y entonces trajeron un largo interrogatorio, al cual los portugueses respondieron de tal suerte, que estando satisfechos, se encargaron de solicitar su negocio para informar al Chaen, que es el presidente de la sala del Crimen, muy en su favor, por ser pobres. Y tratando de este negocio con el Chaen, le dijeron que mirase lo que hacía, porque había de dar cuenta a Dios de lo que estaba obligado a hacer por el juramento que le habían tomado cuando le dieron el oficio, sin que respeto humano le moviese a desdecir del fiel peso cuyas balanzas el Señor tenía aniveladas con la entereza de su divina justicia. Y pasaron muchas demandas y respuestas en este negocio, por modo muy jurídico y prudente, diciendo los acusadores que estos presos eran ladrones y dignos de muerte, salvo si se excusaban por ser gente bárbara que no tenían ley, ni conocimiento claro de Dios, para por su temor y amor dejar de ocuparse en muchos malos ejercicios, y que podía ser que por ser pobres hubiesen hurtado algo. Y pidieron los procuradores de la Misericordia prolongación por siete días, y después por otros seis. Y habiendo informado al juez de una sentencia que contra estos presos había dado un teniente suyo, condenándoles, la rasgó el Chaen, y los demás papeles que contra ellos se había hecho, y condenó al juez que dió la tal sentencia en veinte ducados para las necesidades de los extranjeros, suspendiéndoles del oficio hasta que el Tutan, que es el virrey, mandase lo contrario, amenazando a los acusadores que tratasen en aquel negocio con buenas palabras y con cortesía, conforme a las leyes que están aceptadas en la casa del Hijo del Sol, león coronado en el trono del mundo, que es su rey.

Como los procuradores de la Misericordia vieron el buen suceso que se esperaba en este negocio, no sólo proveían de lo necesario a los presos, pero con mucho amor les iban a consolar, y dándoles las gracias los portugueses, diciendo que Dios les pagase la limosna que en todo les hacían allá en el paraíso, uno de los de la Misericordia les dijo: «Ese mismo Señor os conserve en el conocimiento de su ley, en que consiste el premio de los buenos.» Y dándoles los veinte ducados de la condenación del otro juez, que-

riendo repartir con los que se la daban, dijo uno: «No trueco yo por tan poco el merecimiento que puedo tener delante de Dios por vuestro respecto.» Y rogándoles los presos que pues eran pobres que les despachasen con brevedad, se escandalizaron mucho, diciendo que si ellos fuesen a rogar al Chaen que abreviase en el despacho de aquella causa, era darle ocasión para que pecase contra Dios, torciendo la balanza de la justicia en algo la vara de la justicia. Y que por eso se podía ir al infierno, y ellos más se podrían llamar esclavos del demonio que procuradores de los pobres. Y que como hombres bárbaros y sin conocimiento de la verdad, les rogaban tal cosa. Porque si tenían justicia, sin que alguna persona hablase al Chaen, él se la haría en teniendo averiguada la verdad, con testimonios de personas temerosas de Dios. Y si en vuestra tierra se usa lo contrario, tenéis obligación de tener algún castigo del cielo, porque Dios no tiene noche en que le sea necesario cerrar los ojos para dormir como lo hacen los reyes de la tierra, que son tan tributarios a estas cosas como nosotros. Por lo cual excusad de rogar a persona alguna y poner los ojos en el cielo, porque de allá ha de venir la sentencia de vuestra libertad y el perdón de vuestras culpas y nosotros os ayudaremos con amor, si Dios fuere servido de oírnos. Finalmente, para haberles de leer la sentencia fueron a sacarlos de la cárcel dos aguaciles con veinte verdugos armados con capacetes.

Y entendiendo los portugueses que los llevaban a matar, iban encomendándose al Señor, y de cuando en cuando en medio de la calle se ponían de rodillas, pidiéndole con muchas lágrimas perdón de sus pecados y misericordia. De lo cual se admiraban mucho los chinos que los llevaban al tribunal, y los muchachos les daban mucha grita. Llegados a la entrada del tribunal, encontraron con veinticuatro aguaciles, que en su lengua son llamados ministros del Brazo de la Ira, y en tañendo una gran campana se abrieron unas puertas grandes que estaban en un arco de cantería, curiosamente labrado y muy pintado, y encima estaban las armas del rey, que eran un león grande de plata sobre un globo de lo mismo, y estas armas están siempre a la entrada de los tribunales y de las casas de los virreyes del reino. Entrando por aquella puerta, encontraron una gran sala, en la cual estaban pintados los extraordinarios castigos de que usan los jueces de la China, los cuales (como yo vi en Japón en un templo de ídolos adonde estaban pintados) más parecían inventados de las furias infernales que de los hombres. Porque aunque en Japón a los

hombres muy facinerosos los crucifican o fríen en ollas de aceite, o les cortan las cabezas, que es el castigo cotidiano, no son crueles penas respecto de los castigos de China.

El tribunal adonde estaba el Chaen era de gradas de latón y hierro, guarnecidas de nácara y de ébano. Y debajo de un dosel de damasco blanco, con franjas de seda verde y oro y flecos largos, estaba el juez sentado con mucha majestad en una silla guarnecida de plata, con una varilla de marfil en la mano. Tenía delante una mesa, y sobre una almohada de tela de brocado una curiosa escribanía, y tres niños ricamente vestidos y con cadenas de oro estaban de rodillas, dándole la pluma para firmar y tomando las peticiones. Al lado derecho del Chaen, e igualmente con él, había un bello mancebo de hasta doce años, sobre quien arrimaba el juez el brazo; estaba vestido de raso blanco, recamado con rosas de oro, y al cuello un rico collar de gruesas perlas, y el cabello largo, enlazado con gran curiosidad y sembrado de mucha pedrería. Tenía calzados los pies de unos zapatos de seda verde, labrada con oro y aljófar, y en la mano un ramillete de rosas de diversos colores, representando con esta belleza la virtud de la Misericordia, sobre quien se había de inclinar y recostar el brazo y poder del juez. Del otro lado estaba otro mancebo de la misma edad y rostro grave y hermoso, que representaba la Justicia, vestido de raso carmesí, de muchas rosas de oro sembrado, con el brazo desnudo y teñido de colorado, y en la mano un estoque desnudo, y en la cabeza tenía un tocado alto lleno de muchas lancetas con mucha curiosidad puestas, para que todo representase muy al vivo el rigor de la Justicia. Entre la cual y la Misericordia ha de estar asentado el juez, que está en lugar de Dios (como ellos también dicen) y del rey de la tierra. Porque si le falta alguna de las dos virtudes, tiránicamente trae las insignias del rey en los pechos, que son según la diferencia de los oficios. El Chaen también estaba vestido de una vestidura larga, de raso carmesí, bordada de oro y seda, y tenía colgado al cuello un escapulario pequeño, en que estaba esculpida una mano con un peso y dos balanzas puestas en fiel y unas letras para declarar este jeroglífico, y sobre un curioso bonete de seda carmesí y oro labrado tenía las armas reales. En lo alto de las gradas estaban algunos porteros con mazas de plata al hombro, y abajo otros sesenta hombres de guarda, puestos de rodillas, con alabardas en las manos. Y por remate de las dos hileras en que estaba esta guarda, había dos hombres como gigantes que ponían espanto y representa

ban gran autoridad. En una mesa, que estaba enfrente al tribunal, estaban los jueces ordinarios y abogados, y los escribanos y procuradores; y en otra los otros oficiales y ministros más honrados de lo criminal; y en otra mesa, los de lo civil, vestidos todos con ropas largas de raso blanco de mangas largas, y las mesas con sobremesas de raso carmesí, por que todo represente mucha majestad y ponga temor. Queriendo, pues, el juez dar la sentencia a los portugueses, en dando en una campanilla cuatro golpes, se levantó uno de los solicitadores del crimen, y hecha gran reverencia al juez, dijo en voz alta: «Todos callen y oigan con humildad, so pena del castigo que está ordenado para los inquietadores del silencio de la santa justicia.» Y sentado éste, se levantó otro, haciendo grande reverencia al Chaen con ceremonias particulares, y se subió en lo alto del tribunal, y mandando poner de rodillas y las cabezas bajas hasta el suelo a los portugueses para leerles la sentencia, y las manos al cielo, dijo así: «Petau Chaen, en esta santa audiencia de la gente extranjera, por voluntad del Hijo del Sol, león coronado en el trono del mundo, al cual todos los cetros y coronas de todos los reyes de la tierra son sujetos y puestos debajo de sus pies, por voluntad del más alto de los cielos, mostrando a los presentes en público lo que determino en la apelación de estos extranjeros, digo, por el juramento que tengo de este cargo en que asisto, que no tienen culpa, y revoco como injusta la primera sentencia.» Los portugueses, que estaban postrados, dijeron (como les mandaron) en alta voz: «Confirmada sea en nosotros esa sentencia de tu claro juicio, así como la limpieza de tu corazón le agrada al Hijo del Sol.» Y levantándose un solicitador de la mesa del crimen, dijo cinco veces en voz alta: «¿Hay por ventura alguno que contradiga esta sentencia?» Y como nadie la contradijese, los dos mancebos que representaban la Misericordia y la Justicia se tocaron con las insignias que tenían en la mano y dijeron en voz entonada: «Sean libres y sueltos conforme a la sentencia que se dió.» Y dando tres golpes a una campana, luego los soltaron y les dieron un testimonio, firmado de dos jueces, para el seguro del carcelero, diciendo que conforme a la sentencia del Chaen se les había quitado las prisiones y eran libres de su cárcel.

CAPITULO XII

DE OTRAS COSAS DEL BUEN GOBIERNO DE LA GRAN CHINA

Casas de niños huérfanos.—Hay hospitales en la China.—Hay depósitos en la China.—Cómo se reparten las rentas del reino.

Para que en todas las cosas haya buen gobierno en la China, por orden del rey, que siempre reside en la ciudad de Paquín, adonde le entregan el cetro real, hay casas diputadas en que se crían los niños que echan en la calle, haciendo primero gran diligencia para hallar a sus padres y castigarles por tan gran inhumanidad. Y para enseñar a leer y a escribir a estos niños y a los otros huérfanos hay otras casas. Y en otras les enseñan los oficios mecánicos, hasta que pueden ganar por su trabajo de comer. Y como ningún oficial puede poner tienda sin ser examinado, y con licencia de la justicia, cuando se la dan es con condición que lleve alguno de los huérfanos que es cojo, o manco, o ciego. Y de esta manera proveen a la necesidad de los que por sus manos no pueden ganar de comer, y los que los llevan tienen obligación de darles de comer y vestir. Porque dicen que es ésta obra de proximidad, por la cual disimula Dios muchos pecados. Y por que cuando alguno de estos pobres muere no perezca por ser pobre, en la cueva honda de la Casa del Humo, le dan cada año cantidad de veinticuatro reales, para que pueda dejar por su alma cuando se muriere. Los que totalmente están imposibilitados de trabajar son sustentados en hospitales, con las penas que hacen pagar a los regatones y a las mujeres que riñen y se desgreñan en las calles (que para estas cosas y otras más pequeñas hay puesta ley y pena). También hay hospital para las mujeres bubosas, las cuales se sustentan dando cada mes las mujeres públicas un tanto. Y de las haciendas de las mujeres adúlteras se sustentan muchas mujeres que viven recogidas. Porque dice la ley que ya que la mujer adúltera por su deshonestidad se quiso perder, que es razón que con su hacienda se remedie una huérfana virtuosa y recogida, porque así se castiguen unas y se remedien otras. Y los pobres que viven en recogimiento y con buena fama también son sustentados de las penas que echan a los procuradores que defienden pleitos injustos, y a los jueces que toman cohechos o tienen acepción de personas.

Tienen también para los años de esterilidad depósitos o alhóndigas, adonde hay muchos mantenimientos que dejó un rey ciego muy aficionado al bien común, mandando que se diese con gran orden. Y por esta buena obra dicen las historias de aquel reino que le restituyó Dios la vista. Y para conservar aquel depósito, los años de abundancia también se hace repartimiento, sin hacer agravio a nadie. Y como las rentas del reino se reparten en tres partes, la una que lleva el rey y el gobierno del reino, la otra que se gasta en los almacenes de las armadas de la mar, y la otra que es para las guerras, viven totalmente sin tributo los pobres. Y algunos son tan piadosos con ellos, que cuando labran alguna casa en el campo, hacen fuentes para que los caminantes beban y poyos para que los de a pie se sienten, y dejan rentas para que de balde se dé comida y cama a los pobres, y aun para que se dé miel a las moscas y comida a los pájaros, y torres en que hacen lumbre para encaminar a los que han perdido el camino. Y otras cosas que moralmente son buenas.

CAPITULO XIII

De la noticia que se tiene de las sectas de la Gran China

Nacapirau, reina del cielo.—Templo de Nacapirau.—Varios dioses.—Dios del agua.—Adorno de la diosa Nacapirau.—Variedad de sectas.—Secta de los letrados necios.—Sacrificios de los chinos.—Los chinos adoran al Sol y la Luna.—Cuentan los meses por las lunas.—Vestidos de los sacerdotes de los ídolos.—La diosa Neuma.—El dios Yzón. Templo de los reyes de China.—Diosa Amida.—Muerte de la diosa Amida.—Los chinos tienen religiosos.

Aunque no se puede dar del todo noticia de las idolatrías y sectas de la Gran China, como nombran tantas veces a Dios los chinos, para saber qué Dios sea éste, me pareció más en particular decir algo de las más principales sectas, de las treinta y dos que hay en aquel reino. Unos tienen la secta de una mujer, que dicen que es la reina del cielo, y la llaman Nacapirau. Porque así como los reyes de la tierra tienen mujeres, imaginan que el rey del cielo la tiene, y que las estrellas son los hijos. Y cuando de noche algunos cometas parece que con una veloz carrera se deshacen, afirman que son los hijos que se le mueren a la reina del cielo, y que hacen tanto sentimiento las otras

estrellas sus hermanas, que sus lágrimas son el agua que llueven los cielos y con ellas fertilizan la tierra para sustentar los hombres. A los cuales el rey del cielo hace aquella limosna del sustento corporal por el alma de aquella estrella, su hija, que murió perdiendo el ser que tenía. El templo principal que a esta reina del cielo tienen hecho en la corte es uno de los mejores edificios de todo el reino, según certifican los que le han visto, porque tiene dentro de su cerca ciento y cuarenta monasterios de hombres y mujeres, distintos y apartados, que viven de buenas rentas. Los religiosos andan vestidos de colorado, con unas como estolas verdes, y la barba, cabeza v cejas rapadas, y traen unas gruesas cuentas colgadas al cuello. Y aunque todos comúnmente adoran a la reina del cielo, en otras cosas tienen diferentes sectas. Porque unos adoran al dios de los átomos del sol. Otros al dios de las batallas. Otros al dios de los ciento y diez mil dioses, que dan ser y conservan las especies de las cosas de la tierra y del mar. La cerca que guarda toda esta muchedumbre de casas y monasterios está adornada de rejas de hierro, y de ellas están colgadas muchas campanillas, que con el viento se tañen. Y por guarda de la puerta están dos porteros infernales, hechos de bronce, llamados Bacarón y Catifón, que tienen una gruesa cadena, la cual levantada se entra fácilmente al interior del templo, adonde hay muchos arcos triunfales, adornados de variedad de ídolos muy dorados.

Entre otros dioses a quien están dedicados aquellos templos está uno que se llama el dios de la agua que llueve, el cual está en un patio enlosado con mucha curiosidad, acompañado de muchos gigantes de metal que, con alabardas en las manos, hacen guardia al gran dios de la lluvia, que es de muy desproporcionada grandeza y está arrimado a un grueso bastón de metal y por veintiséis partes echa agua, la cual es tomada por gran reliquia de sus devotos. La diosa Nacapirau está en lo interior de este laberinto, en un templo de tres naves, adornado de ídolos dorados, y en lugar del altar mayor está hecho un gran tabernáculo, lleno de muchos candeleros de plata, y una estatua de la diosa de mucha hermosura, muy dorada, los cabellos sueltos y las manos y ojos levantados al cielo, de adonde es reina. Y por que se conozca mejor la grandeza de su deidad, están debajo de sus pies doce bultos de reyes de la China, labrados de plata, con sus armas y coronas. Y así éstos, como otros innumerables ídolos que hay, están las manos y ojos levantados al cielo. Porque con aparentes imaginaciones de la verdad engaña el de-

monio a aquella gente, que en las cosas de su gobierno es tan entendida, como se ha visto. Y para adorno del templo y convocar la gente, tienen muy gruesas campanas de metal, que a ciertas horas tañen los sacerdotes de los ídolos, que son de opinión que hay otra vida, por hacer gruesa su ganancia con las limosnas que les dan para asegurar la bienaventuranza. Otros, que niegan que hay otra vida, afirmándolo con juramentos, y son llamados Nastoles, aconsejan que pues no hay más que vivir y morir, que cada uno se goce en los placeres de la tierra. Hay otra secta que se llama de Sequt, y otra de Gitau, y de entreambas a dos hay muchos ministros. Mas los letrados y hombres doctos tienen otra secta diferente de las otras, haciendo burla de que el alma sea inmortal y de que haya espirituales criaturas, como enseñan las dos primeras sectas. Y persuaden solamente al vulgo que hagan sacrificios al Cielo y al Sol y a la Luna, dando gracias por las influencias que envían para conservar la vida y los frutos de la tierra. Y en todas partes hay de estos sacerdotes que ofrecen perfumes y sacrificios. Y para ofrecerlos se ponen particulares vestiduras, que son unas ropas largas con muchos cordones y borlas, y en la cabeza ponen una como mitra. Y para los cantos y oraciones tienen en las manos unas tablillas de marfil, en que están escritos algunos versos y sentencias. Sacrifican animales, como gallinas, patos, cabras, vacas y búfanos, y recogen la sangre y, revuelta con vino y sal, la ofrecen en el altar, y después, repartiéndola entre sí, la beben así, cruda. Y después de haber limpiado el animal y ofrecídole en el altar, haciéndole tajadas muy menudas, le cuecen en agua sin sal y le vuelven a ofrecer en el altar, y dichas algunas oraciones, con gran placer y regocijo le comen todos, y convidan con mucho gusto a los que entran en el templo a orar.

Es costumbre entre aquellos idólatras tener en sus casas o navíos altares, adonde ofrecen a los ídolos lo que han de comer. Y aunque hacen esto tienen tan poca afición a sus ídolos, que aunque alguno blasfeme o haga burla de ellos, no es castigado. Y cada uno sigue la secta que quiere, aunque todos comúnmente adoran al Sol cada día cuando sale y se pone, y a la Luna en los días de su oposición y conjunción, siendo para ellos estos días muy solemnes, y los guardan como fiestas. También hacen fiesta (aunque no tan solemne) en los cuartos de la luna. Y el que no sabe contar los días de ella, es tenido por bárbaro. Sírveles también la luna para contar los meses del año, y tiénenla en tanta reverencia, que cada año por el

mes de diciembre le ayunan cuarenta días, comiendo solamente legumbres, frutas y bebiendo agua. En fin del ayuno hacen grandes fiestas y borracheras, regocijándose con varias invenciones y representaciones. Usan mucho de echar suertes en sus templos, para salir de las dudas que tienen, con diferentes ceremonias. Y tantas veces echan suertes, que alguna le sale a medida de su deseo. Y cuando todas son malas, escupen al ídolo y blasfeman de él. Los sacerdotes de los ídolos se diferencian de la demás gentes en que andan afeitados a navaja y traen particulares bonetes, y las uñas de la mano izquierda tan largas, limpias y blancas, que son casi tan grandes como los dedos, y esto es entre todas las personas graves tenido por autoridad, por ser señal de que no se ocupan de obras serviles. Y aunque todos los chinos usan varias maneras de hechicerías, son con poco fundamento, lo cual es gran bien para cuando el Señor abra la puerta en aquel reino al Evangelio.

En todos los puertos de mar tienen templos de mucha veneración y riqueza de la diosa Neuma, la cual dicen que fué hija de un rey de China, y porque fué virgen y gran penitente, la invocan los navegantes al salir del puerto y al volver, ofreciéndole muchos perfumes y animales en sacrificio. Y aunque generalmente todos los templos dedicados a sus ídolos y mandelines son curiosamente labrados, los de esta diosa lo son mucho más. Tienen en lo interior de la ciudad de Cantón, en muchas piezas que hay en un claustro de un templo, figurados tanta variedad de tormentos, que parece que el mandelín que los mandó fabricar, por haberlo soñado, dió un paseo por el infierno y que vió los terribles tormentos de allá. Porque aun verlos pintados pone espanto. Otros, que se llaman de la secta de Tromecho, afirman que otro tanto como uno vive en este mundo ha de estar en la sepultura, y que después, por las oraciones de los sacerdotes del dios Tromecho, ha de volver el alma al cuerpo de un niño de siete días y vivir en aquel cuerpo hasta tener fuerzas para ir a buscar su propio cuerpo, que dejó en la sepultura, para ser llevado al cielo de la luna, adonde dormirá dos años antes de convertirse en estrella que ha de durar para siempre. Otros adoran un dios que se llama Yyzón; dicen que solamente las bestias, por el trabajo que tienen en esta vida, han de alcanzar el cielo, y no los hombres, porque siempre viven a su voluntad, robando, matando y haciendo muchas maldades. Por lo cual no pueden ir al cielo, salvo si dejaren cuantos bienes temporales tienen al ídolo Yyzon, para que

sus ministros y sacerdotes oren por ellos. Y para disfrazar esta manera de hurtar les amenazan con terribles tormentos, si no lo hacen.

También los reyes de China tienen su particular templo, en la fábrica del cual se muestra su gran poder. Porque en circuito de una legua, cercada de alta y gruesa muralla, adornada de muchas rejas de hierro, sobre las cuales de trecho en trecho están las armas reales, están ciento trece capillas redondas, con la posible curiosidad labradas y hermoseadas, y en cada una está un sepulcro de alabastro, sobre cabezas de serpientes enroscadas, hechas de plata (porque como es mucha la que entra en aquel reino y no sale de él, hay para todo esto). Junto a cada sepulcro arden siete velas en candeleros de plata, porque como se hizo este edificio para enterramiento de los ciento y trece reyes que en mil quinientos sesenta y nueve años hasta nuestros tiempos ha habido en aquella monarquía, todo lo que en él hay representa la majestad real. La cual manifiesta también en una torre, que está a la entrada, con cinco capiteles, en cada uno de los cuales está un león muy grande de plata, adonde tienen parte de las cenizas y huesos de los reyes, que habían sacado de los sepulcros para que allí fuesen adorados. Porque a la santidad y merecimientos de sus reyes atribuyen los chinos la abundancia temporal que Dios Nuestro Señor les da. Y todas las lunas nuevas hacen allí grandes fiestas y banquetes, tañendo trescientas cuarenta campanas muy grandes que tienen. Y todos ofrecen aves, y algunas cosas de comer para sustento de los sacerdotes de aquellas capillas, los cuales en recompensa conceden indulgencias y remisión de todos los pecados. Y para autorizar más el templo y sus mentirosas marañas, tienen en una rica sala hechos todos los reyes de plata, y dentro de cada uno parte de sus huesos, y afirman los sacerdotes que muchas noches se huelgan aquellos reyes y se convidan unos a otros, y que a nadie es lícito ver esto sino a ciertos sacerdotes, que son los de mayor dignidad, que llaman Cabicindos. Y para persuadir esto al pueblo, las noches que se les antoja tañen todas las campanas, con que dan a entender que los reyes de plata tienen en aquella hora sus pasatiempos y placeres.

En este mismo lugar hay una estatua sobre una capilla que está en alto sustentada de columnas de mármol, adonde está la diosa Amida, la cual está hecha de plata, y los cabellos de oro, las manos y ojos al cielo levantados, y de sus brazos cuelgan innumerables figuras de niños y

niñas enhiladas unos con otros. Porque, según los mismos chinos dicen, después que el rey del cielo anegó el mundo con agua de los ríos del cielo y se ahogaron todas las cosas vivas, no quedando en la tierra quien le alabase, fué enviado desde el cielo de la luna esta mujer, Amida, camarera de Nicapirau, reina del cielo, para que restaurase la pérdida del mundo. Y en poniendo los pies en la tierra, se volvió toda en oro, y por ser mujer que no tenía pecado, como las otras, para hacer la restauración del mundo parió por debajo del brazo treinta y tres mil trescientas y treinta y tres veces, siendo las dos partes de lo que paría hijas, porque no faltase la generación. Y en señal de esto tenía colgados muchas criaturas debajo de los brazos. Y tienen por muy cierto que esta diosa paridora murió de un desmayo que le dió por estar cansada de parir, y que por mostrar sentimientos de esta muerte la luna se cubre de luto de cuando en cuando, y después de otros tantos años como veces parió ha de resucitar esta diosa, y entonces quitará la luna el luto, quedando la noche tan clara como el día. También hay entre los templos y monasterios de religiosos del demonio uno principal, a donde estaba la madre del rey, llamada Anhay. Y allí concurren innumerables peregrinos de todo el reino, por gozar de los jubileos plenísimos que se conceden, por autoridad de los reyes de la China.

CAPITULO XIV

De algunas cosas notables de que se tiene noticia en la China del reino de Tartaria

Confianza de los predicadores.—Los tártaros adoran trescientos sesenta dioses.—Dios de la salud.—Majestad del rey de Tartaria.—Palabras notables de un tártaro.—Sumo sacerdote de los ídolos.—Sermón del sumo sacerdote.—Persuade la limosna.—Sepulcro de los reyes.—Dios de los huesos.

Como el reino de la Tartaria sea tan grande y los reyes de él de tanto poder que en todo compitan con la Gran China, con quien confinan, parecióme decir lo que por relación de testigos de vista supe de él. Para que vean los que leyeren este capítulo la obligación que tienen de suplicar al Señor envíe la luz de su Evangelio a aquellos idólatras, y los que fueron llamados vayan a disponer y a

aparejar esta entrada, ayudando a los ministros evangélicos que andan por aquellas partes plantando con notable fruto y merecimiento la fe, con esperanza que poco a poco el conocimiento de ella llegará entre los idólatras de los poderosos reinos de aquel nuevo mundo, como la experiencia en nuestros tiempos ha mostrado en las Indias Orientales y Occidentales, y va enseñando a los que confiados en la bondad infinita de la majestad de Dios, no determinando su deseo y voluntad para convertir unos ni otros, sino a los que la divina voluntad y obediencia les enviare, trabajan de día y de noche, dando a conocer por obra y por palabra la verdad infalible de la fe católica, engendrado con sus trabajos innumerables hijos en Jesucristo Nuestro Señor. Para cuyo poderoso brazo no hay resistencia en lo que según razón humana juzgamos por imposible. Pues que la monarquía de los romanos, que era la mayor que ha habido ni habrá entre gentiles en el mundo, con unos pies descalzos de un pobre pescador la sujetó a los pies de ese mismo evangélico pobre, como hoy día vemos puesta la silla de la fe y cristiandad en el mismo lugar a donde el poder del mundo la tenía. Por lo cual, aunque según hombre he juzgado que hay gran imposibilidad en la Gran China para convertirse a la fe, hallando este parecer y subiendo de punto la fe y confianza en la omnipotencia divina, todo se me facilita para volver allá (si la obediencia no me manda lo contrario) a ofrecer mi cornado con los siervos de Dios, que en aquel archipiélago y reinos de innumerables infieles sacrifican sus vidas en la propagación del santo Evangelio, desterrando las tinieblas de la ignorancia de la ciega gentilidad. Algunos que más de cerca han visto la grandeza del gran tártaro, que es el señor absoluto de la Tartaria, que confina con la China, y han estado en las ciudades que muchas veces ha tomado al rey de la China en guerras que con gruesos ejércitos de hombres valerosos le ha hecho, alaban mucho la majestad con que se trata y la grandeza de su trono real y palacios, con mucha costa y curiosidad fabricados. Lo cual todo es muestra del buen entendimiento natural que aquella gente tiene, aunque como les faltan los ojos de la fe celestial, dan en los engaños que los otros idólatras. Porque adoran trescientos y sesenta dioses. Los cuales dicen que hicieron los días de su año. Para que tenga el pueblo cada día un dios diferente que adorar y reverenciar y a quien dar gracias por los frutos de la tierra que cada día reciben. Otro dios tienen que llaman de la salud, y píntanle echado, y treinta y cuatro ídolos muy pequeños puestos

delante de él de rodillas y las manos levantadas. Está este dios hecho de plata en la casa real, y cuatro mozos muy bien dispuestos tienen por oficio el incensarle con ceremonias muy particulares, diciendo: «Llegue a ti nuestro clamor así como olor suave, por que nos oigas.»

Cuando los nueve portugueses vieron al rey de Tartaria, que iba victorioso de la China, dicen en su relación (la cual yo vi) que estaba en un trono de mucha majestad, cercado de muchos señores y de hermosísimas doncellas que le hacían música, y que la ropa que tenía era larga, de color encarnado, recamada de oro y perlas, y de éstas estaban sembrados su bonete y zapatos. Porque como son bárbaros, toda su felicidad ponen en el exterior, y mayormente si los reyes son mozos y dados a las cosas aparentes v de gusto, y regalo de la carne. Estando, pues, con tanta majestad, los que entraban a verle besaban tres veces la tierra, y sabiendo de cuán distante tierra eran los portugueses, dijo: «¡Oh Hacedor, oh Señor de todas las cosas, ¡cuál de nosotros, hormigas de la tierra, podrá comprender la grandeza como estos hombres de tierras tan distantes descubren!» Y diciendo los portugueses a un gran señor, por un favor que les había hecho, que ellos pedirían con muchas lágrimas al Señor que hizo los cielos y la tierra que se lo pagase, pues por su infinita bondad y misericordia quiso tomar a su cargo el pagar por los pobres, y que le suplicarían que a él y a sus hijos diese tan gran conocimiento de su verdad que por ella mereciesen ser dignos de sus prometimientos, después de vivir en esta vida mil años; estas palabras de agradecimiento le pusieron tanta admiración al dicho señor, que mirando para el cielo dijo: «Oh, quién pudiese preguntar al Señor del cielo la declaración de este secreto que nuestro entendimiento no puede alcanzar, y por qué causa ha querido que gente tan ignorante como ésta en el conocimiento de esta verdad responda de repente con tanta dulzura de palabras y tan agradables al oído, que osare poner la cabeza que saben más éstos del Dios del cielo durmiendo que nosotros velando, y se colige de ellos que los de esta nación tienen entre sí sacerdotes de la casa de la luna.» Y de este parecer fueron los que se hallaron presentes, afirmando que sería de gran importancia no dejar ir a gente que tanto sabía de Dios, para que les pudiesen enseñar. Pero como el rey no había de querer esto, dijo uno que no se tratase en ello, y les pidió que le diesen las oraciones de su Dios, porque le parecía buen Dios y deseaba mucho ser su verdadero siervo. El sacerdote supremo de los dioses de Tar-

taria, a quien llaman Talapicor, es muy estimado entre ellos, por darles grados y dignidades a los ministros de los templos y pasar cédulas de cambio para que se paguen en el cielo y las dispensaciones para casarse parientes. Por lo cual es tenido por cosa sobrenatural y santa. Y siempre le aposentan en los templos, salvo si quiere ir a posar con el rey. Y porque un portugués que entendía la lengua escribió un sermón que le oyó, le pondré aquí como de su original le saqué. Y fué predicado en un convento de muchísimas monjas, hijas de gente principal, y a otra tan innumerable gente que fué necesario sacar el púlpito, que estaba muy adornado, al campo, adonde puesto el predicador y levantando los ojos al cielo con muchos afectos y meneos, dijo:

«Así como el agua lava todas las cosas por su naturaleza, y el sol calienta las criaturas, así es propiedad celestial de nuestro Dios hacer bien a todos. Por lo cual todos somos obligados a imitarle, pues nos hizo y sustenta, haciendo nosotros generalmente con los faltos de los bienes del mundo aquello que querríamos que hiciesen con nosotros, porque esta obra le agrada mucho. Y así como un padre que ve que convidan a sus hijos se huelga, de esta manera se huelga Nuestro Señor Dios, que es el verdadero Padre de todos, cuando con hermandad nos comunicamos unos con otros. Por lo cual está muy claro que el avariento que cierra la mano para aquellos a quien la necesidad obliga a pedirlo, y tuerce el rostro para no remediar la mengua que ve en su prójimo, así ha de ser torcido por justo juicio en el charco de la noche, adonde de continuo dará voces como rana y estará atormentado con el hambre de la avaricia. Por lo cual os amonesto y mando que, pues tenéis orejas, que oigáis, y hagáis aquello a que la ley os obliga, que es dar de lo que os sobra a los pobres, a quien de continuo falta el sustento, porque Dios no os falte en la postrera boqueada de la vida. Y sea esta liberalidad tan general, que hasta los pajaritos del campo la sientan, porque no les dando vosotros la necesidad les obligáis a hurtar, y seréis causa de su pecado, que será tan grande como si mataseis un niño en la cuna. Y acordaros de lo que está escrito en los libros de nuestras verdades y ley acerca del bien que habéis de hacer a los sacerdotes, que ruegan por vosotros por que no perezcan por no les dar limosna. Porque esto sería tan gran pecado como si mataseis una vaca blanca estando mamando las tetas de su madre, en cuya muerte mueren mil almas que en ella, como en casa de oro, están sepultadas, esperando

el día de su promesa, en que serán vueltas en perlas blancas para bailar encima del cielo.» Por el fin de este sermón se conocerá la traza diabólica, pues que para persuadirles el demonio muchas mentiras les deja que conozcan las leyes de la caridad del prójimo, aunque con fin de sustentarse y conservarse honradamente predican y enseñan esto aquellos predicadores.

También tienen los tártaros la sepultura de veintisiete reyes, fabricada con mucha costa en un espacioso y bien labrado templo, adonde están los reyes en sepulcros de plata cerca de los ídolos de varias figuras. Y para servicio de este templo hay gran número de ministros y muchos conventos de religiosas, que viviendo conforme a las sectas y leyes de sus diferentes dioses están en el circuito del templo principal. Tienen sobre lo más alto de sus monasterios los ídolos principales que adoran. Y conforme a las calidades y virtudes que el ídolo tiene, así son mayores o menores, más o menos dorados y ricos, para que los que viven, incitados de la honra que ven hacer a los que dieron limosna y fueron tenidos por santos, procuren imitarlos para ser como ellos venerados. Entre las religiosas estaba una hermana del rey, viuda, que entró allí con seis mil criadas, y por título honroso se llamaba Escoba de la casa de Dios, y todos le besaban el pie como a santa, y hacía muchas limosnas a los que veía necesitados.

Hay también en este reino lugar deputado para guardar los huesos de los difuntos, por guarda del cual está una estatua del dios que guarda los huesos de todos los que mueren en el mundo. Por lo cual dicen que es necesario tenerle por amigo, quitando de la boca y de los hijos lo necesario para darle limosna. Porque en el postrero día de los días, cuando cada uno ha de volver a nacer, sólo este dios conoce cuyos son los huesos, y él los ha de dar a cada uno, y el que no le hizo limosna le dará los más podridos huesos, para que viva siempre enfermo, o cojo, o estropeado, o le dará algunos menos. Y que aquel dios defenderá los huesos de la serpiente tragadora, que vive en la cueva honda de la casa del humo. Y así tiene en la mano una bola de hierro para espantarla. Este dios (dicen), que ha sesenta y cuatro mil años que nació de una tortuga y de un caballero que fué rey de los gigantes. Y con estas ficciones sacan muy gruesa limosna, con que viven doce mil sacerdotes que hacen plegarias por los difuntos. Y junto a sus casas están las monjas debajo de la obediencia de sus prelados, con licencia de las cuales se entregan a la voluntad de los ministros de los ídolos.

CAPITULO XV

De los sacrificios y penitencia que hacen los gentiles de aquellas partes

Fiesta de los difuntos.—Sacrificios que hacen de sí algunos.—Comida del demonio.—Reino del Pegú.—Enterramiento solemne.—Conjuro contra el demonio.—Palabras de desengaño.—Los sacerdotes se sacrificaron.—Asperezas extraordinarias.—Varios engaños de la idolatría.—Afrentas que dicen al demonio.—Petición humilde del autor.

Aunque acostumbran aquellos gentiles a sacrificar hombres a sus dioses, y muchos por su devoción se despeñaban o mataban de muchas maneras, ya en pocas ocasiones, y no en todos los reinos, se acostumbran semejantes crueldades con especie de adoración y servicio agradable a los falsos dioses hechas. Aunque en la provincia de Calaminao hacen por el mes de diciembre la fiesta de sus difuntos, en la cual (como por relación de testigos de vista fidedignos supe) llevan sus ídolos en muy curiosas andas puestos sobre carros triunfales, en los cuales van los sacerdotes, y por ganar los muchos perdones y remisión de pecados, sin obligación de restituir lo hurtado, que conceden, tiran de los carros innumerables hombres, los que llevan con gran furia, y algunos ministros van incesando al ídolo de plata, ricamente aderezado, que va encima. Y dicen: «Ablanda, Señor, la pena de los tormentos de los difuntos, por que te alaben con sueño quieto»; y el pueblo responde: «Plega a él que así sea todos los días que nos muestra su sol.» Y en esta ocasión había muchos que venían vestidos con toda la curiosidad que podían, y cuando los carros, que eran mil y trescientos y noventa (según quien los contó afirma), se echaban en el suelo, para que pasando por encima de ellos los carros los matasen, quebrándoles los huesos con increíble dolor. Y en sacrificándose alguno, luego bajaba un sacerdote del carro, y puestos los pedazos del destrozado cuerpo en una vacía de plata, los sube a lo más alto del carro, de adonde lo mostraba a todos, diciendo: «Rogad a Dios, pecadores, que os haga dignos de ser como este santo, que ahora murió en sacrificio de suave olor.» Y todos postrados por el suelo respondían: «Rogamos al dios de los mil dioses que así sea.» Otros, haciendo sacrificio de sus propias carnes, se las cortaban con unas agudas navajas y tiraban los pedazos que cortaban al cielo, diciendo

que aquella carne enviaban a su Dios por presente y oferta por el alma de su padre, o de quien querían, y corría luego la gente con gran codicia de aquella carne, por tomarla por particularísima reliquia, y cuando los que así se sacrificaban caían muertos, bajaba un sacerdote del carro, y cortándole la cabeza, desde lo más alto se la mostraba a la gente. La cual, puesta de rodillas, levantadas las manos al cielo, pedían a su Dios que les llegase a tiempo que por él hiciesen otro tanto. Otros iban pidiendo limosna, y si no se la daban presto, ellos mismos por amor de su Dios se degollaban. Otros iban vestidos con asquerosos vestidos, y los rostros feos, y llevaban unas ollas de estiércol, y otros licores hediondos, lo cual decían que era la comida del demonio, y si no les daban la limosna que pedían tan presto como ellos querían, tomaban un trago de aquella hediondez, y rociaban a los que tardaban en dársela. Y eran tan mal tratados a los que tocaba alguna gota, que les daban de coces, puñadas y palos los demás, diciendo que estaban descomulgados, por ser causa que aquel santo bebiese de aquella sucia comida del diablo. Y que quedaba siempre hediondo para no ser recibido en el paraíso, ni que en la tierra le quisiese ninguno ver, ni conversar, por ser enemigos del dios de los átomos del sol.

También en el reino de Pegú, que confina con el de Siam, que es muy populoso y abundante de todo lo temporal, se sacrifican algunos voluntariamente a sus dioses, en especial en la muerte de algunas personas principales. Cuando murió el supremo sacerdote de aquella gentilidad, llamado Rolin, en su solemne enterramiento se sacrificaron algunos, para hacer más suntuoso este enterramiento. Para el cual hicieron un gran *catafalco* (1), cubierto de terciopelo blanco (como los testigos de vista afirman) y de doseles de brocado para poner el cuerpo. Y al derredor de él pusieron muchos candeleros de plata y cazoletas, y pebetes muy olorosos, procurando mostrar cada uno el sentimiento y dolor que aquella muerte le había causado. Y para mover a lágrimas y dolor al pueblo vinieron allí en procesión más de quinientos niños, ceñidos de cadenas de hierro, y al cuello gruesas cuerdas de cáñamo y en las manos unos cuchillos, y puestos en coros cantaban con doloroso canto, y decía el un coro: «Tú, que vas a gozar de los placeres del cielo, no nos dejes cautivos en este destierro.» Y el otro coro respondía: «Porque nos alegramos contigo en los bienes del Señor»; y de esta manera

(1) *Cadahalso* en el original.—*N. del E.*

decían algunas cosas de mucho sentimiento. Y un sacerdote de los más ancianos en nombre de los niños hablaba al difunto, pidiendo que oyese sus clamores. Y otro, en nombre del muerto, decía: «El Dios que por su sana voluntad me hizo de tierra quiso que en este día que volviese a ella, por lo cual os encomiendo, hijuelos míos, que temáis esta hora, en la cual la mano del Señor nos pone en la balanza de la justicia»; y todos respondían a voces, diciendo: «Al alto que reina en el cielo le agrade no ver delante de sí nuestras obras, por que quedemos libres de la pena de la muerte.» Luego vinieron doce mozos, vestidos de raso blanco y adornados los cuellos y muñecas con muchas perlas preciosas. Y después de haber hecho muchas reverencias al difunto, con unos estoques desnudos que tenían comenzaron a esgrimir, dando tajos y reveses a unas partes y otras para echar de allí al demonio, diciendo: «Vete, maldito, a la cueva honda de la casa del humo, adonde con pena eterna, muriendo siempre sin acabar de morir, pagarás con no acabar de pagar por la justicia del alto Señor.» Y en acabando este conjuro llegaron seis religiosos de los más ancianos, vestidos de raso blanco y unas como estolas al hombro, precediéndoles doce maceros con mazas de plata, y después que con particulares ceremonias hubieron incensado el difunto, postrados en tierra mostraban el sentimiento que tenían por él, y levantando uno la voz, hablando con el difunto, dijo uno: «Si las nubes del cielo fueran capaces de explicar nuestro dolor a las bestias del campo, ellas dejaran de comer su acostumbrado pasto por ayudarnos a llorar la orfandad en que por tu falta quedamos, o te rogaran que a todos nos embarcaras contigo en esa barca y casa de muerte en que todos te vemos, si no nos tuvieras por indignos de tan gran merced. Mas por que este pueblo se consuele, antes que la tierra cubra tu cuerpo muéstrales en algunas señales exteriores la quieta alegría y contentamiento suave de tu descanso, por que despierten del sueño pesado en que las tinieblas de la carne les tiene ocupados, y a nosotros, miserables, nos enseñes a seguir tus pisadas, por que en el fin de nuestros días te veamos alegres en la casa del sol.» Y todo el pueblo respondía, la voz en grito: «Todo esto nos concede, Señor.»

Acabada esta plegaria, llevaron con gran autoridad el cuerpo del difunto a una capilla, adonde estaban veinticuatro mancebos muy hermosos, vestidos de vestiduras vistosas y con diversidad de instrumentos músicos, que hacían a su modo gran concordancia y suave melodía. Y pues-

tos de rodillas, tañiendo todos, los dos de mejores voces cantaban algunas cosas, con que enternecían a los presentes, y los demás respondían, causando muchas lágrimas con las tiernas palabras que decían. En este tiempo se sacrificaron algunos sacerdotes de los más mozos, bebiendo un vaso de mortífero veneno, que para este propósito estaba allí aparejado, y en acabando de expirar (que era muy en breve) eran reverenciados como santos y eran sus cuerpos quemados con palos olorosos, teniendo por grandeza y devoción la gente principal el echar, cuando estos cuerpos y el del difunto se quemaban, muchas piezas de oro, perlas o piedras preciosas, para que se quemasen con ellos.

Una de las cosas más dignas de notar es la rigurosa penitencia que en los sobredichos reinos hacen los ministros de los ídolos. Porque no solamente hacen algunos vida particular en los monasterios, pero otros se van a lugares solitarios, y allí con diabólicas invenciones acaban su vida para ser sepultados con el dios por quien se martirizan, en el profundo del infierno. Porque unos, engañados que sólo en el castigo de la carne está el merecimiento, y que es cierto que a quien más maltratare su cuerpo le oirá su dios mejor, solamente comen cañas cocidas y otras hierbas silvestres. Otros se entran en profundas cuevas y sólo comen moscas, hormigas, lagartijas y zumo de hierbas, y de día y de noche, levantados los ojos al cielo y los puños cerrados, cansan su imaginación con varias consideraciones, hasta que con la fuerza que hacen en considerar, faltándoles las fuerzas y el aliento, mueren, sin querer nada de la tierra, como en tener los puños cerrados dan a entender. Otros, por mortificarse conforme a su engañada fantasía, comen estiércol de gallinas. Otros, sangre podrida. Otros, hierbas y frutas amargas y otras cosas semejantes en los pocos días que con tan vil mantenimiento viven. Otros acaban sus días gritando y llamando a su dios Godomen tantas veces y con tanto ahinco, y dándose con la mano en la boca, hasta que por no respirar caen muertos. Otros se meten en cuevas y poniendo mucha leña verde a la boca la encienden, y con el humo se ahogan para hacer servicio a su dios. Para proveer de lo necesario a estos necios penitentes, que son tenidos por santos y venerados en templos y capillas, que luego les hacen, hay conventos adonde los sacerdotes de los ídolos hurtan con varias invenciones. Porque, para que los pecadores pesen sus pecados, tienen un peso, adonde los glotones y golosos se pesan a miel, azúcar, cera, huevos y manteca.

que son manjares de gusto para los sacerdotes de mentira, los cuales conceden largas indulgencias y remisión de los pecados. Los lujuriosos se pesan a vino, algodón y diversos olores. Los perezosos, a carbón, leña, arroz y frutas. Los avarientos dan gruesas limosnas de plata y se pesan por el valor de ella. Los envidiosos se dan doce bofetadas, confesando la necedad de su pecado en honra de las doce lunas del año. Los soberbios se pesan a pescado seco, y a escobas y a estiércol, por ser cosas que significan humildad. Los deslenguados se pesan a vaca, o venado, o carnero. Y los que no tienen qué ofrecer se cortan los cabellos (que de ordinario hombres y mujeres traen largos) y de ellos hacen los ministros del templo cordones, que venden por gran reliquia a los innumerables romeros, que los llevan con gran devoción. Y para engañar del todo, tienen hecha una gran serpiente de bulto, cortada la cabeza, y al dios de los mil dioses como un feísimo negro, con una hoz en la mano, y dicen que ya aquel gran dios ha muerto a la serpiente tragadora que moraba en la casa del humo, y entonces chicos y grandes con agujas y alfileres grandes pican la serpiente y la maltratan de palabra, por ser ya vencida y muerta, llamándola maldita, engañadora, miserable y otras palabras afrentosas que vienen muy al justo al maldito Lucifer, que los engaña. Seais Vos bendito, Dios Eterno y bondad inmensa, que sin merecerlo nos enseñasteis la verdadera ley y cierto camino de la salvación por los merecimientos de Jesucristo, Nuestro Señor, cuyas gracias que viviendo muchas veces os ofreció, pues así ellas como sus merecimientos son muestras de infinito valor, os ofrezco en nombre de todo el pueblo cristiano por esta merced nacida de vuestra caridad y amor infinito, y os suplico que abráis los ojos a los fieles que leyeren estos disparates que tienen por heroicas virtudes los ignorantes y engañados idólatras, para que conozcan los bienes que de vuestra divina misericordia han recibido, y salgan de harones (1) en hacer por vuestro amor penitencia, confundiéndose de que haya quien la haga tan grande por amor del príncipe de las tinieblas.

(1) Perezosos, holgazanes.—*N. del E.*

CAPITULO XVI

DE UNA MISIÓN QUE HICIERON LOS FRAILES DESCALZOS AL REINO DE LA COCHINCHINA

Por qué el Espíritu Santo se llama fuego.—La causa por que fueron frailes a Cochinchina.—Fueron bien recibidos los frailes.—Tribulación de los frailes.—Apalearon los del navío.

Una de las razones por que el Espíritu Santo se compara al fuego es porque así como a todo lo que está junto al fuego lo pretende el fuego con su actividad transformar en sí, con el hambre insaciable que tiene naturalmente de abrasar y comunicarse, de esa misma manera el Espíritu Santo en los corazones adonde entra les transforma en sí con el fuego de su celestial amor, comunicándoles su divina actividad, como se ha visto en la sed insaciable que los religiosos Descalzos tienen no sólo de las almas de las Filipinas, pero de los infieles de los reinos vecinos a ellas. Por lo cual no han perdido ocasión que se les ofreciese de comunicar el divino fuego de sus pechos endiosados, dando a los infieles conocimiento de las cosas celestiales discurriendo por los reinos de gentiles.

Movidos, pues, ocho religiosos de este santo celo, sin recelar los peligros de la vida que por mar y tierra se les podían ofrecer, enviados de la obediencia fueron al reino de la Cochinchina, incitados también por una carta que escribieron de allá al obispo de Macán, la cual enviaron luego a Manila, diciendo que el rey de aquel reino pedía frailes, deseoso de oír la ley de Dios y bautizarse. Y temiendo los religiosos que se perdiese mucho no gozando de tan buena ocasión, entresacando algunos frailes de la conversión de Filipinas, se partieron ocho para Cochinchina el año de mil y quinientos ochenta y uno, llevando por comisario al padre fray Diego de San José. Y como sus deseos eran santos, con el favor divino llegaron a tomar puerto de aquel reino en una provincia adonde jamás habían visto semejantes navíos, ni gente como ellos. Por lo cual se alborotó toda aquella tierra y todos los pueblos se pusieron en armas. Pero viendo los de la tierra que los llamaban desde el navío, acudieron con mucha seguridad y entraron en él, y llevaron a los religiosos a su pueblo, que era de casas pajizas y bajas. Y hablaban todos por señas, porque aunque los portugueses habían dicho a los re-

ligiosos que hallarían allí intérpretes, jamás hallaron alguno, que fué el mayor trabajo que tuvieron.

El día siguiente que llegaron, el capitán que gobernaba aquellos pueblos quiso hacerles fiesta a su modo, con bailes y comer y beber. Y teniendo ya aparejado todo lo perteneciente a la fiesta y un altar hecho, adonde habían de ofrecer algunas cosas a sus ídolos, y delante del altar un palo con dos grandes alfanjes, con que degollaron una ternera, enviaron a llamar a todos los del navío. Y pareciéndoles a los religiosos que lo que habían muerto no era ternera, sino hombre, como suelen sacrificar en muchas partes de aquellos reinos de idólatras, entendieron que los llamaban para sacrificarlos a sus ídolos, y unos a otros se confortaban para la muerte confesándose, y tomando algunas imágenes y cruces de las que llevaban comenzaron con grande fervor a dar testimonio de la fe (aunque no eran entendidos), para siquiera morir confesando a su Dios y aparejarse así con la debida disposición para la muerte. Visto por el capitán cuán al revés habían entendido que les quería hacer, los mandó luego volver al navío, y él pasó adelante con la fiesta, que ya había comenzado, gastando en ella todo aquel día y noche. Y viendo cuánto se habían inquietado, para asegurarles que no se fuesen sin su licencia, o por hacerles molestia, hizo la noche siguiente acometer el navío con todos sus arcabuceros y piqueros, que también fué otro rebato en que entendieron todos que los venían a matar. Y aunque no lo hicieron, diéronles muchos palos con las lanzas. Y tomando el timón y velas del navío, se fueron. Y de allí adelante dieron licencia para que todos los que quisiesen entrasen en el navío. Y los que entraban cada vez llevaban algo. De suerte que en pocos días los despojaron de muchas cosas, haciéndoles grandes molestias. Los religiosos hacían su oficio, procurando significarles el intento con que venían. Y aunque pretendieron quedarse allí, no les quisieron recibir. Después de veinte días que estaban allí sin ser entendidos, vino un capitán con cinco galeras muy galanas, y éste les hizo volver el timón y las velas, y por señas les dijo que se fuesen, lo cual hicieron y se volvieron a Manila, de adonde salieron, viniendo muy aficionados a los cochinchinos.

CAPITULO XVII

Cómo fueron otros Frailes Descalzos a Cochinchina

Padre fray Bartolomé Ruiz.—Celo de un religioso.

Por lo mucho que alaban los frailes a los cochinchinos, volvieron luego allá otros dos religiosos desde Macán. Y fueron muy bien recibidos por llevar intérprete, y por el buen ejemplo que daban eran muy estimados, y aunque para dar aviso en Manila se volvió el uno, el otro, que llamaban fray Bartolomé Ruiz, quedó allí por espacio de dos años, sustentándose de limosnas y del buen hospedaje que le hizo un gobernador gentil, que, por cuadrarle su conversación, le llevó a su casa, y le trataba con mucho respeto. Pero envidioso el demonio, le procuró echar del reino, porque habiendo esterilidad, por falta de agua, persuadió a los gentiles que echasen a aquel religioso del reino y que luego llovería, y viéndose en semejante ocasión el religioso y que se le cerraba la puerta, prevaleciendo el demonio contra sus santos deseos, levantando una cruz en alto y haciendo con mucha devoción oración a Dios Nuestro Señor por que lloviese, llovió luego lo necesario y salieron los gentiles de su mala opinión, aunque no entendieron que por la oración de su siervo les había hecho el Señor la merced de darles agua. Y queriéndole matar porque llovía tanto, hizo otra vez oración a Dios con muchas lágrimas y luego cesó el agua, oyendo Dios la petición de su siervo.

Este religioso me dijo que el reino de la Cochinchina es muy fértil, y produce la tierra tantas hierbas y árboles odoríferos, que los montes están oliendo, y algunos palos son de tan buen olor, que valen a peso de plata, y éstos se llaman sándalo y calamba, y los compran los gentiles para quemar los cuerpos muertos de la gente principal. El traje de la gente de aquel reino es honesto, y su condición, aunque codiciosa, en otras cosas es sencilla. Tienen un rey y dicen que es tirano, y aun la más de la gente es advenediza, porque la natural de la tierra es algo montaraz y esquiva.

En sus idolatrías no son demasiados, aunque tienen algunos ídolos a quien hacen fiestas, de comer y beber, por el discurso del año; los ministros de los ídolos viven en común, sustentándose con las limosnas que les dan, aunque no son muy reverenciados, por no ser celosa la gente

del culto y honra de sus falsos dioses. Como se vió una vez que entrando un religioso en un templo cuando hacían los gentiles su fiesta, llevado del fervor del espíritu a vista de todos derribó el ídolo, y le holló y escarneció, sin recibir de nadie daño alguno. Y aunque fué acusado delante del rey, respondió que aquel ídolo era hechura de hombres y que no había de ser adorado, quitando la adoración al Señor del cielo y tierra. Y fué tan bien admitida su razón, que muchos convencidos por ella gustaron de oír la ley de Dios; pero como no la oía el rey, nadie trataba de su salvación. Finalmente, fué de algún provecho la estada de aquel religioso en aquel reino. Porque teniendo unos gentiles un hijo pequeño a la muerte, llegaron al religioso pidiéndole que hiciese sobre él las ceremonias de su Dios, y viendo el religioso que no podía el niño escapar, le bautizó, y fué aquella alma a gozar de la vida clara de Dios.

CAPITULO XVIII

De algunas cosas que me contó el padre fray Bartolomé Ruiz que le acaecieron en Cochinchina

Lo que hacía con una figura del juicio.—Los siameses son inclinados a hurtar.

Los dos años que el padre fray Bartolomé Ruiz estuvo solo en Cochinchina le sucedieron muchas cosas, como estando los dos en Japón muchas veces me contó. Porque como una mujer cristiana le servía de intérprete, no sólo comunicaba con la gente común, mas con la principal, dando en todas ocasiones a conocer el nombre de Dios entre aquellos idólatras. Una vez, viéndose en necesidad, fué a pedir limosna al rey y se la mandó dar, haciéndole buen recibimiento. Y la reina, estándole mirando como a hombre que con la novedad de su hábito le causaba admiración, y daba a entender ser hombre de tierras muy distantes, mandó llamar la mujer que servía de intérprete, y preguntándola quién era aquel extranjero, le dijo cómo era religioso, y lo que quería, y por faltar a esta mujer que era intérprete la libertad en el decir, fué corto el fraile en evangelizar el reino de Dios. Y aunque el religioso deseó dar noticia al rey y a la reina de Dios Nuestro Señor, por no saber la lengua se le fué todo en buenos deseos. Los cuales procuraba sacrificar a Dios Nuestro Señor, dándole a conocer de la manera que mejor podía a la gente que

gustaba de oírle y era curiosa en preguntarle. En especial cuando entraban en su aposento, veían una imagen de pincel de nuestro Padre San Francisco, que estaba besando los pies de un crucifijo que tenía en la mano. Porque se admiraban de ver la figura, y el no entenderla les hacía preguntar muchas cosas, con que se le daba ocasión al religioso de enseñarles los misterios santos de nuestra fe. Y muchos de los gentiles, considerando su inculpable vida, venían a tratar con él y, conversándole, eran alumbrados de las cosas celestiales.

Para este fin tenía el religioso un juicio final pintado, y con esta pintura, por medio de la mujer que era lengua, declaraba a los gentiles lo que toca a este misterio, poniéndoles espanto con la terribilidad que representaba la pintura y con la fealdad de los demonios, que entraban y salían por una espantosa boca del infierno. Y conmoviéndose muchos por esta pintura, aunque deseaban hacerse cristianos, no osaban por temor del rey. Y para que toda la ciudad adonde el religioso estaba se desengañase, movida la gente con el espectáculo de este juicio, le sacó un día a la plaza, y con libertad verdaderamente cristiana procuró desengañar a innumerable gente que se llegó a ver la pintura, y ministros de los ídolos en competencia del fraile, que les llevaba la gente, hicieron en la plaza algunas ceremonias protestadoras de su idolatría, para que fuese de esta manera juzgada su ley por mejor que la que el religioso de los portugueses predicaba. No dejaba el demonio de sentirse de la fe y santo celo del bendito fraile, marañando muchas invenciones con que hacerle odioso a los gentiles (como queda dicho) y con que inquietarle y desconsolarle. Una vez, estándose este religioso paseándose a la orilla del mar, puso su breviario en el suelo junto al lugar a donde andaba, y como se descuidase un poco, de un montecillo que estaba cerca salió una endiablada y maldita vieja, que le tomó el breviario, y aunque luego fué tras ella no la pudo alcanzar ni ver, quedando receloso si había sido el demonio, o alguna hechicera de las que hay en aquella tierra. En la cual, como el demonio es tan señor, tiene diversidad de ministros para llevar almas al abismo infernal, adonde por este vicio de hurtar las ha de atormentar particularmente, por ser muy inclinados hombres y mujeres a él, y para este fin tienen galeras en que andan a coso, haciendo algunas presas en su costa. Estando una vez parlando un religioso con su huésped, tratándole de las cosas de Dios, preguntóle el huésped que para qué se juntaban él y los portugueses que venían allí a con-

tratar en sus navíos en una pequeña ermita que estaba hecha junto al puerto. A lo cual el religioso le respondió cómo allí hacían ellos su sacrificio a su Dios. Y deseoso el gentil de ver las vestiduras, que se vistió entonces, rogóle que le hiciese placer de enseñárselas. Y como era persona principal y de buen entendimiento, por satisfacer a su deseo se vistió el religioso de los ornamentos sacerdotales y sacó el cáliz que tenía, y haciendo un altar le puso sobre él. Y estando allí presente la mujer, que era muy principal, vencida de su mala inclinación, estando el fraile descuidado, arremetió con gran codicia al cáliz, que era de plata, y tomándole se fué huyendo con él, aunque después, por ruegos del marido, le volvió.

CAPITULO XIX

Cómo los Frailes Descalzos edificaron el convento de San José, de Malaca

La ciudad de Malaca es de mucho trato.—El padre fray Juan Bautista fundó el convento de Malaca.—Cómo tomó la posesión.—En Malaca hay Frailes Descalzos portugueses.

Fueron tan bien tratados de los portugueses los religiosos Descalzos en Macán y mostrábanseles tan aficionados, por la aspereza de su vida y rigor virtuoso con que trataban sus cuerpos, procurando en todo imitar a su seráfico padre San Francisco, que no sólo les hicieron casa en aquella ciudad, sustentándoles con sus continuas limosnas, pero les favorecieron para que fuesen a edificar otro convento a Malaca, que es una ciudad adonde toman refresco los navíos que parten de Macán para la India y es de mucho trato de gentiles de diversos reinos muy grandes, ricos y populosos. Y es de mucha importancia para la predicación del santo Evangelio. Fué, pues, enviado el año de 1580, para edificar allí un convento, el padre fray Juan Bautista, italiano, que estaba predicando en Macán, y con él otros dos compañeros. Y como fuese varón muy espiritual y fervoroso en sus sermones, en los primeros que hizo llegado a Malaca mostró tanto deseo de aprovechar a los fieles y convertir a los infieles, que se le aficionaron mucho el obispo y capitán mayor y los vecinos de aquella ciudad. Por lo cual, mostrando el religioso señales de su intento y diciéndoles que gustaba de quedarse allí, le dieron licencia para que edificase un convento en una ermita de Nuestra Señora,

que estaba un cuarto de legua de la ciudad, en un fresco y agradable sitio. Y aunque no faltó quien contradijese, una noche, aprovechándose de la licencia que tenía, tomó el padre fray Juan Bautista algunos virtuosos mancebos, que querían recibir el hábito movidos de la pobreza y santidad que veían en los nuevos religiosos Descalzos que habían venido y de la eficacia de sus sermones y menosprecio del mundo que mostraban, y se entró en la ermita que le habían dado las personas que podían dársela. Y a la mañana comenzó a tañer la campana para tomar la posesión. Y como la oyese el pueblo, fueron a ver la novedad y hallaron al padre fray Juan Bautista con sus compañeros y novicios, que habían tomado ya la posesión de aquel sitio. Adonde se edificó un convento muy acomodado para la oración y contemplación, por ser solitario y de buenas vistas. Y no sólo van los portugueses los sábados por la mañana a la misa de Nuestra Señora que se dice allí, por haber sido su ermita y estarle dedicada aquella iglesia y casa, y a su esposo santísimo; pero el pueblo tiene mucha devoción así a la iglesia como a los frailes. Y como los portugueses tengan una Cofradía de la Santísima Concepción de Nuestra Señora, allí es muy solemne la misa de los sábados, como lo es en todas las otras partes donde está fundada esta santa Cofradía, y muchos entre semana y en las fiestas tienen por devoción particular visitar aquel santo templo. Comenzó allí el siervo de Dios fray Juan Bautista con su pequeño rebaño de novicios una vida apostólica, enseñando por obra y vivas palabras el camino de la perfección, negándose a sí mismo, sufriendo con mucha paciencia y alegría espiritual las contradicciones que le hacía el demonio con su gran sagacidad. Y sobre todo procuraba dar a entender el tesoro que está encerrado en la santa pobreza y humildad y la obligación que todos tienen de amarse unos a otros, aborreciéndose a sí mismos para ser templos vivo del Espíritu Santo. Y aunque después, por justos respetos, a petición de los portugueses, salieron de allí los padres castellanos, entraron luego religiosos portugueses, también Descalzos, que vinieron de la muy reformada provincia de la Rábida, de Portugal, los cuales, viviendo en mucha santidad, edifican el pueblo con su buen ejemplo y convierten muchos infieles a nuestra santa fe.

CAPITULO XX

De lo que sucedió a los Frailes Descalzos que fueron a predicar al reino de Siam

Los siervos de Dios tienen sed de almas.—El padre fray Jerónimo de Aguilar, comisario de Siam.—Los frailes pedían limosna a los gentiles.—Por qué se vinieron los frailes de Siam.—Fray Pedro Ortiz, celoso de las almas.

Como los codiciosos mercaderes, llevados de sus intereses temporales, han descubierto muchos reinos de gentiles hasta nuestros tiempos incógnitos, ha querido también Nuestro Señor que no venciese la codicia de las cosas temporales a la sed insaciable que, movidos por su santo amor, tienen sus siervos de almas, mostrándose tan codiciosos de ellas, que aunque sea a costa de sus vidas pretenden manifestarles el santo nombre de Dios Nuestro Señor, yendo entre los infieles en compañía de los mercaderes. Los cuales, por oír misa y tener con quien confesarse, ruegan a los religiosos que vayan con ellos a los reinos de gentiles, adonde contratan. Y los religiosos van con mucho gusto, por entender será muy cierta la ganancia de las almas sacándolas de sus idolatrías y servidumbre de Satanás por medio de su santa predicación. Con esta santa intención, tres religiosos Descalzos de los que estaban en Macán el año 1582 fueron al reino de Siam, determinados de hacer asiento allí por las buenas nuevas que otros dos religiosos que poco antes habían ido de paso por aquel reino daban, diciendo que por ser la gente de buen natural se esperaba sería bien recibido el santo Evangelio. Para lo cual fué enviado el padre fray Jerónimo de Aguilar por comisario, llevando en su compañía otros dos religiosos en un navío de portugueses mercaderes. Y hallaron tan buena acogida en los portugueses que estaban contratando en aquel reino, que luego les hicieron una casa pajiza, adonde vivían con religiosa libertad, celebrando los divinos oficios y misa.

Y como tratasen con el juez mayor de los forasteros de cómo venían a predicar el sagrado Evangelio como embajadores del Rey del cielo, les respondió con mucha gravedad que ellos no tenían necesidad de nueva ley en aquel reino, pues tenían ley y ritos muy antiguos. Y aunque procuraron hablar al rey, no les dejaron, y decía el rey que él era señor de sus vasallos en lo temporal, y no de sus

almas, y que cada uno buscase su salvación. Y por ver si convertirían algunos, comenzaron de aprender la lengua, y en todo tiempo, con la debida prudencia, eran pregoneros de los bienes eternos. Y aunque eran extranjeros, los gentiles se les mostraban notablemente afables y amorosos, y cuando iban a pedir por las calles limosna con el alforja al hombro, se la daban. Los ministros de los ídolos también los recibían en sus casas con mucho amor y les mostraban sus templos y conventos. Los cuales son muy suntuosos y ricos, por ser aquel reino el seminario de la idolatría y adonde más estimados son los ídolos y los ministros de ellos. Por lo cual están los templos bien adornados y los ídolos de madera curiosamente labrados. Porque como el demonio engaña a aquellos gentiles para que labren ídolos muy grandes, a quien invocan en sus necesidades corporales y temporales, como los cristianos en las suyas invocan particulares santos para que les favorezcan delante de la Majestad divina, tienen un gran ídolo echado que dicen que es el dios del sueño, y otro de las cámaras, con figura representativa de ellas. Y de esta manera, conforme a su engañada fantasía, para cada necesidad hacen un ídolo y dios, a quien invocan. Y los ministros de ellos, para mejor engañar a los idólatras tienen gran exterior de virtud y guardan recogimiento en sus casas, adonde viven en común, y cuando salen por las calles van de dos en dos con gran mortificación de ojos, y en ninguna casa entran a comer ni beber.

Es comúnmente la gente de aquel reino tan aficionada a su nación, que es entre ellos refrán el decir que los hombres que no son sianes (1) habían de ser bestias, pareciéndoles que hacen ventaja a las demás naciones. Estando en este reino, tenían los religiosos esperanzas de que el Señor abriría la puerta a su santa ley. Mas como vino el rey del gran reino del Pegú en aquel tiempo a conquistar el de Siam, se deshicieron sus intentos y esperanzas. Y porque en semejante ocasión no había de ser de provecho su estada en aquel reino, se volvieron a la ciudad de Malaca con los mercaderes portugueses, y desde allí se fueron a Manila, certificando lo que habían visto, como en los cuatro capítulos siguientes se dirá. Dijeron también la disposición que tenían los de aquel reino para convertirse.

Por lo cual, como de Manila no volvieron luego religiosos al mismo reino acabada la guerra, en la cual salió victorioso el rey de Siam, fueron nuestros Frailes Descal-

(1) Siameses.—*N. del E.*

zos portugueses desde Malaca, y se conserva uno allí. Y el año de 1596 fué allá el padre fray Pedro Ortiz, religioso de gran celo de la salvación de las almas, y que por este fin trabajó mucho por mar y tierra, llevando religiosos desde España a la provincia de San Gregorio de las Filipinas, adonde había estado muchos años. Y después, pretendiendo volver otra vez a España, habiendo peregrinado mucho, hallándose en el reino de Cochinchina, pasó al de Siam, y halló tanta gracia delante del rey, que le señaló limosna para que comiese. Y como tuviese el rey noticia del ganancioso trato de Manila, enviando a este religioso, por ser de allá, por su embajador para que hiciese amistades de su parte con los castellanos de la república de Manila, pasando por el reino de Camboja, fué muerto de unos gentiles llamados laos conociendo que era español, por estar agraviados de los españoles de Manila, como adelante se dirá.

CAPITULO XXI

De lo que los Frailes Descalzos dijeron del reino de Siam

Antigüedad de los reyes de Siam.—Salida del rey de Siam.—Barco del rey.—Recibimiento de un embajador.—Costumbre del reino.—Los sianos son piadosos.—Noten los predicadores el santo Evangelio.—Procesión de los gentiles.

Como sea muy ordinario, aun en los hombres espirituales, preguntar las cualidades de los reinos y tierras de gentiles y de las condiciones de los moradores de ellas, me pareció poner en algunos capítulos lo que los religiosos que estuvieron en el reino de Siam un año vieron y con alguna curiosidad investigaron, informándose de las personas que les podían dar más noticia de las cosas particulares de aquel reino. En el cual dicen que hay un rey y señor absoluto, y según lo que los naturales de él afirman, ha más de dos mil años que son gobernados por reyes, legítimos descendientes por línea recta. Tiene el rey mucha autoridad y riqueza, y aunque no se deja ver de ordinario si no es de los grandes, es muy amado y temido de los suyos. Cuando sale fuera es en andas doradas, que llevan en hombros con muy grande acompañamiento. Son los sianes dados notablemente a la idolatría, y así cada rey procura hacer templos a sus ídolos de grandísima suntuosidad, y estima tanto el rey a los ministros de ellos, que se tiene por dichoso de servirles, y cada semana por lo

menos da el rey de comer por su propia mano al principal ministro de los ídolos.

Cuando sale el rey de casa siempre va a visitar algún templo, como vieron nuestros religiosos una vez que salió toda la ciudad en barcos por un ancho y caudaloso río, y poniéndose a las orillas de él estaban aguardando la venida del rey, que había de ser por agua, y eran tantos los barcos que ponía espanto. Y para representar la majestad de la venida del rey vinieron delante de él cuatro barcos grandes, en que venían muchos hombres tañendo unas trompetas de plata pequeñas. Los barcos eran pintados y labrados de muchas y diversas labores y figuras. De manera que, considerada la popa y la proa, que estaban muy doradas, en su modo y hechura parecía un elefante. Estos barcos pararon junto a un templo que estaba a la orilla del río, de la otra parte de la ciudad, adonde se decía que había de parar el rey y hacer oración y limosna. Después de los barcos de las trompetas vinieron otros, largos y diferentes de los primeros, con mucha gente vestida de varias libreas. Y en cada uno venía un grande del reino por su orden, según sus oficios y dignidades, representando con sus trajes y acompañamientos la majestad y grandeza de su rey. Los aderezos de los barcos, que eran muchos, y de la gente innumerable era de mucha costa y gala, y todos pararon junto al templo. Dentro de breve rato vino el hijo menor del rey en un barco, labrado con mucha curiosidad, y en su acompañamiento traía muchos barcos de muy lucida gente. Luego vino la reina con un barco, hecho con grande ingenio, para mostrar su gravedad, y sus damas venían en otros, adornados de varias pinturas, y traían unas celosías curiosamente doradas, para poder ver sin ser vistas. Después llegó el rey en un barco grande, que considerada su figura parecía garza que, las alas tendidas, iba volando. Adornado con tanto oro, que los remos y barco iban dorados, y como los remeros eran muchos y el barco ligero, parecía que venía volando. Encima de la popa venía el asiento del rey, labrado con grande curiosidad, y el rey representaba admirablemente la majestad real, sirviéndose de dos hermosísimas doncellas a los lados, que le hacían aire. Cuando llegó el barco del rey junto al templo, la gente innumerable que estaba en tierra y la de los barcos se postró echándose de un lado, poniendo las manos con gran veneración, sin osar mirar al rey, porque ésta es la reverencia que le hacen. Pasado el rey, llegó el príncipe en un barco muy curioso, acompañado de los mayores señores del reino. Y llegando el rey al

templo ofreció sus dones a los ídolos y se bañó en su estanque, que para este fin allí había. Y todos sus vasallos tenían por gran reliquia llevar de aquella agua, por la mucha reverencia que a su rey tienen. Y aguardaron todos allí hasta que con la misma autoridad se volvió el rey a su palacio.

También vieron nuestros frailes la representación de majestad que mandó hacer el rey para recibir a un embajador que del reino de Camboja le vino. Porque fuera de la ciudad mandó labrar junto al río una casa muy suntuosa, de madera, adonde hizo aposentar al embajador. Y en otra casa pequeña, hecha a modo de torre, junto a la del embajador, pusieron la embajada, que era una carta escrita con sus letras y caracteres. Tuvieron al embajador allí dos meses, para que entre tanto se aparejase mucho aparato de gente con lucidas libreas, y cotas y petos de papelones muy galanos, y de pinturas doradas, y muchos arcos y flechas, lanzas y arcabucería. Y cuando todo estuvo aparejado se pusieron en el río, y por tierra, alrededor de las casas reales, más de seis mil arcabuceros y de doce mil flecheros y piqueros. Y con mucha música de trompetas y atabales vino el embajador con la embajada, acompañado de los grandes del reino. Los cuales con muchos cumplimientos le metieron en la presencia del rey, que le estaba con mucha majestad aguardando.

Las rentas de los reyes de Siam son ciertas mercadurías que se sacan del reino, y las cargan sus vasallos para llevar en navíos gruesos a otros reinos, y de esto tienen mucha ganancia. En las guerras, sin gastar el rey de sus tesoros, los grandes de su reino le ofrecen todos sus vasallos y el gasto necesario. Cuando mueren los grandes no heredan los hijos, porque es heredero forzoso el rey, el cual da a los hijos parte de la hacienda de su padre por los servicios que le ha hecho, y con estas herencias es mucho el tesoro que tiene el rey. La gente de aquel reino es un poco morena, por ser la tierra algo cálida; vístense de lienzo de algodón. Y en la policía y gobierno que tienen se muestran de buen entendimiento natural. Y como sus leyes les prohiban ser homicidas, guardan esto con tanto rigor, que a un mosquito no osan matar, preciándose de misericordiosos. Y si presentan al rey o a los grandes algunas aves muertas, no las quieren recibir si el que las da no toma sobre sí el pecado de haberlas muerto. Son notablemente limosneros, en especial con los ministros de los ídolos, porque son pobres voluntarios y se apiadan mucho de ellos. Por esta causa y por la devoción que tienen a

sus dioses y afición a sus ritos, entienden que su ley es la mejor del mundo y que nadie voluntariamente la dejará por otra, y así sobra a los ministros de los ídolos todo lo temporal. Y como acudan los del reino a los servicios comunes y necesarios, nadie les compele a que guarden determinada ley. Por lo cual hay mezquita de moros en la corte que guardaban su Alcorán y le predicaban. Y muchos judíos que tienen su sinagoga y están casados con mujeres de la tierra, los cuales se preciaban mucho de muy observantes de la ley de Moisés.. Los nuestros religiosos también eran conocidos de todos por predicadores de la ley de Dios, y sin contradicción alguna andaban con sus hábitos por las calles y vivían en la casa que los portugueses les habían dado. Y aunque algunas veces los religiosos, en pláticas particulares, decían mal de sus ídolos, dándoles a entender que eran hombres muertos, no les pesaba mucho de ello y les rogaban que les predicasen la ley de Dios, pues eran predicadores y padres de los portugueses.

Un día vieron los frailes hacer una procesión a los gentiles muy semejante a las nuestras, con muchas andas doradas, en que llevaban diferentes ídolos, acompañados de mucha gente, trompetas y danzas. Y diciéndoles los frailes que eran demonios los que allí llevaban, no se alborotaron ni dejaron por eso de ponerse de rodillas, puestas las manos con señales de gran devoción. También los mozos de los portugueses por irreverencia tomaban algunos ídolos de bronce, de los innumerables que en cada templo hay, y los arrastraban por las calles, sin que les hiciesen los idólatras daño. Antes algunos se los compraban por dinero, por que no les arrastrasen, y llevábanlos a los templos. El Señor ponga espíritu en los corazones de los predicadores de su Evangelio para que vayan a donde tan necesarios son.

CAPITULO XXII

De otras particularidades del mismo reino de Siam

La corte de Siam.—Caza de Siam.—Abundancia de Siam.—Cómo amansan los elefantes.

La ciudad principal de Siam y cabeza de aquel reino tan antiguo está fundada en la ribera de un caudaloso río que baja del reino de Pegú y unos pantanos anegadizos, y el río cerca más de las tres partes de ella, y en lo que

el río no cerca hay una cava (1) ancha y honda que se hinche del mismo río, y así la ciudad está aislada y tiene hechas a mano muchas acequias y caños de agua, que atraviesan toda la ciudad y la hacen navegable con barcos.

Fuera de esto, está cercada de fuerte y alto muro de ladrillo y de un betumen pegadizo que sirve de cal. Todas las puertas de la ciudad se entran y salen por agua. Tiene la muralla muchos baluartes, llenos de mucha artillería. Y supieron nuestros religiosos que había ochocientas piezas de artillería en la ciudad. Todos los años, sin llover en aquella provincia crece el río de tal manera, que anega toda la ciudad hasta los primeros suelos de las casas. Y toda la tierra hasta la mar, de manera que los seis meses del año está la ciudad y su tierra hecha un mar. Por lo cual que ningún ejército de enemigos se puede sustentar allí más de los seis meses que dura la seca. Es la ciudad muy agradadable y de apacible vista; en su gran circuito tiene muchas torres y pirámides doradas y plateadas de diversas pinturas. Las casas reales son muy grandes y curiosas, y los templos son todos dorados y plateados dentro y fuera, y de buena labor edificados. Todas las demás casas son pajizas. Es esta ciudad muy rica y abundante de todas mercadurías, por ir a ella a contratar muchos navíos de chinos y de portugueses, de Macán y Malaca, y de moros de Patay y Burney y de otras partes, que llevan muchas mercadurías. De aquel reino sacan algodón hilado, palo del Brasil, mucha plata v plomo, de que hay en gran cantidad, y benjuí, y cueros de venados, que matan los que no son escrupulosos en su ley. Porque hay todos los años gran muchedumbre de venados, que, como las aguas crecen y la tierra es montuosa, bajan al tiempo de la seca a pacer los llanos, que están muy verdes, y cuando vuelven a crecer las aguas quedan muchos aislados en aquellos llanos, y con facilidad les matan. También matan muchos tigres, onzas, unicornios y otros animales, y venden los cueros a los mercaderes. Hay muy pocos hombres principales en Siam que no tengan navíos muy grandes, que envían a la China y a otros reinos a contratar. Hay también juez de los extranjeros, el cual era chino naturalizado ya en aquel reino, y tenía diez navíos grandes, y aunque había sido carpintero, por ser tan rico y de buen entendimiento le hacía el rey mucha honra, y le llamaba hijo, y era muy aficionado a sus ídolos, haciéndoles templos de mucha majestad y costa.

(1) Foso.—*N. del E.*

En todo el reino de Siam el mantenimiento principal es pan y arroz, y cógese en mucha cantidad. Porque con las avenidas de las aguas se fertiliza la tierra. Estas crecientes de las aguas son iguales cada año, aunque de siete en siete años son muy mayores, y antes que lleguen hay señales de ellas, porque nacen de unas lagunas del reino de Pegú, que están superiores a la tierra de Siam. Y en el tiempo que se acaban estas aguas es tanta la cantidad de pescado que queda en los charcos, que es suficiente para sustentar abundantemente todo el reino, y véndenlo aderezado por la ciudad en los innumerables brazos que andan por toda ella.

También patos en gran abundancia, gallinas, cabras, vacas, puercos, palomas y otros mantenimientos, aunque el vino es de palmas y el aceite de cocos, como en las Filipinas. Hay mucho marfil, por ser grande el número de los elefantes mansos, los cuales por su grandeza y fortaleza son muy necesarios para las guerras y para otras cosas. Ténenlos en caballerizas y susténtanlos con hierba verde, de que todo el año hay abundancia. Y aunque el elefante es animal ferocísimo, fácilmente lo amansan, cogiéndolos cuando queda la tierra seca de las aguas. Porque bajan de las montañas venados, búfalos, tigres, onzas, badas (1) y elefantes. Y entonces llevan algunos elefantes mansos machos y hembras, enseñados para esto, y los echan entre las manadas de los bravos, y éstos los traen cuando andan en celo, hasta meterlos por una puerta que está hecha para este fin. Y dejando los bravos en un corral, se salen los mansos por otra puerta; y viéndose solos los elefantes bravos se embravecen tanto, que tiene el rey corredores para mirarlos, por ser tanto contento como correr toros. Habiendo estado en el corral algunos días, ábrenle una pequeña puerta, y en saliendo por ella cae en un artificio de madera, adonde le atan muy fácilmente, y traen luego un elefante manso, el cual, como oye bramar al bravo, le hiere con los dientes y luego le halaga con la trompa, y danle entonces de comer, porque en cuatro o seis días no comen por la braveza que tienen. De esta suerte los amansan y les sacan en compañía de los elefantes mansos. De los cuales un hombre con un garabato de hierro hace lo que con un freno se puede hacer de un caballo muy manso. Y por ser muchos los elefantes, hay mucha abundancia de marfil, que cargan los mercaderes en sus navíos.

(1) Rinocerontes.—*N. del E.*

CAPITULO XXIII

Del principio y modo de la idolatría del reino de Siam

De dónde descienden los sianes.—Ley de Siam.—Primer legislador de Siam.—Caracteres de Siam.—Lo que sienten de la inmortalidad del alma.—Los templos de Siam.—Hábito de los religiosos de Siam.

Como los religiosos que estuvieron en aquel reino pretendiesen desengañar a los idólatras de sus ignorancias y errores por todas las vías posibles, procuraron informarse de los ministros de los ídolos más principales y doctos del principio y modo de sus idolatrías. Y supieron que los fundadores de aquel reino habían venido de una gran ciudad que está fundada en un desierto en el reino de Camboja (1), que está cerca del de Siam. Y la grandeza de aquella ciudad y de los muros curiosamente labrados se colige por lo que hoy día se ve en las ruinas de los edificios grandes que han quedado. De esta ciudad tuve yo particular noticia de algunos españoles que estuvieron en el reino de Camboja, como en el capítulo XXXVII se dirá.

Dicen, pues, los letrados de Siam que un rey de los primeros de aquel reino les había dado la ley que guardaban. Porque después de vivir casado muchos años y tener hijos, se fué a hacer vida solitaria y de gran penitencia a un monte, y después de haber estado allá algún tiempo se volvió a su reino y les dió ley, la cual contiene siete mandamientos. Que son: honrar a los ídolos, no matar, no hurtar, no beber vino, no tratar con mujer ajena ni mentir. Y algunos entienden tan estrechamente el no matar, que ninguna cosa viva matan, antes a todas las cosas vivas dan de comer y predican que el pecado de matar es grandísimo. Y la pena de él ha de ser después de muerto andar en cuerpo de tantos animales cuantos mataron. Y como tienen por cierto que las ánimas de sus antepasados están en los animales y que los hacen racionales, por eso no los quieren matar. Por lo cual no sólo las aves son domésticas, pero las casas de los religiosos idólatras están llenas de ratones y otras sabandijas. Y diciendo los frailes a esta gente ciega que era necedad creer que las almas racionales andaban en gatos y en perros, pues en ningún tiempo daban muestras de entendimiento ni de razón y ni habla-

(1) Camboya.

ban, les respondió un maestro de aquesta necedad que sí hablaban, y que si nosotros no los entendíamos, que los animales se entendían unos a otros. El nombre del rey que les dió la ley, por estar el modo de idolatría de Siam recibido en los reyes comarcanos y en el de la Gran China y Japón, debe de ser Amida, como dicen los japoneses, aunque en Siam unos le llaman Perbeneab y otros dicen que tiene muchos nombres. Y que uno es tan particular que solamente lo saben los letrados.

Su ciencia es saber leer de diferentes caracteres, y usan de ellos en tres maneras: la primera es muy clara, y enséñanla a toda el género de gente, aunque sean esclavos. La segunda sirve para sólo sus idolatrías y para las historias de sus guerras y antepasados. La tercera es muy dificultosa, y solamente la saben leer los que tienen opinión de letrados y predican su ley. Y aunque para las dos primeras tienen escuelas, adonde enseñan a los niños y mancebos, la tercera es la principal, en que se ejercitan los letrados, porque otras ciencias naturales no las tienen. Y así el demonio les engaña para que reciban todas las supersticiones y modos de idolatría que les quieren enseñar, haciendo de aquel reino recámara de todos engaños, con que trae engañados también los reinos de Pegú, Patán (1), Camboja, China, Cochinchina, Japón y otros que participan de las idolatrías de Siam. Preguntaron también nuestros religiosos al maestro del rey (que aunque andaba con hábito de religioso era gran mercader) lo que sentía de la inmortalidad del alma y si había otra vida. Y respondióles que el descanso último del alma, después que había purgado sus pecados en los cuerpos de animales, era dejar de ser, así como las centellas que salen del pedernal, que en un momento dejan de ser. De estas ignorancias tienen muchísimos libros, haciendo de las hojas de palma pergamino en que escriben muy curiosamente, y después los encuadernan a modo de los nuestros, dorándolos y dándoles muy galanos barnices. Y hay librerías de tantos libros escritos de mano, que pone admiración.

La curiosidad de edificar los templos dorándolos y adornándolos de torres es tanta, que hermosean las ciudades y lugares adonde están. Todos son de ladrillo y madera y tejados de muy fuerte teja, y como no solamente el rey, sino toda la gente principal y rica edifican templos con la curiosidad posible, son innumerables, y en el gastar en esto

(1) Patán, Patay o Patani, pequeño reino que hubo al NE. de Malaca.

ninguno tiene escasez, adornándolos de varios ídolos de bronce y de madera y de barro, todos dorados. Y junto a los templos edifican conventos para sus religiosos, que se ocupan en sus ritos y ceremonias, y estos religiosos en cada templo son muchos, por tener por honra y provecho el ser religioso, y hácese grandísima fiesta cuando algún hijo de persona principal se viste el hábito de su religión. Porque va acompañado de mucha gente vestida de libreas diferentes, con trompetas, flautas y atabales y muchas banderillas, y danza desde su casa hasta el templo adonde ha de ser recibido. En llegando allí, unos sacan algunos ídolos en andas doradas y otros llevan insignias particulares en las manos o en caballos muy bien aderezados. Y para los religiosos de aquel convento llevan muchas ofrendas y paños amarillos para vestirse. A la postre va el mozo que ha de ser religioso, vestido con el hábito de aquella religión, en un caballo muy enjaezado, acompañado de mucha gente de a pie, que llevan banderillas en las manos. Y después de hechas muchas ceremonias, se queda el mancebo en el templo y se acaba la fiesta con comer y cantar. También son admitidos para religiosos los hijos de gente común, y así hay en el templo muchos muchachos vestidos con el hábito. El cual es un lienzo amarillo y cuadrado puesto de tal manera, que de la cinta para abajo queda como sotana, y de allí para arriba les cubre las espaldas y el hombro izquierdo y los pechos, salvo el brazo derecho, que les queda desnudo. Sobre este lienzo usan una faja de paño amarillo muy ancha, con que se ciñen, dando una vuelta por cima del hombro izquierdo, de modo que les viene a quedar como una estola. Todos los religiosos usan afeitarse a navaja, y tienen por mucha religión afeitarse muy a menudo, quitándose hasta las cejas. Untanse de ordinario de amarillo con una raíz amarilla molida que dicen es saludable y que aprieta las carnes. Aféitanse unos a otros por la reverencia que se tienen, teniendo por gran deshonra que alguno les llegue a la cabeza. Y es ésta común superstición en todo el reino. Y cuando afeitan los mayores a los menores y los mayores unos a otros, es con grandes cumplimientos, por haber tocado a la cabeza.

CAPITULO XXIV

De tres maneras de religiosos gentiles del reino de Siam

Religiosos solitarios.—Segunda manera de religiosos.—Compostura de religiosos.—Tercera manera de religiosos.—Son muy respetados los religiosos de Siam.—Modo de orar de los religiosos de Siam.—Cómo velan los enfermos.—Tienen sumo sacerdote.—Idolo de la salud.

Los religiosos del reino de Siam son en tres maneras: unos que hacen vida solitaria, y de éstos visitaron nuestros religiosos a uno que estaba en una pequeña isla montuosa y a la orilla tenía una casa de madera y paja, de tal manera hecha, que la celda estaba en medio y toda la casa por de fuera cercada de corredores. Tenía en su celda una pobre cama de estera, y en un rincón, colgados, sus hábitos pobres, y en un apartamiento del corredor, un asiento y un atril con algunos libros, que leía. Preguntáronle los frailes quién le sustentaba, y respondióles que del sustento no tenía cuidado, porque su Dios le tenía de enviarle cada día de comer por mano de la persona devota en cuyo nombre estaba en aquella soledad. Y dijo que había más de diez años que vivía con mucho contento en soledad y contemplación, y preguntándole los frailes qué era lo que contemplaba y qué leía en aquellos libros, dijo que contemplaba de ordinario en la muerte, y cuando se cansaba leía en los libros de su ley y en otros que trataban de buenas costumbres y de la compostura exterior, en que decía se ejercitaba, aunque estaba solo Y preguntándole qué esperaba de tantos trabajos, dijo con algún enfado: «No me canséis ni inquietéis.» Congojándose con las preguntas. Y por la inquietud de algunos portugueses que iban con los frailes, les dijo: «Nunca hubiéredes venido acá, pues me habéis espantado los pájaros y peces que me hacían compañía y les daba de comer en mi mano.» Y procurando aquietarle los frailes, le dijeron cómo también ellos eran padres y religiosos, y que estaban deseosos de que les dijese algunas cosas de virtud, y él les despidió diciendo: «Dejadme en mi soledad, porque en ella vivo contento y no deseo enseñar ni aprender de otro.»

La segunda manera de religiosos gentiles viven en congregación. y se juntan a ciertas horas de día y de noche a rezar en sus templos, y todos tañen a una misma hora

muchas campanas que tienen de hierro colado. Précianse de muy virtuosos y recogidos, y de tan pobres, que no quieren tomar dinero, sino solamente la comida. Andan por las calles con tanta compostura exterior, que admira; usan, por ser el sol grande, de unos tirasoles que llevan en las manos, y con él se cubren todo el rostro, de suerte que no pueden ver sino el suelo; llevan cuando van a pedir limosna (que es muchas veces) unas ollas colgadas del hombro, y sin hablar palabra van por medio de las calles para que se la den. Y los que se la dan se la echan en la olla. Y teniendo lo que les basta, se van a comer a sus conventos, llevando comúnmente arroz y pescado.

La tercera manera de religiosos viven también en los templos, y a las horas acostumbradas van a su coro, y allí hacen sus ceremonias y rezan. Entre éstos, que son innumerables, están los que enseñan a escribir y predican al pueblo, y son tenidos por doctos. Estos sirven de ayudar a morir a los enfermos, velándoles y confortándoles, y si mueren los entierran solemnemente. Para estas necesidades andan muchos por las calles, y no hay navío que no tenga alguno de ellos para que les cante sus oraciones. Cuando los padres llevan a los templos desde niños a sus hijos, después que saben medianamente leer, está en su voluntad el salirse o el dedicarse al templo por toda su vida. Y para esto los incitan sus parientes y padres, y todos los hombres mozos o viejos, como lleven los hábitos y digan que quieren ser religiosos, los reciben. Y escriben en sus libros guardando gran solemnidad en recibirlos. Y el tiempo que traen el hábito se precian de dar grandísimo ejemplo de mortificación y compostura, guardando gravedad y castidad. Uno de éstos, que fué a visitar a nuestros frailes, les dijo que había treinta años que era religioso, y pocos más debía de tener de edad, y que era virgen. De esta suerte se hacen estimar de todo género de gentes. Y cuando los encuentran los seglares en las calles, ponen las manos en señal de reverencia, y ellos a ninguno la hacen ni menean la cabeza. Cuando los religiosos mozos encuentran a los más ancianos y graves por la calle, les acompañan y llevan el tirasol, y la otra gente se aparta del camino y pone las manos reverenciándoles. Porque estiman mucho el hábito del religioso. Y es tanto, que si algún esclavo ha hecho un grave delito por el cual merece ser castigado, si toma el hábito de religioso puede vivir seguro.

En esta manera de religión toman muchos el hábito para poder vivir honrados y enriquecerse con lo que les ofrecen en los mortuorios y con lo que les dan por velar

los enfermos y por predicar al pueblo. Y después que están ricos, se vuelven a sus casas y mujeres que dejaron, que fácilmente las toman y dejan. Y no sólo viven regaladamente, por las muchas limosnas que les hacen; pero cada día los patrones de los templos envían muchos regalos a sus religiosos, en especial cuando por las crecientes de las aguas no pueden pedir limosna. Los padres de los muchachos que están en los templos aprendiendo también tienen cuidado de regalar a los maestros que los enseñan. Todos estos religiosos viven dentro del circuito de los templos en casa de madera, y algunos de por sí y otros en salas grandes, dividiéndose unos de otros, por que no se estorben a escribir sus libros y a estudiar, con unos pabellones de lienzo grueso, que les sirve de celda y defiende de los mosquitos. Las horas en que se ajuntan en el templo son al amanecer y anochecer. Y puédese colegir su manera de orar por lo que vieron nuestros religiosos una tarde que por curiosidad fueron a verles. Porque vieron que, acabada de tañer la campana, iban mozos y viejos al templo, y cada uno llevaba un guadamecí cuadrado sobre el brazo desnudo, que sería de una vara. Y en llegando al templo lo descogieron (1), y hechas algunas inclinaciones a los ídolos, lo tendieron en el suelo, que estaba muy limpio, y se sentaron sobre él, al modo que se sientan las mujeres. Después que llegaron todos, los más viejos se pusieron junto al altar de los ídolos, con sus libros y candelas en las manos. Y luego, todos a una se levantaron en pie y comenzaron a cantar en muy altas voces de tiples desentonados. Y sin menearse de sus lugares hicieron ocho inclinaciones profundas, hincándose de rodillas hasta dar con la cabeza en tierra, y levantábanse siempre puestas las manos. Acabadas estas inclinaciones, se sentaron todos en unos estradillos y estuvieron cantando poco más de un cuarto de hora, y luego salieron en procesión alrededor del templo, por debajo de unos portales o claustro que tienen todos los templos. Y dieron cuatro vueltas. Y cada vez que pasaban por delante de la puerta hacían inclinación profunda a los ídolos. Delante de todos iba uno con un globo de metal, de tal suerte hecho, que le iba meneando y hacía ruido como de muchas campanillas muy sonoras. Acabadas estas vueltas volvieron al templo, cogiendo sus guadamecís, y se volvieron por el orden que habían venido.

Junto a la posada de nuestros frailes estaba un hombre principal enfermo, y vieron cómo muchas noches los

(1) Extendieron o desplegaron.—*N. del E.*

religiosos de un templo que había edificado venían a velarle y estaban muchas horas cantando a su modo, haciendo procesiones con candelas encendidas alrededor de la cama del enfermo, como es costumbre entre ellos, y reciben muy buena paga por esto. Todos los religiosos se reconocen mayoría unos a otros. Y en cada convento hay uno más principal, a quien todos hacen reverencia, y él nunca la hace a nadie, y lo mismo es unos con otros, por ser más viejos o sabios. Todos reconocen a un prelado mayor, el cual vive en un templo grandísimo, muy bien cercado, que está en medio de la ciudad. Y dentro de la cerca tiene tres templos principales y otros más pequeños, y junto al principal hay tres torres altísimas muy doradas y llenas de corredores alrededor de ellas. En una de estas torres hay un aposento, en que están los ídolos más ricos y estimados, y tiene la llave este prelado mayor, y jamás la abre, si no es por muchos ruegos, a personas principales o en días de grandes festividades.

El templo de la ciudad también es mucho de ver. Porque es de tres naves muy grandes, labradas de muy buenos arcos. Tiene muchos ídolos, puestos por su orden en unas gradas, y en lo que es como capilla mayor y por todo el templo había gran número de ídolos pequeños. Porque los que no pueden hacer templos ofrecen ídolos de varias figuras, que representan las necesidades por que son invocados. Junto a los templos tienen claustros bajos, adonde se ajunta la gente a oír predicar. Y para conservar las tres torres doradas que por lo menos tiene cada templo, si faltan los patrones que fundaron los templos, muchos por su devoción los reedifican, y en ellos trabajan hombres y mujeres con mucho contento, respondiéndose unos a otros en sus regocijados cantares. En este templo del religioso principal había un ídolo muy grande, que tenía una larga cabellera y una concavidad en la cabeza, en la cual, echando agua, la destilaba por la cabellera, y los días de fiesta iban los gentiles con mucha devoción a tomar de aquella agua, que dicen es buena para conservar la salud. Es particularísima la reverencia con que entran en los templos. Porque llevan puestas las manos sobre los hombros y ladeada la cabeza hasta que salen, que cierto es confusión para los que no veneran como deben los templos del verdadero Dios.

CAPITULO XXV

DE CÓMO SE GUARDAN LAS FIESTAS Y ENTIERRAN LOS MUERTOS EN SIAM

Modo de predicar.—Fiestas de Siàm.—Tienen Cuaresma en Siàm.—Modo de enterrar en Siàm.—La solemnidad con que fué quemado un cuerpo.—Piedad con los pobres.—Hacen sepulcros honrosos.

Tienen los gentiles de aquel reino días de fiestas, y Cuaresma y Pascua, y otras solemnidades entre año. Las principales son el día de la luna nueva y cuando está llena. En estas fiestas ninguno trabaja y todos van al templo principal, adonde vienen también los de las aldeas. Los pobres (que son muchos) están sentados en los claustros del templo pidiendo limosna, y se la echan en unos pañitos que para recibirla tienden en el suelo. En los claustros de los templos hay tablados pequeños que sirven de púlpito, y alrededor de ellos se asienta la gente a oír sermón. Y el religioso que ha de predicar se asienta en el tablado y se está haciendo aire con un abanico y mascando una hierba de que usan mucho los hombres principales. Al pie del tablado está un seglar de buena voz, para leer en tono muy alto un libro que tiene en las manos, y de cuando en cuando el religioso que está arriba le manda callar y declara lo que ha leído, y luego vuelve a leer más, y el predicador a declararlo, gastando en esto casi una hora. Para estos predicadores llevan los oyentes muchas ofrendas, y cuando dicen alguna cosa que les da gusto, el que gusta de lo dicho se levanta delante de todos y ofrece lo que trae al que predica. De suerte que la gracia que el predicador tiene en decir trae la gente, y las ofrendas con que se hace rico, y el porqué le oyen todos con grande silencio.

Tienen otras fiestas, que celebran de noche, al tiempo que las aguas están en la mayor creciente y cuando están sin crecer ni menguar. Y en las lunas de aquellos meses andan todos desde prima noche hasta que quiere amanecer en barcos por el río con mucha música de atabales y trompetas y otros instrumentos de música de que usan y cantan ellos las historias y cosas antiguas y memorables de aquel reino. Y suelen muchos de estos cantores, que tienen buena voz y saben muchas historias y cosas antiguas, llevar tras si muchos barcos que los van oyendo. En aque-

llas noches, todo es grita y ruido, y comer y beber, y en el fin y remate de estas fiestas sale el rey en público de la manera que se dijo. La Cuaresma y Pascua es en fin del año, y dura la Cuaresma dos meses. El año tiene doce lunas, y de cuando en cuando, añadiendo diez días, hacen bisiesto. Tienen por gran ciencia saber los eclipses del sol y de la luna, y antes que vengan se lo dicen al rey por ser tenidos por muy sabios.

En enterrar a los muertos son los sianes muy bárbaros. Porque algunos días después de la muerte queman los cuerpos muertos. Y los que no tienen dinero para comprar leña con que sean quemados, son echados en los ríos para que sean comidos de los cocodrilos o lagartos grandes que hay en los ríos. Otros cuélganlos junto a los templos, en unas esteras, para que sean comidos de las aves. Y esto tienen por grande piedad. Porque como dicen que las almas se convierten en animales, paréceles que es bueno que sean los cuerpos comidos de ellos. Y así, cuando algún extranjero muere es menester comprar la tierra para sepultarle, y después de enterrado guardar algunos días de noche y de día la sepultura, porque los gentiles suelen desenterrarlos para hurtar las mortajas y echar los cuerpos a las aves. A los que han de quemar es costumbre embalsamarlos con aceites olorosos y de mucha costa, y guárdanlos hasta que aderezan el gasto para la hoguera, que suele ser mucho y se hace con gran suntuosidad. Estando allí nuestros frailes les murió un fraile principal (1). Y antes que muriese fueron a velarle los religiosos del convento que había hecho. Y en muriendo embalsamaron el cuerpo y lo pusieron en una caja de plomo, hecha al modo de custodia, y pusieron dentro el cuerpo sentado, hinchéndola de aceites olorosos, de sándalo y almizcle y de otros olores. En lo bajo de la caja dejaron un agujero pequeño, por donde salía lo que el cuerpo destilaba de sí. Pusieron esta caja en un lugar honroso y entapizado, adonde cada día a ciertas horas entraban los religiosos de su templo a cantar sus oficios, y la mujer y los hijos a llorarle. En el patio de la casa estaban los criados, tañendo dos campanas muy grandes y de sonido triste. Otros tocaban atabales y trompetas tristemente. Con esta majestad de música y ceremonias tuvieron aquel cuerpo más de ocho meses, por ser costumbre muy honrosa entre ellos el dilatar la quema conforme a la calidad del que muere, aunque a ninguno se puede detener un año si no es al rey. La quema de este

(1) A los paganos.—*N. del E.*

principal fué muy solemne, porque para el día de ella, en un campo de la otra banda del río tenían hechos unos castillos con invenciones de papelones dorados y pinturas muy vistosas, y a un lado muchos asientos para sus religiosos y para las mujeres y amigos del difunto. Y para llevar el cuerpo hicieron sobre tres barcos una invención a manera de castillo de muchas pinturas, que parecía iba armado sobre un carro, y dos caballos en las proas de los barcos, puestos con tal artificio, que parecía que iban corriendo y que llevaban tras sí aquella máquina. La cual toda iba cubierta de papelones dorados y pintados, y en medio de ella iba entre cuatro columnas muy vistosas la caja de plomo en que estaba el cuerpo, ya seco y con los aceites para que ardiese mejor. A la caja iba atado un lienzo muy largo, cuyo cabo llevaba en la mano un niño inocente, vestido todo de blanco, para significar la inocencia del muerto. Fuera de esto iban otras muchas invenciones dentro de aquella armazón, que la hacían muy graciosa, y cada una de ellas tenía su significación. Acompañaban a esta máquina dentro, en los mismos barcos, sus mujeres, cortados los cabellos, que es el luto y tristeza de aquel reino. En otros barcos iban muchos hombres principales acompañando y honrando al difunto, y cada uno llevaba junto a sí un barco lleno de ofrendas de lienzo, arroz, comida y moneda, todo en gran cantidad, para repartir con los pobres que van a las honras y con los que quieren pedir limosna. Llegados a donde estaba aparejado lo necesario para quemar el cuerpo, tomaron toda la armazón de los tres barcos con la caja y pusiéronla junto a un cadalso (1), que estaba hecho en tierra, dentro del cual estaba ya aparejada la leña con que se había de quemar el cuerpo, que era palo de sándalo, que vale a precio de plata. Pusieron la caja a donde venía el cuerpo encima de aquella leña, y los religiosos de los ídolos de su templo comenzaron a cantar sus oficios, que duraron hasta la tarde, entreverando el comer y beber algunas veces. Cuando llegó la hora en que habían de poner fuego a la leña, encendieron los religiosos desde a donde estaban un cohete y echáronle con cierto artificio en medio de la leña, y comenzó de arder toda aquella máquina hasta que todo se quemó. Después de pocos días hicieron en aquel lugar tres torres de cañas muy gruesas, de altura de veinte estados, y un día señalado, a prima noche, desde aquellas torres echaron muchas invenciones de fuegos. Y con este rego-

(1) Tablado para cualquier acto solemne.—*N. del E.*

cijo se dió fin a estas obsequias. La gente principal, fuera de las invenciones que hacen cuando llevan el cuerpo del difunto, labran también sepulcros de ladrillo con sus letreros, en que pretenden eternizar la memoria de los que están enterrados en ellos. Supliquemos al Señor les dé su saberana luz para que le conozcan y dejen tantos errores.

CAPITULO XXVI

Cómo fueron enviados Frailes Descalzos al reino de Camboja

Embajada de Camboja.—Muerte del gobernador Gómez Pérez.—Refriega entre los españoles y chinos.—Buen suceso de los españoles.—Cosa maravillosa.—Don Luis de las Mariñas fué por general de Camboja.—Ciudad antigua de Camboja.—El padre fray Diego del Villar.

Siendo gobernador de Filipinas Gómez Pérez de las Mariñas, el año 1580 recibió una embajada con un elefante por presente del reino de Camboja. El cual reino está entre los reinos de Cochinchina y Siam, y debe de distar de Manila más de seiscientas leguas. Porque deseando el rey de Camboja defenderse de un tirano sobrino suyo que se había levantado contra él pretendiendo quitarle el reino, como tenía noticia de la valentía de los españoles de Manila, y pedía que le socorriesen. Y aunque se dilató el corresponder a sus ruegos por algunos años, la república de Manila pidió a don Luis Pérez de las Mariñas, que había sucedido en el gobierno a su padre (al cual mataron los chinos forzados de su galera a traición yendo a tomar las islas Malucas con gruesa armada), que enviase el socorro que el rey de Camboja había mandado a pedir (1). Y aprestándose

(1) Don Luis Pérez Dasmariñas, hijo del gobernador de Filipinas don Pedro Gómez Dasmariñas, [illegible] sucedió en el gobierno, por tener aquél cédula real para [illegible] sucesor. Dice fray Gabriel de San Antonio en su *Relación del Reino de Cambodja*, 1604, que «Gobernaba, pues, don Luis Pérez das Mariñas, del hábito de Alcántara, con el doctor Antonio Morga, que sucedió en su oficio al licenciado Pedro de Rojas y agora es alcalde de corte en México, con méritos de otra mayor y mejor plaza, y gobernando la Iglesia don Juan Bivera, arcediano, y el tesorero Santiago de Castro, por la ausencia de fray Domingo de Salazar y arzobispo de Filipinas, llegaron a Manila los embajadores del rey de Cambodja, Diego Belloso, Blas Ruiz, Pantaleón Carnero y Francisco Machado, y aunque la muerte del gobernador y por la jornada de Esteban Rodríguez de Figueroa (se refiere al intento de conquistar la isla de Mindanao) estava la ciudad pobre de gente y con algún temor de

para esto dos navíos, fueron en ellos noventa y tantos españoles, yendo por embajador el muy venerable padre fray Juan Jiménez, provincial que era de los padres dominicos, con otro padre predicador de su Orden. Y como de los mismos padres y de los soldados supe, en llegando a la ciudad adonde el tirano tenía su corte, estando ya señoreado de la mayor parte del reino, habiendo hecho retirar al rey natural, saltaron tres o cuatro españoles en tierra, y hallando fuera de la ciudad muchos mercaderes chinos, fueron maltratados de ellos. Porque se atrevieron a poner las manos en uno o dos españoles, diciéndoles: «Aquí no es como en Manila.» Aludiendo a que en Manila, como hay muchos españoles, no se atreven, como allí hicieron. Pero fuéles mal, porque desembarcaron contra ellos algunos españoles y pagaron lo que habían hecho. Aunque poniéndose de por medio algunos cambojas se acabó presto esta refriega, con muerte de algunos chinos.

Como ya sabían los cambojas que estaban allí los españoles, fué forzoso (aunque el rey a quien iban a socorrer no estaba allí) decir que querían dar su embajada al rey tirano. El cual les envió a decir que desembarcasen, y que él los señalaría día para que le diesen su embajada, y mandado que asentasen real en un lugar junto a la ciudad. Y como después se supo por un aviso que dió un muchacho portugués, paje del rey, la intención del rey era dilatarles el recibir la embajada y aguardar que lloviese para que, anegándose el sitio a donde los españoles estaban, los pudiese fácilmente matar. Y así, viéndose los españoles en este notable peligro, repartiéndose los noventa y tantos que eran para que unos guardasen los navíos y otros

los muchos chincheos que habían venido, considerando con todo la piedad de la embajada del rey de Cambodja y los grandes bienes que prometía, se resolvió el gobernador a darle el favor que pedía y enviarle los religiosos que para el buen suc[illegible]us deseos eran necesarios...» Eligió Dasmariñas por general de s, que [illegible]ón a Juan Suárez Gallinato, y por capitanes a Diego Belloso [illegible] de la expedición [illegible] Gregorio de Vargas, este último natural de Sanlúcar de [illegible] Blas Ruiz [illegible] salieron de Manila en una fragata el 19 de enero de 1596, [illegible]mo directores religiosos a los dominicos fray Alonso Ximénez, fray Diego Aduarte y el hermano fray Juan Deza. De esta salida y llegada a Comboja—preludio de la segunda y trágica renuncia—se origina una de las epopeyas marítimas de más interés y más gráficamente descritas por el cronista Gabriel de San Antonio. El cual narra la llegada a Macao del intrépido Dasmariñas diciendo que, en la segunda y accidentada expedición, los embajadores Juan Tello de Aguirre y Juan Ruiz de Ycoaga «no supieron dar nuevas del general don Luis Pérez Dasmariñas, ni supieron decir cosa cierta de Cambodja». Hasta que Dasmariñas llegó a Manila, después que los «castillas» y los portugueses habían estado esperando del rey de Siam «que cada día los mandase freír».

acometiesen la ciudad, cuarenta y nueve de ellos dieron una noche rebato a la casa real, y salió su forzosa (aunque al parecer humano temeraria) acometida tan bien, que mataron al rey tirano y a un hijo suyo y le saquearon sus palacios y quemaron la casa de la pólvora, y se defendieron de innumerables cambojas que con arcos y flechas les molestaban y pretendían matar. Mas para gozar mejor los españoles de la victoria, pareciéndoles temeridad el hacer rostro a tantos bárbaros, se fueron retirando. Y viéndose en grande aprieto al pasar de un río, encomendándose muy de veras a Nuestra Señora, vino un agua muy repentina, la cual, cayendo sobre los cambojas que estaban junto al río tirando flechas, no llegó a los españoles, y así pudieron jugar de la arcabucería, por no se les haber muerto el fuego de las cuerdas. Con este favor del cielo se retiraron a los navíos y se volvieron a las Filipinas. Luego, el siguiente año, por haber los españoles muerto al tirano, en volviendo el rey Legibrano a la posesión de su reino, murió. Y sucediéndole un su hijo, escribió una carta a los religiosos de Santo Domingo y San Francisco en Malaca, que le enviasen algún socorro para conservarse en paz. Y que fuesen allá religiosos de sus Ordenes, a quienes él tenía afición por haberles ellos criado en tiempo de su padre, que él prometía de darles libertad para predicar y hacerles iglesias muy doradas. Recibida esta carta en Malaca, como había pocos religiosos, se determinó que la enviasen a Manila, y estando yo de partida para España llegó esta carta. Y tratándose en consejo de guerra de este negocio, se ofreció el muy noble y virtuoso caballero don Luis de las Mariñas (que después que había acabado su gobierno estaba recogido en un convento de los padres dominicos) de hacer esta jornada. Y dándole dos navíos, llevó consigo algunos soldados españoles y dos religiosos de mucha virtud de nuestra Orden, llamados el padre fray Juan Bautista, predicador, y fray Diego de Santa María, lego, y aunque con una tormenta se perdió el un navío con cuarenta y cinco españoles, sin los indios, y don Luis y los religiosos arribaron a la China, no desfallecieron con los trabajos ni disminuyeron el deseo que llevaban de propagar la fe y gozar de los conciertos que el rey de Camboja les hacía prometiéndoles tierras y rentas de que viviesen y haciéndoles otros favorables partidos. Y como de los españoles que estuvieron la primera vez en Camboja y de otras personas que habían estado en aquel reino supe, hay en aquel reino unas ruinas en una ciudad antigua, la cual dicen algunos que edificó Alejandro Magno o los romanos, por-

CAPITULO PRIMERO

De la vida del religiosísimo padre fray Pedro de Alfaro, primer custodio de la muy religiosa provincia de San Gregorio, de las Filipinas

Da Dios suficiencia para los oficios.—Fué guardián.—Pasóse a la provincia de San José.—Fué electo primer custodio.—Cómo repartió los frailes.—Fué ordinario en Manila.—Mortificación particular.—Rigor de penitencia.—Huyendo de la honra fué a la Gran China.—Siguiendo el consejo evangélico, salió de Macao.

Suele la divina Providencia comunicar particular valor y gracia a los que escoge para dar principio a las cosas grandiosas, como en las divinas Letras está manifiesto y toda la escuela de los doctores lo afirman. Porque éste fué el fin que tuvo Dios en aquella fortaleza, como de piedra, que dió a San Pedro, a quien había de hacer cabeza de su Iglesia, y un valor muy excelente a San Pablo, de quien había de fiar su Evangelio. Y la prudencia y buen gobierno en que han resplandecido los pontífices romanos. Y la magnanimidad y valentía de que han sido adornados los emperadores defensores de la Iglesia. Y el ingenio y habilidad con que los gloriosos doctores, ayudados de la luz del cielo, fueron lumbreras muy resplandecientes de la fe.

Usando, pues, Dios de esta soberana traza, queriendo escoger algunos religiosos para que fundasen la Religión de nuestro padre San Francisco en tierras tan remotas como las Filipinas, no sólo escogió religiosos perfectos en la guarda de su Regla, letrados y aventajados predicadores, y varones de cuya prudencia y virtud se tenía experiencia en las provincias más reformadas de España; mas ordenó que fuese su primer prelado el padre fray Pedro de Alfaro, en quien concurrían muy aventajadas partes naturales y sobrenaturales, concedidas de la Majestad divina para el oficio en que fué puesto y para la empresa de tanta importancia que él y sus compañeros llevaban.

CAPITULO PRIMERO

De la vida del religiosísimo padre fray Pedro de Alfaro, primer custodio de la muy religiosa provincia de San Gregorio, de las Filipinas

Da Dios suficiencia para los oficios.—Fué guardián.—Pasóse a la provincia de San José.—Fué electo primer custodio.—Cómo repartió los frailes.—Fué ordinario en Manila.—Mortificación particular.—Rigor de penitencia.—Huyendo de la honra fué a la Gran China.—Siguiendo el consejo evangélico, salió de Macao.

Suele la divina Providencia comunicar particular valor y gracia a los que escoge para dar principio a las cosas grandiosas, como en las divinas Letras está manifiesto y toda la escuela de los doctores lo afirman. Porque éste fué el fin que tuvo Dios en aquella fortaleza, como de piedra, que dió a San Pedro, a quien había de hacer cabeza de su Iglesia, y un valor muy excelente a San Pablo, de quien había de fiar su Evangelio. Y la prudencia y buen gobierno en que han resplandecido los pontífices romanos. Y la magnanimidad y valentía de que han sido adornados los emperadores defensores de la Iglesia. Y el ingenio y habilidad con que los gloriosos doctores, ayudados de la luz del cielo, fueron lumbreras muy resplandecientes de la fe.

Usando, pues, Dios de esta soberana traza, queriendo escoger algunos religiosos para que fundasen la Religión de nuestro padre San Francisco en tierras tan remotas como las Filipinas, no sólo escogió religiosos perfectos en la guarda de su Regla, letrados y aventajados predicadores, y varones de cuya prudencia y virtud se tenía experiencia en las provincias más reformadas de España; mas ordenó que fuese su primer prelado el padre fray Pedro de Alfaro, en quien concurrían muy aventajadas partes naturales y sobrenaturales, concedidas de la Majestad divina para el oficio en que fué puesto y para la empresa de tanta importancia que él y sus compañeros llevaban.

Fué llamado del Señor este su siervo a la Religión en la santa provincia de Santiago, adonde, después de haber dado por muchos años gran ejemplo, fué electo guardián en el muy religioso convento recoleto de la ciudad del Padrón, en el reino de Galicia. Y excediendo su deseo a los comunes ejercicios de la Religión, no contentándose con la estrecheza de vida con que se conserva la santidad en los conventos recoletos de aquella santa provincia, con algunos religiosos de su mismo espíritu y fervor comenzó una vida muy espiritual y contemplativa. Y como por palabra y ejemplo enseñase a sus súbditos, cada uno con una envidia santa, deseoso de enriquecerse de merecimientos, aumentaba las horas de oración y silencio, y a medida de su espíritu se ejercitaba en obras de mortificación, haciendo de aquel convento una cárcel de penitencia, como la que tenían los padres antiguos del yermo, según escribe San Juan Clímaco. Y como todos estuviesen tan espiritualizados que huían de tratar con los hombres y toda su conversación era en los cielos, descuidábanse del sustento corporal, contentándose con sola una refección cada día, y ésta de las hierbas de la huerta que ellos cavaban y regaban. Y hallábase tan obligado a servir a Dios este su siervo, que con nuevo espíritu comenzaba cada día una vida muy nueva, como quien entendía que aquel día había de ser el postrero y que no estaba dispuesto para ir al cielo. Por lo cual con todas sus fuerzas procuraba ganarle con invenciones santas y virtuosas obras. Y el Señor, que le guardaba para otras mayores cosas, como le hallase dispuesto para todo lo que era perfección, inspiróle que se pasase, con licencia de su prelado, a los Frailes Descalzos de la provincia de San José, que con particular reformación florecía en aquellos tiempos. Y con el aprovechamiento que en él se vió en todo género de virtud, se echó de ver que no había sido su mudanza nacida de liviandad, sino de particular vocación del Señor, que le quería escoger para hacerle capitán de los evangélicos predicadores que quería enviar a la nueva conversión de las Filipinas. Para adonde se señaló entre los primeros religiosos que hizo el hermano fray Antonio de San Gregorio, como queda dicho en el capítulo I del libro I.

Y como en él concurriesen muchas buenas partes (aunque contra su deseo), fué electo custodio y prelado de los religiosos que iban a tan meritoria jornada. Mas como pretendiese ir obedeciendo, como humilde fraile Menor, renunció el oficio. Pero como fué electo con todos los votos, no fué admitida su renunciación. Porque con su santa com-

pañía y conversación, todos sus súbditos cobraban grande ánimo para el largo viaje y para vencer las dificultades que se les habían de ofrecer en él.

Llegado el tiempo de embarcarse, como él y todos sus súbditos iban transformados en las cosas soberanas, tuvieron tan poco cuidado de proveer lo necesario para el sustento corporal del camino, que padecieron grande mengua de todo. Y guardaban tanto recogimiento en el navío como si estuvieran en un monasterio. Y aunque murieron cuatro religiosos, por peste y necesidad, a los demás no se les apocó el espíritu, con el esfuerzo que con sus santas exhortaciones este bendito prelado les ponía. Llegados a la Nueva España, en el breve tiempo que allí se detuvo este verdadero religioso, dejó opinión de muy perfecto varón. Y con fama de gran santidad llegó a las Filipinas con su santa compañía. Y como varón apostólico, luego comenzó a dar orden cómo fuesen repartidos los religiosos por las provincias de los indios para predicar el santo Evangelio. Y porque sólo estaba en la ciudad de Manila la religiosísima Orden de San Agustín, en la cual había grandes religiosos, aunque pocos, los Frailes Descalzos, que de nuevo llegaban para ayudarles, no señalaron provincia como ahora tienen, mas fueron a donde les mandaron. Y este siervo del Señor se quedó con dos compañeros en Manila, haciendo de aquel estrecho convento casa de oración. Y comenzó con tanto tesón las cosas de perfección, que no aflojaba un punto por ver que aquella casa había de resplandecer en santidad, por ser la primera que había de ser como dechado de religión en aquellas partes. Y descubrió en las costumbres que introdujo la mucha prudencia y buen talento que tenía para gobernar. Mostrábase muy apacible a los indios. Y como verdadero padre, a los españoles era muy agradable, conversándoles en las cosas necesarias con tanta alegría espiritual y santas palabras, que se echaba de ver que era templo del Espíritu Santo (1).

Estando en Manila tuvo nuevas de las esperanzas que tenían los religiosos que había enviado apostólicamente a la conversión de los indios de que, con la ayuda del Señor, habían de hacer grande fruto, y alegrándose su espíritu mu-

(1) En la relación del *Viaje a la Gran China*, de fray Francisco de Escalona, dice éste hablando del padre fray Pedro de Alfaro—cuyo nombre se repite en innumerables documentos y narraciones misioneros del siglo XVII—que «De ésta (la Religión seráfica) salió aquel apostólico varón fray Pedro de Alfaro..., que es lo más acendrado y la sustancia del cuerpo místico de nuestra religión seráfica.» *Sinica franciscana*, del padre Anastasius den Wayngaer, t. II.—*N. del E.*

cho, dió por esta merced gracias a Dios Nuestro Señor. Y deseando ir a ayudarles, sucedió que fué forzoso que este bendito padre hiciese oficio de provisor, como queda dicho en el libro II, capítulo I. Por lo cual, viéndose privado de la quietud, oración y recogimiento, muchas veces renunció el oficio. Aunque como le decían que tenía obligación de hacerle, por virtud de un breve y por el bien del prójimo, perdía de su sosiego, tomando muy de veras la reformación de las costumbres de los cristianos, como en un caso particular se vió. Porque habiendo un español incurrido en descomunión, estando rebelde para pedir misericordia y absolución, y no bastando las amonestaciones de este siervo de Dios, viendo que aquella su oveja estaba poseída del demonio y endurecida para obedecer los mandatos eclesiásticos, movido con fervoroso espíritu de buen pastor llamó sus compañeros, y dándoles cuenta de su intento, aparejándose con profunda oración, se desnudó el hábito hasta la cintura, y poniendo a su cuello una gruesa soga y a los hombros una pesada cruz, con pregón que le publicaba por grande pecador, fué desde el convento a casa del español obstinado por medio de la ciudad, con indecible compasión y devoción de todos los que le veían. Y no dejó el Señor sin premio su mortificación ejemplar, porque en viéndola el español, su Majestad, ablandándole el corazón con sólo ver tan devoto espectáculo, y antes que le hablasen palabra, se echó con grandes lágrimas y sentimiento de su culpa a los pies de su pastor pidiendo misericordia. Y enmendó con tan raro ejemplo de menosprecio del mundo su vida, que del todo se sujetó al parecer y voluntad de su prelado, quedando muy obligado a la caridad con que había mostrado desear su salvación. Y otros muchos se compungieron y lloraban sus pecados cuando, yendo representando a Cristo crucificado tan al vivo, hizo una breve exhortación al pueblo en la iglesia mayor y se volvió como había ido a su convento, acompañado de todo el pueblo.

En el rigor que con su cuerpo guardaba era particular, porque ayunaba, fuera de los ayunos de la Iglesia y Regla, casi todo el año, repartido en cuaresmas, como verdadero imitador de su padre San Francisco. Y muchos días ayunaba a pan y agua. Y en la oración era muy particular, gastando en este santo ejercicio no sólo las horas que estaba en el coro, mas quedábase después de maitines hasta la mañana en contemplación, aparejándose para decir cada día misa. Y traía tan presente a Dios en su memoria, que en toda ocasión se echaba de ver que vivía Dios en su alma.

Decía misa con tanta devoción, que la ponía a todos los que la oían y salía del altar con muestras de la ganancia espiritual que sacaba de la comunicación cotidiana del pan celestial. Porque en él resplandecían la modestia y mansedumbre con una gravedad tan santa, que era respetado de todos, y por temor suyo dejaban muchos seglares de hacer algunas perniciosas libertades. Y por sus discretas reprensiones dejaban los pecados y las ocasiones de ellos.

Dentro de casa se ocupaba en los oficios humildes, guardando gran recogimiento en su celda cuando los negocios le daban lugar, y hacía de ella oratorio. Y ansí en ella como en las demás cosas pretendía que resplandeciese la santa pobreza, tan encomendada de nuestro padre San Francisco. De quien también aprendía a huir de la honra temporal. Por lo cual, viendo que era mucha la que le hacían, así por ser custodio como por ser provisor, después de haber consultado su intento con el Señor en larga y continua oración, acompañada de vigilias, ayunos, disciplinas, cilicios y otras mortificaciones, llamando al padre fray Agustín de Tordesillas, su compañero, y apartándole en el coro, le manifestó su deseo, que era de ir a la Gran China. Porque la honra que le hacían en aquel lugar era mucha, y su intento no había sido sino venir desde España a buscar deshonras y enriquecerse con menoscabos y afrentas. Y que entendía sería gran servicio del Señor si fuesen a la Gran China a dar testimonio de la verdad del Evangelio y a padecer martirio. Con esta determinación trazaron los dos que, sin ser sentidos del gobernador, concertasen secretamente una fragata, y aprestado todo lo necesario, se fueron con otros dos compañeros a la Gran China. Adonde, por no ser conocidos ni entendidos, fueron muy maltratados, como se dijo en el libro II, capítulo I, dando por obra (ya que no podían con palabras, por no saber la lengua) testimonio del Dios que iban a predicar. Y con su paciencia en los trabajos se mostraron a los inefieles ser hombres menospreciadores de los contentos de la tierra. Y por que su trabajo tuviese algún premio, les trajo el Señor a la ciudad de Macao, adonde edificaron un convento, como se dijo en el libro pasado, y con la perfección de su vida y angélica conversación hacía mucho fruto en las almas. Porque los soberbios, viendo su mucha humildad, eran enseñados y confundidos. Los perezosos se avergonzaban viendo cuán incansable era en servir a Dios, y los siervos de Dios se animaban con su buen ejemplo.

Aunque en el convento pobre que el Señor le había dado en la Gran China estaba este celosísimo prelado muy

contento, como nunca falta contradicción en las cosas de virtud, por ser cosa odiosa a los hijos de este siglo, aunque había sido bien recibido de los vecinos de aquella ciudad, de ella salió quien le inquietó, por ser castellano y estar fuera de la jurisdicción de la Corona de Castilla. Y vista la repugnancia que había en muchos para tener gusto con su compañía, siguiendo el consejo evangélico, se salió de la ciudad, y, como otro Jonás, viendo que era ocasión de alborotarse los que antes se le habían mostrado amigos, dijo que le echasen en el mar, dándole embarcación para salirse de allí, dejando su compañero en el convento, con beneplácito de todos por ser italiano. Y fué gran parte esto para mitigar el dolor y sentimiento de sus particulares devotos, entre los cuales hoy día dura la fama (como estando yo allí muchas veces oí) de que era santo. Y aunque para la ejecución de sus santos deseos halló comodidad de navío, como el Señor tenga trazados los momentos de la vida de cada uno, después de haber dado a su siervo y a otro religioso, su compañero, mucha ocasión de merecer, con una grande tormenta y lugar de aparejarse para la cercana muerte que esperaban, a la vista de Cochinchina se perdió el navío. Y este bendito religioso con su bendito compañero, viendo que morían con el hábito de religiosos, estaban muy consolados (como Diego Marín, natural de Sevilla, que reside en Macao y es bienhechor y como padre de los frailes, que iba con ellos y nadando se salvó, me dijo), y aguardando la muerte muy conformes con la divina voluntad, se ahogaron, dando fin a sus trabajos y peregrinaciones y comenzando a gozar (según piadosamente se debe creer) de los premios eternos que Dios tiene guardados para los que fielmente le sirven y por su amor desean padecer trabajos y martirio.

CAPITULO II

De la vida del padre fray Juan Bautista Pisaro, apostólico predicador

Promesa que hizo Cristo al padre San Francisco.—Celo en predicar la divina palabra.—Era fatigado del demonio.—Visitaba los encarcelados y enfermos.—Largas peregrinaciones.—Fué verdadero pobre.—Convite de pobre.—Espíritu de profecía.—Cosa maravillosa.—Afectos de humildad.—Algunas maravillas.—Humildad del siervo de Dios.—Celo de la honra de Dios.—Fué maestro de novicios.—Oración de este bendito padre.—Abstinencia particular.—Revelación de este siervo de Dios.—El padre fray Martín Ignacio.—Maravillosamente fué hallada una imagen.

Jesucristo Nuestro Señor prometió a nuestro padre San Francisco que en todos tiempos habría perfectos varones en su Religión, los cuales, con aspereza de vida y perfección de contemplación, no dejarían caer los principios con que fué fundada. Y así, si se consideran las cosas particulares que el padre fray Juan Bautista hizo, veremos en su punto la perfección que de los primeros frailes Menores, compañeros de nuestro padre San Francisco, según lo que en las crónicas leemos, cumpliendo el Señor la palabra que a su fiel siervo San Francisco dió.

Habiendo el Señor llamado a este su siervo para servirse de él entre los conventuales de Italia (de adonde era natural, de un lugar llamado Pisaro), deseoso de más perfección, pasó a España y fué recibido de la provincia de San José. Y como el Señor le escogió para servirse de él en el ministerio de evangelizar su divina palabra, ofreciéndose jornada para ir a predicar entre infieles, fué de los primeros que fueron a Filipinas. Y daba, con su mucha abstinencia y caridad, muestras de la perfección que después descubrió. Y como fuese grande predicador y celosísimo de la salud de las almas, en Sevilla y Cádiz y en las demás ciudades por donde pasaba no cesaba de predicar, esforzando a los flacos en la virtud, trayendo a los pecadores a penitencia, procurando conservar los justos en el amor de Dios, con santos ejemplos y palabras llenas de mucho espíritu. Y adondequiera que predicaba encendía fuego de amor de Dios en los corazones más helados, como se echaba de ver en particulares afectos que en muchos se veían. Y recelando, como temeroso de Dios, que predicando a los

demás no fuese excluído del premio celestial a que les convidaba, castigaba su cuerpo con extraña aspereza, trayendo casi siempre muy áspero cilicio, vistiendo un pobre y remendado hábito de sayal, andando siempre descalzo, siendo muy continuo en las vigilias y oraciones y ejercitándose mucho en la contemplación. Y en las disciplinas y abstinencia era tan austero, que parecía vivía por milagro, según el mal tratamiento que a su cuerpo hacía. Y era tanta la fama que tenía, aun entre los gentiles chinos, su abstinencia y aspereza de vida, que más de doscientas leguas venían los ermitaños solitarios gentiles a verle.

Envidioso el demonio de ver en el siervo de Cristo tanta perfección, hacíale guerra muy particular. Y como un compañero suyo me dijo, eran tan continuas y manifiestas las luchas que el demonio tenía con él, que muchas noches le azotaba con gran rigor, permitiéndolo así el Señor para que su siervo, aunque afligido, armado con las armas de sus heroicas virtudes, saliese vencedor del enemigo. Y en las muchas navegaciones que hizo, como velase cuando los demás dormían, afirmaba a sus compañeros (como de uno de ellos supe) que de noche se andaba paseando el demonio visiblemente por el navío procurando alguna ganancia, y que conjurándole con mucha fe y confianza le hacía huir, avergonzándose de que el siervo de Dios triunfase de él.

Como estaba tan enriquecido de virtudes este gran varón, por dondequiera que pasaba parecía una celestial trompeta, con que llamaba Dios gente para el cielo. Tomándole también por instrumento para el consuelo de los encarcelados, a los cuales visitaba muy a menudo, y con sus santas palabras consolaba los enfermos que visitaba, disponiéndoles para el reino de Dios. Componía con gran discreción las enemistades y sacaba de muchas ocasiones de pecar a los pecadores. Y con la diligencia que ponía en reducir mujeres públicas y perdidas a buen estado, convertía el Señor muchas, que se entraban en monasterios o eran recibidas en las casas de gente recogida. Con chicos y grandes era tan prudente en tratar de las cosas de Dios, que de todos era estimado y reverenciado como un apóstol. Y aunque en las obras de este su siervo mostraba el Señor el particular favor que le hacía, y fuera justo ponerlas todas, pero como la mayor parte de ellas se colegirán de algunas que se pondrán aquí, sólo diré parte de lo que le sucedió en sus largas peregrinaciones, hechas por amor de Dios. Porque desde España fué a Filipinas, y desde allí a China y a Malaca y a la India Oriental, por donde volvió

a España, que son tierras muy distantes unas de otras, llevándole el Señor por tan diversos reinos por mostrar en él un perfecto fraile Menor muy observante de su Regla.

En especial era gran celador de la santa pobreza, no teniendo cosa propia, ni aun celda. Porque en el convento donde vivía no tenía lugar determinado adonde reposar. Y habiendo hecho en la casa de Macao (que él ayudó a edificar, como se dijo) una celda estrecha y muy pobre para sí, diciéndole un seglar que si era aquélla su celda (como hizo nuestro padre San Francisco en otro caso semejante), se salió al punto de ella, y así estuvo sin celda muchos días, haciendo del coro celda de día. Y por no volver a la que tenía con nombre de suya, se recogía de noche en una pequeña concavidad que estaba en una pared, y túvose por cosa milagrosa que acabando una vez de salir de este estrecho lugar, adonde tomando algún alivio de sus continuos trabajos y vigilias dormía muy poco tiempo, se cayó la pared. Y si él estuviera en el acostumbrado lugar, le matara. Y porque no se perdiese ocasión de honrarse con la santa pobreza y de acumular merecimientos, cuando navegaba, no sólo acostumbraba a rezar el oficio divino a media noche y a las horas acostumbradas de día, teniendo sus determinadas horas para la oración y silencio ; mas de dos o tres días en la semana, tomando el alforja pedía limosna por amor de Dios a los del navío, en voz alta, para sí y sus compañeros. A los cuales con su ejemplo y santas palabras animaba a los trabajos y tribulaciones que por mar y tierra siempre se ofrecen. Creció tanto este celador de la santa pobreza en el amor de esta virtud, que, a no ser conocido su buen espíritu, fueran tenidas por simplicidad muchas cosas que hacía. Porque en Macao, el día de nuestro padre San Francisco, celebrando con concurso de pueblo y de algunos religiosos de la Compañía de Jesús la fiesta, y obligándole la costumbre a darles alguna colación la víspera de la fiesta, dijo que no tenía otra sino de agua bendita. Y dando el día de la fiesta de comer a los religiosos huéspedes, él leyó a la mesa, y después que solamente les habían dado un poco de vaca cocida, les dijo que no se entregasen mucho en ella, porque había fruta. Y era bien agreste y agria. Juzgando el pobre de Cristo y abstinente religioso que los huéspedes eran bien regalados con vaca y mala fruta, por ser para él cualquiera de estas cosas grande regalo. Porque en muchos días no comía carne y hacía invenciones particulares de abstinencia para hacer de sí agradable sacrificio al Altísimo.

Según me dijeron algunos de sus compañeros, recibió

del Señor espíritu de profecía, porque decía muchos días antes algunas tormentas cuando navegaba y cosas particulares que naturalmente no se podían saber. Y mostróse muy claro, porque en cierta ciudad de la India, adonde fué maltratado porque entendían que venía apóstata y por no ser conocido, y sin poder saberse por ninguna vía ni manera la venida de su compañero, que traía la licencia, dijo determinadamente cuándo vendría, como sucedió. Y siendo conocido, fué notablemente honrado. Y en todos los pueblos por donde pasaba era muy respetado por sus sermones, y los niños le señalaban por santo con el dedo. Y aumentaba el Señor esta devoción con particulares maravillas, porque estando predicando a gran concurso de gente que le seguía, engolosinada de su celestial doctrina, amenazando un nublado con mucha agua, dijo que nadie se inquietase, porque no llovería tan presto, y así sucedió que el tiempo que duró el sermón no llovió, y acabado el sermón cayó mucha agua. Sucedió otra vez que acompañando a uno que llevaban a la horca, animándole para que se aprovechase de aquella pena y deshonra para satisfacción de sus pecados y ganar el cielo, después de haberle ahorcado en una estrecha horca de palo se subió el evangélico predicador encima de ella, y sin tener a donde se arrimar predicó un largo sermón al pueblo con los mismos meneos que si estuviese en el púlpito. Siendo juzgado por todos por cosa maravillosa el no haber caído de tan estrecho lugar. Y cierto lo fué, que yo he visto la horca, y aun no predicando era harto tenerse en ella.

Algunas veces, cuando predicaba, enseñado de su buen espíritu y celo de las almas, hacía extraordinarios afectos, con que movía al auditorio a lágrimas y penitencia. Porque como él se estimase por polvo y ceniza y en el menosprecio de sí mismo estuviese muy ejercitado, en medio del sermón se derramaba ceniza a la cabeza, viniendo muy a propósito lo que decía. Reprendía con gran fervor y apostólica libertad los vicios. Descubrió muchos engaños del demonio, como se vió aun en Madrid, adonde siendo el engaño de un falso profeta tenido por verdad, públicamente dijo que no le contentaba. Y por las razones que dió se fué poco a poco descubriendo lo que por artificio diabólico era tenido por espíritu de profecía. Cuando estaba en las ciudades de Macao y Malaca, adonde por no saber la lengua no podía satisfacer al deseo que tenía de enseñar a todos el camino del cielo, rogaba a los religiosos que la sabían le tradujesen sermones en lengua china y malaya, y los tomaba con mucho trabajo de memoria y los predi-

caba con gran eficacia. En las ocasiones que se le ofrecían, hallándose entre muchas y diversas naciones, procuraba dar a cada uno pasto del cielo. Porque, como codicioso pescador, siempre echaba la red, y no salía sin ganancia, confirmando el Señor su doctrina con algunas maravillas vistas de los infieles. Una vez un tullido desde su nacimiento, pidiéndole limosna díjole que no tenía que darle sino un poco de una cruz que traía siempre colgada al cuello, y raspándole un poco se lo dió a beber, y premió el Señor su fe sanándole.

No fué menos maravilla que estando en la ciudad de Goa, en la India Oriental (adonde fué muy bien recibido y su santidad conocida), como tuviese noticia de que el arzobispo de Armenia, como cismático, no quería obedecer al Pontífice Romano, aunque personas graves y religiosas le habían procurado reducir, movido de compasión caritativa fué a verse con él, y aunque no sabía la lengua armenia, con intérprete le habló tan eficaces razones, dándoles virtud y eficacia el Señor, que le trajo al gremio de la Iglesia romana y reconocimiento del Sumo Pontífice. Y viendo una cosa tan notable una persona que debía alabar a Dios por ella, reprendió al apostólico varón el modo evangélico de simplicidad y prudencia que había tenido con el arzobispo. Y notaron muchos que cuando era reprendido oyó de rodillas la reprensión que le daba quien no era su prelado. Y sin hablar palabra mostró con su profunda humildad que se debía atribuir lo sucedido a la divina misericordia.

Era tan humilde este religioso padre, que armado con la humildad no sólo se hacía invencible a las asechanzas y tentaciones del demonio; pero ellos le temían y daban voces en viéndole los endemoniados, porque echaba fácilmente de sus cuerpos al enemigo. Y como era tan humilde en el conocimiento de sí mismo, cuando alguno le afrentaba entendía que le honraba, mostrándose muy agradecido de las afrentas que le decían. Porque como hubiese sacrificado a su Dios su libertad y honra, ya no tenía otra honra que la de su Majestad, y ésta celaba mucho, reprendiendo los juramentos y las ofensas y pecados que contra el honor divino se hacían, incitando a todos a que honrasen mucho a Dios. Y como supiese que en una casa de Manila se juraba y jugaba mucho, con celo particular de la honra divina se puso enfrente de la casa a predicar, tratando altísimamente de la ingratitud que los hombres tienen con su Dios y de las penas del infierno. Por lo cual los que estaban jugando se salieron confusos. Y siendo muchos en particular reprendidos del siervo del Señor por sus peca-

dos, se apartaban tan de veras de ellos, que algunos entraban en Religión. Porque era tan eficaz la divina palabra en la boca de esta evangélica trompeta, que adondequiera que estaba se poblaban las Religiones de novicios.

Viviendo en el convento de Macao, le hicieron maestro de novicios. Y enseñábales a tener mucho amor a la pobreza y abstinencia, criándolos en estrecha observancia de la ley de Dios y de los estatutos de la Religión. Y procuraba cuanto podía que no hubiese cosa sobrada en casa, sino que todo faltase, por que se echase de ver que era aquella casa de la santa pobreza. Consideraba muy bien las condiciones de los novicios, probándolos en algunas cosas, de las cuales fácilmente colegía los que habían de perseverar. Como se vió en muchos, que según lo que él decía se salieron y otros perseveraban. A todos enseñaba con ejemplo a que se aborreciesen a sí mismos, haciendo particulares mortificaciones para aprovechar en la virtud.

Navegando desde Malaca a la China, estando una noche en oración, a vista de Cochinchina despertó a los religiosos que iban con él y (como uno de ellos me contó) les pidió muy encarecidamente le encomendasen a Dios, porque había visto el cielo abierto y al padre fray Pedro de Alfaro, su custodio y compañero, ya difunto, con el sello de la custodia en la mano; y llegando cerca de a donde el dicho padre custodio se ahogó, hicieron particular oración por él. Y era la oración de este bendito padre de tanta eficacia delante de la Majestad divina, que todos los devotos de la Religión en cualquiera necesidad se encomendaban en ella con mucha fe y devoción. Y a los que eran indevotos, orando por ellos los hacía muy devotos. Como lo mostró el Señor en un particular caso. Porque siendo un hombre tan indevoto de los religiosos que jamás les quería hacer limosna, este verdadero hijo de nuestro seráfico padre San Francisco (de quien se cuenta otro tanto) procuró alcanzar con importunos ruegos, en casa de este hombre, una limosna, y agradeciéndosela, no sólo rogando a Dios por él, mas visitándole, díjole tantas cosas de la virtud de la limosna y del amor y devoción a las Religiones, que le trocó el Señor en nuevo hombre, haciéndole notablemente devoto de ellas y gran bienhechor.

Estando yo en la ciudad de Macao, oí decir a muchas personas devotas y fidedignas que cuando enviaban alguna limosna al convento a este abstinente religioso, echaba ceniza en la comida o agua, por quitar el buen gusto y sabor que por la caridad las personas devotas le habían dado. Y era tan abstinente, que no comía más de

una vez cada día y raramente bebía vino, aunque tenía algunas necesidades y dos fuentes en las piernas, las cuales, como me afirman muchos que las vieron, aun no curándolas, no olían mal, mas bien. Y preguntándole por qué no curaba especialmente la una, que estaba muy mal tratada, respondía que para ejercitar la paciencia era muy buena aquella dolorosa llaga. Y, según su compañero me dijo, que le había oído decir desde niño tenía aquella llaga. Porque habiendo nacido ciego, Dios Nuestro Señor reveló a una hermana suya, religiosa de gran virtud y ejemplo, que le abriese una fuente, y luego tendría vista, y que si se le cerraba la perdería. Por esta razón y por tener ocasión de más merecer, él se abrió otra fuente. Y como no le eran estorbo para predicar, ni para caminar a pie, ni para otro cualquier trabajo, se animaba a tomar cada día nuevos trabajos por amor de Nuestro Señor.

Era tan incansable predicador este celador de la honra de Dios y de la salvación de las almas, que después de sus muchas peregrinaciones volvió a España, y fueron muy aceptos sus sermones en la corte, y de gran provecho y edificación, teniéndole todos por un gran varón. Y el rey don Felipe II, edificado de su buen espíritu, le pidió que fuese a Italia, a la ciudad de Asís, y que en el sacrosanto convento de los frailes Menores de Nuestra Señora de los Angeles de Porciúncula ganase por su majestad la indulgencia plenísima que hay el segundo de agosto en aquella santa casa. Y entre otras cosas memorables que cuando volvió de la China hicieron él y el padre fray Martín Ignacio de Loyola fué hacer hermandad con los padres Descalzos Carmelitas, siendo su provincial el muy venerable y docto padre fray Jerónimo Gracián. Para que adunados los Frailes Descalzos Carmelitas y Franciscos, fuesen a evangelizar el reino de Dios entre los infieles. Y por este fin el muy religioso padre fray Martín Ignacio hizo muy largos y trabajosos viajes, de los cuales hallará el premio en el cielo.

En satisfaciendo el padre fray Juan a la obligación en que el mandato del rey le puso, fué a Roma a besar el pie al Sumo Pontífice Sixto V, de felice recordación. Y gustó notablemente el Papa de sus santos intentos, por ser enderezados a la perfección. Y haciéndole predicador apostólico, le concedió otros particulares privilegios, favoreciendo sus fervorosos deseos. Con la bendición del Papa comenzó a predicar, con extraordinario aplauso del pueblo, en algunas partes de Italia. Y como desease plantar la forma y modo de vivir de los frailes Menores Des-

calzos de la provincia de España en Italia para que se criasen religiosos que pudiesen ir a la conversión de los infieles de las Filipinas, comenzó a fundar muchos conventos. Y de los padres conventuales se le pasaban muchos a su compañía, deseosos de imitarle y sacrificarse a los trabajos y penitencia, y como comunicando con algunos discípulos y compañeros de este siervo del Señor en Génova me contaron. Y en la estrecheza de su convento y pobreza de sus celdas y refectorio vi que saliera con su intento, si no se le levantaran muchas contradicciones, con las cuales se aumentaba la corona de sus merecimientos, mostrando mucha paciencia en ellas. De la fundación de esta casa y relicario de religiosos pobres de Génova supe que, deseando el padre fray Juan Bautista hacerla, andando buscando un acomodado sitio, pidió a la Señoría uno que era cueva de ladrones y capa de pecados y retrete de hombres facinerosos. Y comenzando a cavar los fundamentos, se halló una imagen de Nuestra Señora y de nuestro padre San Francisco en lo profundo de la zanja, que fué de gran consuelo para el siervo de Dios, por colegir de aquello que había sido grato al Señor la elección de aquel lugar, para que el que antes estaba dedicado al demonio fuese consagrado a la Sacratísima Virgen y fuese allí hecha una pobre casa para sus siervos los frailes Menores. También hizo otras casa en Nápoles, adonde, después de haber predicado en muchas partes de Italia, se fué. Y en aquella ciudad populosa fué muy bien recibido, por la fama que de su santidad se tenía. Y en el tiempo que en ella estuvo aprovechó mucho con su apostólica doctrina y muy ejemplar vida. Mas como en la vejez no aflojase en el rigor de la penitencia, no pudiendo ya sufrir el cuerpo la carga pesada con que el espíritu le traía sujeto, enfermó. Y viendo que estaba ya cercana la última hora de su vida, como candela cuando se acaba da mayor resplandor, acabó sus días con muestras de mucha virtud. Y después de muerto es venerado y tenido por apostólico varón en la opinión de todos los de aquella ciudad.

CAPITULO III

DE LA VIDA DEL PADRE FRAY JUAN DE PLASENCIA

De la provincia de Santiago se pasó a la de San José.—Trabajó en la lengua.—Fué electo custodio.—Oficio de buen pastor.—Exhortaba mucho a los ministros de la conversión.—Devoto de las ánimas del Purgatorio.—Tuvo gran amor a los indios.

Según la doctrina de San Pablo (1), diversos son los espíritus y dones que Dios reparte con los suyos. Y aunque entre sí tengan diversidad de efectos, todos nacen de un mismo Espíritu Santo. Porque con esta variedad se conserva el gobierno de la Iglesia universal y el de cualquiera Religión que es miembro de ella. Por lo cual fué providencia que la provincia de San Gregorio de las Filipinas, que de nuevo se fundaba, tuviese un custodio santo para su buen gobierno. Y para el provecho del prójimo un celosísimo predicador, como en los dos capítulos pasados se ha dicho. Y para predicar en su lengua natural a los indios, al padre fray Juan de Plasencia. El cual trabajó mucho en la lengua y floreció en muchas virtudes, que lo hacían grato a Dios y a los hombres. Tomó este apostólico varón el hábito en la religiosísima provincia de Santiago, seminario que ha sido y será, con el favor divino, de gravísimos y santísimos religiosos. Y por perfeccionarse en la santa pobreza se pasó a la provincia de San José, adonde de diversas provincias se recogieron grandes religiosos que la fundaron. Y viviendo deseoso de agradar mucho a Dios y servirle, no sólo se ocupaba en predicar a los fieles doctrina muy provechosa, por ser muy letrado: pero deseaba sacrificarle su vida, si posible fuese, en el martirio y conversión de los infieles. Y con este su intento fué con los primeros Frailes Descalzos a las Filipinas, no perdiendo el tiempo por el camino. Porque a su fervorosa oración añadía el trabajo de predicar y confesar por dondequiera que pasaba.

Como iba con tanta hambre de las almas, en encargándole la conversión de ellas, viendo que había pocos ministros para la conversión y que por no saber bien la lengua de los indios, por no estar puesta en buena orden, hacían poco fruto, tomó tan a su cargo aprender la lengua

(1) I Cor., I.

tagala (que era la provincia adonde él residía, y en la que ahora tienen los frailes Menores los más conventos), que la redujo a modo de arte, haciendo de ella vocabulario y poniéndola con tanta claridad, que, según los que la saben dicen, dió más luz este curioso padre con su trabajo y vigilancia que todos los que después de él se han desvelado en aclararla. Porque fuera del vocabulario y arte, sacó en limpio muchas maneras de hablar de que se usa en aquella lengua, procurando no desquiciarla de su natural significación y pronunciación, para que fuesen mejor entendidos los ministros cuando enseñasen a los indios.

No sólo floreció este celoso ministro de las almas en procurar la conversión con gran caridad de ellas; pero vivía con particular cuidado del aprovechamiento de su alma, continuando el religioso y estrecho modo de vivir en que habían comenzado a fundar aquella nueva provincia. Y como él fuese de los primeros religiosos de ella, celaba mucho la honra de su Religión y la observancia de la Regla. Y siendo muy puntual en guardarla, animaba a sus hermanos a la guarda de ella. Por lo cual, como resplandeciese en él particular prudencia y el celo de la conversión de aquellos indios, después de haber sido electo en segundo custodio el muy religioso y docto padre fray Pablo de Jesús, que hoy día vive, fué electo en tercer custodio de aquella provincia, la cual entonces era custodia. Y como puesta la vela en el candelero luce más, así este prudente prelado, en siendo electo, mostró el particular talento que el Señor le había dado para gobernar, y fué tan agradable a sus súbditos y amable a los seglares, que aun dura su memoria y durará muchos siglos.

Porque era humilde y caritativo con los enfermos y cuidadoso del aprovechamiento de sus súbditos, animándoles siempre a la conversión de los infieles y agradeciéndoles mucho los trabajos que en ella padecían. Y como verdadero padre de todos, animábales con buenos consejos para que estuviesen fuertes en las tentaciones, conservándose en toda santidad y aspereza, siendo predicadores más de obras que de palabras. Y era tan caritativo, a imitación de San Ambrosio y de San Agustín, que en tiempo de necesidad daba de limosna los frontales cuando no tenía que dar, y en los castigos era piadoso. Y condenándole por esto algunos, dijo (lo que respondió San Buenaventura) que él era padre, y como tal había de castigar y guardar la honra de sus hijos y súbditos.

Por el gobierno de la custodia no descuidaba de ocu-

parse en la conversión de los indios, para con su ejemplo incitar a los demás ministros a que hiciesen diligentemente la obra del Señor, esforzándoles con la esperanza de los premios eternos que Dios tiene guardados para los que enseñando a los idólatras los engendran de nuevo en Cristo por la gracia. Y asegurábales de parte de Dios que les había de ayudar en el ministerio, dándoles fortaleza y limpieza para vivir inculpablemente. Y como tuviese particular afición a los indios, sabiéndose que venían enemigos contra aquellas islas, salió capitaneando sus frailes (como la gallina hace por defender a sus hijos del milano) para defender aquellos hijuelos que tenían los frailes engendrados en Jesucristo Nuestro Señor. Y dijo al gobernador que si era necesario, él y sus frailes pelearían, o que harían cuerdas y balas para defender la tierra del enemigo. El cual, aunque amenazó a venir, no vino.

Era también muy caritativo con las ánimas del Purgatorio. Y así se supo que estando en su pobre cama, muchas veces a las doce la noche daba debajo de ella golpes. Y entendiendo que era su compañero, no reparó muchos días en ello, hasta que preguntándoselo, entendió que era alguna necesidad espiritual de alguna alma del Purgatorio, y levantándose a maitines hacía disciplinas por ellas. Y sospechando que una ánima debía de tener necesidad, dijo una misa por ella. Y desde entonces no sintió más ruido ni los golpes.

Como fué de los primeros que pasaron a las Filipinas y se entregó con muchas veras a la conversión, cuando se hallaba en alguna parte a donde había guerra entre los indios (que era muy ordinario antes que el Evangelio entrase en aquellas partes), andaba sin temor entre ellos, procurando concertarles y persuadirles a que, dejadas las armas, tratasen del remedio de sus almas y, dejando sus idolatrías, adorasen al Dios verdadero. Y veíanse cada día notables efectos con sus santas exhortaciones, por tener experiencia aun los gentiles de su mucha virtud y del amor tan desinteresado que les tenía. Movido del cual, en acabando su oficio se volvió a la conversión y edificó muchos conventos. Y puso en orden el modo con que habían de criar los recién convertidos. Animando mucho a los ministros para que no se cansasen en reducir a modo político aquella gente montaraz ni de aprender la lengua, pues se veía claramente el fruto que en los indios se hacía. Y ocupado en estas santas obras, acabó en paz en el Señor, el cual le habrá premiado lo mucho que trabajó por dar a conocer a los gentiles su santo nombre.

CAPITULO IV

De la vida del padre fray Diego de Oropesa.

Buen medio para la perfección.—Abstinencia continua.—Fué a la China.—Guardaba las ceremonias.—Fué prelado.—Viniendo a España, murió.—Cosa maravillosa.—Fray Pedro Ortiz llevó frailes de España.

Entre los santos hijos que, como fructífera oliva, produjo la provincia de San José, fué uno el padre fray Diego de Oropesa, que por otro nombre, por devoción del santísimo esposo de la Reina del cielo, se llamó de San José. Porque no sólo en España (como me dijeron algunos religiosos que le trataron y fueron a las Filipinas en su compañía) dió grande olor de santidad; mas adondequiera que estaba, con la comunicación divina, celebrando cada día con mucha devoción y perseverando en la oración mental, traía tan presente a Dios, que parecía estar muerto al mundo y que vivía Cristo en él, comunicándole espíritu particular para padecer mucho por su santo nombre. Con este designio salió de su provincia y se ofreció a los innumerables trabajos que en las peregrinaciones aumentan los merecimientos. Y llegando a Nueva España, no se entibió en sus fervorosos deseos, aunque hubo ocasión de poderse quedar allí con algún regalo; mas deseando mayor cruz, fué a las Filipinas, cuidadoso de emplear bien su talento en la conversión de aquellos indios. Y viéndose entre ellos, dióse por muy satisfecho de la divina Majestad del trabajo del camino, por estar en ocasión de padecer de nuevo por la salvación de las almas. Y considerando que el oficio que tenía era apostólico, procuraba satisfacer a la obligación de él, porque olvidándose de los ejercicios de la vida pasada, comenzó una vida nueva y santa.

No comía más que arroz cocido con agua, acompañándole con algún poco de pescado o caldo de él. Y aunque en algunos meses el calor de la tierra ayuda poco para hacer mucha abstinencia, él perseveró toda la vida en esta virtud. Y con ser tan templado para sí, enseñado de la fraternal caridad, era gran acariciador de los huéspedes y muy sin escrúpulo para socorrer las necesidades del prójimo. El rigor de sus ayunos acompañaba con la oración y contemplación, y con estas dos alas volaba a la consideración de las cosas celestiales, de las cuales mostraba su alma estar tan codiciosa, que por enriquecerse de ellas

sobrepujaba a la codicia que los codiciosos mercaderes tienen de ir a la Gran China a buscar mercadurías, deseando el ir al mismo reino a buscar almas y a comprar trabajos, hambre, sed, cansancio, cárceles y peligros notables de muerte, que todo esto padeció cuando en cumplimiento de su santo deseo pasó por comisario en aquellas partes, como queda dicho en el libro II, capítulo III. Y después que volvió rico de merecimientos y bienes espirituales, que granjeó en las miserias que padeció, esforzando como verdadero padre y prelado a sus compañeros a padecer por Cristo, tomó muy a su cargo el emplear sus fuerzas y vida en aquella viña que el Señor comenzaba a plantar en las Filipinas. Con este intento aprendió la lengua (que no fué pequeño cuidado para un hombre de sus años) y mostrábase amoroso, manso y humilde a los indios. A los cuales era tan apacible y agradable su venerable persona, que a los buenos provocaba a reverencia y amor, y a los malos a temor, y este mismo efecto hacía en los españoles. Por lo cual en muchas ocasiones, por temor de este santo varón dejaban muchos de pecar, y otros se animaban a imitarle en sus santas obras, nacidas de sus heroicas virtudes.

Para con los religiosos era muy amigable, mostrando a todos fraternal amor y sirviéndoles en sus enfermedades con entrañable amor y caridad, por lo cual era muy amado de todos. Y como en su vida no hubiese que reprender, con muy justa causa celaba la guarda de la perfección, procurando que el oficio divino y las misas se dijesen con mucha pausa y gravedad, guardando lo que el breviario romano manda, y que no hubiese negligencia en hacer las ceremonias, haciendo mucho caso en estas cosas, que al parecer de muchos ignorantes son pequeñas, no considerando que basta ser usadas y enseñadas de la Iglesia romana y significar cada ceremonia misterios particulares para deber ser tenidas y estimadas en mucho, pues por la guarda de ellas son alabados muchos santos y se merece en hacer lo que la santa Iglesia romana manda.

En el gobierno de la provincia, cuando fué definidor y las veces que le hicieron guardián, era muy alabado, porque resplandecían en él la prudencia y caridad y deseaba que en todo se satisficiese a la voluntad de Dios Nuestro Señor y de nuestro padre San Francisco. Y daba en todo tan buen ejemplo, que animaba grandemente a los demás a que conservasen el rigor de la vida monástica y no aflojasen en él, engañados por la prudencia de la carne y sangre. Y como concurriesen en él las partes que se requieren para un perfecto religioso, ofreciéndose negocios

graves, de los cuales era necesario ser informado el Sumo Pontífice y el rey de España y los prelados generales de nuestra sagrada Religión, le señalaron los padres de la provincia para que viniese a España y Roma. Estimando en mucho el enviar personal tal como muestra de los que había en las Filipinas, aunque quedaban con particular sentimiento de que tal religioso y tan buen ministro les faltase.

Estaba tan crucificado a la santa obediencia, que aunque se privaba de su quietud y sosiego, por obedecer se ofreció de buena voluntad a los trabajos y peligros de tan largas navegaciones. Porque como estaba todo resignado en la voluntad del Señor, aunque vió el peligro de muerte a que se ponía, por ser hombre anciano, no lo rehusó, porque sólo deseaba que Dios fuese glorificado y servido en todo y hacer lo que la obediencia ordenase. Y así, llegado el tiempo, se embarcó para Nueva España. Y como aquella navegación sea muy larga y trabajosa, por las muchas tormentas que de ordinario hay, habiendo tenido el navío en que iba una muy grande, por lo cual los que iban en él estaban desconfiados de poder ir al puerto, viniendo este siervo de Dios algo enfermo, le apretó la enfermedad mucho, y como faltasen las medicinas y regalos, habiendo tenido mucha paciencia en ella, aparejándose como verdadero hijo de nuestro padre San Francisco y confesándose muchas veces con el compañero que llevaba, pidiendo perdón a todos los de la nao, con mucha humildad acabó sus días, con opinión de gran santidad.

Quedaron los del navío con grandísimo sentimiento por la soledad en que les dejaba el siervo de Dios, en cuyas oraciones tenían mucha fe. Pero luego vieron el pago de la mucha devoción y confianza que tenían en la santidad de este bienaventurado padre. Porque como se hallase con él a la hora de su muerte el mariscal Gabriel de Rivera, particular bienhechor suyo y de toda la provincia y señor del navío, viendo que en tan conocido peligro de la vida les dejaba y se iba al cielo, le dijo que mirase las necesidades que tenían los de aquel navío, porque estaba desaparejado de la tormenta pasada y sin bastimentos ni agua y muy lejos del puerto, y que pues iba a gozar de la presencia de Dios al cielo, se acordase de ellos. Y él se lo prometió. Y, como el mismo mariscal me contó, no tardó mucho el Señor en mostrar que había aceptado la promesa de su siervo y que le eran agradables sus ruegos. Pues pocas horas después que murió, aquel mismo día tuvieron viento en popa y llovió tanta agua, que se tuvo por

cosa maravillosa, y todos entendían que sólo llovía para remediar la necesidad que tenían de agua; y el viento les duró hasta el puerto. Adonde todos contaron de dónde había nacido el remedio de sus trabajos. Porque conocidamente aquel viento tan próspero y agua les había dado la misericordiosísima mano de Dios por los merecimientos de su siervo. Y si bien se considera el buen despacho que tuvieron los negocios que traía y encargó a su compañero el padre fray Pedro Ortiz (de quien se hizo mención en el libro pasado) y con el modo que fueron los muchos y buenos religiosos que llevó a las Filipinas, se echará muy bien de ver que hizo más este siervo del Señor muerto que viviendo pudiera hacer con mucha diligencia en la tierra.

CAPITULO V

De la vida del padre fray Sebastián de Baeza

Los bienes que se sacaba de celebrar cada día.—Maravillas.—Fué a la China y murió allá.

El reino del cielo (dice Jesucristo Nuestro Señor) es conquistado de los esforzados y valerosos soldados y es gloria morir en su demanda (1). Como está probado con los esforzados caballeros de Cristo, que por conquistarle padecieron muchos trabajos hasta la muerte. También nos certifica de esto el padre fray Sebastián de Baeza. El cual, habiendo sido criado en la provincia de San José con la estrecheza y penitencia que en ella se vive, salió tan perfecto religioso, que no rehusó el ir a las Filipinas, deseoso de ganar con trabajo el reino de los cielos y convertir muchas almas que fuesen a poblar las sillas celestiales. Y como en el recogimiento de su celda y convento le comunicó el Señor grande espíritu para que saliese vencedor en las luchas espirituales que el enemigo suele tener con los religiosos, dejando su provincia, patria, amigos y parientes (como otro Abraham), fuese a desafiar a los poderes infernales a las tierras de infieles, adonde tiránicamente se hacen adorar.

Y como estaba este perfecto religioso tan ejercitado en todo género de virtud, por dondequiera que iba se mostraba afable y caritativo, ajustándose tanto a sus obligaciones, que vivía sin reprensión. Y en los mayores trabajos

(1) Mat., 2.

se hallaba tan animoso, que no le turbaban, por tener por regalo el padecer, y ser su condición natural cortada tan a medida de la virtud, que para las cosas más dificultosas en la observancia perfecta de su Regla parecía que no hallaba repugnancia en la sensualidad. Y para conservarse en honestidad y modestia y en todas las virtudes, tenía por particular remedio el sacrificio altísimo de la misa. Del cual le nacía humildad para servir a los religiosos, fortaleza y caridad para sufrir los trabajos de la conversión muchos años, ganando muchas almas para el cielo. Confirmando el Señor su doctrina con algunas maravillas (como los que le conocieron me dijeron). En especial una vez, que estando en la conversión de Batán, un mudo desde su nacimiento, siendo ya de edad, le pidió el bautismo hablando por sus oraciones. Y otra vez estando en la provincia de Ilocos, se decía muy cierto que resucitó una niña. Y que con el agua bendita, a donde quiera que estaba hacía grandes maravillas. Por lo cual era muy reverenciado de los indios.

Viendo este angélico varón que era ya recibido sin contradicción el sagrado Evangelio en las Filipinas, como esforzado conquistador fué a echar del reino de la gran China al demonio, que en ella reina por la idolatría y otros pecados, y a dar noticia entre aquellos infieles del verdadero Dios, alumbrando sus tinieblas con la luz evangélica. Mas aunque fué allá no alcanzó el fruto de sus deseos; pero fué muy copioso el que de los trabajos y peregrinaciones granjeó. Finalmente, murió en la demanda, habiendo pasado loablemente su carrera. Porque en la ciudad de Cantón, en la China, estando en compañía de otros religiosos, enfermó, y aparejándose para morir, le dió el Señor gran esfuerzo para aguardar el trabajoso tránsito de la muerte confiado en la divina misericordia, y diciéndole que tomase una cuenta bendita que en aquella hora tenía muchas indulgencias, tomándola, respondió: «Aunque son de mucha eficacia las indulgencias de esta cuenta bendita, el haber vivido bien es buena cuenta bendita.» Y con esto acabó, dejando (aunque tristes) consolados a sus hermanos en aquel destierro, viendo cuán bien había acabado y corrido el curso de la vida. Y siendo enterrado con la mejor comodidad que se pudo hallar en una casa a donde se depositan los cuerpos difuntos de los extranjeros, después fué trasladado al convento de Macán, y el buen olor que daba y la poca corrupción de sus miembros fué testimonio de que viviendo habían sido sus obras gratas a Dios, y

en su muerte había sido por ellas coronado de gloria celestial.

CAPITULO VI

De la vida del bienaventurado padre fray Francisco de Santa María

Era muy devoto de Nuestra Señora.—Era comendador de San Juan.—Era tentado del demonio.—Quejas amorosas con Dios.—Fué maestro de novicios.—Huía de la honra.—Costumbre loable de las Religiones.—Enviáronle a España.—Arribo a Burney (1).—Predicó al rey de Burney.—Fué muerto en Burney.—Puédese tener por mártir.

Según la promesa que Cristo, Nuestro Señor, hace, diciendo que El conocerá delante de su Padre Eterno en el cielo al que le conociere y confesare delante de los hombres en el suelo, con razón se puede tener por cierto que el bienaventurado padre fray Francisco de Santa María será conocido de su Majestad en el cielo, pues en todas ocasiones y lugares mostró conocer a Cristo, y dar testimonio de que es verdadero Dios, confesándole delante de los moros de Burney, que le mataron, y de otros muchos infieles.

Tomó este bienaventurado padre el hábito en la provincia de San José, de adonde como de una cantera se sacaron aquellas piedras fundamentales que fueron los primeros religiosos que fundaron la provincia de San Gregorio en las Filipinas, uno de los cuales fué este muy religioso padre. El cual, aun viviendo, parecía que era morador del cielo, por ser su conversación angélica, y su trato de las cosas celestiales. Era devotísimo de la Virgen Santísima, y en su servicio se deseaba ocupar de día y de noche. Y por esta santa devoción se llamaba por sobrenombre Santa María. Y correspondiendo al nombre de Francisco, imitaba como verdadero fraile Menor a su padre San Francisco, siendo humilde, pobre, manso y celoso de la perfección. Y en otras cosas mostraba la obligación que le ponía el sobrenombre que tenía. Porque en las festividades de la Virgen Santísima salía tan fuera de sí con particulares reseñas y muestras de devoción, que en todo lo que hacía y hablaba, y aun en la manera de decir, se mostraba ser muy humilde siervo de la Reina de los ángeles.

(1) Borneo.—*N. del E.*

Por cuya intercesión recibió de la divina mano muchos beneficios y dones celestiales.

Era este devoto de la Virgen Santísima cuando se metió fraile comendador de San Juan, que es suficiente testimonio de su nobleza. Y como cuando tomó el hábito vivían en su provincia muchos varones apostólicos, con su buen ejemplo y doctrina se crió entre ellos como perfecto fraile Menor. Y echóse de ver el mucho espíritu que en el recogimiento había granjeado, cuando en la primera ocasión de ir a las Filipinas luego se sacrificó para el ministerio de la conversión de las almas, si el Señor se quisiese aprovechar de él en aquellas partes. A las cuales pasó, engolosinado de que habría ocasión de padecer martirio por su amado Jesucristo, con quien, según sus obras y persona, se echaba de ver que estaba crucificado, y con la divina gracia mostraba que excedía en el deseo de padecer a sus fuerzas naturales.

Trataba su cuerpo con odio santo, trayendo siempre un áspero cilicio, y era muy perseverante en la oración mental. Y traía tan presente a Dios en su memoria, que ponía por obra aquella breve cartilla que para ser perfecto enseñó Dios al patriarca Abraham, diciéndole: «Anda delante de mí, y serás perfecto» (1). Y porque no saltease la vanagloria sus obras, y por gozar más a solas y sin estorbo de su Dios, tenía muchas horas extraordinarias de contemplación en su celda. Y llevado del fervor del espíritu, hablaba con Dios a veces tan alto, que algunos religiosos le oían palabras en que se resignaba totalmente en la voluntad divina. Y hallándose indigno de estar en la presencia de su Creador, con profunda humildad decía aquellas palabras que aprendió de su padre San Francisco, cuando orando decía: «Dios mío y todas mis cosas.» Y bien se echaba de ver en su angélica vida que todo su tesoro era Dios, y que no tenía puesta su confianza en otra cosa sino en El. Porque era pacífico, afable y manso con todo género de gentes, mostrando en la alegría de su rostro la seráfica perfección a que su alma había llegado. De lo cual envidioso el demonio, en muchas ocasiones procuraba perturbar su espíritu. En especial se echó de ver una noche de Natividad, yendo este obediente religioso la víspera de aquella santísima festividad a celebrarla en un lugar de indios, dando indicios en el fervor con que iba de lo que después le sucedió. Porque él sólo cantó los maitines, por ser notablemente enamorado del dulcísimo Niño Jesús, y también

(1) Gén., 17.

la misa del gallo, que le oficiaron los indios. Y como después, por estar cansado, se fuese un poco a reposar, poniéndose en oración (estándole oyendo la persona que me lo dijo), por gran espacio de tiempo estuvo diciendo: «¡Oh, traidor enemigo de Dios!», en voz muy alta. En lo cual daba a entender la tentación grande con que el demonio en aquel santísimo día le inquietaba. Y viéndose afligido más de lo acostumbrado en semejantes trabajos, decía amorosamente al Niño Jesús: «¿Cómo, y es posible, santísimo Niño, que en tan dulce festividad para los ángeles y para las almas cristianas, esté mi alma tan atribulada?» Pero no tardó el favor del soberano Niño. Porque saliendo de la pelea victorioso y rico de merecimientos, recibió su alma particularísimos favores y consolaciones espirituales en aquella sacrosanta Pascua. Acostumbraba, cuando por enfermedad tomaba cama, aumentar después las penitencias, por el regalo que había recibido. No comiendo muchos días carne y ayunando los viernes a pan y agua, siendo ejemplo de virtud. Por lo cual, entendiendo los padres de la provincia de cuánta importancia es hacer maestros de novicios espirituales y prudentes para criar los novicios, que son como tiernas plantas en la Religión, en toda santidad y virtud y buen ejemplo, le eligieron para maestro de novicios del convento de Manila. Y como los que fueron novicios afirman, siempre andaba imaginando nuevas invenciones como servir más a Dios. Y en el exterior mostraba el júbilo y alegría espiritual de que su alma gozaba, siendo muy alumbrada en las cosas celestiales. Y como fuese de altísima contemplación, para conservar las mercedes que recibía de Dios guardaba mucho silencio y era muy caritativo y humilde, hallándose el primero en los oficios de humildad. Y sobre todo sentía de sí que era un vil gusano, y como verdadero humilde a todos los demás honraba y estimaba en mucho, y teniéndose así por pecador, a los otros tenía por justos y merecedores de honra. Como lo mostró estando en Malaca, adonde, siendo electo por comisario y prelado superior, por huir de la honra, ya que por obedecer admitió el oficio, no permitía que entre los seglares se supiese que él era prelado. Mas dejando al guardián del convento que gobernase, él se tenía por el más inferior de casa. Pero cuando él más huía de la honra, el Señor le honraba más, pues era tenido de todos por gran siervo suyo y hombre de gran santidad. En la cual se conservaba por medio de la contemplación y oración, perseverando en ella muchas horas de rodillas, como los callos que en ellas tenía testificaban. Y después

de haberse aparejado con examinar su conciencia y confesarse, decía cada día misa con muchas lágrimas y con tanto fervor de espíritu, que en el rostro inflamado, cuando salía del altar, se declaraban los favores celestiales que recibía en aquella mesa del manjar celestial. Y para mejor aparejo, ayunaba de ordinario lunes, miércoles y viernes, y hacía cada noche tres disciplinas.

En la mortificación y penitencia fué singular, porque cuando mandaba hacer a sus novicios o súbditos alguna mortificación o penitencia en refectorio (como es costumbre loable de las santas Religiones), él la hacía juntamente con ellos, porque con su buen ejemplo enseñase lo que mandaba. En la pobreza de su celda y áspero hábito, y en la cama, que sólo era una tabla, predicaba a todos penitencia, y en las ásperas disciplinas que tomaba. En la caridad de servir a los enfermos y en procurar la salud espiritual del prójimo tenía mucho cuidado. Y así, cuando algún novicio se salía era notable la pena que recibía. Una vez, saliéndose dos novicios, fué a rogar al uno con muchas veras que volviese. Y preguntándole por qué no había ido a rogar al otro, dijo que porque no había de perseverar, y aquél que con sus ruegos volvía, sí. Y como lo dijo sucedió, porque aquel novicio perseveró, y con su vida religiosa restauró la mengua y falta pasada.

Viendo, pues, los padres de la provincia que era mucha su prudencia para tratar algunos negocios graves de aquella nueva conversión en España y Roma, fué señalado para venir a tratarlos, no llevando otro consuelo que ir por la obediencia. Y entendiendo que su camino fuera más breve por la India Oriental de Portugal, se embarcó para allá, y, forzado de los vientos, tomó el navío puerto en la isla de Borneo, que está poblada de moros. Y siendo recibidos con muestras de amistad del rey de la tierra él y algunos españoles que iban en su compañía, dándoles esperanzas de que con brevedad se les daría lo necesario para su camino, cuando más seguros estaban vinieron algunos moros de la isla, y dándoles asalto por estar alojados en tierra, pretendieron matarles y robarles el navío. De lo cual siendo avisado el rey (porque enviaron a este santo varón a quejarse del agravio de los moros), se hizo muy ignorante, de lo que se entendió que se hacía por su orden. Y como en su manera de hablar viese que este prudente religioso era discreto, gustaba de hablar con él. Y viendo el favor que el rey le hacía, hallando ocasión le predicó la ley de Dios con gran fortaleza de fe y vivas razones, porque se halló obligado con lo que le decían los

moros a manifestar sin temor el nombre de su Dios en aquella coyuntura. Aunque por ser entre moros mahometanos, para sí sólo fué de provecho y merecimiento la manifestación de la fe. Con todo esto, sin recibir daño alguno trajo buena respuesta del rey. El cual se entendía hablaba con engaño, y así se echó de ver, porque el día siguiente, apartándose de los españoles este siervo del Señor con su compañero (que fué el que me contó todo esto) a un monte, adonde hizo lo mejor que pudo una capilla, para darse sin ruido a la contemplación y rezar el oficio divino y hacer las disciplinas, vinieron los moros sobre los españoles. Y viendo el peligro tan notable de morir, este bendito padre se entró en la ermita, y abrazándose con una imagen de Nuestra Señora de pincel que llevaba, envió a su compañero a dar aviso a los españoles, y él se quedó solo aguardando la furia de los moros, puesto de rodillas delante del altar, habiéndose la noche antes aparejado para un grande peligro, en que le pronosticaba el corazón que había presto de estar, pidiendo a Dios que hiciese de él lo que fuese más su servicio. Y aunque pudo defenderse algún rato con una lanza que estaba allí, tuvo por mejor esperar el tropel de los moros enemigos de la fe católica que vinieron a la ermita. Adonde hallándole orando, y como un cordero que no resiste al cuchillo (porque el deseo de verse con Cristo le hacía no estimar la vida, y más cuando tan bien se empleaba, como entonces), le alancearon y le cortaron la cabeza. Y habiéndose defendido los españoles de los moros que fueron a matarles, viniéndole a buscar, como le hallasen muerto, con increíble sentimiento y pena le enterraron a la orilla del mar, con licencia. Aunque fueron impedidos de la buena obra que hacían de los enemigos, que volvían contra ellos. Y sabiendo el rey su muerte mostró tristeza del suceso, y prometiendo de castigar a los moros dió licencia para que, recogiendo la cabeza, que estaba en lugar indecente, la enterrasen con el cuerpo. Y considerando la santidad de la vida de este siervo de Dios, se debe creer que está gozando del premio de la gloria. Y aun conforme a lo que su compañero me dijo, por la constancia con que había dado testimonio de la fe cristiana delante del rey, se dijo que había quedado odioso entre los moros, y así se entendió que fué por esta causa muerto. Y siendo esto verdad, estará coronado de martirio entre los gloriosos mártires del cielo, y en testimonio de esto (como muchos decían), a vista de los moros bajó muchos días una claridad del cielo al lugar adonde fué muerto.

CAPITULO VII

De la vida del padre fray Alonso de Jesús

Ejercicio virtuoso.—Celador de la guarda de la Regla.

No sólo pretende la Majestad divina manifestar su gloria en la virtud y santidad de sus siervos, mas enseñar a los hombres a que con su ejemplo sepan humillarse y conocer cada uno la nonada que es, y que no puede nada sin la gracia divina. En este ejercicio era muy continuo el gran siervo del altísimo fray Alonso de Jesús. Porque aunque era muy letrado, con los continuos ejercicios del menosprecio del mundo y penitencia, y conocimiento de sí que alcanzó estando en la santa provincia de San José, adonde tomó el hábito, llegó a ser tanta su humildad, que se veía claramente que, ayudado de la gracia de Dios, ponía freno al orgullo y brío natural que traen muchas veces las letras, teniéndose por ignorante. Y llegó a tanta simplicidad y sinceridad de ánimo, que ponía admiración; veíase, por lo poco en que se estimaba, se aborrecía más a sí que otros se suelen amar.

Fué este humilde varón de los primeros que fueron a las Filipinas, y enseñado de la caridad, se mostraba enfermo con los enfermos, consolándoles y exhortándolos a tener paciencia; triste con tristes, diciéndoles cómo la tristeza sólo es medicina para curar pecados, y que por ellos solamente se ha de tener; humilde con los humildes, teniéndose a sí por menor de todos; pobre con los pobres, envidiando a los que en esta virtud imitaban más a Cristo; caritativo con los necesitados, dándoles por lo menos buenas palabras. Y deseando no escandalizar al prójimo, daba a todos buen ejemplo en todo. Y aunque se ocupaba en obras pertenecientes a la caridad del prójimo, partía el tiempo para ocuparse en la oración mental, por ser medio para conservar la virtud y crecer en deseos de más perfección.

Celaba en todos los conventos adonde vivió la estrecha observancia de la Regla, en la cual procuraba no faltar en un punto ni jota. Y por ser muy devoto del santísimo nombre de Jesús, como poniéndose la S. y clavo de su Redentor, se llamó de su santísimo nombre. Y como se viese muy obligado a su Dios, por ser sacerdote, con muy humilde atrevimiento y conocimiento de su vileza, celebraba cada día. Y después de la misa, viendo que en su pecho,

debajo de los accidentes del pan y del vino estaba la majestad de Jesucristo, su Criador y Señor, le pedía muchas mercedes. Y aunque, como humilde, encubría las que recibía, el Señor en muchas ocasiones manifestaba lo mucho que estimaba a su fiel siervo. Al cual, queriéndole remunerar lo que por su amor había hecho y sufrido, y el continuo rigor de ayunos y disciplinas con que mortificaba su cuerpo, dióle tanto deseo de morirse y acabar con las miserias de esta vida, esperando pasar a gozar de la eterna, que en la enfermedad grave de que murió con este deseo vencía los graves dolores de ella. Y viéndose ya en lo último, mostrando mucha alegría espiritual, acabó la vida. Y después de muerto quedó su cuerpo hermoseado con particular semblante de frescura y hermosura, que era gran motivo para que los que le miraban alabasen al Señor.

CAPITULO VIII

De seis religiosos que yendo a las Filipinas murieron en el camino

El padre fray Pedro de Jerez.—Fué ermitaño.—Fué amador de la pobreza.—Nota el buen consejo.—Fué sustentado por mano de ángeles.—El padre Marín.—El padre Barriales.—Era incansable confesor.—Muy devoto de Nuestra Señora.—Favor de Nuestra Señora.—El hermano Mallorquín.—Padre fray Juan de la Cruz y fray Diego de Cadalso.

Estima tanto Dios Nuestro Señor el deseo que sus siervas tienen de padecer por su santo amor y servirle, glorificando por mar y tierra su Santísimo Nombre y testificando con sus santas vidas, por diversas partes del mundo, la santidad de su ley, que muchas veces reputa y estima en tanto los fervorosos deseos como si fuesen heroicas obras, y como tales los premia y alaba en sus siervos (1). Por lo cual tengo obligación a entretejer las vidas de los religiosos que yendo en compañía de los primeros Frailes Descalzos que pasaron a las Filipinas, con mucha honra de Dios y de su religión, y merecimiento suyo, murieron en el mar, no faltando la voluntad a los trabajos, aunque por faltarles la vida no pusieron en ejecución sus santos

(1) Dan., 10.

deseos. Porque de sus virtudes se podrá sacar provecho espiritual y motivo de alabar al dador de ellas.

El padre fray Pedro de Jerez fué uno de los que con más espíritu dejó la provincia de San José, habiendo sido en ella dos veces provincial, para ir a las Filipinas. Y según las calidades que en este perfecto varón se hallaban, de virtud, religión y edad, es mucho más de estimar que se haya rendido a la vocación del espíritu para embarcarse a tierras tan distantes (porque hasta allá hay más de cuatro mil leguas), destinado para la conversión de los infieles. Y aunque murió en la navegación de España a la Nueva España, con indecible dolor de los demás religiosos, que le traían por padre y ejemplo de perfección, me pareció era justo decir yo algo de lo mucho que de este perfecto varón me dijeron algunos de sus compañeros. De uno de ellos supe cómo diez años antes que este santo varón tomase el hábito fué ermitaño, ejercitándose en silencio, soledad, mortificación y oración, y como ensayándose para la perfección que en todas las virtudes había de alcanzar después que fuese religioso. Y así fué que en tomando el hábito comenzó por donde grandes religiosos suelen acabar. Porque era notablemente pobre, y quería que en su persona y celda, y en cuanto en el convento había cuando era prelado (que lo fué muchas veces), resplandeciese la santa pobreza, diciendo que con ella se hacían ricos los religiosos de bienes del cielo. Y cuando, entrando en la cocina, veía que el cocinero tenía en diversas ollas las berzas, o pescado o carne, todo lo hacía echar en una, diciendo que era más conforme a la pobreza. En la abstinencia de los manjares era tan observante, que parecía exceder a las fuerzas naturales en las continuas vigilias y abstinencias que guardaba. Porque su regalada y ordinaria comida eran hierbas de la huerta, que en levantándose por la mañana y cavando gran rato en ella, tomaba, por remuneración de su trabajo, para comer aquel día. Y siendo para sí áspero y riguroso, para los otros tenía mucha caridad y alegre conversación. Y los que más en particular sabían su vida decían que desde su niñez había dado muestras de que sería gran varón delante de Dios. Y disminuía tanto con los continuos ayunos de pan y agua, y disciplinas las fuerzas naturales, que apenas se podía tener en pie. Y no por eso aflojaba en los ejercicios de la Religión, aunque estaba tan flaco y debilitado que era necesario darle leche de mujer para confortarle. Mas con la gracia de Dios se perfeccionaba en la enfermedad. Porque estando menos sujeto a los tributos del cuerpo pesado,

el espíritu estaba más fuerte para levantarse a la consideración de las cosas eternas. Y menospreciábase a sí mismo tanto, que parecía aniquilarse. Y a todos daba consejo que se estimasen en poco y se ocupasen en servicios humildes, poniendo él por obra lo que aconsejaba, aun cuando era guardián y provincial. Desocupándose de los negocios graves en el tiempo que se hacían los oficios humildes, para ser en ellos el primero. Y de los oficios que tuvo se puede colegir cuán llena de virtudes estaba su alma, pues cuando la religiosísima provincia de San José comenzó, y estaba ilustrada con muy perfectos religiosos que de otras provincias se pasaron a ella, hermoseándola más que al cielo la variedad de las estrellas, era hallado con partes suficientes para ser prelado menor y mayor. Y siendo provincial (como me dijo el santo mártir fray Francisco de la Parrilla, que fué muchas veces su súbdito, y muy imitador de sus muchas virtudes), cuando fué al capítulo general a Roma, a pie, como verdadero fraile Menor, pasado los montes Pirineos estuvo tres días allí, por ser la nieve tanta que no le dejaba pasar. Y dos mancebos muy hermosos le trajeron de comer y le hicieron una pobre choza, adonde se recogió, y sin duda eran ángeles que enviaba el Señor para servir a su siervo. El cual, cuando daba por pocas cosas grandes penitencias, siendo guardián, después pedía perdón a los frailes, y delante de ellos hacía alguna ejemplar penitencia. Viendo, pues, el Señor que en todas las cosas de su servicio era cuidadoso y de ganar muchos merecimientos, porque tuviese nueva ocasión de aumentarlos le sacó de España, para que siquiera con el deseo se sacrificase a los trabajos que de la jornada larga de las Filipinas se podían esperar; y así, yendo en el navío con muchas incomodidades, como era muy viejo, le sacó el Señor de esta vida para pagarle obras y deseos con la corona de glorioso confesor en la otra.

El padre fray Francisco Marín, que tomó el hábito en la muy religiosa provincia de Valencia, y, siendo predicador, se pasó a la de San José, murió también en aquella navegación. Y como el que se apareja para la batalla que espera hacer con sus enemigos se ensaya primero en los ejercicios militares, que son necesarios para ella, así muchos años antes que este bendito religioso fuese a las Filipinas se habían ejercitado en muchos ejercicios de oración y abstinencia. Y decía muchas misas con gran devoción, suplicando al Señor enderezase sus deseos en lo que más fuese su servicio. Y viendo que se le ofrecía ocasión de desterrarse por su Dios de su tierra, navegando

a tierras extrañas de infieles, luego se aprovechó de ella. Y embarcándose con los demás religiosos, fué el Señor servido que enfermase en la nao. Y después de hechas sus debidas diligencias, acabó sus días en el Señor. Por cuyo amor había comenzado tan heroica empresa. Y aunque causó soledad a los compañeros, con la esperanza que tenían de que iría a gozar de Dios al cielo, quedaban muy envidiosos y consolados.

El padre fray Antonio Barriales, también en el mismo viaje pasó de esta vida. El cual era natural de la villa de Valderas, en el reino de León. Y como hubiese tomado el hábito en la religiosísima provincia de Santiago, teniendo por perfección dejar su provincia y hacerse como novicio en la de San José, se pasó a ella. Y con gran fervor comenzó una muy estrecha vida. Porque siempre anduvo descalzo y con un solo hábito, pobre y remendado, guardaba mucho silencio y recogimiento en su celda, estando siempre en ella, por no distraer el espíritu de las consideraciones santas. Era incansable confesor, porque desde la mañana hasta la noche, sin acordarse de comer, estaba confesando, hasta hinchársele muchas veces las piernas de tanto estar en el confesonario; y diciéndole los frailes por qué no tomaba con prudencia y moderación el confesar, respondía que él no podía decir de no al que le pedía confesión. Habiendo una persona de tan mal olor de boca que nadie la quería confesar, él la llamó, y sin asco, antes con mucho contento, la confesó. Era tanta su caridad, que lloraba con los enfermos afligidos y con las personas desconsoladas. Por lo cual era notablemente amado de todo género de gentes, y así apaciguaba fácilmente enemistades. Y con ser hombre de más de cincuenta años, era muy riguroso en hacer disciplinas y otras penitencias. Siendo, pues, de un mismo espíritu de perfección y deseos de padecer por Jesucristo, que los religiosos que de su provincia estaban señalados para la conversión de los infieles de las Filipinas, como muy perfecto amador de la cruz, se juntó a su santa compañía. Y deseoso de dar a su cuerpo, ejercitado en ásperos cilicios y disciplinas y largas vigilias y oficios de humildad, nuevas ocasiones de padecer y de ofrecerse al martirio, se determinó de ir con ellos. Y por no desmerecer lo que esperaba recibir, conservaba el espíritu con ayunos de pan y agua y alta consideración de los misterios de nuestra santa fe, y suplicaba a la Reina de los ángeles que enderezase sus deseos, pues era su humilde siervo. Y era tan devoto de esta celestial Señora, que en sus festividades no comía por servir a los frailes, los cuales

echaban de ver que el día que no comía andaba todo transformado en Dios, y con rostro evangélico. Y no se contentaba con ser él devoto de esta excelentísima Princesa del Cielo, pero incitaba a los demás religiosos a que fuesen muy siervos suyos. Y crecía en su devoción con los regalos espirituales que por medio de su Señora y devota recibía del cielo en sus festividades. Un día de la santísima Asunción le vieron muchos arrobado y fuera de sí en la contemplación de esta festividad. Queriendo, finalmente, guardar el rigor en la mar que tenía en tierra, enfermó en el navío, y en los días que duró su enfermedad no sólo mostró paciencia, pero el celo que tenía de la guarda de su Regla, y el amor indecible que tenía a Nuestra Señora, diciendo que en diecisiete años nunca había dejado de ayunar los sábados en honor de la Virgen María. En cuyas festividades con gran aparejo y devoción decía misa, poniendo devoción a los que la oían. Llegada la hora de su tránsito, confortó a sus hermanos para que no desmayasen en la santa jornada que llevaban, y, ayudado con sus oraciones, pasó de esta vida al Señor. Acabado de expirar (según dijo otro enfermo que murió el mismo día en el mismo navío), la gloriosísima Virgen bajó del cielo a pagar a su siervo los muchos servicios que le había hecho ; se le apareció a la hora de la muerte, y regalándole con dulces palabras salió su alma de este destierro, y con su Señora y abogada, acompañada de muchos ángeles, iría a gozar de los gozos eternos.

El hermano fray Jerónimo Mallorquín fué también hijo de la santa provincia de San José. Y siendo comendador de San Juan tomó el hábito para fraile lego, trocando el deseo que tenía de servir a su rey en el de su Dios. Hecho religioso, siguiendo su vocación y la obligación de su humilde estado, ocupábase con gran cuidado en oficios de humildad y caridad, sabiendo que de esto se agradaba más el Rey eterno. Y hacía con mucha diligencia y voluntad el oficio de la cocina. Y como fuese más discípulo de la caridad que de algún gran cocinero, estaba con mucho cuidado a la hora de comer, mirando si los religiosos comían bien la olla o berzas que él guisaba. Y cuando todos las comían estaba muy alegre, pareciéndole que recibía el premio de su trabajo. Y como fuese muy codicioso de servir a los religiosos en su ministerio, cuando fueron los primeros frailes a las Filipinas, con muchos ruegos alcanzó el ir con ellos, con propósito de no faltar un punto de servirles. Y así lo hacía en la nao, porque ponía tanto cuidado en asistir al fogón para que no hubiese falta en la

comida de sus hermanos, que como fuese tiempo de mucho calor, cayó enfermo, y muy en breve, con gran conformidad con la divina voluntad y paciencia, pidiendo a los religiosos humildemente perdón de sus faltas y que se acordasen de él en sus santas oraciones, acabó su vida. Y según de la liberalidad de Dios se ha de entender (pues siendo este su siervo noble y rico y de grandes esperanzas del mundo, por su divino amor lo dejó todo, y humillándose en el estado humilde de lego puso todas sus esperanzas en su soberana Majestad), será puesto entre los príncipes de la corte celestial.

Después de haber llegado los religiosos que iban a las Filipinas a Nueva España, murieron fray Juan de la Cruz, sacerdote, y fray Diego de Cadalso, corista. Los cuales habiendo en la vida (después que tomaron el hábito en la provincia de San José) seguido las huellas de nuestro padre San Francisco, por imitarle como a verdaderos hijos en el celo de la salvación de las almas, se embarcaron para servir al Señor en la conversión de la gentilidad de las Filipinas. Y llegando a Nueva España, cuando habiendo ya pasado la primera navegación estaban esperando la otra que hay hasta las Filipinas, fué el Señor servido que con la vida acabasen sus santos deseos, pasando a la otra a gozar del premio de ellos, según piadosamente se debe de creer.

CAPITULO IX

De la vida del padre fray Juan de Ayora

Fué provincial de Mechoacán.—Fué el primero que predicó en la provincia de Ilocos.—Fué guardián de Manila.—Renunció a un Obispado.

Aunque fué menoscabado el número de religiosos que salieron de España para las Filipinas por la muerte de los seis, como se dijo en el capítulo pasado, no quiso el Señor que fuese defraudado el deseo de los que iban ni que faltase alguno al número de los que habían salido de España, llamó otros seis religiosos de gran virtud, y así para que fuesen con los demás siervos suyos a tan santa jornada. Y como el uno de ellos (que aun vive lleno de años y virtudes) me dijo muchas veces, fué tan grande el celo con que iban a la nueva conversión, que era testimonio de que tenían recibidos muchos dones del Espíritu Santo.

Y así es deuda debida a sus muchas virtudes que en particular se trate de cada uno de ellos.

El padre fray Juan de Ayora, habiendo entrado en la Religión en la muy religiosa provincia de Los Angeles, pasó a la de Mechoacán, a Nueva España, adonde está eternizada su memoria por su santidad y prudencia y por haber sido provincial de ella, ilustrándola con su virtud y buen gobierno. Pero oyendo lo que la pública voz y fama decía de la penitencia y rigor de los Frailes Descalzos que iban desde España a las Filipinas, dejando su provincia y los hijos espirituales y amigos que tenía en ella (que no sería sin gran dolor y sentimiento), se fué en compañía de los nuevos obreros que llevaba Dios a su viña de las Filipinas. Y como en su aspecto y edad mostrase gravedad santa, y su condición fuese muy suave, y su alma llena de columbina sinceridad, fué muy agradable a los religiosos llevar en su compañía tan buen obrero, de quien se tenían grandes esperanzas. Y no salieron vanas, porque en llegando a Manila se empleó con gran fervor en la conversión, deseando acabar en ella los pocos años que tenía de vida, por ser tan conocida obra de Dios. Y con este espíritu aprendió la lengua de los indios, para serles de más provecho. Y como le dejase el gobierno de la custodia el padre custodio fray Pedro de Alfaro, cuando fué a la China, quedó muy apesarado por no poder acompañarle. Por tener gran concepto de que la gente de aquel reino es más entendida para recibir las cosas de la fe que los indios de Filipinas. Por lo cual, engolosinado con las esperanzas de que en otra ocasión iría, aprendió también (no con pequeño trabajo) la lengua de la China. Mas como no vinieron a efecto sus esperanzas, se fué a la provincia de Ilocos, en las Filipinas, y tomó a su cargo la conversión de aquellos indios. Juntándolos en pueblos para que oyesen las cosas de Dios, y sacándolos con mucho trabajo de los montes y sierras para predicarles; y el Señor premiaba su trabajo con la conversión de muchos, que por su predicación y ejemplo fueron los primeros cristianos que hubo en aquella tierra. Y quedó tan impresa su memoria en la de aquellos indios y la de otros comarcanos, que en muchos años después que murió le invocaban en las tormentas, por tenerle por santo y grande amigo de Dios.

Aunque vivía contento con los indios, como no era suyo, sino de la obediencia, siéndole mandado que fuese guardián de San Francisco en Manila, lo aceptó, entendiendo que era la voluntad de Dios. Y como no sea de menos premio el ganar de nuevo que conservar lo ganado,

con su vida ejemplar procuraba conservar la vida monástica y la devoción de los seglares, siendo el primero en todo ejercicio de virtud. Porque por espacio de veinte años trajo un arco de hierro ceñido al cuerpo, tan apretado, que en la última enfermedad, no se le pudiendo quitar, le enterraron con él. Tenía mucho amor de Dios y del prójimo, siendo consuelo de los tristes y desconsolados. Visitaba los enfermos y regalábalos mucho. Corregía con amor paternal y exhortaba sus súbditos a la guarda de su Regla, y éranle tan gratas todas sus cosas, que de todos eran alabadas. Y aunque en el convento de Manila no se hubiera tenido experiencia de su mucha santidad y valor, testimonio suficiente era de ella el haber sido electo provincial de la provincia de Mechoacán, por estar muy rica de grandes religiosos. Y dió en el oficio de provincial tanto olor de santidad, que su fama llegó a los oídos del rey y le envió la cédula del Obispado de Mechoacán. Pero él, como verdadero fraile Menor, más quiso permanecer en el estado humilde de pobre de Cristo que subir a la dignidad episcopal. Y así se entiende que por huir de la honra que todos le hacían, entendiendo crecer en virtud y menosprecio del mundo, siguiendo la pobreza de los Frailes Descalzos, se juntó a ellos y fué de los que más procuraron imitar a nuestro padre San Francisco. Y resignándose totalmente a la voluntad de sus prelados, acabada la guardianía, por la obediencia se volvió entre los indios a Ilocos. Adonde, viéndose enfermo y cercano a la muerte y sin compañero, hacía profunda oración al Señor, suplicándole que le socorriese en aquella necesidad y desamparo. En la cual sintió la misericordia de Dios en los consuelos del cielo que su alma recibía. Y viéndose ya en lo último, llamó a un muchacho indio que le servía y díjole cómo después de muerto le había de enterrar, sin quitarle el hábito. Y en llevándole el Señor para sí (no le desamparando en aquel trance), fué puesto en la sepultura por mano de los indios como él mandó, y su alma por mano de ángeles (según se debe creer) fué llevada al cielo y puesta entre los verdaderos hijos de nuestro padre San Francisco.

CAPITULO X

De la vida del padre fray Esteban Ortiz

Gran facilidad en aprender las lenguas.—Celo de las almas.—Perfecta obediencia.

Aunque por secretos juicios de Dios no comunica el Espíritu Santo en estos tiempos a los predicadores que entre los infieles plantan la fe el don de lenguas que fué concedido al Colegio apostólico, dales tan particular favor y gracia, que con ella y con muy pequeño trabajo aprenden no una lengua, sino muchas, como cada día se experimenta y se vió en el padre fray Esteban Ortiz, muy célebre predicador de la santa provincia del Santo Evangelio de Nueva España. El cual, como se hubiese toda la vida ocupado en los estudios de las letras divinas y humanas, tenía granjeada gran facilidad de aprender lenguas, ayudado del favor divino. Y así, en llegando a Filipinas hambriento de la salud espiritual de las almas, aprendió la lengua de la Gran China, que dicen es muy dificultosa, y la tagala, y la de Ilocos, por lo cual en la conversión valía por dos ministros. Y era tanta su caridad del prójimo, y el amor de Dios le tenía tan transformado en sí, que los mayores trabajos le parecían pequeños por padecerlos por la honra de la fe. Pidiendo siempre al Señor le diese fuerzas corporales y espirituales para no aflojar en su santo servicio. Y para alcanzar su petición perseveraba por muchas horas de rodillas en la consideración de los bienes eternos, como testificaban los duros callos de sus rodillas y la ordinaria memoria que en sus conversaciones y pláticas mostraba tener de las cosas celestiales. Y andaba tan fuera de sí, que de todos era juzgado por hombre elevado y transformado en Dios, estando fuera de sí algunas veces con celestiales arrobos. Y su espíritu era notablemente confortado para los grandes trabajos que emprendía cuando después de mucho aparejo cada día decía misa, teniendo por bien empleado el mucho tiempo que tardaba en ella, en especial desde la consagración hasta acabarla, mostrando su alma estar absorta en la presencia de su Dios. De cuyas consolaciones y júbilos gozaba muchas veces su alma.

En sus sermones (que eran acompañados de mucho celo y fervor) procuraba encender los corazones en el amor divino. Y cuando no sabía bien las lenguas, aprendía los

sermones que le daban traducidos en ellas, y los predicaba con gran fruto de los oyentes. Y como pretendiese ganar almas para el cielo, los días de fiesta iba por las calles tañendo una campanilla, y enseñaba la doctrina cristiana a los niños. Y si se juntaban hombres, predicábales altísimamente el reino de los cielos.

Tenía particular traza y prudente humildad para atraer con gran facilidad los indios a la fe, quitándoles la esquivez natural que tenían al principio. Porque se les mostraba muy afable y comía muchas veces con ellos arroz cocido, que es su ordinario manjar. Y porque no se le disminuyesen las fuerzas espirituales que el Señor le daba, para las forzosas obligaciones de su ministerio y para salir victorioso de las tentaciones que le podía ofrecer el demonio, armábase con mucha abstinencia y obediencia, dejándose regir de sus prelados, como el cuerpo muerto (a quien comparaba nuestro padre San Francisco al perfecto obediente) que no resiste a lo que de él quieren hacer. Y era tan sujeto a la voluntad y parecer de sus mayores, que aun en pequeñas cosas no quería seguir su opinión, haciéndose un raro ejemplo de obediencia. Por la cual trabajó tanto en la conversión de los indios, que vino a enfermar, y en su enfermedad mostraba mucho contentamiento por la gran confianza que tenía en la misericordia de Dios. Y acabando sus trabajos con la vida, después de recibidos devotamente los sacramentos, dejó muy ciertas esperanzas de que su muerte había sido principio de la vida eterna.

CAPITULO XI

De la vida del padre fray Pedro Muñico

La penitencia de los viejos avergüenza a los mozos.—Celador del culto divino.—Fué guardián de Manila.—Después de quince años fué hallado entero.

La variedad de las edades de los religiosos penitentes es mucho de considerar para que sea avergonzada la flojedad de muchos, que o por muy mozos o por muy viejos aflojan en el camino de la virtud, en la cual hombres de todas edades han sido perfectos. Y muchos de ellos en la vejez con bríos varoniles prosiguieron las cosas de perfección hasta acabar la vida. Entre éstos, es digno de ser contado el padre fray Pedro Muñico, el cual siendo de mucha edad estaba tan entero para las obras de todas virtu-

des, que daba a entender que tenía especial favor del cielo, y que desde su mocedad se había mucho ejercitado en lo que a la vejez le era tan suave y fácil de hacer. Porque cada noche hacía muy áspera disciplina aun estando entre los indios, y en sus asperezas y ayunos se echaba de ver que sobrepujaba el espíritu a sus fuerzas naturales.

Tomó el hábito este penitente varón en la muy religiosa provincia de Valencia, de adonde deseoso de servir en algo a Dios (pareciéndole que era poco lo que podía hacer en su convento), fué a la conversión de Nueva España, y allí hizo gran fruto en los indios con su buen ejemplo, y en los religiosos con el cuidado que tenía en celar la guarda de su Regla. Y como le hubiese dado el Señor en la comunicación particular de la oración una sincera condición como de paloma, era notablemente amado de todos y tenido por gran amigo de su divina Majestad. De quien recibió muchos beneficios y mercedes. Y para no ser ingrato a su Dios, se ocupaba siempre en obras de humildad y de caridad. Y en las conversaciones que tenia con todo género de gente no trataba sino de las cosas celestiales, como el que viviendo en la carne con la memoria vivía transportado en ellas. Y de todas las cosas que veía tomaba motivo para levantar el espíritu a Dios. Estando una vez hablando con un seglar en negocio muy grave, oyendo cantar un pajarito se dejó tanto llevar a la consideración de la dulzura y suavidad de los cantos celestiales, movido por el canto de aquella avecita, que, olvidado del negocio que trataba, convidó a las divinas alabanzas al seglar con quien estaba.

Como fuese muy alumbrado en el conocimiento de Dios, sabía con cuánta reverencia se había de tratar y hablar con El. Por lo cual tenía gran curiosidad en pagar las horas canónicas, y en que se celebrasen con gran autoridad las cosas del culto divino, haciendo mucho caso de las ceremonias de que usa en él la Iglesia romana, por ser muy significativas, y hermosear grandemente las alabanzas y loores de Dios. Y en este tiempo se recogía mucho interior, y exteriormente todo lo posible. Y si rezaba solo, siempre estaba de rodillas, como lo acostumbraban en muchas provincias los religiosos temerosos de Dios. Cuando fué guardián de Manila exhortaba mucho a los frailes a la guarda de su Regla y a la vigilancia y cuidado del servicio de Dios y de la salvación de las almas, animando mucho a los que se ocupaban en este ministerio. Y él también empleó su talento en esta santa obra algunos años, tomando mayores trabajos de los que su anciana edad podía sufrir.

Por lo cual, estando en una aldea de indios, le vino la muerte. Y como la aguardase con mucho gusto, viendo que se libraba de la esclavonía de la carne y de los engaños del mundo, y que era llamado a las bodas del Cordero celestial, estando sin compañero que le ayudase a morir (porque entonces por falta de frailes estaban los religiosos solos entre los indios en algunas partes), llamaba en su ayuda al Señor con himnos y cánticos celestiales. Y cumpliendo su Majestad la palabra que tiene dada de acompañar siempre a sus siervos y predicadores en las tribulaciones y necesidades (1), fué tanto el gozo espiritual que su alma sintió a la hora de la muerte, que mostró no sentir el dolor y pena que naturalmente causa. Y porque no fuese privado del consuelo que tenía en ser enterrado con el hábito, enseñó también a los indios cómo le habían de amortajar en él, cosiéndole a los pechos una cruz que de ordinario traía. Y haciendo lo que mandó con gran tristeza, por la falta de tan buen padre, le echaron los indios en la sepultura. Y siendo su cuerpo desenterrado quince años después de su muerte, para ser trasladado a otra parte, fué hallado entero, en la forma que había mandado a los indios que le enterrasen. Y de la incorruptibilidad y hermosura de su cuerpo, enterrado de tantos años, no sólo tomaron motivo los que le vieron de bendecir a Dios, mas por aquellos indicios y particulares señales se certificaban de la gloria que había su divina Majestad dado a su verdadero siervo.

CAPITULO XII

De la vida del padre fray Juan de Porras

Véase para esto el capítulo último de esta historia.—Merece mucho el buen ejemplo.

Viven algunos tan engañados, atribuyendo a imperfección la mudanza que muchos religiosos hacen de las provincias adonde tomaron el hábito y profesaron a otras, que para persuadirles que hay gran perfección en esto, que está aprobado con haberlo hecho muchos santos, sería necesario muchas razones. Pero quien considera que la conversión de las almas es una de las mayores obras que nacen del divino amor, y la que tuvieron por oficio Cristo

(1) Marc., últ.

Nuestro Señor y los santos Apóstoles, juzgará que antes son dignos de alabar los que, dejando sus provincias, pasan a las tierras de infieles a predicar el santo Evangelio. Y los que no sienten bien de esto son dignos de ser tenidos por imperfectos, pues no conocen el alteza del evangelizar a los idólatras el reino de Dios. Este, pues, es el fin y motivo que tienen los varones apostólicos para dejar la vida común y el recogimiento en sus conventos y celdas por ir a ser sacrificados con trabajos que, sufridos por amor de Dios, son muy suaves.

Este fué el motivo que tuvo el padre Juan de Porras dejando su provincia y convento y la quietud de su celda en España, y pasóse a la provincia del Santo Evangelio de la Nueva España, para ayudar a la conversión de aquellos indios. Y como se movía sólo por Dios, procuraba de día y de noche no faltar a su aprovechamiento espiritual y al de los indios. Y en esto gastó muchos años, con opinión de buen ministro. Y viendo después que se movían graves religiosos para ir en compañía de los Frailes Descalzos a las Filipinas, tuvo por especial merced de Dios ser admitido entre ellos. Y después que se vistió el hábito áspero de sayal y se descalzó los pies, tuvo gran cuidado de no ser desagradecido al beneficio recibido de Dios, conservando lo mucho que con la divina gracia había aprovechado en la vida espiritual y aumentando nuevos deseos y obras fervorosas. Después que pasó a las Filipinas celaba en todo la honra de Dios y de su Religión y la obra de la conversión de los infieles. Y como verdadero varón apostólico alegrábase en los trabajos y sufría con sereno ánimo las tribulaciones que a los principios se le ofrecían entre los indios, siendo un retrato de perfecto hijo de nuestro padre San Francisco. A cuya imitación, como no tuviese otra porción y renta sino en la tierra de los vivientes, viéndose cercano a la muerte en su grave enfermedad, mostraba mucha confianza en la clemencia divina y en la virtud de los sacramentos (1). Y muriendo con opinión de buen ministro y de perfecto fraile Menor, como su conversación interior y exterior entre religiosos y seglares daba a entender, se cree que fué recibido entre los amigos de Dios en el cielo.

---

(1) Ps. 143.

CAPITULO XIII

De la vida del bendito hermano fray Juan Clemente

Consideración necesaria para los letrados.—Don fray Ignacio, obispo de Manila.—Cómo aprovechaba con la gracia divina.—Pasóse a la recolección de la provincia de la Concepción.—Era gran limosnero.—Cómo fué a las Filipinas.—Principio del Hospital de Manila.—Tenía gran confianza en Dios.—Primer arzobispo de Manila.—El hospital de los indios es muy grande.—Cofradía de la Misericordia.—El amor que tenía a los pobres.—Deseoso de la salvación de los infieles.—Curaba llagas.—Hacíale Dios particulares favores.—Tenía ordenado el tiempo.—Era tenido por virgen.—Contemplación altísima.—El padre Garrovillas provincial.—Hubo gran concurso de gente al entierro.—Honra Dios a sus siervos.—Favorece Dios a los que se encomiendan a su siervo.

Una de las cosas que más despierta la consideración de los letrados temerosos de Dios es ver que son ilustrados con particular luz del cielo muchos idiotas y hombres sin letras, los cuales con ella crecieron tanto en virtud, que manifiestamente se echa de ver que la mano del Señor obra en ellos muchas maravillas. Y aunque de innumerables varones de los tiempos pasados se podían de esto poner ejemplos declaradores del admirable traza y condición de Dios, que deseoso de comunicar con los hombres echa mano de los más desechados en los ojos del mundo y hace de ellos muy perfectos varones en la virtud, solamente me aprovecharé ahora del hermano fray Juan Clemente, fraile idiota y lego, compañero de los primeros Frailes Descalzos que desde España fueron a Filipinas. Porque viéndome yo obligado por la obediencia a predicar a su entierro, me vi con más obligación de llorar que de hablar. Pues un idiota y como rústico en la policía humana había muerto tan enriquecido de virtudes, y que habiendo yo de hablar de ellas me hallaba tan ignorante, que podía ser discípulo del que sin letras con su santa vida estaba predicando los juicios y grandezas de Dios. Con cuyo favor escribiré ahora lo que de este bendito hermano me dijeron los religiosos que desde el principio le trataron y yo experimenté, y el reverendísimo señor arzobispo de Manila, fray Ignacio de Santibáñez, famosísimo predicador, que después de la muerte de este siervo de Dios llegó a las Filipinas, por haberle

conocido desde novicio, me dijo, encareciéndome mucho las esperanzas que desde su noviciado se tuvieron de su santidad, viendo su grande sinceridad y afición a la virtud.

Fué natural este siervo de Dios del Arzobispado de Burgos, y como tuviese un pariente fraile lego que era hortelano en el muy religioso convento de San Francisco de Burgos, tratábale muy particularmente, y movido de su buen ejemplo y santas palabras, tomó también el hábito en la misma casa. Y como fuese hombre rústico y de grosero entendimiento, como nacido en aldea y de padres labradores, el mismo señor arzobispo, que fué novicio con él, con mucho trabajo le enseñó el *Pater noster* y el Ave María. Y como la divina gracia le labraba, perseverando en su sinceridad, siendo muy pronto en obedecer y en la oración mental, en breve tiempo salió muy aprovechado en virtud. Y aunque por su rudeza natural aprendió tarde la doctrina y el ayudar a misa, crecía en deseos fervorosos, que el Señor le inspiraba, de ser muy pobre, humilde y caritativo, trabajando con mucho cuidado en la huerta y en lo que los prelados le mandaban.

Después de profeso no aflojó en el continuo trabajo para que había sido llamado a la casa del Señor, no estando jamás ocioso. Era muy diligente en visitar los enfermos y servirles, consolándoles mucho cuando era enfermo. Y como viese curar algunas veces a los cirujanos, notaba mucho las curas y medicinas, para que si se ofreciese ocasión supiese hacer este oficio de caridad. Y como fuese muy amado y regalado de Dios, recibiendo cada día particulares mercedes, era también muy amado de todos los frailes, y tenido en posesión de gran religioso. Porque imitando los más perfectos varones que en el estado humilde de lego habían llegado a la cumbre de la santidad, procuraba cada día amontonar nuevos merecimientos, granjeándolos con los actos de muchas virtudes.

Después que vivió en su provincia algunos años santamente, deseoso de huir de sus parientes, y entendiendo que hallaría ocasión de hacerse buen fraile, con sentimiento de los religiosos de su convento se fué a la Recolección, y viviendo en el Abrojo se fué a la Nueva España, y se quedó en la provincia del Santo Evangelio. Y como el padre Mendieta, religioso de gran virtud y prudencia que fué por su comisario me dijo, entre todos los religiosos que llevó de España, nuestro bendito hermano fray Juan Clemente resplandecía en oración, contemplación, obediencia, pobreza y castidad, como el sol entre las estrellas, siendo como madre de sus compañeros. Y el tiempo declaró lo mucho

que había Dios atesorado en su alma, porque era muy caritativo sirviendo a los frailes, como si fueran ángeles, y ningún trabajo le parecía grande. Y como tuviese alguna experiencia de ver curar las llagas y de hacer ungüentos, curaba con mucho amor a los pobres adondequiera que vivían, procurando siempre limosna para ellos, con tanta confianza y fe, que palpablemente se echaba de ver que el Señor le multiplicaba el pan y otras limosnas, para que no faltase a su caridad lo necesario que diese a los pobres. Aunque a lo que daba sobrepujaba siempre el deseo de dar.

Desde el principio que estuvo en la Religión fué siempre áspero consigo, trayendo cilicios y castigando su cuerpo con muchas disciplinas y ayunos de pan y agua. Y como los cuidadosos mercaderes van a diversas tierras, reinos y provincias llevados del interés y por saber dónde hay más ganancia, así este siervo del Señor, deseando mucho ser perfecto pobre, por saber la riqueza incomparable que está en la pobreza evangélica encerrada, cuando fueron los primeros Frailes Descalzos a las Filipinas se fué con ellos, aunque tuvo muchos estorbos para ello, por la mucha afición que los religiosos de su provincia le tenían. Pero el interés espiritual y la ocasión que se ofrecía de enriquecerse de virtudes con la guarda perfecta de su Regla le hizo que no fuese vencido de los importunos ruegos de muchos. Y visto el fin de su vocación, se atribuyó su mudanza a mucha perfección. La cual mostró a los nuevos compañeros, sirviéndoles con grande amor y cuidado en el viaje de la mar y en sufrir los trabajos que se le ofrecieron. Y como no llevasen otro fraile lego, en llegando a Manila le encargó la obediencia todos los oficios de casa, y el de solicitar lo necesario para los religiosos que estaban en la conversión de los indios, y ayudado del favor divino servía por dos religiosos o más, entendiendo siempre que en servir a los frailes servía a Jesucristo Nuestro Señor.

Siendo portero, era humilde y afable para los que venían y muy caritativo con los pobres, dándoles de la pobreza que tenía, y curaba a los indios llagados que venían a la portería con ungüento que hacía de aceite de cocos Y como fuese muy inclinado a este ministerio de curar pobres llagados, procuró hacer junto al convento una pequeña casa de cañas, adonde algunos pobres llagados se curasen, sustentándoles con su comida y con lo que sobraba en refectorio, o buenamente podía hallar. Y creciendo poco a poco la fama de su caridad entre los indios, íbase también aumentando el número de los llagados y enfermos, y no por eso se congojaba este verdadero Juan

de Dios. Porque la confianza firme que en la Providencia divina tenía de que no le había de faltar lo necesario para los pobres, le aumentaba el ánimo para proseguir en lo comenzado. Y así, con el ayuda de algunos de sus devotos, amigos de hacer limosna, hizo un poco mayor la casilla de cañas, con que aumentó el deseo de los que deseaban ayudar a su santo intento y obra, muy necesaria en aquella tierra por no haber quien se apiadase de los indios necesitados y pobres de ella, que padecían mucha necesidad. Con tan buen socorro comenzó a edificar un hospital de madera para sus pobres, y como no era capaz para la gran muchedumbre de pobres que venían, por el desorden que había, se quemó dos veces, no desmayando por esto su buen ánimo, ni la confianza que tenía en el verdadero padre de los pobres, Cristo Nuestro Señor, diciendo que cuando faltase el favor de los hombres entonces sería más cierto el de su Majestad. Y bien se mostró por la obra, porque como los religiosos viesen la mucha caridad que en aquel hospital se hacía, curando los llagados y enfermos, regalando los convalecientes, enseñando las cosas de la fe a los infieles y dando buen ejemplo a los recién bautizados, para que tomasen amor a la ley de Dios y a los religiosos, dieron los prelados licencia a este caritativo varón para que, desembarazado de otros oficios, asistiese en el hospital, y que tuviese total cuidado en él; y el señor don fray Francisco de Salazar, primer obispo y arzobispo de Mánila y honra de la sagrada Religión del glorioso padre Santo Domingo, no sólo aprobó esta determinación, pero tomando a su cargo la administración espiritual, como el santo Concilio Tridentino (1) se la da, conociendo el valor de este bendito religioso, le dió toda su autoridad para hacer (aun en lo temporal) todo lo que le pareciese bien y necesario en el hospital. Del cual también se dió noticia al rey de España, y edificado de tan santa obra, mandó que cada año diesen cuatrocientos ducados para los pobres.

Y el Papa Sixto V, de felice recordación, celoso de la honra de Dios y del bien del prójimo y del aumento de nuestra sagrada Religión, de adonde fué sacado para el Pontificado, honró aquel hospital con un breve muy favorable, llamándole de Santa Ana, concediéndole algunos jubileos y gracias para los que visitasen o hiciesen limosna a los pobres de Cristo, como queda dicho en el capítulo último del libro primero. Y como el Señor desde el principio mostró en particulares casos tomar la obra de aquel hos-

(1) Sess. 25.

pital a su cargo, sin saber cómo ni de qué, fué creciendo tanto, que muy en breve se hizo de piedra un hospital muy bien labrado, con tres dormitorios grandes y capaces, uno de mujeres y otro para hombres, y otro para los religiosos, que administran los divinos sacramentos y ayudan a morir y entierran a los pobres. Y como vengan al hospital muchos infieles, tocados algunos del Señor y movidos por la mucha caridad que reciben de los frailes, se convierten, catequizándolos, bautizándoles los frailes. Y es el hospital tan capaz, que caben más de doscientos pobres.

Y hasta que se instituyó la santa Cofradía de la Misericordia, que hizo un hospital para curar los esclavos, y los padres de Santo Domingo hicieron otro para los chinos, que por otro nombre se llaman sangleyes, el bendito fray Juan recogía en su hospital a los indios, japoneses, sianes, cambojas, chinos, burneyes, y a los esclavos de estas y otras naciones que concurren a Manila, y los curaba con mucha caridad, convirtiendo con su buen ejemplo y santos consejos muchos infieles enfermos. Y con la renta que el rey da al hospital y las limosnas que particulares personas hacen tiene suficientemente para sustentar los pobres, atribuyendo todos este aumento temporal a la divina largueza y solicitud de este santo varón.

Con lo que sabía de cirugía, dos veces en el día curaba los llagados, y hacía los ungüentos, jarabes y purgas necesarias. Y estaba tan transformado en los pobres de Jesucristo, que no tenía contento en otra cosa sino en hablar del provecho de sus pobres, y porque no les faltase a ellos algo, no sólo se trataba a sí ásperamente, pero a los otros religiosos que para administrar en el hospital estaban con él, los trataba como a sí, celando siempre la hacienda de los pobres. Y cuando alguna persona le quería menoscabar algo de ella, con particular fervor decía: «Mis pobres no han de ser agraviados.» (Y esta palabra: mis pobres, era común lenguaje suyo.) Una vez, pretendiendo la Audiencia Real que pagase la hacienda del hospital diezmos, él mismo, con su báculo (de que usaba por su anciana edad y por ser algo cojo), fué a la Audiencia, y sin procurador ni otro oficial de ella habló por sus pobres, diciendo que él daría de muy buena voluntad el diezmo de ellos. Y otro día les llevó diez pobres muy llagados, y con tanto espíritu y señas de caridad habló a los oidores, que nunca jamás le pidieron diezmo de alguna cosa, aunque tenía el hospital más de mil vacas. Porque a todos era notoria la ardentísima caridad del siervo de Dios. Y que como madre muy amorosa para sus hijos, defendía a sus hijuelos, los

pobres, y que en su provecho gastaba lo que tenía el hospital, acariciándolos y amándolos tanto, que comía con ellos, y dormía junto a ellos, y en todo lo que entendía y podía, les procuraba regalar y consolar.

Como veía la muchedumbre de infieles de diversas naciones que venía a curarse al hospital, vivía muy cuidadoso de que se bautizasen y muriesen cristianos. Para este fin, con las pocas palabras que sabía de las lenguas les hablaba y aprendía otras algunas palabras de diversas lengus, y con una pintura que hizo hacer del juicio final inducía a todo género de infieles a ser cristianos. Y viendo la terribilidad del infierno y la fealdad de los demonios que estaban pintados, se convertían muchos con el favor particular con que Dios ayudaba a la sencilla y santa predicación de su siervo. Y en muchos gentiles hizo el Señor conversiones muy particulares. Porque algunos estando endurecidos en su idolatría, no siendo en ellos de algún efecto las obras de caridad que recibían, ni las razones que para que dejasen sus falsas sectas y se convirtiesen les decían los religiosos y otros cristianos, el Señor les atemorizaba con terribles visiones del infierno, y les movía con otras de los gozos celestiales, como los mismos pobres que antes estaban endurecidos, cuando pedían el santo bautismo decían. Y uno dijo que había visto en el cielo aquel hospital con los pobres, y que las camas eran de oro. Otros, viendo que les sanaba de sus llagas (desahuciadas de los cirujanos), se convertían. Porque como él curase solamente por la caridad, eran juzgadas muchas de sus curas por sobrenaturales. Y echábase de ver la mano del Señor en su siervo, porque nunca tuvo asco, ni le enfadó el mal olor. Y no teniendo vista, por su vejez, para ver las cosas de muy cerca, cuando curaba las llagas veía menudamente todo lo que había en ellas.

Veinte años había que se ejercitaba en aquella obra de gran caridad cuando yo le conocí; y tenía tan bien ordenado todo lo perteneciente al hospital, que cada día iba creciendo en bienes temporales la hacienda de los pobres, y su alma era enriquecida de los eternos. Porque el Señor le comenzó a premiar su caridad y trabajo, dándole dos años antes que muriese tanta abundancia de espíritu, que era levantado a muy alta contemplación. Y como él dijo a un su amigo espiritual, traía Dios su alma con tan nueva luz y consolación del cielo, que no se entendía a sí mismo, hallándose tan fuera de sí que siempre estaba transformado en Dios. Cuando se llegaba a la oración mental no trabajaba (como él decía) en quietar la inquieta ima-

ginación; mas luego hallaba su alma una quietud y sosiego suave y celestial. Y según muchos testigos de vista me afirmaron, muchas veces le vieron transportado en Dios en éxtasis mental. Sus ejercicios eran orar desde media noche (que con los demás religiosos sus compañeros se levantaba a maitines) hasta la mañana, que era hora de curar los pobres. Y entre día, con un hombre virtuoso, que por amor de Dios servía de mayordomo en el hospital, trataba las cosas tocantes al buen gobierno de él. A la tarde, después de la cura, se recogía también a la oración, repartiendo todo el día y noche en la vida activa y contemplativa. Dormía muy poco y en una tabla, entre los pobres, porque jamás quiso tener celda ni cosa temporal, más que el hábito y el bordón. Y aunque era de más de setenta años, guardaba el rigor de los ayunos y comía, sola una vez al día, hierbas y pan, o manjares groseros, o arroz cocido con sola agua. No bebía vino, porque con la abstinencia y silencio se disponía para la contemplación. Sobre todo era celosísimo de la honra de Dios y de su religión, deseando fuese muy adelante la perfección con que se había fundado la Orden en aquella tierra. Su honestidad en la conversación exterior era tanta, que de todos era tenido por virgen y castísimo.

Como ya se viese viejo, escogió un compañero muy a su propósito, con licencia de los prelados, para que le sucediese en el oficio y tuviesen en él un padre los pobres, y luego le enseñó a hacer las medicinas. Las cuales este bendito religioso daba a todos los que se las pedían por amor de Dios; y siendo mucho el gasto ordinario de ellas, maravillosamente el Señor le proveía, para que jamás le faltase para sus pobres.

Finalmente, viéndose ya por su vejez inútil para servir a los pobres, con la bendición de su prelado se recogía algunos días en el campo, adonde estaban las vacas del hospital, en una pobre choza que hizo para sí y para un compañero que le dijese misa y confesase. Recibiendo particular contentamiento de ver con cuánto crecimiento iba el ganado de los pobres. Y echándole muchas veces la bendición, encomendaba los becerritos a San Antonio. En aquella soledad, las noches se iba a los montes y (como de San Antón se lee) leía en los libros de las criaturas, y de la hermosura y claridad de la luna y estrellas, y aprendía a contemplar la belleza de Dios.

Y de la variedad de las flores del campo tomaba motivo para considerar las cosas celestiales, como los compañeros que llevaba testificaban. Confesaba y comulgaba muy

a menudo, y oía misa con tanta devoción, que la ponía al que la decía. Tenía tan notable respeto a los sacerdotes, que siempre que les encontraba les besaba la mano, aunque le costase porfiar. Con todos era tan humilde y afable, que mostraba bien ser templo a donde el Espíritu Santo moraba.

Estando en el campo, como anduviese achacoso y no por eso aflojase de su continua penitencia, oración y contemplación, se vino muy enfermo al hospital. Deseoso que ya el Señor le llamase, confiado en su divina misericordia echóse en la cama que tenía entre los pobres, a donde fué visitado de todos los religiosos, y comunicando su alma con el padre provincial, fray Juan de Garrovillas, varón muy espiritual y observante, entre otras cosas le dijo que había Dios Nuestro Señor obrado muchas maravillas en aquel hospital, algunas de las cuales quedan ya escritas. Y como le creciese la calentura en seis días de cama, recibidos devotísimamente todos los divinos sacramentos, en especial el viático, levantándose para recibirle de la cama, y poniéndose de rodillas en el suelo, con muchas lágrimas y conocimiento de la merced que de su Dios y Criador recibía, fué su alma a gozar del jornal eterno que a sus trabajos de cuarenta años que vivió en la Religión, y más de veinte en el hospital, la divina clemencia le tenía aparejado.

Mostró el Señor cuánto estimaba a su humilde siervo, porque no sólo quedó su rostro con muy particular hermosura y sus manos y cuerpo muy tratables; pero habiendo muerto el día del bienaventurado Santo Tomás de Aquino, por la mañana, dilatando su entierro por la tarde, fué tanto el concurso de gentes que vino a él, que desde el gobernador del rey hasta el más pobre oficial no faltó nadie, mostrando todos extraña devoción en venerar el cuerpo de nuestro bendito fray Juan de Dios. Al cual le sacaron del hospital los religiosos, con muchas lágrimas de los pobres por perder tal padre. Y con grande consuelo de los religiosos, que de todas las Ordenes (sin ser llamados, sabiendo su muerte, y habiendo conocido su santa vida) se juntaron. Viendo cómo honraba Dios la humilde idiotez y pobreza, más que la riqueza y sabiduría y nobleza del mundo. Y considerada la solemnidad de este entierro (porque no suele ser tan grande la de los prelados mayores de la Religión), se echa de ver cómo este verdadero fraile Menor, siendo menor en estado, saber y nobleza de la tierra, era grande delante de Dios. El cual en aquella hora iba aumentándole la honra. Porque antes del sermón to-

dos tocaban los rosarios al cuerpo de su siervo, y besaban aquellas manos, que por haber curado las llagas de Cristo en sus pobres merecían ser estimadas en mucho. Y acabado el sermón, queriendo poner el cuerpo en una sepultura particular que en la peana (1) de un altar colateral de la capilla mayor le abrieron, fué tanto el fervor del pueblo y de la gente principal que estaba en la capilla, que le rompían con dagas y como podían el hábito. Y no siendo posible en ninguna manera acabar el oficio del entierro, desnudo casi del todo, por haber ya tomado parte del segundo hábito que le pusieron (porque el primero se le llevaron todo), le echaron en la sepultura, quedando el pueblo a voces diciendo que era santo y que con justa causa era honrado del Señor, y los que alcanzaban a tener alguna reliquia del bienaventurado fray Juan estaban muy contentos, teniéndose por muy ricos. Y el señor arzobispo de Manila, que, como dijimos, había sido novicio con este amigo de Dios y de los hombres, recibió el bordón de este bendito fraile, que le tenían guardado los frailes, cuando pocos días después de su muerte llegó a Manila. Y viendo las obras del hospital, muy en particular las tuvo por maravillosas, y dijo que eran testificadoras de la santidad del fundador. Y con mucha devoción pidió un hábito que había quedado de este perfecto religioso, para repartirle entre sus devotos y enviar algo de él a su provincia de Burgos, y guardar la mayor parte para enterrarse con ella, por la devoción que tenía a este bienaventurado religioso. Al cual ha honrado el Señor correspondiendo a los ruegos de los que se encomendaban en su intercesión, por creer que puede mucho con su Majestad en el cielo.

CAPITULO XIV

De la vida del hermano fray Antonio de San Gregorio

Fué cuando mozo muy mozo.—Fué tomado de un corsario.—Lo que hacía en el navío.—Cómo favoreció Dios a su siervo.—Gravísima tentación de la fe.

Traza es de Dios, para mostrar que algunas obras de mucha importancia han de ser de gran servicio suyo, aprovecharse para hacerlas de instrumentos según los ojos de

(1) Al pie.—*N. del E.*

la carne flacos (1), y así vimos que hizo en la reformación de la Religión de nuestro padre San Francisco, dando principio a la santa Observancia, en que hay y ha habido tantos varones célebres en santidad, religión y letras, pues tomó por instrumento al bienaventurado hermano fray Pablo de Trincis, fraile lego. De la misma manera, en la fundación de la provincia de San Gregorio, fundada de la Religión Franciscana en las Filipinas para la cultivación de aquella Iglesia, y extensión de la fe católica y manifestación de la gloria divina, tomó Dios por instrumento a un fraile lego y sin letras, aunque muy virtuoso, llamado fray Antonio de San Gregorio. Cuya vida me pareció poner después de las de los demás religiosos que fueron los primeros que pasaron a las Filipinas, por haber sido el que los sacó de España y a quien tomó Dios por medio de una obra en que tanto sea servido.

Era este religioso natural del Obispado de Ciudad Rodrigo, y tomó el hábito en la muy religiosa provincia de Lima, en el Perú, llamándole el Señor después de haber gastado los años de su juventud en vida distraída de soldado y de mercader codicioso, y dejó tan de veras el mundo, que después que entró en la Religión siempre dió muestras de grande santidad y celo de la conversión de los infieles, para satisfacer al Señor por esta vía algo de los daños que había hecho con su vida pasada. Y con este mismo celo de ganar almas para Dios procuró venir a Madrid a suplicar a la majestad del rey que enviase algunos religiosos de San Francisco con los españoles que entonces se enviaban de las provincias de Chile, llamadas por otro nombre Arauco, a poblar las islas de Salomón. Y cuando pidió licencia a sus prelados del Perú halló en ellos mucha dificultad, porque era tan amado y querido de todos por su mucha santidad, que no se querían ver sin su compañía, y algunos lo tenían por tentación y disparate. Finalmente, perseveró en pedir con humildad esta licencia, estimulándole su maestro, que era un gran varón, con quien comunicó sus deseos; y alcanzando de ellos lo que pedía, se embarcó en un navío que partía para España, no queriendo aguardar la flota. Y como la mar del Norte estaba llena de corsarios, sucedió que antes de llegar a España cogieron la nave unos corsarios franceses, y la despojaron de todo cuanto llevaba, sin maltratar a los españoles. Aunque como eran herejes, a este bendito hermano por ser religioso le apalearon cruelmente, y teniéndole ya por

(1) Cor., 12.

muerto, le arrojaron a la mar, adonde estuvo más de dos horas sin ahogarse, sustentándole Nuestro Señor maravillosamente, porque se quería servir de su simplicidad y humildad para confundir la arrogancia y prudencia de muchos. Y como los franceses le viesen junto a la nao, le subieron arriba y le metieron así mojado en una caja hasta llegar a tierra de España, no perdiendo este siervo de Dios la confianza que tenía en su divina Majestad. Y teníala tan grande, que jamás hizo matalotaje en sus navegaciones, y huyendo de la conversación de los demás del navío, escogía un rincón, donde todo el día estaba rezando y orando, y se sustentaba de las limosnas que los pasajeros le hacían. Porque como fuese hombre muy ejercitado en la penitencia y contemplación, por mar y por tierra siempre continuaba sus santos ejercicios, conociendo lo poco que ha menester la sensualidad para aflojar en la penitencia. Y por esta razón trataba su cuerpo como a enemigo del espíritu, haciendo mucha ganancia con esta virtuosa guerra.

Llegado a Madrid, se presentó en el convento de nuestro padre San Francisco al padre fray Jerónimo de Guzmán, que era el primer comisario general de las Indias que se había señalado para el gobierno de las provincias de las Indias, y tratóle el intento y deseos que llevaba. Y viendo el padre comisario general que era fraile lego y sin letras, no hizo mucho caso de él, y mandóle que dejase todas aquellas trazas y se recogiese a servir en algún convento en los oficios de su vocación. A lo cual no replicó nada fray Antonio, mas luego recibió la obediencia para la provincia de San Miguel. A donde halló una hermana del padre comisario, la cual, pareciéndole bien el espíritu y virtud de este religioso, le favoreció con su hermano. El cual, habiéndole oído muy despacio, halló que era hombre de mucho talento y que su celo era santísimo, y así, movido más por Dios que por razones, se volvió a informar del despacho que traía, y le dió licencia para que fuese a Roma, adonde estaba el padre general, fray Cristóbal de Capitefontium, con cuya bendición fué fray Antonio a besar el pie al Papa Gregorio XII[1] y le manifestó su intención y celo. Y habiéndole Su Santidad oídole, le hizo mucho favor y le remitió al general, el cual le dió sus patentes y recaudos para que se hiciese una custodia de San Gregorio, y con este despacho se volvió a San Bernardino, de Madrid, y a otros conventos de aquella provincia. Y como los religiosos hubiesen engendrado con la continua oración de los ejercicios de la religión fervorosí-

simos deseos de padecer por Cristo, en levantando la bandera de los trabajos halló muchos que le quisiesen seguir en aquella trabajosa y meritoria empresa. Y tomando firmas de ellos, se volvió a Madrid, dejando a cada uno recaudo con que se fuese a Sevilla, para aguardar allí la embarcación.

En esta ocasión llegaron cartas del gobernador de las islas Filipinas pidiendo frailes de nuestro padre San Francisco para la conversión de aquella gentilidad, y acordándose el rey que el emperador, su padre, en el descubrimiento de la Nueva España había enviado Frailes Descalzos de la muy religiosa provincia de San Gabriel, como tuviese concepto de la santidad de los Religiosos Descalzos de San Bernardino, quiso que fuesen frailes de esta provincia de San José. Y pareciéndole que los que había hecho este bendito lego estaban ya en Sevilla, dispuestos para cualquier trabajo, determinó que dejada aquella jornada a que iban, por ser incierta, fuesen a la cierta de las Filipinas. Y como conociesen los religiosos que ésta era la voluntad de Dios, por ser la de su rey y prelados, se conformaron con la obediencia, y principalmente este siervo de Dios, el cual mereció mucho en mudar sus intentos tan antiguos.

Como mostraba el hermano fray Antonio por muchas maneras su ferviente caridad y admirable pobreza, era muy amado de todos y tenido por perfecto religioso. Especialmente donde manifestó sus muchas virtudes fué en el viaje que hizo desde España hasta Méjico, animando a los religiosos que iban en su compañía con la esperanza cierta que llevaba de que había de ganar muchas almas para el cielo. Y como en llegando a Méjico supiese más de cerca las innumerables almas de gentiles que por falta de ministros se condenaban en las Filipinas, celoso de socorrer a esta necesidad, después que dejó embarcados a sus compañeros para Manila en el puerto de Acapulco, desde allí se volvió a Méjico y se embarcó para España, y tuvo en el camino mucho trabajo. Porque cayó otra vez en manos de un pirata francés, el cual le ató al árbol del navío para matarle con arcabuzazos. Pero el Señor le libró de este peligro y le dió fuerzas para ir otra vez a Roma a la presencia del Papa Gregorio XIII, de quien fué personalmente recibido, concediéndole particulares bulas y privilegios. Y dejándole muy edificado con su santo celo, se volvió a España. Y juntando otros religiosos de su espíritu volvió a Méjico y pasó a Filipinas. A donde viendo el fruto que iban haciendo los religiosos y de cuánta importancia se-

rían los que de nuevo traía, se alegró en espíritu y dió por muy bien empleado su trabajo, pues de él redundaba tanto servicio del Señor. Fué indecible el amor que cobró a aquellos indios, y en todas las ocasiones que podía se le mostraba. Por lo cual en el poco tiempo que estuvo allí era muy amado de ellos. Y como viese que por ser lego no podía hacer en la conversión lo que deseaba, volvió a buscar más religiosos a España con el mérito de la obediencia que se lo mandó.

Y como de tantos trabajos y largos caminos, y con la áspera vida que hacía, tuviese debilitadas las fuerzas naturales, habiendo llegado a Méjico, estando disponiéndose con ejercicios santos para la otra navegación hasta España, en el pobre convento de San Cosme cayó enfermo, y aunque le faltaban las fuerzas naturales, en la enfermedad se mostraba muy fuerte para las tentaciones del enemigo, y aunque estaba muy ejercitado en vencerlas, en la última hora fué tan terrible la que tuvo incitándole el enemigo a que dejase la fe, que en las respuestas que daba se echaba de ver la agudeza de los argumentos que el demonio le ponía y el favor grande que recibía del cielo para ser vencedor. Como lo fué, con gran consuelo de los religiosos que le ayudaban en tan peligroso trance, porque acabó sus días con gran quietud de alma, confesando firmemente lo que la fe enseña. Y después de enterrado hallaron a su cabecera un papel en que protestaba vivir y morir en la santa fe católica.

CAPITULO XV

De la vida del padre fray Juan Pacheco

Era gran predicador.—Era de setenta años.—Recibía favores del cielo en la misa.—Era muy abstinente.—Devota consideración.—Gran confianza en la sangre de Cristo.

Hasta aquí se han escrito las vidas de los religiosos que fueron los primeros fundadores de la provincia de San Gregorio de las Filipinas. Y en las que adelante se escribirán se verá el cuidado continuo que Dios Nuestro Señor tiene de los religiosos de aquellas partes, enviándoles compañeros amadores de la perfección y seguidores de la vida santísima de Jesucristo Nuestro Señor. Uno de éstos fué el padre fray Juan Pacheco, de cuya vida, aunque no se diga más de haber sido hijo de la religiosísima casa de San

Francisco del Abrojo, de la muy observante provincia de la Concepción, era bastante para entender que, como hijo de tan santo convento, había de ser gran amador de su Regla y celador de la salud de las almas. A las cuales (como fuese muy fervoroso predicador) predicaba el camino del cielo con mucho aprovechamiento de todos los que oían su santa doctrina.

Y como en su alma morase el amor divino, deseoso de que todo el mundo reconociese la verdad del santo Evangelio, fué a Filipinas. Adonde su religiosa conversación y santa vida fué de mucho provecho para la edificación de los cristianos. Y los españoles le conversaban mucho, porque casi siempre vivió en San Francisco de Manila, y era de ellos tenido por gran religioso. Porque como fuese de setenta años, no pudo aprender la lengua para predicar a los indios. Aunque no dejó por eso de aumentar muchos tesoros espirituales, siguiendo el coro de día y de noche, y las obras de humildad y mortificación acostumbradas en la religión en compañía de los demás religiosos. A los cuales era muy ejemplar su continua oración mental. En su conversación tenía mucha suavidad en hablar de las cosas celestiales, en que mostraba tener muy presente la memoria de Dios. Sobre todo se aparejaba cada día para decir misa. Y en ella le comunicaba el Señor particular quietud y fervorosas lágrimas, nacidas de los amorosos regalos que su alma recibía de su celestial esposo que se le daba en manjar. Y con sus tiernos suspiros encendía devoción en los corazones de los que le oían. Perseveró siempre en seguir la vida común, obedeciendo sin contradicción a los prelados. Visitaba a los enfermos, consolándoles y aconsejándoles estuviesen muy conformes con la divina voluntad. Amaba mucho el silencio, como cosa muy importante y que es guarda de la devoción. Su abstinencia era singular, porque en muchos años no comía carne, tomando solamente lo necesario para conservar la vida, porque comía solamente arroz cocido con sola agua sin sal (que es bien desabrida comida) y pescado. Consideraba muy de ordinario, como otro San Jerónimo, la terribilidad del juicio final. Y como fuese muy amigo de la soledad, íbase a los lugares solitarios a orar, y muchas veces daba voces en que publicaba el temor y amor de Dios que la consideración del juicio engendraba en su alma.

Estando en Morón, lugar de indios, viendo cuán a rienda suelta los hombres ofendían a la divina Majestad, enseñado de un fervoroso espíritu y deseo de aplacar la ira

de Dios merecida por los pecados del mundo, se hizo llevar desnudo por las calles con una soga a la garganta, mandando a un indio que le fuese crudamente azotando, sacando de esta mortificación mucho merecimiento para sí y grande edificación para los indios. Juntamente con la consideración del juicio final alentaba las esperanzas de su salvación con la consideración del valor de los merecimientos y sangre de Jesucristo Nuestro Señor. Y si le temía cuando le consideraba riguroso juez, alegrábase y tenía mucha consolación viendo que el que había de ser su Juez y escudriñar su vida había dado la vida y sangre por él. Por lo cual, puesto entre amor y temor, gastaba muchas horas en estas dos consideraciones. Y con este santo ejercicio vivía muy cuidadoso de hacer penitencia y de vivir inculpablemente. Hacía vida tan áspera, que del todo parecía aborrecer su cuerpo con odio santo. Y así vino a enfermar de una larga enfermedad, en que fué bien necesaria la paciencia que Dios le daba, y estaba con un deseo grande de no perder tan buena ocasión para poder satisfacer por sus culpas. Y con esta intención pedía al Señor le aumentase los dolores. Porque, confiado en la sangre de su Redentor, decía que había de ir a gozar desde la cama de la presencia deseada de Jesucristo, su amado, en quien estaba su alma tan transformada, que más vivía en Él que en el cuerpo a quien daba vida. Y como perfecto amador, deseaba padecer grandes tormentos en el martirio, entregando su cuerpo para ser atormentado a los enemigos de la fe, para que su sangre publicase el amor que a su Dios tenía. Y para imitar en algo su muerte de cruz, poco antes que muriese se hizo echar en el suelo, por que con este desamparo del regalo temporal se hiciese más fuerte para vencer al demonio en aquella hora. Y desnudo de todo lo terreno, pretendía volar mejor a Cristo, con quien deseaba eternamente vivir. Y así acabó este fiel enamorado de su Dios, recibiendo en los sacrosantos Sacramentos la gracia y valor de la sangre de su querido Jesús, con que comprase descanso eterno en las celestiales moradas.

CAPITULO XVI

De la vida de los padres fray Martín Carrasco y fray Gregorio Menor

Cómo los justos se aborrecen.—Fray Gregorio Menor.—Los perfectos son blanco de los imperfectos.—Grande abstinencia.—Por quién celebran los Frailes Descalzos.—Señal de predestinación.

Una de las consideraciones para mover a los flojos a que hagan penitencia es ver que los siervos de Dios que de día y de noche se ocupan en las divinas alabanzas y en servirle, procurando con grandes veras no ofenderle, aun en pequeñas cosas, tratan sus cuerpos con tan virtuosa enemistad, que parece que cuando otros los aman, tanto por santos fines ellos los aborrecen, entendiendo cuán contrarias son las leyes de la sensualidad a las de la razón. Esto entendió muy bien el padre fray Martín Carrasco. El cual como estuviese enterado cuán necesario es vivir siempre con cuidado y vela, estando aparejado para los combates del enemigo, hacía notable guerra a su cuerpo con ayunos, ásperos cilicios, vigilias y disciplinas, y con esta preparación predicaba eficazmente a otros. Y como a su ejemplar vida se juntasen el celo de la honra de Dios y del provecho del prójimo, decía a los religiosos que a los indios más se les había de dar a conocer a Jesucristo, Nuestro Señor, con obras que con palabras, animando con esto a los ministros de la conversión a la perfección de la vida monástica.

Algunos años que estuvo entre los indios fué tan notable el ejemplo que dió, que el más ignorante y rústico indio conocía en su vida virtuosa el valor de la virtud que predicaba. Visitaba de cuando en cuando a los otros ministros que estaban en los lugares comarcanos y hablaba con ellos altísimamente de Dios y decíales que crucificasen su cuerpo con Cristo, y que de esta mortificación y penitencia fuesen sus pláticas y conversaciones, no procurando otro fin sino contentar al celestial Señor, tomando por su amor el cuidado de la conversión, por ser obra apostólica y de mucho merecimiento convertir siquiera en toda la vida una alma, por resplandecer en esto mucho la gloria de Dios. La cual y la perfección de su Religión celaba siempre como verdadero y legítimo hijo de nuestro padre San Francisco. De quien, cuando de su enfermedad natural murió (hallán-

dose los religiosos a su tránsito confortándole), sería recibido en el cielo. Adonde se ha de creer que subió, como la fama de santidad que dejó en la tierra lo certifica.

Orden y traza divina es que aunque una congregación de religiosos haya muchos siervos de Dios que adornando sus almas con variedad de virtudes hacen como un ejército ordenado, gracioso a los ojos de su Majestad, siempre hay algunos entre ellos que, aventajándose más en santidad, los pone el Señor como blanco a quien miren los no tan perfectos y como dechado a quien imiten. Uno de estos siervos particulares del Altísimo fué el padre fray Gregorio Menor, a quien después que en España gastó la mayor parte de su edad en penitencias y ejercicios de muy perfecto religioso, llevó el espíritu del Señor a la conversión de las Filipinas. Adonde fué muy bien recibido, y muy en breve echaron de ver los religiosos el tesoro grande de virtudes con que su alma estaba enriquecida, viendo la perseverancia que tenía en todas las obras de santidad. Y el tesón con que afligía su cuerpo ponía espanto a los que vivían con él. Y para los religiosos que después de sus días viniesen dejó raro ejemplo de perfección, ganada con tanta abstinencia que, no se contentando con las acostumbradas abstinencias y ayunos, teniendo por gran regalo aun las hierbas, ayunaba muy de ordinario a pan y agua, y estaba tres y cuatro días sin comer, y una cuarentena pasó sin comer cosa que llegase al fuego. Traía de ordinario debajo del hábito, penitente y pobre, un muy áspero cilicio. Y aunque en la oración y contemplación era muy aventajado, con una discreta y santa disimulación (por huir de la vanagloria y del aplauso y alabanza de los hombres) encubría las muchas invenciones santas con que servía en su celda y en otros lugares escondidos al Padre celestial. A quien cada día con mucha devoción y aumento de gracia ofrecía al sacrosanto sacrificio del altar por toda la Iglesia universal. Y porque el Señor le diese su amor, y conservase en su gracia, y pagase a los bienhechores las limosnas que hacían a los frailes. Enseñándole el amor fraternal que tomase a su cargo y como particular la obligación de todos sus hermanos.

Como el cuerpo humano sea de barro quebradizo, el alma enriquecida de dones celestiales trabaja todo el tiempo que está como encarcelada en él de vencer las contradicciones que para la virtud de continuo tiene. Y así como en esta batalla continua viviese siempre este penitente varón por salir con la victoria, era tan áspero consigo, que, no pudiendo el cuerpo sufrir la pesada y continua carga

de las asperezas y mortificaciones que hacía, enfermó de una grave y peligrosa enfermedad. En la cual labró con mucho sufrimiento gran parte de la corona que a sus merecimientos, por virtud de los de Jesucristo, Nuestro Señor, le era debida en el cielo. Llegándose la hora de la muerte, por aparejarse más sin estorbo para ella, pidió a los frailes le encomendasen al Señor y le dejasen algunos ratos solo para tratar con su Dios y Criador en aquel breve tiempo que tenía de vida el negocio de su salvación. De la cual dejó gran certidumbre, pues recibidos los divinos Sacramentos, con mucho gusto salió de esta vida, y pasando a la eterna (según se ha de entender piadosamente) fué puesto en el número de los santos penitentes. Porque, aunque no hubiese gravemente ofendido a la divina Majestad, los defectos en que por la humana flaqueza podía caer lloraba como culpas gravísimas y hacía rigurosa penitencia por ellos.

CAPITULO XVII

De las vidas del padre fray Rufino de Esperanza y de fray Diego Bernal, su compañero

Con la comunicación divina se hacen los hombres como ángeles.—Buen ministro de la conversión.—Caso particular.—Fué definidor de la provincia.—Fray Diego Bernal.—Perseveraba mucho en la oración.—La ociosidad es madrastra de las virtudes.—Fué curioso enfermero.

También la muy religiosa provincia de Castilla ofreció para cultivar la viña que el Señor, por medio de sus siervos los frailes Menores, plantó en las Filipinas, al padre fray Rufino de Esperanza, varón tan amaestrado en las cosas del espíritu, que se le echaba de ver que recibía muy particulares favores de Dios. Porque había llegado a tanta perfección, que en su condición sincera y en la honestidad y mansedumbre de sus palabras parecía hombre celestial. Por lo cual de todos era llamado ángel, y era como tal reverenciado y estimado. Echábasele muy bien de ver que después que holló el mundo, poniendo sus cosas debajo de los pies y renunciando parientes y amigos y los bienes temporales, y se había entrado en la Religión, no había sido descuidado en aprovechar el espíritu y devoción y en el amor de la pobreza y penitencia, ocupándose en estas

obras y en otras de muchas virtudes con mucha ganancia espiritual de su alma.

Veíase tan obligado a las mercedes que de su Dios recibía, que deseando hacerle algún servicio particular se fué a las Filipinas, cebado de las esperanzas que tenía de padecer allá mucho, y si fuese necesario de perder la vida por el divino amor de su Criador y Redentor. Y como después de pasados los acostumbrados trabajos del camino se viese en las Filipinas entre los angélicos varones que el Señor tenía en aquellas partes tan remotas, procuró hermosear su alma con la comunicación continua de Dios en la oración. En la cual recibía particular alegría espiritual que le servía de medicina y triaca para las ponzoñosas tentaciones del demonio y para las pestilenciales de la sensualidad. Después que se hubo dispuesto y armado con obras de humildad y de obediencia en el convento, tuvo por gran merced de Dios que le enviasen a la conversión de los indios, para quitar al demonio muchos despojos de almas, peleando varonilmente como caballero de Cristo.

Comenzó con tanta codicia espiritual a predicar la ley de Dios a los infieles, que se echaba de ver que le enviaba el Señor de aquella viña por su obrero. Era muy manso y caritativo con los cristianos, y todas sus pláticas eran de Dios, llenas de particular gracia, con que edificaba y consolaba a todos. Y viendo por experiencia la ganancia de almas que Satanás tenía en aquella infidelidad, todos los artificios santos que podía buscaba para quitársela. Porque daba buen ejemplo a los indios, que es el más cierto cebo para rendir los corazones de los idólatras a la ley de Dios. Tratábales con mucho amor, haciéndoles la caridad posible, así en tiempo de necesidad como de enfermedad. Y como les predicaba más con obras que con palabras, fué mucho el grano que puso en el granero del Señor. Para esto buscaba a los indios por los montes y los traía al conocimiento de su Criador. A quien eran muy agradables las obras que su siervo hacía, como en muchos casos maravillosos lo mostraba. Una vez, saliéndose a recrear por el campo (como tenía de costumbre, por hallar en soledad y entre los montes mejor comodidad para orar y despertar su espíritu seráfico a mayor fervor, y tañendo muy suavemente una flauta que tenía, con que alababa al Señor), salióle al encuentro una niña, y rogóle que fuese a visitar a su madre, que estaba enferma. Y luego al punto fué. Y halló a la madre de la niña, que había siete años que estaba muy mala de cáncer. Y como conociese que aun era gentil, y que inspirada de Dios le había lla-

mado, tratóla con tanta suavidad de espíritu el negocio de su salvación, que no sólo la enferma pidió el bautismo, pero quedó tan enseñada a tener paciencia en su grave enfermedad, que se supo muy bien aprovechar de ella, para granjear mucha ganancia espiritual. Y viéndose cercana a la muerte, hizo testamento, y mandó la mayor parte de su hacienda a los pobres, teniendo por cierto (como el siervo del Señor le había dicho) que dejando su hacienda a los pobres la daba a Jesucristo, Nuestro Señor, con mucha ganancia. Y viendo también a su hija bautizada, murió en el Señor muy contenta, quedando los indios muy edificados de su conversión y este bendito religioso muy animado en la administración de las almas y conversión de los gentiles. No sólo tuvo talento dado del Altísimo para hacer mucho fruto con su predicación, ganando innumerables almas para el cielo, pero como también le hubiese dado don de prudencia y gobierno, y de mucha discreción, como en las guardianías que la obediencia le encomendó mostró, fué electo definidor de la provincia. Y su voto, como era siempre enderezado al aumento de la gloria de Dios y de la religión y para bien y provecho de las almas, era muy bien recibido. Pero como su vocación hubiese sido para granjear nuevos hijos para la Iglesia, después que estuvo algún tiempo en el convento de Manila, adonde era singular su humildad y abstinencia (porque casi no comía, sino poco, de lo que sobraba a los frailes mozos y viejos), desocupado de todo lo que no era conversión, se entregó del todo a ella, entendiendo que era ésta la voluntad del Señor, por el fruto que con su santo favor en ella hacía. Y como valeroso capitán de Cristo acabó en la demanda. Porque, cansado de los continuos trabajos, murió santamente de una grave enfermedad, y fué su alma a vivir entre los amigos de Dios (según se debe creer) a la bienaventuranza.

La experiencia enseña lo que por el Espíritu Santo está testificado, que con la compañía de los buenos son los hombres enriquecidos de los bienes del cielo (1). Esto se vió en el hermano fray Diego Bernal, fraile lego, el cual con la compañía del padre fray Rufino de Esperanza se perfeccionó tanto en todo género de virtud, que aunque murió vive la fama de su santidad, y su memoria estará eternizada en la de los hombres virtuosos. Porque fué un ejemplo admirable de religión a todo género de religiosos.

Entre todas las virtudes, en la que más se señalaba era

(1) Ps. 17.

la oración, como fuente y seminario de las demás, perseverando cuatro y cinco horas de rodillas en ella. Y considerando la majestad del gran Dios y Señor delante de quien oraba, humillábase profundísimamente, mortificando también su cuerpo con esta mortificación. Y como recibiese estando postrado el premio de su mortificación con el consuelo celestial, no sentía su cuerpo trabajo en tan larga y penosa manera de orar. Tenía mucha caridad para todos, y en especial la mostraba a los enfermos, sirviéndoles con gran diligencia y amor. Cuando hacía algún oficio por la obediencia servía a los religiosos, como quien entendía que cada uno representaba a Jesucristo, su Señor. Cuando no tenía tiempo desocupado para orar mentalmente, rezaba muchas oraciones vocales, en que hallaba mucha devoción, y gastaba bien el tiempo por tener grande enemistad con la ociosidad, como con madrastra de las virtudes. Por lo cual, también habiendo satisfecho a sus obligaciones y devociones, iba a cavar a la huerta, movido de la humildad y caridad, deseando que los enfermos y sanos tuviesen algún regalo de hortaliza. Y dejó tanta fama de buen enfermero en la enfermería de San Francisco de Manila, que durará por muchos siglos entre los religiosos. Porque no sólo era caritativo y muy cuidadoso, pero en extremo limpio, y tenía tan ordenadas las cosas de la enfermería, que se echaba de ver que el concierto y orden de las cosas exteriores nacía de su ordenada conciencia y vida.

Finalmente, gastando veinte y cinco años en los oficios pertenecientes a su estado humilde de lego, celando mientras vivió el rigor de la religión y pobreza, y ayudando con su buena vida a la conservación de la perfección, le llamó el Señor para sí, dándole una mortal enfermedad. En la cual todos los religiosos del convento, como agradecidos y obligados a la mucha caridad con que había curado los enfermos siendo enfermero, le visitaban con grande voluntad y amor fraternal y le encomendaban muy de veras al Señor. A quien, pidiendo con gran confianza misericordia, habiéndose aprovechado de la virtud de los santos Sacramentos y de los sufragios de todos los religiosos que se hallaron presentes, pidiendo con mucha humildad al prelado que le enterrasen con el pobre hábito, que aunque indigno le tenía, murió pobre de bienes temporales, por ser enriquecido de los celestiales y eternos.

CAPITULO XVIII

De algunos religiosos de santa vida

Padre fray Agustín de Jesús.—El padre fray Jerónimo de Jesús.—El padre fray Juan de Contreras.—El hermano fray Francisco de Galagarza.

Es tan cierta la paga de los obreros cuidadosos de la viña del Señor, que aunque de muchos de los religiosos que fueron a la conversión de las Filipinas no se saben cosas particulares, suficiente causa es el seguimiento de la vida común de la religión, y el celo con que administraron los divinos Sacramentos a los fieles y predicaron la ley evangélica a los infieles, para entender que el Señor les había pagado en el cielo el jornal debido a sus trabajos, y para que de ellos se haga particular mención en esta historia.

El padre fray Agustín de Jesús fué muy celoso de la honra de Dios y de comunicar cada día con su Redentor, Jesucristo, en el sacrosanto sacrificio de la misa. Y recelaba tanto el traspasar en alguna cosa su Regla, que temía caer en las cosas pequeñas, tanto como otros en las grandes. Era muy obediente, y el talento de confesar que del Señor recibió, aumentóle, porque cuando la obediencia se lo mandaba, confesaba a todos con mucha caridad, siendo muy cuidadoso y remirado en este oficio santo. En el cual y con otras obras particulares de mortificación, que el Señor le enseñaba que hiciese en su servicio, se enriqueció de merecimientos, y por medio de la muerte fué a gozar del premio de ellos.

El padre fray Jerónimo de Jesús floreció en muchas virtudes, porque en la humildad era singular. En el recogimiento fué tan observante, que sólo por la obediencia salía de casa. Y todo el tiempo que tenía desocupado de las forzosas ocupaciones estaba recogido en su celda. Había alcanzado del Señor particular paz interior y exterior, y así era muy pacífico para todos. Era muy familiar a los enfermos, sirviéndoles con la caridad que estando él enfermo quisiera ser servido, y rogaba a Dios por ellos en sus oraciones. Daba siempre buen ejemplo dentro y fuera de casa. Y con fama de gran siervo de Dios murió, dejando alegres a los que, conocida su virtud, tenían por cierto había de ser premiado con indecible gloria.

El padre fray Juan de Contreras también murió con opi-

nión de gran religioso, porque como hubiese tomado el hábito en el Perú y servido al Señor allá en lo que la obediencia le mandaba, por ser varón muy ejemplar fué enviado al descubrimiento que la primera vez se hizo de las islas de Salomón. Y habiéndolas reconocido, como el navío en que venía arribase a Manila, viendo el hábito áspero y pobre de los religiosos Descalzos (que por no haberlos entonces en el Perú no los había visto) y la estrecha vida que hacían, guardando muy a la letra su evangélica Regla, aficionóse tan de veras a su modo de vivir y al apostólico oficio de predicar, por ver el fruto que se hacía en la conversión, que siendo ya viejo se quitó el hábito de la Observancia y se vistió un hábito de sayal solo, pobre y remendado, con bendición de sus prelados. Y comenzó una vida muy nueva y espiritual, andando descalzo y gastando su vida en santas obras. Y amaba tanto a los indios, que aunque era de mucha edad aprendió su lengua, y todo el tiempo que vivió se ocupó en doctrinarlos, haciendo este oficio con mucha caridad, tratando a los indios como verdaderos hijos y mostrando que era padre en los castigos que les mandaba dar. Y aunque le costase mucho trabajo, procuraba traer a los indios infieles al conocimiento de Dios, de quien recibió particulares mercedes. Y no tenía por la menor el estar enfermo de gota. Porque con los continuos dolores que nacen de esta enfermedad, no sólo hacía muchos actos de paciencia, mas tenía muy presente en la memoria la pasión de Nuestro Señor Jesucristo y los muchos y graves dolores que por remedio del mundo padeció. Finalmente, consumido de la enfermedad y lleno de años y rico de merecimientos, murió en el Señor.

El hermano fray Francisco de Galagarza dejó gran ejemplo de humildad. Porque, a imitación de nuestro padre San Francisco, nunca quiso ordenarse de misa, hallándose indigno de tan alta dignidad. Y procurando servir al Señor en lo que le mandaban, creció notablemente en la virtud con los ejercicios de la oración mental y mortificación. Premiándole el Señor la humildad que tenía en no querer ser sacerdote, dándole particular favor para ser perfecto obediente, casto, pobre, humilde, caritativo y gran amador de su Majestad, de quien fué a gozar, según se cree, dejando nombre de gran religioso entre seglares y frailes.

CAPITULO XIX

DE LA VIDA DEL MUY RELIGIOSO Y DOCTO PADRE FRAY LUIS MALDONADO

Perfección de los deseos de nuestro padre San Francisco.—Tenía fervorosos deseos.—Fué buen novicio.—Ayudaba muchas misas.—Constancia soberana.—Tenía rara habilidad y claridad de ingenio.—El padre Uceda y el padre Arellano.—Don fray Francisco Jiménez.—Fué lector de Artes.—Fué lector de Santiago.—El padre fray Antonio Valera.—Fué lector de Escritura.—El padre fray Francisco de Alderete.—Renunció a ser guardián.—Floreció en muchas virtudes.—Ocupación virtuosa.—El padre fray Alonso Muñoz.—Efectos del buen ejemplo.—Era tenido por oráculo en las cosas del espíritu.—Buen médico espiritual.—El padre Reinoso, gran predicador.—Fué electo comisario.—Recibimiento que se hizo a los frailes.—Buen prelado.—Era dotado de muchas buenas partes.—Humildad verdadera.—Aprendió la lengua de Japón muy presto.—Notable devoción.—Hubo gran sentimiento por su muerte.—Todos los que le veían le amaban.—Fué electo obispo.

Estaban tantas virtudes atesoradas en la santísima alma de nuestro padre San Francisco, que si las fuerzas naturales fueran iguales a su deseo hiciera él solo más penitencia que de todos los hombres del mundo, como decían sus santos compañeros, según se dice en la crónica de nuestra Orden. Con esta consideración me pareció dar principio a la vida del angélico varón fray Luis Maldonado. Porque si fueran sus fuerzas corporales a la medida del seráfico espíritu de que su alma estaba llena, fuera tan penitente que se tuviera su penitencia por rara y milagrosa. Siendo poderoso su santo ejemplo y heroicas virtudes para hacer muchos santos en la tierra, como en su vida se verá. De la cual parte me dijeron muchos religiosos que le trataron en particular muchos años. Parte vi yo, porque viví con él, por ser hijo de una misma provincia, y gocé de su santa compañía mucho tiempo, y confío en el Señor que lo que de él dijere redundará mucha honra de su Majestad y de nuestra sagrada Religión y de las muy religiosas provincias de Santiago y de San Gregorio.

Fué este religiosísimo padre natural de la insigne ciudad de Salamanca, de la ilustre familia y casa de los Maldonados, y aun mayorazgo en ella. Pero como le esco-

giese el Señor para hacerle príncipe y heredero del mayorazgo del cielo, habiendo sido criado en santas costumbres y loables ejercicios de letras, de edad de catorce años recibió el hábito de nuestra sagrada Religión en el muy recoleto convento de San Antonio, de Salamanca, que era nuevamente fundado de religiosos recoletos de la santa provincia de Santiago. La cual cobró particular honor por haber sido madre de tan virtuoso hijo. Y como el convento se hacía de nuevo, fué el primero novicio de él, y como primicias del noviciado de aquella santa casa, le escogió Dios para hacerle dechado y ejemplo en todos los ejercicios y virtudes que los novicios han de tener. Dándole tantas fuerzas espirituales, que sobrepujando a la flaqueza de sus pocos años, parecía tener fuerzas de gigante, según las muestras que daba en los trabajos corporales y obras de penitencia. De las cuales engendraban todos los religiosos ciertas esperanzas de lo que esta nueva planta adelante había de crecer en virtudes. Y como el Señor le regalase con la leche de los consuelos espirituales con que suele criar a sus nuevos siervos, no sólo trabajaba en la obra del convento con fuerzas más que naturales, pero era diligentísimo en servir en la cocina y en otras obras de humildad, ayudándole su nobleza natural, que le inclinaba a la virtud, y su buen entendimiento, alumbrado con luz del cielo, le hacía olvidar del todo de la presunción y altivez que a los de poco espíritu suele causar la sangre noble. De noche era de los primeros que iba a maitines y el postrero que salía de la oración, porque los regalos de que su alma gozaba le traían tan espiritualizado, que, olvidado de sí, todo se entregaba a la comunicación divina en la oración. Siendo admiración para los muy ejercitados en ella viendo que un niño comenzaba por donde ellos acababan. Las mañanas ayudaba a las misas con tanta devoción, que de ella le nacía no se cansar corporal ni espiritualmente en ayudar a muchas; y como si fuera su corazón de cera, puesto en las manos de Dios. así estaba su alma rendida a la voluntad divina y rica de la memoria continua de Jesucristo, Nuestro Señor. El cual había de tomar a este su regalado siervo por medio para hacer muchos hombres espirituales, y así le daba a gustar algunos sorbitos de sus gustos celestiales, para que, engolosinado de ellos, no cesase de la virtud comenzada, convidando a los gustos de ella a otros.

Aunque las contradicciones de sus parientes cuando tomó el hábito fueron muy grandes, pasados los dos años que fué novicio, por falta de edad, aunque muchos entendie-

ron que no había de hacer profesión vencido de las lágrimas de su madre, deja con mucho gusto el mayorazgo temporal por la esperanza del espiritual que promete Cristo a los que por su amor dejan padres, hermanos, honra y hacienda (1). Y así, cuando llegó el tiempo deseado de la profesión, era grande el contento que tenía viendo que era admitido en la casa de Dios en la compañía de sus siervos. Y sus parientes, que antes habían procurado derribarle de sus santos deseos y fin de ser religioso, viendo sus diligencias y razones humanas vencidas del bendito mancebo, conociendo que era la voluntad divina que profesase, perdidas todas sus esperanzas de sacalle, solemnizaron la profesión y muerte voluntaria al mundo de su pariente, conociendo que era principio de vida espiritual y evangélica, haciendo gran limosna a los pobres de Cristo. Y gustando de verle profesar, y considerando el contento con que había dejado todo lo temporal que ellos tanto amaban, hollando la honra y hacienda para volar sin estorbo al cielo, volvieron a sus casas muy edificados y alabando al Señor, que tan maravilloso se mostraba en un niño.

Después de hecha profesión, conociendo las obligaciones que tenía de ser perfecto religioso, aprovechaba en la vida espiritual y comenzó en San Francisco de Villalón, adonde fué mudado, el amor que tenía a los ayunos, cilicios y disciplinas, a la oración y contemplación, a la caridad de Dios y del prójimo y a guardar perfectamente la Regla que prometió. Y considerando el padre provincial los principios que había tenido en las Artes antes que tomase el hábito, y el raro ingenio y habilidad de que era dotado, entendiendo que según las esperanzas que mostraba sería gran servicio del Señor que estudiase, para que sirviese con sus talentos a la Religión, ordenó cómo un religioso de aquel santo convento le leyese las Artes, por que con los estudios no se distrayese con la codicia de estudiar, de suerte que perdiese el espíritu o aflojase en la devoción. Y fué esta admirable traza para que saliese suficientemente enseñado en las Artes y en ninguna manera menoscabado en el espíritu. Llegado el tiempo en que se comenzaba el curso de Teología, fué enviado al muy insigne convento de Salamanca, adonde a la sazón yo era novicio. Y como quien venía amaestrado en repartir el tiempo en los estudios y oración, lo repartía con notable aprovechamiento en los ejercicios de virtud.

(1) Mat., 19.

Y como, según la costumbre de la Religión, por no tener edad para ser ordenado de misa anduviese juntamente con los novicios en las ocupaciones de humildad, su silencio y compostura, su gran devoción y espíritu y su mucha humildad y afabilidad y su pronta obediencia y mansedumbre era muy notada de treinta y tres novicios que éramos, y nos era gran ejemplo de religión, y a sus condiscípulos era también su cuidado en los estudios gran motivo para imitarle, y a todos ponía admiración la claridad de entendimiento que mostraba en las materias más dificultosas que oía a sus doctísimos maestros, el muy venerable padre y maestro de maestros, el padre fray Gaspar de Uceda, y el padre fray Juan de Arellano, doctísimo padre de aquella provincia. Y por que saliese del todo consumado en la sagrada Teología, fué enviado al colegio de San Pedro y San Pablo, que el muy insigne varón don fray Francisco Jiménez, arzobispo de Toledo, luz de España y gloria de la Religión de los frailes Menores, fundó en la muy célebre ciudad y Universidad de Alcalá para algunos religiosos de su Orden, de particulares provincias. Y aunque no fué colegial, por haber otro de su provincia y no poder ser dos, fué admitido por familiar con la misma autoridad y privilegios que los colegiales tienen. Y como su fin fuese aprender letras esmaltándolas con la virtud, salió muy aprovechado en ellas, dejando fama y opinión entre los doctores y religiosos de muy docto y virtuoso.

Después que estuvo en el colegio y se enteró casi en todas las materias de la santa Teología, se volvió a su provincia. Adonde, dando muestras en muchas ocasiones de su aprovechamiento en las ciencias, fué señalado por lector de Artes en San Francisco de Orense, en el reino de Galicia. Y puesto como luz sobre el candelero (en la cátedra y púlpito), leía con mucha claridad a los estudiantes las Artes, y en sus sermones a los pecadores ignorantes les daba a conocer la gravedad de sus pecados con tan discretas y eficaces razones, que era tenida su ciencia por infusa y sobrenatural, por mostrarse muy profundo y magistral en el leer, y muy espiritual y docto en el predicar, siendo su edad aun no de veinte y seis años. Y como pasando yo por aquel convento vi, por su profunda humildad, no sólo servía a los religiosos a la mesa y hacía los oficios humildes con los coristas y novicios, pero no quería que le hiciesen honra de lector. Y como se viese obligado a ser ejemplo de sus discípulos, más les enseñaba por obras que por palabras.

Acabado el curso de Artes loablemente, fué enviado a

leer santa Teología al santo convento de San Francisco de Santiago de Galicia. Y como allí hubiese ocasiones de ejercitarse en las letras, por ser los dos lectores de San Francisco como maestros en Teología en el asiento y autoridad dentro en la Universidad, por lo cual replican y arguyen en los actos de letras, tenía fama de muy claro ingenio y de muy vigilante en lo de los estudios. Porque, aunque como verdadero humilde no estimaba su honra particular, tenía en mucho la de Dios y de su religión. Y como viviese cuidadoso de su salvación, satisfaciendo a las obligaciones de su oficio no se descuidaba un punto de la observancia de su Regla y de continuar las horas que tenía diputadas para la oración, aparejándose mucho para decir misa cada día.

Después que concluyó con el curso de Teología en Santiago, fué mudado a San Francisco de Zamora, para que leyese otro curso de Teología. Y como en aquel convento florecían siempre frailes muy observantes, con la comunicación de ellos aprovechó mucho en la vida espiritual. Especialmente con el ejemplo del muy venerable padre fray Antonio Valera, famoso predicador, el cual, dejados los estudios y sermones totalmente, se entregó a la vida contemplativa, gastando los días y noches en la oración y obras de caridad, en que santamente acabó. Y como el bendito padre fray Luis estuviese algo achacoso de los ojos del continuo estudiar (porque su recreación era con los libros, estando de continuo en la celda recogido), tomó ocasión de este achaque para mudar el concierto de su vida, repartiendo el tiempo: los días en estudiar y leer, y las noches en orar. Y así, tomando algunas horas de sueño iba siempre a maitines, y perseveraba por muchas horas en alta contemplación. Y como al que por algún espacio de tiempo miró al sol todas las cosas que después mira, aunque sean muy hermosas, le parecen oscuras, así este angélico varón estaba tan elevado en Dios y gozaba de tanta luz celestial en la contemplación, que todo lo que no era Dios le parecía de poco provecho. Y de aquí nacía el aborrecer tanto la honra, que recibía pena cuando le honraban por su oficio y persona. Y según su mismo guardián me dijo, muchas veces le rogaba que no le honrase, antes que como su prelado le probase en oficios de humildad y en penitencias. Las cuales por mortificarse él hacía algunas veces en refectorio, siendo ejemplo de novicios y profesos. Acabando el curso de Teología escolástica, le mandaron leer Escritura. Y como para leerla y declararla con el espíritu celestial que se había escrito se dispusiese con

mucha oración, echaban de ver los estudiantes que más parecía lo que leía infuso y dado del cielo que adquirido con su trabajo. Teniendo a maravilla que viviendo tan entregado a la devoción y virtud diese tan buena cuenta de sus estudios y satisfaciese tanto en las lecciones a sus estudiantes y en las conclusiones a los hombres doctos que venían a replicar a ellas. De esta admiración soy yo testigo, porque le oí muchos sermones de tan soberana doctrina, que, a parecer de los predicadores y letrados que le oían, más parecían enseñados del espíritu del Señor que estudiados en los libros.

Como su conversación fuese más en los cielos que en la tierra, viendo que para las obras de mortificación y penitencia le eran algún estorbo los forzosos estudios, pidió humildemente al padre provincial, fray Francisco de Alderete, padre muy benemérito de la Orden, que le admitiese la renunciación de la lectoría, y perseveró tanto en esta humilde petición, que se vió claramente ser aquella la voluntad del Señor, por las razones que daba. Por lo cual, celebrándose capítulo, fué electo guardián de San Antonio de Salamanca, para que conservase la perfección religiosa que había en aquella santa casa, como en remuneración de haber sido engendrado en la Orden en ella. Y como en el discurso de su gobierno se vió, satisfizo a las obligaciones que tenía, mostrando grande talento en el gobierno, como había manifestado en las letras. Pero como se viese visitado de sus parientes y obligado a tratarles más de lo que su espíritu (amigo de la soledad) le inclinaba. llevado de su inclinación natural de recogimiento, y por librarse del todo de los oficios de honra, renunció la guardianía, con consentimiento de sus religiosos y del prelado, que se vió obligado de admitir la renunciación.

Fué luego a vivir a un convento solitario del reino de Galicia, llamado San Antonio de la Puebla, seminario que ha sido y es de religiosos muy espirituales. Adonde, viéndose con libertad para entregarse del todo a la perfección, tan de veras la procuró, que resplandecía como el sol entre las estrellas entre los buenos religiosos que vivían en aquel relicario de verdaderos frailes Menores. Porque su silencio daba voces enseñando a callar, su caridad con el prójimo era llama que abrasaba las voluntades, como nacida que era de la fragua del amor de Dios que estaba ardiendo en su corazón. Su mansedumbre y pacífica conversación conservaba y aumentaba la paz espiritual en todos. Su oración era motivo y despertador para que casi a todas horas en aquel paraíso de espirituales varones estuviesen

algunos de los pocos que había en oración, la cual era como perenne, que unos idos y otros venidos, nunca se acababa. Su humildad daba a conocer su nobleza natural, y que tenía adquirida con gran perfección esta virtud. Su penitencia era tanta, que aunque le traía muy falto de salud, como las fuerzas nacían de la fortaleza del espíritu, parecía incansable en tratarse mal, con disciplinas y cilicios, y en sujetar su cuerpo, con ayunos de pan y agua, al espíritu. Del cual era llevado con tanta golosina espiritual, que se echaba de ver que vivía Dios en su alma, y la enriquecía de soberanos dones, y que quitándole todo el amor de las cosas terrenas, sólo vivía transformado en El. Y a su Majestad enderezaba sus obras y deseos, ofreciéndolos muy de continuo con ardientísimos actos de amor, procurando vivir siempre en su presencia. El blanco de sus estudios en este tiempo sólo era la honra de Dios y de sus santos, porque sólo estudiaba para predicar, y como él me comunicó, escribía un libro de excelencias de santos, aunque con la temprana muerte no le pudo sacar a luz.

Estando haciendo angélica vida en San Antonio de la Puebla, llegó una patente del padre comisario general de Indias para que los religiosos que quisiesen ir a la China, Japón y Filipinas diesen sus firmas, y desde luego se tuviesen por hijos de la provincia de San Gregorio de las Filipinas. Juntamente con esta patente llegó una carta del mismo comisario general para este siervo de Dios, tratándole en particular de esta jornada. Porque desde que era lector de San Francisco de Zamora se tenía noticia del fervoroso deseo que tenía de pasar a las tierras de infieles por enseñarles el camino del cielo, y firmar con su sangre en el martirio la verdad de la fe católica. Y como la fama de su virtud y letras le hacía muy conocido en la Religión, por granjear un religioso tan importante para aquella tierra, y de tan buenas partes, vino particular carta para él. Aunque por causas justas, y por no tener certificación de la jornada, no firmó luego. Y por considerar lo que convenía hacer, comunicándolo primero con Dios en la oración y en el sacrificio de la misa, y tratándolo con el padre fray Alonso Muñoz, varón docto y de mucha religión, grande amigo suyo, con quien comunicaba menudamente las cosas de su espíritu, se determinaron los dos de escribir al comisario que llevaba la patente. El cual, ya del todo perdida la esperanza, se partía de Santiago para Madrid. Y como yo estuviese en Santiago, por mi ruego se detuvo y volvió al convento de la Puebla para tomar la última resolución de estos religiosos, tan importantes. Y según lo que

sucedió, todo lo trazaba el Señor para su gloria. Porque volviendo el comisario a San Antonio de la Puebla y a otros conventos de recoletos, adonde habiendo ido antes no había sacado sino un religioso, con el buen ejemplo que dió este padre fray Luis, sabiéndose que iba a las Indias espoleó los deseos de muchos. Porque así como el unicornio (cuyo cuerno tiene virtud contra la ponzoña), con el tocamiento de su cuerpo en las aguas quita toda la ponzoña de ellas, purificándolas para que beban los animales sedientos, que conociendo la ponzoña de las aguas, enseñados de la gran madre naturaleza le aguardan, así muchos siervos de Dios, que vivían deseosos de beber los trabajos que en la conversión de las almas en las Indias se padecen, recelosos de ir allá, por la incertidumbre que engendra lo que dicen muchas personas, no muy espirituales ni muy amigas de cruz, que vuelven de allá, y temiendo prudentemente de ir allá, cuando vieron que tan buen capitán como este religiosísimo padre levantaba la bandera de la cruz y trabajos, determinándose de ir a las Filipinas, todos los que pudieron poner en ejecución sus antiguos deseos de ir a padecer martirio a tierras de infieles se aprovecharon de la ocasión. Y dejando el recogimiento de sus celdas, llevados de este altísimo fin, se sacrificaron a los trabajos de mar y tierra, perdiendo del todo el recelo que antes tenían, con el eficaz ejemplo que unos a otros se daban, cuando de un convento a otro iban las nuevas de los religiosos tan estimados y honrados que iban a las Filipinas. Adonde los llevó el Señor con particular providencia, para el aprovechamiento espiritual y gran bien de los indios de aquellas partes, pues han sido luz de la gentilidad y honra de la fe, predicándola con ejemplar vida a infieles y fieles con mucho aprovechamiento, padeciendo martirio uno de los que de aquellos conventos salieron, que fué el santo fray Francisco Blanco, y siendo otros encarcelados y desterrados por tan gloriosa causa. Y en las Filipinas han plantado y conservado la cristiandad a costa de sus vidas, por no caer de la perfecta guarda de su Regla y de la obligación que al oficio apostólico es aneja.

Sacrificóse tan de veras este espiritual religioso en la jornada de las Filipinas al Señor, que, pudiendo despedirse de sus parientes y amigos, haciendo su camino por donde estaban muchos, y una hermana suya que le amaba tiernamente, con una espiritual carta se dispidió de todos. Y olvidado de su tierra y provincia, inclinando el oído del alma a las inspiraciones divinas, salió de su convento (viniendo yo en su compañía y otros religiosos) con tanto

ánimo y esfuerzo en el Señor, que no le movió a muestras de sentimiento exterior el mucho que con lágrimas hacía su guardián y los religiosos que quedaban, y los que íbamos con él. Y pasando por un convento de San Bernardo fué tanto el amor y afición espiritual que le tomaron los religiosos, que conociendo sus letras y virtud, cada uno tenía por dicha comunicar su conciencia y algunas cosas espirituales con él. Y como llegamos a Pontevedra, puerto cercano de a donde nos habíamos de embarcar, el glorioso mártir fray Francisco Blanco y el muy religioso padre fray Juan Alvarez (de quien adelante se hará particular mención) determinaron ir con nosotros. Y como nos ajuntásemos allí treinta religiosos, para todos era gran consuelo llevar por nuestro capitán y padre a este bienaventurado religioso. En cuya compañía me embarqué yo. Y mostrándose invencible a los naturales efectos que hace la mar en los recién embarcados, no teniendo por trabajo cosa alguna, y sirviendo y regalando a los que íbamos notablemente fatigados de la mar, nos mostraba mucha caridad y amor fraternal, consolándonos con santas esperanzas y palabras.

Llegados a la ciudad de Cádiz, recibimos mucha caridad de los religiosos de aquel convento, los cuales nos esforzaban a la empresa comenzada. Y por venir destinados para Sevilla, fuimos luego allá, y allí en breve tiempo fué conocido el tesoro de virtudes que tenía Dios depositado en el alma de este su siervo. Teniéndose noticia de sus grandes letras (aunque él por su humildad estudiaba por encubrirlas), fué muy honrado, obligándole a que en unas conclusiones públicas de Teología con honra de la Religión las mostrase. Cuando fué tiempo nos juntamos cincuenta religiosos de diversas provincias en Sevilla para las Filipinas, y de allí fuimos a San Lúcar y Cádiz. Y aunque con humildes pensamientos se tenía y estimaba este humilde fraile Menor por el mínimo de todos, luego se traslucían los talentos que el Señor le había entregado. Y así el padre fray Pedro Valero, famoso predicador, que era guardián, le rogó que predicase, y el Señor enseñaba a muchas almas y consolaba a muchos pecadores cargados con la muchedumbre de sus pecados con la doctrina de su siervo. Con quien procuraban muchos confesarse por asegurar sus conciencias con el parecer de un hombre tan docto y espiritual. El cual con gran mansedumbre los recibía y les aplicaba las medicinas necesarias con gran prudencia.

Llegado el tiempo de embarcarnos, como muchos de los religiosos que se habían juntado para las Filipinas eran inquietados del demonio, representándoles a la memoria la

quietud de la celda que dejaban, y los grandes trabajos a que se habían de ofrecer, en barruntándolo este bendito padre, luego los confortaba con dulces palabras y con las esperanzas del premio eterno. Mostrándoles claramente cómo era tentación del demonio el volver atrás. Y fué este medio para que pasásemos los cincuenta frailes con mucho gusto y uniformidad en el deseo de padecer. Llegados a Nueva España, se echó bien de ver que si este prudente padre no fuera muy particularmente ayudado del Señor, no pudiera sufrir los trabajos del camino, por ser pocas sus fuerzas naturales. Por lo cual, llegando junto a la ciudad de Méjico, cayó enfermo, y por ser la enfermería de San Francisco también para los Frailes Descalzos, por estar entonces lejos su convento, nos fuimos él y yo allá, llevados también del deseo de ver al religiosísimo padre fray Manuel de Reinoso, el cual como varón perfectamente evangélico, con ejemplo de santa vida y opinión de gran predicador predicaba en aquella ciudad, siendo como el diezmo de sus obras las santas y eficaces palabras con que convertía pecadores. Enseñaba a los ignorantes, perfeccionaba a los espirituales y era instrumento por cuyo medio Dios justificaba más a los justos, sacando de sus sermones gran provecho para sus almas. Finalmente, le hizo Dios milagroso predicador en tiempo de una gran necesidad en que estaba nuestra Religión en aquella tierra, haciéndole lustre y resplandor de las provincias muy religiosas de San Gabriel, adonde tomó el hábito y se crió, y de la de Santiago, adonde estudió y aprovechó mucho en santidad y letras. Por lo cual mereció ser maestro de novicios en el convento de San Francisco de Salamanca. Adonde, siendo yo novicio, gocé del fruto de su angélica conversación y raro ejemplo de contemplación. Pero en particular la santa provincia del Santo Evangelio se puede gloriar de tan santo y famoso hijo, por haber en ella sido eficaz para convertir muchos pecadores la voz de su predicación y de sus muchas virtudes, las cuales hacían su alma un cielo que era templo del Espíritu Santo. Por lo cual aquella muy religiosa provincia eternizará justamente su memoria, para animar a los predicadores a que, sin cansarse a su imitación, siembren la semilla de la divina palabra, y para que los perfectos observantes de su Regla se perfeccionen, enseñados con el ejemplo de su apostólica vida. Pues por haber sido condiscípulos de Teología estos dos bienaventurados padres, y haber sido el uno mi maestro, fuimos los dos juntos, deseosos de gozar el premio de nuestro deseo, estando en su compañía, pues

habíamos gozado de sus espirituales cartas en ausencia. Y con la caridad y regalo de tan buen padre y amigo, luego sanó de su enfermedad nuestro buen padre y hermano fray Luis Maldonado. Y en seis meses que estuvo en Nueva España, con su continua oración y recogimiento predicó tanto, que su fama incitaba a muchos a la perfección, y como testigo de vista puedo afirmar que todas las veces que iba a su celda le hallaba (aunque solo) acompañado con la memoria de Dios en la oración.

Como tuviese obligación el muy benemérito padre fray Bernardino de San Cebrián (por ser comisario general en aquellas partes) de enviar comisario y visitador a la provincia de San Gregorio, en la ocasión de partirnos para allá, fué electo este meritísimo padre fray Luis por su comisario, para visitar la provincia y para quedar con toda la autoridad de comisario general en las Filipinas. Adonde llegó muy contento de verse en aquella deseada tierra y de haber padecido por Dios hasta llegar a ella. Y fuimos todos tan bien recibidos de nuestros hermanos los frailes, que en señal del contentamiento que tenían de nuestra llegada, enviaron al puerto dos religiosos en un barco, con mucha música de chirimías, para que nos recibiesen y llevasen al convento. Y en llegando en él salieron todos los religiosos a recibirnos. Y entrando en la iglesia a tomar la bendición del Santísimo Sacramento, en hacimiento de gracias por tantos y tan buenos obreros como llegaban para aquella cristiandad, se cantó un *Te Deum laudamus*, y dadas gracias al Señor con afectos de fraternal amor, mostrábamos los unos el contento de haber llegado, y los otros nos daban el pláceme de la buena venida.

Habiendo descansado algunos días, comenzó el nuevo comisario a visitar la provincia a pie y descalzo, y con tanto rigor, que se tenía por cosa maravillosa el tesón que en todo lo que era guarda de la perfección de la Regla tenía, como verdadero hijo de nuestro padre San Francisco. Y como la nobleza de su condición estuviese acompañada con mucha virtud, era de gran consuelo para los frailes su agradable conversación y discretas amonestaciones. Consolando a los tristes, esforzando a los perfectos y poniendo espuelas a los que (en los trabajos que padecían en la conversión) estaban algo tibios; y a los que satisfacían a la obligación del ministerio de las almas mostraba mucho agradecimiento. Visitaba los enfermos con grande amor, sirviéndoles en los ministerios de humildad y procurando que no les faltase el regalo posible. Y tan familiar

se mostraba a todos dándose más a ser amado que temido, que en él concurrieron las dos cosas que, al parecer del filósofo Gesippo, era imposible hallarse en un prelado: que son agradar juntamente a Dios y a los hombres. Porque en su alegría espiritual y perseverancia en toda virtud se manifestaba ser su alma agradable a los ojos divinos. Y su prudencia, mansedumbre y afabilidad (según los religiosos daban testimonio) les había satisfecho. Y decían que se hallaba en él todo lo que en un buen prelado se podía desear, especialmente en el capítulo que celebró en Manila. Porque en las elecciones que hizo y constituciones que ordenó, para la guarda de la Regla y para conservar el modo estrecho de vivir que en aquella santa provincia se había guardado, tener el espíritu de nuestro padre San Francisco, y en la gravedad y agudeza con que presidió a unas conclusiones parecía un retrato de San Buenaventura. Y la alteza de la celestial doctrina que predicó el domingo de la procesión del capítulo parecía salir de la boca del excelentísimo predicador San Bernardino. Y todo cuanto hizo fué tan acepto a todos, que glorificaban a Dios, por ser tan ilustrada aquella provincia y tierra con tan prudente, docto y espiritual prelado.

Acabado el capítulo, como sus deseos fuesen de padecer trabajos y martirio por la predicación del sagrado Evangelio, viendo el fruto que se hacía en Japón y que el año antes había enviado allá cuatro religiosos, y como él nos escribió iba con nosotros la mitad de su corazón, y que no estaría satisfecho hasta que allá se juntase, determinó ir a emplear su talento en aquella nueva iglesia. Y para aprender mejor la lengua japonesa, antes que fuese allá recogióse con su íntimo y espiritual amigo y compañero el padre fray Alonso Muñoz en el hospital de los indios, descuidado de todo género de gobierno, por haber renunciado la autoridad plenaria que del padre comisario general tenía. Allí repartía el tiempo en visitar y servir a los enfermos, en aprender la lengua y en entregarse del todo a los ejercicios espirituales, teniendo por maestro a San Bernardo, cuyas obras leía siempre con grande afición, por ser muy conformes a su devoto y suave espíritu. Y como fuese de edad de treinta y cinco años, y de gran ingenio, en tres meses confesó en la lengua japonesa, que a mi parecer (por haberlo experimentado) sin particular ayuda del cielo no se podía aprender. Pero quien era tan favorecido de Dios, ¿qué le podía pedir que no lo alcanzase? Y más acompañando su oración y petición con la confian-

za que aconseja Santiago en su epístola canónica (1). Mas, aunque él se disponía para la empresa apostólica que pretendía, el Señor dispuso conforme a su voluntad. Porque aunque se agradaba de los santos deseos de su siervo, llamóle para sí en esta sazón por medio de un terrible accidente, que en veinticuatro horas le privó de la vida. Habiendo recibido los divinos Sacramentos, y cuando le trajeron el viático, con profunda humildad se salió de la cama, y puesto de rodillas adoró con muchas lágrimas y devoción a su Dios, mostrándose muy agradecido a las mercedes que de su Majestad había recibido, y por la particular que recibía en querer ser su viático y esfuerzo en aquella hora, para acertar mejor el camino del cielo. Hizo una plática a los religiosos (que mostraban con sus continuas lágrimas el dolor que tenían por verse huérfanos de tal padre y hermano), pidiéndoles perdón del mal ejemplo que les hubiese dado. Y ponderó mucho la necesidad que había de haber hecho penitencia viviendo, para estar con algún caudal en aquella hora, como de San Agustín se escribe haberlo dicho a la hora de su muerte. Y viendo que sus deseos y esperanzas de convertir muchas almas se acababan, dijo que no tenía Dios necesidad de hombres para hacer sus maravillas entre los infieles.

Según lo que me dijeron todos los religiosos, cuando tres años después de su muerte volví a Manila, fué indecible el sentimiento que todos en su muerte mostraron, viéndose privados de tan religioso varón. Del cual, por ser amado de los que le conocían por trato y conversación, y de los que habían oído la fama de su virtud (poderosa para ganar y aficionar las voluntades), se podrá con razón decir que entonces murió el regalo y consuelo y honra de la provincia de San Gregorio. Como en los tiempos pasados del Pontífice León X y del emperador Tito, lamentándose de sus muertes, lo dijo el pueblo romano. Y según fué el general sentimiento de su muerte entre los religiosos de otras Ordenes y los seglares que se hallaron a su enterramiento, más hablaban los ojos con lágrimas que cantaba la lengua. Y aunque el predicador de su entierro dijo mucho de sus virtudes, fué sumario breve de lo que había que decir. Pues con justo título se podía afirmar de él lo que en el sermón funeral el día de la muerte del seráfico doctor San Buenaventura dijo el cardenal Ostiense, afirmando que había Dios dotado al gloriosísimo doctor de una gracia particular que le hacía tan agradable a los hombres, que nin-

(1) Jac., 1.

guno le veía que no se le aficionase notablemente. Lo cual también se experimentó en este bienaventurado religioso. Del cual se podía también decir lo que el Pontífice Gregorio IX dijo del mismo santísimo cardenal San Buenaventura, afirmando que por su muerte era privada la Iglesia de un varón que no quedaba otro tal en toda ella. Porque sin hacer agravio a los grandes religiosos que había en la Iglesia de las Filipinas, faltando nuestro buen padre y hermano fray Luis Maldonado faltó un gran supuesto de ella, lo cual no pudo dejar de ser gran pérdida. Pero como se tenga mucha confianza de que su alma fué recibida entre los príncipes del cielo, dejando el sentimiento de los vivientes, remítase a los cortesanos del cielo que canten alabanzas a Dios por las muchas virtudes que puso en este seráfico religioso. Al cual quiso su Majestad divina honrar inspirando al rey de España para que le enviase la cédula del Obispado de Camarines, en las Filipinas, no habiendo más de dos años que estaba en ellas, aunque cuando la cédula llegó ya era muerto. Y quien considerare lo que se ha dicho de este humildísimo fraile Menor, entenderá que no admitiera la dignidad episcopal, aunque fuera de más honra y renta, pues tanto huía de las honras como los más deseosos de ellas las codician. Y como según la palabra de Cristo, Nuestro Señor, el que se humilla será ensalzado, conocida la humildad profunda de este glorioso varón, y que casi todas las virtudes resplandecían en su inculpable vida, de creer es que está en el cielo en lugar muy eminente entre los varones apostólicos que gozan de la remuneración que Jesucristo, Nuestro Señor, prometió a los que dejando las cosas temporales y tomando su cruz le siguieren (1).

CAPITULO XX

DE LA VIDA DEL PADRE FRAY PEDRO FERRER

Heroica humildad.—Notable hecho.

Aunque para incitar a penitencia a los hombres bastaba haberla Cristo, Nuestro Señor, y el gloriosísimo San Juan Bautista tomado por tema y principio de sus sermones (2), no dejará de ser de provecho el testimonio de muchos santos varones que en la hora de la muerte (que es tiempo de

(1) Mat., 19.
(2) Mat., Luc., 3.

desengaños) dieron. Y uno de los que testificaron esto fué el padre fray Pedro Ferrer, como de su vida constará.

Llevado de las esperanzas del mundo y de la libertad de la mocedad, fué este siervo de Dios a Filipinas por alférez de una capitanía de soldados. Pero como las cosas y honras del mundo sean conocidas por llenas de vanidad de los discretos tocados del Señor, y desengañado de lo poco que el mundo puede dar, pretendiendo servir a mejor Señor, y que mejor paga, dejando la soldadesca se hizo soldado de Cristo entrando en la capitanía de sus siervos los frailes Menores, a los cuales estimaba no como a hombres, sino como a ángeles. Y bien mostró en su noviciado haber sido su vocación del cielo, porque olvidado del brío natural y puntos del mundo en que se había criado, a imitación del santo profeta David (1) se hacía como jumento delante del Señor, siendo muy humilde y muy obediente. Por lo cual fué admitido con beneplácito de los religiosos a la profesión, con esperanza de que había de ser gran religioso.

Después de hecha profesión mostraba gran aprovechamiento en las virtudes, siendo muy caritativo para los pobres y enfermos. Y dejándose llevar del ímpetu del espíritu, muchas veces besaba y lamía las llagas de los pobres, porque creía firmemente que en cada uno de ellos estaba retratado Cristo, de quien recibía la paga, aun en esta vida, de tan heroicos actos, pues con ellos encendía el fuego de su caridad y aprovechaba mucho en la humildad y conocimiento de su bajeza. Y puesto en este escalón y paso de la escala de las virtudes, iba subiendo por ella con el ejercicio cotidiano de la oración, recogimiento, silencio, templanza y penitencia, procurando siempre imitar a los más perfectos religiosos.

Viéndole los prelados tan aprovechado en la virtud y religión, le enviaron a la conversión de los infieles a la provincia de Camarines, adonde dió muy buena cuenta del ministerio que le encomendaron, teniendo mucho cuidado de enseñar a los indios a honrar y servir mucho a Dios, por la merced que les había hecho en darles noticia de su divina ley. Y porque muchos de ellos no se persuadían a la inmortalidad del alma, diciendo que las almas de sus padres y antepasados eran echadas en un monte muy alto que había en aquella tierra que llaman volcán, que en la cumbre de cuando en cuando echa muchas llamas de fuego, por que conociesen su engaño y creyesen fir-

(1) Ps. 72.

memente que era ilusión y engaño del demonio las apariencias de hombres negros que de allí salían, y que había otra vida, adonde los hombres habían de recibir el premio de las obras buenas y el castigo eterno por las malas, emprendió con particular ánimo y fortaleza la subida dificultosa de aquel volcán, llevando consigo a los indios más incrédulos para que fuese más creído en lo que después dijese. Pero como la subida sea muy trabajosa, por no haber camino, aunque llevó provisión para tres o cuatro días que entendía tardar en la subida y bajada, todos los indios el primer día desmayaron, y al segundo se volvieron, salvo uno, que perseveró con este padre hasta llegar casi a la cima del volcán y no pudo pasar más adelante, impedido de tres bocas por donde salía mucho fuego. Y aunque los testigos fueron pocos, más provecho hizo el dicho del religioso y del indio para que saliesen los indios de su engaño que daño habían hecho más de cien indios que se volvieron. Pagando el Señor el buen celo y santa intención de su siervo.

Por este caso se puede colegir el fervor que tenía en la conversión, no estimando abreviar la vida por el provecho espiritual del prójimo. Por el cual trabajó hasta la muerte, poco antes de la cual, estando todos los religiosos juntos, les dijo: «Hermanos, hagan penitencia, porque si el Señor me diera un año de vida, hiciera tanta penitencia como San Juan Bautista, si pudiera.» Y deseando mucho morir el primer día de agosto, en la tarde, por celebrarse en aquel día la solemnidad de las prisiones de San Pedro, y también por comenzar a las vísperas de aquel día la indulgencia y jubileo plenísimo de Nuestra Señora de los Angeles o de Porciúncula, pidió a un religioso muy espiritual que suplicase al Señor le concediese esta merced, y se encargó de hacerlo. Y volviéndole a visitar aquella tarde, le dijo cómo había suplicado a Dios le concediese lo que deseaba. Y viéndolo cumplido, despidiéndose con mucha humildad de los religiosos, les pidió que le encomendasen a Dios porque él se quería morir. Y estándole encomendando el alma, habiendo hecho las diligencias de verdadero fraile Menor y las requisitas para ganar la indulgencia, dió su espíritu al Señor, en quien confiaba que, pues le había redimido, le salvaría.

CAPITULO XXI

De las vidas de los padres fray Miguel de Bustos, fray Francisco de los Ríos y fray Miguel de Siria

Hace Dios a muchos mozos perfectos en virtud.—Fué virgen.—Es de mucho provecho leer vidas de santos.—Aparecióle Cristo.—Caso notable.—Obligación de los confesores.

Entre las maravillas que el espíritu del Señor hace, es una el ser tan favorable y liberal con los hombres de poca edad, que sobrepujando a las leyes de carne y sangre y a las malas inclinaciones que se heredan del viejo Adán, como de salto vuelan a la perfección. Y aunque son mozos en edad y nuevos en la Religión, y postreros en el trabajo de la viña, parece que se aventajan a los que trabajaron muchos años en ella y desde su juventud se sacrificaron a la obediencia de la religión. Esta maravillosa maravilla del Señor nos hace clara y cierta el bendito padre fray Miguel de Bustos. A quien como en su niñez le llamase el Señor para servirse de él en la Religión de los Menores, desde el día que tomó el hábito fué tan humilde, que teniéndose por inútil y mínimo en el convento, iba vaciando su alma de su propia estimación, para que el Espíritu Santo la colmase de particulares dones sobrenaturales. Y bien se echaba de ver en su santa conversación ser amigo de Dios. Porque a juicio de todos los que le trataban, siempre andaba en la presencia del Señor. De cuyo espíritu se dejaba gobernar y regir. Y esto publicaba la mortificación de sus sentidos y la compostura exterior con que en todo lugar estaba. Y como su alma estuviese tan endiosada, no tenía lugar ningún vano pensamiento para enseñorearse de ella. Y con la virginal limpieza de su cuerpo, de que estaba enriquecido, disponíase para ser hecho relicario de virtudes. Y así resplandecía en la santa simplicidad y humildad, siendo el primero en los oficios humildes y de caridad, sirviendo a los enfermos y sanos. Tenía gran respeto a los viejos, y deseando imitar lo más perfecto, notaba las virtudes de cada uno. Y aunque cuando murió no tenía más de veinte y cinco años, empleólos tan bien en el servicio del Señor, incitado con la continua lección de vidas de santos, que aprendió muy bien a serlo, siendo su vida espejo de frailes y seglares, haciéndose con su modestia amable a todos. Cuando en su presencia se hablaba alguna palabra ociosa o contra la caridad del prójimo, sus ojos, llenos de divino celo, eran castigo y reprensión del

murmurador. Sobre todo, antes que fuese sacerdote se aparejaba con ayunos y disciplinas y larga oración para recibir la Sagrada Comunión. Y después de ordenado de misa creció tanto en el amor y temor divinos, que siempre andaba con cuidado de que el día siguiente había de celebrar, haciendo disposición de una misa para otra. Finalmente, mozo en años y lleno de merecimientos, pasó de esta vida. Y según la piedad cristiana presume, fué a las eternas moradas, adonde entre los santos que fueron vírgenes será laureado de gloria.

Según de lo dicho consta, el espíritu del Señor favorece tanto a muchos, que con su divino impulso creciendo van muy aprisa en la virtud. Como también se manifiesta en la vida del hermano fray Francisco de los Ríos. Porque muy poco después que hizo profesión en San Francisco de Manila, se dió tanta prisa a desear ser santo con la lección de las vidas de santos, que, como en su fin mostró, puso los medios proporcionados a la santidad, que son humildad, obediencia, castidad, silencio, recogimiento y caridad, y murió con señales de grande amigo de Dios. Porque estando muy cercano a la muerte, dijo a su maestro cómo le había aparecido Jesucristo, Nuestro Señor, y señalándole la hora de su muerte le había dicho que había de estar tres días en el Purgatorio. Y que él, temiendo la terribilidad de las penas de aquel lugar, confiando en la liberalidad y misericordia del Señor que tenía presente, puesto de rodillas con mucha humildad y lágrimas pidiendo perdón de sus pecados, apeló de aquella sentencia para el tribunal de su clemencia. Y como fuese día del Espíritu Santo, le respondió Cristo: «Yo te perdono por morir el día en que mueres.» Y dejándole consolado, desapareció el Señor. Y llegándose la hora que Cristo le dijo, pidió con mucha humildad le trajesen el Santísimo Sacramento. Y como se le trajesen, puesto delante de la Majestad de su Dios, quísose arrodillar en el suelo, aunque por su flaqueza no pudo, pero recibióle con espíritu tan devoto, que ponía devoción a los frailes. A quien pidió perdón por el mal ejemplo que les había dado y que por amor de Dios que le diesen el sacramento de la Extremaunción y le enterrasen como a religioso, mostrando gran consuelo en morir cuando el Señor le dijo y en tan santo día. Y las señales que en su cuerpo se vieron certificaron ser verdad el aparecimiento de Cristo, Nuestro Señor, que dijo había tenido. Porque estando su cuerpo amarillo por las muchas sangrías que le habían hecho, acabado de expirar se volvió muy fresco, y las mejillas y labios muy colorados. Y queriéndole amor-

tajar, se halló su cuerpo todo llagado del áspero cilicio que traía y crudas disciplinas que tomaba, comprando con esta moneda, acuñada con la sangre y merecimientos de Cristo, el reino de los cielos, adonde es muy de creer que su alma fué.

Los siervos de Dios que, siguiendo su vocación y espíritu, exceden los límites de lo que su talento alcanza, sirven con mucha suavidad a la divina Majestad, como lo hizo el padre fray Miguel de Siria. El cual, como fuese viejo y muy ejercitado en las confesiones, nunca se entrometió en otros oficios sino en confesar, estudiando mucho para esto por conocer la necesidad que el confesor tiene de estudiar cada día y de consultar en los casos particulares que se ofrecen a los más letrados, por no condenar su alma pretendiendo ayudar a salvar a los otros.

Y como hacía de su parte lo que tenía obligación, el Señor le daba suficiencia para este oficio, comunicándole grande celo de la salvación de las almas y mucha suavidad en admitir pecadores y particular don de curar las conciencias. Y entendiendo que en el hospital de los indios (que como se dijo está a cargo de los frailes) había comodidad de aprender la lengua y de servir a los enfermos, se fué allá. Y como se viese obligado a ser dechado de virtud, acompañaba la caridad con grande silencio y recogimiento, hermoseando su alma con muchas buenas obras para que fuese agradable a los ojos de su esposo celestial. Del cual, por gozar mejor en la oración, hacía abstinencia de no cenar de noche. Finalmente, perseverando en santas obras hasta el fin de su vida, fué (con fama de santidad) a gozar al cielo de lo que con su santa vida tenía merecido, que no sería poco, porque en el oficio de confesar se multiplican los talentos con la ganancia de las almas.

CAPITULO XXII

De la vida del padre fray Jerónimo de Aguilar

Amor verdadero de Dios.—Amador de la pobreza.—Celo de la predicación evangélica.—Coloquio digno de notar.—Perseveraba mucho en la oración.—Era muy devoto de Nuestra Señora.—Descuidábase de su salud, por la espiritual de los indios.—Notable confianza en Dios.—Es mucho de considerar la honra en que murió.

Una de las provincias de España que más hijos ha enviado a la provincia de San Gregorio, después de la de

San José, es la de Santiago. Porque de ella, como de una universidad de santidad y letras, ha sacado el Señor para muchas provincias eminentísimos varones. Y aunque en los principios de la provincia de San Gregorio sacó muchos, va sacando cada día más. Porque con el fruto que hacen en aquella conversión muestra ser ciertas las esperanzas que de hijos de tan santa provincia se tiene. De los segundos religiosos que fueron a Filipinas, fué el muy religioso padre fray Jerónimo de Burgos, en quien juntó el Señor tantas virtudes, que cada una de ellas bastaba para hacerle gran varón. Y descubría parte de ellas en el alegría espiritual con que servía al Señor, como su particular escogido. Y como agradecido a los beneficios recibidos, daba fruto de su santidad, ayudado de la gracia divina, deseando y solicitando que todos los hombres sirviesen y alabasen a su Dios. Este era el final de sus pláticas, por ser sumo el gusto que tenía de ver que hubiese muchos que amasen al Señor. Y porque le fuesen más agradables sus servicios procuraba aprender virtud de los que eran más señalados en ella.

Como estaba su alma tan enamorada de Jesucristo, Nuestro Señor, no le quedaba amor para amar a su cuerpo, y así le trataba muy mal, no sólo con las ordinarias penitencias de la Religión, mas azotábase rigurosísimamente, y su comida ordinaria eran hojas de mostaza y otras hortalizas. Y si alguna vez de andar a pie se hacía alguna llaga (que por ser muy grueso y tropezar mucho se las hacía en los pies), no la quería curar, por traer aquel despertador para acordarse de los dolores de Jesucristo, su amado, y por que de la cura y regalo del pie no naciese alguna repugnancia en el cuerpo, con que el espíritu aflojase en la penitencia. Y según la común opinión, con las guardas de oración y mortificación conservó la virginidad toda la vida, y era su conversación tan honesta, que daba testimonio de esta virtud. A donde más principalmente ponía su deseo era la santa pobreza. Porque como desease imitar al Hijo de Dios y a nuestro padre San Francisco, amadores de esta altísima virtud, sólo apetecía estar rico de Dios, holgándose con las faltas y necesidades de las cosas temporales, y con otras menguas que se suelen padecer en las Filipinas entre infieles. En la compostura exterior y modestia de sus sentidos y en la alteza de su contemplación verdaderamente mostraba vivir enajenado de las cosas transitorias, por estar transformado en las eternas.

Deseoso de la salvación de las almas, sabiendo qué

agradable era al Señor el convertirlas, fué al reino de Cochinchina. Y aunque allí no tuvo efecto su santa pretensión, volvió a ponerla en ejecución embarcándose para el reino de Siam. Al cual fué enviado por comisario de otros religiosos. Y como sus compañeros daban testimonio en aquel reino, mostró mucha religión y prudencia procurando dar a conocer a Dios a todos aquellos idólatras, en especial a los ministros y sacerdotes de los ídolos, visitándoles y tratándoles amigablemente de la falsedad de sus dioses y cuán engañados estaban en adorar piedras y palos. Un día de fiesta principal de los gentiles él y su compañero fueron a visitar al sacerdote principal de los ídolos, que tiene como autoridad episcopal, y entrando en su casa, estándole aguardando para hablarle, pasó por delante de ellos sin decirles nada. Y se fué a un baño que estaba allí cerca, y en bañándose luego se vino a sentar en un estrado levantado del suelo como media vara. Y queriendo los frailes hablarle, no lo consintieron los otros sacerdotes y ministros que estaban con él, por no les hallar dignos de que estuviesen juntos a su asiento. Y para mostrar mayor majestad, vinieron ocho religiosos gentiles y se llegaron junto al estrado, y hecha profunda inclinación puestas las manos (que, como se dijo en el libro II, es la cortesía de aquel reino) se sentaron (porque el estar en pie es descortesía entre ellos). De allí a un poco se levantaron cantando, y puestas las manos hizo cada uno siete inclinaciones al sacerdote principal, que estaba en el estrado, hasta dar con la boca en el suelo. Y como se volvieron a sentar, preguntó a uno de ellos el padre fray Jerónimo que a quién habían hecho aquellas inclinaciones. Y respondió el sacerdote principal que a él, y que era costumbre hacer aquella cortesía los que le habían de hablar. Por lo cual que la hiciesen ellos. El padre fray Jerónimo le dijo que ya le habían hecho reverencia según su modo de crianza, quitándole capilla; que las inclinaciones no las acostumbraban a hacer sino al verdadero Dios que crió cielos y tierra, cuyos sacerdotes y ministros eran, y que parecía quererse él hacer Dios, pues con tantas inclinaciones quería ser venerado. Y que pues ellos eran también padres y sacerdotes y religiosos, que cuando le quitaron la capilla por qué no les hizo alguna cortesía. Respondió que a su persona todos se le habían de hacer y él a nadie. Y aunque en muchas preguntas y respuestas amigables este discreto religioso procuró dar noticia de Dios a todos aquellos idólatras y sacerdotes de gentiles, como estaban tan ciegos y llenos de soberbia, aunque veían la luz en las dis-

cretas razones que oían, teniéndola delante de los ojos, no la conocían. Por lo cual este prudente varón entendió que si no era con particulares milagros que el Señor hiciese, aquella gente engañada no había de dejar sus muy antiguos engaños. Y aunque deseó perseverar en aquel reino, por causa de las guerras fué forzoso salirse de él, como queda dicho en el libro pasado.

Juntamente con otras virtudes, fué dotado de mucha prudencia, por lo cual fué muchas veces guardián y le hicieron definidor. Y viéndose con la honra obligado a ser más perfecto, aventajábase en la caridad, siendo áspero para sí, y para los otros benigno y humano. Decía cada día misa muy devotamente y con mucha preparación. Rezaba el oficio divino (aun estando muy enfermo) con tanta atención como quien tenía a Dios presente. Después de maitines, las noches no dormía, gozando su alma de los dulces abrazos de su esposo celestial en la oración. Y como apetecía ser pobrísimo, traía siempre hábito pobre y remendado, no queriendo tomarle nuevo. Gustaba mucho (por que en todo resplandeciese su querida, la rica pobreza) de remendar los hábitos de los frailes. Su abstinencia llegó a tanto, que comía de tercer a tercer día. Con estas y otras virtudes conservaba el celo de la honra de Dios, edificando muchas iglesias entre los indios. Predicaba con apostólica libertad los vicios y virtudes, reprendiendo aspérísimamente los pecados públicos. Amaba entrañablemente a los indios, por lo cual esforzaba mucho a los ministros de la conversión, y persuadíales a que aprendiesen muy bien la lengua. Enseñaba a los indios las oraciones y doctrina cristiana y a rezar el oficio de Nuestra Señora, de quien era tan devoto este su siervo que a todos ponía devoción y afición para servir a esta Santísima Virgen. Y él la mostraba muy particular en sus festividades.

En la provincia de Camarines tenía gran cuidado que no dejasen los indios la costumbre de cantar las Horas Menores de Nuestra Señora. Y por satisfacer a su devoción las enseñaba a rezar a los hermanos legos. Y a todos los que querían saber, con mucha suavidad les enseñaba filosofía y astrología y casos de conciencia. Como trabajaba con mucho fervor en doctrinar los indios y se descuidaba tanto de su salud, no se curaba una llaga que tenía en una pierna; y como fuese necesario darle algunos botones de fuego, mandándoselo el prelado, lo sufrió con mucha paciencia, más por obedecer que por sanar.

Y estando ya medio sano, como el celo de la salud de las almas le hubiese transformado en sí, enseñoreándose

de su corazón, ofreciéndose ocasión de ir a un lugar de indios, cuidadoso del bien espiritual de sus hijos (como verdadero padre espiritual) más que de la propia salud corporal, fué allá. Y como caminase a pie y se cansase mucho y el hábito de sayal le fuese tocando en la llaga, engendrósele en ella cáncer. Y después de haber sufrido muchas medicinas, que le daban harto dolor y en qué merecer, estando muy mortal, dos horas antes que muriese le dijeron el estado en que estaba y que se aparejase para bien morir. Y holgándose mucho de tan buenas nuevas, empleó aquel tiempo en las divinas alabanzas y en recibir los divinos sacramentos con mucha fe y confianza, como en lo último lo manifestó. Porque viéndose morir, tomó un crucifijo y, puesta la boca en la llaga del costado, dijo con mucha ternura: «Señor, ésta es la puerta de la misericordia. Aquí me pongo para que la useis conmigo; bien veo, Señor, que no lo merezco, pero no miréis a mí, sino a vuestro infinito amor.» Y rogando a los religiosos que le encomendasen su alma a Dios, les prometió de pagárselo si, por la clemencia y piedad de Dios, iba al cielo, como esperaba. Y para gloria de Dios, les dijo: «Hermanos, esfuércense en seguir su vocación y guardar su Regla, que yo con la gracia divina en toda mi vida he traspasado algún voto o precepto de ella.» Y tornando a hablar con el crucifijo, decía: «Bien sabéis Vos, Señor, que en cuanto he podido os he servido y que no he dejado nada por negligencia o pereza.» Y razonando amorosamente con El, acabó la vida en Viernes Santo, cuando los religiosos decían en las vísperas la antífona de la *Magnificat*. En la cual se dice cómo la Majestad de Cristo, después que hubo gustado la hiel y vinagre, inclinando su divina cabeza dió el espíritu a su Padre eterno. Y en aquel mismo día había tomado el hábito, y vestido con él murió muy consolado. Después de muerto quedó su rostro con tanta hermosura, que hacía cierta la esperanza que de su salvación se tenía.

CAPITULO XXIII

De la vida del padre fray Pedro de Esperanza

Es de mucho provecho la gracia en hablar de Dios.—Efectos de la caridad del prójimo.—Fundóse en Manila un convento de mujeres.—Fué maestro de novicios muy ejemplar.—Frutos de la soledad.—Lección de libros santos.—Tenía gran caridad con los pobres.—Buen ejemplo.—Gran talento de prudencia.—Tenía deseo de morirse.

Da Dios Nuestro Señor a muchos de sus siervos tan soberana gracia de hablar de las cosas celestiales, que traen muchas almas como embelesadas con su suave y santa conversación. En lo cual claramente se echa de ver que toma sus lenguas por instrumento para granjear almas. Y haciéndolas que se olviden de las cosas de la tierra, las hace volar al conocimiento de las del cielo. Por esta causa y gracia era muy amado de nuestro padre San Francisco el bendito fray Maseo. Y deben de ser dadas infinitas gracias a su Majestad, porque con este don (que en todos tiempos comunica a muchos religiosos) se hacen muchas almas espirituales. Como se vió en las Filipinas en la ciudad de Manila y en todos los lugares a donde estuvo el padre fray Pedro de Esperanza, hijo de la provincia muy observante de Santiago. Porque con su angélica y dulce conversación, hermanada con su buen ejemplo, ganaba muchas almas de españoles y de indios para el cielo, persuadiéndolas a que con la divina gracia subiesen a la alteza de la contemplación, desengañándolas de la vanidad del mundo y del peligro que hay en él. Y a muchos muy enredados con pecados los traía a penitencia, siendo luz clara para los ignorantes, que, por no saber la fealdad del pecado ni lo que perdían por él, se dejaban llevar de los vicios, ofendiendo en muchas cosas a Dios. Enseñábales que se armasen contra el enemigo, para vencer sus tentaciones, con la frecuentación de los santos sacramentos. Y a los que conocía dispuestos para la oración mental los advertía de muchas cosas necesarias para ella y de las tentaciones espirituales que suelen tener los principiantes en ella. Y con este fin procuró que se hiciese en Manila un convento adonde pudiesen recogerse algunas mujeres devotas que, libres de los estorbos que del gobierno de sus cosas hacen, pudiesen tratar más a solas con Dios. Y aunque este convento no está poblado de religiosas, estálo de niñas y de

algunas mujeres honradas, que las enseñan a vivir en temor y amor de Dios y que le alaben de día y de noche en el coro, con esperanza que presto será casa de religiosas profesas.

Adornó el Señor el alma de este su siervo con varias virtudes con que fuese, con el favor divino, poderoso para hacer hombres muy espirituales. Porque estaba muy adelante en el conocimiento espiritual de las soberanas trazas que Dios tiene para comunicar con un alma. Y por no hacer la suya indigna de esta divina comunicación, velaba mucho sobre la perfecta guarda de su Regla y del rigor santo con que los primeros religiosos de aquella provincia la fundaron. Por lo cual fué hecho maestro de novicios en San Francisco de Manila. Y como fuese no sólo espiritual, pero prudente, doctrinaba a los novicios que tenía, como a niños y tiernas plantas en el vergel de la religión, con leche de celestial doctrina. Criándoles en mucha oración, humildad y menosprecio de sí mismos y en sujeción a los superiores y viejos y mortificación de sus pasiones. Y cuando les mandaba hacer algunas penitencias en el refectorio (como es uso y costumbre muy usada y de mucho provecho y antigüedad en las Religiones que con el espíritu del cielo instituyeron los santos), como besar los pies a los frailes, postrarse en el suelo para ser hollado de los religiosos, tomar una disciplina o hacer otras mortificaciones que el espíritu enseña, este religioso maestro las hacía primero, por saber que son más eficaces para enseñar las obras que las palabras.

Con santa codicia de agradar a Dios y amontonar merecimientos, mandaba muchas veces a sus novicios que le diesen rigurosas disciplinas y que le pisasen la boca, y en ella, juntamente con ellos, llevaba un palo por refectorio, por castigo del quebrantamiento del silencio, en el cual era singular cuando la necesidad no le compelía a hablar. Buscaba la soledad, amiga de la devoción, como particularmente se vió cuando vivía en el muy recogido convento de San Francisco del Monte. Porque se iba a los rincones más escondidos de la huerta. Adonde a veces postrado en tierra, temiendo la justicia de Dios y el rigor del juicio final, llorando sus pecados, pedía misericordia. A veces, apelando de la justicia de Dios al tribunal de su piedad, se ponía a los pies de Cristo crucificado con muy devota consideración, suplicando al Padre Eterno que para mirar sus pecados pusiese primero los ojos en el rostro de su amantísimo Hijo puesto en la cruz, llagado y atormen-

tado (1). Porque, pasando por tan admirable espectáculo de misericordia, llegaría el rico de ella para perdonarle. A veces, imaginando en la ingratitud de los hombres para con su Dios, tan digno de ser servido y amado, daba voces entre los árboles pidiendo perdón y enmienda para los pecadores. Y enfervorizado con estas consideraciones, tomaba allí ásperas disciplinas, que le servían de armas defensivas contra las terribles tentaciones con que el demonio, envidioso de su virtud, para derribarle le tentaba, como una vez estando con los novicios en oración en el coro lo manifestó, porque se vió tan atribulado del enemigo, que sin acordarse a donde estaba dió voces, diciendo: «Apártate, demonio; afuera, demonio.» Y porque sabía de cuánta importancia es la lección de la vida de los santos para saber vencer las tentaciones como los santos las vencieron y para conservar el espíritu y encender fuego de amor de Dios en el corazón, era muy aficionado a este santo ejercicio, enseñando lo mismo que hacía a sus novicios. Y algunos de ellos que aun viven, en su vida virtuosa dan testimonio de la santidad de su maestro.

Cuando fué definidor de la provincia, por no dar lugar que la honra en alguna manera entibiase sus deseos, era más humilde que antes, más pobre y celoso de la Regla. Y aunque era muy penitente vistiendo ásperos cilicios, era muy afable y piadoso con los otros, mostrándose en su conversación fraternal, agradable y honesto. Con los pobres necesitados fué tan caritativo, que aun siendo prelado siempre bajaba a la portería a dar de comer a los pobres, solicitando con mucha diligencia que no les faltase lo necesario. Y hallaba tanto consuelo en esto, que aun cuando estaba enfermo, bajaba arrimado a un báculo. Porque su ardiente caridad no permitía que dejase pasar ocasión en que pudiese aprovechar al prójimo y servir a los pobres. En las enfermedades y necesidades de los indios, aunque no sabía su lengua, les hacía pláticas tan llenas de espíritu, que aunque eran dichas por lengua ajena, hacían notable fruto. Porque por medio de ellas se convirtieron muchos infieles. Y los fieles se enternecían y engendraban en su alma grande amor a las cosas invisibles por su santa doctrina. Y queríanle tanto, que le acompañaban de un lugar a otro y hacían muy particulares muestras de agradecimiento. Cuando le querían lavar los pies, no lo consentía, y si se dejaba lavar, luego él lavaba los del indio que le había lavado. Y asistía también con ellos en la

(1) Ps. 83.

oración y disciplinas, y en todas las buenas obras que les predicaba, como verdadero predicador.

Lo que también le hacía grato a todo género de gente era la mucha prudencia y discreción con que trataba a cada uno, según la condición natural y talento que en él conocía. Llevando a unos por el camino de la contemplación, a otros por el de la penitencia, haciendo suaves todas las asperezas con sus devotas amonestaciones y ejemplos de santos, que con particular gracia contaba. En las conversaciones siempre hablaba de Dios, y si alguno desquiciaba la plática de este fin, él la torcía de manera que se sacase algún provecho espiritual de ella. Y aconsejaba lo mismo a los religiosos, con los cuales trataba con grande llaneza, y visitaba, servía y consolaba a los enfermos como él quisiera, estando enfermo, ser visitado y servido, según nos manda que hagamos nuestro padre San Francisco en su Regla.

Habiendo vivido muchos años en la Religión muy ejemplarmente, en lo último fué muy favorecido del Señor. El cual, según lo que él daba a entender, le reveló el día de su muerte. Porque algunos días antes, estando en San Francisco del Monte, dijo a los frailes que se acordasen de él en sus oraciones, porque iba a Manila y no le verían más. Y de los frailes huéspedes se despedía diciendo que presto había de morir, mostrando mucha alegría cuando decía esto. También dijo a los novicios, pocos días antes que cayese enfermo (como despidiéndose de ellos), que muy presto uno de los que estaban allí iría a dar cuenta a Dios de su vida. Y aunque él sabía que había de ser, pretendía en esta manera confusa de hablar que cada uno se aparejase para recibir la muerte. La cual llegó a este espiritual varón después de haber recibido devotísimamente los sacramentos, dejando envidiosos a los hermanos. Porque, como viviendo hubiese empleado los talentos que había recibido del Señor y ganado mucho con ellos, conforme a la promesa de su Evangelio, tenían por cierto que entraría su alma rica de gracia en los gozos eternos de la bienaventuranza (1).

---

(1) Mat., 15.

CAPITULO XXIV

De la vida del padre fray Francisco de la Trinidad

Cómo las obras dan a conocer a los que no los conocemos.—Perfecto fraile Menor.—Gran fervor y prudencia.—Fué maestro de virtudes.

Los hombres que no son codiciosos de vista, en las obras que dejan vivas fácilmente pueden ser conocidos. Por lo cual llama San Pablo carta suya a los cristianos que convirtió (1). Porque quien no conoció de vista a este gloriosísimo Apóstol, en la virtud de los fieles que convirtió, como en carta viva, podía ser leída su apostólica vida y conocidas sus heroicas virtudes. Por esta misma razón conocemos a los siervos de Dios que, no siendo vistos ni tratados de los que ahora vivimos, murieron en la conversión de los infieles. Pues en la virtud de sus discípulos se conoce la santidad del maestro, que aunque sea muerto, está como vivo y es conocido por sus obras. Por esta causa se da a conocer el padre fray Francisco de la Trinidad, porque en la cristiandad en que se conservan hoy día los indios que doctrinó se lee como en carta y se ve como en vivo retrato la virtud de este grande religioso. Del cual me testificaron los que le trataron y los que siendo él guardián fueron sus súbditos, que fué verdadero fraile Menor, guardando la Regla puntualmente. Y en especial publicaba su hábito el amor grande que tenía a la santa pobreza, y su vida el que tenía a la penitencia. Porque traía un solo hábito remendado. Andaba siempre descalzo, no tenía celda ni lugar determinado a donde dormir. No traía en los caminos sombrero, con ser cosa permitida por los muchos calores que padecen los que llevados del celo de las almas buscan los indios por las sierras y valles, que no era pequeña mortificación y es digna de ser ponderada por ser muy calorosa aquella tierra.

Para poder mover los indios más rústicos al conocimiento de las cosas celestiales predicábales con especial ternura de lágrimas. Y acordándose de los muchos pecados de los hombres, para provocar a los pecadores a penitencia se hacía azotar de los indios en los lugares públicos de los pueblos adonde doctrinaba, enseñándoles en esto

(1) 2 Cor., 15.

la gravedad del pecado y la necesidad que hay de la penitencia. Y para que entendiesen mejor las cosas de la fe, no sólo usaba de palabras llanas y fervorosas y de conparaciones caseras, mas hacía comedias en la lengua de las vidas de los santos, ensayando a los indios para representarlas. Porque en la representación viesen la vida de aquel santo y la obligación que tenían de imitarle, pues había sido hombre como ellos, y aprovechándose del favor divino, había sido santo. Con esta discreta manera de enseñar andaban sus indios con deseos de ser imitadores de los santos, haciendo obras de muy antiguos y buenos cristianos. Defendía mucho a los indios, y cuando algún español les trataba mal o llevaba tributos no debidos, vestido del celo del amor de sus ovejas, le amenazaba con terribles palabras, diciendo que había de venir castigo del cielo. Por lo cual era amado de los buenos y temido de los malos. Porque su apostólica libertad y santa vida reprendía vicios y sinrazones.

Viéndose obligado a dar con su vida a conocer a Cristo a los recién convertidos, dábales con su abstinencia lección de templanza. Y con la obediencia que tenía a sus prelados, los enseñaba cómo habían de obedecer a los preceptos divinos. Castigaba su cuerpo con penitencias, no comiendo carne, reduciéndole a la servidumbre del espíritu, por que conociesen cuánto se había de hacer para ganar el cielo. Y apartándose de toda conversación no necesaria, les daba motivo para aborrecer los convites profanos y holguras destempladas. Su honestidad y castidad, como quien estaba a la mira de Dios y de los ángeles y de los hombres, era tan singular, que aun los primeros movimientos que suelen ejercitar a los hombres espirituales parecía tener ya muertos. Porque lo mismo se le daba ver que no ver. Y por conservar esta merced de Dios, aun no se atrevía a mirar si un animal era macho o hembra, pareciéndole que era contra la debida honestidad. Y como él se dispusiese de su parte, el Señor le enriquecía con gustos y júbilos soberanos y alegría del cielo. Y vivía tan transformado en Cristo, que, aun hollando el suelo, parecía vivir en el cielo, como su vida tan angélica lo testificaba. Y de ella nació la seguridad de conciencia con que poco antes de la muerte, tomando la Regla de nuestro padre San Francisco en las manos, dijo delante de los religiosos: «Para gloria de Dios me es forzoso darle gracias, porque en toda mi vida no he traspasado esta Regla que profesé.» Y poco antes que muriese les hizo un razonamiento animándoles a la conversión de los infieles, esforzándolos en

los peligros de perder la vida que entre ellos se ofrecen, afirmando que de muchos en que se vió, maravillosamente le había librado el Señor. El cual tenía gran premio guardado para los que le sirven bien en el ministerio de las almas. Y según se puede creer, muchas de las que convirtió, que ya gozaban de la visión beatífica, le saldrían a recibir cuando saliendo de esta vida fué a recibir el premio de la eterna, como de parte de Dios cuando hizo profesión le prometió el prelado, diciendo que si guardaba aquella Regla (como él dijo que la había guardado en la hora que se dicen las verdades), él le prometía la vida eterna, en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

CAPITULO XXV

De la vida del hermano fray Martín de la Piedad

Efectos de la oración mental.—Gran caridad.—Trabajó mucho en tiempo de peste.—Maravillosa visión.

La medicina universal para reformar las imperfecciones de la naturaleza humana y malas inclinaciones que de ella nacen es la oración. Porque con ella se espiritualizan los hombres, haciéndose como ángeles, y, mortificando las condiciones del hombre viejo, se visten del hombre nuevo, Cristo Nuestro Señor. A quien se debe atribuir principalmente la alteza de la virtud a que subió el hermano fray Martín de la Piedad. Pues siendo de su naturaleza colérico y de áspera condición, con la oración se trocó en nuevo hombre manso y pacífico. Porque después que tomó el hábito para fraile lego, siempre la tuvo por compañera en todo lo que por la obediencia hacía. Y a donde más se echó de ver cuán aprovechada estaba su alma en las virtudes fué cuando estuvo en el hospital de los indios en compañía del bendito fray Juan Clemente. A quien en todo se hizo semejante. Porque se remiraba en el regalo de los enfermos, curándolos con mucha mansedumbre y amor, sufriendo con paciencia el mal olor de las llagas y las palabras ásperas que algunos enfermos mal acondicionados le decían cuando les curaba. Una vez, curando a un enfermo, vencido del dolor, le dió una grande bofetada, con la cual quedó tan pagado de su cura, que volvió el otro carrillo, enseñado de la doctrina evangélica aprendida también en la oración. Porque con la virtud granjeada en ella no sólo vencía su colérica condición, mas estaba

dispuesto siempre para recibir afrentas y en las mayores ocasiones tener paciencia.

Aunque aumentó el caudal de sus merecimientos con los continuos ayunos a pan y agua, y tan ásperas disciplinas que era necesario curarle las llagas que de los azotes tenía, y con los continuos trabajos que por la caridad tomaba en el hospital, en una gran peste que hubo se echó más bien de ver el celo que tenía de la salvación de los indios y la ardiente caridad de que era dotado para curar los pobres y llagados, andando tan diligente y cuidadoso en esta necesidad, que se echaba de ver que aquella diligencia nacía del Espíritu Santo que moraba en su alma. Y viendo, como prudente, que de aquella pestilencia le podía resultar la muerte (aunque mostraba no temerla), tenía mucha más cuenta con su aprovechamiento espiritual, ayunando, trabajando, castigando su cuerpo con ásperos cilicios y penitencias y humillándose en todo. Y desocupado de las forzosas obligaciones, tenía por descanso el apartarse en algún lugar solitario, a donde pudiese con más silencio orar suplicando a la divina Clemencia admitiese su pequeño deseo que tenía de servir a los necesitados en aquella general necesidad. Y vióse haber oído al Señor su oración, porque le dió salud para curar y consolar a todos los enfermos que hubo en el hospital en tiempo de aquella trabajosa peste, siendo médico, cirujano y regalando con amor de madre a todos. Porque en todos ellos consideraba a Cristo necesitado.

Queriendo Dios Nuestro Señor galardonar el gran trabajo de su siervo, acabada la pestilencia casi del todo, fué herido de ella, y viéndose mortal, dijo a los religiosos que el sábado siguiente, dicha la misa de Nuestra Señora, había de morir. Y estando diciendo la gloria en la misa de Nuestra Señora, dió voces, diciendo que veía a la Santísima Virgen y a nuestro padre San Francisco y a San Antonio y a otro compañero. Y acabada la misa, como él había dicho (y según se entendió lo supo por divina revelación), habiendo recibido la Extremaunción, diciendo el credo con mucha suavidad de espíritu, expiró. Dejando por consuelo a los religiosos la memoria de sus muchas virtudes. Las cuales, consideradas de los frailes, así sacerdotes como legos, conocerán que fueron efecto maravilloso de la liberal mano de Dios y de la santa oración, con la cual, perdiendo su condición colérica, ganó la sinceridad de niño para entrar en el reino de los cielos.

CAPITULO XXVI

De cinco religiosos dignos de memoria

El padre fray Mateo de Burgos.—Fué comisario.—Fué a la China.—El padre fray Francisco de Segura.—Gran tentación.—El padre fray Francisco de Ramos.—Fué comisario.—Aborrecía su vida por la caridad del prójimo.—El padre fray Gonzalo del Castillo.—Devoto de Nuestra Señora.—Devoción de la corona.—El padre fray Francisco de Trujillo.—Aconsejaba la vida solitaria.—Cosa maravillosa.

Aunque para muchos provechos y por santos fines se pretenden escribir las virtudes en que muchos religiosos florecieron, por más diligencias que se haga no se puede saber de ellos la mayor parte de sus heroicas obras, las cuales es cierto que estarán eternamente en el libro de la vida en el cielo. Pero es deuda muy debida historiar lo que de sus virtudes se pudiere fielmente colegir, para que en todo tiempo sean conocidos y de muchos imitados.

El padre fray Jerónimo de Burgos, como tomó el hábito en la provincia de San José, echábasele de ver en la perfección de su vida los buenos principios que tuvo en la Religión. Y como fuese dotado de grande prudencia y tenido por muy amigo de la pobreza, fué enviado por comisario de los terceros religiosos que enviaron a las Filipinas. Y su religiosa vida por las partes por donde pasaba aficionaba a todos los que le trataban y los dejaba muy edificados. Después que llegó a las Filipinas, deseoso de sacrificar su vida en peregrinaciones santas y, si hubiese ocasión, en el martirio, fué a la Gran China. Y en los mayores trabajos que padeció con otros compañeros, como se dijo en el libro II, se hallaba pagado de lo que padecía, considerando que eran por su Dios y por el celo de la conversión de aquellos infieles. Y como había alcanzado don de contemplación, de ella le nacía el tener mucha paciencia en las enfermedades causadas de su áspera vida, acompañándola con gran modestia y recogimiento, cuando no era obligado por la caridad a interrumpirla. En la última enfermedad que tuvo mostró mucha resignación de sí en la voluntad divina, la cual entendiendo que se cumplía en su muerte, acabó muy consolado, confiando de que la virtud de los sacramentos que recibió se le había de comunicar para alcanzar la salvación de su alma.

El padre fray Francisco de Segura mereció gran corona

en el cielo por lo mucho que trabajó en la conversión de los indios, siendo muy diligente en enseñarles el camino del cielo. Teniendo por gran regalo los mayores trabajos que tenía, buscándolos por los montes y lugares escondidos. Y viéndose por esto en muchos peligros de perder la vida. Pero como iba armado con la confianza de Dios, su Majestad le libraba de ellos. Y aunque la dureza de algunos indios no sufría bien el ser repreendidos de sus vicios, cuando según prudencia era necesario, sin temor de perder la vida, repreendía los pecadores. Y veíase el fruto de sus repreensiones y santas amonestaciones en la enmienda de muchos. Y como su alma estuviese rica de la divina gracia, con rostro alegre y serenidad de ánimo sufría todos los sucesos contrarios a su deseo, el cual era sobre todo de servir con muchas veras a Dios, sujetándose en todas las cosas a lo que la obediencia le mandaba. Y como a estos trabajos añadía el rigor de la penitencia con que mortificaba los bríos de la sensibilidad, enfermó gravemente. Y el enemigo, que andaba como león hambriento por hacerle caer de la amistad de Dios, no sólo le persiguió antes de caer enfermo, pero estando ya cercano a la muerte se le apareció en figura de mujer muy hermosa, incitándole siquiera a un deseo deshonesto. Pero no salió con su intento, porque aunque estaba flaco en las fuerzas corporales, no por eso le faltaban las del espíritu, y ayudado del Señor, diciéndole al demonio muy ásperas palabras, le hizo ir de allí confuso y avergonzado, quedando él muy congojado de tan mala visión. Y entrando luego un religioso a visitarle, le preguntó si había encontrado una mujer, y como dijese que no, viéndole tan afligido, por sus ruegos le obligó a que le dijese lo que había sucedido. Y dando gracias al Señor por haber salido victorioso de sus enemigos, dentro de media hora acabó la vida, para subir triunfando a recibir la corona de la gloria.

El padre fray Francisco Ramos fué celosísimo predicador del santo Evangelio, aprobando lo que predicaba con su santa vida y angélica conversación por muchas provincias por donde anduvo, movido del deseo que tenía de que en todas partes fuese Dios servido. Y como tuviese muchas buenas partes de letras y religión, fuéle encomendado en España que llevase religiosos a las Filipinas. Y viendo el demonio el fuerte (aunque pequeño) ejército de buenos soldados de Cristo que iban destinados para aquella tierra, barruntando que le habían de hacer tan terrible guerra que le quitasen el señorío y mando que tenía sobre los infieles que en aquellas islas le adoraban, por varios

medios les hacía contradicción para que no prosiguiesen tan santa jornada; y como de estos trabajos y contradicciones cupiese a este siervo de Dios la mayor parte, llevaba esta pesada cruz con mucho sufrimiento y fortaleza, por haberle dado el Señor talento natural y mucha fe y confianza en que su Majestad le había de ayudar para semejantes tribulaciones. Las cuales, vencidas con muchos merecimientos de su alma, a medida de su deseo llegó a las Filipinas. Adonde con el buen recibimiento que le hicieron, y viendo de cuánta importancia habían de ser los religiosos que traía, se dió por bien pagado de estos trabajos. Y olvidado de los pasados, comenzó con indecible espíritu los de aprender la lengua y convertir infieles, conservando en la fe, con su vida ejemplar, los ya convertidos. Y conociendo cuán agradable servicio era a Dios el alumbrar con la luz evangélica a las tinieblas de los idólatras y padecer en este ministerio tribulaciones y peligros en mar y tierra, no rehusaba estar en las tierras más enfermas, a las cuales los otros temían ir, por que no faltase ministro a los indios que vivían en ellas. Y era muy tenido de ellos y respetado, porque con su estrecha pobreza los edificaba, y su alegre y caritativa condición les atraía a la fe. Mas como sobrepujase el trabajo a la salud, fué su muerte muy en breve, aunque su galardón será eterno en el cielo, según de su santa vida y celo y de los muchos indios que bautizó se puede colegir.

El padre fray Gonzalo del Castillo fué llamado del Señor para la Religión siendo canónigo de la iglesia catedral de Manila. Porque, desengañado de los embustes del mundo y de las mentirosas riquezas que van a buscar los hombres hasta aquellas tierras, deseando salvarse y no seguir el camino del interés y codicia, se desnudó con mucha alegría espiritual de todo lo temporal. Y deseando, desnudo de lo terreno, seguir a Cristo desnudo y crucificado, se hizo su verdadero soldado, haciéndose menor entre los menores de la Religión del desnudo y crucificado alférez de Cristo, nuestro padre San Francisco. Y en la Religión menospreció a sí mismo, con tan humildes obras, que siempre barría la casa y traía agua a la cocina, conservándose en esta humildad con mucha oración y abstinencia, deseoso de la perfección de su alma. Para tan alto fin tomaba por medio el apartarse de las conversaciones que no eran de provecho, guardando silencio en todo lugar y temiendo no quebrantar la Regla que había prometido. Y recelando ser vencido de las muchas tentaciones con que el demonio le daba en qué merecer, decía cada día misa con mucha pre-

paración. Y como fuese gran siervo de la Virgen Santísima, Nuestra Señora, rezaba con mucha utilidad espiritual la santísima devoción de su corona. La cual es muy célebre en la Religión franciscana y ha sido confirmada con muchos milagros, bajando de los cielos la Reina de los ángeles a enseñarla a rezar a muchos de sus devotos. Y en particulares mercedes que les ha hecho les ha declarado cuán agradable le es esta devotísima devoción, como en la tercera parte de las Crónicas de nuestra Orden se dice. Y con la experiencia que muchas personas devotas tienen, con este loable ejercicio se comprueba lo mucho que de él se puede decir. Pues con él se convierten los pecadores y los justos acumulan gracias, granjeando el favor de la excelentísima Princesa del cielo, como se vió en este devoto religioso. El cual, perseverando en la guarda de los divinos mandamientos y en servir a tan liberal devota, llegada la última hora de su vida comenzó a sentir el premio de su virtud y devoción, muriendo muy consolado y con gran confianza de que iría a la gloria celestial.

El padre fray Francisco de Trujillo fué luz de los gentiles, de los cuales con sus fervorosas amonestaciones convirtió muchos. Y fué también sal de la tierra, siendo en sus obras muy caritativo. Y conociendo los efectos de la caridad, decía siempre aquellas palabras de San Pedro: *Charitas operit multitudinem peccatorum* (la caridad es el remedio para ser perdonados muchos pecados) (1). Su condición era muy agradable a los indios, y el modo de enseñarles muy claro, y el de repreenderles discreto, y de esta manera convertía (con el divino favor) muchos de ellos, trayéndolos de los montes para que hiciesen pueblos. A los que veía aprovechados en la cristiandad les aconsejaba (considerando el talento de cada uno) que hiciesen por algunos días vida solitaria en algún monte, a la imitación de los fieles de la primitiva Iglesia. En los pueblos de los indios edificaba iglesias a costa de su salud, por el mucho trabajo que tomaba. Y para que no hubiese impedimento para venir los indios a ellas, aderezaba los caminos, atajaba los ríos y no perdía ocasión en que pudiese aprovechar al prójimo. Andaba por las calles enseñando la doctrina y buscando los enfermos, para curarles el alma y para darles algún regalo. Con este intento, aunque era muy pobre, gustaba mucho tener en su celda los regalos que los devotos le daban. Estando, pues, empleando todas sus fuerzas y salud en trabajar en la viña del Señor, edifican-

(1) I Petr., 4.

do seminarios adonde aprendiesen los indios a leer y escribir, a rezar, tañer y cantar, acabó sus días santamente, de una muy grave enfermedad, dejando nombre de gran ministro y de gran siervo de Dios. Y confirmóse más esta fama, porque habiendo sido su cuerpo enterrado en un lugar húmedo, adonde muy en breve se consumen los cuerpos, algunos años después de enterrado fué el suyo hallado entero y con el hábito. Lo cual fué motivo para que todos diesen gracias a Dios Nuestro Señor. El cual sea bendito para siempre, pues tan admirable se muestra en sus fieles amigos.

CAPITULO XXVII

De la vida del padre fray Andrés de San Antonio

Efectos del amor de Dios.—Buen medio para aprovechar un espíritu.—Ejercicio para granjear humildad.—Celoso predicador.—Fervorosos deseos.—El padre fray Alonso de la Madre de Dios.—Grande constancia en los trabajos.—Era incansable confesor.—Era su caridad muy grande.—Tenía gran opinión entre los infieles.—Murió en el mar yendo a Japón.

Es tan poderoso el amor de Dios, que transforma en sí a los corazones de que toma posesión, haciéndoles tan cuidadosos del bien espiritual y corporal del prójimo, que los varones endiosados, olvidados de sí, del todo se entregan a lo que el amor y caridad les incita. Como todo el tiempo que traté al padre fray Andrés de San Antonio lo vi en él. Porque de tal manera vivía descuidado de su salud corporal y cuidadoso de la gloria de Dios y provecho del prójimo, que sus obras no se enderezaban a otro fin.

Tomó el hábito este muy religioso padre en la provincia de Burgos. Y como aquella santa provincia sea escuela de religión, fué tan bien enseñado en ella, que desde su noviciado comenzó a dar muestras de las muchas virtudes en que en el discurso de su vida floreció. Y aunque por la obediencia gastó algunos años en los estudios de Artes y Teología, no faltaba un punto a sus devociones y al ejercicio santo de la meditación, reduciendo a la voluntad todo lo que conocía de las cosas naturales. Aprovechando tanto su espíritu con la perseverancia en la oración, que con la abundancia del amor divino que en su alma moraba, encendía en devoción las personas que le trataban, incitán-

dolas a los mismos ejercicios de penitencia y contemplación en que él ocupaba el tiempo. Renovando cada día los deseos de nuevos propósitos y promesas para esforzar la naturaleza en la perseverancia de la virtud, con la obligación de la promesa.

Para crecer más en la santa humildad hacía particulares actos de conocimiento de su propia bajeza. Y por no hacerse como insensible a los oprobios y afrentas (que suelen ser muy mal recibidas de la sensualidad) tenía hecho concierto con un su amigo espiritual para que el uno notase los defectos del otro, y se repreendiesen con aspereza de palabras, acriminando los descuidos pequeños como si fueran culpas muy graves. Y como él desocupaba su alma de toda presunción y amor propio, el Señor la hermoseaba con sus divinos dones y gracia. Y ayudados de ella, él y su íntimo amigo, acabados loablemente sus estudios, con licencia de su prelado fueron a la Universidad de Alcalá, deseosos de aprovechar en las divinas Letras, y mucho más de imitar a los santos de nuestra primitiva Religión en todo género de santidad. Y como este deseo despertase siempre su memoria, teníanla muy grande de aprovechar en la perfección. Y pareciéndoles que la hallarían en la muy santa provincia de San José, después de bien instruídos en la sagrada Teología, se pasaron a ella. Y este apostólico religioso, movido con los ejemplos de mortificación y menosprecio que veía en los religiosos de los conventos adonde vivía, ponía por obra sus antiguos deseos, humillándose con afectos y obras de menosprecio de sí mismo y de todas las cosas del mundo. Disponiéndose con ayunos, vigilias y disciplinas para subir al monte alto de la contemplación a tratar con su Dios familiarmente. Y bien se echaba de ver en su santa conversación que en tan soberana familiaridad era enseñado de Dios en las cosas celestiales su espíritu levantado a desear en todo el honor divino y la salvación de las almas, por quien su Dios murió.

Era tan infatigable en predicar y confesar, que parecía hecho de bronce para estos oficios. Porque el hambre que tenía de almas para el cielo le hacía no sentir el trabajo corporal. Mas antes de día y de noche estaba siempre aparejado para semejantes obras de caridad. En sus sermones predicaba vicios y virtudes, incitando con santas consideraciones a los oyentes a penitencia. Y con tanto celo y espíritu se enfervorizaba, que era muy copioso el fruto que hacía adondequiera que predicaba. Y viéndose obligado por la ganancia que hacía de muchas almas estragadas con los vicios, trayéndolas al camino del cielo,

no sólo daba gracias a Dios; pero en reconocimiento de las mercedes que en esto recibía, en las plazas y en las iglesias y casas, ofreciéndose ocasión, siempre predicaba penitencia. En las confesiones de grandes pecadores y hombres facinerosos, que el Señor alumbraba por medio de su predicación, mostraba muy grande mansedumbre y caridad, provocándoles, con sus santas amonestaciones y ternura espiritual de su alma, al conocimiento de la gravedad del pecado y de las penas infernales y premio eterno de la gloria. Y según lo que se echaba de ver en la enmienda de muchos, la misericordia de que usaba con los pecadores era enseñada del Padre de la misericordia, con quien por medio de la oración comunicaba. Y de su divina Majestad manaba la virtud de sus palabras para hacer guerra a los príncipes infernales, sacándoles de su tiránico imperio las almas manchadas con muy grandes y públicos pecados.

Como estaba su corazón dispuesto a las divinas inspiraciones para ejecutar la divina voluntad, entendiendo que ésta era de que se sacrificase del todo al aprovechamiento de las almas, abalanzáronse sus deseos a desear emplear los talentos recibidos de Dios en la conversión de los infieles, adonde pretendía confirmar la verdad del Evangelio que predicaba con el derramamiento de su sangre. Y como comunicase diversas veces esto con su Majestad en la oración, con profunda humildad, conociendo por la perseverancia de tan buen deseo que le sería esta obra grata, en la primera ocasión que iban religiosos para las Filipinas (en compañía de su virtuoso amigo el padre fray Alonso de la Madre de Dios, por ser varón en quien Jesucristo, Nuestro Señor, puso muchas virtudes y era de su mismo espíritu) se señaló para tan justificada jornada. Y partiéndose apostólicamente a pie y sin provisión de cosa temporal, por confiar en la divina promesa, salió de su convento con increíble sentimiento de los moradores de él por carecer de la compañía de tan verdadero fraile Menor, y con grandes merecimientos, nacidos de la paciencia que tuvo en los trabajos del camino, llegó a Sevilla, dejando por el camino con su vida ejemplar y provechosos sermones, sembrada muy celestial doctrina. Y en el convento muy religioso de San Francisco de Sevilla dió tan buen ejemplo, que de todos era notada y alabada su modestia, obediencia, pobreza y castidad, y el seguimiento del coro y horas de oración de día y de noche.

Cuando vino el tiempo de embarcarse, venciendo con la fortaleza y confianza en Dios el temor humano que de

los peligros y trabajos de la mar suelen resultar, se entró en un galeón con grandísimo contento de todos los que iban en él, por llevar tan buen religioso en su compañía. Y aunque anduvo muchos días embarcado, por no haber orden para proseguir el camino de Indias que se pensaba, y tuvo experiencia de lo mucho que se padece en la navegación, volviendo al puerto, no se entibió en su buen espíritu. Antes sabiendo que el año siguiente había de ir flota a la Nueva España, aguardó con mucho contento casi un año para irse en ella. Y por desear gozar más a solas de la consideración de las cosas soberanas, se fué al muy recoleto convento de la Rizafa, junto a Córdoba. Adonde como novicio (aunque era ya antiguo en la Religión), se sujetó en todo a las obras de humildad y de la obediencia. Por la cual, para que aprovechase a muchos con su buen espíritu y doctrina, iba muchas veces a predicar a Córdoba, y eran muy aceptos y de gran consolación y provecho sus devotos sermones. Desde allí (al tiempo de partir la flota) salió muy renovado en espíritu y deseos de cruz. Y habiéndonos juntado hasta cincuenta religiosos para las Filipinas (uno de los cuales, sin merecerlo, fuí yo), estando todos en Cádiz vivíamos muy deseosos de conocer este bendito religioso, compañero de nuestra peregrinación, por lo mucho que de sus virtudes entre frailes y seglares decía la pública voz y fama; y cuando allegó, en pocos días se echó de ver en el concierto de su vida que era poco lo que se decía. Porque en el tiempo que estuvimos en aquella ciudad gastaba todo el tiempo en granjear para el cielo almas, confesando y predicando sin cansar, y en el cuidado que tenía de no faltar a sus obligaciones monásticas se echaba de ver que era verdadero religioso y muy observante de su Regla.

Entre todos los cincuenta religiosos que nos embarcamos resplandecía su caridad, porque mostraba amor de madre a los chicos y grandes, regalando a los necesitados y enfermos, tratándoles siempre de su salud espiritual y corporal. Con los religiosos era tan apacible, que de todos era muy amado y tenido por muy espiritual, como en las pláticas que de la virtud de la oración nos hacía lo declaraba. En la Nueva España, como verdadero observante de su Regla, no aprovechándose de la necesidad que muchas veces tenía para poder andar a caballo, anduvo muchos y muy fragosos caminos a pie, confiando en el Señor que le había de dar fuerzas y el sustento corporal. En la ciudad de Guaxaca, adonde estuvo algunos meses, fué de mucha importancia su asistencia para honra de Dios Nuestro Se-

ñor y de la Religión y salvación de muchas almas. Y para embarcarse para las Filipinas desde esta ciudad hasta el puerto de Acapulco caminó tan rico de ocasiones de merecer, como pobre de todo consuelo temporal. Y en el navío, haciendo el oficio de Marta, de tal manera se dejó llevar de la caridad del prójimo, que no sólo curaba los enfermos, aderezándolos de comer y procurándoles lo necesario, mas quitaba la mayor parte de su comida para darles, y lo mismo rogaba a muchos religiosos que lo hiciesen. Andaba tan cuidadoso en estas santas obras, que de todo se olvidaba de su propia salud; y procuraba tanto la espiritual de los marineros, que después de haber dicho en voz alta a prima noche la doctrina cristiana a los grumetes, les hacía pláticas espirituales, contándoles ejemplos de santos. Por lo cual de toda la gente del navío era muy amado y reverenciado como verdadero siervo de Dios.

Aunque no fuéramos los religiosos que íbamos en el navío testigos de las muchas virtudes de este caritativo padre, los seglares, movidos y obligados de su ejemplo y de las muchas buenas obras que de él habían recibido, por haber sido su enfermero y médico espiritual, entraron en la ciudad de Manila publicando la perfección de su vida. Por lo cual, de todo género de gentes que oyeron su buen nombre fué muy bien recibido. Aunque con el trabajo y calor del navío, que había sido muy grande, llegó algo necesitado y enfermo, por lo cual en aquella ciudad no pudo del todo ser conocido. Pero fuélo de los religiosos, que no sólo gustaron de su buen trato y religioso modo de conversar, sino que muchos, como a oráculo del cielo, iban a consultar las cosas de oración y contemplación.

Vista, pues, de los padres de la provincia la perfección y buen talento de este espiritual religioso, ofreciéndose necesidad de enviar algunos predicadores al reino de Japón para ayudar al santo comisario y mártir fray Pedro Bautista y a sus santos compañeros, que había un año estaban allá, fué señalado para tan importante empresa, por las esperanzas que se tenía que muy en breve cobraría entera salud para hacer mucho servicio al Señor en el ministerio de evangelista a que le enviaban. Mas como su enfermedad fuese causada del excesivo calor del viaje pasado, y el tiempo que íbamos a Japón cuatro religiosos fuese muy caloroso, hízose hético. Y aunque disminuyéndose las fuerzas corporales crecía en las espirituales en aquellos días últimos de su vida, daba a los que íbamos en su compañía nuevos resplandores de santidad y de espirituales sentimientos.

Y aparejándose cada día para la muerte cercana que esperaba, con notable sentimiento nuestro por la falta que tan buen ministro nos hacía, se fué a gozar (según se puede creer) de la gloria que esperamos, por ser debida a sus caritativas obras y buenos deseos de padecer mucho por plantar la fe entre los infieles.

CAPITULO XXVIII

De la vida del padre fray Antonio de Villa Nueva

Trabajó mucho en Nueva España.—Pronta obediencia.—Fué a la China.—Cosa de admiración.

Es Dios Nuestro Señor tan buen amigo de sus amigos, que no solamente eterniza su memoria en el libro de la vida, pero quiere que sean publicados los dones sobrenaturales que les comunica. Y con muchas muestras exteriores quiere que seamos certificados de las mercedes que en esta vida y en la otra hace a sus amigos.

Como se vió en la vida y muerte del venerable padre fray Antonio de Villa Nueva. El cual, habiendo sido muchas veces guardián en la provincia del Santo Evangelio, y ocupándose muchos años en predicar a los indios matalzinguos (cuya lengua es dificultosísima y muy bárbara) con celo de más perfección y pobreza, después de estar rico de buenas obras y merecimientos con el trabajo de aprender tan dificultosa lengua y de administrar a gente tan bárbara, se pasó a la provincia de San Gregorio, renunciando a la guardianía de Metapeque que tenía. Adonde era muy querido y estimado de los indios y españoles del valle de Toluca. Porque residió allí cerca de veinte años, con tanto ejemplo de honestidad, que le hacía ser muy venerado y temido de los que no vivían honestamente. Después de algunos días que se había pasado a los Frailes Descalzos, estando con mucha humildad lavando los platos y escudillas, le mandó el prelado, para ejemplo y edificación de los muchos novicios que había, que limpiase un plato con la boca y barba, lo cual él hizo tan presto y con tan alegre voluntad como si estuviera pensando y esperando que se lo habían de mandar. Era tan penitente, que en sus mortificaciones, cilicios, ayunos, vigilias y disciplinas mostraba la viva fe y confianza que tenía de que había de ser remunerada su penitencia con premio eterno. Ayudándole el Señor especialmente para que fuese

vivo ejemplo de aspereza y penitencia a los religiosos de su tiempo, dejando eternizada la fama de sus santas obras.

Era tan ardiente el deseo que tenía de dar a conocer a Jesucristo, Nuestro Señor, a los gentiles, que cuando fueron algunos religiosos al gran reino de la China, por sacrificarse al Señor en tan santa jornada fué en su compañía. Y después de haber padecido no pequeños trabajos, con mucho sufrimiento y conformidad con el divino beneplácito, como tuviese muy quebradas las fuerzas corporales con las continuas asperezas, aunque no hubo mengua en el deseo con que vivía de padecer por Cristo, húbola en su salud. Porque le faltó tanto en la ciudad de Cantón, del reino de la Gran China, que con la falta de medicinas y regalos que en aquel destierro tuvo le sacó el Señor de las miserias de esta vida, llevándole a la holganza eterna del cielo, como en su cuerpo difunto se mostró en la gran opinión y fama que dejó de santidad, como testificaron algunas personas en el testimonio que delante de escribano de esto se tomó. Las cuales dijeron que habían ido en el navío adonde llevaron el bendito cuerpo de este siervo de Dios, sin corromperse, desde Cantón hasta Macán, después de muchos días que era muerto. Y que tenía tan extraordinario olor y fragancia, que daba grandísimo contento a todos los que iban en el navío. Lo cual hace cierto y verdadero lo que se dijo al principio, de que en esta vida favorece Dios Nuestro Señor mucho a sus amigos y en algunas cosas muestra que sacándoles de esta vida los honra también en la otra.

CAPITULO XXIX

De la vida del muy bendito padre fray Juan de Oliver

En todos tiempos ha habido perfectos varones.—Fué virgen.—La humildad.—Forma de prelados.—El amor de Dios.—Librábale Dios de peligros.—Caridad del prójimo.—Invención santa.—La paciencia.—Ocasión grande de merecer.—La penitencia.—Santas mortificaciones.—La obediencia.—Fué comisario general.—La pobreza.—Fué grande su castidad.—Continua tentación.—Peligrosa pelea.—Admirable victoria.—La oración.—Devotísimo de Nuestra Señora.—Excelente caridad.—Grande tribulación.

Con muchos ejemplos muestra el Señor en nuestros tiempos cuán abundante y fervoroso era el espíritu que comu-

nicaba a sus amigos en los tiempos pasados, ilustrando su Iglesia con sus heroicas virtudes y haciéndoles tan insignes santos, que el olor de ellas era suficiente para convertir corazones diamantinos y hacer muchos hombres espirituales en la tierra. También en nuestros días se vió esto en la apostólica vida del muy bendito padre fray Juan de Oliver. Cuya alma mostraba ser cielo de la divina Sabiduría, como la claridad de las muchas virtudes que como estrellas resplandecientes la hermoseaban lo testifican, dando ciertas reseñas de que estaba endiosada y llena de celestiales dones. Y aunque no fuéramos los que ahora vivimos testigos de sus maravillosas obras, bastaba la común voz que entre los indios y españoles de las Filipinas tenía de su santidad, llamándole todos uniformemente el santo. Y siempre oí entre los religiosos que fueron sus súbditos y le conversaron que podía ser su virtud igualada con la de los más perfectos varones que en nuestra sagrada Religión florecieron.

Nació este bienaventurado padre en el reino de Valencia, y era su condición natural muy ajustado a lo bueno y de gran mansedumbre y piedad. Desde sus primeros años en la Religión, dió muestras de cuán agradable era su alma a Dios, haciéndola su Majestad un cielo, adonde atesoraba sus celestiales dones y virtudes. Dándole su divina gracia para conservar la limpieza virginal, por que con ella se hiciese más amable a sus ojos divinos, disponiéndole para que recibiese nuevas mercedes. Plantando tan de veras las virtudes en él, que como en el discurso de su vida se vió, tenían echadas muy hondas raíces, haciéndole tan milagroso en la tierra, que las fuerzas naturales no pudieran llegar a sufrir muchas de sus asperezas si no fuera llevado y confortado de impulso y empellón del Espíritu Santo. El cual hacía maravillosa la fortaleza y perseverancia en la penitencia de este su siervo, para que, conocida su flaqueza natural, se echase de ver que había de ser su penitente vida confusión de los negligentes en hacer penitencia, viendo que un religioso tan espiritual y mortificado al mundo la hacía tan grande.

La humildad de este perfecto religioso era tan profunda y estaba tan ajena su alma de presunción y amor propio, que apetecía tanto los menoscabos y desprecios cuanto suelen los soberbios desear la honra. Y más afrentas sufriera él, según el conocimiento humilde que tenía de sí, que todo el mundo de propósito le pudiera hacer. Y como se estimase a sí en tan poco, tenía a todos en mucha reputación, conociéndose por inferior a los demás, aun sien-

do prelado. Y como sabía la intención de nuestro padre San Francisco acerca de la humildad que habían de tener los prelados con sus súbditos, mostrábase como siervo de todos. Y si alguno le iba a tomar la bendición, postrado por tierra la pedía él primero, y viéndose honrar se sentía como agraviado, por entender que la honra se debía a los otros y no a él. Con los indios se humillaba tanto, que aunque al juicio de la carne y sangre juzgara que era demasía, el Señor premiaba su virtud en dar a conocer aun a los indios más vulgares la grandeza de la humildad de este humilde siervo suyo. Estimándole los indios y honrándole como a su santo y procurando imitarle en esta altísima virtud. La cual, como era el fundamento de sus heroicas obras, estaba ya connaturalizada en su alma, para tenerla tan vacía de su propia estimación que parecía estar en el estado de la inocencia.

El amor de Dios estaba en su alma en tan supremo grado, que según sus obras manifestaban, no vivía para sí ni para cosa de la tierra, por estar deificada con la vida espiritual de la gracia. Y así su cuidado era celar la honra divina, procurando en todas ocasiones que el nombre de Dios fuese santificado y hecha su santísima voluntad, así en la tierra como en el cielo. Andaba tan absorto en Dios y fuera de sí, que aunque hollaba el suelo no vivía según las leyes de la sensualidad; mas su conversación (como de sí dice San Pablo (1) era en los cielos. Y declaraba bien el deseo que tenía de vivir con Cristo, pues ningún peligro ni trabajo le hacía quebrar un punto de la perfección de su vida. Y confiado en su dulce y amado Jesús, se hallaba muy seguro aun en las ocasiones de muerte que, por hacer fielmente el oficio de apóstol por mar y por tierra, se le ofrecían. Y veíase palpablemente que el Señor le libraba maravillosamente. Como cuando estando ya muy cercano de ahogarse en la laguna de Morón, el Señor le guardó la vida para que la emplease toda en su servicio. Y no era ingrato a todas estas mercedes, porque parecía que andaban Dios y él en competencia. La Majestad de Dios en hacérselas y él en servírselas. Reconociendo siempre que hacía poco y que todo lo que él podía hacer nacía de la gracia divina

La caridad del prójimo era la que totalmente estaba aposesionada de este angélico varón. Porque es increíble lo que trabajó en la conversión, haciendo iglesias, juntando pueblos, buscando por los ásperos montes y valles ce-

(1) Phil., 3.

nagosos a los indios, predicándoles y confesándoles con indecible sed de que se salvasen. Trabajó tanto en poner aquella lengua tagala en arte, clara y distintamente, poniendo más copiosamente lo que el muy venerable padre fray Juan de Plasencia dejó escrito (como en su vida se dijo), que parece que no dejó a otros que trabajar en ésta. Y por que no se les hiciese a los religiosos dificultosa de aprender, se ocupaba de día y de noche por enterarse bien en ella, preguntando a los indios, notando los efectos y la propiedad y modo de significar de los vocablos. Por lo cual fueron muchos los tratados que dejó escritos en esta lengua tagala. Porque no sólo aclaró el arte, pero aumentó el vocabulario, compuso sermones y opúsculos muy necesarios, los cuales son muy celebrados de los ministros curiosos de todas las Religiones, estimando en mucho el muy importante trabajo que con celo de la salvación de aquellas almas tomó por amor de Dios. Y deuda debida era que sus estudios fuesen aceptos a todos, pues dejaba el comer y el dormir por estudiar, llevado de la esperanza que tenía del aprovechamiento de los fieles y conversión de los infieles, porque éste era su fin principal, llevado de la caridad del prójimo. Por lo cual se olvidaba de tomar el sustento corporal por acudir a la necesidad del prójimo. Y sucedíale muchas veces que acabando de decir misa (la cual celebraba muy de continuo y con particularísima devoción), siendo hora ya de comer, no se acordaba de su necesidad corporal por ir a catequizar algún gentil o confesar algún enfermo, por ocuparse en el bien de los indios. De los cuales por estas caritativas obras era muy amado y tenido por verdadero padre.

Cuando comía dejaba la mayor parte de su ración para los pobres. Y como fuese devotísimo del Niño Jesús, cuando tomaba refección corporal tenía tan presente la pobreza que este celestial Señor tuvo en el pesebre de Belén, que todos los bocados que comía refería a su divino amor. Y como contemplase a este divino y pobre Infante en sus pequeñuelos los pobres, siempre repartía su comida con ellos, enriqueciéndose de merecimientos con esta santa invención, como muchos varones espirituales acostumbran, ofreciendo cada bocado a Dios Nuestro Señor o a los santos en particular, para que juntamente satisfaciendo el cuerpo a su necesidad tome el alma refección espiritual y meritoria. Con los enfermos era piadosísimo, visitándoles y procurándoles primero la salud de sus almas; después solicitaba lo necesario para socorrer a sus necesidades.

La paciencia y mansedumbre de este siervo del Altísimo

mostróse en muchos casos particulares, y como le inclinase a estas virtudes su condición natural mansa y humilde, era tan pacífico, que parecía no tener humor colérico. Y con ser gran teólogo escolástico, cuando argüía en las conclusiones conservaba tanto su natural modestia, que aunque sus argumentos eran eficaces y sus réplicas sutiles, no perdía su mansedumbre, en lo cual, vista la ocasión de encolerizarse, echaban todos de ver que el Señor le añadía el don de la modestia a su mansa condición natural. Una persona a quien por cierto defecto reprendió le quiso echar de una ventana abajo, y derribándole en el suelo le pisó la boca con gran inhumanidad, y no sólo mostró paciencia cuando sufrió esta afrenta, mas jamás tuvo desabrimiento alguno con el que le afrentó y lastimó; antes, las veces que se ofrecía estar con él, le acariciaba y regalaba con mucho amor. Un indio, instigado del enemigo, viendo la castidad y honestidad de este castísimo religioso, persuadiéndose por su falsa imaginación que no era tan bueno como parecía y todos entendían, le acechó muchas veces, y no viendo en él cosa que reprender, vencido de su diabólica y maliciosa sospecha, entró con gran furia en el convento, diciendo a voces que el padre tenía dentro una mujer. Y aunque este inocente religioso extrañó el lenguaje, no sintió turbación alguna, antes con mucho sufrimiento le dijo que buscase su celda y trastornase la casa, para que del todo se desengañase. Y llegó a tanto el endemoniado pecho del malicioso indio, que hasta que todo lo buscó no salió de su engaño; pero con la inocencia y paciencia de este virginal y casto fraile, el que antes era como demonio encarnado fué movido a penitencia, y aunque él le pudiera castigar, no quiso, diciendo que era villanía dar castigo por la injuria hecha a él. La penitencia con que este verdadero penitente trataba su cuerpo era tanta, que bastara para hacer santo al más perdido hombre del mundo; y como esta virtud no sólo es necesaria para satisfacer los pecados, mas muy admirable y medicinal para preservar el alma de ellos, y de todos los santos y de la Virgen Santísima, con haber sido libre de todo género de pecado, y del Santo de los Santos, Cristo Nuestro Señor, que no podía pecar, fué muy amada; procuraba aventajarse en ella, porque la cama que tenía era de cordeles llenos de nudos, la manta unos remiendos de sayal, junto con una estera rota. Y no contento con tener tan poco refrigerio de noche, traía siempre un áspero cilicio, con que sujetaba la carne a su fervoroso espíritu. Por lo cual sin repugnancia de la sensualidad en muchas ocasiones

(que juzgadas según prudencia eran bastantes) se abalanzó a salir con algunas penitencias públicas que fueron de mucha edificación. Mandándole ir por ministro a un lugar de indios adonde la gente naturalmente era arisca y poco devota, por olvidar su dureza natural con ejemplos vivos, algunas veces se hacía llevar por las calles medio desnudo el cuerpo y con una soga al cuello, y que un indio le fuese azotando. Y para provocar a penitencia a muchos endurecidos en sus pecados, otro Viernes Santo hizo otro tanto en la iglesia, llevando una pesada cruz a cuestas, para enseñar con semejante representación a los cristianos algo de lo mucho que su Dios en tal día había padecido por ellos. Y aunque los indios eran gente ruda, con tal admirable espectáculo lloraban todos la pasión de su Redentor con grande devoción. Y premiaba el Señor las penitencias de su siervo con muy conocido fruto y aprovechamiento de los indios. En el tratamiento de su persona era tan áspero y abstinente, que pudiera competir con los padres antiguos del yermo. Porque su comer ordinario eran hierbas. Y aunque pudiera comer mejores manjares, como tenía enemistad santa con su cuerpo, no quería darle algún refrigerio. Y si se le daba, era tan templadamente, que merecía tanto con la templanza cuanto pudiera merecer con la abstinencia.

Su obediencia era singular, porque aunque por su mucha humildad no quisiese ser prelado, convencido de la obediencia (en quien del todo estaba resignado), admitía las prelacías, teniéndose en ellas por menor y por siervo de sus súbditos. Enseñándoles a procurar la honra de Dios y la guarda de su Regla. Alababa mucho a los frailes cuidadosos de la conversión, confortándoles con sus consejos y buen ejemplo. Y como concurriesen en él santidad y prudencia, no solamente fué muchas veces electo guardián y definidor, mas últimamente deseando el muy venerable padre fray Pedro de Pila, comisario general de Nueva España, poner una persona tal en las Filipinas para que tuviese su plenaria autoridad, señaló a este muy benemérito religioso por comisario general en aquellas partes, con gran contentamiento de las religiosos, sabiendo que se había de conservar la perfecta observancia de la Regla con la vida ejemplar de tan apostólico prelado. En quien, aunque sus fuerzas naturales eran pocas, habían conocido gran tesón en el andar a pie y en otros trabajos. En los cuales, con el flaco ejemplo de los prelados, suelen aflojar los súbditos.

La pobreza, como tan amada de nuestro padre San Francisco. era madre y esposa de este su verdadero hijo.

Con ella comía y vestía, y ella resplandecía en su celda y remendado hábito, y en todas sus obras la tenía por blanco. Siendo electo comisario general, comenzando a visitar la provincia, fué necesario que uno le diese el tintero y otro las plumas, porque los aparejos que tenía para escribir era muy de pobres. Y como trajese un sombrero de palma muy viejo (que en aquella tierra por razón de las aguas y del mucho sol es necesario), dándole un religioso otro más sano, por no ofender a su señora la pobreza no le quería recibir, hasta que la importunación de su compañeros y la conocida necesidad le obligaron a tomarle. Y viéndose con el sombrero razonable, celoso de que no hubiese agraviado a la santa pobreza, dijo con mucha gracia y humildad: «En verdad que parece que represento gravedad con el oficio.» Y considerada bien la hambre y deseo que tenía de ser pobre, excedía a la que tienen los hombres del mundo de ser ricos.

La castidad y virginal pureza de este honestísimo padre acrisolóla el Señor permitiendo que fuese muy tentado de la sensualidad, para que sacase de tan trabajosas peleas gloriosos triunfos y victorias. Y bien se echaba de ver que para ejercitarle en la virtud era tentado, pues siendo de flaca complexión y de muy pocas fuerzas y tan abstinente y espiritual como queda dicho, traía, como se lee de San Pablo (1), este importuno enemigo y estímulo de la carne. Al cual vencía con muy fervorosos actos de amor de Dios y de la castidad, granjeando copiosos merecimientos para enriquecer su alma.

Siendo ministro de un lugar de indios, permitió el Señor que su castidad fuese peligrosamente tentada, tomando el demonio por instrumento a una mujer principal. La cual, aficionándose a la honestidad y humilde modo de proceder de este bendito religioso, puso los ojos en él con deseos libres y poco honestos. Y como conociese su santidad, teniendo por imposible poder decirle su voluntad y mal pensamiento, fingióse enferma y envióle a llamar para que la confesase. Y cuando vino, viendo la ocasión, aprovechóse de ella para manifestarle su estragada afición. Y aunque las razones y palabras torpes escandalizaron los castos oídos de este honestísimo padre, procuró con artificio discreto y palabras virtuosas disuadirla de su intento, induciéndola al conocimiento de su culpa con amenazas del fuego infernal. Y como nada bastase para que la deshonesta mujer dejase su pretensión, redimiendo el afligido

(1) 2 Cor., 12.

religioso su vejación con artificiosa blandura, fingiéndose algo vencido, la dijo que quería bajar a la puerta a ver si venía alguna persona por que no hubiese testigo de su flaqueza. Persuadida ella a que le tenía ya convencido con sus importunos ruegos y mujeriles lágrimas, le dejó bajar al portal, adonde estaba un indio que había venido en su compañía, y llamándole, con gran fervor de espíritu se desnudó el pobre hábito y mandó que le atase fuertemente a un madero y le diese muy crueles azotes. Y aunque el indio rehusó de hacer lo que le mandaba, hubo de cumplir su mandato. Y azotóle tan recio y sin piedad (mandándoselo él), que el ruido de los azotes hizo levantar a la fingida enferma. Y el castigo que vió hacer en sí al casto religioso la sanó de su deshonesta enfermedad. Quedando arrepentida de lo hecho y el demonio confuso y vencido y el siervo de Dios con victoria y ganancia espiritual, y quitó al enemigo por despojo las armas con que le había hecho guerra. Porque con sus santas persuasiones conoció la mujer su culpa, y muy arrepentida hizo penitencia de su pecado.

La santa oración tenía este devoto padre por principal ejercicio y recreación espiritual. Porque aunque fuese muy ocupado en las cosas pertenecientes al provecho del prójimo, no aflojaba su espíritu en la meditación de las cosas espirituales, comunicando muy familiarmente en la oración con Dios. Y salía su alma de ella tan enfervorizada y con tan nuevas fuerzas, que los mayores y más importunos trabajos de la conversión no le cansaban. Y como estaba su corazón tan lleno y rico de Dios, siempre su boca era publicadora de este tesoro, hablando de las grandes mercedes que hacía Dios a los hombres y de los bienes eternos. Persuadiendo a todos a ser agradecidos a tan misericordioso Señor. Y muchas veces parecía enajenarse de sus sentidos con la embriaguez santa y espiritual que manaba de estar transformada su alma en Dios. Y así, cuando la obediencia le mandaba predicar (como de la abundancia del corazón hablaba la boca), sus sermones eran doctos y fervorosos y de grande edificación y provecho para las almas. Y como él fuese devotísimo de la Santísima Virgen, Nuestra Señora, a todos procuraba hacer de su mismo espíritu y devoción, induciéndoles que rezasen la corona o rosario de la serenísima Reina de los ángeles. Sabiendo que por este medio se granjeaba mucho delante de la Majestad divina. Y el deseo que de la salvación de almas tenía mostróle cuando, sabiendo que estaba un enfermo muy desconfiado de su salvación, porque su vida había sido llena

de malas obras y pobre de merecimientos, y temiendo la muerte se hallaba muy atajado y confuso, le fué luego a visitar. Y pidiéndole el enfermo con mucho sentimiento que le favoreciese en aquella tan grande aflicción y desconsuelo, él, movido de piedad y de compasión santa, le dió la mitad de todas las obras satisfactorias que hiciese hasta que el enfermo hubiese satisfecho por sus pecados, si fuesen necesarias. ¡Oh admirable caridad, declaradora de la alteza a que el amor divino había subido aquella bienaventurada alma, que aunque daba vida al cuerpo, tenía ya las propiedades y condiciones de Dios y de la caridad perfecta de los bienaventurados! Finalmente, el espíritu del Señor le hizo tan famoso en toda manera de virtudes, que todos los hombres principales y doctos y espirituales eran publicadores de lo mucho que favorecía la Majestad divina a su grande siervo. Y encarecían grandemente que en este colombino y sincero varón estuviesen hermanadas y juntas las letras y una particular sinceridad, con la cual juzgaba de todos bien, no permitiendo que de algunos se dijese mal.

Finalmente, comenzando a visitar la provincia a pie en tiempo de muchas aguas, faltándole las fuerzas naturales, cayó enfermo. Y llegada la hora de su muerte (como notaron los que asistían con él), tuvo muchos trabajos y peleas espirituales, y de cuando en cuando en voz alta decía: «Jesús, María, Francisco», y volviendo algo en sí mostraba tener mucho sosiego. Dándoselo el Señor para que con nuevas fuerzas volviese a pelear con el demonio, que le hacía notable guerra. La cual declaró con una palabra que casi fué la última que habló. Porque preguntando qué día era, y respondiéndole que era viernes, dijo con grandes muestras de alegre confianza: «Mañana me ha de hacer la Virgen particulares mercedes»; y lleno de merecimientos, recibidos devotísimamente los divinos Sacramentos, acabó la vida diciendo: «Dadle, Señora, con ese palo», dando testimonio con estas palabras cómo en sus peleas con el enemigo para asegurar su victoria asistían a su lado Jesucristo, Nuestro Señor, y su Santísima Madre y nuestro seráfico padre San Francisco. En cuya compañía (según se debe piadosamente entender) fué su alma llevada a la celestial Jerusalén y puesta entre los grandes santos de aquella Iglesia triunfante. Pues haciendo y enseñando como verdadero fraile Menor, mereció ser grande en la militante. Y aunque por su muerte carecieron los frailes de su santa conversación y los indios de su celestial doctrina, en unos y en otros vivirá por muchos siglos su me-

moria, redundando, del buen olor de sus virtudes, gloria y alabanza a Dios Nuestro Señor.

CAPITULO XXX

De la vida del hermano fray Francisco Menor

El estado de fraile lego es mucha perfección.—Perfecto religioso.—Visita del cielo.

Ha sido tan ilustrado el estado de frailes legos en la Religión de nuestro padre San Francisco con la santidad de muchos religiosos que en este humilde estado han sido adornados de celestiales virtudes, que aunque las historias están llenas de las milagrosas vidas de algunos, que en diversos tiempos pasados florecieron, de muchos más se pudieran historiar grandes excelencias y heroicos hechos, los cuales están eternizados en la memoria de Dios. A quien sean dadas infinitas gracias por las muchas virtudes que en nuestros tiempos han comunicado a muchos frailes legos que han resplandecido en todo género de virtud en la santa provincia de San Gregorio de las Filipinas. De adonde fué hijo el hermano fray Francisco Menor, tomando el hábito para fraile lego en el muy religioso convento de San Francisco de Manila. Y, conforme a su nombre, no desdijo de la humildad a su humilde estado de vida, teniéndose por menor en su pensamiento, como en todo lo que hacía lo mostraba. Trabajaba con mucho fervor y cuidado en los oficios de casa que la obediencia le encargaba, teniendo por alivio y descanso el ejercicio santo de la oración y meditación. En el cual cuánta virtud hubiese alcanzado lo declaraban bien sus ásperas mortificaciones y rigurosa penitencia y el vivir entre los frailes con singular abstinencia y fervorosa caridad.

Quiso el Señor hacer a este su siervo un raro ejemplo de paciencia, dándole una larga y gravísima enfermedad. con que conformándose con la divina voluntad aumentó la paciencia y se hacía rico de merecimientos delante de los ojos divinos. Y alcanzó tanta gracia, que mereció ser visitado allí en la pobre cama adonde estaba de nuestro padre San Francisco, como él dió a entender a dos religiosos que le entraron a visitar, encareciendo la gran consolación espiritual que de la visita de dos religiosos que acababan de salir de allí y de sus celestiales palabras había recibido. Y como le preguntasen quiénes eran aquellos dos religio-

sos, aunque no lo quiso decir, del efecto de la visita y de no ser conocidos ni hallados aunque los buscaron, se tiene por cierto haber sido visitado de nuestro padre San Francisco, que por orden divina vino a consolar a su verdadero hijo en su enfermedad y aflicción, avivándole las esperanzas que debía de tener que el fin de aquella enfermedad había de ser el gozo eterno. Como se puede creer que alcanzó este humilde religioso, pues perseverando en la paciencia y sufrimiento que era necesario para hacer su enfermedad ganancioso de bienes eternos, recibidos los divinos Sacramentos y ayudado de las oraciones de los religiosos, acabó en el Señor, dejándoles a todos con una santa envidia de su muy dichoso tránsito.

CAPITULO XXXI

De la vida del muy devoto padre fray Juan Alvarez

Fué hijo de la provincia de Santiago.—Grande humildad.—Salía con gran espíritu de celebrar.—Buen ejemplo.—Efectos del deseo de mucha gloria.—Cómo le llamó el Señor para las Filipinas.—El padre fray Diego del Villar.—Muy de veras correspondió al llamamiento divino.—Predicaba con gran espíritu.—Fué electo guardián.—Devotísimo de Nuestra Señora y del Niño Jesús.—Hacía hacer fiestas por Corpus Christi.—Prudencia de buen maestro.—Tenía buen talento para gobernar.—Era amado de los indios.—Fervorosa devoción.—Llegó a gran perfección.

De lo que más se preciaba San Pablo tratando del oficio apostólico, que por Jesucristo Nuestro Señor le fué encargado, era que se hacía a todos todas las cosas (1). Mostrándose tan verdadero padre y médico de las almas, que a nadie faltaba en sus necesidades espirituales. Y con esta divina gracia, hermanada con el celo de la predicación evangélica, ganó innumerables almas para la bienaventuranza. De esta admirable doctrina se aprovechó el muy devoto padre fray Juan Alvarez. Porque, ayudado del divino Señor, a todo género de gentes era grato y en todas las necesidades espirituales del prójimo era tan caritativo, que se hacía a todos todas las cosas. Y particularmente aficionó las voluntades de los indios para que admitiesen su santa doctrina con notable gusto, conociendo el mucho amor

(1) I Cor., 9.

que este muy bendito padre les tenía. Por lo cual con su muerte fué muy general el desconsuelo entre ellos y fué muy gran pérdida faltar este apostólico varón. Pero el seguro que todos tenían de su gloria mitigaba la tristeza y pena que su muerte les causaba, viendo que con ella se perdían las grandes esperanzas que de él tenían.

Entre los cuarenta y seis religiosos que llegamos juntos a las Filipinas fué también el muy religioso padre fray Juan Alvarez. Y por las muchas virtudes de que estaba adornado era muy amado de todos y tenida su vida por ejemplo de los más perfectos. Porque mostraba en ella la buena doctrina que el año de noviciado aprendió en el celebérrimo convento de San Francisco de Salamanca, adonde tomó el hábito. Fué natural de la villa de Santa Marina, en el reino de León, junto a la ciudad de León. Sus padres, que eran honrados (que de todo esto y de lo que se dijere, como hijo de la misma provincia y que viví en algunos conventos con él, puedo dar testimonio), por conocer su buena habilidad le enviaron a estudiar a Salamanca, adonde el Señor le escogió para servirse de él en la religión. Y aprobó tan bien en su noviciado, que desde el principio se tuvo esperanza que había de ser gran religioso. Y por que adunase las letras con la virtud y emplease su buen ingenio en esta loable ocupación, le dieron estudio de Artes en el muy religioso convento de San Francisco de Zamora, adonde de su honestidad y recogimiento y mucha religión fuí yo testigo de vista. Y como hubiese aprovechado las Artes, acabado el curso fué enviado al convento de Salamanca (seminario que es de religión y letras), para que estudiase allí Teología. Y como su principal designio y fin fuéle no decaer de la religión y santidad, siempre se conoció en él que el cuidado de buscar el reino de los cielos era el principal que tenía, aunque no le faltaba para las demás obligaciones. Acabados loablemente sus estudios, dió muestras en los primeros sermones que predicó de que había de ser buen predicador. Porque el Señor fió de él, como de fiel siervo, muchos talentos.

Como vivía en su corazón el deseo de la perfección, acabados sus estudios se fué a la recolección de su provincia. Adonde, a medida del deseo, en compañía de grandes religiosos que allí hacían vida de ángeles, gastaba el tiempo en obras de oración y mortificación. Dando con su buen exterior a entender la pureza interior de su alma. Y llegó a tanta humildad y menosprecio de sí, que teniéndose por el más mínimo de la casa, en muchas humildes mortificaciones acompañaba a los novicios, con notable edifica-

ción de todo el convento. Con los frailes (en especial en tiempos de enfermedad) era muy caritativo, visitándoles, sirviéndoles y consolándoles con espirituales palabras. Y para crecer en todas las virtudes tenía por medio eficacísimo llegarse cada día con mucho aparejo al Santísimo Sacramento del altar. Del cual le nacía después de haber celebrado tanto consuelo sobrenatural, que en la presencia de su Dios (a quien en su pecho tenía debajo de los accidentes), con muy devotas lágrimas se reconocía por indigno de tan gran merced, y perseveraba por mucho espacio de tiempo dándole por ella gracias, y comunicábale la Majestad divina tan particular espíritu, que en acabando de celebrar escribía cada día devotísimas oraciones, con que se mostraba agradecido a Dios y aumentaba sus santos deseos y buenas obras, y sobre todo las horas de oración. En la cual, con la divina gracia, se conservó tanto, que ni el predicar ni el confesar le era estorbo para que dejase las horas acostumbradas de este provechosísimo ejercicio. Y echábase de ver en la eficacia de sus fervorosos sermones y en el dolor que mostraba por la perdición de las almas, que en la escuela de la oración y meditación le enseñaba el Señor y le comunicaba su celestial espíritu para convertir muchos pecadores y consolar a los afligidos y confortar a los más aprovechados en la virtud, siendo a todos acepta su apostólica doctrina.

Entendiendo los padres de su provincia que sería gran servicio de Dios que este su siervo fuese prelado, poniéndole como luz en el candelero, para que con su ejemplo y prudencia gobernase a sus súbditos, le hicieron guardián. Y aunque rehusó el serlo, diciendo que no tenía partes para gobernarse a sí, cuanto más a otros, constreñido por la virtud y merecimiento de la santa obediencia, lo fué en el muy recoleto convento de Nuestra Señora de las Fuentes, junto a Aguilar de Campos. Y en el breve tiempo que tuvo el oficio fué muy grato a sus frailes, y con su mucha religión y cuidado vivían todos santísimamente, como algunos días que yo allí estuve vi. Y el recogimiento que guardaban era de mucha edificación para los seglares. Los cuales, por la gran devoción que les tenían, eran tantas las limosnas que les daban, que fuera de lo que era necesario para el sustento corporal, sobraba para edificar iglesia y casa, que todo se hacía entonces de nuevo, por haber poco que estaban allí los frailes. Y como con la obra se ofrecía ocasión de trabajar, no faltando a las obligaciones interiores y espirituales de su oficio, él por su persona trabajaba, incitándole a este cuidadoso trabajo la devoción

de la Sacratísima Virgen, a quien aquel convento estaba dedicado. Mas como su espíritu le inclinase totalmente a los ejercicios de la vida contemplativa, deseando ser el menor entre los frailes, renunció la guardianía. Y alegando justas causas y el gran deseo que tenía de aprovechar en la vida espiritual, le fué aceptada la renunciación. Y para que consiguiese mejor su intento, fué enviado por morador del muy observante convento de San Francisco de Villalón, adonde luego dió muestras del aprovechamiento que su alma adquiría con la comunicación divina.

Era tan amigo de la contemplación y trataba con tanta aspereza a su cuerpo, ayunando, velando y disciplinándose, que dentro de pocos meses, faltándole la salud, por ser de complexión delicada, no podía satisfacer a su deseo, viviendo con el rigor que vivían los otros religiosos en aquel santo convento. Por lo cual, por la obediencia, fué enviado a predicar al convento de San Francisco de Pontevedra, al reino de Galicia, con esperanza de que con el buen temple de aquella tierra había de cobrar entera salud. Y dándosela el Señor, no fué ingrato. Porque siempre vivía cuidadoso de subir a la cumbre de la perfección por el medio de la oración mental. En la cual, fuera de las horas que gastaba a entre día, después de maitines perseveraba mucho. Y aunque, por razón de ser predicador del convento, pudiera gozar de muchos privilegios, como pretendía agradar mucho a Dios y granjear aventajada gloria, pospuesta toda vana gravedad y autoridad, servía a la mesa y hacía otros oficios de humildad con mucha alegría espiritual. Y como conociesen los seglares la perfección de su vida, no sólo se aprovechaban de sus devotos sermones, pero tenían gran consolación en tratar con él negocios de sus conciencias y el gozar de su espiritual conversación. Y entre otros religiosos que en el convento eran imitadores de su muy religiosa vida fué el gloriosísimo mártir fray Francisco Blanco, que, como en su vida se dirá, en compañía de este siervo del Señor se enriqueció de muchas virtudes.

Por medio de las cuales traía la misericordia divina a muchos pecadores al conocimiento de sus culpas, con particular enmienda de la vida y aprovechamiento espiritual. Como viviese, pues, muy deseoso de mostrar en algo y, si posible fuese, en perder la vida en el martirio, lo mucho que a la Majestad divina amaba, sabiendo que algunos religiosos graves y doctos y muy amigos suyos se habían ofrecido a Dios para ir a Japón y China, sintió en su corazón un gran impulso para acompañarlos. Y habiendo

encomendado al Señor este negocio, diciendo por esta intención muchas misas y haciendo otras espirituales diligencias para que en todo se hiciese la voluntad divina, cuando llegaron a su convento los que iban a tan santa jornada, movido de la eficacia de su tan buen ejemplo, del todo se determinó de acompañarles. Y todo el tiempo que allí estuvieron, con las limosnas de algunas personas devotas les hizo la caridad posible. Y entendiendo que algunos de ellos, en especial sus particulares amigos el religiosísimo padre fray Luis Maldonado y el muy espiritual padre fray Diego del Villar, muy docto y provechoso predicador, recibirían gran consolación espiritual con la comunicación de los padres Benitos recoletos de San Juan del Poyo (los cuales, renovando los principios de su sagrada Religión, viven en mucha santidad), los llevó allá. Y volvieron tan ricos de devoción y espíritu de padecer trabajos, que sin oírse los santos coloquios que tuvieron allá, se coligieron por sus efectos.

Como fuese grande el amor que todo el pueblo tenía a este muy religioso padre, a medida de él fué el sentimiento que mostraban todos de su partida. En la cual manifestó cuán de veras estaba crucificado con Cristo, dejando por su amor la honra, el sosiego y quietud, despojándose de todo el consuelo temporal que podía tener por ir a padecer por su gloria en compañía de sus siervos. Y echóse de ver que había sido conforme a la voluntad de Dios su determinación por el mucho fruto que hacía por las ciudades y lugares por donde pasaba, siendo muy sufrido en los trabajos de mar y tierra. En la ciudad de Cádiz fueron muy aceptos sus sermones y de gran provecho para la conversión de muchos pecadores, que movidos con su santa doctrina se reconciliaban con Dios, haciendo confesiones generales con los frailes Franciscos Descalzos que pasaban a Filipinas. Porque con su mucho espíritu le ponía a los más helados corazones y engendraba en ellos gran devoción y deseo de servir a Dios. A un sermón suyo trajeron algunas mujeres públicas, y tomándole Dios por instrumento, una de ellas, tocada del auxilio divino, con grandes lágrimas y arrepentimiento de la vida pasada se convirtió a penitencia, y pidiendo el ser remediada, con la diligencia de este siervo de Dios lo fué. También en la Nueva España fué muy estimado, por merecerlo su mucha religión y recogimiento, dejando opinión de gran religioso cuando se partió a las Filipinas. Adonde fué con mucha honra y contentamiento recibido, porque los frailes y seglares publicaron luego sus buenas partes de gran religio-

so y aventajado predicador. Y muy en breve lo conocieron todos gozando de sus santos sermones, de los cuales nacía el aprovechamiento espiritual de muchas almas y el amor grande que todos le tenían, como a hombre enviado de Dios para bien de aquella tierra.

Viendo que su principal vocación había sido para la conversión de los indios, aprendió muy en breve la lengua, y haciéndole guardián de un convento cercano a Manila (que por ser oficio de trabajo y provecho de los indios lo admitió), podía satisfacer el consuelo espiritual de los españoles yéndoles a predicar los sermones ordinarios. Mas, como estuviese su alma tan llena del celo de las almas, trataba muy de veras del provecho espiritual de los indios, enseñándolos y acariciándolos con amor de madre, considerando que eran tiernas plantas en la fe. Persuadíales a que fuesen muy devotos de la Virgen Santísima (de quien él lo era notabilísimamente) y de los gloriosos San José y San Juan Evangelista y San Diego, sus particulares abogados. Pretendiendo hacer de su mismo espíritu a los hijos que engendraba en Cristo, predicándoles que fuesen devotísimos de la festividad del santísimo nacimiento del Verbo encarnado. Celebrando él, con indecible devoción, aquellos santos días con cantares espirituales y con otras muestras exteriores, publicadoras del júbilo y alegría espiritual de su alma. Causando en los demás religiosos gran devoción y contentamiento con lo que hacía y decía en semejantes días. Daba también a conocer a sus espirituales hijos la grandeza de este misterio y de las misericordias de Dios que en él resplandecen. Y también la inefable maravilla que el poderoso brazo de Dios humanado sacó a luz en la institución del Santísimo Sacramento (de quien era muy devoto), y les hacía que en esta fiesta hiciesen bailes y danzas. Y a los niños de la escuela y seminario les enseñaba a representar en su lengua, para que así creciesen los fieles en la fe. Y para aficionarles a las cosas de Dios, predicábales con mucha suavidad y llaneza, mostrándoseles manso, afable y caritativo, y castigando con blandura y amor sus defectos, dándoles primero la razón y causa del castigo para que le admitiesen mejor. Y dábales por penitencia, cuando no venían a la doctrina o a misa, que barriesen la iglesia, o limpiasen el patio, o asistiesen en coro a la oración mental y disciplina de los religiosos, porque así fuesen por defectos castigados y enseñados. Y ésta es una manera de castigo de que usan los muy prudentes en las nuevas conversiones y de que se saca más fruto que no de otros rigores enseñados de la

cólera con apariencia de razón. También les hacía limosna, quitando de su comida para remediar las necesidades de los pobres; consolaba a los tristes, esforzaba a los flacos, visitaba a los enfermos y defendía a todos de los agravios que les eran hechos. Por estas buenas obras que hacía a sus indios era muy amado y obedecido, y con amor reverencial temido. Y sin contradicción alguna le ayudaban a los trabajos que eran necesarios para adorno y reparo de la iglesia y casa. En los cuales él era el primero, porque el cuidado que tenía de la honra y gloria de Dios y aprovechamiento de las almas le hacía ser tan vigilante como quien temía dar cuenta al gran Pastor, Cristo, de aquellas almas que por su amor administraba. Y en su prudencia y modo de proceder era tan particular, que podía ser espejo y dechado para los ministros de indios.

En el buen gobierno que en administrar los indios tenía se descubrió el talento de gobernar que el Señor le había entregado. Y como concurriesen en él todas las partes necesarias para un perfecto religioso, aunque en edad no era viejo ni había muchos años que estaba en aquella tierra, de todos los hombres graves y religiosos de la provincia era juzgado por digno de ser provincial. Y como la pública voz llevase esta opinión hasta sus oídos, y él aborreciese tanto por su profunda humildad los oficios de mandar, congojóse mucho oyendo lo que se decía, reputándose por indigno de toda honra. De la cual había venido huyendo desde su provincia. Y suplicó al Señor muy encarecidamente que antes le llevase para sí que en tal se viese. Y parece que le oyó su Majestad, porque antes de la elección de provincial enfermó gravemente de una enfermedad penosa y peligrosa. En la cual descubrió gran tesoro de paciencia y tranquilidad de espíritu. Y estaba tan conforme con lo que la majestad de Dios ordenaba, que del todo se mostraba resignado en ella, no estimando más la vida que la muerte porque no sabía cuál era lo mejor para agradar al Señor. Y si deseaba la muerte, confiando en que hallaría grandes bienes en la misericordia divina, también apetecía el vivir por el bien de sus ovejuelas que administraba. De quien era tan amado, que como los discípulos de San Martín lloraban la falta de su maestro cuando estaba cercana la muerte, así éstos lloraban la de su ministro y padre. Y perseveraron con él los que eran necesarios para su servicio hasta que murió, desvelándose de día y de noche por servir a quien tanto amaban. Como la enfermedad fué larga, muchas veces se veía muy afligido, en especial de la falta del sueño, y entonces con amo-

rosas palabras, puestos los ojos en el cielo, decía: «¿Y cómo, Señor, que no queréis que un punto repose? Hágase vuestra divina voluntad.» Viéndose ya en lo último, le trajeron el Santísimo Sacramento, y aunque su flaqueza era mucha, vestido de su pobre y áspero hábito, se derribó en el suelo delante de la presencia de su Redentor, estimando en mucho la merced que recibía en querer ser pasto de su alma y viático para el tránsito y jornada que de esta vida a la otra esperaba muy presto hacer. Acabado de recibir el Señor, quedó su espíritu tan lleno de consolación soberana, que comunicando fuerzas al cuerpo convaleció algunos días, para aumentar el tesoro de sus merecimientos. Pero como la enfermedad era mortal, la recaída fué del todo sin remedio. Mas dióle el Señor un gran consuelo en aquellos días cercanos a la muerte. Porque se celebraban las fiestas del sacratísimo nacimiento del Hijo de Dios, a quien humildemente suplicaba fuese servido de darle las Pascuas en el cielo. Y cuando le daban esperanzas de vida, conociendo él en sí que estaba mortal, pedía a su Amado, el Niño Jesús, que siquiera, en aguinaldo, le concediese que fuese su muerte el día de San Juan Evangelista, su muy particular abogado. Y aunque no se cumplió su deseo el día principal de este gloriosísimo santo, su día octavo acabó el curso de esta vida. Dejando ciertas esperanzas de su salvación y olor de gran santidad. Y según sus más íntimos amigos y confesores entendían, conservó toda la vida la pureza virginal. Y llegó a tanta quietud y sosiego sobrenatural su alma, que, como supe de un particular amigo suyo (a quien él lo dijo glorificando a Dios), tenía muy rendido el apetito sensual a la razón, gozando de este premio y victoria que los grandes amigos de Dios suelen tener en galardón y gajes de muchas batallas espirituales que de los enemigos invisibles han alcanzado, amontonando muchos merecimientos para el cielo.

CAPITULO XXXII

De la vida de los padres fray Antonio de Maqueda y fray Martín de Almandos.

Hubo gran caridad del prójimo.—No le ahogan el espíritu los trabajos.—Era muy ejemplar para los indios.—El padre fray Martín de Almandos.—Acto de humildad.

Como la caridad del prójimo sea a medida del amor de Dios, como efecto particular suyo, los verdaderos amadores

de Dios procuran, por todas las maneras que pueden, ejercitarse en obras de amor del prójimo. El cual estaba tan apoderado del padre fray Antonio de Maqueda, que todo su cuidado ponía en ver cómo pudiese aprovechar las almas haciendo el oficio de confesor con curiosidad de estudio y caridad, encaminándoles con gran suavidad a los penitentes en el camino del cielo. Con este mismo espíritu, viviendo en el muy recoleto convento de San Francisco de Gerena, de la muy religiosa provincia de Andalucía, cuyo hijo era, aprovechaba notablemente a los que con él se confesaban, como yo vi estando allí en su compañía. Y como testigo de vista puedo afirmar que era grande el deseo que tenía de la perfecta guarda de su estado evangélico. Y vivía tan sin reprensión, que de todos era tenido por muy recogido y espiritual. Ofreciéndose jornada a las Filipinas, estimulado de la caridad del prójimo y de la compasión que tenía de que los infieles careciesen del conocimiento de su Dios, anteponiendo esta ardiente caridad a la quietud de su convento y celda, se fué en compañía de los cincuenta religiosos que, como queda dicho, íbamos el año de 1591 a tan apostólica obra. Y aunque tuvo contradicción de muchos amigos y parientes, todo lo pospuso, y se ofreció con valeroso ánimo a la cruz de los trabajos del mar, que para él no fueron pequeños porque siempre iba enfermo, aunque no con falta de esfuerzo para sufrir otros mayores, hasta ofrecer la vida al martirio por amor de Dios. Y éste fué el principal intento que le movió para tan apostólica empresa.

Llegado a las Filipinas, conocido su buen espíritu y fervorosa caridad del prójimo, le envió la obediencia a la conversión de los indios. Y aunque era ya mayor de edad, viendo cuán sazonada estaba la mies por los muchos infieles que deseaban bautizarse y la mucha cristiandad que mostraban los ya bautizados, aprendió con gran cuidado la lengua, repartiendo el tiempo en esto y en el aprovechamiento de su alma, continuando la oración mental y rezando otras muchas devociones que tenía. Y por su pobreza era tenido por verdadero hijo del pobre de Cristo, nuestro padre San Francisco. La honestidad de su vida y su penitencia ejemplar era de mucho provecho entre los indios, porque más se mueven a creer las cosas celestiales por las obras de los ministros que no por las palabras. Ocupado, pues, en tan santa negociación llegó el término de su vida, enfermando mortalmente y haciendo lo que debía a perfecto religioso, y pidiendo perdón a todos, mostrán-

dose desnudo de las cosas temporales, acabó sus días y dejó mucha confianza de su salvación.

Aunque la virtud de la santa humildad se descubre en muchos actos, en el que muy en particular resplandece es cuando un letrado encubre por mucho tiempo las letras que sabe, porque, considerada la condición humana, para hacer esto es necesario profundísima humildad, y por la inclinación natural que los hombres doctos tienen demostrar sus letras en algunas ocasiones. De esta perfecta humildad es muy alabado el gloriosísimo San Antonio, honra de la Religión franciscana, por haber estado en la Religión muchos años con opinión de poco sabio, por su admirable silencio y humildad, siendo tan docto, que del Sumo Pontífice era llamado excelentísimo predicador y arca del testamento. A imitación, pues, de tan raro ejemplo, el padre fray Martín de Almandos, aunque había muy bien estudiado Artes y Teología, ayudándole el ingenio natural para saber bien, en las ocasiones que se ofrecía de hablar de letras o predicar, por su mucha humildad no mostraba haber estudiado. Aunque consultado en particular, y cuando no había que temer la alabanza humana, se mostraba docto.

Fué este humilde religioso natural de Vizcaya, y tomó el hábito en la muy observante provincia de Cantabria, adonde acabados loablemente sus estudios, deseoso de la perfección, apartándose de sus parientes y amigos y de la honra que le podían hacer, en compañía del padre fray Francisco de Traspuentes, gran religioso y de su mismo deseo, se pasó a la Recolección de la provincia de Andalucía, por florecer en ella varones muy espirituales y guardarse muy perfectamente la Regla. Cumplida su pretensión, fué enviado por morador de un convento de los recoletos. Adonde, haciéndose como novicio, comenzó nueva vida, procurando subir a la perfección por medio de la contemplación y humildad. Por lo cual era el primero en todos los oficios humildes, teniéndose por indigno de predicar, aunque tenía suficiencia para ello. Y por no contradecir a la obediencia, hacía con mucho deseo de aprovechar al prójimo el oficio de confesor, recibiendo con caridad los mayores pecadores, acordándose de la historia del hijo pródigo con paternales y piadosas entrañas. Y como en los que sirven a Dios el no ir adelante en su santo servicio es volver atrás, cuando no podía aumentar las obras crecía en el deseo de padecer martirio por Cristo. Y estaba tan vivo en su alma este pensamiento, que no perdió la primera ocasión que hubo de ir a las Filipinas, teniéndonos por

dichosos los que le llevamos en nuestra compañía, mereciendo su modestia silencio y honestidad que todos se le aficionasen.

Con mucha consideración noté las virtudes de este religioso y siempre entendí que era su alma morada del Espíritu Santo, como lo declaraba la vigilancia que tenía en guardar la pureza de su alma. Siendo tan caritativo y apacible para todos, que se conocía que tan santas obras no podían ser hechas con tanta continuación y suavidad si no fuera muy favorecido del cielo. Por lo cual, como a obrero que el Señor enviaba a su viña, fué enviado entre los indios a cultivarla, por la mucha esperanza que se tenía de que había de aumentar sus talentos y por tener buen natural para guardar el rigor de andar descalzo y de vestir sólo un hábito de sayal, afligiendo y mortificando su cuerpo, ayunando, velando y orando. Era tan codicioso negociante en las riquezas del cielo, que no sólo atesoraba para sí, pero enseñaba a ser muy amigos de los bienes eternos a los indios que doctrinaba. Y como la codicia santa le hiciese salir del paso común de la virtud y su trabajado cuerpo no pudiese correr a la par con el espíritu, cayó en una larga y trabajosa enfermedad. Y aunque sentía los dolores de ella, consolábase mucho viendo que por tan justa causa, como por servir con veras a la Majestad de Dios, pasó de esta vida confortado con los divinos Sacramentos y ayudado de las oraciones de los religiosos. Los cuales quedaron muy consolados en su muerte, creyendo que si perdían un hermano en la tierra le cobraban en el cielo.

CAPITULO XXXIII

De la vida de los padres fray Juan de Bandala y fray Diego de la Cruz

Fué muy deseoso de su salvación.—Tienen gran caridad y humildad.—Prudencia digna de notar.—Estuvo algunos meses en la soledad.—Tuvo gran cruz de enfermedad.

Grande es el premio que promete Cristo Nuestro Señor a los que por su santo amor dejan las cosas temporales, parientes y amigos, y la patria natural, y tomando su cruz le siguen (1). Conforme, pues, a esta verdad infalible, piadosamente se puede entender que el padre fray Juan de

(1) Mat., 19.

Bandala, aunque murió, vive en el cielo gozando del premio del mucho amor que a Cristo tuvo. Pues todo lo que tenía (que no era poco, por ser nacido en Flandes de padres nobles y ricos), estando estudiando en Salamanca, lo dejó y holló lo que podía tener por tomar la cruz de la santa pobreza y penitencia en compañía de los Frailes Menores Descalzos, que de nuevo habían ido y hecho casa en aquella ciudad. A la cual había venido desde Francia. Adonde primero fué enviado de sus padres, para que estudiase en la Universidad de París. Pero como se viese entre herejes, receloso (como buen cristiano) de comunicarles, y principalmente escandalizado de que su huésped le quería hacer comer los viernes carne, por conservar la pureza de su alma y la fe católica que profesaba se vino a Salamanca, adonde se trataba como principal en casa y criados. Y como era naturalmente inclinado a la virtud, habló con algunos religiosos de la salvación de su alma, y, deseoso de asegurarla, recibió el hábito en el monasterio de San José de aquella ciudad. Vista su columbina y angélica condición, y que era como cera en que se podía imprimir cualquier virtud, en su noviciado fué doctrinado en las ceremonias, asperezas y mortificaciones y en los ejercicios santos de oración y meditación. Y como con tan buenas disposiciones se entregó totalmente en las manos del Señor, hízole su Majestad tan humilde y caritativo, que no sólo servía a los enfermos cuidadosamente, pero pedía a todos que le mandasen, y en especial procuraba servir a todos en los oficios de humildad, y era tan obediente, que en ninguna ocasión mostraba sentir repugnancia en su voluntad para lo que le mandaban.

Como fué conocida su virtud y mostrase deseo de ir a las Filipinas, fué escogido entre otros muchos religiosos de aquella santa provincia de San José, y en todo el viaje fué tan agradable su sencillez y humilde conversación, que era amado y estimado como si fuera un ángel. Todo su cuidado era adelantarse a todos en los oficios humildes, y pedía con muchos ruegos e importunación la ropa de todos para lavarla, diciendo que sabía muy bien lavar hábitos. Y edificaba mucho a todos con esta sincera humildad, y daba motivo para alabar a Dios. Estando después entre los indios, conociendo ellos sus entrañas abrasadas en caridad, como en las obras que de él recibían experimentaban, llamábanle verdadero padre, y de sus obras aprendían lo que otros con palabras les enseñaban, porque vivió tan poco, que no pudo aprender bien la lengua. Pero el

Señor recibiría sus buenos deseos y le pagaría lo que por su amor había dejado y hecho.

Acostumbran los discretos y prudentes, cuando el Señor les llama para una Religión, experimentar sus fuerzas naturales en algunas mortificaciones y penitencias en su casa, para que entrando en la de Dios conozcan lo que pueden y, ayudados de la divina gracia, perseveren, Y por no hacer muchos esta tan importante diligencia, después que han echado mano al arado entrando en la religión, confusiblemente vuelven atrás. Este fué el motivo que al padre fray Diego de la Cruz antes que fuese religioso le hizo probar por mucho tiempo la aspereza de la soledad y penitencia. Porque como estuviese en Nueva España, en la provincia de Mechoacán, rico de los bienes temporales, por haber trabajado en muchas conquistas y jornadas que, en servicio del rey, se hicieron en su tiempo, desengañado de la vanidad del mundo, deseando servir al Rey del cielo en recogimiento y soledad, supo que un religioso muy espiritual de la Orden de nuestro seráfico padre San Francisco, después de haber vivido muchos años santísimamente en la observancia, con licencia de su prelado estaba haciendo vida solitaria en un fragoso monte, y fué a comunicar con él y tratarle sus buenos intentos. Y enseñado y movido del buen ejemplo del devoto religioso, le hizo compañía por algunos meses, imitándole en los ayunos, vigilias y oraciones y en las demás obras santas en que se ejercitaba.

Y viendo que el Señor le daba fuerzas corporales y espirituales para imitar a un tan perfecto varón, entendió que su vocación a la Religión era inspirada de la Majestad divina. Por lo cual, volviéndose el religioso a su convento, determinó de imitarle en todo. Y así, vendiendo su hacienda, conforme al consejo evangélico (1), repartiéndole entre pobres, como desease ser verdadero pobre, tomó el hábito pobre entre los pobres de Cristo, en el muy pobre y religioso convento de San Cosme, en la ciudad de Méjico, adonde estaban los Frailes Descalzos antes que se pasasen al convento nuevo de San Diego.

Cumplidos ya sus deseos, como de la soledad venía espiritualizado y ejercitado en penitencia, conforme a su muy fervoroso espíritu pretendió comenzar tan de veras en los ejercicios de virtud, que era particular en ellos, siendo muy singular en la mortificación y contemplación. Y como de la comunicación continua de Dios conociese el bien

(1) Mat., 13.

grande que es padecer hasta la muerte por su santa fe y nombre, movido de esta santa intención se fué en compañía de otros religiosos a las Filipinas. Adonde el tiempo que tuvo salud fué muy provechoso para la conversión de los indios. Mas como con los trabajos del oficio apostólico ajuntase sus acostumbradas penitencias, enfermó gravemente, dándole Dios tan pesada cruz por muchos años, que con verdad pudo tomar el sobrenombre de Cruz. Y de ella, como de celestial mina, sacaba tesoros de incomparables merecimientos, conformándose con la voluntad divina y teniendo paciencia. Y de la cruz pesada de su larga enfermedad (después de haber sido martirizado con muchas trabajosísimas medicinas y gozado de los méritos de la cruz de Cristo, y con la devota recepción de los divinos Sacramentos), escala muy derecha para subir al cielo, según la piedad humana de su vida puede colegir.

CAPITULO XXXIV

De algunos frailes legos grandes siervos de Dios

La Religión, escuela de virtud.—El hermano fray Lorenzo de Santa María.—Nota la discreta caridad.—Grande maravilla.—El hermano fray Francisco de Gata.—El padre fray Alonso Lobo.—Gran caridad.—El hermano Cristóbal Gómez.—Nota la tentación del demonio.—Tenía verdadero conocimiento de sus culpas.—Tentación de Satanás.—El hermano fray Francisco de Córdoba.—Tuvo buena lengua.

En las Religiones, como en escuelas de virtudes, se crían los religiosos unos en la vida activa y otros en la contemplativa, dándose unos a los ejercicios espirituales, y otros, no sin grandes merecimientos, a las obras serviles de la vida activa. Y pues que hasta aquí se ha hecho particular memoria de muchos religiosos que han sido muy aventajados en la virtud, y aun maestros de otros, siguiendo la vida contemplativa, justo será hacer en este capítulo alguna mención de algunos hermanos frailes legos que, teniendo a su cargo los oficios de la vida activa, solicitado lo temporal que era necesario para los ministros (que ocupados en la predicación del Evangelio se descuidaban de lo terreno), han merecido mucho delante de Dios.

El hermano fray Lorenzo de Santa María, yendo con los segundos religiosos de España a las Filipinas, cayó enfermo en Nueva España. Y deseando acompañar a sus her-

manos en los trabajos de la conversión, en sanando fué en la primera ocasión a buscarlos. Y viendo el provecho que hacían, regocijóse su espíritu notablemente, y trabajó tanto ayudándoles, que dejó eterna memoria de su santo celo y virtudes, por haber concurrido en él la vida activa y contemplativa. Porque en la oración mental era su alma ilustrada con luz del cielo y fervorosa devoción. Como se vió estando en el religiosísimo convento de San Francisco del Monte, en la solemnísima fiesta de la Encarnación del Hijo de Dios. Porque enseñado del espíritu y como forzado de él, manifestó el sentimiento interior que tenía de tan soberano misterio bailando delante del Santísimo Sacramento, y sin poder poner tasa a la abundancia de su devoción, después de haber bailado, se quedó arrobado en éxtasis mental, con mucha edificación de los que lo vieron. Y por saber este siervo del Señor cuán necesario era hermanar a la oración la humildad, abstinencia y obediencia, obedecía prestamente, humillándose a todos, y daba su cuerpo el manjar que sólo era necesario para poder vivir. Tenía también especial guarda de sus sentidos, apartándolos de las cosas temporales por que no le estorbasen para el aprovechamiento espiritual. Y para este fin muchos días aun no comía las hierbas, que era su ordinario mantenimiento. Y diciéndole las personas que le hacían limosna, estando entre los indios, que por qué no pedía lo que suelen otros religiosos, respondía que justo era dar a los que trabajaban el sustento corporal; pero a él, que no trabajaba tanto, que le bastaban hierbas, descubriendo en su discreta respuesta su mucha prudencia y caridad. En la vida activa se empleaba sirviendo a los religiosos con el cuidado que sirviera a los ángeles, por estimarlos como hombres angélicos. Y por celar mucho la salvación de los indios y por quitarles algunos impedimentos que podían tener los cristianos que aun vivían en los montes apartados de la iglesia, para ir a oír misa, con sumo trabajo corporal suyo, aunque con mucho gusto espiritual, desmontaba las malezas de los caminos, allanando los montes y malos pasos. Y los que ahora se ven labrados de sus manos dan testimonio de lo mucho que trabajó. Por lo cual vino a enfermar gravemente, y como estuviese tan acostumbrado a rezar las obligaciones del *Pater noster* y Ave María, que por razón de la Regla tenía, y otras devociones voluntarias, aun apretándole mucho la enfermedad, nunca dejaba de rezar. Y el día que murió dijo con mucha consolación espiritual: «Bendito sea el Señor, que me ha dado lugar para rezar hoy mis obli-

gaciones y recibir los divinos Sacramentos.» Y dándole gracias porque hasta entonces le había dado su gracia para perseverar en la Religión, acabó sus días, dejando gran confianza de su salvación. Y siendo su cuerpo sepultado en un lugar a donde por larga experiencia se sabe que luego se resuelven en tierra los cuerpos, después de cuatro años fué hallado el suyo muy entero. Mostrando el Señor en esta incorruptibilidad lo mucho que preciaba aquel cuerpo, trabajado y molido de las asperezas que le habían hecho en su servicio.

El hermano fray Francisco de Gata fué religioso de notable virtud, conservándola con gran ejemplo en muchas peregrinaciones y misiones que hizo en España y por Italia, siendo compañero del religiosísimo padre y famosísimo predicador (con obras y palabras) fray Alonso Lobo. Y después que fué a Filipinas, con la afición que tenía a que los indios se bautizasen, iba a buscarlos por los montes cuando al principio se escondían huyendo de los frailes, como gente montaraz y arisca. Y como fuese necesario para pasar algunos ríos hacer puentes por donde los indios viniesen a la iglesia, cuando no los había, como era muy grande cuerpo, a imitación del glorioso San Cristóbal, los pasaba en sus hombros y los trataba con mucho amor. Y con su buena diligencia y traza juntó algunos pueblos, que fué de mucha importancia para el aumento de la cristiandad. Y como fuese muy observante de su Regla y anduviese descalzo y con solo un hábito, y la tierra adonde estaba fuese muy enferma, aunque perseveró en ella muchos años por el provecho de los indios, enfermó de una terrible y prolija enfermedad. Con la cual vivía contento, por entender que era merced de Dios y señal de predestinación. Y consolábase en los dolores corporales con la esperanza que había de subir a gozar de la clara vista de Dios. Cuya hermosura y pureza consideraba viendo la claridad del agua y la belleza del sol, rastreando por el conocimiento de las criaturas la infinita belleza de Dios. A quien plugo de que se acabasen los trabajos de su siervo, apretándole la enfermedad hasta acabar la vida. Y un poco antes que expirase, como él había suplicado al Señor que le dejase morir desnudo y de rodillas, quitándose el hábito y la camisa, que por mandárselo la obediencia se había vestido, sacando fuerzas de su gran flaqueza se derribó en el suelo y con una breve exclamación dió gracias al Señor por los beneficios recibidos. Y tomando un crucifijo en sus manos pidió humildemente misericordia de sus culpas y defectos y el favor divino para vencer al de-

monio en aquella hora. En la cual asistían también los religiosos, ayudándole a bien morir; y quedaron muy edificados de su buen espíritu. Porque diciendo aquellas palabras con que Cristo expiró: *In manus tuas commendo spiritum meum,* dió su alma al Señor.

El hermano fray Cristóbal Gómez tomó el hábito de fraile lego en Manila, adonde, siendo piloto, el Señor le llamó para servirse de él en la Religión. Y habiendo sido muy travieso en el mundo, de tal manera le mudó la gracia divina, que con el hábito humilde se trocó en nuevo hombre, siendo manso, humilde, sincero, devoto y tan amigo de velar y orar, que los prelados le ponían tasa en el tiempo que había de tener de oración. Por que llevado de su fervoroso espíritu no excediese los límites de la prudencia. Como engañados del demonio con apariencia de bien suelen hacer los principiantes en la virtud, granjeando de las imprudentes penitencias alguna enfermedad, con que a título de necesidad pretende el demonio resfriarles el espíritu. Era este siervo del Señor gran menospreciador de sí mismo, deseando ser hollado y tenido en poco, y holgábase mucho cuando era sin culpa repreendido. Mandándole una vez, porque con descuido derramó un poco de vino, que dijese su culpa y con la boca cogiese el vino del suelo (por ser esta y otras semejantes maneras de mortificación muy importantes para que los nuevos en la Religión pierdan los bríos del mundo y aprendan humildad), y él con mucha presteza se postró en tierra y comenzó a lamer el vino, haciendo con su obediencia y humildad muy ganancíosa para su alma la pequeña pérdida del vino. Acordándose de la demasía con que había vivido en el siglo, haciendo en todas las cosas su voluntad y regalando su cuerpo con mucha curiosidad, veíase muy obligado a llorar las culpas pasadas y de sujetarse del todo a la virtuosa esclavonía de la obediencia. Y en tiempo de los mayores calores, al mediodía se iba a cavar a la huerta, por satisfacer con el cansancio y trabajo de su cuerpo algo de lo mucho que conocía deber por los pecados de la vida pasada.

El deseo que tenía siendo seglar de ser rico de plata y oro trocóle en otro más aventajado, que era de ser muy pobre, contentándose con sólo un hábito de áspero sayal, y para limpiar del todo las reliquias que deja la sensualidad en el alma, hacía tan ásperas disciplinas, que tenía mandado el prelado que cualquier religioso que le oyese disciplinar que le hiciese señal para que lo dejase, y a él que le obedeciese. También procuró emplear en el servicio

del Señor lo que sabía de piloto. Porque sabiendo que algunos religiosos querían pasar a la China, con codicia de predicar a los idólatras de aquel reino, él se ofreció de llevarlos, como lo hizo. Y en premio de su trabajo le dieron los chinos muchos palos y le hicieron muy malos tratamientos, Los cuales él recibió alegremente, sabiendo que con aquella moneda se ganaban las perlas y piedras preciosas de las Indias del cielo. Rico, pues, de muchos méritos, volvió de la Gran China a Filipinas, adonde perseverando en su profesión y modo virtuoso de vivir, confesando con viva fe todo lo que tiene y cree la santa madre Iglesia de Roma, viéndose cercano a la muerte, se dispuso para la guerra que esperaba que le había de hacer el demonio en aquella hora. Y armado con la virtud de los divinos Sacramentos y con la confianza en la misericordia de Dios, aguardaba a su terrible y fuerte contrario. El cual, como estuviese hambriento por llevar aquella alma, no tardó mucho, que, a vista de los religiosos que estaban encomendando al Señor el alma de su hermano, le hizo grande contradicción a su salvación, como en los efectos y ademanes que el enfermo hacía se echaba de ver. Pero con la virtud y ayuda de Dios, repentinamente volvió en sí, como victorioso y muy consolado de lo que veía, lo cual, a juicio de los presentes, debió de ver después de la pelea alguna visión celestial de espíritus bienaventurados, en cuya compañía iría al paraíso celestial.

El hermano fray Francisco de Córdoba murió tan lleno de merecimientos, que la voz de frailes y seglares era publicadora de ellos, teniéndole por bienaventurado. Porque todo el tiempo que vivió en la Religión no desdijo de la obligación a que su profesión y estado humilde de fraile lego le obligaba. Era de muy encendida caridad, y ejercitábala tanto en el regalo de los enfermos y servicio de los sanos, que le llamaban la madre de los frailes. Y es muy digno de muy grandes alabanzas (o por mejor decir, Dios en su siervo) por su silencio y abstinencia y oración y otras muchas virtudes, en que floreció tanto, que aunque muchos con envidia santa le deseaban imitar, llegaban pocos a su perfección. Porque parecía ser inmediatamente enseñado del divino Maestro. En cuya comunicación gastaba todas las noches muchas horas. Y cuando se cansaba de la meditación profunda y devota de la vida y pasión santísima de Cristo Nuestro Señor, rezaba vocalmente con la debida atención. Estando orando, diversas veces fué visto su rostro muy encendido, y, según la opinión de muchos, era su amor de Dios tanto, que se arro-

baba. Y por no perder las mercedes que recibía de la liberal mano de Dios, sin remisión alguna hacía singulares ayunos y penitencias, por que no se levantase a mayores la sensualidad contra el espíritu. Ponía especialmente guarda en la lengua, no diciendo jamás mal de nadie. Y si alguno en su presencia amagaba a querer murmurar, le repreendía con aspereza de palabras, si era su igual. Y en pago de tan gran virtud, hacía el Señor tan grata su modestia y afabilidad a todos, que ninguno hablaba de él que no fuese alabándole. En la observancia regular fué muy puntual, y en las peregrinaciones que hizo (no sin gran merecimiento) a la China y Cochinchina y Malaca, reinos bien distantes entre sí, y de las Filipinas, no perdía la compostura y quietud interior y exterior como si estuviera en el monasterio; hacía de su cuerpo celda y ermita, y el alma era el ermitaño. Y de aquí le nacía que en los mayores trabajos no se turbaba, antes se holgaba con ellos, y tenía gran contentamiento espiritual en los intensos dolores de la gota, de que era enfermo. Y con particular consuelo recibió la muerte y fué enterrado con gran concurso de gente, por ser tenido por santo.

Este ramillete de varones apostólicos he cogido del jardín de la santa provincia de San Gregorio para incitar con sus virtudes a mis hermanos a su imitación y para que sea la Majestad de Dios glorificada en ellos por todos los siglos de los siglos. Amén.

LIBRO CUARTO

Cómo fueron enviados los Frailes Descalzos de San Francisco a Japón y de la prudencia con que predicaron el santo Evangelio en aquel reino, y del gran fruto que hicieron en él. Del glorioso triunfo y martirio de los bienaventurados veintiséis mártires de Japón.


IAPONIAE INSVLAE DESCRIPTIO
ORIENS
OCCIDENS

CAPITULO PRIMERO

De una breve descripción del reino de Japón

Descubrimiento de Japón.—Cómo se concertó el señor de Bungo.—Del temple de Japón.—De la fertilidad del Japón.—Del rey y señores de Japón.—En lo que tiene autoridad el Dairi.—Calidades de los japones.—Modo de conversar de los japones.—De la idolatría de Japón.—Principio de la fe en Japón.—Del aumento de la fe.—Dios envió los frailes a Japón.

Aunque mi intención sólo es tratar del ilustrísimo martirio de mis felicísimos hermanos y compañeros, para satisfacer en parte el común deseo que todos tienen de saber las costumbres y modo de conversar de los gentiles de aquellos reinos remotos, me pareció que sería bien poner una breve suma de lo que vi y supe en Japón, y de las calidades del reino y de los moradores de él.

Fué descubierto el reino de Japón de los portugueses poco después que hallaron las islas de los Iliquos (1). Porque sabiendo el Tono, o señor de la provincia de Nungo, que estaban los portugueses en la isla de Iliquio, el mayor envió a pedir al señor de ella, que era su pariente, que le enviase uno de ellos, deseando ver qué gente era, porque le decían que venían del cabo del mundo. Alegando para recibir este gusto la grande melancolía con que vivía, por haber dos años que no se levantaba de la cama, por estar muy fatigado de la gota. Y como el señor de Iliquio le enviase uno de los portugueses, gustó mucho el Tono de Bungo de verle, y de oír sus buenas respuestas que daba a muchas preguntas que le hacía. Y como le manifestase su mal, y el portugués hiciese una medicina con que le sanó, era particularísima la afición que el Tono y toda su casa le cobraron. Y como el portugués les daba a entender que había Dios y otra vida, el Tono le oía bien y pre-

(1) Ilocos.—*N. del E.*

tendía informarse por entero del negocio de la salvación, y bastó esta relación que le dió el portugués de ella para que yendo a contratar los mercaderes portugueses a Japón, y tomando algunos años después puerto en la provincia de Bungo, este Tono los recibió muy bien, y fué el primero que recibió la fe en aquella su tierra, y con su ejemplo se bautizaron después muchos.

Este reino de Japón son muchas islas, que están a un lado de la Gran China, de la cual distan doscientas leguas hacia la parte del Norte, en treinta y cuatro grados de altura, poco más o menos, conforme a la disposición de la tierra. Por lo cual tiene invierno y verano, en que hace mucho frío y calor. Y son los aires del invierno muy delgados. Todas las casas son bajas y las edifican alzando una vara de la tierra el primer suelo. Y como sólo se sirven de los entresuelos, no edifican aposentos altos. Sólo el rey Taicosama, por ser muy aficionado a edificar, como por traza nueva hizo hacer sus palacios muy vistosos y altos. La tierra tiene muy abundantes montes de leña. Los llanos son muy fértiles para coger arroz, que es principal sustento y pan de aquel reino, y, por los muchos ríos que hay, no les falta agua para regar las tierras. También siembran trigo y cebada, pero en muy poca cantidad. Y aunque comen la cebada cocida, no es costumbre comer el trigo, y así lo venden a los españoles. No tienen carneros; sólo hay vacas, y no en mucha cantidad. Y como se sirven de ellas en sus labores, arando con una sola y llevando con otra sus carros, tienen por muy gran sacrilegio matarlas. Porque conforme a sus leyes gentílicas, no comen carne, y así se escandalizan cuando las ven matar, y hacen gran sentimiento. Y echando a los bueyes un cabestro por las narices, y una silla de palo, se sirven de ellos para recuas. También hay caballos, que sirven de lo mismo. En las tierras donde hay alguna cristiandad, crían gallinas y puercos y ánades; en los montes hay gallinas montaraces pequeñas, a manera de faisanes. En la mar hay muchísima abundancia de pescado, y muy bueno, y en las ciudades hay siempre a vender mucha cantidad, seco y cecial y vivo. Y de los ríos también sacan muchos peces, por ser el pescado su principal sustento.

De todo el reino de Japón, desde su principio, hay un rey natural que viene por línea recta, que llaman Vo, y por otro nombre Dairi; y como tengan los japones por majestad que su rey no sea visto ni tratado comúnmente, está siempre encerrado en sus palacios, adonde tiene todos los regalos posibles. Y como ha sido necesario gober-

nar su reino por capitanes, poco a poco se levantaron con la tierra, y así se divide todo el reino en sesenta y seis reinos, aunque los señores de ellos no son reyes, ni se tratan como tales, y en su lengua se llaman Tonos, que es lo mismo que señores. Todos éstos entre sí traían ordinariamente guerra, y el que más podía era mayor señor, y se llamaba rey, reconociendo en muy pocas cosas al rey natural. Al cual la gente común venera mucho, y toda su calle tienen como sagrado, guardándola grandes privilegios.

De pocos años a esta parte, que Taicosma se levantó con el reino, reduciendo a su obediencia por armas todos los señores, el rey natural sólo da las dignidades a los grandes del reino, teniendo un día señalado en el año para esto, en el cual el rey y los grandes van con particulares libreas (significadoras de la dignidad de cada uno) a Miaco a visitarle. Da también grados y dignidades a los ministros de los ídolos, llamados bonzos (1), de los cuales es como cabeza y supremo sacerdote, y por diferenciarse de la demás gente común andan vestidos él y sus criados y sus mujeres como chinos, porque dicen que descienden de ellos, aunque en todo les son opuestos. Y como la gente es blanca y briosa, en cualquier traje parecen bien. Los grandes del reino son muchos y muy ricos, por llevar grandes tributos a sus vasallos, los cuales les son notablemente sujetos, por temor de los rigurosos castigos que por cosas fáciles en ellos hacen, quitándoles fácilmente las vidas, cortándoles las cabezas.

Ponen su autoridad los señores en cosas exteriores, como en portadas de casas, mucho acompañamiento, aunque no usan de galones y curiosos vestidos. Précianse mucho de su linaje, porque tienen diferencias de grados de nobleza. En el andar a caballo no son diestros, porque aunque tienen caballos regalados, no saben correr, como en Europa; y siempre que andan en ellos van trotando. En las armas son muy presuntuosos, y usan de arcos y lanzas y de algunos arcabuces. Y de la comunicación de los españoles se les ha pegado alguna curiosidad en tener armas y usar de ellas en su ordinaria comunicación, teniéndose por muy valientes. La gente común ordinariamente es pobrísima y muy sujeta a los poderosos; y así unos como otros son naturalmente feroces, amigos de cortar cabezas de hombres, y estiman tan poco la vida, que no se les da nada por perderla. Son muy puntuales en puntos de hon-

(1) Sacerdotes budistas.—*N. del E.*

ra. Y cuando han de matar alguno que se tiene por honrado, primero que otro le corte la cabeza con unas espadas que llaman catanas (1), muy cortadoras, de que usan, tienen por gran honra, antes que otro le quite la cabeza, el cortarse ellos a sí mismos por la barriga (2).

Grandes y pequeños visten de ordinario ropas, y el mismo traje es el de las mujeres, salvo que las principales traen el cabello suelto, y las que no lo son lo atan al colodrillo y no traen toca en la cabeza. Los hombres que tratan de vivir de su hacienda quietamente andan afeitados a navaja cabeza y barba. La demás gente trae un palmo de cabello enlazado al colodrillo, y el de la cabeza como corona de fraile que tiene calva. Todos son muy cumplidos de palabras y bien criados, quitando las sandalias o chinelas de paja que calzan en señal de reverencia. Porque comúnmente no usan cubrir la cabeza, aunque en invierno andan tocados con tocadores de algodón. Y los que traen rapado el cabello usan de unos bonetes de dos picos. Acarician mucho a los huéspedes, y aunque sea a deshora cuando viene algún huésped, le han de dar de comer. Y por honrarle, el señor de casa le sirve el primer plato, antes que se ponga a comer con él. No se sientan en alto, mas como mujeres. Por lo cual tienen esterados curiosamente sus aposentos o parte de ellos, y sobre estas esteras duermen, y en unas mesillas en que caben cuatro escudillas de palo, curiosamente embarnizadas, comen con unos palillos, teniendo por grosería el llegar a la comida las manos. Sus manjares ordinarios son legumbres, como rábanos y nabos, berenjenas, calabazas y otras semejantes, que cultivan con mucho cuidado. Tienen frutas buenas, aunque no de muchas diferencias; y después que conocen a los españoles hay muchas de las de España. El vino que tienen es todo de arroz. Hay en Japón muchos médicos, que se aprovechan de los libros que hay escritos en la China y curan con medicinas simples, haciendo jarabes de cocimiento de raíces, y dan la purga, para que sea fácil de tomar, en unos granos colorados como confitura. Y como yo vi una vez, dió un médico a un enfermo una purga, y le mandó que cuando no quisiese purgar más, que pusiese los pies en agua fría, y haciéndolo, sin sentir daño dejó de purgar. También acostumbran botones de fuego, dándolos en la parte adonde sienten el dolor, y en la barriga y espaldas para las lombrices, que crían mu-

(1) Katana o «wakizashi», sable corto.—*N. del E.*
(2) Es lo que se llama el *hara-kiri.*—*N. del E.*

chas con el arroz, y con esta medicina cauterizándose con unas pelotillas como de borra que queman y las aplican a la carne, hasta que hacen llaga y sienten notable provecho con este remedio para muchas enfermedades, porque dicen que cualquiera mal que sea nace de estar resfriado. Y como los japones se mantienen de manjares de tan poca sustancia, aunque tienen brío estando sanos y muestran aspecto de hombres mejor mantenidos, en dándoles cualquier dolor de cabeza o enfermedad, no tienen ánimo. Usan mucho de médicos y de medicinas.

Porque en el artículo de las idolatrías de Japón será forzoso tratar delante, en suma digo que los japones no tienen conocimiento de Dios Nuestro Señor y tiene diferentes sectas, adorando por principales dioses a dos reyes de otros reinos, porque hicieron mucha penitencia. El uno se llamaba Amida; el otro, que es negro, se llama Xaca. De todas las sectas hay muchos sacerdotes, que llaman bonzos, que viven en congregación, y se sustentan de limosnas. Entre éstos hay muchos letrados, aunque sus letras, bien considerado, es sólo saber leer los caracteres de la Gran China. Y en entenderlos y escribirlos gastan casi toda la vida, y por saber más o menos escribir, o leer, son tenidos por más o menos letrados y honrados con distintos grados. También hay monjas, que llaman vicunin; viven en congregación, y así ellas como los religiosos engañan a los seglares, aficionándoles a los ídolos para llevarles las limosnas, aunque no sean muy aficionados a la idolatría.

Como los japones son de buen entendimiento natural, y todos desean su salvación, cuando se les predica la ley de Dios Nuestro Señor, quieren que les convenzan con razones. Y aunque no tienen (como dije) conocimiento claro de Dios, después que han rogado a sus ídolos alguna cosa, si no salen con ello, suelen con gran despecho decir: «Hágase lo que Tento quisiere», y, bien entendido lo que es Tento, es lo mismo que Dios Nuestro Señor. Todo esto ayuda mucho para que en aquel reino se vaya cada día aumentando la cristiandad, la cual comenzó el año de 1548. Siendo los primeros predicadores de la fe en aquel remotísimo reino de innumerables idolatrías el padre Francisco Javier y el padre Cosme de Torres, insignes religiosos de la Compañía de Jesús. Los cuales plantaron el Evangelio con tan eficaces palabras y obras de caridad, pobreza y humildad, que cada día ha ido creciendo el número de los creyentes. Y como los padres de la Compañía tomaron a su cargo aquella conversión, con el celo que tienen de la salvación de las almas (aun en tiempos que han sido

perseguidos), siempre ha ido la cristiandad en aumento. Y es tanto, que el año de mil y quinientos y noventa y siete, que yo fuí desterrado de Japón, y por el nombre de Jesucristo, decían los padres de la Compañía que había en Japón más de trescientos mil cristianos. Y como los padres sólo eran cuarenta y ocho, y ochenta hermanos que ayudaban a la conversión, y la mayor parte de la cristiandad está repartida por los reinos de gentiles, adonde no tienen ministros que les ayuden a conservarse en la fe, tienen obligación todos los predicadores a suplicar al Señor una y mil veces que envíe obreros a su viña, pues los que hay son tan pocos y la mies es muchísima.

Y considerada bien esta verdad, conocerse ha muy claro cómo fué ordenada del Padre de las Misericordias la ida al Japón de los Frailes Descalzos de nuestro padre San Francisco, pues con su apostólica vida levantaron el estandarte de la cruz (como adelante se verá) en tiempo que estaban derribadas las iglesias y los cristianos tibios y con notable miedo (como yo vi), por lo cual, considerada una novedad tan grande en tiempos tan trabajosos, dijo un cristiano de los más antiguos, llamado Justino, que los Frailes Descalzos (como del emperador Heraclio se cuenta) con pobreza y desnudez entraron, levantando la cruz en Japón. Y como su felicísimo fin mostró, salieron de Japón con honra de la cruz, pues muriendo gloriosamente con ella, la cruz y el Señor que muriendo en ella la honró, fueron muy glorificados.

CAPITULO II

De la causa principal que hubo para que los Frailes Descalzos de San Francisco fuesen a Japón

Cómo se hizo rey Taicosama.—Primera embajada del rey de Japón.—Prudencia del gobernador de Manila.—El padre fray Juan Cobos, muy prudente religioso dominico, fué a Japón.—El padre fray Juan Cobos se perdió.—Acredita cerca del gobernador a sus embajadores.

Gobernando la Iglesia Romana Clemente VIII, y reinando en España don Felipe II, siendo su gobernador en las Filipinas Gómez Pérez de las Mariñas (1), caballero de

(1) Don Pedro Gómez Dasmariñas, padre de don Luis Pérez Dasmariñas y sucesor en el gobierno de Filipinas del doctor Santiago de Vera. Nació en Betanzos (Coruña), en 1536, y murió el 27 de octubre de 1593. Era caballero del hábito de Santiago y fué nombrado gobernador y capitán general de Filipinas por Felipe II, llegando a Manila en 1590,

la Orden de Santiago, habiéndose en el reino de Japón levantado y tiránicamente hecho señor universal, por astucia y arte, un hombre de bajo estado llamado Taicosama, o por otro nombre Combacondono, hízose tan altivo y presuntuoso, mostrando tan extraordinario orgullo y deseo de mandar, que habiendo enviado sus capitanes con grueso ejército a conquistar el reino de Coria, ciento y cincuenta leguas distantes de Japón, abalanzando su pensamiento a querer conquistar la Gran China, que es tierra continuada. Y queriendo enviar una carta, el año de 1590, al gobernador de las islas Filipinas, que por otro nombre llaman islas de Luzón, mandó que se buscase quién fuese por embajador. Y para manifestar su soberbio pensamiento y deseo a los españoles de Manila, se ofreció (como yo supe después que estuve en Japón) un mediano mercader, llamado Faranda Quiemon, con ambiciosos deseos de alcanzar favores y mercedes para llevar la carta del rey bárbaro como su embajador. Diciendo que tenía alguna noticia del noble modo de tratar de los españoles de las Filipinas, y por ser cristiano (aunque por temor del rey sólo tenía haber sido bautizado) que le recibirían bien. Y habiéndose despedido del rey para hacer su embajada, llegando al puerto a donde se había de embarcar, considerando lo que la pública voz y fama decía del esfuerzo y valentía y maravillosos hechos de los españoles de las Filipinas, y cuán sin fundamento pretendía su rey que le reconociesen vasallaje y tributo los españoles, recelando que sería mal recibida su embajada, como hombre sagaz que era, se hizo enfermo y envió la carta de su rey con un criado suyo llamado Gaspar. Porque como el año antes se había bauti-

---

acompañado por el franciscano fray Bernardino de Avila y Girón, autor de la crónica *Relación del Reino de Nipón*... Murió don Pedro Gómez Dasmariñas en la expedición del 16 de octubre de 1593, en la que le acompañaban el franciscano fray Francisco Montilla y ochenta soldados, bajo el mando de su hijo Luis, con ánimo de conquistar las Islas Malucas. Sufrieron grandes temporales y la sublevación de los sangleyes o indios chinos, que negociaban con los filipinos y que iban de bogadores de la nao, y quisieron apoderarse de los doce mil pesos en reales que llevaba el gobernador para pagar a los soldados. Por ello, asesinaron a casi toda la tripulación, rompiendo la cabeza a Dasmariñas. El padre Gabriel de San Antonio dice en su *Relación*... que «hubo muchas señales de su muerte, mas entre todas es notable la que sucedió en el monasterio de San Agustín de Manila. En la portería deste convento está este glorioso Doctor pintado, y a sus pies, debajo de su capa, están pintadas las Religiones que professan su regla, tienen la los cavalleros del hábito de Santiago, y por esta razón estaba retratado a sus pies el gobernador Gómez Pérez, y el día y hora que a él le mataron, hendió un poco esta pared y quedó partida la cabeza del gobernador por la misma parte que a él le hizieron»

zado en Manila, era muy conocido en aquella ciudad. El cual, en llegando a Manila, acompañado de algunos japones, sus amigos, se fué a las casas reales, llevando un cofre pequeño bien labrado, en que llevaba la carta y embajada de su rey. Y pidiendo al gobernador audiencia, entró donde estaba. Y en llegando puso el cofre en que traía la carta sobre la mesa, y apartándose un poco se postró antes de hablar palabra, y haciendo una inclinación hasta la tierra, hizo reverencia a la embajada de su rey, y diciendo lo que traía abrió el cofre para sacar la carta, haciendo otra profunda inclinación, y con unos tafetanes sacó la carta del rey y se la dió al gobernador, la cual, según la más verdadera traslación, es la siguiente:

Carta del rey de Japón para el gobernador de las Filipinas

«Más ha de mil años que el Japón no se ha gobernado por un señor. En el cual tiempo eran tantas las guerras, que no se podía enviar una carta de una parte a otra, hasta que el Señor del cielo ha querido que en mi tiempo sea todo uno, y lo ha reducido a mi obediencia. En lo cual todo me fué tan favorable, que hasta hoy no entré en batalla que la perdiese, sino que de todas he salido vencedor en espacio de diez años. Y asimismo he ganado la isla de Iloquio, que estaba fuera de mi obediencia. Y asimismo de la India Oriental me enviaron embajador, y ahora quiero ir a la gran China a ganarla, porque el cielo me lo tiene prometido, y no por mis fuerzas. Espántome mucho que esa tierra de la isla de Luzón no me haya enviado embajador o navío; y así estaba determinado, como había de ir a la China, ir a Manila con mi armada, si no fuera por haberme dicho Faranda el buen tratamiento que ahí hacen a los japones, mis vasallos, que de aquí van a esas islas. El cual, preguntándole yo si el que allí gobierna es amigo, me ha respondido y asegurado que como yo envíe cartas para él me enviará embajador. Y cuando él no lo fuese, estándome yo en mi reino asentado, soy tan poderoso, que tengo gentes que vayan a cualquier reino. Y aunque éste es hombre bajo, yo le he dado crédito por la buena razón que da. Y así, por el envío de gente que pensaba enviar, yo me abajaré de adonde estoy dentro de dos meses a Nangoya, mi puerto, donde tengo la fuerza de mi ejército. Si allí me viniere embajada de esas islas y supiere que el gobernador me es amigo, bajaré mi bandera en señal de amistad y paz, y no la enviando, la alzaré y envia-

ré mi ejército contra ellas, a sujetarlas con copia de gente, de suerte que se arrepienta esa tierra de no habérmela enviado, porque por ser amigo envío esta embajada en el año undécimo. Del Visco, luna undécima.»

Viendo el gobernador y capitanes de Manila el altivo pensamiento del rey de Japón y el tenor de su carta, y que el embajador que la traía era hombre bajo y de poca autoridad, puso alguna confusión en los más discretos de aquella república, por haber ocasión de sospechar que había algún engaño en aquella embajada. Y como el gobernador fuese muy prudente capitán, viendo los pocos españoles que había en Manila, y que actualmente estaba cercando la ciudad y haciendo un fuerte, y que el socorro no le podía venir de Nueva España a buen tiempo, y que de todas partes estaba cercado de reinos de gentiles, juntando muchas veces consejo de guerra, se determinó que fuese por embajador a Japón el padre fray Juan Cobos con una carta (que por no ser importante para la ida de los gloriosos mártires no la pongo), para que, informándose de la verdad de la embajada, supiese el intento de aquel bárbaro, tanteando el poder que tenía y la valentía y esfuerzo que se podía concebir de los japones. Y envió al rey un presente de mucho valor. Y como supiese Faranda que había desembarcado en Japón el padre fray Juan Cobos, y que venía por embajador de Manila, antes que se viese con el rey le fué a buscar, para saber a lo que venía y poder con trazas disculpar su cobardía, disfrazada con la fingida enfermedad. Y con esta intención fué con el padre Cobos a la presencia del rey; y como la embajada del padre fray Juan Cobos fué bien recibida y despachada muy a su gusto, tuvo lugar de ser admitida su disculpa de Faranda. A quien mandó entonces de nuevo el rey que fuese a Manila en compañía de aquel religioso, con la misma embajada que el año antes él había enviado con su criado Gaspar. Y como el padre fray Juan Cobos quisiese adelantarse con las buenas nuevas, saliendo del puerto en mala razón, perdióse en la isla Hermosa. Y como Faranda aguardase mejor tiempo, llegó a Manila y dió su embajada al gobernador con una carta de crédito que le dió el padre fray Juan Cobos, y decía Faranda de parte de su rey palabras de gran presunción y soberbia, encareciendo lo que sus adivinos le decían, de que por haberle dado el sol en los pechos sería señor de oriente a poniente. El gobernador de Manila, aguardando al padre Cobos estuvo un año sin determinarse en lo que había de hacer, y haciendo la honra

debida al embajador, le aposentó muy bien, haciéndole muchas mercedes a él y a sus criados prestados o alquilados que llevó. Llegado el tiempo de volverse, envió con él al santo comisario fray Pedro Bautista, como Faranda pedía. Y pretendiendo ensalzar su fe y engrandecer la honra y poder de su rey, y el valor de la república de Manila, y porque por ser cosa sabida que era pequeña en número de gente no fuese del rey de Japón estimada en poco, con valeroso ánimo escribió, en respuesta, esta carta:

Carta del gobernador de Manila al rey de Japón

«Gómez Pérez de las Mariñas, caballero del hábito de Santiago, gobernador y capitán general en estas islas Archipiélago y parte del poniente por el rey nuestro señor Don Felipe II, rey de Castilla, de León, etc., etc. Al muy alto y poderoso príncipe y señor Combacondono. El año pasado escribía a vuestra grandeza con el padre fray Juan Cobos, en respuesta de una que aquí me dieron en vuestro real nombre, aunque yo dudé mucho, y con razón, así de de la verdad de la embajada, como del sentido de las palabras; y aguardando casi un año la declaración y respuesta, no la veo, sino una carta muy breve y general del padre Cobos, en que dice que partió de allá seis meses ha, muy favorecido y buen despacho de vuestras reales manos, las cuales beso por ello. Y aunque han entrado aquí dos navíos de Japón, que de mí han sido muy bien recibidos, y en uno de ellos viene Faranda, que dice es vuestro embajador, ni trae chapa, ni carta vuestra, ni respuesta mía, ni declaración de la duda que tenía, sino que ahora, visto los inciertos sucesos del mar y que el padre Cobos no viene, estoy más a oscuras y con más deseo de saber vuestra real intención y voluntad. Porque aunque Faranda no me trae papel que le acredita, no puedo creer que un vasallo vuestro, y tan honrado como parece, se atreviese a burlarse y usar de vuestro real nombre sin orden para ello. Y así, en esa duda, no puedo dejar de oírle y despacharle bien. Y a un memorial que me dió le respondí lo que mostrará. Ahora, para salir de toda confusión y duda, envío al padre fray Pedro Bautista, que es un padre muy grave y de mucha sustancia y calidad, y con quien yo me comunico y aconsejo en las cosas más importantes a mi rey. En fin, es mi consuelo y contento, y aun el de esta república; lleva las cartas pasadas y el traslado del memorial de Faranda y mi respuesta, para que tratado allá con vuestra real persona, me traiga la claridad, asiento y resolución

que de vuestro real pecho se puede esperar. Y va con facultad de mi parte para aceptar y asentar la paz y amistad que en vuestro real nombre me ofrece y pide Faranda, con toda seguridad y conformidad, en el entretanto que el rey, mi señor, es avisado de esto y me ordena lo que se ha de hacer. Y espero que en todo sucederá muy a vuestro gusto. Y procuraré yo dárosle de mi parte en cuanto de mí deseáredes. Dios guarde vuestra real persona con mucha prosperidad. De Manila, a veinte de mayo del año del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo de mil y quinientos noventa y tres. Y particularmente me incliné a enviar con el despacho persona que, de más de su estimación y partes, fuese de la sagrada Orden de San Francisco, por habérmelo pedido en un memorial Faranda, diciendo que sería particular gusto y contentamiento vuestro ver allá padres de esta bendita Regla. Y de ellos es éste uno de los de más estrecha y santa vida, que le hace por sí solo venerable.»

CAPITULO III

Cómo se determinó por la república de Manila que los Frailes Descalzos de San Francisco fuesen a Japón

Primera razón.—Segunda razón.—Tercera razón.—Cuarta razón.—Quinta razón.—Sexta razón.—Siendo provincial el padre fray Pablo de Jesús, fueron los frailes a Japón.

Antes que el gobernador señalase por su embajador el santo mártir fray Pedro Bautista hubo gran contradicción en su ida, porque los padres de la Compañía intimaron al gobernador un breve de Gregorio XIII en que manda con censuras que ningún religioso, ni persona eclesiástica, aunque sea obispo, entrase a predicar a Japón sin licencia de la Silla apostólica, salvo los padres de la Compañía. Visto por el gobernador este breve, ordenó que se hiciesen muchas juntas de letrados y religiosos y de la gente más entendida de la república de Manila. Y después de haber visto este negocio con la consideración debida, se resolvió en que el breve no impedía al gobernador para poder enviar al glorioso mártir fray Pedro Bautista, que acababa de ser custodio de la custodia de San Gregorio, que después fué hecha provincia, y era predicador de San Francisco de Manila y tenía gran opinión de letras y santidad y prudencia. Moviéndose los que determinaron esto por seis razones principales. La primera, porque a la embajada y

carta del rey de Japón era necesario responder; y como el gobernador tuviese las veces del rey, podía por derecho natural escoger de su república la persona que le pareciese más conveniente para enviar su embajada y respuesta al rey de Japón. La segunda, porque Faranda, el embajador del rey de Japón, cuando se volvía, dió un memorial al gobernador en que le pedía diez Frailes Descalzos de San Francisco, porque su pobreza y humildad y penitencia sería muy grata a su rey, y buen medio para asentar las paces que se pretendían. La tercera, porque los cristianos japones que vinieron con el embajador, y otros mercaderes, dijeron en Manila cómo el rey de Japón había desterrado a los padres de la Compañía, condenando por público edicto la ley que predicaban por mala. Y que los padres de la Compañía y cristianos andaban escondidos, por ser perseguidos. Y para remediar esto se determinó que convenía que fuesen los religiosos Descalzos de San Francisco. La cuarta, porque conforme a la división que hizo Alejandro VI del mundo entre los reyes de Castilla y Portugal, para conservar la paz, Japón, como parte occidental (según dicen los cosmógrafos), es de la corona de Castilla. Por lo cual la contratación de este reino y comunicación es, según razón, de Castilla. La quinta, porque Sixto V, que sucedió a Gregorio XIII, confirmó los privilegios de los frailes Menores, y entre otros tienen uno de Paulo III para ir a predicar a todo el mundo el santo Evangelio; y en la confirmación revoca Su Santidad todo otro cualquier breve en contrario. La sexta, el mismo Sixto V, instituyendo por un breve muy favorable la custodia de San Gregorio de las Filipinas en provincia, da licencia a los frailes de ella para que, como delegados suyos, aunque contradigan los obispos, pueden predicar el santo Evangelio y hacer otras cosas, no obstante cualquier otro privilegio, en todos los reinos convecinos a las Filipinas, salvo en los de Malaca, Siam y Cochinchina, como del breve puesto al fin del libro primero consta. Por estas razones, aprobadas después de muchos letrados de Nueva España, fué aprobada la voluntad del gobernador de enviar al bienaventurado mártir fray Pedro Bautista, a quien Dios escogió para hacerle capitán de muchos mártires y piedra fundamental de aquella iglesia. Y siendo esta elección del gobernador muy grata a toda la república de Manila, dando su beneplácito y licencia el ordinario, y por patente del muy docto y religioso padre fray Pablo de Jesús, que era provincial, fué electo el santo mártir fray Pedro Bautista por comisario de Japón, dándole por compa-


CHINA
COREA
JAPON
Tokio
SAN PEDRO BAUTISTA·
1,545
·EMBAJADOR·DE·ESPAÑA·Y·
·PROTOMARTIR·DEL·JAPÓN
1,597

ñeros al padre fray Bartolomé Ruiz, sacerdote de gran virtud, y a los dos gloriosos mártires fray Francisco de la Parrilla y fray Gonzalo García, frailes legos, y el segundo era muy buena lengua japona.

Y pareciéndole al gobernador que el negocio había sucedido a medida de su deseo, comunicando con el santo comisario su pecho, dándole su patente y carta, le dió todo lo necesario para el viaje, enviando en su compañía un español, hombre honrado, llamado Pedro González.

CAPITULO IV

CÓMO SE PARTIERON LOS BENDITOS MÁRTIRES DE MANILA, Y EN LLEGANDO A JAPÓN FUERON A DAR SU EMBAJADA AL REY

Cuándo fueron los Frailes Descalzos a Japón.—Tuvieron gran tormenta.—El padre Pero Gómez, viceprovincial de la Compañía.—El primer fraile francisco que estuvo en Japón.—Los embajadores fueron bien recibidos.—Cómo se reedificó la iglesia de Nangasaqui.

La experiencia tiene enseñado que en todas las cosas buenas siempre hay contradicción, porque con ella se descubre más la bondad de lo que se pretende, y de ella se toma ocasión para suplicar al Señor los que desean acertar que ordene las cosas como más sea su servicio. Así hicieron los religiosos de San Francisco, hasta que acabada la contradicción que hubo en la ida de los gloriosos mártires a Japón, se partieron el año de mil y quinientos y noventa y dos, enriquecidos de mucha fe y confianza en el Señor y llenos de gran consuelo espiritual y celo de la salvación de las almas de Japón. Dividiéronse en dos navíos, porque así pareció que convenía, tomando por su compañero el santo padre fray Pedro Bautista al padre fray Bartolomé Ruiz, y ordenando que se embarcasen los dos benditos mártires fray Francisco y fray Gonzalo en otro navío. Y como el mar de Japón sea bravo, tuvieron no sólo los acostumbrados trabajos que tienen los que navegan en navíos pequeños, mas otros muy particulares de tormentas y peligros, labrándolos el Señor con ellos para que estuviesen ejercitados cuando llegase el tiempo que habían de padecer por su santo nombre otros muy mayores.

Llegaron, pues, con harto trabajo y dilación de tiempo a Japón, adonde la vista de tierra y el desembarcar en ella se les aguó al santo comisario y su compañero con ver que

no parecía el otro navío adonde venían los dos hermanos, así por el gran recelo que tenían de que se hubiesen perdido como por no tener lengua por quien se pudiese comenzar a tratar de su embajada. Estando con esta gran congoja el santo comisario en el puerto de Firando, sabida su venida del padre Pero Gómez, viceprovincial de la Compañía, que estaba en Nangasaqui, dos jornadas de allí, envióle a visitar con un religioso y un refresco y regalo lleno de mucho amor y caridad, como las razones de su carta, en que le daba el pláceme de su venida, lo mostraba. Y aunque el santo comisario quisiera no agradecer la visita y regalo sólo con responder a su carta, sino que deseaba ir a verse con el padre viceprovincial, no pudo, porque el embajador del rey que venía con él le daba priesa para que fuese a dar su embajada al rey, que estaba en Nangoya, ciudad entonces populosa, por estar allí el rey y su corte. Y porque cada día aguardaba a sus compañeros, los cuales después de haber estado muchas veces en graves peligros tomaron un puerto en Japón distante del de Firando. Pero, con la buena diligencia que se dieron en caminar, cuando todos habían perdido casi la esperanza de su venida, llegaron a Firando. Y todos dieron muchas gracias a la divina Majestad por las mercedes recibidas, suplicándole diese despacho a su embajada que fuese más para su gloria y honra. El tiempo que los benditos mártires estuvieron en este puerto de Firando fueron visitados de muchos cristianos que había, mostrándoles mucha devoción con afectos de mucha alegría y admiración de ver la aspereza y novedad del hábito de los benditos mártires. Aunque ya los años antes le habían visto. Porque aportó allí, con tempestad, un fraile lego llamado fray Juan Pobre, que iba de Manila a la China, y dejó tan aficionados a los cristianos y gentiles con su buen ejemplo, pobreza y humildad, que no sólo ganó al santo fray Gonzalo para su Religión (como en su vida se dirá en el libro sexto), que los cristianos y el señor de aquel lugar (aunque gentil) le rogaban se quedase allí y enviase a llamar otros sus hermanos, escribiendo sobre esto cartas a Manila. Ofrecieron también los cristianos algunas frutas, al uso de su tierra, a los gloriosos mártires, y concurrían a oír misa por no tenerla allí sino muy tarde en tarde. Y como yo experimenté en el mismo lugar, mostraban aquellos cristianos, en su devoción y caridad, ser de los mejores que yo vi en Japón.

Estando los muy benditos mártires gozando del premio de sus trabajos, viendo la cristiandad y fe que mostraban los cristianos de aquel lugar, y bendiciendo a Dios Nuestro

Señor, que tomando por instrumento los padres de la Compañía era conocido y adorado en un reino tan remoto, llegó Funguen, criado del rey, con las embarcaciones necesarias, diciendo que los estaba el rey aguardando. Y traía una muy aderezada, para en que fuesen los religiosos, los cuales como iban por embajadores al rey eran muy respetados y tenidos de los japones. Y fueron bien tratados en el camino, aunque fué corto, porque no había más de una jornada desde el puerto. Y aunque iban los santos frailes deseosos de ver lo que el Señor ordenaba con su embajada, y de hablar al rey, no fué posible en muchos días, por ser grandeza en aquel reino hacer aguardar algunos días a los embajadores, y aun algún rato cuando uno va a visitar a otro. Aposentáronse entre tanto en una casa particular, a donde fueron visitados de muchos señores y criados del rey y de un padre de la Compañía, llamado Juan Rodríguez, muy buena lengua japona, que andaba en traje de japón, solicitando la restauración de la iglesia de Nangasaqui, que habiendo sido derribada el año antes, había el rey concedido su reedificación a un capitán del navío de los portugueses que se la pidió para oír ellos misa. Mandando que se volviese con ellos el padre que le presentaron, pues venía con ellos de la China, porque en aquella sazón estaba este tirano muy acedado con los padres de la Compañía. Pero con la ida de los frailes, por el favor que el rey les hacía, los cristianos cobraron ánimo, y con alguna más libertad se trataban las cosas de cristiandad.

CAPITULO V

De cómo los bienaventurados mártires dieron su embajada al rey de Japón y de lo que en ella sucedió

Humildad cristiana.—Prudente libertad.—Recibió el rey bien a los frailes.—El santo fray Gonzalo habló al rey.—Favores que hizo el rey a los embajadores.—En Japón llaman Namban a Europa.

Después de haber aguardado algunos días los bienaventurados mártires, llegado el que habían de visitar al rey y dar su embajada, envió el rey algunos caballos de los suyos, muy bien aderezados, con gente que les acompañase, así por autoridad del rey como de los embajadores. Mas los siervos de Dios, aunque las calles estaban muy lodosas, fueron a pie, que no fué pequeña admiración de muchos.

Y antes de entrar en el palacio del rey hubo muchos dares y tomares con Faranda, el embajador, sobre que ofreciesen cierta cantidad de plata como en reconocimiento de vasallaje. A lo cual respondió el prudente mártir fray Pedro Bautista, varonilmente, que no quería ver al rey, porque el rey de España no reconocía vasallaje, ni le había de reconocer a otro que a Dios, que es Rey del cielo y de la tierra. Con esta respuesta quedaron confusos los que pretendían hacer tributarios al gobernador y república de Manila. Aunque, sin saberlo los benditos mártires, pusieron los gentiles, juntamente con el rico presente que de parte del gobernador de Manila ofrecían, algunos reales de a ocho.

Llegados a la presencia del rey los pobres frailes remendados, después de haberles dado colación con su mano, como se usa en Japón, mostrándoles en eso grandísimo favor, comenzóles el bárbaro a hablar soberbiamente, pensando que su bárbaro furor había de ablandar el ánimo invencible de ellos; y como el intérprete que les dieron (porque algunos procuraron que no hablase el santo fray Gonzalo, aunque estaba presente) se turbaba de la cólera que mostraba el rey, pidiendo que los de Manila le reconociesen vasallaje, el santo comisario dijo a fray Gonzalo (aunque lo contradecían todos los grandes que estaban presentes) que respondiese al rey, diciéndole que ellos no le habían de reconocer vasallaje, porque sólo a Dios, Señor universal del mundo, le reconocía su rey y nación. Y llegándose el santo fray Gonzalo muy junto al rey, le habló con mucha gravedad y autoridad, dándole a entender la sinrazón que usaba en querer que le ofreciesen tributo los que, según decía en su carta, él quería por amigos. Y mandándoles con gran cólera volver a Manila, con las razones que el santo fray Gonzalo le dijo, favoreciéndole particularmente Dios Nuestro Señor, se les hizo el rey muy amigable, diciendo que quería amistad con los de Luzón. Aunque no era necesario conocer otro Dios en Japón, porque hartos Cames y Potoques tenían (que son sus ídolos). Y diciendo los frailes que ellos se querían quedar, en confirmación de esta amistad, en su reino, y tenerle por padre, él los recibió por hijos, y dijo que les daría sitio para hacer casa en su corte, y los proveería de lo necesario para su sustento. Y para mostrarles el ánimo paternal que les había ofrecido, les mandó convidar en un aposento pequeño todo cubierto de chapas de oro, y que un hijo suyo adoptivo les sirviese, siendo toda la vajilla de oro. Y en lo que más favor mostró fué que, estando comiendo, vino el mismo rey a tratar con los religiosos tan familiarmente, que tomando la cuerda del

santo comisario se comenzó a dar con ella en las espaldas, diciendo que le dolía mucho. Y trabó particular plática con el santo fray Gonzalo, el cual dijo que le conoció cuando era capitán del rey, su antecesor y amo. Y quedó el rey tan aficionado al valor que mostraban los benditos mártires, que dijo que era gente de esfuerzo y valor, y mostró estimar en mucho su amistad. Luego mandó que los llevasen a ver su corte y palacios reales que tenía en Miaco, deseoso de hacerles fiestas de gran ostentación, para que escribiesen a Namban (que así llaman a toda Europa) su grandeza y mucho poder y majestad, diciendo que les daría ya todo lo prometido.

CAPITULO VI

CÓMO LOS GLORIOSOS MÁRTIRES FUERON LLEVADOS A MIACO, Y LOS APOSENTARON POR ORDEN DEL REY

Desecharon los frailes la honra.—El rey sustentaba a los frailes.—Gran desconsuelo de los frailes.

Como el rey mandó que fuesen llevados los religiosos a su corte, luego Funguen, su criado, a quien estaban encomendados, les aparejó embarcaciones muy bien aderezadas para que fuesen a Miaco por agua, que había más de cien leguas desde allí. Y en el camino les servían los que iban en su compañía con particular cuidado, proveyéndoles de los acostumbrados regalos suyos, que son pescado y arroz, y hortaliza de rábanos y nabos y otras raíces. Y por dondequiera que pasaban, como iban en nombre del rey y favorecidos de él, eran muy estimados. Porque quiso el Señor que ahora fuesen muy honrados en los lugares que después, cuando viniesen padeciendo por su santo nombre, habían de ser deshonrados, menospreciados y llenos de oprobios. Para que con esto fuese su evangelio en aquel reino más solemnemente divulgado. Antes, pues, que llegasen los embajadores se adelantó Funguen para hacerles un recibimiento muy honrado. Y así, al desembarcar les salió a recibir con caballos y literas, que se llevaban en hombros y usan de ellas la gente honrada. Pero aunque más les rogaron que subiesen para andar legua y media que había hasta Miaco, no quisieron sino irse a pie, notando su humildad los gentiles y edificándose de ella los cristianos, que sabida su venida, con extraña devoción le salían a recibir, admirados de ver la extraña aspereza de su hábito, y que siendo padres anduviesen descalzos y fuesen pobres. Acom-

pañaron muchos japones a los dichosos mártires hasta la casa del criado del rey. Adonde, aunque los aposentó lo mejor que pudo, no fué tan bien que no tuviesen mucha ocasión de merecimiento, por la estrecheza del lugar a donde les pusieron y por la poca defensa que allí tuvieron contra el calor y frío (que uno y otro es grande en Japón) un año que estuvieron allí. Y sobre todo el mal olor que tenían de la caballería, que estaba muy junto. Y aunque de parte del criado del rey se les proveía de lo necesario, con todo eso era tan moderadamente, que a no tener en su compañía al español que fué con ellos, padecieran mucha necesidad. Y así fué necesario que algunas veces saliesen los dos hermanos legos a pedir limosna por amor de Dios a la plaza a donde se vendía la verdura y pescado. Y pidiendo a los gentiles por amor de Dios (cosa maravillosa), que la daban todos con muy alegre rostro, aunque, según su hábito y pobreza, a sus ojos parecían entonces despreciados. También fué causa de tener esta necesidad el entredicho que el gentil criado del rey puso de que no entrasen los cristianos a comunicar a los gloriosos mártires y a darles limosna de su pobreza, diciendo que era poca gravedad de embajadores de su rey ser visitado de muchos, y recelando que si el rey sabía que iban a su casa cristianos, se enojaría, y que le vendría algún daño.

Por estos modos hacía guerra el demonio a los cristianos en quitarles la comunicación de los religiosos, los cuales tenían paciencia, aguardando la hora que el Señor tenía determinada para que comenzasen a servirle en aquella iglesia, enseñando a los cristianos y animándoles en la tribulación grande en que vivían, mostrando a los que venían a visitarlos lo mucho que deseaban ser pobres y padecer por amor de Jesucristo pobre (que no era de poca importancia), y así eran muy venerados como hombres que no pretendiendo las cosas de la tierra trataban solamente de dar noticias de las cosas celestiales. Y como yo después supe de los cristianos que en aquella ocasión se les hicieron familiares, principalmente se movieron a la devoción y amor entrañable que siempre tuvieron a los frailes por verlos en la necesidad contentos, ricos con la pobreza. Y así, aunque también ellos eran muy pobres, quitaban de su propia boca el sustento corporal por partir con los religiosos, sirviéndoles en sus enfermedades con mucha caridad y diligencia con lo que tenían.

CAPITULO VII

Cómo los santos mártires levantaron iglesia y casa en la ciudad de Miaco

Hablan los mártires al rey.—El rey hizo favor a los frailes.—El sobrino del rey dió limosna a los frailes.—Escarnios de los gentiles.—Devoción de los cristianos.—Vocación de la iglesia.

Vista la promesa que el rey había hecho a los mártires de darles lugar para hacer una casa, aunque procuraron pedírsela cuando vino a aquella ciudad, nunca sus criados les dejaron hablarle, como tenían nada que le dar, según la costumbre del reino. Por lo cual estaban los benditos mártires muy congojados, viendo que en su embajada habían tenido buen despacho, y que para la conversión de las almas y provecho de los cristianos no estaban las cosas conforme a su deseo. Por lo cual, sabiendo un día que salía el rey, para ir a comer con el gobernador de aquella ciudad de Miaco, determinaron (sin dar cuenta a nadie, sólo fiados en el favor de Nuestro Señor, a quien suplicaban correspondiese a sus deseos y santa pretensión) de salirle al encuentro en una calle, y así lo hicieron el bienaventurado comisario y su compañero, el santo fray Gonzalo. Y como el negocio iba tan comunicado con Dios Nuestro Señor, recibieron tantos y tan nuevos favores en el breve rato que estuvieron con el rey, que así cristianos como gentiles estaban admirados, porque no sólo los recibió bien y les concedió el sitio y lugar que pedían para edificar su iglesia y casa, mas mandó a su gobernador que luego se le diese, y riñó a sus criados porque no habían dado lugar a los benditos mártires para que le hablasen, imaginando que por esta causa le salían a hablarle en la calle, diciendo que no era gente aquélla para hablarle en la calle. Y concediéndoles licencia para vivir a su modo, y para escoger el sitio donde quisiesen, no sólo en aquella ciudad, mas para que estuviesen en todo su reino, llamando dos veces al santo fray Gonzalo con mucho amor, al despedir, y diciéndole palabras de mucho favor y amor, como notaron mucho los grandes del reino que le oían.

Luego, aquel día en la tarde el gobernador de la ciudad dijo al santo comisario que viese si quería algún templo de ídolos para su vivienda, o si no que escogiese en toda la ciudad un sitio a su gusto. El santo comisario escogió un



Glorioso martirio de los 23 protomártires del Japón, pertenecientes a la Orden Seráfica y provincia apostólica de Descalzos de Filipinas en 5 de febrero de 1597.

1 San Pedro Bautista.—2. San Martín de la Ascensión.—3. San Francisco Blanco.—4. San Felipe de Jesús.—5. San Francisco de San Miguel.—6. San Gonzalo García.—7. Santo Tomé.—8. San Antonio.—9. San Luis.—10. San Ventura.—11. San León Carasuma.—12. San Matías de Meaco.—13. San Paulo Ibaraqui.—14. San Miguel Coxaqui.—15. San Cosme Taquía.—16. San Francisco Felañome.—17 San Joaquín Saquiye.—18. San Francisco Médico.—19. Santo Tomé de Yxe.—20. San Juan Quizuya.—21. San Gabriel de Yxe.—22. San Paulo Suxuqui.—23. San Pedro Suquexiro.

campo capaz para hacer iglesia, casa y huerta. Y aunque estaba adentro de la ciudad, estaba libre de vecinos, a la ribera de un río que pasa por allí, y luego se comenzó el convento, dando parte de esa limosna para edificalle una cristiana japona, rica, llamada Magdalena, la cual era muy aficionada a los bienaventurados mártires, y cuando íbamos a su casa nos recibía sin temor humano y nos hacía mucha caridad y gustaba de oír las cosas de Dios. El cual les proveyó de lo necesario por mano de los gentiles, porque el sobrino del rey, llamado Combacondono, que era poderosísimo señor, les dió cantidad de cien ducados. Y otro gentil prestó mucho, y un cristiano que prestó lo que faltaba, volviéndoselo, después lo dió para edificar uno de los hospitales que estaban junto a la iglesia. Y aunque los gentiles al principio hacían gran mofa de los benditos frailes viendo su descalcez y pobreza, y unos gritaban, otros les tenían por gente inútil, y sobre todo los muchachos por todas las calles iban voceando: «Deus Deus» (que así llaman a los cristianos los gentiles), y les tiraban piedrecitas, después que levantaron iglesia, fueron conocidos en Miaco por religiosos cristianos, porque la iglesia se levantó en lugar público, y tan alta que campeaba mucho. Y como era muy alabada de los japones que la veían, por la traza nunca allá vista, antes que los religiosos se pasasen a ella venía todo género de gente a verla. Porque tenía claustro alto y bajo, sus oficinas y celdas, y en la iglesia había tres altares, y coro, a modo de los conventos de los Descalzos de Castilla. Y aunque según lo que los japones decían había muchas cosas dignas de ser contadas para gloria de Dios y edificación de los fieles, que sucedieron en el tiempo que duró la obra, déjolas, porque como no estaba allá (aunque después me las dijeron), no las vi; solamente quiero decir que cayendo un japón de lo más alto de la obra, aunque cayó entre maderos y piedras, no se hizo mal alguno, teniéndolo todos por gran maravilla.

Lo que también podré decir es la mucha diligencia que pusieron en la obra los cristianos pobres, que se juntaron a los pobres de Cristo, los cuales perseveraron en su compañía y amparo hasta ser con ellos crucificados y enriquecidos con la gloria del martirio. Porque cuando yo llegué a Japón aun no estaba la casa acabada, aunque hacía cuatro días que se habían pasado a ella los religiosos; pero duraba todavía el fervor de las mujeres en aderezar de comer para los oficiales, y en los demás cristianos para trabajar. Y no cabían de contento de ver que en tiempo que estaban las otras iglesias (que había muchas) derriba-

das, se levantaba aquel estandarte de la fe. Y algunos cristianos venían de las aldeas que estaban en una montaña cerca de la ciudad, y nos traían árboles para la huerta, y ayudaban por amor de Dios con mucha devoción en la obra.

Acabada la iglesia, fué llamada Santa María de los Angeles, porque, según su buen principio, se esperaba que sería madre de la familia de los Menores en Japón, como lo había sido la de Asís, dándose allí principio a la sagrada Religión de nuestro seráfico padre San Francisco. Y aunque ahora con la muerte de los bienaventurados mártires y destierro de sus compañeros parece que se perdieron estas esperanzas con que se levantó aquella santa casa de oración, y que están muertas, no lo están, pues el Señor las avivó con la sangre de sus mártires, para que a su tiempo vivan y se cumplan con gran gloria suya y de la Orden de los Frailes Menores, como al final del libro quinto se verá.

CAPITULO VIII

Del consuelo que recibieron los benditísimos mártires con la ida de otros tres frailes

El padre fray Luis Maldonado.—Los segundos Frailes Descalzos que fueron a Japón.—Devoción de una señora cristiana.—El día de nuestro padre San Francisco se bendijo la iglesia.—Fervor del bendito mártir León.—Palacio del rey.—Los frailes vimos al rey.—Visión maravillosa.

Un año después que los gloriosos mártires fray Pedro Bautista y sus compañeros se habían partido de Manila para Japón, llegaron a Manila cuarenta y seis religiosos de gran virtud y celo de las almas, de los cincuenta que salimos de España; y como iba por superior, para visitar la provincia, el padre fray Luis Maldonado, persona tan aventajada en virtud, prudencia y sabiduría, que se podía tener todo dado del cielo, más que granjeado con fuerzas humanas, como queda dicho en su vida. Por orden de este apostólico varón fuimos enviados cuatro religiosos, fray Agustín Rodríguez, fray Andrés de San Antonio, fray Jerónimo de Jesús y yo, a Japón, para ayudar a los cuatro religiosos que allí estaban. Y aunque por la mar tuvimos los acostumbrados trabajos de hambre y tormentas, lo que más pena nos dió fué la muerte del hermano fray Andrés de San Antonio, religioso de mucha santidad, como que-

da dicho en el libro pasado. Aunque nos consoló el Señor con la conversión de tres gentiles, los cuales, edificados del buen ejemplo de los frailes y persuadidos de otros japones cristianos que venían en el navío, nos pidieron que les enseñásemos las cosas de nuestra religión cristiana, y aprovechándonos para esto de algunos japones que sabían hablar español, les catequizamos muchos días, y saneados de su santa intención y deseo, les bautizamos con gran solemnidad. En llegando al puerto de Firando, olvidados de todo el trabajo pasado, sólo vivía en nosotros el deseo de vernos en Miaco con nuestros hermanos, los cuales, según los japones nos decían, eran muy favorecidos del rey. Al cual también nosotros llevábamos presente y embajada de parte del gobernador, don Luis de las Mariñas (de quien se hizo mención en el libro tercero, capítulo último), para confirmar las amistades que el año antes había hecho el santo mártir fray Pedro Bautista, muy en honra de nuestra santa fe católica. Detuvímonos algunos días en Firando, y posamos en la misma posada que había posado el santo comisario con sus compañeros el año antes, y allí recibimos gran caridad y limosna de los huéspedes, que eran chinos, y de los cristianos japones. Y la señora de la ciudad, que era cristiana, viendo que no nos podía ver, por estar casada con un gentil y no se atrever, nos mandó traer algunos presentes de pescado, y nos envió a pedir algunas reliquias y una cuerda (1), porque estaba en días de parir. Después nos trajeron un vestido suyo para que le echásemos la bendición, ya que ella no podía venir a recibirla. Con estos consuelos espirituales comenzaba el Señor a regalarnos a la entrada de aquel reino, y como veníamos con título de embajadores, en cada lugar se nos daba fácilmente embarcación, porque todo el camino hasta Miaco es por agua. Llegados a la ciudad de Nangoya, adonde estaba el rey el año antes, cuando le visitó el santo comisario, fuimos a visitar al gobernador de ella, y aunque era gentil, nos hizo mucha honra. Y como nos dió embarcaciones para nosotros y para el presente que llevábamos, llegamos en breve a Miaco, adonde fué indecible el contento que recibimos en ver al santo comisario y a los demás hermanos de Cristo, que nos estaban aguardando con no menos deseo de vernos que nosotros llevábamos (que es increíble el contento que da verse los hermanos en Cristo cuando por su amor están desterrados en reinos extraños); luego se trató cómo fuésemos a visitar al

(1) El cordón del hábito de San Francisco.—*N. del E.*

rey con el presente, y por estar en una populosa ciudad que llaman Frugimi, que la hacía legua y media de la ciudad de Miaco, fuimos los tres religiosos que veníamos de nuevo con el santo comisario y el bendito mártir fray Gonzalo allá. Y fuimos aposentados en casa del gobernador de Miaco, que era el más privado del rey; y aunque deseábamos volver luego, por celebrar la fiesta de nuestro glorioso padre San Francisco en la nueva iglesia, no fué posible hablar al rey en ocho días. Y así, los tres frailes que quedaron en casa la celebraron, bendiciendo la iglesia y diciendo la primera misa con soberana alegría, por ver que tenía Dios aquella pequeña casa en una ciudad adonde infinita gente tenía gran número de templos, y adoraba al demonio, y así de la ciudad como de todo el reino a ellos venían en romería.

Los días que nos dilataron la vista del rey nos enviaba recados con su gobernador, diciendo que hacía una casa nueva para recibirnos, que aguardásemos, pues ya se acababa. Y nosotros entreteníamos allí las noches y los días con los acostumbrados ejercicios de oración, ayunos y disciplinas, rezando el oficio divino a las horas acostumbradas en un aposento pequeño que nos dieron, y era admiración ver la lástima que tenían de nosotros los gentiles. Y como notaban nuestras obras, palabras y afectos, y pedían que les enseñásemos a persignar, y gustaban de oír sermón al bendito mártir León, que estaba con nosotros, que era fervorosísimo en predicar la palabra de Dios a grandes y chicos.

De todos los ejercicios de los frailes era informado el rey, y aun según algunos dijeron, alguna vez de noche iba a escuchar, por ver lo que hacíamos, y le parecía buena y santa nuestra vida. Llegado el día que le habíamos de hablar, nos apadrinó el gobernador, llamado Guenifuin, que era la persona más familiar del rey y que más favor nos hacía. Entramos en la casa nueva que había edificado el rey aquellos días, que era alta, aunque de ordinario son todas las casas bajas en Japón. Estaba el rey con algunos grandes en una pieza alta de muy buena vista, labrada a su modo con curiosidad, cercada de un corredor que la hermoseaba mucho y señoreaba un llano muy fresco lleno de diversidad de árboles, y cruzaban por él muchos ríos que bajaban de unas sierras que hacían una agradable vista, y juntábanse todos en uno a costa del sudor de más de treinta mil hombres que estaban trabajando a vista del palacio, para que sirviese aquel río para ir y venir barcos, porque eran muchos los que había. Hablónos el rey pocas

palabras por un intérprete, dándonos el pláceme de nuestra venida, diciendo que descansásemos, porque vendríamos cansados. Y no sólo nos dió una vez colación, sino que estando viendo su casa (la cual mandó que nos enseñasen por grandeza, para que lo escribiésemos a nuestra tierra) nos envió otra colación tocada de su mano, que fué grandísimo favor, según la costumbre de aquel reino.

Concluída nuestra embajada nos volvimos a nuestro convento, adonde el día octavo de nuestro padre San Francisco celebramos de nuevo su fiesta. Y Cosme Ioya, cristiano muy antiguo, bautizado de los primeros padres de la Compañía, nos certificó a los religiosos muchas veces que aquel día, sin haber lámparas en la iglesia, vió cuatro lámparas delante del altar mayor. Y como él decía y explicó en una relación que hizo del martirio, en especial de lo que sucedió en Miaco, siendo él testigo de vista (la cual me trajo un cristiano a donde yo estaba), las cuatro lámparas denotaban los cuatro años que había de dar luz a aquella gentilidad la Religión de San Francisco. Viendo, pues, el favor grande que nos había hecho el rey y que había llegado el deseado día de celebrar la edificación del nuevo templo, dábamos gracias a Nuestro Señor por tan singulares mercedes como nos hacía. Y fué tan particular la afición que nos cobró el rey, que como Guenifuin, su gobernador, nos decía, si no se lo tuvieran por poca gravedad, nos comunicara muy en particular. Y bien se echaba esto de ver por el cuidado que tenía de preguntar por nosotros, teniendo por gran honra el tenernos en su reino, por ser de tierra tan distante, y como rehenes de paz y amistad, estimándonos en mucho aunque nos veía pobres. Porque aun en los bonzos gentiles quería que resplandeciese la modestia y honestidad, diciendo que pues eran religiosos, que viviesen muy recogidos, dándoles leyes de cómo habían de vivir y de lo que habían de vestir y comer.

CAPITULO IX

De la mucha religión con que vivían los Frailes Descalzos dentro del convento

Contradicción de los gentiles.—Celo del santo comisario.—Cantaban los frailes a media noche.—Devoción de gran admiración.—Tañen los frailes campana al oficio divino.

Estando muy contentos de nuestra casa, dando priesa para acabar la obra, vinieron unos gentiles a repreender

el haber hecho el altar mayor en el lugar eminente con seis gradas, y haber puesto reja en la capilla mayor, diciendo que aquella autoridad solamente se debía a su rey. Y a sólo esto vino después un juez de la ciudad. Pero el Señor aplacaba estas contradicciones, venciendo la envidia de los gentiles con la modestia de los religiosos, con la cual (sin dar otra cosa, porque no la tenían, aunque los gentiles la esperaban) salían con todo lo que pretendían. Y como todos sabían el favor que el rey les hacía, y cómo les había dado sitio y licencia para hacer casa, y que les sustentaba, los más enemigos de la fe, como por fuerza, los respetaban.

Hecha la casa y la iglesia, comenzaron los benditos mártires la acostumbrada vida de la Religión con extraño rigor, porque con ser pocos religiosos, quería el santo comisario que no faltasen sus horas de oración y que se rezase siempre el oficio divino, así de noche como de día, a sus acostumbradas horas. Y en los ayunos, disciplinas y vigilias cada uno procuraba aventajarse con la codicia santa que los amigos de Dios tienen de granjear mucha gloria. Y como testigo de vista, sin encarecimiento podré decir que veía en aquella pequeña grey del Señor (que por todos, cuando más, fuimos siete) resucitados los principios de nuestra Religión, cuando nuestro seráfico padre San Francisco con sus santos compañeros la fundó con tanta perfección como de las crónicas se colige, y en la santidad de sus vidas aun ahora cualquier cristiano lo puede leer y conocer. Porque el santo comisario, verdadero discípulo de nuestro seráfico Padre, enseñaba con ejemplo eficacísimo y con palabras vivas el camino de la perfección, y así no permitía que en alguna cosa se aflojase del rigor debido a la santa pobreza. La cual quería que resplandeciese en el comer, dormir y vestir y en todo lo demás. Y aunque a veces era aconsejado de los japones cristianos que por lo menos tuviese en el convento un aposento bien aderezado para recibir los gentiles honrados que viniesen a visitarle y a oír misa y sermón, y movido del celo del provecho espiritual que se esperaba, mandó hacer el aposento; fué tan conforme a la santa pobreza, que, satisfaciendo a lo que le pedían, no pasó los límites del rigor que en esta virtud quería que se tuviese. Y muchas veces en conversaciones particulares solía decir que éramos los primeros, y que no sólo representábamos al vivo a nuestro padre San Francisco, pero que habíamos con nuestras vidas de dar a conocer a Jesucristo y la perfección de su santísima vida y de los santos Apóstoles, y que habíamos de ser para

los venideros como dechado de perfección. Y así, quería que las camas no tuviesen sino una pobre estera muy basta sobre las tablas. Y habiendo el bendito mártir fray Gonzalo mandado hacer unos jergones de estera, llenos de paja, para recibirnos con caridad cuando llegamos al Japón, luego, en pasando algunos días, los mandó deshacer, y que solamente nos quedase la estera con una manta. El sustento cotidiano eran rábanos y otras legumbres de la huerta, y algunas veces algún poco de pescado. Y si alguna vez nos enviaban algún tasajo de vaca de Nangasaqui, adonde los portugueses residen y comen carne por concesión particular, quería que fuese tan mal aderezado, que, aunque como en tiempo de nuestro Padre se echara agua o ceniza, no estuviera más desabrida comida. Aunque la tierra es fría, en la descalcez y desnudez, si la salud daba lugar, se guardaba con rigor la Regla, porque se tenía experiencia que lo que más edifica a los cristianos y admira a los gentiles es la descalcez y desnudez de los frailes. Porque como los unos no saben las cosas de Dios, y los otros, aunque son cristianos, no alcanzan la perfección de los ejercicios espirituales de oración y contemplación, miran mucho en el exterior áspero. Y es tanto esto, que los gentiles adoran a los principales ídolos suyos, llamados Amida y Xaca, porque siendo reyes se fueron a los montes a hacer penitencia y vivieron con gran pobreza y rigor.

En la oración quería el Santo que sus compañeros fuesen tan continuos, que más viviesen en el cielo que en la tierra, por la comunicación de Dios en la oración. Y aunque entre día estuviesen los religiosos ocupados en acudir a la conversión, catetizando, o bautizando, o enseñando a los bautizados, no permitía que se aflojase un punto de la oración y disciplinas, sabiendo que allí se hallan fuerzas para vencer los enemigos y el sabor y gusto con que se guisan los trabajos ásperos a la carne y los disgustos que de la conversión suelen nacer. El oficio divino, aunque se decía rezado, era con la pausa debida. Y como conocidamente era gloria de Dios Nuestro Señor y edificación de los cristianos el cantar a media noche, acostumbraba el santo prelado mandar que entonásemos el *Te Deum laudamus*. Y en las fiestas principales se cantaba más o menos, según la solemnidad del día. Procuraba también que en la iglesia resplandeciese la limpieza, y que el adorno, siendo conforme a la santa pobreza, engendrase devoción en los cristianos que los domingos y fiestas principales aun desde muchas leguas venían siempre a oír misa y sermón,

mostrando mucho deseo de oírla. Y era grande la devoción que mostraban en las procesiones y ceremonias solemnes que veían hacer en el discurso del año dentro de la iglesia.

El Domingo de Ramos sucedió que, comenzándose la procesión de los Ramos por la iglesia, con extraña devoción y fervoroso espíritu se quitaban las mujeres que había sus mantos y los echaron a los pies del santo comisario, que representaba la persona de Jesucristo en la solemnidad de aquel santo día, en el cual también se cantaba la Pasión con la solemnidad posible. Y la Semana Santa se hacía monumento, y se encerraba el Santísimo Sacramento. Y en las Pascuas de Navidad, con los villancicos que cantaban los siervos de Dios en el coro daban a entender a los fieles la obligación que tenían de dar gracias al Señor por haberles dado conocimiento de tan singulares mercedes como la Iglesia celebraba en aquellos días. Acostumbrábamos tañer cada día a media noche a maitines, y de día a las demás horas, una campana. Y los gentiles que estaban aquella hora en sus pasatiempos dolíanse de nosotros, diciendo que con tan áspera vida y vigilias nos íbamos al infierno, pensando ellos que el camino de los pecados era el de la salvación. Y algunos cristianos que se levantaban cuando los frailes daban gracias a Dios Nuestro Señor porque los había dado conocimiento de su santa ley, y estimaban en mucho la vida áspera de los religiosos, y procuraban imitarles en todo lo que podían.

CAPITULO X

De los ejercicios en que criaban los gloriosos mártires a los pocos cristianos que desde el principio se les juntaron

El santo mártir León fué el primer discípulo de los frailes.—Ejercicio de los familiares de los frailes.—Los cristianos deseaban saber las ceremonias.—Devoción de los cristianos.—Acto de mucha devoción.

Aunque los benditos mártires eran muy favorecidos del rey y de los señores del reino, que les hacían mucha honra cuando les iban a visitar y tratar algún negocio perteneciente a su embajada, los cristianos, que vivían notablemente temerosos de la persecución pasada, temían mucho que fuese por poco tiempo la estada de los frailes en Japón, como algunos decían. Y viendo la aspereza de la vida que hacían, y ejercicios de humildad en que se ejercita-

ban, no se les osaban llegar muy familiarmente, diciendo que ellos no podían sufrir tanta penitencia; pero con la comunicación del santo mártir fray Gonzalo, y viendo la mucha caridad y amor que los religiosos les mostraban, comenzó el santo mártir León a tratar mucho con los frailes, sirviéndoles en todo lo necesario para la obra y en otras necesidades con particular afición y perseverancia. Y este santo llamó a otros y los trajo al conocimiento de los religiosos, y aun persuadió a Cosme loya que favoreciese a los frailes, y después fué como verdadero padre de ellos. Y dióles Dios por este medio los cristianos que tuvieron necesidad para salir la obra de la iglesia y proseguir bien el intento de la conversión. Y todos o los más de ellos fueron los predicadores que recibieron el premio con la corona del martirio.

Antes, pues, que los mártires comenzasen la conversión de los gentiles, procuraron que los cristianos que se aplicaban a predicar el catecismo fuesen enseñados, no sólo estudiando en algunos catecismos que había de los padres de la Compañía, por el santo comisario, siendo el bendito fray Gonzalo intérprete, los enseñaba muchas cosas, y yo, que con el favor del Señor supe en breve la lengua, les enseñé todo lo que me pareció que bastaba para el oficio de catetizar. Pero, sobre todo, lo que se pretendió fué fundar muy bien a estos japones que habían de enseñar en humildad y mortificación. Y así acompañaban a los religiosos, viéndoles lavar las escudillas, cavar en la huerta y hacer otros ejercicios que de ordinario acostumbramos los frailes en nuestros conventos, y viendo sus vigilias, disciplinas y ayunos, se esforzaban a imitarlos, levantándose a media noche a rezar en la iglesia mientras decían los frailes los maitines y asistían con ellos en la disciplina y oración, y oían misa con mucha atención y devoción. Y para tener más comodidad para todas estas cosas, labraron los que eran casados sus pobres casas junto al convento, y aprovechaban notablemente con la continuación de estos ejercicios y frecuentación de los divinos sacramentos. Aunque el de la comunión se les daba con mucho tiento y consideración. Y era para alabar al Señor ver aquellos pocos cristianos y sus mujeres cuán uniformes estaban y con cuánta suavidad tomaban las ceremonias de la Iglesia romana que los frailes les enseñaban, por rogárselo mucho ellos, como era el levantarse en pie al Evangelio y estar de rodillas en la misa, por lo menos al alzar, y otras acostumbradas en la cristiandad, sin innovar alguna, como algunos imaginan. Y no sabían otra salutación sino «loado sea

Nuestro Señor Jesucristo». Y como se les hubiese de dar la doctrina como a niños en la fe, no sólo los bienaventurados mártires les enseñaban los artículos de la fe, pero en pláticas particulares les declaraban el Ave María y *Pater noster*, para cuando orasen, considerando lo que decían, conservasen la devoción.

Con este modo de enseñar que guardaban los prudentes mártires, juzgando que habían de ser para aquellos nuevos fieles como madres, que con dulce leche crían a sus tiernos hijuelos, era notable el provecho espiritual que hacían. Porque los tibios se enfervorizaban, los caídos se levantaban y acudían con gran fervor a limpiar sus almas con los divinos sacramentos, en especial con el de la confesión, que era el más frecuentado. Los más arraigados en la fe y devotos, viendo que se les daba a entender con tanta claridad lo que se les predicaba, crecían en el conocimiento y amor de Dios y en la devoción de las cosas divinas. Y todo esto se manifestaba más en la Semana Santa, en la gran devoción que los cristianos mostraban viendo cómo celebrábamos en nuestra iglesia, con la solemnidad posible, los oficios divinos, porque cantábamos las Tinieblas y Pasiones. Y el ver el Jueves Santo encerrar el Santísimo Sacramento, y comulgar a los religiosos, y desencerrarle el Viernes, les era particular motivo para tener en aquellos días en la memoria la pasión de Jesucristo, Nuestro Señor. Y viendo la humildad con que el santo comisario lavaba a sus religiosos y a algunos cristianos pobres los pies, les predicaba la humildad que el Señor nos enseñó en semejante acto. Y también se les predicaba el Viernes Santo en la noche, enseñándoles con qué intención habían de hacer la disciplina. La cual hacían dentro de la iglesia y por el claustro, de suerte que no se veían en la calle. Y el santo mártir fray Francisco de la Parrilla les servía de capitán, yéndole azotando un japón, a imitación de lo que Nuestro Señor padeció por nosotros. Y aunque todos aquellos días hacían disciplina con los frailes, este día era de sangre (como es costumbre), y la hacían con gran devoción y muestras de verdadera fe y caridad y esperanza, como su fin y muerte dió de ello claro testimonio.

CAPITULO XI

CÓMO FUÉ EL SANTO COMISARIO A NANGASAQUI, A EDIFICAR ALLÍ UN CONVENTO

Causa por que se tomó casa en Nangasaqui.—Los padres de la Compañía hospedaron bien los frailes.—Lugar adonde estuvieron los frailes.—Caridad de los portugueses.—Jorán, martirizado.—Cosas milagrosas.

Estando las cosas en este estado, viendo el favor que el rey nos hacía, determinó el bendito comisario de bajar a Nangasaqui (que es el puerto adonde los portugueses residen y vienen de la China con sus mercadurías) para dar orden cómo se hiciese allí una casa, adonde estuviesen dos o tres frailes que tuviesen cuenta de los recados que viniesen de Manila para el rey, y enviasen los del rey para el gobernador de Manila. Y también para que se curasen los religiosos que cayesen enfermos. Porque en otra parte no había la debida comodidad para esto. Y para tener un poco de bizcocho, siquiera para los que estaban en la conversión, que aun esto era imposible hallarse si no se enviaba desde este puerto. Y lo principal por que bajó aquel largo camino el santo comisario fué por verse con el padre viceprovincial de la Compañía y tratar con él algunos artículos para la concordia y paz que este santo prelado y sus compañeros desearon siempre y procuraron que se tuviese. Pero como son distintas Religiones, aunque en la conversión se guardase un modo, en otras ceremonias y modos de proceder era forzoso el diferenciar, y en algunas cosas según la costumbre de cada Religión. Y como los frailes tenían licencia del rey, y con ella mucha libertad, por dar testimonio de la fe, y los padres de la Compañía no la tenían, antes vivían con particular recelo, aunque no aflojaban en lo que tocaba a la conversión.

Llegado el santo comisario con su compañero a Nangasaqui, fuése al convento de los padres de la Compañía que en aquel puerto tienen, y es el más principal de Japón. Y fué extraño el contentamiento que todos los padres recibieron, y los hermanos japones mostraron, con la vista de la venerable persona del santo comisario y su santa y agradable conversación. Comenzóse allí a tratar lo que se debía hacer en la conversión, y conforme a lo que el padre viceprovincial dió por escrito procedimos, mandándolo así el santo comisario. El cual, después que hubo gozado al-

gunos días del buen hospedaje, trató con el padre viceprovincial su intento. Y aunque no concluyeron cosa particular, por no haber pareceres uniformes con los de algunos, se fué el santo comisario con su compañero a un hospital de leprosos que estaba algo fuera del lugar, adonde con favor y limosna de los portugueses aderezaron dos pobres celdas, porque la iglesia estaba solamente hecha con dos hospitales. Y allí estuvieron una cuaresma. La cual gastaron en predicar y confesar, con gran aprovechamiento de los cristianos. Ocupábanse en los ejercicios de oración y mortificación, diciendo a sus horas el oficio divino, y a las noches hacían una larga disciplina, leyendo antes una breve lección de la sagrada pasión de Nuestro Señor Jesucristo. Y muchos de los portugueses y japones cristianos juntamente se disciplinaban con los dos religiosos, y a la hora de comer iba el santo comisario con su compañero, que era el hermano fray Jerónimo de Jesús, a dar de comer y servir a los pobres de los hospitales, y allí se ejercitaban en obras de caridad y humildad. De lo cual el demonio, envidioso, trazó como por orden del juez gentil fuesen expelidos de aquel hospital, con mucho dolor y sentimiento de los cristianos. Porque aunque tenían los frailes licencia del rey para estar en todo su reino, como entonces no sabían las costumbres de la tierra, no la pidieron en escrito, y por esta causa los pretendían echar de aquel lugar.

En el cual, por orden de Tarazaba, gobernador principal de toda aquella tierra, que desde el principio había considerado la manera de vivir de los frailes, y pareciéndole muy conforme a la virtud su penitencia les había mostrado favor, mandó que dentro de aquella ciudad les diesen una casa adonde pudiesen estar. Y como los portugueses tuviesen gran devoción a los frailes, y hallasen gran consolación espiritual con su comunicación, no sólo les hicieron limosna para adornar una pequeña y pobre iglesia adonde dijesen misa, y para hacer unas estrechas celdas, pero dos de los más devotos sacaron entre los portugueses mercaderes del navío competente limosna para comprar la casa, la cual vendía su dueño con mucho gusto a los frailes. Pero como el demonio no sólo pretendía echarles del hospital, pero de aquella tierra, de tal manera barajó este negocio de la casa, que nos dió harto en que merecer, hasta que antes del martirio nos echaron por fuerza a tres religiosos que estábamos allí sirviendo al Señor, como adelante se dirá. En un año que estuvo el santo comisario en Nangasaqui, aunque no salió con lo que pre-

tendía, creció mucho en merecimientos por las graves contradicciones que le hicieron, las cuales vencía con paciencia armándose con muy larga oración, que era el refugio que tenía en sus trabajos. Los cuales le eran como ensayos del martirio que de allí a dos años en aquel mismo lugar, y junto a aquel hospital, había de padecer. Tenían gran cuidado los portugueses de proveer al santo y a su compañero cada día de lo necesario para el sustento corporal, y el padre viceprovincial convidó al santo comisario a que se fuese a su casa, pero fuera esto para ser siempre huésped, y pidióle después que fuese a ver las casas que tenían los padres de la Compañía la tierra adentro, en especial un colegio y un seminario donde se crían muchos japones en virtud y loables ejercicios, y en esta peregrinación recibieron mucha caridad el santo comisario y su compañero, y vinieron muy edificados del buen fruto que los padres de la Compañía tenían hecho en la viña del Señor, en la cual había muchos católicos muy firmes en la fe. Y entre todos los de Japón resplandecía un principal caballero, llamado Justo Ocondono, que por no perder la fe mandándoselo el rey, tuvo por honra perder muy gruesa hacienda que tenía, y de capitán valeroso que era en la milicia temporal, hecho pobre por Cristo, se hizo caudillo de los cristianos, esforzándolos con sus palabras y ejemplo, y siempre ha sido de mucha importancia para conservar la fe a muchos.

También es digna de ser alabada la fortaleza del cielo que mostró un cristiano llamado Jorán, en el reino de Bungo. El cual, siendo requerido que dejase la fe, constantísimamente dijo que no quería. Y cuando los soldados que enviaba un particular tirano le querían matar, les dijo que pues era fuerza el morir, le aguardasen un poco. Y entrándose en su casa, se vistió una sobrepelliz que tenía de un padre de la Compañía, y tomando una cuenta bendita en la boca y una cruz en la mano, pidió que le dejasen orar un poco para encomendar su alma al Señor. Acabada la oración, dió en su casa de muy buena voluntad el cuello a la espada, y le cortaron por la fe la cabeza, subiendo su alma al cielo a recibir la corona del martirio. Y siendo su cuerpo enterrado en un lugar adonde después hizo un bonzo su casa, no le queriendo dar, los cristianos fueron a hurtarlo de noche, y llegando tres cristianos a la sepultura, milagrosamente se apartaba la tierra, y de los huesos salía una luz con que los discernían menudamente. Y así los sacaron todos y los dieron a los padres de la Compañía, que los tienen en gran veneración. Y en tiempo de cua-

resma me dijeron muchos testigos de vista que bajaba los viernes y sábados una luz del cielo sobre la sepultura, y que fué tan eficaz predicador, que aunque por entonces no tenían religiosos en aquel reino, se convirtieron muchos gentiles, los cuales catetizaban y bautizaban los cristianos, dando gracias al Señor por tan particular honra como hacía a su fiel siervo.

CAPITULO XII

Cómo los frailes edificaron dos hospitales junto a la Iglesia de Miaco

Hospitales de Santa Ana y San José.—Eficacia del buen ejemplo.—Caridad fervorosa de los cristianos.—Fe y devoción de los pobres.

Enviando la Majestad de Cristo a predicar a sus discípulos, les mandó que curasen los enfermos (1). Por lo cual el santo comisario deseó que se hiciese un hospital en Miaco, por ser éste buen camino para predicar la ley evangélica y medio para conversarse los frailes en Japón. Porque faltándoles el favor del rey, siquiera no los echasen de Japón por ser pobres y siervos de los pobres, y como estropajo de los pies de los leprosos. Con este tan santo intento, estando en Nangasaqui escribió al presidente que había puesto en San Francisco de Miaco que pusiese calor en la obra del hospital que había ordenado que se hiciese, y aunque faltaba limosna para comenzalla, el Señor proveyó luego. Encargándose de esta obra el santo mártir fray Gonzalo y el bendito mártir León. Y como los edificios de Japón son muy fáciles de hacer, y poco costosos, muy en breve se levantó un hospital a modo de Japón, dedicándole a la gloriosa Santa Ana, y cabían en él cincuenta pobres. Y corriendo la voz de la caridad que allí se hacía, venían los leprosos tan engolosinados con las nuevas, que en pocos días se cumplió el número que tengo dicho. Encargóse de ser hospitalero el santo mártir León, con su virtuosa mujer y pobre familia, aplicando una rentecilla que tenía del alquiler de una casa para el sustento de los pobres, como en su vida más largamente se dirá.

De ahí a poco se edificó otro hospital, dedicándole al glorioso San José, y de él se encargó el santo mártir Paulo

(1) Marc., 6.

con su mujer, ayudándoles los cristianos que estaban avecindados junto a la iglesia y que eran familiares de los frailes y compañeros en muchos virtuosos ejercicios; y aunque todos, como ya fuertes en la fe y medrados en la virtud, con el ejemplo de los frailes comenzaron en esta obra de caridad con mucho fervor, visiblemente se renovaron en espíritu cuando vieron que los frailes iban a lavar los pies de los leprosos, cada día por lo menos una vez, y que les besaban las llagas, aunque fuesen de insufrible hedor, y les cortaban las uñas de los pies y manos con amor de madres, y curaban los tiñosos con tanto contentamiento, que se echaba de ver que era todo esto efecto del amor de Dios que vivía en sus entrañas. Y salía de estas obras tan soberano fuego de amor de Dios, que bastaba a encender el corazón más frío que hielo. Y era poderoso para hacer perder el asco a la condición más asquerosa. Y así se vió que con ser la nación japona notablemente asquerosa y enemiga de leprosos (con haber muchos por comer pescado crudo y otras malas cosas), viendo que los frailes no tenían asco de lavar y besar las llagas y pies, se avergonzaban las más melindrosas mujeres si, venciéndose a sí mismas, no imitaban a sus padres y maestros. Y aunque al principio rehusaban de hacer estas obras, después perdieron de tal manera el asco, que, engolosinados con el merecimiento que traía consigo tan santa obra, sentían gran consolación espiritual en hacerla. Y yo podré decir, como testigo de vista, que comenzó este hospital con tan fervoroso espíritu, que no se podía esperar otro fin sino que a los serviciales de los pies de leprosos, que servían a Cristo con humildad y caridad en sus pobres, abajándose a lo más despreciado del mundo, no estimando el qué dirán ni otros respetos humanos, los había Dios de honrar haciéndoles no sólo en el oficio de convertir almas sus apóstoles, mas ensalzándolos con la gloria inestimable del martirio, como se dirá adelante.

Y aunque en lo temporal se tenía el cuidado posible, en la salvación de las almas de los leprosos se ponía toda diligencia. Y así, luego que comenzaron a venir pobres, comenzó el santo mártir León y su mujer y criados a predicar a todos nuestra santa ley. Y como las palabras toscas y breves iban acompañadas con obras de encendida caridad, disponía el Señor los corazones de aquellos pobres llagados, que eran la hez del mundo, para que se bautizasen. Y visto que los señores principales, aunque eran llamados con ejemplo y palabras de los ministros de Dios, no querían oírla por sus honras, haciendas y terrenos con-

tentos, ni venir al convite celestial a que conforme a la palabra del sagrado Evangelio Dios les llamaba por sus predicadores (1), escogía Dios cojos, leprosos, mancos y los desamparados del mundo, y trayéndoles a este hospital les llevaba al convite del cielo, después de bautizados y conocer muy clara la verdadera fe cristiana y la falsedad de sectas de los gentiles. Y como eran tiernas plantas en la fe, y era necesario irlas regando poco a poco con doctrina del cielo, no sólo el santo mártir León, pero todos los que estaban en servicio del hospital les predicaban, y cada noche iban dos niños que de día estaban en el convento sirviendo y aprendiendo a leer y a escribir, y les enseñaban las oraciones en lengua japona. Las cuales decían todos los pobres juntos en voz alta al amanecer y antes y después de comer, y al Ave María, que el oírlos era indecible consuelo y grande motivo de alabar al Señor, viendo que entre tantos gentiles que no le conocían, los leprosos y pobres alababan su santo nombre en voz alta, en compañía de los ángeles del cielo.

CAPITULO XIII

CÓMO MUCHOS GENTILES SE CONVERTÍAN POR LA PREDICACIÓN DE LOS FRAILES

Oficio de los predicadores japones.—Efectos de la fe.

Luego como la iglesia y casa se hizo, fué un pregón que se dió en la ciudad de Miaco, y en todo el reino se publicaba la nueva gente que había venido, y la ley que publicaban y cuán favorecidos eran del rey, aunque eran religiosos cristianos y pobres. Con estas nuevas iba mucha gente al convento de los frailes, unos llevados de la curiosidad que mostraban por ver la traza de la casa y el modo de proceder que tenían, los otros sabiendo que allí se enseñaba el camino de la salvación (como los japones sean cuidadosos de ella, siendo común lenguaje de chicos y grandes que se ha de buscar salvación), a esta voz venían a oír sermón, y algunos después de haber probado muchas sectas, se desengañaban de los engaños que hay en ellas oyendo las cosas de la ley de Dios. El cual con particulares medios traía a su conocimiento a muchos sin entenderlo ellos, como el fin de hacerse cristianos lo mostraba. Por-

(1) Mat., 22.

que, desengañados de las falsedades y mentiras de la gentilidad, con la luz que recibían en el catecismo echaban de ver la verdad que se les enseñaba. Y reconociendo la merced que en esto recibían de Dios, con gran gusto se bautizaban. Para catetizar a los gentiles y confortar en la fe a los recién bautizados estaban diputados los cinco japones, que con nombre de predicadores fueron martirizados con los santos frailes. Los cuales, aunque sabían la lengua para catetizar y enseñar, no eran bien entendidos de los gentiles, particularmente en los primeros sermones del catecismo, por no poder pronunciar tan bien como los naturales la lengua, y por eso se aprovechaban de los japones bien instruídos en la fe y muy reformados en sus costumbres. Y desde el principio lo han usado así los padres de la Compañía.

Y aunque los japones comúnmente no son muy aficionados a sus ídolos, tienen tantos ministros de ellos, que los engañan; que aunque se les declare a muchos la falsedad que siguen, y oigan la verdad del Evangelio que deben seguir, les parece razón suficiente decir que quieren creer y seguir lo que sus padres y antepasados profesaron. Pero el Señor entresacaba a muchos con el buen ejemplo y predicación de los bienaventurados mártires, trayéndoles a su conocimiento. Y algunos después de bautizados decían que mirando los engaños y embustes de los gentiles, y cotejándolos con la verdad de la ley de Dios, salían como de unas profundas tinieblas a una agradable y clara luz, dando siempre gracias a Dios por tan singular merced y agradeciendo a los religiosos el haber venido de tan lejanas tierras con tanta pobreza, y desinteresados de sus bienes temporales, a enseñarles el camino de la salvación. La cual, como sea apetecida de los japones, pocos había que por lo menos no oyesen uno o dos sermones. Pero el demonio los tenía tan entenebrecido el entendimiento, que no conocían la luz celestial, aunque oían que había Dios y se lo daban a entender con muchas razones.

CAPITULO XIV

Del gran fervor que mostraban los cristianos que bautizaban los frailes

Efectos del bautismo.—Fervor de viva fe.—Necia respuesta de un bonzo.—Persecución de los cristianos.—Hacen burla los gentiles del misterio de la Cruz.—Fortaleza del cielo.—Confianza soberana de dos mozos, Antonio y Jacobo.

Tomaban con tanto fervor los benditos mártires la conversión de los gentiles, considerando cuán agradable era a Dios aquella obra, y la obligación que tenían para no caer en la maldición del profeta Jeremías (1), que intima a los que sirven negligentemente a Dios, que no se satisfaciendo del catetizar de los japones, antes que alguno se bautizase de nuevo le enseñaban brevemente los artículos de la fe, y examinaban las mujeres que tenía para ver cuál era legítima, y hacían las demás diligencias que la Iglesia y los doctores enseñan que se han de hacer antes del bautismo. Y visto que el catecúmeno estaba con la debida disposición para bautizarse, le animaban diciéndole que si necesario fuese había de perder la vida antes que dejar la fe que había de recibir. Con estos principios y crianza en la fe salían los nuevos cristianos tan alumbrados en el entendimiento, devotos en la voluntad y esforzados en el espíritu, que el que antes era, como otro Saulo, enemigo de la ley cristiana, en bautizándose hacía oficio de Paulo, predicando dondequiera que se hallaba la ley santa que había recibido, abominando de la idolatría y falsedades de los gentiles. Y algunos decían: «¡Dichosos frailes, que tan buen Dios tenéis y tan santa ley predicáis!» Otros procuraban granjear para Dios algunas almas, trayéndolas al conocimiento y verdadero camino de la salvación.

Y aunque algunos de los cristianos, cuyos ánimos estaban poseídos del temor de la persecución pasada, condenaban por peligrosa y poco prudente la ostentación que los recién bautizados hacían, pero era tanto el deseo y fervor que tenían de morir por Jesucristo (a quien por la fe habían conocido) y amaban, que nada les atemorizaba. Yo bauticé a un criado del rey, a quien puse por nombre Esteban, y contándole el glorioso martirio de este ilustrísimo protomártir, agradeciéndome mucho el nombre, dijo con mucho

(1) Jer., 48.

fervor, envidioso de tanta gloria como la que goza este glorioso santo, que no rehusaría en presencia del rey confesar ser cristiano, y lo que mostraría con no encubrir las señales de serlo, que eran traer un *agnusdéi* y rosario al cuello, como traen los demás cristianos (porque a los recién bautizados se les acostumbra a dar un *agnusdéi* o alguna cruz, y lo reciben con mucha devoción y veneración). Otro cristiano que se bautizó en nuestra iglesia, también criado del rey, estándole sirviendo mostró el fruto de las continuas exhortaciones al martirio de los santos mártires. Porque como trajese el rosario descubierto, un gran señor, principal personaje entre los idólatras, viendo el rosario y conociendo por él cómo era cristiano, tratóle con palabras ásperas y bajas, mostrándole la bajeza grande que en su opinión era el ser cristiano, celebrando delante de algunos principales que estaban con el rey las sectas de sus ídolos Amida y Xaca, mostrando en esto la agudeza de su entendimiento y baldonando a los cristianos porque adoraban por Dios a un crucificado. Oyendo esto sintió el cristiano un nuevo fervor para hablar delante del rey y responder al gentil que le afrentaba, diciendo cómo su Dios había criado cielos y tierra y dado ser al hombre y a todas las cosas criadas, haciéndolas de no nada, y que por orden y voluntad suya eran mantenidos todos los vivientes y se conservaban, y que por la salvación de los hombres había sido crucificado; sino que por no conocerle él hablaba tan ignorantemente, y que le dijese quién había hecho cielos y tierra. A lo cual respondió muy ufano el gentil que Amida daba salvación y era señor de cielo y tierra. Replicó el cristiano: «Si Amida es hombre como nosotros, y lo confiesan todos, ¿cómo puede ser señor de cielo y tierra, ni dar salvación, siendo hombre muerto y su cuerpo resuelto en tierra?» Quedó con esta breve razón tan confuso el gentil, que todos los circunstantes se rieron de él. Aunque como fuesen principales y tuviesen entenebrecidos los entendimientos con sus pecados, no vieron la luz que se les ponía delante de los ojos. Aunque de otros muchos casos se podía colegir cuán de veras tomaban los cristianos la fe, más particularmente se mostraba en las contradicciones y persecuciones que tenían después de bautizados, así de amigos como de parientes. Porque envidioso el demonio del bien que los que antes eran sus hijos por la idolatría recibían con el bautismo, y que se salían de su poder, procuraba hacerles guerra, tomando por instrumente otros gentiles. Y en lo que más fuerza ponía era en tentar de derribar a los mozos de tierna edad, que como tier-

nos en la fe y flacos en el discurso natural, pensaba hacerles volver atrás. Y para esto hacía que los padres persiguiesen a los hijos, los señores a los criados, los compañeros y amigos a sus iguales. Y aunque las contradicciones llegaban a cárceles, azotes y otros particulares tormentos, y muchas veces a peligro de perder la vida, poniéndoles puñales a los pechos, los cristianos conservaban la fe recibida, mostrando con razones claras la bondad y verdad que tiene la ley de Dios y la falsedad y mentira que hay en la idolatría. Y siempre salían de las persecuciones gozosos por haber padecido por Cristo, y victoriosos, porque con las cosas buenas que decían de la ley de Dios los perseguidores se movían a oírla y a muchos les alumbraba Dios, sacándoles de las tinieblas de la infidelidad. También tomaban algunos motivos para persuadir a sus hijos a que no fuesen cristianos, de ver que adoraban a un crucificado y que los predicadores de la ley de Dios eran pobres, y curaban leprosos, y vivían vida áspera, andando pobremente vestidos y descalzos, juzgando, según su parecer, esto por infamia. Y así tenían por vileza que sus hijos se bautizasen, y haciendo burla de ellos les decían que fuesen a adorar a los hombres que por sus pecados estaban crucificados por los caminos. Porque lo mismo se ve ahora entre los gentiles que en la primitiva Iglesia, cuando, como dice San Pablo, era tenido por los idólatras por necedad y locura al misterio de la Cruz. El cual, como era predicado de los santos mártires con los medios proporcionados de humildad, pobreza y menosprecio del mundo, eran desestimados y tenidos por necios.

Muchos buenos cristianos, como mostraban afición a la santa castidad y honestidad, eran combatidos con graves tentaciones de mujeres hermosas, que les ofrecían sus perseguidores; pero con la gracia del Señor eran destruídas todas estas trazas, pues de ellas sacaba Satanás poco provecho. Cristiano hubo que diciéndole una mujer que se volvería cristiana si correspondía a su deseo, supo discernir el mal que estaba disfrazado con apariencia de bien y huir de estas y otras semejantes ocasiones, y de todos estos trabajos daban cuenta a los santos mártires, como a verdaderos padres que les habían engendrado en Cristo, y con sus santas amonestaciones quedaban confortados en el Señor y esforzados para antes morir que pecar. Y salían con tanta fortaleza de la comunicación de los siervos de Dios, que muchos iban a disputar con los que antes habían sido sus maestros en la idolatría, y les desengañaban de la falsedad de sus sectas, y les mostraban el camino cierto de

la salvación. De todo esto recibían particular contentamiento los frailes, oyendo las victorias de sus hijos, las cuales tomaban por premio de sus trabajos, y suplicaban al Señor en sus sacrificios y oraciones les diese a ellos esfuerzo para proseguir el oficio apostólico de predicar entre infieles, y que comunicase su espíritu a los tiernos en la fe para vencer las contradicciones y perseverar hasta el fin en la fe y caridad y esperanza que recibieron en el santo bautismo. Antes del cual un muchacho de catorce años, diciendo a su padre que quería ser cristiano, y no queriendo ir con él a visitar un bonzo, no sólo fué azotado y afligido, pero del todo le echó su padre de casa, desheredándole y desconociéndole por hijo. El mozo, viéndose así desamparado, se vino al santo comisario y le dijo lo que pasaba, y él con gran contentamiento le admitió por hijo y le recibió en casa, y servía con tanto amor, que olvidado de su padre y parientes, se vino conmigo desde Japón hasta la China y Filipinas, sin mostrar sentimiento en los trabajos y peligros. Otro mozo de dieciocho años, que yo bauticé y le llamé Jacobo, viéndose en peligro de perder la vida por haberse hecho cristiano, porque no sólo su padre se la quería quitar, mas un gran señor a quien servía le había mandado cortar la cabeza, y por no perder la fe como otros sus amigos y compañeros le aconsejaban, no sólo perdió de buena gana el favor que su amo le hacía y los galanos vestidos que a su modo traía y la libertad con que en palacio vivía, mas cortándose luego el cabello, que le estiman los mozos tanto como las más galanas mujeres estiman sus rojos cabellos, se vistió de vestiduras pobres, y viniéndose conmigo desde Japón, perseveró con muestras de virtud en mi compañía, hasta que viniéndome a España le dejé en Filipinas, con grandes deseos de servir a Dios.

CAPITULO XV

De las principales sectas del reino de Japón

Paraíso de Amida.—Secta de Xaca.—Qué son camis y fotoques.—Modo de hacer fotoques.—Declaración de quién es Amida y Dainichi.—Principio de Japón.—Figuras de ídolos.

Aunque las sectas en Japón son muchas, las más principales son de dos ídolos, llamados Amida y Xaca, los cuales dicen que fueron reyes, el primero de Siam y el

otro de Zamuro, que es reino de negros, y que apartados en la soledad hicieron vida áspera. En especial Amida, cuyo cronista fué Xaca, que aunque era rey negro, dicen que fué discreto, y dejó escritos muchos tratados, confesando al fin de ellos que todo cuanto había dicho era mentira y cuento fabuloso, y no basta esto para que no le sigan los bonzos, que enseñan a los gentiles cómo la salvación se ha de pedir a Amida, y que se alcanza con nombrar su nombre con mucha devoción. Porque tiene un paraíso en el poniente, al cual se ha de ir transformándose cada uno en ochenta y tres figuras. Y enseñan que las mujeres, por ser inmundas y aborrecibles (dándoles estos nombres por hacer bueno el pecado nefando que ellos usan), para entrar en el paraíso de Amida últimamente se han de transformar en hombres. Y como en esta secta haya varios pareceres entre los gentiles, que ignoran la eternidad del alma, ponen varios fines en el paraíso de Amida. Lo común es que después de tantas transformaciones viene a quedar una tierra limpísima. Y así, los de esta secta, como los de otra, mudan cada día pareceres. Y los que no juzgan bien de la secta de Amida, profesan de seguir la de Xaca, la cual llaman ley de virtud, diciendo que no se ha de matar ningún animal, ni gusano, ni ave, de cualquier condición que sea, poniendo en esto muchos preceptos, haciendo burla de los que buscan la salvación con palabras vocales, trayendo cuentas en las manos, porque la salvación no es otra cosa sino una quietud del alma dentro del cuerpo, la cual se granjea por estar mucho tiempo sin pensar en algo, y el infierno (que casi en todas las sectas le ponen) es vivir muy inquieta la imaginación y el corazón afligido de cuidados.

Así éstas, que son las principales sectas, de las cuales toman mucho las otras, como las demás, enseñan principalmente a ofrecer limosna a los templos, porque de ésta se sustentan los bonzos. Y para esto hay otra invención de dioses más pequeños, los cuales llaman camis y fotoques, diciendo que los camis son los ídolos que representan a la gente principal de Japón, cuya cabeza llaman Fachiman, al cual piden favor los capitanes y soldados, y a cada palabra le nombran como juramento. Los fotoques son ídolos que representan la gente principal de China y de otros reinos. Y así como a los camis piden los gentiles abundancia de las cosas temporales, a éstos piden salvación, y dicen que pueden mucho con Amida. Y los bonzos, para coger la hacienda de los muertos, si son ricos, dicen que si dan mucho arroz y gruesas limosnas, que luego

harán fotoque al difunto, y lo hacen y con particulares ceremonias, escribiendo el nombre del difunto en una tablilla dorada, o si son muy principales, levantándoles estatuas y poniéndolas en sus templos para adorarlas.

Algunos de los bonzos que estudian en aprender a leer las letras de China (en las cuales hay muchos dichos morales que ellos enseñan a sus discípulos, y lo celebran mucho, porque otras ciencias naturales no las saben), por el continuo ejercicio del entendimiento y por alguna noticia que tienen de la ley de Dios, por disputas particulares que han tenido con cristianos, en que siendo vencidos quedaban aún enseñados, o por comunicación de los cristianos, o por haberse bautizado y después haber dejado la fe, haciendo burla de las demás sectas, dicen que Amida no fué hombre, sino una cosa sempiterna, la cual, aunque tiene mucha sabiduría, y gobierna todas las cosas, y está en ellas, no tiene entendimiento, porque si le tuviese se cansaría en gobernar al mundo. A éste llaman otros comúnmente Dianichi, y dicen que el nonada es eterno y que no hay otra vida, no sabiendo la eternidad del alma. En lo que toca al principio que tuvieron las cosas, dicen los engañadores de la gente común que al principio había un globo como huevo, y que con un grande aire se quebró por medio, y que de la mitad se hizo la tierra y de la otra mitad el cielo, y del medio salieron tres hombres y tres mujeres, de quien procedieron los japones, los cuales decían que el sol andaba alrededor de un monte junto a Japón. Y para que del todo se vea la ceguedad de la idolatría, hay una secta que es de mayor número de gentiles, los cuales adoran a un bonzo vivo, y dan muchos dineros por verle aun desde lo lejos. Porque dicen que sus antepasados vieron a Amida, y el mayorazgo del linaje de éste que vió a Amida es cabeza de esta secta y es adorado de los seguidores de ella, a los cuales mandan él y los bonzos de su ley que no den oídos a otra ley. Y con un papel escrito con sus caracteres y pintado de algunas sabandijas, que son símbolo de los disparates de su maldita ley, da este bonzo a cada uno seguro de su salvación, tomándola él a su cargo si se lo pagan bien. Aunque en todos los templos hay muchos ídolos de varias figuras, entre ellos hay uno en el cual están tres mil trescientos treinta y tres, según la voz común, y todos de estatura de un hombre, dorados, con diez manos cada uno, y encima de cada cabeza cinco o seis cabecitas pequeñas. En los templos de algunas sectas tienen los ídolos sólo para engañar la gente. A la cual enseñan a frecuentarlos mucho por la

limosna que dan; en algunos de ellos, de día y de noche está la gente dando voces y vueltas alrededor del ídolo. A la puerta están algunos bonzos vendiendo indulgencias y perdones, dándolos escritos en una tablilla, que mojan en una pila de agua, y con estas y otras mentiras traen engañados a los gentiles.

CAPITULO XVI

De algunos engaños de los japones, que presumen de penitentes, y de otros de los bonzos

Bondon, dios juez de las obras.—Sacrificios diabólicos.—Disparate de los bonzos letrados.—Ignorancia de los letrados gentiles.—Los gentiles ponen dos paraísos.—Declaración de un bonzo de la salvación.—Cómo declaró la salvación un predicador gentil.

Tienen los siervos del demonio tantas maneras de martirizarse, que pone admiración, porque no sólo hay solitarios y ermitaños abstinentes, pero algunos, engolosinados de la esperanza engañosa de la bienaventuranza de mentira, se entierran vivos; otros están leyendo en sus libros, en pie, hasta que se mueren; otros, después que han dado a los bonzos su hacienda, son engañados de ellos, porque les dicen que hay en el cielo un gran fotoque que llaman Bondon, el cual, aunque es el que primero conoce de la causa y obras de cada uno, pero el dar el paraíso o infierno siempre los remite al fotoque Amida. Por lo cual, entendiendo que si por desear ir a recibir el paraíso de mano de Amida hacen sacrificio de su vida, mueren muy contentos. Y así, puestos en un barco, cuando están en lo profundo del mar, dándole barreno, son con mucha alegría anegados, y son alabados de los bonzos que son autores de estas maldades. Otros por la misma causa andan por las calles desnudos en medio del invierno, y échanse tantos cántaros de agua fría sobre sí, que vienen a morir. Porque no contento el demonio de engañarles para que adoren piedras y animales, en especial en la ciudad de Nara, corte del rey que solía ser, hacen que estimen tanto los venados, que los adoran, y andan muy mansos por las calles, sin que nadie se atreva a tocar a ellos, por respeto de un ídolo particular que adoran allí sus feligreses.

De todas estas invenciones diabólicas solía haber muchos maestros en un monte junto a Miaco, llamado Freno-

yama, adonde se hacían muchas maldades, por ser innumerables los bonzos que allí había. Con cuya comunicación entendían los ciegos maridos que se santificaban sus mujeres. Pero después que el rey Nabunanga derribó cuatrocientos templos que allí había, se pasó la universidad de los engaños a la provincia de Quanto, de adonde salen tantos engañadores, y tan orgullosos y soberbios con lo que entienden que saben, que, como algunas veces vi, son poderosos para engañar a muchos, y ellos están muy imposibilitados para ser desengañados. Porque presumen de muy agudos en los disparates que dicen, afirmando que el mundo nunca tuvo principio, ni que los hombres que en él nacen tendrán fin, porque aunque se acaban los cuerpos, las almas son traspasadas a otros mejores, y que esto se ve claro porque cuando tornan a nacer, y según la conjunción de la luna, unas nacen en cuerpo de machos y otras de hembras, y que por sucesos varios la muerte se señorea de la naturaleza ; a cuya flaqueza y sugestión de la carne dicen que se puede corresponder, aunque sea alguna pequeña culpa, con la comunicación del pecado nefando. Otros arguyen contra la providencia divina, entendiendo que hay falta en ella siendo Dios aceptador de personas, pues a unos hace ricos y otros pobres, por no alcanzar los misterios que hay en esta maravillosa traza y providencia divina ; y que por ser entre ellos muy aborrecida la pobreza, otros, como no alcanzan los misterios divinos enseñados de su altiva imaginación, cuando los oyen acusan de imprudente y poco sabio al Criador y Hacedor de los ángeles, que pues sabiendo que había Lucifer, de caer del estado feliz en que fué puesto y ser eternamente condenado a las penas infernales, le crió. Y el mismo argumento hacen de Adán, pues sabiendo Dios que había de pecar, le crió, mostrándole en esto (a su parecer) más inhumanidad que misericordia. Y conocen tan poco esta virtud en Dios, que dicen que pues a los pobres no les da en este mundo bienes temporales, que tampoco les dará los del paraíso. El cual dividen en dos paraísos, uno en la tierra y otro en el cielo. El de la tierra dicen que es lugar del descanso del hombre, gozando unos de los señoríos y mandos y otros de las riquezas y regalos temporales, y que pues las bestias trabajan tanto en la tierra, es justo que gocen del paraíso del cielo.

Algunos de estos sabios ignorantes, concediendo que todas las cosas del mundo fueron hechas, dicen que si por los pecados fueron disminuídas de su perfección, habiendo Amida nacido ochocientas veces de todas ellas restau-

ró en su perfecto ser a ochocientas especies que había en el mundo. A otro bonzo, que después de haber vencido en una disputa de sus disparates a otros bonzos de diversas sectas quedó con gran fama de letrado y de predicador, o por mejor decir charlatán, porque tenía mucha abundancia de palabra, le fueron a oír una vez unos japones, doxicos (1) de los frailes, para ver lo que decía, pues tan engañados traía a los gentiles. Y estando en el templo de su ídolo, aguardando el sermón innumerable gente, salió el bonzo, y sentándose en un tabladillo, como mujer, con un abanico en las manos, con que de cuando en cuando se hacía aire y daba sus golpecitos, tratando de la salvación la declaró con una donosa y disparatada comparación, diciendo que así como una oscura noche el que va rondando por la calle viendo un bulto tiene temor, pero venciéndole con su ánimo llega a ver lo que es, y hallando que son unas cañas se sosiega y quieta, de esta manera, aunque a muchos espante el negocio de la salvación, venido a saber lo que es, es nonada. Y haciendo algún ruido los cristianos que oyeron este disparate, acabó con decir que en cada secta había salvación, y que él decía lo que tenía por más verdadero.

CAPITULO XVII

De los varios ídolos y maneras de idolatría y de enterrar a los difuntos de Japón

Parece increíble que hombres de razón adoren piedras.—Apariciones del demonio.—Hay alguna memoria de las señales que hubo cuando Cristo murió.—Los gentiles traen cuentas.—Modos de adorar.—Devociones gentílicas.—Los enterramientos de Japón.—Hacen los gentiles honras a sus difuntos.

Así como el ciego no puede ni sabe declarar qué cosa sea la luz, ni el que tiene vista puede declarar qué cosa sea la total privación de ella, conociendo todos los daños que de esta privación nacen, de esta manera los que sólo por la misericordia divina y merecimientos de Jesucristo Nuestro Señor gozamos de la luz del Evangelio, casi aun viendo los daños que nacen de la privación de esta celestial lumbre en los infieles, tenemos por imposible que hom-

(1) Acólitos.—*N. del E.*

bres de razón estén tan faltos de ella que adoren por Dios los palos y piedras de varias figuras labradas, como adoran los idólatras del reino de Japón. Pero para que conozcan aquellos a quien amaneció (sin merecerlo) en su regeneración espiritual la luz de la fe infusa por el santo bautismo, y el inefable bien que se les concedió de balde, por ser premio y gajes de la Cruz de Cristo, por cuyos merecimientos se nos da de gracia, diré algo de las idolatrías que en Japón vi, confesando que no entré jamás en varela de ídolos (que es lo mismo que templo) que no conociese de nuevo el bien que en ser hijo de la Iglesia católica había recibido de la liberal mano de Dios, dando infinitas gracias por él.

Comúnmente, en Japón al ídolo de Amida le pintan, o le labran de madera o metal, como a hombre principal. Y de ordinario, así a éste como a los otros ídolos los ponen sentados, como acostumbran a sentarse las mujeres en España, por ser éste el modo de sentarse de los japones, como queda dicho. Otros, que adoran a Xaca, dicen que en su muerte hicieron sentimiento las criaturas, hasta las aves. Otros adoran una vieja feísima y muy deshonesta, según la pintan. Otros, al demonio, que comúnmente se les aparece de noche en figura de raposa, echando fuego por la boca, como los religiosos vieron muchas veces desde las ventanas de sus celdas. Otras veces les aparece en figuras de gigante, mostrándose muy valiente y poderoso, o en figura de mono, que es muy temido de los gentiles. Los cuales tienen ídolo de los truenos, y píntanle con un arco de atabalejos (1) sobre la cabeza, y de ordinario tienen muchas lamparillas y le ponen muchas candelas.

También hay ídolo de los enamorados, y una vez que entré en su templo vi más de cien lámparas grandes de azófar, como linternas, y conté más de ciento treinta lamparillas. En otro templo vi una mujer que tenía un niño en las manos, de la manera que nosotros pintamos Nuestra Señora, y me dijeron que era madre de un gran fotoque. Otros muchos ídolos adoran dedicados a mayores o menores fotoques. Y de uno de ellos dicen que cuando murió se oscureció el mundo, y hubo otras grandes maravillas, que computado el tiempo parece que estas señales fueron las que sucedieron en la muerte de Cristo, Nuestro Señor.

Hacen también los gentiles romerías, y una particular hay en Miaco, en un lugar muy fresco y ameno, adonde está una fuente en que se lavan los hombres y mujeres des-

(1) Timbales o atabales.—*N. del E.*

nudos, o con un cendal muy delgado, y vienen a dar vueltas al templo que está cerca, lleno de ídolos de diversas figuras de caballos, y dicen que con esto son luego santos. Y es cosa increíble los peregrinos que hay en esta maldita romería. Y de estas romerías y ermitas solitarias hay muchas en todo el reino. Las maneras de adorar que aquellos gentiles tienen son muy distintas, por ser muy varios los pareceres de las sectas. Porque los que dicen que no se ha de adorar alguna cosa visible, también tienen por cierto que no se ha de orar vocalmente, sino sólo en espíritu. Pero lo ordinario y común es (aun entre los de esta secta que se llama Xenju, que es lo mismo que gente de virtud), que, como uno de ellos me dijo, están entre muchas cosas de viso tener ídolos en sus varelas, y traen unos rosarios largos colgados al cuello o en las manos, porque en ellos rezan sus oraciones vocales, que solamente es decir Amidabut. Y cuantas veces dicen esta palabra (que quiere decir Amida santo), echan aparte tantas cuentas de su rosario. El cual, en la forma de las cuentas y el modo de estar enhiladas por razón de las diferentes sectas, es diferente. Y cuando van por la calle, en especial algunas viejas rezadoras, llevan las cuentas en la mano y van siempre diciendo Amidabut. Y cuando van los infieles al templo de su secta o a otro cualquiera, es su manera de adoración y reverencia enlazar las cuentas entre los dedos y fregarlas entre las manos delante de los ídolos. También hacen inclinaciones profundas a los ídolos, y al entrar o salir del templo dan algunos golpes en unas bacías de metal que tienen sobre las puertas, y sobre ellas ponen un lienzo largo y angosto lleno de nudos, colgado arriba, que llega hasta a donde pueden tomarle con la mano, para dar los golpes que quieren. También tienen los gentiles otras bacías de metal pequeñas en casa, sobre las cuales, estando sentados, golpean con un mazuelo de palo cada día dos horas, una al anochecer y otra al amanecer, que es cuando tañen los bonzos sus campanas, que también son de metal, con unos mazos grandes, y van a rezar a sus varelas. Y aunque los bonzos tienen libros en que rezan, estos gentiles en estas dos horas no dicen sino Amidabut.

Hay otros que por su devoción, y para que les den limosna, andan en anocheciendo dando golpes en otra bacía de metal que llevan colgada al cuello hasta el pecho, diciendo con una voz lastimosa: «Amidabut»; y en las romerías y concurso de gente, cuando hacen algunas fiestas o estaciones, suelen ir muchos bonzos de diversas sectas juntos, con esta invención de la bacía, pidiendo, como en

algunos lugares suelen pedir los cofrades de algunas cofradías, y todos llevan sus alforjas al lado, a donde echan el arroz que les dan de limosna. Y sacan de estas invenciones que el demonio les enseña, para remedar las ceremonias de la cristiandad, un gran provecho. Porque cuando, predicándoles nuestra ley o comunicando con ellos, nos preguntan algunas ceremonias de devoción que se hacen en el cristianismo, por verlas hacer a los cristianos o por curiosidad, si ellos usan de otras algo semejantes a ellas, dicen luego que la ley de los cristianos y la suya toda es una. Y con esto disuaden a los que desean oír nuestra santa ley para que no la oigan. Y es fácil de persuadir, porque si dicen los cristianos que traen rosarios para rezar, también dicen los gentiles traemos rosarios para lo mismo; pero no reparan en la diferencia que hay de una oración a otra.

En los entierros guardan los gentiles en Japón casi la misma costumbre y ritos que en la China y otros reinos comarcanos de idólatras, porque tienen un lugar público fuera de poblado en cada ciudad o lugar, no muy distante, y allí queman los cuerpos de la gente honrada, llevándolos con mucho acompañamiento. Y estiman tanto el enterrar sus difuntos con pompa, que una de las cosas que principalmente preguntan de las costumbres de la cristiandad es si hacen olemnemente y con mucho acompañamiento los entierros de los muertos. A los que no tienen caudal para leña y todo lo requisito para ser quemados, los entierran en otro lugar que hay en el campo diputado para esto, porque en ninguna manera consienten que se entierre alguno en poblado, aunque haya templo para guardar sus cenizas. Otros cuerpos muertos los echan en los ríos y dejan en los campos, porque no hay piedad para los cuerpos de los pobres. Cuando muere algún gran señor, para ser su cuerpo quemado hacen muy grandes aparatos en el lugar o varela fuera de poblado adonde ha de ser la quema. Y como a los bonzos les dan de comer quince días por la solemnidad del entierro, procuran que se haga con toda la pompa posible, y así se juntan muchos bonzos, y ellos llevan con mucho gusto el cuerpo, si no hay algún artificio particular para llevarle, y en llegando al quemadero, después que han aullado una gran hora diciendo sus malditas oraciones, queman el cuerpo con gran pausa y solemnidad. Y si les ha dado el difunto alguna buena limosna, luego tratan de que se le haga una estatua y que la pongan en la varela, haciéndole altar y canonizándole por fotoque, porque esta manera de engañar y

de hurtar tienen. Y por que no les falte de ordinario limosna, aunque no conocen la eternidad del alma, enseñan a sus feligreses que cada año, en el día que murieron sus padres o personas a quien tenían obligación, que les hagan ofertas y lleven muchas limosnas al templo, y esta costumbre está con mucha ganancia de los bonzos recibida.

CAPITULO XVIII

De algunas fiestas que hacen los gentiles de Japón en honra de sus ídolos

Las fiestas son borracheras.—Fiesta de Año Nuevo.—Fiesta de la libertad de Japón.—Fiesta de los difuntos.—Bebida muy preciada.

Como las fiestas que tiene introducidas el demonio entre los infieles son para borrachear y agradarle en pecados gravísimos que hacen, aun no ha llegado la vigilia de la fiesta, cuando todos andan aparejando algo que comer y beber para ella, y guárdanlas comúnmente por esta razón con mucho contentamiento y alegría, y hacen comedias o cosas ridículas, celebrando ellos con grande risa lo que entre nosotros fuera gran frialdad. Y como tienen los japones año lunar de doce lunas, y su bisiesto de cinco en cinco años, contando entonces trece lunas, casi en todas las lunas del año tienen fiestas, aunque unas son más principales que otras. Pero la que dura más días es la fiesta que hacen a la luna primera del año, que cae por el mes de febrero, porque la gente principal guarda esta fiesta quince días antes y quince después, y en este tiempo se visitan unos a otros y se llevan presentes, los cuales son unos panes de arroz muy blancos, tan grandes y mayores que rodelas y muy gruesos, y algunas redomas de vino del mismo arroz, y salúdanse unos a otros diciendo que están muy mozos (porque ansí en esto como en otras palabras y afectos son muy lisonjeros los japones). Los grandes señores visitan en este tiempo al rey, y las señoras a la reina y mujer más principal del rey y a las damas, dando a todas presentes de lo dicho, que es muy estimado, porque cortando en rebanadas aquel gran pan y tostándolo al fuego, se ablanda, y entre ellos es tenido como entre nosotros el turrón de Alicante, o diacitrón (1), muy bueno, y

(1) Cidra en confitura.—*N. del E.*

aun en más. En este tiempo, en sus conversaciones no tratan sino de los favores que les hizo el rey o sus mujeres, y de los vestidos que estaban vestidas las damas de palacio, y de otras cosas semejantes enderezadas a la estimación propia.

La gente plebeya y común en esta fiesta de su Año Nuevo huelgan quince días, ocho antes y ocho después, visitándose y llevándose los mismos presentes, y haciendo meriendas y convites se gastan los panes de arroz, con mucho vino muy caliente. La gente pobre sólo guarda tres días antes y tres después, y en aquellos días beben y comen lo que por todo el año han ahorrado. Y aunque muy pocos se emborrachan, pero como ansí los pobres como los ricos acostumbran a brindarse muchas veces, bebiendo cada uno por lo menos tantas veces cuantos son los convidados, aunque el vaso es una salserica muy pequeña, de ordinario, como el vino es humoso y caliente (el cual beben con grandes ceremonias, poniendo primero el vaso sobre la cabeza y besándole y haciéndose mucho de rogar al echar el vino), por lo menos se embravecen con él, y se ponen el rostro muy encendido y sueltan la rienda a la lengua, y algunas veces en semejantes convites los mozos que presumen de valientes, después de bien bebidos tienen por gran fiesta tomar una espada desenvainada y andar como locos dando a todas partes cuchilladas, y si no huyesen los otros, la furia del que juega la espada serían las cuchilladas de veras.

Otra fiesta hacen la quinta luna en memoria de la libertad de Japón. Porque dicen que dicen que viniendo con gruesa armada por mar un poderoso corsario llamado Atango (que es el demonio, porque así llaman la varela donde le adoran en varias figuras), un valeroso soldado, nieto del primer rey de Japón, llamado Fachimán, salió en batalla con el enemigo y le venció. Con lo cual hacen fiesta tres días, y en ellos acostumbraban a ir chicos y grandes, todos armados y con muchas banderas, por las calles, y en cierto lugar señalado del campo comenzaban a escaramuzar los niños, y en defensa suya salían después sus padres, y como se metían en cólera, lo que había comenzado en burla salía de veras, porque muchos eran heridos y otros muertos. Mas el rey Taicosama, que en muchas cosas tuvo gran gobierno y puso ley a los japones en muchas cosas, hasta en el beber, mandando que sólo bebiesen sólo tres veces en cada comida, quitó que no fuesen con armas ofensivas los que celebrasen esta fiesta (la cual yo vi en Miaco), y toda la ciudad estaba llena de ban-

deras de papel de diferentes maneras, que andaban por el aire, y los niños vestidos con armas de papel muy pintadas. Y después, acompañados de mucha gente, habían dado vuelta a la ciudad con muchísimas banderitas de papel, se salían a escaramuzar a un fresco prado, cercado de arboleda, adonde después de haberse tirado con muchas cañas sin hacer herida, a vista de chicos y grandes salía de entre los árboles una gran culebra que adoran, como una vez que fuí a ver aquel fresquísimo sitio supe. Porque unos gentiles me preguntaron si iba a adorar la culebra, y porque un cristiano que iba conmigo les dijo que no se había de adorar, riñeron unas mujeres con él, y esta culebra no se ve sino cuando hay concurso de gente.

Otra fiesta hacen en la séptima luna en honra de sus difuntos, y llaman Bo, la cual dura tres o cuatro días, y en ellos visitan los templos de los ídolos, y de noche andan con gran ruido por las calles, llevando todos lamparillas encendidas. En esta fiesta hacen mucha comida de arroz y pescado, y pónenla a las noches en las puertas de sus casas, y una linterna encendida para que vean a comer a las almas de sus antepasados, que dicen que vienen a comer. Y como las almas no han hecho mengua en la comida, danla a los pobres que andan pidiendo por las calles y medran aquellos días.

Otras fiestas hacen entre año, mayores o menores, a los fotoques, y es grande el concurso de los gentiles al lugar o varela o ermita dedicado al fotoque cuya fiesta se celebra, y ansí en ellas como en otros días apacibles y de sol acostumbran los japones a irse a recrear a los lugares frescos y de varios árboles cercados, y allí, después que han estado sentados, echando coplas, de repente sobre la figura del árbol o del tronco de él, y particularmente de los árboles tuertos y que tienen muy caídos los ramos, haciendo del abanico que usan hombres y mujeres como instrumento músico, dándose en las manos y haciendo con él varios meneos, beben y meriendan lo que llevan, y cuando vuelven traen siempre rosas y ramilletes. En sus casas también tienen jardines con algunos pinos y árboles tristes, y junto a ellos tienen un aposento toscamente labrado, adonde tienen las vasijas en que tienen la cha (1), que es una hierba molida, y toda su fiesta es beber esto con agua caliente, con particulares y prolijas ceremonias, por ser bueno para la cabeza y estómago.

(1) Té.—*N. del E.*

CAPITULO XIX

DE LOS EFECTOS PARTICULARES QUE CAUSABA LA VIDA PENITENTE DE LOS FRAILES

Por medio del buen ejemplo de los frailes llamaba Dios a muchos.—Preguntas de los gentiles.—Virtud de la verdad.

Como sea un eficacísimo medio para persuadir a los gentiles las cosas de la fe y confirmar la doctrina que predicaban la vida ejemplar y santa, como Cristo Nuestro Señor mostró cuando dijo (Joan., 8): *Quis ex vobis arguit me de peccato, si veritatem dico vobis quare non creditis mihi,* convencido de la incredulidad de los judíos, que veían su inocencia con ella; y San Juan Bautista, sin hacer milagros, con sola su vida dió testimonio de Cristo, y su testimonio fué de gran importancia para darle a conocer, acostumbraban los benditísimos mártires a ir en tiempo de mucho frío y calor por las calles y templos de los ídolos, porque tenían experiencia que con su áspero vestir y descalcez daban motivo a los gentiles para preguntar quiénes eran: casi todos desean saber la razón por que andaban así. Y algunos, viendo que en el rigor del frío del invierno afligían sus cuerpos con falta de ropa y aspereza de vestidos, decían que era gran penitencia, y movidos de esto llegaban muchos a preguntarlos la causa del rigor de su vida. Y como llevasen consigo, siempre que salían fuera de casa, un japón de los que servían de catetizar a los gentiles, a éste remitían el responder a las dudas cuando no sabían la lengua, y éste, sin pararse a responder, andando les decía brevemente cómo aquellos padres eran religiosos cristianos, que predicaban la ley de Dios y la verdadera salvación, y muchos, reparando en estas razones, deseando saber más, perseveraban en sus preguntas, yendo tras los frailes. Y a los que mostraban buen deseo, decíanles que por cuanto la salvación era negocio de mucha importancia, que fuesen a la iglesia, que se había hecho de nuevo, a oír sermón. Y a los que Dios tocaba de veras por estos medios, se venían a convertir.

A donde había comúnmente más ganancia de almas era en los templos de los ídolos, que por estar apartados del bullicio de la gente, tenían más lugar de predicar el reino de los cielos a los que se les llegaban más familiarmente preguntándoles muchas cosas por curiosidad, viendo la novedad del hábito. Y aunque al principio saliesen a verlos

como cosa nueva todos los que estaban en el templo idolatrando, y llegábanse a ellos con grandes espantos y afectos de admiración, y mostrándola mayor cuando les veían hablar su lengua y que siendo extranjeros se entendiesen con ellos, después de un breve rato que andaban los religiosos mirando la variedad de los ídolos, la traza y limpieza de los templos y la curiosidad que había en muchos de ellos, mostrando hacer burla de que los palos y piedras fuesen adorados, con gran mansedumbre y sin temor decían a los gentiles que no adorasen semejantes cosas, porque eran figuras de hombres fabricados de palo o metal que representaban hombres muertos, que no podían dar la salvación que buscaban. Entonces preguntaban algunos que a quién habían de adorar, y diciéndoles que a Dios. Señor de cielo y de tierra, muchos se iban luego, no entendiendo, como totalmente ciegos y sin entendimiento, la verdad. Y en la perseverancia que algunos tenían en desear saber lo que oían decir de Dios, se conocía la misericordia divina que les iba disponiendo para sacarles de la ceguedad en que vivían. Porque desde el punto que oían su santo nombre hasta que se bautizaban, no dejaban de ir a oír los sermones del catecismo y a satisfacerse de las dudas que se les ofrecían, las cuales, aunque comúnmente son del sol, de la luna y de los movimientos de los cielos, otros preguntan más agudamente, deseando saber cómo hay Dios, y quién es Dios, y cómo crió al mundo, cómo Adán conoció a Dios y por qué no le perdonó sin que Jesucristo Nuestro Señor muriese. Estas y otras semejantes preguntas hacen, y siendo satisfechos de ellas, dejan fácilmente sus idolatrías, porque comúnmente las tienen poca afición, y con la luz del catecismo conocen cuán conforme a razón es adorar un Dios y cuánta barbaridad la muchedumbre de los ídolos que hay en Japón, diversos en sectas y figuras, porque cada uno pintó el dios conforme a su engañada imaginación.

Iban los benditos mártires otras veces a los templos de los ídolos a sólo ser conocidos de los gentiles por siervos de Dios, y hacían esto por la ganancia de almas que, aun callando, el Señor les daba. Una vez, el santo mártir fray Francisco de la Parrilla, yendo a un templo, halló que estaba mucha gente aguardando sermón, y como de su vista se turbasen, echáronle por fuerza de allí, y saliendo dijo a un mozo que encontró que allí no había salvación, sino camino para el infierno. Cosa maravillosa, que con solas estas palabras que aquel santo simplemente dijo, el mozo se vino con él hasta el convento, adonde oyó sermón aquel

día y otros muchos, y queriendo yo bautizarle hallé que estaba amancebado. Y como le negase el bautismo, sintiólo tanto, que aunque no era de su calidad la manceba, la convirtió a que se hiciese cristiana; y deseoso de no perder el bien que había hallado, se casó con ella. Estos efectos hacía Dios en los gentiles con el exterior áspero y penitente de sus predicadores y fieles siervos.

CAPITULO XX

De la libertad con que daban los frailes a entender a la gente principal que hay Dios

Con respeto oían las cosas de Dios.—Notable crueldad. Buen discurso de un gentil.

Como eran ya conocidos de los infieles los frailes, por andar con tan áspero hábito y por el favor que, como se ha dicho, el rey les hacía, adondequiera podían prudentemente mostrar cómo eran ministros de Dios y enseñar el camino de la salvación, gozando de los lances que se les ofrecían, no siendo negligentes en publicar los tesoros del cielo; y cuando más particularmente mostraban los gentiles admirarse era viendo que a los que ellos tenían por gente vil se veían obligados a reverenciarles y estimarles casi por fuerza, por la mucha honra que les hacían el rey y los principales señores, aunque al rey las pocas veces que le vieron nunca le trataban las cosas del cielo, porque no daba lugar a oírlas. Pero tratábanlas con los demás señores cuando visitándoles se les ofrecía buena ocasión, como cuando el santo fray Gonzalo y yo íbamos a visitar al sobrino del rey, que nos mostraba particular favor y gustaba de vernos y comunicarnos. Y estando con nosotros nos preguntaba cómo sabíamos que había Dios y otras cosas particulares, a las cuales respondía el santo mártir fray Gonzalo preguntándome primero lo que había de responder, porque como era lego, aunque buena lengua, acreditaba de esta manera (como los japones decían) mucho más la respuesta, por saber ellos que yo había estudiado. Pero con razones muy claras se le mostraba que había Dios, sus pecados y los malos consejeros que tenía no le daban lugar para conocer a su Criador. Aunque me dijeron que después, cuando murió, cortándole la cabeza porque se quería levantar con el reino, según decía la pública voz y fama, dijo que los frailes pobres enseñaban la verdadera salvación. La cual, porque el miserable no conoció, fué

sepultado a los infiernos, llevando el merecido de sus crueldades muriendo infamemente. Y delante de su cabeza, en una hora fueron cortadas las de treinta y tres mujeres suyas principales y las de un hijo y dos hijas suyas por mandado del rey.

A otros señores gentiles que gustaban de ser visitados de los frailes, con libertad cristiana, entre las cosas que contaban de Europa, siendo preguntados, daban noticia de su estado y profesión y de las cosas del cielo. Y cuando no eran entendidos, por lo menos procuraban declararles la fealdad de los pecados de la idolatría y robos, y aconsejaban a los pajes de la gente principal que luego se llegaban a ellos que se guardasen del pecado nefando, por ser muy usado en Japón. Y granjeaban las voluntades de algunos para que fuesen al convento a oír el camino de la salvación. A donde más provecho hizo la conversación de los siervos de Dios fué en casa de Guenifuin, gobernador del reino, que les hacía favor. Porque muchos de sus criados se bautizaban, y él preguntaba la razón de la vida penitente que hacían los frailes, ponderando mucho el negocio de la salvación, pues por que se salvasen los japones habían venido de tan lejanas tierras y vivían tan desasidos de las cosas temporales. Aunque como gentil ignorante, viendo el cuidado y eficacia con que los benditos mártires daban noticia de Jesucristo Nuestro Señor y procuraban la salvación de las almas, les decía que si los gentiles iban al infierno, que habría más lugar en el cielo para los cristianos Y no era de poco provecho el parecerles bien a los señores de la ley de Dios, porque esto bastaba para que muchos de sus criados, deseando convertirse y no osando, por no saber la voluntad de sus amos, a quien en extremo todos están sujetos, se bautizasen y perseverasen en la fe, guardándose de los pecados usados en palacio y venciendo muchas tentaciones y ayudados con el favor divino.

CAPITULO XXI

CÓMO CON EL EJEMPLO DE LOS FRAILES LOS CRISTIANOS SE EJERCITABAN EN OBRAS DE CARIDAD EN LOS HOSPITALES

Grande modestia de los pobres.—Caridad de los cristianos.—Reconocimiento de los pobres.—Señales de agradecimiento de los pobres.

Aunque al principio se comenzó un hospital pequeño, muy en breve, con la limosna que el gobernador de Ma-

nila y otras personas devotas para este fin enviaron y con lo que un principal japón dió, se edificó otro, y cabían en los dos más de cien pobres, los cuales se sustentaban de la limosna que pedían a los gentiles, que de ordinario era arroz y hierbas, y esto les cocían en casa de los hermanos hospitaleros con la caridad posible. A estos pobres, que de ordinario andaban fuera pidiendo limosna, no les faltaba ocasión de merecimiento, porque el demonio instigaba a los gentiles para que no les diesen limosna, por ser cristianos, si no nombraban el nombre de su principal ídolo, Amida. Pero como ya estaban advertidos de los religiosos que no pidiesen por amor de los ídolos, unos respondían que ellos eran cristianos y que adoraban a Dios y no a Amida. Otros, cuando nombraban el nombre de Dios eran maltratados de los gentiles. A los cuales con paciencia respondían que pues no les hacían limosna, que no les tratasen mal. Y muchos de ellos en voz alta decían cuando iban por las calles: «Loado sea Nuestro Señor Jesucristo y su bendita Madre», que era la salutación que los religiosos les enseñaron. Y aunque los gentiles no les entendían, proveíalos el Señor de lo necesario por los merecimientos de los santísimos nombres que nombraban. Los otros pobres que no podían salir a pedir limosna fuera de casa, se sustentaban de lo que de nuestro convento se les daba y algunos cristianos devotos les enviaban. Y muchos cristianos venían a trabajar a nuestra huerta por que hubiese hortaliza para todos los pobres. Y ellos siempre daban gracias al Señor porque sin solicitud humana les proveía de lo necesario por medio de sus siervos.

Lo que más era de considerar en este hospital era ver la caridad de los cristianos que servían a los pobres. Porque no sólo los santos mártires les enseñaron con palabras, mas con ejemplo, a lavar los pies y curar las llagas, pero dieron orden en que se labrase el hospital de suerte que estuviesen divididos los hombres de las mujeres, y asistían al comer y cenar y a los demás ministerios que en servicio de los enfermos se hacían. Y era tan grande el ejemplo que en esto se les daba, que muchos oficiales que vivían de su oficio procuraban hurtar algún tiempo a su trabajo y emplearle en el servicio de los hospitales, deseosos de enriquecerse de bienes eternos con estas obras de caridad, por ver que los frailes, después de haber gastado la noche y la mayor parte del día en las divinas alabanzas y en la conversión de los gentiles, venían a lavar y besar las llagas de los leprosos, y allí hallaban celestial

gusto. Y movidos con esto, muchos dejaban la ganancia de sus oficios y los intereses temporales y del todo se dedicaban al servicio de los hospitales, teniéndose por dichosos de vivir, como los pobres, de limosna, viendo cuán autorizada estaba la santa pobreza y humildad con la vida santísima de Jesucristo Nuestro Señor y con la de sus siervos los frailes Menores. Los cuales, por enriquecerse con estas virtudes, barrían los hospitales, limpiaban los vasos, mostrando mucha afición a los leprosos, que, desechados del mundo, parece que Dios les había traído allí para sólo darlos el cielo. Y cuando los pobres tenían entera noticia de Dios, mostrábanse muy agradecidos a su Majestad, conociendo la merced y misericordia que sin merecerla habían recibido. Oían con mucho gusto las cosas de Dios que el hospitalero les predicaba y lo que los niños de la iglesia les enseñaban cuando a prima noche iban a decirles la salve y a echarles agua bendita. Y cuando entraba algún religioso le recibían diciendo: «Loado sea Nuestro Señor Jesucristo», y rezando en alta voz un *Pater noster* y un Ave María, mostraban el agradecimiento que tenían por las mercedes recibidas de Dios, estimando en mucho ser visitados y consolados de los frailes. A los cuales respetaban mucho, besándoles la mano y postrándose delante de ellos. Y cuando les lavaban los pies ponían las manos, mostrándose indignos de recibir tal obra de personas de tanta dignidad. Y esta devoción duraba hasta que les acababan de lavar, rezando siempre y confirmándose notablemente en la fe con tan raros ejemplos de humildad. Y mostrábanlo en que a los gentiles que venían a ver el hospital les desengañaban de la falsedad de sus sectas, publicando que en sola la ley de Dios había salvación.

CAPITULO XXII

De las señales de predestinación que se veían en los pobres de los hospitales

Dureza de los precitos.—Vida de los pobres del hospital.—Notable caridad.—Buena muerte de los pobres.—Loable costumbre.

Aunque el estar uno predestinado para el cielo sea merced y misericordia grande de Dios y sin su particular revelación no se puede saber la predestinación de alguno, pero muchas señales hay de las cuales se puede colegir

este oculto beneficio de Dios Nuestro Señor (1). Por lo cual, considerada la vocación, vida y muerte de los pobres de los hospitales de los frailes, piadosamente se puede creer que casi todos los que morían eran del número de los predestinados. Porque habiendo, según la fama decía, en sola la gran ciudad de Miaco más de tres mil leprosos que pedían limosna, iba Dios entresacando a los que traía al hospital para que le conociesen y muriesen confesando su santo nombre. Y era cosa de admiración ver que traía Dios muchos de las aldeas y lugares remotos, movidos por la fama de los hospitales. Y muchas veces, viniendo los pobres gentiles de la ciudad a ver los hospitales y a visitar sus amigos y parientes, con hacerles particular regalo y mostrarles amor, así los benditos mártires como los demás cristianos que se hallaban allí, lavándoles los pies y haciéndoles caridad, persuadiéndoles a que se quedasen allí para hacerse cristianos, como los demás, para poder salvar sus almas, no querían, ni sabían conocer ni agradecer el bien que se les hacía, ni oían los buenos consejos de los leprosos cristianos, ni les movía el decirles que allí hallarían lo necesario para comer y vestir y pasar la vida sin trabajo, siendo servidos de gente honrada y que bautizándose podían salvar sus almas, yendo a gozar de Dios al paraíso celestial, adonde, aunque eran leprosos, estarían ricos y contentos y tan resplandecientes y hermosos como el sol.

También de la vida que hacían estos dichosos pobres se colige otra conjetura de su predestinación, porque vivían en mucha hermandad y paz, sin encontrarse uno con otro; rezaban el rosario, trabajaban los que podían en lo que sabían, limpiándose y cosiéndose unos a otros la ropa. Procurando sobre todo de guardar la ley de Dios que habían recibido, sin jugar ni gastar el tiempo en cosas ilícitas, porque el Señor, por medio de las amonestaciones y buen ejemplo de sus siervos los gloriosos mártires, los conservaba en mucha sinceridad y devoción. Confesábanse con particular sentimiento muy a menudo, aparejándose para morir, por ser la lepra enfermedad que con el frío o con otra pequeña causa o accidente acababa la vida. Iban los que podían a oír misa los domingos y fiestas a la iglesia, y oíanla con mucha devoción, aunque se apartaban de los cristianos, por razón de su enfermedad. Pero los imitadores de los religiosos, perdiendo el asco que hacen a los gentiles, viendo los leprosos cerca de sí, les acariciaban y, los que podían, les daban limosna y les aconse-

(1) Concil. Trident., sess. 6.

jaban que perseverasen en la fe y fuesen agradecidos a Dios, pues cuando sus padres y parientes les aborrecían y echaban de sus casas, los traía Dios a la suya. Y el santo mártir León y los que le ayudaban a servir a los pobres iban a cualquiera hora del día por las calles a traer a cuestas a los enfermos que hallaban echados en los arroyos. Porque los suelen echar a los perros, y esto es muy usado en Japón. Y suelen los infieles cortar las cabezas o desmenuzar los cuerpos de los que ansí hallan para sólo probar sus espadas, diciendo que con esto se hacen valientes.

También se colige otra señal de predestinación de la muerte de los pobres, porque no sólo se aparejaban con confesar sus pecados y creer firmemente lo que les habían enseñado, pero pedían a los frailes que les ayudasen con sus oraciones y que se hallasen con ellos a la hora de la muerte. En la cual, preguntándoles si tenían algo que confesar, respondían muchos: «¿Qué pecados tengo yo de tener en esta cama, sino desear irme al paraíso?» Y allá creo que iban derechos por la gracia de los divinos sacramentos. Y mostraban ser esto verdad, porque con mucha fe invocaban hasta que se les quitaba la habla los santísimos nombres de Jesús y María, confiando en la intercesión de la Santísima Virgen y creyendo que por los merecimientos de Jesucristo, su Redentor, aunque eran pobres leprosos desechados del mundo, habían de ser puestos entre los santos del cielo. Cuando los enfermos estaban agonizando, los demás pobres y otros cristianos que se hallaban presentes, y también después de acabados de morir, rezaban en voz alta algunos *Pater noster* y Ave Marías, y los hospitaleros, en muriendo alguno, le enterraban en un lugar particular que estaba junto a un hospital y se podía hacer sin verlo los gentiles.

Para aumentar la devoción de los pobres y de otros cristianos que se juntaban a los entierros, iba alguno de los frailes sacerdotes vestido con sobrepelliz y estola para bendecir la sepultura y hacer el oficio rezado. De esta suerte sacaba Dios de esta vida a aquellos sus escogidos (según piadosamente se debe de creer), labrándolos con enfermedades para el edificio de la celestial Jerusalén y levantándolos del estiércol de la lepra y miseria para hacerles grandes en el reino de los cielos. Y de aquella pequeña heredad de Cristo, regada con la doctrina y ejemplo de los gloriosos mártires, sacaba Dios maravillosas flores y rosas para el jardín celestial, pagando a sus siervos su trabajo con el juro seguro de las almas que tenían en los hospitales. Pues de ellos se poblaba el cielo. Aconte-

cía venir algunos pobres sin habla, y por la intercesión de sus siervos los benditos mártires y demás pobres, que luego hacían todos juntos oración por semejantes necesidades, les volvía Dios su habla y entendimiento para conocerle y acabar la vida, confesándole con mucho consuelo por entender que iban al paraíso. Y los que dejaban algunos hijos morían muy consolados, por saber que los frailes les serían verdaderos padres, como en todo lo que podían lo eran.

CAPITULO XXIII

De lo que decían el rey y los grandes de Japón de la vida y pobreza de los frailes

Discurso discreto de un gentil.—Fortaleza del cielo.—Discreta consideración.—Los gentiles no tienen entendimiento.—Verdadero modo de predicar.

Como los japones tengan buen entendimiento natural, cuadrábanles mucho los ejercicios que veían hacer a los frailes en los hospitales y las obras de caridad en que se ocupaban los cristianos que servían a los pobres. Y aunque, como faltos de fe cristiana y conocimiento de Dios, no conocían la dignidad espiritual de los religiosos ni daban el valor debido a sus humildes y caritativas obras, no obstante eso, enseñados de la lumbre natural, les parecían bien. Porque el rey, sabiendo lo que los santos mártires hacían, lo alabó, y se confirmó en que era buena gente, y aunque algunas veces daba a entender que no había otra vida, otras veces (remordido de su conciencia por la noticia que tenía de la ley de Dios, de la cual muchas veces había oído hablar a los padres de la Compañía, con quien antes que reinase tuvo estrecha amistad, y por lo que oía que hacían los frailes) mudaba parecer, entendiendo que había después de esta vida premio para los buenos y castigo para los malos. Y ansí, sabiendo el rigor y la santidad con que vivían los benditos mártires, les envió con Funguen, criado suyo, a decir le encomendasen a Dios Porque como el corazón del hombre sea mudable, creíble cosa es que con buen deseo se encomendaba a los que, como gentil ignorante, después crucificó. El gobernador del reino, sabida la obra de los hospitales, dijo que era obra grande del reino que hubiese en él gente de tanta piedad, y solía decir: «Viendo estos padres Descalzos siento

acá dentro en el corazón un no sé qué, que me dice que debe de haber salvación y otra vida, pues estos hombres, pareciendo honrados por pura virtud y no por deseo de cosa temporal (pues no la tienen ni la quieren), hacen tanta penitencia.» Y considerando que siempre que iban a su casa manifestaban el nombre de Dios a sus criados, les decía: «Ora, padres, ¿qué les va en que nos salvemos o no nos salvemos?» Y una vez le respondió el santo comisario que Dios mandaba y el amor del prójimo enseñaba que quisiésemos tanto bien como era la salvación para todos. Oída esta breve respuesta, dijo que entendía que había otra vida y que él buscaría la salvación. Y aunque después no la buscó, por temor del rey y por sus ocupaciones y culpas, Dios favorecía su casa, pues no sólo se bautizaban sus criados, mas dos hijos suyos recibieron el bautismo de manos de los padres de la Compañía y mostraron mucho fervor y deseo de morir por Jesucristo en la ocasión del martirio de los santos mártires, como en el libro siguiente, capítulo VIII, se dirá.

Los demás gentiles, viendo a los frailes arrodillados a los pies de los leprosos, decían que aquellas obras eran de madres regaladas, y, vueltos a los pobres, les aconsejaban que agradeciesen a los padres el bien que recibían. Y era tanto el concurso de gentiles que iban al hospital (en especial a las tardes, en acabando los oficiales sus oficios, que de ordinario es temprano, y los días que huelgan), que se ocupaban dos o tres japones cristianos en decir a la gente que venía cómo los frailes eran religiosos cristianos, y que era muy grande la dignidad que tenían, y de cuán lejos habían venido a hacer aquellas obras de mucho valor, limpiando y curando a los pobres los cuerpos y, lo principal, enseñándoles el camino del cielo. Y de esto no sólo eran predicadores los japones cristianos que lo tenían por oficio, pero los mismos leprosos, y muchas veces se veían los recién bautizados tan fervorosos desengañando a los infieles, que se echaba de ver la fortaleza que en el santo bautismo da el Señor a sus fieles. Y por ser mucha la gente que movida de lo que veían en los hospitales deseaban oír la palabra de Dios, se hicieron allí junto unos aposentos en que catetizasen los japones. Y otros iban a la iglesia, que estaba cerca, y algunas veces venían algunos señores principales, incrédulos de que hubiese hombres que lavasen leprosos y les besasen las llagas, y viéndolo quedaban admirados y conmovidos con aquellas obras de amor y piedad y menosprecio del mundo a seguir la ley que los frailes enseñaban. Y consideran-

do estas obras, decían: «Pues hombres tan blancos como éstos lavan pies de llagados con tanto amor y regalo, sin tener asco, alguna cosa grande debe de haber encerrada en esto.» Y llevados del deseo de saberlo, iban a oír a los que estaban catetizando. Y escogía Dios Nuestro Señor de éstos los que era su santa voluntad. Sobre todo, lo que daba a los santos gran motivo de bendecir a Dios era ver que algunos recién bautizados, que pocos días antes habían estado haciendo burla de lo que les veían hacer, después de bautizados servían a los pobres y lavaban los leprosos como los muy antiguos en la fe y ayudaban con mucho fervor a los que asistían en el hospital. Y algunos, cuando por respetos humanos no venían de día, iban a prima noche, y daban sus limosnas, y muchos gentiles también se la enviaban o la traían, como algunas veces yo vi.

Otros gentiles venían a los hospitales, y lo que a unos daba motivo de admiración, a ellos engendraba motivo de burlar y sentir, como si no tuvieran entendimiento para ver la caridad de los frailes. Porque como sea entre ellos pública voz y fama (por no haber oído la ley de Dios) que los cristianos comen hombres, tomando por motivo que comen vaca, decían muchos que los frailes hacían aquellos hospitales para comer los cuerpos de los leprosos, y lo que sobrase enviarlo a sus tierras en cecina. Por esto se conocerá cuán entenebrecidos tienen los entendimientos los idólatras y cuántas gracias debemos dar a Dios los que le conocemos y somos del gremio de la Iglesia romana. Otros que venían a ver y preguntar por curiosidad, volvían muy mudados, vencida su presunción con la humildad de los siervos de Dios, que predicaban con estas santas obras con mucha ganancia de almas, conforme a lo que el seráfico padre San Francisco decía, declarando aquel verso del cántico de Ana, madre de Samuel, donde dice que la estéril parió muchos hijos, y la que tenía muchos, enfermó (1), declarando esto de los predicadores, que aunque tenían muchos hijos no los vivificaban con buenas obras y ejemplo, como hacían los ignorantes y simples legos, que no teniendo hijos por su idiotez, ganaban para Dios muchos hijos con su vida y santas obras, y no sólo granjeaban los frailes muchas almas para el cielo, pero ganaban honra aun entre los gentiles, que juzgaban ser buenas aquellas obras de humildad. De los cuales no faltó quien, viendo que el gobernador las alababa, dijo que no era bien que los reli-

(1) I Reg., 2.

giosos, que habían venido por embajadores, lavasen pies de leprosos. Y que si esto hacían, que los principales no vendrían a oír sermón a su casa.. Pero como los fundamentos de nuestra fe estén puestos en la pobreza, humildad y cruz, los discípulos verdaderos de Cristo, pobre, humilde y crucificado, no estimaban el decir del mundo, porque sabían que por aquel camino daban mejor a conocer a los hombres a Jesucristo, Hijo de Dios y verdadero Salvador del mundo, que no con autoridad secular y pompa humana, porque no son estos medios proporcionados al Dios crucificado que predicaban.

CAPITULO XXIV

DE CÓMO CRECÍAN EN DEVOCIÓN Y VIRTUD LOS CRISTIANOS CON LA DOCTRINA DE LOS FRAILES

Documentos santos.—Aprovechamiento espiritual.

El santo comisario era el primero que iba a visitar los hospitales, mostrando indecible contento de ver los pobres aprobando con palabras y ejemplo lo que sus súbditos y hermanos hacían, lavando los pies de los más llagados, sabiendo que era éste el modo más eficaz de predicar el santo Evangelio, y causaba gran admiración a los gentiles y devoción a los cristianos el ver que el prelado mayor (que había sido tan honrado del rey y de los grandes de su corte, haciéndole fiestas y convites, como a embajador de un poderosísimo rey, y que por la gravedad de su persona se daba a estimar, amar y reverenciar) mostraba en las obras que hacía a los pobres estimarles más que a sí. Y en quien hacía más efecto este admirable ejemplo era en los cristianos, que movidos por él y por la fe, que les enseñaba que cada leproso y pobre era una figura y retrato de Jesucristo Nuestro Señor, andaban con una santa competencia, y con tanta viva fe servían a los leprosos, que parecía que le tenían delante los ojos. Para que se conservasen en estas obras de virtud, exhortábanles los benditos mártires a que cada día oyesen misa. Y decíanles algo de la alteza de este misterio para aficionarles más a él, y que ofreciesen a Dios Nuestro Señor el trabajo que tenían en servir a los pobres y las obras de caridad que les hacían. Persuadíanles también a que se confesasen muy a menudo. Y viendo la sinceridad de sus conciencias, y cuán virtuosamente vivían, ocupando el tiempo en servir

al Señor con sus pobres, y cuán aprovechados estaban en el conocimiento de los misterios de la fe, dábanles la santa comunión algunas fiestas principales del año, incitándoles a que no sólo diesen gracias a Dios por tan singular merced, sino que creciendo en virtud deseasen cada día más servir al Señor y le amasen con todas sus fuerzas. Enseñábanles cómo habían de ocupar el día en obras que fuesen agradables a Dios y a que fuesen muy devotos y aficionados a la Virgen Santísima Nuestra Señora, diciéndoles qué buena era la devoción del Rosario y cuán agradable era a esta benditísima Señora la de su Corona, declarándoles muy por menudo los misterios que se encierran en estas santas devociones. Muchos cristianos que iban aprovechando en la oración mental, perseverando algunas horas en ella, recibiendo particulares favores de Dios, preguntaban el modo que se había de tener en ella y mostraban gusto y provecho en este santo ejercicio. Y aunque para estas cosas no faltaban contradicciones, pretendiendo algunos, por temor del rey, que no fuesen los cristianos frecuentemente a la iglesia de los frailes, dióse traza cómo fuesen con recato, cerrando la puerta principal y abriendo otra secreta, poniendo en ella un portero japón. Aunque los frailes, viendo la libertad que tenían con la licencia del rey y con haber levantado iglesia, casa y hospitales, y que había muchos cristianos que vivían junto a ellos conocidamente pobres, parecíales que no había inconveniente de que fuesen cada día a oír misa y de que los domingos y fiestas les predicasen en la iglesia el santo comisario y el santo fray Gonzalo, con notable provecho de los cristianos. Los cuales se mostraban muy agradecidos por estos beneficios que recibían, y aunque de todo esto tenía noticia el rey, no reparaba en que los pobres se bautizasen.

CAPITULO XXV

Cómo los frailes pusieron en su iglesia el Santísimo Sacramento

Inconvenientes aparentes.—Grandes provechos.—Respóndese a los inconvenientes.—Falsos testimonios contra los frailes.

Viendo los benditos mártires que el favor del rey y de los grandes iba adelante, y cuán respetados eran de los infieles, y que la iglesia y casa estaba cercada con cerca

alta y alderredor de ella muchas casas de cristianos, mandaron hacer una muy curiosa custodia, y blanqueando la iglesia y adornando los tres altares con retablos y limpios aderezos y ornamentos, pusieron el Santísimo Sacramento en el altar mayor con la decencia posible, y ansí por su consuelo espiritual como por aumentar la fe y devoción de los cristianos. Y aunque esto fué motivo para condenar algunos a los benditísimos mártires y tenerlos por imprudentes, por ser los cristianos tiernos en la fe y no haberse hecho esto antes en Japón, y correr peligro de ladrones y de que el rey gentil quisiese hacer alguna irreverencia sabiendo que estaba allí el Dios de los cristianos; pero consultado el caso con personas religiosas doctas y prudentes, fué aprobado y alabado el hecho por muchas razones. Y por los efectos se conoció haberse acertado. Porque los religiosos, faltos de toda consolación temporal, se confortaban y consolaban con la presencia sacramental de su Dios, aumentando vigilias y disciplinas y las horas de oración. Porque no faltaba quien guardase la iglesia de noche, que de día no había peligro. Y en los cristianos conocidamente se echaba de ver el aumento de la fe y respeto y devoción al Santísimo Sacramento, frecuentando con mucha confianza el ir a la iglesia, por saber que estaba en el Santísimo Sacramento su Dios y el remediador de sus necesidades espirituales y temporales. Y aunque fuesen tiernos en la fe, pues la tenían para adorar la Hostia consagrada en la misa y antes que se consumiese creían que estaba en ella su Dios, no les había de faltar para adorar la misma Hostia que estaba en la custodia. Y si no se había puesto en algunas de las iglesias que había antes en Japón, fué porque no hubo tanta libertad para manifestarse los religiosos cristianos como ministros de Dios y predicadores del santo Evangelio como tuvieron los frailes con el favor y licencia del rey, que (como queda dicho) era señor universal de Japón, aunque la hubiesen tenido de señores particulares. Y cuando quisiera el rey hacer alguna irreverencia, pudiera hacerla cuando se decía misa, la cual no se había de dejar de decir por este temor. Y cuando hubiera barrunto de algún peligro, había siempre vela y guarda, que la hacían los religiosos dentro y los cristianos fuera de la iglesia. Con esto no pudieran los ladrones, cuando los hubiera, hacer ningún daño. Y durante la amistad del rey, en todo había seguro.

Y ansí, publicándose (aunque falsamente) que era el rey muerto, luego el santo comisario consumió el Santísi-

mo Sacramento, con gran contradicción de los cristianos, que se mostraban muy deseosos de no perder la consolación espiritual que tenían, ofreciéndose a guardar la iglesia hasta que el peligro les obligase a consumirle. Y después, por particulares respetos que se ofrecieron, no le volvieron a poner. Y aunque le vieron consumir muchos cristianos que estaban en la iglesia, no faltó quien publicase que los gentiles le habían hurtado, siendo notoria falsedad. Pero con estas y otras semejantes contradicciones permitía el Señor que fuesen sus siervos ejercitados, comenzando con esto el martirio prolongado, que después tuvo el deseado y glorioso fin en la cruz. Mostrando con este glorioso triunfo el Señor cuán agradable le había sido la vida de sus siervos y confundiendo a los que los tenían por imprudentes y inútiles para la cristiandad de Japón. Dando a conocer a los cristianos de Japón cómo estimaba mucho a sus siervos, porque habiendo sido sus semejantes en la vida de pobreza y humildad, los hizo semejantes a sí en la muerte de la cruz, levantándolos como bandera y estandarte a quien siguiesen los verdaderos fieles, teniéndolos en mucha veneración y por amigos de Dios, aunque los prudentes del mundo los tenían por necios, y los gentiles, como ignorantes de los bienes celestiales, los crucificaron como a malhechores. Pretendiendo el Señor sacar de esta afrentosa muerte aventajada gloria para los santos mártires y edificación de los fieles de los tiempos presentes y por venir.

CAPITULO XXVI

De la mucha devoción que mostraban los cristianos a los frailes

Los frailes fueron muy respetados.—Muestras de cristiandad.—Tres buenos cristianos.—Mortificaciones públicas.—Darío, gran cristiano.—Loables ejercicios.—Efectos de la vida apostólica.—Buen deseo de un cristiano.—Conversión particular.

Como la Iglesia de Japón estuviese plantada con la predicación, virtud y santidad de los padres de la Compañía, no conocían los japones otros religiosos hasta que fueron los Frailes Descalzos. Y viendo que conformaba el rigor y aspereza de su hábito y profesión con lo que habían oído de los padres de la Compañía de la pobreza estrecha de

la Orden de nuestro seráfico padre San Francisco, confirmábanse en la fe recibida, viendo con sus ojos que los frailes, aun viviendo en la carne, vivían crucificados con Cristo, desasidos de todo lo temporal, dando a entender cuán cierta es la esperanza de los bienes eternos que esperan los cristianos. Y gustaban mucho de visitarlos a menudo, teniéndolos gran respeto y reverencia, por la honesta compostura y humilde gravedad que en ellos resplandecían. Dábanles limosna con mucho amor, aunque no podían tanto como deseaban. Y cuando con sus enfermedades eran visitados de ellos o por algún negocio grave y de caridad venían a sus casas, teníanse por muy dichosos, recibiéndoles con particulares señales de amor, besándoles todos los de la casa el hábito, pidiéndoles la bendición. Y en sus trabajos, con mucha fe les pedían hiciesen por ellos oración y les dijesen algún evangelio. Con este buen ejemplo que daban los que eran padres a sus hijos, los niños chiquitos cuando veían algunos religiosos corrían a besarles el hábito. Y en grandes y pequeños resplandecía mucho la afición y devoción que les tenían. Gustaban oírles hablar de Dios, mostrándose muy agradecidos y aun admirados de ver que, siendo muchos de ellos letrados, se hiciesen como niños aprendiendo su lengua, por sólo enseñarles el camino del cielo, y que por sólo este fin, sin interés humano, hubiesen venido de tan lejas tierras, sufriendo trabajos por mar y tierra.

Comúnmente, cuando iban por los caminos salían de los lugares los cristianos a recibirlos, y si estaban trabajando en el campo y les veían pasar, aunque estuviesen lejos, les venían a besar el hábito y tomar la bendición, la cual pedían que echasen también a sus hijos, trayéndolos a la iglesia cuando estaban enfermos, y tenían mucha fe y confianza de que por su intercesión habían de recibir salud de Dios. Y si los benditos mártires les daban alguna cosa, mil veces la besaban y ponían sobre su cabeza, guardándola como gran reliquia, y cuando estaban orando en la iglesia llegaban a besarles el hábito, con intento de tomar algún pedacito, por devoción, de los hilos que se deshacían de lo bajo de él. Con estas y otras semejantes señales mostraban los cristianos la devoción que les tenían; en especial el hermano Cosme Yoya y el capitán Justo eran tan devotos de los frailes, que algunas veces comían con ellos en el refectorio. Y también el hermano Diego cuando venía de Zacay a visitarles, por ser hombre virtuoso y muy bienhechor, y con esto quedaban tan devotos y agradecidos de ser admitidos a comer con los religio-

sos, que como por reliquias llevaban a sus casas las sobras de la mesa, para repartir con sus mujeres y hijos, edificándose en ver cuánto resplandecía la santa pobreza en las mesas y comida y de que comiesen los frailes en las escudillas de palo que se hacían para los leprosos. El hermano Cosme, como muy familiar, por sus importunos ruegos y por mostrarle algún agradecimiento a sus buenas obras y como hermano de la Orden, era admitido en el convento en todos los ejercicios con los religiosos, con muestras de gran devoción. Viendo que en aquellos santos días representaban muy al vivo los benditos mártires la Pasión de Jesucristo nuestro Redentor, haciendo particulares mortificaciones en el refectorio, como es costumbre muy antigua y guardada según los estatutos de cada Religión; así lo hacía nuestro padre San Francisco, dando ejemplo a sus hijos presentes y futuros y mandando a sus compañeros, enseñado del espíritu del Señor, que se ejercitasen en estas ceremonias santas y de mucha importancia.

Porque con estas santas invenciones, hechas con espíritu y prudencia, se ganan grandes merecimientos. Enseñados, pues, de esta santa doctrina y de la costumbre de nuestra sagrada Religión, los días de la Semana Santa unos entraban azotándose a la hora del comer. Otros andaban postrados por el suelo, besando los pies de los que comían. Otros eran llevados con gruesas sogas atadas a la garganta. Representando con estas muestras exteriores el sentimiento interior que tenían de lo mucho que su Dios padeció, sin culpa, por ellos. Y si bien se miran, semejantes mortificaciones están canonizadas por santas con los hechos de los santos. Porque el profeta Isaías (1) salió desnudo y descalzo, y Jeremías (2), cargado de cadenas de hierro delante del pueblo judaico. Y San Juan Clímaco hace particular memoria de muchas mortificaciones que hicieron los santos de su tiempo, las cuales fueron después imitadas de otros. Y aunque hablando de lo que comúnmente deben las personas penitentes hacer, no se han de hacer semejantes mortificaciones públicas sin particular espíritu y moción interior de Dios, no se han de condenar del todo. Pues por semejantes medios se alcanzan de Dios muchos bienes, humildad y aborrecimiento de sí mismo, y se engendra espíritu y devoción en los que con sana intención las miran. Como en los japones que estaban con

(1) Is., 20.
(2) Jer., 27.

los religiosos se vió, pues con el ejemplo de estas extraordinarias penitencias crecían en espíritu y devoción.

Los señores de Japón que eran cristianos, aunque no osaban muchas veces visitar nuestra iglesia y ver a los frailes, por el recelo que tenían de ser conocidos por cristianos, cuando se veían en parte a donde sin testigos podían mostrar la devoción que tenían a los siervos de Cristo, postrados por tierra les besaban el hábito. Y encareciendo el rigor con que se trataban, se persuadían mucho a que todo aquello era bueno para ganar el cielo y que ponían por obra lo que a otros predicaban. Otros caballeros cristianos, si acaso estando ellos en sus pueblos pasaban por allí algunos frailes, tenían por grande honra que se fuesen a sus casas, para poderles regalar conforme a la obligación que entendían tener a los que les administraban el espíritu y vida. Y sabiendo que había algún fraile en el lugar, unos a otros se convidaban, y llevaban los niños pequeñuelos para que todos le tomasen la bendición. Y los que los tenían por huéspedes les administraban con mucho amor lo necesario. Y particularmente les mostraba devoción un noble cristiano llamado Darío, padre del capitán Justo, de quien se ha hecho mención. Porque en este venerable viejo se veían la fe y caridad de Abraham juntas con una cristiana humildad, la cual mostraba en acariciar los frailes cuando iban a su casa, sirviéndoles él (como yo vi) y respetándolos tanto, que no se atrevía a comer con ellos. Recibía gran consolación en que se dijese misa en su casa, edificándose de ver que se levantasen de noche a maitines y que sus ocupaciones todas fuesen enderezadas al servicio de Dios, y de ver cuán confiados salían por las aldeas a consolar y animar a los cristianos, sin cuidado de quién les había de proveer de lo necesario, poniendo sólo en Dios su confianza. Con esto se alegraba su espíritu, y viendo esto este devoto cristiano, se consolaba con la pobreza grande en que vivía por haberle quitado el rey su hacienda porque no quiso dejar la fe, por la cual padeció muchos años de cárcel, acrisolando Dios su fe y enriqueciendo su alma con muchos merecimientos. Cuando estaban los santos frailes en algún lugar, los cristianos que había les venían a visitar y a oír de ellos la divina palabra o alguna vida de algún santo, porque cuando no sabían los frailes la lengua, llevaban un *Flos Sanctorum* de la lengua japona escrito con nuestros caracteres, que les leían. Y sobre todo recibían gran consolación de oír misa y hallarse a la disciplina que a prima noche en

las iglesias adonde posaban hacían, precediendo la lección de la vida del santo.

Y para que gozasen de tan gran consuelo enviaban a llamar los cristianos que estaban por las aldeas o casas apartadas. Y cuando venían traían alguna fruta o pequeño presente para los siervos de Dios, regocijándose mucho de verlos, volviendo muy satisfechos de su santa conversación y vida. Y de ver que entre tantos infieles les enviase el Señor aquel refrigerio espiritual con sus siervos. Los cuales, como varones apostólicos, sin temor del rey tirano ni de los infieles, andaban confortando y conservando los cristianos en la fe, haciéndoles suave el yugo de la ley de Dios. Porque los pobres, viendo su estrecha pobreza, tomaban con paciencia la suya, teniéndola por buen remedio para salvarse. Los afligidos, con las palabras santas de los siervos de Dios se consolaban. Los temerosos por la persecución pasada, con el esfuerzo y libertad cristiana de los predicadores evangélicos, desechando el temor, se vestían de fortaleza. Los desterrados de sus casas y lugares por ser cristianos, siendo perseguidos de gentiles, se tenían por dichosos de padecer algo por la fe. Viendo que por predicarla venían los religiosos (como valerosos capitanes que hacían gente para el cielo, desterrados de su patria, parientes y amigos) a reinos extraños a vivir entre infieles, sabiendo cuán en peligro ponían sus vidas. Y cuando decían que no deseaban otra cosa sino morir por Jesucristo, esforzábanse mucho los cristianos y mostraban particular devoción. Una vez, en la ciudad de Usaca, antes que tuviesen allí los frailes casa, sabiéndose que dos frailes estaban en casa de un señor principal cristiano llamado don Agustín, que les hacía mucha caridad, pero por temor del rey no podían estar en su casa para que con la libertad necesaria procurasen el consuelo de los cristianos, luego uno de los más antiguos cristianos se ofreció a llevarlos a su pobre casa, con tan esforzado ánimo, que posponiendo el temor del rey, iba muy ufano con tan buenos huéspedes, diciendo que ninguna cosa deseaba más que ofrecer su vida y la de su mujer e hijos por la fe de Jesucristo Nuestro Señor. Y en su casa, por estrecha y pobre que era, aposentó en un portal a los siervos del Señor. Y allí hicieron un altar, adonde se decía cada día misa, la cual oían diez o doce cristianos que casi todo el día asistían al oficio divino y a las pláticas que hacía el santo mártir León, que de ordinario (como está dicho) iba con los frailes. Y los religiosos con mucha alegría espiritual daban gracias a Dios de ver el pobre portal adonde

bajaba su Majestad del cielo cada día en la misa, y decían que pues en Belén estuvo en un pobre portal y nació en pobre pesebre, que no se deserviría en bajar a otro portal para ser pasto de las almas y consuelo espiritual de sus fieles. Y aunque no sabían bien la lengua, esforzaban como podían a los cristianos, y con la diligencia y amonestaciones de los gloriosos mártires, en ocho días que estuvieron allí se bautizaron algunos, y otros que estaban fríos en la fe se fortalecieron en ella. Y bautizándose los criados de casa, que eran gentiles, quedó la casa toda dedicada al servicio de Dios. A quien se convirtió entonces un hombre principal, de edad de cincuenta años, que hacía veinte que se había bautizado, y como no sabía otra cosa que decir: *Causa causarum, miserere mei*, había apostatado de la fe. A la cual volvió con gran arrepentimiento y devoción, haciendo que toda su familia se bautizase.

CAPITULO XXVII

De algunas particulares mercedes que el Señor hizo a muchos cristianos devotos de los frailes

Favores de nuestro padre San Francisco.—Visiones maravillosas.—Cosa maravillosa.—Vocaciones particulares.

Una de las cosas que más agradable era a los cristianos que comunicaban con los gloriosos mártires era oír la vida y milagros del gloriosísimo padre San Francisco, cuya vida evangélica veían al vivo retratada en sus hijos. Y de aquí nació el tener muchos grande afición a este gran patriarca de los pobres, encomendándose a él en sus necesidades, en las cuales tenían muy cierto su auxilio y socorro maravillosos. Queriendo una vez un gentil principal degollar a un su criado cristiano por una cosa que falsamente le imputaban, viéndose en este trabajo el cristiano, con mucha fe pidió favor a su devoto San Francisco. El cual luego le socorrió, porque estando el amo en su aposento entró un fraile y le dijo que no matase a su criado, diciéndole que era falsa la culpa que le imponían. Por lo cual el amo le perdonó. Y llamando al criado le preguntó desde cuándo tenía amistad con los frailes de Namban (que ansí nos llamaban algunos gentiles), y respondióle que algunas veces había hablado a uno de ellos, que se llamaba fray Gonzalo, que sabía hablar la lengua japona. Y contándole el amo lo que había pasado, entendiendo el criado que su conocido fray Gonzalo le había librado de aquel peligro,

le fué a dar las gracias. Y como se supiese que el santo fray Gonzalo aun no conocía a su amo, conocióse muy claro que había sido particular favor y merced de su devoto San Francisco.

El hermano Cosme Yoya era tan aficionado a nuestro padre San Francisco, que a todos los cristianos inducía a su devoción y en todas las necesidades le invocaba con mucha confianza, y él me confesaba a mí haber recibido maravillosamente una merced del santo. Porque habiendo el rey mandado matar a todos los criados más honrados de su sobrino, cuando le mató (como queda dicho), y por ser éste gran cristiano. Cosme, como su secretario, aguardaba cada día la muerte, porque a todos los criados de su amo les cortaban las cabezas, y un pariente del mismo Cosme, con toda su familia, habían ya degollado. Por lo cual, creciéndole el temor de la muerte, con mucha confianza decía a nuestro padre San Francisco, su devoto: «Ahora es tiempo, padre mío, que me socorráis, pues yo soy tan vuestro siervo y de vuestros hijos.» Y tomando muy a su cargo los frailes el suplicar al Señor que librase de aquel trabajo a su devoto, sin saber cómo, andando los criados del rey buscando a los criados de su sobrino, para matarlos y pedirles cuenta de la hacienda que tenían a su cargo, nunca buscaron a nuestro hermano Cosme, con ser muy conocido criado y saberse que debía cantidad de dineros, hasta que habiendo muchos días que pasó el riguroso mandato del rey colérico, muy pacíficamente le pidieron los dineros.

Otra mujer llamada María, viéndose fatigada de un celoso pensamiento, imaginando que su marido no le guardaba lealtad, encomendándose muy de veras a nuestro padre San Francisco, una noche, estando llorando su desconsuelo, vió una venerable persona que apareciéndole le dijo que no tuviese çelos de su marido, porque era muy honesto y le guardaba lealtad. Y (como ella me dijo) con esto se quietó. Y entendiendo que por medio de su devoto San Francisco había recibido esta merced, le daba muchas gracias y hacía gran caridad a sus hijos los frailes. Esta misma mujer me dijo que estando muy tibia en la devoción del Santísimo Sacramento, por tentarle el demonio, persuadiéndola que no estaba Jesucristo Nuestro Señor en la Hostia consagrada, oyendo con la devoción que podía la misa de uno de los benditos mártires, vió un niño muy hermoso en la Hostia, con que su alma quedó muy consolada y libre de la tentación.

Otra mujer llamada Isabel, viéndose tentada de una

terrible desesperación, por hacer muchos años que estaba leprosa, oyendo misa de uno de los frailes, vió encima del altar (como ella me dijo) un niño con una cruz, con cuya vista fué su alma muy consolada, y de allí adelante mostraba mucha paciencia en su trabajosa enfermedad, haciendo de ella medicina para curar las llagas de sus pecados.

Andando una vez en procesión con el Santísimo Sacramento dentro de la iglesia, un cristiano llamado Francisco dijo a los gloriosos mártires que había visto un niño muy hermoso dentro en la Hostia, y nuestro hermano Cosme dijo que aquel mismo día mientras duró la procesión había visto la Hostia toda sangrienta, y los dos me dijeron esto a mí, y estaban muy confirmados con estas visiones en la fe de este sacrosanto misterio del altar.

De algunos cristianos fidedignos supe que estando el glorioso mártir fray Francisco de la Parrilla, con un compañero sacerdote, en la ciudad de Usaca, en una pobre casa de un cristiano, el primer día que se dijo misa en ella fué tanta la claridad que a las Ave Marías rodeó la casa estando en oración mental los religiosos con cuatro o seis cristianos, que causó grande admiración en los gentiles vecinos de aquella casa, y afirmáronme dos personas fidedignas que había sido tanta la claridad, que después de anochecido, muchos que en aquella calle estaban trabajando no cesaban de su trabajo, entendiendo que aun era de día.

También el Señor llamaba algunos cristianos al bautismo con particulares visiones. Porque un infiel que vivía junto a la iglesia, habiéndole persuadido los benditos mártires y otros cristianos que se bautizase, nunca había querido ni aun oír sermón. Estando una vez en su casa (como él dijo cuando vino a pedir el santo bautismo), oyó encima de la iglesia una música celestial, y estándola oyendo, llegaron a él dos hombres grandes y de terrible aspecto, y le riñeron porque no se hacía cristiano. Por lo cual en amaneciendo vino a la iglesia y, contando lo que había visto, dijo que quería ser cristiano, y lo fué después muy bueno.

También una vieja de más de ochenta años, que reñía mucho a una su nieta porque se había hecho cristiana, pidió encarecidamente el bautismo, diciendo que una persona que no conocía, estando en su casa, la había mandado que se bautizase. Y según se cuenta en las historias, semejantes mercedes suele Dios Nuestro Señor hacer a los que tiene predestinados.

CAPITULO XXVIII

Del fervor con que los cristianos procuraban el cordón y cuentas benditas.

Devoción particular.—Había muchos cofrades del Cordón.—Escapulario de Santa Clara.—Estación del Sacramento.

Con la particular afición que tenían todos los cristianos a los frailes, aunque tenían muchos (en especial de los antiguos) algunas cuentas benditas que los padres de la Compañía les habían dado, cobraron mucha devoción a las cuentas que les daban los frailes. Porque con aquel santo interés que el Papa concedía a los que tuviesen aquellas cuentas y medallas, rezando lo que se mandaba, viviesen los que las tomaban cuidadosos de rezar. Y muchos venían por recibir una cuenta bendita desde las aldeas, aunque estuviesen una o dos jornadas de las partes más remotas de Japón, adonde había algunos cristianos esparcidos, enviaban con grandes ruegos por algunas cuentas benditas. A los que se bautizaban o residían en Miaco acostumbraban los benditos mártires no se las dar fácilmente, porque las estimasen en mucho. Y ansí, primero que se las diesen, los hacían rezar algunos rosarios o coronas, y aun a veces ayunar, y les declaraban, lo más claro que era posible, cómo el Papa era cabeza de la cristiandad y que tenía poder para conceder indulgencias y jubileos. Por que ansí enseñados los fieles no perdiesen la ocasión de ganar las indulgencias para sí y para las ánimas del purgatorio. De quien les hacían los frailes ser muy devotos, diciéndoles la gran necesidad que tenían en las terribles penas del purgatorio. También les publicaron después las indulgencias del cordón, que les enviaron desde Manila con una copia impresa del breve del Papa Sixto V, autorizado con el sello mayor de nuestra Orden y pasado por el ordinario, y un libro del modo con que se había de fundar la Cofradía del Cordón y de las indulgencias que ganan los que se firman por cofrades. Y aunque el fundar de propósito cofradía no pareció que convenía por algunos respetos, dábanse los cordones, bendiciéndolos el prelado con gran autoridad después de misa, escribiéndose los que lo recibían en un libro, y eran tantos que nos ponían admiración. Porque desde todas las partes donde había cristianos, o venían o enviaban a bendecir cordones, trayendo tan gran cantidad ya hechos, que algunas veces

vi costales de ellos, y en cada cordón venía escrito el nombre del dueño, para que quedase escrito en el libro de los cofrades.

Hacíase también la procesión por medio de la iglesia un domingo en cada mes, a la cual venían con mucha devoción los cristianos, y causaba en ellos gran consuelo espiritual. Porque como eran plantas tiernas en el jardín de la Iglesia, regadas con la doctrina del santo Evangelio y doctrinadas con las ceremonias santas, no sólo se mostraban atentos y devotos, pero deseaban saber lo que significaba cada una de las ceremonias y las indulgencias que ganaban en las procesiones. Las mujeres acostumbraban a traer el escapulario de Santa Clara, al cual están concedidas muchas gracias, siendo bendito por algún prelado de nuestra Religión. Y aunque por el recato que era necesario tener en cosas tan particulares le traían escondido fuera de la iglesia, en entrando en ella, enseñadas de su devoción, le descubrían y rezaban lo que era necesario para conseguir las indulgencias. Y era tanta la devoción que todos tenían a las cuentas del Papa Adriano VI, que por tenerlas con más reverencia y por que no se les perdiesen, las hacían engastar comúnmente en plata y las guardaban con gran cuidado y traían el cordón ceñido, sin temor de ser conocidos por cristianos. Y aunque con dificultad los japones aprenden nuestra lengua o la latina, todos aprendieron el *Gloria Patri* para ganar con el cordón la estación que llamamos los frailes del Santísimo Sacramento, que otros llaman indulgencia, que es seis *Pater noster* y seis Ave Marías, y en fin de cada *Pater noster* y Ave María, un *Gloria Patri et Filio*, etc. Y en quien en rezar todo esto no tenían descuido eran los cristianos familiares y vecinos de los frailes y los leprosos, que en voz alta rezaban muchas de las oraciones que se mandan rezar para ganar las indulgencias de las cuentas y cordón, en especial esta del Santísimo Sacramento y otra oración de Santa Ana, a quien estaba dedicado el un hospital, porque tenía muchos perdones una imagen de esta gloriosa santa, que imprimían los padres de la Compañía, si decían delante de ella tres veces una breve oración que estaba traducida en lengua japona. Y hacían cada día rezar a los pobres todas estas oraciones los que estaban señalados para que tuviesen cuidado de hacer rezar y conservar las ceremonias y costumbres santas que los benditos mártires habían mandado que se guardasen en los hospitales.

CAPITULO XXIX

De la prudencia con que procedían los frailes en la conversión

El santo comisario tenía gran experiencia en la conversión.—Lugar adonde se predicaba.—Los frailes no usaban de cumplimiento.—Dábanse a los cristianos «agnusdéi».—Escrúpulos de los cristianos japones.—Mandatos muy prudentes.

Como el santo fray Pedro Bautista, que era comisario y prelado superior de los frailes, fuese persona muy docta y de gran prudencia y tuviese experiencia de Nueva España y Filipinas, adonde estuvo muchos años y ganó muchas almas para el cielo, en breve tiempo que estuvo en Japón vió lo que era necesario para aquella conversión. Y aunque mandó que se siguiese en todo el modo que guardaban los padres de la Compañía, a quien él mismo le pidió en escrito, como queda dicho, con todo esto, como los frailes teníamos licencia del rey para vivir a nuestro modo, diciendo misa y celebrando los oficios divinos en nuestra iglesia, no era posible, sin notable detrimento de la fe, seguir el recato con que los padres de la Compañía vivían, porque entonces andaban temerosos del rey, y con cuidado, escondidos y vestidos como japones. Y ansí, para no faltar al principal intento que llevaron los Frailes Descalzos a Japón, que era la conversión de aquellos gentiles, ordenó el santo comisario el modo que se había de guardar, así con los cristianos como con los gentiles, mandando que a los gentiles catetizasen los cuatro o cinco predicadores japones que estaban de ordinario en casa, en cuatro aposentos labrados para este fin (y aunque pobres, limpios), adonde sin tropel entraban los que venían a oír los sermones que se predicaban en seis o siete días. Teníase cuidado cómo fuesen continuando los que iban oyendo los sermones y pláticas del catecismo y los que venían de nuevo fuesen luego instruídos en lo que no habían comenzado a oír. Y aunque algunas veces había disputas después de haber el predicador acabado el sermón, los que catetizaban estaban suficientemente enseñados para poder responder, y cuando no sabían, luego decían que en casa estaban los padres, que eran letrados, y que por no saber bien la lengua predicaban ellos en su lugar, y entonces o iba algún fraile a satisfacer la duda o la declaraba el predicador, el cual se acreditaba con los gentiles con

esto, porque entendían que todo lo que aquellos japones les enseñaban no era doctrina suya, sino de los padres, que eran los verdaderos maestros y letrados. Procurábase que los predicadores tuviesen mucha modestia y paciencia (que una y otra es necesario para aquel oficio), y los religiosos acariciaban mucho a los gentiles, porque ya que no usaban de sus costumbres en los cumplimientos y muestras de buen recibimiento que usan los seglares, bebiendo y comiendo alguna niñería, a lo menos entendiesen que los estimaban en mucho, aunque no fuesen cristianos, y con esto se granjeaban algunos y se cumplía con lo que teníamos obligación. Y si alguna vez traían alguna cosa los gentiles cuando venían a oír sermón con intención que el fraile les diese de beber, que es una manera de crianza que tienen en recibir huéspedes, procurábanles dar a entender las veras de la ley cristiana y que para buscar la salvación no era necesario cumplimientos.

Los cristianos trataban a los religiosos como verdaderos padres, y aunque entre los mismos cristianos había la competencia que en su tiempo cuenta San Pablo que había, y como impertinente y no buena la reprende, porque unos decían somos cristianos de los padres de la Compañía, otros somos de los frailes de San Francisco, como en tiempo de San Pedro y San Pablo uno decía yo soy de Pedro y otro de Pablo (1), los benditos mártires les enseñaban lo que San Pablo enseña, diciéndoles que no hablaban bien, porque no eran cristianos de los padres de la Compañía ni de los frailes, sino de Jesucristo, que era el que había muerto por ellos, y no había otro Salvador sino El, y que los predicadores (así los padres de la Compañía como los frailes) solamente eran ministros de Jesucristo Nuestro Señor. De esta manera se procuraba desechar esta ignorante división, no haciendo diferencia de los bautizados aquí o allí, antes a los que bautizaban los frailes en su iglesia los enviaban a los padres de la Compañía, para que conociesen que había otros padres y los reverenciasen como a discípulos de Jesucristo Nuestro Señor y para que les diesen algún *agnusdéi*, o rosario o imagen, que de esto al principio no tenían nada los frailes. Aunque después los portugueses nos enviaron de la Gran China *agnusdéi* y rosarios para dar a los cristianos. Los cuales, recibiendo estas insignias de cristianos de mano de los padres de la Compañía, los cobraban amor, y cuando tenían lugar les iban a visitar y a oír alguna cosa de Dios.

(1) 1 Cor., 1.

Y aunque hacían estas cosas los benditos mártires, no se podía satisfacer a todos los entendimientos. Pero haciéndose lo que se debía en todo, procurábase cumplir con la voluntad del Señor de aquella viña, que es Jesucristo Nuestro Señor.

También procuraron los frailes enseñar a los cristianos algunos de los preceptos de la Iglesia, porque como se los hubiesen dicho, por parecer que bastaba enseñarles los diez mandamientos de la ley de Dios, había alguna confusión entre los cristianos y muchos escrúpulos. Porque como oyesen que todos los cristianos tienen cinco preceptos de la Iglesia que debajo de obligación de pecado mortal son obligados de guardar, y ansímismo otros de ayunar, vigilias y cuaresma, y de no se casar cristiano con gentil, como a ellos, por ser como primitiva Iglesia, estos y otros semejantes preceptos no les eran enseñados, pensaban que tenían la misma obligación que los demás cristianos de todo el cristianismo. Y ansí hacían conciencia de pecado mortal traspasando algunos de los preceptos que ellos entendían que eran de la Iglesia. Por lo cual, aprovechándose el santo comisario de la autoridad omnímoda que tenía del Sumo Pontífice y de un breve particular que en esta materia se practica en Nueva España y Filipinas, publicó que los cristianos de Japón estuviesen obligados, so pena de pecado mortal, a guardar las fiestas y ayunos y los demás preceptos de la Iglesia como los nuevos cristianos de Nueva España y Filipinas, hasta que viniese el obispo de Japón, dándoles por escrito lo que Su Santidad mandaba ; pero, si había necesidad, con facilidad dispensaban los frailes, por la autoridad que tenían del Papa, la cual juzgaban que era para edificación y no para destrucción. Y no por esto que el santo comisario mandó publicar hasta que viniese el obispo o su autoridad, los buenos cristianos aflojaron en el ayunar y en el venir a oír misa y frecuentar los divinos sacramentos. Los cuales se administraban en la iglesia de los frailes con mucha caridad. Y había puesto el santo comisario ley que, por más entendido que fuese el cristiano nuevamente bautizado, por lo menos dentro de un año no le comulgasen. Y ansí se guardaba, aunque algunos pudieran bien comulgar antes, por estar firmes en la fe y tener conocimiento de los misterios de ella y vivir inculpablemente en culpas graves, ejercitándose en obras de mortificación, como cilicios, disciplinas, vigilias, oraciones y ayunos, y en servir con mucha caridad a los pobres, imitando a sus maestros los frailes, a los cuales en todo obedecían, viendo que eran ministros



San Pedro Bautista, mártir del Japón. (Estatua de Font, en Avila, patria del Santo.)

de Dios y que sin interés temporal procuran la salvación de todos.

CAPITULO XXX

CÓMO LOS BONZOS DE LOS GENTILES NO RECELABAN EL COMUNICAR CON LOS FRAILES

Modo de proceder.—Los bonzos no querían oír las cosas de Dios.—Soberbia de los bonzos.—Nuevas sectas en Japón.

En todas las ocasiones que llegaban los benditos mártires a las varelas o templos de los gentiles, entraban en los conventos de los bonzos que estaban arrimados a las varelas, sin temor alguno, deseosos de trabar conversación amigable con ellos. Y entre las razones de buena crianza y comedimiento, poder entreverar algunas en que les diesen alguna luz del Dios que ignoraban. Porque de esta suerte pudiesen abrir los ojos, para conocer cuán errados estaban en la adoración de sus ídolos. Y como los bonzos viesen la apacibilidad y comedimiento de los frailes, y echasen de ver, por su modestia y buenas razones, que no solamente no eran necios, pero que eran verdaderos religiosos, mostrábanles alegre rostro, admitiéndoles dentro de sus aposentos y ofreciéndoles colación, si la querían, o la bebida de la cha (1), que entre ellos es el mayor regalo que pueden dar a un huésped. Pero como son estos bonzos de los que más principalmente está enseñoreado Satanás, ningún provecho se hacía en ellos. Y para que se vea cuán poco fruto se hace en esta gente, pondré aquí algunos sucesos que con ellos pasaron.

Una vez, estando el santo mártir fray Gonzalo en una conversación con unos bonzos, que gustaban notablemente de él, porque sabía bien la lengua japona y hablaba como entendido en sus sectas y libros de su ciencia, estando yo presente, pregunté a uno de ellos, que parecía más discreto o menos necio, estando mirando a un naranjo, quién había hecho aquel árbol, porque aunque era plantado allí, el primer naranjo de aquella especie no se había hecho a sí mismo, ni hombre alguno tenía poder para hacerlo. Y aunque los bonzos oyeron bien la razón, y la entendieron, no quisieron responder a ella por tenerse a sí por letrados, y a los demás por muy ignorantes. Y mudando la plática, preguntaban cosas de Europa, y se admi-

(1) Té.—*N. del E.*

raban del pobre vestido de los frailes y de la forma de él, sin mostrar deseo de saber la verdad. Otra vez, en la ciudad Usaca, yendo el santo fray Francisco de la Parrilla con el santo mártir León a ver una varela nueva, salieron casi todos los bonzos a verlos, por ser la primera vez que veían frailes de Nambán, como ellos dicen, y después de haber mirado la traza del templo, el principal de los bonzos los llevó a su aposento, y pidiéndoles que se sentasen junto a él a su modo, tentaba el manto, y viendo la aspereza del vestido, hacía muchas señales de admiración. Y preguntóle el santo mártir fray Francisco que a quién adoraban en aquella varela, dijo que al gran fotoque Amida ; y discurriendo por la plática llegó a tan buen punto, que el santo mártir dijo que para qué adoraban a aquel dios. pues solamente tenía apariencia de hombre, y que aquel a quien representaba porque había errado el camino de la salvación, era ya tizón del infierno. Y el bonzo no hizo sentimiento alguno, aunque oyó esto ; antes mostrando que no se le daba nada, les convidó si querían beber la cha, y despidiéndose amigablemente dijo el bienaventurado mártir León al bendito fray Francisco y a mí, que era su compañero: «Padres, excusada cosa es decir cosas tocantes a la salvación a estos bonzos, porque como ellos se tienen por discretos y sabios, y piensan que nosotros vamos muy errados, no hacen caso de lo que les decimos.» Y ansí era que el concepto que tenían los bonzos de los frailes era que haciendo penitente vida se condenaban, y teniéndoles gran lástima, muchas veces decían: «Pobres de aquellos miserables que pudiendo tener buena vida la hacen tan áspera, y al fin se han de ir al infierno, porque piensan ellos de nosotros lo que nosotros pensamos de ellos.» Y aunque algunas veces no querían dejar entrar en sus templos a los frailes, por entender que eran indignos de entrar en ellos, comúnmente gustaban de tener conversación con ellos, y les preguntaban muchas cosas por curiosidad.

Hay tanta variedad en levantarse nuevas sectas en Japón, que estando yo en Miaco supimos que habían alcanzado una gavilla de hipócritas licencia de Dayri (que es el rey natural, como se dijo, que sólo tiene ya autoridad sobre los bonzos) para hacer una nueva ley, y recogiéndose en un lugar solitario vivían allí con algo mejor orden que otros, por que aconsejasen que nadie pecase, y ellos tragaban pecados nefandos. Sabiendo, pues, los santos mártires de esta nueva y diabólica congregación, enviaron primero allá a un cristiano, llamado Francisco, bien enseñado

en la ley de Dios, para que diese con disimulación noticia de los frailes y de su ley a los nuevos bonzos; después fueron los dos benditos mártires, fray Francisco de la Parrilla y fray Gonzalo, y como con la plática de los cristianos estaban ya los bonzos deseosos de hablar a los frailes, tuvo buena sazón el mostrárseles familiares los gloriosos mártires, para darles algún desengaño de su perdición. Pero aunque les recibieron bien y escucharon algunas cosas, no hicieron mella en ellos con las esperanzas nacidas de la mucha caridad que los benditos mártires (movidos de la cual fueron allá) les habían prometido.

CAPITULO XXXI

De algunas contradicciones que los gentiles hicieron a los frailes

Dos gentiles enemigos de los frailes.—Celo del santo comisario.—La primera vez que acusaron a los frailes delante del rey.—Lo que sentía el rey de la comunión.

Y aunque el favor del rey hacía a los frailes comúnmente grato a los gentiles, y las obras de caridad que les veían hacer con los pobres de ellos eran juzgados por buenos, con todo eso, muchos gentiles procuraron contradecir a los benditos mártires porque se ejercitaban en ejercicios de humildad, y estorbar el gran provecho que con su ejemplo y predicación hacían en los cristianos y gentiles. Y quien más se señalaba en esta injusta contradicción eran los dos gentiles Funguen y Faranda, de quien se ha hecho ya mención, porque como por orden del rey tuviesen cuidado de los religiosos (como queda dicho), viendo que los frailes no les daban presentes ni ofrecían dones, como su codiciosa condición apetecía, procuraban de irles a la mano en la libertad santa con que hacían el oficio apostólico, diciendo que si sabía el rey que bautizaban y predicaban, les echaría a ellos la culpa y les privaría de sus oficios. Y aunque ellos sabían que el favor que entonces el rey hacía a los frailes era tan grande que sus acusaciones no serían de provecho, procuraban, por orden del gobernador del reino (aunque sabían que era amigo de los frailes), de estorbarles que no predicasen, hallando muchos inconvenientes según su falsa y ciega imaginación. Y ellos mismos iban a decirles que no hablasen de Dios con los gentiles, ni predicasen a los cristianos, porque si el rey sabía lo que ha-

cían, habiendo mandado que no se predicase la ley de los cristianos, que a ellos les costaría la vida. Y viendo que hacían los frailes poco caso de sus amenazas, tratábanles mal, diciendo que eran sucios y que traían hábitos asquerosos y que lavaban pies de pobres, y que por estas razones no eran visitados de los señores grandes. De lo cual hacían poco caso los benditos mártires, porque como no querían mostrarse discretos ni poderosos al mundo, seguían perfectamente su profesión y pretendían curar la soberbia del mundo con profunda humildad y menosprecio de sí mismos. Mas aquéllos, como no entendían, juzgaban por indiscreción la prudencia del cielo.

Una vez llegó a tanto la indignación y aborrecimiento de estos gentiles, que enviaron a sus criados a los hospitales a que echasen de allí a los pobres, amenazándoles con la muerte. Lo cual, sabido del santo comisario, como la gallina amorosa cuando ve maltratar a sus hijos se embravece como tigre, ansí salió el santo varón a la demanda de los pobres leprosos, y amenazando a los criados y aun a los amos, diciendo que lo diría al rey, se deshizo del todo esta contradicción, aunque no la mala voluntad que reinaba en sus pechos. Porque ya que no podían ponerlos mal con el rey, les procuraban hacer odiosos con el gobernador, diciendo el poco recato que tenían. Y ansí algunas veces no se les mostraba a los frailes tan afable como otras, por los malos terceros. Los cuales crecieron tanto en malicia, que el uno de ellos dijo al rey cómo los frailes hacían muchos cristianos, a lo cual respondió el rey, con semblante enojado: «Mirad qué no harán.» Y visto que poco aprovechaban sus acusaciones, quitóles Funguen el arroz que les daba en nombre del rey. Y aunque esta limosna hizo falta, no faltó Dios a sus siervos, porque cuando faltaba el favor de los hombres, de adonde no pensaban les enviaba Dios Nuestro Señor el sustento necesario para todas las personas que había en casa, y aun para los pobres. A los cuales con todo lo que podían favorecían los frailes, como a hijos regalados, y les procuraban vestidos y otras cosas necesarias entre los portugueses, y algunos cristianos, por consejo de los santos mártires, aplicaban para los pobres algunas limosnas. También tuvieron algunas contradicciones particulares de los bonzos. Porque como viesen que los feligreses que tenían se convertían a nuestra fe y después hacían burla de ellos, y no les reverenciaban ni daban limosna, como solían, procuraban desacreditar a los frailes y acusábanlos a los jueces y gobernadores, aunque nadie se atrevió a ofenderlos. Porque res-

pondían los gobernadores de las ciudades, cuando los bonzos se quejaban de que los frailes predicaban nueva doctrina, que estaban favorecidos del rey, y que había dicho que como había muchas sectas en Japón, que hubiese otra era de poca importancia. Porque aunque algunas veces decía mal de la ley de los cristianos, diciendo que les daban los padres, en cierta comida, bebedizos y hechizos, otras veces decía bien de muchos mandamientos divinos, porque era hombre de razón y de buen entendimiento, sabiendo discernir el bien del mal, aunque, como ciego, siguió el mal, pues al cabo vino a crucificar a los santos mártires y morir en sus pecados.

CAPITULO XXXII

CÓMO LA PRUDENCIA CON QUE PREDICABAN LOS FRAILES ERA MUY CONFORME A LA DE LOS SANTOS

Modo apostólico de predicar.—El modo con que se convirtieron los indios.—Alabanza de los remiendos.—Los ángeles cantaban con los frailes.

Como sean tan contrarias las cosas que el mundo tiene por bienaventuranza a las que el Hijo de Dios canonizó por felicidad eterna, subiendo de punto el valor de la humildad, y haciendo depósito de los tesoros eternos en el menosprecio y pobreza (1), quien no alcanzare con fe lo que es estar Cristo lavando los pies de sus discípulos no entenderá la gran perfección que es imitarle en estos heroicos actos de humildad, tan importantes para desarraigar los vicios. Como dijo estando una vez lavando unos leprosos muy llagados el santo fray Pedro Bautista, y poniendo por algún tiempo su boca en sus llagas, diciéndole un su compañero que bastaba lavarlos y besarlos por el buen ejemplo y mortificación, el santo mártir dijo que aquello era necesario para enseñar el camino de la humildad y desarraigar la soberbia en Japón, allegando aquello de San Gregorio (2), que dice que ansí como los médicos curan las enfermedades que son de frío con medicinas calientes, y las que son de calor con frías, ansí vino Jesucristo, Nuestro Señor, a medicinar los pecados, curando la soberbia con humildad. Y este mismo fué el intento de los benditos

(1) Joan., 13.
(2) Hom. 32.

mártires, los cuales ponían delante de los ojos el modo de predicar que enseña el santo Evangelio, y el Hijo de Dios hecho Hombre siguió, y sus sagrados apóstoles guardaron.

Porque ansí como será maldito el que predicare otro Evangelio del que fué predicado por ellos (1), tampoco será lícito variar el modo de predicarle que el mismo Evangelio enseña para tiempo de paz y de guerra, como consta del capítulo X de San Mateo y del XXII de San Lucas. Por lo cual decía muchas veces que el que quisiese bautizarse lo primero que había de conocer era a Dios pobre en un pesebre, enseñando humildad y pobreza, en que consisten las riquezas del cielo. Y predicaban desnudamente la cruz de Cristo, teniendo por honra lo que es deshonra en los ojos del mundo, imitando en todo a Jesucristo, Nuestro Señor, y a sus sagrados apóstoles. Y no sólo con sus palabras pretendían dar este testimonio, mas ellos vivían como crucificados con Cristo en su santa conversación y vida, y de la unión interior que tenían con Dios nacía la composición de las acciones exteriores representadoras de Jesucristo crucificado, haciendo cebo para pescar almas de sola eficacia de la divina palabra, predicada con sinceridad y espíritu, por ser la que es poderosa para contrastar los corazones humanos y hacer grandes maravillas. Y Cristo, nuestro Maestro, conquistó el mundo y quitó al demonio el señorío tiránico que tenía, con pobreza, humildad, descalcez y hambre, afrentas y deshonras, hasta ser crucificado como ladrón famoso entre ladrones. Y este modo guardó San Pedro en Roma, cabeza del mundo, y San Pablo, predicador de las gentes, en las muchas provincias que convirtió a la fe. Y el mismo modo guardaron los demás varones evangélicos que florecieron en la Iglesia. Porque si consideramos el progreso del santo Evangelio, no sólo en el tiempo de los apóstoles había quien renunciando todo lo terreno se abrazaba con Cristo pobre, por ser éste el fundamento en que está fundada la Iglesia y lo que la honra, como manifestó San Pedro (2) cuando dijo que él no tenía plata ni oro para dar aun de limosna, mas por este camino subieron a la perfección los santos. Y de esta manera en nuestros días plantaron la fe en la Nueva España, Perú y Filipinas muchos varones franciscanos verdaderamente evangélicos, los cuales no sólo están escritos en el libro de la vida, pero sus hechos se eternizarán en la memoria de los fieles, imprimiéndose en grandes libros

(1) Ad Galat., 1.
(2) Act., 3.

(como ya se ha hecho) las heroicas virtudes de ellos. Porque aunque murieron, quedó tal olor de su vida, que pone nuevo ánimo y fervor a los que ahora van a predicar el sagrado Evangelio entre infieles, sirviéndoles de varios y eficacísimos ejemplos. Porque conservando su pobre estado y vistiendo de hábitos pobres y remendados, sabiendo, como decía el abad Arsenio, que el manto remendado es como un cielo adonde los remiendos mayores son el sol y la luna, y las demás resplandecientes estrellas, no poniendo su confianza en oro ni plata, ni en trazas humanas, convirtieron infinitas almas. Todo esto consideraban los santos mártires, y la profunda humildad y pobreza que sus hermanos guardaron en la conversión de las Filipinas, dando, como verdaderos discípulos de Cristo, testimonio con su vida de la fe y verdad evangélica que predicaban, como los indios, aunque de no muy agudo entendimiento natural, conocieron, y hoy día conocen y publican.

Y viéndose obligados con tan frescos ejemplos, procuraron ansí, como eran los primeros Frailes Franciscos que predicaban en Japón, mostrarse muy primos en la virtud y guarda del santo Evangelio, y de su Regla. Y era tanto el fervor y espíritu que el Señor les comunicaba, que con su santa vida hacía Dios muchos buenos cristianos, y con su humildad se veía crecer mucho la fe, y, por medio de sus vivos ejemplos, disponía Dios a muchos gentiles para recibirla. Y aun, según los cristianos decían, el Señor con muchas maravillas sobrenaturales mostraba la santidad de sus siervos. Porque cuatro fiestas del Nacimiento del Hijo de Dios que celebraron en Japón les acompañan en sus oficios y villancicos que cantaban muchedumbres de voces muy suaves y delgadas, como los cristianos que entonces asistían en la iglesia muchas veces me afirmaron. Por lo que yo sé es que les daba Dios Nuestro Señor prudencia de serpiente y simplicidad de paloma, y otras muchas virtudes con que los hacía predicadores milagrosos en su vida.

CAPITULO XXXIII

De cómo el santo mártir fray Gonzalo edificó el convento de Usaca, aunque tuvo contradicciones

Los frailes tenían gran celo de las almas.—Solicitud del santo mártir León.—Los leprosos tenían amor a los frailes.—Mueren los leprosos como buenos cristianos.—Principio del pobre convento de Usaca.—Contradicción contra la casa de Usaca.—Ignorancia de los bonzos.—El santo comisario vino a Usaca.—Providencia divina.

Era tanto el amor de Dios y celo de la conversión de las almas que tenían los frailes, que aunque eran pocos, de tal manera se ocupaban todos en este ministerio, que hacía cada uno por dos. Y viendo que era bien aprovecharse del favor que el rey les hacía, porque muerto él no sabían lo que les sucedería, no sólo pretendieron edificar casa en Nangasaqui, mas en Usaca, ciudad populosa que está una jornada de Miaco. Y para esto me señaló a mí el santo comisario por uno de los fundadores, para que ayudase en este edificio al santo mártir fray Gonzalo, y confiados en la providencia divina y en las oraciones de nuestros santos hermanos, desasidos de todo favor humano, llegamos bien temerosos de grandes contradicciones a la ciudad de Usaca, y fuimos a posar a casa de un cristiano devoto, llamado Juan, que yo había bautizado. Porque otras casas de cristianos estaban para los frailes entredichas. La casa del cristiano era tan pobre y estrecha, que cuando nos vimos los dos religiosos hospedados en lugar tan humilde, muy alegres en espíritu, determinamos poner a la casa que esperábamos edificar por nombre Belén, por ser aquel portalico adonde estábamos retrato, en su humildad y pobreza, del sacratísimo portal adonde nació el santísimo Niño Jesús, en Belén.

Tratóse luego del intento que el santo fray Gonzalo llevaba, porque como sabía bien la lengua, era respetado de los cristianos y gentiles. Y ansí como él fué el principal instrumento que tomó Dios para que se levantase la casa de Miaco, ansí le escogió para hacer ésta de Usaca. Para la cual, como no teníamos licencia del rey en escrito que presentar al gobernador de aquella ciudad, se levantaron muchas contradicciones de los gentiles, y les vencíamos solamente con la confianza que teníamos en el Señor, el cual nos consoló con que en los pocos días que estuvimos

en aquel portalico bautizamos a la señora de casa y a otras personas que catequizaba el santo mártir León, que era el continuo compañero de los frailes para semejantes negocios. Y el Señor le daba particularísimo fervor y espíritu para acudir a todo lo que era honra y gloria de su divina Majestad.

Visto, pues, que si no había modo como se edificase aquella casa al santísimo Niño Jesús, fuimos por algunos días a la ciudad de Zacay, que estaba cerca, quedándose el santo mártir León solo, para comprar el sitio y solar adonde hacer la iglesia y casa, que, como era japón, no viendo los gentiles a los frailes, no entenderían para qué le compraba; y habiendo comprado un solar pequeño, sospechando los gentiles de aquella calle que era para iglesia de cristianos, como nos tienen por gente que comemos hombres, procuraron que no se efectuase el concierto.

Mientras el santo mártir León andaba solicitando si quería una casa pajiza y pobre, adonde estuviésemos los frailes, el santo mártir fray Gonzalo y yo estuvimos en la ciudad de Zacay algunos días, y sólo en vernos se animaban mucho los cristianos, que por estar entre gentiles y ser pocos no se osaban manifestar en cosa alguna, aunque algunas veces iba un padre de la Compañía que decía misa muy de mañana en casa de Diego, cristiano muy antiguo y conocido por tal de los gentiles. Y aunque solía recibirnos en su casa, por estar entredicha para los frailes, entonces nos fuimos con otro cristiano, llamado Cosme, que nos ofreció la suya, que aunque era pobre y bien estrecha, para dos frailes sobraba. Pero como no había lugar para hacer altar adonde yo dijese misa, y este cristiano fuese mayordomo de un hospital de leprosos cristianos que había en aquel lugar, dió orden como se dijese misa allí. Y con licencia del patrón del hospital, que era el juez de la ciudad, se aderezó un lugar decente adonde dijese yo misa. Pero como el demonio vió cuánto consuelo espiritual recibían aquellos pobres leprosos, que jamás habían oído allí misa, y que se confortaban y fortalecían en la fe, viendo la humildad y caridad con que se les servía y lavaba los pies (cosa que aunque los frailes lo hacían en los hospitales de Miaco no era creído de los cristianos de aquella ciudad, como lo mostraron con los extremos de devoción que hicieron cuando lo vieron), procuró que no sólo no hiciésemos casa en aquella ciudad, como sin pretenderlo tenía concedido el juez, que era cristiano; mas que no dijésemos misa en el hospital. En el cual vivían los pobres leprosos con mucha paz, hermandad y orden, siendo uno de

ellos por superior, y con las santas palabras que el bendito fray Gonzalo les decía conocían la merced que recibían de Dios con aquella asquerosa enfermedad, por medio de la cual confiaban en su Majestad que habían de alcanzar la bienaventuranza. Y ansí lo mostraron dos que estando nosotros allí murieron, confesando muy firmemente la fe cristiana, llamando en su ayuda a Jesucristo, Nuestro Señor, y a su Purísima y Santísima Madre. Y estando yo en Usaca, haciendo testamento otro pobre leproso que yo había confesado, de los pocos bienes de la tierra que tenía, mandó que me llevasen a mí sus vestidos nuevos, para que yo los diese a los pobres y les hiciese encomendar a Dios.

Por no nos dejar estar en Zacay nos fué forzoso volver a la ciudad de Usaca, adonde el bienaventurado mártir León tenía comprada una casa estrecha y pobre, a donde se puso luego, con la limpieza posible, un altar para decir misa, y la venían a oír algunos pocos cristianos. Y dejando puestas las cosas en este estado, se volvió el santo fray Gonzalo a Miaco, a dar cuenta al santo comisario de lo que le había encargado y de cómo dejaba fundada la iglesia pajiza y pobre. Porque Juan, nuestro devoto, dió el corral de su casa, adonde se pudo hacer iglesia y casa, que costaron cuatrocientos reales, no más. Aunque por esto se puso en peligro de perder la vida, como luego se dirá. Pero Dios le esforzó y libró, para que con la diligencia del santo mártir León se conservase allí la iglesia y casa pobre adonde el Santísimo Niño Jesús fuese adorado de sus fieles, y por ser tan estrecha y pobre la llamamos Belén.

Y como los pocos cristianos que había en aquella ciudad se fortalecían en la fe, viendo levantada la iglesia, adonde en el altar estaba un Niño Jesús de bulto, de grandísima devoción, por tener la cruz y clavos en las manos, y que en ella les predicaba y confesaba el religioso que allí estaba, que ya sabía lengua, acudían con mucha devoción los más días a oír misa, envidioso el demonio de esto y de que tantas almas se bautizasen con el buen ejemplo del religioso y fervorosos sermones del santo predicador León (porque muchos gentiles venían a oír la palabra de Dios y a ver la nueva iglesia), echó el resto para que aquel santo lugar, dedicado al Santísimo Niño Jesús, se echase por tierra. Y para esto tomó por instrumento a la mujer principal del señor de aquella calle adonde estaba la iglesia, que aunque las casas eran de particulares, el sitio era de un señor gentil, al cual Juan, nuestro huésped y vecino de la iglesia, que era su criado, dijo cómo querían los frai-

les hacer allí una casa que fuese como paso para Nangasaqui, y que sería servicio del rey, por ser sus embajadores. Y el señor, aunque dió licencia, dijo que la hiciesen como que él no lo sabía.

Mas como viesen los bonzos que venían muchos gentiles a oír la ley de los cristianos, y que se bautizaban, con pérdida de sus limosnas, incitaban a la mujer de este señor contra los frailes, y aun venían con malicia a oír sermón. Y como no pretendían sino hacer burla, decían: «¿De adónde ha salido este nuevo Dios?» No admitiendo razón que se les diese de que había Dios, Creador del cielo y tierra, y de que sus ídolos eran demonios: mas antes salían dando voces que aquella ley de los cristianos era ley del demonio. Y traían de propósito gente consigo que les ayudase a vocear. Procurando por este medio el demonio que no estuviese allí aquella iglesia, adonde el Niño Jesús era adorado y servido. Y como la mujer tomó a su cargo este negocio, no sólo puso a peligro de perder la vida a Juan, condenándole a muerte por lo que hacían los frailes, mas que a muchos cristianos que tenía en su servicio dejasen la fe, y que se derribase la iglesia, y para esto dió sólo un mes de tiempo. Dentro del cual, estando la contradicción más viva, bajó de Miaco el santo comisario, trayendo por su compañero el santo mártir fray Gonzalo, el cual fué a visitar al señor del sitio, y con las buenas razones que le dijo y disculpas que le dió, de algunas cosas inventadas del demonio contra los frailes, como el gentil fuese poco aficionado a sus ídolos y supiese el favor que el rey hacía a los frailes, y de la licencia que les había dado para estar en su reino, no sólo se ablandó luego, pero moderó la braveza de la mujer; y informados él y ella de la ley que enseñaban los frailes y de la virtud que profesaban, quedaron tan aficionados a ellos, que dijeron que se estuviesen en la casa, mandando que no la derribasen. Después, yéndoles a visitar el santo comisario y darles por esto las gracias, le hicieron particulares honras, y le ofrecieron de su casa todo lo que hubiese menester, y le mandaron dar arroz para su sustento. Y esto fué a tiempo que por ser muy corta la limosna, porque no la pedían, aguardando que se la trajesen a casa los bienhechores, que no tenían que comer, porque por miedos humanos casi no les hacían limosnas los cristianos. Pero Dios, como Padre misericordioso, remediaba la necesidad de sus siervos por manos de gentiles cuando la limosna de los cristianos faltaba. También este señor dió licencia para que sus criados cristianos tratasen con los frailes, y que los gentiles se pudie-

sen bautizar. Y serenó Dios Nuestro Señor de tal manera las tribulaciones pasadas, que los mayores enemigos de los frailes les fueron de allí adelante muy particulares devotos y bienhechores, y oyeron algunos sermones del catecismo, y se esperaba que con el favor de Dios se bautizarían. Sea el dulcísimo Niño Jesús bendito, que así quiso conservar su casa hasta que de ella saliesen cuatro siervos suyos para recibir la corona del martirio.

CAPITULO XXXIV

De cómo fueron a Japón los dichosísimos mártires fray Martín de la Ascensión y fray Francisco Blanco

Deseos santos del santo mártir fray Martín.—El celo ponía cuidado.

Viendo el santo comisario los muchos gentiles que se convertían en Miaco, y habiendo experimentado en los caminos que anduvo el deseo que tenían los gentiles de oír la ley cristiana, era grande el deseo que tenía de que por falta de ministros no careciesen del pan celestial de la divina palabra, ansí cristianos como gentiles. Por lo cual animaba a los que estábamos en su compañía a que aprendiésemos con muchas veras la lengua japona, para que pudiésemos ser de más provecho a fieles y a infieles; y el santo varón, aunque era de cincuenta años, con mucha humildad conversaba con los niños japones que estaban con nosotros, preguntándoles el modo de pronunciar la lengua y la verdadera significación de los vocablos. Y viendo que sería de importancia que viniesen dos o cuatro religiosos de Manila, avisó al padre provincial de la provincia de San Gregorio (a quien estábamos sujetos los que residíamos en Japón) que enviase algunos obreros tales cuales eran necesarios para aquella viña del Señor, porque la mies era mucha y los obreros pocos.

Y vista su justa petición del padre fray Juan de Garrovillas, que era provincial, y los definidores, señalaron al padre fray Martín de la Ascensión, lector que era de Teología en San Francisco de Manila, adonde también había leído las Artes. Y según consta del testimonio que da el padre fray Jerónimo de Jesús, que confesó a este santo mártir y le comunicó estando preso, como adelante se dirá, no sólo deseaba ir a Japón para ayudar a la conversión de los gentiles, más por ser allá mártir, como desde que

estaba en San Bernardino, de Madrid, recién profeso, lo había deseado. Y después de haberlo encomendado al Señor, pidiendo a los religiosos le dijesen algunas misas por su intención, había tenido particular inspiración, por intercesión de la Virgen Santísima, Nuestra Señora, a quien en este deseo tomó por especial abogada, y sintió una vez un habla interior en el alma en que le aseguraba el espíritu que sería uno de los que fundasen la Iglesia de Japón. Y ansí le envió Dios a tiempo que gozó del barato del cielo (1) que hacía Dios con sus siervos en el martirio. Llevó en su compañía al santo mártir fray Francisco Blanco, su discípulo en Artes y Teología, y compañero desde España hasta la cruz. Y aunque le habían señalado otro compañero, ordenólo el Señor de suerte que, por no haber venido al tiempo de partirse los navíos de Japón, fué señalado este santo mártir, de lo cual fué particular el consuelo que los dos recibieron por ver que iban a Japón para ayudar a sus hermanos, que con tanta opinión de santidad y provecho de la cristiandad y aumento de los fieles se ejercitaban en aquella conversión. Este motivo les hizo tan diligentes y cuidadosos en aprender la lengua, que entre los trabajos del mar no tenían otro entretenimiento sino tratar de ella, pidiéndosela a Dios con gran confianza y continua y perseverante oración. Y vióse claramente que el Señor les favoreció, porque el santo fray Martín en breve tiempo aprovechó mucho en la lengua, y del santo fray Francisco Blanco se decía que la bebía. Y ansí, dentro de seis meses (que fué mucho por ser dificultosa) se entendió con los japones y confesaba.

Llegados a Japón, fué increíble el contentamiento que tuvieron, dando gracias a Dios viéndose en Japón y con sus hermanos en Nangasaqui, adonde habiendo recibido alguna honesta recreación, administrada de la mucha caridad del padre fray Jerónimo de Jesús, que era allí presidente, se partieron a Miaco, y llegados allá, después de haber descansado algunos días y gozado de la conversación santa de sus hermanos, se quedó en Miaco el santo fray Francisco Blanco, y el bendito fray Martín bajó a Usaca, en compañía del santo comisario.

(1) En el sentido de regalo.—*N. del E.*

CAPITULO XXXV

De muchos prodigios que sucedieron en esta sazón en Japón

En qué tiempo fueron los prodigios en Japón.—Grandes prodigios.—Castigo terrible de Dios.—Extraordinarios temblores de tierra.—Cosas maravillosas.—Opinión ridícula de los gentiles.—Hallóse en un árbol una cruz.—Aparecieron en Japón muchas cruces.

Aunque sólo por conjeturas podemos afirmar los fines, y por qué causa la divina Providencia ordena que sucedan algunas extraordinarias cosas en el mundo, por lo que en otras semejantes o casi iguales se ha juzgado en los tiempos pasados, podemos con humildad juzgar los prodigios y maravillas que sucedieron en Japón el año de 1596, por los meses de julio, agosto y septiembre, diciendo que quería la majestad de Dios que estas señales fuesen mensajeros de algún particular suceso que había de suceder en aquel reino. Y como sobre las cometas que se han visto en nuestros tiempos siempre se han echado juicios afirmando que amenazaban graves acaecimientos, ansí podemos decir que todo lo sucedido en Japón el tiempo sobredicho fué víspera del admirable martirio que sucedió en Nangasaqui, comenzando por el mes de diciembre del mismo año. Porque para prevenir para una cosa tan nueva a los hombres, parece que quiso el Señor que el cielo, el aire y la tierra y la mar mostrasen algunas señales que fuesen como vigilia de tan ilustre triunfo, disponiéndolos para que esperasen alguna gran novedad en aquel reino, como los discretos, avisados con las señales que sucedieron, esperaban.

El cielo, el día de la gloriosísima Magdalena, mostró una muy particular cometa, cuyos rayos caían sobre Japón. En Miaco llovió tierra como ceniza (como yo vi), y en Usaca tierra colorada. Y en otro lugar, cabellos. Y en otras partes, gusanos, como muchos testigos de vista me certificaron. La mar estuvo tan brava y tempestuosa, que no sólo hubo en aquel tiempo grandes tormentas, como experimentaron los que navegaban por la mar de Japón (como en el capítulo siguiente se dirá), pero aun los que estaban lejos de ella en la tierra recibían notable daño. Porque en la isla de Goto, una de las de Japón, hizo mucho estrago, aun en las partes que parecían estar muy seguras de que las furiosas olas llegasen a ellas. Junto al reino de Bungo salió

el mar de su curso ordinario más de legua y media, y llegó a un lugar que estaba en esta distancia apartado, y halló la gente de él, que no era poca, tan descuidada y segura, que sobrepujando las espantosas olas las casas más altas del lugar, ahogó todos los vecinos de él, sin escapar más de tres o cuatro. Y para memoria de este castigo, quiso el Señor que un grande árbol que estaba junto al pueblo quedase dentro de la mar. En otras partes, aunque no hizo tanto daño la mar, quedaron memoria de lo mucho que creció, que servía también de escritura a los que nacieren.

La tierra, olvidada de que era madre de los hombres, se mostró en este tiempo muy madrastra a los que estaban en Japón. Porque en las ciudades de Miaco, Fuximi, Usaca y Zacay fueron tan extraordinarios los terremotos, que las más fuertes casas se meneaban como cañas con los vientos furiosos. Y según los que lo experimentaron me certificaron, no se podía nadie tener en pie. Y con el bambolear de las casas se almadeaban los hombres, como si estuviesen en algún navío. Y aunque estos temblores fueron muchos y algunos duraron por más, y otros por menos espacio de tiempo, fué gran merced de Dios que no se continuasen para que quedasen algunas casas. Y también para que la gente no peligrase mucho. Antes del terremoto era oído un gran ruido que venía con el aire, como avisando a los que estaban dentro de las casas para que se saliesen a la calle. Y aun allí no estaban seguros, porque la tierra se abría por tantas partes, que los que caminaban era necesario hacer nuevos caminos. Y fué grande el daño que se recibió con estos temblores, porque fuera de las casas reales y otras de la gente más principal que en Fuximi se cayeron, en las otras ciudades las calles enteras se arruinaron y murió mucha gente miserablemente. Y el rey no sólo perdió cien mujeres en la ruina de su casa, pero él y su hijo estuvieron en gran peligro. Adonde sucedió una cosa de gran admiración fué en un lugar de venteros que está entre Miaco y Usaca, porque un monte que está junto de él se arrancó tan furiosamente, que cayendo sobre el lugar quitó la vida y la hacienda a muchos. Y junto al lugar de Fiongo, una gran peña se partió por medio, y quedó una profundidad tan grande, que parece que baja hasta el abismo. En Nangasaqui, adonde yo en esta sazón estaba, aunque se sintieron los temblores de tierra más de diez o doce veces por el mismo tiempo, y aun como los curiosos notaron casi en la misma hora, no duraba el que más que un Ave María, aunque algunos ha-

cían menear las casas más que otros y pasaban con gran ruido.

Estas son las más particulares cosas que sucedieron en los meses sobredichos en Japón. Y entiendo que, sin echar juicio temerario, se podrá decir que estos prodigios tan raros que sucedieron en los elementos, ya que no fuesen señales que determinadamente pronosticaban el admirable martirio jamás visto en Japón, por lo menos fueron juzgados de muchos por premisas de él, las servirán para que en los siglos venideros los fieles de aquel reino tengan muy en la memoria la muerte gloriosa de sus primeros mártires. Y para poder desengañar a los gentiles (cuando haciendo memoria de estas cosas tan memorables como hacen de otras) del engaño en que viven, diciendo que semejantes temblores nacen de que como la tierra está fundada sobre un pez, cuando se menea el pez, con su movimiento se causa aquellos temblores. Y juntamente tendrán suficiente ocasión para darles a conocer el Autor de semejantes maravillas. Y como en el tiempo que acaecieron hubo veintiséis valerosos mártires, que muriendo por este mismo Dios no sólo le predicaron entonces, pero cada gota de su sangre ha de ser un eficaz predicador del santo Evangelio en todo tiempo. Y para autorizar este ilustre testimonio de la fe servían los veintiséis santos cuerpos, cuyas principales reliquias quedaron entre los cristianos de Japón como sellos en que como en cera está el omnipotente Dios crucificado, muy al vivo retratado y esculpido.

Fuera de estos prodigios, que acontecieron seis meses antes del martirio, sucedieron otros en aquel reino pocos años antes que los Frailes Descalzos fuesen allá, no de menos consideración. Porque estando una noche durmiendo el señor de Arima, llamado Arimandono, soñó que en su tierra había de suceder una cosa prodigiosa, y consultando este sueño con un padre de la Compañía, por su consejo se confesó y comulgó para recibir la merced que el Señor le quería hacer. Y fué que estando cortando leña un labrador, dando un golpe en un árbol, se abrió por medio, y dentro del corazón se halló una cruz muy bien hecha. Y espantado el hombre, lo vino a decir al Arimandono, y admirado del caso lo fué a ver, y teniendo esto por gran merced de Dios, hizo traer la cruz a su lugar, y allí está hoy día, en la iglesia de los padres de la Compañía, y es tenida como gran reliquia en mucha veneración.

Casi en este mismo tiempo, que conforme a lo que los japones decían sería tres o cuatro años antes que fuésemos los frailes a Japón, en otro lugar apareció otra mara-

villosa cruz dentro de otro árbol. Y lo que pone gran admiración es que aparecían muchas cruces en los vestidos de muchos japones, las cuales, como algunos de ellos nos dijeron después a los frailes, juzgaban ser señal de la persecución que luego tuvieron, cuando Taicosama mandó derribar las iglesias y desterrar los padres de la Compañía de Japón. Pero, según lo que después sucedió, todas estas cruces podemos entender que fueron pronóstico del ejército de los valerosos soldados de la cruz que murieron crucificados.

CAPITULO XXXVI

De cómo en este tiempo arribó a Japón un navío de Manila y el santo comisario procuró su buen despacho

Cruz blanca en el cielo.—Caso espantoso.—Chozungami, señor de Toza.—El hermano fray Juan Pobre era tenido por siervo de Dios..—Favores del señor de la isla.—Devoción de los españoles.—El rey tomó la hacienda de los españoles.—Respóndese a dichos inconsiderados.

Son tan ordinarias las tormentas en la mar, que, como la experiencia ha enseñado a los que han navegado, no hay hora segura en ella, por su natural mudanza y poca seguridad. Por lo cual no quiero poner con curiosidad la tormenta que los que padecieron naufragio en el galeón «San Felipe», que iba de Manila a Nueva España, escribieron con grandes particularidades y encarecimientos, como enseñados y estimulados de los trabajos y peligros que en aquel trabajoso viaje que tuvieron, aunque hubo muchas cosas dignas de gran admiración. Pero tampoco quiero dejar de ponderar que por el fin que este navío tuvo se puede colegir que el Señor ordenó su arribada a Japón después de haber tres meses que saliera de las Filipinas. Porque cuando en Japón sucedieron los temblores de tierra, tuvo este navío tan contrarios vientos, que sin ser de provecho la diligencia de los marineros ni el cuidado de los pilotos, fué forzoso volver hacia donde habían salido, y con las corrientes grandes fué llevado el navío a una isla de las de Japón, llamada Toza. Porque habiendo perdido con los terribles temporales los árboles y el timón, con una pequeña vela que en un delgado trinquete pusieron, sin gobernar un día y una noche, navegaron viento en popa hasta Japón, confesando los pilotos que la mano del Se-

ñor andaba por allí, y que ansí se podían echar ellos a dormir.

Otros que al salir de las islas de Luzón, en las Filipinas, habían visto la cometa que apareció en Japón, y una cruz blanca en el cielo que estaba sobre el mismo reino, como los testigos de vista me dijeron, con grandísimo temor venían por verse en Japón, pronosticándoles el corazón las miserias y trabajos que en aquel reino habían de padecer. Por lo cual una y muchas veces preguntaban al hermano fray Juan Pobre, que venía con ellos, que les dijese el suceso que podían esperar en Japón, pues había estado allá, y si seguramente podían tomar allí puerto. A lo cual el religioso les respondía lo que por principio de ese mismo año de noventa y seis que había ido de Japón a Manila había visto. Porque el rey entonces estaba muy aficionado a los frailes, y los grandes del reino les estimaban en mucho y trataban bien, por ser embajadores de Manila y haber sido medio para que hubiese amistad entre ellos y los españoles de las Filipinas. Y dándoles en todo buenas esperanzas este bendito religioso, aliviaban algo de la pena y sobresalto que traían, y con seguridad se iban acercando a la costa de Japón. Aunque no podían olvidar el sentimiento de los que faltaban, porque con los vaivenes que daba el navío en el tiempo de las tormentas, con la furia de las olas sacó el mar del navío trece hombres, y se ahogaron seis, escapándose casi por milagro otros cinco, que restituyó el mar al navío, como uno de ellos muy en particular me contó.

Como llegó el navío a la vista de la isla de Toza, siendo visto desde ella de los japones, por ser de extraordinaria grandeza la nao, juzgaron que era alguna isla que nuevamente había descubierto la mar. Y con esta imaginación fueron algunos barcos a verlo, y certificándose de que era navío sin árboles, dieron cuenta de ello al señor de la isla, llamado Chozungami, el cual envió luego algunos barcos con bandera de amistad y paz, y en ellos personas de su casa que asegurasen la entrada al navío y prometiesen buen despacho y tratamiento a los que venían en él. Y en llegando a la nave, como en ella venía por grumete un japón ladino, que sirvió de intérprete y les declaró el recaudo del señor del puerto, fué grande el alegría que toda la gente mostró, por ver al principio tan conforme a lo que el hermano fray Juan Pobre les había prometido. Y no sólo cuando iban a Japón por fuerza, mas mucho antes les dijo este religioso que podría ser que Dios quisiese que fuesen a Japón. Lo cual fué tenido por muy cierto por

decirlo él, porque le tenían por gran siervo de Dios y por haber salido ciertas otras cosas que mucho antes había dicho. Y por verle servir con mucha caridad a los enfermos, curar a los llagados, dar de comer a los pobres y pedir en el navío para ellos, enseñar a los ignorantes cada noche la doctrina cristiana y el camino del cielo con sus pláticas espirituales, dichas con fervorosa sinceridad, y que reprendía los juramentos y malas palabras y peores tratamientos y ofensas de Dios, y que era defensor de los maltratados grumetes y que vivía en mucho recogimiento y oración y silencio, y en todo inculpablemente, y que hacía secretas disciplinas en lo escondido del navío, y públicas mortificaciones cuando para edificar al prójimo eran necesarias.

Con el seguro que del señor de la isla tuvieron llegáronse al puerto, y asegurándoles todos los que iban en los barcos que podría entrar el navío, estaban tan ciegos los pilotos y marineros, que teniendo delante de los ojos el peligro no le vieron, y ansí el navío dió en seco y se abrió, con gran pérdida de mucha hacienda. Aunque no tuvo peligro la gente por estar en el puerto. El señor del cual, mostrando apiadarse de su trabajo, disimulando su gran codicia y dañada intención, mandó luego que con barcos sacasen del navío la ropa que pudiesen, antes que se mojase. Y fué tanta la que sacaron a la ribera, que puso admiración en los japones. Porque valía más de un millón y medio lo que traía el navío, según decían los que venían en él. Y no sólo dió favor Chozungami para sacar la hacienda, mas alojó bien a los españoles y comenzó a tratarlos con grandes cumplimientos y afabilidad y regalo, conforme al uso del reino. Y fué tan grande el amor que mostró a cuatro religiosos de San Agustín que iban en el navío, y a otro de Santo Domingo, y a los dos Descalzos, que el padre de Santo Domingo, llamado fray Martín de León, religioso de mucho celo de las almas, tomó luego posesión de un templo de ídolos que le dió el Tono, y adornando un altar en lugar decente con un rico frontal que llevaba de Manila a Méjico, como concurrían a verle los gentiles, daban todos muestras de querer hacerse cristianos.

Con este contentamiento estuvieron algunos días haciendo barato de sus haciendas, y daban muchas piezas de seda a sus huéspedes, por entender que lo que les quedaba estaba seguro. Aunque sucedió después al contrario, porque se lo tomó el rey Taicosama, y amenazó a quererles matar a todos, poniéndoles grandes miedos por que no escondiesen el oro que traían, aunque después les dieron li-

bertad para irse a Nangasaqui. Y lo primero que vieron en entrando en el puerto fueron los veintiséis crucificados por Cristo, Nuestro Señor, que estaban en las cruces enteros, cuya vista les causó devota y tierna compasión y deseo grande y fervoroso de verse en tierra, por ver más de cerca tan maravilloso espectáculo. Con el cual, olvidando los trabajos pasados y peligros de muerte en que se vieron, solamente deseaban enriquecerse de sus reliquias, ya que estaban pobrísimos de hacienda. Y ansí, en llegando al puerto, fueron todos a visitar los cuerpos de los benditos mártires, y con gran devoción y lágrimas se encomendaban en la intercesión de ellos, creyendo que estaban en el cielo.

En desembarcando el general del navío y la demás gente, como todos los gentiles sabían la amistad que el rey de Japón tenía con los españoles de las Filipinas y el favor que hacía a los frailes, dábanles buenas esperanzas de que serían bien despachados. Y aunque el señor del puerto envió secretamente y con traición un correo al rey, después, por agradar al general del navío envió un su hijo bastardo con el bienaventurado fray Felipe y el hermano fray Juan Pobre y otros dos españoles con presentes de mucho valor para el rey y otros señores. Llegados, pues, a Usaca, hallaron al santo comisario en el convento que se había hecho. Y él y su compañero, el bienaventurado fray Martín, les recibieron con increíble contento. Y con la nueva que el gentil hijo de Chozungami les dió, de que decía el rey que serían bien despachados, estaban muy alegres, y con la pobreza que había en aquella casa de Belén se recrearon, y bastó todo para quien tenía tanto contento en verse pobre. Luego se partió el santo comisario con fray Juan Pobre y los españoles a Fuximi, adonde el rey se había ido, y quedaron en aquella casa los santos mártires fray Martín y fray Felipe. Y llegados a la ciudad de Fuximi, que estaba cerca de Usaca, aunque fueron bien recibidos de uno de los gobernadores de la ciudad de Miaco, a quien iban encomendados, y les dió buenas esperanzas de que negociarían bien con el rey, sucedióles muy al revés. Porque como el rey estuviese cuidadoso con la pérdida de sus casas reales, y le dijesen sus lisonjeros que aquella nao le habían traído a sus reinos sus fotoques, para restaurar la pérdida de sus palacios, y que a su juicio habiéndose abierto en el puerto era de derecho suya, al punto se determinó de tomar la hacienda. Viendo esto el santo comisario, tomó muy a pecho este negocio, y dando, en llegando a Miaco, cuenta de él al obispo, que estaba allí, y a los padres de la Compañía, porque antes no había podido por estar en

Fuximi y tener buenas esperanzas, y aunque por vía del gobernador de la ciudad de Fuximi, muy privado del rey, se hicieron algunas diligencias, y el santo comisario escribió un billete al rey, en que le decía que mirase el qué dirían y que se acordase de las amistades que había firmado con los españoles de Manila, no fué vencida la codicia del tirano. Porque hubo quien dijese que los españoles eran ladrones y que venían a tomar a Japón, y que la mitad de la hacienda era de los frailes, y que eran espías, y aunque de todo esto (como se ve claro) si lo supo el rey no hizo ningún caso, porque si les hiciera matara a los españoles. Y en la sentencia que dió contra los benditos frailes, para mayor justificación suya pusiera estas causas. Pero como él tenía entera noticia de cuán verdaderos pobres y muy virtuosos religiosos eran los frailes, enfadado con ellos, porque contra su mandato predicaban, y persuadido de algunos gentiles como enemigos de cristianos, como se dirá en el libro siguiente, los crucificó, como en la sentencia dice, y lo mismo dijo a un embajador que después de martirizados los gloriosos mártires le envió el gobernador de Manila, para que se supiese de su boca la causa por que los había mandado matar, y para que le pidiese los cuerpos, para que fuesen enterrados con la autoridad que acostumbran enterrar los cristianos a los muertos.

Habiendo visto el santo comisario que ya no tenía remedio lo que había pretendido de que el rey no tomase la hacienda, procuró que no matasen a los españoles, por haber dicho que eran ladrones. Y para este intento hizo las diligencias posibles, con las cuales, aunque los que estaban en el puerto padecieron trabajos, no murieron. Y el santo comisario llevó consigo al convento de Miaco a los castellanos que habían venido con la embajada. Y visto su mal despacho, les consolaban él y los demás religiosos con santas palabras, procurando regalarlos de su pobreza, con muestras de mucho amor y caridad.

CAPITULO XXXVII

De las ocasiones que tuvimos en qué merecer los frailes que estábamos en Nangasaqui.

Falsa opinión contra los frailes.—Los japones tenían devoción a nuestro padre San Francisco.—Caridad de los padres de la Compañía.—Respuesta de los frailes.

Aunque por las razones dichas en el capítulo III de este libro estábamos los Frailes Descalzos muy seguros en

conciencia en Japón, no faltó quien se persuadiese lo contrario. Y ansí, padecía mucha mengua la honra de los frailes en la opinión de algunos cristianos, que la tenían de que los frailes estábamos descomulgados. Y por esta razón había quien ponía sospecha en las cuentas y cordones benditos que dábamos, y aun en si la misa que decíamos era tan buena como la que decían los padres de la Compañía. Y para echar más a perder nuestra honra, se puso en entredicho a todos los cristianos, ansí portugueses como japones, para que no fuesen a oír misa, ni confesarse, ni comulgar a nuestro convento. Y para mayor guarda de esta prohibición, pusieron guardas a la puerta de nuestra iglesia, desde trece de septiembre hasta trece de enero, que fué el día que nos prendieron a los que estábamos en Nangasaqui, como adelante se dirá. Y fué tanta la violencia que se hizo con estos mandatos a las voluntades de todos los cristianos, que como no podían (especialmente los japones) ir de día a nuestra casa, iban de noche, y por encima de las paredes nos echaban sus limosnas, pobres en cantidad, pero muy ricas de voluntad y amor. Los portugueses, aunque iban algunos a visitarnos, muchos no osaban de día, y aguardaban a que fuese de noche; y para que los japones viviesen con más temor, de cuando en cuando venía el juez gentil a nuestra iglesia a ver si había japones para llevarlos presos, como lo hizo dos veces; pero era tanta la devoción que chicos y grandes tenían a nuestro padre San Francisco, que aunque estaba para ellos entredicha la entrada de la iglesia, cuando vino su fiesta, posponiendo todo el temor y poniéndose a notable peligro de las vidas o de pérdida de hacienda, vinieron muchísimos japones a celebrar la fiesta; y aunque yo les prediqué en su lengua por la mañana para que se fuesen, se estuvieron allí hasta la misa mayor. En la cual también prediqué yo a dos frailes y tres españoles, porque los más devotos portugueses no se atrevían a ir contra los mandatos en nuestro disfavor puestos. Y aunque el gobernador y juez gentil pretendían echarnos de aquel lugar, como sabían el favor que el rey nos hacía, no osaban. Y llegó a tanto, que maltrató el juez ordinario de la ciudad a dos japones cristianos, muy honrados, porque siendo como regidores del pueblo, nos favorecían, deseando que estuviésemos en aquel lugar porque recibían gran consuelo en oírnos alabar al Señor a media noche, y notaban muy por menudo nuestra manera de conversar, admirados de que no tratábamos de otro fin que de servir al Señor y aprovechar al prójimo. De lo cual no sólo estaban edificados,

pero tan agradecidos que nos ayudaban con sus limosnas, y cuando salíamos por la calle, chicos y grandes nos salían a besar el hábito, dando en la reverencia que nos tenían, por ser religiosos y sacerdotes, muestras de mucha cristiandad y de pesarles mucho por la poca libertad que tenían con las guardas para ir a nuestra iglesia. Y en todo este tiempo fuimos proveídos de todo lo necesario con las limosnas de los portugueses devotos. Y en tiempo de enfermedad los padres de la Compañía nos hacían mucha caridad, proveyéndonos de las medicinas necesarias de su botica. Todas las guardas y ocasiones de ejercitar la paciencia se acabaron cuando nos sacaron con mano armada de la casa, como en el libro siguiente se dirá, precediendo a estos dos recados del juez gentil, enviándonos a decir, cuando supo de la prisión de los bienaventurados mártires, que nos saliésemos de la casa; y para persuadirnos a esto fueron enviados dos portugueses, amigos nuestros, a los cuales dijimos que habíamos satisfecho a los recados del juez gentil con decirle que teníamos licencia del rey para estar en aquella ciudad, y que si ellos lo consideraban, ni a la honra de Dios, ni de nuestro rey de España, ni de nuestra Religión, convenía que saliésemos de allí, pues dábamos testimonio de la fe y éramos embajadores, y no teníamos orden de nuestro prelado para dejar la casa. Pero aunque se satisfacieron de la respuesta, no tardó mucho el juez gentil que vino, y nos cercó la casa con gente de guerra y nos echó de ella y llevó al navío, como adelante se dirá.

CAPITULO XXXVIII

De lo que algunos padres de la Compañía sentían de la vida y modo de proceder de los santos mártires

El padre Pero Gómez, provincial de la Compañía.—El padre Sebastián González.—El padre Francisco Calderón.—Vida apostólica de los frailes de San Francisco.

Muchos años antes que los benditos mártires fray Pedro Bautista y sus compañeros fuesen a Japón, habían deseado muchos padres doctos de la Compañía, y tenidos en ella en mucha estimación, que fuesen Frailes Descalzos de San Francisco a aquella viña del Señor. Porque viendo la muchedumbre de almas bautizadas que había (que según común voz y fama llegaban a trescientas mil), y considerando cuán pocos eran los sacerdotes, pues aún no

eran cincuenta, conocían era necesario llamar obreros para que les ayudasen. Y ansí, cuando vieron que habían llegado a Japón los Frailes Menores Descalzos, cuando menos los esperaban, daban gracias al Señor. Y el padre Pero Gómez, viceprovincial, varón verdaderamente apostólico, y devoto de los frailes, aunque no poderoso, para evitar los agravios que se les hacían dijo que era obra del Señor el haber venido los religiosos de San Francisco en aquella ocasión. Porque viendo la necesidad de aquellas almas, proveía de ministros. Y ansí mostraba alegrarse cuando veía que los frailes que iban allá eran hombres de letras y virtud. El mismo parecer tenía el padre Sebastián González, gran letrado y hombre tan medido a lo que el sagrado Evangelio manda, y los santos apóstoles guardaron, que sin temor alguno en la mayor persecución, cuando otros tenían por prudencia el esconderse y mudar su hábito, él esforzaba a los cristianos, y en los mayores trabajos se mostraba más animoso, andaba a pie y era tan limosnero, que hasta sus vestidos daba, y en todo guardaba su profesión y modo de vivir, dando tan gran olor de santidad, que los gentiles, viendo su modo de conversar (tan ajeno de cumplimientos del mundo) le estimaban y reverenciaban como a verdadero religioso, y tenían por virtud en él lo que en otro condenaran por mala crianza. Y cuán agradable haya sido a Dios Nuestro Señor este su siervo en su vida se vió en muchas cosas, y en su muerte dicen que hubo muchas señales que lo declaraban.

El padre Francisco Calderón, en quien concurren las partes necesarias de letras, virtud y religión que en un perfecto religioso se pueden desear, y otros padres, eran de la misma opinión, aprobando la idea de los Frailes Descalzos. Y por ser personas de letras y opinión, se ha de estimar lo que decían. Porque afirmaban ser de grandísima importancia la estada de los Frailes Descalzos en Japón para dar firmeza a la fe. Porque viendo los japones cristianos que hay hombres que por amor de Dios que les predicaban de la salvación y se desnudaban de todo lo que es autoridad, riqueza y regalo del mundo, viviendo en recogimiento y en divinas alabanzas de día y de noche, andando descalzos, con hábito áspero, humilde y remendado, viviendo en pobreza y mendigando y hechos hospitaleros de leprosos, echarían con esto de ver la verdad de lo que se les predicaba. Y ansí muchos japones cristianos decían que para dar a conocer Jesucristo Nuestro Señor y su pobreza y humildad y perfectísima vida, eran los Frailes Menores Descalzos un ejemplo muy vivo de lo que de la

vida de Cristo les decían. Y este fué el fin altísimo que tuvo Dios enviando al gloriosísimo padre nuestro San Francisco para renovar con sus llagas la Pasión de Cristo, y con su vida la del mismo Señor y de sus Apóstoles, como fray Maseo, compañero de nuestro seráfico Padre, en una maravillosa visión vió, la cual fué que dejando Cristo sus pies señalados, vió que los Apóstoles y varones apostólicos por las mismas huellas le seguían, y yéndose borrando las huellas de Cristo, venía nuestro padre San Francisco y las renovaba.

Pues como los benditos mártires fuesen tan verdaderos imitadores de su gloriosísimo Padre, no sólo con su vida daban testimonio de la de Cristo, mas fueran hechos sus imitadores en la muerte de cruz que padecieron, animando a sus compañeros, los japones, a padecer por la fe que habían recibido, y mostrando ser gloriosa honra la muerte de cruz, que el mundo tiene por ignominiosa, en especial en Japón, con padecerla alegremente y tenerla por gran honra. Y era gran edificación para los cristianos ver la envidia santa que algunos padres de la Compañía mostraban a la gloriosa muerte de los bienaventurados mártires. Y de este fervoroso espíritu de muchos me constó a mí por las cartas que recibí estando preso en el navío, llenas de razones de mucho consuelo y de palabras espirituales, enviándome el padre Calderón con ellas, para que estuviese en mi prisión contento, las Epístolas de San Cipriano. Muchas de las cuales hablan de los trabajos con que en su tiempo daban testimonio los santísimos mártires de la fe de Jesucristo Nuestro Señor. El cual sea bendito y alabado en los siglos de los siglos, por siempre jamás. Amén.

LIBRO QUINTO

Del glorioso triunfo y martirio de los bienaventurados veintiséis mártires de Japón

CAPITULO PRIMERO

De cómo teniendo los benditos mártires indicios de su muerte se aparejaban para el martirio

Los acusadores de los santos mártires.—Fortaleza de los cristianos.—Petición de los santos mártires.—Exhortaban los santos mártires a los fieles para el martirio.—Esfuerzo celestial del santo mártir León.—Calidades de los mártires japones.—Respóndese a la opinión de algunos.

Como el demonio tomase por instrumento para perseguir a los frailes a Funguen, criado del rey, que les había otra vez acusado porque hacían cristianos, y a un hijo suyo, que en la ocasión de tomar la hacienda del navío, desacreditando a los frailes dijo al rey cómo no habían creído a su padre, y que contra su consejo habían hecho cristianos, halló al rey tan dispuesto para enojarse contra los frailes, que les llamaba engañadores y astutos y hablaba de ellos con notable disfavor. Viendo esto el hijo de Funguen, llamado Ufioio, hizo un memorial de todos los cristianos que pudo hallar en Miaco para darle al rey, y que mandase fuesen todos muertos, como Iacuyn, médico del rey, enemigo de cristianos, le había aconsejado. Pero sabida de Oimonogo, gobernador de Miaco, la diligencia y minuta que se había hecho de cristianos, y viendo que estaba puesto el primero aquel cristiano principal llamado Justo, de cuya virtud y fe se hizo ya mención, dijo al que traía la minuta que ya aquel cristiano estaba castigado, que no se tratase más de aquel negocio, que él tomaba a su cargo. Y aunque después este gobernador fué el que determinó el número de los santos mártires, hízolo por que no muriesen tantos como estaban escritos, y públicamente se manifestaban diciendo que querían morir por su ley y Dios.

Estas cosas y otros indicios que tenían los benditos mártires, nacidos de avisos que les daban, los tenían tan alegres, que ninguna cosa más deseaban y esperaban que

morir por la ley que habían predicado. Y era particular el ánimo y esfuerzo que ponían a todos los cristianos. Los cuales, deseosos de morir con sus maestros, así grandes como pequeños, mostraban mucho fervor, y todos aparejaban vestiduras blancas y calzones de lienzo para quedar honestamente en la cruz. Y así hombres como las mujeres, en esta ocasión mostraron varonil esfuerzo. El santo comisario les animaba con sus continuas exhortaciones y todos esforzaban a sus queridos, los pobres leprosos de los hospitales. Los cuales tuvieran por gustosa la muerte, por no quedar huérfanos de tales maestros y padres, como les habían sido los santos mártires. Los cuales, como entendían que su prisión no fuera larga, sino que sin ponerles guardas habían de morir, ocupábanse en santos ejercicios, y con nuevo espíritu y fervor cada día hacían particulares oraciones. Rezaban las letanías y otras oraciones, suplicando al Señor hiciese en ellos su voluntad ; pero que si fuese de que ellos confirmasen con su sangre la fe, recibirían singular beneficio y merced en ello. Y como el Señor había determinado de corresponder a su santo deseo, dábales mucho consuelo interior en las peticiones que hacían, y gran seguro en las esperanzas con que vivían.

Los sacerdotes decían cada día misa con muy gran espíritu y fervor, entendiendo que aquélla había de ser la postrera. Los hermanos legos comulgaban de dos en dos días. Por que armados con el escudo de la fe, y esforzados con el Pan celestial, estuviesen fuertes para los trabajos que esperaban y lo mostrasen cuando viniesen los gentiles a prenderles. Y con la confortación de este divino Sacramento estaban hechos tan fuertes, que como leones que echan fuego hacían guerra al demonio, desterrando todo temor humano y procurando encender los corazones de los tibios en el amor de Dios y aumentarle en los japones que querían ser compañeros en su martirio, confortábanles con continuas pláticas, declarándoles la gloria del martirio y cuán agradable sacrificio es a Dios, y la obligación que tenían de morir por la fe que conocían por verdaderísima. Decíanles también cuán grande sería el premio que habían de recibir en el cielo, por ser de mucho merecimiento morir por Jesucristo, ofreciéndole la vida en agradecimiento de la que por los pecados del mundo su Majestad ofreció en la cruz. Y como las casas de los santos mártires León y Pablo tenían aposentos que servían de predicar a gentiles y cristianos, y acostumbraban de ajuntarse allí todos los viernes del año muchos cristianos, y los días de cuaresma, cuando no iban a la iglesia, hacían allí disciplinas,

y les predicaba un cristiano muy antiguo y entendido en las cosas de Dios algún misterio de la Pasión de Cristo Nuestro Señor en esta ocasión, que todos deseaban ser mártires, se juntaban en este lugar de oración.

Y el fervoroso mártir León ponía esfuerzo a todos, y muchas veces decía con gran espíritu que deseaba que por el nombre de Cristo le arrastrasen por las calles de Miaco. Y ansí, como se veía en víspera de lo que tanto deseaba, era indecible el fervor que ponía a los demás cristianos, predicando sin cansarse los bienes que Dios tenía guardados para los que por su amor padecían. Y, como valeroso soldado de Cristo, mostraba tanto ánimo, que sólo el imaginar que no había de morir (como deseaba) le daba pena. Otros cristianos de su mismo espíritu y deseo hacían lo mismo, y esforzando a muchos cristianos de las aldeas, que sabían la prisión de los santos religiosos, venían a morir por su Dios con ellos. Pero la persecución solamente era contra los frailes que predicaban con libertad apostólica el Evangelio y contra la pequeña grey de sus familiares. Los cuales, aunque en linaje no eran nobles, ni en tesoros de plata y oro ricos, ni en honra aventajados, ni en ingenio y habilidades naturales excediesen a otros, el Señor los escogió para el glorioso fin del martirio. Y como a hombres que tenía predestinados para tanta gloria, les comunicó la luz de su fe y espíritu enseñándoles muchas invenciones santas de oración, humildad y mortificación en que le sirviesen. Y finalmente les dió tanta nobleza, que la del mundo se ha de arrodillar a sus pies crucificados por la predicación del santo Evangelio. El cual no predicaron con imprudente fervor, según la opinión de algunos, o con sobra de él, según el parecer de otros, imitando a los gloriosos cinco mártires de Marruecos, primicias de los gloriosísimos mártires franciscanos, mas de la manera que tengo dicho, como testigo de vista. Y si hubieran mis gloriosos hermanos hecho algunos actos de fervoroso espíritu a imitación de sus fervorosísimos hermanos los sobredichos mártires, y de los otros siete que gloriosísimamente alcanzaron la corona del martirio, con indecible honra de su Religión, en Ceuta, no lo callara yo, porque si en unos es canonizado el fervor del espíritu, por la misma razón lo fuera el de mis dichosísimos hermanos martirizados en la vida y en muerte y después de la muerte.

CAPITULO II

CÓMO FUERON PUESTAS GUARDAS A LOS BENDITOS MÁRTIRES EN LA IGLESIA DE MIACO Y USACA

Vigilancia cristiana.—Esfuerzo celestial.—Espíritu del cielo.—Confortación divina.—Señal de perfecto cristiano.—Pusieron guardas en la iglesia de Usaca.—El padre fray Jerónimo de Jesús.—Celebróse dos días la Pascua de Navidad.

Estando los bienaventurados mártires con el deseo que se ha dicho, sucedió todo como lo habían imaginado. Porque dentro de pocos días les pusieron guardas en la iglesia. Adonde estaban dentro y fuera con tanta vigilancia, que a ninguna parte iban, aun dentro de casa, los santos mártires que no fuesen las guardas con ellos, que no era para ellos pequeño consuelo espiritual, por ver que ya comenzaban a padecer algo por su Dios. Y el santo comisario, por dar cuenta del estado en que estaban y el consuelo que tenían, y como verdadero prelado por animar a los súbditos que tenía ausentes, incitándoles a desear padecer algo por Jesucristo Nuestro Señor, escribió esta carta al santo fray Martín, que a la sazón (como se supo en Miaco) comenzaba ya a probar el cáliz de los trabajos, teniendo guardas y señales ciertas de que había de morir.

CARTA DEL SANTO COMISARIO PARA EL SANTO FRAY MARTÍN

«Jesucristo sea en su alma: Con la de V. C., carísimo hermano, recibí mucha consolación, por saber de su salud y de que el Señor le da ánimo para animar a los cristianos a padecer por amor de Dios. También acá nos hace el Señor la misma merced; bendita sea su Majestad, que estamos muy alegres y consolados en el Señor, aunque cercados dentro y fuera de casa de guardas, teniendo por merced muy grande el padecer por su divino amor. León no llegó con la carta de V. C., ni sabemos de él; ayer le despaché una con unos leprosos de Zacay, en que le daba noticia de lo que pasaba por acá. Y porque por ventura no llegara a manos de V. C., diré brevemente lo que contenía. El día que V. C. me avisó, con Cayo, de las cosas de por allá, nos pusieron guardas. Y diciéndonos nuestro

hermano Cosme que otro día sin falta nos cortarían las cabezas, aquella noche nos aparejamos y confesamos a todos los cristianos que pudimos, sin dormir en toda la noche ningún sueño, y una hora antes que amaneciese dije yo misa, y la oyeron muchos cristianos, y comulgué a todos nuestros hermanos y a otros muchos cristianos de los que habíamos confesado aquella noche. Y mandé al hermano fray Gonzalo les hiciese una plática para que les animase no a tornar atrás, mas que estuviesen aparejados a padecer por Cristo. A lo cual ellos respondieron a este tiempo, muy enteros, que deseaban tener cien vidas para darlas todas por aquel Señor que dió en la cruz la suya por ellos, y que ellos eran pecadores, y que aunque diesen las vidas hacían poco ofrecerlas por satisfacción de los muchos pecados que contra este Señor tenían cometidos.

Después, acabada la misa (en la cual estuvieron todos con mucha devoción y aun derramaron muchas lágrimas de alegría por la merced que parece que Dios les estaba prometiendo), de allí a un poco vinieron muchos ministros de justicia y anduvieron mirando todo lo que teníamos en casa, ansí en las oficinas como en la sacristía. Y luego oímos decir que ya traían cadenas y cuerdas para llevarnos presos y maniatados. Y vino un gobernador de Miaco con mucha gente. ¿Quién podrá contar el alegría y placer que hubo entre nosotros todos? ¿Las gracias que dábamos a Dios Nuestro Señor por parecernos era llegada la hora en que este Señor quería hacernos participantes de su reino? Y que luego nos quitarían las vidas. Y ansí, en entrando este gobernador echó mano de los predicadores japones León, Paulo, Ventura, Tomé, Gabriel, y los llevó consigo; allá los tiene, y ellos fueron por el camino predicando a los gentiles con grande ánimo y esfuerzo. Y me escribieron una carta de la cárcel diciendo que sin falta les cortarían las cabezas por ser cristianos; mas que ellos estaban muy alegres y contentos de padecer otros muchos géneros de tormentos, y que ya tenían grandes deseos de ir al cielo a gozar de aquella bienaventuranza para donde fueron criados, y que les encomendásemos a Nuestro Señor para que les diese firme propósito para padecer por su divino amor. Yo les respondí que este Señor, por quien ellos deseaban padecer, les ayudaría en tan honrosa batalla. Los que quedamos, toda la alegría que habíamos tenido se nos tornó en tristeza viendo que el gobernador se iba sin nosotros, porque entendíamos que nos llevara a todos, y ansí lo tratábamos entre nosotros, entendiendo que no éramos merecedores de tan gran merced por nuestros grandes peca-

dos (1). Mas todavía no desconfiamos de que el Señor nos haría tan alta merced de cumplir nuestros deseos, porque aun estábamos presos y con guardas, y ya no dejan entrar cristianos en nuestra iglesia, y por ser la gente mucha, así de guardas como de gentiles, no podemos enviar una carta fuera de casa. V. C. nos encomiende a Dios y a todos los demás cristianos, porque nosotros hacemos lo mismo acá. V. C. tenga mucho ánimo y confianza en su divina Majestad, que ahora parece que comenzamos el oficio apostólico, y en medio de todas estas angustias y trabajos no nos desampara Dios Nuestro Señor, porque sus divinas consolaciones moran siempre en nuestras almas, dándonos esfuerzo y ánimo de padecer muchos tormentos y afrentas por su divino amor. *Benedictus Deus et Pater Domini nostri Jesu Christi qui consolatur nos in omni tribulatione nostra.* Estamos con mucha alegría. *Quoniam digni habiti sumus pro nomine Jesu contumeliam pati.* Y por hacernos Dios esta merced de padecer con alegría por su amor. El Señor dé a V. C. su divino Espíritu, porque no hay lugar de escribir más.»

Esta es la carta de aquel varón apostólico y cuidadoso pastor. En la cual no sólo da relación de lo sucedido, mas muestra verdaderamente ser templo del Espíritu Santo, pues con tanto fervor habla por sí y por los demás religiosos, que, a sombra de tan esforzado capitán, tenían ánimo y esfuerzo de padecer. Y dice que era grande por comunicarles el Señor sus divinas consolaciones con larga y liberal mano. Y aunque sólo dice sumariamente lo que sucedió, de una persona que entonces estaba en su compañía que por ser seglar español se libró, supe que era tanta la molestia de las guardas, que no daban paso sin ellas, y que cuando sacaron los predicadores japones y los llevaron a la cárcel, le sacaron también a él, por estar vestido de japón. Y viéndole ir preso al hermano Cosme (que, como se dijo, era venerable y discreto viejo), conociéndole, aunque iba en hábito de japón (que entendiendo librarse así mejor se había vestido de él), llegóse a él y abrazóle con mucho amor, pesándole mucho de verle ir a la cárcel con

---

(1) Dice fray Juan de Santa María en su *Relación del Martirio....* edición española de 1601, cap. V, f. 73, que «Onze eran los Religiosos Franciscanos que se hallaron en esta coyuntura en Japón, y de solos los seys que estaban en Macao y Vosaca hizieron caso, y de éstos echaron mano, dexando otros quatro que avia en Nangasaki, cuyos nombres son: Fray Agustín Rodríguez, Fray Marcelo de Ribadeneira, Fray Bartolomé Ruyz y Fray Gerónimo de Jesús».

tanta deshonra. Lo cual, visto por un ministro de justicia, dió al buen viejo una gran bofetada, que le derribó en el suelo. Y como era de los que estaban más aparejados para morir por Cristo Nuestro Señor, besó con mucho contento la tierra y dióle gracias por la afrenta recibida. Ya en este tiempo estaba allí con el santo comisario el santo fray Felipe, el cual, puesto que hubiese quedado en Usaca, en compañía del santo fray Martín, cuando vino del navío, por tratar algunas cosas de las que en aquellos días sucedían, vino a Miaco, y hallóse en compañía del santo comisario y de los demás hermanos cuando les pusieron las guardas. Y aunque se hicieron diligencias para que saliese, por ser necesario para algunas cosas, no se sabiendo el glorioso fin de los santos, no fué posible, ordenándolo así el Señor para que su siervo fuese coronado con la corona del martirio. También pusieron casi al mismo tiempo guardas al santo fray Martín, que estaba en el convento de Belén, en Usaca. Y aunque estaba muy cierto que había de morir, no le faltó el ánimo ni el deseo de padecer por Dios, porque por una ventana por donde entraron algunos cristianos a sacar los ornamentos de la sacristía pudiera huir, pero como valeroso soldado de Jesucristo, no quiso con la huída afrentar la fe. Antes, como ya estaba armado con la fortaleza de Cristo, gustó de aguardar el fin del suceso, deseando ser martirizado por la gloria de Dios y verdad de la fe que predicaba. Consolóle el Señor en esta prisión y soledad con la venida del padre fray Jerónimo de Jesús, que viniendo de Nangasaqui a ser presidente de aquel convento, viendo el estado en que el santo fray Martín estaba, le consoló con sus cartas. Y no le fué luego a hacer compañía, aguardando el orden que el santo comisario le daba, habiéndole avisado de su venida (como adelante se dirá), y el santo comisario le mandó se escondiese para que en la primera ocasión (porque se esperaba que haría muchos mártires) los capitanease y con su muerte y ejemplo les confortase en la fe. Pero como este siervo del Señor se viese solo y llegase la fiesta del nacimiento del Hijo de Dios (a quien estaba dedicada aquella pobre casa), con ayuda de un cristiano pudo entrar a celebrar la Pascua con su hermano preso por Cristo, lo cual no fué pequeña consolación espiritual para los dos, pues se confesaron, y cada uno dijo tres misas, y estuvieron juntos aquel día, confortándose en el Señor, manifestando el uno el contento que tenía en su prisión y el otro la envidia santa que le tenía hasta ver cumplidas las esperanzas de acompañarle en el martirio. Y por cumplir

con la obediencia, se salió el padre fray Jerónimo a casa de un cristiano, adonde estaba escondido. Y el sentimiento con que quedó el santo fray Martín por el apartamiento de su hermano consoló el Señor con una no esperada alegría. Porque como estuvo en aquella ciudad el general del navío «San Felipe» con algunos españoles y un padre agustino y el hermano fray Juan Pobre, compañero de los santos mártires, que iba en el mismo navío, y habiendo procurado ir a visitar la iglesia y al santo fray Martín el día de Pascua, no los dejaron los gentiles entrar; cuando ellos más descuidados estaban, aquel mismo día les dieron licencia para que fuesen a la tarde allá. Y como ellos guardasen el calendario como en Manila se guarda y, conforme a él, fuese día siguiente día de Natividad (porque en Japón cuentan un día delantero), después de haber llorado con sentimiento particular la prisión y trabajo del santo fray Martín y consolándose mucho viendo su gran fortaleza y deseo de padecer por Jesucristo Nuestro Señor, determinaron de celebrar, según el calendario que traían, aquella santa festividad. Para lo cual se confesaron todos, y a media noche se levantaron a cantar los maitines y la misa del gallo, con tanta alegría espiritual y regocijo de villancicos del santo Nacimiento, que en los pocos cristianos japones que por grandes ruegos habían entrado, causó gran devoción y confirmación en la fe, y en los gentiles que eran guardas, admiración, viendo que en gente tan trabajada hubiese tanta alegría. Comulgaron los españoles con mucha devoción, y algunos de los japones que se hallaron presentes afirmaron haber oído unas suaves voces al tiempo que los españoles celebraban su fiesta en aquel pobre y santo templo. Después de acabadas las misas recibieron todos una pobre refección, administrada de la mucha caridad que los cristianos hacían al santo fray Martín, a quien deseaban muchos hacer compañía en su prisión y morir por la fe que habían recibido.

Aquel mismo día se salieron del convento los españoles, dejando el corazón en él, por el amor grande que cobraron al santo fray Martín y la pena que llevaban de apartarse de él dejándole preso; fué indecible, en especial, el del hermano fray Juan Pobre, viendo que era forzoso para el buen despacho de los españoles el salirse con ellos. Y fué cosa digna de notar que saliendo con su hábito por las calles, nadie le hizo agravio. Y sabiéndose que estaba en Usaca, nunca amenazaron a prenderle. También el padre fray Jerónimo de Jesús se vió con los españoles, y estando con ellos recibieron algunas cartas del santo comisario, en

que les consolaba y mandaba a los religiosos lo que habían de hacer, y les daba noticia de lo que allá sucedía y del consuelo espiritual que en su prisión tenían, y del esfuerzo que mostraban los cristianos diciendo que deseaban morir por Jesucristo con sus padres espirituales y maestros en la fe.

CAPITULO III

Del contento que los benditos mártires tenían estando con cuerdas y esperando ofrecer la vida por Jesucristo Nuestro Señor

A qué tiempo les pusieron guardas.—Fiesta de Navidad.—Oficio de buen prelado.—Valor del santo comisario.

Las guardas, según por cartas de los gloriosos mártires se supo, les fueron puestas a 9 de diciembre, y las tuvieron hasta el fin del mes, que les llevaron a la cárcel pública. Y estando presos en su convento celebraron la fiesta del santísimo Nacimiento de Jesucristo Nuestro Señor. Y aunque el embarazo de las guardas y la poca libertad que daban a los santos mártires era estorbo para celebrar con la acostumbrada solemnidad aquella fiesta como los años antes, con alegría espiritual y cantares divinos y concurso de cristianos, ansí a los maitines y misas como a los demás oficios de vísperas y completas; pero como la devoción del celestial Niño Jesús se aumentaba padeciendo por El, cuando faltaba más la libertad creció más la devoción de los cristianos, que aquella noche sin temor de la muerte fueron a la iglesia a festejar el nacimiento de su Dios con particulares muestras de viva fe, como el santo comisario lo escribió al santo fray Martín y a los otros religiosos que estaban en Usaca (como queda dicho) en aquella sazón, en la carta siguiente:

Carta del santo comisario.

«*Pax Christi*, etc. Recibí la de V. C. y la de los hermanos fray Jerónimo y fray Juan. Mucho me he holgado de que el padre fray Diego de Guevara y todos esos señores hayan aportado allí, para consuelo suyo espiritual. Yo me tuviera por muy dichoso de haberles tenido por huéspedes esta Pascua, para servirles y regalarles con nuestra pobreza y mucho amor y voluntad, que aunque estamos presos, al espíritu no lo pueden prender. Y ansí, gloria a la ma-

jestad Divina, hemos celebrado la santa Natividad del Hijo de Dios con mucha alegría espiritual. Entonamos las vísperas y hubo incienso; a los cristianos dieron licencia solamente para estar en el patio de la iglesia, y desde allí oyeron las vísperas y los maitines y misa del gallo al frío y helada para mayor corona. Vino mucha cantidad de ellos. Entonamos el invitatorio, himno y lecciones y misa, y a las laudes y a todo estuvieron padeciendo harto frío. Entonóse también la misa del alba, porque lo pidieron los cristianos, y tuvimos en un altar un pobrecito portal. Y hubo coplas a nuestro modo. Ayer oí decir, y creo que salió de la casa de Cosme, que había venido nueva a Taicosama que había parecido otro navío en Urando, de lo cual dicen que estaba muy alegre y que envió allá a Chozungami. Si esto es verdad, temo que ha de dilatar el despacho de esos señores hasta saber si el navío es también de Luzón, y siendo ansí, confirmarse ha en su falsa imaginación de que venían a hacerle guerra. El Señor lo remedie, que harta miseria sería para Manila, aunque sería dicha si se supiese conocer. El hermano fray Jerónimo puede ir a Nangasaqui, ya que el general lo pide, aunque entiendo fuera muy acertado dilatar la partida hasta ver el despacho del rey. Pero si todavía quisiere que vaya luego, vaya con la bendición de Dios y mía. Y esté allá hasta que yo avise lo que ha de ser, si no nos crucifican primero, que por amor de Cristo eso es lo que deseo.

El hermano fray Felipe desea irse con el general, pero no es posible si no se negocia con Chozungami diciéndole que es uno de los que vinieron en la nao. El hermano fray Juan se vuelva también a Manila, a dar cuenta a nuestro hermano provincial de lo que acá pasa, porque bastamos por ahora los que estamos hasta ver en qué paran estos pleitos. Cuando entendiera que nos habían de martirizar a todos, yo le detuviera que no se fuera. Mas no creo que recibiremos esa merced, aunque no tenemos seguro de que no nos hayan de matar. La consideración que el hermano fray Juan hace en su carta es muy bueno; que si matan a los cristianos, no parecerá bien irnos nosotros; digo esto de que si a ellos los matan, y nosotros tenemos libertad, con ellos hemos de ir a predicarles y esforzarles, y de allí podrá ser que den tras nosotros, y si no nos matan, entiendo que nos han de echar del reino. El Señor ordene aquello que más ha de ser para su gloria, que cierto en toda esta prisión no le he pedido me libre de la muerte, sino que haga de mí lo que más sea agradable a su divina Majestad, y le doy infinitas gracias por esta merced. Los

pobres de los hospitales tampoco los dejan salir; no sé qué se han de comer si dura esta prisión; de esto que a nosotros nos dan me han pedido limosna. No me pesa sino porque no tengo un buen golpe de arroz para gastar con ellos, aunque, bendito Dios, los cristianos han acudido muy bien a hacernos limosna en esta prisión mejor que antes. Esta sea para todos tres, que no hay lugar de escribir en particular a cada uno.

Encomiéndenos al Señor, que acá lo haremos para todos muy en particular, y se dice cada día la letanía por todos esos señores del navío. Nuestro Señor les dé su divino espíritu, etc.»

De esta carta no sólo se colige el contento y alegría que tenían los siervos del Señor esperando la muerte, pues con tanto regocijo espiritual celebraron el santísimo Nacimiento del Hijo de Dios; mas colígese el valor de este santo prelado y el cuidado que tenía de ordenar lo que convenía a su pequeña grey y rebaño, que andaba esparcido. Y ansí se puede de este santo varón decir lo que el glorioso San Silverio, Papa, en una carta que escribe a Amato, obispo, dice de sí: *Sustentor pane tribulationis et aqua angustiae, nec tamen dimisi aut dimitti oficium meum.* Aunque tengo por manjar cotidiano las tribulaciones y por bebida las angustias, no he dejado ni dejaré mi oficio. Y como sea mayor tormento a la naturaleza el esperar la muerte que padecerla, bien se puede entender que aunque en los benditos mártires el espíritu estuviese pronto, la carne, como flaca, había de estar llena de temores y sobresaltos, haciendo acíbar el manjar temporal con la memoria de lo que el espíritu deseaba y la carne temía. Pero todo era atesorar para el cielo, adonde hallarían la remuneración de todo lo que padecieron por amor del Señor. Por cuya particular providencia sucedió de que siendo los gloriosos mártires condenados por la voz común de los gentiles diciendo que eran espías, y otros que (aunque se mostraban pobres) la mitad de la hacienda del navío de «San Felipe» era suya, no se puso nada de esto en la sentencia que contra ellos se dió, sino que por predicar el santo Evangelio contra la voluntad del rey los mandaba crucificar. Mostrando Dios en esto que por medio de este gentil quería que la ley evangélica fuese confirmada con sangre de mártires, para que aquella Iglesia con este regadío echase más firmes fundamentos en la fe.

CAPITULO IV

De cómo los santos mártires fueron presos y llevados a la cárcel pública

A qué hora fueron presos los santos mártires.—Los santos mártires recibieron bien a los gentiles.—Maltratamiento que hicieron los gentiles al santo fray Gonzalo.—Alegría de los dos mártires.—Sometimiento indecible.—Sentimiento de los cristianos. — María, buena cristiana. — Cosa admirable. — Consuelo espiritual.

A 30 de diciembre, estando puestas guardas a los santos mártires, llegó un juez gentil con gente armada a la iglesia para llevarlos a la cárcel. Y con el ruido y aparato de armas que llevaban dieron a entender a los cristianos que estaban en los hospitales la intención con que iban. Y como estaban ya los cristianos dispuestos para el martirio, con las amonestaciones de los santos, a ninguno faltó el ánimo para desear padecer por Cristo en compañía de sus padres espirituales. Y ansí se fueron, chicos y grandes, hombres y mujeres, tras los gentiles, y entráronse con ellos en la iglesia. Estaban los benditos mártires aquella hora en vísperas, y el alegre esperanza del martirio se les volvió en particular gozo cuando conocieron, en el ruido de la gente, la causa por que venían. Comenzaron a dar gracias a Dios, y, abrazándose unos a otros, dábanse el pláceme del inestimable bien que esperaban. Animábanse mucho, venciendo el temor natural con el deseo de padecer. Y el muy venerable comisario, tomando un crucifijo un poco grande que estaba colgado en el coro, con grande devoción se le puso al cuello, besándole los pies con mucha ternura. Y luego bajaron juntos con invencible fortaleza a la iglesia, llevando por su animoso capitán el santo comisario, adonde los que les venían a prender estaban.

El santo fray Gonzalo (como en su vida se dirá), como no estaba en el coro, fuese a abrazar con una grande cruz que estaba en la huerta. Llegados a la iglesia, mandó el santo comisario que se abriese la puerta de la reja y aguardó con muy alegre rostro hasta que los gentiles con furia rabiosa comenzaron a maltratar a los benditos mártires, y con los cordeles y sogas que llevaban atáronles atrás las manos con mucha crueldad, echándoles sogas a los cuellos. Y como no les estorbó para esto los pobres y cortos mantos que por hacer mucho frío traían, no se los quitaron. En

esta ocasión andaban en competencia la mucha paciencia y gozo de los santos, y la inhumanidad de los gentiles, y el sentimiento y lágrimas de los cristianos, que todo fué digno de notar. Como los gentiles vieron que faltaba un religioso, entraron con gran furia a buscarle por el convento, y hallando al santo fray Gonzalo abrazado con la cruz en la huerta, le ataron, y dándole muchos palos le trajeron a la iglesia, ocupándose entre tanto otros en descolgar las imágenes de los altares y en tomar lo que estaba en la sacristía, aunque por estar todo lo que había en casa registrado, nadie se atrevió a hurtar cosa alguna.

Después que se vieron atados los benditos mártires, enseñados del contento que tenían con tan buen principio de su martirio, comenzaron, puestos de rodillas delante del altar mayor, a cantar *Te Deum laudamus*, dándoles lugar los gentiles para hacer conmemoración a Nuestra Señora, a quien estaba dedicada la iglesia, y a su glorioso padre San Francisco. Y en acabando echaron mano de ellos los sayones, y al salir por la reja tomó un gentil la cruz que estaba sobre ella, por hacer burla del bendito comisario, que llevaba al cuello el crucifijo. E iba el gentil delante de los benditos mártires, diciendo que pues eran amigos de cruz, que adoraban a un crucificado, que quería llevar la cruz levantada delante de ellos. Llevaron también atados con ellos a los dos niños Luis y Antonio, que por importunación casi alcanzaron el martirio. Y cuando llegaron en medio de la iglesia fué tanto el clamor y lágrimas de los cristianos, diciendo: «¡ Martirio, martirio !», que a no vencer los mártires el sentimiento con la consideración de que por falta suya quedaban los fieles debajo del amparo particular de Dios, fuera increíble el que tuvieran por serlo el amor que les tenían como a hijos engendrados en Cristo. Pero esto y el ver el maltratamiento que los gentiles hacían a los cristianos, dándoles de palos y puñadas, porque se llegaban a ellos como a sus padres, no les dejaba de dar mucha pena para aumentar la gloria de su martirio con el sentimiento paternal, nacido de entrañas abrasadas en caridad. E iban, pues, los santos cantando, y respondían como a coro los cristianos, llorando su soledad y desamparo, dando de esto sus tiernas quejas a Dios. Y llevados del dolor y amor no se podían apartar de ellos, deseando no perderlos, aunque sabían cierto que los habían de ganar en el cielo.

Vencía el tesón de los cristianos a la crueldad de los gentiles, que nunca se cansaban de apalearlos y hacerlos malos tratamientos. Saliendo los dichosos mártires por la

puerta, como despidiéndose de aquel santo templo consagrado a la Virgen, cantaron el himno de *O gloriosa Domina*, y pasando por el hospital de Santa Ana hicieron oración, diciendo en voz alta la conmemoración de esta gloriosa santa. Y fué tan grande el alarido triste de los pobres viendo llevar presos a sus maestros, que les eran como regaladas madres, que lloraban por ellos y sentían como desamparados de todo bien y regalo, que no fué menor el sentimiento y dolor de los santos oyendo los clamores de los pobres, de los cuales, habiendo hecho tesoro en Japón, los tenían en el corazón y el apartarse de ellos les era increíble dolor. Perseveraban los cristianos en irse tras los santos, tirándoles por los mantos y besándoles los hábitos y echándose a sus pies para besarlos, y cuando no podían besaban la tierra que habían hollado. Y quien se señaló más en mostrar el amor que les tenía fué María, mujer principal y hermana de la Orden por ser casada con el hermano Cosme (de quien se ha hecho mención), y había siempre hecho obras de madre a los religiosos. Porque viéndose privar de los que tanto amaba en Jesucristo, no la podían apartar los sayones de los pies de los santos por más golpes que la daban, y a sus pies asida, decía que aquellos que llevaban presos eran santos y que no tenían culpa. Y por fuerza fué llevada a su casa, adonde le pusieron guardas, como a persona que había de ser castigada. En lo cual parece que quiso el Señor que en la fiesta de la prisión de los gloriosos mártires no sólo ellos fuesen enriquecidos de merecimientos, mas los fieles que con caridad se compadecían de ellos y les iban acompañando deseando morir con ellos por Cristo. Por quien también fueron robados los que vivían junto a la iglesia, porque no les dejaron más de un pobre vestido que vestirse.

Por el camino, que sería más de un gran cuarto de legua, de la iglesia a la cárcel, fueron llevados los santos con grande confusión por las calles más principales de la ciudad. Y fué cosa maravillosa que soliendo ser gritados y maltratados con barro y piedras de los muchachos y de personas de poca consideración los mismos santos frailes que llevaban presos a la cárcel, cuando pasaron por las calles públicas no hubo semejantes ultrajes, antes los gentiles mostraban sentimientos, admirándose de que siendo padres extranjeros y no habiendo hecho algún delito, les llevasen con tanta deshonra a la cárcel. A la cual iban muy contentos, predicando a los que encontraban y mostrando en su semblante y palabras cómo aquella deshonra era honra y gloria para ellos. Llegaron, pues, muy acom-

pañados de gentiles a la cárcel, y los cristianos que iban con ellos y les encontraban en el camino, movidos por el espectáculo que veían, desterrando el temor, manifestaban ser cristianos con llegar a besar el hábito a los padres, haciéndoles mucha reverencia, sacando públicamente los rosarios, mostrando con sus lágrimas que eran de la misma ley, y en sus palabras y cristiana libertad daban a entender que querían morir con ellos. Llegados a la cárcel pública, es inexplicable el contento que los religiosos recibieron viendo que merecían padecer y ser tenidos por malhechores por su Dios y Redentor. Cuya Pasión traían en su memoria estampada, para dar valor a cada paso que daban en la suya. Y no fué menor el alegría que recibieron cuando, entrando en la cárcel, vieron a los predicadores sus familiares que pocos días antes les habían llevado presos a la misma cárcel, porque con su prisión y compañía les sería más suave y agradable la que padecían los japones. Cuyo regocijo y consuelo no se puede declarar, porque arrodillados delante de los benditos religiosos, viéndolos ya compañeros de sus trabajos, y considerando cuánta honra merecían y cuánta les había hecho el rey y los grandes cuando vinieron y cuán santamente vivían todos, con sus lágrimas declaraban lo que sentían. Y todos tenían por grande merced de Dios el estar entre malhechores en la cárcel, por la fe que habían recibido y en compañía de tan santos religiosos, y bendecían al Señor en su prisión.

CAPITULO V

CÓMO CORTARON PARTE DE LA OREJA A LOS BENDITOS MÁRTIRES

Trajeron siete de los mártires.—Los señores de Japón favorecían a los frailes.—Cortan a los santos mártires las orejas.—Devota consideración.—Quién cogió las reliquias de las orejas.

Dos días después que llevaron a los cinco religiosos santos desde el convento a la cárcel pública, trajeron desde la ciudad de Usaca al santo fray Martín con tres japones que estaban con él y otros tres de la Compañía, que, entendiendo que eran familiares de los frailes, habían prendido y los llevaron a Miaco. Y pusiéronlos en un lugar público que estaba en una calle por donde pasaba mucha gente como a la vergüenza, atadas las manos atrás, dejándolos a la helada y frío (que en aquel tiempo hacía mu-

cho), sin alguna consolación temporal. Allí eran mirados de los que pasaban, hechos escarnio de muchos gentiles, que entendían eran malhechores y que por sus pecados padecían aquella afrenta. En este tiempo platicábase entre la gente principal que el rey no sólo mandaba prender a los benditos mártires, mas que quería hacer en ellos un castigo ejemplar para poner temor a los cristianos, y mandando cortarles las orejas y narices, que es castigo que suelen dar a los facinerosos, que después determinaba que fuesen llevados a Manila, de adonde fueron enviados. Y díjose después que esta determinación no se había puesto en ejecución por haber dicho un grande al rey que no parecía bien que siendo los frailes extranjeros fuesen tan maltratados, y más habiendo venido por embajadores y ser costumbre de Japón tratar bien a los de otros reinos.

Con esto se aplacó Taicosama y se resolvió en que les cortasen a todos los veinticuatro que estaban presos parte de la oreja izquierda. Con esta determinación fueron los ministros de justicia muy diligentes a la cárcel adonde estaban los benditos mártires muy contentos, habiendo hecho de la cárcel casa de oración, y ocupándose los días que en ella estuvieron en las divinas alabanzas y en predicar a los gentiles que por sus delitos estaban en ella, dando a todos con su modestia y mansedumbre muy grande ejemplo, consolando a los cristianos que llorando venían a visitarles y traerles el sustento corporal. Y como estaban dispuestos y armados con la divina fortaleza para recibir cualquier tormento hasta la muerte, recibieron mucho contento cuando supieron que les habían de cortar parte de las orejas. Para ejecutar este tormento trajeron al santo fray Martín con los otros seis mártires que habían traído de Usaca, y habiendo sacado de la cárcel, atadas las manos atrás, al bendito comisario y a los demás, los llevaron a un lugar público junto a una varela, y estando aguardando muy alegres que les cortasen las orejas, vieron venir por otra calle, con gran aparato de gente y ministros de justicia, al amantísimo varón fray Martín y a los bienaventurados japones que habían traído la noche antes de Usaca con él. ¿Quién podrá explicar el contento que en verse unos a otros recibieron en tan buena ocasión de hacer sacrificio de su sangre y vida a la divina Majestad por la honra de su Evangelio? ¿Y viendo que ya comenzaban a ver cumplidos los deseos que tenían de padecer por Cristo?

Llegados, pues, a este lugar público comenzaron a cortarles las orejas, animándose unos a otros con santas pa-

labras y dando testimonio los que acababan de padecer aquel tormento de lo poco que dolía y cuánto gusto tenía el alma en ver que la oreja por donde había entrado la fe daba un pregón de la verdad de ella, y la sangre que corría era una voz que predicaba más que muchas lenguas pudieran decir. En todos los benditos mártires se vió un indecible ánimo, mostrando que le tenían para mayores tormentos. Mirábanse unos a otros las orejas y sangre que corría, reverenciando en ella la honra de Dios, por quien la derramaban. Y olvidados del dolor natural que la herida los causaba, todos estaban transformados en Dios. El cual en cada uno mostraba efectos maravillosos, y en los más flacos, como eran los niños, se mostraba más fuerte, como lo declaró el ánimo varonil con que el santo niño Tomé, acabando de cortarle la oreja, la mostró al gentil que se la cortaba, diciéndole que cortase más si quería y que se hartase de sangre de cristianos.

Con la paciencia y deseo que tenían de padecer los benditos mártires, se esforzaban entre sí y predicaban a los cristianos que venían a consolarles y a coger su sangre por reliquias. Y fué lo que hacían y decían muy eficaz sermón para los gentiles. Porque con una plática que hizo el santo fray Gonzalo declarando la razón por que padecían y eran atormentados, por mandado del rey gentil, engañado de falsos consejeros, se movieron a convertirse muchos. Y en el trabajo de la cárcel les consoló el Señor inspirando a dos de los que estaban presos para que oyesen la ley de Dios y recibiesen el santo bautismo. Y viendo que padecían aquel tormento de la oreja en viernes y cuando estaba fresca la memoria de la sangre que el Niño Jesús derramó en su santa circuncisión (por ser un día después cuando derramaban ellos la suya por su santo amor), era indecible el júbilo y alegría espiritual que tenían. Y como un cristiano llamado Víctor viese que los verdugos arrojaban las partes de las orejas en el suelo, las cogió y llevó al padre Organtino como gran reliquia y señal de la victoria que los santos alcanzaban del rey que las mandaba cortar.

CAPITULO VI

CÓMO LOS GLORIOSOS MÁRTIRES FUERON SACADOS EN CARRETAS Y TRAÍDOS POR LAS CALLES DE MIACO

Trabajo de los españoles.—Los santos mártires fueron llevados por tres ciudades.—El viernes les cortaron las orejas.—Cómo prendieron a los japones de la Compañía.—El santo comisario, capitán de Cristo.

Lo sucedido desde el principio del martirio de los gloriosos mártires hasta que llegaron a Nangasaqui escribió el santo comisario desde el camino a los tres religiosos que supo que estábamos presos en el navío de los portugueses, en esta manera:

CARTA DEL SANTO COMISARIO

«Carísimos: Al hermano fray Jerónimo dejo en Usaca, para consolación de los cristianos; queda escondido, porque de otra manera creo no se conservara dos días sin que le prendan; al hermano fray Juan Pobre dejo con los españoles que vinieron a este reino con la nao «San Felipe»; no sé lo que Taicosama hará de ellos, que esperando quedan en Usaca, no la hacienda, que ya se la han tomado, sino qué es lo que piensan hacer de ellos. El general quería pedir el estandarte real, y el artillería, y las armas, mas creo que no le darán nada; las vidas quiera Dios que salven. Fray Felipe estaba con nosotros en Miaco cuando nos llevaron presos a la cárcel pública, y aunque se avisó a dos jueces como no estaba con nosotros, por ser el que había venido en la nao «San Felipe», no le perdonaron. La sentencia que se dió contra nosotros traen públicamente delante de nosotros escrita en una tabla; dice que porque predicábamos la ley de los cristianos contra el mandato de Taicosama, en llegando a Nangasaqui nos crucifiquen. Por lo cual estamos muy alegres y consolados en el Señor, pues por predicar su ley perdemos las vidas. Venimos seis frailes y dieciocho japones por todos en la sentencia: unos por predicadores y otros por cristianos; de la Compañía de Jesús viene un hermano y un doxico (1) y otro hombre; sacáronnos a todos de la cárcel y pusiéronnos en unas carretas, y a todos los sobredichos

(1) Acólito.—*N. del E.*

cortaron a cada uno un pedazo de una oreja, y así nos llevaron por las calles de Miaco con mucho aparato de gente y lanzas. Tornáronnos a llevar a la cárcel, y otro día nos llevaron, bien atadas las manos atrás y a caballo, a Usaca. Y otro día nos sacaron de la cárcel y nos pasearon en caballos por las calles de la ciudad y nos llevaron a Zacay, y allí hicieron lo mismo, y con pregón público en todas las tres ciudades.

Entendíamos que luego nos quitarían la vida, mas a la vuelta supimos en Usaca que mandaba que viniésemos a Nangasaqui. Vuestras caridades, por amor de Nuestro Señor nos encomienden a Dios muy de veras, para que le agrade este sacrificio de nuestras vidas. Uno de vuestras caridades quisiera que quedase para consolación de los cristianos y del hermano fray Jerónimo. En las cartas que escribe Taicosama a Tarazaba dicen que manda que si algunos frailes vinieren de Luzón, los mate luego, y ansí si no es en hábito de japón no se podrán conservar acá. Encomiéndenos a Dios. Y si el Señor les diere espíritu de quedarse todos o alguno, podránlo hacer, como según Dios vieren que mejor conviene. Sabido he que están en el navío de los portugueses. Dios les pague las buenas obras que les harán. El hermano de Tarazaba nos tiene prometido de dar lugar para que comulguemos, que lo estimo mucho. No vengan vuestras caridades a vernos, porque aunque nos consolaremos todos mucho, no se atreve este juez. Y dice que si lo sabe Taicosama que están vuestras caridades ahí y no le avisa, que le matarán, y no los viendo, él disimulará por que Taicosama no lo sepa. Por amor de Dios pedimos a todos oren por nosotros con mucho fervor, que el viernes que viene creo sin falta nos crucificarán. Y en Miaco en este mismo día nos cortaron parte de una oreja. Por grandes mercedes de Dios tenemos todo lo pasado; ayúdennos, hermanos carísimos, con oraciones, para que sean gratas a su divina Majestad nuestras muertes, que en el cielo, donde esperamos ir de salto, seremos gratos. Y aun desde aquí no me olvido de vuestras caridades, antes los tuve y tengo en mis entrañas. La paz y amor de Nuestro Señor Jesucristo les encomiendo. Quédense con Dios, hermanos carísimos, que no hay lugar para más. Quédese con Dios, hermano fray Agustín, hermano fray Bartolomé, hermano fray Marcelo, *usque in caelum mementote mei*. De este camino, etc.»

Aunque esta carta dice la sustancia de lo sucedido hasta que llegaron a Nangasaqui los santos mártires, algunas

cosas es necesario sean declaradas más en particular en este y los siguientes capítulos, por ser necesario para mayor claridad de esta historia. Los cristianos que con los seis mártires fueron señalados para padecer con ellos fueron sólo dieciocho. Porque el gobernador de Miaco, a quien fué cometida la ejecución de la sentencia, viendo que contra solos los frailes y sus familiares japones era la persecución, mandó quitar las guardas que al principio se pusieron en la casa de los padres de la Compañía, y por excusar la muerte a más de mil cristianos que escritos estaban y conocía no tener culpa, se resolvió en que solamente muriesen con los santos frailes los japones que sacaron presos de su casa, como conocidos discípulos suyos, los cuales eran quince. Porque por orden del gobernador de la ciudad de Usaca, que está media jornada de Miaco, fueron traídos un hermano, un monacillo y otro criado que hallaron en la casa de los padres de la Compañía. Porque riñendo el rey al gobernador de Usaca, porque tenían los frailes casa en aquella ciudad, mandó que fuesen puestas guardas a los cristianos. Y como no habló determinadamente de los frailes, conforme a su intención fueron también puestas guardas en la casa de la Compañía donde residía un padre con los tres japones que prendieron en ella. Y sabiéndose después el yerro, procurando librarlos o rescatarlos de parte de la Compañía, se avisó del yerro al juez de Miaco. El cual respondió que hiciesen cuenta que los perdían. Y vióse aquello convenía según la ordenación divina, que por aquellos medios tenía ordenado de coronar con corona de martirio aquellos tres venturosos japones. Y es mucho de notar que viendo que para padecer juntamente con los benditos mártires concurrían a la cárcel los cristianos de la ciudad y aldeas comarcanas, admirado de esto, un juez gentil preguntó al santo comisario que cómo deseaban tantos cristianos morir, y respondióle que venían a gozar del barato que se hacía del cielo y bienaventuranza eterna, prometida a los cristianos que padecían por la verdad de su santa ley; y cuadróle tanto al gentil la respuesta, que dijo: «Yo quiero oír sermón y hacerme cristiano.»

La misma admiración causó a los gentiles el ver cuán declaradamente se manifestaban los cristianos cuando, estando aparejadas las carretas para sacar a la vergüenza los santos después que les acabaron de cortar las orejas, los llevaban a subir en ellas. Porque con una porfía santa manifestaban a los gentiles la fe que profesaban y la devoción y envidia santa que a los santos tenían, deseando pa-

decer aquella afrenta con ellos. Y ansí desde que salió de la cárcel esta capitanía de valerosos caballeros de Cristo (cuyo esforzado capitán era el bienaventurado comisario), el cual llevaba por bandera el crucifijo que sacó del coro colgado al cuello, de manera que era visto de todos los gentiles y adorado de los cristianos, que por llevar las manos atadas atrás no le llevaba en ellas, y el esfuerzo que mostraba animaba a los demás soldados de la cruz. Y como iba en el primer carro, con prudente consideración iba vuelto el rostro a los que venían atrás, por que viendo la alegría espiritual que en su aspecto mostraba en el mayor menoscabo y afrenta, nadie desanimase en tan ilustre triunfo. Y muchos de los cristianos que habían los santos bautizado, hasta que paseadas las largas calles de Miaco volvieron a ella, no se apartaron de los carros, recibiendo gran consolación con el esfuerzo que veían en los santos y con las palabras celestiales que les oían. Y aunque eran maltratados de los ministros de justicia, no sentían las afrentas, engolosinados de padecer por amor de Dios en manifestación de la fe, como los benditos mártires. A los cuales fué dicha la prisión de los que estábamos en el navío disfrazada por no darles pena.

CAPITULO VII

De muchas particularidades que sucedieron en el glorioso triunfo de los benditos mártires

Honra de la deshonra de los santos.—Sentimiento de los gentiles.—Cosa notable.—Contentamiento de los santos.—Llevaban la sentencia delante.

Considerando con atención el modo y gravedad de las deshonras dichas (por serlo muy grande en Japón así el cortar la oreja como el pasear las calles en carretas a la vergüenza), parece que se renueva la memoria de las afrentas que padecieron los santos mártires en la primitiva Iglesia. Y que quedan sepultados con eterno olvido los famosos triunfos de los emperadores romanos, pues las afrentas y deshonras padecidas por Cristo son las que eternamente se han de celebrar en la Iglesia militante y en la triunfante del cielo, cantando los coros de los ángeles la gala a los que las padecieron con contento por el Cordero sin mancilla, Cristo Nuestro Señor. Y es tan verdadera y cierta esta verdad, que padecer por Dios menoscabos y

vituperios es más inestimable honra que la que el mundo da, que no sólo lo conocían los japones cristianos cuando iban acompañando a los santos mártires con fervorosa devoción y espíritu y enseñados de la fe divina, como si los viera ir triunfando con mucha gloria, deseando acompañarles en sus afrentas y procurando subirse con ellos en los carros; mas los gentiles, que semejantes cosas suelen juzgar por indecible afrenta, conociendo la inculpable vida de los gloriosos santos, publicando la sinrazón que se les hacía, mostraban con lágrimas y particular tristeza la compasión que tenían a los que conocían por extranjeros y religiosos pobres y caritativos, y todos entre sí decían lo que los vecinos de Acaya por San Andrés: que su sangre sin culpa era condenada. Y el asomarse a las ventanas y puertas las mujeres gentiles cuando pasaban no era para hacerse burla y reírse de lo que veían, como en semejantes ocasiones suelen hacer; mas enternecidas del triste espectáculo, se mostraban compasivas y admiradas de ver cosa tan nueva en los que sabían eran muy estimados y honrados del rey. Y lo que más admiró a los gentiles y cristianos fué que sabiendo que habían los benditos mártires de pasar por las más principales calles de la ciudad, todos los gentiles, sin ser prevenidos de algún mandato, hicieron traer mucha arena, con no pequeño trabajo, y la echaron por las calles, haciéndose semejante ceremonia en Japón solamente cuando su rey entra triunfante en un carro triunfal, acompañado de todos los grandes, vestidos con variedad de colores y con insignias diferentes, manifestando cada uno su dignidad y grandeza de estado; y esto es una o dos veces cada año. Y como los mismos japones notaron, cuando sacan a justiciar a uno, aunque sea gran señor, no se limpian ni aderezan las calles con arena. Porque sin entenderlo los gentiles, trazaba Dios cómo fuesen honrados sus siervos y conocida su inocencia y las injusticias que les hacían.

Iban los gloriosos mártires en las carretas de tres en tres, atadas las manos atrás, predicando el nombre de Jesucristo. Y en el alegría de su rostro mostraban el contentamiento que recibían con aquellas deshonras. La sentencia del rey llevaba un gentil delante de los santos, escrita en una tabla, levantada en un asta. Y la sangre de las orejas, que aun iba fresca, callando, daba voces a Dios, acompañada de las peticiones de los santos, que eran a pedir a Dios misericordia para los gentiles y perseverancia en la fe para los cristianos. Y cuando dejaban de predicar iban orando, y con la memoria de las afrentas de Jesucristo es-

taban muy contentos y esforzados para padecer mucho más, dándole gracias por lo que sufrían y esperaban por su divino amor padecer. De esta suerte (en carretas llevadas cada una de un buey, según la costumbre de Japón) fueron llevados por las calles más principales, acompañados de muchos ministros de justicia, que con palos echaban la gente por que quedasen atrás, como también suelen hacer cuando entra su rey con triunfo. Acabado el de los gloriosos mártires, volviéronlos a la cárcel, adonde no cesaban de alabar al Señor, esperando con gran alegría cualquier suceso, aunque fuese la muerte.

CAPITULO VIII

Del mucho deseo de padecer por Cristo que mostraron los cristianos en la ocasión del martirio

Valor de unos caballeros cristianos.—Efectos del padecer por Dios.—Efectos de la sangre de Cristo.—Fe viva de una niña.—Algunos grandes cristianos.—Esfuerzo de tres mancebos.

Desde que se supo que el rey había mandado martirizar a los bienaventurados Frailes Descalzos, comenzó el Señor a dar muestras del premio que a sus públicas y ejemplares deshonras, menoscabos, trabajos y afrentosa muerte había de dar. Porque universalmente se azoraron (1) todos los cristianos a desear padecer martirio en su compañía, desterrando del todo la pusilanimidad y miedo que la primera persecución que Taicosama había hecho a los cristianos les había engendrado. Y aunque del deseo con que, olvidados de su vida y honra y de todo lo temporal, muchos procuraban ser muertos por su ley y Dios, se pudiera hacer un largo tratado, y de los fervorosos dichos que dijeron en razón de manifestar su buen deseo, causado del divino favor y gracia, sólo diré algo de lo que por relación cierta supe que habían hecho algunos cristianos de Miaco y Usaca

Entre otros que se mostraron con ánimo varonil y apetecían el martirio, fueron dos mancebos principales, hijos del gobernador Guenifuin, que, como queda dicho, era amigo de los cristianos. El mayor se llamaba Paulo, y el otro Constantino, y otro primo suyo, Miguel, de cuya fe

(1) Azorar, infundir ánimo.—*N. del E.*

y virtud tuve yo mucha noticia en Japón. Estos tres esforzados caballeros de Cristo, habiendo muchas veces oído y leído algunas vidas de los gloriosísimos mártires (como uno de ellos dijo), parecíales cosa imposible que hombres de carne flaca y miserable pudiesen sufrir tantos y tan crueles tormentos como las historias cuentan, y viendo por vistas de ojos que no sólo los religiosos Descalzos, pero los japones, y aun los niños que estando encarcelados por el nombre de Jesucristo su Redentor y en vigilia de ser crucificados, estaban alegres y mostraban tanto gusto como si esperaran las mayores honras del mundo, no sólo se certificaron en tener por posible lo que en las historias habían leído, pero animados con el valeroso esfuerzo de los encarcelados por Cristo, no haciendo caso de perder el favor del rey ni la honra y renta que por merced suya tenían, ni de perder sus padres, ni de que por su ocasión sus padres y parientes cayesen del honroso estado en que el rey les había puesto, con invencible constancia, a imitación de San Pablo y del valeroso Constantino y del esforzado San Miguel, se manifestaron a su padre que eran cristianos y que sin falta en la matanza que de los cristianos se esperaba que habría muy presto, ellos habían de ser los primeros. Porque no era justo perder tan buena ocasión de poder asegurar la vida eterna, dando en cambio y trueque de ella la temporal, que en breve se había de acabar. Y aunque con estas razones fueron enternecidos los corazones de sus padres, no movieron las maternales lágrimas ni las paternales promesas ni amenazas la fortaleza que tenían los que dos años antes había yo visto bien medrosos. Porque estando en casa de Combaco, el sobrino de Taicosama, se llegó a mí el Miguel, y mirando una imagen que yo tenía en el rosario, conociendo los rostros de Cristo y de su Madre santísima, que estaban en ella, me dijo muy pasito: «Jesucristo y María.» Y preguntándole yo si era cristiano, dijo que sí, pero tan pasito y con tanto recelo, que el miedo le tenía transformado en sí. Y teniendo necesidad de hablar a su primo Constantino, jamás le pudimos hacer que aun nos mirase, aunque veía cuán extraordinarios favores nos hacía su amo Combaco al glorioso fray Gonzalo y a mí. Y por importunidad de nuestros ruegos salió con gran recato fuera del palacio y en un lugar secreto nos escuchó dos palabras por espacio de una Ave María, mirando a una y a otra parte por que no se sospechase que era cristiano. Pero en esta ocasión resplandeció la virtud de la sangre de Cristo y de la prisión de sus siervos, como vemos que sucedió al noble caballero Ni-

codemus. El cual, siendo discípulo oculto del Señor, en acabando de morir Cristo se manifestó por discípulo, pidiendo el cuerpo de su Maestro difunto a Pilatos. Y este mismo efecto se vió no sólo en estos tres esforzados caballeros de Cristo, mas en otras muchas personas, que ponían harta admiración.

También fueron muy dignas de notar las lágrimas de una niña llamada Gracia. A la cual la divina gracia hizo tan maravillosa en sus deseos, que queriéndole una tía suya enviar, cuando se publicó que martirizaban a los cristianos, a un lugar a donde estuviese segura de la muerte, agraviándose de esta diligencia humana, lloraba porque, siendo ella cristiana, no la dejaban morir en compañía de los otros cristianos. Mostrándose la divina gracia tan poderosa en esta tierna doncella, que según eran sus fervorosos deseos de padecer, puesta en la ocasión renovara la memoria de una Santa Inés y de otras valerosas niñas que en la primitiva Iglesia fueron más fuertes que diamantes y con la gracia celestial sufrieron terribles tormentos, poniendo espanto y admiración a los infiernos y el mundo. Y su tía, llamada María, confirmada en la voluntad muy verdadera que tenía de padecer hasta perder su vida por su Dios, con la divina fortaleza que veía resplandecer en su sobrina, aparejó paños de lienzos para estar las dos con más honestidad en las cruces que esperaban.

Las ansias que el prudente y gran cristiano Cosme Yoya tenía por acabar su vejez en la cruz, nadie les podrá explicar. Y su honrada mujer y buena cristiana María, que había ya probado, en los palos que la dieron en la prisión de los benditos frailes cuando los llevaron a la cárcel, cuán gustoso y ganancioso era para el alma el ser apaleada y encarcelada, como ella lo fué en su casa, más lloraba por quedar en aquella sazón con vida que los que más la aman lloran cuando la pierden. Y sus dos hijas, Isabel y Magdalena, incitadas con el ejemplo de sus padres espirituales y de los carnales, con envidia santa apetecían ser del número de los que habían de ser bautizados.

De este mismo espíritu y deseo eran otros muchos cristianos de los antiguos y modernos, que, con las muestras de fe que daban deseando padecer, la honraban. Pero yo no me admiro de esto, porque conocí la virtud del hermano Vicente, de la Compañía, llamado Cicerón por la elocuencia que tiene en predicar el santo Evangelio, y vi en algunas ocasiones la constancia del valeroso capitán de la fe Justo Bocondono, canonizada por verdadera en la pérdida de la honra y de la hacienda. Y experimenté la

gran devoción y antigua fe de Andrés Ongazabara, desheredado de su hacienda y renta por no descaer de la fe cristiana; y vi la soberana fortaleza y osadía con que, viviendo él en los aposentos delanteros de la casa que los padres de la Compañía tenían en Usaca, engañaba a los gentiles de la vecindad con esta traza, para que entendiesen que el padre de la Compañía no estaba allí, no recelando por hacer este servicio al Señor de perder la vida si necesario fuese, por que de esta suerte pudiesen los cristianos con alguna disimulación entrar a oír misa y confesarse, y aun los gentiles a oír sermón y ser catequizados. Pero es digno de gran admiración que el martirio de los santos haya encendido un gran deseo de padecer por Dios en el corazón de su anciano padre recién bautizado y de otros que aun eran niños en la fe.

De Sancho, devoto cristiano y hermano del bendito mártir Paulo Suzuqui, hospitalero, me dijeron personas fidedignas que se despidió de casa de un caballero gentil, a quien servía, diciendo que iba a morir con sus devotos los frailes, y que hizo más diligencias para morir con ellos que el más pusilánime podría hacer para no morir.

Por conclusión de este capítulo quiero decir lo que me pasó con tres mancebos de poca edad (porque el mayor sólo tendría dieciocho años) que estaban en nuestra compañía en Nangasaqui, los cuales, cuando nos vieron prender, no sólo mostraron fidelidad, pero viendo que no les llevaban a ellos al navío con los religiosos, el uno, llamado Lino, siguió siempre a los aprisionados frailes, y entrándose con ellos en la nao, no sólo les mostró amor y agradecimiento, pero con su silencio y solicitud que tenía en servirlos edificaba a todos los del navío. Al cual vinieron los otros dos compañeros suyos el día siguiente, que habían quedado a guardar la casa con otro devoto viejo que servía de cocinero. Y como el Señor mostró en la conversión de estos dos mozos (como se dijo en un capítulo del libro pasado) que les tenía escogidos para servirse de ellos, fué tan particular el deseo que tuvieron de morir con los religiosos, que ponía admiración, en especial el Lino, que con tener sus padres en Nangasaqui, no sólo perseveró siempre hasta venir a Manila con los que estábamos en prisión en el navío, pero diciéndome una noche que se decía que otro día nos habían de crucificar, teniendo ya por cierta la muerte, le pregunté si había de morir con nosotros, y le hallé con tanto ánimo, que me lo puso a mí y me dió motivo para alabar al Señor.

CAPITULO IX

Cómo los benditos mártires fueron llevados de la cárcel de Miaco a la ciudad de Usaca

Muchos cristianos y gentiles vinieron a la cárcel.—Despedida de los cristianos.—El santo comisario dió el crucifijo a Cosme.—Carta de Cosme Yoya.—Virtudes de los santos mártires.

Después de haber triunfado los benditos mártires, con aquella deshonra pública, del mundo y haberles Dios sacado, para su gloria y honra, con aquella nueva invención a vista de los ejércitos angélicos, dándoles nuevo motivo para conocer sus trazas admirables y para alabarle en la fe, paciencia y caridad, modestia y fidelidad de sus siervos, fueron vueltos a la cárcel pública, ilustrando y santificando de nuevo aquel ignominioso lugar con su presencia y sangre y muy honrosas afrentas y deshonras. Luego se dió orden cómo fuesen llevados a la ciudad de Usaca, ocho leguas distante de Miaco. Con esta nueva orden que se promulgó, acudieron cristianos y gentiles a la cárcel. Los fieles, por oír las vivas razones que decían los benditos mártires, nacidas del fuego del amor divino que abrasaba sus entrañas y les daba eficacia para hacer admirables efectos en los corazones de los que las oían, dando nueva fortaleza a los cristianos para no encubrirse y salir en público, manifestando la envidia santa que tenían a los que por su Dios veían padecer. Los gentiles, parte movidos por la novedad del caso, parte por ver la fortaleza de los dichosos mártires y por oír las palabras manifestadoras del invencible ánimo y valor con que padecían, vinieron a la cárcel, adonde ya los ministros de justicia habían juntado caballos, en que hicieron subir a los santos mártires con mucha inhumanidad. Y atándoles las manos atrás los sacaron, con no menor acompañamiento que el día antes habían traído ni menor contentamiento de los santos, viendo que el padecer se iba difiriendo, conforme a sus fervorosos deseos. Iba este santo ejército hecho espectáculo al mundo, a los ángeles y a los hombres; al mundo, para alumbrarle y enseñarle; a los ángeles, regocijándoles con su celestial valentía; a los hombres, para desengañarles de la vanidad de los favores humanos, pues los favorecidos del rey, sin culpa, iban en tan breve tiempo desfavorecidos de él.

Y a los que el Espíritu Santo había comunicado la luz de la fe, bien conocían las riquezas soberanas que había en aquellos menoscabos y ultrajes, y unos con otros iban notando la constancia de los benditos religiosos, la fortaleza de los japones varones y el poco temor de los niños, porque en la alegría que llevaban iban publicando que como aun así no sabían pecar, no eran señoreados del temor humano. Otros iban publicando con grandes alabanzas las virtudes particulares de cada mártir; otros bendecían a Dios, viendo tan ilustre compañía de testigos que ratificándose en la fe prometida, iban con sus vituperios engrandeciendo los triunfos de la cruz y manifestando el valor de la sangre de Jesucristo, su Capitán. Pero adonde hubo causa de nuevo sentimiento fué cuando, saliendo de la ciudad de Miaco, fué puesto entredicho a los cristianos por los infieles ministros de justicia para que no acompañasen más adelante a los gloriosos mártires. Y como el hermano Cosme fuese siempre junto al santo comisario, viendo que era forzoso el apartarse de él, no con pequeño sentimiento de entrambos, el santo comisario le dió el crucifijo que llevaba rubricado con la sangre de su oreja, y, bañados los pies con sus devotas lágrimas, díjole que pues era fuerza el apartarse, que tomase aquella imagen y que tuviese cuenta y cuidado con la iglesia. Con las cuales palabras y precioso don se volvió el honrado viejo (aunque enriquecido y consolado) con gran soledad y sentimiento, porque era indecible el amor que tenía a los santos frailes, por ver su santa y apostólica vida y hallar en ellos verdaderos maestros, no solamente de las cosas de la fe, pero de la contemplación, en la cual se ejercitaban mucho. Y este sentimiento manifestó en una carta que en este artículo escribió a Manila, diciendo de esta manera:

«Viendo que los padres iban a morir por Cristo y me dejan, paréceme que soy como cuando unos suben a un monte a traer tesoros y otros se quedan abajo, comparándome a mí a estos segundos por no haber seguido a los mártires. Yo me fuí a despedir del santo fray Pedro Bautista a una puerta de Miaco llamada Tonge, adonde me dió un crucifijo ensangrentado de la sangre que le había salido de la oreja que le cortaron, que le llevaba el santo para morir con él en el lugar del martirio, y me lo dejó a mí por el mucho amor que me temía. Ya el santo fray Pedro me ha faltado, que era mi padre, y en quien yo tenía mucha confianza, y sólo me ha quedado para su memoria el crucifijo. Yo tengo mi confianza en Dios, y en su Madre y en San Francisco, y en el santo fray Pedro Bautista y en

los demás sus compañeros y mártires. A los cuales ruego sean intercesores por sus hijos que andan descarriados y por los pobres de los hospitales que andan desechados; y como estoy pobre, no les puedo recoger, pero Dios no les ha de faltar.» Esto escribió aquel devoto cristiano al padre provincial de la provincia de San Gregorio; y cuando en compañía de otros cristianos se despidió de sus queridos padres, no cesaban de alabar a los cristianos las virtudes de aquellos bienaventurados religiosos, diciéndoles de su abstinencia cómo les vió echar agua en los pobres manjares para quitarles el sabor, como los santos del yermo hacían, a los cuales en muchas cosas publicaba que eran semejantes; alababa su pobreza y humildad, y su caridad con los pobres, y el celo de la salvación de las almas, y con estas consideraciones aliviaba su pena y la de los otros cristianos.

Los santos mártires fueron llevados como corderos mansos, a imitación de Cristo, cabeza de los mártires, a la ciudad populosa de Usaca, padeciendo algunos vituperios de los infieles caminantes y también de los que iban en su compañía. Y en llegando, fueron llevados a caballo hasta la cárcel pública, adonde fueron puestos como malhechores.

CAPITULO X

CÓMO FUERON LOS BENDITOS MÁRTIRES SACADOS A LA VERGÜENZA POR LA CIUDAD DE USACA

Gloria de las afrentas de los santos.—Escarnios de los gentiles.—Honra de los cristianos.—Fe de una mujer.—Fray Jerónimo de Jesús.

Parece que a medida de su deseo les venían las afrentas a los benditos mártires, haciéndose con ellas tan ilustres, que eternizaban su fama en el libro de la vida en el cielo, adonde les será premiado con mucha gloria no sólo lo que padecían, mas la insaciable hambre que tenían de padecer por Cristo, siendo más envidiadas sus deshonras que las mayores honras de los emperadores de la tierra. Los cuales en sus triunfos acostumbraban a llevar quien les diese oprobios y afrentas, aguando con esto la gloria que del mundo recibían, siendo en parte tenidos por éstos en menos reputación. Lo cual todo vemos subido de punto en este triunfo, porque siendo deshonrados fueron muy más honrados estos gloriosos mártires. Y cuando son traídos

por las calles ignominiosamente a los ojos del mundo, son más agradables a los de los cortesanos del cielo, porque conocen que semejantes afrentas reciben inestimable valor y honra de la sangre de Cristo. Del cual los que padecen en medio de los mayores tormentos reciben mayor alegría y gusto celestial, con el cual se hacen los dolorosos tormentos muy gustosos y amables, porque son medio para conseguir la bienaventuranza deseada. A la cual, aunque como dice el santo comisario en su carta, subían estos dichosos mártires de salto, era habiendo bajado, por amor de Dios, a ser llevados de cárcel en cárcel, como malhechores y hombres facinerosos, recibiendo en cada ciudad nuevas afrentas.

Y como en aquella ciudad eran poco conocidos los religiosos de la gente popular, por tener la casa escondida y no andar por las calles tanto como en Miaco, adonde por tener la iglesia pública y ser muchas veces vistos eran muy conocidos, cuando iban por las calles a la vergüenza en caballos, atadas las manos atrás, con la tabla de la sentencia delante y el pregón que decía la causa por que por sentencia del rey eran así afrentados, hacían mofa y escarnio de ellos los gentiles. Los cuales, por la razón dicha y por ser muchos los extranjeros que para sus tratos y mercaderías por mar y tierra vienen allí de todo el reino, no se apiadaban tanto de los benditos mártires como los de Miaco, antes reían y mofaban. Pero en medio de estas afrentas movía Dios los corazones de muchos cristianos para que fuesen honrándolos y publicando su santidad y cuán contra razón los afrentaban, diciendo a los gentiles, sin temor, sus virtudes y la ley de Dios que predicaban y el alegría espiritual que llevaban. La cual era muy notada de muchos infieles y les movía a que atendiesen a lo que de Dios y de sus siervos oían decir a muchos japones cristianos. Sabiendo que los santos venían por su calle, salió una mujer con ánimo varonil, con un niño en los brazos, y rompiendo por la gente y guardas, teniendo por honra los golpes que le daban, llegó hasta los caballos, y puesta de rodillas pidió su bendición a los santos, mostrando deseos de padecer como ellos. Porque con la fe vencía el amor natural que a sí y a su hijo tenía. Y en este acto no dejaría de ganar muchos merecimientos por lo que sufrió cuando, con inhumanidad, fué apartada de junto a los pies de los benditos mártires. Aunque ni ella ni otras personas que mostraron su fe gozaron del martirio que tanto deseaban.

Cuando traían a los santos por las calles, estaban el

padre de San Agustín y fray Juan Pobre, de quienes el santo comisario hace mención en su carta, con don Matías de Alandecho (1), general del navío «San Felipe», y con otros cinco españoles, viéndolos con harto dolor y envidia santa, aunque estaban con guardas, que les estorbaban de poner en ejecución (en especial a los religiosos) el deseo que tenían de juntarse a los santos mártires y padecer con ellos la honra de la fe. También estaba en la ciudad el padre fray Jerónimo de Jesús, compañero de los benditos frailes, y puesto entre la obediencia que tenía al santo comisario, en la cual le mandó muchas veces se escondiese para que en la ocasión que se esperaba de padecer muchos cristianos por la fe los animase y capitanease, y entre el fervoroso deseo que tenía de padecer en compañía de sus santos hermanos, por ver la ocasión que desde España le había llevado a Japón para morir por su Dios y fe, y con su muerte asegurar su salvación y gloria. Paseadas las calles, volviéronlos a la cárcel pública, adonde el Señor los consoló con ver la fe y cristiandad que mostró un niño, hijo del teniente del gobernador de la ciudad, y algunos de sus criados, que había bautizado poco había el bendito fray Martín. Porque como éstos tenían libertad para entrar en la cárcel, el tiempo que los gloriosos mártires estuvieron en la calle, pudiéronles regalar y gozar de su santa conversación, teniendo envidia a sus prisiones y afrentas. Y por entender no habían de conseguir su intento de morir con ellos, no manifestaban públicamente su fe en alta voz delante del rey, aunque sus obras y señales las publicaban entre todos los gentiles que andaban en guarda de los santos.

CAPITULO XI

Cómo fueron llevados los benditos mártires a la ciudad de Zacay

Exclamación del autor.—Fe de los leprosos de Zacay.— Adónde estuvieron en Zacay.

Como Dios tenía predestinados a los benditos mártires para mucha gloria y para, como piedras preciosas, asentarlas en el soberano edificio del cielo en lugar eminente, quería que fuesen labrados con diversas afrentas, padeci-

(1) De Landecho.—*N. del E.*

das en diferentes lugares y ciudades, haciéndose semejantes con ellas a su Dios y Redentor, que en su afrentosa pasión fué llevado a diferentes casas. Y siendo ellos ansí llevados, hacían muy gloriosa la palma de su martirio, padeciendo en muchas cárceles y ciudades. Y ellos tenían por muy particular merced de Dios cuando fueron sacados de la cárcel de Usaca y llevados a caballo a la ciudad de Zacay, que estaba legua y media de Usaca, yendo con el acostumbrado acompañamiento de gentiles, de la misma manera que habían sido traídos por Usaca. Y ansí iban los santos aprovechando el tiempo con santas consideraciones, publicando unos la ley de Dios Nuestro Señor y la falsedad de la idolatría, cuando otros, callando, oraban.

Pero en este lugar ya no puedo dejar de soltar la rienda al sentimiento que tengo, viendo que mis santos hermanos padezcan en las ciudades adonde yo les acompañé, y por mis pecados soy ahora privado de su compañía santa, y los veo en espíritu ir triunfando de la falsa idolatría, sembrando por las ciudades y caminos deshonras, las cuales, con el regadío del cielo, han de brotar gran número de creyentes de Cristo. «Mas decidme, santos gloriosos, pues escribiendo vuestro largo martirio hago de nuevo presentes vuestros trabajos a mi memoria, ¿cómo pudisteis acabar con vuestras temerosas conciencias de pasear a caballo los caminos y calles que tantas veces, como verdaderos hijos de nuestro padre San Francisco y perfectos guardadores de su Regla, anduvisteis a pie, descalzos, cogiendo de las heladas y nieves grandes (que muchas veces había) rosas y flores de celestiales merecimientos? ¿Adónde, pues, está ahora el escrúpulo de andar a caballo, contra nuestra Regla? Pero bien veo que a esta pregunta me será fácilmente respondido, pues más resplandecieron la honra y gloria de Dios, que es el fin de la perfección (que es lo que pretende nuestra evangélica Regla) cuando, ejercitando las virtudes de la fe, esperanza y caridad, y de la paciencia, fortaleza y mansedumbre y otras muchas en heroico grado, sois llevados a caballo, de los gentiles maniatados, por el nombre de Jesucristo, que cuando por vuestra voluntad, andando los pies descalzos, dábades testimonio de ese mismo Señor con vuestra aspereza de hábito y religiosa composición. Y estoy muy cierto, santísimos hermanos, padres y compañeros, que si nuestro glorioso padre San Francisco (que en el cielo os conoció por sus legítimos hijos cuando, coronados de la laureola del martirio, fuisteis recibidos con música celestial y aplausos de los cortesanos soberanos en el coro de los santos márti-

res) fuera vivo y os encontrara por los caminos que íbades santificando, que no sólo os diera el pláceme y se regocijara de vuestro dichoso padecer, mas os acompañara en vuestros trabajos y afrentas, pretendiendo manifestar el encendido amor que tenía a Jesucristo, alcanzando el deseado martirio que por diversas partes había procurado.»

Volviendo, pues, a nuestra historia, cuando llegaban los santos a las puertas de la ciudad de Zacay saliéronles al encuentro los leprosos cristianos que allí tienen su hospital, y parte movidos por la fe, parte por las buenas obras que habían recibido de los religiosos en su hospital y en los de Miaco, decían: «Jesucristo, martirio, martirio», con mucho sentimiento y lágrimas, lo cual no sería pequeña consolación para los benditos mártires viendo que siquiera de leprosos era Dios conocido y que en ellos ponía Dios su fortaleza para confesar la fe. Fueron llevados por las calles de Zacay con no menor admiración y varios afectos de los gentiles y cristianos que en las otras ciudades, porque muchos cristianos hubo que iban en su seguimiento, despedidos de sus deudos y amigos, porque pensaban de tal manera mostrar la ley que profesaban, que fuesen juntamente con los benditos mártires muertos por ella. Después de haber paseado las calles, fueron llevados a un templo grande y espacioso de ídolos, donde estuvieron santificando con sus oraciones y santa conversación aquel sucio lugar, alcanzando victoria y triunfo del demonio, que allí era adorado. Porque de la presencia de los gloriosos mártires (atento que en cada uno de ellos iba retratado Cristo) y de las divinas alabanzas que cantaban a la Majestad divina, dándole gracias por la merced que recibían en padecer por su santo amor, siendo hechos oprobio del pueblo, claro está que había de huir el demonio, y más viendo que los nuevos huéspedes eran declarados enemigos suyos y venían sellados, en sus orejas cortadas y manos atadas, con el sello del amor divino, de que estaban enriquecidos sus corazones. Y que muy al descubierto predicaban a los gentiles que le adoraban sus diabólicos engaños y mentiras. Intimándoles, con palabras vivificadas con caridad y obras de heroicas virtudes, que sólo habían de adorar a Dios, su Criador, Redentor y Glorificador.

En esta ciudad fueron los santos visitados de algunos cristianos de los pocos que en ella había, aunque, como las guardas eran muchas, no podían todos satisfacer a su devoción. En especial el gobernador, que era buen cristiano y devoto de los frailes; mas el hermano Diego (de quien ya se hizo mención), sin temor alguno, por ser co-

nocido por cristiano en todo Japón y nombre de caridad, para lo cual le dió el Señor mucha hacienda con que hacella, sin falta llevaría alguna consolación a los pobres de Cristo. Y cada uno procuraría consolarse, si podía, con la comunicación de los santos, aumentando su fe y devoción, viendo cuán alegremente padecían por la predicación del santo Evangelio y que deseaban padecer más que el tirano podía atormentarles. Porque estaban armados con el escudo de la fe y con las armas de la caridad de Dios.

CAPITULO XII

CÓMO LOS GLORIOSOS MÁRTIRES FUERON VUELTOS A LA CÁRCEL DE ZACAY Y SE DIÓ CONTRA ELLOS SENTENCIA DE MUERTE

Admiración de los gentiles de la cárcel.—Segunda sentencia contra los mártires.—Cosa digna de notar.—Los santos oyeron con alegría la sentencia.—Ejercitación del santo comisario.

Desde la no pequeña ciudad de Zacay fueron los benditos mártires vueltos a la cárcel pública de la ciudad de Usaca y puestos entre los malhechores que en ella había. Los cuales estaban admirados del sufrimiento que tenían los santos en sus ignominias y del contentamiento que en ellas mostraban, mostrándose más gratos a quien se las hacía, y al rey que las mandaba hacer, que si les dieran las más honradas dignidades del reino. En esta cárcel padecieron los benditos mártires gran frío, por el poco abrigo que traían y hacerle muy grande en aquel tiempo. Aunque con el rigor de la mala cama y estrecheza del lugar que en las cárceles hay, y el mal olor y pesadumbre de prisiones, y cuando más fatigado estaba su cuerpo, volaba el espíritu como con alas a la consideración de los premios eternos, que por aquellos medios esperaban alcanzar.

Sabida la vuelta de los benditos mártires de Zacay, se publicó otra segunda sentencia que había dado el rey mandando que todos veinticuatro mártires fuesen llevados a Nangasaqui y crucificados allí. Y causó mucha admiración esta nueva determinación en los gentiles y principales de la corte, porque todos entendían que lo que hasta allí se había hecho había sido para escarmiento de los cristianos. Y tenían por cierto que el rey se había de contentar con lo que habían padecido y que enviaría los seis religiosos a las Filipinas, de adonde habían venido, y

que perdonaría a los japones, o que, vencido del interés, los había de enviar a Nangasaqui, adonde residen los portugueses, para que los rescatasen por plata o los comprasen por esclavos. Pero el Señor, que gobierna con su divina providencia todas las cosas, ordenándolas para su gloria y honra, tenía determinado de dar a conocer su santo nombre en Japón por medio de la predicación y afrentas de sus fieles siervos, levantando el estandarte de la cruz con el triunfo de veintiséis crucificados, permitió que el rey, por sus culpas y pecados, traspasando la ley natural, que obliga a no tratar mal a los embajadores, y la de razón, que dicta no ser dignos de castigos los que viven sin pecado y ocupados en buenas obras, dió la sentencia de muerte. No admitiendo los predicadores y embajadores que le enviaba Dios Nuestro Señor para que conociéndole, adorándole y sirviéndole, fuese a ser rey entre los reyes del cielo.

Pero como ciego, no vió la luz, y ansí crucificó a los que tenía obligación de estimar y creer. Pero aunque se olvidó de la honra que había hecho al santo comisario y sus compañeros la primera vez que los vió (como queda dicho en el libro primero), no se olvidará eternamente de los azotes que se dió en sus espaldas con el cordón del santo comisario el día que les hizo un gran convite, diciendo que le dolía mucho. Porque mucho más le han de doles los infernales azotes que le serán dados por la muerte que él dió al santo y a los demás mártires, pues muriendo en su infidelidad fué sepultado para vivir eternamente en los infiernos. Y echóse muy bien de ver aquí que la mano del Señor trazaba algunas cosas pertenecientes al martirio, pues pudiendo fingir el tirano diferente causa o admitir alguna de las cosas que falsamente contra los religiosos se decían, solamente puso en la sentencia que por predicar el santo Evangelio, que en Japón llamaban ley de Namban, los mandaba crucificar, que es la más gloriosa causa que se podía decir. No dudo yo sino que llevara muy buenas albricias de los benditos mártires, si tuvieran alguna cosa temporal que dar al que les diera las primeras nuevas de esta segunda sentencia, como en el gozo con que la oyeron se echó esto de ver. Porque al punto que se la notificaron, ansí como el mercader codicioso que halla una piedra preciosa se enriquece de contento cuando la ve y de esperanza de hallar un gran tesoro por ella, ansí los santos mártires estaban alegres. Y aunque como desde el principio entendieron que habían de ser muertos, puesto que no estaba especificado en la primera sentencia, porque sólo

contenía que les cortasen parte de la oreja y les trajesen a la vergüenza por las tres ciudades dichas, en esta sazón estaban ya ensayados y dispuestos para la muerte con lo que habían padecido y con la continua memoria de ella y con otras santas consideraciones. Pero cuando oyendo la sentencia hallaron la piedra preciosa y margarita inestimable de la cruz que deseaban, es inexplicable el regocijo espiritual y júbilo del corazón que tenían, enriquecidos con la esperanza de la gloria que en premio de la cruz esperaban. Y abrazándose unos a otros, mostraban lo que la lengua no podía explicar. Y comunicándose el contento se animaban, y, ayudados del divino favor, se hacían de un corazón y deseo de padecer por su Dios. El santo comisario, esforzado capitán de Cristo, pasado aquel primer alborozo y alegría, les hizo un breve y devoto razonamiento, animándolos a lo restante de la batalla, y ansí les dijo: «Ea, hermanos míos en Cristo, que ya es llegada la hora deseada que, libres de esta cárcel del cuerpo, hemos de ir en compañía de ángeles a gozar de los premios eternos, pues tenemos experimentado cuán fiel es Dios en sus promesas, pues a medida de los trabajos da el refrigerio y consuelo todo; confiemos en El, y humildemente le supliquemos que nos dé perseverancia en tan santa muerte.»

Cuando los cristianos supieron la nueva y rigurosa sentencia, el más temeroso de publicar su fe se veía obligado de una fuerza interior viendo ir a morir alegremente a los santos para manifestarla. Y cada uno, conforme a su espíritu y devoción, la mostraba con obras, trayendo alguna cosa de regalo a los santos, o con palabras, acompañadas de muchas lágrimas, o con afectos devotos, besando los pies que por Dios habían de ser crucificados y la tierra que hollando santificaban, y las manos consagradas de los sacerdotes, que habían sido cielo adonde Dios había bajado muchas veces en la santa misa que celebraban y habían sido maestras de humildad lavando pies de leprosos y pobres. Y cogían los pedacitos que podían de sus vestiduras y llevaban paños a sus orejas cortadas para que, rubricados con la sangre que de ellas corría, por el mucho frío que hacía y no haber sido curadas desde que se las cortaron, quedasen muy ricos con tan santas reliquias. Los benditos mártires consolaban en su desconsuelo a los cristianos, animándoles a la perseverancia en la fe y exhortando a los infieles que allí venían a que recibiesen el santo bautismo y dejasen el camino errado de la idolatría. Y todo el tiempo que tenían desocupado oraban con fervorosa devoción, suplicando a Dios Nuestro Señor no les quitase la vida

hasta que, gozando de la merced que con la nueva sentencia recibían, se la ofreciesen en sacrificio en la cruz, como deseaban.

CAPITULO XIII

CÓMO FUERON LOS GLORIOSOS MÁRTIRES LLEVADOS A LA CIUDAD DE NANGOYA Y FUERON AUMENTADOS OTROS DOS MÁRTIRES

Fortaleza de los santos niños.—Cómo se juntaron otros dos mártires.—La causa por que fueron aumentados dos mártires.—Dicho discreto de un bonzo.—Consideración de un gentil digna de notar.—Dicho del santo comisario.

Conforme a lo determinado en la segunda sentencia, fueron sacados los benditos mártires de la cárcel y llevados al lugar donde habían de ser embarcados, que estaba cerca, para poder ir por mar, en barcos pequeños, al puerto de Nangasaqui. Iban los santos con el alegría acostumbrada, dando gracias a Dios, viendo que no había faltado alguno del número señalado, y que todos juntos habían hasta entonces padecido cárceles y afrentas, y que aunque se decía que los japones habían de ser muertos y los religiosos llevados a Nangasaqui y de allí a Manila, iban a morir todos en compañía, con gran consolación y esfuerzo. Pero en quien más se descubría la fortaleza que Dios Nuestro Señor comunica a sus mártires era en los tres niños que iban a ser crucificados como tiernos corderos. Porque no sólo no sentían el morir, pero iban muy victoriosos del demonio, pues en aquella tierna edad, que era más para andar en burlas con otros niños, alcanzaban victoria de él y del poder del mundo. Porque siendo invencibles en las promesas que muchos les hacían de libertad y regalo si querían volver atrás, dejando la fe por quien iban a morir, alcanzaron gloriosísimos trofeos con su firmeza y honraron con su confesión la ley cristiana y causaron particular contentamiento en los demás mártires. En este largo camino, como iban por muchas tierras de diversos señores, mudaban las guardas y gente de acompañamiento muchas veces, y no era éste el menor trabajo entre tantos. Porque como entraban los gentiles de refresco, mostraban en todo su diabólica inhumanidad y la natural crueldad que tienen. Y cuando unos la habían perdido, con el trato y conversación de los santos y con la mansedumbre que en ellos veían, se quedaban aquéllos y venían otros. Y como en aquel camino se toma cada noche puerto, en

los lugares que hay en el viaje oían algunos gentiles la palabra de Dios que los santos predicaban.

Y en dos mujeres mostró el Señor el premio y fruto que suele dar por los trabajos padecidos por su amor. Porque viendo a los santos maniatados y en los malos tratamientos muy sufridos, se convirtieron, persuadidas de que era verdad lo que les predicaban y decían aquellos siervos de Dios. A quien plugo de juntar a este santo ejército otros dos nuevos soldados, porque el uno traía alguna plata para socorrer las necesidades de los santos por mandado del padre Organtino, de la Compañía, hombre de mucha caridad y virtud. Y por hurtársela los gentiles, le preguntaron si era cristiano, y confesándose alegremente que sí, se la quitaron y prendieron con los demás. El otro desde el principio del martirio se mostró tan deseoso de él, que viendo no le podía alcanzar, perseveró en acompañarlos y servirlos tan diligentemente, que conocido por las guardas que era cristiano, fué preso y puesto entre los demás gloriosos mártires (como en sus vidas más largamente se dirá). De este suceso y aumento de los nuevos compañeros fué tanta el alegría que los demás recibieron, que teniendo cada uno por propio el interés espiritual del otro, juzgaban por propia la gloria que por el martirio todos habían de alcanzar. Por lo cual cada uno se alegraba a medida de la fe y caridad que tenía, acompañada con la cierta esperanza de los premios eternos.

Desde la mitad del camino, aunque pudieran bien ir por mar, fueron llevados por tierra. Y aunque en las comidas eran tratados con algún cuidado, por el recelo que se tenía de que no se muriese alguno en el camino y les fuese a los gentiles que les llevaban imputado a culpa ; con todo esto, las comidas que les daban, por ser hierbas y arroz, y cuando mucho un poco de pescado, no les disminuía el merecimiento, aumentándole también ellos con muchos ayunos. Y lo que más en particular se le aumentaba era que como trajesen caballos en que fuesen los santos frailes, y como observantes del precepto de su Regla pretendiesen ir a pie las jornadas que por tierra hacían, cuando se cansaban hallaban por refrigerio muchos palos, que los infieles les daban para que ejercitasen la paciencia.

Llegado a la ciudad de Facaca (1), corte del rey en los tiempos antiguos, viendo un bonzo principal el aparato de armas, lanzas, arcabuces y catanas o espadas que traía la

(1) Según otros misioneros, Takaka o Takaku. Se refiere a Kynshu, en la península de Shimabara, entre Nagasaki y Kumamoto.—*N. del E.*

mucha gente que venía en guarda de los benditos mártires y sabiendo lo que había sucedido desde el principio en las ciudades de Miaco, Usaca y Zacay y la causa por que iban a ser sacrificados, dijo: «Verdaderamente es necio el rey, pues queriendo que no se publique la ley cristiana, él mismo la publica mandando traer con tanta autoridad y publicidad por las ciudades y lugares a los predicadores de ella, para que con este medio se publique más. Y ansí digo que él no acierta en lo que hace y que tengo que oír sin falta esta ley.» Esta razón de este gentil fué tan declaradora de lo que Dios pretende cuando sus mártires son llevados de ciudad en ciudad y de juez en juez que no es necesario nuevas razones para persuadirlo. Porque cuando el mundo piensa que deshonra a los siervos de Dios y crucificando a los predicadores evangélicos que sepulta con eterno olvido la ley evangélica, entonces se publica más, y el sonido y voz que no había llegado a muchas partes de Japón fué publicándola con una fuerza celestial muy eficaz para hacer que los entendimientos de los predestinados no sólo la deseasen oír, dejando la falsa idolatría; mas, movidos con el eficaz ejemplo de los que padecieron afrentas y muerte deshonrada de cruz por ella, la recibiesen para salvarse. A esto alude lo que me dijo el santo comisario una vez: «Hermano, cuando fuéremos martirizados por la fe de Nuestro Señor Jesucristo, entonces seremos verdaderos predicadores evangélicos, y más hará uno muerto que muchos vivos.» En este lugar de Facaca, los cristianos que había pretendieron mostrar su fe y caridad haciendo limosna a los benditos mártires (que con estas consolaciones de ver la fe y devoción poco temor de los cristianos les consolaba el Señor), y deseando gozar de su doctrina, muy en breve fueron privados de la consolación que tenían viendo la constancia y fortaleza de los benditos mártires y oyendo sus santas palabras. Porque fueron llevados a la ciudad de Nangoya, adonde residía el juez a quien venía remitida la ejecución de la sentencia y mandato particular para que los crucificase.

CAPITULO XIV

CÓMO LOS BENDITOS MÁRTIRES FUERON PRESENTADOS AL GOBERNADOR DE NANGOYA Y LLEVADOS A NANGASAQUI

Tarazaba, gobernador de Nangoya.—Fazamburo, su teniente.—Respuesta del santo comisario.—Los santos mártires deseaban comulgar.—Traían mucha guarda los santos.

Como el reino de Japón sea grande y Taicosama (como se ha dicho) se hubiese hecho señor universal de él, para mejor gobernarle puso su corte en la ciudad de Miaco y Fuximi, que están ya hechas una, por estar en medio del reino, y puso el gobierno de las provincias últimas hacia la parte del poniente, en la ciudad de Nangoya (adonde él estaba cuando la primera vez fué visitado por el santo comisario), por ser más acomodada para la guerra que traía con el reino de Coria, que está por mar ciento cincuenta leguas distante del Japón, dejando en su ausencia un gobernador. El cual, aunque era Tarazaba, el que derribó la iglesia de los padres de la Compañía en Nangasaqui cuando el rey los mandó echar del reino, después oyendo de ellos la ley de Dios, por haberse hecho su particular amigo, se vino a bautizar, aunque por miedo del rey no se publicaba que era cristiano ni vió ocasión de publicarse en el martirio de los santos. Porque cuando ellos llegaron a Nangoya, él estaba ausente en la guerra de Coria, y dejó por su teniente un hermano suyo, gentil, llamado Fazamburo, hombre naturalmente muy cruel, aunque era enemigo de cristianos y conocía muy bien a los benditos frailes desde que vinieron con la embajada de Filipinas. Por lo cual, cuando le fueron presentados los gloriosos mártires no se les mostró enemigo, antes les dijo que él era mandado del rey y que, si no ejecutaba la sentencia, le matarían. Y mandóles dar lo necesario, compadeciéndose mucho de los fríos y trabajos que habían padecido por el camino. Y notando la alegría espiritual que llevaban y el deseo de morir que tenían, preguntó al santo comisario que cómo iban tan alegres a la muerte, siendo naturalmente tan temida. A lo cual respondió el santo que como con aquella muerte que morían por su Dios habían de ganar vida eterna en el cielo, enriquecida de grandes honras, estaban contentos. Y en breves razones le dió noticias de Dios, y de su ley, y de la gloria y honra del martirio, diciendo que más les honraba entonces el rey que cuando

los había recibido allí con mucha honra y hécholes muchos convites él y los de su corte; todo esto lo entendía muy bien el juez, por haber oído muchas veces la ley de Dios y aun haber pedido el bautismo, como yo después supe. Pero como estaba su corazón preso del favor del rey y de la honra del mundo, no hicieron en él impresión las palabras del santo comisario. Al cual se aficionó mucho y le concedió dos cosas que por consolación suya y de los demás mártires le pidió. La primera fué que dilatase el crucificarles hasta el viernes, porque aquel día estaba consagrado con la sangre que su Dios derramó y por salvar al mundo padeció. La segunda, que cuando llegasen cerca de Nangasaqui que les diese lugar para que viniendo algún padre de la Compañía, pudiesen oír misa y comulgar. Para recibir esta consolación espiritual de oír misa y comulgar escribió el bienaventurado padre comisario una carta al padre rector de la Compañía de la casa de Nangasaqui, con palabras tan santas y discretas, que movían a los que las leyeron a gran devoción, edificándose mucho de que con humildad religiosa pedía que le perdonasen todos los padres y cristianos y le encomendasen en sus santas oraciones al Señor.

También rogaba en la carta al padre rector que le enviasen algún padre para que antes de morir les dijese misa, para que todos comulgasen, porque ninguna cosa tanto deseaban en este mundo. Desde Nangoya fueron sacados los santos mártires para Nangasaqui. Unos a caballo, otros que tenían más fuerza, a pie, y otros en cestones, que llevaban dos hombres, porque como hasta allí el camino había sido largo y trabajoso, venían algunos de los santos muy fatigados, en especial los religiosos, que como habían venido parte del camino a pie, traían los pies muy hinchados y venían sin fuerzas y notablemente debilitados. Salieron con ellos muchos gentiles arcabuceros, piqueros y alabarderos, y tratábanlos con tanta inhumanidad que parecía que ninguna cosa más aborrecían que a Jesucristo Nuestro Señor y a su santa ley, por quien los santos con mucho gusto iban a padecer. Yendo en este camino, que es de veinte leguas, tuvieron nueva como venían el padre Guevara, y el hermano fray Juan Pobre, y el general del navío «San Felipe», y los otros españoles que quedaban en Usaca, y aunque de su despacho y libertad se alegraron, pesóles que viniesen con intento de rescatarles, por no ser privados de la corona del martirio. Aunque siempre suplicaban al Señor hiciese su santa voluntad. Y viendo que en el camino el Señor les había consolado con la conver-

sión de seis gentiles, más deseaban que se aumentase el número de los crucificados que no que fuese disminuído.

CAPITULO XV

De cómo antes de llegar a Nangasaqui fueron dos padres de la Compañía a visitar a los mártires

Fazamburo no concedió lo que había prometido.—Los dos japones de la Compañía hicieron profesión.

Venían los santos mártires con particular regocijo espiritual, nacido de la esperanza que traían de oír misa y recibir el Santísimo Sacramento, como viático celestial con que, enriquecidas sus almas de la divina gracia y fortaleza, acabasen su martirio más en gloria y honra de Jesucristo crucificado, a quien iban siguiendo como valerosos soldados. Tres leguas antes de Nangasaqui se adelantaron algunos criados del juez ejecutor de la sentencia, y llegando a Nangasaqui se supo de cierto la venida de los santos mártires; y como llegó la carta del santo comisario a la Compañía, enviaron luego a los padres Francisco Passio y Juan Rodríguez para que satisfaciesen al deseo y consolación de los santos mártires, diciéndoles misa y dándoles la santa comunión. Llegaron los padres al lugar llamado Nangaye, adonde los santos estaban aguardando, y de su vista y santas palabras recibieron particular recreación espiritual. Visitaron los dos padres a los santos frailes y a los demás gloriosos mártires de parte de los padres de la Compañía, que les enviaban sus saludos en el Señor, y tratándose de que se dijese misa, siendo consultado el juez, no sólo negó la licencia que había dado para que comulgasen, mas del todo les quitó la esperanza que tenían de morir en viernes. Porque recelando que no le acusasen delante de el rey de negligente ejecutador de su voluntad y mandato, no cumplió la palabra que había dado al santo comisario. Y dejando a los dos padres de la Compañía con los gloriosos mártires, se vino a gran priesa a Nangasaqui, a dar orden en que las cruces y todo lo necesario estuviese aparejado

Los padres de la Compañía, viendo el desconsuelo que los santos tenían por ver frustradas sus esperanzas, les consolaban con santas razones, animándoles para la cerca muerte que habían de padecer. Y confesaron algunos de los japones que se quisieron reconciliar por estar más dispuestos para entrar en la gloria que presto esperaban al-

canzar. Y aunque los padres de la Compañía, movidos de piedad, pretendieron con el juez que no ejecutase la sentencia en los dos que habían sido presos en el camino (como queda dicho), por no ser contenidos en la sentencia ni conforme a la voluntad del rey, no salieron con ello, porque el descargo que dió Fazamburo fué que aunque no viniesen en la sentencia especificados, las guardas que se los entregaron, sin sacar alguno, dijeron que venían todos para ser crucificados. Fué también de gran consuelo la venida de los dos padres para el santo mártir Michi Paulo, hermano de la Compañía, porque se aconsoló mucho con ellos. Y ansimesmo los otros dos cristianos que fueron presos con él, los cuales deseando morir hermanos de la Compañía, por la autoridad que uno de los padres traía del padre viceprovincial, superior que es de Japón, los recibió por hermanos, haciendo ellos los votos acostumbrados en esta santa Religión.

Quedaron los padres muy edificados viendo el fervoroso espíritu que todos traían de hacer sacrificio de sus vidas a Dios y de ver que en su santa voluntad venían todos muy resignados.

CAPITULO XVI

Cómo el bendito comisario escribió a sus hermanos en Cristo que estaban presos, despidiéndose de ellos

Agradecimiento del santo comisario.

Aunque para edificación del lector pudiera poner aquí algunas cartas que desde el camino escribieron los gloriosos mártires, con harta priesa y sobresalto por estorbárselo las guardas, según el papel, letra, pluma y tinta publicaban, las cuales, aunque eran breves de razones, eran ricas de sentimientos espirituales; porque cada uno de los tres santos religiosos, fray Pedro Bautista, fray Martín y fray Francisco Blanco, escribió a los tres religiosos que estábamos presos en el navío (como adelante se dirá); mas ya que no se pongan todas, pondré la que al padre fray Bartolomé Ruiz, por ser el compañero que trajo de Manila, escribió el santo comisario, enviando sus saludos en el Señor al padre provincial y a otros padres graves de su provincia de San Gregorio de Filipinas, amigos espirituales suyos.

CARTA DEL SANTO COMISARIO.

«*Jesus sit semper vobiscum.* Carísimo hermano: Quién tuviera lugar para despedirse de V. C. y de los demás hermanos, pues es el último vale. Mas, pues el Señor es servido de nos hacer esta merced con tanta brevedad, reciba V. C. y los demás mi corazón y voluntad. Ya se sabrá por allá nuestra sentencia y lo demás, y ansí no quiero escribir más que pedirles que con mucho fervor Vs. Cs. nos encomienden al Señor para este tránsito. Bien creo nos tendrán envidia, por ser muerte por Cristo; mas si les dieren lugar y Dios les tocare, la puerta les queda abierta, aunque yo entendí fuéramos todos compañeros en esta buena jornada; mas aquí se verifica lo que dijo Dios por Isaías: *Cogitationes meae non sunt cogitationes vestrae.*

Si Dios llevare a Vs. Cs. a Manila, a todos los hermanos me encomienden en el Señor, particularmente al hermano fray Pablo de Jesús mil gracias, porque me envió acá, y al bendito fray Vicente Balero, y al hermano fray Agustín de Tordesillas, y al hermano Olivera, al hermano Bermeo y a fray Pedro Matías, a fray Jerónimo, a fray Juan Clemente y a su compañero y a mi hijo fray Francisco, con todos los demás, que por no haber comodidad no escribo. Mas a todos pido humildemente me encomienden a Dios, que en el cielo, adonde tengo esperanzas de ir con el favor de mi Dios, les seré grato. Queden con Dios, carísimos, y reciban Vs. Cs. las encomiendas de todos. De este camino, etc.»

El bendito fray Martín también escribió una o dos cartas a dos personas a quien tenía particular obligación, en señal de agradecimiento, y con la confianza que tenía en la misericordia divina de ir presto a la bienaventuranza. prometía de pagar allá la deuda que reconocía tener. El dichoso fray Francisco Blanco, vencido de amor natural que le tenían sus padres, por que reparasen en cuán preciosa había de ser delante del Señor su muerte, por ser muy gloriosa la causa de ella, les escribió una carta. Y conociendo la mucha devoción que el conde de Monterrey (cuyo vasallo era este santo), a quien por la mucha prudencia y cristiandad habían dado el gobierno de la Nueva España, tenía a la Religión franciscana, le escribió algunas advertencias de lo sucedido en Japón, para que las escribiese a su majestad, como también lo escribía el glorioso comisario. Y también me escribió a mí otra carta, como a particular amigo suyo, la cual adelante se pondrá.

CAPITULO XVII

CÓMO LOS PORTUGUESES SALIERON A RECIBIR AL CAMINO A LOS GLORIOSOS MÁRTIRES

Cuánto tardaron en el camino.—Orden con que caminaban los mártires.—Caridad de los portugueses.—El santo comisario envió su breviario.—Los mártires regalan a los sayones.

Muchos días antes que los benditos mártires llegasen desde Miaco a Nangasaqui se supo de su venida, porque se detuvieron treinta días en el camino. Y ansí hubo lugar para saberse su sentencia y para estar aparejadas las cruces y hechas las argollas por orden del juez que les venía a crucificar. Y cuando él llegó, aunque hizo ademán de que los santos fuesen aposentados en Nangasaqui, mandando aderezar dos casas, como tenía intención de crucificarles antes de llegar al lugar, puso guardas en las calles y caminos para que ninguno saliese a verlos. Y habiendo mandado que se hiciesen los hoyos para poner las cruces en el lugar a donde crucifican a los malhechores, por ruego de algunos portugueses las mandó poner en un cerro cercano a la mar, a vista de Nangasaqui, por ser lugar acomodado, según la consideración de los devotos, para hacerse allí, cuando Dios Nuestro Señor fuese servido, en honra de los gloriosos mártires, un templo.

Estando los gentiles ocupados en esto, vino la voz de que ya llegaban cerca los santos mártires, porque las guardas les dieron priesa, y como no habían ya de comulgar, fueron traídos con gran acompañamiento, sueltas las manos y con las sogas a las gargantas. Y llegando media legua de a donde las cruces les estaban aguardando, los santos que iban a caballo se apearon. Y repartiéndose en tres escuadrones, yendo en cada uno dos religiosos, iban caminando poco a poco, porque los pies hinchados y llagados no les daba lugar a más y les hacían bien meritorio el camino. En esta ocasión llegaron a verse con los santos mártires algunos de los portugueses que estaban en Nangasaqui, por no se haber partido la nao de Nacán, que estaba en aquel puerto. Y algunos de los que vivían allí, porque como tuviesen nueva de que llegaban los santos mártires, posponiendo cualquier cosa que les pudiese suceder, con mucha devoción fueron corriendo, y sin armas, a tomar la bendición de los bienaventurados religiosos y

a dar caritativos abrazos a los dichosos japones. Y llevaban lienzos y paños de seda para recoger la sangre de ellos cuando les martirizasen, y dos de los portugueses, particulares devotos del santo comisario, y que le habían hecho muy buenas obras cuando viniendo a hacer allí casa le sucedieron los trabajos que antes dijimos, agora también le quisieron mostrar su afición, llevándole algunos regalos de dulce, con que pudiesen beber algún poco de vino y confortar el debilitado y cansado cuerpo, para mejor sufrir la trabajosa muerte; y como fueron para esto a más correr, por no se privar de la consolación que esperaban recibir, aunque eran apaleados y maltratados de las guardas que estaban puestas en los caminos, todo lo sufrían con paciencia por proseguir el intento que llevaban de ver aquella santa compañía y conocer y hablar a todos los soldados de Cristo que iban en ella.

Alguno hubo que diciéndole que tenía pena de muerte si pasaba adelante, encontrando con un padre de la Compañía que viniendo con los santos se había adelantado, se confesó con él. Por que si, llegando a ver y conocer al santo comisario, como por su mucha fama de virtud y santidad deseaba, le quisiesen matar. Y ansí llegó él primero al santo antes que apease del caballo en que venía por estar despeado y molido el cuerpo del mal tratamiento que de las guardas había recibido. Y recibióle con tan alegre rostro y díjole tan santas y discretas razones, que en el encarecimiento con que este portugués las contaba se echaba de ver que había sido el rato que con él trajo por el camino de mucha consolación y gusto. Dióle su breviario, que me trajese en respuesta de una carta que les escribí por mi consuelo envidiando su dichosa muerte y pidiéndole su santa bendición. Ansimesmo, todos los demás portugueses que llegaron procuraban hacerse conocidos de los santos mártires para pedirles los rosarios, *agnusdéi* y cruces que traían al cuello y tomarles la palabra de que en el cielo les encomendarían a la divina Majestad. Cuando llegaron los dos portugueses aficionados al santo comisario, más hablaban los ojos con lágrimas que la lengua. Y era este sentimiento general en todos los que fueron a verlos, notando todos el fervor que traían para morir. Y la constancia que mostraban en la fe y la afabilidad con que los recibían y hablaban. Y sobre todo vinieron admirados del alegre semblante que el santo comisario y sus compañeros los religiosos traían y con la mucha gracia que les agradecían su venida. Y ofreciendo la consolación temporal que llevaban, pidiendo al santo comisario y a

los demás que comiesen un bocado, por corresponder a su devoción tomaron de lo que traían y lo repartieron entre las guardas y entre los que tiraban de las sogas que traían a las gargantas. Entre éstos se repartió aquella caritativa consolación, volviendo muy pagados los portugueses con algunos bocados que habían sido tocados de los benditos mártires, estimándolos como reliquias de mucho precio. Y repartiéronlas después con mucha fe y devoción entre algunos enfermos y particulares amigos.

CAPITULO XVIII

De la mucha alegría que mostraron los gloriosos mártires cuando les dijeron que luego habían de morir

Danles las nuevas de su muerte.—El santo comisario estaba absorto en Dios.—Buen espíritu de los cristianos.—Forma de las cruces y lugar adonde fueron crucificados.

Aunque los benditos mártires iban ciertos de que muy en breve habían de ser crucificados por Cristo, la incertidumbre del cuándo les ponía treguas a la memoria de la muerte que les traía martirizados, para que satisfaciesen con algunas palabras santas a la devoción de los que los fueron a ver (como queda dicho); pero como el padre de la Compañía que se había adelantado viese cuán determinado estaba el juez de crucificarlos en llegando, volvió luego a darles estas alegres nuevas. Con las cuales no recibieron turbación alguna, porque el deseo que traían de morir por Cristo sobrepujaba al aborrecimiento natural que el hombre tiene a la muerte. Y ansí comenzaron unos a cantar salmos y divinos himnos. Otros, a rezar vocalmente. Otros, poniendo los ojos en el cielo, estaban en contemplación. Otros, que tenían temerosa conciencia, nacida de lo poco que presumían de sí y mucho de la misericordia de Dios, confesábanse, confortándose con este divino sacramento. De esta suerte fueron caminando lo que había a este lugar, adonde las cruces y argollas de hierro les estaban aparejadas, como camas regaladas para sus cuerpos fatigados del largo camino y muchos trabajos. El santo comisario, que venía como absorto en Dios, levantó los ojos al cielo cuando vió las cruces y con gran júbilo dió gracias al Señor por la merced que esperaba recibir él y su santa compañía de su divina Majestad muriendo por su fe en la santa cruz.

Y aunque en esta sazón algunos cristianos que habían llegado de Nangasaqui pretendían tomar su santa bendición oyendo alguna palabra de consolación de su boca, a todos respondía callando y orando profundamente. Los demás santos religiosos y mártires, puestos de rodillas, y otros postrados por el suelo, pedían a Dios favor para no desmayar en la victoria que esperaban con su divina gracia alcanzar en el madero de la cruz de sus poderosos enemigos, el mundo, demonio y carne. En llegando los santos, fué luego sabido en Nangasaqui, por estar un tiro de arcabuz del lugar y sitio adonde fueron crucificados. Y así salieron los portugueses y japones cristianos que pudieron con gran ímpetu, olvidando el temor que les había causado el mandato riguroso del juez para que no saliesen y el de las guardas que estaban puestas en las calles y caminos. La demás gente de la ciudad se ponía en parte de a donde pudiesen ver lo que pasaba, mostrando grande sentimiento por el mucho amor que tenían a los santos frailes y por conocer la injusticia que se les hacía. Y oyendo los gritos de los que estaban presentes, cuando levantados en las cruces los comenzaron a lancear, no podían contener las lágrimas, porque el más duro corazón enterneciera una cosa tan rara y lamentable. Las cruces eran de la forma que está en el escudo de armas de estos gloriosos mártires que está al principio de este libro. El lugar a donde estaban aparejadas las cruces estaba muy cerca de los hospitales que están junto a la iglesia de San Lázaro, adonde el santo comisario estuvo algunos meses ocupando los días y noches en los divinos oficios y oración, predicando algunos días de la Cuaresma a los portugueses (como se dijo). Y, según me contó el padre fray Jerónimo de Jesús, que entonces era su compañero, saliendo una vez el santo comisario de una prolija oración en que había estado más de tres horas, tomándola por remedio del desconsuelo que tenía viendo que le echaban de allí, dió a entender que en aquel lugar (aunque fuese echado de él) había de recibir particulares mercedes de Dios. Y bien se vió, pues cuando procuraban echarle con sus compañeros de Japón, desde aquel lugar los echó Dios al cielo, dándoles la posesión de aquel sitio con el derramamiento de su sangre por su santa fe católica.

CAPITULO XIX

De cómo el hermano fray Juan Pobre salió a juntarse con los benditos mártires al lugar del martirio

Fray Juan Pobre estuvo antes en Japón.—Fray Juan Pobre fué a Urando.—Fray Juan Pobre andaba por Usaca.—Deseo de padecer del hermano fray Juan Pobre.—Acto muy fervoroso.

Alabando algunos el fervoroso espíritu que los santos frailes Menores martirizados en Marruecos tuvieron de salir a predicar la ley evangélica entre los moros, y teniendo por cierto que fué espíritu del cielo el que tuvo San Audacto en juntarse a San Feliz cuando le iban a martirizar, no pueden persuadirse a que haya sido impulso del Espíritu Santo el haber salido el hermano fray Juan Pobre con fervoroso espíritu a juntarse a sus benditos hermanos cuando llegaban al lugar del suplicio, deseando dar fin a su vida en aquella tan buena ocasión en que era Dios glorificado y la salvación se aseguraba, sabiendo muy cierto está el brazo de Dios tan fuerte y liberal como solía para hacer mercedes a los que le sirven. Pero dejando esto aparte, para que Dios juzgue el decir de los unos y remunere el deseo de su siervo, contaré el caso como sucedió.

El hermano fray Juan Pobre había venido un año antes del martirio, por orden del padre provincial de las Filipinas, a Japón, y habiendo visto la conversión y fruto que se hacía, y enterádose por algunos meses de las cosas tocantes al modo que los frailes guardaban en la conversión de los cristianos y gentiles, y de cuán necesario era su estada en Japón, y cuán aceptos eran a todo género de gentes, se volvió a las Filipinas a dar cuenta a quien le había enviado de lo que había visto, oído y experimentado. Y pareciéndoles a los padres provincial y definidores de su provincia que era bien que se embarcase para España, se embarcó en el navío o galeón «San Felipe», que estaba ya aprestado y cargado para hacer viaje a Nueva España. Y como este navío arribó a Japón, como se dijo, estaba este siervo del Señor muy consolado viendo que el Señor le había vuelto a Japón. Y en llegando al puerto, dando gracias a Dios dijo: «No sin misterio ha traído la divina Providencia este navío, tan sin entenderlo, a Japón.» Y muy confiado que serían bien despachados los que venían en él, fué a Usaca, y en compañía del benditísimo

comisario, hizo algunas diligencias y todo lo que tenían obligación para satisfacer el servicio de su rey y favorecer a los de su nación.

Estando ya en Miaco, adonde por oír misa y comulgar había ido, viendo el cuidadoso comisario que tomaba el rey la hacienda y que se trataba de que matasen a los españoles que en el navío venían, después de haber hecho diligencia para que ya que no fuese posible remediar lo uno a lo menos no se ejecutase lo segundo, para dar aviso de esto y consolar a los afligidos españoles envió al hermano fray Juan Pobre al puerto de Urando, adonde se habían pasado los españoles y la demás gente que venían en el navío. Y yendo en esta ocasión con harta repugnancia de su voluntad (porque el corazón le pronosticaba que perdía mucho en aquella jornada por saber de Miaco), dijo que jamás se había sacrificado tan de veras a la obediencia, porque entendía que por ausentarse había de perder algún gran bien. Lo mismo dijo en Usaca a los benditos mártires fray Martín y fray Felipe, con quien estuvo, y rogaba mucho al dichoso fray Felipe que fuese en su lugar, que él quedaría allí por él.

Fué de mucha importancia la ida del hermano fray Juan Pobre a Urando, porque consolaba a los afligidos y valía mucho su ruego con el juez del reino, llamado Imonoju, que fué a tomar la hacienda del galeón para que no se hiciesen agravios a los del navío. Y aunque muchas veces estuvieron los españoles muy en peligro de perder la vida, con la diligencia de este caritativo religioso salieron (aunque pobres) con las vidas. Y estando esto ya seguro, para tratar de cobrar la hacienda y solicitar el buen despacho de los españoles, se partió con el general del navío y otros cuatro españoles a Usaca, adonde a la sazón estaba el rey. Y aunque allí les tuvieron en casa del señor de Urando con algún regalo y desde el principio les pusieron guardas, este bendito fraile, sabiendo que el padre fray Jerónimo de Jesús, su hermano y compañero, estaba escondido en aquella ciudad y que sus hermanos estaban con guardas y en prisión en sus conventos, en aquella ciudad y en Miaco, viendo que había salido cierta la pérdida que se la había de seguir de la salida de Miaco y de Usaca, no sólo se fué a ver con el padre fray Jerónimo, pero trazó cómo verse con el santo fray Martín, que estaba en la iglesia pobre de Belén preso y con guardas. Y, sin saber cómo, fueron con él los demás españoles, y el padre fray Juan de Guevara, agustiniano, que había venido juntamente de Urando, y celebraron en aquel estrecho lu-

gar la fiesta del nacimiento del Verbo encarnado, como queda dicho.

Y aunque el hermano fray Juan se quiso quedar con su hermano encarcelado por Cristo, por muchas razones les pareció que ni convenía ni le dejarían. Y aguardando mejor ocasión, volvió con los españoles. Y aunque estuvieron en Usaca algunos días, no pudieron alcanzar licencia para hablar al rey, ni aun esperanza de cobrar algo de su hacienda; y deseosos de que el estandarte real que traía el navío no quedase en poder de aquellos infieles, sin saber lo que le daban, entre alguna ropa vieja del navío que les dieron venía también el estandarte, con que se partieron muy consolados, dándoles el rey licencia para que nadie les estorbase su viaje, y mandó que les proveyesen de arroz para el camino. Y estando de partida, muy apesarados de la prisión de los frailes, antes de que se partiesen de Usaca les vieron traer a la vergüenza, cortadas las orejas, que no fué pequeña pena para ellos, teniendo envidia santa a su triunfo; y los dos religiosos fray Diego de Guevara y fray Juan Pobre, aunque procuraron juntarse con ellos, no pudieron, por estar con guardas, que ya no les dejaban salir de casa. Viendo, pues, que los gloriosos mártires iban condenados a muerte de cruz en Nangasaqui, acelerando su partida se partieron una jornada después de ellos. Y como estos españoles me dijeron, el hermano fray Juan Pobre, que venía en su compañía, estaba tan deseoso de padecer con sus hermanos, que no sólo a donde quiera que llegaban preguntaba por ellos y por lo que habían dicho y hecho, pero daba muchas trazas para dejar la compañía que llevaba para irse a la que deseaba; pero nunca pudo, por la vigilancia que los españoles tenían sobre él, y por que por su causa no les viniese algún daño, le hicieron vestir una vestidura de japón sobre el hábito, aunque era como si no la vistiera, porque el ansia que tenía este espiritual religioso por ver que no moría con sus hermanos no le daba lugar a rendirse a los recelos humanos, buscando siempre ocasión para conseguir su deseo. Y aun tres leguas antes que llegase a Nangasaqui la tuvo, alcanzando a los dichosísimos mártires; pero a unos y a otros pusieron tantas guardas, que no se podían menear sin ellas.

Finalmente, llegaron los españoles a Nangasaqui pocas horas antes que los gloriosos mártires, y estando el bendito fray Juan encerrado en un aposento, por ruego de los españoles, comunicando con el Señor su deseo y dándole con muchas lágrimas y tiernos suspiros sus humildes que-

jas, llegó la voz que ya venían los afligidos y cansados mártires al lugar a donde les estaban las cruces y argollas de hierro aguardando. Y enfervorizado en espíritu, sintiendo en sí un gran deseo de morir por Cristo, con la disimulación posible, como todos andaban alborotados, se salió sin ser visto de casa y se fué más de un tiro de arcabuz a esconder entre unos árboles que estaban junto al lugar diputado para el martirio, para en llegando allí juntarse a los que con amor y envidia santa estaban adunando. Pero como salió con el hábito y fué visto de muchos japones, fueron luego tras él y casi por fuerza le volvieron, lamentando él su poca dicha, con el reconocimiento debido a la divina voluntad, la cual deseaba cumplir. Y aunque no salió con su santa pretensión, no le cupo poca parte de la cruz deseada, como adelante se dirá.

CAPITULO XX

CÓMO FUERON CRUCIFICADOS Y ALANCEADOS LOS BENDITOS MÁRTIRES

Formas de las cruces.—Fueron atados a las cruces.—Los santos japones predicaron en las cruces.—Murieron los santos alabando al Señor.—Conversión de un renegado.—Afectos de devoción.—Qué año, qué día y qué hora murieron.

Viendo Fazamburo (que, como se dijo, fué el juez que crucificó a los santos mártires) que habían llegado, y que ya estaban allí aparejadas las cruces (las cuales, fuera del palo que atraviesa arriba, tenían un palo en medio, en que sentarse, y otro en que extendiesen los pies los crucificados), y que estaban puestas junto a los hoyos que tenían hechos, y la mucha gente de portugueses y japones que concurría era ya estorbo, mandó que los crucificasen, y luego muchos gentiles que para esto estaban diputados, asieron de los santos para ponerlos en las cruces, quitando a los religiosos sus pobres mantos sin repugnancia alguna, antes cantando divinas alabanzas, se dejaban echar y atar en las cruces, besándolas primero y diciéndoles, como otro San Andrés, dulces y santos requiebros, aprovechando aquel breve tiempo que tenían de vida en pedir a Dios misericordia y en encomendarle sus almas. Para cada mártir había señalados sayones, por lo cual sin confusión en poco tiempo fueron puestos en las cruces, echándolos en ellas atados por los brazos y piernas y pues-

tas en sus pies y manos y garganta las argollas de hierro, que hasta allí nunca se habían usado ni aun labrado cruces tan bien como éstas. Los portugueses, antes que levantasen las cruces pidieron al juez que pusiesen a los seis frailes en medio de los japones, poniendo diez a una parte y diez a otra. Y en concediéndoselo fueron casi a un punto levantados todos en alto, con gran alarido y lágrimas de los cristianos que allí estaban, viendo tan triste espectáculo. Y muchos, no pudiendo sufrirlo, se volvían, llevándose, si podían, algo de los vestidos de los santos, que hallaban tendidos por el suelo, como cosa de mucha estimación y precio. Y siendo levantados, comenzaron los benditos mártires japones con mucho espíritu a predicar a los gentiles la falsedad de la idolatría, manifestándoles la verdad de la fe y el contento con que por ella morían. Y cuatro verdugos con agudas lanzas comenzaron a lancearles desde los últimos, dándoles cada uno dos o tres lanzadas por los lados, que, traspasando el corazón, salían los hierros de las lanzas al hombro.

En esta ocasión los dos padres de la Compañía Francisco Passio y Juan Rodríguez, con fervorosa caridad andaban esforzando a los benditos mártires, y era muy digna de consideración la confianza con que cada uno ofrecía su espíritu al Señor. Unos acabando su vida con el salmo de *Laudate Dominum omnes gentes;* otros con las palabras con que Cristo Nuestro Señor encomendó su espíritu dende la cruz al Padre Eterno; otros con el Credo; otros diciendo: «Jesús, María.» Y viendo esto los gentiles se enternecieron tanto, que el juez, no pudiendo sufrir que a hombres tenidos de todos por santos les diesen tan cruel muerte, se fué de allí llorando, dejando encomendado lo que restaba de hacer al juez de Nangasaqui, que estaba con él.

Otro japón, viendo que los santos acababan alegremente sus vidas, rogando al Dios por la salvación del rey y de todos sus enemigos y perdonando a los que les crucificaban, con grandes lágrimas y sentimiento se abrazó con un portugués, diciendo que era cristiano y que él había sido su padrino, aunque como malo había apostatado y ayudado a crucificar los santos. Los cristianos, enseñados de la fe, reputaban por honrosa la muerte de los santos mártires y los miraban como a hombres dichosos que iban a gozar de la bienaventuranza del cielo; y no pudiendo contener las lágrimas, a grandes voces decían: «Jesús, María.» Y aunque los gentiles les estorbaban que no llegasen a las cruces, desde lejos, puestos de rodillas, estaban dando gracias a Dios por lo que veían y venerando a los san-

tos. Y considerando la causa por que morían, echaban raíces muy profundas en la fe y algunos exclamaban, diciendo: «¡Oh, dichosos religiosos, que viniendo a Japón pobres de bienes temporales subís al cielo con honra y gloria, acompañados de los cristianos que ganasteis con vuestra predicación para Dios!» Otros llamaban dichosos al reino de Japón y al lugar de Nangasaqui, pues era regado con sangre de tan santos mártires, los cuales habían de dar particular luz al reino, para que saliendo los gentiles de sus tinieblas, por su intercesión se aumentase la cristiandad. Otros se tenían por dichosos, pues habían visto por los ojos lo que de los mártires gloriosos de los tiempos pasados habían oído y leído, gozando de ver un ejército tan victorioso como representaban los santos mártires, que, conforme a la cuenta de Japón, fueron crucificados el año de 1597, miércoles, a 5 de febrero, a las diez del día, pero según la de Europa, a 4, puestos todos en una ringlera, en cruces representadoras de la de Jesucristo, Capitán de los mártires, de quien les vino la gracia de perseverar hasta la muerte. La cual padecieron día de la ilustrísima mártir Santa Agueda, a cuya imitación fueron al martirio como convidados para las bodas del Cordero, Cristo, en el cielo. Y para mayor justificación de su martirio, quiso el Señor que pusiesen la sentencia del rey en una tabla levantada en un palo. El cual pusieron en una empalizada, para que, estando todo el tiempo posible allí, fuese convencida la incredulidad de los que pusiesen mácula en la intención del rey, diciendo que no había sido crucificar por predicar la ley del santo Evangelio, de la cual él algunas veces decía bien, mas por otros temporales respectos. Y porque aun más se aclarase esta necesaria intención para el martirio, el mismo rey Taicosama envió una carta, que vino después a Madrid, interpretada con la fidelidad y autoridad posible, en que declaraba que su intención había sido mandar crucificar a los gloriosos mártires por predicar la ley evangélica. Quitando con esto todas las marañosas imaginaciones de los incrédulos, que con su incredulidad han sido ocasión de que este glorioso martirio se haya hecho muy célebre y famoso en toda la cristiandad, estampándose en muchas partes, porque sabe Dios del mal sacar mucho bien.

CAPITULO XXI

DE LA MUCHA DEVOCIÓN QUE MOSTRARON LOS CRISTIANOS EN LA MUERTE DE LOS BENDITOS MÁRTIRES

Los cristianos eran apaleados.—Los cristianos cogían reliquias.—Dicho de un caballero cristiano.—La gente que se halló al martirio.—Cosa digna de consideración.

Muchas cosas muy particulares se podían decir que sucedieron en la gloriosa muerte de los benditos mártires, las cuales de propósito se dejan para ponerlas en la vida de cada uno. Lo que se debe notar es que mostraron los cristianos portugueses y japones particularísima devoción. Porque aunque eran apaleados de los gentiles, cuando estaban alanceando a los santos mártires se llegaban a las cruces, pidiéndoles, antes que muriesen, su intercesión en el cielo. Y después de muertos, cogían su sangre en los lienzos y tafetanes que llevaban aparejados para esto. Y era tanto el concurso de los cristianos y el deseo que tenían de llevar algunas reliquias, que no eran poderosos los gentiles a detenerlos para que no las tomasen, aunque a muchos descalabraron y a uno de los más heridos en la cabeza ataron al pie de la cruz del santo comisario para escarmiento de los demás. Pero la devoción era tanta, que nada aprovechaba para que dejasen de tomar la sangre o la tierra adonde había caído, cortando lo que podían de las cruces y de los hábitos y vestidos de los santos mártires, mostrando estimar en mucho aquellas santas reliquias. Lo cual, visto de los gentiles que habían guardado los cordones y algunos mantos de los santos frailes, los vendían después muy bien a los devotos cristianos. Algunos de los cuales mostraban muy gran sentimiento de que en aquel lugar, a donde todos eran cristianos, se hubiese hecho una tan gran injusticia a sus maestros y predicadores. Y llegando a ver los santos mártires un japón principal cristiano, movido de esta consideración arrojó la espada que traía ceñida, diciendo no merecen traer espadas ceñidas los cristianos que por defender a sus padres y maestros en la fe no murieron crucificados como ellos. Pero si defendieran los santos, no fuera de tanta honra de la cristiandad el librarlos de la muerte como fué el morir tan varonil y alegremente para dar testimonio de la fe, con gran aprovechamiento de los cristianos y confusión de los gentiles. Los cuales notaron mucho que los benditos frailes, como ver-

daderos maestros de la ley cristiana, desde las cruces exhortaban y confirmaban a sus discípulos a morir por la ley que les habían enseñado. Y echábase de ver el fruto de sus santas exhortaciones en los cristianos de Nangasaqui, que estaban fervorosos en la fe y deseo de padecer por ella.

En este admirable triunfo de los gloriosos mártires y pregón maravilloso de la fe se hallaron muchos gentiles japones de todo el reino, que habían venido a comprar las mercadurías de la nao. Y también muchos chinos que tenían navíos en aquel puerto, ordenándolo así el Señor para que fuesen pregoneros de lo que habían visto, contándolo a los gentiles de la China. Los portugueses también fueron testigos de este caso, para que fuesen publicando lo que habían visto en Japón cuando llegasen a Macán y a los muchos reinos de la India Oriental adonde contratan. También los afligidos castellanos (entre los cuales había muchos de diversas naciones) pudieron, como testigos de vista, contar en Manila y Nueva España el glorioso martirio y las muchas maravillas que antes y después de él sucedieron. Y, si bien se mira, ordenación particular fué de Dios que los santos no fuesen martirizados entre infieles en algunas de las ciudades adonde fueron afrentados, pudiendo ser allí más público el castigo que el rey pretendía hacer en ellos para escarmiento de los cristianos, sino que los enviase al puerto de Nangasaqui, adonde fuesen venerados en vida y sus reliquias y cuerpos estimados en mucho después de muertos. Y para que hubiese muchos testigos españoles que por vía de la India Oriental y de la Occidental trajesen las felices nuevas a España, sin sospecha de mentira, por ser dichas de muchos testigos de vista. Y ansí se publicase por todos los reinos de la cristiandad.

CAPITULO XXII

CÓMO EN LA VIDA Y MUERTE DE ESTOS GLORIOSOS MÁRTIRES VIERON LOS JAPONES UN VIVO RETRATO DE LA VIDA Y MUERTE DE JESUCRISTO NUESTRO SEÑOR

Las causas por qué Dios envió a Japón los Frailes Descalzos.—Cristo nació en pobre lugar.—Los santos fueron aposentados en un lugar pobre.—Mat. 5, Luc. 6.—Obras de Cristo Nuestro Señor.—Los santos mártires no hacían caso de contradicciones.—La entrada en Jerusalén.—El lavatorio de los pies.—La oración del huerto.—La prisión.—Las afrentas de Cristo.—Cristo fué presentado a Pilatos.—Cristo fué tenido por loco.—Cristo habló a las mujeres.—Los padres de dos mártires se hallaron al martirio.—Cristo dijo salmos en la cruz.—Cristo fué alanceado.—Estos gloriosos mártires serán semejantes a Cristo glorioso.

Juzgando conforme a lo que vi y muchas veces oí a los japones cristianos, una de las razones por qué ordenó la voluntad divina que después de cuarenta y cuatro años que se había plantado la fe en algunas provincias de aquel reino, y había ya casi en todo él rumor del santo Evangelio, fuesen enviados los Frailes Descalzos de San Francisco por embajadores del Rey del cielo y de su lugarteniente el rey de la tierra, fué para que aquellos nuevos fieles viesen puesto en práctica y por obra todo lo que de la vida y muerte de su Redentor habían oído y con la fe divina que recibieron en el santo bautismo creían. Y porque declarar por menudo esta admirable traza de Dios será mucha gloria y honra suya, quise poner en este capítulo la conformidad que hubo en la vida y muerte de los siervos a la vida y muerte que el Señor de todo lo invisible y visible. El cual, por redimirnos y enseñarnos el camino de la humildad y perfección, padeció treinta y tres años en este mundo, trayendo siempre en su memoria la cruz en que había de morir.

El primer lugar y sacrosanta iglesia y púlpito que tuvo el omnipotente Dios encarnado fué nacer pobre en pobre lugar, que era un mal reparado portalejo (si no le llamamos, por hacer más rica de misericordia esta soberana obra del nacimiento, según la carne, del Verbo eterno, establo o caballeriza), haciendo de la primera iglesia de la cristiandad, adonde, bajando los coros angélicos del cielo empíreo, fueron vistos adorar a su Dios, que por

sola su infinita misericordia estaba hecho niño y llorando, y por comunicar el contentamiento que tenían por el bien del hombre, por las lágrimas que al divino Infante recién nacido veían llorar, fueron a dar estas alegres nuevas a los vigilantes pastores, y unos y otros fueron testigos de que puesto el Verbo y palabra esencial del Padre Eterno, disfrazado con carne humana y fajado con pobres pañales, en un estrecho pesebrito adonde fué reclinado, hizo de aquel lugar púlpito para predicar al mundo pobreza, humildad, silencio, recogimiento, caridad y otras innumerables virtudes.

Reputando, pues, la ida del bienaventurado comisario fray Pedro Bautista y sus compañeros a la ciudad de Miaco por merced singularísima que Dios Nuestro Señor quiso hacer, ansí a la cristiandad de Japón como al paganismo, pues de ella nacía tener hombres evangélicos en su tierra, que como ángeles de paz les venían a dar noticia del pobre y rico nacimiento del Redentor del mundo y de la humildad con que, siendo Monarca de todo lo criado y Rey de los reyes y Señor de los señores, nació, fué alguna conformidad que estos evangélicos varones fuesen al principio aposentados en casa de un gentil en pobre aposentico, vecino a la caballeriza, porque sólo una pared de papel había en medio. Y fué allí tanta la necesidad y pobreza que tuvieron, que ni aun de rábanos y lechugas no tenían lo necesario para pasar la vida humana, trazándolo el Señor ansí para que pues habían ido a predicar a Dios pobre, hiciesen su habitación en pobre lugar, y con la pobreza de su hábito y alhajas y la que en todo lo temporal resplandecía, fuese conocida, aun de los gentiles, por voluntaria (porque siempre fueron tenidos de ellos por gente muy honrada), haciendo ansí muy creíble la pobreza voluntaria del Niño Dios, predicada desde su pobre y estrecho pesebre con obra y después tomada en su primer sermón como por tema. Pues la primera palabra que habló en el primer sermón fué hermanar la pobreza de espíritu y la bienaventuranza del reino de los cielos. Y por autorizar la Majestad de Dios aquel lugar humilde y pobre adonde sus siervos los frailes hicieron su primera habitación, quiso que fuese tenido como cielo, pues el día de su Natividad santísima fueron oídos cantos celestiales de los pocos cristianos que entonces estaban celebrando los maitines y misa con los santos religiosos, como los mismos cristianos que lo oyeron muchas veces me lo dijeron.

Recopilada también toda la vida de Cristo Nuestro Señor, hallaremos que toda la ocupaba en oración, trasno-

chando en ella, y que era amparo de los afligidos y pobres y refugio de pecadores, tratando y conversando con suma afabilidad y caridad con ellos, y que no tenía asco de hablar y sanar a los leprosos, que andaban apartados de la humana conversación, y finalmente, andando manifiestamente predicó su divina ley y Evangelio, sin temor de las prohibiciones de los judíos ni de la muerte, sufriendo con soberana paciencia las injurias y afrentosas palabras que le decían y las incomodidades del frío y calor en el desierto y por los caminos. Pues cuán conformes hayan sido a su Majestad en todo esto sus pobres y humildes Frailes Descalzos, muy claro consta de lo dicho hasta aquí. Pues no sólo de día, pero de noche, gastaban en particular y en común muchas horas en la oración vocal y mental, amparando a los pobres y necesitados no sólo con palabras llenas de suavidad y caridad, pero haciendo en su misma casa y huerta celdas apartadas, adonde tuviesen los enfermos antes que se hiciesen los hospitales, y, quitándolo de su boca, les daban de lo poco que tenían, con verdaderos afectos de verdaderos padres: «¡Oh, santo Dios, y Vos lo sabéis que digo verdad, y cuántos pecadores que tenían opilados sus pecados y cerrada la boca por vergüenza y otros respetos humanos, se escaparon de la puerta del infierno y enmendaron sus vidas con la comunicación de estos siervos vuestros!» Y considerando en cada uno de los leprosos a Cristo Nuestro Señor, venciendo el natural horror, les besaban sus llagas y lavaban sus pies, mostrando en esta obra exterior de caridad el encendido amor que a su Redentor tenían y lo que hicieran por El si, viéndole en la tierra, fueran dignos de servirle, y cómo en actos tan públicos mostraban ser cristianos y predicadores del poderosísimo Dios, rico y pobre, lo uno por naturaleza, lo otro por misericordia, y se aprovechaban todo lo que podían de la licencia que al principio les dió el rey cuando se la dió para edificar casa y su iglesia; nunca temieron de dar testimonio de la verdadera salvación y del Salvador del mundo a los japones. Y no haciendo caso de las amenazas de algunos pocos amigos ni de los que se mostraban enemigos, dejaron la libertad de andar con su vestido pobre de religiosos y predicadores de la fe cristiana por las calles y lugares del reino, sufriendo las afrentas que los gentiles les hacían al principio y las malas palabras que en ausencia y en presencia les decían otros no amigos, condenando su cristiana libertad. La cual, en la necesidad que aquella cristiandad estaba, fuera juzgada de los hombres prudentes y doctos por muy necesaria y obliga-

toria en conciencia. Y por que nada faltasen a la obligación de religiosos y predicadores de penitencia en el ayunar, en el disciplinarse, en el mal dormir y en el andar siempre en tiempo de calor y frío vestidos de un áspero sayal y en otras cosas, mostraban predicar por obra lo que enseñaban de la vida de Cristo Nuestro Señor.

Epilogando, pues, todo lo sucedido en la Pasión del Hijo de Dios y Redentor nuestro, hallarémosla en mucho tan retratada en este martirio que padecieron sus embajadores y discípulos verdaderos, que pondrá devota admiración. Porque si Cristo, nuestra esperanza, entró pocos días antes de su muerte con honra en Jerusalén, metrópoli del reino de Judea, estos sus siervos fueron recibidos con honra notable en Miaco, metrópoli de Japón. Si Cristo, nuestro bien, habiendo en el discurso de su predicación andado siempre descalzo a pie, pocos días antes de su muerte va a caballo, sus predicadores también para ir a morir son llevados a caballo, habiendo siempre en Japón andado descalzos y a pie, Cristo, nuestro Redentor, cenó con sus discípulos un jueves antes de la muerte que por honra de su Padre celestial y provecho de los hombres había de padecer, mostrándoles el resto de su infinito amor dándoseles en comida y bebida. El benditísimo comisario. un jueves antes de ser llevado a la cárcel, certificado ya de que había de morir por la honra de su Dios, por mostrar su amor a los cristianos que en esta ocasión se juntaron en la iglesia, mostrándoles en palabras y afectos indecible caridad, los convidó con bizcocho (que era el mayor regalo que para las necesidades de los enfermos el santo tenía) y les mandó dar el vino de arroz que en casa había, mostrándoles el gran deseo que tenía de ser mártir. Y si Cristo, nuestra vida, lavó poco antes de su muerte los pies a sus sagrados discípulos, muchos meses antes que los benditos mártires fuesen presos lavaban los de los pobres, y los Jueves Santos el santo comisario los lavaba con mucha devoción (como es costumbre de nuestra sagrada Religión) a sus súbditos y aun a los japones, que eran en la doctrina evangélica sus discípulos.

Si Cristo, nuestro glorificador, poco antes de su muerte oró al Padre Eterno, orando estaban estos gloriosísimos mártires cuando llegaron a prenderles, y aun suplicando al Padre Eterno que, por los merecimientos de su sacratísimo Hijo, no les excluyese de la participación del cáliz de amargura que deseaba Cristo, nuestro consuelo, que después de haberle El bebido pasase a sus mártires y fieles. Y si Cristo voluntariamente se entregó a la muerte, aun-

que obligado de la obediencia de su Eterno Padre, también fueron a Japón estos benditos mártires de su voluntad, como lo dispone nuestra Regla, capítulo XII, y, obligados de la obediencia de su prelado y voluntariamente, se dejaron prender, porque, como de sus cartas se colige, y yo me informé, bien pudieran esconderse y huir. A Cristo, nuestro bien, en su prisión fueron atadas las manos por la gente que con armas fueron a prenderle. Gente armada fué también la que fué a prender a estos gloriosos mártires, y, atadas fuertemente las manos, los llevaron a la cárcel. A Cristo, nuestro Redentor, le vendió un disimulado amigo suyo. Para estos bienaventurados mártires no faltaba Judas, pues algunos japones, como Faranda y Fugen, a quien ellos habían hecho buenas obras y favorecido en Manila y los tenían por amigos, fueron los que les acusaron. A Cristo le dieron en casa de Anás una bofetada porque respondió la verdad; también a estos gloriosos mártires les apalearon y afrentaron porque sin temor humano predicaban el santo Evangelio. A Cristo le levantaron muchos falsos testimonios; también sé yo muy cierto que estos sus siervos fueron calumniados, levantándoles muchos falsos testimonios. Cristo fué tenido y escarnecido por loco; y en esta opinión fueron tenidos sus siervos. A Cristo, nuestra alegría, en las estaciones que hizo de juez en juez le trataban muy mal los ministros de justicia, que le llevaban haciendo burla de El; a estos gloriosísimos mártires no sólo les trataron mal cuando les cortaron las orejas y llevaron a la vergüenza en carros y caballos; pero como supe, y de las cartas del benditísimo comisario se colige, por el camino y estaciones que hicieron de cárcel en cárcel, en el largo del camino, que, como se dijo, duró treinta días, padecieron muchas afrentas de los gentiles, porque viéndoles ir a morir infamemente hacían burla de ellos y tenían por fábula el haber sido favorecidos antes del rey tanto como la pública voz decía. A Cristo, nuestro Maestro, le presentaron a Pilatos, el cual quisiera librarle de la muerte por no hallar culpa en El, y su mujer pretendió lo mismo; a estos felicísimos mártires, Fazamburo, cuando se los presentaron en Nangoya, les quiso librar de la muerte, por tener por cierto que eran santos, como él dijo. A Cristo, nuestro amor, le mandó crucificar Pilatos, temiendo caer en desgracia del emperador gentil, y porque los judíos decían que si no le mataban vendrían los romanos y les tomarían el reino; a estos dichosos mártires les crucificó Fazamburo por temer no caer en desgracia de Taicosama, y de que no le quitase el ser lugarteniente del

gobernador, su hermano. Y muchos de los gentiles decían que estando ellos en Japón vendrían los españoles a tomarles su reino si, para escarmiento de ellos, no los mataban. Cristo, nuestra sabiduría, fué tenido por loco en casa de Herodes, siendo la sabiduría de Dios; los gloriosos mártires fueron tenidos por imprudentes, en especial el benditísimo comisario, siendo muy letrado y tenido por muy prudente de todos los religiosos y seglares que le conocían, como en los oficios que tuvo mostró. Cristo, nuestro bien, fué tenido en menos que un demonio encarnado llamado Barrabás; y los santos mártires fueron tenidos por peores que los bonzos y que ladrones y hombres perdidos y bajos. Contra la Majestad de Cristo Nuestro Señor se dió sentencia de muerte de cruz, porque predicó su nueva ley de gracia. Por esta misma causa se dió sentencia de muerte de cruz contra sus predicadores y fieles cristianos.

A Cristo salieron a recibir las hijas de Jerusalén, llorando, cuando iba con la cruz sobre sus delicados hombros, y su Majestad les dijo que no llorasen sobre El, mas sobre los pecadores. A estos bienaventurados mártires salieron a recibir, cuando iban a morir ya casi muertos con la memoria de la cruz que esperaban, los portugueses y castellanos, llorosos, a los cuales dijeron que no llorasen su muerte, pues era preciosísima, por ser por su Dios, pero que llorasen la ceguedad de aquellos que les mandaban, tan contra justicia, matar. A Cristo le dieron las personas devotas vino mirrado, para que con ello tomase esfuerzo para padecer, y en gustándolo, no lo quiso beber; a estos trabajados mártires los llevaron dos portugueses devotos vino y colación, y en gustando lo que con piadosa caridad les ofrecían, no lo quisieron comer, y se lo dieron a los verdugos que les llevaban a crucificar. A Cristo le quitaron sin piedad sus divinas vestiduras para crucificarle; para el mismo fin fueron quitados los mantos y vestidos de encima de los pacientes mártires por los inhumanos sayones.

A Cristo, nuestra redención, le echaron sobre la cruz que estaba en tierra, como lo dicen los contemplativos, y enclavado en ella le levantaron en alto con crudelísima impiedad. De la misma manera hicieron echar a estos mansos corderos de los mártires sobre las cruces y, asiéndoles muy bien los pies y manos y garganta con las argollas de hierro, les levantaron inhumanísimamente en alto. Al tiempo que Cristo fué crucificado, muchos de sus discípulos y las devotas mujeres y otros sus conocidos estaban algo le-

jos, mirando con increíble sentimiento y lágrimas lo que pasaba. También los devotos de los santos mártires y muchas mujeres de Nangasaqui desde lejos estaban, con lágrimas y dolor, mirando lo que pasaba, y estaban allí el padre y la madre del bendito niño Antonio, y el padre putativo (como se usa en Japón) había adoptado al santo predicador y mártir Michi Paulo, de la Compañía de Jesús. A Cristo, nuestra esperanza, le crucificaron en el monte Calvario, lugar dedicado para la muerte de los malhechores y hombres facinerosos, y entre dos ladrones; a estos dichosos mártires les crucificaron muy junto del lugar de los malhechores, que aun estaban en las cruces pedazos de algunos ladrones. Cristo, nuestro Maestro, enseñándonos la perfecta caridad del prójimo, rogó por los que le crucificaban; la misma oración hicieron estos sus mártires en la misma hora y trabajo. Nuestro bien, Cristo, según dice San Jerónimo, en las tres horas que estuvo en la cruz rezó algunos salmos. También rezaron algunas oraciones y salmos estos santos mártires el tiempo que, después de levantados en las cruces, tuvieron vida. Cristo acabó su vida encomendando su espíritu en las manos de su Padre. Con esa misma oración acabaron la suya sus mártires. Después de la muerte de Cristo Nuestro Señor sucedieron milagros. Antes y después del martirio de sus escogidos hubo muchas maravillas, como se ha dicho y se dirá. En muriendo Cristo, volvía la gente dándose en el pecho y diciendo: «Verdaderamente, éste es Hijo de Dios.» Después de muertos los imitadores de su Dios crucificado, volvían los cristianos diciendo: «Verdaderamente, siervos de Dios eran éstos», y los gentiles se admiraban de haber visto su fortaleza. Y otros pecadores, dándose en los pechos, lloraban sus pecados, compungidos de lo que habían visto.

A Cristo le abrieron el costado después de muerto, saliendo sangre y agua, manifiestas señales de su infinito amor. A sus siervos los alancearon, estando vivos, por dos costados, atravesándoles el corazón, que estaba encendido en su divino amor, como lo publicaba la sangre que de él salía. A Cristo, nuestra luz, le pusieron un título honroso llamándole Rey de los Judíos; también fué muy honrosa la sentencia que pusieron en una tabla delante de las cruces de los benditos crucificados. A Cristo le ponen guardas después de muerto; también a los gloriosos mártires, después de muertos, les pusieron guardas. El cuerpo de Cristo, los tres días que estuvo muerto en ninguna manera tuvo corrupción; también los de sus már-

tires, en tres o cuatro meses no tuvieron mal olor ni padecieron corrupción alguna, hasta que con las frialdades, aguas y calores, naturalmente se cayeron algunos miembros; y su aspecto y la entereza que por muchos días duró fué tenida por cosa rara aun de los gentiles. En estas cosas y otras hizo Cristo Nuestro Señor muy semejantes a sí a sus siervos, por lo cual hemos de tener por cierto que en la resurrección general también los ha de hacer muy semejantes a la gloria de su cuerpo, honrándoles con las insignias de la cruz. Y haciendo que resplandezcan más que el sol las llagas de su costado, dándoles por armas las cinco argollas con que fueron amarrados a las cruces, para que sean conocidos entre los demás santos y engrandecida su fortaleza, caridad y prudencia de las jerarquías celestiales.

CAPITULO XXIII

CÓMO ESTOS BIENAVENTURADOS MÁRTIRES SON LAS PRIMICIAS Y PRIMEROS MÁRTIRES DE LA IGLESIA DE JAPÓN

El Senado romano hacía dioses.—Los cristianos perdieron el miedo.—Los mártires de Japón son semejantes a los Macabeos.—Una mujer fué mártir.—Honra grande de estos mártires.

Haciendo similitud de la gloria que el gloriosísimo apóstol San Pedro, príncipe de los apóstoles, dió a Roma, metrópoli de todas las ciudades y reinos del mundo, con la honra que el bienaventurado fray Pedro Bautista, comisario de la pequeña grey de los Menores en Japón, dió a la muy populosa ciudad de Miaco, cabeza y corte de todos los reinos de Japón, se podrá bien concluir el intento de este capítulo.

Lo primero, según lo que San León (1) en un sermón de San Pedro y San Pablo dice, entre otras cosas por qué en los siglos pasados era ilustre y celebrada Roma, fué porque, siendo maestra de los errores, adoraba a los dioses de todas las naciones del mundo, dedicándoles altares y templos con parecer del Senado. Y porque antes de este parecer fué publicado por Dios, Jesucristo Nuestro Señor, en Judea, queriendo algunos (que aun viviendo) le levantasen altar en Roma, no quiso el Senado romano, porque de su autoridad había de tener la divinidad el dios a quien

(1) San León, serm. I.

ellos hubiesen de hacer templo o altar para adorarle. Pues la que era maestra de tantos errores, por la predicación de San Pedro fué hecha maestra de las verdades. De esta manera, siendo Miaco el seminario de todas las idolatrías y sectas de Japón, con la predicación, de obra y palabra, que el bienaventurado fray Pedro hizo del santo Evangelio en ella, ya es discípulo de la verdad. Y aun los más de los gloriosos mártires japones, que eran nacidos en ella, enseñando la ley evangélica la hicieron ser maestra del verdadero camino de la salvación, con esperanza que también lo será de todas aquellas provincias de gentiles circunvecinas a Japón, como lo es Roma de todos los reinos del cristianismo.

Lo segundo, poniendo San Pedro en Roma su silla, como cabeza que era de la Iglesia y sucesor de Cristo, dió principio a la conversión de la gentilidad romana. Ansí el valeroso mártir fray Pedro Bautista, levantando la primera iglesia de su Religión en Miaco, en tiempo que estaban derribadas casi todas las que habían hecho los padres de la Compañía de Jesús, con gran honra de la fe y de su sagrada Religión comenzó a ser con sus compañeros y discípulos japones luz de los gentiles, deseosos de su salvación y de conocer al verdadero Dios.

Lo tercero, ansí como San Pedro no sólo por la confesión de la fe tan heroica que hizo fué hecho por Cristo la segunda piedra fundamental de la Iglesia (1); pero con su prisión, estando en la oscura cárcel que hoy se ve en Roma, bautizó a muchos y con sus afrentas hermoseó la Iglesia, su esposa, y fortaleció a los pocos cristianos que había, de esta manera el nuestro benditísimo fray Pedro, a quien tomó Dios por fundamento de la Iglesia de Japón, convirtiendo muchos gentiles y trayéndolos al gremio de ella, la hermoseó con sus prisiones y con las cárceles que santificó, en las cuales siempre daba testimonio de la fe, por quien alegremente padecía, y en la cárcel de Miaco bautizó dos gentiles, y en el camino, yendo ignominiosamente a morir, otros (como se dijo), dando con su menoscabo nuevo brío a la cristiandad que hay en el reino de Japón.

Lo cuarto, ansí como San Pedro ilustró a Roma con su glorioso martirio de cruz, ansí nuestro felicísimo mártir fray Pedro Bautista no sólo honró la ciudad de Miaco ilustrándola con su sangre, perdiendo allí parte de una oreja, sino que dió particular honor a las ciudades de Usaca y

(1) Mat., 16.

Zacay y a las de Facata y Nangoya, por donde pasó, y principalmente a la de Nangasaqui, adonde fué, por la misma razón y causa que San Pedro, crucificado.

Lo quinto, ansí como el efecto de la muerte (ignominiosamente a los ojos del mundo) de San Pedro quitó totalmente el miedo y temor a los cristianos, pues no sólo le enterraron, pero iban sin recelo de la muerte a orar delante de su santo sepulcro; este mismo efecto hizo la muerte del glorioso fray Pedro Bautista y de los demás gloriosos mártires, pues no sólo se perdió el miedo y pusilanimidad en que el tirano Taicosama tenía puesta a la cristiandad, pero fué tanta la devoción que les tenían, que, sin recelo de la vida, iban a reverenciar sus cuerpos y a tomar sus santas reliquias. Y cuando en Miaco los prendieron, fué necesario poner tasa a la fe y fervor con que se ofrecían muchos cristianos a querer morir en compañía de los bienaventurados frailes, sus maestros en la fe.

Lo sexto, San Pedro siendo crucificado facilitó en alguna manera el natural temor que los cristianos podían tener a la muerte y a la pérdida de la honra y hacienda, que uno y otro entre los romanos era, como de gentiles, muy estimado. De esta suerte la muerte del esforzado capitán de estos mártires, fray Pedro Bautista, no sólo quitó la pusilanimidad de los corazones menos esforzados, pero llevó consigo al martirio a veinte japones, y bien considerado lo que hicieron, faltan razones para encarecerlo. Porque, como encarece San Gregorio (1), la muerte de los siete Macabeos, sin tener algún vivo dechado que imitar, solamente por no quebrar su ley, varonilmente ayudados del Señor, murieron; ansí estos dichosos japones murieron alegremente movidos solamente por lo que creían de su Redentor Cristo y de los demás ilustrísimos mártires que en los tiempos pasados por la fe católica con diversos tormentos acabaron las vidas. Por lo cual es mucho de estimar que hayan sido tan animosos en el padecer los que eran movidos sólo de la fe y de la fortísima confesión de ella que el santo fray Pedro y sus compañeros hacían, estimando por gloria la cruz que antes, cuando eran gentiles, tenían por gran ignominia, por lo cual con razón se pueden llamar primicias de Japón. Porque aunque los años atrás hayan padecido cuatro o cinco personas particulares la muerte, porque, siendo bautizadas, no querían hacer pecado o dejar la fe, y entre ellas una mujer en la ciudad de Usaca, que, siendo esclava de un gen-

(1) San Greg. Na., Orat., 20.

til, por no ser ramera, como su amo quería, fué martirizada de él cortándole la cabeza; pero ninguno padeció por sentencia pública y tan en honra del santo Evangelio como estos animosos caballeros de Cristo. Con cuyo famosísimo martirio resplandeció más que el sol la verdad de la fe, que, muriendo, testificaban, publicándola no sólo las lenguas, mas la sangre y las argollas y cruz, y la sentencia solemnemente dada, traída en público por las principales ciudades de Japón. Porque todas estas cosas son unas lenguas (aunque mudas) muy eficaces para convertir millares de gentiles.

Con razón, pues, les podemos dar este honroso título de primeros mártires de la Iglesia de Japón. Fuera, pues, de lo dicho, bien considerada la muerte de cruz y aun la forma de la cruz, hay en todo particular honra, porque el ser crucificados como Cristo lo es indecible. Y la forma de la cruz del cielo vino, como parece muy claro en la cruz que está en la villa de Caravaca, en España, la cual cruz bajó del cielo, y, como aún hoy se ve allí, es casi de la misma forma que fué la que tuvieron los benditos santos por refrigerio y regalo en fin de su vida.

Y, conforme a lo que San Clemente dice, considerando la manera como fué crucificado su maestro, San Pedro, la cabeza abajo, en esto quiso Cristo honrarle con que pusiese los pies a donde su Majestad puso la cabeza. Considerada también la forma de cruz en que el dichosísimo comisario y los demás mártires murieron, quiso el Señor que estos sus primeros mártires de Japón y primicias de aquella nueva Iglesia pusiesen los pies a donde él tuvo la cabeza y su cabeza a donde él tuvo el título honroso en que es llamado Salvador y Rey de los Judíos. Dándoles en este muy glorioso lugar aventajada y soberana honra. Porque, si bien se considera, en alguna manera son aventajados los que padecen por Cristo a los ángeles, por no poder ellos, por razón del estado de bienaventurados de que gozan, alcanzar nuevos merecimientos, los cuales, padeciendo por Cristo, pueden los hombres con su gracia granjear y hacerse con ellos aventajados en la gloria celestial a muchos ángeles. Porque a medida del merecer se da el premio a los bienaventurados, siendo de todo el cielo celebradas sus buenas obras. Y en especial lo serán las de estos gloriosísimos mártires, pues dando en la cruz su vida por su amado, Cristo, merecieron ser primicias de los mártires en Japón y ser recibidos de los ángeles en el cielo y colocados en honroso lugar entre los

mártires laureados que, con honra de la cruz, gozan del triunfo de sus gloriosísimas victorias.

CAPITULO XXIV

De cómo el obispo de Japón y los padres de la Compañía fueron a visitar a los benditos mártires luego que murieron

El obispo de Japón veneró los mártires.—Devoción de los cristianos.—Pusieron una estacada para guardar los cuerpos.—Acabó la vida como otro Simeón.

Como eran las diez del día cuando acabaron de alancear a los gloriosos mártires y la casa de la Compañía adonde estaba el obispo aquel día estuviese un tiro de arcabuz del lugar a donde se ejecutó el martirio, puesto en una ventana con otros padres pudo bien ver la muchedumbre de gente, y el dar de las lanzadas, y el oír las voces lastimosas que daban los cristianos. Y luego que vino la nueva de lo sucedido en el martirio, fué luego a visitar los benditos cuerpos, acompañado de algunos padres de la Compañía. Y cuando llegó a ver de cerca las lanzadas y mucha sangre, que aun salía, de los dichosos mártires, puso tasa al sentimiento natural con la certeza que tenía de que por medio del martirio habían subido sus almas a gozar de la vista clara de Dios en el cielo. Y ansí como a verdaderos mártires los veneró, rezándoles la conmemoración de mártires y pidiendo con mucha devoción su favor delante de la Majestad de Dios. Y el primer día de fiesta predicó en la iglesia de la Compañía a los castellanos y portugueses en alabanza de los gloriosos mártires, diciendo que su martirio ilustraba la Iglesia católica. Y de oficio hizo una información de lo sucedido, para enviar a Su Santidad y al rey de España en la primera ocasión. Los padres que iban con él mostraron la misma devoción a los santos, teniendo por cierto que estaban en el número de los gloriosos mártires en el cielo.

Con la ida del obispo creció mucho más el espíritu devoto de los cristianos, y corriendo de nuevo iban a visitar los santos cuerpos, aunque las guardas que estaban puestas los estorbaban. Y llevados de su devoción rompieron todas las faldas de los hábitos de los bienaventurados frailes y los vestidos de los santos japones que alcanzaban desde el suelo, procurando cada uno enriquecerse de reli-

quias. Y llegó esto a tanto, que fué necesario vestir los cuerpos desnudos de lienzo y esteras, y poner muchos hombres que los guardasen. Y como se supo el martirio por las aldeas de cristianos que están cerca de Nangasaqui, vinieron muchos padres de la Compañía, de los que administran aquella cristiandad, a venerar los cuerpos de los bienaventurados mártires. Y fueron tantos los cristianos que concurrieron y la devoción que mostraron, que no se contentaban con besar las vestiduras y pies, mas llevaban la tierra adonde habían estado los santos y derramado su sangre. Y como no bastase a estorbar este concurso de fieles la gente de guardia que pusieron allí, por entender que si lo sabía el rey se enojaría con el juez y porque había recelo de que tomasen de noche algunos cuerpos, habiendo de quedarse en la cruz, como la sentencia decía, hasta que ellos se cayesen, como es costumbre de Japón, mandó el juez que pusiesen una estacada o cerca de palos a las cruces, para que ninguno pudiese llegar a ellas. Pero ni aun esto bastaba, ni el temor de la muerte, para que muchos dejasen de entrar a venerar los benditos cuerpos. Y cuando no podían, desde lejos los reverenciaban, teniendo por gran culpa los cristianos, así portugueses como japones, si cada día no iban a rezar alguna cosa delante de ellos. Y esta misma devoción tenían algunos padres de la Compañía. Porque, las veces que podían, desde su casa, que está junto al mar, se embarcaban en unos pequeños barcos e iban a besar los pies de los santos religiosos, y algunos rezaban Vísperas de la Cruz y otras devociones delante de ellos, como ellos mismos me dijeron. Y quien más fervoroso espíritu mostró en el martirio y veneración de los santos mártires fué el padre Sebastián González, de quien en el libro pasado se hizo alguna memoria, porque como viese que había tantos años que los muy religiosos padres Francisco Javier y Cosme de Torres, como varones apostólicos, con humildad y pobreza evangélica habían sido los primeros predicadores del Evangelio que, entrando en aquel reino remoto como en un monte de bestias fieras y bravas, había plantado la fe, y que no había sido regada aquella Iglesia con sangre de mártires, con la cual se fortaleciesen los fieles en la fe, deseaba mucho que hubiese mártires y vivía siempre con este santo deseo, como quien lo deseaba ser. Por lo cual, cuando vió cumplido su deseo daba muchas gracias a Dios, y con fervorosas palabras incitaba a todos a la veneración de los bienaventurados mártires y procuraba ir muchas veces a visitar sus cuerpos. Y, como otro Simeón, viendo cum-

plido su deseo, acabó en breve tiempo sus días, muriendo con opinión de gran religioso y varón de gran santidad, como queda dicho en el libro IV, capítulo último.

CAPITULO XXV

DE MUCHAS COSAS MARAVILLOSAS QUE SUCEDIERON DESPUÉS DE LA MUERTE DE LOS MÁRTIRES

Admiración de los gentiles.—Los cuervos no comían los cuerpos de mártires.—Cosa maravillosa.—Milagrosa maravilla.—Aparecieron tres rayos de claridad y una cruz blanca.—Testimonio auténtico.—Aparecieron muchas estrellas. Los viernes había luces celestiales.—Cosas milagrosas.

Aunque la salvación de los mártires se colige de que voluntariamente mueran por la fe católica, muchas cosas sucedieron después de este glorioso martirio, con las cuales los cristianos se hacían más ciertos de la gloria de estos muy bienaventurados mártires. Porque quedaron sus cuerpos después de muertos con tan gracioso semblante, y tan bien agestados (1), unos los ojos levantados al cielo y otros, sin fealdad alguna, ladeadas las cabezas, que aun los gentiles, que habían visto muchos, que cada día se crucifican en Japón, y la fealdad con que quedan después de alanceados, juzgaban ser cosa digna de notar la hermosura con que quedaron estos benditos mártires. Y confirmóse ser particular cosa esta, porque oliendo mal otros crucificados (como aun en aquellos días se experimentó) dentro de cuatro días, y soler comerles los ojos los muchos cuervos carniceros que hay en aquel lugar, los cuerpos de los mártires, siendo tantos, nunca olieron mal, ni algún cuervo llegó a sus ojos, ni se vió junto a ellos. Y partiéndose los portugueses para Macán cuarenta y cuatro días después del martirio, fueron a visitar los santos cuerpos para poder testificar allá todo esto, y el hermoso semblante con que aun entonces estaban (como de la información jurídica que el vicario general de la China hizo en Macán consta), era cosa digna de admiración. Y algunos de los testigos afirmaron que a dos días después de muerto el santo comisario, cortándole uno el dedo pulgar del pie con los dientes, salió mucha sangre, que goteó por muchas horas. Y como consta de otra información que, con la solemnidad requisita,

(1) De buena cara o gesto armonioso.—*N. del E.*

se hizo en Manila, de testigos de vista, habiendo sesenta y dos días que el mismo santo comisario era muerto, tembló tres veces su cuerpo en la cruz, quedando muy blanco, y salió abundancia de sangre de su costado alanceado. Lo cual, sabido de los cristianos de Nangasaqui, fueron allá y mojaron algunos paños y papeles en ella. Pero lo que más admira es que un italiano, llamado Juan Bautista, que fué y vino con los portugueses cuando crucificaron los mártires, cogió en un sombrero mucha sangre del santo comisario y de los bienaventurados mártires fray Martín y Michi Paulo, japón, hermano de la Compañía, y de otro japón, y después la echó en una ampolleta de porcelana y la guardó, y nueve meses después del martirio, en presencia del vicario general del Obispado de la Gran China, estando presentes dos padres de la Orden de Santo Domingo y otro de la Compañía, con un hermano y seis de San Francisco, de los cuales fuí yo uno, y otros testigos, uno de los cuales era médico, quebré yo la vasija adonde estaba la sangre, que era de los mártires (como juró sobre un misal Juan Bautista, que la cogió), y fué hallada líquida y sin ningún mal olor, como consta del testimonio que acerca de esto se tomó.

En el cielo también vi yo, y otros muchos, un viernes, la primera noche, hacia la parte donde estaban los benditos mártires, tres rayos grandes, como columnas de claridad, con las cuales pretendía el Señor (según el juicio que de semejantes cosas se suele tener) que diese el cielo testimonio de la gloria de los mártires, pronosticando que, aunque muertos, habían de ser luz de Japón. Y antes de su glorioso martirio, fué vista, en el cielo, de los españoles que iban en la nao «San Felipe», una cruz blanca sobre Japón que, según lo sucedido en el martirio, era señal manifestadora del glorioso triunfo que alcanzaron los gloriosos mártires en la cruz. Y por que se vea, sin sospecha de mentira, lo que en este artículo sucedió, pondré aquí las palabras formales que los testigos que fueron tomados en la información jurídica (hecha sobre este artículo) dijeron, que son éstas. A la sexta pregunta dijo que de lo que de ella sabe y vió es que estando en la dicha ciudad de Nangasaqui, una noche, viernes, a 14 de marzo, estando el testigo en casa de Antonio Garcez, donde posaba en compañía del general, teniendo las puertas y ventanas cerradas, por haber levantádose una tempestad en los cielos, y un vecino de otra calle, llamado Antonio Garcez de Miranda, les envió a decir saliesen a la calle a ver lo que había en los cielos, y este testigo y el dicho

general y la demás gente salieron a la dicha calle y vieron cómo en los dichos cielos, a la parte adonde los dichos padres estaban crucificados, a la parte del noroeste, había una claridad muy grande, como columna de fuego, y a la banda del este un rasgo muy grande de fuego, como rayo, que la punta caía por bajo, y otro, no tan grande, a la parte del oeste, y este testigo estuvo gran rato, desde una ventana de su aposento, mirando la luz que había o rayo a la parte del oeste, que de allí se veía, y por estar la noche muy oscura y tempestuosa cerró la ventana y se recogió. Luego, por la mañana, oyó decir públicamente a muchos portugueses y japones cómo todos habían visto las columnas de fuego, y que a la parte del norte, sobre una ermita de Nuestra Señora, habían parecido gran cantidad de estrellas de diferentes colores que jamás habían visto, lo cual había durado por espacio de cuatro horas. Y Francisco Rodríguez Pinto, que es portugués, tenido por hombre de mucha verdad y crédito, dijo a este testigo cómo él y su mujer y casa habían visto las dichas señales, y que una de las tres columnas, que a su parecer fué la del medio, cómo dos horas después de haber aparecido había venido y caído sobre la casa y iglesia de la Compañía de Jesús y deshéchose sobre ella, y que él, entendiendo que había de caer sobre su casa, por estar muy cerca de la Compañía, se había arrojado en el suelo, pidiendo a grandes voces misericordia a Dios Nuestro Señor. Y que después de una noche tenebrosa y oscura había quedado muy resplandeciente y clara. Y que por el lugar do había bajado la columna veía quedar muchas centellas, que parecían estrellas, y esto fué notorio de la dicha ciudad. Y este testigo supo ansí mesmo en la dicha ciudad de Nangasaqui de muchos japones cristianos, que son capitanes de las calles, que los llaman otonaes, por lengua de Bernardino de Avila, castellano, que entiende mucho la lengua japona, cómo todos los viernes después que los dichos padres habían sido crucificados había muchas luces, como candelas, las cuales salían de procesión, y de allí bajaban al hospital de los Lázaros, que era la primera casa adonde los dichos padres se habían recogido cuando fueron en aquella tierra, y de allí iban también a la ermita de Nuestra Señora, y que esto lo veían tan claramente que ninguna duda en ello ponían, lo cual era muy público entre los dichos japones. Y este testigo y todos los contenidos en la información dicen de una manera en este artículo y en todos los contenidos en este capítulo, añadiendo más que los japones cristianos

decían a voces públicamente que aquella figura del santo comisario que estaba en la cruz era visión que se les ponía delante, y no porque fuese muerto, porque ellos le veían los viernes y sábados revestido decir misa en el hospital de los Lázaros, como la solía decir. Y que un día entero había desaparecido de la cruz. Sea Dios bendito, que tan maravilloso se muestra en sus siervos.

CAPITULO XXVI

De cómo fueron desterrados los demás compañeros de los benditos mártires

Los Frailes Descalzos eran por todos once.—Sentimiento de los frailes presos.—Los padres de la Compañía estimaban los frailes presos.—El padre fray Jerónimo vino a Macán.

Con los dos religiosos que llegaron en el navío «San Felipe» a Japón fueron once los Frailes Descalzos de la Orden de nuestro padre San Francisco, seis de los cuales, como visto es, fueron por la ley de Dios crucificados. Otros tres, que estábamos en Nangasaqui cuando se supo de la prisión de los gloriosos mártires en Miaco, con mano armada fuimos echados por el juez gentil de aquel lugar de la casa donde estábamos. Y llevaron públicamente a los dos al navío de los portugueses, que estaba en el puerto, con gran sentimiento de los cristianos. Aunque viendo el esfuerzo que mostraba el padre fray Bartolomé Ruiz, llevando un crucifijo en la mano y mostrando alegrarse con aquel trabajo, en que por amor de su Dios se veía, mezclaban las lágrimas nacidas de piedad cristiana con las que la devoción del bendito fraile les engendraba. Llegados al navío, fueron delante de testigos entregados al capitán de él para que los guardase y no dejase salir de la nao. Y yo, que por la obediencia y por justos respetos y necesarios huí, con no pequeño trabajo, y me escondí, el día siguiente, no hallando cristiano ni gentil que, por temores humanos, me quisiese tener en su casa, me manifesté a dos portugueses y fuí también llevado de los ministros de justicia al navío. Adonde estábamos los tres con guardas dentro del navío y en la mar cuando crucificaron los santos mártires.

Y con humilde sentimiento y envidia santa dábamos amorosas quejas a Dios, pues habiendo sido sus compa-

ñeros en la predicación del Evangelio no lo éramos en su gloriosa muerte. Mas como Adán, que en castigo de su pecado no sólo fué echado del paraíso mas para que viéndole muriese viviendo, lo puso Dios a la vista de él y allí hizo su habitación; porque no sólo la Majestad divina por nuestras culpas o por sus justos juicios nos dejó excluídos del número y compañía de los que, haciendo como escalera de la cruz, subían derechos al paraíso celestial, mas quiso que estuviésemos presos en la nao, con harta incomodidad, sesenta y siete días, a la vista del glorioso triunfo que estaban publicando nuestros seis hermanos con sus compañeros, renovando siempre con que los veíamos el dolor de no les haber acompañado. Porque el que podíamos tener de vernos privados de su conversación se templaba con la esperanza que teníamos de que si los habíamos perdido en la tierra los teníamos ganados y seguros en el cielo. Consolándonos en nuestra prisión y estrecheza de lugar frío con la memoria de lo mucho que ellos padecieron, y que ya que no fuimos hermanados con ellos en la cruz, dábamos, con la pequeña cruz que padecíamos, testimonio de la fe por quien ellos murieron.

Consolándonos también en el Señor con las visitas de algunos padres de la Compañía y con la mucha caridad que nos hacían los portugueses. También, por mano del mismo juez, fué traído al navío el hermano fray Juan Pobre, aunque tenía licencia del rey para ir con el general y los demás castellanos con quien vino y volverse a Manila. Y como, para merecimiento de los frailes, reinaba la sin justicia, habiendo navío para Manila, fuimos llevados a la Gran China en la nao de Macán. Adonde estuvimos ocho meses destinados para nuevas navegaciones. Pero el Señor ordenó que se acabase nuestro destierro, porque como el padre fray Jerónimo de Jesús, que por orden del santo comisario (como se ha dicho) quedó escondido en la ciudad de Usaca, sustentándose con la esperanza cercana que tenía del martirio, aunque vió la necesidad que los cristianos que habían bautizado los frailes le tenían de su presencia, por ver que los que habían pretendido echar a los frailes de Japón le mandaban buscar para echarle también a él, y que los cristianos no osaban aún hacerle limosna, por lo cual padecía notable soledad y hambre, y por otros muchos respetos, se bajó a Nangasaqui. Adonde, sabiéndose su venida, tuvo nuevos trabajos, y, finalmente, poniéndole guardas, estuvo preso en una pobre casa, hasta que fué embarcado en un navío que venía para Manila. Pero queriendo el Señor que se acabase nuestro destierro,

estando para embarcarnos para Malaca, sin pensarlo, con vientos contrarios torció notablemente el camino el návío y vino viento en popa a Macán. Adonde, con la vista del padre fray Jerónimo y nuevas de los cuerpos de los benditos mártires recibimos gran consuelo, y con la caridad que en el convento que allí hay de nuestra sagrada Religión recibimos, y con la limosna que nos hacían los portugueses nos vimos muy obligados del Señor. Y volviendo a Manila, hallándonos la fiesta de Navidad en la mar, saltamos en tierra de la Gran China. Y buscando un lugar acomodado pusimos una tienda y aderezamos un altar con el ornato posible, y como llevábamos con nosotros algunos de los ornamentos de Japón, tuvimos toda comodidad para decir allí las tres misas consolándonos en el Señor. El cual fué servido que todos volviésemos juntos en aquel navío a nuestro convento de la ciudad de Manila, en Filipinas.

CAPITULO XXVII

De cómo se repartieron por diversas partes los cuerpos de los gloriosos mártires.

Los españoles comenzaron a tomar reliquias.—Un embajador de Filipinas a Japón.—A Macán, Malaca y a Goa llevaron reliquias.

Como el rey mandó, por su sentencia, que los cuerpos de los benditos mártires fuesen dejados en las cruces, el juez que la ejecutó no sólo se contentó, para que nadie los quitase, de poner guardas y la estacada (como queda dicho), mas mandó con mucho rigor a los regidores de la ciudad que pusiesen mucha vigilancia en hacerlos guardar, porque si faltaba alguno los había de matar a ellos. Y que aunque los mártires habían muerto sin culpa, no entendiesen que ellos también serían mártires como ellos si por culpa de no obedecer a su mandato los mataba. También el obispo de Japón mandó lo mismo, porque pretendía que fuesen el padre Juan Rodríguez, que era muy conocido del rey (por ser siempre intérprete de los portugueses), y otro portugués honrado con algún presente a visitar al rey y a pedirle que diese licencia para que a nuestro modo fuesen enterrados los cuerpos de los seis religiosos que había mandado crucificar, pretendiendo enterrarlos (y, si fuera posible, también a los japones) con mucha autoridad en lugares decentes, en las cinco iglesias que

había en Nangasaqui. Aunque por la acelerada vuelta del obispo de Macán no vino a efecto esta su pretensión. Y ansí algunos cristianos, particularmente los españoles, viendo que había muchos meses que estaban los santos cuerpos al frío, lluvias y heladas, y que naturalmente se habían de consumir, comenzaron a tomar algunos pies y manos. Porque como las guardas eran cristianos y ya estaría olvidado el martirio en Miaco, por no hablar de él el rey ni los gentiles, velaban las guardas con poco cuidado, y por tomar ellos algo, dejaban tomar a otros.

Después de nueve meses que estaban en las cruces llegó a Japón un embajador de Filipinas, que iba con determinación de pedir al rey los cuerpos de los benditos religiosos y a tratar otras cosas que llevaba a cargo. Y como se supo que le había concedido el rey que llevase los santos cuerpos, los castellanos de la nao «San Felipe», que aun estaban en Nangasaqui, incitados de su mucha devoción, atreviéronse a tomar de noche las cabezas y la mayor parte de los cuerpos de los bienaventurados frailes y de todos los mártires, cogiendo también lo que pudieron los japones cristianos; y los padres de la Compañía (según se dijo) mandaron recoger las cabezas de los tres benditos hermanos suyos. Por lo cual cuando vino el embajador a Nangasaqui halló muy pocas reliquias que recoger, porque hasta las cruces faltaban. Y algunos castellanos que fueron en el navío que arribó a Macán (como se dijo) llevaron muchas reliquias, de las cuales, por diligencia de nuestros hermanos los frailes, unas quedaron allí en nuestro convento, otras fueron a Malaca y a Goa, que llevaron algunos religiosos nuestros. A Manila también vinieron otras muchas, y, por diligencia de los religiosos, la mayor parte de ellas se puso en un lugar decente, con mucha veneración, en nuestro convento de San Francisco, y de ellas se envió un hueso del bendito comisario al rey nuestro señor, y otras a muchos conventos de España, y de las que no se tuvo noticia en Manila, por mi diligencia vinieron a mis manos para ponerlas en el religiosísimo convento de San Francisco de Salamanca y en otros religiosos lugares.

CAPITULO XXVIII

De la mucha devoción que han mostrado todos los cristianos a las reliquias de los gloriosos mártires

Lo que se hizo en Manila sabido el martirio.—Cómo fué celebrado el martirio en Macán.—La cabeza del bendito fray Martín está en la India Oriental.—Qué cosa es canonización de los santos.—Silvestre, verbo canonizatio et reliquiae (Conc. Trid., s. 25).—Cosa milagrosa.—La devoción del rey de España.—Monseñor Peña es muy devoto de estos santos mártires.

La novedad del martirio, ansí por ser tan ilustre y de tanto número de mártires como por el modo de haber sido crucificados, por predicar el santo Evangelio, causó tanta devoción en los cristianos, que el más tibio y poco devoto corazón se enternecía oyéndolo, dando todos gracias a Dios de que en nuestros tiempos se hubiese alcanzado tan glorioso triunfo de la cruz en Japón dando tantos mártires, testimonio de nuestra santa fe con su gloriosa muerte. Y como los testigos de vista que traían las nuevas eran tantos, aumentábase la devoción en el pueblo cristiano. En la ciudad de Manila, como era la más ilustrada con este tan célebre martirio, por haber salido de ella por sus embajadores los benditos frailes, fué tan grande el contentamiento que se recibió, que olvidados todos de la gran pérdida de hacienda que habían tenido en el navío «San Felipe» no trataban de otra cosa sino del nuevo martirio y de las muchas virtudes de los santos religiosos que le padecieron y por ser muy conocidos en aquella ciudad, y daban el pláceme a nuestros frailes. Porque con nueva gloria de la nación española y particular lustre de nuestra sagrada Religión y honra de aquella religiosa casa y provincia, habían subido nuestros seis hermanos, coronados de la corona del martirio, a ser puestos en el número de los santos mártires de la celestial Jerusalén. Hízose una solemne procesión, concurriendo las Religiones y el pueblo en hacimiento de gracias por tan singular merced como fué hecha a la cristiandad.

En la ciudad de Macán, en la China, estando yo allí, fué tan grande la devoción que los portugueses mostraron, que incitaban a los religiosos a que hiciesen una solemne fiesta por tan insigne martirio. Y ansí tomaron este negocio muy a cargo, en especial el muy religioso padre fray

Antonio de la Madre de Dios, lector de Teología y célebre predicador del convento de San Francisco de la ciudad de Goa, en la India Oriental, que vino a visitar la Custodia de la China, por cuya orden se hizo una procesión, concurriendo a ella algunos padres de las Ordenes de Santo Domingo, San Agustín y de la Compañía de Jesús, y todo el pueblo, y se compusieron muchas jeroglíficas y versos en honor de los gloriosos mártires. Y para dar a entender el martirio se hicieron pintar unos lienzos de todo lo sucedido en el martirio, de los cuales se sacaron muchos y se enviaron a Nueva España y a España, y después yo los hice estampar en Roma. Y lo mismo se hizo por orden de este devoto padre en Malaca, predicando siempre las excelencias y alabanzas de sus gloriosos hermanos. Y como llevaba la cabeza del bendito fray Martín, y según un hidalgo que venía de la India me dijo, hacía Dios, por merecimientos de este su bendito mártir, muchas maravillas, pretendía que en la ciudad de Goa se hiciese solemnísima fiesta. Porque, como dicen los teólogos, aunque la canonización solemne de los santos (que consiste en celebrar su oficio, decir misa de ellos, escribirles con solemnidad en catálogo de los santos, definiendo y proponiéndoles para que sean venerados de toda la Iglesia por santos) se haya de hacer por orden del Sumo Pontífice, y el examen de las reliquias de los santos que se han de poner en los altares o lugares públicos de la iglesia se ha remitido a los obispos, conforme el santo Concilio Tridentino determina, bien se pudieron venerar en particular sus reliquias y hacer procesiones dando gracias a Dios, pues su Majestad, con señales maravillosas, canonizó por mártires a los que por su santo nombre ofrecieron sus vidas.

También crecía la devoción en los fieles viendo que poniendo las reliquias de los benditos mártires a muchos enfermos sanaban. Y como se tomó por testimonio y yo me informé de muchos testigos de vista, y fué público y notorio, una niña de diez años, viniendo con su madre de Japón, habiéndole ella puesto unas reliquias de los benditos mártires al cuello, cayó desde el navío en la mar, y por espacio de una hora estuvo entre dos aguas sumida todo el cuerpo hasta que la fueron a sacar, haciendo Dios Nuestro Señor o que por una hora no tuviese necesidad la niña de respirar, o que respirase dentro del agua sin que se ahogase, atribuyendo todos los que iban en el navío esta maravilla a que por intercesión de los gloriosos mártires, cuyas reliquias traía, había hecho Dios esta misericordia a la hija y madre.

En España fué tan bien recibida la nueva del martirio, que cada cosa de las particulares que en él sucedieron era como una centella de fuego que encendía las voluntades de los fieles, envidiando unos su venturosa y santa muerte, y otros celebraban la venturosa suerte que tuvieron los españoles del galeón «San Felipe», que fueron testigos de un tan nuevo y admirable espectáculo; y ansí religiosos como seglares estaban tan deseosos de reliquias, que cuando yo llegué a Sevilla era notablemente importunado de todos para que les diese de las que traía. El rey de España, como príncipe tan católico, recibió alegría indecible cuando supo la nueva de este gloriosísimo martirio. Y viendo un lienzo en que estaba pintado, se movió a particular devoción, gustando de oír la relación que del martirio vino y admitiendo por servicio que en su real nombre se imprimiese. El Sumo Pontífice y los cardenales, como supe cuando llegué a Roma a dar cuenta a Su Santidad de este martirio, se alegraron en espíritu por tan admirable triunfo, y Su Santidad leyó con particular devoción la relación de este glorioso martirio, que, traduciéndose de español en italiano, se imprimió en Roma. Adonde se trata con muchas veras la canonización de estos gloriosísimos mártires, dando la Majestad Católica sus favorables cartas para el Sumo Pontífice y para su embajador. Y confío en el Señor que todo se hará bien con tan buenos medios y con la voluntad que monseñor Peña, meritísimo auditor de Rota, muestra a estos gloriosos mártires, por gozarse mucho en la gloria de Dios que resplandece en ellos y haber tomado, por su mucha cristiandad y devoción, el ser procurador de las causas de los santos, como en las canonizaciones de San Diego, de San Jacinto y la de San Raimundo, que se hará muy presto, ha mostrado, ganando muchos merecimientos y amigos en el cielo.

Porque es deuda muy debida que sean venerados de todos los que Dios con tan señalada victoria escogió por sus amigos y caballeros de su corte celestial, con la encomienda de la cruz y con la renta de muchos grados de gracia y gloria, haciéndoles muy semejantes a su Hijo, Cristo, en el discurso de su martirio, y ansí les hará sus semejantes en que sean honrados en la tierra y en el cielo.

CAPITULO XXIX

DE LA MEMORIA QUE QUEDÓ ENTRE LOS CRISTIANOS DE JAPÓN DE LOS BENDITOS MÁRTIRES

Esfuerzo de las mujeres de los mártires.—Máximo, hijo de un mártir.—Las mujeres de los mártires se recogieron.—Ceremonia de los cristianos.—Libertad de los cristianos.—Al entierro de la mujer de un portugués.—El padre fray Jerónimo volvió a Japón.—Buen discurso de los japones gentiles.—Los frailes tenían en Manila cuidado de los japones.

Como el poder de Dios Nuestro Señor se muestre en hacer guerra a los poderíos del infierno y mundo, con hombres muertos por su divina ley, y lo haya mostrado en los maravillosos frutos que de los trofeos y victorias de sus gloriosos mártires se han cogido por diversas partes del mundo, también en Japón se vió que mostraba su poder no sólo en dar fuerzas a los que padecían por su amor, mas en quitar el miedo a los que vivían temerosos de descubrir su fe, poniéndoles ánimo para desear morir por ella. Y en quien más particularmente resplandeció esta constancia fué en las mujeres y familias de algunos de los gloriosos mártires. Porque no sólo tuvieron ánimo para acompañarles cuando los llevaron presos en Miaco, sufriendo muchos malos tratamientos de los gentiles, mas los visitaban en la cárcel, esforzándoles para lo que habían de padecer. Pero después que supieron el fin tan dichoso que sus gloriosos maridos habían tenido, aunque se veían solas y desamparadas, teníanse por virtuosas en ser mujeres de mártires. Y más cuando vieron que a todas juntas las encerraron en la iglesia y casa de los santos frailes. Y que robándoles cuanto tenían en sus casas las amenazaban con la muerte porque eran cristianas, mandándolas que si tenían algún tesoro de los frailes le descubriesen. Porque no creían los gentiles que los religiosos tuviesen tanta pobreza como hallaron en su convento.

En esta prisión las mujeres, hijos y criados de los benditos mártires padecieron mucho frío, por haberles tomado la ropa y hacerle entonces muy grande, y tuvieron mucha hambre, porque los gentiles que las guardaban estorbaban que les trajesen limosna, pensando que murieran. Pero el Señor las esforzaba, y ansí solamente uno o dos niños, con la extrema necesidad, acabaron la vida. Y uno

de ellos, llamado Máximo, hijo de Cosme, uno de los santos mártires, habiendo sido apaleado cuando prendieron a los bienaventurados religiosos, por ser compañero de los otros gloriosísimos niños, que murieron, y estar en el convento, aunque deseaba ser preso con ellos, no le llevaron, por ser muy delicado y estar enfermo; pero como le dejaron encerrado en el convento, con el mal tratamiento y necesidad vino a morir después de algunos días. Las mujeres, pobres de lo temporal, aunque ricas de merecimientos y confianza en Dios Nuestro Señor, fueron sueltas, y como no tuviesen de qué mantenerse, por orden del hermano Cosme y de otros cristianos bautizados de los santos frailes fué hecha una casa, a modo de monasterio, adonde con sus limosnas eran sustentadas, viviendo ellas religiosamente con propósito de no volverse a casar.

Estos mismos cristianos, en memoria de los gloriosos mártires ordenaron de juntarse en una casa todos los meses del año (que también entre los gentiles de Japón son doce y cuéntanlos por las lunas) a cinco del mes, por haber padecido los benditos mártires a cinco de febrero, y ansí este día se juntan y tienen una plática espiritual que hace alguno de los más entendidos y antiguos en la fe, refrescando la memoria del glorioso martirio, contando las virtudes de los que por su Dios padecieron, pidiendo al Señor humildemente que envíe frailes a Japón. Y tienen mucha comodidad para hacer estas congregaciones, porque comenzando el Señor a premiar los merecimientos de sus mártires, poco después de su martirio, como supe de los japones, y por cartas, concedió el rey Taicosama al padre Juan Rodríguez, a título de ser intérprete de los portugueses, un sitio nuevo para edificar casa e iglesia en Miaco, por ser necesario el sitio de la casa que tenía la Compañía allí para hacer en él un palacio real. Y concedió también licencia para que los ya bautizados fuesen a la iglesia de los padres de la Compañía, mandando que de allí en adelante nadie se hiciese cristiano.

En este tiempo vino del reino de Corea Tarazaba, gobernador principal (como queda dicho) de Nangoya, y aunque era ya cristiano, viendo el suceso de los frailes y la sentencia rigurosa del rey, temiendo que si sabía que con su consentimiento los padres de la Compañía andaban con libertad, enterrando públicamente algunos difuntos, como yo los vi salir, y haciendo el Jueves Santo procesión de disciplina por las calles de Nangasaqui y su tierra, pretendiendo conservar y aumentar la cristiandad, haciendo muchos cristianos cada día, que le habían de quitar el oficio

y aun la vida, mandó que todos los padres de la Compañía que estaban en las aldeas se viniesen a Nangasaqui (porque de que hubiese allí aquella casa ya él había avisado al rey, y con su licencia estaban allí algunos padres, y sabía también el rey que en Nangasaqui eran todos cristianos) y ordenó que algunos de los religiosos de la Compañía fuesen enviados a Macán. Mas con la nueva gracia y merced que el rey hizo de dar casa a la Compañía se aplacó todo, como me informaron japones que vinieron de allá con cartas de los cristianos que bautizamos los frailes, pidiéndonos que les socorriésemos volviendo a consolarles y confesarles, pues les habíamos engendrado en Cristo. Porque tenían gran necesidad temporal y espiritual. Por lo cual, viendo la obligación que había y que como fueron los primeros frailes podían ir otros, pues era servicio de Dios y del rey de España, el padre fray Jerónimo de Jesús, que había sido poco antes desterrado, volvió allá con un compañero teólogo, llamado fray Gómez de San Luis, de mucha habilidad y virtud, en un navío de gentiles, con mucho secreto, y enviaron algunas personas devotas de Manila limosna para las mujeres de los benditos mártires. Y muchos frailes que deseaban ir a Japón quedaron sin esperanza, suplicando al Señor conserve aquella cristiandad que regaron con su sangre sus santos hermanos y que envíe obreros de todas las Religiones a aquella su viña, pues tan necesario son para que aquellas almas se salven y participen de los merecimientos de Cristo Nuestro Señor. Moviéndose también a desear a esto por la gran devoción y señales de cristiandad que ven en los japones cristianos que vienen a Manila, los cuales muestran gran reverencia a las cosas sagradas, y ansí fieles como infieles tienen muy particular afición a los religiosos Descalzos de San Francisco, y cuando estábamos en Japón y teníamos casas, y que éramos favorecidos del rey, era mucho el concurso de mercaderes que de aquel reino venían a las Filipinas, y ansí era muy grande la conversión que se hacía en ellos.

Porque con la comunicación de los religiosos, y viendo la uniformidad que ansí religiosos de diversas Ordenes como los seglares de diversas calidades tenían, adorando un Dios y guardando una misma ley, de tal suerte satisfacían a su entendimiento para entender que aquélla era verdadera ley de salvación, que aunque ninguno de los religiosos de Manila sabían la lengua japona, con intérpretes bautizaban a muchos. Y un gran bonzo, muy letrado, habiendo estado una Semana Santa en Manila, considerando la uniformidad de las ceremonias y monumentos, me dijo que

esto le había movido a desear hacerse cristiano, y que sin falta había de volver a bautizarse allá, como lo hizo. Para estos cristianos que se bautizaban en Manila, y para los que iban de Japón, teníamos los frailes una iglesia junto a nuestro convento, adonde todos los días de fiesta les decía misa un fraile que tenía cargo de ellos, y de amparar a los cristianos y gentiles. Y para todos estaba abierta la puerta del hospital en tiempo de sus enfermedades, y de allí salían los que entraban gentiles, tan movidos por la caridad que recibían, que luego se bautizaban.

CAPITULO XXX

De tres cartas que escribieron el obispo y dos padres de la Compañía tratando de este glorioso martirio

Buen espíritu del obispo.—Gran espíritu del santo comisario.—Los padres de la Compañía escribieron muchas cartas del martirio.—Deseo espiritual.

Por cuanto entiendo que será de mucha importancia para aumentar la devoción de los bienaventurados mártires, pondré tres cartas que acerca del gloriosísimo martirio hablaban con mucho espíritu. La una escribió el obispo de Japón al padre provincial de la provincia de San Gregorio de las Filipinas, pocos días después del martirio, mostrando con esta ocasión mucho contentamiento espiritual, viendo que aquella su nueva Iglesia era ilustrada con el triunfo de tan valerosos soldados de Cristo.

Carta del obispo de Japón para el padre provincial de San Francisco, de la provincia de San Gregorio, en las islas de Luzón

«*Pax Christi:* No puedo dejar de dar a V. P. y a esa santa Religión el parabién de las felicísimas muertes de seis religiosos de su Orden, conviene a saber, del padre fray Pedro Bautista y del padre fray Martín y del padre fray Francisco Blanco, de los hermanos fray Felipe y fray Gonzalo y fray Francisco, que aquí en Nangasaqui mandó crucificar Taicosama, dándoles por culpas que predicaban nuestra fe en Japón. Mas estas culpas les santifican justamente. Y ansí todos damos a Nuestro Señor muchas gracias por ellos, y les tenemos envidia a tan dichosa suerte. Y tan insigne ejemplo nos dejaron en esto, que a su som-

bra entraron en tan dichosa muerte tres hermanos de la Compañía y diecisiete japones, que todos por ser cristianos fueron crucificados, y todos veintiséis, día de la bienaventurada Santa Agata, a 6 de febrero. Píamente creemos que entraron en el paraíso, triunfando del tirano que les mató y de la muerte que les dió y honrando su Religión. Y a nosotros dejándonos tan raro ejemplo de caridad y fortaleza, que animándonos con la vista de su sangre estamos para pelear varonilmente con las vidas sacrificadas por causa tan santa y de tanta honra de nuestra santa fe. Los portugueses quedaron edificadísimos de las palabras santas con que los padres murieron en las cruces, unos diciendo himnos y salmos y otros pidiendo a Dios perdón para quien les mataban, otros diciendo: *In manus tuas*, etcétera. Otros, abrazándose primero con la cruz, teniéndose por indignos de tan nueva merced. El padre fray Pedro tuvo una particularidad de grande siervo de Dios, porque cuando le ataban un brazo con una argolla en la cruz dijo, apuntando con el dedo en la palma de la mano: «Enclava aquí, hermano.» Las demás particularidades de esto y la tiranía que este tirano hizo a la nao «San Felipe», no escribo a V. P. por no escribirle lástimas, que si hasta al que las escribe lastiman, ¿qué hará a quién las pasó? Allá van hartos testigos de vista. V. P. esté muy consolado y alegre con estas nuevas de la gloriosa muerte de sus hermanos, y a mí me tenga por muy devoto de su Religión, y ocúpeme en todo lo que fuese servicio en ella y suyo. En sus devotas oraciones me encomiende mucho a Nuestro Señor. De Nangasaqui, a 27 de febrero de 1597. De V. P. siervo en Cristo. Obispo de Japón.»

Con el mismo espíritu que muestra el obispo en esta carta estaban todos los padres de la Compañía (en cuya casa, por ser de su Religión, estaba), como me constó por las cartas que casi todos escribieron a particulares amigos suyos que estaban en la ciudad de Macán. Adonde como yo fuese desterrado con otros tres compañeros (como ya se dijo), viniendo los portugueses a darnos el pláceme de la gloriosa muerte de nuestros santos hermanos y de nuestro honroso destierro, me las enseñaba en sus originales. Y aunque se pudieran poner aquí algunas que se transuntaron (1), bastará poner dos. La una del padre Pedro Morejón (varón de mucha virtud y letras, y de mucho provecho para el oficio apostólico que hace en Japón), que escribió

(1) Copiaron.—*N. del E.*

a los benditos mártires cuando venían de camino a Nangasaqui, quedando él en la ciudad de Usaca, por donde habían pasado.

CARTA DEL PADRE MOREJÓN A LOS BIENAVENTURADOS MÁRTIRES

«Jesús, María. *Pax Christi:* Muy amados padres míos y amantísimos hermanos, el Espíritu Santo vaya en las ánimas de Vs. Rs. El sabe cuán vehementísima envidia tengo a Vs. Rs. y a esos cristianos que dichosamente del mundo y de sí mismos van triunfando. Cuánto deseo tengo y tuve de acompañarlos, pero no fué en mi mano, ni a Dios merecí tanto bien. Llorando espero si algún día tan dichoso me amaneciera, no de ser mártir (que a esto ni a pensarlo me atrevo ni merezco por mi grande indignidad), sino que aquesta mi triste vida y malaventurado cuerpo mil veces acabe por esta sagrada Iglesia de Japón, que pues tan buenos principios y muestras va dando, esperar tengo que también me quepa algún día alguna parte. Al fin, padres míos y hermanos amantísimos, ruégoles mucho por el Señor, por quien padecen, que por el disgusto grande y desedificación que algún día les di me perdonen, y cuando por la misericordia divina se vieren en el conspecto de su divina presencia, se acuerden de los que en este valle de lágrimas quedamos. Particularmente de mí, que más que todos tengo necesidad. ¡Oh, qué abrazos que diera de corazón a todos Vs. Rs. si me fuera lícito! Alcánceme del Señor que muriendo yo viva por el que muriendo hermoseó esta su Iglesia, que al presente ninguna otra cosa deseo sino ésta. A Dios, Padre mío, fray Francisco Blanco; a Dios, hermano fray Felipe; a Dios, hermano fray Gonzalo; a Dios, hermano fray Francisco: Dichosa muerte, que excede a tan flacos méritos como los míos. A León, Cosme, Paulo, Tomé, Francisco y los demás, mis encomiendas. No es necesario advertir a Vs. Rs. enseñen a esos cristianos a tomar esta muerte con humildad, porque los japones algunas veces mueren por cumplimiento del mundo. *Eia*, padres amantísimos, *usq. ad conspectum Dei.—Pedro Morejón.*»

La otra carta es del padre Francisco Calderón, en quien se hallan todas las partes necesarias de letras y religión para un perfecto religioso, el cual escribiendo a un seglar amigo suyo a Macán dice ansí:

CARTA DEL PADRE FRANCISCO CALDERÓN A UN SU DEVOTO

«La gracia del Espíritu Santo more siempre en el alma

de V. M. Amén. Ningún olvido tengo de las cosas del señor Cristóbal Suárez, pues en tanta obligación me puso en el tiempo que nos conocimos, y después también que nos apartamos. Yo, señor, estoy bueno, loores a Dios, y me consuelo con saber que V. M. tiene salud y que vaya muy adelante en las cosas del servicio del Señor, para lo cual creo que le ayudará hallarse en Japón antes de la partida de esta nave, pues viera en Nangasaqui un espectáculo muy maravilloso viendo morir muchos siervos de Nuestro Señor por la gloria y honra de su santa ley con tanto esfuerzo y valor, que bien se veía andar la mano del Señor obrando tales cosas. Y porque entre los bienaventurados que padecieron eran seis religiosos de la Orden del bienaventurado San Francisco, a quien V. M. es tan devoto, holgara, sin duda, mucho de que se hallara presente, que sin duda su alma había de recibir otra nueva luz y resplandor del cielo viendo dar su fresca sangre por la honra de Dios con tanto ánimo a estos santos religiosos, y a otros nuevos cristianos que con su ejemplo se encendieron y animaron a dar su vida por Cristo. Sea loado Nuestro Señor, que ansí quiso ayudar a esta cristiandad, poniéndole tan buenos fundamentos que cierto, señor, que bien de años ha que deseamos esto. Es verdad que los padres y hermanos de la Compañía, por haber tantos años que estamos en Japón, pudiéramos pedir el jornal mayor y más acrecentado, pero el Señor de la viña no nos hace agravio en ser liberal con quien quisiere. Bien de materia había aquí en que me detener, hablando de estos santos muertos; mas allá tendrá V. M. muchos testigos de vista que le referirán todo, y sé que se consolará, y por saberlo le quise escribir sobre esto. Nuestro Señor, etc. De Japón, a 20 de febrero de 1597. Francisco Calderón.»

CAPITULO XXXI

De quiénes eran los compañeros de los benditos mártires que desterraron

La causa de escribir este capítulo.—El padre fray Agustín Rodríguez.—Fué prelado en Nangasaqui.—El padre fray Bartolomé.—El padre fray Jerónimo de Jesús.—Señal de buen religioso.—El hermano fray Juan Pobre.—Oficio de los hermanos legos.—El padre fray Antonio Méndez.

Como estoy muy cierto que las obras heroicas y las virtudes han de ser remuneradas a los justos, y que vivirán

eternamente en la memoria de Dios y libro de la Vida, con alguna consideración he traído solamente hasta aquí de la gloria de Dios y de la cruz que resplandece en los bienaventurados mártires. Y no he tratado de cinco compañeros que por la misma causa de la predicación evangélica fuimos presos y desterrados y ofrecimos a Dios algún cornado (1) de buenos deseos y de alguna paciencia en muchos trabajos que tuvimos ayudados de su divino favor. Mas, porque entre otras particularidades que me han preguntado innumerables personas me han pedido les dijese el suceso que tuvieron los compañeros de los gloriosísimos mártires, y quiénes eran, y qué calidades tenían y de qué tierras eran naturales, me pareció que era muy a propósito el poner algo de estos siervos de Dios en esta historia, pues que de sus virtudes y apostólicas vidas no se hizo alarde en la cruz, dándose un pregón público de la fortaleza de su fe y prudente espíritu con que pretendían con su doctrina ser luz de aquella gentilidad, y con su buen ejemplo ser sal de aquellos nuevos fieles, saboreándoles lo que parecía más áspero a la carne y sangre de la virtud de la penitencia y mortificación con la imitación tan al vivo que profesaban de las muchas virtudes que resplandecieron en nuestro padre San Francisco, vivo trasunto de Cristo crucificado.

El padre fray Agustín Rodríguez, que por muerte del glorioso mártir fray Pedro Bautista, nuestro pastor y comisario, quedó por nuestro prelado y comisario, era natural de Villar de Frades, lugar muy conocido en tierra de Campos. Tomó el hábito en el muy célebre convento de San Francisco de Salamanca y, siendo predicador, fué electo guardián. Pero como su vocación fuese más a la vida contemplativa que a la activa, renunciando el oficio se recogió en el muy religioso convento de San Francisco de Villalón, adonde yo le conocí más particularmente, y vi que con su ejemplar vida, recogimiento y silencio era un dechado de verdadero religioso para profesos y novicios, acompañándoles en todos los ejercicios de obediencia, mortificación, oración y humildad.

Estando, pues, en el convento muy religioso de Noya, en el reino de Galicia, le llamó el Señor para servirse de él, como de varón apostólico, en Japón; y como fuese de cincuenta años, aprendió con mucha dificultad la lengua, que era bastante, para confesar, y con sus santos conse-

(1) Moneda antigua de cobre y plata con valor de un cuarto y un maravedí.—*N. del E.*

jos encaminaba muchos en el camino del cielo y trajo muchas almas, que bautizó, al rebaño de las ovejas de Cristo. Y por estar enfermo se bajó a curar a Nangasaqui, adonde estaba yo enfermo. Y estando allí por presidente no le faltaron ocasiones en que merecer, y sobre todo sentía el ver que dos meses después de haber salido de Miaco habían puesto guardas a los gloriosos mártires. Pero ya que no lo fué en la cruz con ellos, fuélo en el deseo. Porque estando presos en el navío, le mostró grandísimo cuando una noche nos dijeron que el día siguiente nos habían de crucificar. Y también con una compasiva piedad y caritativo afecto se crucificaba en el alma con los que desde el navío vió crucificar, y veía en las cruces cada día de los cuarenta y dos que estuvimos a la mira. Finalmente, y después de once meses de destierro, volvimos juntos a nuestra provincia, a Manila.

El padre fray Bartolomé Ruiz, natural de Cabra, en tierra de Córdoba, habiendo ido seglar a Nueva España, tomó el hábito en la provincia del Santo Evangelio, adonde como supiese la lengua de los indios, aprovechó mucho en aquella conversión. Pasó a las Filipinas con los primeros religiosos Descalzos, y ansí en aquella conversión, como en administrar el sacramento de la confesión a los españoles y en muy trabajosas jornadas que hizo a la China y Cochinchina, sirvió al Señor dando olor de santidad. Y por sus oraciones se dice que hizo el Señor algunas maravillas en Cochinchina, como queda dicho. Y aunque estaba ya viejo, porque era de setenta años (atribuyendo el haber llegado sano y sin achaques a tantos años a una bendición que, curando a su padre de una grave enfermedad, le echó, como él me dijo), fué enviado a Japón en compañía del bienaventurado comisario y de los otros dos benditos legos, adonde, por ser el frío grande, enfermó, y tuvo algunas reliquias de la enfermedad por más de dos años, con mucho merecimiento suyo, porque tenía gran paciencia. Por lo cual, y para que no le faltase lo necesario para su enfermedad (que en Miaco apenas lo tenía), le envió el bendito comisario a Nangasaqui, y, como yo vi, casi siempre estaba recogido en su celda, cerrada la ventana, en altísima contemplación. De la cual granjeaba el vivir inculpablemente. Y estando allí, no sólo con las nuevas de la prisión de sus santos compañeros se alegró, pero daba muchas gracias al Señor porque, como él decía siempre, aquella iglesia tenía necesidad de un regadío de sangre. Y mucho antes del martirio dijo que la Orden de San Francisco, si no era derramando su sangre los frailes

por la fe, no habían de salir de Japón, como sucedió. Y aunque él y los demás frailes que quedaron no salieron sino desterrados, no fué pequeña cruz la que este siervo del Señor tuvo en el navío, y mayor en Macán. Porque como era viejo, en tantas peregrinaciones no era posible menos, sino que padeciese mucho, sufriéndolo todo con rostro alegre y ofreciéndolo al Señor.

El padre fray Jerónimo de Jesús, o de Castro, de nación portuguesa, natural de Lisboa, habiendo tomado el hábito en el convento de San Francisco de Córdoba, de la muy religiosa provincia de Granada, después de haber echado muchas raíces en la virtud, mostrando gran celo de la honra de Dios y mucha devoción en servirle, y acabados sus estudios, comenzó los oficios de predicar y confesar con insaciable hambre de la salvación de las almas y de la reformación de las costumbres del pueblo cristiano, tratando adondequiera que estaba ahí con cualquier persona que comunicaba de sólo que fuese servido el Señor. Por lo cual era muy amado de los oidores y gente principal de Granada. Y como se pasase a la recolección de aquella provincia, y habiendo vivido en San Francisco del Monte, relicario que es de grandes religiosos, que se ejercitan en las ermitas solitarias que tienen junto al convento en altísima contemplación, y habiendo fundado uno o dos conventos, con no pequeño trabajo suyo y grande edificación del prójimo, habiendo renunciado a la guardianía de la casa de Montilla y de la Zubia, junto a Granada, que por ser conocida su virtud le dieron; deseando mucho más no ser que ser, huyendo de las honras de la Religión y de los favores que los poderosos del mundo le hacían, deseoso de dar su vida por la honra de su Redentor, Jesucristo, y emplearla en la conversión de los infieles, pasó cuando yo a las Filipinas; sin encarecimientos podré afirmar que en el predicar o confesar trabaja por dos. Y era tan grato en sus sermones, que adondequiera que estaba le deseaban tener siempre. Después fuimos enviados juntos a Japón. Y ansí en esta navegación, como las demás que hicimos desde España, mostraba tanta caridad a los que venían enfermos que, aun estando necesitado de salud, era como madre de todos. Incitaba a penitencia con santos ejemplos y acaecimientos particulares, de que se aprovechaba mucho en sus sermones, contando muchos de ellos de vista por haber estado en muchas partes, adonde notó las cosas que vió, con gran curiosidad. Llegado a Japón, aunque no se ocupó totalmente en la conversión, porque desde el principio (como queda dicho) que llegamos

estuvimos en Nangasaqui. no padeció pocos trabajos ni fué de poco provecho para ayudar a salvar a muchos. Porque aprendiendo la lengua japona enseñaba el camino del cielo, y mostraba mucha caridad a los pobres leprosos visitándolos y sirviéndolos. Desde Nangasaqui, dos meses antes del martirio, fué a ser presidente de Usaca. Lo que le sucedió allí y después se dirá en los capítulos siguientes, por la relación suya, que bien se le puede creer.

El hermano fray Juan Pobre, natural de la ciudad de Zamora, después de haber sido soldado en Flandes, por asegurar más su salvación tomó allá el hábito humilde para fraile lego. Y como comenzó por el fundamento de la humildad, íbale el Señor haciendo cada día nuevas mercedes. Pero porque la inquietud que por causa de los herejes tenían los religiosos, se vino a España, y fuése a la provincia de San Gabriel, cuya santidad era muy celebrada en todas partes. Y aunque allí hallaba comodidad para servir al Señor a medida del deseo, aficionado a la mucha pobreza que se guardaba en la provincia de San José, se pasó a ella, y aprovechó mucho en los ejercicios de penitencia, oración y celo de la perfección y estrecha guarda de su Regla.

Deseoso, pues, de servir al Rey del cielo en la guerra espiritual que contra el demonio se trae en la conversión del paganismo, sabiendo que iban religiosos a las Filipinas, estando en Salamanca, adonde estaba nuestro padre generalísimo, alcanzó licencia para ir a cumplir su deseo. Y fué a Sevilla como verdadero pobre evangélico, llevado de su buen espíritu, y allí con muchas veras pretendió juntarse a los que iban a las Filipinas. Y daba tantas muestras de caridad, sirviendo y regalando a los que venían cansados de sus provincias para pasar a las Filipinas, que todos tuvimos por gran merced del Señor que hubiese traído a nuestra compañía tan esencial fraile, y de tanta caridad. La cual mostró bien en las navegaciones que hicimos, porque no sólo tenía cuidado de todo lo necesario para el sustento corporal, haciendo con diligencia todos los oficios; pero el tiempo que tenía desocupado se estaba pescando para tener algún regalo que hacer a los religiosos que iban necesitados. Y predicaba tanto adondequiera que estaba con su ejemplar vida y hábito pobre y remendado, que sólo el verle era sermón bastante para compungirse muchos pecadores.

Después, por ver el deseo que tenía de ayudar a la viña del Señor, fué enviado entre los indios a Camarines con el padre fray Antonio Méndez, varón muy espiritual y de

su condición, que era de no tener nada por darlo a los pobres, y ser pobre, y para tener cuenta con proveer la pobre comida. Y como ésta era tan pobre que no era necesario gastar mucho tiempo en guisarla, tenía lugar para enseñar a leer y escribir, rezar, contar, ayudar a misa y otras cosas a los indios pequeños. Y estando ocupado en esto, sin pensarlo, aunque lo deseaba, le envió la obediencia a llamar para que fuese a Japón, como queda dicho, y después le envió la obediencia desde Manila a España, y por todas las partes ha sido de gran edificación su vida ejemplar, y la obediencia le encargó que hiciese cuatro frailes para ir a las Filipinas este año.

CAPITULO XXXII

De una relación que el padre fray Jerónimo de Jesús me dió de lo que le sucedió en Japón poco antes del martirio y después de él

El general del galeón «San Felipe».—Buen espíritu de religioso.—El padre fray Jerónimo fué electo comisario.—Oración del padre fray Jerónimo.—Sueño maravilloso.—Cuidado de buen prelado.

Juzgando el deseo que tendrán los que van leyendo esta historia de saber lo que sucedió al padre fray Jerónimo de Jesús, compañero de los santos mártires, me pareció, para satisfacerle, poner en este capítulo la relación que de sus trabajos me dió el mismo padre por sus mismas palabras, porque nadie entienda que vendo mis imaginaciones por verdades. Y en el capítulo siguiente será satisfecho del todo el deseo de saber lo que le sucedió después que volvió a Japón. Dice, pues, ansí:

«Cuando prendieron a mis hermanos, ansí a los gloriosos y bienaventurados mártires que estaban en Miaco y Usaca, para los crucificar, como a los que estaban en Nangasaqui para los llevar presos a la China, contra toda justicia, estaba yo en el camino desde Nangasaqui a Usaca, y ansí ni fuí preso en una parte ni en otra. Pero sabiendo, cuando llegaba junto a Usaca, la prisión de los de Miaco, me pareció más acertado ir hacia allá que volverme, y ansí lo hice, con tanto peligro como se puede creer de un religioso entre tantos gentiles y que tenía tan poderosos enemigos. Al fin, puestas todas mis esperanzas en Dios subí

a Usaca, adonde estaba preso el santo fray Martín, y enviéle a decir que me dijese lo que haría, y respondióme que de noche me fuese a casa de un cristiano y que me encubriese el hábito, porque la persecución era tan grande contra nosotros que por lo menos nos habían de desterrar de Japón para las Filipinas. Yo fuí luego a casa de un cristiano, adonde hallé al hermano fray Juan Pobre, y tras él vino el general del galeón «San Felipe», don Matías de Landecho, con otro padre de San Agustín, llamado fray Juan Guevara, y otros seis españoles, los cuales fueron todos llevados, como en prisión, a casa de un señor principal. Y viéndose sin favor me pidieron que convenía al servicio del rey nuestro señor que yo bajase a Nangasaqui a hacer un requerimiento al capitán de Macán para que les favoreciese con el rey gentil. El cual da buen acogida en su reino a los portugueses y es muy estimado de él su capitán mayor. Y para esto enviaron a pedir licencia al santo comisario, que estaba preso en Miaco, el cual me la envió para que remediase la necesidad en que el general y los demás españoles del galeón estaban.

Pero viendo que se trataba ya de hacer justicia de los religiosos, y temiendo que les matarían, esperé a ver en qué paraba; y viendo que les cortaron las orejas y que les traían camino de Nangasaqui, pregunté qué había de ser de ellos, y me dijeron que no morirían, sino que les perdonarían si hubiese quien rogase por ellos al rey. Y como vi que yo no tenía poder para hacer esta diligencia, con el sentimiento posible me encomendaba a Nuestro Señor, y parecía que había en mi alma una guerra campal. porque por una parte peleaba el deseo de ser mártir con mis hermanos y por otra algunos justos recelos me combatían, y no sabiendo qué hacerme, me dejé a la obediencia de mi santo prelado, el cual sabía yo que tenía espíritu de Dios. Y ansí le escribí al camino, cuando bajaba de Miaco a Usaca, dándole el parabién de su triunfo y rogándole que me diese licencia para irle a acompañar, o que me dijese adónde sería mejor salirle a recibir al camino (como el hermano fray Juan Pobre decía) o irme a la cárcel. Respondióme el santo a esta carta que no respondía por su mano por llevarlas atadas; pero que de palabra me decía que me quedase. Y luego, en llegando a la cárcel de Usaca, le volví a escribir otra vez que por la mañana me tendría en su compañía y de los demás mártires Entonces me respondió, por su mano, estas palabras:

Carta del santo comisario al padre fray Jerónimo de Jesús

«Hermano fray Jerónimo: Nosotros estamos condenados a muerte de cruz por predicar el santo Evangelio; hannos cortado parte de las orejas, y dicen que nos han de cortar las narices. Yo le ruego que, para consuelo de los cristianos y para que la Orden de nuestro padre San Francisco no falte en Japón, se quede ahora oculto, y le doy toda mi autoridad y de nuestro hermano provincial. Encomiéndenos a Dios, que por gran merced tenemos esto de padecer por su amor; reciba V. C. las encomiendas de todos estos hermanos y de los japones, que algunos están aquí con un ánimo que es para alabar a Dios.»

En otra segunda carta que me envió me decía que lo que había escrito en la primera era lo que me convenía; que me quedase, que Dios aceptaría mi voluntad de querer padecer por su amor. Y cuando salía de la cárcel le envié a decir que me diese licencia para acompañarle en tan glorioso triunfo y martirio, y entonces me envió la tercera carta, cuyas palabras son éstas: «Hermano fray Jerónimo: Yo le ruego y le mando, segunda vez, que se quede ahora oculto en el Japón, porque esto es lo que conviene según Dios. De esta cárcel de Usaca, a 5 de enero.»

También mandó al santo fray Francisco Blanco que me escribiese en su nombre que me hacía sucesor y comisario faltando el hermano fray Agustín, o muriendo. Y sabe el Señor si esta vida que me concedía la obediencia me era de gusto o no, pero entendía que esto era la voluntad de Dios, a la cual, rindiendo siempre la mía y cautivando mi entendimiento a sus juicios, le ofrecía mi deseo, que era de morir por su amor. Y como estando en la cárcel me dió oficio de prelado y pastor, siempre le he ejercitado las veces que me han encarcelado y puesto guardas. Y, a Dios gracias, aunque preso por amor de Dios, nunca dejé de ayudar en lo que pude a los cristianos con mis consejos y oraciones, ni tampoco dejé de ladrar cuando era necesario.

Como me quedé en Usaca, confiando en Dios que me ayudaría y por virtud de la santa obediencia me guardaría, no faltó quien pretendiese atajarme los pasos. Porque me quitaron de dos casas de dos hombres principales que me recibían, y de otra de un pobre, y después me echaron de otra. Y viéndome en tal aprieto, conociendo que era semejante a Jonás, dije al que me traía en estos trances: «Ora sus veisme aquí, haced de mí lo que quisiéredes.» A

lo cual me respondió que la buena traza era echarme en el mar. Y para esto vi un barco aparejado, y estando yo ansí en la puerta de Usaca, en el mes de enero, nevando, cubierto el hábito con un vestido de japón, viéndome en tanta tribulación que ni sabía si me llevaban a crucificar o si a echarme en la mar, alcé las manos al cielo y hice esta breve oración: «Señor mío Jesucristo, una sola vida tengo, y esa os la he ofrecido muchos años ha, y habrá cuatro días la ofrecí con más voluntad; pues Vos sabéis con cuánta alegría deseaba acompañar a mis hermanos o en muerte o en vida. Pero pues puede tanto la obediencia que me hizo negar mi voluntad, veisme aquí, Señor. Hágase en mí vuestra santa voluntad, como mi prelado me dice que es que yo me quede en Japón.» ¡Oh, extraño caso! ¡Oh poderosa obediencia, y qué maravillas haces! En este punto asomó por una parte el que me venía a meter en un barco (como él decía) y por otra tres japones, que tomándome en brazo me dijeron: «¿Adónde va, padre fray Jerónimo?» «Voy (dije yo) adonde Dios me quiera llevar.» «Venga con nosotros, padre», me dijeron los tres. «Que sepa que le llevan engañado.» Yo entonces me dejé llevar de ellos, y el otro daba voces que no fuese, y fué a llamar gente para que me prendiesen. Pero los tres me llevaron más de media legua y me pusieron en casa de un gentil y le encomendaron mucho que tuviese mucho cuidado conmigo. Fué en esta ocasión tan grande mi cansancio y angustia, que casi pensé dar el alma a Dios. Al fin, vuelto en mí y confortado con la pobre cama que me dió el infiel, y hecha oración al Señor, me dormí. Y estando durmiendo tuve un sueño en que veía muchas cruces, y a mis hermanos en ellas crucificados, y otra en la cual me ponían a mí, y al tiempo que querían levantarme en ella llegaba nuestro padre San Francisco, diciendo: «Este no, que le he menester yo.» Con esta aflicción desperté, considerando en el sueño. Luego, por la mañana, me dijeron que era cierta la sentencia del rey y su voluntad de que muriesen mis hermanos, y que a todos los frailes de San Francisco mandaba matar.

Estando en esta aflicción y trabajo, sin saber lo que había de hacer, recibí esta carta, que en el camino me escribió el santo comisario:

Carta del santo comisario

«Gracia, etc., *pax Christi*, etc. Aunque siento mucho la soledad que V. C. padecerá con la ausencia de sus her-

manos, yo y estos hermanos estamos muy edificados de su buen espíritu en querer morir en nuestra compañía; pero porque no consiste nuestra perfección en servir a Dios en lo que nosotros queramos servirle, sino en lo que su divina Majestad quiere que le sirvamos, y, como dice San Dionisio: *Divinissimum omnium divinorum est Dei cooperatorem fieri,* haciendo todo lo que fuere posible por la salvación de las almas, que él con su sangre redimió, convenía por ahora, para el servicio de Dios y provecho y utilidad de las almas, de que quedaran algunos hermanos para el consuelo de estos cristianos, que aun quedan en gran peligro. Y aunque convino que no huyéramos, sino que hiciéramos rostro a la persecución para el ejemplo, consuelo y ánimo de los cristianos, todavía importaría de que del todo no quedasen los hijos defraudados de la presencia del Padre espiritual. Y si no nos cogieran tan de repente, todavía diera orden de que algún hermano o hermanos se quedaran y escondieran; mas no nos dieron lugar para nada de esto. Y ansí Nuestro Señor ordenó que quedara V. C. fuera de registro, para que pudiera acudir a esta necesidad tan grande. Y ésta ha sido la causa de no haber yo correspondido con su buen espíritu, y entiendo no le faltará ocasión en que lo cumpla, porque ya sabrá que en la sentencia que nos dieron en Usaca dice que los cristianos que se han hecho mueran, y los que aquí adelante se hicieren, ellos y toda su generación y parentela serán castigados con castigo de muerte. Por lo cual V. C. tenga entendido que, por lo menos los cristianos que hemos hecho nosotros en Miaco, morirán, según la pública voz y fama dice. Porque el rey se airó contra todos los cristianos, y están ya registrados la mayor parte aquí, en Miaco. V. C. esté muy advertido en esto, de que si se ejecutase esta sentencia, como sospechamos se ejecutará presto, por estar ansí pronunciada la sentencia por el rey en la misma tabla adonde está la nuestra, que manda nos crucifiquen en Nangasaqui, acuda V. C. a Miaco a confesar, a animar y a exhortar a los cristianos cuando se vieren en este peligro, haciendo oficio de buen pastor: *Bonus Pastor ponit animam suam pro ovibus suis, mercenarius autem fugit,* etc. (1).

Y para esto todas las diligencias que hubiere que conviene hacer las haga, porque importa acudir a la salvación de las almas que Cristo Nuestro Señor redimió con su sangre, y hacer todo lo que el Señor le inspirare que

(1) Joan., 12.

conviene para este efecto. Y si por ventura se mostrase con el hábito podría ser que le echasen mano y le apartasen, y no pudiese acudir tan cómodamente. Por tanto, si viere que conviene mudarse el hábito y quitarse la corona, lo podrá hacer con la bendición de Dios. Y si también viere que todavía va adelante la sentencia del rey y se ejecuta en los cristianos, y V. C. viere que, para animarlos más, convendrá que el padre vaya delante de los hijos que engendró en la sangre de Jesucristo Nuestro Redentor, dándoles ejemplo, como hizo Cristo Nuestro Señor, que muriendo primero por la honra del Padre Eterno nos dejó ejemplo de lo que habíamos de hacer, con la bendición de Dios Nuestro Señor y de nuestro padre San Francisco y mía manifieste el hábito de nuestra sagrada Religión, aunque hasta entonces, por ver que convenía ansí, le haya encubierto para poder mejor acudir al provecho de las almas, porque a la hora de la muerte no conviene en ninguna manera encubrirse, ansí para animar más a los fieles como por justificar la causa de Dios y para la honra de nuestra sagrada Religión. Por lo cual V. C. se encomiende muy de veras a Dios y se apareje para lo que sucediere, y, si conviniere antes descubrirse, V. C. lo haga conforme el Señor le inspirare. Acá nos llevan por tierra a Nangasaqui con hartos trabajos de fríos y los demás trabajos del camino; pero aunque padecemos mucho, vamos muy consolados y alegres en el Señor a morir por Cristo. El sea nuestro amparo, *usque ad ipsius conspectum*. Esa carta que va sin firma me envió el padre Morejón. V. C. la lea y la envíe a Luzón.»

Recibida esta carta, luego me partí para Miaco, sabe Dios con qué trabajo, con qué peligro y con qué aflicción, y hallélo todo quieto y las mujeres de los mártires ya puestas en libertad y a los cristianos muy quietos, y todo como si solamente la persecución de los frailes hubiera sido ruido hechizo para echar la Religión de San Francisco de Japón. Visto esto y bien considerado, y que por echarme a mí por ventura se levantaría otro ruido y tormenta peor que la pasada, y que yo era solo y los cristianos que me habían de favorecer eran pocos y muy pobres, determiné bajar a Nangasaqui a ver si hallaba algún favor, remitiendo el desengaño de la santidad de la vida y muerte de mis gloriosos hermanos al Señor, y los que no conocieren la honra del padecer por Cristo juzgando con ojos de carne lo que es tan digno de alabanza, algún día conocerán su ignorancia viendo a los que tenían por malhechores pues-

tos entre los hijos de Dios en el cielo, coronados de la gloria del martirio y premiada su pobreza, juzgada de los necios por vileza, con la riqueza de la gloria, y su humildad y menosprecio de sí mismos, por lo cual eran desestimados de los poderosos del mundo, será ensalzada con indecible gloria, conforme a la palabra infalible de Cristo Nuestro Señor.

Después de llegado a Nangasaqui fuíme a casa de un devoto cristiano secretamente, y de allí envié una carta al padre viceprovincial de la Compañía, rogándole que me hiciese caridad de prestarme recado para decir misa secretamente, sin que nadie me viese. Respondióme que no sería posible encubrirme, y ansí lo vi muy en breve, porque dieron aviso al gobernador gentil de la ciudad, y por su orden y mandato me echaron de dos casas de portugueses adonde decía misa, y me quitaron el recado. Y queriendo ir a verme con el embajador que habían enviado a Manila, por el mes de marzo, a Taicosama, no sólo no me dejaron ir a Firando, adonde estaba, mas me pusieron guardas en una pobre casa donde estaba, y estuve algunos meses sin decir misa. Ultimamente, viendo ya que por mis pecados no había merecido ser mártir con mis hermanos, ni merecía ser mártir de la obediencia, como la tenía de mi prelado para administrar la cristiandad de Japón, como yo deseaba, por la manifiesta necesidad que aquel paganismo tiene de predicadores y ministros, por ser pocos los que hay, me engendraba tanta compasión, que quisiera yo no sólo sacrificar mi vida en aquel ministerio, mas me veía obligado en conciencia. Finalmente, salí de aquel reino, y después de haber padecido algunos trabajos por amor de Dios, ordenó su Majestad que el navío en que yo iba con otros dos padres agustinos y algunos españoles arribase a Macán, y de allí con mis hermanos, que habían sido desterrados, volví a Manila, de donde había salido más había de tres años, para predicar el santo Evangelio en Japón.»

Esta es la relación que el padre fray Jerónimo me dió de lo que le sucedió, la cual tengo por tan verdadera como si lo hubiera yo visto.

CAPITULO XXXIII

DEL BUEN SUCESO QUE TUVO EL PADRE FRAY JERÓNIMO DE JESÚS CUANDO DESPUÉS DEL MARTIRIO VOLVIÓ A JAPÓN

Cuándo volvieron frailes a Japón.—Relación del padre fray Jerónimo.—Muerte de Taicosama, y cómo se hizo adorar.—Favores del rey.—Los tibores son ollas de barro que estima el japón mucho para guardar la cha.—El padre fray Gómez murió ahogado.

Aunque estaba prohibido y puesto entredicho a los portugueses que residen en Nangasaqui y contratan con sus navíos en Manila que, so pena de excomunicación y cien ducados, que no llevasen desde Manila a Japón algún religioso, el padre fray Jerónimo de Jesús, con su compañero y el padre fray Gómez de San Luis se embarcaron en un navío de un gentil el año de 1598, por el mes de mayo (como queda dicho). Para que los cristianos que habían bautizado los santos mártires tuviesen algún amparo, como ellos enviaron a pedir, y por otras causas. Y lo que sucedió al padre Jerónimo escribiólo al padre Garrovillas ansí:

«Aunque en la relación que hago para nuestros hermanos provincial y definidores podrá V. C. ver el suceso de mis trabajos y el fruto de mi obediencia, el santo mártir fray Pedro Bautista, que me mandó que me ocultase porque ésta era la voluntad de Dios Nuestro Señor, para remedio de muchas almas, como a V. C., que me volvió a enviar para esta empresa apostólica, con todo esto, como Dios Nuestro Señor dotó a V. C. de prudencia y santidad, habré de descubrir mi corazón, y creo que esta es la voluntad del Señor, pues con tan manifiestas señales se ha mostrado, y si yerro deseo ser enseñado.

Mis persecuciones y trabajos hasta alcanzar este puesto en que estoy no las quiero contar por no espantar a alguno, aunque digo mal en esto, porque los siervos de Dios no se espantan, antes como el elefante viendo la sangre se anima más a la pelea, así los siervos de Dios con la sangre de mártires derramada en Japón se han de más y más animar, para que no se seque esta semilla que el Señor aquí plantó y quiere que florezca y permanezca.

¿Cómo diré, hermano carísimo, a V. C. que tuve paciencia en ver preso a mi bendito hermano fray Gómez, como en verme buscar por Miaco con pregón público, so

pena de muerte de toda la calle que me diese posada? ¿Cómo contaré el meterme entre agujeros y debajo de tierra, y al fin en un cañaveral, cuya frialdad me penetró de manera que estuve un mes y medio a la muerte, como el oír apregonar que quien me diese limosna u oyese misa estaba descomulgado? ¿Cómo creerán que un pobrecito sufrió y pasó tanto y vive? *Quia non ego, sed gratia Dei mecum*, como dijo San Pablo, y esa en quien esperé espero ha hecho lo que a los japones admira ver, que sin favor, sin intercesor, sino solamente por moverle Dios el corazón al rey gentil nuevamente electo. Porque murió Taicosama, y antes de su muerte llamó a los grandes del reino y los tomó juramento que tendrían por rey a su hijo. Al cual casó con la hija del rey de Quanto, y a éste dejó por gobernador universal y que le acompañasen en el gobierno otros ocho señores. Y habiéndoles ordenado y mandado que no admitiesen la ley evangélica, les mandó que le adorasen por su dios, y lo hicieron después en la varela llamada Daibut, que quiere decir del gran dios, por haberla él fabricado con muchos templos juntos a ella, curiosamente labrados, adonde había traído los huesos de su madre y de un hermano, y allí le levantaron estatua y le adoró el pueblo por uno de los fotoques, abogado de las guerras.

Y por querer este gobernador o rey que ahora gobierna que vaya un navío de Manila a parar a su tierra, fuí buscado y hallado y llevado a su presencia, y espantóse que dijese que volví a Japón por ver si me cabía tan dichosa suerte de morir por Dios como mis hermanos; y los que presentes estaban, que eran más de cuarenta señores de vasallos, y algunos de ellos renegados, decían entre sí que a lo menos no habría bonzo en Japón que tal hiciese por predicar la ley de Xaca y Amida. Esto digo, hermano, no para que me alaben, sino para que V. C. satisfaga a los que allá contradicen esta misión. Porque crea V. C. que ha sido importantísima inspiración del cielo la que vuestras caridades tuvieron en enviarnos. Porque con esto acreditaron la ley de Dios y su santa predicación, que se confirmó con la predicación de nuestros santos mártires y con la venida de dos pobrecitos Descalzos. Porque se desengaña el gentil que quien no teme la muerte, y muerte de cruz, por predicar la ley, no alcanzando por ello reinos ni buscando plata y oro, como saben de nosotros de la falsa opinión y error que tienen concebido de los cristianos.

En fin, hermano, ya he visto por los ojos que Jesús es Jesús y Salvador a los que en El esperan, y así esperamos

todos en El que El hará lo que suele, y esto *in tempore oportuno;* y si en pocas palabras quiere V. C. saber mi historia y cómo fuí llamado del rey y regalado, y estoy en su casa y oyen los suyos sermones y iré presto al Quanto, que es su reino, a ver sus puertos, y cómo me sustenta y da limosnas, no tiene más que hacer que recordar la historia de José vendido de sus hermanos, echado en una cisterna y puesto en una cárcel, como *in vinculis non dereliquit eum;* mas antes le llamó y vistió y honró, y casi al pie de la letra hallará mi sucesor figurado. Vime en tanta presura, que escondí hábito y quité corona, y comí pan de lágrimas, y hasta la tierra del demonio fuí llevado (que así se llama) en el reino de Yxe, como allá dirá el hermano fray Agustín, y de allí me llamaron para declarar un sueño a este nuevo rey de Japón. Que es cómo podía traer a su tierra los españoles, porque desea ver honrada su patria del Quanto. Declaré el sueño que se haría teniendo paz con Manila hoy pidiendo quien vea los puertos y impidiendo a los enemigos que no hagan guerra a la tierra amiga. Y como el rey Faraón hizo todo lo que José le dijo, así lo ha hecho éste, y envía a Geromeon, su criado gentil, que vaya con su carta, y promete a esa ciudad puertos, cualesquiera que quisieren, en el Quanto para el camino de Nueva España, por junto a la cual tierra han visto pasar las naves.

Promete también dar en el mar de Manila puerto, adonde los españoles vengan a tratar, y si quisieren que sea Nangasaqui, sino Firando o Cuchinozu, y que allí tengan sus padres, como los portugueses tienen a los de la Compañía. Dice más: que si yo hago que vengan españoles al Quanto o a hacer un navío, o a parar con su navío a comprar las mercadurías de la tierra, que él me da licencia para que se hagan cristianos cuantos en su tierra quisieren serlo.

Díjome que luego fuese a ver los puertos de Quanto, adonde podrán venir de Manila o de Nueva España, y que me daría iglesia. Tratéle que este negocio se había de tratar con el señor gobernador; dice que para eso envía a su embajador para que trate esto con él, y que no se han de desconcertar en partidos. Porque toda su pretensión no es más que lo que he dicho de honra, y no es el japón como el cristiano, que mira a mañana, sino lo presente, y por eso conviene darle gusto sin dilaciones, no sea como lo pasado, que aguardando un presente o recaudo del rey, nunca vino. Y el japón si se enfada todo lo arroja por ahí, por su cólera, y así hizo el otro rey pasado mandando ma-

tar a los religiosos y tomar a Manila, porque crean que ésta es la práctica verdadera que acá hay, aunque en público la pidió Faranda para la isla Hermosa. Y no han de parar los deseos no digo yo de Faranda, pero ni de tanta multitud de gentes como hay en este Japón, deseosos de ese oro y tibores de Manila. A todos mis hermanos mis saludos, y no se olviden del pobre de Japón. A Dios, hermano, que en el cielo nos veremos. De Miaco, a 20 de diciembre de 1598.—*Fray Jerónimo de Jesús.*»

Sea el Señor bendito que, según lo que por esta carta se ve, va premiando la sangre que sus siervos los religiosos mártires, nuestros hermanos, derramaron en Japón, pues va abriendo la puerta a la predicación del santo Evangelio. Por cuya honra padeció el padre fray Gómez de San Luis o Palomino, de quien hace mención en esta carta el padre fray Jerónimo y dice que estuvo preso cuatro meses. Porque habiéndole desterrado a Manila, se tiene por muy cierto que se ahogó. Causando su muerte gran sentimiento, por ser religioso en quien estaban adunadas, con su nobleza de sangre y condición, la modestia, humildad, mortificación, pronta obediencia y castidad y tan gran devoción a la Pasión de Cristo Nuestro Señor. Porque estaba en altísima contemplación, contemplando en ella, puestos los brazos en cruz, una y dos horas. Y diósela Dios no pequeña en Japón y en el camino, pues murió en el mar. Y en su lugar, para que hiciese compañía al padre fray Jerónimo, aunque hubo gran contradicción para ello, fué enviado el padre fray Francisco de San Juan, religioso de gran santidad y prudencia.

CAPITULO XXXIV

De un testimonio auténtico que el obispo de Japón dió de este gloriosísimo martirio

Fueron electos tres obispos subordinados para Japón.—El obispo no quería los frailes en Japón.—Traslado de la sentencia.—Quién fuese éste declarólo el mismo obispo en su carta, que está ya puesta en el capítulo XXXI.—Parecer del obispo acerca de este santo martirio.

Como don Pedro Martínez, segundo obispo de los tres primeros subordinados que para la Iglesia de Japón fueron de una vez electos después de haber muerto el primero, se

fué a la ciudad de Macán para estar a la mira de su Iglesia japonesa, y el año de 1596 se determinó de ir a visitarla con título de embajador del virrey de la India de Portugal, a quien Taicosama había cuatro o cinco años antes enviado una embajada y presente. Y llegando a Japón por el mes de agosto, como era el primer obispo que habían visto los japones, fué muy bien recibido. Y después de haber descansado fué a dar su embajada al rey Taicosama, acompañado de cuatro portugueses muy bien vestidos y de otros cuatro criados suyos y de dos padres de la Compañía, haciendo honrosa ostentación de embajador. Y como tuviese por padrino al gobernador Guenifuin, fué su embajada y rico presente muy bien recibido, y el rey, mostrando querer hacer favor al obispo, le dijo que pues era viejo, que se podía estar en Nangasaqui y volver otro año a ver los palacios que hacía de nuevo, por habérsele caído los que tenían con el terremoto. Pero volvióse en el mismo navío que había ido, después de haber estado en Japón ocho meses y haber sido muy festejado en los lugares de cristianos adonde iba a confirmar, haciendo en todo como pastor de aquella Iglesia. Y aunque antes del martirio mostró en muchas ocasiones que gustaba de que los frailes nos volviésemos a Manila, después del martirio quien más espíritu mostró fué él, como no sólo de la carta que pocos días después del martirio escribió, como queda dicho, mas en el testimonio que dió a petición del padre custodio de la custodia de Malaca, que estaba en Macán, y el cual sabiendo el portugués fué autorizado en esta materia, como consta por este testimonio:

Testimonio del obispo de Japón

«Don Pedro Martínez, por merced de Dios y de la santa Iglesia de Roma, obispo de Japón, del Consejo de su majestad, etc.: A cuantos las presentes letras y testimonio vieren, salud en Jesucristo, Nuestro Señor. Por cuanto el reverendo padre fray Jerónimo de San Lorenzo, custodio de los religiosos Descalzos de la Orden del bienaventurado padre San Francisco en estas partes del sur, nos tiene pedido, con instancia, le demos letras testimoniales que hagan fe de la bienaventurada y gloriosa muerte de seis religiosos de su Orden de la provincia de San Gregorio de las islas de Luzón, que estaban en Japón, los cuales Taicosama, rey universal de Japón, mandó crucificar por predicar en sus tierras nuestra sante ley; y alegándonos para esto ser grande edificación de los fieles cristianos, sabien-

do de cierto la santidad y triunfo de su muerte y ser también consolación grande para los cristianos, y particularmente para los religiosos de su Orden, tener de esto cierta noticia, porque extrañamente se animarán a seguir la perfección de su Religión teniendo delante los ojos tan vivos y frescos ejemplos de fortaleza y caridad. Y por Nos vista su petición ser tan justa y allende las razones que allega, moviéndome a esto el celo de la honra y gloria de Dios y la exaltación de nuestra santa fe católica y la consolación y aumento de la cristiandad de Japón, de la cual con razón podemos tener de aquí adelante muy ciertas esperanzas, pues Nuestro Señor la regó con sangre de sus crucificados por su santa fe, para dar copiosísimos frutos en la conversión de los gentiles. Por tanto, le pasamos y dimos las dichas letras y testimonio en forma, como pide. Y ansí certificamos en estas presentes y afirmamos que mandando Taicosama, señor universal de Japón, crucificar en Nangasaqui, puerto del mismo Japón, a veinte japones cristianos por haber recibido nuestra santa ley, que los dichos religiosos predicaron, mandó también con ello crucificar a seis religiosos de la Orden de San Francisco, Descalzos de la provincia de San Gregorio, de las islas de Luzón, conviene a saber: Fray Pedro Bautista, comisario; fray Martín de Loyola, fray Francisco Blanco, todos tres de misa; fray Felipe de las Casas, corista; fray Francisco de San Miguel y fray Gonzalo García, legos, por predicar en sus tierras nuestra santa ley, y a los dichosos seis religiosos, como capitanes de tan valerosos caballeros, los crucificaron en medio, quedándoles en la banda y mano derecha diez cristianos japones crucificados, y de la banda izquierda otros diez, en que entraban tres hermanos de la Compañía. Y ansimismo certifico que la causa por que Taicosama mandó crucificar a los dichos seis religiosos fué porque predicaban nuestra santa ley en sus reinos, porque ansí lo decía una tabla que estaba levantada en una asta delante de las cruces, la cual yo fuí a ver, y delante de muchos portugueses la mandé leer en lengua de Japón y declarar en nuestra lengua, y el traslado de ella de *verbo ad verbum* es el siguiente:

«Teniendo yo prohibida los años pasados rigurosamente la ley que predicaban los padres, vinieron éstos de Luzón, diciendo que eran embajadores, y se quedaron en Miaco, promulgando esta ley. Por lo cual, a ellos y a aquellos que recibieron la misma ley mando justiciar. Son por todos veinticuatro, los cuales se pondrán en las cruces en Nangasaqui, y los dejen estar en ellas. Y ansí, de aquí

adelante mucho más y más prohibo esta ley. Por lo cual hago saber esto para que lo prohiban muy rigurosamente. Y si por ventura hubiere alguno que quiebre este mi mandato, lo mandaré justiciar con toda su familia. Fecha primero año de la era XV, a veinte días de la luna. Sello real.»

Afirmo también que los dichos religiosos tomaron esta muerte con mucha constancia y señales de extraña alegría y devoción. Porque unos se abrazaron con las cruces en que los pusieron; otro, poniéndole una argolla de hierro en el brazo, dijo al ministro de justicia que le enclavase la palma de la mano. Otros de la cruz pidieron perdón a Dios por los que los crucificaban. Y todos dieron su espíritu a Dios con salmos y himnos en la boca, conforme a una información que de ello hice, y con mis propios ojos los vi levantar en las cruces y vi relucir las lanzas con que los atravesaban. Y vi la multitud de la gente, ansí de cristianos como de gentiles, que concurrían a ver este espectáculo, puesto que no eché de ver otras particularidades por estar un poco lejos; mas oí una grande grita de la gente cuando los acabaron de alancear. Y de allí a dos horas o tres, yéndolos a ver ya muertos en las cruces, los vi puestos en ellas con las lanzadas por los pechos y la sangre suya todavía tan fresca, y a ellos tan hermosos y con los rostros tan angélicos, que más parecían hombres que estaban durmiendo, o elevados en contemplación, que muertos. Y vi a los portugueses y cristianos japones llevarles con mucha devoción los vestidos por reliquias y la sangre y uñas de los pies, y los cristianos de la tierra venirlos a visitar de muy lejos, y esto por espacio de muchos días. Lo cual todo claramente da testimonio de la santidad y bienaventuranza de su muerte, porque no les veneraba el pueblo sino como a hombres que Dios tenía en el paraíso, pues tan santamente padecieron. Y yo, conforme a lo que vi en la tabla, sin duda tengo que fueron muertos por nuestra santa fe católica, como valerosos caballeros de Cristo. Al Señor, que tal espíritu, constancia, fortaleza y tan bienaventurada muerte les dió, sean dadas infinitas gracias por todo para siempre. En Macao, a 26 de noviembre de M.D.LXXXXVII años.—*Don Pedro Martínez*, obispo de Japón.»

Este testimonio traje yo desde la ciudad de Macán, de la gran China, autorizado por el venerable padre Manuel de Aguiar, vicario general de aquel Obispado, y después se tradujo de portugués a castellano por mandado del se-

ñor don fray Ignacio de Santibáñez, arzobispo de Manila, y le autorizó juntamente con la información de los santos mártires. Y otra que de nuevo se hizo, en especial en un artículo que se tomaron nuevos testigos. Para que constase de la prudencia y diligencia con que el santo comisario procuró el buen despacho del navío «San Felipe», como se dijo en el libro cuarto, capítulo XXXVI. Porque no faltó quien, interpretando mal una carta que el santo comisario cuando arribó el sobredicho navío a Japón me escribió a mí a Nangasaqui, y me la saltearon, vendiese por ciertas sus imaginaciones, muy en agravio del santo comisario. El cual, como siempre vió que algunos deseaban que no estuviesen los frailes en Japón, procuraba que se supiese el mucho provecho que era para la república de Manila el estar los frailes de San Francisco en Japón. Como por cuatro informaciones diferentes autorizadas que yo traje, hechas en diferentes tribunales, constó a la Majestad Católica y a su Real Consejo de Indias. Porque como sea la verdad la cosa más fuerte del mundo, conforme a lo que resultó de aquella discreta y sabia plática de los gentiles hombres del rey Darío (1), aunque ha sido impugnada la gloria de este admirable martirio con variedad de interpretaciones y pareceres, la claridad de los rayos de la verdad los ha deshecho todos. Como los curiosos lo dan a entender en la emblema del sol que, siendo con varias nubes y nieblas que se le oponen combatido, a todas las vence, gozando él de la victoria con deshacer a sus contrarios y comunicar su clara luz a los hombres. Y ansí confío en la Majestad divina que la luz que (quebrándose los vasos de barro que fueron los cuerpos de los bienaventurados mártires en las cruces) saldrá, y la claridad de la verdad será tan resplandeciente, que no sólo sean vencidos los que la contradicen, mas que será motivo para que toda la cristiandad, y aun el paganismo de Japón, alumbrado con el resplandor de la heroica caridad y fortaleza que en la vida y muerte de los gloriosos mártires resplandecieron, glorifiquen a Dios Nuestro Señor, a quien sean dadas infinitas gracias por todos (2).

Amén.

---

(1) Esdr., 3, 3.
(2) Mat., 7.

LIBRO SEXTO

Las vidas en particular de los santos veintiséis mártires

AL LECTOR

Honra de los siervos de Dios

Ya que por justo juicio de Dios (cristiano lector), y por mis deméritos y muchedumbre de pecados, no fuí compañero en la muerte por Cristo de los que acompañé en vida y ayudé en la conversión de las almas, ofreciendo mi pobre cornadillo, aprendiendo la lengua para predicar, aconsejar, doctrinar y confesar los japones, andando por las ciudades y aldeas circunvecinas de Miaco, siendo como maestro de la mayor parte de los gloriosos japones (de quien pudiera en virtud y santidad ser yo discípulo), parecióme que tenía obligación, ya que en los libros pasados he tratado de su vida en común y de su célebre martirio, de escribir sus vidas en particular, según lo que vi y de personas fidedignas y de religiosos (obligados, por virtud de santa obediencia, a decir lo que en este artículo sabían) fuí informado. Para que ansí como su gloriosa muerte engendra hombres fuertes en la fe y deseosos de padecer por ella, ansí sus vidas sean espejo y doctrina para los negligentes en la virtud y motivo de alabar al Señor, pues comunicó su espíritu y fervor no sólo a sus siervos, los frailes, mas a todos los veinte japones. Los cuales, aunque tiernos en la fe y en el conocimiento de Dios y del amor en el prójimo, se vió claramente en ellos la nobleza que da la divina gracia. Porque siendo todos en los ojos del mundo tenidos por gente baja, por su pobreza y humilde estado, fueron levantados por la misericordia de Dios a ser coronados con la gloria del martirio y puestos en el número de los nobles del cielo, para que sean respetados de los reyes y monarcas de la tierra, como amigos de Dios y príncipes gloriosísimos del cielo, pidiéndoles humildemente su

intercesión y poniendo las reliquias de los que no estimaran viviendo sobre sus cabezas, y estimando más un remiendo de sus pobres vestidos y un pedacito de sus huesos que el oro, plata y piedras preciosas de la tierra. Mostrando en esto la Majestad divina lo mucho que estima a sus siervos. Y poniendo obligación a los que los conocieron para que cuenten las virtudes de que les adornó antes que fuese glorificado en su glorioso martirio.

CAPITULO PRIMERO

De la vida del glorioso mártir fray Pedro Bautista, comisario de los Frailes Descalzos de Japón

Patria y padres de este glorioso mártir.—Estudió Teología en Salamanca.—Tomó el hábito en la provincia de San José.—Era muy favorecido de Dios.—Particulares provechos de los estudios.—Fué lector de Artes, y después guardián.—Dejó de ser guardián por ir a Filipinas.—Tenía muy religioso exterior.—Cosa muy necesaria para el predicar.—Eran muchos sus ayunos a pan y agua.—Fué comisario visitador.—Fué gran predicador.—Primer arzobispo de Manila.—Fué custodio de la custodia de San Gregorio.—Dicho del obispo don fray Miguel de Benavides.—Salía pocas veces de casa.—Renunció el oficio de guardián.—Fué enviado a Japón.—Tenía mucha confianza en Dios.—Celo de las almas.—Caso particular.—Forma de un buen superior.—Cómo criaba los japones.—Estación del claustro.—Fué grande su fortaleza.—Siendo maltratado dió buena respuesta.—Alegría de espíritu en los trabajos.—Lo que pasó el santo con el bendito niño Antonio.—Este santo es más que mártir.—Cosa maravillosa.

Bien a propósito vendrá, antes que cuente la vida de este bendito mártir, capitán de los demás y prelado de los religiosos, darle el parabién de su gloriosa muerte con aquellas palabras con que San Juan Crisóstomo le da en una homilía al glorioso San Pedro, príncipe de la Iglesia, diciendo: *Gaudeas Petri, cui datum est ut ligno crucis frueris.* «Regocíjate, divino Pedro, pues estando puesto en el número y coro de los ilustrísimos mártires, te puedes preciar (como de indecible honra) que te concedió el Señor que gozases particularmente de la gloria de la cruz, triunfando con ella de los enemigos visibles y invisibles, a imitación de su capitán y cabeza, Cristo» (1). El cual,

(1) D. Crisost., Hom. 5, Petri et Pauli.

usando de su acostumbrada misericordia en estos tiempos, cuando la cruz es menospreciada de tantos herejes y malos cristianos, quiso escoger por capitán de un nuevo ejército de crucificados al santo fray Pedro Bautista, el cual, deseando fervorosamente morir en cruz por su Redentor, cuando lo alcanzó no sólo se mostró agradecido, mas viendo que cuando le crucificaban no le enclavaban las manos, como a su Redentor, mostrando que vivía crucificado y transformado en él, pidió que le enclavasen pies y manos para que ansí fuese más semejante a su capitán, Cristo, en la muerte de cruz.

Fué este bendito varón del Obispado de Avila, de un lugar llamado San Esteban; sus padres eran honrados y ricos y buenos cristianos. Pasó los años de su mocedad en la ciudad de Avila y en la villa de Oropesa, ocupado en estudiar latinidad y música de canto llano y de órgano, siendo estos ejercicios muestra de que ocupaba bien el tiempo, y poniendo tasa a la libertad de que suelen gozar otros mozos en perder el tiempo ocupándole en demasías. Acabada la Gramática, le enviaron sus padres a Salamanca, adonde oyó Artes y dos años de Teología. Y como de la excelencia de los maestros que tuvo y de la curiosidad de los papeles que estudiando escribió se colige, no fué estudiante de solo nombre, sino muy cuidadoso, y que debía de hacer raya entre los de su tiempo. Y salió tan aventajado, que aun estando en Japón, en disputas escolásticas que por ejercicio tenía con sus compañeros (tomando esto por entretenimiento y recreación de los trabajos de la conversión), mostraba que podía ser maestro de los que lo eran, por estar muy fundado en las Artes y materias de Teología, que oyó antes de ser fraile en Salamanca. Adonde no se dejando llevar de los engaños del mundo, mas correspondiendo a los llamamientos del Señor, que le inspiraba el camino de la perfección, tomó el hábito de nuestra sagrada Religión en la muy religiosa provincia de San José. En la cual florecía en aquellos tiempos la perfección y observancia de la Regla, muy conforme a la que tuvo nuestra sagrada Religión en sus principios, viviendo nuestro seráfico padre San Francisco, cuyos perfectos imitadores eran los religiosos con quien se crió este santo varón, aprendiendo de ellos aspereza de vida y continua oración y gran pobreza aun en lo necesario y muy alta contemplación, viviendo en pobres y solitarias casas, padeciendo muchos fríos y calores por traer sólo un hábito, comiendo sólo hierbas de la huerta y trabajando muchas horas en ella y en otras obras de humildad, como este glorioso már-

tir muchas veces me contaba. Y como el Señor, que le había traído a la Religión, le comunicase particulares favores y gustos del cielo, en el año de su noviciado, toda terrena consolación le enfadaba, y aun el moderado comer le daba pena, pareciéndole que le estorbaba el gozar de la suavidad espiritual que Dios le comunicaba para que, con tan buena ayuda, echase raíces en todo género de virtudes.

Acabado su noviciado, viéndose con la nueva profesión más obligado a la perfección y a imitar los religiosos de mayor santidad, mostrándose muy agradecido a la divina Majestad por haberle traído a la compañía de sus siervos, procuraba no descaer de los ejercicios de caridad, humildad y mortificación en que se ejercitó el año del noviciado. Antes, con el favor divino, crecía más en la oración mental, perseverando en ella muchas horas por entender que era el medio con que se sube a la perfección, alcanzando gran menosprecio de sí y mayor conocimiento de la bondad de Dios. Y como el santo muchas veces me decía, ninguna cosa sintió tanto cuando, después de algunos años de profesión, le mandaron continuar sus estudios, como el parecerle que había de caer de la continua oración que el Señor le había comunicado. Y como él vivía con este recelo y continuo cuidado, las horas que por estudiar faltaba a su acostumbrada oración le servirían de alumbrarle más el entendimiento con el conocimiento de los soberanos misterios que la sagrada Teología enseña, y ansí inflamaba más su voluntad con el amor de las cosas celestiales. Y echábase de ver en su compostura exterior la particular comunicación que en la oración y contemplación tenía con Dios, y cuán presente le traía en su imaginación.

Viendo los religiosos cuán aprovechado estaba en espíritu y ciencia, pidieron al prelado superior que, pues tenía edad (porque había tomado el hábito de edad de veintidós años y había estudiado y se tenía suficiente experiencia de su virtud) que le diese licencia para ordenarse y le hiciese predicador. Y como predicaba lo que obraba, desde los primeros sermones dió muestras de que había de ser aventajado predicador, aunque no se dedicó luego del todo a este oficio, porque le mandaron leer un curso de Artes en Peñaranda. Y crió discípulos tan aventajados en virtud y letras, que dieron muchísimo lustre a la muy santa provincia de San José. Y cuando había de comenzar a leer la Teología le hicieron guardián en la ciudad de Mérida, y de allí le llamó el Señor para que fuese a Filipinas en

compañía de muchos siervos de Dios Nuestro Señor, que iban deseosos de ayudar a la conversión que hacían los religiosos que de aquella misma provincia pocos años antes habían ido allá y hacían mucho fruto entre los gentiles de aquellas islas, adonde tenían ya muchas casas y vivían con gran rigor y guarda de su Regla. Por lo cual, dejando el oficio de guardián, se partió muy consolado, padeciendo con mucho contento los trabajos de la navegación por amor de Nuestro Señor. Y, por su persuasión y ejemplo, otros dos religiosos de gran santidad hicieron esta apostólica misión en su compañía, como uno de ellos me dijo. Llegado a Nueva España, enriquecido más de virtudes para hacer el oficio de predicar que de libros, predicaba a todos por doquiera que pasaba con su modestia y compostura exterior, nacida de hombre interior, el cual traía reformado con la continua memoria de Dios. Y era tanta su santa gravedad y la honestidad de sus ojos, que por doquiera que pasaba dejaba aficionado al prójimo, muy edificado de su santa conversación y palabras, dejando opinión y fama de muy santo. Estando en la gran ciudad de Miaco, comenzó a descubrir su mucha virtud y letras el fervoroso espíritu que el Señor le había dado, predicando la palabra divina con apostólica libertad, enseñando a todos el camino del cielo y reprendiendo los vicios con tanta prudencia, que aunque se mostraba áspero en sus reprensiones, a todos era agradable. Porque por la aspereza de su vida y por su pobreza de hábito y santidad de costumbres y mucho recogimiento (porque no salía jamás de casa si no era por urgentísima causa, movido de caridad) era tenido de todos por un apóstol. Remunerando el Señor la virtud de su siervo con tan buena reputación. La cual se obligaba a tomar con mucho cuidado el oficio del predicar. Y por medio de sus sermones convertía el Señor a muchos pecadores a penitencia. Y para que el Señor, por medio de su predicación, los alumbrase, la noche antes del sermón se aparejaba con muy larga y profunda oración, haciendo una áspera disciplina y diciendo el día siguiente misa con gran fervor y muchas lágrimas, suplicando a Dios Nuestro Señor que le comunicase su santo espíritu y ablandase los corazones de los endurecidos en pecados, para que oyendo la divina palabra enmendasen su vida. Procuraba también dar manjar espiritual a los que servían a Dios con que creciesen de virtud en virtud hasta llegar a la perfección, y de esta manera en dos años que estuvo en Nueva España fué muy grande el fruto que hizo con su doctrina y buen ejemplo.

Y por que en muchas partes sembrase su celestial doctrina, ordenó el Señor que fuese a una larga jornada a Mechuacán, la cual hizo a pie y descalzo, predicando dondequiera que hallaba oportunidad y era rogado de los españoles. Y, llevado de su fervoroso espíritu, se atrevió, confiado en el Señor, a entrar en tierra de Chichimecos (1), gente bárbara y feroz, que hacían muchas crueldades en los hombres que cogían. Pero el Señor le guardó, sacándole de manifiestos peligros y trayéndole a Méjico, adonde fué muy bien recibido de frailes y seglares, por ser notablemente amado de todos. Allí estuvo hasta que fué a las Filipinas, viviendo con notable ejemplo y aparejándose para la jornada con muchos ayunos de pan y agua, en que se ejercitó toda la vida, acompañándolos con muy ásperos cilicios, disciplinas y vigilias, diciendo cada día misa con tanta devoción, que la ponía a todos los que la oían, y aparejándose mucho para celebrarla con la larga oración y devota confesión, y buscaba lugares solitarios para darse mejor a estos santos ejercicios. Y como fuese muy temeroso de conciencia para sí, aunque muy prudente para las conciencias de otros, confesábase algunos días dos o tres veces. Después de dicho misa estaba dando gracias al Señor por gran espacio de tiempo, conociendo la obligación que tenía por tan gran beneficio como había recibido.

Llegado el tiempo de embarcarse los religiosos para las Filipinas, por sus muchas partes y merecimientos fué electo por comisario y prelado de los religiosos que iban, con autoridad de visitar los conventos de la custodia de San Gregorio de las Filipinas y tener capítulo. Y como la elección fué muy de gusto de los frailes, sólo el llevarle por su prelado les era de gran consuelo. Porque en las necesidades corporales y espirituales, con su discreción y condición apacible daba saludables remedios, siendo como madre piadosa a los enfermos, y como cuidadoso padre remediaba todo lo que era necesario para los sanos. Por lo cual entró con mucha opinión en las Filipinas, y fué recibido de los religiosos y del gobernador y españoles con gran aplauso en la ciudad de Manila; y cuando llegó halló que estaba ya el capítulo acabado. Y viendo cuán acertadas habían sido las elecciones y los estatutos nuevos, aprobó todo lo hecho por la autoridad que traía y quedó por súbdito, con mucho contento por hacer la voluntad de otro.

Siendo mandado por la obediencia, comenzó a predicar,

(1) Tribu mejicana del reino de Acollmacán.—*N. del E.*

haciendo tanto fruto en las almas, que se echaba de ver que la mano del Señor era con él. Y por espacio de seis años que predicó en aquella ciudad de Manila, siempre fué grato a todos. Y aunque con libertad apostólica y aspereza de profeta reprendía a los que gobernaban por los manifiestos agravios que se hacían a los indios, con todo eso no era menos estimado de los reprendidos, por ser juzgado en su vida y santa doctrina por varón apostólico y hacerse temer de los malos por su gravedad religiosa; tanto, que decían muchos que en poniéndose en el púlpito su grave aspecto y venerable rostro y autoridad y persona les ponía temor. Una vez, habiendo dado una reprensión a un gobernador por una pública sinrazón que hacía, contra parecer de los teólogos, y siendo avisado en particular de muchos, él solo quiso seguir su parecer, y diciéndole un criado suyo que si quería por aquella reprensión matase al predicador, aunque estaba notablemente ofendido el reprendido, le respondió que no, porque era santo y hacía muy bien su oficio.

El arzobispo primero de Filipinas, llamado don fray Domingo de Salazar, muy gran pastor y hombre de mucha santidad y letras, de la muy religiosa Orden de Santo Domingo, estimaba tanto este santo mártir, que en todos los negocios graves tenía en mucho su parecer. El cual daba como hombre docto y de singular prudencia, por ser muy leído no sólo en la Teología escolástica y divinas Letras, mas en la Moral, pasando los doctores casuístas con mucha curiosidad, como en los libros de la librería de San Francisco de Manila se echaba de ver, que por no tenerlos en la celda, por ser muy pobre, en ella era su continuo estudio.

Como resplandecía el bendito mártir en santidad y discreción, y se veía en él particular celo de la honra de Dios y aumento de la religión, fué electo en custodio de la custodia sin contradicción alguna. Y como huyese de las honras más que los codiciosos de ellas las desean, acabada la elección se fué a esconder, dando con este afecto muestras de su humildad y de la contradicción que de parte de su recogimiento y buen espíritu había, por no entremeterse en cosas de gobierno. Pero visto que no le aceptaban la renunciación, tomó el cargo y húbose en él tan bien, que agradó a Dios y a los hombres y dejó tanta fama de buen prelado, que durará por muchos siglos. Y la caridad, humildad, religión, pobreza, prudencia, honestidad y afabilidad con que procedía fué dechado que pueden seguir los que quisieren gobernar bien. Sobre todo animaba a los reli-



INDIÆ ORIENTALIS
NOVA DESCRIPTIO
CHINA
PEGU
SIAM
CAMBOIA
BORNEO
ARCHI PELAGUS
S. LAZARI
Insulæ de Ladrones
MARE INDICUM

giosos a la guarda de su profesión y al cuidado de la conversión de las almas, agradeciéndoles mucho lo que en esto trabajaban. Y para animarles, él también aprendió la lengua, y siendo custodio, y antes y después, procuró ayudar a salvar a muchos, sufriendo con mucha paciencia los trabajos corporales y espirituales que trae consigo la nueva conversión con que se enriquecen de merecimiento los ministros de ella. A los cuales consolaba y esforzaba con santas y devotas cartas. Y por decir en breve lo mucho que se podía escribir de este santo varón, sólo diré lo que el muy religioso y no menos docto don fray Miguel de Benavides, primer obispo de Cagayán o de la Nueva Segovia, dijo, estando en Méjico, delante de muchos religiosos ocho días antes que viniese la nueva de su martirio, tratando de él: Que si a él le fuera remitida la elección del Sumo Pontífice, sin duda ninguna eligiera este bendito varón, por concurrir en él las calidades necesarias para tan alta dignidad. Y bien se confirma este parecer, pues un año antes que muriese fué electo obispo de Camarines, si estaba en las Filipinas, y por estar en Japón no lo fué. Era tan enemigo de mandar, que habiéndole elegido por guardián de San Francisco de Manila después que acabó de ser custodio, por satisfacer a la obediencia perseveró en aquel oficio más de un año, dejando nombre de muy recogido por lo poco que salía de casa. Por lo cual, cuando la gente le veía en la calle salían a verle como a cosa nueva, convidándose unos a otros para que saliesen a ver un apóstol, que con esta devoción le miraban.

Tenía gran cuidado de seguir el coro y horas de oración y otros ejercicios acostumbrados en la Religión y de ser muy caritativo con los huéspedes y enfermos, acariciándolos y procurando hacerles mucho regalo. Visitaba muy a menudo la enfermería y teníala muy proveída de lo necesario para los enfermos. Renunciando el oficio de guardián, quedó por predicador del convento, dando luz a muchos, ansí en los sermones que predicaba como en los casos de conciencia a que respondía. En esta ocasión se ofreció el enviarle por embajador a Japón, y como tuviese contradicción su ida, no se atrevía a ir por el temor ordinario que tenía de conciencia, imaginando si podía haber escrúpulo donde no le había, hasta que de su prelado fué asegurada su conciencia y enviado por el mérito de la santa obediencia, como en el libro cuarto queda largamente dicho. Y en viendo el poco gusto que tenía de ir a Japón antes que se lo mandasen, el padre fray Vicente Valero, dechado de todas las virtudes y verdadero israelita, en

quien no cabía engaño ni malicia, díjole cómo era la voluntad del Señor que fuese, y después se entendió que había tenido particular revelación para decírselo. Y de lo que sucedió se colige cuán agradable era a Dios Nuestro Señor este su siervo, pues le tomó por medio para amansar la furia del rey bárbaro de Japón y convertir muchas almas. Y, finalmente, para ser glorificado en su célebre martirio.

Estando en Japón resplandeció este bendito varón en todo género de virtud, y, como testigo de vista, puedo afirmar que su confianza en Dios era tan grande, que aunque se veía entre gentiles, y mal recibido de algunos, no le faltó el ánimo para hacer iglesia, y aun para padecer muchas necesidades, el primer año que estuvo en Japón, en un estrecho lugar, sujeto a un gentil que no conocía las cosas de Dios ni estimaba, en lo que era razón, a sus siervos. Pero con la confianza que este santo tenía de que viéndose algún día en más libertad se ocuparía en la conversión de la gentilidad, estaba muy consolado en sus trabajos, aunque no hacía cristianos como deseaba; pero, con el favor divino, al fin del primer año el rey le concedió sitio para hacer la casa (como queda dicho), y no le faltó lo necesario para acabar la obra, muy a la gloria de Dios. Y como hombre que conocía el oficio apostólico en que estaba ocupado, no se descuidaba un punto en el aprovechamiento de la virtud, predicando con ejemplo a los cristianos y gentiles, siendo el primero que con más espíritu visitaba los hospitales y lavaba los pies a los leprosos y hacía con ellos muchos oficios de caridad, repartiéndoles de la poca limosna que había en el convento, procurando que se trajese algún lienzo de limosna para ellos, que ofrecían los devotos portugueses que residen en Nangasaqui y las personas caritativas de Manila. Consolándoles en sus necesidades y animándoles a la perseverancia de la fe.

Salía también a visitar algunos japones enfermos, y era particular la fe que tenían con él. Y, según oí a muchos cristianos, una vez, diciendo misa el día del Espíritu Santo en casa de una hija del hermano Cosme, por ser como padre de los frailes, echando agua bendita, fueron vistas las gotas de agua que cayeron sobre los vestidos de color de sangre. Y una mujer leprosa, sobre quien dijo los evangelios, sanó por algunos años de su enfermedad, como yo la vi. Y viniendo por la calle otro leproso, tomó el cordón del santo, y besándole tocó con él un poco de agua que quería beber, y bebióla con tanta fe, que sintió notable mejoría de su mal. Era muy enemigo este santo de conversar

mujeres, por su mucha honestidad, y si alguna vez era necesario hablar con alguna, era grande la compostura de sus ojos y gravedad de sus santas palabras.

Con los japones cristianos se mostraba verdadero padre, hablándoles con rostro alegre, y por poderles mejor atraer a Dios y enseñarles sus divinos misterios, con notable trabajo (por ser ya hombre de cuarenta y ocho años) aprendió la lengua, y comunicaba para esto con los santos niños que murieron con él por Jesucristo, preguntándoles los vocablos y pronunciación de ellos, haciéndose como niño por provecho de las almas. Y ansí era mucho el que hacía predicando algunos domingos y fiestas a los que venían a misa y enseñando a los japones que catetizaban a los gentiles lo que habían de decir, declarándoles con mucha caridad de ingenio las dudas que se podían ofrecer. Confesaba con mucho amor, dejando a los penitentes tan aficionados a la suavidad con que procedía, que se tenía por dichoso el que se confesaba con él. Con los gentiles que venían a oír sermón o a tratar algún negocio también era muy conmedido y bien criado, que es lo principal que notan los gentiles. Y su gravedad convidaba a ser amado y estimado de todos. Una vez, estando yo con él, le vino a visitar un cristiano principal que nunca le había visto, y quedó tan aficionado a su grave persona y tan compungido y movido oyendo sus santas palabras, que habiendo catorce años que no se confesaba, movido de Dios se confesó enteramente con él. Y se espantaba este cristiano noble mucho de que siendo el prelado mayor de los frailes estuviese tan pobremente vestido.

En la observancia regular era tan perfecto, que en treinta años de Religión no le acusaba la conciencia de pecado mortal, como me testificó quien le confesó generalmente. Y para decir misa se confesaba una y dos veces, y por no hallar los confesores materia suficiente la hacía siempre de algunas cosas de cuando era seglar. Y viéndose puesto por dechado de santidad, con ejemplo y con palabra la predicaba dentro de casa a los religiosos y japones que estaban en su compañía, siendo él el primero en ir de día y de noche al coro, celebrando con solemnidad las fiestas principales, cantando las vísperas y el *Te Deum laudamus* y laudes en los maitines y la misa mayor, por que fuese Dios alabado en tierra donde era de tantos desconocido.

Hacía también los oficios de humildad, lavando los platos y sirviendo a la mesa. Y era tanta su abstinencia, que las hierbas que muchas veces solamente comía eran sólo cocidas en agua, y tan desabridas que no las pudiendo

otros comer, él, como verdadero abstinente, miraba más a la necesidad que no el gusto. Y cuando le ponían en la mesa algo particular, lo repartía entre todos. Sobre todo era muy vigilante en la oración mental, y en los ejercicios de mortificación, y en la guarda de la santa pobreza, procurando que resplandeciese no sólo en el hábito, mas en las celdas y refectorio. En las fiestas principales, si había alguna fruta de limosna o otra cualquier cosa, gustaba mucho que los religiosos tomásemos alguna recreación dentro de casa.

Criaba con mucho concierto en humildad, aspereza, oración y santas ocupaciones a los japones que tenía en casa, como acólitos, que en su lengua se llaman doxicos, aunque sólo las fiestas principales quería que fuesen a maitines. Hacía que se levantasen al amanecer y rezasen la estación del claustro, que es muy usada en algunas provincias de nuestra sagrada Religión, por ganarse muchas indulgencias rezando delante de las siete imágenes que representan las siete iglesias principales de Roma los salmos penitenciales y letanías o algunos *Pater noster* y Ave Marías. Y mandábales que tuviesen alguna oración mental o rezasen alguna corona o rosario de Nuestra Señora hasta oír la misa de prima. La cual acabada, se iban a un aposento que había determinado para aprender a leer y escribir la letra latina y japona, y lo demás que era necesario para saber catequizar y enseñar la fe a los gentiles. Lo mismo hacían a la tarde. Comían y cenaban juntos, con mucho silencio. Y la noche estaban con los religiosos en completas y oración y disciplina; y pareciendo a algunos de nosotros que podían aflojar en estos ejercicios algún tiempo, por ser plantas tiernas en la fe, nunca lo permitió, por ver el espíritu y voluntad con que hacían lo que les enseñaba el santo fray Gonzalo. El cual, como era buena lengua, todas las noches los doctrinaba en las cosas de oración y virtud, poniéndoles espíritu con su fervorosa devoción y con las eficaces palabras con que enseñaba el reino de Dios a todos. Confesábanse cada ocho días. Porque como Dios les había de hacer presto sus mártires, aunque eran nuevos en su casa y en la compañía de sus siervos, dábales espíritu para tomar muy de veras las cosas de virtud. Cuando más se descubrió la santidad y fortaleza de este glorioso mártir fué en las contradicciones que tuvo, y cuando volviendo por la inocencia de sus frailes, como verdadero prelado, fué maltratado con palabras ásperas, sufriéndolas con mucha paciencia. Y en tiempo de la prisión, cuando la primera vez el teniente del gobernador de Miaco

vino a prender los japones que predicaban a los gentiles, toda la turbación que hasta saberlo el santo hubo en casa se quietó con salir él a recibir a los gentiles, con deseo de ser el primero que llevasen. Animando a los que iban presos y quedando muy apesarado porque le llevaban la delantera. Y ansí, cuando llegó el deseado día de su prisión, fué de mucha alegría para él, por ver cumplidos parte de sus santos deseos. Y viéndole los japones presos por Cristo en la cárcel pública, fué indecible el consuelo que recibieron con su santa compañía, reconociéndolo por caudillo y capitán, y, viendo su alegre esfuerzo en padecer afrentas, las recibían ellos con mucho gusto. Y era tanto el que tenía en padecer por amor de Dios este apostólico varón, que cuando iba preso, caminando a pie y cansado, una vez le dió un gran golpe un gentil, dejándole muy mal tratado el cuerpo, y con no pequeño dolor, como en su cuerpo cuando le crucificaban se echó de ver, y la respuesta que con mansedumbre le dió fué decirle en la lengua japona: «Muy cansado quedará V. M. del golpe que me dió.»

En el deseo que tuvo de comulgar y morir en viernes se echa claramente de ver cuán unida estaba su alma con Dios y cuán transformada su memoria en los dolores que Jesucristo Nuestro Señor padeció por nuestro amor, pues con esta memoria hacía suaves sus mayores trabajos, y acrecentándosele cada día de nuevo con la divina gracia se hallaba con más sufrimiento. Como se vió cuando los portugueses le salieron a recibir, antes de ser martirizado, en la alegría de su rostro con que los recibía. La cual era nacida de su buen espíritu, mostrando en ella que el Señor le comunicaba mucha magnanimidad, para que los trabajos pasados ni por venir no le hiciesen perder el ánimo, mas antes le tenía para consolar a todos los que venían a tomar su santa bendición. Y ansí los que veían su gran esfuerzo quedaban espantados, aumentándoseles la devoción y amor que le tenían. Y cuando llegó al calvario, llevado del deseo que tenía de morir por su Dios, pidió que le enseñasen su cruz; en viéndola fué corriendo a abrazarse con ella, y hablándola con el corazón la dijo dulces requiebros. Y luego fué amarrado a ella y pidió a los sayones que le enclavasen en ella, por morir más conforme a Cristo, y puestos los ojos en el cielo, a nadie de los que le rogaban les encomendase a Dios respondía, por estar su alma cebada de la cierta esperanza que tenía de ver presto claramente a su Dios. Y siendo muy importunado, con sólo bajar un poco los ojos respondía. Y cuando el

santo niño Antonio (después de haber acabado de cantar el salmo *Laudate pueri Dominum*), estando en la cruz, le preguntó, por estar junto a él, que qué cantaría, vencido de su repetida pregunta, le volvió el rostro amorosamente. Y como en aquel punto viese alancear al bendito niño, volviéndole al cielo dió mucho que sentir a los que con atenta devoción le miraban. Y como Dios le hubiese escogido por valeroso capitán de tan ilustres soldados de la Cruz, ordenó que fuese crucificado en medio de todos, teniendo sus cinco hijos y súbditos a su mano derecha y diez japones a un lado y diez a otro. Y para aumentar su corona con merecimiento nuevo, quiso el Señor que fuese alanceado el postrero, habiendo padecido mucho en la muerte de cada uno, por tenerlos entrañados en su corazón. Por lo cual con razón le podemos llamar más que mártir, pues antes que muriese, en la muerte de sus hijos y amados compañeros murió veinticinco veces. Y viendo con cuánto esfuerzo morían, les echó la bendición. Y después de muertos, cuando le iban a matar a él, de nuevo se la tornó a confirmar, quedando su santa mano derecha en la forma que, teniéndola atada, les pudo bendecir, como ahora se ve. Finalmente, estando diciendo aquellas palabras de Cristo: *In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum,* con las dos crueles lanzadas que le dieron fué su alma a gozar de los bienes eternos, saliendo por su costado abierto, como de una fragua de amor divino, su sangre, que como llamas encendidas abrasaba los corazones de los circunstantes en amor de Dios y devoción. Y viendo la gloria de Cristo que en el triunfo de su glorioso santo resplandecía, todos a grandes voces le alababan.

Acabado de morir, un portugués, llamado Paulo González, que llevó el pobre manto de este mártir como particular reliquia (según él mismo me contó), habiendo dos días que una criatura estaba a la muerte sin poder mamar, mandó que le pusiesen el manto, y en breve espacio, por los merecimientos de este glorioso mártir, sintieron que el Señor había correspondido a su petición y devoción. Porque luego la criatura tomó el pecho y, mamando, salió de peligro. Las demás reliquias de su cuerpo fueron tomadas de personas devotas, algunas de ellas, como este manto y la mano derecha, que está como cuando se echa la bendición, y otros huesos están en San Francisco de Manila, de donde se envió uno al rey nuestro señor. Con cuyo favor esperamos que han de ser canonizados estos gloriosos mártires, cuyo capitán es este excelente pastor y caudillo. Pues de su inculpable vida y santa muerte

y de las maravillas que, según se dijo en el libro quinto, después de su muerte se vieron, sin duda ninguna se ha de creer que está puesto en el número de los príncipes que en el cielo, juntamente con la aureola de predicadores y mártires, gozan de la corona de la gloria.

CAPITULO II

De la vida del glorioso mártir fray Martín de la Ascensión

Dios le hizo nuevo hombre.—Fué vizcaíno.—Fué novicio en Auñón.—Fué buen novicio.—Buena disposición para ir entre infieles.—Gran menosprecio de sí mismo.—Tuvo el don de la virginidad.—Era muy perseverante en la oración.—Ejercicios de perfecto religioso.—Humilde mortificación.—Fué lector de Artes.—Era favorecido de Dios.—Fué gran letrado y incansable confesor.—Deseo de padecer por Dios.—Respuesta espiritual.—Aprendió con cuidado la lengua japona.—Fué presidente de Usaca.—Fué preso en Usaca.—Cuándo fueron llevados de Usaca a Miaco.—Da a conocer a los santos japones el valor de la muerte de cruz.—Murió cantando.—Murió de treinta y tres años.

El glorioso San Pablo, como predicador excelentísimo de los gentiles, viendo cuán pequeña es la suficiencia humana para contrastar un entendimiento ciego y entenebrecido como tienen los gentiles, que por ser, como los dioses que adoran, de palo o piedra, y que no puede la elocuencia humana convencerle a que crea los misterios altísimos de la fe, dice en nombre suyo y de todos los predicadores de gentiles: «Bendito sea Dios, que nos dió suficiencia para que por nuestra predicación fuese el Evangelio recibido entre las gentes» (1). Y aprovechándose Dios algunas veces para este altísimo ministerio de muchos hombres que a los ojos del mundo parecen inhábiles, tomándolos por instrumentos suyos, los ha hecho milagrosos en los efectos de su predicación. Como en el santo mártir fray Martín, a juicio de todos los que le conocíamos, se vió. Porque siendo, al parecer humano, muy inhábil para las cosas humanas (aunque muy hábil para las letras y virtud) y grande su descuido natural, era tenido como hombre dormido al mundo. Y tomándole Dios por instrumento para

(1) 2 Cor., 1, 3.

predicar el santo Evangelio en Japón, le hizo como hombre nuevo, y tan vivo para dar testimonio de la fe, y confortar a los cristianos, y alumbrar a los gentiles, y animar a los demás mártires al martirio, que se conocía claramente que vivía Dios en él, y le daba suficiencia apostólica para hacer más en seis meses que estuvo en Japón que yo y otros en algunos años. Fué éste el glorioso mártir natural de Vizcaya, de la villa de Vergara, como decían los que le conocieron. Porque yo sólo le conocí de trato y particular conversación cuando fuimos juntos de España a Filipinas. Y aunque en breve tiempo pude colegir parte de sus muchas virtudes, para escribirlas también me informé de algunos religiosos que le conocieron desde novicio, mandándoles el prelado por obediencia me dijesen la verdad, como en el prólogo dije.

Llamábase Martín de Aguirre cuando tomó este siervo del Señor el hábito en la santa provincia de San José, siendo estudiante teólogo en la insigne Universidad de Alcalá de Henares, de adonde fué a ser novicio en el santo convento de los Descalzos de Auñón. Y como después de profeso se viese que había estudiado las Artes y algunos años de Teología, con mucha curiosidad y fama de buen estudiante, por haberlo sido en tiempo que pudo tener grandes letrados por maestros, túvose a gran virtud que el año del noviciado, haciéndose como jumento en el acatamiento de Dios y en el sufrimiento (como de sí dice que hacía el santo rey David) (1), y olvidado de sí y de todas las cosas de la tierra, de tal suerte se entregó a la obediencia y oración, que parecía que comenzaba por donde otros perfectos varones acababan. Y como el Señor le había dado muy buena inclinación natural y condición mansa y ajustada a la virtud, más era necesario desde su principio ponerle tasa en los ejercicios espirituales que espolearle con reprensiones y castigos. En las cosas de humildad y caridad y servicio del convento era muy pronto, y como en todo diese muestras de que había de ser verdadero religioso, fué admitido a la profesión. Y para perfeccionarse en la virtud adquirida, fué mudado al muy religioso convento de San Bernardino, de Madrid. Adonde teniendo por maestros y dechado a los santos varones que allí había, aprendió a desear ser perfecto pobre, imitando muy de veras a nuestro glorioso padre San Francisco. Por lo cual desde entonces propuso de ir a tierra de infieles, deseoso de comunicarles la luz de la fe, y ofrecer la vida si se ofre-

(1) Psal., 76.

ciese ocasión, por la verdad de ella. Y a este fin endereza-ba muchos ayunos a pan y agua, muchas vigilias y oraciones, muy continuas disciplinas y cilicios. Y según él contó al padre fray Jerónimo de Jesús, cuando estando preso le confesó, tratándose una vez de la entrada de Japón entre los religiosos, movido de una particular inspiración, hizo muchas veces oración al Señor, poniendo por intercesora a la Virgen Santísima, suplicándole remediase aquellas almas (como se dijo en el libro IV, capítulo XXXIV); y desde entonces determinó que había de ir entre infieles, y tuvo esperanza de que sería de los primeros frailes que entrasen a plantar la fe en Japón, ejercitándose desde luego en algunas asperezas que tenía por ensayo de lo que esperaba padecer. Y con este intento se menospreciaba, besando muchas veces los pies a los religiosos y haciendo mortificaciones de grande menosprecio. Y tenía hecho concierto con otro religioso de que le reprendiese cuando le viese hacer algún defecto. Y cuando no había quien le reprendiese y tratase con rigor, muy triste decía que ya no era fraile. Comía muy de mejor gana hierbas que otra cosa, y si algún manjar le sabía bien, teniéndole por regalo, le dejaba. Su pobreza era grande, porque no tenía más que el hábito y el breviario. Y cuando fué a Filipinas, a esto solamente añadió sus papeles de Artes y Teología. Cuando fué ordenado de misa subió con el nuevo estado a gran perfección de virtud, como su angélica conversación mostraba, aunque raras veces la tenía, aun con los religiosos, por ser mucho su silencio y el gusto que tenía en la comunicación de Dios. El cual, en las mercedes que le hacía, mostraba que era muy conforme a su condición este dichosísimo mártir, por ser humilde y manso de corazón. Y como el padre fray Jerónimo de Jesús, que le confesó generalmente, me afirmó, y de su vida se certificó, era virgen en el alma y cuerpo, que es virtud que hace a los hombres como ángeles y muy agradables a Dios Nuestro Señor.

Seis años después de haber tomado el hábito, sabiendo que andaba un comisario por los conventos escogiendo algunos religiosos para las Filipinas y para la Gran China y Japón, este angélico religioso dió su firma. Y por que nadie le detuviese ni estorbase sus santos deseos, luego se fué a pie a Sevilla, adonde con otros religiosos que se juntaron para el mismo viaje en el convento de San Francisco se aparejaba para hacer agradable sacrificio de sí a Dios, siguiendo de día y de noche el coro y las horas de oración. Y perseveraba tanto en ella, que él y otro amigo

espiritual suyo repartían entre sí las horas de la noche para que siquiera uno de los dos estuviese orando en la presencia divina. Y como salía de este santo ejercicio más deseoso de comunicar con Dios, celebraba cada día. Y por estarse siempre en el convento hizo de la librería celda, ocupándose en leer libros sagrados todo el tiempo que le sobraba. Finalmente, aunque se embarcó para ir a Nueva España con mucho espíritu, aquellos galeones en que se embarcaron los religiosos hicieron otro viaje. Por lo cual, después de haber estado muchos meses embarcados, padeciendo los acostumbrados peligros y trabajos del mar, se desembarcó rico de merecimientos y de buenos deseos. Y ratificándose en ellos, aun con la experiencia que tenía de los trabajos del mar, se volvió a su provincia. Y aunque estuvo muy enfermo, en llegando el tiempo de embarcarse, estando convaleciente se volvió a Sevilla, para aguardar que la flota que iba a la Nueva España se partiese.

La perseverancia que tuvo en aguardar embarcación dió a entender que era su vocación verdadera, y que no se movía para una jornada larga sino por la salvación de las almas y gloria de Nuestro Señor. Y cuando en Sevilla nos juntamos entonces cincuenta religiosos, de todos era notablemente amado, dando con su ejemplo muestras de haber alcanzado mucha perfección en los pocos años que tenía de Religión. Notaban muchos cuán enemigo era de murmuraciones, y que no daba a nadie pena, y que era agradecido notablemente a cualquiera obra buena que se le hacía, y que celaba mucho la guarda de su Regla, andando siempre descalzo, y que por ser perfecto pobre no quería tener celda cierta, antes haciendo cada noche dos o tres disciplinas y gastando la mayor parte de ellas en oración, se echaba a dormir sobre cualquiera cosa que llevaba, y con estos ejercicios andaba siempre falto de sueño. Y como se había criado con mucha abstinencia, ayunaba muchos días a pan y agua. En la oración (como algunos notaron) acostumbraba a decir palabras regaladas al dulcísimo Jesús y a su santísima Madre, y recibía muy particular contentamiento en hablar del amor de Dios, como quien estaba tan rico de él. Y, como mostró en una plática que para instituirle predicador nos hizo en el navío, nuestro Señor le había comunicado particulares mercedes espirituales, y subió a muy alta contemplación dándole gran menosprecio de sí mismo, porque hablaba altísimamente de Dios, y se tenía por gran pecador, pareciendo su vida angélica. Una vez, en la ciudad de Cádiz, viendo un leproso que estaba muy llagado, llevado del fervor de espíritu y de

la memoria de Jesucristo Nuestro Señor, a quien consideró representado en aquel pobre, se postró a sus pies y le besaba las llagas con profunda humildad. La cual resplandecía en él en otras muchas cosas. En la navegación que hicimos jamás se turbó en los peligros ni en cosa alguna, como todos notamos. Y en obras y palabras mostraba la mucha caridad que tenía granjeada con la comunicación divina. Por haber estudiado en la Universidad de Alcalá, adonde los ejercicios de letras son tan ordinarios, era muy aficionado a ellas y a tratar de cuestiones metafísicas, mostrando mucha agudeza en el argüir y responder. Por lo cual, en llegando a la ciudad de Méjico le mandaron leer un curso de Artes en el convento de Nuestra Señora de Chiribusco. Y como fuese maestro de sus discípulos en las letras y virtud, dieron ellos testimonio de que más parecía su ciencia infusa, y dada de Dios, que adquirida por su trabajo. Porque no faltando a los ejercicios de la Religión, se mostraba muy docto en los de letras. Un día de Navidad, estando diciendo misa, se tardó desde antes de consumir hasta acabarla casi hora y media, y, como me atestiguaron las personas que le vieron, estuvo sin moverse, como absorto en el Niño Jesús, de quien era muy devoto y recibía particulares favores del cielo en su festividad.

Antes que acabase el curso se llegó el tiempo de embarcarse con sus discípulos, y llegado a Manila quedaron muy alegres los religiosos de ver su alegría espiritual y el mucho fervor que mostraba en el servicio de Dios. Y ansí, luego le señalaron para enviarle a Japón en compañía de los cuatro religiosos que fuimos, aunque después se determinó que se quedase en Manila para acabar el curso de Artes y leer otro de Teología. Y como sobre todo pretendía hacer lo que la obediencia le mandase, en la dilación de sus esperanzas se conformaba siempre con la voluntad de Dios Nuestro Señor. En Manila cobró opinión de muy letrado, porque en las disputas mostraba su claro entendimiento y el haber estudiado bien, y de todos, por su vida ejemplar, era tenido por hombre de muchas letras y virtud. Por lo cual muchas personas espirituales pretendieron tratarle y confesarse con él, siendo mucho el provecho espiritual que de su santa doctrina sacaban. Y tomaba tan de veras el aprovechar al prójimo, que no faltando al seguimiento de los maitines y horas de oración y a sus lecciones, gastaba gran parte del día en el confesonario, y se olvidaba muchas veces de ir a comer por enseñar el camino del cielo a las personas que se confesaban y tra-

taban con él. Estando leyendo la santa Teología, tratóse de enviar religiosos a Japón, y, manifestando sus deseos al prelado, le dijo cómo su venida de España había sido con esa intención. Porque queriéndole enviar el padre general, estando en España para embarcarse, a que leyese las Artes a la provincia de Granada, le pidió con mucha humildad su bendición y licencia para ir a desengañar las almas que no sabían el camino del cielo. Y habiendo caído enfermo, pedía al Señor le diese salud para ir a padecer por su amor. Y según él descubrió a un amigo espiritual suyo, siempre suplicaba al Señor que le diese a gustar mucho de su cruz. Y otras veces decía: «Más quisiera verme en la horca, o en un palo, por Jesucristo, que vivir regalado de consuelos espirituales.» Y como no tenía consolación alguna en la tierra, hallábala en Dios cuando decía misa. Y diciéndole una vez que para qué se detenía tanto en ella, respondió: «Parece que las cosas de Dios siempre nos cansan a los hombres, pues verdaderamente de ninguna cosa podemos sacar más fuerza para lo que deseamos de pretender (que es morir por Jesucristo) que del Santísimo Sacramento.» De cuya cotidiana comunicación le nacía ser tan compuesto en lo exterior, y tan honesto en sus palabras y ojos, que aficionaba a todos los que le veían.

Determinóse, pues, que este siervo de Dios fuese a Japón, para ayudar a cultivar aquella viña del Señor. Y como la empresa era a medida de su deseo, desde que se embarcó (llevando por compañero, muy conforme a su corazón, a su discípulo el santo mártir fray Francisco Blanco) comenzó con mucha curiosidad a aprender la lengua japona. Y era tanto el cuidado que en esto ponía, que la mayor parte de noche y día gastaba en este ejercicio, como notaron los dos religiosos que estaban en Nangasaqui cuando, en desembarcando, se fueron a descansar con ellos. Porque cuando había de admitir algún regalo y descanso del trabajo de la navegación, mostraba no tener otro cuidado que de aprender la lengua para aprovechar a las almas. Y mostrólo bien cuando, llegando a Miaco, siendo recibido del santo comisario y de los demás religiosos con indecible caridad y alegría, les puso admiración su fervoroso deseo y ver cuán aprovechado estaba en tan breve tiempo en la lengua. Lo cual era de mucha importancia para ayudar a la conversión y al servicio de los hospitales. En los cuales servía con mucha humildad y amor a los leprosos en los ejercicios que ya estaban puestos en costumbre. Y ofreciéndose en este tiempo ir a la ciudad de Usaca el ben-

dito comisario, y llevándole en su compañía, por cuadrarle mucho su santa sinceridad y celo de las almas, acompañados con asperezas de vida y continua oración, dejóle en aquel convento de Usaca por presidente. Y allí con amor paternal acariciaba a los tiernos en la fe, procurando granjear algunos infieles, que, tocados de la mano del Señor, se bautizaron. Y como ya sabía la lengua para poder tratar con todos, su mansedumbre, paciencia y humildad parecía muy bien a todos los que le visitaban. Y estando en este convento, adonde todo su ejercicio eran obras de amor de Dios y del prójimo, y padecer mucha necesidad en el sustento temporal, por tener miedo los cristianos de dar limosna a los frailes (como queda dicho en el libro IV, capítulo XXXIII), le fueron puestas guardas. Y estando con ellas muy contento, por padecer algo, y esperar padecer más por Jesucristo Nuestro Señor, tuvo aquella particular consolación espiritual, de que se hizo mención en el libro pasado, de celebrar la fiesta de Navidad con mucha alegría espiritual en compañía del padre fray Jerónimo de Jesús, un día, y en la de otros dos religiosos y de algunos castellanos, otro. De aquel convento le llevaron con tres cristianos que estaban con él y otros tres de la casa de la Compañía de Jesús, a media noche, maniatados y a caballo, el día de la Circuncisión del Señor, a Miaco. Y por su divino amor padeció esto y todo lo demás que padecieron todos los otros gloriosos mártires, confortando a todos con su paciencia y enseñándolos cómo habían de estimar tan particulares mercedes de Dios y el fin principal por quien habían de padecer aquellas afrentas y martirio, como en una plática que les hizo, y la hallaron escrita en la manga de su hábito, se verá. Y en ella, mostrando el fervoroso espíritu con que iba a padecer, con llaneza de palabras animó a los japones a morir por Cristo.

Plática del glorioso fray Martín de la Ascensión

«No sé cómo paguemos los veintiséis compañeros que aquí venimos (hermanos míos) a Nuestro Señor tan grandes mercedes como las que hoy nos hace en dejarnos llegar a este estado tan dichoso. Muchos santos antiguos, principalmente nuestro padre San Francisco, deseó mucho ser mártir; pero no pudieron alcanzar el martirio de la cruz. Y aunque nosotros venimos desde Miaco a este lugar arrastrados y sufriendo otros trabajos, no podemos con todo eso pagar a Dios Nuestro Señor tantas mercedes como esta que nos hace. Bien entendimos que nos habían de

dar alguna muerte, mas diferente que aquesta. ¿Pero qué mercedes son éstas, Señor mío Jesucristo, tan grandes que hoy nos hacéis? ¿Tan altas y favorables. que por mostrarnos mayor amor permitís Vos, Señor, que muramos en cruz? ¡Oh cruz tan dichosa, y muy indignos nosotros para ella!

Muchos santos desearon ser crucificados y alcanzar un martirio tan alto, pero nunca lo pudieron alcanzar; sólo fueron algunos pocos entre tantos. Unos fueron despeñados, a otros cortaron las cabezas, a otros frieron en aceite, otros fueron asados, otros metidos en estanques de agua muy fría, otros desollados y otros muchos fueron pasados por diferentes martirios, y todos con mucho contento recibían el martirio por Cristo, y siempre mostraban mucha humildad, valor y ánimo. Mas con nosotros hoy se muestra el Señor amoroso, benigno, misericordioso, manso, liberal y favorable, pues para mostrarnos lo mucho que nos quiere, hoy permite que nos pongan en cruz. ¡Dichoso día, dichosa suerte, dichosos los pasos que hemos dado, pues hoy padeceremos la muerte de cruz para recompensar en algo su mucho amor! ¿Qué milagro es este tan grande que a nosotros, sin merecerlo, nos hace tantas mercedes? ¡Oh, glorioso padre San Francisco, que alcanzando del Señor tan regalados dones, tan altos y tan célebres, que Cristo Nuestro Señor, por vuestra grande humildad esculpió sus santísimas llagas en vuestro santo cuerpo, por el mucho amor que os tenía, y vos como humilde las escondíades por que nadie os las viese, y a nosotros, que aún no somos merecedores de nada, quiere el Señor que se compare con su santa muerte la nuestra! Preso fuistes, mi Dios, en aquel huerto adonde sudastes gotas de sangre, y de allí llevado a casa de Anás, Caifás y Herodes, y de casa de Herodes vuelto a casa de Pilatos. Así, pues, Señor, nos habéis querido mostrar vuestras misericordias en que fuésemos presos, amarrados y metidos en cárceles (de donde nos sacaron para cortarnos las orejas) y traídos por todas las tierras de Japón, como pecadores que somos. Pero Vos, Señor, justo, manso y humilde fuistes siempre, y con todo esto fuistes maltratado y puesto en una cruz. ¡Qué mucho que lo seamos nosotros, que somos grandes pecadores! ¡Dichosa cárcel la nuestra, dichosa la sangre que hemos derramado y dichosos los pasos que fueron por Cristo Nuestro Señor con amor y buena voluntad dados! Pero no somos merecedores de tanto bien como el Señor nos hace, y aunque todos veníamos con propósito de recibir el sacramento de la Comunión, llegados a Nangasaqui,

no hemos podido alcanzar tan alto don como éste. Por lo cual debemos ofrecer esta muerte a Nuestro Señor con mucha humildad, buena fe y sana intención, para que le sea grata. Acordémonos, hermanos, que Nuestro Señor se puso en la Cruz para salvar a los pecadores y derramó su sangre por ellos. Y ya que no nos dejaron ni dieron lugar a que alcanzásemos tan grande beneficio como el celestial manjar de la santa comunión, consideremos que no lo debíamos de merecer por nuestros pecados y ofrezcamos cada uno la muerte con limpio corazón y ferviente caridad, con gran arrepentimiento de nuestros pecados. Y no porque no la hayamos recibido dejemos de tener mucha confianza en Nuestro Señor, porque cada uno de nosotros debe dar la vida con todo contento y amor, pues la suya nos la dió su divina Majestad para nos redimir. Demos, pues, cada uno de nosotros muchas gracias al Señor por tan grandes mercedes como nos hace, pues ansí nos cumple hoy el deseo que traíamos de que no fuese nuestra muerte con cuchillo, sino en cruz, lo que no pudieron alcanzar muchos mártires que ha habido en el mundo, y tomemos en descuento de nuestros pecados, si algún trabajo habemos pasado, que no son sino regalos del cielo. Sufrámoslo todo con paciencia, porque nuestros pecados aun merecen muchos más tormentos y martirio, que esto no es nada en comparación de lo que Nuestro Señor pasó por nuestros pecados en su muerte y pasión, sin ser pecador como nosotros. Padezcámoslo todo por su amor, que pasándolo por Dios él lo recibirá por los méritos de su pasión en descuento de nuestros pecados. Y bien sabemos que por cualquiera pecado motal, el menor que hayamos cometido contra su divina Majestad, merecemos el fuego eterno del infierno, y ansí nadie se ensoberbezca ni diga que porque muere en cruz como Cristo le deben de ser perdonados sus pecados, porque de la cruz puede ir al infierno por la soberbia. Nadie tema la muerte, no desmaye aunque se vea cortar las uñas ni las carnes, ni que le hagan cualquier martirio; antes como hombre cristiano, tenga un ánimo varonil para sufrirlo todo por Cristo, aunque nos hagan pedacitos. Pues tan dichosa fué nuestra suerte que mereciésemos morir en cruz, pida cada uno con humildad a Nuestro Señor le tenga de su mano, y no mostremos flaqueza; encomendémonos al Padre Eterno, tomemos por abogada a la Virgen María para que ella sea nuestra guarda, y al bienaventurado padre nuestro San Francisco, y al Angel de nuestra guarda y a todos los santos del cielo que asimismo sean en nuestra guarda, que mediante su interce-

sión nuestros pecados serán perdonados, y nuestras almas irán a gozar de la eterna morada, *ad quam nos perducat*, etcétera.»

En esta fervorosa plática y en otras muchas que sucedieron en el discurso del martirio de este santo, mostró el Señor cómo quería poner a su siervo en la cruz, como luz en el candelero. Porque habiendo el tiempo pasado de su vida, hasta entonces estando su virtud como escondida por su mucha humildad y silencio y sido como almaraja y pomo de celestial licor su alma, que solamente en las ocasiones forzosas daba como gota a gota el rocío de su celestial doctrina, aprendida con la comunicación de Dios en la oración, cuando con el martirio se quebró, corrían arroyos de divinas palabras y mucha consolación y edificación para los cristianos, como los portugueses que salieron a recibir a los santos al camino lo afirmaron, diciendo que considerando su semblante y alegre rostro y las palabras que decía, tan llenas de divino amor y deseo de padecer por Dios, más parecía ángel encarnado que puro hombre. Y ansí, como quien ayudaba desde la cruz a los coros celestiales de los ángeles, que con divinos cánticos alababan a Dios por la fe y fortaleza que en la muerte mostraban sus siervos, cuando vió las cruces cantó el salmo *Benedictus Dominus Deus Israel*, y después subió a la cruz, cantando con júbilo el salmo *Laudate Dominum omnes gentes*. Y estando absorto en la gloria celestial, adonde iba, diciendo: *Gloria Patri et Filio et Spiritui Sancto*, fué alanceado por el costado. Y queriendo sacar la lanza para darle otro golpe, se le quedó el hierro dentro del cuerpo, y mostrándose inmovible y sin sentimiento natural (aunque estaba vivo) se le sacaron, rompiéndole las entrañas. Y dándole otra lanzada, como celestial cisne acabó la vida, cantando, a la edad de treinta y tres años. Y quedó su rostro algo ladeado y levantado al cielo, con tan devoto semblante, que ponía devoción a los que le miraban, haciendo a todos ciertos su gloriosa muerte de que su alma, coronada de la laureola del martirio, y, aun según lo dicho, con coronas de virgen y doctor, estaría entre los cortesanos de la gloria.

CAPITULO III

De la vida del bendito mártir fray Francisco Blanco

Edad de este glorioso mártir.—Tomó el hábito de San Francisco en Villalpando.—De hacer penitencia cayó enfermo.—El santo fray Juan Navarrete.—Fué milagrosamente curado de cuartanas.—Salieron de la provincia de Santiago muchos religiosos para Filipinas.—Tuvo contradicciones para ir a Japón.—Era de condición apacible.—Era muy devoto de Nuestra Señora.—Era tenido por virgen.—Traía a Dios muy presente.—Cómo fué a Japón.—Aprendía fácilmente la lengua.—No estuvo en Japón más de seis meses.—Murió mostrando mucho amor de Dios.—Esfuerzo varonil.

A la mocedad enriquecida de virtudes llama el sabio vejez, y la discreción en la tierna edad dice que es juzgada por vejez (1). Porque el Señor, por particular merced, suele dar a muchos mozos lo que a la vejez y canas hacen que sea alabado en los viejos, como se vió en la prudencia y discreción y santa gravedad que repartió con su siervo fray Francisco Blanco. Pues siendo de poca edad aún, cuando murió, que no pasaba de veintiséis años, podía en la virtud ser maestro de muchos hombres de canas y de mucha ancianidad. Y como yo le haya conocido desde el año del noviciado, de particulares mercedes que recibió del Señor, como testigo de vista, podré dar cierto y claro testimonio.

Fué este bendito mártir del reino de Galicia, del obispado de Orense, y como sus padres le hubiesen enviado a estudiar otra facultad a Salamanca, después de haber acabado la latinidad en el colegio de la Compañía de Jesús en Monterrey, estando en Salamanca comenzó a oír Artes. Y llegándose el tiempo que el padre de las Misericordias tenía determinado para sacarle del mundo, no haciéndose sordo a sus divinos llamamientos, mas muy diligente ejecutor de su divina voluntad, pidió el hábito de nuestra sagrada Religión al muy benemérito padre fray Francisco Alderete, provincial que a la sazón era de la religiosísima provincia de Santiago y definidor y padre de toda la Religión. Y como le fuese dada licencia, por hallarse en él las partes requisitas para que se le diese el hábito, le tomó en el convento muy observante de San Francisco de Vi-

(1) Sap., 4.

llalpando, adonde, siendo novicio, le conocí yo. Y aunque no viera su pronta obediencia, modestia y mortificación y la diligencia y caridad con que servía a los religiosos, la común opinión que había en el convento de su mucha virtud me obligara a granjearle por particular hermano y espiritual amigo, por el interés grande y ganancia espiritual que de sus santas oraciones me resultaba.

Hecha profesión, por sus humildes ruegos fué mudado al convento muy recoleto de San Antonio de Salamanca, adonde subiendo de punto en los santos ejercicios de la oración y devoción y penitencia con el ejemplo vivo que los siervos de Dios que en aquel convento vivían le daban, creció tanto en fervor y espíritu, que, olvidado de su propia salud, se dejaba llevar tanto del gusto celestial que Dios pone en la contemplación, que con el trabajo corporal y abstinencia rigurosa y regular observancia con que se vive en aquella religiosa casa, el primer año comenzó a enfermar gravemente. Y aunque tuvo mejoría con la mucha caridad que se le hizo y cuidado que en su cura se tenía, quedó cuartanario (1), y viéndose con esta ocasión de ejercitar la paciencia y merecer, estaba muy contento, por entender se serviría el Señor de que estuviese enfermo, no aflojando por eso de todo lo que era su servicio. Y aunque el ánimo del siervo de Dios en su trabajosa enfermedad era grande, por estar fundado en la confianza divina, fué necesario que mudase tierra para que cobrase entera salud. Por lo cual fué enviado al convento de San Francisco de Pontevedra, que por ser puerto del mar de Galicia y de buen temple se tenía por cierto sería medio para alcanzar entera salud. Y aunque para la corporal halló muy buena comodidad en este convento, la mayor para el aprovechamiento espiritual de su alma era la mucha memoria que allí hay de las heroicas virtudes del santo fray Juan Navarrete, que está en aquel convento enterrado y cada día florece con nuevos milagros, porque ponía espuelas a su buen espíritu para procurar subir a la perfección con la imitación de este santo. Ayudándole también a esto el muy religioso padre fray Juan Alvarez, predicador que era a la sazón de aquel monasterio y varón de mucha oración, prudencia y humildad, como en el libro tercero, contando su vida, más largamente se dijo.

Con esta ayuda espiritual, y principalmente con la gracia divina, iba creciendo en todo género de virtud, siendo el primero en el seguimiento del coro y oración y muy pron-

(1) Con cuartanas o calenturas periódicas cada cuatro días.—*N. del E.*

to para todo lo que la obediencia le mandaba, como yo lo vi estando en aquel convento. Y como le durase la cuartana, que le era estorbo para poner por obra muchos deseos buenos, viendo las obras milagrosas que el santo fray Juan Navarrete hacía en los enfermos y personas necesitadas que venían a velar y tener novenas sobre su sepulcro, con mucha fe y confianza de que por merecimiento de este glorioso santo habían de alcanzar salud, le tuvo novena sobre su sepultura, durmiendo nueve noches sobre ella. Y fué el Señor servido que saliese con lo que deseaba, alcanzando perfecta salud por intercesión del santo fray Juan, como él mismo me contó. Viéndose con salud, hallóse con nueva obligación para no sólo no aflojar en el camino de la virtud, mas para recuperar lo que había perdido, aumentando las horas de oración y silencio, ayudando con mucha devoción a las misas que podía, multiplicando las devociones vocales y procurando, por intercesión de la Virgen Santísima y de otros muchos santos de quien era particular devoto, alcanzar gracia para ser perfecto religioso y verdadero hijo de nuestro padre San Francisco, cuya vida milagrosa tenía muy presente en su memoria para imitalla, ayudándole a esto el padre fray Juan Alvarez con sus fervorosos y eficaces sermones y pláticas particulares y grande ejemplo. De esta suerte se conservaban estos dos siervos de Dios en mucha santidad. Y cuando ellos vivían con grandes deseos de ofrecer la vida, si fuere necesario, por su Dios, les vino la ocasión a la mano. Porque vieron entrar por el convento dieciséis religiosos que, siendo de los más perfectos en la guarda de su Regla y aspereza de religiosa vida que había en los conventos recoletos de Muros y de Noya y de la Puebla, en Galicia, venían muy alborotados y alegres en el espíritu, porque habiendo dejado su recogimiento y quietud y gusto de amigos y parientes, lo habían trocado por comenzar a padecer algo por Dios, sacrificándose a su divina voluntad con propósito de no desistir de su intento y camino hasta llegar a dar testimonio de la fe en los reinos de China, Japón y Filipinas, para donde iban destinados. En esta ocasión en que parecía que tocaba Dios alarma para hacer gente y sacar sus valerosos soldados, que tenía como recogidos y aposentados en los conventos para este apostólico fin, fué particularísimo el contento que el padre fray Juan Alvarez y este siervo de Dios recibieron viendo que el Señor les enviaba a llamar con sus siervos para que en su compañía fuesen a tan santa jornada. Pues era ir a hacer guerra a los príncipes del infierno, que tiránicamente, por medio de la ido-

latría, estaban señoreados de infinitas almas de infieles. Y cuando este angélico varón manifestó el deseo que tenía de ir en compañía de tan buenos religiosos, barruntando el demonio cómo Dios le había de tomar por instrumento para convertir muchos gentiles y levantar con gran honra del Evangelio el estandarte de la cruz en Japón, procuró poner grandes estorbos para impedirle aquella jornada de que con santo deseo procuraba. Porque unos decían que era mozo; otros, que era muy necesario para servicio del convento; otros, que el número de los que habían de ir estaba ya cumplido; pero como quiso Dios que se dilatasen los deseos de este su siervo, para que creciese más y su merecimiento fuese mayor, no sólo le enseñó en aquella tribulación a multiplicar disciplinas, ayunos, vigilias, oraciones, lágrimas y suspiros, pidiendo a su Majestad ordenase de él lo que fuese más de su voluntad; pero cuando más en su opinión estaban los que le hacían contradicción, él estaba más confiado en Dios Nuestro Señor, y ansí se le cumplió su deseo. Porque en compañía de la mayor parte de los religiosos, que se habían juntado en aquel santo convento, se fué por tierra a pie con hartas incomodidades, pasando hambre, sed y cansancio, hasta Sevilla. Adonde se habían de juntar los demás religiosos que estaban escritos para tan santa jornada. A la cual, sin merecerlo yo, me llamó el Señor en compañía de estos sus siervos, y ansí fuí testigo de vista de todo lo dicho.

En Sevilla, como ya se veía libre de contradicciones este glorioso mártir, no dejaba pasar el tiempo en vano; mas procuraba mostrarse grato a las mercedes recibidas del Señor, no faltando a los ejercicios acostumbrados en la Religión y aumentando otros, y en todos se procuraba disponer para salir con lo que deseaba. Visitaba a los enfermos, y en lo que podía les servía. Y con tanta suavidad de espíritu hacía lo que los religiosos Descalzos acostumbran de hacer, que se echaba de ver que tenía la ayuda de la gracia divina. Lo mismo se manifestó muy claro en los conventos de Sanlúcar y Cádiz, adonde siempre dió buen ejemplo, y entre cincuenta religiosos que íbamos resplandecía su compostura exterior y la resignación de su propia voluntad en la de los prelados, y de todos los religiosos era muy amado y estimado por su mucha virtud y apacible condición.

En las navegaciones mostró mucha paciencia y que el espíritu que le llevaba era de Dios. Porque estaba más contento cuando le amenazaban mayores trabajos. Llegado a Méjico, en breve tiempo se echó de ver el buen talen-

to y habilidad que el Señor le había dado, por lo cual fué señalado por estudiante de Artes y discípulo del santo fray Martín. Y siempre dió muchas muestras de que saldría muy bien con los estudios y que no por eso aflojaría en la virtud. Y por concurrir en él tantas partes, fué ordenado en Méjico de todas Ordenes para ir a las Filipinas, por no haber entonces en ellas obispo. Y con la nueva dignidad, renovándose en espíritu y mudándose en hombre nuevo, todos echaban de ver cuán favorecido era del Señor. Y por la gran opinión que tenía de buen religioso fué recibido en las Filipinas de los religiosos con particular gusto y luego tuvieron grandes esperanzas que había de ser muy provechoso para la conversión. Por lo cual, prosiguiendo el santo fray Martín su lectura, acabó de oír el curso de Artes y después dos años de Teología, hasta ir a Japón.

En los estudios fué particularmente conocida la virtud de este glorioso santo. De quien sus condiscípulos, siendo mandados por obediencia, dijeron que era fraile muy devoto y de oración y que en la devoción de Nuestra Señora era muy particular, ayunándole todos los sábados. Y también ayunaba algún día cada semana a pan y agua; y era tan enemigo de las ofensas de Dios Nuestro Señor, que no sólo aborrecía los pecados mortales, pero aun los veniales. Y así, cuando oía alguna palabra ociosa a persona a quien no se atrevía a reprender, se daba de bofetadas, como de muchos fué visto. Y todas veces que oía murmurar procuraba, por la mejor vía que podía, ir a la mano a los que así hablaban. Y si eran iguales suyos, decíales que no dijesen aquello o que mudasen plática. Y si eran mayores, íbase de allí, porque, aunque no tenía más de veintidós años, era muy aplicado a tratar cosas de espíritu y devoción y tenía gran cordura en su modo de proceder.

Mostraba gran celo en la guarda de su Regla, gustando mucho de tratar de ella. Y en todas las conversaciones era notada la moderación de sus palabras y su mucha honestidad. La cual en su cuerpo y alma resplandecía y de los que más le trataban y conocían era tenido por virgen. Y daba de ello testimonio su mucha pureza y recogimiento y el aventajado espíritu que en la oración y seguimiento del coro y ejercicios de virtud tenía. Muchas noches hacía tres disciplinas, tratando su cuerpo con gran rigor. Y con su ejemplo exhortaba a todos a la virtud. Por lo cual era tenido por un ángel. Y vivía con tanta quietud y paz interior y exterior, que en ninguna ocasión la perdía ni en una sola palabra se descomponía. En todo era tan ejem-

plar, que de muchos religiosos y seglares era tenido por santo y verdadero hijo de nuestro padre San Francisco, siendo muy pobre, obediente y castísimo en palabras y obras y menospreciador de sí mismo. Y tan presente traía a Dios en su alma, que cuando decía misa y rezaba el oficio divino se echaba de ver que estaba con el temor reverencial debido a la presencia divina. De la cual le nacía el ir creciendo cada día en religión. Deleitándose tanto en la lectura de los libros espirituales, que se bañaba en lágrimas cuando leía cosas de Dios. Y pretendiendo atraer a todos al servicio de la divina Majestad, era a todo género de personas tan agradable, que sus palabras eran muy bien recibidas y de mucha consolación para todos. Persuadiendo él más con pocas que otros con muchas; y tanto resplandecieron en este santo varón todas estas virtudes, que era común voz y fama entre los religiosos que guardaba tanto su alma aun de palabras y pláticas impertinentes, que jamás se le oyó palabra que fuese digna de ser condenada.

Estando oyendo teología en Manila, sucedió que habiendo de ir dos frailes a Japón, y estando señalado el santo fray Martín, con otro virtuoso religioso que estaba ausente de Manila, llegado el tiempo de partirse, por no haber venido el religioso ausente fué señalado por compañero del santo fray Martín este glorioso mártir, llamado discípulo suyo, que no fué pequeño contento para entrambos. Pues siendo tan unos en la voluntad y amor fraternal, los hacían compañeros en una tan deseada jornada, como el fin lo mostró. Pues hasta morir juntos en la cruz duró su amistad espiritual. Y no se acabó, porque aquel amor santo se perfeccionará y eternizará en el cielo. Como iba este dichoso mártir tan fundado en la virtud y tenía a Dios tan favorable con su divino favor, ayudado de su mucha habilidad y del continuo estudio, cuando llegó a Nangasaqui, puerto de Japón, estaba tan aprovechado en la lengua japona, que puso admiración a los religiosos que estaban allí y con su buen ejemplo y santas costumbres les dejó no sólo edificados, pero notablemente aficionados.

Llegado a la deseada presencia del santo comisario a Miaco, viendo la perfección con que sus hermanos vivían y la mucha mies que había y cuán bien cultivada tenían la parte que les cabía en aquella viña del Señor, no sólo recibió contentamiento; pero hallándose con particular obligación, por haberle su Majestad traído entre tan angélicos varones, propuso de emplear todas sus fuerzas y talentos en la conversión de los gentiles. Y comunicando con to-

dos sobre el estudio de la lengua, en tres meses estuvo tan suficientemente enterado en ella y de sus dificultosas pronunciaciones, que parecía cosa maravillosa que en tan breve tiempo pudiese confesar a los japones. Los cuales recibían de esto particular consolación. También ayudaba en los ministerios de humildad en que en los hospitales los demás religiosos se ejercitaban, hallando gran recreación espiritual en verse entre leprosos, enseñándoles a tener paciencia y a ganar el cielo por medio de sus enfermedades. Y era muy querido de los cristianos, porque todos hallaban en él consuelo en sus aflicciones, porque como Dios le había dotado de tantos dones sobrenaturales, en todas las necesidades sabía ser padre y discreto médico para las necesidades del prójimo.

Cinco meses había que trabajaba este cuidadoso obrero del Señor en aquella su viña cuando, habiendo sido el postrero que vino, fué de los primeros que comenzaron a padecer trabajos por Jesucristo Nuestro Señor. El cual le remuneró su trabajo con el denario del premio eterno, poniéndole en ocasión de merecerle de nuevo con mucho aumento. Y mostró lo mucho que de su administración y cuidado se había agradado. Porque cuando estaba con guardas oprimido, se veía más libre su espíritu para volar al cielo. Y cuando, en compañía de los demás gloriosos mártires, era llevado afrentosamente por las calles, iba más alegre, por saber que era Dios honrado con sus deshonras. y que siendo por su santísimo nombre, eran honras de innumerable valor. Y ansí, cuando llegó la hora de ser crucificado se abrazó alegremente con la cruz. Y levantado en ella, no cesaba un punto su lengua de las divinas alabanzas, encomendando su espíritu al Señor. Y como los testigos de vista me certificaron, dijo, acabado de ser levantado en la cruz, en alta voz: «Señor mío Jesucristo: Si mil vidas tuviera, todas las diera por vuestro amor. Esta que tengo os ofrezco con grande alegría y consolación, dándoos gracias por esta merced tan señalada que me habéis hecho que yo muera por vuestro amor y por predicar vuestra santa ley.» Y hecha esta breve oración en castellano, cuando vió venir la lanza, comenzó a cantar *In manus tuas commendo spiritum meum*, etc. Y estaba tan contento de ver que acababa su vida en la cruz a imitación de su Dios y Redentor, que habiéndosele salido una mano de la argolla de hierro, cuando le dieron la primera lanzada, con valerosa fortaleza la tornó a poner como antes estaba. Porque como vivía Cristo crucificado en su alma y la memoria de su cruz le estaba muy presente, llevado de

este alto pensamiento, puso la mano en la argolla, por morir semejante a su Dios crucificado que en su alma vivía, enriqueciéndole con esfuerzo y perseverancia. Para coronarle de mártir, predicador y virgen en la gloria.

CAPITULO IV

De la vida del glorioso mártir fray Felipe de Jesús

Era natural de Méjico, en Nueva España.—Tomó el hábito en Manila.—La razón por que fué a Japón.—Cómo fué a Japón.—Cómo le desnudó un ventero.—Palabras dignas de notar.

Mostró el Señor en el santo mártir fray Felipe cómo la gloria del martirio es merced sólo concedida de su liberal y misericordiosa mano. Porque a muchos apostólicos varones, llenos de merecimientos y de amor de serafines, que buscaron el martirio por diferentes partes del mundo, no se les concedió como a este glorioso mártir, en tiempo que más descuidado estaba de tan singular merced. Porque como fuese natural de la insigne ciudad de Méjico, en Nueva España, nacido de padres ricos y honrados, y después de algunos años, volviendo a ver a sus padres y a ordenarse, llevóle el Señor a Japón para coronarle con la corona del martirio cuando menos ocasión había de él.

Aunque de vista conocía a este santo mártir, no supe de su vida tanto cuando vivía cuanto los religiosos que le criaron en la Religión y le conversaron me informaron después de muerto. Diciendo que como hubiese sido muy travieso y probado el yugo de la Religión en San Francisco de la Puebla de los Angeles (aunque como mozo no perseveró), siendo después enviado de sus padres con mucho dinero a la ciudad de Manila, llevado de la ocasión que hace del dinero en hombres mozos, gastó mucho en los primeros años que allí estuvo y, dejándose llevar de algunos halagüeños gustos, vivió con alguna libertad. Pero los ojos misericordiosos del Padre celestial que le miraron, abrieron con su celestial luz los de su alma, para que, conociendo los engaños del mundo y de sus contentos, hiciese divorcio con él y se abrazase con la cruz de Jesucristo Nuestro Señor, renunciando lo terreno de veras y tomando el hábito en el santo convento de San Francisco de Manila. Adonde el año del noviciado se mostró deseoso de recuperar el tiempo pasado y satisfacer por sus mo-

cedades, siendo muy obediente y pobre, haciendo con gusto las penitencias que le mandaban y aumentando otras particulares. Porque en la oración, como en un espejo claro, conocía sus culpas, y Dios, que le había comunicado su luz, le enseñaba a conocer la gravedad, aun de las pequeñas. Y hallábase tan deudor, que en obras y deseos procuraba satisfacer por ellas con ejercicios muy agradables a la divina Majestad. Con cuya gracia aprobó tan bien en su noviciado, que se le dió la profesión. Y después de ella perseveraba en sus buenos deseos y obras y en mucho silencio, poniendo gran cuidado de pagar devota y atentamente el oficio divino, gustando de hallarse de día y de noche en el coro con los demás religiosos, a los cuales consideraba como ángeles que alababan al Señor. Sobre todo trabajaba en la enfermería, mostrando mucha humildad y caridad en todo lo que era servicio de los enfermos. Y anteponía el cuidado de servirles a su propia salud. Y con esta santa ocupación aun conservaba y aumentaba los ejercicios que le enseñaron el año del noviciado, siguiendo la vida común (que no es pequeña perfección), y en su celda y soledad servía mucho al Señor.

Tres años había que había hecho profesión cuando, importunado de sus padres y necesitado de ordenarse para ser de provecho en la conversión, por no haber obispo en Filipinas se embarcó para Nueva España en el navío «San Felipe» (que, como se dijo en el libro IV, arribó a Japón), en el cual se ejercitó en obras de caridad con los pobres, como los que las recibieron de él me lo contaron, e iba con mucho recogimiento y opinión de santidad en medio de la confusión que suele haber en los navíos. Llegado a Japón, sabiendo que estaba allí el obispo, con el deseo que llevaba de ordenarse, se consoló mucho. Y por ver al santo comisario, el cual siendo guardián de Manila le había dado la profesión y le tenía particular amor. Por lo cual él y el hermano Juan Pobre fueron con los embajadores que enviaron a dar cuenta al rey del suceso del navío, confiados en que el rey les haría amistad. Y llegados por mar a la ciudad de Usaca (1), hallaron allí, en el santo y pobre convento de Belén, al santo comisario y al santo fray Martín, con cuya vista se alegraron mucho. Y como, para el buen despacho del navío, fuese necesario partirse el santo comisario y fray Juan Pobre con los castellanos a la ciudad de Fuximi, quedóse este santo mártir, en compañía del santo fray Martín, en aquel convento.

(1) Osaka.—*N. del E.*

Adonde descansó de las tormentas y trabajos que padeció en el navío, y alababa mucho al Señor viendo el favor y caridad de los cristianos japones y el deseo que tenían de salvarse y los muchos gentiles que venían a oír sermón.

Como con el negocio del navío se ofrecían cada día tantas novedades, fué necesario, para dar aviso al santo comisario de algunas cosas de importancia, que fuese este santo mártir desde la ciudad de Usaca a la de Miaco acompañado del santo niño y mártir Tomé. Y como fuese a pie y no llevase bolsa, al medio camino, pasando por un lugar de muchos mesones, rogáronle en uno que entrase a comer. Y como su necesidad le obligase a ello, recibió lo que le dieron. Y como el que le convidó pretendiese su interés y pago de la comida, acabado de comer, viendo que se iba el religioso agradeciéndole lo que le había dado, asió con furia de él. Y aunque el santo niño le decía que el padre era religioso pobre, como el gentil no entendía este lenguaje y deseaba que le pagasen, no hallando otro remedio, hízole desnudar la tuniquilla que traía y con ella se pagó de lo que le había dado de comer. En todo esto mostró mucha paciencia este santo mártir y echó de ver cuán engañado estaba pensando (como nuevo en la tierra) que le habían convidado por amor de Dios.

Cuando llegó a Miaco fué muy acariciado del santo comisario y de los demás religiosos, y tratando de volverse a Usaca, por convenir para el buen despacho del navío, sucedió poner guardas a los religiosos (como queda dicho en el libro V, capítulo III). Y aunque no había sido compañero en la conversión y otros trabajos, llegó a tiempo que lo pudo ser en el provecho. Y pretendiendo (por ser recién venido y no entender que el negocio llegara a tantas veras como llegó) los castellanos librarle de la prisión en que estaba con los demás santos, el Señor, que le tenía predestinado para hacerle mártir suyo, fué servido que no tuviese efecto alguna diligencia humana y que, desconfiado de toda esperanza de la tierra y muy confortado y consolado con la del cielo, fuese compañero de sus hermanos desde el principio hasta el fin de su martirio, mostrando en todos los trabajos mucho contento y conformidad con la voluntad de su Dios. Como poco antes que muriese lo dijo a un castellano que le salió al camino para hablarle y consolarse con él. Y viendo cuán agradecido estaba este santo mártir a Dios Nuestro Señor por tan singular merced como sin merecerlo le hacía, en que hubiese sido puesto en el número de sus mártires, ofrecíale aquel su martirio por satisfacción de sus culpas y honra de nues-

tra santa fe y gloria de su divina Majestad. Y como mostraba contento de ir a morir, volvió el seglar muy consolado. Y como el Señor daba a sus siervos tan particular esfuerzo que sobrepujaba al que la naturaleza le podía dar, al tiempo de ser crucificado mostró mucho gusto en verse en aquella ocasión de hacerle algún servicio, y ansí dijo con mucho espíritu: «¡ Dichosa pérdida por tal ganancia, pues se perdió el navío «San Felipe» por que se ganase fray Felipe !»

Y como, siendo levantado en la cruz, la argolla de hierro que tenía a la garganta le ahogase, pidió que le pusiesen bien, deseoso de dar su vida con entero entendimiento y alabando al Señor. Pero por despenarle mandó el juez que le alanceasen el primero, y acabó la vida diciendo: «Jesús, Jesús, Jesús.» Y el que había venido postrero a Japón fué el primero que fué a gozar de los bienes eternos que Dios Nuestro Señor tiene aparejados para los que por su amor y santa ley le ofrecen sus vidas en el martirio.

CAPITULO V

De la vida del glorioso mártir fray Francisco de la Parrilla o de San Miguel

Era natural de La Parrilla.—Tomó el hábito en Valladolid.—Fué a vivir al Abrojo.—Fué a la provincia de la Rábida.—Señalóse para las Filipinas.—Temor de perfecto religioso.—Desde cuándo deseó ir a Japón.—Iba contento a Japón.—La pobreza.—La castidad.—La penitencia.—Efectos de su oración.—Cómo vencía las tentaciones deshonestas.—Rezaba mucho.—Invención santa.—Celo de las almas.—Buen aparejo para enseñar infieles.—Parecía que le enseñaba Dios la lengua.—Caridad del prójimo.—Amor grande con los leprosos.—Hizo algunos milagros.—Menosprecio de sí.—Fervorosos deseos.—Murió con mucha suavidad.

Como el santo fray Francisco de la Parrilla (aunque ignorante de las ciencias con que los hombres sabios son muchas veces santos) era enseñado del celestial Maestro, sabía muy bien cuán agradable cosa era a su divina Majestad el servirle con cuidado y diligencia, buscando santas invenciones con que agradarle. Por lo cual vivía muy sobre aviso de no faltar a la obligación que tenía de cristiano y de perfecto fraile Menor, como en el discurso de su vida se verá.

Este siervo de Dios era natural de una aldea que está a cuatro leguas de la ciudad de Valladolid, llamada La Parrilla. Sus padres fueron labradores, medianamente ricos, muy buenos cristianos y devotos de nuestro padre San Francisco. Yo conocí una tía suya que en aquel lugar recibía nuestros religiosos y como verdadera hermana los regalaba. Y por esta noticia que yo tenía de esta aldea, cuando conocí en Japón a este santo mártir, hubo ocasión de darme noticia de su vocación a la Religión y de algunas cosas notables que le sucedieron en España. Y en Japón experimenté lo que de sus virtudes atestiguaron muchos religiosos que le conocieron y trataron en España y Filipinas. adonde estuvo muchos años.

Tomó el hábito de edad de veintiún años. Aunque estuvo algunos sirviendo en Medina del Campo y Valladolid a personas de corte, no perdió la sinceridad y llaneza que heredó de sus padres ni se estragó con la malicia que enseña el mundo. De quien se escapó cuando menos pensaba, sacándole el Señor de él y trayéndole al religiosísimo convento de San Francisco de Valladolid. Adonde, viendo su buen espíritu y fuerzas corporales y poca malicia, le dieron hábito para fraile lego. Y el año del noviciado, como tenía tanto deseo de servir a Dios, hacía con diligencia los oficios de humildad en la cocina y huerta como le mandaban, asistiendo de noche a los maitines y oración y otros ejercicios santos en que son criados los novicios en aquel santo convento.

Hecha profesión, como desease muy de veras imitar a los santos legos fray Gil y fray Junípero, de nuestra primitiva Religión, en la pobreza y humildad, recogimiento y oración, visto su buen deseo de los prelados, fué enviado a vivir al muy observante convento de San Francisco del Abrojo, adonde, en compañía de los angélicos varones que allí vivían, aprovechó mucho en todo género de virtud. Porque aun de los descuidos naturales que en los oficios que le mandaban hacía hallaba motivo para humillarse y menospreciarse, teniéndose en poco. Y cuando de ellos era reprendido, mostraba conocer su culpa y mucho gusto en verse reprender. En este santo convento aumentó el deseo que tenía de la perfecta y estrecha guarda de su Regla. Y pareciéndole que hallaría lo que deseaba en la santa provincia de San José, que en aquellos tiempos florecía en mucha pobreza y santidad en Castilla la Vieja, alcanzada licencia de su prelado, se fué al padre provincial de aquella provincia y, viendo su buen espíritu, fué admitido en ella.

Y aunque en sus principios florecieron muchos religiosos frailes legos en ella, uno de los más nombrados y conocidos por perfecto religioso y observante de la Regla fué este santo fraile. Por lo cual confío en el Señor que cuando saliere a luz la crónica de aquella muy religiosa provincia, se contarán muchas cosas de este santo mártir, que por no tener noticias de ellas no las escribiré, aunque muchas me dijeron los que vivieron en algunos conventos con él.

Estando en la provincia de San José con el deseo de más perfección y pobreza, no se quietaba. Por lo cual, juntándose con religioso sacerdote de su mismo espíritu y deseo, pidieron licencia para pasarse a la muy observante provincia de la Rábida, en Portugal. Porque de la pobreza y rigor que oía decir que se guardaba allí estaba muy aficionado a ella (que éste es el efecto que hace la fama de la virtud en los predestinados), y ansí como la codicia de la honra o hacienda hace a los hombres pasar muchos mares y andar por muchos reinos y provincias, este mismo efecto hacía el amor de Dios en este perfecto siervo suyo. Fueron, pues, los dos religiosos a pie, descalzos y como verdaderos pobres, a Portugal, dejando por doquiera que pasaban olor de mucha santidad. Y aunque pretendieron salir con su intento de quedarse en aquella provincia, por cuadrarles el modo religioso de vivir de ella, como estuviese el padre general en Lisboa, fué necesario ir a su presencia y decirle la causa de su venida. El padre general, por justas razones, les mandó que se volviesen a su provincia de San José. Y entendiendo que ésta era la voluntad de Dios, se volvieron muy consolados y ricos de merecimientos y deseos de servir de ahí adelante muy más perfectamente a Dios Nuestro Señor. Estando ya quieto en su provincia este santo mártir, vínole ocasión de poner por obra otro particular deseo que tenía de la salvación de las almas. Porque sabiendo que andaba un comisario por la provincia haciendo religiosos para la conversión de los infieles de las Filipinas, adonde los religiosos que habían pasado allá hacían mucho fruto en los infieles y guardaban con mucha perfección su Regla, movido con deseo de ayudar en tan santa obra de la manera que pudiese, se escribió con otros religiosos para ir a esta jornada, dejando muy apesarados a los religiosos de su convento, porque le amaban por su santidad y les pesaba que se fuese de la provincia.

Llegó a Méjico en compañía de diecisiete religiosos, a los cuales sirvió en el camino con mucha humildad y

paciencia, no aflojando su fervoroso espíritu con los trabajos de los caminos de mar y tierra. En Nueva España sirvió de portero, con mucha edificación de frailes y seglares. Y en todos los oficios que la obediencia le ocupaba, pertenecientes a su estado, hacía ejemplarmente lo que le era mandado. Y ansí, ofreciéndose necesidad de enviar un religioso a tierra de chichimecos, adonde la gente es montaraz y enemigos de españoles, hizo este camino largo y fragoso a pie y descalzo, con tanto recelo de quebrantar su Regla, que aún tenía escrúpulo de pasar a caballo los ríos que no tenían puente. Estuvo entre estos bárbaros algunos días, en compañía de un religioso a quien iba a buscar, con notable peligro de la vida. Y ayudado del Señor y del buen espíritu de su compañero, una Semana Santa que estuvo allá la pasó en santas consideraciones y ejercicios, y en aquella soledad, en una ermita que hicieron, dijo su compañero misa el Jueves Santo. Y celebraron los divinos oficios como pudieron, porque habían perdido ya el temor a los indios; y cuando volvió mostró venir muy aprovechado en el espíritu de aquellas montañas y tierras solitarias.

Dos años estuvo en Nueva España antes que pasase a las Filipinas. Y cuando le mandaron ir allá, con mucho contentamiento suyo se embarcó por ir a donde mucho deseaba. Y llegado a ellas, halló a medida de sus deseos almas que convertir y religiosos perfectos a quien imitar. Y procuró, aunque era de ingenio rudo, aprender la lengua de Camarines, adonde ayudó mucho a los sacerdotes que en aquellas partes estaban a la conversión, siendo tan afable y caritativo para los indios, que le llamaban el padre santo. Después aprendió la lengua de Manila, porque le mandaron venir de donde estaba para servir en el hospital de los naturales, que está a cargo de los frailes, como se dijo en el libro primero, capítulo XVI. Y como allí se curan enfermos de diversas naciones, tuvo experiencia del talento y buen natural de los japones. Por lo cual y por las nuevas que venían de la cristiandad de aquel reino y la necesidad que, según escribían los cristianos, había de ministros, deseó mucho ir allá. Y aunque por entonces no había esperanza de ir, aprendió muchos vocablos de la lengua, y hacía mucha caridad a los japones, siendo todas sus pláticas de sólo japón. Y hallaba tanto gusto en hablar de Japón, que cuando venía el viento de allá mostraba particular alegría con los vientos japónicos, como él decía. Y cada día, por la cristiandad de Japón (como él me dijo) rezaba una corona de Nuestra Señora, comprando con

oraciones y deseos fervorosos la ida allá, aun cuando más cerrada estaba la puerta. Pero el Señor la abrió y con gran contentamiento suyo fué señalado por compañero del santo comisario.

Como vió la buena suerte que le había salido, y tan conforme con su deseo de ir a Japón en compañía tan agradable, daba muchas gracias al Señor y hallaba su deseo y corazón tan quieto, que parecía que no le faltaba nada en la tierra y trataba una y muchas veces con el santo mártir fray Gonzalo de las cosas de Japón. Poniendo espíritu y esfuerzo para que fuese instrumento (pues era tan buena lengua japona) de una obra tan grandiosa como era ir a Japón, adonde se había de hacer mucho servicio a Nuestro Señor. Iba tan contento cuando se fué a embarcar, que era notado de los religiosos, viendo que la esperanza que llevaba de padecer por su Dios le hacía dejar sin mostrar algún sentimiento a los religiosos, con quien había tantos años estado. En el viaje tuvo grandes tormentas, que le dieron ocasión de merecer, poniéndole muy en peligro de ahogarse. Pero el Señor, que le tenía guardado para mayor gloria, le llevó al puerto. Y en compañía del santo comisario fué a visitar al rey. Y estuvo siempre en compañía del santo comisario, porque por sus muchas virtudes era amado de él. Y cuando yo llegué a Japón era el que tenía cuidado con la portería, cocina y refectorio, no faltando por eso a sus devociones y al trabajo de aprender la lengua para ser de algún provecho en la conversión de aquella gentilidad. Y aunque no lo fué predicando, fuélo obrando maravillosas obras de virtud y santidad, floreciendo en perfección de vida, viviendo y acabando su vida en la cruz.

Aunque de lo dicho se colige parte de lo mucho que hay que decir de este glorioso mártir, parecióme sería bien hacer un epílogo y suma de las virtudes en que más particularmente resplandeció, siendo su vida tan inculpable, que después de fraile no le argüía su conciencia de culpa grave. Porque siempre contra las tentaciones del enemigo estuvo armado con el temor de Dios y perfecta guarda de la Regla, celándola y guardándola a la letra, como verdadero hijo de nuestro padre San Francisco.

Su pobreza era tan estrecha, que quería que resplandeciese en el vestir y comer y en todas las demás cosas. Porque siempre vestía hábitos viejos y remendados, desechados de otros, no teniendo más de un hábito que se vestía. Huía de comer cosas de algún precio, contentándose con manjares conformes a la santa pobreza. Por amor

de la cual, aun cuando daba de comer a los religiosos, ponía toda la comida en un plato, por que no pareciese profanidad y contra la pobreza, habiendo aprendido esto de muchos perfectos religiosos que florecieron en santidad en su provincia.

La castidad guardaba tan perfectamente, que en la modestia de sus ojos y en su santa conversación mostraba que era Dios Nuestro Señor guarda de su alma. Y veíase en la honestidad de sus palabras y de los ojos, porque no se atrevía a mirar al rostro de alguna mujer. Teniendo para esto por despertador la memoria de una grave tentación que por mirar con descuido al rostro de una mujer por muchos años le había durado, como él me contó. Quedando siempre con la divina gracia victorioso del demonio y tan insensible a los incentivos de la sensualidad, que en muchas ocasiones que se le ofrecían en la conversión adonde parecía peligrar la castidad o la caridad en acudir o no acudir a ellas, fiándose de Dios, haciendo lo que la caridad le enseñaba, se hallaba libre de lo que la castidad temía, como de su boca supe en particulares casos.

La santa obediencia estaba tan enseñoreada de él, que al punto que le mandaban algo lo ponía por obra, haciendo grave escrúpulo de cualquiera pequeña dilación. Y no hacía cosa que luego no la registrase por el parecer de sus prelados. A los cuales tenía gran respeto y les miraba y obedecía como a los que eran lugartenientes de Dios en la tierra.

La penitencia levantó bandera en este verdadero penitente, porque como las fuerzas naturales le ayudasen, procuraba en esta virtud ser muy imitador de nuestro padre San Francisco, domando su carne (con ser de cincuenta años) con muy ásperos y grandes cilicios y disciplinas y con muchos ayunos a pan y agua, ayunando también las cuaresmas que ayunaba nuestro padre San Francisco, que era casi todo el año, y por lo menos no comía en ellas carne. No haciendo jamás colación (como yo vi) en los ayunos de obligación. Y cuando le persuadían a que comiese un bocado, respondía con muy buena gracia: «Mañana tañerán a comer.» Andaba siempre descalzo y recelaba tanto en esto o en otra cosa aflojar del rigor de la penitencia, que aun estando malo de los pies en Japón, no se quería poner unas sandalias de paja hasta que se lo mandaban. Cuando le sobraba algún tiempo de sus obligaciones, iba a cavar a la huerta por desechar la ociosidad, enemiga del alma, y traer sujeta la carne al espíritu, del cual le nacía

una ordinaria alegría, con que servía a los religiosos y a los pobres y conservaba la devoción.

En la oración era tan continuo este perfecto religioso, que no solamente gastaba en ella las horas acostumbradas en la Religión, mas otras muchas, y aun cuando iba camino tenía sus ratos de oración o hablaba de Dios con su compañero. Un religioso testificó que una vez yendo con él caminando le iba tratando de Dios, y este bendito mártir, diciendo que se holgaría que no le llevase Dios tan presto para vivir muchos años en la conversión de las almas, se puso en cruz por gran rato en medio del camino y parecía que iba como sin tocar en tierra, por el grande espíritu con que trataba de Dios y de su gloria. Otra vez le vió el mismo compañero que en una tormenta iba todo como embebecido en Dios, levantando los ojos al cielo y rezando en unas cuentas. Y preguntándole a quién ofrecía aquello, dijo que al Padre Eterno, para que los librase. Y en aquel intermedio pidió a un sacerdote que catequizase a unos infieles que iban allí, para que dispuestos recibiesen el agua del santo bautismo. Y habiéndoles librado el Señor, él y su compañero se fueron debajo de una peña, y allí dieron gracias al Señor. Y juzgaron los que iban con ellos que por la oración de este su siervo les había librado de aquel peligro. Otra vez fué visto de un religioso en oración tan encendido el rostro como grana fina, y sintiendo que le veían, dió un suspiro, declarador de que estaba interiormente tratando con Dios. De este continuo ejercicio de la oración le nacía ser muy afable y mirado en sus palabras, procurando en todas ellas dar buen ejemplo. Y aun en las cosas que le pasaban con los gentiles, cuando las contaba a los religiosos estando juntos en sus honestas recreaciones, hermanaba la gracia en el decir con un religioso encogimiento. Nacíale también de este santo ejercicio ser pacífico, pesándole mucho cuando había ocasión de reñir algún indio. Y echábase de ver el efecto de su oración en el rigor con que se trataba, disciplinándose, fuera de lo acostumbrado en la Religión, muchas veces, por largos espacios de tiempo, con disciplinas de alambre. Y era tan particular en esto y en traer cilicios, que le reñían los prelados y le iban a la mano. Y como él dijo a un su particular amigo espiritual, de la oración sacaba el remedio para librarse de los pensamientos deshonestos cuando de ellos era afligido. Porque consideraba la pureza y limpieza virginal, y aquella sangre de las entrañas santísimas de que el cuerpo del Hijo, Nuestro Señor Jesucristo, fué formado, y de que era cosa muy fea que gente que

había ido de España y predicaba a Jesucristo, tan puro, y a la Virgen Santísima, tan sin pecado, se dejase vencer de cosa tan miserable. Y cuando en tiempo de las tentaciones no podía rezar sus obligaciones, decía con mucho fervor: «No tengo de ofender a mi Dios aunque muera mil muertes.»

Su devoción era grande, y la mostraba en muchas cosas. Porque en rezar vocalmente tenía mucha atención, y para esto se apartaba a los lugares solitarios, haciendo de todos ellos oratorio. Y allí, para no perder la atención y vencer los pensamientos varios que se le ofrecían a la imaginación, rezaba muy alto los *Pater noster* y Ave Marías que, en lugar del oficio divino, manda la Regla rezar a los frailes legos. También rezaba el oficio de Nuestra Señora. Y fué cosa maravillosa que sin tener maestro, por sólo su cuidado y devoción a la Virgen Nuestra Señora, supo leer romance y latín. A otros santos también tenía particular devoción. Y rezaba estas devociones muchas veces cada día por las necesidades de la Iglesia y por las ánimas del purgatorio o de los frailes difuntos. Siendo tan particular en esto, que nunca se le caían las cuentas de las manos. Y andaba hurtando el tiempo de día y de noche para cumplir con sus particulares devociones. Y, sobre todo, era grande la que tenía al Santísimo Sacramento y de oír misas, ayudando todas las que podía con grande reverencia. Y estando en Japón, aun las misas que ayudaban los santos niños mártires oía. Y era cosa maravillosa que del continuo ejercicio de oír muchas misas, con ser idiota, entendía muy bien los Evangelios y oraciones de la misa. Y cuando estaba ocupado en la cocina o portería, en oyendo la campanilla de alzar, venía con gran priesa a adorar al Señor; y cuando no podía ir a la iglesia por alguna ocupación, en el lugar donde oía la campanilla cuando alzaban la sacrosanta hostia y el cáliz se hincaba de rodillas y adoraba en espíritu al Señor.

Una vez iba navegando, y tomando puerto un día de domingo a donde no había misa, se quedó en el navío, y fué visto de su compañero que unas veces se ponía de rodillas y otras se inclinaba hasta besar las tablas, al modo que acostumbramos los religiosos a besar la tierra; y después de haber como adorado al Santísimo Sacramento, y habiendo estado allí más de una hora muy encendido el rostro, saltó en tierra y dijo al compañero que ya él había oído misa en espíritu. Lo cual acostumbraba a hacer las veces que no podía oír misa. Otras veces, yendo con un sacerdote a visitar una india enferma que no podía hablar,

rogó al compañero que le hiciese la señal de la cruz en la lengua con el dedo que tocaba el Santísimo Sacramento, y luego que la hizo, habló la enferma, correspondiendo el Señor a la fe y devoción de su siervo. Estando en Japón, hallándonos en un lugar pequeño el Domingo de Ramos él y yo, informado de la casa de un solo cristiano que allí había, fuimos allá. Y por devoción de este siervo del Señor, en un portal bien pequeño hicimos un altar y celebramos aquella festividad, bendiciendo los ramos y andando la procesión, seis personas que éramos, como si fuéramos muchos.

En el celo de la salvación de las almas fué muy singular. Porque más deseoso se mostraba del provecho de ellas que de su propia salud corporal, incitando a sus compañeros sacerdotes a la vigilancia de este tan meritorio ministerio, haciendo él todo lo que podía, que no era poco. Porque aunque en nuestra sagrada Religión los legos no hagan pláticas espirituales a los cristianos en público, en las nuevas conversiones, cuando saben lengua, no sabiéndola los sacerdotes, suelen hacerlas, enseñando los artículos de la fe o lo que el sacerdote les manda, y ansí este bienaventurado mártir solía hacer muchísimas exhortaciones espirituales a los indios y enseñábales los artículos de la fe y mandamientos, catequizándoles. Y como los mismos indios afirmaban, después de haber estado gran parte de tiempo de rodillas en oración en el coro, salía a catequizar y enseñar a los enfermos. Y cuando le traían de comer, todo se lo enviaba, quedándose con solo un poco de caldo. Y si alguna vez venían a llamar al convento adonde estaba para que fuese a bautizar algún enfermo, al punto dejaba todas las cosas y solicitaba al prelado para que fuese apresuradamente. Y cuando le parecía que no iba tan a priesa como él deseaba, llevado de un santo celo, iba corriendo hasta la casa del enfermo, o con el paso apresurado iba delante, por que no se muriese el enfermo sin bautismo. Y cuando alguno no recibía el bautismo cuando se moría, era tanta la tristeza y pena que recibía, que mostraba en ella su mucho celo. Por lo cual siempre prevenía a los indios infieles con pláticas particulares para disponerlos al bautismo. Porque si no lo recibiesen, con el deseo eficaz de él se pudiesen salvar. Enviaba también los muchachos de la escuela por los pueblos adonde estaba para que con diligencia viesen si había enfermos y se lo viniesen a decir, receländose que no se muriesen los indios enfermos sin bautismo o confesión por no saber de su enfermedad el religioso. De este santo celo fuí yo buen

testigo en Japón, porque anduvimos muchos días por entre cristianos e infieles juntos y buscaba con grande cuidado las almas. Y cuando sabía que llevaban a justiciar a algún ladrón gentil, daba gran prisa el prelado para que fuesen a bautizarle, congojándose mucho por que no se perdiese cualquier alma. Una vez, sabiendo que llevaban a cortar las cabezas a una mujer con dos niños hijos suyos me hizo salir a las doce del día del mes de agosto, con mucho calor y peligro de la vida, para que fuese a bautizar los niños. Y aunque fuí, no fué de provecho, porque ya estaban degollados.

En cualquier convento adonde se hallaba, por que los que se venían a confesar fuesen confesados, rogaba mucho a los confesores confesasen a los que les traía. Y aunque los prelados le mandaban que no se congojase tanto, decía que no podía acabar consigo de no recibir mucha pena viendo que el demonio se llevaba algún alma. Y tan eficazmente persuadía la salvación a los indios, que parecía que el Señor le daba lengua y espíritu. Una vez, día de San José, dijo cosas tan altas de Dios y del bienaventurado santo en la lengua de los indios, no sabiendo sino muy poco de ella, que pareció a los que le oyeron que, correspondiendo el Señor a su santo celo, le infundía la lengua. Por lo cual le llamaban los indios en ella el enseñador. Y para enseñarles y moverles con ejemplo vivo hacía muchas mortificaciones públicas.

Era también notablemente piadoso, curando a los llagados, visitando los enfermos, dando de comer a los hambrientos, y cuando era portero, con lo que podía juntar en el convento y los devotos le daban, los vestía. Y en todo lo que podía hacía oficio de padre, como yo vi en Japón. Porque antes que hubiese hospitales para los leprosos, cuando alguno venía a la portería y mostraba gustar de las cosas de Dios, con la poca lengua que sabía (aprendida con harto trabajo y cuidado, por ser hombre de cincuenta años), les regalaba y lavaba por amor de Dios los pies, con esperanza de que se bautizarían. Y si se querían quedar allí, en la huerta o en otro cualquier lugar procuraba acomodarles. Cuando se hicieron los hospitales, él iba también los días que les cabía a visitar los pobres y lavarles y consolarles. Y como era tan espiritual y deseoso de aprovechar a los japones, estudiaba pláticas que hacerles. Y aunque no sabía lengua para catetizar a los gentiles, con la que sabía, cuando era portero los recibía con amor y con gran diligencia buscaba luego quién los catetizase. Y cuando no hallaba otro, traía alguno de los santos niños

mártires que les hablase de Dios, y particularmente si eran mujeres. Y cuando veía que los benditos japones que catetizaban habían trabajado mucho, los regalaba en lo que podía. Y como los gentiles que le veían consideraban su buen semblante y comedimiento y afabilidad, decían que aquel era perfecto bonzo, que quiere decir perfecto religioso, conociendo (aunque no conocían a Dios) la bondad de su siervo, a quien honró el Señor dándole gracia para hacer maravillas; porque estando una mujer infiel muriéndose sin hablar, haciendo sobre ella la señal de la cruz, habló luego y fué bautizada. Con la misma medicina sanó a otro indio mordido de una ponzoñosa culebra, estando sin remedio alguno natural.

Aunque el amor de Dios con que su alma estaba enriquecida resplandecía en las virtudes de que estaba adornada (como queda dicho), también se colige del mucho menosprecio que tenía de las cosas del mundo y aborrecimiento de las cosas malas y de sí mismo. Porque parecía que no tenía amor propio, por emplear todas las fuerzas de su alma en servir y amar a su Dios, teniéndose por siervo inútil cuando acababa de hacerle algún servicio. Como se vió cuando, estando en el hospital de los indios de Manila curando los enfermos y catetizando los gentiles, que eran muchos, decía que comía el pan de balde, por parecerle que era poco cuanto hacía, según lo que deseaba hacer por su Dios; adelantóse el deseo a sus obras tanto, que muchas veces decía que deseaba dar la vida por él. Y con este intento procuró ir a Japón, y cumplióle Dios su deseo, pues fué allá. Y ayudó a salvar muchas almas con sus oraciones y buen ejemplo y algunas razones que decía a los gentiles. Por las cuales, movidos muchos, se bautizaron, como en el libro IV, capítulo XIX, de uno en particular se dijo. Pero para que se hinchiese del todo el vacío de su deseo de servir a Dios, padeciendo por su Majestad, le guardó para que fuese compañero de los santos mártires en sus trabajos y martirios. Y según la tentación que poco antes tuvo de volverse a Manila, pareciéndole que en Japón no era de provecho, ya debía barruntar el demonio que quería Dios dar un pregón público de su santa ley siendo crucificados veintiséis mártires. Entre los cuales iba este glorioso santo muy confortado en el Señor. Porque aunque viejo, tenía fuerzas espirituales y corporales para sufrir los trabajos que padecieron. Poco antes de que fuese crucificado, llegando a hablarle de mi parte un portugués, y queriendo quitarle una cruz que llevaba al cuello de reliquias de que yo le di noticia, no la

quiso dar si no lo mandaba el santo comisario. Y sabiendo su voluntad, se la dió al portugués. El cual la tomó con tanta devoción y la traía consigo con tanta fe, que me afirmó muchas veces que después que la tenía se veía libre de muchas tentaciones con que su mocedad era conquistada. Y queriendo tomársela el obispo y pidiéndosela, le ofreció toda su hacienda antes que la cruz, no teniendo por mala crianza el no darle lo que de tanta importancia le era. Y queriéndole otro portugués quitar las cuentas que llevaba en la mano, díjole que se las dejase, porque iba rezando la corona de Nuestra Señora, de quien era particularísimo devoto. Finalmente fué crucificado, y, según los testigos de vista notaron, tenía su pensamiento tan puesto en Dios, ofreciéndole su vida y mil que tuviera, que sin hablar palabra fué levantado en la cruz, y, alzando los ojos al cielo, con las dos lanzadas dió su espíritu al Señor. Subiendo a gozar de su clara vista, laureado con las coronas de virgen (según se cree) y mártir glorioso.

CAPITULO VI

DE LA VIDA DEL SANTO MÁRTIR FRAY GONZALO GARCÍA

Patria de este glorioso mártir.—Fué lengua de los padres de la Compañía.—Buen consejo.—Cuándo se aficionó a ser fraile.—Tomó el hábito en Manila.—Cómo volvió a Japón.—Trabajó mucho en Japón.—Sirvió de intérprete.—Tenía gran caridad con el prójimo.—Era muy penitente.—Deseaba ser mártir.—Tenía gran esfuerzo en los trabajos.—Cómo murió.

Aunque para el oficio de enseñar y predicar el santo Evangelio a los gentiles sea necesaria suficiencia de letras, discreción y virtud, ayudado de la divina gracia y de la lección de libros devotos y del ejercicio de las virtudes, el santo mártir fray Gonzalo, aunque era lego, como fuese muy buena lengua de Japón, proponía a los cristianos y gentiles la palabra de Dios, con tan eficaz espíritu y claridad de razones, que hizo notable fruto todo el tiempo que estuvo en Japón, como de su vida constará. Parte de la cual lo supe de su boca, por ser los discursos por donde vino a ser religioso, y parte como testigo de vista puedo testificarla.

Nació este santo mártir en la ciudad de Bazain, conocida en la India Oriental de Portugal. Su padre fué portugués, según él y otros decían, y su madre, natural de

aquella tierra, hija de padres cristianos. Porque parece que no sólo quiso ilustrar el Señor la nación española dándole dos mártires de Castilla la Vieja y otros dos de Vizcaya y Galicia, pero quiso repartir la honra de ser madre de un mártir a la India Occidental de Méjico, y que la India Oriental lo fuese de otro. Fué criado en su tierna edad con los padres de la Compañía de Jesús. Los cuales, viendo sus buenas partes naturales, siendo de quince o dieciséis años fué en compañía de los padres que iban a Japón, adonde se conservó ocho años en servicio de algunos padres muy religiosos. Porque como era mozo y tenía buena habilidad, con facilidad aprendió la lengua japona, y servía a los padres que administraban la cristiandad de intérprete, ayudándoles mucho a la conversión. Porque catetizaba muy bien y en su modo de hablar parecía naturalmente japón. Y era esto tanto, que, sabiendo que una señora principal, gentil, era muy amiga de sus ídolos, fingiendo él que era un gran letrado gentil, la fué a visitar (como él me contó), y tratándole de las cosas de la gentilidad, la fué disponiendo para que el día siguiente hiciese venir allí alguno de los ministros de sus ídolos, para que disputasen con él en sus mismas sectas. Venido el tiempo de la disputa, después que se hubo mostrado tan leído en los libros de Xaca (que es el escritor principal de los gentiles) que les puso admiración a los bonzos con las vivas y claras razones del catecismo que le habían enseñado, les vino a convencer de sus engaños. Y habló tan altamente de la fe, que, alumbrada del Espíritu Santo, la señora se convirtió y fué principio de la conversión de muchos.

Con quien estuvo este santo mártir más tiempo fué con el padre Sebastián González, varón de gran santidad, como queda dicho, con lo cual aprendió mucha virtud y a tomar con mucho celo la conversión de las almas, y sobre todo a ser muy caritativo con los pobres, dándoles cuanto tenía, como hacía su maestro, confiando en la misericordia de Dios que no le había de faltar lo necesario (1). Y mostraba el Señor en muchas cosas cómo se agradaba de la caridad de su siervo proveyéndole sin procurarlo tan abundantemente, que jamás le faltaba. Y aconteció muchas veces que poniéndole los cristianos por intercesor para que el padre les diese alguna reliquia o cuenta bendita, le decía al padre, cuando no las tenía, que viviese él de tal suerte que se hiciese reliquia, pronosticando que lo había de ser muriendo por Jesucristo Nuestro Señor. Después de

(1) L. IV, c. 3; l. V, c. 24.

ocho años que estuvo en la Compañía, como hubiese trabajado mucho en aquella conversión, tratando con grandes y chicos, agradando mucho a los cristianos su gravedad y buen ejemplo, pidió muchas veces a los prelados que le admitiesen para ser hermano de la Compañía. Y como le diesen buenas esperanzas, para hacerle más cuidadoso en merecer lo que pedía dilatándoselo mucho, determinó salirse de la Compañía. Y andando con este pensamiento, sucedió que arribó un navío de Manila a Japón, y en él iba el hermano fray Juan Pobre, fraile lego. El cual, siendo muy rico, dejando lo que tenía a pobres, tomó el hábito en Manila, de adonde iba a la ciudad de Macán, en la China, y como tomase puerto en Firando (adonde a la sazón estaba este bienaventurado mártir), fué tanta la admiración que gentiles y cristianos recibieron con la vista de este religioso, por la novedad, estrecheza y pobreza del hábito y por ser el primer fraile que habían visto en Japón, que le dió a este bendito mártir mucha materia de considerar el menosprecio del mundo y de sí mismo que aquel religioso mostraba. Y considerando muy por menudo todo lo que hacía, viendo su humildad y devoción y el agradecimiento que tenía a las limosnas que le hacían, y sobre todo verle salir al campo (como él me decía) y, escondiéndose, desnudarse el pobre y solo hábito que traía, y cubierto con el manto limpiarle de las perlas de pobres (como decía el santo obispo San Luis, honra de nuestra santa Religión), engendró en su corazón un gran deseo de comunicarle en particular y de informarse del modo de vivir de su Religión. Y viéndose con él, quedó muy satisfecho de su buena conversación y santas palabras y de la pobreza y mortificación y humildad de la Religión de nuestro padre San Francisco, concibiendo en su corazón particular afición a tan santa y perfecta Orden. Y si tuviera luego comodo, quisiera tomar el hábito en ella; pero dispúsolo el Señor para adelante.

Como no era admitido por hermano de la Compañía, como deseaba, pidió licencia para irse a la ciudad de Macán, y dándosela, se fué a casa de un portugués amigo suyo, y con ayuda de algunos amigos portugueses comenzó a contratar, haciéndose mercader, y por hacer más ganancioso su trato, fué a la ciudad de Macán. Y en ella por espacio de cuatro años contrató, y ofreciéndose ocasión de venir a Manila, comenzó el Señor de nuevo a llamarle con inspiraciones particulares para que, renunciando el mundo, pusiese en ejecución el deseo que tenía de ser fraile de San Francisco. Y visto que no le sería estorbo el

haber estado en la Compañía, por no haber sido ni aun novicio en ella, que era lo que más recelaba, por la inconstancia que parecía el haberse salido de ella, determinóse secretamente de pedir el hábito para fraile lego de San Francisco. Y viendo su buen deseo y aspecto, le dijeron que dispusiese de su hacienda, porque sin falta se lo darían. Con lo cual, sin saber los mercaderes, sus compañeros, su intento, aunque notaron el barato que hacía de su hacienda y las limosnas que daba, cuando más descuidados estaban, supieron que había tomado el hábito de nuestro padre San Francisco. Puso grande admiración a los portugueses la determinación de su compañero, y como amigos según la carne y sangre comenzaron a publicar que era enfermo y de flaca complexión y que no podría perseverar en la Religión. Pero el Señor le dió fuerzas para llevar los trabajos del año de noviciado y espíritu para aprovechar mucho en la humildad, caridad y oración mental. Y dando buenas esperanzas de que había de ser buen religioso, fué admitido a la profesión, y luego le ocupó la obediencia en los oficios de la cocina y refectorio, en los cuales servía como buen religioso, mostrando a todos mucho respeto y caridad. También sirvió en el hospital de los indios, y les era de mucho provecho para el bien de sus almas. Y particularmente para las de los japones, porque en aquel tiempo fué la primera vez que vinieron a Manila, y servía de lengua al gobernador y de intérprete a los japones cristianos que se querían confesar. Y catetizó a muchos gentiles que se bautizaron, y, movido de su gran caridad, procuraba fuesen bien tratados y despachados, no permitiendo que se les hiciese agravio, diciendo cómo los japones no eran traidores y que sólo para contratar venían a Manila. Una vez defendió y libró de la cárcel a un japón gentil que, viniendo allí con su navío, entendieron era ladrón, y después, en Japón, recibimos los frailes de él muchas limosnas en su casa, con señales de agradecimiento y amor verdadero.

Como este santo mártir era tan buena lengua de Japón, tenía tanta experiencia de las cosas de aquel reino, fué señalado por compañero del santo comisario cuando fué enviado a Japón por embajador. Y con el santo comisario fué a dar la embajada al rey, y sucedió lo que queda dicho en el capítulo IV del libro V. Y como se vinieron a conocer el rey y este glorioso mártir, fué de mucha importancia para edificar la iglesia, porque hablándole este bienaventurado mártir en la calle (como se dijo), le mostró mucho favor y le concedió lo que pedía. También

el gobernador del reino y los grandes le hacían mucha honra cuando iba a negociar con ellos, como yo vi las veces que fuimos juntos. Porque como sabía el modo con que les había de hablar, érales agradable su conversación y concedíanle cuanto les pedía. Y cuando, viéndose en necesidad el primer año, iba a pedir limosna por amor de Dios a los que vendían hierbas y pescado, dábanle de buena voluntad por verle hablar su lengua y ser extranjero.

Dióle el Señor particular gracia para atraer a los cristianos, en especial para edificar la iglesia, casa y los hospitales. Porque con el favor del hermano Cosme Yoya y de los santos mártires japones hizo mucho fruto en la conversión de los gentiles. Porque los enseñaba y catetizaba aprovechándose del catecismo del padre fray Luis de Granada, luz resplandeciente de nuestra España, y de muchos libros espirituales, y preguntando a los religiosos (por ser los más de ellos letrados) las dificultades que se podían ofrecer a los gentiles. Y en esto trabajó mucho los dos primeros años, que por no saber otro de nosotros la lengua, y así él servía por dos. Porque no sólo tenía cuidado de las limosnas que daban los cristianos para el sustento corporal y de la sacristía, que era muy curioso; mas salía a visitar al gobernador y a otras personas principales cuando era necesario y recibía todas las visitas que venían a casa, y dentro y fuera de ella trataba del bien del prójimo, procurando que oyesen sermón los gentiles. Y siendo padre verdadero de los recién convertidos, conservándolos en la fe y enseñándolos con mucha caridad y amor. Y recibiendo con entrañas de misericordia y piadosas lágrimas a los que habían apostatado en tiempo de persecución alguna, llamándome a mí o a otro religioso para que los absolviésemos. Servía también de intérprete para los que se querían de su propia voluntad confesar con alguno de nosotros. Y muchas veces salíamos él y yo por los templos de los ídolos, y como él hablaba a los gentiles como si fuera japón, trababa con ellos conversación, y siempre volvía con ganancia de almas, habiendo dado testimonio de que éramos siervos y ministros de Dios.

En el servicio de los hospitales era muy cuidadoso, porque, fuera de ser incitado de la caridad, tenía entrañas muy piadosas para servirles y procurarles, con licencia del santo comisario, muchas limosnas entre los portugueses y cristianos japones. Y enseñábales el camino de la salvación, tomándole Dios Nuestro Señor por instrumento para muchas cosas de su servicio. Una vez fuimos juntos a la ciudad de Zacay, y en el hospital de leprosos cristianos que

allí hay, que eran casi cuarenta, le vi que los lavó a todos los pies con gran fervor, en honor de la Santísima Trinidad y de la Virgen gloriosa y de los demás santos de la letanía, invocando alguno de ellos a cada uno de los que lavaba. También tenía cuidado de hacer limosna a los japones que sabía tenían necesidad, y ellos, viendo su mucha caridad, le manifestaban sus necesidades.

Su persona trataba con gran rigor, porque, aunque era muy enfermo de continuas y trabajosas enfermedades, no aflojaba del rigor con que vivían los demás religiosos, vistiendo pobremente, andando en tiempos de grandes fríos siempre descalzo, no queriendo en esto dispensar consigo, aunque por sus necesidades al parecer de todos tenía obligación a ponerse algo en los pies; echaba muchas veces agua en la comida, como yo veía, por hacerla más desabrida, que, según con mi poca virtud yo juzgaba, lo era siempre harto, si la salsa del hambre no la hiciera sabrosa. Seguía de noche y de día el coro y horas de oración, y en las cosas de humildad era muy diligente, que fué de mucha importancia para criar en ella los japones mancebos y niños que servían de doxicos en el convento. Enseñábales también a orar, y particularmente a sentir la Pasión de Jesucristo Nuestro Señor, la cual (estando un ciego diciéndola el Viernes Santo por la mañana) mostró este devoto religioso sentir con tantas lágrimas, sollozos y suspiros, que puso gran devoción a los que estábamos presentes. Persuadía a los doxicos a ser recogidos, obedientes y devotos. Y con su buen ejemplo aprovecharon tanto en esto, que, conocida la condición natural y altiva de los japones, era cosa maravillosa ver cuán humildes y sujetos estaban, como quien había mudado la naturaleza con la gracia y favor de Dios Nuestro Señor.

Desde que le conocí, que fué en llegando cerca de Miaco, que nos salió a recibir, siempre vi en él un deseo muy fervoroso de ser mártir. Y ansí, a todos los que catetizaba, antes que se bautizasen no solamente los doctrinaba en los artículos de la fe, mas los incitaba a que estuviesen tan firmes en ella, que si fuese necesario morir por ella lo hiciesen. Y en las pláticas públicas que hacía a los fieles les animaba mucho para padecer martirio si se ofreciese ocasión. Por lo cual, cuando hubo algunos indicios de su prisión, teniendo por cierto, por algunos indicios y cosas que habían sucedido en aquellos días, que les habían de crucificar o echarles de Japón, lo dijo a un castellano que estaba en aquella sazón, en los negocios del navío «San Felipe», en el convento, como el mismo castellano contó. Y

luego cortó calzones de lienzo para todos los japones que había en casa, para estar más honestamente en la cruz, que esperaba para sí y para los demás, como sucedió. Y aunque el día que pusieron las guardas al convento de Miaco estaba fuera de él, en la ciudad de Fugimi, adonde se pudiera esconder o huir, vino luego como envidioso de que sus hermanos padeciesen y él no. Y ansí casi del principio fué participante de la reclusión. Y en tiempo de la prisión de los frailes fué más maltratado que los demás, porque le lastimaron mucho con el golpe que le dieron cuando le hallaron abrazado con la cruz de la huerta (como queda dicho), y le dolió mucho hasta acabar la vida. Y en las cárceles y afrentas públicas mostró grandísimo ánimo y esfuerzo, porque, fuera del que recibía de Dios, le tenía natural, y ansí con infatigable fortaleza animaba a los demás mártires y en toda ocasión daba a conocer a Jesucristo Nuestro Señor, predicando por el camino sin cansar a gentiles y cristianos. Y aunque venía muy fatigado de los trabajos pasados, cuando los portugueses salieron al camino a los santos mártires, les consoló mucho con sus santas palabras; y habiéndose aparejado con profunda oración para la muerte, que esperaba, en llegando a donde había de ser crucificado, después de haber hecho una breve plática en lengua japona, con que dió testimonio de la fe y santa ley por que moría, preguntando cuál era su cruz, se llegó a ella. Y puesto de rodillas, la besó devotamente, y levantando los ojos al cielo, dió gracias a Dios por la merced que le hacía en que muriese por su santo nombre, y ofreciéndole aquella muerte, dijo con mucha humildad: «Señor, todo lo que he podido he hecho; reciba vuestra divina Majestad mi vida, y muchas ofreciera si las tuviera.» Y poniéndose la capilla y una cuenta bendita, presa con un hilo de los lados de la capilla, en la boca, fué levantado el primero en la cruz. Y perseverando con mucha fe y devoción, decía en voz alta el *Pater noster* y Ave María, y nombrando muchas veces el santo nombre de Jesús, para ganar la indulgencia que tenía la cuenta bendita, aguardó, sin mostrar temor, las lanzadas, con que, traspasando su corazón, fué su alma llevada por mano de ángeles (según se debe creer) y colocada con mucho aumento de gloria en el coro de los gloriosos mártires, quedando su rostro con tanta compostura que parecía estar durmiendo. Y en muchos días estuvo tan entero, que era motivo para que glorificasen a Dios en su siervo todos los que iban a visitar los cuerpos de los santos mártires.

CAPITULO VII

De la vida del bienaventurado mártir Paulo Miqui, hermano de la Compañía de Jesús

Era celoso predicador.—Admirable fortaleza.—Testimonio que dió de la fe.—Hecho digno de alabar.

Aunque se puede gloriar de muchos gloriosos mártires que entre infieles y herejes ha tenido la santa Religión de la Compañía de Jesús, entre los más principales y célebres puede ser contado el santo hermano Miqui Paulo (que así se llamaba), porque los japones cristianos toman por sobrenombre el nombre propio que tenían cuando gentiles. Y como en aquella lengua se habla al revés de la española, ponen el sobrenombre antes del nombre de cristiano (pero yo pondréle después en todas las vidas que se siguen, por hablar a nuestro modo), por haber ilustrado con su martirio su Religión y nación japona. Porque siendo planta tierna en la fe, se conserva en ella entre infieles. Y como creciendo en edad fuese aumentando los buenos deseos para subir a la perfección, fué admitido por hermano de la Compañía, en la cual confío en el Señor que no faltará un prudente historiador que saque a luz, para edificación de los fieles, la vida de este glorioso mártir, contando sus virtudes más largamente que yo, pues sólo de vista, y no de mucha conversación, le conocí. Colegí de él, dos o tres veces que vino a nuestro convento, que era callado y modesto, dando a entender lo mucho bueno que en once años que fué hermano de la Compañía había aprendido. Y entre todos los hermanos, los que en la sazón que yo estuve en Japón predicaban, este santo mártir tenía fama entre los cristianos de más espiritual predicador y que más provecho hacía, mostrando su fervoroso celo con afectos y palabras en lo que le oían, por lo cual aun de los mismos padres de la Compañía era alabado de humilde y buen predicador, y que trataba de veras el aprovechamiento de las almas, y de aprovechar también la suya con virtudes.

Cuando mandaron poner guardas a la iglesia de los frailes en Usaca, fué también preso este santo mártir, con otros dos japones, en la casa de la Compañía, y juntamente con el santo fray Martín fué llevado a la cárcel de Miaco. Y a dos presos que había en aquella cárcel les predicó él particularmente, con tanto fervor y espíritu, que se bautizaron, con gran alegría de todos los benditos mártires. Tam-

bién, cuando fué llevado a la vergüenza por las calles de ciudad en ciudad con los demás, en las ocasiones que se ofrecían hablaba altísimamente de las cosas de la fe. Por la cual moría con tanto gusto, que diciéndole que le habían de librar de la muerte, dijo con gran constancia que, pues el Señor le había puesto en ocasión para ofrecerle su vida y asegurar su salvación, que quería seguir tan buenos capitanes y esforzados soldados como iban en su santa compañía. Y que habiendo él sido muy devoto del seráfico padre San Francisco, recibía particular merced en padecer y perder la vida por Jesucristo en compañía de sus santos hijos.

Tres leguas antes de Nangasaqui salieron dos padres de la Compañía a comulgar los santos mártires (como queda dicho en el libro IV, capítulo XV), con el uno de los cuales se reconcilió este glorioso mártir. Y fué para ellos de mucho contento ver el buen espíritu con que venía a morir en la cruz. Y en ella más particularmente le mostró, porque siendo levantado en alto, sin turbarse ni dejarse vencer del amor que tenía a su padre adoptivo, que estaba presente, derramando muchas lágrimas, haciendo de la cruz púlpito, el tiempo que tuvo de vida siempre predicó, diciendo a los japones que él también lo era y que les desengañaba, como hombre que en aquella hora había de decir verdad, que no había en otra ley salvación sino en la ley de Cristo Nuestro Señor, a quien adoran los cristianos. Y que él alegremente daba su vida por ese mismo Dios; que él perdonaba a sus enemigos, y al rey, y a todos los que eran culpados en su muerte, y rogaba al Señor que se bautizasen. Y con estas palabras acabó. Hallándose a sus pies un padre de la Compañía, que le esforzaba para ir a la bienaventuranza del cielo, adonde recibiría particular gozo viendo muchas almas que por su predicación se habían salvado. Porque predicaba sin temor humano, como se echó de ver antes que fuese preso. Porque encontrándose en una calle de la ciudad de Usaca con muchos ministros de justicia gentiles que iban con un condenado a muerte, sin temor alguno se entró por el tropel de la gente, y llegando al gentil que había de ser descabezado le predicó tan fervorosamente que, conocida la verdad, se bautizó, y diciendo Jesús, María, pasó de la presente vida (según, por la merced que recibió, se debe creer) a la eterna.

CAPITULO VIII

De la vida del glorioso mártir Juan de Goto, hermano de la Compañía de Jesús

Era muy devoto.—Hizo profesión de hermano.—Murió de diecinueve años.

Bien se echó de ver en el fin que este glorioso mártir tuvo en su tierna edad de cuánto provecho fueron los santos documentos que aprendió de los padres de la Compañía, a quienes había servido de doxico algunos años. Y como sus padres fuesen buenos cristianos, naturales de una isla llamada Goto, diez leguas de Nangasaqui, desde su niñez fué ofrecido a la Compañía, para que siendo su servicio agradable y hallándole de buenas partes y virtud, fuese admitido por hermano, que éste es el principal intento de los que sirven el altar con nombre de doxicos. Y aunque muchas veces vi este bienaventurado mártir, sólo un día con mucha devoción me ayudó a misa, porque no le traté muy en particular, como no se ofreció ocasión de hablarle. Aunque noté mucho su compostura y buen exterior, que era indicio que en lo interior estaba muy aprovechado en la virtud. Y echóse de ver, pues antes que fuesen puestas guardas a la casa adonde él estaba, aunque pudo huir, no lo hizo, sino perseveró, poniendo en orden las cosas de la sacristía, que estaban a su cargo, y ansí fué preso y llevado con los demás afrentosamente hasta Nangasaqui, adonde iba muy alegre no porque había de ver a sus padres según la carne, como suelen ir los mozos que van a sus tierras, mas porque había de morir por su Dios.

Y como solamente tuviese un deseo, que era de hacer profesión de hermano de la Compañía antes que muriese, correspondiendo el padre viceprovincial de la Compañía a él, dió su autoridad a un padre de los dos que salieron al camino a comulgar a los santos mártires para que en sus manos hiciese la profesión que hacen los hermanos japones. Con esta merced que le concedió el Señor quedó tan obligado y esforzado, que, olvidado del temor de la muerte, puesto en medio del amor de Jesucristo y de sus padres, que estaban presentes, con el sentimiento posible por verle morir crucificado, satisfaciendo a la obligación que tenía a los padres con algunas buenas razones con que se despidió de ellos, fué con grande ánimo, mos-

trando el amor que tenía a su Dios, a la cruz que le estaba señalada para ser crucificado. Y cuando fué enarbolado en ella, hallándose junto a él un padre de la Compañía, que le animaba, con gran entereza de ánimo le respondió que perdiese cuidado, que con la ayuda de Dios no desmayaría. Y ansí fué que, confortado del Señor, murió, siendo de diecinueve años, con grande ánimo, dando su espíritu al Señor para ser puesto en el número de sus valerosos mártires, quedando su cuerpo en la cruz con mucha compostura, lo cual fué gran consuelo de los padres que le engendraron y de muchos cristianos, que alababan al Señor viendo la fe y constancia con que había acabado su mocedad, sacrificándose en la cruz a Dios Nuestro Señor.

CAPITULO IX

De la vida del glorioso mártir Diego Quisay, hermano de la Compañía de Jesús

Oficio de buen padre.—Era devoto de la Pasión de Nuestro Señor.—El oficio que tenía.—Hizo profesión de hermano.

Con razón son comparadas las Religiones a las barreras en que se libran los hombres de la braveza de los toros bravos que andan en el coso. Porque de los peligros del mundo, como en barrera segura, se libran no solamente los religiosos, mas aun los que viven en su servicio. Por lo cual este dichoso mártir, como se viese en muchos peligros por estar entre gentiles y tener la mujer apóstata de la fe, hallando ocasión, se entró en la Compañía para servir de lo que le mandasen, siendo, a mi parecer, de casi cincuenta años. Porque estando yo en Usaca le traté por algunos días, y colegí de su devoto espíritu que tenía mucho deseo de servir al Señor y de que su mujer se redujese a la fe, por lo cual, fuera de pedirme que la encomendase a Dios para que la alumbrase y convirtiese, la importunó que viniese a oír los sermones que hacía el santo mártir León y que viese a los religiosos. Y aunque la pude traer hasta donde estábamos, no quiso vernos ni oír sermón, que no era pequeña pena y congoja para él. Pero consolábase mucho viendo que un hijo que tenía, llamado Juan, de edad de diez años, daba muestras que había de ser buen cristiano. Y los días que estuvo en nuestra compañía en aquella casa, que era de un amigo suyo, siempre

le tuvo consigo, para que viese cómo los religiosos, a las horas acostumbradas de día y de noche, oraban y se disciplinaban. Y para que oyese los sermones y pláticas que se hacían y vida de los santos que a las noches se leían, esperando que ansí había en aquella tierna edad de aprovechar mucho para adelante.

Comunicóme este siervo del Señor sus devociones, y entre otras tenía una en particular, que era rezar cada día la Pasión de Cristo Nuestro Señor. La cual tenía escrita en su lengua con letras de japón (de las cuales era buen escribano) y teníala encuadernada en un libro pequeño que traía siempre consigo. Y que en tan de continuo refrescaba la memoria con el fuego de amor que nos mostró el Señor en su santa Pasión, cierto es que había de participar mucho de él, poniendo freno a cualquier apetito desordenado y resistiendo a las tentaciones del demonio y procurando medrar mucho en la virtud.

Algunos días después de esto, yendo a visitar los padres de la Compañía (como muchas veces hacíamos los frailes, y ellos venían a nuestro convento algunas), le encontré allí y me dijo que estaba con los padres y que servía de escribir. También, estando yo en el convento de Usaca, le vi en compañía del padre Morejón, a quien yo visitaba, y con particular amistad trataba, por ser varón muy religioso y letrado y experimentado en las cosas de Japón. Allí supe cómo este santo mártir le servía de dar de beber a los huéspedes principales, gentiles y cristianos, que de ordinario de día y de noche visitaban al padre Morejón. Y, según la costumbre de Japón, de dárseles a beber unas hojas de una hierba que llaman cha, molidas con agua muy caliente, la cual bebida se da en casa de todos los japones honrados, por ser muy confortativa y medicinal, y para esto hay siempre agua caliente. Y en las casas de los principales hay un hombre diputado para esto, que es como hospedero que recibe y regala a los huéspedes. Por lo cual, como los padres de la Compañía en obra, traje y manera exterior de conversar se hayan conformado con los japones, para atraerlos mejor al conocimiento de la fe, tenían a este glorioso mártir para que hiciese el oficio de dar esta bebida, y el Señor, que le tenía escogido para ser glorificado en su muerte, le dió ánimo para aguardar a que le pusiesen guardas en compañía de dos hermanos, Michi Paulo y Juan, y dióle perseverancia en sufrir afrentas por su amor, hasta que escribiendo y firmando con su sangre que la fe de Jesucristo es verdadero camino de la salvación, dió en la cruz su vida, com-

prando con su muerte temporal la honra de mártir y vida eterna, habiendo poco antes hecho profesión de hermano de la Compañía, juntamente con el santo hermano Juan, como se dijo.

CAPITULO X

De la vida del fervorosísimo mártir León Carasuma, hospitalero

Fué bonzo.—Cuándo se juntó a sus frailes.—Hizo voto de continencia.—Trabajó mucho en la iglesia.—El padre Pasio me dijo que había escrito a Roma que eran 300, y yo vi edificadas casas de gentiles a donde ellos estaban.—Cómo comenzó a hacer penitencia.—Era predicador de catecismo.—Celo de la salvación de las almas.—Libertad cristiana,—Fué el primer hospitalero.—Inhumanidad de los japones.—Deseo fervoroso.—Tenía gran ocasión de merecer.—Razón digna de notar.—Cosa notable.

Confieso que deseaba notablemente llegar a escribir la vida maravillosa de este glorioso mártir, por haber sido tan fervorosas sus obras, que ponían admiración. Y comparando todas las señales que vi de fe en los cristianos de Japón con las suyas, no son en parte tan dignas de ser alabadas, aunque sean de gente muy aprovechada en la virtud. Porque considerando el celo que tenía de la honra de Dios Nuestro Señor, con razón puede ser llamado «León de Dios». Como en nuestra España, en la ciudad de Granada, fué llamado Juan de Dios un varón de mucha caridad para con los pobres (como en su vida se verá). Y de casi todo de lo que dijere seré testigo de vista, por haberle conversado particularmente y traído por compañero de las peregrinaciones que hice a Japón.

Era este bienaventurado mártir natural de Oari, y antes de su conversión, según él me decía, estuvo muchos años en un templo de ídolos, adonde era bonzo, cuyo oficio es engañar a sus feligreses por que no les falte el cebo de sus limosnas, con que sustentan entre los gentiles algún honor. Y como oyese hablar de las cosas de Dios a un hermano japón de la Compañía, como de las perdices se cuenta, que, estando en ajeno nido, en oyendo el reclamo de la verdadera madre le conocen y se van luego a ella, ansí este santo, estando en servicio del demonio, en oyendo el reclamo de su Criador y Redentor y verdadero Padre, Dios, por medio de su divina palabra luego lo dejó todo, y, des-

engañado de sus engaños, se bautizó con mucho pesar de Satanás y contento de los cristianos. Con la comunicación de los padres de la Compañía y de Cosme Yoya, gran cristiano, y de algunos de los santos mártires iba creciendo cada día más en la fe, siendo de casi treinta años cuando se bautizó. Y hallando una mujer muy a su gusto y de valor, la persuadió que se bautizase, y casándose con ella, vivían, aunque con pobreza, en temor de Dios.

Cuando llegaron los Frailes Descalzos de San Francisco a la ciudad de Miaco y fueron aposentados en un estrecho lugar, en casa de un gentil, como está dicho, aunque su vida apostólica era notada de los cristianos, entre los que más mostraron reparar en su menosprecio y pobreza de las cosas del mundo fué este bienaventurado mártir. Y aunque él deseaba mucho hallar el camino de servir perfectamente a Dios, parecióle que no podría llevar el rigor que los frailes en su modo de vivir tenían. Pero todo este temor perdió cuando tratando con el santo mártir Gonzalo, particularmente conoció el estado de los religiosos. Y viendo su llaneza y afabilidad, se les aficionó mucho. Y creciendo cada día más su devoción, pretendió que le admitiesen en su compañía. Porque, aunque tenía mujer y una hija pequeña, habían los dos de común consentimiento hecho voto de continencia. Pero aunque entonces no salió con lo que deseaba, procuró persuadir algunos cristianos pobres, que fueron algunos de los santos compañeros que tuvo en el martirio, a que fuesen muy devotos de los frailes; y como entonces se trataba de hacer iglesia y casa, él ayudaba a solicitar la limosna que algunos cristianos dieron, tomando prestados algunos dineros que el gentil de Zacay, amigo del santo fray Gonzalo (como en su vida se dijo), prestó, andando algunos caminos para este fin. Y otros en compañía de los frailes que íbamos a buscar almas. Y a donde quiera que iba era conocido, por la mucha devoción que mostraba a nuestro glorioso padre San Francisco y a los frailes, sus hijos.

Alcanzada la licencia del rey Taicosama para hacer la iglesia en Miaco, él tomó la mano en la obra, y compraba les materiales, solicitando de los carpinteros gentiles a que la hiciesen con cuidado y acabasen presto la casa. Y también a los cristianos devotos y a sus mujeres para que acudiesen a la obra, ellos trabajando (como queda dicho en el libro IV, capítulo VII) y ellas haciendo otros oficios, conforme a su estado. Y puso en esto tanta solicitud, que dentro de tres meses se acabó casi toda la obra, de tal suerte que pudieron los religiosos pasarse a vivir a la casa

nueva. Adonde, aunque trabajaba de día con algunos cristianos, velaba de noche. Porque como no estaba bien cerrado el convento, algunos gentiles podían venir y agraviar a los religiosos o a robarles. Porque hasta que conocieron la pobreza de los frailes, eran tenidos de los gentiles por hombres ricos. Y confirmáronse en esto viéndoles levantar iglesia y casa muy alta de madera y cercar un gran sitio para huerta.

Viendo los cristianos que los frailes tenían iglesia levantada, cuando menos esperanza tenían de que se hiciese, por haber visto pocos años antes derribar los templos de los cristianos que había por mandado del rey y que, como se dijo, casi milagrosamente había concedido licencia y sitio para edificar, entendieron que la estada de los frailes en Japón sería por muchos años, aunque algunos decían antes de esto que luego se volverían o que estarían tres o cuatro años. Pero el santo León, considerando la buena ocasión que se le ofrecía de enriquecerse de merecimientos en compañía de los frailes, dando orden que su mujer e hija viviesen recogidas en su casa, se quedó del todo en el convento. Adonde, ejercitándose en lo que veía hacer a los frailes, se echaba de ver cómo mudaba su áspera condición natural y pretendía, negándose a sí mismo, llevar la cruz de Nuestro Señor. Porque se levantaba de noche a maitines y se disciplinaba ásperamente y perseveraba en la oración, gastado el día, después de haber oído misa por la mañana, en una celda pequeña que le dieron, en leer los catecismos que algunos padres y hermanos japones de la Compañía tenían hechos en lengua japona para enseñar la fe a los gentiles, aunque fuesen letrados, con las dudas que suelen muchos poner y las respuestas con que satisfacerles. En este artículo, el santo fray Gonzalo le enseñaba muy particularmente. Y nosotros, aun antes que supiésemos lengua, siendo intérprete el mismo fray Gonzalo, visto su buen espíritu y celo de la salvación de las almas, le enseñábamos algunas cosas de que su ingenio era capaz. Algunos ratos íbase a cavar a la huerta, y en las cosas de humildad y servicio de los religiosos mostrábase muy diligente, deseando en todo serles semejante en las obras de virtud que en ellos veía.

Después que estuvo algo instruído en el catecismo, como un león hambriento comenzó a predicar a los gentiles que venían a oír sermón al convento. Mostrando mucho espíritu en su modo de decir y procurando enseñar lo que sabía con toda claridad, pidiendo muy de veras a Dios Nuestro Señor que antes que fuese a catetizar que le diese su

gracia, yendo a la iglesia a hacer una breve oración. Y aunque antes que comenzase este oficio rezaba muchas coronas y rosarios de Nuestra Señora y otras devociones, tomó tan de veras la conversión de las almas, que habiendo gastado todo el día en enseñar a los gentiles, tenía escrúpulo de que no tenía tiempo para rezar sus devociones, olvidándose muchas veces aun de comer. Como veía que muchos se bautizaban, daba muchas gracias al Señor. También enseñaba a los recién bautizados los mandamientos, y el modo de oír misa y rezar, y el respeto que se había de tener a los religiosos, besándoles la mano o el hábito. Decíales que estimasen mucho el haberles Dios sacado de las tinieblas de la gentilidad y traído a la luz del santo Evangelio. Animaba mucho a los otros sus compañeros que catetizaban en el convento para que no desistiesen de obra tan santa. Y por que estuviesen más acomodados, persuadiólos a todos que hiciesen junto al convento unas casillas pobres y se viniesen a vivir con sus familias a ellas. Y de esta suerte muy en breve tiempo cercaron la iglesia de casas de cristianos, siendo para ellos de mucha consolación y provecho espiritual el oír cada día misa y confesarse a menudo. Y también recibían muchas limosnas y caridades de los religiosos para ayuda de su pobreza y necesidad.

No sólo se contentaba con predicar a los gentiles en casa, pero los iba a buscar fuera a las suyas. Y a sus amigos y conocidos los procuraba secretamente atraer al conocimiento de Dios. También cuando los religiosos íbamos a los templos de los ídolos para hacer alguna ganancia en las almas, como se dijo, se iba con nosotros. Y por las calles, cuando algunos gentiles preguntaban qué gente éramos, luego les decía, la voz baja, cómo éramos ministros de Dios, que era el verdadero Salvador, y sin temor alguno iba con el rosario con cruz al cuello. Y llevaba vestido un mantillo muy remendado, no se le dando nada que hiciesen burla de él. Sucedióme en Usaca enviarle una vez, que iba conmigo a una casa cierto negocio, y volviendo encontróme en una calle adonde había muchos gentiles, y tras de él venían gritándole muchos muchachos, y detrás de nosotros también, y en llegando a mí se puso de rodillas y me besó el hábito, quedando espantados los que hacían burla de nosotros del mucho respeto que nos había tenido, y nosotros más de su mucha fe y poco temor de manifestarla. Y en todas las ocasiones que se ofrecían de reverenciar los religiosos lo hacía con mucha humildad y enseñaba a los cristianos que tuviesen sobre todo mucho

deseo de padecer por Cristo Nuestro Señor. Y en una peregrinación que hizo conmigo a unos pueblos de una sierra adonde había algunos cristianos, esto era lo que principalmente les predicaba. Y tanto deseo tenía que echasen raíces en la fe viendo la vida ejemplar de los religiosos, que nos llamaba a media noche para que en la iglesia adonde estábamos aposentados el santo fray Francisco de Parrilla y yo rezásemos maitines en la capilla, porque, fuera de cumplir con nuestra costumbre y obligación, recibían buen ejemplo los cristianos, que, sabiendo estábamos los religiosos allí, de muchas leguas venían a oír misa y comunicarnos, volviendo siempre aprovechados con los santos consejos que este siervo del Señor siempre les daba. Y lo mismo hacía en la ciudad de Usaca y Zacay, adonde con sus sermones del catecismo se convirtieron algunos gentiles, desengañados de la falsedad de sus sectas, tomándole Dios por instrumento.

Después que por algún tiempo sirvió al Señor en solicitar la salvación de las almas, como se determinó que se hiciesen los hospitales para los pobres leprosos gentiles que andaban desamparados por la ciudad de Miaco, él se encargó de este cuidado. Y haciendo un pequeño hospital, él le tomó muy de veras a su cargo. Y persuadiendo a algunos cristianos pobres, amigos suyos, que le ayudasen al servicio de los pobres, comenzó el oficio de hospitalero con tanto espíritu, que iba por las calles buscando los pobres necesitados y enfermos. Porque cuando estaban en peligro de muerte acostumbraban los gentiles a echarlos en las calles o arroyos, aunque sean parientes muy cercanos, para que allí se mueran, o alguno, por probar su catana, que es su espada, le corte la cabeza. A éstos traía a cuestas, a vistas de los gentiles, al hospital, y les limpiaba y hacía el regalo posible. También traía muchos niños que topaba echados en las calles para que les comiesen perros (inhumanidad usada en Japón), y los hacía criar como a hijos suyos. Con esta diligencia que este santo hacía y la fama del hospital que se iba publicando, venían muchos leprosos y pobres gentiles de las aldeas, que para darles el cielo les traía el Señor. Y como viese que los pobres eran muchos, con consejo de los frailes alargó el hospital. Y procuraba luego dar a los pobres noticia de Dios para que los gentiles se bautizasen. Y para el sustento corporal daba lo que tenía y lo que los cristianos le ofrecían de limosna. Y pareciéndole que había falta de hospital, dió traza cómo se hiciese otro, en que los pobres se repartiesen, encargándose de él el santo mártir Paulo (como

en su vida se dirá); y como verdadero padre los limpiaba la lepra y lavaba él mismo en un arroyo que pasaba por medio de una calle pasajera al hospital la ropa sucia y notablemente asquerosa, como muchas veces vi. Y para que en su servicio hubiese mejor comodidad, trajo su mujer para que le sirviese, haciendo una casa junto al hospital de Santa Ana, adonde viviesen, para cocer el arroz y las hierbas que comían los pobres. Y ponía admiración ver la caridad con que ella y su familia servían a los pobres. Hizo también en su casa un aposento limpio y capaz para catetizar a los gentiles y hacer disciplinas y tener pláticas espirituales los cristianos devotos que vivían junto al convento.

Tenía en la huerta de los religiosos sembrados rábanos, nabos y lechugas y ajos, que son las legumbres que comen los japones, acarreando el estiércol de las secretas (1), que es con lo que se estercola en Japón la tierra. No teniendo empacho, por amor de Dios y de los pobres, de hacer oficio tan vil. También, faltando a los pobres arroz, con un costal a cuestas andaba por las calles de Miaco a pedir limosna de puerta en puerta, y en las casas de los gentiles adonde entraba predicaba la divina palabra sin temor humano. Porque solía él muchas veces decir que esperaba en Dios que por su divina ley había de ser arrastrado por aquellas calles. Y con este deseo soltaba la rienda a la caridad, haciéndosela también a los cristianos que vivían lejos de la iglesia, dándoles de comer cuando venían a oír misa y sermón y no podían volver a comer a sus casas. Porque no perdía ocasión de hacer caridad. Y cuando los días de fiesta principales enviaba algún pato pequeño o ánada, de los que para los pobres muy necesitados criaba su mujer, a los frailes, y si le volvían recibía notable pena. Pero cuando alguno de nosotros estaba enfermo, no por eso se descuidaba de procurar algunos huevos y pollos, aunque había muy poco de esto en aquella ciudad, pero con su mucha caridad nos socorría. Y para hacer más meritoria la fervorosa caridad de su siervo, permitía el Señor que tuviese algunas contradicciones, juzgando muchos muy diferente de lo que era de sus santas obras, llamándole loco por el mucho espíritu con que procuraba la salvación de los gentiles; y enseñaba las ceremonias de la Iglesia romana a los cristianos como las veía hacer a los frailes. Y por la solicitud que con los pobres tenía cuando les servía, pero con la gracia del Señor, aunque el principio, como

(1) Letrinas.—*N. del E.*

hombre, sentía esto, fué aprovechando tanto en la oración mental, que en ella era enseñado del Señor a sufrir con paciencia y a tener por ganancia espiritual las persecuciones. Y como cuando fuimos juntos a edificar la iglesia pobre de Belén, en Usaca, vi, tenía larga y prolija oración. De la cual le nacía no sólo tener gran cuidado con la obra de la iglesia, mas defenderla de muchos que querían estorbar el hacerse. Y después de acabada, a cristianos y gentiles predicaba en ella con grande espíritu. Trataba su persona con mucho rigor, porque ayunaba muchos de los días que ayunábamos los frailes entre año y toda la Cuaresma, no bebiendo vino ni comiendo pescado. Y vestía una túnica de sayal áspero, sin capilla, que por su mucha importunación le fué concedida del santo comisario, andando muchas veces descalzo, aunque por ser muy enfermo del estómago le hacía mal. Una vez, viendo que uno de los japones que catetizaban a los infieles hablaba algunas palabras curiosas, estando yo presente, le dijo que no tenía la ley de Dios necesidad de curiosidades y que, pues predicaban en lugar de los religiosos que vestían sayal y profesaban humildad, que predicasen como hombres humildes y pobres, con llaneza de palabras, y ansí harían fruto. Entre los gentiles principales era tan conocido, que sin llevar presente, como se usa en Japón, era admitido y le despachaban muy bien. Y los criados de los señores, en especial los del gobernador de Miaco, adonde iba muchas veces, se llegaban luego a él y sin recelo les enseñaba el camino de la salvación.

Cuando el rey mostró desfavorecer a los frailes, por consejo de un médico suyo muy mal gentil, este santo procuró con todas sus fuerzas volver por la inocencia de los religiosos delante del gobernador de la ciudad de Fugimi. Pero como el Señor quisiese mostrar sus maravillas en Japón, no fué de algún provecho su diligencia, aunque el Señor se la pagó. Porque después de haber puesto guardas en el convento, dentro de breves días fué llevado preso con otros japones, sus compañeros, a la cárcel pública, como queda dicho, adonde estuvo algunos días antes de que los santos religiosos fuesen llevados a ella, animando a sus compañeros y predicando el nombre de Dios con fortaleza de hombre que verdaderamente deseaba ser mártir (1). Y cumplióle Dios su deseo, pues fué llevado por hartas ciudades y lugares, aunque no arrastrando, como deseaba, sino triunfando gloriosamente. Y siempre iba he-

(1) L. II, c. II.

cho un pregonero celestial, mostrando alegrarse mucho con las afrentas que recibía, y llegado al lugar del martirio, antes y después de ser levantado en la cruz, desengañó a los gentiles que estaban junto a él, los desengañó de la falsedad de sus dioses, dándoles noticia de la ley de Dios. Porque quien el morir deshonradamente en la cruz tenía por grandísima honra las deshonras. Y estando enfervorizado predicando las grandezas de Dios, fué alanceado, y su alma, traspasada de un vuelo de este valle de miserias al paraíso celestial a recibir la corona a su fervorosa fe y caridad de vida, quedando su cuerpo notablemente encendido el rostro, sin fealdad alguna. Y causó grande admiración que el color encendido del rostro le duró por espacio de más de cuarenta y cuatro días, como los testigos de vista me dijeron.

CAPITULO XI

DE LA VIDA DEL DICHOSO MÁRTIR BUENAVENTURA, DOXICO DE LOS FRAILES

Vocación de Dios.—Hacía con gusto las obras de virtud.—Ayudaba a la conversión.

Admirable es Dios en sus juicios y misericordiosísimo en sus obras. Porque después de haber estado este dichoso mártir (a quien con razón llamaron Buenaventura) más de veinte años en un templo de ídolos sacrificado al servicio de Satanás, adonde su madre, habiendo dejado la fe cristiana, le puso, cuando más descuidado estaba le abrió Dios los ojos para en reparar cuán contraria a la razón era la mala vida que tenía, y que pues su padre era cristiano y él era bautizado, que sería bien oír la ley de Dios para ver si era buena o mala. Con este intento vino al convento de los frailes y le fué predicado lo que era necesario para salvarse. Y como el Señor le traía, luego se rindió a la verdad y confesó la ceguedad en que había hasta allí vivido, como ignorante de las cosas de su Dios y Criador. Y pidiendo al santo comisario que le admitiese en el número de los cristianos, por que fuese su conversión de edificación para los fieles, queriéndolo él, un domingo, a hora de la misa mayor, que había en la iglesia algunos cristianos, fué absuelto de la apostasía de la fe públicamente, dando gracias todos al Señor por haberle desengañado. Y como fuese naturalmente bien inclinado y mostrase en su conversión verdadero arrepentimiento de

lo pasado y propósito de servir de ahí adelante muy de veras a Dios Nuestro Señor, en diciéndole si quería quedarse con los religiosos, lo admitió con hacimiento de gracias. Diciendo que pues había servido tanto tiempo al demonio, justo era que sirviese a Dios con sus siervos lo restante de su vida.

Y como le había dado el Señor natural mansedumbre y recogimiento y estaba ya desengañado de las mentiras de los gentiles, con el buen ejemplo de la vida de los religiosos y consejos del santo León y de otros santos mártires y doctrina que el santo fray Gonzalo le enseñaba, aprendió muy en breve las ceremonias de la Religión, y era muy cuidadoso en cumplir lo que la obediencia le mandaba y el orden de vivir que el santo comisario para de día y de noche tenía señalado para él y sus compañeros. Con los cuales y con el santo fray Gonzalo, que siempre les acompañaba en los oficios de humildad y mortificación, se ejercitaba en los oficios humildes y de trabajo con mucha alegría. Y él con los demás hicieron de ladrillo y barro las celdas adonde habían de vivir. Espantándose mucho los japones de que, olvidado de la limpieza de manos y pies y de la poca humildad natural que tienen los japones, hubiese tan presto humilládose a pisar barro y embarrar paredes, teniendo esto por grande honra por ser servicio del Señor. Con cuya gracia en breve tiempo se hizo tan humilde y obediente, que no quería hablar sin licencia, ni escribir, ni salir a ver a su padre cuando le venía a ver, aunque tenía libertad para poderlo hacer sin que le sintieran. Tenía tan buena habilidad, que en menos de un año que estuvo con los religiosos después de su conversión aprendió los sermones del catecismo para poder predicar la fe a los gentiles. Y aunque no le habían dado licencia para catetizar a todos, daba muy buenas esperanzas en la claridad del ingenio y buen espíritu con que algunas veces a gentiles de poca edad enseñaba los artículos de la fe. La cual, aunque tarde la había conocido, ordenó el Señor que la confirmase, siendo con los primeros japones preso en la cárcel pública, sufriendo allí muchos baldones y padeciendo el tormento de cortar la oreja y el ser llevado ignominiosamente por tantas ciudades y lugares hasta Nangasaqui. Adonde, ofreciendo su vida al Señor en la cruz, pudo bien satisfacer por sus culpas. Y aunque conoció tarde a Dios, recibió de su misericordiosa mano el premio de mártir en la gloria, adonde rogará al Señor por su madre, por quien él me decía que hacía oración al Señor para que saliese de su apostasía.

CAPITULO XII

DE LA VIDA DEL GLORIOSO MÁRTIR GABRIEL, DOXICO DE LOS FRAILES

Cómo se convirtió.—Prudencia de un mozo discreto.—Hecho de gran espíritu. — Maravillosa renunciación. — Cuán muerto estaba a la carne y sangre.—Por sus oraciones convirtió el Señor a su padre.

Muy gran merced hace Dios al mozo que, desengañándole de que es vana la hermosura corporal y engañosos los regalos del mundo, le saca de sus muchos peligros, trayéndole al regalado jardín espiritual de la casa de sus religiosos (1). Esto conocía muy bien el dichosísimo mozo y mártir Gabriel (natural del reino de Isce, de edad de diecinueve años), como de sus razones colegí cuando le traté. Pues cuando más engañado estaba con las esperanzas que los hombres le daban y contentos que su tierna edad y hermosura corporal y mucha libertad le prometían, entonces, por medio de su siervo el santo fray Gonzalo, le trajo Dios Nuestro Señor al bautismo y a la compañía de sus siervos los frailes Menores. Porque como sirviese de paje al teniente de gobernador de Miaco (a quien íbamos muy de ordinario los religiosos a hablar), cobró particular amistad con el santo fray Gonzalo, por ser el que entonces sabía la lengua japona. Y aunque el santo le debía de dar buenos consejos, entonces no hacían mucha impresión en él, por ser muy mozo, aunque le iba Dios por este medio disponiendo para atraerle a su conocimiento. Porque viniendo a visitar al glorioso mártir fray Gonzalo, comenzó más de veras a oír y gustar de las cosas de Dios. Y como estuviese ya dispuesto con las interiores inspiraciones del Señor, como en tierra buena hizo fruto en su alma la divina palabra, bautizándose con mucho contento de los santos religiosos y de todos los cristianos, que le consideraban como a ángel por su mucha hermosura corporal y por la espiritual que había recibido en el santo bautismo.

Obraba la divina gracia en él de tal manera, que estaba su corazón como de cera para lo que el Señor quisiese ordenar de él. Frecuentaba menudamente el ir a la iglesia. Y trataba tan de veras de su salvación, agradeciendo la merced que en ser cristiano había recibido de su Dios,

(1) Prov., 31.

que viendo su buen espíritu el santo fray Gonzalo, le persuadió a que, dejando sus padres, parientes y amigos, se viniese a la casa del Señor para servirle las mercedes que le había hecho. Y aunque le agradó el consejo, como poco confiado de sí, dijo que miraría en ello y que consultaría a su confesor. Porque viéndose mozo, recelaba, si se quedaba en el convento del todo, que había de ser vencido con los halagos de la carne y sería menoscabo suyo dejar el recogimiento y vida santa del monasterio. Pero animado de su confesor a la virtud, diciéndole que, armado con la divina gracia, podría desafiar al mundo, demonio y carne y salir de ellos victorioso, se vino a resolver en dejar el mundo y tratar sólo del servicio de Dios en compañía de sus santos siervos.

Después que secretamente dispuso las cosas que más le podían estorbar sus intentos, resuelto de irse al monasterio, trajo consigo algunos amigos suyos. Y dándoles cuenta de lo que iba a hacer, como no eran de su espíritu, hacíanle mucha contradicción, la cual procuraba vencer con buenas razones. Y visto que no les convencía, en llegando a la portería, para desengañarles del todo, si algunas esperanzas tenían de que se había de mudar por su consejo y parecer, sacó un cuchillo que llevaba en la espada, y delante de ellos con espíritu fervoroso se cortó los cabellos, que suelen (1) los japones traer atados detrás de la corona que traen en la cabeza, que es la mayor gala que entre ellos hay. Y el cortárselos es señal que del todo renuncian al mundo, aun entre los gentiles, y ansí fué tanto de estimar este afecto de renunciar las galas y mocedades en este angélico mancebo, que, conocida la estima en que los mozos tienen los cabellos y su gentileza corporal y buen talle, se puede comparar al divorcio que los hombres ricos y de muchas partes naturales suelen hacer con el mundo, entrándose en alguna áspera Religión, con admiración de todos los que los conocían.

Como el santo comisario vió el buen pie con que había entrado en la casa de Dios, satisfízose de que el Señor, que le traía, le daría perseverancia. Y como el demonio quedó corrido por ser vencido de un tierno mancebo, ordenó de perturbarle su santa vocación. Porque en sabiendo sus padres, que eran gentiles (habiendo Dios sacado como de entre espinas aquella rosa), vinieron con gran acompañamiento de parientes y criados, por ser ricos y honrados, y pidieron que querían ver a su hijo. Y aunque él, sabida su

(1) En el texto, «son».—*N. del E.*

venida, por no dar que sospechar algo de su constancia rehusaba el salir a verles, mandándoselo el santo comisario, salió. Y vistas las lágrimas de su madre y parientes y las esperanzas que le daban de hacienda, galas, dineros y libertad para holgarse y las palabras que le decían, persuadiéndole a que vivía engañado siguiendo a unos extranjeros pobres, menospreciados en el mundo, que no le podían hacer algún bien, supo con el favor divino tan bien responder, que confirmándose en lo que había comenzado, desjarretó las esperanzas de su madre y parientes. Rompiendo el lazo que le ponía el demonio, quedando victorioso de él, poniendo debajo de los pies el amor de la madre y padre y todo lo que el mundo tiene por felicidad. Mostrando en esto que el amor de Dios estaba enseñoreado de su alma, haciéndole invencible y escogiéndole para ser muy honrado y glorificado en su conversión y glorioso martirio.

Quedó tan libre de las tentaciones que los parientes le ponían y de la memoria de las cosas que le prometían y que habían pasado por él antes que se bautizase, que con no haber tres meses que entrara con los religiosos cuando yo le vi, parecía en su compostura y perseverancia, en las obras de virtud y humildad que el santo comisario le mandaba hacer, varón de mucha cordura y de gran conocimiento de Dios, mostrando mucho gusto en lo que a los ojos de la carne y sangre parece más áspero, siendo muy devoto en ayudar las misas y rezar sus devociones y en la oración mental. Adonde el Señor le enseñaba muchas cosas que en su tierna edad parecía imposible saberlas, si no tuviera tan buen Maestro. Y sabía tan bien hablar de Dios, que hacía mucho fruto con sus pláticas particulares en los gentiles que le venían a visitar. Y pedía a sus compañeros que hiciesen oración por él y por la conversión de sus padres. Y suplicándoselo él también humildemente al Señor, vió cumplido parte de su deseo. Porque, desengañado su padre con las vivas razones de su hijo, se convirtió y por persuasión de su hijo se dedicó al servicio del convento, adonde servía en lo que le mandaban, como siervo de Dios Nuestro Señor.

Cuando pusieron guardas a los religiosos estaba este bendito mártir con ellos, y daba muestras de particular favor que le hacía el Señor comunicándole en tan poca edad muy gran deseo de morir por su santa ley. Y ansí, cuando entre los primeros fué llevado a la cárcel, con mucha fortaleza sufrió los trabajos de ella y lo que en el discurso de su martirio padecieron los santos mártires. Y

como los portugueses que le vinieron a hablar poco antes que fuese crucificado me dijeron, venía a morir con tanta alegría interior y exterior, que aficionaba a todos los que le miraban. Y a uno que le importunó que le diese alguna cosa en señal de que le había de encomendar a Dios en el cielo, adonde presto iría, le dió una imagen pequeña de papel que traía en el pecho, con que quedó muy contento el que se lo había pedido y particularmente devoto a este santo mancebo. El cual se puso de buena voluntad en manos de los sayones que estaban aparejados para crucificarle, y acabando su vida con glorioso martirio, subió a gozar de la gloria eterna.

CAPITULO XIII

DE LA VIDA DEL GLORIOSO MÁRTIR TOMÉ, DOXICO DE LOS FRAILES

Efecto del temor de Dios.—Cómo entró con los frailes.—Enseñaba lo que sabía a otros.—Hablaba de Dios sin temor.—Fortaleza notable.—El cuidado que tuvo de sus dos hermanos menores.

Cuando el temor de Dios está señoreado de la alma, sirve de muro inexpugnable, y la Majestad divina le enseña el camino de sus divinos mandamientos, para que, sin hacer caso de los estorbos que se le ofrecieren en él, le sirva, declarándose muy cierto que es Dios el autor principal de las virtuosas obras de sus siervos. Todo esto vi yo en el santo niño y mártir Tomé. El cual desde su tierna edad era tan temeroso de Dios y amigo de confesarse a menudo con tantas lágrimas y dolor, que siempre entendí que se había Dios de mostrar maravilloso en él y que creciendo en edad había de crecer tanto en virtud, que se echase de ver que el Señor le tenía escogido por suyo para servirse de él en compañía de sus siervos. Y para ser en su muerte santa tenido por admirable, pues con un niño de quince años hacía su santo nombre muy maravilloso.

Era este bendito mártir hijo del santo mártir Miguel (cuya vida adelante se pondrá), y cuando yo llegué a Japón sería de doce años. Y como sus padres fuesen pobres, servía al carpintero que hacía nuestra iglesia y casa, y entonces fué cuando yo le conocí; y como vi su compostura exterior y diligencia en hacer lo que le mandaban y

devoción que mostraba a los religiosos, besándoles todas las veces que les encontraba (aunque fuesen muchas) el hábito, púsome deseo de saber cuyo hijo era y el ver que los demás religiosos le eran también muy aficionados. Y después, coligiendo de sus confesiones su buen talento y sinceridad, por mi ruego fué admitido por doxico de nuestra iglesia, para ayudar a misa y aprender a leer y a escribir y el catecismo. Por que cuando fuese de edad competente pudiese enseñar a cristianos y gentiles la ley evangélica. Viéndose en compañía de los religiosos, procuraba servirles y respetarles como si fueran ángeles, estando con mucha vergüenza delante de ellos, considerando las palabras que decían y lo que le enseñaban, mostrando más cordura que los de su edad suelen tener. Tenía muy en la memoria las vidas de los santos que a él y a sus compañeros les enseñábamos para que los imitasen, y contasen sus virtudes a los cristianos que venían a nuestra casa. Lo cual hacía él con mucha devoción y reposo, y también las cosas tocantes a la fe. Y el modo de oír misa y rezar la corona de Nuestra Señora. Porque como éramos pocos los frailes y estábamos ocupados en la conversión, aprovechábamonos de los doxicos para satisfacer a las visitas de algunos cristianos, que eran muy ordinarias. Y venían a no sólo ver los padres, pero a que los enseñasen algo de Dios. Y mientras algún fraile venía, los doxicos platicaban con ellos lo que sabían. Y como todos entendían que los religiosos se lo enseñaban, aunque eran mozos, los oían de buena gana y con atención.

Después de haber estado yo en Miaco algún tiempo para edificar la casa de Usaca, me mandaron ir allá, y aunque al principio fuimos el santo mártir fray Gonzalo y yo, llevando en nuestra compañía al santo mártir fray León, fué necesario volverse el santo fray Gonzalo. Y para ayudarme a misa enviáronme a este dichoso niño y túvele conmigo por mucho tiempo. Y siempre conocí en él mucha afición a las cosas de Dios. Y olvidado de los entretenimientos que suelen tener los muchachos de su edad, iba a visitar los leprosos y hablaba con los cristianos de las mercedes que hacía Dios a los que sacaba de la idolatría, y con los gentiles (que se ofrecía ocasión de hablar) se mostraba muy libre en decirles las falsedades de sus sectas. Y muchas veces vi que, convencidos de las razones de un niño, iban avergonzados. Ayunaba todos los viernes, y disciplinábase todos los días, y estaba en oración con mucho silencio todo el tiempo que acostumbrábamos a gastar los religiosos en este santo ejercicio. Ayu-

daba con gran devoción a misa, besando muchas veces los ornamentos cuando los cogía y descogía, que todo era indicio de virtud. Tenía particular compasión a los pobres, sirviéndoles y enseñándoles con mucha voluntad el modo de confesar y a rezar algunas devociones.

Como yo, por una grave enfermedad, saliese de Usaca, quedóse en servicio del santo fray Martín, que vino por presidente de aquel convento. Y ansí, cuando el santo fray Felipe fué desde Usaca a Miaco, yendo este santo mártir en su compañía, hallóse con los religiosos cuando les fueron puestas guardas, y esperaba con mucho espíritu el ser crucificado, si necesario fuese, por la fe. Y con ellos fué llevado maniatado a la cárcel, adonde, acabándole de cortar parte de la oreja izquierda, dijo al que se la cortó, con esfuerzo más que de un niño: «Hártate bien de sangre de cristianos, y si quieres más, corta», no mostrando repugnancia alguna, poniendo su buen ánimo admiración a los que le vieron.

Con el mismo ánimo anduvo todas las ciudades, calles y caminos que sus maestros en la fe, y juntamente con ellos daba a conocer el nombre de Jesucristo Nuestro Señor, nombrándole en voz alta muchas veces. Y cuando se vió puesto en la cruz, cercano a la muerte, con mucha fe y confianza, nombrando muchas veces este santísimo nombre y el de la Virgen gloriosísima (a quien yo le había enseñado que fuese muy devoto y que rezase cada día su corona o rosario), acabó su vida con las lanzadas penetrantes que le dieron, saliendo su sangre, que sin lengua daba voces, testificando que la fe y santa ley por quien acababa en su mocedad el curso de su vida era el camino cierto de la salvación. Dejándome a mí gozoso de haberle enseñado, y contento por su gloria, y envidioso por su dichosa suerte, y obligado a dar por todo muchas gracias a Dios Nuestro Señor. Y por ser mucho de notar una carta que escribió a su madre pocos días antes que muriese, fielmente traducida de la lengua japona, me pareció ponerla aquí.

CARTA

«Con la gracia del Señor escribiré esta carta. En la sentencia está escrito que seamos crucificados en Nangasaqui juntamente con los padres, que por todos somos veinticuatro. De mí y de Miguel, mi padre, no tengáis pena ninguna, porque allá os esperamos en el paraíso. Y aunque en la hora de vuestra muerte no tengáis padre con quien os

confeséis, tened grande arrepentimiento de vuestros pecados con mucha devoción. Y considerad los muchos beneficios que recibiste de Jesucristo Nuestro Señor. Y porque las cosas del mundo luego se acaban, aunque vengáis a ser pobre y mendigar, procurad de no perder la gloria del paraíso. Y sufrid con mucha paciencia y amor cualesquier cosas que los hombres dijeren contra vos. Y mirad que es muy necesario que Mancio y Felipe, mis hermanos, no vayan a las manos de gentiles. Yo os encomiendo a Dios y lo mismo pido, y que me encomendéis todos a su divina Majestad. Vuélvoos a encomendar que es cosa muy necesaria que tengáis siempre arrepentimiento de vuestros pecados, porque Adán (según oí decir a los padres) se salvó por la contrición que de los suyos tuvo, y ansí seréis vos justificada por la de los vuestros cuando no haya padre con quien confesar. Dios sea con vos.»

CAPITULO XIV

De la vida del glorioso mártir Antonio, doxico de los frailes.

Renováronse los martirios de la primitiva Iglesia.—Era hijo de chino y japón.—Era devoto de muchas virtudes.—Lo que dijo a sus padres antes de morir.—Murió cantando.—Breve

Paréceme que cuando escribo las vidas de estos santos niños que se renovaron en nuestros días aquellos felicísimos tiempos y edad dorada de la Iglesia primitiva, cuando de todas edades hallaba Dios testigos que con su sangre y vida diesen testimonio de su fe. Porque en esta letanía de sus santos, no sólo los viejos y varones y mozos, mas los niños, alegremente, ofrecían en sacrificio sus vidas por el Dios que les habían dado a conocer. Y la fe interior que recibieron en el santo bautismo les decía que era el Dios verdadero y les inclinaba a reconocerle por su Criador y Redentor. Esta fe viva resplandeció tanto en los tiernos años de este glorioso Antonio, porque no teniendo más de trece años, según fuí informado de los que más le trataron y conocieron, la fe que mostraba en ayudar a misa y rezar sus devociones daba indicios que había de ser su fe coronada en el cielo. Y ordenó el Señor que lo fuese en compañía de sus siervos los frailes. De los cuales fué admitido en el convento de Nangasaqui, adonde era nacido de padre chino y madre japona, después de

haber aprendido a leer y escribir en el colegio de los padres de la Compañía, adonde son enseñados los niños japones en muy virtuosos ejercicios. Y aunque por alguna no pequeña contradicción que hubo se dilató el recibirle para doxico, viendo su mucha devoción, y con el cuidado que iba a la iglesia de los frailes, y que mostraba particular deseo de estar con ellos, el padre fray Jerónimo de Jesús, que era allí presidente, aficionado a la devoción grande que tenía, le pidió a sus padres para tenerle en su compañía. Y aunque ellos eran pobres, porque era el padre carpintero, y pudieran negársele, como eran buenos cristianos, conociendo el provecho espiritual que podía tener en la casa de Dios, se le ofrecieron, cortándole los cabellos para que sirviese de ayudar a misa y de lo que le mandasen en el convento.

Tenía tan buena habilidad, que con facilidad aprendía todo lo que se le enseñaba. Y el padre fray Jerónimo de Jesús, que ya sabía lengua, viendo las buenas esperanzas que de su cordura y buen entendimiento y virtud se podía tener, cuando vinieron los santos mártires fray Martín de la Ascensión y fray Francisco Blanco, me lo enviaba a mí, que estaba en Usaca y deseaba tener algunos virtuosos niños a quien enseñar hasta que supiesen catetizar a los gentiles. Porque había mucha necesidad de quien les enseñase, y muy pocos, viendo la aspereza de nuestra vida y vestido, querían estar en nuestra compañía. Mas como fuésemos todos por mar, cuando él iba, venía yo a Nangasaqui, y nos erramos en el camino, no le conocí de vista. Poco después supe que estando con el santo fray Martín en Usaca, aprovechaba mucho en devoción y virtud, y vieron tanto bueno en él los castellanos y religiosos que estuvieron el día de Navidad con el santo fray Martín, aun estando preso (como se dice en el libro IV, capítulo II), que nunca se cansaba de alabar la devoción que tenía en ayudar a misa, y su humildad en obedecer, y su modestia en el tratar con sus iguales, y buen entendimiento en responder a lo que le preguntaban. En fin, veíanse en él muchas señales de que era escogido para el cielo. Porque fué preso con el santo fray Martín y llevado a la ciudad de Miaco. Y anduvo en el triunfo glorioso de las carretas y sufrió con particular esfuerzo, que Dios le daba, todo lo que padecieron los varones de muchas fuerzas. Y últimamente, llegando a Nangasaqui, como con sentimiento paternal le saliesen a ver sus padres, con una boca de risa les dijo que no tuviesen pena, porque él iba al paraíso con los frailes. Pero dime, dichoso niño: ¿Quién

te enseñó a no llorar viendo las lágrimas de tus padres? ¿Quién te dijo, en tan pequeña edad, que perder la vida era ganarla? ¿Quién te dijo que sin duda alguna ibas con tus maestros al paraíso celestial? ¿Quién te dijo que había Dios y paraíso? Y, finalmente, ¿quién te enseñó, viéndote junto a una cruz, adonde habías de ser crucificado y alanceado, que con alegre rostro y fortaleza de varón dieses tus vestidos a tu padre, alegrándote porque dejándole ibas a morir por el Dios que te crió y enseñó particularmente los bienes de la cruz, como a regalado suyo? ¿Y que, habiéndote conservado virgen, te hacía mártir suyo, para ponerte entre los coros de los ángeles? Y bien claro es vió este particular favor de Dios, pues en siendo levantado en la cruz este angélico niño y el santo niño Luis, que estaban juntos al lado izquierdo del santo comisario, comenzaron a cantar el salmo *Laudate pueri, Dominum*, que los frailes les habían enseñado, alegrando a los ángeles del cielo y poniendo admiración a los gentiles y devoción particular a los cristianos. Y acabando de cantar el salmo, viendo que le quedaba un breve espacio de vida para alabar a su Dios, como estaba el más cercano al santo comisario, le llamó dos veces, preguntándole qué cantarían. Y volviéndole el rostro el santo comisario con muestras de mucho amor y deseo de ponerle ánimo, llegó la lanza a penetrar en el costado del bendito niño, y fué recibida su alma en el cielo, coronada de mucha gloria y de dos preciosísimas aureolas de virgen y mártir.

CAPITULO XV

De la vida del admirable niño Luis, doxico de los frailes

No es necesaria opinión para el martirio.—Respuesta de gran constancia.—Fortaleza celestial.

Tienen algunos a este glorioso niño por más verdadero mártir que a los demás. Porque le dió el juez gentil a escoger cuál quería más, no morir o dejar la fe. Lo cual no es necesario para el martirio, pues a San Juan Bautista y a otros muchos mártires no se les dió esta opción y libertad; y fué ordenación divina que diese a este bendito niño, siendo de doce años, para manifestar la verdad infalible de la fe. Pues por los bienes que le prometía se olvidaba un niño de la vida, que naturalmente amaba, teniendo por bienaventuranza la muerte, que naturalmente

aborrecía. Y conforme a lo que el santo mártir fray Francisco Blanco me escribió en una breve carta, el día antes que le crucificasen, desde el camino, sin duda que escogió Dios a este niño, de año y medio bautizado, para que poniendo en él fortaleza varonil se animasen sus siervos en sus trabajos y no desmayasen, confiados de que Dios les había de dar fuerzas, pues tantas daba a un niño para sufrir cárceles, hambre, sed, cansancio, cortamiento de oreja y muerte, como por carta que el santo fray Francisco me escribió se podrá colegir.

Carta

«Aquí va Luisillo, con tanto esfuerzo y ánimo, que pone admiración a todos. Un señor, viendo su poca edad, le dijo que si quería dejar la fe por quien iba a morir y servirle, que le libraría de la muerte. Y le respondió que mejor sería hacerse él cristiano, y que iría al paraíso como él había de ir.»

Esto solamente y el número de los santos mártires tuvo lugar de escribirme, y después supe muy cierto que también el juez que crucificó los santos le dijo que le sirviese y que le libraría de la muerte, y que le respondió el niño, endiosado, lo dicho: mas que, aunque se lo mandase el padre fray Pedro Bautista, no lo haría, porque iba al paraíso.

Era este benditísimo niño sobrino de los gloriosos mártires León y Paulo Tonelero. Y por orden del santo mártir León había venido de casa de su padre, que era gentil, a estar en su casa para servir a los pobres. Y enseñándole lo que conforme a su edad debía creer fué bautizado. Y a petición de sus tías, el santo comisario le recibió en casa, y servía con mucha diligencia en lo que le mandaban. Y como no tenía tanta habilidad como los demás, ayudaba al cocinero, siendo muy pacífico y amigo de dar gusto a todos, acompañando en todos los ejercicios de virtud a los demás doxicos, sus compañeros. Y cuando iba a los hospitales servía con mucho placer a los leprosos, de quien los niños de su edad suelen en Japón huir. Y cuando fueron llevados presos los santos religiosos, en su compañía padeció lo que ellos; y últimamente como ángel, que en virginidad era, fué recibido de los ángeles, entrando en el cielo coronado de mártir muy glorioso. Porque no sólo venció varonilmente al demonio, no admitiendo los consejos engañosos de los gentiles pero en llegando al lugar del suplicio y muerte, llevado del fervoroso empellón del

Espíritu Santo, que le enseñaba a hablar y desear morir por tan justa causa, como viese las cruces, preguntó con varonil ánimo: «¿Cuál de éstas es mi cruz?» Y sabiéndolo, fué corriendo y se abrazó con ella. Poniendo admiración a los cristianos y gentiles que estaban a la mira de este soberano triunfo. Por ver que un niño, muriendo, alcanzaba de sus enemigos victoria y entraba triunfando de ellos en el cielo.

CAPITULO XVI

De la vida del santo mártir Paulo Suzuqui, hospitalero

Cómo se hizo familiar de los frailes.—Fué hospitalero.—Inhumanidad de Japón.—Predicó antes de morir.

Como el Señor llamó bienaventurados a los humildes y mansos de corazón (1), fuélo tanto este glorioso mártir, que podemos decir que viviendo parecía hombre del cielo. Porque después que se bautizó era tan temeroso de conciencia, que ni aun en una palabra ociosa parecía que no ofendía a Dios, como testificaban sus confesores. Habiéndole Dios mudado en nuevo hombre, porque antes era desenfadado y presumía de valiente, y para mostrarlo a los otros mozos del reino de Oari, adonde nació, él mismo se daba cuchilladas, como él me mostró. Pero con la ida de los frailes a Japón, desengañado por la vida ejemplar que en ellos veía de la vanidad del mundo, por persuasión del santo mártir León se hizo familiar de ellos; y por los buenos consejos del santo fray Gonzalo hizo una casa junto al convento, adonde se vino a vivir con su mujer. Y por ser buen escribano ayudaba a los negocios que se ofrecían tratar por escrito con el gobernador del reino, tocantes a las embajadas que los frailes llevamos, yendo él, como familiar nuestro, a su casa a procurar el buen despacho. Y juntamente, cuando se le ofrecía ocasión, daba a conocer el nombre de Jesucristo Nuestro Señor a los gentiles, con notable mansedumbre, caridad y claridad de ingenio.

Visto su buen talento y la modestia natural que tenía, y cuán curioso era en trasladar los catecismos que estaban traducidos en lengua japona, y en saber las cosas de las

(1) Mat., 5.

sectas de los gentiles, comenzó a catetizar, con mucho aprovechamiento de los infieles que le venían a oír. Porque diciéndoles las cosas de su infidelidad, y mostrándoles los engaños de ellas, les confundía y disponía para entender las razones con que les predicaba la ley evangélica. Y ansí en breve tiempo cobró fama de tan sabio, que los gentiles más letrados en sus sectas venían al convento a disputar con él. Y aunque no se daban por convencidos, los que se hallaban en las disputas echaban de ver que lo estaban con las razones de este mártir. Los principales (aunque pocos), cuando querían oír sermón pedían que les predicase él, por ser discreto en su modo de proceder y hablar buen lenguaje, como cortesano que era.

Celaba tanto su conciencia, que huía de las conversaciones de seglares, recogiéndose las mañanas antes y después de oír misa en la iglesia en oración mental.

Y disponíase muchos días antes que hubiese de comulgar, confesándose dos y tres veces y haciendo algunas disciplinas. Y como tuviese mujer moza, aconsejábala siempre las cosas de virtud, celando tanto en ella el aprovechamiento espiritual de su alma, que un día antes de comulgar, porque la vió hablar con unas personas forasteras, aunque honestamente, fué a rogarme que la quitase la comunión. En su casa, muchas noches predicaba a los gentiles. Y supo tan bien dar a entender la ley de Dios a su madre y hermanos, que les convirtió a la fe, saliendo después buenos cristianos. Y uno de ellos era Sancho, que fué de los que más desearon ser martirizados con los santos frailes, como queda dicho en el libro V, capítulo VIII.

Como por concurrir muchos pobres se hiciese el segundo hospital, dedicado al glorioso San José, este bendito mártir se encargó de él, sirviéndoles con mucho amor y predicándoles todas las noches el reino de Dios. Procurando que su mujer y familia se ocupase en el ministerio de los pobres, diciéndoles cómo cada uno de ellos representaba a Jesucristo, Nuestro Señor. Y ordenó que su mujer, por habérsele muerto dos hijos, criase alguno de los que hallaban echados por las calles para que los comiesen perros, como se ve cada día en Japón. Y cuando sabía que se había muerto algún cristiano, dentro o fuera de la ciudad, o que le habían cortado la cabeza (como muy de ordinario por pequeña ocasión acontece a los cristianos que sirven a los gentiles), él iba a traer los cuerpos muertos, como otro Tobías (1), y los enterraba en un lu-

(1) Tob., 2.

gar que para esto tenía diputado junto al hospital. Y cuando alguno, por ser cristiano, estaba aprisionado en casa de sus amos o parientes, procuraba irle a consolar y animar en la fe, no recelando de ser conocido por cristiano, por el servicio de Nuestro Señor y caridad del prójimo.

Como estuviese ocupado en la conversión de las almas y fuese conocido por familia de los frailes (a quien tenía particular devoción y respeto), fué señalado en el número de los que habían de ser martirizados. Y según el deseo que él tenía de padecer por Jesucristo, cuando se vió en la cárcel, olvidado del amor grande que tenía a su virtuosa mujer, todo se entregaba a la voluntad del Señor, suplicándole que le diese perseverancia y sufrimiento para padecer muchos tormentos por su santo amor. Como vió la ocasión de merecer, con las sentencias que de sus afrentas y muerte se dieron, aprovechándose de la ocasión, por doquiera que pasaba iba publicando el nombre santísimo de Dios, confundiendo a los idólatras y esforzando a los fieles. Llegada la hora de ser crucificado, hizo un breve y discreto razonamiento a los japones que se hallaron presentes, dándoles a entender con cuánta razón se había de ofrecer la vida por la verdad de la fe. Y por la que Jesucristo, nuestro Redentor, había ofrecido en la cruz por nuestros pecados. Y alcanzando perdón de los suyos con el martirio, subió su alma gloriosa a la bienaventuranza celestial, como se debe creer.

CAPITULO XVII

De la vida del bienaventurado mártir Cosme Zaqueya, espadero

Enseñaba el catecismo.—Particular conversión de dos gentiles.—Había hecho voto de continencia.

En este bienaventurado mártir mostró el Señor cómo jamás falta a los deseos de sus siervos, ayudándoles con lo necesario para salir con sus santos intentos. Porque como fuesen los religiosos Descalzos recién idos a Japón, y muchos gentiles, movidos del Señor, quisiesen oír las cosas de la ley cristiana, cuando no sabían los frailes lengua, trajo Dios a su conocimiento y amistad algunos hombres pobres, por medio del santo mártir León, para que les ayudasen en la obra del convento, y siendo suficientemente enseñados en los artículos de la fe la enseñasen a los infie-

les que mostraban afición de ser cristianos. Y entre todos los japones que catetizaban, este bienaventurado mártir, aunque era de ingenio rudo, con el continuo trabajo de leer y trasladar los catecismos y oír al santo fray Gonzalo y a los otros santos mártires cuando enseñaban a los japones, hizo mucho provecho en la conversión. Porque como dijese lo que sabía con claridad de ingenio, muchos se bautizaban convencidos de sus razones, favoreciéndole particularmente Nuestro Señor. A quien él se encomendaba muy de veras, haciendo cada día una disciplina, suplicándole que le diese gracia para poderle servir en aquel oficio, que por mandado de los frailes hacía. Y el tiempo que le sobraba (que era poco, porque tenía flema para no acudir adonde enseñan todo el día) gastaba en aderezar y limpiar espadas, que es oficio honrado en Japón. Y muchas veces oí decir que aunque este glorioso mártir era pobre, era de buen linaje. Y esto es muy sabido en Japón, por ser muy conocidos los linajes nobles, y précianse mucho de ellos.

Aunque, como testigo de vista, pudiera yo contar algunas particulares conversiones que Dios hizo por medio de este su siervo, sólo diré lo que le sucedió yendo a su tierra, que era el reino de Oari, con dos viejos, marido y mujer, de más de ochenta años cada uno. Los cuales, habiendo vivido hasta entonces en la infidelidad, se mostraban tan aficionados a sus ídolos, entendiendo que les habían de dar salvación, que siendo pobrísimos, con gran cuidado buscaron mucha cantidad de dinero para dar a los ministros de la idolatría por que le diesen una ropa de papel, escrita por dentro y fuera, con que les asegurasen su salvación (que de semejantes engaños, por hurtar, usan los siervos del demonio). Y como Dios, Nuestro Señor, les tenía predestinados (según se puede creer), envió allá a este santo mártir, con ocasión de buscar un hijo que tenía gentil, y predicándoles parecióles tan bien la ley que les enseñaba, que dejando sus parientes y tierra y su propia casa, se vinieron con él a Miaco. Adonde les hizo una casa pajiza junto a la suya. Siendo bien instruídos en la fe, dándome primero la vestidura de mentira para que la quemase, les bauticé, mostrando ellos mucho agradecimiento a Dios Nuestro Señor, a quien servían con cuidado en compañía de los demás cristianos. Y con mucha fe y devoción, viviendo de hacer alpargatas de paja, que es el ordinario calzado de los japones, y de las limosnas que les hacían. Sirviendo en los hospitales con gran deseo de salvarse.

No sólo este santo mártir era celoso de la salvación de

las almas, pero también de la suya, confesándose a menudo y oyendo cada día misa, y respetaba mucho a los sacerdotes. Y lavando los pies a los pobres, enseñándoles el camino del cielo, pretendía hacer algún servicio a Dios Nuestro Señor. Y aunque él y su mujer eran mozos, hizo voto de continencia, procurando imitar en lo que podía a los religiosos. En cuya casa de Usaca estaba cuando fué llevado preso. Y dándole fuerzas el Espíritu Santo, hasta dar la vida en la cruz por su santa fe y amor, fué a gozar al cielo de mucha gloria por las almas que había convertido y obras meritorias en que con la divina gracia le había ejercitado.

CAPITULO XVIII

De la vida del bendito mártir Tomé Danchí, boticario

Múdase la condición natural con la gracia.—Fué muy diligente en aprender las cosas de Dios.—Quedó con buen semblante en la cruz.

De propósito pongo los oficios mecánicos que estos santos mártires tuvieron y la pobreza y poco aparato de nobleza y honra humana con que vivieron. Porque según su fin glorioso manifestó, ansí como escogió el Señor pescadores no muy ricos para la dignidad apostólica, juntó su Majestad a sus frailes pobres gente pobre, para que sirviéndoles de lengua les ayudasen a la salvación de las almas. A las cuales ayudaba a convertir este benditísimo mártir. El cual antes que se bautizase era terrible de condición, y conocido por tal. Pero con la divina gracia del santo bautismo, de león fué hecho cordero. Porque, según el juicio de todos, tenía don de modestia y mansedumbre, como lo mostraba después que yo le conocí, en sufrir las injurias que le decían muchos gentiles que posaban en su casa cuando, por las cosas mal hechas, con mucho amor les repreendía y persuadía lo bueno. Con el conocimiento de Dios conoció el engaño de la idolatría, y ansí trajo el santo bautismo a su mujer y familia, y les animaba al seguimiento de la virtud, mandándoles que en la tienda que tenían y medicinas que vendían no engañasen a nadie, y que las diesen de balde a los pobres.

Aunque desde el principio, por persuasión del santo mártir León conversaba con los frailes, después que se enteró más en particular de su apostólica vida y conver-

sación religiosa, aficionóseles tanto, que aunque había más de un cuarto de legua desde su casa a la iglesia, cada día muy de mañana venía a oír misa. Y entrando dentro del convento gustaba de oír algunas cosas de Dios, que con su mucho espíritu el santo fray Gonzalo le decía. Y como fuese hombre de buen entendimiento y creciese en devoción, labrando una casa junto a la iglesia de los frailes, con pérdida notable de su tienda la trajo allí, por su provecho espiritual y de sus hijos y mujer y criados. Y como se viese en ocasión de poder comunicar más en particular con los religiosos, por vivir cerca, todos los días iba a oír los sermones del catecismo que enseñaban a los gentiles. Y subía a la librería, como familiar de casa, adonde yo estaba enseñando a los niños y aprendiendo de ellos la lengua, y me preguntaba muchas dudas, deseoso de saber y de que le enseñase, para poder ayudar a catetizar. Y como su buen entendimiento le ayudaba, aunque comenzó tarde, por medio de los sermones que predicaba a los gentiles se bautizaron muchos, dando él gracias a Dios porque le había tomado por instrumento para convertirles. Y considerando la obligación que tenía de ser buen cristiano, no se olvidaba de aprovechar en la virtud, frecuentando los divinos Sacramentos; y vivía con tanto temor de pecar, que apenas los que le confesaban hallaban de qué absolverle; y en todo lo que se ofrecía de trabajo en el convento era muy diligente, esperando de todo lo que hacía el galardón de Dios Nuestro Señor. El cual le pagó ciento por uno, pues enriquecido de merecimientos con los trabajos y afrentas y muerte de cruz, que por su amor con mucho contentamiento padeció, dando con palabras y obras testimonio de la verdad por quien padecía, fué llevada su alma al cielo. Y el cuerpo quedó con tan buen semblante, que testificaba cuán agradable había sido el sacrificio de su vida a la divina Majestad. Y los cristianos que alcanzaron algunas reliquias de sus vestidos o cuerpo, por la fama de su virtud y por la constancia con que murió en la cruz, las estimaban en mucho.

CAPITULO XIX

DE LA VIDA DEL SANTÍSIMO MÁRTIR FRANCISCO, MÉDICO

Hacimiento de gracias del autor.—El señor de Bungo fué gran cristiano.—La medicina que se usa en Japón.—El hermano Vincente, de la Compañía.—Conversión de este glorioso mártir.—Fué muy devoto de San Francisco.—Convirtió a su mujer y hijos.—Acto de mucha devoción.—Hicieron él y su mujer voto de continencia.—Fué ejemplo de médicos.—Tenía gran oración mental.—Acto de mucha caridad.—Sabía enseñar muy bien el catecismo.—Constancia soberana.

¡Seais Vos bendito, Dios de mi alma, que aunque por mis pecados no fuí digno de ofreceros en sacrificio mi vida, en compañía de mis dichosos hermanos y compañeros y de mis discípulos en la fe, los santos japones, a lo menos véome muy obligado, por haberme vuestra Majestad tomado por instrumento para confirmar en la fe a los más de los que por vuestro divino amor padecieron con caridad y esperanza cierta en la cruz! Y aunque por la merced que recibieron todos os doy muchas gracias, particularmente pido a los ángeles me ayuden a bendeciros por las mercedes que recibió el dichosísimo mártir Francisco, médico, por haberle yo catetizado, bautizado, enseñado y particularmente comunicado, teniéndole por maestro para aprender buena lengua japona. Por ser hombre discreto y ciudadano honrado de Miaco, y criado en casa del señor de Bungo, que fué muy conocido entre gentiles y cristianos por haber sido de los primeros que bautizaron en Japón, y comúnmente es llamado el rey Francisco, cuya virtud y caridad siempre le pareció bien. Y ansí cuando murió, como cosa santa, le tomó las reliquias que traía al cuello y el rosario y lo guardó cuatro años con mucha veneración. Y todo este tiempo anduvo en compañía de un hijo de su amo en la guerra que traían los japones con los del reino de Coray (1), sirviéndole de médico, por haber estudiado con curiosidad lo que hay escrito en Japón en esta facultad, que es lo que por experiencia de hierbas han hallado, y lo que los chinos tienen escrito, de cuyos libros se aprovechan. Con esta ocasión de ser médico trataba con muchos cristianos que estaban en la guerra. Y

(1) Corea.

como fuese discreto y hubiese ya dejado la idolatría (como él me dijo, por parecerle necedad adorar palos), gustaba mucho de oír las cosas que los cristianos le decían de su ley, haciendo memoria de ellas y considerándolas muy menudamente.

Ofrecióse ocasión de venir a Miaco, y luego preguntó adónde tenían los cristianos su casa, porque venía informado de que en casa de los padres de la Compañía estaba un hermano japón, llamado Vincente, muy letrado en las letras que usan los japones. Yendo, pues, a buscarle, como no sabía la casa de la Compañía ni de los frailes, preguntando por la casa de los religiosos cristianos, le enseñaron nuestro convento. Y a la sazón que entró por la portería estaba yo platicando con unos cristianos, y llegó a oír lo que decía y me declaró luego su intento. Y mostrando en breves razones cuán letrado era en las letras de los gentiles, y pidiéndome que le bautizase, porque él ya sabía las cosas que creían los cristianos por lo que oyera a los que conversó en la guerra, y que las tenía por ciertas, y que había cuatro años que no adoraba ídolos por parecerle cosa de burla, supe de él que venía a buscar al hermano Vincente, y le rogué fuese a verse con él. Mas satisfecho de lo que el santo mártir fray Gonzalo, que a la sazón vino allí, y sabía mucha más lengua que yo, le dijo, se determinó a no ir a otra parte, mostrando afición de que se quería bautizar conmigo. Y persuadiéndole a que de nuevo oyese las cosas de Dios, dijo que lo haría. Y ansí vino todos los días que tenía desocupados, hasta estar bien catetizado. Y como yo viese la devoción y respeto que mostraba al *agnusdéi* y rosario que traía en una bolsa, cuatro años había, por ser de un buen cristiano, y que sabía el *Pater noster*, tuve por muy buena su vocación, y di muchas gracias al Señor el día que le bauticé, pidiéndome él que le llamase Francisco, por la afición que había cobrado a nuestro seráfico padre San Francisco, en sabiendo quién era.

Después de bautizado aprendió muy bien la doctrina cristiana de memoria. Y contándole yo la vida de nuestro padre San Francisco, por rogármelo él, le cuadró tanto, que la sacó de un *Flos Sanctorum* que teníamos de lengua japona impreso en nuestra letra, y la traía consigo para leerla muchas veces. Y como viniese algunos días a verme, conocí más en particular cómo tenía parientes muy honrados y una hija muy bien casada en aquella ciudad. Y aunque sabiendo que era cristiano le reñían y persuadían a que volviese atrás, y él estaba tan firme y enseñado

en la fe que antes les convencía con discretas razones a que entendiesen que no se podían salvar sino solos los cristianos. Y viendo que estaban su mujer y dos hijos en una aldea lejos de Miaco, me dijo que quería ir por ellos para persuadirles a que se bautizasen. Y como hubiese dado en breve tiempo muestras de buen cristiano, tuve por cierto mucho antes lo que después sucedió. Porque convirtió a su mujer y la trajo para que se bautizase en nuestra casa. Y aunque era moza y de buen parecer, salió tan buena cristiana, que no haciendo caso de sus gracias naturales, como olvidada de sí, se entregó totalmente al servicio de Dios Nuestro Señor. Y como este santo edificase una casa junto a la iglesia y hospitales, aunque era muy nueva en la fe, con el buen ejemplo de su marido vivía muy recogida, frecuentando el ir a la iglesia a oír misa y vísperas y a servir con entera voluntad a los pobres de los hospitales. Y creció tanto en fervor, que ponía espanto a los religiosos. Y en especial lo mostró cuando, andando la procesión por la iglesia el Domingo de Ramos, enseñada de lo que de aquella festividad había oído, con mucha fe la vieron quitar el manto la primera y echarlo a los pies del santo comisario, que iba representando la persona de Jesucristo Nuestro Señor. A quien ella en su siervo reverenciaba, considerándole que entraba triunfando en Jerusalén. Y siendo, según se puede entender, enseñada del Señor en semejante acto repentino de devoción, fué maestra de las demás mujeres que se hallaron presentes, para que con el mismo espíritu hiciesen lo mismo. También se bautizó un hijo pequeño de este glorioso mártir, y pretendía dedicarle a Dios y al servicio de sus siervos los santos frailes, y el martirio lo estorbó.

Como iba creciendo en conocimiento de Dios este bienaventurado santo, también aprovechaba en deseos de servirle perfectamente. Por lo cual, haciendo él y su mujer, de común consentimiento, voto de continencia por amor de Dios, se entregó totalmente al espíritu, asistiendo a la hora que decíamos misa en la iglesia, rezando sus devociones y teniendo algunos ratos de oración mental. Crecía también en espíritu de mortificación, trayendo cilicio y disciplinándose en su casa cada día y ayunando toda la Cuaresma y otros muchos días entre año, como veía ayunar a los frailes. A los cuales deseaba tanto imitar, que con admiración de ellos y de los otros cristianos, olvidando los puntos y presunción del mundo, pocos días después de bautizado lavaba a los leprosos los pies, y pareciéndole que el oficio de médico era peligroso, por faltar muchas veces me-

dicinas nuevas, y aprovecharse de las viejas, que no tenían virtud y eran de poco provecho para los enfermos, y que era forzoso curar a muchos gentiles (cuya conversación profana aborrecía), dejó de usar el oficio, salvo con los cristianos pobres, a quienes curaba de balde, dando él las medicinas que tenía en su casa. Porque como hay en Japón pocas boticas, los médicos hacen las medicinas.

Y como estuviese desocupado casi todo el día, estábase conmigo, aprovechándome él, enseñándome la lengua y los más cortesanos vocablos y las cosas de los gentiles, y yo le enseñaba cómo había de confundir a los infieles, mostrándoles la falsedad de sus sectas, y les había de enterar las cosas de la fe. Y como fuese muy buen escribano y tuviese buen talento natural, hacíale escribir muchas cosas para que respondiese a las dudas que los gentiles suelen poner y la manera de rezar la corona de Nuestra Señora y otros particulares tratados, para provecho de las almas. Y él escribió luego de buena letra, y los puso en el claustro en unas tablas, con la doctrina cristiana, para que los cristianos las leyesen y trasladasen. Y como también comunicase mucho con el hermano Cosme Yoya, que trataba muy de veras de la oración mental, no sólo le imitó en este santo ejercicio, mas los dos, por ser buenos escribanos, hacían cuadernos, en que escribían la doctrina cristiana y otros tratadillos espirituales, para provecho de los cristianos. Y se los daban, con obligación de que diesen una pequeña limosna a los pobres de los hospitales. Y pudiéranla muy bien tomar ellos para sí, porque no les sobraba la hacienda. Pero estaban muy contentos de ser pobres por amor de Dios. Por cuyo amor se habían hecho menesterosos, apartándose de las ganancias que los oficios del mundo suelen dar, y ellos tenían desembarazado; de lo terreno volaba su espíritu al deseo de las cosas celestiales y crecía en el amor de Jesucristo Nuestro Señor. Con cuyo cuerpo santísimo, cuando comulgaba, era su alma muy consolada. Y llevado de esta hambre santa que tenía de comulgar, estando yo en Usaca, en un pobre y estrecho aposento, fué de más de doce leguas a tener en mi compañía la fiesta de la Purificación de Nuestra Señora. Y por su devoción y la del hermano Diego y de otros seis o siete cristianos que solamente se hallaron a la misa, bendije las candelas, y anduvimos la procesión en aquel estrecho lugar, para aumentar la fe y devoción de aquellos pocos cristianos con esta santa ceremonia. Y con lo mucho que aprovechaba este dichoso mártir en el conocimiento de la ley de Dios, pudo hacer el oficio de médico de las almas, curán-

dolas de la infidelidad, siéndoles luz y guía para que conociesen a Dios. Porque les enseñaba las cosas necesarias para la salvación con tanta cordura y claridad, que muchos se convertían desengañados de la mentirosa idolatría.

Para enseñar a los niños cristianos o a los de sus amigos. los gentiles (deseosos de que no fuesen a aprender a casa de los ministros de los ídolos, que viviendo como religiosos tienen por interés el enseñar muchachos, con graves ofensas de Nuestro Señor), mandó hacer una escuela junto a su casa. Aunque no vino a efecto su deseo, por no haber querido los infieles enviar sus hijos sabiendo que era cristiano, y ser los de los cristianos pocos y estar ocupados en aprender oficios. Pero no por eso vivía ocioso, porque tomó muy de veras el catetizar y servir a los pobres y hacer limosna en todo lo que podía a los religiosos. En especial les daba, con su pobreza, de comer el día de nuestro padre San Francisco, por llamarse él de este nombre, y otras fiestas principales, a quien tenía devoción; comiendo él las sobras, y recibiendo particular favor en ser admitido entre sus familiares. Por lo cual, sabiendo, antes que alguno fuese preso, que estaban los santos mártires japones señalados para ser justiciados, por ser los que vivían y conversaban particularmente con los frailes, y que no era él del número de los que habían de padecer, fuése a informar de todo este negocio del juez gentil, como de conocido que era suyo. Y diciéndole, con libertad cristiana, cuán contra razón eran perseguidos los frailes, y sus cristianos, por predicar la verdadera salvación, y confesando claramente que era cristiano, fué puesto en la minuta de los que habían de ser presos. Y así lo fué, con gran contento suyo, por el mucho deseo que tenía de padecer martirio por Jesucristo Nuestro Señor. De quien, habiendo cumplido su deseo muriendo en la cruz, fué honrado con la gloria celestial con que suele su Majestad honrar a sus santos mártires.

CAPITULO XX

De la vida del bienaventurado mártir Joaquín Sanquier, cocinero de los frailes

Cómo se pinta la virtud.—Cómo entró con los frailes.—Tenía mucha caridad.

En este santo mártir se ve con cuánta razón pintaban los antiguos la honra a los pies de la virtud. Porque el ser

uno verdaderamente honrado es ser virtuoso, subiendo de la bajeza de la humildad acompañada con la gracia divina a la alteza y grandeza de los hijos de Dios, por oficios humildes que haya tenido. Como se ve en este santo mártir, que de cocinero que era del convento de Belén, de Usaca, habiéndole Dios escogido por su mártir, y dándole perseverancia para morir por su santa fe, fué puesto entre los príncipes de la celestial Jerusalén, según se puede creer.

La primera vez que yo estuve en Usaca bauticé una mujer pobre, y pidiéndome que fuese a su casa a bautizar a su marido enfermo, que deseaba ser cristiano, como me dijesen que no era peligrosa su enfermedad y que no estaba bien catetizado, lo dilaté hasta su tiempo. Pero como me ausenté de aquella ciudad, estando muy peligroso, fué bautizado de un cristiano llamado Paulo, que catetizaba los gentiles y enterraba a los cristianos que morían en aquella ciudad. Y como cuando se edificaba allí el convento me viniesen a ayudar a la obra algunos pocos cristianos pobres, entre ellos, sin conocerle, vino este santo mártir, aun estando algo enfermo. Y trabajaba con tanto silencio y cuidado, que lo noté muy en particular. Y preguntando quién era, me dieron noticias de él. Y llamándole para agradecerle lo que hacía, y para que le diesen alguna limosna, con ser muy pobre no la quiso recibir, porque trabajaba solamente por amor de Dios.

Acabada la casa, teniendo yo necesidad de un cocinero, roguéle que lo fuese, porque aunque estuviese malsano, para lo poco que había de hacer, bastaría. Y ofreciéndose él con mucha voluntad que lo haría, no faltó quien me dijese que era muy colérico, y que no le podría sufrir. Pero con la gracia de Dios supo enmendar tanto su condición, que se hizo muy manso, y tan caritativo, que no solamente daba limosna a los pobres que la venían a pedir, pero él se la llevaba a sus casas, dejando de comer por hacerla. Y como entendiese de cuánta honra y provecho espiritual era el tener oficio humilde en la casa de Dios (como yo le decía que lo decía el santo rey David) (1), servía por amor de su Majestad con mucha diligencia y voluntad a los religiosos. A quien era muy agradable la puridad de su conciencia, y el silencio y amor con que hacía todas las cosas, remitiéndose a Dios Nuestro Señor, que es fiador de los pobres, para que le pagase su trabajo. Y fué su divina Majestad tan liberal con él, que siendo preso por su santo nombre y llevado a la cárcel de Miaco con

(1) Ps. 83.

el santo fray Martín, habiendo perseverado con él todo el tiempo que estuvo con guardas, pudiendo fácilmente huir, padeció con mucho contentamiento las cárceles y trabajos, hasta ser crucificado. Pasando su alma desde las miserias de la tierra hasta los gozos eternos del cielo, adonde, por haberse humillado en la casa de Dios, sería ensalzado, conforme a la promesa de Jesucristo Nuestro Señor.

CAPITULO XXI

De la vida del glorioso mártir Paulo Ivariqui, tonelero

Tuvo una gravísima tentación.—Hermano del santo mártir León.

Según lo que en este glorioso mártir vi, muchas veces permite Dios que sus siervos sean tan tentados que, desconfiados de vencer con sus propias fuerzas, entiendan que han de salir victoriosos con el favor divino, que jamás falta en tiempo de la tribulación (1). Porque yo vi tan atribulado a este bendito mártir con una tentación de dejar la fe, por el mal ejemplo que unos cristianos, discordes entre sí, con su poca paz le dieron, que si el Señor no le socorriera con su divina gracia y con las amonestaciones del santo fray Gonzalo, llevara muy adelante su trabajo espiritual. Pero después se vió que dió el Señor licencia al demonio de tentarlo para que echase raíces en la fe y creciese en devoción. Porque, libre de la tentación, luego labró una casa junto a la iglesia y se pasó a vivir allí, por estar antes tan lejos, que apenas podía venir a oír misa.

Aunque nunca faltaba los días de obligación, él, su mujer y hijos, ni se descuidaban un punto del aprovechamiento de sus almas, confesándose muy a menudo y ayudando con sus limosnas a los pobres y sirviéndolos en todo lo que podían, sirviendo a Dios en su oficio de tonelero. Y su mujer sacaba vino de arroz, que es el que se bebe en Japón, y lo vendía con moderada ganancia, para sustentar su casa pobremente. Y marido y mujer aconsejaban a sus hijos que viviesen en temor de Dios Nuestro Señor. Cuya ley, aunque no le predicaba este su mártir de propósito, daba noticia de ella a todos sus amigos gentiles y trajo muchos a oírla que después se bautizaron, tomándole Dios a él por instrumento. Y pagóle tan bien su

(1) Ps., 90.

buen deseo y diligencia, que no sólo le dió espíritu para imitar en lo que podía a los santos religiosos y a su hermano, el santo mártir León, pero sabiendo que había de tener trabajos, por ser tan declaradamente cristiano y familiar de los frailes, no mostraba flaqueza, antes con mucha fortaleza, venida la ocasión de ser preso y padecer, ofreció su alma en la cruz a su Redentor. De quien fué recibido en el cielo y laureado con corona de glorioso mártir.

CAPITULO XXII

De la vida del santo mártir Miguel Cosaqui, ballestero

Fué padre del santo niño Tomé.—Trabajó en la iglesia de Usaca.—Criaba en temor de Dios a sus hijos.

Mucho mostró el Señor querer a este santo mártir, pues no sólo quiso honrarle con la honra de haber engendrado y doctrinado en los principios de la fe a su hijo, el santo niño Tomé (cuya vida queda ya contada); pero honróle también con la corona del martirio, haciéndole compañero de sus siervos y testigos fieles de su santa ley.

Muy en particular puedo yo dar testimonio de la virtud de este glorioso mártir, natural del reino y provincia de Isce, por haber experimentado su modestia y paciencia y deseo de servir a Dios, no sólo confesándole muchas veces, pero teniéndole en mi compañía muchos días. Porque aunque su oficio era ballestero, y hacer arcos y flechas de que en sus guerras usan mucho los japones, cobró tanta afición a los frailes, que no sólo les ofreció su hijo de buena voluntad, aunque era de edad que le pudiera ayudar a sustentar, aprendiendo oficio; pero en la obra de la iglesia y casa, por sólo amor de Dios trabajó con gran cuidado. Y cuando el santo mártir León y yo estábamos edificando el convento de Usaca nos fué a ayudar, muy gozoso de ver levantar la bandera de Jesucristo Nuestro Señor, entre tantos infieles. A los cuales, cuando con la natural curiosidad que tienen preguntaban qué obra era aquella, respondía con libertad cristiana, dándoles noticia de Dios Nuestro Señor. Y aunque no catetizaba, con su buen ejemplo y santas palabras atraía muchas almas al conocimiento de la verdad. Y si acaso algunos gentiles con dañada intención venían a oír las cosas de Dios, y convencidos con la razón no se querían rendir, y condenando por nueva y mala nuestra santa ley nos decían algunas in-

jurias, este santo, con gran sinceridad y comedimiento hacía mucho fruto, volviendo por la verdad con las respuestas que les daba, acompañadas de mucha mansedumbre. Y como para el deseo que tenía de servir al Señor le fuese estorbo el tener su casa más de un cuarto de legua de la iglesia, edificó una pobre casa junto al convento, para poder cada día oír misa y tratar familiarmente a los religiosos y servir en el convento, en trastejar (1) y en otros remiendos y obras, y porque estando junto a la iglesia su mujer creciese en devoción, confesándose muy a menudo, y dos hijos pequeños que tenía se criasen en temor de Dios, tratando con su hermano, el santo niño Tomé, y con los otros doxicos que estaban con los frailes. Y como de todos los gentiles fuese conocido por muy devoto de los frailes, fué condenado, por ser cristiano, a que padeciese en compañía de los siervos del Señor. Con los cuales también fué alanceado en una cruz, testificando que la falsedad de la idolatría era camino de condenación, y que la cruz padecida por la ley cristiana es camino de la salvación verdadera y vida eterna. Adonde vive enriquecido de mucha gloria, según se debe creer.

CAPITULO XXIII

De la vida del santo mártir Juan Quizuya, tejedor de seda

Fruto del buen ejemplo.

Aunque no faltaba quien murmurase de los frailes porque trataban con pobres, y que hacían cristianos a gente baja, y que no era su humildad y pobreza evangélica buen medio para granjear la gente principal y convertirla, no hacían caso de esto los santos frailes, por saber que Dios escogía los que era su divina voluntad, y que de los pobres era el reino de los cielos (2). Por lo cual recibían mucho consuelo los frailes de que se les allegasen los pobres y se viniesen a vivir junto a su iglesia y de los hospitales. En uno de los cuales tenía este santo mártir un hermano que servía a los pobres, y por su persuasión y buenos consejos se convirtió, y le bauticé yo con su mujer y un hijo pequeño. Y luego se vino a vivir junto al monasterio, y vivía de su oficio, que era tejedor de seda. Era muy te-

(1) Retejar.—*N. del E.*
(2) Matth., 10.

meroso de Dios, y deseaba mucho aprovechar en su santo servicio. Y aunque había poco que era cristiano, movido con el buen ejemplo de los cristianos, sus vecinos, les acompañaba en todos los ejercicios de caridad y mortificación que hacían, ayudando a servir a los pobres y hallando gusto en las disciplinas y oración, como quien era predestinado para la gloria celestial. La cual alcanzó por medio del martirio. Porque siendo señalado en el número de los que habían de morir con los frailes, dentro de un año conoció a Dios por la fe que recibió en el santo bautismo, y le sirvió en obras de caridad, con esperanza muy grande y firme de que le había de dar lo que a los suyos promete por la guarda de su santa ley, y vió el pago, pues subió su alma desde la cruz a ver claramente a Dios, en quien creía, y en quien esperaba, y a quien con todo su corazón amaba.

CAPITULO XXIV

De la vida del dichoso mártir Matías

Cómo tuvo dichosa suerte.

El martirio de muchos mártires es celebrado. Porque cuando veían a los cristianos padecer, con particular impulso y empellón del Espíritu Santo, dándoles su divina fortaleza, se ofrecieron a la muerte, confesando por su Dios delante de los tiranos a Jesucristo Nuestro Señor. Con cuyo particular favor hemos también de entender que fué preso y martirizado este glorioso santo. Porque cuando fueron los gentiles a prender a los santos frailes iban determinados de llevar con ellos preso al cocinero, que llamaban Matías; y como a la hora de sacarles de la iglesia no se hallase allí el cocinero, por estar, sin conocerlo, dentro del convento cerrado, por orden de los mismos gentiles, cuando le llamaron, viendo que no respondía, este santo mártir, por ser de su mismo nombre, dijo que él se llamaba Matías, deseoso de que le cupiese la buena y dichosa suerte de ser mártir. Y como le movió Dios para hacerle sacrificio de su vida, confesando que era cristiano, también le dió perseverancia hasta acabar de hacer de sí mismo holocausto, ofreciéndose a su Dios en la cruz. Dando particular motivo a los cortesanos del cielo y a los fieles de la tierra para glorificar a la divina Majestad, por la misericordia particular que usó con él para que

fuese tan sin pensar dichosísimo mártir, por caerle aventajadísima suerte, como del gloriosísimo santo Matías se lee que le cupo para ser apóstol (1), y después mártir de Jesucristo Nuestro Señor.

CAPITULO XXV

De la vida del bienaventurado mártir Francisco, carpintero, adaucto

Fortaleza de la confirmación.—Por qué fué preso.

Aunque muchos de los cristianos de Japón, con la fortaleza grande que recibieron en el santo bautismo, estaban tan firmes en ella que deseaban mucho, si se ofreciese ocasión, de padecer martirio por ella, en especial después que recibieron el santo sacramento de la confirmación; y así, cuando se ofreció la ocasión del martirio se mostraban los cristianos tan fervorosos, que parecía que andaban con competencia sobre cuáles habían de padecer por su Dios. Y testimonio cierto de esto es este glorioso mártir, el cual, habiéndose llamado Gayo en el bautismo, que había ocho meses antes recibido, en la santa confirmación, por su devoción se mudó el nombre, llamándose Francisco; y la gran fortaleza de fe que recibió en este sacramento santo se mostró en él tanto, que cuando prendieron los santos frailes él publicaba que era cristiano; en la cárcel les visitaba sin temor, y cuando los llevaban por las calles en carretas triunfando se subía en ellas, deseoso de padecer con ellos. Y aunque le daban de palos, como pretendía Dios Nuestro Señor que fuese predicador de su fe, con su perseverancia dábale fuerzas espirituales para no desistir de su santo deseo, aunque más malos tratamientos le hiciesen. Y ansí fué con los santos a las ciudades de Usaca y Zacay, mostrando que era cristiano con juntarse a ellos y con animarles y servirles en las cárceles en lo que podía. Y perseveró tanto, que yendo con ellos a Nangasaqui, cansadas las guardas de su santa perseverancia, como infieles que no conocían a Dios, le prendieron, porque dijo que era cristiano. Y juntándole con prisiones a los demás santos, con mucho gozo fué recibido de ellos, dándole el pláceme de su bonísima suerte. La cual, como le era concedida de Dios Nuestro Señor, fué del todo di-

(1) Act., I.

chosa, porque aunque hubo quien pretendiese librarle de la muerte, por no ser señalado entre los veinticuatro que decía la sentencia del rey, no tuvo efecto. Y ansí su perseverancia tuvo glorioso fin en el martirio. Y la honra y gloria de él será en el cielo eternamente celebrada.

CAPITULO XXVI

De la vida del dichosísimo mártir Pedro Suquexiro, adaucto

Por qué prendieron a este santo mártir.—Lo que dijo el rey, y otras señales de los mártires gloriosos.

Es Dios tan liberal de los bienes soberanos, que por pequeños servicios hace mercedes como quien es. Como se ve en este glorioso mártir, a quien el padre Organtino, de la Compañía de Jesús, prelado que era en la casa de Miaco, sabiendo cuán trabajosamente habían los santos mártires de tener lo necesario para el sustento corporal en el largo camino que había hasta Nangasaqui, con su mucha caridad envió a este santo mártir con alguna plata para que socorriese en las necesidades a los tres hermanos de la Compañía y a los demás mártires. Mostrando este bendito mártir en querer hacer esto que le mandaban no sólo caridad, pero mucha firmeza en la fe, pues aun viendo el peligro de perder la vida, a que se ponía, no rehusó este oficio de misericordia. Por el cual se mostraban muy agradecidos y obligados los santos mártires. Y como los gentiles que venían en guarda eran muy codiciosos, vencidos de la codicia, por tomar a este santo mártir la plata que traía, tomando ocasión de que era cristiano, y que contra la voluntad del rey venía sirviendo a los que, por ser cristianos, mandaba crucificar, le prendieron, quitándole lo que traía. Y como el Señor le quería pagar la buena obra que venía a hacer a sus siervos, sin ser de provecho las diligencias humanas que se hicieron para darle libertad, fué con mucho contentamiento suyo crucificado. Y de su glorioso martirio y del de su compañero, el santo mártir Francisco (que, como se dijo en el capítulo pasado, fué hecho sin orden del rey), resultó no sólo ser confirmada la fe cristiana con otros dos testigos; pero sabiéndolo el rey gentil, juzgando que de su propia voluntad, conforme a la información que le hicieron, se había ofrecido a la muerte, dijo: «Verdaderamente, estos cristianos mucha forta-

leza tienen y mucha unidad entre sí.» Y otros dijeron que como adoraban a un Dios crucificado, tenían por gran honra el serlo, resultando aun de estos dichos de gentiles mucha honra de nuestra santa fe, pues hace hombres constantes y de un corazón y voluntad que aun en buena razón natural es cosa buena. Y el ser semejantes en su muerte a su Dios, muerto en cruz, es cosa excelentísima y de indecible gloria.

CAPITULO XXVII

De cómo estos gloriosos mártires son honra de la Iglesia militante y triunfante

Todas las criaturas se honraron en los santos.—Por qué bajó Cristo la cabeza cuando murió.—Honra de la cruz.—Las cruces que parecieron en Japón.—Fruto del martirio.—Armas de estos santos mártires.—Cuán dichoso es el reino de Japón.

Según la promesa infalible de Cristo Nuestro Señor, el que conociéndole delante de los hombres hiciere holocausto de su vida por su santo nombre no sólo será honrado de su Padre celestial en los cielos, mas en su constancia y fortaleza será su Majestad glorificado. De estas y de otras semejantes palabras que leemos en las divinas letras se colige muy claro cómo no solamente es la misericordia de Dios honrada en sus santos, pero que todas las criaturas invisibles y visibles que están en su servicio y gracia reciben particular honra cuando el hombre (en quien como en un mundo menor todas están epilogadas y juntas, pues en el espíritu es semejante a los ángeles y en el cuerpo a las criaturas terrestres) hace una obra tan heroica como es estimar más la honra de su Dios y fe que la propia honra y vida. Y cuando ésta se pierde, al parecer del mundo con más ignominiosa muerte, sube más de punto la gloria divina después que la Majestad de Cristo de la mayor deshonra que el entendimiento humano podía imaginar, que era la cruz, sacó indecible honra. Y si bien se considera aquel misterio de morir Cristo la cabeza baja, fué huir de la grande honra que se le daba en el título que tenía sobre ella. Por querer la honra de su cruz para sus fieles siervos. En los cuales la esperanza del premio eterno, hermanada con el amor divino, fué la que hizo tan gloriosos estos valerosos mártires. Los cuales, aborreciendo todo lo terreno, pusieron toda su afición en la cruz de Cristo. Y

levantando la bandera de la cruz, hicieron muchos soldados amadores de ella, como en lo último de su vida lo mostraron. Triunfando del mundo y del tirano que les mandó matar cuando, puestos en la cruz, murieron muy alegres por su Dios. Y si bien se considera la gloria de este trofeo, en todo el discurso de él resplandece la honra de la cruz. Porque cruz fué la que estos dichosísimos religiosos fueron a buscar entre aquellos idólatras; cruz fué la que en su apostólica vida padecieron; cruz fué el fin de sus fervorosos deseos; cruz fué el blanco de su predicación; cruz fué la materia en que de día y de noche contemplaban; cruz fué la que últimamente les acompañó en la muerte prolongada por tantos días, y representada no solamente en la sentencia que delante de sí llevaron; pero en la manera como iba, al modo de cruz, en una asta puesta.

Y, finalmente, recibiendo en el tálamo de la cruz las argollas de hierro, como arras del celestial desposorio que habían hecho con Cristo en la confesión de la fe, y acabando la vida, habían de eternizar uniéndose con El con perfecta caridad en la gloria, dieron su espíritu con dos lanzadas, que traspasando del costado al hombro hacían también una cruz. Y según testifican los padres de la Compañía, en el capítulo último de la relación que hicieron de este martirio, impresa en Roma en lengua italiana, fué pronóstico de este maravilloso triunfo de la cruz el haberse hallado ocho años antes de este famoso martirio en un lugar del mismo Japón, llamado Obama, una cruz maravillosa en el corazón de un árbol, y otra cinco años antes en el lugar de Faconda. Y lo mismo podemos decir que significaría la cruz blanca que aquel año vieron los españoles sobre Japón, cuando en el navío «San Felipe» arribaron a él, como queda dicho en el libro IV, capítulo XXXIV.

Conforme, pues, a la esperanza que de este glorioso triunfo de la cruz nace, estos felicísimos mártires han de ser como padres de la Iglesia de Japón, pues mediante la virtud de su predicación y sangre han de engendrar muchos hijos en Cristo en aquel reino, dándole tan divino resplandor, que aunque hasta ahora ha sido seminario de idólatras, de aquí adelante ha de ser escuela de la verdad evangélica, y olvidando los principios temporales que tuvo, vendrá tiempo que principalmente se celebre la memoria de Cristo crucificado, representada muy al vivo en cada uno de estos dichosísimos crucificados. Y placerá al Señor que aquella gentilidad, que está entenebrecida con sus erro-

res, por este medio será alumbrada en el camino del cielo como con soberana luz. Porque ansí como de cada grano que se siembra si muere en la tierra nacen muchos, como dijo Cristo Nuestro Señor (1), ansí de la muerte de cada mártir ha de sacar la poderosa mano de Dios millares de cristianos en Japón. Los cuales tengan por la más principal honra de su reino este tan singular martirio. En el cual la Iglesia triunfante, con indecible alegría de sus celestiales cortesanos, fué hermoseada con la gloria de sus almas. Y la militante, por haber sido madre de tan valerosos caballeros, recibe nueva honra con su sangre, derramada en testimonio de la fe que predicaron. Por lo cual con razón, como excelentes capitanes, se les han de poner por armas en su escudo una cruz, al modo de la en que muriendo vencieron a sus enemigos, y un brazo vestido de pobre hábito, preso con una argolla, con el brazo desnudo de Cristo, en símbolo de la estrecha amistad que con su Cristo tuvieron, y un corazón atravesado con dos lanzas. Porque siendo abierta con ellas el corazón, salió la sangre que publicaba el amoroso fuego que en él ardía. Y cinco argollas, que, puestas a su cuello, pies y manos, significan el indisoluble nudo de amor con que han de ser unidos con Cristo eternamente en el cielo.

Visto, pues, el discurso de este maravilloso triunfo, con razón podemos dar el pláceme al cielo, pues posee tan ilustres triunfadores. Y al reino de Japón, pues viviendo y muriendo predicaron en él la fe. Por lo cual con razón serán tenidos y estimados como apóstoles de él. Y también debemos dar el parabién a la Religión de los Menores, pues sacando Dios de ella, como de un celestial jardín, seis hermosas rosas, de sus seis hijos crucificados, puso delante de los hijos del mundo un raro dechado de todas las virtudes y de Cristo crucificado. A quien y al Padre y al Espíritu Santo sean dadas infinitas gracias por la merced que hizo a su Iglesia de Japón, y a la Religión franciscana, y a la provincia de San Gregorio de las Filipinas en el martirio de sus fieles siervos. Amén.

(1) Joan., 12.

CAPITULO ULTIMO

Conclusión de esta historia

Por qué ha de durar la Orden de San Francisco hasta el fin del mundo.—Es convencida la pusilanimidad de algunos.—Palabras dignas de notar.—Excelencias de los trabajos.

Una de las causas porque, al parecer de varones prudentes y sabios, la Religión de nuestro gloriosísimo padre San Francisco ha de durar hasta el fin del mundo, como la Majestad de Cristo le prometió, es la perfección de la vida, con que en todos tiempos (cuando en algunos reinos se resfría la regular observancia) no sólo despierta el Señor el espíritu apostólico de particulares religiosos, pero juntando muchos de un mismo celo y deseo de guardar perfectísimamente su evangélica Regla, ordena cómo se hagan nuevas provincias reformadas. En las cuales se renuevan los principios admirables de santidad y de varones insignes que tuvo la santa familia franciscana. Como entiendo que se habrá visto en nuestra historia en las muchas virtudes que en la nueva provincia de San Gregorio de las Filipinas repartió Dios Nuestro Señor a los religiosos que han pasado a la conversión de aquellos infieles, haciéndoles con ellas predicadores milagrosos. Para que los efectos que en la primitiva Iglesia hacían los milagros en los fieles y gentiles lo hiciese, a falta de ellos, la vida apostólica de los religiosos. Por medio de la cual fuesen traídos a la fe los idólatras, y los cristianos, confirmándose en ella, tuviesen nuevo motivo de bendecir al Señor en sus siervos.

Resta, pues, ahora quitar el miedo a los pusilánimes, con la confianza que deben de tener en Dios Nuestro Señor, que no les ha de faltar en todo tiempo, como tiene prometido a los que esperan en El. Y si los deseos de padecer por su santo nombre lleva a los predicadores evangélicos a reinos tan remotos, tendrán por buena suerte el padecer muchos trabajos en la mar y tierra. Y el poner por ese mismo Dios a peligro muchas veces la vida, la cual, si les faltare en tan justa demanda, no perderán el premio ni se le olvidará a Dios de pagarles los deseos que llevaren de ser mártires. Ni faltará a su cabecera en la necesaria hora de la muerte. Y quien considera que este mismo Dios Hombre estuvo nueve meses en el estrecho vien-

tre virginal, siendo hombre perfectísimo en cuerpo y alma, hallará mucho gusto en entrar en la estrecheza de un navío por santo amor. Y considerando estas apostólicas misiones, hallará que son muy flacas las razones que algunos dan para no estimar en lo que es justo la excelencia del oficio apostólico de predicar a los gentiles.

Porque unos dicen que la gentilidad es gente bárbara, en quien con dificultad se hace fruto, no considerando que más rústicas eran las naciones a quien predicaron los más sagrados apóstoles. Y no son tan bárbaras aquellas naciones que no haya muchos buenos entendimientos en quien la semilla del Evangelio fructifica, con gran contentamiento de los ministros. Otros, aunque no resisten al espíritu de convertir infieles, dicen que es gran servicio del Señor predicar en España, adonde sin peligro de la vida hace fruto. A la cual razón es fácil de responder, pues en Europa sobran los ministros que en las nuevas conversiones faltan, y quien no llevare espíritu de morir por la fe que predica, bien hace en estarse en su celda. Y a ninguno debe de amilanar el temor que entre los gentiles no podrá guardar bien su Regla y profesión, porque las vidas de los bienaventurados religiosos que se han puesto en los libros tercero y sexto muestran lo contrario. Y quien quisiere predicar con llaneza evangélica las verdades, ganancia tendrá en huir de la curiosidad impertinente, con que comúnmente en Europa quieren los oyentes que se les proponga la divina palabra, no la estimando en lo que es razón si no va acompañada con puntos y conceptos muy delicados. Otros tienen por gran inconveniente el haber de estar de dos en dos entre los idólatras. No considerando que de dos en dos envió el Señor sus Apóstoles (1).

No hace Dios sus negocios con muchedumbre de gentes, sino con pocos soldados animosos y determinados vence al demonio, como Gedeón venció a los madianitas (2). Otros, recelándose de los trabajos, tienen por perfección el conservar su vida para poder servir a la Religión. En lo cual parece que ponen la perfección en huir de los trabajos y no en granjear almas para Dios por la caridad del prójimo. No considerando que aunque pudiera ser Abrahán perfecto en su tierra, hasta que salió de ella y puso altares en tierra de idólatras no vió celestiales visiones ni fué llamado padre de los creyentes (3). Otros, con celo de

(1) Luc., 7.
(2) Judic., 7.
(3) Gen., 12.

conservar el número de los religiosos en sus provincias, no tienen por muy acertado el ir frailes entre infieles, no reparando en que más se dilatan las Religiones enviando los religiosos entre infieles. Pues cada uno de ellos muerto por la fe o en la predicación de ella, multiplica mucho fruto de creyentes, con honra notable de su Religión. Otros, persuadidos de su imaginación, dicen que es de espíritus inquietos el ir a las Indias, entre infieles. Y si esta razón convence por la experiencia que se tiene de los que no han sido muy virtuosos, de ser general, porque si lo fuera, mal se hubieran convertido tantas provincias y reinos adonde los religiosos han sido luz del mundo. Otros dicen que tiempo vendrá cuando se pueda ir a predicar a los reinos remotos de gentiles, no mirando que cada uno tiene obligación a no atar y enterrar el talento que Dios le ha dado, y que ya estamos en el fin de los tiempos y en la última edad del mundo y que siempre está el Señor diciendo: *Ite in universum mundum* (1); y aunque a todos está bien el aumentar la fe, convirtiendo almas a Dios, a nadie les estará mejor padecer los trabajos, calores, fríos, sed, hambre y soledad que se padecen en la conversión que a los que profesan aspereza de vida, imitando a los Apóstoles, a quien envió el Señor sin zapatos en los pies, ni báculo en las manos, ni alforjas al hombro, porque viendo los gentiles que los predicadores son pobres, dicen que bien se ve que buscan su salvación, pues no quieren sus haciendas, y por estos medios se ha de cumplir la profecía del profeta Malaquías (2), que, en nombre del Señor de los ejércitos, dice: «Desde a donde sale el sol hasta donde se pone ha de ser grande mi Nombre entre las gentes, y en todo lugar se me ha de ofrecer ofrenda pura y sacrificio limpio.»

Concluyendo, pues, la exhortación que pretendo hacer a los que el espíritu del Señor escogiere por sus evangelistas y predicadores de infieles, sólo los quiero refrescar la memoria con el gozo que los ángeles recibieron de la conversión de los pecadores y gentiles para que imiten al Verbo encarnado que bajó del cielo a la tierra para llevar almas allá. Y pues Dios-Hombre tomó este oficio, bien empleadas serán las letras y vidas que en este tan alto ministerio se sacrificaren. Porque la necesidad es tan grande como cuando en los siglos pasados, escribiendo la Iglesia de Illirico al Santo Pontífice Símaco, da a entender en

(1) Marc., últ.
(2) Malaq., 1.

estas palabras: «El sumo Bien amador de las almas, nuestro Cristo Jesús, que por su gran bondad bajó del cielo a la tierra para redimirlas, da voces en su Evangelio cada día diciendo no tienen necesidad de médico los sanos, sino los enfermos; no vine a llamar justos, sino pecadores, a penitencia. Y para descubrir la piadosa clemencia de sus entrañas pone la parábola de la oveja y de la mujer, que con la candela encendida revolvió toda la casa para buscar la joya perdida, diciendo que se hace mayor fiesta en el cielo por un pecador convertido que por noventa y nueve justos. Esto te decimos, Santísimo Padre, atreviéndonos a suplicarte que tengas la vista no de una sola oveja y de una sola hoja perdida, sino de innumerable multitud de almas que se condenan en las tres partes habitables del mundo, que no fueron compradas con oro ni plata, sino con la preciosa sangre del Cordero sin mancilla, que vino a buscar lo perdido, dando su vida para redención de muchos.»

Esto dice la carta. Plega al Señor que con estas palabras todos sus siervso procuren que sea su santo nombre conocido en todo el mundo, se animen a padecer trabajos por Cristo, considerando lo que de ellos dice San Juan Crisóstomo (Hom. 5) sobre Job: «No hay cosa mejor ni más excelente que padecer males por Cristo; mucho más es que ser monarca de la tierra, y de más estima y gloria que tener dignidad de apóstol y ser maestro del mundo, y más que hacer milagros y resucitar muertos, y más que ser morador de los cielos y poseer la gloria de ellos. Y si alguno me diese a escoger o ser morador del cielo o estar preso por Cristo, con una cadena con San Pablo, esto escogería yo, y lo tendría por más honra.» Entendiendo esto San Crisóstomo del provecho de la gloria que de los trabajos viene al hombre. Porque es mayor muestra de amor de Cristo padecer por Cristo que gozar de Cristo; sobre el capítulo II de San Pablo a los Filipenses, da la razón diciendo: «Menos merced se me hace cuando resucito muertos, o hago milagros, que cuando padezco por Cristo. Porque por hacer yo milagros soy deudor, pero en padecer por Cristo hago mi deudor a Cristo.» A quien yo humildemente suplico, por su sacratísima pasión y por la intercesión de su Santísima Madre y de nuestro seráfico padre San Francisco y el glorioso San Gregorio, que este mi trabajo sea de algún provecho para gloria suya y de la exaltación del santo Evangelio en aquellos reinos remotos de gentiles.

Y en todo lo que en esta historia está escrito me sujeto a la corrección de nuestra santa madre la Iglesia Romana, cuyo hijo soy, por los méritos de Jesucristo Nuestro Señor, a quien, y al Padre y al Espíritu Santo, sea dada la honra y gloria por todos los siglos de los siglos. Amén.

Sit nomen Domini benedictum in saecula.

I. H. S.

Deo gratias.

AL LECTOR

Pretendiendo los antiguos desengañar a los hombres de los engaños que, disfrazados so color de bien, engañan a veces aun a los sabios y prudentes, fingieron que enviando Júpiter al mundo al mal y al bien, como sea el bien naturalmente muy amado y apetecido, seguíale tanta gente, que el mal se vió solo y desamparado. Y envidiando la mucha honra que al bien se hacía, dió en perseguirle, sin dejarle en lugar alguno, aunque más procuraba el bien huirle la cara. Por lo cual, viéndose el bien acosado y afligido del mal, y que en la tierra no estaba seguro de su persecución, determinó irse al cielo. Y subiéndose allá y viendo que iba en su alcance el mal, le dejó la capa en las manos y se acogió al lugar seguro de todo mal. El cual, viéndose con la capa del bien, se disfrazó tan artificiosamente con ella, que pensando los hombres que era el bien, le seguían, y vivían engañados. Y ansí, por que sirva para conocer el mal, disfrazado con la capa del bien, me pareció por remate de esta historia, en que tan particularmente he tratado el glorioso martirio de los veintiséis mártires de Japón, poner un tratado y adición que monseñor Peña hizo a la relación que de este admirable triunfo se imprimió en Madrid, y, habiéndose traducido en italiano, imprimiéndose en Roma, se dedicó a la santidad de Clemente VIII; imprimiéndose también en Nápoles, se dedicó al conde de Lemos, virrey. Y después monseñor Peña segunda vez la hizo imprimir en lengua castellana, y añadió estos tres capítulos. En los cuales la erudición, la fervorosa devoción, la doctrina de Concilios y doctores, y santos ejemplos, resplandecen tanto, que bastan para dar luz a los entendimientos engañados para que conozcan el mal, aunque esté disfrazado con la capa del bien. Y serálo tan grande para mi historia tener estos tres capítulos, que por ellos será muy honrada y con mucha razón estimada.

ADICION DE FRANCISCO PEÑA, AUDITOR DE ROTA

De tres capítulos a la relación del padre fray Juan de Santa María, en que se muestra que la muerte de los seis padres Descalzos y otros sus allegados en Japón, a 5 de febrero, año de 1597, fué verdadero martirio

Por satisfacer el piadoso deseo de algunos religiosos (a cuya instancia se hizo esta adición) se han puesto en ella en latín algunas autoridades.

Aunque de la relación que escribió el reverendo padre fray Juan de Santa María, provincial de la provincia de San José, de los Descalzos, de la muerte que padecieron en Japón seis padres Descalzos, de la Orden de San Francisco, y veinte japones cristianos, a 5 de febrero del año 1597, se colige claramente que aquella muerte fué verdadero martirio, todavía me ha parecido con brevedad mostrarlo claramente por las calidades que en aquella muerte concurrieron, que en suma se reducen a tres puntos: a la causa de la muerte, a la fortaleza y constancia con que la padecieron y, finalmente, a los efectos o señales y prodigios que después de aquella muerte acontecieron.

CAPITULO PRIMERO

De la causa de la muerte

De la sobredicha relación (la cual es conforme a otras, muy verdaderas, que yo he visto en forma auténtica de ministros de su Majestad y otras personas graves y religiosas de las Filipinas y otras partes) consta que el venerable padre fray Pedro Bautista, [de] la Orden de San Francisco, el año de 1593 fué enviado a Japón para hacer una embajada de pacificación a Taicosama, rey o emperador de aquella isla, y que fué de aquel príncipe bárbaro y gentil bien recibido y hospedado, de manera que por la divina misericordia (que ablandó el corazón de aquel idólatra) pudo el Descalzo edificar conventos y lugares píos para curar a los enfermos que los japones suelen echar de sí, por enfermedades que les parecen incurables, y predicar el Evangelio con grande aplauso y copiosa conversión de aquellos infieles; porque el dicho padre, con los pocos compañeros de su Orden que tenía consigo, dentro de breve tiempo convirtió gran número de hombres y mujeres de la ciega gentilidad con la predicación del Evangelio, acompañando y probando lo que predicaba con el maravilloso ejemplo de la vida irreprensible y áspera penitencia que hacía, con mucha satisfacción no solamente de aquellos gentiles, mas también del mismo Taicosama, hasta que llegó el tiempo en que la divina Providencia había decretado su muerte y de sus compañeros y allegados, que todos fueron en número veintiséis, para darles, en trueque de un breve trabajo y pasión, coronas eternas de gloria que jamás se acaba.

La causa principal de su muerte declaró el tirano en su sentencia con estas palabras:

Por cuanto estos hombres vinieron de los Luzones con títulos de embajadores, y se quedaron en Miaco predicando la ley de los cristianos, que yo prohibí muy rigu-

rosamente los años pasados, mando que sean justiciados juntamente con los japones que se hicieron de esa ley; y ansí estos veinticuatro serán crucificados en Nangasaqui, y por que venga a noticia de todos, vuelvo a prohibir de nuevo la dicha ley para en adelante, y mando que se ejercite; y si alguno fuere osado a quebrantar este mandato, sea castigado con toda su generación.

De las sobredichas palabras se echa de ver claramente que la causa por que les crucificaron fué por haber predicado la ley de Cristo, y porque varonilmente confesaron esta verdad hasta padecer muerte de cruz, y así fueron verdaderos mártires, pues estuvieron firmes y constantes en la confesión de la ley cristiana y artículos y verdades de nuestra santa fe católica, y murieron por ella, que es lo que hace ser uno mártir y que merezca honra y veneración de mártir, con autoridad de la Sede Apostólica, como nos lo enseñan comúnmente los santos doctores, y la tradición apostólica de la santa y universal Iglesia Romana, y muy en particular Santo Tomás.

A este propósito, dijo divinamente el beato Teodoreto estas palabras:

Necque vero tenuem as superinnanem fidem fecerunt, sed ab Deo profundius nixam radicibus, ut magna hominum multitudo pro his dogmatis retinendis mortem libentissime sustinuerit, eaque insicari volentibus, non linguas ad defensionem obiecerit, sed flagris humeros sed lampadibus latera, ferreis q. ungulis et cervices gladiis supposuerit, timpanis ac fidiculis extenta fuerit palis infixa constituerit, ab immanibus se feris laniari conspexerit. Jure igitur qui certamina haec proposuit in extincta illos gloria illustravit, memoriamque factorum nuntiam tribuit, quae potens sit vires temporis superare. Nam cum caetera omnia paulatim marcessere abolerique instituerit, horum tamen gloriam incorruptam servavit. Ac animae quidem triumphatorum Martyrum, in caelesti nunc patria, vitam agunt Angelorum choros intersitae. Eorum vero corpora non singula quidem singulis monumentis conduntur, sed Civitates, oppida, paganique Conventus haec inter se sortito partiti sunt, laborantibusque animis, ac aegrotis corporibus salutares eos confiteri non cessant. Nihiloque sepius Urbium custodes, ac locorum, praesides venerantur, quorum precibus, et interventu apud Deum utentes, per eos demum divina munera consequuntur.

Que, en efecto, es decir que la virtud y gloria del martirio se alcanza por defender con constancia, hasta perder

la vida, las verdades católicas y virtudes que nos enseña la fe, por donde los que así constantemente padecen son llamados mártires, cuyas almas están en la patria celestial entre los coros de los ángeles, y sus cuerpos y reliquias son venerados en la tierra e invocados para que con Dios sean nuestros intercesores y abogados.

Esto mismo, en efecto, sintieron San Clemente Papa (libro II, cap. XXIV, y lib. V, cap. I, de las Constituciones Apostólicas).

San Dionisio Areopagita (cap. VII *De los nombres divinos*).

San Agustín y otros muchos santos, los cuales hablando de los mártires dicen que unos son verdaderos y otros falsos, y que los verdaderos son aquellos que padecen martirio por defender constantemente la verdad cristiana, y los falsos son los que no padecen persecución y muerte por este respecto.

Esta misma diferencia hacen los santos Concilios, cuya doctrina aprueba y sigue nuestra madre la Iglesia Romana, en cuanto siempre mandan que honremos y veneremos los verdaderos mártires y sus reliquias, y nos guardemos de los falsos mártires, entendiendo ser aquellos verdaderos mártires que padecieron muerte por la causa arriba dicha. Concilio Gangrense (cap. XX), Concilio Cartaginense (5, capítulo XIV), Concilio Epavense (cap. XXV), Concilio Bracarense (3, cap. V), Concilio Maguntino (cap. LI), Concilio Lateranense, celebrado en tiempo de Inocencio III (capítulo LXII).

Y de los falsos mártires hablan el Concilio Laodiceno (capítulo XXXIV) y el Concilio Cartaginense (1, can. 2) y gran número de doctores santos que refiere Juan Molano en el libro *De Martirologiis* (cap. X) y el cardenal Baronio en el Martirologio Romano de la última impresión, en el principio (cap. X), y Alano Copo en el diálogo 6 (capítulo III).

En los Actos de los Santos, cuyos gloriosos nombres y acciones brevemente se cuentan en el Martirologio de la santa Iglesia Romana, y Menologio de los Griegos, para darles el nombre y gloria de mártires, ordinaria y generalmente se señala esta causa, que padecieron muerte y martirio por haber constantemente permanecido en la confesión de la fe de Jesucristo y no haber querido sacrificar a los ídolos y dioses de gentiles.

Habiendo, pues, el venerable fray Pedro Bautista, con sus compañeros y allegados, padecido muerte por la causa arriba dicha, con la constancia que se dirá en el capí-

tulo siguiente, sin duda aquella muerte se puede y debe de llamar martirio, y él y los demás que con él padecieron verdaderos mártires, bien semejantes a los de la primitiva Iglesia, según se ve por las relaciones que de esta muerte se han escrito de aquellas partes a Su Majestad Católica.

CAPITULO II

De la constancia con que padecieron

Por ser el martirio acto heroico y de grande perfección (1), en cuanto pone el hombre por Dios y por su fe católica la cosa que más ama, que es la propia vida, y abraza voluntariamente y con gusto suyo la cosa más aborrecible, que es la muerte, por donde dijo Cristo Señor Nuestro: «Nadie tiene mayor caridad que en poner la vida por su amigo» (2), de aquí se sigue que para este acto se requiere grande y excelente constancia y fortaleza, como lo enseñó antiguamente Phileas, obispo de Tebaida, en el libro que escribió *De la alabanza y constancia de los mártires*, y esto mismo nos enseñaron muchos santos doctores no solamente en los libros que nos dejaron escritos, mas también con la obra, padeciendo ellos constantemente la muerte por Cristo y por su santa ley, que predicaban.

San Clemente Papa (lib. quinto, cap. VII de las Constituciones Apostólicas), a este propósito dice estas palabras: «Si somos llamados al martirio, confesemos constantemente el precioso nombre de Jesús; y si por esta causa padecemos muerte, holguémonos, porque así corremos a la inmortalidad, y padeciendo la persecución no nos espantemos como de cosa nueva.»

Hablando de esta misma constancia el Santo Marcial, en la carta que escribió a los Tolosanos, dijo así: *Pro Christi fide, et visione Dei adipiscenda, etiam millies corpus nostrum sub omnibus tormentis morti dare optamus.* Que es decir, por la fe de Jesucristo y por alcanzar la vida eterna, mil veces deseamos entregar nuestro cuerpo a la muerte, con todos los tormentos.

De San Andrés Apóstol cuenta Abdía Babilónico, en el libro tercero de los Trabajos de los Apóstoles, que dijo al juez Egea estas palabras: «Yo no solamente estoy apa-

(1) S. Th., 2-2, q. 124, art. 3.
(2) Juan, 15.

rejado para morir, mas también para padecer diversas penas y tormentos.»

Justino, filósofo, y después glorioso mártir, en la Apología que escribió al Senado Romano en favor de los cristianos, no acaba de maravillarse de la constancia con que padecían los cristianos tan excesivos tormentos, y concluyendo ser imposible que hombres viciosos y malos se privasen de la vida y de sus gustos sino por cosa de más subido valor, dijo estas divinas palabras: *Quando Platonica Doctrina delectabar, cum audirem calumniis christianos appeti, nec mortem horrentes, nec aliud quidquam caeteris terribile, cogitabam esse impossibile tales vitiis servire, ac voluptatibus: Quis enim voluptati deditus, aut intemperans, aut suaviter vescens humanis visceribus posset morte gaudere, ut privetur suis deliciis?*

Y porque los gentiles romanos oían decir a los cristianos que esperaban el reino, sospechando falsamente que lo entendían del reino terreno y temporal, el mismo Justino, mártir, en la segunda Apología que escribió al emperador Antonino Pío, desengañándolo de semejante error, le dijo que si los cristianos pretendiesen tan solamente el reino temporal no morirían confesando constantemente la religión cristiana, antes la negarían para librarse de la muerte y conservarse y gozar del reino temporal que esperaban. Mas que éste no era su intento, sino de alcanzar el reino eterno. Las palabras de Justino, mártir, son éstas: *Vos dum auditis nos regnum expectare, temere de humano suspicamini, cum nos de regno Dei loquamur; sicut liquet ex his, in quos an Christiani sint inquiritis, qui fatentur se christianos, quamvis sciant mortem huic confesioni propositam. Nam si humanum regnum expectaremus, negaremus, ut evaderemus et cognaremur fallere, ut expectato potiremur. Sed quoniam spes nostra praesentia non affectant, non timemus eos, qui occidunt, quando mors debetur omnibus.*

Con muy justo título pudiera decir esto el venerable fray Pedro Bautista al rey de Japón, para que dejara aparte temores vanos, por donde se resolvió crucificarlo, representando al tirano su vida y acciones, que no podían ir encaminadas a revolverle ni quitarle el reino temporal, pues todas ellas manifestaban lo contrario, andando él y sus compañeros Descalzos con cilicios aplicados perpetuamente a sus carnes, pidiendo limosna para sólo su necesario sustento, empleando las demás en provecho de los mismos japones, que los Descalzos curaban de las incurables lla-

gas y enfermedades, a cuya causa los japones los echaban de la tierra para que muriesen como bestias irracionales. De la misma virtud de constancia y fortaleza en el martirio escribieron grandes maravillas los santos doctores.

Ireneo (lib. III, cap. XX): *Contra las herejías de Valentino*.

Tertuliano (lib. IV): *Contra Marción*.

Y el mismo Tertuliano en otro libro que escribió a los mártires, exhortándolos a padecer constantemente la muerte por Cristo.

Y en el *Apologético contra los gentiles* (cap. XLV).

Clemente Alejandrino (lib. IV): *Stromatum*, grave y justamente loa a los mártires y su constancia.

Lo mismo hace San Cipriano en el libro que escribió *De las alabanzas del martirio*, y otros muchos santos que por brevedad dejo de contar, y también por ser cosa muy notoria la constancia que los mártires tuvieron, padeciendo la muerte con intolerables tormentos por Jesucristo y por defender su ley evangélica. Llenos están de estos ejemplos los Martirologios, y particularmente el Romano y el Menologio de los Griegos, y los Actos de los Santos Mártires, y las Historias Eclesiásticas, que nos cuentan con mucha particularidad la constancia con que padecían los mártires, que era de manera que muchas veces los tiranos quedaban maravillados y vencidos, y los tormentos, aunque gravísimos, insuficientes y flacos para doblar la firme constancia de los mártires.

Esta virtud ha resplandecido mucho en la muerte de estos padres Descalzos y de los japones que los siguieron, pues pudiendo librarse del furor del tirano al tiempo que fueron sentenciados, con acomodarse a su voluntad, por no hacer con esto gravísima ofensa a Dios, porque en semejante tiempo el precepto afirmativo de confesar a Jesucristo y a su santa ley los obligaba so pena de pecado mortal, y por no causar flaqueza con su cobardía a los que habían enseñado la fe de Jesucristo, animosamente oyeron la sentencia, y esperaron la ejecución de ella, siendo traídos a la vergüenza por el reino de Japón hasta llegar a Nangasaqui, lugar determinado para su suplicio, padeciendo por el camino muchos trabajos de cansancio, hambre y grandes afrentas, y hallando poco o ningún consuelo humano, alentados con sólo el que les enviaba el Rey del cielo.

En que es mucho de considerar, y no poco para maravillarse, ver perseverar en la misma constancia los japones nuevos convertidos, y entre ellos tres niños de tierna edad, es a saber: Antonio, de trece años, y Tomás y Luis, de

doce, que todos tres habían servido de monazillos a los venerables padres Descalzos, que éstos también, no obstante que tuvieron graves tentaciones para apartarse de aquella muerte, se abrazaron con sus cruces, y con maravillosa constancia, causada de la eficacia y virtud de la divina gracia que interiormente les ilustró el entendimiento, y preparó su voluntad, y fortificó su corazón, acabaron el curso de esta miserable vida.

Porque con esta gracia eficaz con que fueron todos interiormente tocados con verdadera testificación de las cosas eternas, pudieron creer, y creyeron, ser bueno el cambio de lo temporal que dejaban, por lo eterno que esperaban. Y por virtud de la misma gracia sus corazones fueron ilustrados de esta revelación y testificación, de manera que su voluntad se moviese a creerlas, y por la misma eficacia de gracia que obra en nosotros (con mucho gusto y libertad nuestra), estos divinos y sobrenaturales efectos, pudieron abrazar y abrazaron lo que la naturaleza tanto aborrece. como es el morir, y que esto que naturalmente es tan amargo les causase deleite y contento, como divinamente lo dijo San Agustín con estas palabras:

Cum nos ea delectant, quibus proficiamus ad Deum inspiratur hoc et praebetur gratia Dei, non nutu nostro et industria, aut operum meritis comparatur: quia ut sit nutus voluntatis, ut sit industria studii. ut sint opera charitate ferventia, ille tribuit, ille largitur (1).

CAPITULO III

Sobre las señales y prodigios que se siguieron después de su muerte

En la sobredicha relación que escribió el padre fray Juan de Santa María se cuentan algunas maravillosas señales que se siguieron antes y después de la muerte de los venerables padres y de los demás que juntamente con ellos fueron crucificados; y, dejando aparte las que antecedieron su muerte, referiré brevemente algunas de las que después de ella se vieron, para mostrar que otras semejantes a éstas los doctores santos y la santa Iglesia las han contado y propuesto como milagros significativos de la santidad de aquellos por cuya causa acontecieron.

Una de ellas fué que habiendo en aquella tierra de Nan-

(1) Mug., lib. 1, *Ad Simplicianum.*, q. 2, prope finem.

gasaqui, donde fueron crucificados, gran cantidad de cuervos cebados ya, y que se sustentan de los cuerpos de los malhechores que se justician en aquel lugar, y que apenas han dejado el cuerpo en la cruz cuando ya le tienen tragado; a estos venerados religiosos y cristianos no sólo no los han tocado, pero ni pasado por encima de las cruces, ni entrado dentro del cercado donde están.

Semejante parece a esto lo que como verdadero milagro se cuenta en los actos de la muerte de San Vicente Mártir, que la Iglesia recibe como auténticos, cuya fiesta celebra a 22 de enero. Porque habiendo sido echado su cuerpo, por mandamiento del presidente Daciano, en un charco de aguas podridas, fuera de los muros de Valencia, para que los lobos o perros se lo comiesen, milagrosamente apareció un cuervo, que lo defendió de los otros animales; este mismo milagro pondera mucho San León Papa en el sermón que escribió de San Vicente, diciendo que el cuervo ayuno, que suele hartarse cuando puede de carnes muertas, defendió el cuerpo del santo mártir de los otros animales.

Del mismo milagro testifica el maestro Pedro Antonio Beuter en el libro I de la *Crónica general de España*, capítulo XXV.

Aquí, aunque los cuervos no defendieron los cuerpos de estos santos, milagrosamente no los ofendieron.

En los actos de los santos mártires Plácido, Eutiquio y Victorino, sus hermanos, y de la santa virgen Flavia, su hermana, que trae Lipomano en el tomo IV de las *Vidas de los Santos*, se cuenta que, después que el tirano los mandó matar, sus cuerpos quedaron en la ribera del mar, en Sicilia, adonde padecieron, y que ninguna fiera ni ave osó tocarlos, y que en lugar de hedor manaba de los santos cuerpos olor suavísimo, y que acontecieron muchos otros milagros. Y nota allí el mismo Lipomano, número 48, que los milagros que obra Dios después de la muerte de los santos, en los lugares donde son sepultados y martirizados, significan el resplandor de su vida. En la vida de San Estanislao, obispo de Cracovia, se describe también que después de haberle mandado matar y despedazar el impío rey Boleslao, y derramar los miembros del santo cuerpo por los campos, las águilas lo defendieron de las fieras milagrosamente.

Dice también la dicha relación que los viernes aparecía sobre el cercado de los cuerpos crucificados una como columna de fuego, que esto también es cosa milagrosa, y

como a tal considerada en los actos de los gloriosos mártires Atepsima, José y Aeitalas, que pone Lipomano en el tomo V, a 3 de noviembre, y Surio en el tomo VI, donde se dice que muchos, que eran de ánimos purgados y limpios, por largo tiempo vieron luz en el lugar del martirio, que era para testificar la santidad de los mártires.

En los actos también del Santo Daniel Estilita, que pone Lipomano en el V tomo y Surio en el VI de las *Vidas de los Santos*, se cuenta que aparecieron tres estrellas de grande resplandor y hermosura y estuvieron sobre el precioso sepulcro.

Cuando murió la santa virgen Eusebia, como se lee en sus actos, que pone Lipomano en el tomo V, a 25 de enero, y Surio en el tomo I de las *Vidas de los Santos*, alrededor de la casa donde murió se vió una alegre y clara luz, adonde nota el mismo Lipomano en el número 13 que este milagro significó claramente el resplandor de la vida de la dicha virgen Eusebia, porque Dios no puede ser testigo de iniquidad.

Esto mismo se escribe en la vida de la santa sierva de Dios y virgen Aldegunde, que cuando murió, encima de su casa apareció un grande resplandor, significativo del amor con que ella viviendo amó a la verdadera luz, Jesucristo, Señor Nuestro.

Escribe el venerable Beda en el libro V, en el capítulo II de la *Historia eclesiástica de Inglaterra*, a quien sigue Lipomano en el tomo II de la *Vida de los Santos*, que sobre los cuerpos de los mártires Vilbrod y Hewold, dondequiera que les llevaba el agua de un río, donde fueron echados, cada noche aparecía un rayo de luz muy grande que llegaba hasta el cielo, y que este rayo de luz veían también los infieles que habían martirizado a aquellos santos, por donde movido Pepino, rey de Francia, llevó los dichos cuerpos con grande pompa a la iglesia de Colonia, donde fueron venerados como santos.

Harto conforme a lo sobredicho es lo que escribe San Jerónimo en la vida de San Pablo, primer eremita, que cuando murió vió San Antonio aquella bendita alma irse al cielo entre los coros de los ángeles, acompañada de un clarísimo y divino resplandor. En el proceso de San Diego, que canonizó Sixto V, se halló testificado que la noche que murió, en la iglesia donde fué puesto su cuerpo, y sobre el mismo cuerpo, se vió una luz tan resplandeciente que vencía su claridad los rayos del sol, y este milagro también, por ser tan insigne, lo puse yo en su vida en el libro II, capítulo II.

En la misma relación se añade que, pasados más de dos meses después de su muerte, derramaban los venerados cuerpos en las cruces sangre fresca y reciente por las heridas, como si en aquella hora se las acabaran de hacer, cosa llanamente sobrenatural y milagrosa, porque toda la filosofía natural no puede causar este efecto en cuerpos muertos, pues en hallarse privados de las almas y calor natural, comienzan de heder, corromperse, y la que más fácil y brevemente da señal de esta corrupción es la sangre.

Y por esta razón, en los Actos de los santos mártires Januario y sus compañeros, cuya fiesta celebra la Iglesia católica a 19 de septiembre, se cuenta y tiene como verdadero milagro ver que la sangre del santo mártir Januario, que hasta hoy se guarda en Nápoles, en la iglesia Mayor, con mucha veneración, recogida en una ampolla de vidrio, todas las veces que se pone junto a la cabeza del dicho mártir se derrite y bulle, como si entonces se derramara, y este milagro dura hasta hoy.

En la vida del santo Eligio, obispo Noviomense, que trae Surio en el tomo VI, cap. XXXIV, se escribe, como cosa milagrosa, que después de mucho tiempo de su muerte salió de sus narices mucha copia de sangre.

En la vida del santo Hermano, la cual refiere Mosandro en el tomo VII, a 7 de abril, en el cap. LVI de ella escribe el autor que después de siete semanas de su muerte salió de su boca sangre fresca y reciente.

Dice más aquella relación: que habiendo pasado espacio de tres meses después que fueron crucificados aquellos dichosos y religiosos cristianos, estaban sus cuerpos sin corrupción, blancos, hermosos y tratables, apareciendo muchas veces sus rostros resplandecientes con gran claridad.

Esto también es sobre las fuerzas y curso de la naturaleza criada, y no hay filosofía natural que pueda dar razón bastante de este efecto, particularmente cuando sin arte quedan los cuerpos de los muertos de esta manera, descubiertos a los vientos y lluvias y otras injurias y alteraciones de los elementos.

De San Hilarión escribe San Jerónimo en su vida que diez meses después de su muerte le llevó San Exiquio a la ciudad de Mayona, que le halló entero como si estuviera vivo, y que su túnica, cogulla y capa estaban sin haber padecido detrimento alguno; y que de su cuerpo espiraba tan suave olor como si le hubieran ungido con odoríferos ungüentos. Lo que fué reputado y tenido por no pequeño milagro.

Del santo mártir Mercurio escribe Metafrastes que des-

pués de su muerte su cuerpo se paró blanco como la nieve, echando de sí un suavísimo olor; que por esta causa muchos infieles se hicieron cristianos.

Del cuerpo de San Huberto, obispo Leodiense, se escribe que fué hallado después de su muerte incorrupto y sin ninguna mácula y lesión ni putrefacción, y que echaba de sí muy suave olor.

Esto mismo se escribe de muchos otros santos mártires y confesores. Y a San Diego de Alcalá milagrosamente también sucedió lo mismo, como se halló testificado en su proceso, cuando le canonizaron, y yo lo escribí en su vida, en el libro II, en el capítulo V.

De las sobredichas señales y de las demás que en la sobredicha relación se cuentan, las cuales se podrían probar ser milagros por historias eclesiásticas, y por actos verdaderos de las vidas y muertes de mártires y confesores, se puede afirmar que Dios Nuestro Señor con estos visibles milagros ha querido dar a entender a aquella ciega gente y gentiles que los crucificaron y consintieron en su muerte, o la procuraron, que aquellos siervos de Dios fueron verdaderos mártires, y que hicieron con su muerte agradable sacrificio a su divina Majestad, por que no se pudiese dudar de la verdad que predicaron.

Habiendo, pues, concurrido causa de martirio, como se dijo en el capítulo I, y de verdadera fortaleza y constancia para morir por la verdad católica, como se enseñó en el capítulo II, y milagros protestativos o significativos de que aquella muerte fué preciosa delante del divino acatamiento, como se acaba de decir en este tercer capítulo, bien se puede afirmar que aquella muerte fué verdadero martirio, y los que la padecieron verdaderos mártires, y que merecerán la honra, culto y veneración de mártires cuando por la Santa Sede Apostólica fuera permitido o concedido que se les pueda dar, lo que se podía hacer con menor ceremonia y prueba que si se tratase de honrar un santo confesor, porque, como dicen los doctores, en la canonización de los mártires no se requiere tanta solemnidad cuanta es necesaria en la canonización de los confesores, por ser el martirio como una rigurosa canonización.

Ahora también, con esta sangre derramada en aquella Iglesia nueva de Japón, si se acude con la diligencia necesaria y se proveen nuevos predicadores que les sucedan, se puede firmemente creer y esperar que quedará bien fundada la religión católica que los reverendos Padres Jesuítas en tantos años que trabajan en aquella viña han plantado y

fundado, no obstante la persecución que corre contra aquella Iglesia, porque con la persecución (como divinamente dijo San León, Papa) no se enflaquece ni acaba la Iglesia, antes se fortifica y enriquece. Sus palabras son éstas: *Non minuitir persecutionibus Ecclesia, sed augetur, et semper dominicus ager segete, ditiori vestitur dum grana quae singula cadunt multiplicata nascuntur.*

Con licencia de los superiores

En Roma. Impresa por Nicolás Mucio, 1599.

ACABOSE DE IMPRIMIR ESTA «HISTORIA DE LAS ISLAS DEL ARCHIPIELAGO FILIPINO Y REINOS DE LA GRAN CHINA» EL DIA 1 DE FEBRERO DE 1947, VISPERA DE LA FESTIVIDAD DE LA PURIFICACION DE NUESTRA SEÑORA, EN LOS TALLERES DE LA IMPRENTA SAEZ, BUEN SUCESO, 14.

M A D R I D

LAUS DEO VIRGINIQUE MATRI

COLECCION ESPAÑA MISIONERA

VOLUMENES PUBLICADOS:

1. - **Misiones históricas sobre la Australia, por el R. P. Salvado, Obispo de Nueva Victoria.**

Un tomo de más de 400 páginas y numerosos grabados, con una extensa introducción y documentadas notas de un Padre benedictino de la Real Abadía de Samos. En tela, 20 pesetas.

2. - **Misión de la Baja California, por el R. P. Juan María Salvatierra, S. I.**

Un volumen de cerca de 300 páginas y varios grabados ilustrativos. Va precedido de un prólogo del R. P. Constantino Bayle, S. I. En tela, 15 pesetas.

3. - **Historia de las islas del Archipiélago filipino y reinos de la Gran China, Tartaria, Cochinchina, Malaca, Siam, Cambodge y Japón, por el R. P. Marcelo Ribadeneira, O. F. M.**

Mas de 700 páginas, con diversos grabados, y un documentado prólogo del R. P. Juan R. de Legísima, O. F. M., numerosas notas aclaratorias y una extensa bibliografía. En tela, 30 pesetas.

EN PRENSA:

La Misión carmelitana de Goa.—Un misionero poeta, por el R. P. Fr. Florencio del Niño Jesús, O. C. D.

Predicación evangélica en Indias, por el R. P. José de Acosta, S. I.

DE PROXIMA APARICION:

Historia de las Islas Filipinas, por el R. P. Joaquín Martínez de Zúñiga, O. S. A.

Tesoros de las Indias, por el R. P. Juan Meléndez, O. P.

Niños gentiles y niños cristianos en América, por el R. P. Constantino Bayle, S. I.

Milicia y descripción de las Indias, por Vargas Machuca.


SICUT CERVUS AD FONTES
B.A.C.


SICUT CERVUS AD FONTES
B.A.C.

